

1267. 18352

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1850.

MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
A CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCL.

SEMANARIO

PINTORRESCO

ESPAÑOL

LECTURA DE LAS FAMILIAS

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL

QUINTA EDICIÓN

© 1904, Reproduction of the text

1880

MADRID

En esta obra se han reunido los mejores cuadros de la pintura española del siglo XVIII, que forman una colección de gran interés para el estudio de la historia del arte.

MADRID

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El Angel de la Guarda, pág. 1.—Isla de Cuba, por don E. Brabo, 10, 103, 235.—San-
to Domingo el Real, por don J. M. de Egu-
ren, 33, 41, 50.—Batalla de Pavia, 36.—
Gran hospital de Santiago, por don R. Rua
Figuerola, 38.—Bilbao, por don J. E. Del-
mas, 73.—El puente de Curzul, por don
A. Neira de Mosquera, 123.—El Santuario
de la Virgen de la Cueva, por don N. Cas-
tor de Caunedo, 137.—Casa consistorial de
Lugo, por don J. Teijeiro, 146.—El templo
de Santa Maria en Riaseco, por don V. Gar-
cia Escobar, 162.—Palacios de Villena, 183.
—Santander y Provincias Vascongadas, por
don A. Esperon, 214, 218, 227, 235, 253,
260.—El castillo de Cañete de las Torres,
por don L. M. Ramirez y las Casas-Deza, 220.
—Una entrada de Arnedillo, 249.—Castillo
de Oris, 272.—La cascada del Toja, por
don J. Rua Figuerola, 292.—Paso del Ulla,
por don J. Rua Figuerola, 297.—La muralla
romana de Lugo, por don A. Neira de Mos-
quera, 313.—El sepulcro de don Inigo Lo-
pez de Mendoza, 321.—El templo de Santa
Cruz en Riaseco, por don V. Garcia Escobar,
337.—El templo de Santiago en Riaseco,
por don V. Garcia Escobar, 335.—Las
salinas de Cardona, por don L. Macia, 361.
—Portada del convento de monjas de Santa
Isabel de Granada, 369.—El panteon real
de Oviedo, por don N. C. de Caunedo, 387.
—La cueva de Andreuet, por don R. Salo-
mon, 409.

ANTIGUEDADES.

Arbol genealógico de las naciones primiti-
vas, por don N. Castor de Caunedo, pág. 17.
—De los oráculos entre los antiguos, 22.—
Pilar árabe, 38.—Origen de la palabra seis,
por don S. Catalina, 64.—Tradiciones he-
braicas, por don A. M. Garcia Blanco, 63.—
Júpiter y Leda, 94.—Jarrones árabes, 101.
—La Colada, por don A. Martinez del Ro-
mero, 116.—Historia de la letra de cam-
bio, 134.—Adarga de la Armería de Ma-
drid, 201.—Antigüedades descubiertas en
Hitges, 225.—La edad media en España,
por don J. Maria Pauli, 226.—La caza, por
don J. M. Pauli, 241.—Mosáico romano en
Lugo, por don A. Neira de Mosquera, 301.
—Simbolismo de la palabra griega *sol*, 389.
—Antigüedades, por don P. A. de Alvi-
su, 409.

BIOGRAFIAS.

Sanchez Cotan, pág. 5.—El venerable pa-
dre Cipriano Barace, 107.—La señorita do-
ña Carolina Coronado, por don A. Fernan-
dez de los Rios, 115.—Juan Gougon, 135.—
Ali-Pachá, 161.—Fray Bartolomé de las
Casas, por don F. W. Plaza, 163.—Don
Juan Arolas, por don R. de Carbajal, 211.—
Federico Soulié, 263.—Eugenio Gerardo
Lobo, por don V. Barrantes, 266, 274.—
Murillo, 281.—Esopo el Frigio, por don Vi-
cente Barrantes, 318, 321.—Don Antonio
de Acuña, por don L. M. Ramirez, 362.—
Tomás Moore, por Fernan Caballero, 380.—
El capitán Pedro Carrós, por don R. Salo-
mon, 396.—Pedro el Ermitaño, 406.

HISTORIA.

Desafío célebre, pág. 44, 52.—Estudios histó-
ricos, por don L. Miguel y Roca, 83, 94, 98.
—Naufragio de un navio de la armada titu-
lada la Invencible, 143.—Cantores antiguos,
por don A. Martinez del Romero, 171, 180,
186.—La batalla de Austerlitz, 217.—Tenta-
tiva de asesinato contra José I de Portu-
gal. Espulsion de los jesuitas, por don A. Gil
Sanz, 251.—El rey depuesto en estatua, 289.
—Cruzada de San Luis, 413.

VIAGES.

Una corrida de toros en Lisboa, por don
N. Romero Ortiz, pág. 26.—Aguas Buenas y

Aguas Calientes, por don R. de Navarre-
te, 33, 77.—Pálpito de la mezuquita de
Barkauk en el Cairo, 41.—La cascada de
Giessbach en Suiza, 49.—Fortaleza de Ber-
thoume, 57.—La roca del Monge, 63.—
Iglesia de Nuestra Señora del Folguat, 76.
—Abadía de Holy-Cross, 89.—Nuestra Se-
ñora de París, 97.—La Santa Capilla, 121.
—Guadalajara, por don V. Calvo, 169.—La
ciudad de Elsenaur, 177.—La isla de Hong-
Kong en China, 195.—Tremecén, 209.—
Casa de la ciudad en París, 221.—Cuartel
de inválidos en París, 244.—El museo de
artillería en París, 249.—Casa del alquimista
Espagnet, 275.—Cascada de Lauffen, por
don C. Bernal, 277.—La mendicidad en
Londres, 323, 351.—Un buque chino en
Londres, 364, 372, 378.—El Niágara (car-
ta inédita de J. M. Heredia), 370.—La fuente
de San Juan del Dedo, 371.—Iglesia de
Santa Radegunda en Poitiers, 277.—El cas-
tillo de Angers, 401.

CIENCIAS.

Memorias sobre la conveniencia de estable-
cer por primero un meridiano distinto de los
que hasta ahora se han usado, por don
L. M. Ramirez y las Casas-Deza, pág. 143.

LITERATURA.

Introducción, por D. A. Fernandez de los
Rios, pág. 2.—Los genios gemelos, por la
señorita doña Carolina Coronado, 89.—La
historia del genio, por don R. Rua Figue-
roa, 122.—Nota de las personas que inter-
vienen en la historia de Don Quijote, por
don R. Salomon, 129.—Resumen de las
principales aventuras de Don Quijote, por
don R. Salomon, 148.—Notas para la mejor
inteligencia del paralelo entre Safo y santa
Teresa, por la señorita doña C. Coronado,
178.—Contestación á Madame Ame-
lia Richard, por doña C. Coronado, 193.—
Genealogías redactadas en el tiempo de San
Fernando por autor anónimo, 285.

CRITICA.

Historia general de España, por don Modesto
Lafuente, pág. 329, 343.—De la edición-
principio de la historia de España de Mariana,
351, 353.—Historiadores antiguos espa-
ñoles, 373.

BELLAS ARTES.

La esclava, cuadro de Turner, pág. 73.—
La desesperación de Judas, cuadro de don
G. Hernandez, 81.

NOVELAS Y CUENTOS.

Dos desenlaces de un solo drama, por don
P. de la Escosura, pág. 2, 12, 20.—Cuan-
do el río suena, por don P. de la Escosura,
28, 38, 47, 59, 67, 86, 105, 110, 118,
140, 156, 166, 174, 182, 190, 198, 205,
222, 250, 257, 243, 253, 261, 268, 278.
—Del origen é invención de los naipes, por
el conde de Ramsault, 74.—El caballito
discreto, por don J. de Ariza, 117.—Un
quid pro quo, por Fernan Caballero, 202.—
Los caballeros del Pez, por Fernan Caballe-
ro, 242.—La Reina sin nombre, por don
J. E. Hartzenbusch, 295, 302, 312, 313,
326, 333, 341, 348.—Las tres feas, por
don J. Gimenez-Serrano, 298, 309.—Un
cuento popular, un chascarrillo y un ejem-
plo, por Fernan Caballero, 337.—La limpia
de Burguillos, que lavaba los huevos al
freillos, por don J. Gimenez-Serrano, 363.—
El Paraíso y la Perí, 379, 383.—Contienda
entre el trabajo y la ociosidad, por don
J. S. Milanés, 392.—El cuadro de la Chan-
faina, por don J. Gimenez-Serrano, 394.—
El Clavel de la Virgen, por don F. de Ore-
llana, 396, 402.—El vendedor de Tagarri-
nas, por Fernan Caballero, 411.

COSTUMBRES.

Una noche de máscaras en Villahermosa, por
don A. Romero Ortiz, pág. 43.—La em-

pleomanía, por don A. Esperon, 99.—¡Va-
ya un viaje! por don B. España, 102.—Un
día de campo, por don F. Martin Redon-
do, 126, 134.—Las Alpujarras de Cameros,
por don B. España, 135.—La casa de Tó-
came-Roque, por don A. Neira de Mosque-
ra, 195.—La literata, por don A. Neira de
Mosquera, 238.—Los préstamos, por don
J. Gimenez-Serrano, 285.—El Buen Retiro,
por don J. de Ariza, 287.—Yo en venta, por
el bachiller Sanson Carrasco, 305.—El poe-
ta lirico, por don L. M. de Larra, 366.—Ma-
drid de puertas afuera, por don R. Rua Fi-
gueroa, 382.

POESIAS.

Un cuento de amores, por don J. Zorrilla y
don J. H. Garcia de Quevedo, págs. 5, 14,
29, 34, 61, 69.—Un pintor y yo, por Fray
Gerundio, 25.—Las Odaliscas, por don Ma-
nuel Breton de los Herreros, 40.—Oda, por
don R. M. Baralt, 82.—Oda, por don J. J.
Cervino, 85.—El viajero americano, por
doña G. G. de Avellaneda, 104.—La histo-
ria, por don F. Vila y Giori, 128.—El amor
de los amores, por la señorita doña C. Co-
ronado, 156.—Aristo (égloga inédita) por
don Alberto Lista, 158.—El Duende de Va-
lladolid, por don A. Garcia Gutierrez, 151,
159.—Letrilla á Ursula, 171.—Dios é el hom-
bre, por doña G. G. de Avellaneda, 206.—
Mal sin esperanza, por don F. de la Iglesia y
Darrac, 264.—En un album, por don F. Vi-
la y Giori, 272.—El ciego, por don J. Mar-
tinez Villergas, 304.—Poesías inéditas de
Villamediana, 307.—Despedida de un teó-
logo, por don J. Guillen Buzaran, 319.—
Sátira, por don M. Breton de los Herreros,
345.—Adios á la lira, por doña G. G. de
Avellaneda, 360.—El pino y el granado (tra-
ducción inédita) de don J. M. de Heredia.—
En el castillo de Salvatierra, por doña Caro-
lina Coronado, 367.—Soneto, por don A. Al-
calá Galiano, 392.—El diablo alcalde, por
el bachiller Sanson Carrasco, 408.—El loco
de la montaña, por don V. Barrantes, 412.
—En un album, por don M. Breton de los
Herreros, 413.

VARIEDADES.

La campiña, pág. 2.—Pureza, felicidad, 9.
—La eleccion, 24.—Dignidad é impuden-
cia, 23.—Las arengas, 32.—¿Qué es hermo-
sura? ¿que es belleza? 52.—El tiempo, 64.
—Los médicos, 64.—Dios te ayude, 64.—
—Pensamientos varios de un autor anóni-
mo, 72.—El palo de Saucó, 80.—Los dos
cercados, 80.—Símbolos de la amistad, 80.
—Longevidad de los sábios, 80.—La sema-
na de tres jueves, 80.—Los buenos moda-
les, 80.—El hueso de cereza, 80.—Hospi-
talidad y sobriedad de los árabes, 87.—Sen-
tencias y máximas, 87.—Consecuencias fu-
nestas de un rasgo de amor filial, 87.—Prer-
rogativa de las mujeres en Oriente, 87.—
Los soldados de Turquía, 87.—Prudencia
de un alcalde, 96.—Un buen criado, 96.—
Napoleon y lord Byron, 96.—Las tres ca-
lidades indispensables en una buena mujer,
112.—El arte de agradar en la conversa-
ción, 112.—Una posición difícil de conser-
var, 128.—Navio de guerra, 129, 132.—
La interpretación del evangelio, 144.—El
niño de nieve, 152.—Temores de un mari-
do, 158.—Profanación, 168.—Sentencias
y máximas, 168.—El pleito de los perros,
169.—Infancia, 176.—Una lección de or-
tografía, 200.—La existencia de Dios, 216.
—El soldado, 216.—El crepúsculo de la
tarde, 224.—Reglamento interior del pala-
cio de un rey de Inglaterra en el siglo XVI,
224.—La buena compañía, 232.—Las tres
preguntas de Federico el grande, 240.—El
alcalde de Reims, 240.—El cochero de Fe-
derico el grande, 240.—Luis XIV y el al-
mirante Duguay Trouin, 248.—Chapelain

v Richelieu, 248.—El Tasso y el Ariosto, 248.—Recepcion de un embajador en constantinopla, 257.—Pensamientos relativos á las mujeres, 264.—El gobierno de una mujer, 280.—Milton y el duque de York, 280.—Sentencias y máximas, 280.—Inscripcion persa, 280.—El mausoleo de Federico el Grande, 280.—Diderot perplejo, 288.—Sentencias y máximas, 296.—Reserva en la opinion, 296.—Fox y los judios, 312.—La sorpresa doble, 312.—Costumbres de los señores ingleses en el siglo XV, 314.—El labrantio niverense, 314.—El casa-

miento, 320.—Orgullo de un banquero, 320.—El amor y la luna, 320.—Los hombres y las mujeres, 320.—Una sinceridad cruel, 320.—La herencia de la gula, 320.—La veleta, 320.—El portero exacto, 320.—El cuadrante, 320.—Riesgo de un marido, 320.—Ocurrencia feliz de una señora, 320.—Máximas provechosas, 336.—El criado prudente, 344.—El rey de Prusia y su médico, 344.—La baraja interpretada, 350.—La hilandería, 356.—La caza de la madre Harpina, 359.—El Misisipi, 368.—Rasgo heroico de un confesor, 368.—Astucia del car-

denal Mazarino, 368.—El aumento de familia, 368.—La gravedad, 368.—Divisiones de la ignorancia, 368.—El cochero de Felipe II, 368.—El amor propio, 376.—La providencia, 384.—La verdadera educacion, 384.—Los tres problemas, 384.—La sombra de Aprigny, 385.—La estatua de la verdad, 400.—Dios y el Tasso, 400.—El soldado del rey de Prusia, 400.—Una espresion de San Vicente de Paul, 400.

HISTORIA NATURAL.

Costumbres de las abejas, pág. 147.—El océano y sus maravillas, 352, 359.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

La campiña, por Sierra, página 1.—Monumento por la primera misa celebrada en la Habana, por Letre y Redondo, 25.—Santo Domingo el Real, por Tomé y Burgos, 35.—Aguas Buenas y Aguas Calientes, por Cebadera y Murcia, 37.—Pulpito de la mezquita de Barkauk, por Sierra, 41.—La Cascada de Giessbach, por Sierra, 49.—Fortaleza de Berthoume, por Sierra, 57.—Hospital de Santiago, por Pizarro y Redondo, 59.—La roca del monge, por Sierra, 61.—Bilbao, por Gimenez y Llopis, 76.—Abadia de Holi-Cross, por Sierra, 89.—Nuestra Señora de Paris, por Perez, 97.—Catedral de la Habana, por Letre y Severini, 105.—La Santa Capilla, por Lopez, 121.—El puente de Curzul, por Letre y Vilaplana, 126.—Un navio de guerra, por Cruz y Murcia, 129, 135.—La Virgen de la Cueva, por Letre y Sierra, 137.—Casa consistorial de Lugo, por Pizarro y Gimenez, 147.—Sepulcro de Ali Pachá, por Murcia, 161.—Santa Maria de Rioseco, por Pizarro y Llopis, 165.—Elseneur, por Cruz, 177.—Los palacios de Villena, por Pizarro y Redondo, 185.—Toledo desde el circo máximo, por Pizarro y Robles, 186.—Isla de Hong-Kong, por Murcia, 185.—La Roca Tarpeya, por Pizarro y Llopis, 198.—Tremecén, 209.—Ruina de la isla de Ischia, por Varela y Redondo, 214.—Batalla de Austerlitz, por Vilaplana, 217.—Castillo de Cañete, por Pizarro y Sierra, 220.—Casa consistorial de Paris, 221.—Portales de Matanzas, por Pizarro y Sierra, 253.—Matanzas, 255.—Cuartel de inválidos, 245.—Entrada de Arnedillo, por Wiher y Burgos, 249.—Castillo de Guadamur, por Pizarro y Redondo, 260.—La catedral de Reims, 268.—Cascada de Lautfen, por Zarza y Burgos, 278.—Idem de Toja, por Pizarro y Sierra, 295.—Puerta principal de la Alhambra, por Pizarro y Llopis, 296.—Paso del Ulla, por Pizarro y Sierra, 297.—Ruinas del castillo de Polan, por Pizarro y Redondo, 305.—Muralla de Lugo, por Pizarro y Murcia, 315.—Sepulcro de D. Iñigo Lopez, por Pizarro y Redondo, 321.—Ruinas de la Iglesia de Aunceray, 329.—El bosque, 332.—El templo de Santiago en Rioseco, por Pizarro y Redondo, 335.—Salinas de Cardona, por Pizarro y Paris, 361.—Buque chino, cuatro grabados, por Murcia y Sierra, 365, 375, 391.—Portada de Santa Isabel en Granada, por Pizarro y Tuban, 569.—Fuente de San Juan del Dedo, por Perez, 572.—Santa Radegunda, 377.—Castillo de Monrichard, 382.—Panteon Real de Oviedo, por Letre y Murcia, 588.—Habana, por Letre y Llopis,

395.—El castillo de Angers, 401.—Abadia de Noirmoutiers, 408.—La cueva de Andreuet, por Pizarro y Benedicto, 409.

ANTIGÜEDADES.

Arbol genealógico de las naciones primitivas, por Letre y Gimenez, 17.—Pilar árabe, por Pizarro y Redondo, 38.—Batalla de Pavia, por Pizarro y Redondo, 56.—Circulo cabalistico, por Blanco, 66.—Dos jarrones árabes, por Pizarro y Redondo, 100, 101.—La Colada, por Benedicto, 116.—Cantores antiguos (7 grabados), por Gimenez y Llopis, 172, 173, 181, 187, 190.—Adarga, por Murcia, 201.—Sepulcro de Felipe I y Doña Juana, por Pizarro y Redondo, 204.—Idem de Fernando V y Doña Isabel, por Pizarro y Redondo, 205.—Antigüedades de Hitges (2 grabados), por Mugica y Redondo, 225, 226.—Dos armaduras, 251.—Casa del alquimista Espagnet, por Lopez, 275.—Mo-sáico, por Pizarro y Llopis, 301.—Buque de ruedas, por Cruz, 381.—Simbolismo del sol, por Blanco y Tuban, 590.—Túmulos de Bougon, por Perez, 595.—Detalles sepulcrales, dos grabados, por Pizarro y Benedicto, 410.

ESCENAS DIVERSAS.

Ocho de un cuento de amores, por Vallejo, Severini, Gimenez, Coderch, Redondo y Murcia, 6, 14, 50, 51, 54, 65, 69, 72.—Un paseo por el mar, 85.—Naufragio de un navio, por Sierra, 145.—Recepcion de un embajador, por Carnicero, 257.—Destronamiento de Enrique IV, por Urrabieta y Burgos, 289.—Los placeres del invierno en Rusia, dos grabados, por Cruz, 350.—Pedro el Ermitaño, 406.—Cruzada de S. Luis, 415.

RETRATOS.

Sanchez Cotan, por Pizarro y Redondo, pág. 8.—Cristobal Colon, por Letre y Burgos, 41.—La señorita Coronado, por Vallejo y Burgos, 115.—Juan Goujon, por Perez, 155.—Don Juan Arolas, por Murcia, 211.—Franklin, por Murcia, 241.—Federico Soulié, por Lopez, 265.—Gerardo Lobo, por Pizarro y Redondo, 267.—Murillo, por Perez, 281.

TIPOS POPULARES.

Inconvenientes de embobarse mirando al prójimo donde reteejan, por Urrabieta y Murcia, pág. 16.—Un jóven que promete, por Gimenez y Coderch, 24.—Una corrida de toros en Lisboa, por Pizarro y Murcia, 27.—La suerte del veterano, por Pineda y Severini, 46.—Encuentro á la vuelta de una esquina, por Gimenez y Gimenez, 48.—La caridad, por Perez, 112.—Mendigos irlandeses, por Varela y Severini, 144.—Alpu-

jarreños, por Benedicto, 156.—Una linea tirada con garbo, por Gimenez y Gimenez, 200.—Modo de pesar el carbon, por Gimenez y Sierra, 252.—El pobre, por Lopez, 264.—El ciego, por Zarza y Burgos, 50, 4.—Encuentro de un acreedor y un deudor, 509.—Traje de pescador en Normandia, por Murcia, 511.—Dos grabados de costumbres, 524, 525.—Peligros de Madrid, por Gimenez y Sierra, 528.

BELLAS ARTES.

El ángel de la guarda, por Pizarro y Redondo, pág. 4.—La esclusa, cuadro de Turner, por Sierra, 75.—Interior de nuestra señora de Folgoat, 77.—La desesperacion de Judas, por Hernandez y Burgos, 81.—Jupiter y Leda, por Pizarro y Severini, 94.—Estatua de Carlos III, por Letre y Vilaplana, 106.—Virgen de la Concepcion, por Pizarro y Sierra, 248.—Estatua de Garcilaso, por Pizarro y Murcia, 280.—La infancia de Cristo, por Perez, 282.—La virgen de las Flores, por Perez, 285.—Muerte de Luis XI, dibujo inédito de Tonni Johanot, 548.—Bajo relieve, 400.

HISTORIA NATURAL.

La rosa, por Murcia, pág. 116.—La piña, por Murcia, 117.—Las abejas, por Murcia, 148.—Seis grabados para los artículos de marina, por Sierra, 552, 553, 540, 541.

GRABADOS VARIOS.

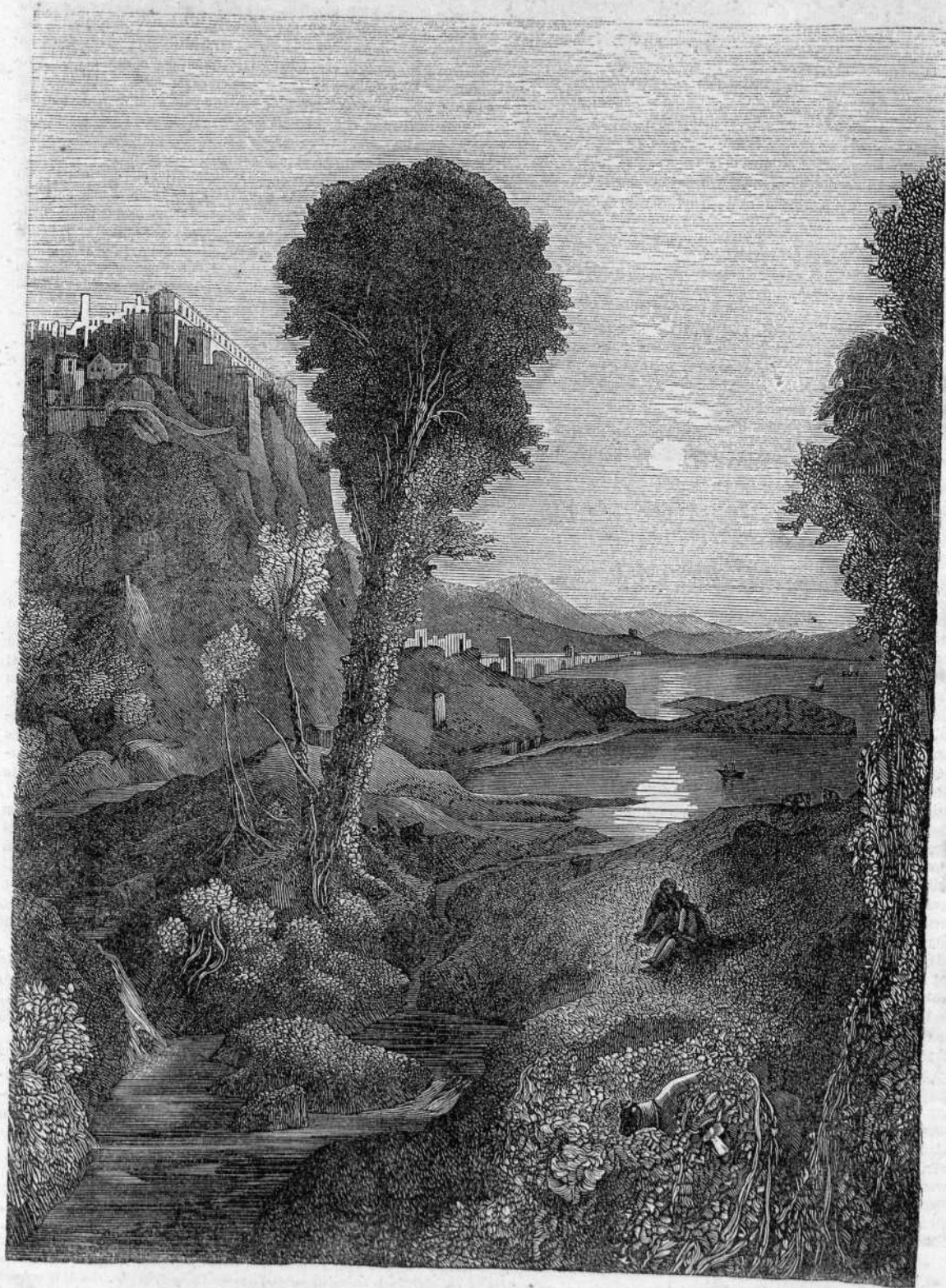
Pureza, felicidad, por Perez, pág. 9.—Dignidad é impudencia, por Sierra, 25.—San Angeles, 85.—El ángel de la guarda, 96.—Una posicion difícil, por Cruz, 128.—La primavera, 140.—Un final de plana, 160.—El pleito de los perros, por Murcia, 169.—El centinela, por Rodriguez, 184.—El labrantio niverense, 314.—Un final, 320.—La hilandería, 337.—La caza de la madre Harpina, 359.—Un final, 584.—La sombra de Aprigny, 389.—Un final, por Espalter y Burgos, 409.

GEROGLIFICOS.

El gallo y la margarita, etc. pág. 32.—La muerte de los grandes hombres, etc. 64.—Arco siempre armado, etc. 104.—Calderon de la Barca, etc. 156.—Sobre lo que no nos toca, etc. 168.—La solucion, etc. 208.—Sé pulcro, etc. 240.—El amor conduce al hombre, etc., 272.—La valerosa caravela, etc., 312.—En boca cerrada, etc. 544.—A grande mal, etc. 376.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.--ENCICLOPEDIA POPULAR.



La Campiña.

6 DE ENERO DE 1850.

A LOS LECTORES.

Tócanos la honra de escribir por cuarta vez la primera página de un volumen del SEMANARIO. Pocas palabras debemos decir en esta ocasión, porque no gustamos de hablar mucho en estos casos, ni lo necesitamos. El público conoce el cariño con que miramos esta publicación, á cuya restauración y engrandecimiento hemos consagrado nuestras tareas hace algunos años. El ha hecho justicia á nuestra buena voluntad otorgándonos su indulgencia, y acogiendo cada día con mayor interés el SEMANARIO, que en la actualidad ha llegado á ser, no vacilamos en asegurarlo, la publicación de su género mas propagada en España. Lo que hemos hecho en los dos últimos años, es, pues, el programa de lo que haremos en el presente; cada uno ha marcado en nuestra publicación una serie de adelantos, una marcha progresiva que á primera vista se nota en nuestras colecciones. A medida que los elementos y los lectores aumentan, debemos nosotros acelerar el paso para aproximarnos á la perfección que admiramos en otros periódicos pintorescos del extranjero.

No es ya suficiente que hayamos destruido completamente de nuestras páginas todo grabado debido á buril extranjero, que hayamos adquirido una vasta y distinguida colaboración con la cual, lo decimos con orgullo, no cuenta ningún otro periódico en España. La posición en que hemos llegado á colocar el SEMANARIO, nos impone deberes que sabremos cumplir, la acogida que alcanzan nuestros trabajos aumentan nuestra fé, y nos animan á redoblar los incesantes esfuerzos que estamos haciendo, para que esta publicación sea cada vez mas digna de la aprobación pública.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA CAMPIÑA.

¿Quién habrá que en una de esas horas de silenciosos ensueños, en que el alma se sustrae á los rumores del mundo, á las agitaciones de la vida, quién de nosotros habrá que no haya fijado muchas veces un pensamiento en alguna escena campestre reproducida por la memoria, ó creada por la imaginación? Quién de nosotros no se ha trazado á sí propio su paisaje, cuadro ideal de la vida, cuadro movable y variable, según las diferentes circunstancias de nuestro destino, y las situaciones diversas de nuestro ánimo ó de nuestro corazón? Sea el que quiera el estado de nuestra fortuna, nuestra absorción en los disgustos materiales, ó los ensueños muchas veces mas tenaces, mas imperiosos de la ambición, no podemos eximirnos de la influencia de la naturaleza exterior, de esa naturaleza que por todas partes nos circunda, que, con sus armonías sin limite, hiere incesantemente nuestros oídos, atrae nuestras miradas, é inesperadamente se apodera de nosotros por el escitante recuerdo de las candidas emociones de nuestra infancia y las locas alegrías de nuestra juventud. Volvemos á ella después de haberla olvidado imprudentemente, después de un viaje hecho á la ventura, como al santuario en que brillar parece con todo su fulgor, el fuego sagrado cuya llama vacila y se debilita muchas veces en nosotros.

Esta naturaleza que nos rodea, nos la ha dado Dios como un maestro y como un consuelo, como una madre y como una amiga. Se halla ligada á la existencia del hombre; reproduce su imagen en el curso de las estaciones, mece al niño en medio de sus flores, adormece bajo sus verdes follages las ardientes pasiones de la edad madura, abre en su seno una última morada al anciano. Vivimos con ella. A cada momento, nos sentimos atraídos hacia su seno ó instintivamente, ó por un impulso irresistible. Entonces, nos creamos en el seno de sus inagotables tesoros un asilo adecuado á nuestras sensaciones. Para algunos suele ser el bello ideal la casa blanca de Rousseau con sus verdes persianas, para otros uno de los lagos argentinos de Wordsworth: ya suspiramos por la isla solitaria ignorada y libre de Tomás Moore; ya por las espaciales *steppes* cantadas por los poetas rusos; en nuestros días de amarguras soñamos en las sombrías cañadas de Salvador Rosa, en nuestros días serenos en los esplendores del Oriente.

Sin salir de las espesas paredes que constituyen nuestra mansión nos vamos en alas de la fantasía á través del inmenso espacio, buscando y admirando alternativamente ya las mas graves, ya las imágenes mas risueñas, aquí la mar son sus olas de azul y esmeralda, allí los austeros bosques del norte, ó las palmeras con sus racimos de sabrosos frutos sazonados por su ardiente sol, ó las cimas de las montañas cubiertas de hielos eternos. Si no le basta á los caprichos de nuestra imaginación con uno solo de estos cuadros podemos sin gran-

de esfuerzo hallarle complemento, agregar las bellezas distintivas de un país á las de otro, la pedregosa montaña al valle fecundo, y las obras de la industria humana á la naturaleza primitiva.

Nuestro grabado representa una de esas composiciones de paisaje en que el artista procura reunir en un mismo punto, y formando un armonioso conjunto, vistas estudiadas en diferentes lugares; por un lado la escarpada montaña ostentando en su cima como un nido de condor, una fortaleza, una ciudad inaccesible, después un inmenso puente cuyos colosales arcos atraviesan toda la extensión de un lago; al otro lado este mismo lago tranquilo, dorado por un rayo luminoso de luz, surcado por ligeras embarcaciones, sombreado por árboles magestuosos, además la solitaria colina, atravesada por dos frescas corrientes, el espeso césped, las abundantes plantas en que se hunden las vacas hasta el pecho, en que los pastores hablan muellemente sentados el uno al lado del otro.

No se busque en ninguna de las regiones del globo esta escena, no existe en parte alguna. En una obra de la imaginación inspirada por diferentes obras reales, una estrofa de Ariosto, una página de los cuentos del Oriente. Que la poesía, ha dicho uno de los maestros de la antigüedad, sea como la pintura! Esta vez se hallan reunidas la pintura y la poesía, si el dibujo que presentamos, puede tacharse de un tanto vago, tambien es preciso confesar que atrae las miradas y habla al pensamiento.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS. (1)

PRIMER CUADRO.

DOS DESENLADES DE UN SOLO DRAMA.

I.

Solíamos reunirnos, y años hace por cierto, varios amigos en casa de un caballero de Madrid, á tomar café por las tardes, siendo pocas las que no se disputaba con harto calor sobre multitud de asuntos diferentes, y gracias al cielo, estraños todos á la política; porque nuestro huésped tenia prohibida la conversacion sobre tan peligrosa materia. No recuerdo ahora el cómo, mas si que nos engolfamos en una dilatada discusión sobre la preferencia que, en concepto de algunos de los circunstantes, merecian los pasados tiempos sobre los que entonces eran presentes; y, de argumento en argumento, de paradoja en paradoja, vinimos á hallarnos frente á frente con una cuestion capaz de arredrar á los mas profundos filósofos.

—Señores,—decía uno,—no hay que cansarse; los hombres son siempre los mismos; si nos parecen los antiguos mejores que nosotros lo somos, es porque la historia nos conserva los nombres y hechos de aquellos que, de una ú otra manera, descollaron sobre sus contemporáneos, mientras que las flaquezas de la multitud se pierden en el polvo del olvido. Pasiones tenían los romanos y vicios como nosotros; los soldados del Gran Capitan y de Hernán Cortés no valian ni mas ni menos que los del regimiento del señor....

—Perdóneme V. señor don Diego—replicó el oficial á quien se encaminaban las razones de este;—perdóneme V. que le interrumpa, pero no estamos en la cuestion. Que los hombres sean hoy en el fondo lo mismo que eran hace diez siglos, y que dentro de otros diez lo serán tambien, ni nadie lo niega, ni hay posibilidad de dudarlo...

—Estamos entonces de acuerdo,—interrumpió don Diego.

—Otra vez ruego á V. que me perdone; pero tampoco es eso. Dice V. que los hombres son siempre los mismos: en la esencia no tiene duda, porque no hay mano capaz de variar la índole de las obras del Creador; mas en los accidentes no, amigo mio, y mil veces no.

(1) Con este título va á publicar el SEMANARIO una serie de artículos que constituyen un trabajo emprendido hace años y en diferentes ocasiones por el señor Escosura, á quien las vicisitudes de la vida no siempre le han consentido dedicarse á las letras con la perseverancia que fuera de desear. En posición ahora de volver á sus aficiones literarias, nos asegura la continuación y conclusion de los presentes Estudios sobre las costumbres españolas, en las cuales hallarán, de seguro, nuestros suscritores, no solo amenisima lectura, sino que tambien, en el examen de la organización íntima de la familia, en la disección, digámoslo así de las pasiones del hombre, la solución de mas de un problema social, de los que la alta ciencia política ha dejado sin resolver. La presente novela apareció por vez primera en un periódico que se publicaba en castellano en París, y ha sido copiada en dos de Barcelona; pero como con ella estan enlazadas las demas que componen el conjunto de los Estudios, nos vemos en la necesidad de reproducirla.

Nuestras pasiones son siempre unas, pero la manera de expresarlas y satisfacerlas varía con los tiempos, circunstancias y posiciones de los pueblos y de los individuos. Las causas constantes son, yo lo confieso, los efectos no solo variables y variados, sino muchas veces diametralmente opuestos entre sí. Los soldados de Hernán Cortés y de Gonzalo de Córdoba combatían con pesadas armaduras de hierro. ¿Imagina V. que los de mi regimiento pudieran hacer lo mismo? —Mal argumento, señor mío, si argumento puede llamarse, es una comparación de esa especie. De lo moral hablamos, que no de lo físico. Un hombre cólerico, ahora como hace mil años, y mil años hace lo mismo que ahora, atropella por humanos respetos, maltrata á lo que mas ama y olvida hasta las leyes divinas. En una palabra, las cadenas de la civilización tienen mas ó menos poder, pero nunca tanto que resistan al constante esfuerzo de la naturaleza en ellas prisionera.

—Ni aun en eso concedo: la cólera misma se manifiesta de distintas maneras segun los climas que los pueblos habitan y la civilización que alcanzan.

—Algo hay de cierto en lo que dice Alfonso, —interpuso tomando entonces parte en la conversacion el amo de la casa, persona á quien por sus años, instruccion y bondadoso carácter, escuchábamos todos con deferencia, y que por su parte, ya fuese por no abusar del privilegio que se le concedia, ya por no perder el prestigio de que gozaba, solia rara vez bajar á la arena de las discusiones. —Algo hay de cierto, señores, en lo que dice Alfonso; ó por lo menos así me lo parece. El origen y tal vez el objeto de las pasiones son siempre unos: su marcha y resultados suelen variar á lo infinito. La vanidad, por ejemplo, se contentaba hace dos siglos con una venera de Santiago ó de Calatrava....

—Pero señor, —esclamó don Diego, —hablamos de pasiones.

—¿Y no lo es la vanidad? —preguntó nuestro huésped: —pero sea como V. quiera; dejemos á parte la vanidad, y ponga V. mismo otro ejemplo.

—Mil; un millon; los que V. quiera.

—Uno pido y me basta.

—Lo difícil está en la eleccion; porque la venganza, el amor, los celos, así de la muger como de la honra, son pasiones en que difícilmente me probará V. que influyan otras circunstancias que las del carácter individual.

Quedóse un tanto pensativo el amo de la casa, y nosotros mirándole con atencion todos, curiosos los mas, é inquietos algunos que en la discusion habian tomado parte. Alfonso, que jóven y vehemente, era de aquellos que *por cualquier niñería hacen campaña la iglesia*, tenia mas que trabajo en contenerse viendo la sonrisa triunfante de don Diego, quien, creyendo haber vencido al entre nosotros invicto campeón, solo por cortesía no cantaba victoria en altas voces: mas al segundo, al primero y á todos, nos sacó de nuestra preocupacion el anciano, volviendo á tomar la palabra, y diciendo de esta manera:

—Como creo que mientras discutamos en abstracto no haremos mas que cansar inútilmente los pulmones, ruego á V., señor don Diego, que si no lo ha por enojo, se siente, encienda su cigarro, tome una taza de ese café que corre riesgo de enfriarse, y me oiga de paso dos historietas no muy largas. Cosas de viejos, señores.... cuentos: pero que vienen aquí como de molde. Además la tarde está lluviosa y por consiguiente el Prado desierto: son Vds. míos y voy á abusar de mi poder.

Sentámonos todos alrededor de una muy buena chimenea francesa, sirviéronnos un excelente café de Moca, circuló un cajon de habanos y en pos de él un brasero de maciza plata; y por fin, en medio de una densa nube de humo de tabaco, como Moisés rodeado por las nieblas del monte Sinaí, empezó su relacion nuestro oráculo y Nestor.

—Allá en los tiempos de Carlos I., amigos míos, y en un pueblo de Andalucía cuyo nombre importa poco, vivia retirado á un su castillo cierto noble de edad como de cincuenta años, recia condicion, severo aspecto, pocas palabras y escelentes puños. Mal cortesano por naturaleza renunció á seguir al emperador así que sus heridas combinadas con los achaques de la vejez, siempre para los soldados prematura, le inhabilitaron para el servicio de campaña; y entonces, como ya he dicho, se retiró al castillo que su padre conquistó á los granadinos moros. Don Rodrigo, que así se llamaba el castellano, pasó algunos dias en aquel retiro entretenido en ver sus tierras y cortijos; luego cazó liebres, y conversó por las noches con el cura de la aldea inmediata; y por último, despues de acabar á palos y puntapiés con sus galgos, y de escandalizar al cura con sus soldadescas interjecciones, quedóse completamente aislado y aburrido. Ni la ocasion consiente, ni yo tengo datos para decir á VV. todas las varias, descabelladas é inútiles tentativas que hizo el buen caballero para pasarlo bien donde, atendidos su carácter y antecedentes, no podia

menos de pasarlo mal: pero fácil es de imaginar que de la elevada roca, sobre la cual, como nido de ave carnívora, estaba su solar y fortaleza, bajaria al vecino valle cual de los altos montes descendiendo con estrépito, salvando precipicios y arrollando peñascos, el torrente impetuoso á los tendidos llanos, que tambien deja despues para ir á perderse en la inmensidad de los mares. Quiero decir, bajando el tono, que buscaria la felicidad pasando del monte al llano, con tan poco fruto como de unas en otras situaciones la buscamos todos en este pícaro mundo. Veíasele, segun la tradicion refiere, ya á pie, melancólico y cejijunto, en las márgenes de los arroyos, descabezando adelfas y tronando cañas, como si fueran herejes alemanes, hasta que, con los últimos rayos del sol moribundo, se retiraba á su albergue, ya á pie con melancólico paso, ya á caballo galopando al borde de los escarpados precipicios, con mas visos de fantasma ecuestre que apariencias de humano ginete. En fin, durante algunos meses fué su vida tal, que si en cabeza de un cristiano pudiera entonces entrar la idea del suicidio, es posible que don Rodrigo pusiera término á su aburrimiento con apretarse la garganta hasta hacer imposible la respiracion.

Es de advertir que nuestro don Rodrigo así sabia de letras como nosotros de alancear moros, y que por lo tanto, fuera de oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, y de confesarse una vez cada dos ó tres meses, cuando no cazaba ó daba de palos á algun gañan poco avisado, sus ocupaciones se reducian á estarse mano sobre mano á solas con su mal humor; porque sociedad, ni él la buscaba, ni tenia maneras para encontrarla.

Si embargo, acontecióle ver en misa á una doncella de noble linaje, escasa fortuna, buen parecer, y modestos ademanes, que abrió brecha, sin que él mismo supiera cómo, en su empedernido corazon; y ya desde entonces la vida empezó á parecerle posible, aun fuera de los campos de batalla.

No se asusten Vds., amigos míos, que no voy á referirles lance por lance los amores del adusto guerrero: ellos fueron pocos y yo los diré sucintamente. Parecióle bien la dama en el primer domingo; esperóla al salir de misa el segundo, y supo donde vivia; repitió el tercero la misma operacion y averiguó, por medio del cura y valiéndose de las mismas astucias que acostumbraba á emplear interrogando á los desertores del enemigo, que su bella se llamaba doña Leonor, y que era hija de una viuda, noble y pobre; al cuarto domingo se personó con la madre de la niña; el quinto se corrió la primera amonestacion; y el séptimo recibió la bendicion nupcial.

Leonor era alegre como un gileguillo en los primeros dias de primavera, risueña como la aurora, impresionable como la sensitiva, apasionada como andaluz: don Rodrigo, ya les he dicho á Vds. lo que era. Unir al milano con la paloma fuera mejor que á la linda doncella con el áspero soldado: pero la miseria de la viuda, y el deseo de su hija de tener marido allanaron todas las dificultades. Verificóse, pues, como ya he dicho el matrimonio á despecho de la diferencia de edades y de condiciones; y no necesito decir á Vds. que dos años despues eran entrambos esposos los seres mas desgraciados que es posible imaginar. —Veó la sonrisa en los labios de Alfonso, y pareceme adivinar su pensamiento. ¿No es cierto, amigo, que allá en sus adentros está V. diciendo que siendo jóven, hermosa y discreta, no debian de faltarle consuelos eficaces á la esposa de don Rodrigo?.... Por desdicha ni entonces dejaban, ni ahora dejan las mujeres de hallar á mano esos que imaginan consuelos, y que si por un momento satisfacen su ofendida vanidad, es para cubrir de infamia á sus maridos, á sus hijos y aun á ellas mismas... Vuelvo á mi cuento. —Si, Alfonso: tambien habia mancebos barbilindos y galanteadores en tiempo del grande Emperador, y tambien entonces imaginaban algunas mal casadas que la mejor manera de mitigar las penas que á veces empozoñan el hogar doméstico, era el de hacerse la fábula y escarnio de las gentes... En resumen, un galán favorecido por la naturaleza con cuantas dotes faltaban á don Rodrigo, emprendedor como Pizarro, astuto como Ulises, perseverante como un avaro, y tan flexible en sus maneras, como obstinado en sus propósitos, logró hacerse amigo, segun costumbre, del marido, y algo mas que amigo de la mujer. —De todo el mundo tenia celos don Rodrigo, menos de Sancho, que tal era el nombre del dichoso amante; y precisamente desde que su honra naufragó, viéndolo á Leonor dificultar su lenguaje y modales, tener complacencias hasta entonces inusitadas, en una palabra, mostrarse dócil, sumisa y aun cariñosa, llegó á imaginar el buen señor que habia logrado conquistar el corazon de su consorte. Y aquí diré, aunque sea para abonar la opinion contraria á la que digo, que esa súbita variacion en la conducta y procedimientos de las esposas, ese pasar de la indiferencia ó tal vez del aburrimiento á la dulzura, cuando no al cariño, es y ha sido ser constantemente funesto sintoma de infidelidad. Por dicha el amor propio hace que los maridos atribuyan á su mérito y autoridad lo que solo deben á su desgracia; y así ellos viven tranquilos y satisfechos, y las damas sacan partido

de un expediente que, por conocido y antiguo, debiera serles de poco provecho.

Mas de un año duraron los adúlteros amores sin que ni la sombra de una sospecha emponzoñase la tranquilidad del esposo, ni el asomo de un recelo turbára las delicias de los culpables. Sancho, establecido en el castillo como si de la familia de sus dueños fuese, era el árbitro de los placeres de don Rodrigo y el acompañante de oficio de doña Leonor. Los criados, con ese tino que su posicion servil les dá, con ese tino que mas de una vez es causa de que el esclavo sea en realidad soberano de su dueño, se granjeaban la proteccion de su señora sirviendo con particular esmero al favorito; y si en cambio en la cocina comparaban mas de una vez con burlona sonrisa las despeinadas canas del castellano con la perfumada y negra cabellera de su *inseparable amigo*, cuidaban empero de que sus amargas chanzas no subieran nunca las escaleras que, del piso bajo conducian al principal.

La ventura y prosperidad suelen á veces inspirarnos peligrosa confianza, y aquellos que mientras se ven en riesgo notorio, despliegan un vigor, se conducen con un aplomo y destreza capaces de hacer frente á todo género de calamidades y de salvar cuantos obstáculos se les oponen, suelen ser precisamente los que, una vez persuadidos de que triunfaron, caen con mayor facilidad en los infinitos lazos que la suerte nos tiende. Así aconteció á nuestros amantes, que pensando con la posesion de su dicha habérsela asegurado para siempre, comenzaron á dejarse arrastrar por la inclinacion natural que todos tienen á hacer gala del san Benito; y tanto y tal hicieron, que ni bastó la venda que cubria los ojos de la victima, ni bastaran las tinieblas del Averno para que dejara de sospechar su desventura.

Haber hecho de la vida un continuo sacrificio á la honra; haber corrido mil veces á la muerte, sufrido el hambre, el frio, la miseria, solo por añadir un timbre á los heredados blasones; verse cubierta la cabeza de canas, acribillado el cuerpo á balazos, viejo antes de tiempo, y todo porque en la losa sepulcral se leyera un día: «Aquí yace un caballero que vivió y murió honradamente;» — y cuando ya la tumba se preparaba á recibirle, perder el fruto de tantos sacrificios, mirar la infamia sobre sus canas y nombre, solo por la flaqueza de una mujer.... ¿Se estremece V., Alfonso? ¿La sangre colora ese rostro en donde todavia la vejez no ha impreso la primera arruga?... Justa y noble indignacion: pero no olvide V. que todos los días, todos y en todas partes inmolan nuestras malhadadas costumbres, si costumbres son, la honra de una familia á la vanidad de un seductor, ó al capricho de una coqueta.

Nosotros, observadores imparciales y desinteresados, deplorando el extravío de Sancho y Leonor, quizá seríamos indulgentes con la pasion sincera y vehemente de entrambos; quizá, y sin quizá, le disculparíamos á él en gracia de lo irresistible de la tentacion; y quizá tambien perdonaríamos á la culpable considerándola jóven, hermosa y sensible, entregada á manos de un hombre brutal, grosero, incapaz de comprenderla, mas incapaz aun de interesarla: pero don Rodrigo, como todos los hombres, cerraba los ojos á sus propios defectos, y los abría á las ajenas culpas. Bajo la grosera corteza y rudas apariencias del antiguo soldado, se ocultaban un corazon vehemente, una energia, una violencia de pasiones comparables solo al fuego subterráneo, que oculto en las entrañas de áspero monte no dá señales de su existencia hasta que, rompiendo un día todos los diques, arroja á distancias inmensas, y convertidas en ardientes rayos, las heladas piedras que por siglos reposaron inertes sobre la cima de la montaña que le sirvió de cárcel. Sin embargo, los años, su natural reserva, la costumbre de luchar esperando siempre el momento propicio en que una flaqueza del enemigo asegurase la victoria, y mas que todo la natural repugnancia que todos tienen á creer que la mujer en quien depositaron su honra es indigna de tal confianza, todos esos motivos juntos le decidieron á contenerse y disimular por algun tiempo.

Poderosas son las causas que acabo de enumerar, y mas que suficientes sin duda para que no se precipitase don Rodrigo; pero otra de mas peso tuvo, y conviene no pasarla en silencio. No olvidemos la época. Todavía entonces, aunque próximo á desaparecer, reinaba en la sociedad en general, y mas particularmente entre los nobles y soldados, el espíritu de la antigua caballeria, la cual, entre sus máximas fundamentales, que ahora no debo ni calificar ni discutir, contaba la de que ofensas que interesaban al honor con la sola sangre de los ofensores podian lavarse. ¡Estraña contradiccion del espíritu humano! ¡Los mismos hombres que al pecho llevaban siempre, y que por penden tenían la cruz del que espiró pidiendo misericordia para los que bárbaramente le inmolaban, esos mismos, digo, se creian obligados á quitar la vida al mejor de sus amigos si una vez sola les faltaba á la mas pequeña de las atenciones á que por su categoria tenían derecho! — Como quiera que sea, don Rodrigo creia, como en la existencia del Omnipotente, que al darse por entendido del agravio que con sobradas razones sospechaba, iba á pronunciar dos sen-

tencias de muerte; y si vengarse de un rival, si privar de la vida á un hombre que mortalmente le ofendia, no era razon para detener á quien durante treinta años hizo profesion de dar muerte á guerreros que ningún mal le habian hecho, y solo porque militaban bajo distinta bandera de la suya; si castigar, en fin, á Sancho, no podia ser difícil ni trabajos para el airado castellano, herir al mismo tiempo á Leonor costábale inmensa repugnancia y hasta espanto le causaba. Así, amigos míos, arranca el labrador con presteza los cardos que entre el trigo crecen; pero antes de hacer lo mismo con las azules bellisimas florecillas que tambien roban á la dorada espiga los alimenticios jugos, contéplala como enternecido y tal vez vacila su encallecida mano al tronzar el tierno vástago.

Desde que don Rodrigo concibió la primera sospecha hasta el desenlace del drama que voy refiriendo, aparentemente continuaron las cosas en el castillo bajo el mismo pié que antes lo habian estado: pero en la esencia variaron las situaciones y trocáronse los papeles. Si digo que primero era el marido respecto á los amantes, lo mismo que un gobierno contra quien sigilosamente se conspira, juguete de los conspiradores; y despues los amantes, conjurados cuyo secreto posee la autoridad, tolerándolos por algun tiempo solo para acertar con mas seguridad el golpe mortal que les prepara, creo que esplico claramente las situaciones respectivas. Y tanto mas exacta es mi comparacion, cuanto que en el siglo en que sucedió el caso que refiero, era el marido con respecto á su muger autoridad soberana. Recuerden vds. que no trato de improvisar una novela, sino de examinar la influencia de las épocas, circunstancias y estado de la civilizacion en las pasiones; y llevarán en paciencia la prolividad con que analizo un suceso desdichadamente harto repetido.»

Aquí llegaba nuestro buen Anfítrion con el discurso de su historia cuando la campana del reloj de sobremesa anunció estrepitosamente la hora del teatro. Dábase aquella noche en el del Príncipe una ópera entonces á la moda, y todos habíamos convenido en asistir á su representacion: interrumpiósse pues, el cuento, aplazándolo para la tarde siguiente, y yo tambien daré aquí treguas á la pluma y descanso á los lectores.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



EL ANGEL DE LA GUARDA.

Esta bella escultura de gran mérito, sin duda alguna, es de mármol blanco de las canteras de Macael; unos la atribuyen á Mora, y otros con mas fundamento á Mena Medrano.

Esta estatua estaba colocada en un nicho sobre la puerta del convento de monjas del Angel de Granada; en 1836 fué llevada á los salones del museo provincial, de donde se trasladó al poco tiempo á la

sala de juntas de la academia de Nobles Artes. Allí la copiamos, aprovechando el buen efecto que hacia sobre ella una luz de 45 grados que entraba por una lucerna elevada de la misma sala, que antes fué biblioteca de los padres dominicos.

El tosco pedestal sobre el cual se halla colocada no es suyo.

Tanto por la perfeccion del desnudo, como por el buen gusto en la colocacion y movimiento de las ropas, esta escultura pudiera colocarse al lado de las mejores de la antigüedad.

Sobre todo, es notable la nobleza y la propiedad de la actitud.



SANCHEZ COTAN.

Lego cartujo y pintor granadino, célebre por la perspectiva y colorido.

El claustro principal de la Cartuja de Granada estaba ileno de sus pinturas. En el testero del refectorio se vé todavía una cruz al fresco, obra suya, que es la admiracion de los inteligentes naturales y extranjeros.

En las capillas situadas al pié del coro habia dos cuadros suyos, y otros cuatro de la Pasion en el cuerpo de la iglesia.

No tenia rival en la perspectiva.

En el museo provincial, situado en el estinguido convento de Santo Domingo, se conservan los siguientes lienzos de Cotán: — En el salon de *profundis*, ocho; en el salon llamado de las Galerías, diez; en el salon último, diez y ocho. Casi todos representan pasajes de la historia de la orden, y entre ellos se distingue el martirio de los monges, durante la persecucion que sufrieron en Inglaterra.

En uno de estos cuadros, y confundido con los otros religiosos, se vé el retrato de Sanchez Cotán, hecho por él mismo, y de allí lo hemos copiado.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HENRIQUE GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Velloodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza
Una legua tierra adentro
Cierta iglesia solitaria

Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es así: pues del cerro
En la contrapuesta falda
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético
Aunque no está en ningún mapa
Ni se lee en ninguna historia:
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañuelas enanas;

Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sauces
Que en los arroyos se bañan
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué: en los dinteles
De sus roídas portadas
Conserva aunque ya borrados
Sus nobles escudos de armas.
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se ve la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,

Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas.
Que ocuparon algún día
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban.
Hoy sirven los aposentos
De graneros: sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas: lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque, las zagalas;
Y en las yerbas, que á las flores
Que dió algún día reemplazan,
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al son de un harpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viagero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.
Y aunque de feudal grandeza
no escita memorias altas,
Ni bien del décimo-sétimo
Siglo, la noble arrogancia
Casi recuerda, los ojos
Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita
Que deleitan si no encantar.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas.
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcazar
Risueño paisaje á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo pues aunque escaso en nimen,
Y pobre asáz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas.
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me la imagino
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla,
De la centuria pasada,
Del tiempo de D. Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisaje
La poesia derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas:
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la fama
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadernada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretejer un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galán la tardanza.

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celages
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertía en rayos oblicuos
La tibiaz luz de la tarde

Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pie el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no apriesa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del día
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles,
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follage,
Le despedían con trinos
Y con gorgoros las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages,
Mecia las verdes hojas
Con harmonia agradable.
Del pastor que recogía
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su son ronco y salvaje,
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes,
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El son de los esquilonas
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol trasparenteándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona,

A este campestre paisaje
Dan harmonia tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el final errante
De la luna en su creciente
Fué poco á poco animándose.
El aun incompleto círculo
De su misteriosa imágen
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa
Y el aura purificándose
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del Palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro
Y hácia el lugar acercándose
A la puerta del Palacio
Que sobre la senda cae,
Una muger en silencio
Le contempla aproximarse.
Bajó el viagero la cuesta
Y el bruto en lo llano hallándose
Alzó relinchando el trote
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta y mirándose
Frente á la muger que en ella
Seguia inmóvil mirándole,
La dijo en tono cortés
Ligeramente inclinándose:



«¿Podeis hacerme merced,
Buena muger, de indicarme
Alguna casa en que quieran
Por esta noche hospedarme?»
La muger que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: «no será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedage
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.»
—«Flor» dijo adentro una voz,
Y ella dijo—«aquí estoy padre.»
¿Quién es? preguntó el de adentro.
—Un forastero.

—¿Qué trae?

—«Mucha fatiga, y un poco
De plata que acaso alcance
Para pagar de esta noche
Si le encuentra el hospedage.»
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo al de adentro
Dirigiéndose y no en valde:
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle.—
«Caballero, pues por tal
Os da vuestro porte y traje;
Aquí no hay posada alguna
Dó os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad: mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.
—Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa y la aprecio
En todo cuanto ella vale.
Y así diciendo el viajero
De su caballo apeándose,
Entró en la casa, el anciano
Hacia las cuadras guiándole.
Mostróle un pesebre y heno
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro
Comenzó atento á ayudarle.
Mas no era el recién llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.—
Agradecióselo el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
De el potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le hechó una traba á las manos
Porque n o se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Cariñosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo—«cuando gustares.»
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño
Dijo alto; ¡quieto, Brillante!
Y tomó la ancha escalera
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Después que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,

Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta
A través de cuyos quicios
Se veía luz; y abriéndola
Ante el mozo, «entrad, le dijo,
Haciéndole reverencia.—
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubría,
Que aunque de tráma grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan que aun huméa.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillón de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillón
Que el viejo se siente espera.
Mas este hacia el caminante
La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oracion secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un gayan con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera
Que juntos sus personajes
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientras ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su exterior todavía
Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta.
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguilona,
Su boca algo desdenosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osalia y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran

Su noble sangre y riqueza.
La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello en cuya piel suave
Y blanca se transparenta
El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestran
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea.
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personajes
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

EL VIEJO.

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO.

Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

EL VIEJO.

Pesares ó fantasías
Veo, ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oídme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enagena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina
Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta.
Y hay ideas que los mozos
En su corazon engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Tropeceis en rudas penas.

EL FORASTERO.

Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la experiencia.
Mi alma aunque en cuerpo de mozo
Escucha siempre y respeta
De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma de pasión agena
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.

Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.—

EL VIEJO.

Antes de que la empezeis,
Tomad caballero en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conocéis apenas

EL FORASTERO.

No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza.—
Hacia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez

EL FORASTERO.

Señor:

Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confianza
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra.—
Hablare, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO.

Yo os agradezco buen jóven
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.—
Diciendo así, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aun
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo «os escucho» y el otro
Empezó de esta manera.

Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas
A Francia que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y á donde gloriosamente
El rey Luis catorce impera;
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas taras,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho
Refin poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera

Do quiera en aquel país
Halló sazón de contienda.
Por fin con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras
Di vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega
Recibieron mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos
Mas tambien fortuna inmensa:

Mis estudios y mis viages
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mi vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito
Y el mimo de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
de sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.

Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre regia
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,

Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afares del porvenir,
Y con lo futuro sueñan;
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,

Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una mujer
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa;
Partir mi amor respetuoso
Mi favor y mi opulencia
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio tragara.

Vi pues que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
causa de alguna vergüenza.

Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la excelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afán victima nécia;
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia;
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad
y la razon tal demencia.

Esta es mi historia señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca
Mas rico soy, y no busco

Muger que doble mis rentas;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya
Muger virtuosa quiero
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Muger quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera
Si tal no la hallo, la vida
Asi en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

EL VIEJO.

Por Dios que os honran, maneco,
Opiniones tan opuestas,
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.

EL FORASTERO.

Dejad buen viejo; por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

EL FORASTERO.

Quédese aquí.

EL VIEJO.

Aquí se quede;
Mas para qué no os parezca
Que correspondo menquizo
A la confianza vuestra
Os diré en cuatro palabras
mi historia.

EL FORASTERO.

Jamás hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.

EL VIEJO.

Os comprendo; habeis notado
Que hay en mi cierta estrañeza,
Que con mi ser de labriego
Casa mal y se despega;
Y acaso me hayais lenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena,
Mas no: mi historia es sencilla
Y de asombros tan agena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.
Y aquí cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en esta
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

(Continuará.)



PUREZA. — FELICIDAD.

La lámina anterior es un mero capricho de artista; una sencilla, pero graciosa escena de inocencia y de bien estar. La pintoresca perspectiva del terrado de una casa de aldea, por cuyo frente trepan caprichosamente algunas plantas de enredaderas sobre las cuales se distingue la jaula en que una paloma bate alegremente las alas al ver á

su ama, sirve de marco á la graciosa cabeza que campea en medio de aquel, cuadro armonioso y encantador. El dibujante ha sabido imprimir á esa figura que riega tranquilamente las plantas, una tinta de pureza enteramente acorde con los accesorios que la rodean.

ISLA DE CUBA.

ARTÍCULO PRIMERO.

Siempre el día que sirve de término á un viaje, es saludado con indecible placer..... pero este placer es inmenso, casi no conoce límites, si el viaje de que se trata ha sido hecho en un buque de vela, que desde la bahía de Cádiz hasta la de la Habana no ha dejado de estar en movimiento. ¿Sabeis vosotros, los que nunca hayais perdido de vista las torres de vuestro pueblo, qué cosa es vivir por mas ó menos espacio, en uno de madera que flota á merced de los vientos, y cuya suerte es tan incierta como la huella momentánea que en pos de sí vá imprimiendo en el anchuroso piélago? ¿Y podeis comprender que existe humana resignacion para no ver un día y otro sino los mismos objetos, y para encontrarse en todas direcciones á mil leguas de la tierra? Mucho tiene adelantado para inglés el hombre que haya efectuado largas navegaciones. Por lo demás, el arribar á puerto es cosa segura, si el buque *no se ha pasado por ojo*, ó estrellado contra alguna costa, cavo ó bajo, de esos que por desdicha son mas altos de lo conveniente.

Era el 11 de agosto del año próximo pasado, día en que justamente hacia un mes de nuestra salida de España..... El sol ardiente y magnífico de América, cercano ya á hundirse en los horizontes de ocaso, dibujaba al esparcir los últimos rayos de su lumbre, mil caprichosos y variados celajes, que á manera de cordilleras iluminadas, se destacaban en un cielo de purísimo azul. La brisa refrigerante de las regiones tropicales mitigaba el ardor de un estío riguroso que habíamos comenzado á sufrir desde que perdimos de vista el encumbrado pico de Tenerife; y esta misma brisa tan fresca, tan consoladora, traía á nuestra embarcacion anhelados y exquisitos perfumes. No era este solo indicio de tierra el que habia hecho subir precipitadamente sobre el camaranchel de popa á los tripulantes del velero bergantín *Joven Emilio*, que á favor de un delicioso nordeste hendia rápidamente las olas. Diferentes aves de pintados y brillantes matices revoloteaban hacia rato en derredor del velamen; y en direccion á la proa distinguíase una masa informe y oscura, que dejaba de serlo con ayuda de un buen anteojo, objeto de las caricias generales.

El grito de ¡tierra! ese grito heroico y salvador dado tres siglos antes por Cristobal Colon en las propias regiones, habia sido lanzado ya por un marinero desde el elevadísimo tope, y la bandera nacional, izada oportunamente, ondeaba con magestad por los mares de las Antillas, y parecia recobrar el pasado esplendor y alta gloria con que en ellos tremoló por vez primera.

Mas tarde nos encontrábamos fondeados en una estensa bahía, poblada de numerosas naves de todas naciones, y cerrada por fortalezas formidables, como el *Morro*, la *Punta* y la *Cabaña*. Las mil querellas que se suscitan irremediablemente á bordo de un buque en una travesía larga, habian desaparecido ya: tampoco se retrataba en los semblantes la angustia producida por el temor de los constantes peligros del mar. Todo era alegría, felicitaciones y preparativos para saltar en tierra; todo era admirar el panorama seductor de los verdes y floridos campos de Cuba, que rodean semicircularmente la pintoresca y floreciente ciudad, centro y corte de la siempre fiel Antilla. ¿Quién al contemplarla no pronuncia con entusiasmo el nombre del atrevido Almirante, que en alas de la ciencia y el genio voló á descubrir tan rica, tan inestimable perla? ¿Quién no recuerda con orgullo, si alimenta en su pecho un corazon español, las inclitas glorias de España, de que la isla de Cuba forma el mas bien escrito poema? ¿Y quién, por último, no olvida los riesgos de la navegacion, la ausencia del suelo en que vió la luz primera, y hasta las fatalidades del destierro, en vista de un cuadro tan magnífico, que basta por si solo para traer á la imaginacion los bellos cuentos y las poéticas descripciones hechas de América por distinguidos escritores, y grabadas en la memoria de todos con misterioso placer? Por nuestra parte, y á pesar de los infinitos sinsabores que debia causarnos el arribo á un pais extraño, al cual llegábamos contra nuestra voluntad, fué tan grande la emocion que sentimos en aquellos instantes, que impresionados fuertemente, hicimos los siguientes versos, que no tienen á nuestros ojos otro mérito que el de la verdad.

A CUBA.

El génio de los Trópicos me inspira
en la hermosa rejion del Nuevo Mundo,
y un acento arrebatado de mi lira
á la vez melancólico y profundo.

Perla del mar, Antilla codiciada,
contemplo tu esplendor absorto y mudo;
de un vate oye la voz enamorada,
aurora de Colon, yo te saludo!
Soñaba yo un eden grato y hermoso
en los dorados sueños de mi infancia,
un suelo encantador y delicioso
de un aura pura de eternal fragancia.
Y se estasiaba allí mi alma embebida
percibiendo el olor de ricas flores,
y la llamaba en mi ilusion querida
la tierra del placer y los amores.
Esta rejion de dulce bienandanza
ansiosa procuró la mente inquieta,
sin perder de encontrarla la esperanza
que profetiza el sueño de un poeta.
América, eres tú....! yo te veia;
mis sueños tu belleza me pintaron,
y antes de contemplar tu lozanía
ya mi alma y mis versos te cantaron.
Y hora á la chispa del divino fuego
que en grata inspiracion mi pecho inflama,
apenas la pasión á que me entrego
puede expresar lo intenso de su llama.
Necesito cantar; fieros rigores
mi edad aun muy temprana marchitaron,
y de agudos, tristes dolores
la senda de mi vida envenenaron.
Y tras largo pesar y desventura,
y cuando tenga el corazon marchito,
pues le pudo inflamar tanta hermosura,
cantar á la hermosa necesito.
Os saludo otra vez, campos risueños,
de la virgen América la palma,
poéticos paisajes de mis sueños,
ilusiones queridas de mi alma!
Como quieren las auras en el prado
la mas preciosa flor, la mas brillante,
ó como estima el ruiñen pintado
del esplendente sol la luz radiante,
y como fuese amante enamorado
adora la belleza de su amante:
¡oh suelo virginal del nuevo mundo,
asi te adoro con amor profundo!

Mientras que de este modo pagaba tributo á la afición que desde los años mas tiernos ha dominado mi espíritu, y emborronaba mi cartera con los anteriores versos, la falua de sanidad, y los *guadaluños* (1) de pasaje habian abordado el bergantín, recojiendo aquella la patente de sanidad, y otros documentos que las ordenanzas marítimas prescriben, y preparándose estos (los *guadaluños*) á conducir á tierra los pasajeros. Sin embargo, yo que lo era tambien, y que en tal concepto habia atravesado igual número de leguas que los demas, debía por entonces verme privado de entrar en la hermosa poblacion que veia, que casi tocaba con las manos, y que era para mi otro suplicio de Tántalo. En cambio nos embarcamos en direccion á la fortaleza de la *Cabaña*, á la voz de un ayudante rigido y exacto si los hay, pero que por otra parte se conolió de nuestra suerte, segun tuvo la bondad de manifestarnos. Nuestros lectores habrán comprendido ya cual era nuestra situacion; nosotros que deseamos desechar recuerdos tristes, no explicaremos la angustia de que estábamos poseidos al atravesar los innumerables fosos y rastillos de aquella estensa mansion, sobre la cual la noche derramaba todas sus tinieblas.... habiamos dejado atrás el océano para variar de prision, y nada mas.

Doce dias estuvimos en la *Cabaña*, en los cuales tuvimos harta ocasion de observar lo soberbio, lo grande de esta fortaleza de que decia Carlos III lo siguiente: «Si desde mi palacio de Madrid hasta ella pusieramos una hilera de pesos fuertes, no habria para pagar lo que me tiene de coste su construccion.» Colocada en frente de la ciudad, que domina y podria destruir en dos horas, sostenida por lcs no menos fuertes castillos del Morro y Principe, y capaz por sus anchos y espacios cuarteles de una inmensa guarnicion, seria la primer fortaleza del mundo, y el mas indestructible valladar de toda invasion por mar ó tierra, si una fatal circunstancia no tenida en cuenta por su arquitecto, no hubiera hecho conocer que dicha fortaleza es accesible por la última parte. A muy poca distancia de la *Cabaña*, se eleva una gigante loma que parece destinada á bombardearla y destruirla; esta altura colosal, una vez tomada por los enemigos, es la llave de casi to-

(1) *Guadaluños*.—Este nombre dan en Cuba á unas botes pequesitos que cruzan en grueso número y con mucha rapidez la bahía.

dos los puntos de defensa edificados en distintas épocas, como en demostración de cuanto han estimado siempre nuestros monarcas, la incomparable joya que el mar eternamente circunda. La Cabaña está guarnecida por un regimiento que se releva todos los años, y tiene un gobernador que es ahora el señor Brigadier Conti, persona que recordamos con ese imborrable agradecimiento que profesan los que se han encontrado privados de libertad, á aquellos que tan penosa condicion

han sabido hacer llevadera. Por lo demás, la Cabaña es una especie de pueblo, con sus calles, plazas y pascos, y con sus bailes y tertulias que improvisan diariamente las familias de los oficiales, en que reinan por lo común la franqueza militar, y la del país: dos franquezas que mezcladas producen una de buenísimo efecto.

Dada por el Excmo. Sr. Capitan General la orden de soltura, y ejecutada esta por el mismo ayudante que nos había conducido, revan-



Cristobal Colon (1).

cha que tomó con satisfacción suya y nuestra, nos embarcamos en un guadaño que rápido como el pensamiento, y á través de estrechos canales que formaban los innumerables y apiñados buques, nos condujo al hermoso muelle de *Caballería*, fabricado de rica caoba, que apenas puede sostener el peso de la azucary onzas de oro que en las horas de faena le oprimen. El aspecto de tanta riqueza nos hizo convencer bien presto de que entrábamos en uno de los puertos mas florecientes y mercantiles del mundo.

Como sabíamos que la Habana no era notable por sus monumentos, sorprendimos mucho el erigido en memoria de la primera misa que en ella se dijo (2).

Está situado en uno de los costados que forma el cuadrado de la plaza de armas, junto al cuartel de la *Fuerza*, y frente al palacio de gobierno. Hasta 1754 no existía en dicho sitio otra memoria que recordase tan solemne acontecimiento, que una corpulenta *ceiba* (3), testigo de él, y que las injurias del tiempo, ó mas bien la falta de cuidado ha hecho que desaparezca. En el mismo año, y reinando D. Fernando VI, mandó construir el Mariscal de Campo D. Francisco Cajigal

de la Vega, un bello obelisco que existe todavía. Nada se hubiera conseguido con esto, porque las casas labradas en derredor, y los escombros le habrían sepultado como á la sagrada Ceiba, si ganoso el general Vives de eternizar el primer tributo dado por nuestros padres á la religion en el suelo de Cuba, no hubiera mandado construir el hermoso templete de que nos ocupamos. Comenzó la obra el día 21 de noviembre de 1827: su figura es la de un paralelógramo rectángulo, de treinta y dos varas este oeste, y doce norte sur, y está cerrada por una gran verja que tiene diez y ocho pilares de cantería; el obelisco de que hemos hablado sobresale en el centro. El templete se eleva sobre seis columnas toscanas con basamento ático y tiene veinte y seis pies de latitud, y treinta y seis de longitud. Cuatro sencillas pilastras de los mismos órdenes terminan esta delicada arquitectura. En el mainel de la portada, y en el escudo de las armas que ostenta, léese la siguiente inscripcion:

La siempre fidelísima ciudad de la Habana.

Al célebre cuanto virtuoso obispo diocesano D. José Díaz de Espada y Landa, se debe un busto que hizo construir á su costa, de Cristóbal Colon, trabajado en marmol, y que puesto en un nicho es la primera cosa que se observa al entrar en el *Templete*. Hay ademas en él tres cuadros de poco valor artístico: el primero representa la instalación del primer ayuntamiento de la Habana; el segundo el acto en memoria del cual se ha elevado el *Templete*, y el tercero, por último, la inauguración de este.

En la actualidad el precioso monumento que hemos descrito, ne-

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores hacia este retrato, que tiene el mérito de ser copia exacta de una rarísima, hecha del natural en Roma por mano maestra.

(2) No ha podido entrar la vista en el ajuste de este número.

(3) Arbol gigantesco por su elevacion y tronco gruesísimo, respetado del rayo, y perseguido de parásitos; es silvestre, muy común, y de vida dilatada; sus hojas alimentan á los animales; su abundante lana se aprovecha para colchones, almohadas, y otros usos, etc.

(Diccionario provincial de voces cubanas.)

cesita reparacion, para cuyo laudable objeto efectuó el Liceo una funcion hace algunos meses. Como entonces formábamos parte de la redacción del *Diario de la Marina*, tuvimos el gusto de manifestar lo conveniente, lo indispensable de que el *Templete*, padron de tan santos y gloriosos recuerdos, se salve de la ruina que le amenaza.

EMILIO BRAVO.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

PRIMER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

II.

A la hora acostumbrada estábamos reunidos la mayor parte de los concurrentes de la tarde anterior en casa de nuestro amigo, cuyo nombre, que era don Antonio, no he dicho todavía á mis lectores. Faltando, sin embargo, algunas personas, se convino en suspender la prosecucion del cuento interrumpido, hasta que estuviésemos todos; y enretanto recayó la conversacion, como era natural, sobre el punto que estaba pendiente.

Don Diego, que no renunciaba fácilmente á sus opiniones, y que además estaba un tanto mortificado viendo que le combatia don Antonio, fué quien primero renovó la lucha diciendo:

—Dos cosas pienso de la historieta de ayer, señor don Antonio: la primera que es asunto trillado, y por lo mismo sin interés; la segunda que va á ser argumento *contra producentem*, como se decía en la universidad cuando éramos muchachos los dos.

—Contestaré,—repuso el interpelado,—que yo no prometí á Vds. una novela, y que los sucesos reales y verdaderos de esta prosáica vida que nos cupo en suerte, ofrecen rara vez el carácter dramático y original con que, á costa de la verosimilitud, nos interesan los libros de pura invencion. Esto en cuanto al primer punto; por lo que al segundo respecta déjeme V. concluir y juzgará luego.

—Yo,—dijo Alfonso,—quisiera á decir la verdad, que el señor don Antonio pusiera un poco mas en evidencia á sus personajes, que los hiciera hablar á ellos, y dejase á cada uno de nosotros el cuidado de deducir las consecuencias de los hechos.

—Lo que V. quisiera, amigo mio,—contestó el huésped,—es que yo con mis sesenta años y mi peluca y todo, le pintase muy al vivo los transportes de Sancho y Leonor, poniendo en primer término del cuadro á los dos amantes, y en el fondo, para dar sombra y por consiguiente realce á los culpables, al marido víctima, pintándole con tan negros colores, que todos á una voz clamáramos anatema y maldicion sobre el tirano! No por cierto: no lo haré, porque á mis años ya no se ven las cosas al trasluz del prisma de las pasiones; no lo haré, porque en mi entender pintar el vicio con los mismos colores que el heroísmo es abusar criminalmente del talento; no lo haré, en fin, porque el objeto que me he propuesto es el de hacer un estudio analítico de dos épocas distintas, comparándolas entre sí, y no el de interesar con dos historietas que nada ofrecen de particular. Si Vds. creen que la cuestion pendiente vale la pena de que prosiga, lo haré; sino hablemos de la ópera de anoche; y de todas maneras tomemos café.

Rogámosle todos que continuase su cuento, y en efecto, lo verificó nuestro complaciente amigo de esta manera:

—Vamos á dar un gran salto, Señores, trasladándonos á unos tres siglos, poco mas ó menos, despues de la época en que ayer dejamos pendiente nuestra historia; y para que la transicion de sucesos á sucesos no sea tan violenta, digamos algo del teatro de la nueva escena.

Imaginen Vds. que estamos, como ayer, en Andalucía, pero no ya sobre un alto cerro sin mas edificio que un castillo feudal, sino en una villa de mediana poblacion, edificada sobre la vertiente del monte y coronada por una especie de palacio, en cuya fachada dórica se revelan los arquitectos del tiempo de Carlos III; pero que con dos torres, ruinosas la una, si bien conservada la otra, da testimonio de su origen y uso primitivo. Al angosto sendero del siglo XVI ha reemplazado anchuroso camino practicable para los carruajes; orillas del arroyo antes solitario se levantan blancos molinos de aceite; y á la roja flor de la amarga adelfa, á la nieve de los salvajes lirios, unen su ver-

dura y lozanía el naranjo, el limonero y el olivo. La mano de la civilizacion ha cambiado el aspecto de la que fué frontera del Moro; y si bien la guerra de la independencia, reciente en la época á que ahora me refiero, dejó estampadas sus huellas allí, como en toda España, con numerosas y humeantes ruinas; con todo eso, la accion de tres siglos hizo prodigios, y si los contemporáneos de Carlos I resucitasen, difícilmente reconocerían aquella region.

Era una tarde del invierno, iba el sol á ocultarse entre cenicientas nubes, y sus tibios rayos coloraban apenas las ennegrecidas piedras de la antigua torre, cuando con asombro del cura, del médico y de algun otro personaje de la villa, que en el camino daban su acostumbrado paseo, comenzó á subir hácia el palacio, al trote de ocho rozagantes mulas, un coche de colleras, mole inmensa, mas propia para dar idea del reposo de los cuerpos que para instrumento de locomocion. Entonces no habia, señores, otros medios para viajar; hoy, merced al cielo, tenemos ya en España diligencias aunque pocas.

Feliz acontecimiento fué para los paseantes la llegada del coche, pero mas completa fuera su ventura si unas malhadadas persianas verdes no impidieran al mas curioso é intrépido de todos ellos (el barbero seria), que al efecto subió sobre uno de los guardacantones del camino, penetrar con la vista en lo interior de aquella máquina dorada y estofada á manera de retablo de Churriguera, y ver por consiguiente quien ó quienes eran el caminante ó caminantes que á la villa venian. Mas el zagal entre las dos mulas delanteras, y el mayoral sobre su pescante, corriendo aquel con estraña ligereza de piernas; voceando este con pulmones de bronce y descargando latra ya ya sobre la *Morota*, ya sobre la *Coroneta*, que formaban su valeroso par de lanza, se dejaron bien pronto atrás á los curiosos envueltos en una nube de polvo, ocultándose á su vista en una de las muchas vueltas y revueltas del camino, merced á las cuales era posible al tiro arrastrar el coche hasta la cima del monte.

¡Oh, si yo fuera uno de aquellos bienaventurados narradores cuyo talento descriptivo estiende, deshe y, por decirlo así, disuelve los sucesos, en un mar de entretenidos y maravillosos pormenores! Entonces me los llevaria á Vds., mi caros oyentes, como por la mano á la casa del cura, haciéndoles asistir, ni mas ni menos que el ama de su merced, á la tertulia que bajo la campana de la chimenea, cuyo vuelo no se estendia á menos de un buen tercio de la cocina, tenían todos los paseantes y algunas personas mas de la villa. Faltábame entonces solo la pluma, festiva á par que docta y tan ligera en las formas como en la observacion profunda, de ese escocés llamado Walter-Scott, cuyas obras han dado á la novela una importancia que, desde Cervantes y Lesage acá, no tuvo nunca; faltábame, digo, esa pluma no mas, y yo entonces repetiria un coloquio en el cual se apuraron cuanto la ociosidad curiosa, la lógica desconcertada, y la mordacidad mezquina de un pueblo corto pueden inspirar á gentes, en el fondo buenas, pero escitadas por el impotente deseo de saber lo que ignoran. Y todo esto, amigos míos, porque el consabido coche habia entrado en el palacio, cerrándose tras de él la puerta cochera, y sin que ni los criados del conde San Justo, que lo habitaban ordinariamente, ni persona alguna saliera á dar noticia de quien eran los recién llegados.

No crean Vds. que voy á dejarles con igual curiosidad; antes al contrario, siganme al patio interior del palacio, cuadrilongo formado por cuatro pórticos ó soportales, en cuyas columnas, del mismo orden que la fachada, estribaba una galeria, ostentando sobre el arco del centro de cada lienzo un escudo de armas ó esculpido con inteligencia en el blason y gusto en el dibujo; y si quieren Vds. llegar conmigo hasta el pié de una ancha escalera de piedra, donde la falta de uso dejó crecer la yerba entre sillar y sillar, verán abrir la portezuela del coche á un sumiso mayordomo, y bajar de él á dos personas: un hombre y una mujer.

Bajó aquel primero y tendió grave y cortés la mano á la segunda. Ella, alargando la suya y apoyándola apenas en la de su acompañante, salió del coche y con trémulos pasos comenzó á subir la escalera.

Alto de cuerpo, nervudo de constitucion, blanco el cabello, severo el aspecto, grave en el porte y envuelto en un gran *carricó* ó capote con muchas esclavinas que entonces era de moda, con planta firme subía el hombre en pos de la dama, siendo de notar que iba de media de seda blanca, calzon corto del mismo color, y zapato con hebilla, traje que ni en aquel tiempo ni en ninguno se ha usado para viajar. En cuanto á la señora, parecia tener la tercera parte de los años que el que iba en su compañía, es decir, unos 19 ó 20, y su rostro, singularmente pálido, era bello á pesar del sobresalto que en él se notaba. Por lo que respecta al traje no ofrecia menos contraste el de aquella señora con su situacion que el de su acompañante, pues debajo de una especie de capoton ó sobre todo de esquisito paño de Damas se dejaba ver ya por una parte ya por otra, un magnífico vestido de raso blanco guarnecido de primorosas artificiales flores. Todo

lo observaba el mayordomo con gran sorpresa, pero guardábase bien de hablar palabra y hasta de manifestar alteración en el semblante; porque su amo el conde de San Justo, que era quien con su joven esposa acababa de llegar, gustaba poco de curiosos é impertinentes, y menos de que sus criados se metiesen en mas honduras que en cumplir con sus obligaciones respectivas.

Dos palabras sobre el Conde: militar desde sus mas tiernos años, como de tiempo inmemorial lo habian sido siempre todos sus abuelos, era ya coronel de un regimiento provincial y brigadier de infantería, cuando estalló la guerra de la independencia. En ella combatió como buen español y excelente soldado, obteniendo, mas aun que por su nombre y posicion social, por su valor intrépido y su inflexible firmeza en el mando, el empleo de teniente general y la gran cruz de San Fernando. Como militar era estimado, como jefe temido, y como funcionario público gozaba de la mas alta reputacion de integridad; mas como hombre pocos le amaban. ¿Por qué así? Su carácter taciturno, un espíritu de orden que frisaba en exagerado rigorismo, una severidad en hacer justicia que, no dando nunca oídos á la misericordia, parecia muchas veces crueldad, y es posible que algunas lo fuese, eran defectos que deslustraban dotes y buenas prendas que, por otra parte, nadie le negaba. Tan cierto es que en este mundo hasta la virtud misma ha menester ser amable para que la amemos. Tal era, Señores, el Conde de San Justo, esposo á los 60 años de una linda muchacha, galá y ornato de las riberas del Betis.

Bastó y aun sobró tanto tiempo como acabo de gastar en mi tosco retrato del Conde para que él y su mujer llegaran al piso principal, y fueran por el mayordomo introducidos en una espaciosa antesala oscura mas que por falta de luz, por sobra de tapices en las paredes y profusion de damascos en las ventanas.

Antes de pasar adelante, bueno será decir á Vds. que conozco el lugar de la escena por haberlo habitado durante algunos meses, y que sé todos los pormenores del suceso de boca del mismo mayordomo, en quien hizo profunda impresion, y que gustaba de referirlo mas de lo que lo discrecion aconsejaba.

Habia, pues, en el fondo de la antesala una grande y tallada puerta de nogal que comunicaba con el estrado ó sala de recibo; á la izquierda, otra que daba paso á las numerosas habitaciones de la parte moderna del edificio; y otra, á esta frontera, ligaba al palacio con el antiguo castillo por medio de una inmensa galería, cuyo extremo opuesto era ingreso á la mejor conservada de las dos torres de que me parece haber hecho ya mencion.

La hora, lo inesperado del arribo de sus amos, y mas que todo la sorpresa que lo singular de su traje le causaba, hicieron que, vacilando el mayordomo en cual de las puertas habia de abrir, la del estrado ó la de las habitaciones, y deteniéndose en medio de la antesala, se volviere á sus amos con intencion de tomar sus órdenes; pero el Conde sin darle mas tiempo que el necesario para que acabase de fijar en él la vista, señalando al mismo tiempo la entrada de la galería:—Por allí, don José, dijo.—Es de advertir que en los veinte años que don José llevaba de mayordomo apenas habia tenido ocasion de abrir la puerta que se le señalaba, mas que para enseñar la galería á alguno que otra curioso viajero; porque la habitacion de la torre, si bien conservada como histórico monumento de la familia, jamás fue ocupada por ninguno de sus individuos. Así no estrañarán Vds que, lleno de admiracion, dejase, acaso por vez primera, de obedecer instantáneamente la orden recibida; pero el Conde repitió con acento breve y enérgico tono:—Por allí don José por allí he dicho;—y el criado, buscando solícito en el manejo de sus llaves la de la antigua y maciza puerta, abrióla de par en par con cuanta presteza pudo. Entonces, sombría como la incierta luz del crepúsculo de la tarde, silenciosa como un sepulcro, y lóbrega como una prision, mostróse á la pálida y aterrada dama aquella galería donde, ni aun en mas alegres momentos, osó nunca penetrar sin que un presentimiento indefinible, un terror vago de aquellos que hielan la sangre en las venas sin que la razon acierte á darnos cuenta de la causa que lo motiva, hiciera palpar su corazon. Habia ya el mayordomo entrado en la que fué parte del antiguo castillo; sus pasos, aunque mesurados, resonaban en la maciza bóveda; y el Conde indicaba con severo ademán á su esposa el camino que debia seguir: mas ella, cual si sus plantas hubieran echado raíces en el suelo, permanecía inmóvil. Conociendo que no le seguian, arriesgóse don José á volver atrás la cabeza, y vió á su señora mas pálida que nunca, levantar sus ojos arrasados en lágrimas al rostro de su marido, cruzar las manos en actitud de súplica, mover los labios como si fuera á hablar; pero lá fria severidad, la inflexible expresion de dureza que vió en el rostro del Conde y un ademán imperioso de esto pusieron término al no empezado ruego, y la decidieron á obedecer. Decía el mayordomo, refiriéndome el caso, que su ama parecia víctima que al suplicio caminaba, y su señor, no verdugo, pero sí juez implacable que por si mismo quiere asegurarse de la terrible ejecucion de su sentencia.

Los retratos de los ascendientes del conde, cronológicamente ordenados en la galería, como yo los he visto aun, fueron mudos testigos de aquella escena; y en verdad que la reunion de tantos guerreros armados unos de punta en blanco, otros con el traje flamenco ó chambergó; de cortesanos ataviados con las ricas pomposas galas que de la corte de Luis XIV trajo á España su nieto Felipe V; de obispos y otros eclesiásticos; de caballeros de las órdenes militares; de graves togados; de discretos palaciegos en traje, que aun en nuestros dias hemos visto y se llamaba de corte; aquella reunion, digo, de tan extraños personajes, era una especie de congreso de los diferentes siglos, donde todas las profesiones de la nobleza tenian sus representantes. Mas no bajo ese aspecto debia de considerarlos entonces el Conde su nieto, sino como terribles jueces de su conducta que iban á pedirle cuenta severa del esplendor del nombre que le habian transmitido. Tales eran las ideas de los antiguos nobles dignos de serio; y aquellos que solo se acordaban de sus blasones para fundar en ellos necia vanidad, en el desprecio de sus iguales y en la mofa que de ellos hacian sus inferiores hallaban merecido castigo. Nuestro conde era, como decirse suele, hombre *chapado á la antigua*, y caballero además á todas luces. Cuáles serian los pensamientos de los esposos mientras el mayordomo abria la puerta forrada con planchas de duro hierro que, en el fondo de un arco de los que los arquitectos llaman arábigos y tienen forma de herradura, cerraba el ingreso á la torre, no puedo decirselo á Vds.; pero sí, que cuando aquel, concluida su operacion, dió algunos pasos atrás para dejar que pasaran sus amos, vió á la señora con los ojos clavados en tierra murmurando entre sollozos, como si al cielo dirigiera sus últimas plegarias, y el Conde cruzados los brazos y fija la vista en un retrato que con el uniforme de mariscal de campo, el manto de la orden de Santiago encima, y la mano apoyada en un libro que llevaba por título, «*Comentarios del marqués de Santa Cruz*» parecia que tambien por su parte miraba con airada compasion al heredero de su nombre y título, al hijo en quien fundó toda la alegría y esperanza de su vejez, al último vástago del antiguo ilustre tronco, al objeto de su postrer pensamiento en la tierra, acaso el primero de sus recuerdos en el mundo de la verdad.

Hay solemnes ocasiones en la vida en que lo presente es poco espacio para el pensamiento, y entonces estiende su vuelo á los pasados tiempos; entonces la imaginacion exaltada evoca las sombras de los muertos, se ve en su presencia, oye su voz grave y sonora como la del bronce, responde á sus cargos; entonces tambien un destello del porvenir ilumina el alma, y los que todavia no son, los que han de formar el ente moral que llamamos posteridad, vienen á pronunciar ante nosotros su tan temido cuanto incierto fallo. En esos momentos, por poca poesia que en suerte nos haya cabido, la vida se convierte en un anticipado paraíso, ó en un preludio del infierno, segun el origen de la ilusion lo da de sí. Tal era la situacion del Conde, en quien, mientras contemplaba el retrato de su padre, luchaban las preocupaciones heredadas con las ideas adquiridas, la severidad del ánimo con los consejos de la razon, la violencia de los afectos con la templanza del juicio, la fogosidad del carácter con la madurez de las canas. ¿Qué diré de su esposa? El terror embargaba todas sus facultades mentales; lágrimas y no mas que lágrimas eran su único amparo, y en casos semejantes la fuerza del dolor hace imposible todo raciocinio. ¡Oh! si el pincel de Velazquez ó la pluma de Cervantes pintaran aquel cuadro, inútil me fuera continuar esta relacion; porque Vds. comprenderian desde luego las situaciones, y su talento deduciria fácilmente la consecuencia á que con mi prolijo cuento llegarémos mas tarde: pero pues que yo soy y no otro el que lo sucedido refiere, forzoso será que á mi manera lo haga.

Ya estamos dentro de la torre en un aposento que ocupaba la mayor y principal parte del ámbito de uno de sus pisos, iluminado durante el dia por altas ventanas, en todo semejantes á su puerta, y de noche, por lo menos en los antiguos tiempos, por una lámpara de plata, prolija y curiosamente trabajada al gusto italiano del siglo XVI, lámpara que pendiente del centro de la bóveda daba á aquella habitacion un aspecto de lúgubre regularidad. Cubrian sus muros tapices flamencos de exquisito trabajo, evidentemente contemporáneos de la lámpara, en los cuales con brillantes, aunque algun tanto desentonados colores, se veia tejida en realidad, si en la apariencia pintada, la historia de los trabajos de Hércules, y los personajes en ella representados, á escepcion del protagonista, vestidos á usanza de cortesanos y damas del tiempo en que la obra fué ejecutada. Un lecho cuadrado y macizo de nogal, con dosel y paramentos de tapicería, compañeros de la que adornaba las paredes, dos inmensos sillones de nogal cuyos altísimos respaldos terminaban en un primoroso adorno de talla, y una mesa sobre la cual lucia en rico marco de ébano una luna de Venecia, y por último, una alfombra moruna de dos dedos de espesor que cubria los toscos sillares del piso, eran, y son hoy, los principales muebles de aquel cuarto. Añadan Vds., para conocer la habitacion cual si en ella

hubieran estado, un crucifijo de plata sobre la mesa, con un candelero de metal á cada lado, y en frente del espejo un retrato de un guerrero, hecho, si no por el Ticiano, que no soy bastante inteligente para afirmarlo, á lo menos, y en eso no tengo duda, por algun pintor de sus discípulos ó imitadores. Debo añadir que el citado retrato no era de cuerpo entero, sino de cintura arriba, y que el personaje en él pintado lo estaba con su coraza y brazaletes de acero, la venera de Alcántara pendiente al cuello de una cadena de oro, la una mano apoyada en el pomo de la espada, la otra en la cimera del casco, colocado á su derecha sobre una mesa, alta la vista y despejada la

calva frente, impassible el semblante, duro, en fin, el ademán y gesto.

Decía que estábamos ya en la torre, y debo añadir que tambien en ella habian entrado el Conde y la Condesa; pero es tarde y lo mejor que por hoy puedo añadir, es la sabida redondilla de Sarmiento.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el Portugués cayó enfermo.....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.»

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

CAPITULO III.

Insomnio.

I.

Nací de hidalga familia,
Mas no de tan noble origen
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdi sus buenos abries
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos paises
Donde me arrojó mi estrella
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa horrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asime,

Y con las ondas luchando,
Defendi la vida triste
Que creí que me restaba
Con esfuerzos increíbles.
Recogíome una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colonos constituirme.
Conoci allí una muger
De las que en aquellos límites
Del mundo crian los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y unime
Con ella en sagrado nudo:
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ellos fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que visteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente
Con purpurinos matices
Teñían las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un día de abril,
Cuando empezaba á cubrirse

El prado fértil de flores
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor del Alba la llamaron;
Y el Dios que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifique
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplia los cinco abries.
Sin ella aquel paraíso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme.
Que al fin me abrazó diciéndome:
«Vé en paz, y que Dios te guíe.»
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela en él, trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro
En la corte establecíme.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto me aburrían
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor crecía
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la corte
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mugeres,
Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marqués arruinado
Estos terrones, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo
Y en soledad apacible,
Habitó con Flor-del-Alba
Las estancias que permite
Habitár este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros:
Y ahora, buen joven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde
Y acoso el cansancio os rinde.
Y así diciendo el anciano
Con halagüeño semblante,
Echó del joven delante
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veía



Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitia;
Dejó su cómodo asiento
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

II.

Estaba el aposento destinado
Para el joven viajero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo:
Por los cuales al ir notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion con su huésped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,
Entre cubas maderas
Se filtraban aun en gotas frías
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazon por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El joven, sin embargo,
Con precavido examen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pie pudo fijar, tender la mano
Y dar campo á los ojos: — todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban;
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquissimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos sitiales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las frusterías varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado traje
Y las botas de viaje,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan continuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pie venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el día
Toman cuerpo en la loca fantasia
Y en confuso monton desordenado,
Llenas de ligereza y poesia,
Revestidas de formas celestiales

Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio
Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves
Precursoras del sueño verdadero;
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que se acuerda amorosa y vagamente:
La encantadora imagen apacible
De otro viviente ser visto primero.
Y esta imagen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio
Como lirio entre céspedes descuelga,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toscas y comunes aves
De real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves,
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago: es la amorosa
Sombra de una muger cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa muger con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño de él en alejar empeña;
Esa muger cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escucha:
Es *Flor del Alba* á quien á amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.
Así el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella traidora
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.

Y así como un recuerdo vagoroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viajero en el alma en tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

Música.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan
Del que tranquilo se duerme
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del joven viajero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda
Y su tranquilo reposo
Gustaba, cuando la muda
Soledad turbó á deshora
Grata y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oido en luz oculta
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora tornó á alzarse
La imagen radiante y pura
De *Flor-del-Alba*, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazon amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca)

Sonando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la transparente imagen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado descende,
Y de si mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura:
Ya al amoroso fantasma
Vé que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbra
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le orrea, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transicion rápida
De que los sueños abundan,
La muger se trueca en ángel;
El ser terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia:
De tornasoladas plumas
Brotan alas de sus hombros
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual de su cintura,
De sus brazos y su cuello
Los contornos se dibujan.
De un harpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante con ellas
En armonia se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan intimas, que pronto
Será fuerza que interrumpan
La influencia soporifica
Del sueño que le subyuga.
Y así es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras;
Y aun mal despierto — ¿Quién va? —
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde: al reflejo
De la lamparilla muerta,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavia del sueño
Piensa que el Sopor le abruma;
Pues de él recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De *Flor-del-Alba* y del ángel
Al recordar la hermosura
El son del harpa recuerda;
Y cree que se perpetúa
El ensueño pues de un arpa
Oye el acorde no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrompe el son de un harpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave cantando
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraído,
Y á indagar quién le produzca
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música
Asomóse poco á poco
Por si á quien canta columbra.
Mas en vano: desde el cénit
Con pálida luz la luna
Plateó un inuerto en que reinan
El abandono y la incuria!
Su tierra fértil un día

Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se vé, que el dueño renuncia
Como á reponer su casa
A labrar la huerta inculta.
Esta en su origen fué patio,
pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños
Al dar en peor fortuna
Sembraron en cuanta hubieron
No poseedores de mucha.
Este huerto ó este patio.
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica.
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre frontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana ver
De la misteriosa música
El origen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitación
A su avara vista hurtan.
De un enramado jazmín
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está pues la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,
Brotó aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de mayo
Por la transparente anchura

De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz:
Y si es de una criatura
Humana, Naturaleza
Al dársele la hizo única.
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruiseñores del bosque.
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que les remedan
En las escondidas grutas.
Y el aura que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concentro
De su acento
Celestial;
Cuantos ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,
Y de gloria
Juntaría
Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa;
Voz sublime,
Vagorosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica canción.
Voz sonora,
Que á par canta,
Y á par llora

Los delirios
Apacibles,
Los martirios
Insufribles
De un amante corazón.

Blando son
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcón:
Y antes que suene en su oído,
De aquella nocturna endecha,
Vá la música derecha
A arrullar su corazón.

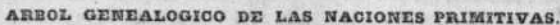
Vago encanto
Con secreta
Simpatía
Le sujeta
De aquel canto
A la armonía:
Y aunque ciego
No comprende
La razón;
Siente luego
Que la calma
De su alma
Pierde ciego
Y le enciende
Dulce fuego
Al oír la voz lejana,
Que á través la celosía
De la florida ventana,
¡ El mágico son le envía
Del arpa y de la canción.

(Continuará.)

PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de embobarse mirando al prójimo donde retejan.



castigo tan ejemplar y terrible, que quedase para siempre viva su memoria entre sus descendientes. *Llamó, pues, las aguas de los abismos, abrió las cataratas del cielo, é hizo llover el Diluvio sobre los prevaricadores.* Esta catástrofe, y la mas horrible aun que ha de sobrevenir al fin del mundo, fueran reveladas á *Adán*, nuestro primer

20 DE ENERO DE 1850.

padre, (según una antiquísima tradición conservada entre los hebreos), y las trasmitió á sus hijos en esta fatídica profecía:

«El género humano será destruido dos veces en castigo de sus pecados. La primera por agua, la segunda por fuego.»

Para perpetuar el anuncio de tan espantosos cataclismos, erigió el primer hombre, dos columnas, una de piedra que resistiese á la acción del agua, y otra de ladrillo que soportase el fuego. Los cercanos descendientes de Adán anotaban en estos primitivos monumentos el curso y revoluciones de los ástros, á medida que los iban observando, y Josepho, el célebre historiador Judío, asegura subsistia aun en su tiempo la columna de piedra.

Entre la multitud de hombres que en la época anunciada habitaban la tierra, solo encontró Dios una familia virtuosa, que recompensó libertándola del naufragio universal, y destinándola para repoblar el mundo. Era esta la del justo Noé, y se componía, además de este santo patriarca, de su esposa, sus tres hijos y las tres mugeres de estos. Las referidas ocho personas con algunas parejas de animales de todas especies se entraron en la grande Arca, especie de bajeel cerrado, que Dios mandara construir á Noé, y del que le diera las medidas y proporciones. Noé era 8º nieto de Adam, y su ascendencia es en la forma siguiente:

Nombres de los patriarcas. Años del mundo en que nacieron.

Adán.	4
Seth.	150
Enós.	253
Cainan.	325
Malaleel.	393
Jared.	460
Enoch.	622
Matusalen.	687
Lamech.	874
Noé.	1036

Cuarenta días y cuarenta noches duró el diluvio universal, y las aguas, que llegaron á subir 15 codos sobre la cima de las mas altas montañas, permanecieron como estancadas cubriendo la tierra por espacio de un año. Al cabo de este tiempo, el Arca posó en la cumbre de un monte de Armenia, llamado el Ararat. Noé y su familia salieron de ella con todos los brutos que la ocupaban, y aquel erigió un altar en que ofreció á Dios, en acción de gracias, un sacrificio solemne de algunos animales no reputados por inmundos. «Y bendijo Dios á Noé y á sus hijos, y díjoles: creced y multiplicaos, y poblad la tierra» (1).

Habian pasado 550 años desde el diluvio, cuando aconteció la muerte de Noé, que fué sepultado, según la tradición, en el monte Ararat, cerca del que habia fijado su residencia. Sus hijos que se multiplicaron en aquellas cercanías, y en la llanura de Sennar estendiéndose por las riberas del Eufrates y del Tigris, advirtieron que aquel país no era bastante para alimentar á todos, y que era necesario separarse. Proyectaron, pues, antes de verificarlo construir una torre de prodigiosa altura «que llegase al cielo», según algunos, con el objeto de immortalizar su nombre, según otros, para que les sirviese de punto de reunion si algun día querian volver á juntarse; y en fin, según otros, para libertarse de otro diluvio futuro, menospreciando la solemne promesa que Dios hiciera á Noé al salir del Arca, de no volver á castigar á los hombres por medio de las aguas. Comenzose, pues, la fábrica de la torre el año 400 despues del diluvio, y emplearon los neomitas no menos que tres años en los preparativos. Consistían estos principalmente en cocer ladrillos de pié y medio de espesor, y en acopiar multitud de montones de cañas, las que mezcladas con el betun que producian los lagos cercanos, y que en aquellas regiones suple la falta de cal, daban consistencia á las fábricas. El edificio era en forma de pirámide, se componía de ocho torres cuadradas dispuestas una sobre otra que iban disminuyendo á medida que se iban elevando, y tenia la subida por la parte exterior por medio de una rambla suave que le rodeaba en espiral. La altura llegó, según san Jerónimo y otros escritores eruditos, no menos que á una legua. Este monumento colosal, fué despues el mas bello y grandioso adorno de la famosa ciudad de Babilonia; servia de templo á Belo, y tambien de observatorio astronómico. Muchos viajeros aseguran se ven aun sus ruinas, y en varios periódicos de literatura las hemos visto representadas. Al llegar los obreros á la altura indicada, notaron con inesplicable asombro que ya no se entendían unos á otros, pues de repente habian olvidado el idioma comun y primitivo (2) que usaban, y hablaban otro diferente. Era este un doble milagro con que Dios casti-

gaba á aquellos hombres soberbios, y destruía sus temerarios proyectos. Viéronse, pues, precisados á abandonar su comenzada fábrica, y reuniéndose los que hablaban una misma lengua, se dispersaron por familias por toda la tierra en número de 240,000 (1). El nombre de Babel que se dió á la famosa torre, quiere decir, *confusion, desorden*, ó según otros, ciudad del señor (2).

Los nombres de los tres hijos de Noé eran, por el órden de nacimiento Sem, Cham y Japhet. El primero permaneció en Sennar, y fué el progenitor de los pueblos de Asia y América (3). Japhet se dirigió al norte y occidente y pobló la Europa, y finalmente Cham pasó el Eufrates, y dió habitantes al Africa. La marcha progresiva de los neomitas, fué el objeto de ravisimas tareas para los mas eruditos teólogos, historiadores y criticos, pero caminando estos como á tientas en una senda subterránea, sin mas luz que las pocas noticias que da la Biblia y las historias profanas primitivas muy descarnadas y envueltas en fábulas, solo obtuvieron muy escasos resultados despues de improbos trabajos. En el árbol genealógico que va por cabeza de este artículo, y en el cuadro sinóptico que insertamos á continuacion, presentamos á nuestros lectores todos los nombres conocidos de los primeros descendientes de Noé, y los de las tierras que repoblaron.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Cuadro sinóptico de la poblacion de las naciones primitivas.

PATRIARCAS.	PAISES QUE POBLARON POR SI Y SUS DESCENDIENTES.
Noé, segundo progenitor del género humano, era octavo nieto de Adán, y vivió 950 años.	
HIJOS DE NOÉ.	
1 Sem.	Asia y América. En su familia se conservó la lengua hebrea y el culto del verdadero Dios.
2 Cham.	Africa. Vivió en Egipto, país que se llama en la escritura Tierra de Cham.
3 Japheth.	Europa.
HIJOS DE SEM, PRIMER HIJO DE NOÉ.	
1 Elam.	Persia, llamada Tierra de los Elamitas.
2 Assur.	Asiria.
3 Arphaxad.	Chaldea.
4 Lud.	Lidia del Asia Menor.
5 Aram.	Siria de Capadocia y Mesopotamia. La Siria se llama Aram en hebreo.
HIJOS DE ARAM, QUINTO HIJO DE SEM.	
1 Us.	Ciudad de Damasco y el término circunvecino, llamado por los hebreos Tierra de Us, en la que vivió Job.
2 Hul.	Parte de Armenia.
3 Gether.	La Bactriana, y según otros el Reino de Caria.
4 Mes.	La Mesopotamia, á quien dió nombre, parte de Armenia y de Siria.
HIJO DE ARPHAXAD, TERCER HIJO DE SEM.	
1 Salé.	Chaldea.
HIJO DE SALE, HIJO ÚNICO DE ARPHAXAD.	
1 Hebr.	Chaldea. De éste tomaron nombre los hebreos sus descendientes.
HIJOS DE HEBÉR, HIJO ÚNICO DE SALÉ.	
1 Phalég.	Ciudad de Phalgá, sobre el Eufrates. En su tiempo se verificó la dispersion de los Noemitas.
2 Jectán.	Chaldea.

(1) Este es el cálculo que hacen varios expositores de la Biblia, y algunos escritores profanos contando con la proporción de la larga vida de los primitivos hombres.

(2) Según Voltaire y otros, *Bel* quiere decir Señor, y *Bab* padre.

(3) Se cree que la América fué poblada por los habitantes del norte de Asia que pasaron el estrecho de Bering, que se supone con algun fundamento era en los primeros tiempos un istmo que unia la Rusia-Asiática con la Groenlandia. Hoy el estrecho ó paso de Bering tiene solo 10 leguas de ancho y está perpetuamente helado. Su situación es en la parte mas septentrional de la península de Kamtschatka, y debe su nombre á un esforzado navegante dinamarqués, al servicio de Rusia, que lo descubrió á mediados del siglo XVIII.

(1) Véase el Génesis, cap. IX, v. 4.

(2) Los mas opinan era el hebreo.

HIJOS DE JECTAN, SEGUNDO HIJO DE HEBÉR.

- | | |
|--------------|---|
| 1 Elmodad. | } Regiones que se estienden desde el rio <i>Coptenes</i> hasta las Indias y territorios confinantes con el pais de los <i>Serios</i> . De <i>Ophir</i> tomó el nombre la region donde se iba en busca del oro, situada en el Oriente. |
| 2 Saléph. | |
| 3 Asar Moth. | |
| 4 Jaré. | |
| 5 Aduram. | |
| 6 Uzal. | |
| 7 Decla. | |
| 8 Ehal. | |
| 9 Abimaél. | |
| 10 Saba. | |
| 11 Ophir. | |
| 12 Evila. | |
| 13 Jobab. | |

HIJO DE PHALEG, PRIMER HIJO DE HEBÉR.

- | | |
|--------|----------|
| 1 Reu. | Chaldea. |
|--------|----------|

HIJO DE REU, ÚNICO HIJO DE PHALEG.

- | | |
|----------|----------|
| 1 Sarúg. | Chaldea. |
|----------|----------|

HIJO DE SARUG, HIJO ÚNICO DE REU.

- | | |
|-----------|----------|
| 1 Nachor. | Chaldea. |
|-----------|----------|

HIJO DE NACHOR, HIJO ÚNICO DE SARÚG.

- | | |
|----------|-------------------------------------|
| 1 Tharé. | Chaldea. Era de profesion escultor. |
|----------|-------------------------------------|

HIJOS DE THARÉ, HIJO ÚNICO DE NACHOR.

- | | |
|------------|-------------------------------|
| 1 Abraham. | Tierra de Promision y Arabia. |
| 2 Aram. | Chaldea. |
| 5 Nachor. | Chaldea. |

HIJOS DE HARÁM, HIJO PRIMOGÉNITO DE THARÉ.

- | | |
|-----------|---|
| 1 Sara. | } Tierra de Promision, como muger de Abraham. |
| 2 Jescha. | |
| 3 Lot. | |
| 4 Melcha. | |
- Chaldea, como muger de Nachor.

HIJOS DE LOT, TERCER HIJO DE ARÁM.

- | | |
|---------|---|
| 1 Moab. | } Tierra de Moab, ó sea pais de los Moabitas. |
| 2 Amon. | |
- Tierra de Amon ó de los Amonitas.

HIJOS DE NACHOR, HIJO SEGUNDO DE THARÉ.

- | | |
|------------|--|
| 4 Hus. | } Chaldea. Estos ocho hijos primeros de Nachor los hubo en su esposa Melcha, hija de Arán. |
| 2 Buz. | |
| 5 Camuel. | |
| 4 Cased. | |
| 5 Azau. | |
| 6 Pheldas. | |
| 7 Jedlaph. | |
| 8 Bathuel. | |
- Chaldea. Estos cuatro últimos los hubo Nachor en su concubina llamada Roma.

HIJO DE CAMUEL, TERCER HIJO DE NACHOR.

- | | |
|---------|--|
| 1 Arám. | Siria de Mesopotamia, llamada tambien Tierra de los Arameos. |
|---------|--|

HIJOS DE BATHUEL, OCTAVO HIJO DE NACHOR.

- | | |
|-----------|--|
| 1 Laban. | Chaldea. |
| 2 Rebeca. | Tierra de Promision como muger de Isaac. |

HIJAS DE LABAN, PRIMER HIJO DE BATHUEL.

- | | |
|-----------|--|
| 1 Lia. | } Tierra de Promision como esposas de Jacob. |
| 2 Rachel. | |

HIJOS DE ABRAHAM, TERCER HIJO DE THARÉ.

- | | |
|-----------|--|
| 1 Ismael. | } Arabia, cuyos habitantes se llamaron Ismaelitas. Abrám tuvo este hijo de una esclava egipcia llamada Agar. |
| 2 Isaac. | |
- Tierra de promision. La madre de Isaac fué Sara, hija de Aram.
- | | |
|-----------|--|
| 3 Zamram. | } Arabia Desierta y Arabia Feliz. Estos últimos seis hijos de Abrám los hubo en su muger Cetura. |
| 4 Jecsam. | |
| 5 Madan. | |
| 6 Madjan. | |
| 7 Jesboe. | |
| 8 Sue. | |

HIJOS DE ISMAEL, PRIMOGÉNITO DE ABRAHAM.

- | | |
|-------------|---|
| 1 Nabayoth. | } Las tres Arabias. Ismael tuvo estos doce hijos de su muger, que era egipcia, y cada uno de ellos fué caudillo ó gefe de una tribu, y dieron su nombre á los castillos y ciudades que fundaron en diferentes lugares, que eran mas bien aduares de cabanas de que usaron los árabes. |
| 2 Cedar. | |
| 3 Adbeel. | |
| 4 Mabsam. | |
| 5 Masma. | |
| 6 Duma. | |
| 7 Massa. | |
| 8 Hadár. | |
| 9 Thema. | |
| 10 Jethur. | |
| 11 Naphis. | |
| 12 Cedma. | |

HIJOS DE ISAAC, SEGUNDO HIJO DE ABRAHAM.

- | | |
|-------------------|--|
| 1 Esau ó Edon. | } Idumea ó tierra de Edom y Arabia. Tierra de Promision. De su nombre se dijeron los hebreos israelitas. |
| 2 Jacob ó Israel. | |

HIJOS DE ESAU, PRIMOGÉNITO DE ISAAC.

- | | |
|------------|---|
| 1 Eliphan. | } Arabia. De éste era madre Adaz primera esposa de Esau, que era del pais de los heteos é hija de Elon. |
| 2 Rahuel. | |
- Arabia. Tenia por madre á Basemath que era hija de Ismael.
- | | |
|-----------|--|
| 5 Jehus. | } Arabia. Estos tres hijos los tuvo Esau de su tercera muger Oolibama, hija de Ana, del pais de los hebreos. |
| 4 Ihelon. | |
| 5 Coré. | |

HIJOS DE HELIPHAZ, PRIMOGÉNITO DE ESAÚ.

- | | |
|-----------|-----------|
| 1 Theman. | } Arabia. |
| 2 Omar. | |
| 3 Sepho. | |
| 4 Gatham. | |
- 5 Cene.
- Tierra de Amalec ó de los Amalecitas. Este tenia por madre á una concubina llamada Thama.

HIJOS DE RAHUEL, HIJO SEGUNDO DE ESAÚ.

- | | |
|----------|---|
| 1 Nahat. | } Idumea. Estos cuatro fueron caudillos ó principes de los Idumeos y cada uno mandaba una ciudad ó territorio donde habitaba una de las tribus que procedian de Esau. |
| 2 Zara. | |
| 5 Samma. | |
| 4 Meza. | |

HIJOS DE JACOB, SEGUNDO HIJO DE ISAAC.

- | | |
|-------------|--|
| 1 Ruben. | } Tierra de promision ó de Israel. Fueron hijos de Lia primera esposa de Jacob, y cada uno fué gefe de una tribu, excepto Dina que no tuvo sucesion. |
| 2 Simeon. | |
| 3 Levi. | |
| 4 Judá. | |
| 5 Dan. | |
| 6 Nephtali. | |
| 7 Gad. | |
| 8 Aser. | |
| 9 Isachar. | |
| 10 Zabulon. | |
| 11 Dina. | |
- Tierra de Israel. Tenian por madre á Rachel, y tambien fueron gefes ó cabezas de tribus.

HIJOS DE JOSEPH, DÉCIMOSEGUNDO HIJO DE JACOB.

- | | |
|------------|--|
| 1 Manasés. | } Tierra de Israel. Su madre fué Asenet, hija del sumo sacerdote de Heliópolis. Uno y otro fueron cabezas de tribus. |
| 2 Ephraim. | |

HIJOS DE JECSAN, CUARTO HIJO DE ABRAHAM.

- | | |
|----------|-----------|
| 1 Saba. | } Arabia. |
| 2 Dadan. | |

HIJOS DE DADAN, SEGUNDO HIJO DE JECSAN.

- | | |
|------------|-----------|
| 1 Assurim. | } Arabia. |
| 2 Latusim. | |
| 3 Loomim. | |

HIJOS DE MADIAN, SESTO HIJO DE ABRAHAM.

- | | |
|-----------|--|
| 1 Ephá. | } Tierra de Madian ó pais de los Madianitas. De Opher tomaron el nombre los africanos. |
| 2 Opher. | |
| 3 Henoch. | |
| 4 Abida. | |
| 5 Eldaa. | |

HIJOS DE CHAM, SEGUNDO HIJO DE NOÉ.

- 1 Chus. Parte de Arabia y Ethiopia.
- 2 Mesraim. Egipto llamado aun por los árabes y turcos Mesra.
- 3 Phuth. Libia y Mauritania donde aun hoy se conserva en un rio el nombre de Phut.
- 4 Chanaán. Tierra de Chanaam ó de promision, hoy Palestina.

HIJOS DE CHUS, PRIMOGÉNITO DE CHAM.

- 1 Sabá. Ethiopia cuya capital era Saba.
- 2 Evila. Getulia en Africa; otros con mayor fundamento el pais de los caveleos en Arabia.
- 3 Sabatha. Pais de los sabatheos en Arabia.
- 4 Regma. Arabia, donde habia una ciudad llamada Regma.
- 5 Sabathaca. Carmania en Persia. Otros el pais de los sacabitas.
- 6 Nemrod ó Belo. Babilonia.

HIJOS DE REGMA, CUARTO HIJO DE CHUS.

- 1 Saba. Ethiopia.
- 2 Dadan. Ciudad de Daden ó Aden y el territorio comarcano llamado Dadena en Persia.

HIJO DE NEMROD, SESTO HIJO DE CHUS.

- 1 Nino. Ciudad de Ninive. Fué su esposa la célebre Semiramis.

HIJOS DE MESRAIM, SEGUNDO HIJO DE CHAM.

- 1 Ludin. Libia de Egipto.
- 2 Ananim. Amonide; pais donde estaba el célebre templo de Júpiter Amon.
- 3 Laabim. Libia ó pais de los phuteos.
- 4 Nephthuin. Numidia.
- 5 Phetrusim. Tierra de los Patros en la Tebaida y la parte de la Tierra de Chanaam que habitaron los philitos.
- 6 Chasluim. Egipto interior. Pais de los chaptorinos ó isla de Creta.

HIJOS DE CHANAAM, CUARTO HIJO DE CHAM.

- 4 Sidón. Sidon, ciudad de Phenicia.
- 2 Hethéo.
- 3 Jebuseo.
- 4 Amorrheo.
- 5 Gergeséo. Tierra de Chanaam ó Palestina.
- 6 Hevéo. Cada uno de estos fué cabeza de un pueblo que llevó su nombre y que fueron exterminados por los israelitas.
- 7 Aracéo.
- 8 Sinéo.
- 9 Aradio.
- 10 Samaréo.
- 11 Amathéo.

HIJOS DE JAPHET, TERCER HIJO DE NOÉ.

- 1 Gomer. Galacia, Scitia, y España.
- 2 Magog. Scitia, Gotia, Tartaria y China.
- 3 Madai. Media, otros dicen la Macedonia.
- 4 Javan. Grecia y en especial la Jónia.
- 5 Thubal. Iberia del Ponto Euxino, y segun S. Gerónimo y otros, la España.
- 6 Mosoch. Moscovia y segun muchos la Capadocia.
- 7 Thiras. Thracia.

HIJOS DE GOMER, PRIMOGÉNITO DE JAPHET.

- 1 Ascenez. Las Galias, Germania y Alemania, pais que aun hoy llaman los hebreos Askensim.
- 2 Ripháth. Paphlagonia y segun muchos la Bitinia.
- 3 Thogorma. Pais de los Turcos y Turcomanos en Tartaria, otros la Frigia. Los descendientes de Gomer tienen los nombres de gomeritas, gálatas, gaulas, titanes, celiveros, scitas, celto-scitas y celtas.

HIJOS DE JABAN, CUARTO HIJO DE JAPHET.

- 1 Elisa. La Elide en el Peloponeso. Otros los habitantes de las islas Afortunadas, llamadas Elise.

- 2 Tharsis. Cilicia, cuya capital era Tharsos, otros Cartago y otros Tarteso, en Andalucia.
- 3 Cethim. Isla de Chipre, cuya capital era Citium.
- 4 Dodanim. Pais de los Dodoneos, en Epiro; otros la isla de Rhodas.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

TERCER CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

(Conclusion.)

III.

—Apostaría cualquier cosa,—decia D. Diego mientras tomábamos café la tarde que sucedió á las dos de que ya hemos hablado,—apostaría cualquier cosa, amigo D. Antonio, á que sin piedad nos ha descrito V. mueble por mueble, piedra por piedra, y paso á paso, el palacio, el castillo y la marcha de sus nuevos personajes, solo para contarnos lo que todos sospechamos, ó mejor dicho, vemos ya con evidencia, á saber: que la linda Condesa hizo ni mas ni menos con su grave marido, lo que la apasionada andaluza de antes de ayer con el áspero D. Rodrigo.

—Válgate Dios,—contestó, sin mostrarse picado el huésped—y que impaciente y poco tolerante es el señor D. Diego! Verdad es que me he estendido, algo mas acaso de lo que la ocasion requeria, en describir el lugar de la escena; pero, en primer lugar, he cedido al deseo de enterar á Vds. tan al pormenor, como yo mismo lo estoy, de lo que á la pendiente historia respecta; y luego, confieso sin rodeos que me deleito en recordar el lujo sólido de nuestros abuelos, en mi opinion á todas luces preferible á las invenciones modernas tan caras como poco duraderas, y que por otra parte suelen no tener mas valor intrínseco que el que por un instante deben al capricho de la moda.

—Yo,—interpuso el oficial,—sin aprobar ni combatir esa opinion de D. Antonio, he oido con gusto su descripcion, y aun quisiera ver estampadas muchas de su especie para que, á lo menos, quedase recuerdo de una porcion de antiguallas que nuestra negligencia y descuido dejan pudrirse en los desvanes.

—Aun eso fuera lo menos,—replicó D. Antonio,—pues de casas de grandes señores sé yo de donde han desaparecido, para fundirse en las herrerías ó pasar al extranjero, en mengua de nuestro patriotismo, ricas colecciones de armas y de libros que en otros paises fueran objeto de estudio y hasta de adoracion.

—Hasta ahí estoy con Vds.—volvió á decir D. Diego;—y les aseguro que por mi parte he visto tambien, con indignacion, que algunos han entregado á las llamas colecciones enteras de retratos históricos, só pretexto de que eran en la casa un nidal de chinches.

—¡Inaudita barbarie!—clamó Alfonso.

—Severa es la calificación, amigo mio: causas y circunstancias hay, sin ir tan lejos, para explicar tal proceder, que á la verdad indica desde luego falta de ilustracion, y aun algun tanto de ese funesto individualismo, base de las doctrinas de nuestro siglo, que solo atiende á las necesidades del momento, sin cuidarse ni del respeto á los antepasados, ni del juicio de los venideros. Pero sea como quiera, usted tiene en el fondo razon: nuestro pais pasa en concepto de la Europa por bárbaro, mas aun que á causa del atraso en que realmente se halla, porque los españoles hacemos con los artísticos tesoros de nuestra patria lo mismo, ni mas ni menos, que los indios bravos con las ricas minas de su privilegiado suelo: pisarlas desconociéndolas ó despreciándolas.

—Todo eso está bien—interrumpió D. Diego;—pero V. no responde á mi pregunta. ¿Adiviné lo cierto ó no, suponiendo que la Condesa?...

—Sí, adiviné V.; y no he tratado yo nunca de ocultarlo: acuérdesse del objeto con que he empezado mi narracion, y verá que si algo hemos de deducir de ella en cuanto á la influencia de los distintos grados de la civilizacion social en las humanas pasiones, forzoso es que comparemos situaciones análogas en épocas diferentes.

—Yo lo confieso, y ahora prosiga V. y acabe hoy, si es posible.

—Así lo haré, porque en verdad, mas me he estendido de lo que quisiera.

Y, en efecto, sentámonos los oyentes y el narrador; encendimos nosotros los cigarros, y D. Antonio comenzó el fin de su cuento de de esta manera:

—La primera cosa que el Conde hizo, así que en la habitación de la torre hubo entrado, fué sacar del bolsillo una carta cerrada y entregársela á su mayordomo, mandándole que la enviase inmediatamente con un criado á la persona que el sobre indicaba, y que trajera luces, pues la oscuridad del lugar las hacía ya necesarias. Después dejóse caer en uno de los dos sillones que estaba en frente al otro ocupado ya por la abatida condesa, y situado precisamente debajo del retrato de que ya he hablado á Vds. Así quedaron los dos esposos cuando el mayordomo salió á cumplir lo que se le mandaba, y de la misma manera estaban cuando con las luces pedidas volvió á la torre.

—Quisiera,—dijo Alfonso interrumpiendo aquí á D. Antonio,—quisiera que antes de pasar mas adelante nos explicara V. cómo supo el Conde su desgracia, si es que no se reserva el hacerlo para mas adelante.

—En verdad,—contestó nuestro anciano amigo,—que no habia pensado en ello; pero puesto que V. lo desea se lo diré en breves palabras. Era el amante de la Condesa un jóven oficial de caballería, menos cauto que buen mozo; y sus imprudencias llamaron, no solo la atención del marido, sino además la del Capitan General de la provincia, quien despues de haber inútilmente apercibido diferentes veces al fogoso seductor, acabó por enviarle á pasar unos dias en el castillo de Sancti-Petri. Precisamente el dia mismo en que por la mañana salió el amante para su destino, acompañado de un ayudante de plaza, que ni por un momento quiso apartarse de él, daba el Capitan General un baile, al cual estaban invitados y asistieron el Conde y la Condesa; y en él cierto amigo del amante entregó á la dama un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: «Laura mia: la fuerza me obliga á separarme de tí; mas contigo queda mi corazón, y poco tardaré, dejando la casaca, en romper los lazos que ahora me aprisionan. Consérvame hasta entonces tu corazón, y olvidaré en tus brazos las penas que ahora destrozan el mio. Laura, adiós por poco tiempo, etc., etc.» Ya he dicho que el Conde sospechaba su injuria, y la desdicha quiso que al recibir su esposa el billete, entrara él precisamente en el gabinete á donde con el confidente de los culpables amores estaba aquella. Sin proferir palabra, hizo una cortesía al mal avisado mensajero, quien por su parte se apresuró á salir del paso retirándose inmediatamente: en seguida, y tambien silenciosamente, arrancó de manos de la Condesa la fatal misiva; y huido que la hubo, salió dejando á Laura entregada á las penas inextinguibles. Y sin embargo, hubo la desdichada de pasar tres horas aun en el baile, oyendo frios cumplimientos, con la sonrisa en los labios y la muerte en el corazón.... Son necesarios mas esfuerzos, mas valor, mas sacrificios en la carrera del mal que en la del bien; y con todo suele elegirse la primera teniéndola por mas fácil. Entre tanto el Conde habia mandado disponer un coche de colleras, donde concluido el baile entró con su esposa.

—Estamos al cabo,—interrumpió D. Diego.

—Sí: ¿pero dónde estábamos antes? preguntó desorientado D. Antonio.

—Fué á llevar una carta y á traer luces el mayordomo, respondió Alfonso.

—En efecto, prosiguió el narrador, volvió D. José con dos bugías, y mandóle su amo, apenas sobre la mesa las hubo colocado, que se retirase y no volviera hastaser llamado; pero el buen D. José, que era curioso como siete fregonas juntas, obedeciendo en la apariencia, quedóse agazapado y escondido en cierto retrete del castillo, contiguo al cuarto donde á sus amos dejaba; por manera que pudo oír toda la conversacion; y merced á su indiscreto proceder, me es tambien á mí posible referirselas á Vds.

Pocos instantes despues de haber salido el mayordomo levantóse el Conde de su asiento y durante un cuarto de hora midió la estancia en todos sentidos con agitados pasos, y sin duda buscando manera de entablar el diálogo, cosa difícil en verdad cuando entre marido y mujer se trata de lo que ya es inútil que yo repita. Entre tanto la Condesa suspiró primero timidamente, luego con mas fuerza, y un sollozo lamentable preludió á un llanto tan amargo como sentido. Aquella explosion del terror, ó del arrepentimiento, si no de ambos afectos unidos, que es lo mas probable, fué la gota que, llenando el vaso, hace que el licor se derrame; la ráfaga que convierte al viento en huracan, la oleada que rompe el dique, la chispa eléctrica, en fin, que determina la explosion del rayo. Oír el llanto de su mujer y encenderse la sangre al ofendido esposo, fué todo una misma cosa; la cólera halló salida, las palabras antes remisas, se agolparon á la lengua, los brazos, cruzados hasta aquel momento sobre el pecho, moviéronse convulsivamente, todo el sistema nervioso se puso en conmocion; y en una palabra, el estado del Conde era tal, que prolongado por sola una hora hubiera hecho de él un asesino ó un suicida. Por fortuna tan agudas crisis son, así en lo moral como en lo fisico, de cortisima duracion: la naturaleza sucumbe y se aniquila á su influjo, ó ellas ceden y se modifican: no hay medio entre esos dos extremos.

Como quiera que sea, el Conde, con voz de aquellas que parecen sonar en las hondas cavidades de un subterráneo, mas bien que salir de humanos pulmones, interrumpiéndose á cada palabra, como si le abrasaran todas los labios al pronunciarlas, y tan pronto parándose como caminando con pasos acelerados, cuyo sonido repetía tristemente el eco de la bóveda, rompió al cabo el silencio y dijo:

—¿A qué viene ese llanto, hipócrita Señora? Y ¿á qué vienen esos pèrdidos suspiros?... ¡Llorará yo, pesa á mi vida, llorará yo por mis canas mancilladas, llorará yo por el nombre de mis abuelos infamado, por mi reputacion, á costa de cincuenta años de trabajos y sacrificios adquirida, y en un instante perdida, por la mas pèrdida de las traiciones, por la mas negra de las ingratitudes!....

—¡Por compasion, Rodrigo, por compasion!....—esclamó la Condesa; y su marido sin dejarla acabar prosiguió:

—¡Compasion! Por cuanto el cielo tiene de mas sagrado juro que esta infame mujer ha perdido el juicio al mismo tiempo que la honra!.... Compasion me pide! Ella, compasion, ella á mi, en cuyo corazón acaba de clavar el puñal; ella que me condena á pasar envilecido los últimos años de mi vida, para bajar al sepulcro hecho fábula de las gentes y roído por la desesperacion.... ¡Compasion, miserable! ¿Por qué no la tuviste de mí al sacrificarme?... ¡Compasion, ya que no gratitud, merecia el hombre que, huérfana y desvalida, te arranqué de la miseria, para colocarte en la mas alta esfera de la sociedad; que renuncié por tí al retiro que sus años y estado le aconsejaban; que se hizo complaciente instrumento de tus placeres; que varió su manera de vivir cuando ya se acababa su vida, solo porque tú fueras dichosa!

—¡Rodrigo, Rodrigo!....—volvió á esclamar con moribunda voz la culpable esposa, y de nuevo tambien á interrumpirla el Conde con ira cada vez mayor:

—¡Lláname, llámame sí, con ese nombre que me pusieron en la pila en memoria del fundador de mi casa, y sin duda para que el primero y el último de los Condes de San Justo tuvieran en todo igual destino!....

Aquí, segun la relacion del mayordomo, calló el Conde, reprimió la Condesa sus sollozos, y tuvo lugar una de aquellas traidoras calmas durante las cuales recobra fuerzas la tempestad para estallar de nuevo y con mas furia que nunca. Sucede, sin embargo, que esas interrupciones en la expresion de la cólera, si en realidad no disminuyen su violencia, por lo menos hacen que de direccion cambie, como acontece al torrente que, salvando poderosos obstáculos, á veces muda de curso ante el mas flaco de cuantos se le oponen; y tal fué el caso con el Conde. Recordóle el nombre de Rodrigo una historia que la tradicion conservaba en la familia de padres á hijos, aunque bajo el sello del secreto; y sin perder precisamente de vista su propia desgracia, ocurriósele naturalmente ponerla en paralelo con la de su noble ascendiente.

Y esto no es suposicion mia, sino hecho demostrado por sus propias palabras, cuando al cabo de algun rato, cesando en su paseo, se dejó caer en el sillón, y con acento que él imaginaba tranquilo, pero que en realidad revelaba su pasion, volvió á decir:

—Sí Señora, sí: bien hace V. en llamarme Rodrigo; mejor aun de lo que V. piensa.... En efecto, el nombre y la suerte son los mismos.... El el primero, yo el último.... Infamada empezó y tambien infamada concluye la familia: nada mas justo....—¡Perdon, perdon!....—interrumpió la Condesa.

—Tres siglos hace,—prosiguió el Conde con un tono de voz (me decia el mayordomo) que helára la sangre en las venas al hombre mas esforzado:—tres siglos hace que aquí, en esta misma estancia, tal vez á la misma hora de la noche, una mujer hermosa como tú, Laura, como tú ingrata y traidora, clamaba tambien: «Perdon, Rodrigo, perdon!», á los pies de ese guerrero, cuyo retrato está sobre tu cabeza.... Pero entonces no habia un Capitan General que sustrajese á los seductores á la justa venganza de los esposos ofendidos, enviándolos á un castillo bajo cualquier pretexto.... Entonces el noble que vengaba sus afrentas no era reputado asesino, ni cruel siquiera; ni le pedía cuentas la ley de la sangre que para vengarse derramaba.... ¡Oh! ¡la moderna civilizacion ha dulcificado las costumbres! ¿No es cierto, Laura? Ahora el escarnio para los maridos engañados, si toleran su agravio; la execracion pública y el suplicio les esperan si se vengan.... En los bárbaros tiempos de ese guerrero todo era distinto.... ¿Sabes tú, Laura, la suerte del amante?... Ven, ven conmigo á esa ventana—y la arrastró á la que caía sobre el jardín....—mira, bajo de aquel inmenso nogal está sepultado: tres veces se hundió en su seno el puñal de D. Rodrigo!.... Ni mi corazón ni mi brazo son mas floos que los de aquel, y sin embargo, vive el que me ha ofendido, mi espada no está teñida en su sangre traidora.... ¡Perdon! Si, ya te lo he dicho, perdon pedia Leonor.... ¿Sabes tú la misericordia de D. Rodrigo?... Mira otra vez el frondoso nogal: al lado yace la culpable de su amante!.... ¡Laura, yo soy nieto de D. Rodrigo: tú tan culpable como su esposa!....

—¡Misericordia, Dios mío, misericordia!—clamó desesperadamente la infeliz Condesa, y el eco sordo de la torre repitió el golpe de su cuerpo que inerte cayó á las plantas del irritado esposo.

La impresion que en el mayordomo produjo lo que acabo de referir, fué tal, que olvidando á impulsos de la humanidad cuantas consideraciones de propio interés le aconsejaban permanecer oculto, salió del retrete que le escondía y llegó á abrir la puerta de la estancia en que sus amos estaban. Si el Conde le viera, es posible que le costara la vida el ser sensible; pero, dichosamente para el buen D. José, hallábase su señor de espaldas á la entrada del cuarto, y tan absorto en la contemplacion del bello é inmóvil cuerpo que á sus pies tenia, que no oyera en aquel momento ni la trompeta del juicio final. Tambien por fortuna suya recapacitó el mayordomo que no solo se esponia probablemente á habérselas cuerpo á cuerpo con su amo, y con evidencia á perder su acomodo, sino que además, la presencia de un extraño en tales casos, es siempre mas perjudicial que útil á la persona misma á quien se propone defender; y tan prudente reflexion le detuvo en el umbral de la puerta primero, y le decidió luego á cerrarla de nuevo, si bien no tan por entero que no dejase un resquicio para ver lo que en la habitacion pasaba.

Volamos al Conde. El desmayo de una mujer á quien amaba con la ternura del último amor, despertó en su corazon sentimientos que hasta entonces acallara la ira, y que la menor contradiccion, el mas pequeño viso de resistencia, tal vez las súplicas mismas, hubieran bastado á desterrar completamente de su alma. Contemplando, pues, á la exánime Laura, exclamó:

«Ayer tal vez, cuando en aquel funesto baile, adquiri la certeza de mi deshonor..... sí, ayer hubiera podido castigarla.... Pero ahora.... ¿Y qué se diria de mí? Las gentes me llamarian monstruo..... y yo mismo..... yo mismo tendria remordimientos de mi crueldad.... ¡Ah don Rodrigo, D. Rodrigo, si hoy vivieras vacilarias como yo vacilo!»

Acabando de hablar así, levantó á su esposa, y con mas blandura que era de esperar, colocóla en uno de los sillones.

Conoció el mayordomo que, comenzando la ira del Conde á calmarse, su posicion se hacia peligrosa, y con prevision acertada se retiró tan á tiempo, que un minuto despues salió aquel de la torre y en voz alta le llamó, volviendo en seguida á cuidar de la desmayada dama. D. José entonces se presentó como si nada supiera de lo ocurrido, y recibió la orden de traer el mismo un vaso de agua. Hizolo así, y al mismo tiempo puso en manos de su amo la respuesta que á su carta habia traído ya el criado encargado de llevarla á su destino. Leyó aquel papel el Conde, mandó que á la media noche se le tuviera preparado el coche de camino, y haciendo venir á la mujer del mayordomo para que ayudase á la Condesa, ya vuelta en sí, á mudar de traje, salió de la torre y pasó á ocupar su acostumbrada habitacion.

Fué aquella triste noche un siglo de angustia y amargura para Laura; mas ni una queja, ni una frase que indicara la causa de sus lágrimas, pronunciaron sus labios, ordinariamente de coral, y entonces del color pálido de una marchita azucena.

Del Conde nada diré á Vds., porque solitario y encerrado, estuvo en su estancia hasta que dando la última campanada de las once, entró en la torre, y en tono severo, mas templado, dijo á su esposa: —Laura, vamos.

Obedeció resignada y silenciosa la infeliz, y su marido se encaminó á una puerta secreta de la torre, que se abria sobre cierta escalera de caracol, sin uso desde que por ella bajaron los cadáveres de Sancho y de Leonor para ser enterrados en el jardin. Por ella tambien bajaron los Condes, precedidos del mayordomo, en cuya mano temblaba la bugia que á todos daba luz, dirigiéndose despues á la puerta que servia para pasar del jardin á un monte que hasta sus muros llegaba. Imaginen Vds. cuál seria el terror de Laura, cuando al pasar debajo del fúnebre nogal, se detuvo inesperadamente el Conde: cuál su angustia, cuando á la incierta luz de un pálido rayo de la luna que penosamente atravesó la espesa copa del árbol robusto, vió que brillaban los ojos del árbitro de su destino con siniestra expresion de ferozidad! Creyó entonces llegada su última hora, y con todas veras se encomendó mentalmente á aquel ante quien no hay culpa irremisible como el arrepentimiento sea sincero..... Tambien en el corazon del Conde tenian trabada cruelísima lucha el honor implacable y la humanidad indulgente..... Triunfó la última, y haciendo un penoso esfuerzo, continuó su marcha el descendiente de D. Rodrigo, siguiéndole la Condesa en la misma situacion de espíritu que aquel á quien, cuando ya el dogal ceñia su cuello, le anunciaban el inesperado perdon.

—Espere V. aquí,—dijo el Conde á su mayordomo en la puerta del jardin, y asiendo el brazo de la Condesa, entró con ella en la espesura del bosque.

D. José, fiel á su insaciable curiosidad, en vez de permanecer en su puesto, echó á andar detrás de sus amos, siguiéndoles á favor de los árboles sin que ellos lo advirtieran, y vió que sin proferir palabra, llegaron á las puertas de un monasterio de religiosas Capuchinas, fun-

dado por uno de los ascendientes del Conde, y de que éste era patrono nato. Un solo golpe dió en la puerta del convento el grueso aldabon de hierro, un solo golpe que resonó á un tiempo en las cavernas del monte y en el corazon de la Condesa; pero bastó para que la Abadesa, ya prevenida por la carta del Conde, hiciese abrir á Laura inmediatamente. Rechinaron los goznes de la pesada puerta; despues se oyeron los tímidos pasos de la Condesa en el vestibulo del religioso asilo; volvieron los goznes á rechinar, la ponderosa puerta al encajar de nuevo en sus quicios sonó siniestramente, y Laura no volvió á salir del monasterio hasta que dos años despues fué á unirse su cadaver con el de su esposo, que á los seis meses contados bajó al sepulcro á ocultar en el polvo de la nada su vergüenza y su dolor.

—¿Qué dice V. señor D. Diego? preguntó D. Antonio concluida su narracion.

—Digo y diré siempre que el último D. Rodrigo anduvo mas cuerdo que el primero, menos en eso de morirse á los seis meses por quien tan mal habia pagado su cariño.

—¿Y V., D. Alfonso, qué opina?

—Yo, que el Conde se condujo con menos vigor, con menos fortaleza que su ascendiente, y que estoy de parte del primer D. Rodrigo.

—Pues yo, amigos míos, creo que entrambos se equivocan Vds. El Don Rodrigo de quien primero hemos hablado, hizo lo que, atendidos su carácter é indole violenta, no podia menos de hacer en tiempos como los que alcanzó. ¿Por qué el Conde no menos irascible, no menos apasionado, mas que él inclinado acaso á la crueldad, no hizo otro tanto?—Porque lo mismo que se llamaba venganza honrada aunque terrible, en el tiempo antiguo, se llamaria bárbaro asesinato en el nuestro; porque la opinion absolvia entonces ¿qué digo absolvia? canonizaba lo que ahora condena. Esa y no otra es la verdadera causa, de que dos hombres parecidos, como acaso nunca los hubo tanto, y colocados en idénticas situaciones, obraran de tan distintas maneras.

En resumen: el drama fué uno; dos y contrarios uno á otro los desenlaces; porque la civilización influye poderosamente en los hombres, porque las preocupaciones, las circunstancias, los tiempos, modifican, como dije al empezar nuestra controversia, si no la esencia de las pasiones, por lo menos sus efectos.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

De los oráculos entre los antiguos.

Los oráculos eran entre los antiguos lo propio que los hechiceros entre nosotros. Toda la diferencia entre ellos estriba en que los oráculos se fingian inspirados de los dioses, y nuestros hechiceros pasaban por ser adiestrados del diablo. A los primeros se los honraba extraordinariamente, á los segundos se los quemaba sin piedad.

El oráculo de Delphos era el mas famoso de todos. Moraba en un lado del Parnaso, cruzado por mil maderos abiertos en la sola rodeado de peñascos que repetian mil veces al sonido de una sola trompeta. Descubriólo un pastor observando que sus cabras se sentian embriagadas por el vapor que exhalaba una gruta en cuyo torno pacian. La sacerdotisa pronunciaba sus oráculos sentada sobre el tripode de oro, colocado sobre la referida cavidad. El vapor que despedia la hacia caer en una especie de delirio. En cuanto se sentia inspirada, se alteraba la fisonomia de la pitia, inflábase su garganta, su pecho respiraba sin cesar, torcia su cabeza, hacia girar completamente su cuello, se agitaba su cuerpo todo, y dejaba oír sus oráculos sentada sobre el tripode delfico.

Los sacerdotes de Dódona decian que habian venido del Egipto á su bosque dos palomas que hablaban el idioma de los hombres, y que ellas habian sido las que habia ordenado que se erigiese allí un templo á Júpiter, que prometia hallarse en él y pronunciar allí sus oráculos. Pausanias dice que eran milagrosas jóvenes que se habian convertido en palomas, y que bajo esta forma pronunciaban los célebres oráculos de las palomas de Dódona. Las encinas hablaban en aquella maravillosa selva, y una estatua respondia á cuantos la consultaban.

Filipo, rey de Macedonia, fué advertido por el oráculo de Apolo que seria muerto por una carreta. Inmediatamente ordenó que se hiciesen salir todos los carros de su reino. No obstante, no pudo libertarse de la suerte que tan exactamente le habia predicho el oráculo; Pausanias, que fué quien lo mató, llevaba una carreta grabada en la guarnicion de la espada regida.

Si se ha de dar crédito á Porfirio, el oráculo de Delphos respondia á cuantos le preguntaban quien era Dios: Dios es el origen de la vida, el principio de todas las cosas, el conservador de todos los seres. Existe en él una inmensa profundidad de luz. Esta luz lo produce todo. El corazon no debe temer verse tocado por este fuego tan dulce,

cuyo ténue calor constituye la duracion y la armonía del mundo. Todo está habitado por Dios; se halla en todas partes; nadie lo ha enjendrado. Todo lo sabe, nada hay que pueda enseñársele. Es inmutable en sus designios. Hé aquí todo cuanto se acerca de Dios. No trato de saber mas. Tu razon no puede comprenderlo, por clara que la poseas. El malo y el injusto no pueden ocultársele, ni existe nadie que pueda ofuscar penetrantes miradas.»

«En Suidas, el oráculo de Serapis dijo á Thulis, rey de Egipto: » Dios, el verbo y espíritu que los une, todos tres no forman sino uno solo. Este aun es el Dios cuyo poder es eterno. Mortal adora y tiembla, ó tendras mas por qué quejarte que el animal desprovisto de razon.»

Las exhalaciones que salian de la tierra y que agitaban á las pitías, eran miradas como una sagrada inspiracion por la mayor parte de los antiguos. Fernel las atribuye á los demonios: los cabalistas á los espíritus que habitan el aire.

Entre los oráculos mas considerados, es preciso citar los de Apolo en Milet y en Claros, el de Trophonio en Beotia, y el de Amphierao, entre los límites de la Beocia y de la Attica. Juno respondia en el territorio de Corinto, Hércules en Bura en Achar, Baco en Amphiclia en la Phocida. Roma consultaba mas que nada á Egipto y á la Grecia; sin embargo poseia los oráculos sibilinos de Abbunea y de Cumes, y los de Fauno y Prenestes, que se sorteaban. En Antium, habia estatuas de la fortuna que respondian por signos de cabeza. El oráculo de Trophonio se obtenia por menos, así como tambien el de Esculapio en Epidauro.

El conde de Gabalis, atribuyendo los oráculos á los espíritus elementales, añade que antes de Jesucristo se complacian estos espíritus en explicar á los hombres lo que sabían de Dios y en darles prudentes consejos, pero que se retiraron cuando vino el mismo Dios á instruir á los hombres, y que desde entonces desaparecieron los oráculos.

H. J.



Habana. — Monumento erijido en memoria de la primera misa que en ella se dijo. — Véase el núm. anterior.

UN PINTOR Y YO.

Un cuadro concluía
cierto noble discípulo de Apeles,
y aun soldado no habia
el tiento, la paleta y los pinceles,
con que el grupo mas bello y delicado
que supiera idear habia pintado.

Y una vez y otras ciento
ya dejaba el pincel, ya le tomaba,
y con sentido acento,
su lienzo contemplando, así exclamaba:
«bello es el cuadro á fé! mas juraría
falta el mejor adorno á la obra mia.»

Entonces yo le dije:
«perdonad, noble artista, á quien comprende
la pena que os aflige,
si bien de nobles artes nada entiende,
que á indicaros se atreva lo que el sello
diera de animacion al cuadro bello.

«Tan solo una figura
cual la tengo en mi mente concebida
diera á vuestra pintura
encanto y brillo, entonacion y vida;
que ella es el dulce y envidiable ornato
de toda sociedad y humano trato.

—Decidla, pues, si os place.
—Pintad una muger. —Vedla bien bella.
—Mas no me satisface.
—¿Aun la quisiérais mas hermosa que ella?
—No, que si la hermosura yo pintára,
no en el cuerpo, en el alma la sellára.

Diérale mas talento,
siquier no os pareciese tan hermosa,
y fuera su ornamento
un alma grande y noble y generosa,
de esquisito sentir, de trato amable,
y fuera vuestro cuadro inimitable.

—Perfecto es vuestro tipo.
—Cierto que sí; ni hay nada que le escoda.
—Pero yo os anticipo

que no hay pincel que retratarle pueda,
que tal imagen en la mente propia
bien se concibe, pero mal se copia.

—¿Tan árdua hallais la empresa?
—Imposible direis al arte mía,
que ser obra confiesa,
mas aun que del pincel, de la poesia.
Vos, pues, de esa muger todo el encanto
pudiérais retratar en dulce canto.

—Tal obra acometiera,
si al pintar de sus dotes el conjunto
con razon no temiera
resultára harto débil el trasunto;
que si tales encantos se conciben,
muy bien se sienten, pero mal se escriben.»

Y el pintor y el poeta
convenimos en esto fácilmente;
que una muger discreta,
grande en pensar, en el sentir vehemente,
generosa á su vez, dulce en su trato,
es del cuadro social el bello ornato.

Y si el pintor espuso
ser débil su pincel para copiarla,
el poeta repuso
su númen ser escaso á retratarla;
que si bien tales prendas se conciben
empero mal se pintan y trascriben;

Si de tu libro ahora
pintára yo en las páginas primeras
la muger seductora,
quizá el original reconocieras:
mas esta imagen en la mente propia
muy bien se siente, pero mal se copia.

FRAY GERUNDIO.

La eleccion.

El arzobispo de Reims, hijo de Carlos, duque de Guisa, amaba apasionadamente á Ana Gonzaga; no habiendo recibido aun las órdenes, queria, para casarse con ella, renunciar á todos sus beneficios. —«Meditadlo con seriedad, le dijo el cardenal de Richelieu; vos tenéis cuatrocientas mil libras de renta, y quereis perderlas por una muger: otros darian cuatrocientas mil mugeres por tenerlas.»



Un jóven que promete para las artes y las letras.



Dignidad é impudencia.

Poseía un labrador un perro de ganado y un gosquecillo, los cuales moraban en el mismo nicho. El enorme perro, apoyado sobre sus robustas patas como un león, miraba pasar ante sí los hombres, los niños y los ganados con la calma de la fuerza; el gosquecillo al contrario, avanzaba arrogante su cabeza al menor ruido de pasos, gruñía desde que apercibía una sombra, y ladraba al primero que llegaba.

Un día, uno de los caballos de labor, que volvía fatigado, al oír con impaciencia sus gritos.

— Por qué, dijo, el vigoroso perro que nos guarda á todos se está allí tan reposado y tan tranquilo, en tanto que este imprudente no cesa de aturdirnos?

— No se admire de eso, respondió un bucy que rumiaba á algunos

pasos del nicho, las verdaderas capacidades se recomiendan bastante por sus servicios sin tener necesidad de mover esos estrépitos; pero los necios inútiles arman escándalo porque no pueden hacer otra cosa.

¡Qué de hombres representan en esta vida el papel del gosquecillo!

Gritan porque no tienen la voz bastante fuerte, insultan porque se sienten menospreciados, enseñan los dientes porque tienen miedo de que los apaleen! La impudencia es la miseria de los débiles como el desden es la de los fuertes. Obsérvese bien, y en el fondo de todas esas insolencias sin pudor, se hallará solo el despecho de un impotente orgullo. Tengamos todos la estatura de Goliath y nadie volverá á erguirse sobre la punta de los pies.

27 DE ENERO DE 1830.

Bien sabemos que existe otro medio mas seguro: la resignacion modesta acepta la parte distribuida por Dios, se contenta con el lugar obtenido, se coloca en él sin promover el menor ruido. Pero no á todos les es dado obtener en esta vida ese don de abnegacion y de paciencia; para obtenerlo, es preciso desprender las miradas de las cosas de la tierra y buscar mas arriba un objeto que no depende del juicio de los hombres. Para el que mira la sociedad como una casa de comercio, cuyos intereses deben ser saldados con poder, con oro ó con placeres, no puede ser la vida sino una escuela de egoismo, de exigencias y de orgullo; pero el que acierta á mirar en ella una prueba, en lo cual se revela el verdadero valor de nuestra alma, aquel se someterá sin murmurar al destino que le ha cabido, porque comprende que la gran ley del mundo es la abnegacion.

UNA CORRIDA DE TOROS EN LISBOA.

Then to the crowded, circus for they fare;
Young, old, high low, at once the same diversion share.
CHILD HAROLD'S PILGRIMAGE
CANTO THE FIRST. LXXI.

¿Cuál venecian á indómitos guerreros
en lances verdaderos
si estos sus juegos son y su alegría?
MORRIS (D. Nicolás.)

¿Por qué la pintoresca Lisboa, cuna encantada de Vasco de Gama y Camoes yace olvidada de nosotros ahí á orillas del Océano, de cuyas olas parece haber salido rica de mármoles y flores, como una ciudad de las *Mil y una noches*? ¿Por qué apartamos con desden los ojos de ese paraíso, que ha sido la mas rica joya de la corona de Castilla y que encierra las esperanzas de nuestra futura prosperidad? ¿Por qué esa reina del Tajo embellecida por la mano de Pombal y poetizada por el inspirado Almeida Garrett, no ha tenido un Jouy que describiese sus costumbres, sus monumentos y sus jardines? ¡Ah! por lo que á nosotros toca, viene ya de muy antiguo y pasa de padres á hijos, cierta propension fatal á consumir nuestras fuerzas en empresas estériles, abandonando las útiles; y los Lusitanos no han cooperado menos activamente á esa indiferencia mútua, que nos aniquila, con sus hermosos y deslumbradores sueños de nacionalidad. La lección que entrambos hemos recibido ha sido amarga; ellos pasando á ser colonos del Reino Unido y nosotros descendiendo al último escalon en la gerarquía de las naciones europeas.

Estas reflexiones me sugirieron mas de una vez el pensamiento de describir, en una serie de artículos, esa corte tan alegre y tan risueña que algun dia me ha hecho parodiarse aquellos versos de Boileau:

*Lisbonne est par un peuple un pais de cocagne,
Sans sortir de la ville il trouve la campagne.*

Y hubiera llevado á cabo mi propósito si no fuese demasiado atrevimiento escribir en ese género de literatura despues de Figaro y del Curioso Parlante. Sin embargo, no siendo la timidez y la modestia los defectos de los que hoy pertenecemos al proletariado de la pluma, resolvime al fin á echar á volar este artículo que yo considero desde ahora como una astilla mas, arrojada en esa inmensa hoguera que vá consumiendo todas las obras de este siglo, y de cuyas cenizas tan raras elucubraciones realizarán en los tiempos venideros el fabuloso renacimiento del fénix.

Solamente debo advertir, por lo que pueda importar, que lo que voy á referir es un trasunto fiel y verdadero de lo que yo he visto y presenciado; y hago esta salvedad porque la fiesta de toros es uno de los cuadros mas difíciles y delicados para un pintor de costumbres, pues desde el famoso Rui Diaz de Vivar que alanceó los toros á caballo hasta nuestro contemporáneo el célebre Montes que conversa con ellos, han manejado ese asunto poetas, historiadores y filósofos con tal abundancia de datos y con tanta riqueza de invencion que es harto difícil imitarles.

Mi buena ó mi mala estrella quiso que al llegar yo á la corte de Maria de la Gloria fuese á hospedarme á una fonda donde vivia cierto literato llamado Dionisio Sousa Magallães Loureiro. Y antes de pasar adelante me permitirán mis lectores que diga dos palabras sobre la vida y milagros de esta notabilidad portuguesa, porque asi conviene á la aclaracion de algunos pasajes de nuestra verídica historia. La envidia, la mordacidad y la calumnia han hincado su diente envenenado en la reputacion de Dionisio Sousa, asi como en la de todos los que han despertado en la república de las letras; pero yo, que á fuer de imparcial, doy al César lo que es del César, debo confesar que se asemeja en mas de cuatro cosas á muchos escritores justamente cele-

bres. Algunos desalmados periodistas, sabiendo que descende de un carnicero le han echado en cara su linaje, como si pudiera ser falta en él lo que nadie osó vituperar en Shakspeare: otros tan creído injuriarle recordándole que habia sido lacayo, los cuales sin duda ignoraban que Rousseau ha llevado la librea de la condesa de Verceilis. Hubo quien se movió de él porque es tuerto como Camoes y cojo como lord Byron, pero con tanta malicia que ni la triste figura de Juan Ruiz de Alarcón fué blanco de mas epigramas. Lo cierto es que á imitacion de Sofocles ha dado á la escena 120 tragedias, que por lo silvadas se parecen al Fedro de Racine: y aunque no faltó quien le acusara de plagio y le calificara de loco, todos sabemos que tambien se ha dicho lo primero de Aristofanes y lo segundo de Cristóbal Colon. Respecto á bienes de fortuna, pienso que no disfruta de sobradas comodidades, pues si bien no tengo noticia de que haya sido preso por deudas como Bacon, en escasez de metálico y en abundancia de necesidades pudiera apostárselas al mismísimo Miguel de Cervantes Saavedra.

Sucedió, pues, que nos conocimos y que no tardamos mucho en estrechar nuestras relaciones, brindándose él con la galanteria proverbial de los hijos de su país á servirme de Cicerone. Acepté el ofrecimiento, y empezamos nuestras observaciones por la plaza de toros, que por ser toda de madera me trajo á la memoria el abandonado hipódromo de esta corte. Al ver la animacion de la multitud apiñada en palcos y tendidos, me hubiera creído trasladado á Madrid ó á Sevilla, si la falta de la airosa mantilla en las mujeres y la pesada y larga capa que la sustituye no viniesen á desengañarme. Despues de tomar asiento en un banco bastante próximo á la barrera, lo que primero llamé mi atencion fué la ausencia de la clase artesana que en el Mediodia de España sacrifica el trabajo de un dia y el sustento de dos ó tres para asistir, como juez inteligente, á ese sangriento espectáculo que nos han legado los árabes. Rompió la orquesta con el himno de Riego, cuyas notas hacen siempre latir con violencia todo corazon español; y aquí debo referir de paso una circunstancia curiosa y significativa que mas tarde he advertido, no sin asombro, en los teatros de San Carlos, de Maria II y del Gimnasio. En tanto la música toca ese himno, el público todo, sin distincion de sexos, se pone en pié. Singular homenaje tributado á las instituciones que simboliza y á la nacion humillada en Aljubarrota! Esta costumbre, que nos revelaba las simpatías del pueblo Lisbonense, habrá sido probablemente abolida con la reaparicion en el poder del conde de Thomar.

Cesó la música, sonaron los timbales, y la cuadrilla formada entró en el circo, segun antigua usanza, á saludar al presidente. Sorprendíome el ver una mula ricamente enjaezada y conducida por dos negros, y tuve mucha curiosidad de saber lo que contenian dos cajones largos y estrechos que sobre sus lomos sustentaba. Afortunadamente presto sali de la duda, porque el señor Sousa que sin duda comprendió mis deseos, se apresuró á decirme que ninguna de aquellas cajas era la de Pandora sino simplemente dos arcas llenas de rejonos y banderillas. En efecto el que presidia la fiesta arrojó una llavecita á la plaza, y las misteriosas urnas fueron abiertas y desocupadas en presencia de todos. Retiráronse nuevamente negros y lidiadores, quedando solo y dueño del circo un ginete vestido á la antigua española, que nos entretuvo muy cerca de tres cuartos de hora haciendo saludos en todas direcciones. Montaba un gallardo alazan, de cabeza pequeña y erguida, ancho pecho y larga cola. Acostumbrado como estoy á ver en las corridas de mi país cuartagos tan ruines que no los quisiera un gitano, extrañóme que así espusieran la vida de aquel precioso animal; y creció de todo punto mi asombro, cuando oí las siguientes palabras que con cierto énfasis me dirigió mi Cicerone.

—Ese potro pertenece á las caballerizas de S. M. el rey Fernando.

—¿Pues qué! repuse yo, ¿en tan poca estima tiene el rey sus caballos?

—Eh! se conoce que no ha visto V. lidiar á nuestros toreros. Ese caballo no corre el menor peligro guiado por tal ginete.

—Sin embargo, repliqué, esta es una funcion bárbara, y el que dirige el estado, ya que no pueda prohibirla no debe ser el primero á sostenerla.

—Que eso diga un español, me contestó precipitadamente, es cosa que yo no acierto á explicarme. La tauromaquia ha sido ejercida en Castilla, hasta hace muy poco tiempo, por la nobleza que la consideraba como un medio de poner á prueba los ánimos esforzados, y no degeneró en entretenimiento vil y deshonoroso sino por haberselo convertido en oficio de gente ruin y villana. Don Fernando Pizarro no fué menos admirado de sus contemporáneos por rejonador valiente que por conquistador del Perú: el duque de Medinasiona mató, en celebracion de las bodas del imbecil Carlos II, dos toros de dos rejonazos: el emperador Carlos V mató otro de una lanzada en la plaza de Valladolid, y Felipe IV luchó con ellos en distintas ocasiones.

Aquí llegaba con su disertación el bueno de Sousa Magallaes, cuando un clamoreo universal nos advirtió la entrada en la plaza de un toro pequeño, corniabierto y embolado pero tan ligero y acometedor que parecía salamanquino. Quedó suspenso el concurso, púsose en guardia el gineté lidiador y todos los ojos se fijaron en él: salir al encuentro á la fiera disparada, clavarle el rejon en la cerviz quedándose con la mitad en la mano y sacar el caballo de entre las astas ileso y piafando, fué todo obra de un segundo. Recibió otro rejon de manos de un negro, y el toro bramando de ira y bañado en sudor se emplazó: inclinó el hocico hasta la arena, escarbándola y arrojándola sobre la espalda con su ardiente resoplido y se retiró algunos pasos encarado siempre al caballero que, aburrido de tanto esperar, emprendió un medio galope sobre el costado derecho y le clavó el segundo rejon con igual maestría y acierto. Resonó un aplauso general y prolongado; y Sousa Magallaes que no era de los que con menos entusiasmo palmoteaban, exclamó lleno de orgullo: — Qué tal! no decía yo bien que el caballo no correría ningún peligro? Yo lo creí como que quien le monta sabe de cabo á rabo las reglas de torear escritas por el caballero don Santiago Bonifaz, tiene en la punta de la lengua las advertencias para torear que publicó en Madrid á últimos del siglo XVII don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero de la orden de Santiago, y no falta quien asegure que posee el único ejemplar, existente hoy en el mundo, de las reglas de torear compuestas por don Diego de Torres.

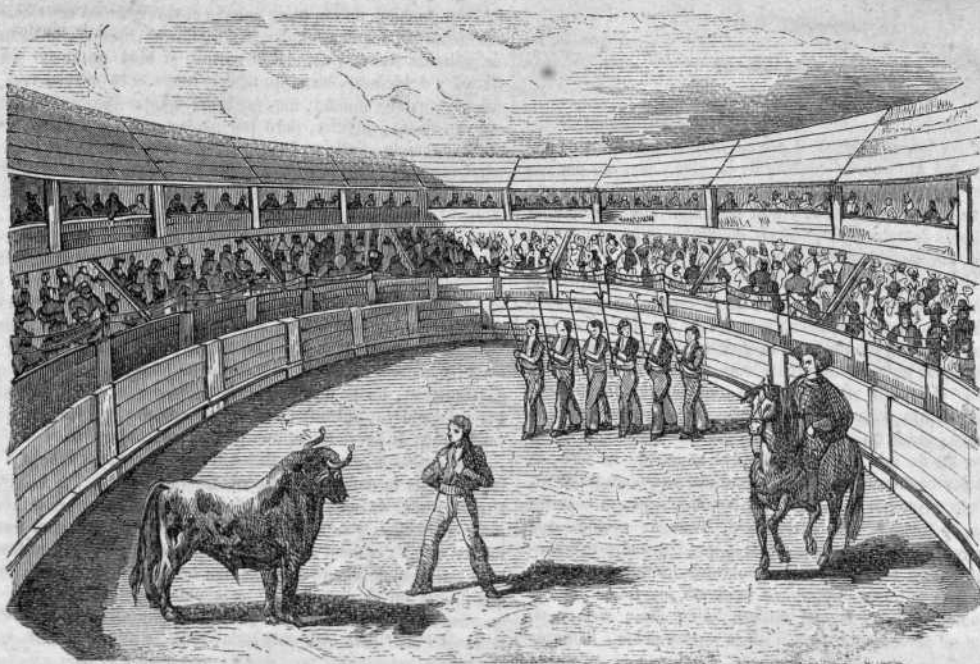
Iba yo á contestar á mi interlocutor cuando se lanzaron al circo algunos banderilleros que á tiro de ballesta revelaban ser españoles y de la tierra de María Santísima: con lo cual está dicho todo, y de sobra se entiende que cargaron de leña el vicho á su sabor. Concluida esta suerte, vimos algunos toreros irse colocando en dos filas al pie de la barrera, armados con picas muy parecidas á las horquillas que aquí se usan para conducir los santos en las procesiones. Divisólos el toro, y ciego y enardecido con el punzante dolor de las banderillas acometió

aquella pequeña muralla de picas, que permaneció inmóvil como si fuera de hierro: retiróse para cobrar mayor impulso y arremetió segunda vez con tal furia y tenacidad que los del grupo se vieron precisados á tomar el olivo dejando sobre el campo sus armas abandonadas. En aquel momento se oyó un grito unánime que se alzó de todos los asientos como una sola voz: ¡á uña! ¡á uña! Yo que soy un tanto aficionado á todo lo que sea gresca y alboroto, uní toda la fuerza de mis pulmones al tumultuoso coro para repetir con la multitud ¡á uña! pero por mas que cavilaba no comprendía el significado de tales palabras. Pregunté á mi amigo Sousa lo que el público quería, y qué era lo que demandaba con tan descompuestas voces.

—Lo que el público pide, me respondió, es una suerte jamás vista en España, y bastante para acreditar el valor de los nunca vencidos portugueses: suerte que consiste en luchar cuerpo á cuerpo con el toro, sin otras armas que las naturales, hasta derribarle. Ve V. ese hombron de pantalon y chaqueta de tela listada, faja á la cintura y pecho descubierto? pues es un nuevo Theseo que va á vencer á ese Minotauro, sin tener otro hilo de Ariadna para salir de tan intrincado laberinto que sus puños y sus piernas.

Parecióme algo brutal el pugilato, y sin embargo me guardé de contestar una sola palabra porque temi, con sobrada razón, que habría de lastimar el orgullo nacional del señor Dionisio Sousa, Magallaes Loureiro. Este género de espectáculos, pierde en barbarie en proporción que el hombre entra en la lucha haciendo uso de su superioridad intelectual. Los indios del Orinoco lidian con los caimanes pero esperando vencerlos á fuerza de destreza y sagacidad. Pelea con una fiera, cerrados los ojos y confiando únicamente en el valor es equipararse á ella. Montes ha dicho en su *tauramaquia* que un lidiador que practica las reglas del arte, no puede ser cogido; y esta es la mejor defensa que cabe hacer de las corridas de toros.

En efecto, el que Magallaes calificó de nuevo Theseo salió al medio del circo llamando con voces y palmadas al toro: este le observó



Una corrida de toros en Lisboa.

algunos segundos, acometiéndole en seguida con tal brio que todos le hemos creído muerto. Grande fué mi sorpresa al ver entre una nube de polvo, columpiarse fuertemente asido de las astas al temerario lidiador. El bruto sacudió su cabeza con una violencia tal que bastaría para levantar veinte arrobas del suelo, sin desprender de sí á su enfurecido adversario: emprendió la carrera sin dirección fija, y después de algunos minutos logró echar por tierra su molesta carga, escitando un aplauso general de la multitud que parecía complacerse en la agonía del malparado torero. Cerré los ojos horrorizado, haciendo voto solemne de no asistir otra vez en mi vida á tan feroz diversión, á tiempo en que Sousa que había notado mi emoción se expresaba así: — No es este el primer pueblo que rinde homenaje á ese cuadrúpedo: en Egipto se adoró á Apis bajo la forma de un toro. Y el animalito que V. ve ahí se merecía mucho mas: cuando llevaba

á aquel gandul en las astas se asemejaba á Júpiter robando la hija de Agenor.

Tales desatinos hicieronme sonreír y fijar los ojos nuevamente en la fiera, entonces rodeada por todos los que momentos, antes, la habían detenido con sus picas al pie de la barrera. ¿Habeis visto alguna vez un toro acosado por media docena de perros que se cuelgan de su cuello, de su cola y de sus orejas, y le fatigan hasta derribarle? pues esa es la sutil suerte que aquellos hombres hicieron, y la que piden los lisboenses al gritar ¡á uña! Cuando al animal perseguido, golpeado y mordido le faltaron sus ya flacas y desmayadas fuerzas, dejóse caer lentamente en medio de los alaridos de aquellos salvajes y de la gritería del público. La fuerza bruta de los diestros había superado á la del toro; ¡y tamaño triunfo bien merecía ser celebrado por un pueblo culto! Ah, exclamé yo, Jovellanos no ha

escrito exclusivamente para España su *Pan y toros*! No obstante, es justo confesar que las corridas de toros en Portugal son menos repugnantes que en nuestro país. Jamás se ofrece á la vista del espectador el horrible y asqueroso cuadro de un caballo que al galopar arrastra y pisa sus propias tripas. Jamás se mancha con sangre la arena; lo cual bastaría para hacer mas tolerable entre nosotros esa bárbara diversion, porque las costumbres de un pueblo habituado á presenciar escenas sangrientas se endurecen y pervierten.

Salió luego otro toro: volvieron á rejonearle y á ponerle banderillas y á echarle la uña; y así prosiguió la fiesta sin mas novedad que la representación de algunas pantomimas muy comunes en nuestras corridas de novillos. Recuerdo que se colocó un columpio en medio del circo con cuatro caballos de carton; sobre los cuales montaron otros tantos negros armados de largas picas, y que en seguida se soltó un toro, siendo consiguientes los saltos y los sustos y las cogidas, que tanto escitan la risa de las gentes, y que son, por decirlo así, la sal de estas inocentísimas funciones.

Ultimamente, y cuando ya la noche se aproximaba, hubo sus fuegos artificiales, que se van convirtiendo en un final obligado de todas las corridas, lo mismo en el reino vecino que en el nuestro.

A todo esto mi Cicerone no dejaba de hablarme, trayendo por los pelos algunas comparaciones mitológicas, citando trozos de Homero, y ensartando en fin tales sandeces que creo hacer un obsequio á mis lectores en no referirselas. Por otra parte como es probable que otra vez aun volvamos á ocuparnos de él, ocasion tendremos de oírle hasta la saciedad.

A. ROMERO ORTIZ.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

PROLOGO INTERCALADO.

Tanto nos entretuvo el pasado cuento, que por aclamacion decretamos emplear las tardes todas de la misma manera que las tres anteriores. Rióse don Antonio de corazon de la idea; mas no por eso dejó de aceptar la presidencia de nuestra *sociedad de las consejas*, que así la apellidamos desde entonces, y aun de exigir con escrupulosa severidad las libras de dulces que, por vía de multa, se imponían á los socios, cuando, sin razon conocida ó con pereza notoria, faltaban á la reunion, ó dejaban pasar largo tiempo sin dar alguna muestra de su talento como narradores. Hicieronme á mi secretario, cargo pesado en toda asamblea, y mas en aquella, pues era de mi obligacion llevar cuenta con el órden en que á cada cual tocaba hacer su relacion, amen de tomar nota y redactar las anécdotas y cuentos que la mayoría juzgaba dignos de memoria; pero confieso que llevaba con paciencia aquel trabajo, con tal de eximirme del de contar yo tambien mis cuentos, tarea que me agradaba mucho menos que la de oír con atencion los de mis amigos. Tal es el origen de la serie de estudios sobre las costumbres españolas que me propongo publicar, y á que he dado principio con el que los lectores supongo conocen ya. Una palabra, y termino este parafrasis de prólogo: siempre que crea necesario referir algunos de los diálogos que entre nosotros mediaron, me contentaré con indicar el nombre de los interlocutores, como en los dramas se hace, evitando así la eterna repeticion del dijo fulano, respondió, replicó, repuso citano, etc., etc.; *item mas*, cuando tambien mi persona intervenga en la conversacion, llamaréme el redactor; y con esto, amados lectores, proseguir si os place, y en caso contrario avisad, para que ni vosotros ni yo perdamos el tiempo.

¡Cuando el rio suena!

I.

ENTRADA EN EL MUNDO.

Don Diego. ¡Cuando el rio suena!..... Yo no digo que la opinion pública sea infalible; pero pocas veces dejan de tener fundamento sus juicios sobre las personas.

Don Antonio. La opinion pública exagera, no pocas veces, así lo bueno como lo malo.

Alfonso. Y lo peor del cuento es que suele el público acabar por salirse con la suya en lo malo que de un sugeto dice, si en ello se obstina.

Don Diego. Eso digo yo: cuando el rio....

Alfonso. No señor, no es eso lo que quiero decir.

Don Diego. Amigo, Vd. hace conmigo lo que el raton de la fábula con el gato; y dice despues de haber alabado una prenda: «¡Olá! ¿La tienes tú? Ya no me gusta.»

Estamos diciendo las mismas palabras: y, sin embargo, ¡preten- de Vd. que no vamos conformes!

Don Antonio. Señores, no haya disputa ó intervendrá el pre- sidente.

Alfonso. No permita el cielo que haya disputa entre nosotros, no señor; pero, en efecto, no nos hemos entendido, porque.....

Don Diego. Porque soy yo quien hablo.

Alfonso. No tiene V. razon en creer tal de mi buena amistad....

Don Antonio. Basta, señores, basta; que se hace tarde, ¿la quién le toca hoy el turno?

El Redactor. A don Alfonso.

Don Antonio. Pues manos á la obra, Señor oficial.

Alfonso. De buena gana, aunque no sea mas que para probarle al señor don Diego que mi opinion sobre la materia que discutíamos, estaba formada antes de oír la suya; y que por consiguiente.....

El Redactor. Al cuento, al cuento.....

Alfonso. Sea pues.

Y en efecto, tomando asiento en un sillón, que al lado de la chimenea y en frente al de nuestro don Antonio se le reservaba siempre al orador, comenzó Alfonso á decir, con mas señales de ruboroso embarazo que de su profesion y carácter pudieran esperarse:

«Voy á referir sucesos en que he sido actor principalísimo; así pues, verdad por lo menos habrá en mi narracion. Los nombres propios son los únicos que alteraré, y ruego á aquellos de los presentes que reconocieren á alguno de mis personajes, á pesar del disfraz con que deseo encubrirlos, que me guarden secreto.

— Cuando salí de la casa de pages de S. M. á la edad de 18 años, no cumplidos, servia en el mismo regimiento de caballeria ligera á que fui destinado, y en clase de capitán como yo, un caballero madrileño, persona de tan buen parecer como equivoca reputacion. Esto, sin embargo, requiere explicarse. D. Carlos, que así se llamaba, era de gallarda figura y agradable rostro, si bien un cierto aire, entre burlon y desdeñoso, hacia que desde luego se le mirase con desconfianza; gastaba mucho, mas no tenia deudas, porque su patrimonio era cuantioso; jugaba, pero por placer, no por interés, pues, en efecto, cuando perdía no se picaba, y sus ganancias, sobre ser raras, mas eran para la turba parásita que en los gazapones vive del alabo, que para su bolsillo. Su valor era conocido, y su generosidad no dudosa. Si añado que, como oficial, era irreprochable, y como capitán, daba con su compañía ejemplo á todas las del cuerpo, me preguntarán Vds. señores, por qué dije que su reputacion era equivoca. No sé en verdad qué responder; mas procuraré explicar á Vds. ese enigma, en el relato que me propongo hacerles. Al llegar al regimiento fui, como era de mi obligacion, á presentarme á su coronel, respetable veterano, que desde la clase de cadete habia subido escalon por escalon, y ganado cuchillada á cuchillada todos sus empleos; y que, por consiguiente, no podia menos de recibir con cierta prevencion á quien, como yo, entraba en la carrera con una graduacion que á los veinte años de servicio era aun para él una esperanza.

Sin embargo, como le hablé con todo el respeto debido á sus galones, y con la deferencia que sus honradas canas me inspiraban, á la media hora de conversacion renunció aquel generoso militar á sus preocupaciones; y aun acabó por tratarme con paternal ternura. Parece que V. es dócil, —me dijo al despedirme, — y no trae la cabeza tan llena de viento como la han traído otros señoritos de Madrid que tengo en el regimiento: mas vale así. Supongo que le habrán enseñado á V. la ordenanza... ¿Si? pues entonces con observarla estamos del otro lado. Allí está todo, todo; y el que la sabe bien y la obedece exactamente, no necesita mas retóricas para ser buen oficial.... Ahora habrá dinerillo fresco, ¡eh! cuenta con el juego, caballero, cuenta con el juego: va V. á administrar los caudales del Rey... — ¡Mi coronel! — repuse yo, mas encendido que una grana. — Bien, bien, — prosiguió el veterano; — torres mas altas han caído; y alguna vez el pan del soldado... Cuenta con el juego, digo: allí se empieza por dejar la piel y se acaba arrancándose la á los demás. Otra cosa. ¿A V. le gustarán las hijas de Eva? Vamos, yá se nos ruboriza la doncellita con charreteras: no hay para tanto; á todos nos han gustado. Portarse con ellas como hombre de bien: hablarles claro al principio, y luego no tendrán de que quejarse, si no hay casaca. Cúideme V. los caballos de su compania: eso antes que todo. ¿Estamos, señorito? En punto á amistades, pocas. Ea, á correría... Pero, oiga V.: no todos los oficiales del regimiento son buenos para tratados con intimidad... En el servicio no tengo amigos, fuera de él, soy uno de tantos, un compañero. A mas ver... — He repetido esa prolija arenga porque pinta al hombre; y porque tanta

impresión me hizo lo que relativamente á los oficiales del regimiento me dijo el bueno del coronel, que al salir de su casa, me fui en derecha á la del otro capitán (Mendoza le llamaremos), á quien mi familia me había recomendado, moviéndome mas que el deseo de verle, el de que me explicase las enigmáticas palabras de nuestro jefe.

—Lo que el coronel ha dicho á V., —contestó Mendoza á mi pregunta, —alude indudablemente al capitán don Carlos de Sotopardo, de quien se apartan todos sus compañeros en cuanto pueden sin desairarle, cosa que á mi entender no consentiría él. —¿Pero y por qué se apartan? —preguntó. —Porque... Yo acabo de llegar al cuerpo puede decirse, y difícilmente se lo explicaré á V... Todo lo que he observado se reduce á que don Carlos no se intimaba con los demás oficiales; se burla, ó tal parece, del género humano; tiene á cara descubierta vicios que otros ocultan cuidadosamente; cree poco en la virtud de los hombres, menos en la de las mujeres, y desprecia soberanamente la opinión pública. En el cuerpo de guardia no se le ve mas que cuando está de servicio; en el paseo siempre solo; en las tertulias las mujeres, cuya edad pone su reputación al abrigo de toda mancha, ó aquellas que tienen tantas en la suya que una mas ó menos les importa poco, son las únicas que con él pasan del saludo indispensable. En el juego es espanto de tahures, protector de novicios, y amparo de arruinados; pero las pocas veces que gana lo hace con tal extremo de fortuna, mira con una insolencia al banquero si apunta, á los puntos si talla, que realmente provoca y hasta insulta con los ojos. Por fin, la sala de armas está desierta el día en que don Carlos toma el florete ó el sable, porque, sobre no tener rival en ninguna de las dos armas, á los cinco minutos de tirar se inflama y acalora de suerte que una coraza bastara apenas para resistir sus reiterados y furibundos golpes. No hay potrero cerril que no domén sus piernas, ni baratero que no le tiemble, y en resumen á fin de que V. comprenda cual es su posición en el cuerpo, le diré que para distinguir á Sotopardo de mí, que tambien tengo el nombre de Carlos, le llaman á él *Carlos el malo*. Confieso que no comprendo gran cosa del origen de esa denominación poco grata. A decir verdad, yo creo que las señoras son los principales enemigos de don Carlos, quien las tra-

ta en general con tan poco acatamiento, que acaso justifica su odio. —¿Y V. como está con él? —Ni bien ni mal; nos saludamos cortemente, y aquí paz y después gloria. Soy casado, circunstancia que me aísla hasta cierto punto de mis compañeros; y por otra parte mi mujer... pero aquí la tenemos y ella dirá á V. lo que hay en el particular. »

Entró en efecto en la sala donde estábamos la mujer de Mendoza, señora tan linda como amable, de finos modales y mucho de eso que hemos dado en llamar *mundo*, y pudiera traducirse por costumbre de tratar gentes. Luego que su marido me presentó á ella diciéndole que iba recomendado por mi madre que era muy amiga de la suya, añadió: —Hablábamos Matilde, de Sotopardo. ¿De don Carlos el malo? —preguntó la dama; y luego dirigiéndose á mí: —¿Cómo! ¿Ya le conoce V.? —No señora, —respondí; —pero deseaba saber... —Es cuento largo, amigo mío, muy largo. ¿Y viene V. recomendado á él? —No señora. —Lo celebro, porque sería relación peligrosa para un joven que entra en el mundo. —Vamos, Matilde, vamos, —interrumpió Mendoza; —esa es mucha severidad. —¿Los hombres siempre defendiéndose unos á otros: ¿si hiciéramos nosotras lo mismo! —¿Ay de nosotros! —exclamó el marido. —¿Quién viviría tranquilo si la liga entré dos mujeres pudiera durar un mes siquiera? —Bien, bien, de eso hablaremos en otra ocasión; pero ahora, lo que importa es que el señor, pues que es hijo de una amiga de mamá, y como tal tiene derecho á nuestra amistad esté prevenido; don Carlos es un hombre peligroso para un joven; y sería lástima ó que pervirtiese al señor, ó que presentándole en la sociedad bajo sus auspicios, le hiciera pasar como su pupilo ó cosa así. Y le advierto á V. que no hay cosa que tanto le guste como el darse aires de pedagogo (aquí la sangre se me subió al rostro, porque entonces solo contaba 18 años de edad). V. no es un niño, —continuó la diestra oradora; —pero él tiene maña bastante para persuadir á las gentes de lo contrario... Luego debo añadir que ninguna mujer decente quiere escuchar media hora á un amigo de Carlos el malo. ¡Jesus, Dios me libre! »

(Se continuará)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcón
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frío
Propio aun de la estación.

Escuchaba él y seguía
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecución;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creía engañado
Por una vana ilusión.

Escuchaba, y comprendía
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podía lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina

Que vibra, gorgoea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusión;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las harpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresión:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa improvisación:

Abrió el balcón entornado,
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambición:
Por que notando sin duda
Su presencia impertinente
Cesó repentinamente
La misteriosa canción.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó.
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron alhagueñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo día
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo, conocido,
Que á llamarle venía.
El mozo de la cama saltó al punto,

Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniendo.

EL VIEJO.

Acaso no habrá sido
Tan comodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho
Mas en fin; como en él habeis dormido?

EL FORASTERO.

La dulce paz y hospitalario techo
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido

EL VIEJO.

Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

EL FORASTERO.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligara
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

EL VIEJO.

Sin que ese caso y precision viniere
Yo os lo ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO.

No plazca á Dios, que por antojo mío
Molestia os ocasione:
Yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO.

Fio
Que si á emprender volvéis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvidéis que aquí siempre tenéis uno.

EL FORASTERO.

Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.

EL VIEJO.

Si, á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

EL FORASTERO.

Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.

EL VIEJO.

Servida

Le fué ya su ración.

EL FORASTERO.

¡Tanto cuidado!

EL VIEJO.

Obligacion no mas de huésped. Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarín vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

Despedida.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

EL VIEJO.

¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que así llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de si la bodega.

EL FORASTERO.

Por mi, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre las dos eterna.

EL VIEJO.

Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

EL FORASTERO.

Dios os la guarde señor
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

EL VIEJO.

Solo uno, si no le logro
Amargará mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.

EL FORASTERO.

Señor no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez

Y tener con honra sepa
Un techo que le cobige
Y un doblon que lo mantenga
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

EL VIEJO.

¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

D. PEDRO.

Decid.

EL VIEJO.

—Creo que digisteis
Que simpatia secreta
Vuestra alma hacía mi atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguita vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.

D. PEDRO.

Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy seria,
Y hemos pasado los limites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

D. PEDRO.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldea
Vivis con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

EL VIEJO.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra caga y nuestra mesa.
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

D. PEDRO.

¡No por Dios! Digeos el nombre
De mi casa solariega,
Digeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedaje, en adversa
Ocasion, si así os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa.

EL VIEJO.

¡Oh de ese modo explicándolo!

D. PEDRO.

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO.

Efugios son cortesanos....

D. PEDRO.

Lo serán, muy norabuena.
Mas como tienden á hacer
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.



Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun día
Decís que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca,
A ampararse de mi venga:
No es demás que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desantacion grosera.

D. PEDRO.

Con este permiso pues,
Tendedme niña modesta
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Si no por estar en ella.

Y así diciendo D. Pedro
Tomola una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó el carmin de la rosa
Las megillas de azucenas
De Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
D. Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa

Dar otra á aquel de quien viene

D. PEDRO.

Mas será á mi ver ofensa
Que ella rehusé aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta.
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

D. PEDRO.

Escusa

Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prend
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perderéis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galán,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
Mas ya basta: avanza el día,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empuñan.

Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda,
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda;
Y su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del día, andando á vueltas,
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un día tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrio silencio
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que-haceres
Domésticos dan,
Los días enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afán
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El día al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los días de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar.
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal



Sin ser socorrido
 Volviera pié atrás.
 El viejo con todos
 Atento y cordial,
 Los males ajenos
 Diestro en aliviar.
 Siempre era él el árbitro
 Juicioso y capáz
 De hacer las discordias
 A todos cesar.
 Y pobres y fristes
 De su caridad
 Van en sus desdichas
 Consuelo á buscar.
 Acaso no hay uno
 Que á solas y allá
 En su alma no piense
 De aquel hombre mal;
 O envidie su suerte
 Su tranquilidad,
 O le odie porque hace
 Su suerte ignorar;
 Pues siempre la humana
 Condición fué tal.
 Mas todos le acatan,
 Y todos á par
 Su ciencia aprovechan,
 Y todos están
 En que hay de aquel hombre
 En la gravedad
 De su faz tranquila
 Y noble ademán
 Un sello de oculta
 Superioridad.
 El mozo mas rico,
 O altivo, ó audáz,
 No supo á su hija
 Amante llegar.
 Aquella belleza
 Que cubre el sayal
 De moza villana
 Como á las demás
 Zagalas que habitan

El mismo lugar:
 Aquella muchacha
 Que puede á lo mas
 A pobre heredera
 De un pueblo igualar,
 De quién á las otras
 Diferencia no hay
 Si no en que posee
 Un campo herial
 Y un viejo palacio
 A medio arruinar;
 Tiene en la espresion
 De su bella faz,
 En su aire de cándido
 Pudor virginal,
 Y en todo su porte,
 Cierta magestad
 Que asaz la distingue
 Del tono vulgar
 De la gracia tosca
 Que en lo general
 De las mas opuestas
 Mozas de lugar,
 Salvages contornos
 Presta á la beldad.
 Y acaso no hay una
 Que á solas, y allá
 En su alma, de aquella
 Belleza ideal,
 No halle alguna falta
 De que murmurar.
 Mas no habrá ninguna
 Que á rivalizar
 Se atreva con ella;
 Ni alguna osará
 De la Flor-del-Alba
 Suponerse igual.
 No hay una que honrada
 No se crea asaz
 Si de deferencia
 Alguna señal,
 De la hermosa niña
 Consigue alcanzar.

Por mucho que de ella
 Murmuren detrás.
 Por mas que la quieran
 Defectos buscar;
 Y altiva la juzguen,
 Y de vanidad
 La culpen, no hay una
 Que si ante el umbral
 Del viejo palacio
 Acierta á pasar
 Y allí Flor-del-Alba
 Por acaso está,
 No cambie con ella
 Saludo cordial,
 Y amable sonrisa,
 Que quiera indicar,
 Que tiene la niña
 Con ella amistad.
 Y así en el aldea
 Pasándose van
 Los días de mayo:
 Y así en soledad
 El padre y la hija
 El débil torzal
 De la vida humana
 Hilan sin cesar;
 Dichosos gozando
 La felicidad
 De aldeanos, que viven
 Sin oro ni afán.
 ¡Mas qué humana vista
 Puede penetrar
 Por un muro espeso
 Cual por un cristal?
 ¡Quién ver lo que dentro
 Se puede encerrar
 De aquel edificio
 De cuyo portal
 Ninguno del pueblo
 Podido ha pasar
 Ni mas que de fuera
 Lo ha visto jamás?

(Continuará.)

Las arengas.

Luis XIII decía, que las arengas que le habían obligado á oír sus súbditos, le habían hecho enaneecer antes de tiempo.

¿Qué es hermosura? ¿Qué es belleza?

Para definir la idea fundamental de estas dos voces, seria forzoso recurrir á la oscuridad de las ideas metafísicas, que en lugar de aclarar lo que se quiere definir, lo envuelven en nuevas dificultades. Ninguna de las definiciones que se han dado de la belleza pueden satisfacer á todos los hombres, porque los juicios que sobre ella formamos dependen del temple particular, del carácter, y de las inclinaciones de cada uno. Así pues, remitiéndonos en cuanto á la esencia de lo bello y de lo hermoso al resultado de las sensaciones que cada cual experimenta, fijemos los límites que separan las dos voces. Esta diferencia pende mas bien de la aplicacion que de ellas se hace, que de la idea primitiva que representan.

La hermosura es el objeto de deseo: la belleza lo es del gusto. Aquella conmueve nuestros sentidos; inflama nuestra imaginacion, y nos atrae con un encanto irresistible. Esta escita el aplauso, satisface y contenta nuestra alma, y pone en movimiento nuestras meditaciones. La hermosura produce impresiones mas vagas, mas rápidas que la belleza: la belleza pide mas exámen, y su contemplacion nos deja en un estado mas tranquilo que la hermosura. Caracterizamos un objeto de hermoso por cierta especie de instinto que no es dado al hombre moderar en su nacimiento; pero no damos el nombre de bello sino al objeto en que notamos una conformidad, mas ó menos exacta, con los principios que profesamos y los modelos que hemos forjado en nuestra imaginacion. La belleza es mas artistica que la hermosura; estriva en teorías mas fijas, y observa reglas mas seguras. Cuando se dice que un edificio es hermoso, se indica la im-

presion del conjunto, sin considerar las partes que lo componen; cuando se dice que es bello se juzga la obra del arte, la sabiduría del plan, el mérito de la ejecución.

GEROGLIFICO.





SANTO DOMINGO EL REAL.

El triste cuadro que ofrecen nuestros antiguos monasterios, reducidos unos á miseros escombros, amenazados otros de próxima ruina, y sumidos todos en lamentable estado, no ha podido menos de escitar el celo de varias personas amantes de las artes y fieles á las creencias de sus mayores, las cuales, por medio de la prensa y del buril, han procurado salvar algunos de aquellos venerandos edificios, ó cuando menos, trasmitir á las futuras generaciones, una exacta noticia de las preciosidades que encerraban.

Por nuestra parte, lo decimos con mucha satisfacción, hemos contribuido á tan noble y santa empresa, consagrando algunas vigili-
as en obsequio de la religion y de las artes, hijas predilectas de aquella, formadas por su influjo, y á su benéfica sombra sostenidas también y fomentadas.

Continuando la comenzada y generosa tarea, presentamos hoy á nuestros lectores la historia y descripción del insigne monasterio de santo Domingo el Real de Madrid, asilo de la virtud, depósito de bellezas artísticas, sepulcro de célebres personajes y honorífico blason de la coronada villa.

La historia de este célebre monasterio se remonta á la década segunda del siglo XIII, y su fundacion es la mas convincente prueba de que á la sazón tenia Madrid alguna importancia.

Era el año de 1217: resonaba en toda Europa el nombre de un español, dotado de profundo saber, de humildad aun mas profunda,

de caridad, de elocuencia, de cuantas virtudes y cualidades, en fin, pueden adornar á un hombre distinguido hasta por el lustre de su cuna. Fijada la época, y espresadas las circunstancias del sujeto, habrá conocido el lector que hablamos de Domingo de Guzman. Deseaba este varon esclarecido que se extendiese por la Peninsula Española el instituto que habia fundado, y al efecto escogió cuatro virtuosos y sábios sacerdotes, los cuales, hallándose en Roma el Santo Patriarca, salieron del convento de San Roman de Tolosa, penetraron en España, cruzaron la Cataluña, el Aragon y la Castilla, y á escepcion de uno que se dirigió á Portugal, llegaron á Madrid en donde quedó al fin solo Fr. Pedro de Madin, natural del mismo pueblo, que habia sido canónigo de Osma.

La virtud de Fr. Pedro cautivó á sus paisanos, los cuales pusieron á su disposicion una casa para que fundase en ella un convento, contribuyendo igualmente con bienes para sostenerlo. Redújola en poco tiempo á la forma que su nuevo destino exigia, y dió algunos hábitos, segun indican varios cronistas. En el siguiente año de 1218, vino á España el santo Patriarca, y habiendo fundado en Segovia el convento de santa Cruz, llegó á Madrid por el mes de octubre.

Admirados los madrileños de su santa vida, le miraron con toda la veneracion y aprecio que tan esclarecido varon merecia. Correspondió el santo á los obsequios que se le tributaban reformando las costumbres, y al ver el estado en que el naciente convento se hallaba

2 DE FEBRERO DE 1830

determinó que se destinase para religiosas, lo que fué aprobado por el concejo y habitantes de Madrid. Dióse principio en virtud de esta medida á la construcción del monasterio trabajando entre los operarios el mismo santo.

Hízose el edificio con mucha pobreza, fuera de la puerta de Balañad, en el mismo sitio que ocupa el que es objeto de esta memoria, y terminado que fué profesaron las primeras religiosas en manos del santo Patriarca quien las dió por regla la de san Agustín y dedicó la reducida iglesia á santo Domingo de Silos, dejando al frente de la nueva fundación á su hermano el beato Manes ó Mamerto.

Opinan Echart y el M. Serafín que este se debe considerar como el primer convento de religiosas que tuvo en Europa la orden, fundándose en que no se redujeron las monjas de Roma al convento de san Sixto hasta que santo Domingo volvió á la capital del cristianismo despues de haber estado en España, é igualmente en que el convento del Prulliano siguió con la regla del Cister hasta el año de 1220. No es la mas recibida esta opinion por lo cual nos limitamos á consignarla.

Hizo santo Domingo tanta estima de los vecinos de Madrid que por sus informes el pontífice Honorio III escribió una carta muy honorífica para aquellos. Muchas señoras principales se acogieron al nuevo instituto citándose entre otras Doña Flor, que trajo en dote á este convento el señorío del lugar de Rejas. Poco tiempo duró el pobre edificio que santo Domingo labró, pues hallándose Fr. Domingo Muñoz al frente del monasterio, á mediados del mismo siglo en que se fundó, con las limosnas de los habitantes de Madrid y el producto de una indulgencia que al efecto concedió Alejandro IV se reedificó solidamente y por completo, quedando desde entonces confundidas como dice Castillo, las memorias de este santo varon con las del inclito patriarca.

Recios combates sufrió desde su fundacion el insigne monasterio, aprovechando sus enemigos cuantas ocasiones se les ofrecian para hacerle toda clase de perjuicios, ya privando á las religiosas de sus directores, ya poniendo límites á las donaciones de los fieles, ya por último queriéndole despojar de sus bienes injusta y descaradamente.

Menester fué que el Sumo Pontífice Gregorio IX y el rey de Castilla Fernando III tomasen bajo su especial proteccion esta santa casa pues aparentando unos que era dañosa al estado su prosperidad, y queriendo otros, como el infante D. Fadrique, usurpar la corta hacienda que un sujeto piadoso habia legado en su favor, hubiera dejado de existir sin el auxilio del gefe de la iglesia y el del estado. Llegó sin embargo ocasion en que las religiosas tuvieron que retirarse á las casas de sus padres y deudos, suceso que indican las historias de la orden aunque sin fijar la causa que le motivó ni el año en que tuvo lugar.

En medio de tantas y tan continuas persecuciones la fama de este ilustre monasterio se aumentaba, llegando á ser citada como ejemplo la virtud de sus moradoras.

Admirábase muy particularmente la infanta Doña Berenguela hija de Alfonso X y de la reina Doña Violante; y deseosa de llegar á tan alto grado de perfeccion, determinó tomar el hábito en esta venerable casa, escribiendo al efecto á la superiora repetidas cartas. Llegaron á noticia del rey los proyectos de la jóven princesa, y sospechando que las monjas tratarian de seducirla, fué al monasterio, y con palabras que mostraban su indignacion, afé y reprendió á la priora la supuesta falta. Oyó con serenidad la inocente señora tan injusto y duro trato, y no pudiéndose levantar del lecho por el peso de los años, le dijo al monarca: «hijo caro, alcánzame aquel cofrecillo.» Hizolo así el rey, quedando confundido; cuando la priora, mostrándole las cartas de su hija, le dió pruebas de la ninguna parte que tenia la comunidad en el asunto.

Quedó satisfecho el rey, conservando toda su vida á este convento particular afecto.

Desagrado á la infanta el proceder de la priora en tanto grado, que hallándose en Guadalajara determinó venir á Madrid y pegar fuego al monasterio. No llegó á realizarlo; antes bien le miró de nuevo con aprecio, y cuando ocurrió su temprana muerte le dejó entre otros legados, el Señorío de la ciudad de Guadalajara. Volveremos á ocuparnos de esta señora al describir el coro, donde está sepultada.

Reparaban los reyes con piadoso esmero los deterioros que las guerras y el transcurso de los tiempos hacian continuamente en los bienes del monasterio, que pareciendo rico en unas ocasiones, llegaba en otras á ser en realidad pobre. Sancho IV, Enrique II y otros monarcas se distinguieron por su laudable celo en sostener el espejo de la virtud, título que dá Medrano á esta ilustre casa.

Doña Constanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, desempeñó el cargo de priora en el siglo XV por espacio de 50 años, periodo el mas brillante de la historia de esta casa, que debió al celo de aquella señora un aumento considerable en rentas, en ornato y en celebridad. El cariño que la profesó doña Catalina, esposa de Enri-

que III, redundó en beneficio del monasterio que fué protegido por dicha reina y agraciado por su hijo don Juan II con 40,000 ms. anuales, á los que en 1463 la reina doña Juana esposa de Enrique IV agregó 10,000 «en alguna enmienda é remuneracion de los continuos servicios que mi parienta la priora doña Constanza ha fecho é face al rei mi señor», espresa el privilegio.

Todos estos beneficios y otros muchos que prelados grandes y varias personas hicieron, los recibió el convento por el influjo y buen nombre de la digna priora cuya vida ejemplar era admirada y alabada por todos.

Despues de haber trasladado á la iglesia de este real monasterio y colocado en sepuleros suntuosos los restos de su padre el titulado infante D. Juan y de su abuelo el rey D. Pedro, despues de haber dado tantos y tan buenos ejemplos, renunció el cargo de priora y en 1478 fué á recibir en la otra vida el premio que merecian sus virtudes.

La falta de la esclarecida prelada se hizo sentir bien pronto. Empezó á relajarse la observancia conservada únicamente por ejemplo y autoridad de aquella señora, y las religiosas, faltando el voto de pobreza, y viviendo aisladas é independientes, usaban mesa y traje particular, segun los posibles de cada una. Causaba este desórden muchos males al monasterio, y profundo sentimiento á las personas doctas, y á cuantos conocian la historia y circunstancias de esta venerable casa. El mal, sin embargo, habia echado raices tan profundas, que no bastaban á remediarlo el laudable celo de varones sábios, el prestigio de algunos prelados, y los mandatos del general de la orden. Hablar entonces á las religiosas de observancia, era, dice el obispo de Monopoli D. Juan Lopez, quererlas hacer entender que habian de batirse con leones. Y sin duda hubiera perecido el monumento que Santo Domingo de Guzman y los siempre honrados moradores de Madrid erijieron á la virtud, si la providencia no hubiese colocado en el trono de Castilla, una señora dotada por todos conceptos de las mas relevantes cualidades. Tomó parte en el lamentable asunto la inclita reina Doña Isabel la Católica, y escribió á las religiosas, recordándolas sus deberes con franqueza y dignidad, y espresando «quisiera ir á decirlos esto, y porque no tengo agora disposicion y espacio quise escribiros.»

Para evitar que la pobreza de la casa pudiese presentarse como pretexto, espidió en union con su esposo un privilegio, fechado en Alcalá de Henares á 20 de diciembre de 1497, concediendo á este monasterio doscientos carneros al año, con la espresa condicion de que las monjas volviesen al cumplimiento de sus obligaciones, pues de lo contrario daba por nula y de ningún valor aquella gracia. Animáronse con el proceder de la reina las buenas religiosas que deploraban el estado á que las cosas habian llegado, y consiguieron atraer á las discolas que tanto mal hacian.

Debióse el restablecimiento de la observancia á la prudencia y autoridad de Isabel la Católica, y un suceso que ocurrió despues de la muerte de aquella Señora, influyó mucho en que sus acertadas reformas se consolidasen, haciendo que la vida comun fuese mirada con aprecio por las mismas religiosas, que tanto se habian opuesto á ella. En el silencio de la noche, y al mismo tiempo que la comunidad estaba en el coro rezando los Maitines, se oyeron de improviso, bajo las bóvedas del solitario templo, unos golpes acompañados de voces lastimeras: pero tan confusas, y hasta cierto punto apagadas, que no era posible comprenderlas. Suspendiéronse los sagrados cánticos, la consternacion sucedió al fervor, y el coro quedó al instante desierto, continuando sin intermision los angustiosos quejidos. Sobrecogidas de terror las religiosas, pasaron toda la noche en vela, y al siguiente dia se dispuso que la comunidad tuviese un solo dormitorio. La causa del raro suceso fué un lamentable descuido. Poseian los descendientes de D. Juan de Castilla, hijo del rey D. Pedro, una de las capillas de la iglesia, sirviéndoles de panteon la correspondiente bóveda. Colocaron en ella el cuerpo de una señora llamada Doña Maria de Cárdenas, muger de un caballero viznieto del D. Juan, y habiendo vuelto en sí á las pocas horas, conoció su terrible situacion, rompió las ligaduras de la mortaja, salió del ataúd, y subió la escalera del panteon, mas en valde, porque habia sido cerrado cuando terminó el entierro. Tres meses despues abrieron la funesta puerta para bajar otro cadáver, y quedaron sorprendidos y horrorizados al ver el cuerpo de la infeliz doña Maria, cuya espantosa muerte llenó de amargura á su esposo, que la idolatraba, y á la comunidad, que comprendió la verdadera causa de los tristes ayes que en el silencioso templo resonaron.

Hemos hecho mencion de este suceso que refiere Gonzalo Fernandez de Oviedo y reproduce Quintana, por la circunstancia de que sin duda contribuyó á estender y arraigar entre estas religiosas la vida comun.

No bien se habian remediado los males que el olvido de la observancia acarreo al monasterio, cuando estuvo á punto de perecer. Encendió la guerra civil de las Comunidades, y levantado á favor

de estas el pueblo de Madrid, retiráronse al fortificado alcazar los partidarios y soldados del emperador, que fueron vencidos por los madrileños a pesar de la valerosa resistencia que opusieron. Mientras duró la reñida y sangrienta pelea, recogieron y ampararon las religiosas de esta santa casa todas las jóvenes que por los compromisos de sus padres ó deudos se veían amenazadas de algun peligro: hallando estas afligidas señoras á la sombra del convento la seguridad que no podían prestarlas fuera de allí la inocencia y el sexo. Interpretaron mal tan generoso comportamiento algunos de esos hombres que solamente sirven para deshonorar las causas que abrazan, y en un momento de furor diabólico pegaron fuego al monasterio. Rodeábanle por todas partes las llamas, y en poco tiempo le hubieran reducido á cenizas, si los mismos vecinos que tuvieron suficiente brío para conquistar el alcazar, no hubiesen corrido á perseguir á los criminales, á cortar el incendio y á impedir que tamaña catástrofe cubriese á Madrid de luto.

Dignos son de particular mención los funerales celebrados por el eterno descanso del príncipe D. Carlos en la iglesia de este real monasterio á la que trasladaron su cadáver con extraordinaria pompa desde el régio alcazar el mismo día en que falleció. El atahud guarnecido de terciopelo negro puesto en unas andas y cubierto de un rico paño fué conducido alternativamente por varios grandes de España, quienes le colocaron en un cadalso que se levantó en el centro de la indicada iglesia.

Después de cantar un nocturno la Capilla Real y otro la comunidad los mismos grandes que trajeron el cuerpo de S. A. le introdujeron en el coro para lo cual había sido rota la pared. Hizo la entrega el príncipe de Eboli descubriendo el cadáver, que fué reconocido por la priora, por los hijos del emperador de Alemania Maximiliano II y por otras personas. Terminada la ceremonia dos monjes de Espinosa metieron el féretro en el sepulcro «el cual dice Lopez de Hoyos se había hecho artísticamente á manera de bóveda» entre dos rejas iguales á las que existen á los lados del comulgatorio.

El día 24 de Julio de 1568 á las 18 horas de haber muerto el joven príncipe siendo ya de noche, y de la manera que hemos referido se depositaron sus restos bajo la custodia de las vírgenes consagradas al Señor. Además del novenario solemne que siguió al entierro, celebráronse en esta santa casa el 10 de Agosto exequias magníficas, desplegando en ellas Felipe II toda la pompa que en ciertas ocasiones sabía ostentar. Cubrían los muros del templo colgaduras de terciopelo adornadas de escudos de armas con lambeles atravesados como de primojénito que no llegó á heredar; en el medio de la iglesia campeaba un soberbio túmulo al que servía de bóveda el cielo por haber sido abierta la del templo, y delante del mausoleo de D. Pedro el cruel aparecía el altar con una cruz de oro, seis preciosos candeleros y todo el servicio de infinito valor. Completaban el sorprendente conjunto muchos y bien ideados geroglíficos é inscripciones compuestas en griego, latín y castellano por el M. Lopez de Hoyos, cuyo estudio, que era el de la villa, simbolizaba una matrona acompañada de esta inscripción:

SOLA MANET VIRTUS LONGUM VICTURA PER EVUM
SOLAQUE POST CINERES VIVERE IN ORBE FACIT
HÆC TE POST MORTEM UT VIVAS CLARISSIME PRINCEPS
EFFICIT, ET VIDES SIDERA CLARA POLI.

Dice el mencionado Lopez, como testigo ocular, en su minuciosa relación de estos funerales pág. 58 que predicó docilmente el prior de Atocha Fr. Juan de Tovar y puso por tema «Sic et rex, hodie rex, et cras morietur» Véase cuán sin razón espresa Dávila y copia Quintana que en estas honras no hubo sermón.

Por no faltar á nuestro objeto y plan omitimos varias y muy notables circunstancias limitándonos á decir que así á las vísperas el día 10, como á la misa y oración fúnebre el siguiente asistió la reina doña Isabel de Valois, acompañada de la princesa viuda de Portugal doña Juana, y de las principales señoras de la corte. Ultimamente, el ayuntamiento hizo las honras el 13 y 14 del espresado mes, sirviéndose del mismo aparato.

Hemos tomado estas noticias, que suponemos agradarán al lector, de la curiosa «Relación de la muerte y honras fúnebres del S. S., príncipe don Carlos, compuesta y ordenada por el M. Juan Jopez, cate-drático en el estudio de esta villa de Madrid: obra sumamente rara en la actualidad.

Custodiaron las religiosas el cadáver del príncipe hasta el día 7 de Julio de 1575, que fué conducido al monasterio del Escorial en unión con el de la reina doña Isabel de Valois, que estaba en las Descalzas, por los obispos de Salamanca y Zamora y los duques de Arcos y Escalona. Indemnizó Felipe II á este monasterio los desperfectos que padeció su fábrica por el depósito y honras del príncipe, costearo el suntuoso coro que en la actualidad subsiste, aunque alterado en su decoración como diremos al describirle.

Continuaron dispensando especial protección á este alcázar de la virtud los demás reyes, mereciendo ser citado en particular Felipe III, que hizo un donativo de 50000 ducados con los que se costó el bello retablo mayor, la sillería del coro y la bonita colección de pinturas de los altares, objetos preciosos que se conservan en muy buen estado. Felipe V y Carlos III repararon y reedificaron parte del templo y ampararon el monasterio.

Padeció este mucho detrimento y ruina durante la guerra de la Independencia, pues además de haber sido espulsadas las religiosas de su antigua y venerable morada, fué convertida en cuartel de zapadores del ejército invasor, cuerpo que en su mayor parte se componía de jurados. Restablecido el legítimo gobierno volvieron á ocupar esta santa casa sus virtuosas habitadoras, á las que visitó Fernando VII el día 4 de Agosto de 1814. No fué esta la única prueba de consideración y afecto que debieron al augusto padre de la actual reina, pues en época posterior las concedió subsidios cuantiosos para la reparación de la fábrica.

Corrió este ilustre monasterio después de la muerte del rey, la misma suerte que los demás de la península, quedando sumido en la mayor miseria; y se hubiera completado su destrucción, si el Regente del Reino, el ilustre duque de la Victoria D. Baldomero Espartero, considerando el asunto con el aplomo y rectitud que correspondían al que desempeñaba tan elevado cargo, no se hubiese opuesto á ello. Acto por cierto de verdadera ilustración, que honra y honrará eternamente á este célebre personaje.

Dada una exacta, aunque sucinta noticia de la historia del célebre monasterio de Santo Domingo, pasamos á describirle, persuadidos de que la segunda parte de esta memoria ofrece á la curiosidad del lector mas interés que la primera.

(Continuará.)

JOSE MARIA DE EGUREN.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

PRÓLOGO, INTRODUCCION, Ó LO QUE SE QUIERA.

Era una de las mas frias noches del mes de Diciembre último: mientras la escarcha tendía su cristalino manto sobre los tejados de la coronada villa y corte de Madrid, gozaba yo de un bienestar infinito hallandome en un elegante gabinete, recostado en una cómoda butaca, junto á un magnífico fuego, y al lado de una señora no menos notable que por su peregrina hermosura, por su singular talento. —Seguramente ni los bienaventurados podrían apeteecer nada mejor!

Como es natural, y como sucede siempre, lo mismo entre gentes que se tratan de ceremonia, que entre personas que se tratan familiarmente, la conversacion después de haber girado sobre cien objetos distintos, fué á parar á ese asunto tan socorrido del tiempo.

—¿Que invierno tan horrible se prepara! dijo mi interlocutora.

—En cuanto á mi—repuse yo,—no me importa mucho; porque solo estoy en mi centro en los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero.

—Si tuviese V. que viajar, á fé que no diría lo mismo.

—Por eso viago unicamente en verano.

—Y á propósito de viajes ¿por qué no ha escrito V. los suyos, segun hace todo el mundo?

—V. acaba de espresar la causa: porque lo hace todo el mundo.

—Sin embargo, debe ser una cosa muy agradable hablar al público de si propio.

—Y ¿qué le interesa al público saber lo que yo hice tal día de tal año, y en tal parte?

—Nada verdaderamente; mas si le interesa la série de descripciones de costumbres, de usos, de trages, de monumentos, de los diversos países que el viagero recorre.

—Y ¿créa V., amiga mia, que no hay mucha exageracion, mucha poesia, y llamandolo por su legitimo nombre, mucha mentira, en todas las narraciones de los viajeros?—Nosotros podemos juzgar por lo que se escribe de España, y eso basta; pero no son los franceses los únicos que adolecen de igual vicio.

—En tesis general, es cierto cuanto V. dice; aunque...

—Mil gracias; ¿créa V. que yo seré mas verídico que los otros?

—Sin duda; porque si escribe algo será escitado por mí. Vamos, publique V. en el SEMANARIO, ó en LA ILUSTRACION sus Impresiones de viage al Rhin.

—Dios me libre! Desde que Alejandro Dumas publicó doce años há las suyas, no hay hombre que haga un viage á Chamberi ó á Puzuelo, á quien no le ocurra imitar al célebre novelista francés.

—Pues no las titule V. así; pero escribalas. Háblenos V. de Colonia, de Bonn, de Maguncia, de Wiésbaden, de Francfort, de todas esas pintorescas ciudades, llenas de grandes recuerdos y de monumentos grandes.

—Señora, cuando nada menos que un Victor Hugo ha tocado con hábil mano semejante asunto, ningún otro debe atreverse ya á profanarlo.

—Entonces, límitese V. á Holanda, á Inglaterra, á Bélgica, á Francia....

—Y ¿qué haría? ¿Una centésima edición de lo que otros han dicho antes, y sin duda mucho mejor?

—¡Ah! ¡me ocurre una idea!—Le he oído hablar á V. con entusiasmo de su estancia el verano último en los Pirineos, en el pueblecito de Aguas buenas, y me parece que de ese país no se ha escrito nada en castellano....

—Ciertamente que aquella corta escursión me dejó memoria dulcísima; y si V. lo desea....

—Si señor; lo deseo.

—Entonces nada opongo.

—Además, hará V. un verdadero servicio á la humanidad, publicando las virtudes y eficacia de unas aguas poco conocidas, y de efectos tan prodigiosos.

—Eso acaba de decidirme. Ahora dígame V., puesto que solo trato de complacerla, ¿dónde dará á luz mis artículos?

—El SEMANARIO PINTORESCO.

—Y ¿cuántos quiere V. que escriba?

—Singular humildad la de V. ¡En gracia de ella, me contento con dos.—En el uno describa, pinte V. el país; en otro háblenos del género de vida que se hace; de los goces, de los placeres, de las diversiones que se ofrecen á los extranjeros; en fin, dé V. aquellas noticias que puedan ser útiles á los enfermos, para que su permanencia allí sea mas agradable.

—Será V. obedecida, señora: si Alejandro Dumas no hubiese puesto en ridiculo las cartas con las suyas celeberrimas sobre la España, yo adoptaría la forma epistolar, que mucho me gusta para este género de escritos, y que me procuraría el placer de dirigir á V. mis observaciones y mis pensamientos.

—Hágalo V. así, si quiere; pero que el público no lo sospeche al menos.

—Pierda V. cuidado.

—Y ¿cuándo empezará V.?

—Mañana mismo.

—Le cojo á V. la palabra.

Y he aquí, lectores míos, como yo, el hombre mas aficionado de la tierra á viajar, y el menos amigo de hablar de mis viajes, me veo en la precisión de quebrantar un propósito que há largo tiempo tenía formado, é incurrir en la debilidad de narrar, segun dicen todos los viajeros,—lo que he visto, lo que he gozado, lo que he sentido

ARTICULO 1.º

De Bayona á Pau. — De Pau á Aguas buenas. — De Bayona al mismo punto por Oloron. — Perspectiva general del país. — Establecimiento termal. — Mr. Durralde. — El viaje á Aas. — Casas de hospedage y hoteles. — Mr. Taverne mayor.

Dos medios de verificar la expedición á Aguas buenas se le ofrecen al viajero que se encuentre accidental ó deliberadamente en Bayona, esa ciudad medio española, medio francesa, que figura en el mapa de la vecina república, pero que vive y prospera con recursos puramente españoles.—¿Quién no ha visto Bayona? ¿Quién no ha asomado allí siquiera las narices, para decir luego que ha estado en Francia, y para ostentar un frac de Goll y Goersmann, un par de botas de Bâron, ó un alfiler comprado en el precio fijo?—Así, no diré nada de su linda campiña, de los baños de mar de Biarritz, de las tiendas de la calle Pontmajour, de la sinagoga, del *Hotel du Commerce*, ni de otra porción de cosas que el madrileño conoce mucho mejor que las de su residencia ordinaria.

Dos medios—decía antes de esta digresión—hay de trasladarse desde Bayona á Aguas buenas; el uno un poco menos rápido, pero infinitamente mas cómodo, que consiste en ir primero á Pau, la bella, la pintoresca ciudad de Enrique IV; y despues, al dia siguiente, dirigirse en una diligencia distinta, que tarda sobre seis horas, al pequeño pueblo donde muchos recobran la salud, y no pocos encuentran la muerte.—El otro ofrece la ventaja de hacer el viaje de un tiron, y las desventajas de ir en pésimos carruages, que se cambian cuatro ó cinco veces en el camino; de visitar la ciudad de Oloron, tan triste como fea; de almorzar en el hotel de

Mr. Condesse, tan sucio por lo menos como caro; y en fin de comer,—esto es, de no comer—en una miserable aldehuela llamada Bidache, y en un meson digno de figurar al lado de los peores de España.—En Pau por el contrario halla el viajero uno de los albergues mas cómodos, mas limpios, y mas elegantes que pueden encontrarse, aun entre los de Suiza, Alemania, é Inglaterra, los cuales tienen la reputación de ser los mejores de la Europa civilizada.—Nada se echa de menos en el *hotel de France*, situado en la magnífica Plaza Real, ó de la República, como se llama oficialmente ahora. Escelescentes cuartos, esceleste comida, y escelestes camas, he ahí lo que constituye la escelencia general de aquel establecimiento, y á lo que debe su justa y grande fama.

Si el espacio, si los límites en que he de encerrar mis observaciones me lo permitieran, ¡con que gusto haría aquí una ligera descripción de la preciosa capital del Bearn! Con que placer llevaria á mis lectores al magnífico castillo del príncipe inmortal, cuya memoria aman y bendicen los bearneses tanto como sus ascendientes le bendecían y amaban!—Ese cariño, ese culto, esa admiración se los transmiten unas á otras las generaciones; en las largas veladas del invierno, en los lluviosos domingos del otoño, los ancianos congregan á sus nietos para referir y ensalzar las virtudes y las proezas de la ilustre victima de Ravallac. ¡Cuántas tradiciones, cuantas historias se repiten, se varían, y se comentan! ¡Cuántos rasgos de valor, de clemencia, de generosidad se consignan y relatan en groseras pero elocuentes frases!—Inútil es decir si un pueblo que conserva tan vivo el sentimiento monárquico, que casi santifica á aquel rey, que despues de Dios es lo primero que admira y reverencia, podía acoger con grande entusiasmo la república. Así, á despecho de ella, continúa siendo el Bearn el país mas realista de la Francia, y acaso, acaso, del universo.

No salgamos de Pau sin dirigir siquiera una mirada al grandioso, al mágico é inmenso panorama que se divisa desde la bella Plaza Real. Seguramente que ni en Italia ni en las orillas del Rhin existe paisaje mas brillante ni mas ameno; nada falta en él, ni mansos arroyos ni caudalosos rios; ni elevadas montañas, ni espesos bosques; ni perfumadas flores, ni risueños valles; ni verdes cañadas, ni rocas gigantescas..... Aquel cuadro esplendente, dorado por el sol, ó argentado por la luna, es mucho mas de lo que la imaginación alcanza á concebir, de lo que la fantasia mas poética finge y sueña en sus ilusiones y en sus quimeras.

Era el 41 de agosto de 1849 cuando mi buen amigo J... y yo, encaramados en la banqueta de la diligencia para ver mejor el país, salíamos de Pau á las 8 de la mañana, despues de haber tendido una postrera ojeada á las maravillas de que he hablado arriba.—Nadie hubiese creído que aquel Jia nos halláramos en los Pirineos, al esperimentar un calor de 50 grados, y al sentir sobre nuestras cabezas los rayos verdaderamente insoportables del sol. Nuestro conductor compadecido al fin de vernos sofocados, cual si nos hallásemos en los desiertos del Africa, nos formó un dosel de verde follage, gracias al cual pudimos consagrarnos á admirar aquellas deliciosas comarcas, que no sé yo tan osado que intente describir. Seria necesario el pincel de Villamil ó de Ingres para copiar la serie infinita de alegres paisajes, que se despliegan á cada paso ante los ojos del viajero.—Aquí es un repecho suave de blancas y azules campanillas vestido; allá una montaña altísima, que parece completamente inaccesible, al hombre, y en cuya cumbre se vé una granja, una quesera, ó un kiosko; á nuestros pies miramos un lindo lugarcillo, con sus oscuros tejados de pizarra; y sobre nuestras cabezas se estiende gigantesco y terrible el Pico del mediodia, que semeja á una sombra, se aleja mas cuanto mas nos aproximamos.

Para ir desde Pau á Aguas buenas es menester subir continuamente por un camino que no dudamos llamar de caracol; tantas y tan rápidas son sus vueltas! A la derecha se encuentra la aldea de Laruns, de la que la hablaré algo detenidamente luego, y á la izquierda la de Aas, la cual tambien merece singular mención por otra circunstancia que explicaré mas tarde.

El pueblecito que lleva enfáticamente el nombre de su benéfico manantial, ofrece un aspecto tan extraño como nuevo; compónese solo de una larguísima y empinada calle, que conduce directamente al establecimiento termal, ó mejor dicho, á la Capilla situada en último término.—Esa calle en su mayor parte no tiene casas sino en el lado izquierdo; en el opuesto hay un sombrío y verde bosque, condecorado con el título de jardín inglés, y adornado de cenadores, grutas, y bancos de tosca madera, para la comodidad y esparcimiento de los enfermos que habitan los edificios de enfrente, y para que descansen cuando van á beber ó á la iglesia. Porque Aguas buenas es un pueblo únicamente de *hoteles*; tengan ó no tengan muestra, en todas partes reciben huéspedes.—El primero que se halla subiendo es el de la *Posta*, propiedad de Mr. Taverne jóven, á quien califican de tal, aunque pasa de los cincuenta, para distinguirlo de su hermano mayor, dueño del

de Francia.—Sigue luego el de Madama Cázeres, el mejor montado y dirigido; el de Casterán, administrador del correo, mas grande y espacioso que limpio y elegante; el de los *Estranjeros*, célebre por su cocinero y propietario Mirand; el de Francia, donde está el gran salon de baile; y por último, los de la Europa, de la Union, y de la Paz, llamados los hospitales, porque contruidos en la parte mas alta del pueblo, y en la cercanía de la fuente, allí paran los infelices que buscan un remedio tardío á su desesperada situacion, y que frecuentemente solo encuentran la muerte.—De ellos dicen las gentes del pais al verlos llegar pálidos, estenuados, cadavericos:

—Ese pronto hará el viaje á Aas.

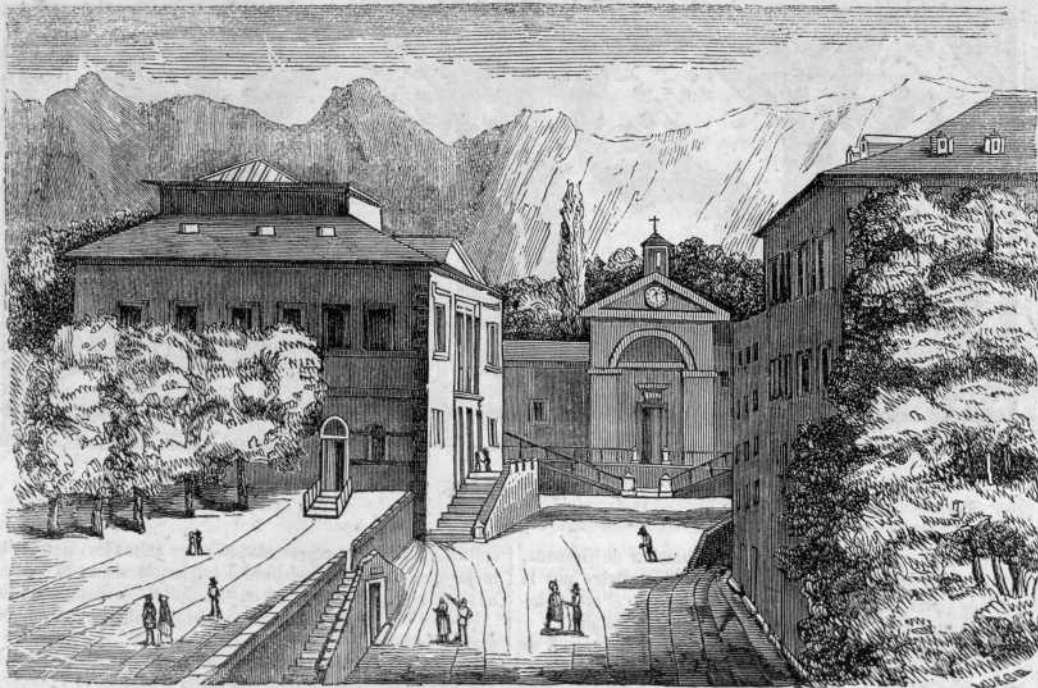
Aas, cabeza del distrito, es la aldehuela de que hablé arriba, y donde está el campo santo de la comarca.

El establecimiento termal es un edificio pequeño, pero de forma elegante y sencilla; construido casi enteramente de mármoles, su pórtico sirve de abrigo y de paseo en los dias frios ó nebulosos; en el fondo está la *buvette*, segun llaman á la fuente mineral, que administran y dirigen dos jóvenes Ganimedes. A un lado y otro hay bancos, para que los valetudinarios reposen; á un lado y otro se ven en tablas un número fabuloso de botellas de jarabe de goma, con el que se mezcla el agua siempre. Unos pretenden que esta precaucion es indispensable para evitar funestos resultados de su grande eficacia, otros aseguran que es una industria del arrendador Cazaux, quien es al mismo tiempo boticario. Sea lo que fuere, lo cierto y positivo es

que ninguno de los *bebedores* se atreve á desobedecer el precepto ó la costumbre, y que desde el primer dia remite su frasco de sirop, del que cuelga una tarjeta ó un papelito con el nombre de su respectivo dueño.

A la derecha del pórtico están los baños, cómodos y anchurosos, pero que son un verdadero lujo allí, pues generalmente no se hace uso de ellos, limitándose los enfermos á beber el agua dos veces al dia, por las mañanas de siete á nueve, y por las tardes de una á tres. No se inflera ni presuma que dicha agua sea suave ni que se tome en grandes cantidades: al contrario, se administra con muchas precauciones y en pequeñas dosis, refiriéndose infinitos ejemplos de personas que han sucumbido por haberla bebido sin régimen alguno, con notable esceso, ó sin consultar antes al sábio director monsieur Darralde, médico de reputacion europea, y sin duda digno de ella.

Mr. Darralde es un verdadero rey en Aguas buenas, siendo en ocasiones mas difícil hablarle, que conseguir ser recibido por el autócrata de todas las Rusias. A las once de la mañana se abre su gabinete de consultas, aunque estas no empiecen hasta la una ó las dos; y antes de aquella hora acuden á cojer sitio una multitud de personas, quienes suelen volverse á marchar dejando en una silla como señal un libro, un periódico, ó un cestillo de labor. Con frecuencia es preciso repetir la operacion dos ó tres dias, por concluirse la audiencia antes de que llegue su turno á muchos individuos. Semejante ceremonial previene, forzoso es confesarlo, en contra del ilustre profesor. Mas todo



Aguas buenas y Aguas calientes.

se olvida en cuanto se le vé, en cuanto se le oye, en cuanto se admira la atencion profunda y especial con que se dedica á conocer la dolencia de cada uno, antes de decidir si le será ó no conveniente el uso de las aguas.—La ciencia de Mr. Darralde y su larga práctica le han hecho adquirir una perspicacia admirable; rarísima vez se equivoca, y sus pronósticos, favorables ó adversos, se cumplen con una exactitud verdaderamente sorprendente. La probidad y el desinterés de Mr. Darralde son tan grandes por lo menos como su talento: no hay ejemplo de que haya aconsejado, por criminal codicia, la permanencia en Aguas buenas á ninguno á quien le fuese dañosa ó inútil; y muy á menudo, en lugar de exigir cantidad alguna á los pobres ó á los necesitados, les obliga á aceptar un socorro en dinero, para que puedan volver á su pais, á su casa.

Por la inmensidad de sus ocupaciones, y por sus estudios, que nunca abandona, Mr. Darralde va muy rara vez á visitar en los *hoteles*; pero cuando lo verifica, su llegada es un verdadero acontecimiento. En las escaleras, en los pasillos, en la puerta de cada cuarto se le espía y se le acecha: los unos se lo arrancan de los brazos de los otros; todos se lo disputan y se lo llevan; y al cabo de tres ó cuatro horas, el pobre doctor tiene que escaparse como puede, por

una escalerilla oculta, ó por una salida secreta. Entonces son las quejas, las imprecaciones de los descontentos, que forman coro con los gritos de júbilo y de satisfaccion de los favorecidos.

Mr. Darralde, que reside habitualmente en Pau, á donde le piden consultas por escrito de los puntos mas lejanos de Europa, habla ya de abandonar su destino, y aun su profesion, aunque se halla todavia en muy buena edad. El asegura que está cansado, y es muy creible: sus enemigos pretenden, que dueño ya de una renta anual de 80,000 francos, quiere consagrarse al reposo y al goce tranquilo de sus riquezas.—Feliz el hombre á quien los envidiosos no pueden acusarle sino de una cosa tan natural!—Sin embargo, la retirada de Mr. Darralde será una pérdida grande para la ciencia, y una desgracia para los seis ú ocho mil enfermos que acuden todos los años, por término medio, á Aguas buenas.—La época de mayor concurrencia es desde el 15 de junio hasta el 15 de agosto: durante ella, los que no toman la precaucion de escribir con ocho ó diez dias de anticipacion pidiendo alojamiento, tienen que refugiarse en inmundos chirivitiles, en estrechos é insalubres cuartos, donde apenas se puede respirar, y que se pagan no obstante á precios fabulosos. Años ha habido en que familias enteras, ó han tenido que marcharse á los pueblos in-

mediatos de Aguas calientes y Laruns, ó resignarse á pasar las noches albergadas en sus propios carruages.

¡Qué animación, qué movimiento, qué ruido hay en el pequeño pueblo hasta que pasa la primera mitad de agosto! En cualquier hotel se oye resonar el piano desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, sin mas interrupción que las del almuerzo y la comida; á todas horas se encuentran alegres y numerosas cabalgatas de gentes que van ó vuelven de visitar los puntos mas célebres y pintorescos de los alrededores; á cada momento se ven llegar coches de posta ó diligencias cargadas de nuevos huéspedes, elegantes y jóvenes los mas, porque las enfermedades que se curan ó alivian en Aguas buenas proceden con frecuencia del género de vida que se hace en el gran mundo.—¿Y quién ha de presumir que son tísicos la mayor parte de aquellos seres que por el día montan á caballo, y sufren el calor, el sol, ó la lluvia, y que por la noche polkan, walsan y juegan con extraordinario entusiasmo, con ardor infatigable?

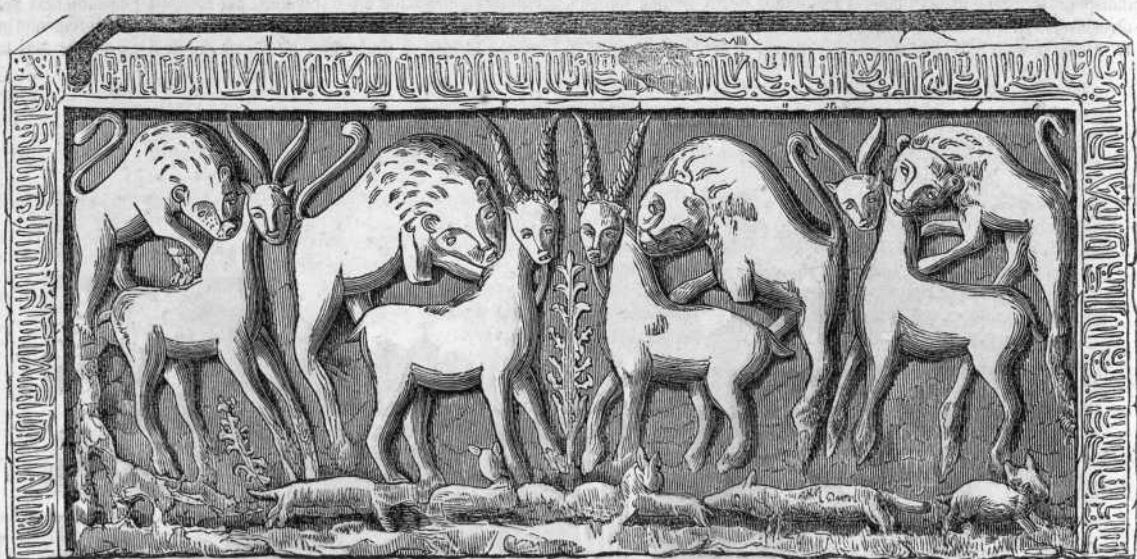
El *hotel* de Francia, de Mr. Taverne mayor, es el mas favorecido de la alta sociedad, y al que van á apearse los parisienses y los extranjeros de distincion. Entre otras ventajas posee la de tener un magnifico salon, donde se verifican brillantes saraos, y donde todas las noches se reunen y bailan los huéspedes del establecimiento.

No poco trabajo nos costó hallar dos pequeñísimos cuartos en casa del buen Mr. Taverne, despues de haber recorrido en vano los otros principales hoteles. Madama Cazerres nos ofreció una guardilla; Mr. Taverne el joven nos enseñó un palomar, y Mr. Mirand trató de convencernos de que estaríamos muy bien para dormir en un pasillo que solo conducía á la sala, á la cocina, y al comedor. Por fin, Mr. Taverne mayor despues de consolarnos con la promesa de una habitación decente para el 16—y estábamos á 11—nos instaló en dos jaulas, que si eran estrechas y miserables, en cambio ofrecían la ventaja de ser dos verdaderos hornos, merced al sol que las calentaba desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Ciertó es que cuando hiciese frio serían deliciosas, porque no tenían ni una mala chimenea.

En cuánto á lo primero, Mr. Taverne nos tranquilizó hablándonos de diferentes y muy lindos paseos donde podíamos pasar el día; y en cuánto á lo otro nos aseguró que bien arrojados en la cama debíamos desafiar todas las nieves y todas las escarchas del mundo.

Como mis lectores ya habrán conocido que nuestro huésped era un tipo singular, y que merece describirse, voy á bosquejarle ligeramente.... en el artículo segundo.

RAMON DE NAVARRETE.



PILAR ARABE.

En la parte norte de la Alcazaba, en la Alhambra de Granada, y al pié de la torre de la Vela, y cerca de un aligbe célebre por la frescura de sus aguas, hay un sótano descubiertó y en él está colocado entre escombros y basura el pilar que representa la lámina.

Es rectangular y de una pieza, y tiene 5 pies de largo y 3 de ancho.

Es de marmol blanco de las celebradas canteras de Macael todo de una pieza, y en la cara exterior, que es la que hemos copiado, hay labrado un bajo relieve que representa una cacería. Cuatro leones despedazan á otros tantos venados, y en el centro se vé algun varage. La ejecución es grosera, como se observa en todas las es-

culturas árabes que representaban seres animados, pero el dibujo es mejor que el de los doce leones del palacio árabe, y el de los dos leones colosales que estuvieron en el hospital (casa de la Moneda).

Todos los grupos están en posturas iguales, en forma piramidal, y guardando perfecta simetría.

Al rededor corre una inscripcion árabe que apenas puede leerse por lo gastada.

Esta escultura, que es el mejor monumento de su género que se conserva en Granada, debió hallarse situada en la parte del palacio árabe que se demolió para construir el palacio del emperador Carlos V.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

De todo cuanto dejo referido, y de todo cuanto añadieron marido y mujer en el día que *velis, nolis*, me obligaron á pasar con ellos, nada me hizo tanta impresion, nada me predispuso tanto contra Sotopardo, como el haberme insinuado que gustaba de aparecer como pedagogo rodeado de niños. ¡Niño, á un capitán de diez y ocho años! No sé si el epíteto de un cobarde me hubiera irritado mas. Lo nota-

ble es, que la persona de quien voy hablando tal vez ignoraba entonces hasta mi existencia; y por lo mismo no habia podido darme el menor motivo de queja. Sin embargo, cuando, llegada la noche, fui con el matrimonio á la tertulia del regente de la audiencia, donde me dijeron que don Carlos concurría, entré en ella con tantas ganas de reñir con él, como si, en efecto, me hubiera llamado niño diez millones de veces.

Pasaré en blanco la descripción de la tertulia....

Don Antonio, usando entonces de sus facultades de presidente, dijo:—No pase V. tal; pues ya sabe que hemos convenido en que nuestras conversaciones han de ser, además de un rato pasado agradablemente, un estudio ó análisis de las costumbres españolas.

Don Diego. Apoyo: una tertulia de provincia, y en casa de gozillita, y pintada por un militar, no es cosa para pasada en silencio: no señor.

Alfonso. Cuando no sea mas que para aprovechar la ocasión de complacer al señor don Diego, voy á pintar como Dios me dé á en-

tender aquella reunion. Digo, pues, y duérmase el que de oírse se canse, que el regente habitaba en el mismo edificio en que tenía el tribunal sus salas y dependencias, y hasta la cárcel, por añadidura; por lo mismo ya comprenderán vds. que se trata de una maciza fábrica hecha de planta para el objeto, en aquellos felices tiempos en que las tesorías españolas estaban apuntaladas; pero con el escaso gusto é indecisa forma de la pervertida arquitectura que en tiempo de Fernando IV reinaba en España. Las habitaciones eran vastas, espaciales, altas de techo, y ventiladas por numerosos balcones; y en cambio tenía su conjunto ese aire que llamamos *destartado*, y no sé cómo explicar mejor. En una antesala, que las modernas casas de Madrid quisieran tener por solar, encontramos abismado en un sillón de baqueta á un estudiante en sotana, paje del señor regente, que tenía abierto delante de sí un libro en fólío, al parecer de su facultad; pero entre cuyas hojas acerté á divisar un tomito en rústica que por la desigualdad de sus renglones me olió de una legua á veros. Como quiera que sea, el gentil alumno de Astrea ó de las Musas, se levantó cortesmente á nuestra llegada, recogió el *mantón* de la mujer de Mendoza, no sin mirar al soslayo su bello rostro, y nos abrió á todos una mampara que hacía nosotros tenía pintado un formidable granadero con la birretina austriaca de que aun habla la ordenanza; y á la parte de la sala estaba cubierta de damasco amarillo con guarnición de cinta de seda de igual color, y claveteada con doradas tachuelas. Atravesando una sala de paso, que por lo larga bien pudiera llamarse galería, y en la cual una colección ahumada de antiguos cuadros representaba la vida de no sé qué santo mártir, entramos por fin en el estrado, salón espacioso y bien adornado á la usanza del tiempo de Carlos III, con muebles macizos, de buenas formas aunque un tanto afectadas, y entonces mas que medianamente concurrido. Pero antes de llegar á las personas, acabaré con el campo en que han de maniobrar, diciendo que á cada uno de los extremos de la sala de recibo había un gabinete, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver en el de la derecha dos mesas de tresillo; y en el de la izquierda otras dos, con tablero y juego de ajedrez la una, con una caja de lotería la otra. El alumbrado consistía en una grande araña de cristal con sus retorcidos brazos y lenticulares caireles; media docena de cornucopias en la sala, dos en cada gabinete, y bujías en candeleros de plata sobre todas las mesas; es decir, en las que ya he dicho haber en los gabinetes, y en otra mas grande que se me olvidó contar entre los muebles de la sala. En esta última había un gran lienzo; en el cual, pintadas con tanta brillantez de colores como ignorancia del arte, se veían las caprichosas figuras del Bisbis.

Serian las ocho de la noche cuando nosotros entramos, y ya la mayor parte de los concurrentes se hallaba reunida. En un rincón de la sala, y mas bien detrás que al lado de una copa de azófar llena de encendidos huesos de aceituna, apiñados artísticamente de manera que parecían un gajo de granada, estaba el ama de casa, señora anciana, de alegre semblante y tan estruendosa limpieza, que admiraba contemplarla. Sobre las no encubiertas canas tenía una escofeta de flamenco encaje; cubría su pecho un pañuelo de finísima batista, prendido con un alfiler de oro por bajo de la barba; el pañolón grande que llevaba sobre los hombros era de blanco merino, y de piel de martas el rico manguito en que abrigaba las manos. De asiento la servía un confidente, ó pequeño sofá cubierto de damasco, y sus pies se apoyaban en una banqueta forrada en tapicería. He descrito aquella figura con tantos pormenores, porque, recordándome la de mi venerable abuela, se me fijó hondamente en la memoria. Habría en torno de ella hasta una docena de señoras, todas de edad madura, sencilla y honestamente vestidas de negro las mas, y muchas con el hábito del Carmen. Fácilmente comprendí que aquel era el grupo de las mamás, viendo en el ángulo opuesto otro, en el cual se clavaron involuntariamente mis ojos. Diez y ocho ó veinte muchachas, en cuyos rostros vivarachos retozaba la risa, á pesar de los respetos que contenían la espresion de su alegría, formaban la interesante reunion á que aludo. ¡Qué bien me parecieron entonces aquellos talles colocados por la modista, y en desprecio de la naturaleza, media vara mas arriba de la cintura! Y como acusé de tiranos á los pañuelos, que severamente encubrían los palpitantes senos....!

—Señorito, señorito, interrumpió el presidente; no se nos deslice la lengua.

Don Diego. Déjele V. decir, que aqui todos comulgamos.

—Que diga, que diga,—esclamó en coro toda la sociedad; y Alfonso prosiguió:

—Aunque quisiera, juro á Vds. que, á no hablar de memoria, no pudiera mi lengua deslizarse, pues jamás vi tan honesto prendido como el de aquellas señoritas, hijas todas, ó la mayor parte de los alcaldes y oidores de la Chancillería....

Don Diego. Chancillería tenemos: pues en Granada ó en Valladolid estamos.

Alfonso. Sea donde quiera, ello es que tampoco por entóces tuve tiempo para otra cosa mas que para echar una rápida ojeada sobre el grupo encantador, porque Mendoza me travó del brazo para presentarme al señor Regente, que á la puerta del gabinete del tresillo conversaba con algunos de los ministros del tribunal. Confieso que el buen señor hizo un gesto al ver mis charreteras y mi cara imberbe, para él desconocida, que me desconcertó, ó poco menos. Los que no han vivido en las provincias ignoran que, hasta hace muy pocos años se ha mirado, y aun hoy, entre los togados, se mira á los militares como gente *non sancta*, hasta que personalmente se les conoce. Iba yo advertido de la tal prevención, y viéndola tan en breve confirmada por la experiencia, holgárame entónces de haber perdido las pier-nas antes de subir la escalera de aquella casa. Entretanto que así discurría en mis adentros, fijó el Regente la vista en la cruz de Alcántara que yo llevaba al pecho y desarrugó un tanto el semblante; pero como á mi nombre y apellido añadiese Mendoza la calificación de *Capitan-Paje*, volvieron á aparecer en el semblante del magistrado las señales de su anterior disgusto. Ya Vds. saben que los pajes pasan por un sí es no es calaveras. Por fortuna mi introductor continuó diciendo:—El señor don Alfonso Tellez, trae para V., señor Regente, una carta de recomendación del señor A.... Camarista de Castilla (aqui disminuyó el ceño en la mitad de sus arrugas), que fué muy amigo de este caballero.—¿Como se llamaba su señor abuelo?—El doctor don Alfonso Tellez respondi yo con bastante sequedad.—Tellez... Tellez... aguarde V. ¿No era alcalde de Corte su abuelo de V. en el año de 85?—Si señor y en el de noventa consejero de Castilla.—Cabal: entónces fui yo á jurar mi primera vara, y conocí mucho al doctor.—Y al decir esto, respiró el regente como si le hubieran quitado de encima del pecho una montaña, y me llenó de agasajos, y me presentó á su señora, y, en una palabra, hallé en él, merced á la golilla de mi abuelo, una cordialidad que todas las charreteras del mundo no hubieran bastado á granjearme.

Don Diego. ¡Cosa rara! ¿Porqué esa antipatía de los togados á los militares, y al contrario?

Don Antonio. Los antiguos togados debían generalmente su posición á una vida estudiosa, consagrada al trabajo, y sobre todo á una conducta irreprochable. La carrera de las letras y de la judicatura ha estado en España abierta siempre para la aplicación. De estudiante de farol, ó de paje como el que don Alfonso nos ha descrito, á camarista de Castilla la distancia es inmensa; y sin embargo, muchos son los que la han andado con paso tardío pero seguro. Siempre el favor obtuvo algunas plazas, pero en general en los buenos tiempos de la monarquía, el mérito se llevó las mas. La nobleza en esas materias corría parejas, ó poco menos, con la plebe, y renunciaba de hecho á sus privilegios desde que comenzaba á cursar en las aulas. Ciertos es que los colegios mayores eran un elemento aristocrático; porque al cabo para entrar en ellos se exigía una justificación de hidalguía, y aun para algunos el pertenecer á determinada familia, como por ejemplo, en el de los Manriques de Alcalá de Henares; pero al cabo el privilegio ni eximia del estudio, ni de ninguno de los ejercicios literarios á la generalidad de los escolares impuestos; en resumen, la carrera de la jurisprudencia exigía pasar considerable número de años manejando los libros; y renunciando á todo juvenil devaneo, encubrir con impenetrable velo las humanas fragilidades, desde que se declaraba un hombre pretendiente á varas ó á togas. Por el contrario, la carrera militar ha sido muchos años mirada en España como propia de jóvenes enemigos de todo estudio: deplorable error que la civilización es probable destruya, pero que, lo repito, ha existido y acaso existe aun, añáda V. á esa consideración la de que en punto á costumbres, no pasan los militares por capuchinos, ni mucho menos; y comprenderá fácilmente, amigo don Diego, como una barrera difícil de salvar separó por muchos años á las armas de la toga.

Don Diego. Confieso que me ha explicado V. claramente un fenómeno moral, que yo atribuía á mezquinas pasiones y á envidias recíprocas.

Alfonso. Conviniendo con la explicación de nuestro amigo Don Antonio, creo, sin embargo, que lo que dice V. no va fuera de camino. Los militares brillan mas que los togados; especialmente á los ojos de las mujeres un uniforme parecerá siempre mejor que una golilla; y esto algo es.

Don Antonio. Algo sí, amigo mío: pero no bastante para explicar la separación tan marcada que ha mediado entre los individuos de entrambas profesiones. Creame V., las pasiones mezquinas producen rencillas, alguna vez odios, pero efímeros como ellas. Estas preocupaciones que se transmiten de siglo á siglo, que se apoderan de clases ilustradas y respetables, arraigándose en ellas profundamente, tienen siempre mas hondas raíces; proceden de una causa mas poderosa; son, para decirlo de una vez, de mas filosófico origen que todas las patrañas y hazañas que el vulgo adopta para explicarlas. ¿Sabe V. porque hoy se van aproximando los togados á los militares?

porque aquellos han perdido mucha parte de su seguridad de costumbres, y empezado á ilustrarse; porque, con el individualismo de nuestro siglo, el espíritu de cuerpo es imposible, y por lo mismo hay preocupaciones personales, pero dejan de existir las de las clases.

Redactor. ¿Saben vds., señores, que están á dos mil leguas del cuento de Don Alfonso, y que además es la hora de separarnos?

Don Antonio. Pues hasta mañana entonces, y sea todo el mundo puntual, só pena de las consabidas yemas.

Alfonso. Hasta mañana, señores; que estoy de día y la lista me espera.

(Se continuará.)

PATRICIO DE LA ESCURRA.

LAS ODALISCAS.

Fragmento de un poema inédito.

Plantel perene es la región caucasia
Del rijo agareno á la lujuria.
Virgenes de Mingrelia y de Circasia
Que, á consentirlo Bétis, Ebro y Turia,
Fuérais de la hermosura antonomasia,
Vosotras ¡ay dolor! cual raza espúrea
Perdeis, siervas de un despota sombrío,
Hasta la libertad del albedrío.

Al menos al bozal de Mozambique
No se veda en el indico hemisferio
Que sus amores oiga y gratifique
La que con él comparte el cautiverio:
No á su libre elección muro ni dique
Del amo opone el absoluto imperio;
Y al fin, si es negro y su fortuna negra,
También lo son la cónyuge y la suegra.

Mas ¿qué dolor á tu dolor iguala,
Expatriada, indefensa criatura,
Que condenada en arabesca sala
A aborrecida tétrica clausura,
De amor forzado alumna y colegiala,
Por premio á tu fatídica hermosura
Ni oyes tu habla nativa ni á tu mano
Juntas la de un amigo ó de un hermano?

Surge también de la comun desgracia
Dulce fraternidad. La suerte esquivá
Que por diverso rumbo os lleva á Tracia
Os une en obligada comitiva;
Mas el hijo de Agar en su autocracia
Aun del fraterno amor ¡sátiro! os priva;
Que si en la servidumbre sois iguales,
De hermanas su capricho hace rivales.

Tiende la raspa sobre muelle pluma,
Y una el café le sirve, otra la pipa,
Otra peina su barba y la perfuma,
Otra á agitar el viento se anticipa
Si el calor ó algun tábano le abruma;
Y todas al antojo, á la chiripa
Son en aquella impura mescolanza
Deudoras de una efímera privanza.

Ni apenas desarruga el ceño torvo
En pro de la hermosura preferida;
Como quien dice: «de entre tanto estorbo
Hoy sola tú en mi gracia hallas guarida;
Y cuando puedo de mi alfanje corvo
Victima hacer tu miserable vida,
De tu amor son mis brazos recompensa.
Bendice ¡esclava! mi bondad inmensa.»

Alguna habrá que el prepotente labio
Mas aborrezca cuanto más sonría;
A alguna que agradezca á su astrolabio
Entre tantos de horror un fausto día;
Mas ora tal favor reputa agravio,
Ora con él su vanidad se engría,
No impune ha de gozar del privilegio,
Que en odio la tendrá todo el colegio.

Que, por mas que repugnen las caricias
De importuno amador rústico ó necio,
Si yerto el corazón no pide albricias
De triunfos que no anhela, harto mas recio

Que brindarle con fiestas y delicias,
Harto mas rudo golpe es el desprecio
A una mujer sensible, y mas á aquella
Que empadronada ha sido como bella.

Por dicha el beso y el desden alternos
Sus varias sensaciones neutralizan.
A á fuerza de veranos y de inviernos
Ó sus almas al fin se metalizan,
Ó acaban por formar vínculos tiernos
Las que en el noviciado se hostilizan;
Que es muy grande el poder de la costumbre
Y nadie muere ya de pesadumbre.

Gozosas cacarean las gallinas
Con un solo marido entre la parva,
Que tal vez galantea á las vecinas
Después que en su corral triunfa y escarba.
Tal suerte os cabe, hermosas concubinas.
¡Paciencia! Uno con cresta, otro con barba,
No hay diferencia entre el Sultan y el gallo
Y quien dice corral dice Serrallo.

Ni es mucho que á la impúbera rapaza,
Que aun de amor no sintió la flecha aguda
Cuando se vió vendida en una plaza,
Mas amable parezca y menos ruda
Que su avarienta abominable raza
La que de tosca jerga la desnuda
Y de seda la viste y de brocado
Y con perlas guarnece su tocado.

¿Qué portento si, mansa á quien la balaga,
Herido del amor late su seno?
De patria ímpia la memoria vaga
¿Será triaca al plácido veneno?
Si los suyos le dan tan mala paga
Y hace Edem su prision el Sarraceno,
Y si al fin el mandato es dulce y grato,
¿Qué mucho que obedezca su mandato?

El de infelice sierva adocenada
Puede hacerla sultana favorita.
Hoy la que ayer salía de la nada
Cuanto cumple á su gusto facilita;
Hoy al solo fulgor de su mirada
Tiemblan el babilon y el troglodita
Mientras muere quizá de hambre y cansancio
El padre atroz que la vendió á Bizancio.

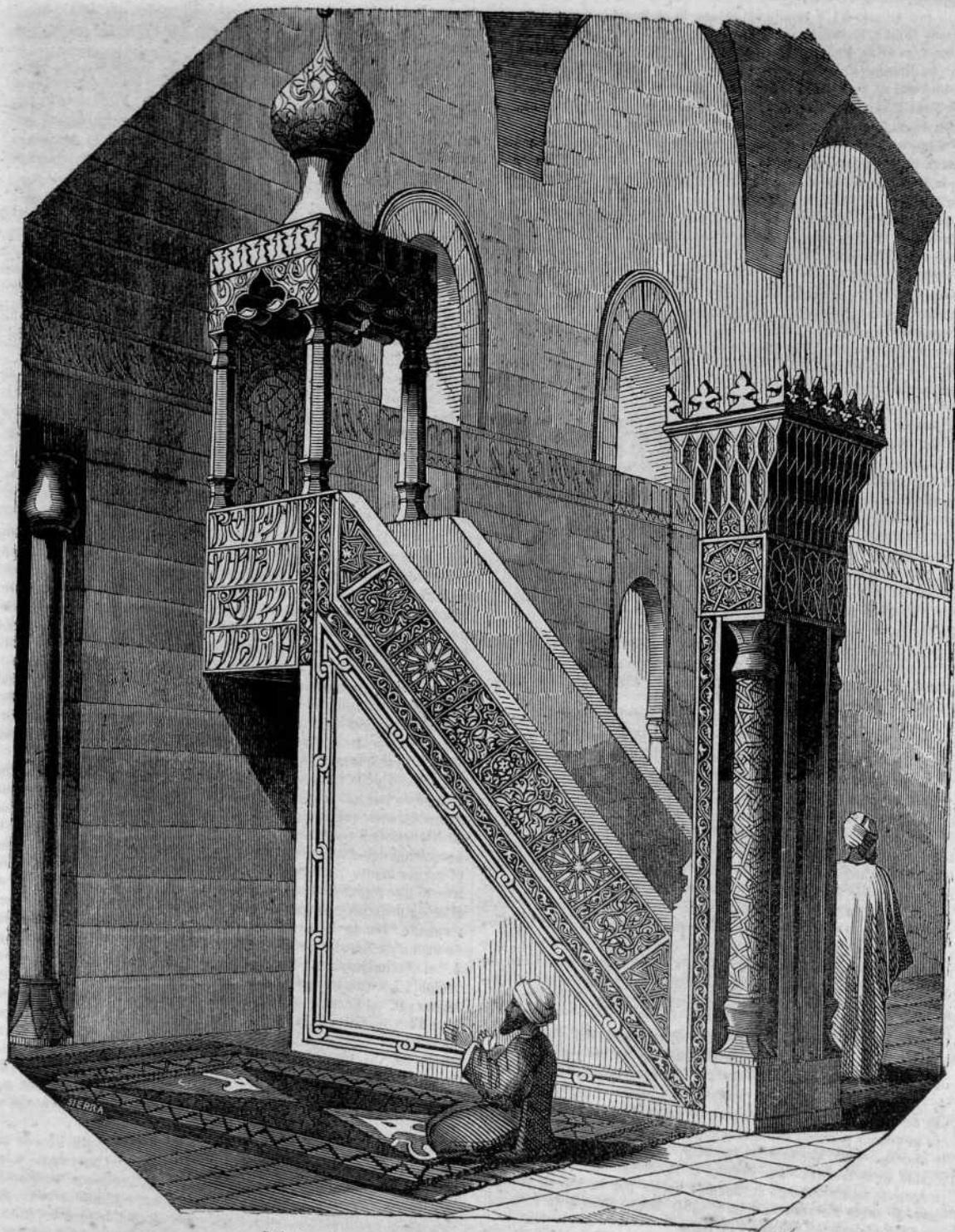
Ni tanto es menester para que adore
Tarde ó temprano á su señor y amante:
Basta que en sus entrañas atesore,
Trasunto de papá, cándido infante
Que crezca y se rebulla y nazca y llore
Y pida teta ó que el ro-ró le cante,
Y ora su labio angélico sonría
Ora charle en donosa algarabía.

Que no hay pasión que el ánima transporte
Como el materno amor, ni amarga pena
Que bálsamo tan dulce con conforte;
Y aunque, por culpa suya ó por la agena,
Muchas hay que aborrecen al Consorte
Con quién el si nupcial las encadena,
Ninguna madre en corte ni en cortijo
Deja de amar al padre de su hijo.

Madre ó no madre, en tanto, la odalisea,
Que asegurada tiene la pitanza,
Transige con su estrella, y rie y trisca,
O toma el freno en celestial holganza;
O juega, ora al bisbis, ora á la brisca;
O pone faltas á la que entra en danza;
O del bajá se mofa y del eunuco
Saboreando golosa un almendruco.

Pero esto no del monstruo disminuye
La horrible iniquidad, la torpe infamia,
Que á la inocente niña prostituye
Y de angel puro la convierte en lámina,
Y con su propia sangre contribuye
De un alarbe á la inmunda poligamia.
¡Fuego de Dios en él!, que no en la moza,
Ni en el que la ha comprado si la goza.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.



Púlpito de la mezquita de Barkau, en el Cairo.

Dos minaretes de elegantes proporciones y de tres filas de galerías, se elevan en el frente del edificio.

Aunque en buen estado todavía, esta mezquita se halla hace bastante tiempo abandonada por falta de medios para su conserva-

ción. Un portero es su único guardian, y no se suplen siquiera los gastos mas necesarios cuando no produce para ellos la generosidad de los peregrinos y de los viajeros.

SANTO DOMINGO EL REAL.

Descripcion.

Las casi continuas reparaciones y modificaciones que en este real monasterio se han hecho, si bien prueban la generosa piedad de nues-

tros monarcas, acreditan igualmente que los maestros encargados de la direccion de aquellas, eran hombres sin gusto ni talento. Ejemplo de ello es la iglesia cuya capilla mayor bastaron dos reedificaciones para despojarla del mucho interés que á los ojos de las personas versadas en la historia y amantes de las artes, ofrecia. Empezada á cons-

10 DE FEBRERO DE 1850.

truir por Alfonso XI, y terminada (1) por la esclarecida y virtuosísima priora Doña Constanza, velase enriquecida con los dos primorosos mausoleos de D. Pedro el Cruel y su hijo D. Juan. Ennoblecíala asimismo diferentes inscripciones que inserta, Gratia Dei, en la historia manuscrita de D. Pedro I y sus descendientes del apellido Castilla.

Todo al fin, desapareció á manos de bárbaros operarios, como si tales objetos no pudiesen reponerse en los nuevos edificios.

Consta al presente la iglesia, de una clara y algun tanto espaciosa nave, con otra lateral en el lado del Evangelio, y tres capillas en el de la Epístola. Elévase en la capilla mayor un bello retablo construido por los años de 1613. Espresada la época, ya se deja conocer el estilo á que pertenece, que es el greco-romano depurado. Compónese principalmente de tres cuerpos; el primero sienta en un zócalo, y tiene tres intercolumnios, otros tantos hay en el segundo, y uno solo en el tercero. Decoran los tres indicados cuerpos, columnas entregadas de órden Corintio, con basas y capiteles dorados. Los fustes de las columnas, los cornisamentos, y otros miembros han sido pintados hace pocos años, imitando mármoles, pues eran dorados todos. En los nichos de los intercolumnios hay varias efigies razonablemente ejecutadas; y á los lados del último cuerpo, aguijas ú obeliscos, segun costumbre de aquella época, de la cual no queda en Madrid mas retablo que éste; por lo que su pérdida sería lamentable.

Ocupa el centro del primer cuerpo un gran cuadro, que en tiempo del erudito Ponz estaba en un poste entre las capillas. Representa en la parte superior nuestra Señora del Rosario, y en la inferior san Pio V y santo Domingo postrados de rodillas ante la Señora. Esta hermosa pintura, cuyas figuras son mayores que el natural, se atribuye á Carlos Marati, célebre pintor italiano, aunque no faltan datos para creer que solamente la terminó, habiéndola empezado Andrés Procacini.

Pasando á las capillas se halla bastante que observar en materia de pintura. Ostenta la segunda en el intercolumnio del retablo, una Sacra Familia con el Padre Eterno y el Espíritu Santo en lo alto rodeados de ángeles. Por bajo de este lienzo se ven las tres pinturas siguientes: 1.^a san Agustín: en el fondo hay dos pasajes de su vida; 2.^a la Adoracion de los Magos, y 3.^a san Gregorio Magno, y á su izquierda en lontananza una procesion ó letanía con la imájen de nuestra Señora de Guadalupe.

El cuadro del ático espresa la Anunciacion ejecutada como los cuatro referidos asuntos, por el famoso pintor madrileño Eugenio Caxés. Las columnas de este altar tienen labrados los tercios inferiores.

No es menos rica en pinturas la siguiente capilla cuyo retablo se compone de un basamento de mármoles sencillo y de buena forma, en el que sientan cuatro columnas entregadas con las canales ó estrias en espiral, y el correspondiente cornisamento. Llena el intercolumnio central una adoracion de los Reyes, y los laterales: san Bartolomé y san Mateo, figuras todas del natural. Cinco pequeños cuadros hay en el basamento colocados por este órden: 1.^o el sacrificio de Isaac; 2.^o Jesucristo en traje de hortelano se aparece á la Magdalena, que le pregunta por el cuerpo de su Maestro; 3.^o una Sacra con las palabras de la consagracion escritas en una tarjeta, que sostienen dos ángeles mancebos, y cubia un pabellon descubierto por dos ángeles niños; 4.^o nuestro Señor disfrazado de caminante se dirige en compañía de dos discípulos al castillo de Emaus; 5.^o Abraham postrado ante los tres ángeles.

Todas estas gallardas pinturas, la Encarnacion del coronamiento y los dos martirios que se observan debajo de los arquivates son obra del célebre Vicente Carducci quien hizo igualmente el cuadro de la Concepcion, con varios ángeles alrededor y un grupo de figuras de medio cuerpo en la base, el padre eterno del remate y las dos pequeñas pinturas del mismo altar de la Concepcion. Ultimamente obra del citado Carducci es tambien el cuadro que hay encima del retablo de la Soledad cuyo asunto es la entrega de un lienzo con la imágen de santo Domingo de Guzman hecha por la Virgen acompañada de santa Catalina v. y m. y santa Maria Magdalena á un religioso del convento de Soriano en Italia.

Al espresar este pasaje todos los pintores de que tenemos noticia han faltado á la exactitud, pues segun la historia que de la nombrada imágen de Soriano escribió Silvestro Frangipane y tradujo al castellano Vicente Gomez la pintura no se desarrolló hasta que fué entregada al superior del convento cuando ya habian desaparecido las señoras que la trajeron: lo mismo dicen los Bolandos en el tomo I de Agosto, pág. 358.

Es la capilla en que está dicho cuadro de buena arquitectura, al parecer del tiempo de Felipe IV. Decoranla pilastras dóricas y triglifos en el cornisamento que es de poco vuelo y muy ajustado á la severidad clásica. Las hornacinas, pechinas y cascaron acompañan á lo

demás. Por último debe ser mencionado el cuadro que está sobre el conculgatorio en una decoracion de perspectiva terminada por un frontispicio con las armas reales.

Hemos indicado 25 cuadros de mérito que el público vé diariamente: cuando por desgracia desaparecan de los lugares que ocupan, y para los cuales fueron espresamente ejecutados, tomando en cuenta las luces, los accesorios etc., ¿á dónde irán á parar? Es claro: á donde han ido los infinitos que adornaban los templos hasta que por las vicisitudes del presente siglo faltaron de los sitios en que podian ser vistos y estudiados por los inteligentes (1).

Apresurémonos por tanto á dejar una exacta noticia de las obras que nos legaron nuestros mayores para que vea la posteridad hasta qué punto llegó la riqueza que poseíamos.

En el friso del cornisamento por todo el contorno del templo hay una inscripcion que espresa varias épocas notables de la historia de este monasterio, no muy exactas algunas, como la de la traslacion de los huesos del rey don Pedro.

Es el titular de esta iglesia y casa el patriarca Sto. Domingo de Guzman, habiéndole sustituido las religiosas á Sto. Domingo de Silos cuando la iglesia autorizó su culto.

Dá ingreso á la descrita iglesia un pórtico de granito, compuesto de tres ingresos cerrados por arcos de medio punto con pilastras dóricas entremedias y el correspondiente cornisamento. Fué construido por Carlos III en 1788, habiéndose demolido al efecto el que describe Ponz, labrado en 1559 segun el estilo del renacimiento.

Coro.

Uno de los objetos mas notables que en los templos de Madrid existen es sin duda el soberbio coro (2) del insigne monasterio que vamos describiendo. Su construccion data de la segunda mitad del siglo XVI, mas habiendo sido reparado y adornado posteriormente, ha perdido en su ornamentacion la severidad clásica propia del tiempo en que fué erigido. Segun hemos dicho en la reseña histórica, por haber estado cinco años en depósito el cadáver del principe don Carlos en el antiguo coro, Felipe II costeó el actual. Hizose con diseños y bajo la direccion del célebre Juan de Herrera, circunstancias que si no constasen por fidedignos datos que se han tenido presentes, bastarian para darlas á conocer, á pesar de las indicadas reparaciones, la estructura y excelente disposicion general de tan magnífica pieza y la ordenacion del fajado que decora sus muros y bóveda.

Al nivel de la iglesia, dando frente al retablo mayor, y separado de aquella por una pared, se halla este regio coro cuya planta es un paralelógramo rectángulo con cien pies de longitud (3) en direccion de Nord-Este á Sud-Oeste y treinta y dos de latitud. Constituyen la decoracion del alzado diez y ocho fajas resaltadas, sobre las que corre el cornisamento con cartelas, llenando los entropaños diez y seis frescos que representan los asuntos siguientes, enumerados, no en clase de misterios, porque el primero no lo es, sino como aquiles corresponde: *Banda de la izquierda*: 1.^o Sto. Domingo recibe el Rosario de manos de Nuestra Señora; 2.^o la Encarnacion; 3.^o la Visitacion; 4.^o el Nacimiento; 5.^o la Purificacion; 6.^o el Niño hallado en el templo; 7.^o Nuestro Señor en el huerto de las Olivas. *Testero*: 8.^o los Azotes; 9.^o el Ecce-Homo. *Banda de la derecha*: 10.^o la Cruz á cuestas; 11.^o el Calvario; 12.^o la Resurreccion; 13.^o la Ascension; 14.^o la venida del Espíritu Santo; 15.^o la Asuncion, y 16.^o la Coronacion de Nuestra Señora. Estas pinturas tienen marcos de grotescos. Aunque en todas ellas se vé el mal gusto de principios del siglo XVIII, hacen sin embargo su efecto, notándose que las cinco últimas que espresan los misterios gloriosos, muestran mas severidad y son de otra mano que las restantes.

Corona y cubre este sagrado recinto una vasta y alta bóveda que arranca de un sotabanco, se eleva 48 pies sobre el pavimento y está profusamente adornada con fajas, querubines, grotescos, moldurage, adornos de talla dorados, etc., formando un conjunto armonioso y rico. En los rehundidos de las fajas, en las guirnalda que los cubren, y en otros detalles se manifiesta el corrompido gusto del tiempo de Felipe V; pero sin causar confusion, ni impedir que se trasluzca la

(1) Muchas personas no conocen la inmensa diferencia que hay entre los cuadros del Museo del Prado y los del Nacional; por el distinto objeto conque fueron hechos unos y otros.

(2) La hermosa perspectiva que vá al frente de esta memoria, ha sido grabada por el habil don Manuel de Burgos, habiéndola tomado con mucha facilidad y destreza en poco mas de una hora don Francisco Tomé, quien para sacarla se colocó en el interior muy cerca de la reja que está inmediata al púlpito desde donde el publico puede reconocer cómodamente y por completo el suntuoso coro. Aconsejamos á las personas curiosas que vayan á verlo.

(3) El coro del Escorial no pasa de 96 pies de fondo.

severa decoración primitiva, que pertenecía, como queda referido, á la segunda mitad del siglo XVI, y desgraciadamente fué alterada.

Seis ventanas oportuna y simétricamente distribuidas, ocupan otros tantos lunetos, y en los restantes hay pintados al fresco santos y santas de la orden de santo Domingo: son de cuerpo entero, mayores que el natural y de buena ejecución, atendida la época de completa decadencia á que pertenecen.

Una gran ventana de vano rectangular interrumpe el cornisamento en el testero, é ilumina mucha parte del coro, que así por esta como por las mencionadas ventanas de los lunetos, recibe toda la luz que un departamento de esta clase y de tales dimensiones necesita.

Es digna de especial mención una imagen de Nuestra Señora con varios ángeles que ocupa un nicho en el testero debajo de la ventana. La materia es mármol blanco, y por su forma se conoce que fué labrada á principios del siglo XVII.

Restáanos hablar de la bonita sillería (1) hecha en el reinado de Felipe III, la cual, á pesar de tener 23 sillas en cada lado, no puede llenar el espacioso coro, y constituye un departamento en el centro; volviendo con su correspondiente reclinatorio por una y otra banda sin llegar al testero.

Cada silla forma una hornacina de planta cuadrangular con un cascarón en el cerramiento, y por el frente un arco de medio punto, que sienta en columnas dóricas, muy delgadas para las proporciones del dórico. En un todo corresponden á las mismas las contrapilastras del fondo. Hasta la clave de los arcos hay seis pies de elevación, contados desde la línea horizontal que se imagina de una á otra basa de las columnas, las cuales figuran estar acanaladas ó istriadas por medio de embutidos de buenas maderas. Trazan estos igualmente los compartimientos de los cascarones y los adornos de los tableros en los respaldos, labrados unos y otros con esmero. Termina el todo un coronamiento calado que corre sobre la cornisa general y está interrumpido por agujas ó obeliscos, en medio de los cuales campea el escudo de Santo Domingo. Vista desde la iglesia hace muy buen efecto la mencionada sillería.

Entre la misma y el testero queda un trecho que viene á ser el bajo coro con sus correspondientes sillas: en él, al frente de la entrada, y ocupando el lienzo de la pared se ven el baptisterio de los reyes, la estatua del rey don Pedro y el sepulcro de la priora doña Constanza. Por delante de la sillería cruza una grada de mármol, antes de llegar á la pared de la iglesia en la que hay dos grandes rejas, por donde las señoras religiosas pueden ver la capilla mayor y presenciar los oficios divinos. Aunque sirven de adorno y dan realce al todo, no hablamos de varios retablos, cuadros y otros objetos, porque artísticamente considerados nada tienen de particular. Si la vista de este hermoso coro es siempre grata, cuando la respetable comunidad aparece reunida, bajo su inmensa bóveda, entonando las alabanzas del Altísimo, es verdaderamente admirable.

Pila bautismal de Santo Domingo.

Al visitar nuestros antiguos monasterios, tan ricos en artísticas bellezas como en recuerdos y monumentos históricos, siempre el hombre sensato y estudioso halla mucho que contemplar. Después de haber examinado el ya descrito coro, llaman la atención las curiosidades que tan magnífico local encierra, figurando como la primera de todas la veneranda pila en que fué bautizado Santo Domingo de Guzmán, la cual sirve para administrar el sacramento del bautismo á los hijos de los reyes é infantes de Castilla.

Perteneció esta notable y sagrada pila desde época remota á la iglesia parroquial de San Sebastian de la villa de Caleruega, patria del expresado santo. Cuando tan esclarecido varón fué canonizado, empezó á ser mirada con particular veneración, y Alfonso X la trasladó al monasterio de religiosas que fundó en el año de J. C. de 1266, sobre la misma área que ocupaba la casa nativa de aquel santo patriarca; habiendo mandado poner otra pila en la mencionada parroquia.

Ignoramos el nombre de la primera persona real que fué bautizada en ella, pues solo relatan las crónicas de la orden que se llevaba al punto en que había de tener uso, y finalizada la ceremonia era, restituida al monasterio de Caleruega, de donde fué sacada en 1603 por última vez con motivo del nacimiento del príncipe don Felipe IV de este nombre entre los monarcas de España. La solemnidad con que se celebró el bautizo y la parte que tuvo en tan ostentoso acto la orden de predicadores constan por la curiosa relación que nos legó la diligente pluma de Maluenda.

En el año de 1606 vino á Madrid la corte y por mandado de Felipe III se depositó la régia pila en el célebre monasterio que sigue po-

seyendo esta preciosa joya. Es de piedra blanca, de pequeñas dimensiones, se halla engastada en otra pila de plata con adornos dorados y se custodia en una caja de madera pintada, que tiene su correspondiente cubierta de damasco (1). El convento de Caleruega que miraba esta pila como un blason que le ennoblecía desde su origen, conservó un trozo de la misma, según espresa Medrano por lo que se redujo al tamaño que hoy tiene.

Estatua del rey don Pedro.

La bellísima estatua de D. Pedro, una de las mejores que del siglo XV pueden hallarse, es de mármol blanco, mayor que el natural, y está de rodillas sobre un almohadon, con las manos juntas. Ostenta sobre la primorosa cota de malla, que por el cuello en la parte inferior se descubre, una lindísima sobrevesta labrada con tanto gusto y perfección, como el airoso manto que en el lado derecho deja descubierta la figura, y en el izquierdo cae por debajo del brazo formando varios y bien estudiados pliegues. Cubren los brazos y muslos, piezas de armadura, y en las manos tiene guantes. La cabeza erguida y el rostro de buenas formas, pero de aspecto severo, producen completa ilusión en el ánimo del observador; pues sin violencia, y aun podemos decir, sin que lo parezca, supo el artista dar á esta correcta figura el movimiento y expresión convenientes.

A la izquierda del monarca y sobre el cojín en que está arrodillado hay una cabeza que sin duda representa la del diácono que el mismo D. Pedro asesinó en S. Clemente de Sevilla. Es de igual materia y estilo que la del rey. A no ser por ambas cabezas se dudaría mucho que la escultura de que tratamos fuese obra de mediados del siglo XV. ¡Tanta es su perfección! ¡Tanto el primor con que se halla ejecutada!

Ha perdido, sin embargo, este notable objeto artístico gran parte de su efecto. Las labores adamascadas de la que en nuestro concepto es sobrevesta y las flores del primoroso manto resplandecían con oro y azul, matices que harían resaltar los contornos de aquellas maravillosamente.

Una corona de metal ceñía la régia cabeza que conservando en el rostro la huella del cincel, según practicaban con acierto los escultores del siglo XV, contrastaba con el dorado de la diadema, que pereció, y el bruñido de los ropajes y cota que aun subsiste. Además de la total desaparición de tan interesantes accesorios, hay que lamentar la completa mutilación de las piernas, la de parte de la nariz y la de casi todas las falanges de los dedos.

Estas últimas y la nariz han sido restauradas; en lo que no se ha procedido con acierto, pues cuando no se pueden reponer los mismos fragmentos que se desprendieron de una escultura, mejor es que siga mutilada, porque en tal caso restaurar es alterar.

Hállase al presente colocada con mucha decencia la referida estatua en el coro, entre el sepulcro de doña Constanza y la pila bautismal de las personas reales. Son varias las láminas que de aquella se han publicado.

La empresa del *Semanario Pintoresco* puso una en 1846 al frente del número 58. Bien sea porque el sitio en que á la sazón había que sacar el dibujo careciese de luz, ó bien por cualquiera otra causa, no corresponde á los generosos esfuerzos de la empresa de este periódico la indicada lámina, y por ella poca idea se puede tomar del original.

En peor caso se halla la que hay al frente de la crónica de don Pedro, y fué dibujada por A. Carnicero en 1779. Aunque en el prólogo se espresa que copió exactamente las facciones y traje, no fué así particularmente en cuanto al traje, y es lástima, porque el grabado es bueno.

Aventaja á las espresadas láminas la que han dado á luz los señores Gaspar y Roig en su esmerada edición de la historia de España del P. Mariana, tom. II, pág. 248.

Si bien reducida al busto, desfigurado por cierto con una corona de capricho, merece atención la estampa que ha publicado en París, al frente de la historia de don Pedro, Mr. Mérimée, pues en ella está la cabeza bastante caracterizada.

En todo tiempo se ha considerado el rostro de esta célebre estatua como el retrato mas exacto de don Pedro el Cruel, habiendo sido preferido en el pasado siglo por el señor Llaguno, cuyo voto es de mucha importancia en la materia, á dos copias remitidas de Sevilla, sacada la una de la serie de retratos colocada en un friso del Alcázar que don Pedro terminó, y la otra del conocido busto de la calle del Candilejo, el cual fué labrado en el siglo XVII, reproduciendo fielmente la cabeza que había en el mismo sitio y era del tiempo del rey don Pedro, según refiere Zúñiga en sus *Anales eclesiásticos y seculares*.

(1) Durante la dominación francesa, el gobierno intruso regaló esta sillería á una iglesia catedral; pero no se llevó á cabo la proyectada traslación porque es imposible destruirla sin destruir á causa de sus muchos embutidos.

(1) Todos los años se expone al público en la iglesia el día 4 de agosto.

En 1844 sacó un exacto dibujo del citado busto de la calle del Candilejo, el muy apreciable señor don Gaspar Sensi, quien ha tenido la bondad de ponerlo á nuestra disposición; y cotejándolo con la estatua de que hablamos y con un vaciado del rostro de Enrique II, se halla muchísima relación entre las facciones de ambos simulacros del monarca y el de su hermano y competidor. El bulto de don Enrique, ejecutado por orden de su hijo Juan I, existe en la capilla de reyes nuevos en Toledo, y de él se sacó el vaciado de que nos hemos servido, merced á la fina atención de su dueño el Sr. D. José Mendez, autor del interesante y con el tiempo famoso cuadro de la batalla de Nájera. Terminamos estas observaciones sobre la estatua del rey don Pedro, espresando que el traje es propio del siglo XIV, y presenta al rey vestido de completa gala.

(Concluirá.)

JOSE MARIA DE EGUREN.

DESAFIO CÉLEBRE.

La bárbara costumbre de querer probar con la lógica de una espada la razón que asiste á dos contendientes, es indudablemente heredada de los tiempos supersticiosos y bárbaros, siendo por lo tanto inconcebible como subsiste y aun se fomenta entre los hombres de nuestros días. La época en que mas en boga estuvieron los desafíos en España y aun en Europa, fué en el siglo XVI, pues algunas veces eran tolerados por la ley y patrocinados por la justicia. Hojeando algunos manuscritos de aquel tiempo, hemos hallado una relación curiosísima de un desafío que fué celebrado en toda España por sus raros incidentes y extraño desenlace. Escrita por un testigo ocular, no queremos alterar una sola palabra del original, que ofrecemos hoy en nuestras columnas, seguros de que inspirará á todos el mismo interés que supo despertar en nosotros. Dice así:

«En la ciudad de Zamora acostumbran los caballeros hijos-dalgo della á juntarse en su ayuntamiento, que hacen en la Iglesia de Santa María la Nueva; y el general ayuntamiento se hace día de los reyes, y estando así juntos este día algunos caballeros de la dicha ciudad, entre otros estaban dos, entrambos vecinos y naturales della: el uno llamado Francisco de Monsalve, y el otro Diego de Mazariegos, entre los cuales habia parentesco. Francisco de Monsalve era viejo, de mas de 75 años, y por esto y por las enfermedades que suelen traer tantos años, habiéndole desamparado las fuerzas corporales, andaba arrimado á una caña. Diego de Mazariegos era mozo gallardo y en muy floreciente edad, y uno de los mas bien dispuestos caballeros y mas bien recibidos hombres que ha engendrado España, y muy estimado y respetado por el valor de su persona, hombre muy principal, hijo segundo de la casa, y mayorazgo de los Guadalajaras, caballeros muy conocidos en aquella ciudad, así por su mucha y antigua nobleza, como por vivir á la sazón tres hermanos de mucho valor y fortaleza, y que en muchos trances la dieron bien á conocer, saliendo siempre con mucha honra y ventaja de muchos encuentros que tuvieron con la gente mas principal y de gran valor de aquella tierra.»

»Pues tratándose en este dicho ayuntamiento cierto negocio, cuya determinación estaba en opiniones, y fundando cada cual la suya, quien mas la portaba era Diego de Mazariegos, y pareciéndole á Francisco de Monsalve que era bien oír los pareceres de otros mas antiguos en edad que él lo era, dijo hablando con Diego de Mazariegos: Señor sobrino, dejad hablar en ese negocio á los caballeros hijos-dalgo mas antiguos, que despues hablareis vos. Respondió á esto Diego de Mazariegos: Yo soy mas antiguo caballero hijo-dalgo que vos. Entonces dijo Francisco de Monsalve: reportaos, caballero, que yo no trato de la antigüedad de nobleza, que bien notoria es la mia, sino de la edad, que estan aqui muchos caballeros de mas edad que vos, y sería bien que todos oyésemos sus pareceres. A esto dijo Diego de Mazariegos: yo soy caballero, y mas antiguo hijo-dalgo que vos; y no hay aqui quien lo sea mas que yo. Francisco de Monsalve respondió á esto: Vos mentis como mal caballero. Así luego Diego de Mazariegos de la caña que llevaba en la mano Monsalve, y quitándosela le dió con ella dos ó tres golpes. Acertó esto á ser en tiempo y sazón que Monsalve se halló sin deudos ni amigos que volbiesen por su honra, y Mazariegos con tantos valedores y parientes, que pudo á su salvo salirse del ayuntamiento y irse á su casa sin contratiempo alguno. Monsalve se fué tambien á la suya tan afligido y congojado de tan gran desventura, que del dolor de verse afrentado, se alteró de manera que, estando bueno y sin ningun accidente, le sobrevino una tan gran calentura, que della y de su gran congoja y ansia entendió luego que su mal era mortal, y estando tan anciano y cercano á la muerte, acordó de escribir una carta á su hijo mayor llamado Diego,

que despues fué caballero de la orden de Calatrava, y Maestre de Campo y Gobernador, hombre que ganó y defendió muchos castillos en servicio de la corona de España, y uno de los doce caballeros que habia escogido el caballero D. Carlos para hacer batalla con otros doce, en cuya batalla se entendió se pusieron las pretensiones de los reyes sobre la paz de Italia; y aunque el dicho Diego de Monsalve tuvo los titulos referidos, fué siempre llamado por excelencia el capitán Monsalve, cuyas famosas hazañas y servicios se verán en la historia del emperador Carlos V.

Estaba Diego de Monsalve á la sazón que sucedió lo arriba referido, en Grecia en la ciudad de Coron, que la acababan de ganar, siendo soldado aventajado del Maestre de Campo Rodrigo de Machicao, hombre insigne y de gran valor. Tenia por sus camaradas á Alvaro de Sosa, hermano de D. Pedro de Vivero, natural de Toro, y á Bernardo Sotelo, caballero del hábito de S. Juan, natural de Zamora, y á Alonso de Cisneros, de Benavente, hombres muy principales y de mucha virtud y valor en sus personas, delante de los cuales dieron la carta de su padre á Diego de Monsalve, que decia así. «Muy magnifico señor; anteayer, día de los reyes, hubimos ciertas palabras el señor Diego de Mazariegos y yo, y á las que me dijo por ser demasiadas y falsas, me obligó á desmentirle: toméme un pedazo de una caña que yo traia en la mano, y dióme con ella de palos, que como me han desamparado las fuerzas corporales para resistir y satisfacer á tan gran insulto y deshonra, y me ha quedado solo la memoria de mi obligacion, me ha causado tal dolor que me quita muy apriesa la vida, y he querido dar cuenta de este miserable suceso á vuestra merced para solo suplicarle que de aqui adelante no se llame ni tenga por hijo mio, sino de Francisco de Monsalve mi señor y mi padre, que acabó su vida tan honradamente como vivió, y no de quien ha sido tan desventurado que la naturaleza le ha quitado las fuerzas, y la fortuna, la honra, todo á un mismo tiempo, y olvidado de mis injurias por solo Dios: por el mismo suplico á vuestra merced que en este negocio no se hable ni trate mas que si no hubiera sucedido, que yo perdono al señor Diego de Mazariegos, porque Dios perdone mis muchos y grandes pecados. Fecha en Zamora á 7 de enero.»

»Con esta carta escribieron otras á Diego de Monsalve algunos deudos y amigos suyos, haciéndole saber como su padre habia fallecido tres dias despues del suceso, con gran dolor de sus pecados, habiendo recibido los sacramentos y perdonado sus injurias. Tuvieron sus deudos gran dolor de su muerte, y ansimismo toda la ciudad por haber sido uno de los mas valerosos y honrados caballeros della, y que mas lo habia procurado sustentar toda su vida.

»Cuando Diego de Monsalve recibió esta carta y la leyó, cayósele de la mano y juntamente cayó él de un gran desmayo sobre una cama que estaba en aquel aposento donde á la sazón estaba con sus camaradas; los cuales como vieron aquel espectáculo tan sin pensar, alzaron la carta del suelo y vieron el miserable suceso que contenia y leyeron las que venian por ellos, en que les daban larga cuenta del caso y la ocasion de donde nació; y habiendo platicado gran rato los tres sobre lo que se debía hacer, acudieron á consolar y animar al amigo que todavía estaba desmayado y habláronle desta manera: «Señor Diego de Monsalve, cualquier sentimiento que hayais mostrado á tan gran dolor es muy disculpable y justo, mas ya es tiempo de mostrar vuestro gran corazon y valeroso ánimo y de levantar el pensamiento á la venganza de tan gran sin razon, y esperamos en vuestro valor que esta será tan aventajada cual pide tamaño esceso para que en todo el mundo sea conocido vuestro nombre. Bien sabeis que en este saco de Coron hemos ganado ocho mil ducados: creed que nos los ha dado Dios con mucha causa y misterio, y habiendo vivido pobres y con muchos trabajos toda la vida, y que debe de permitir que con ellos y el mucho valor de vuestra persona se restaure la honra de vuestro honrado y viejo padre. La parte que á nosotros toca de esos ducados todos los entregamos y donamos para que dellos y de nuestras personas dispongais á toda vuestra voluntad y os prometemos y hacemos pleito homenaje como caballeros hijos-dalgo, de os seguir y acompañar hasta que á mucha satisfaccion vuestra recuperéis la honra de vuestro padre y juntamente hacemos juramento de que si dentro de dos años no la satisfacedes á toda vuestra honra y poder, que os hemos nosotros de quitar la vida. Dicho esto, los unos en las manos de los otros juraron con mucha solemnidad. Quedó muy agradecido Diego de Monsalve del ofrecimiento de sus camaradas, y queriendo dar luego principio á su intento se retiró á su cámara sin quererse dejar ver de ninguno de sus amigos ni de todos los españoles que habia en el campo, que todos llegaban á ofrecerle sus personas y haciendas. Monsalve desde su retiro envió á sus tres camaradas á dar cuenta del caso al maestre de campo Machicao, y á pedir licencia para venir á España, la que él dió diciendo que le pesaba mucho no poderles acompañar en tan justa demanda por estar aquel ejército á su cargo, y habiendo visitado á Monsalve le hizo grandes ofrecimientos y le embarcó con sus tres camaradas, y habiendo llegado á España

escribió Monsalve una carta á Mazariegos y se la envió con Juan de Monsalve su hermano, y la carta decía de este modo:

«Muy magnífico señor.—En Coron de Grecia me dieron aviso y supe la diferencia que vuestra merced tuvo con Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre, y porque como vuestra merced vió él estaba tan impedido y acabado que apenas podía sustentar su cansado y flaco cuerpo, sinó es arrimado á una caña, que vuestra merced tomó por instrumento de tan miserable suceso, he venido yo desde la Grecia á que vuestra merced entienda, que siendo quien es no podía dejar de mostrar que era indigno de imaginar tan temerario atrevimiento como vuestra merced usó con él, y no pudiéndose averiguar este negocio sino es entre la persona de vuestra merced y la mía, le suplico me haga la merced que nos veamos en una isla que hace el Duero entre Portugal y Castilla, con una espada y una daga, señalando vuestra merced el día en que piense hacerme esta honra; y si vuestra merced quisiere traer consigo unos dos ó tres caballeros, podrá escogerlos, pues hasta este número vienen conmigo y pasarán á la isla tantos como vuestra merced señale, pues me acompañan los señores Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, que bien conoce vuestra merced y sabe quien son; y si otro sitio ó armas le parecieren á vuestra merced mas á propósito, lo podrá escoger como fuere servido; y la respuesta podrá vuestra merced dar al señor Cisneros de Sotelo, vecino de esa ciudad, que yo cumpliré lo que por él vuestra merced me mandare.»

Estaba Diego de Mazariegos muy descuidado cuando recibió esta carta, de que Diego de Monsalve estuviera en España, ni aun viviese en el mundo, y así recibió notable alteración con ella y fué tan grande que le echó de ver Alonso Gonzalez de Guadalupe, su hermano mayor, y otros caballeros que estaban presentes cuando se la dieron; y aunque los dos hermanos se preparaban como caballeros á dar la respuesta, queriendo acudir á su deber los que allí se hallaban, dieron noticia del caso al corregidor para que lo remediasse sin consentir que viniese en rompimiento este negocio como se pensaba vendría; y por este aviso comenzó á tener diferente expediente del que al principio se esperaba, y para apaciguallo se comenzó con gran cuidado y diligencias de la justicia á averiguar el paradero de Monsalve y sus camaradas, saliendo con mano armada por los lugares comarcas donde se entendía estaba esperando la respuesta de Mazariegos; y aunque no fuera muy fácil cosa prenderle, era tanto el cuidado que se ponía en ello que un día ú otro no podía ser menos sino que le cogiesen descuidado ó durmiendo, pero salvaba bien el cuerpo, valiéndole el ser emparentado con la mas principal gente de Zamora, que por horas le daban aviso con grande recato y secreto de todo lo que pasaba, y con estos avisos guardaban los camaradas sus personas y las ponían en cobro andando siempre cerca de la ciudad sin estar quedos en un lugar; y visto por Monsalve que á cabo de muchos días no había respondido á su demanda Diego de Mazariegos, como se lo pedía y debía á quien era, sino que antes andaba haciendo diligencias por prenderle, acordó de poner en los lugares públicos de Zamora los carteles siguientes.

(Concluirá.)

UNA NOCHE DE MASCARAS EN VILLA-HERMOSA.

Todo el mundo es máscaras; todo el año es carnaval.
FISANO.

Yo he traído al mundo, entre otros mil alifafes, una afición tan bien puesta, un gusto tan marcado y un entusiasmo tan decidido por esto que se llama máscara y broma, que hay quien dice que he nacido provisto de careta, á semejanza de aquel dios famoso que salió á luz armado de punta en blanco. Lo cierto es que desde el miécoles de ceniza hasta el domingo de sexagésima me acompaña una melancolía tan profunda y un desasosiego tal, que diera algo de bueno por pasar durmiendo ese prosaico y monótono intermedio. Hechas estas explicaciones, no es difícil conocer el júbilo y el alborozo que retozarán en todo mi cuerpo hoy que los suntuosos salones de Villahermosa abren sus puertas de par en par á la sociedad carnavalesca y mascarera de esta muy heroica villa.

Son las diez de la noche y estoy disfrazado ya con un traje de bobo, papel que me gusta siempre representar, y que mas de cuatro representan contra su gusto. ¡Qué lentas pasan las horas!... ¡las once! Abriré un libro para distraer mi inquieta imaginación; pero mi cabeza vacila sobre la mesa y en blando y oscilatorio movimiento viene á caer sobre las hojas. No temo que el sueño embargue mucho tiempo mis sentidos, porque pasados algunos minutos me dirijo al salón, norte de mis ilusiones, centro de gravedad de todas mis esperanzas. ¡Ya soy feliz! el carruaje que me conduce rueda muellemente; al resplandor del gas veo los edificios y las calles desaparecer

con celeridad increíble: el viento trae á mis oídos la fluctuante vibración de un lejano concierto: ya piso el dintel y gratas ansias oprimen mi corazón: apresuro el paso y.... ¡fatal peripecia! el ridículo y extravagante espectáculo de cien arlequines es el primer cuadro que hiere mi afanosa vista. Esta es una comparsa, digo para mí: sigamos adelante. Otros cien y otros cien arlequines me salen al paso, ¿qué es esto? ¿*Ubinam gentium sumus*? Adelante, volví á esclamar tenazmente, como el químico á quien no detiene la inutilidad de los primeros ensayos, cuando busca un elemento nuevo. Vanos esfuerzos! estoy rodeado por una turba de payasos: unos empiezan á soltar carcajadas homéricas, otros á llorar, otros á cantar y todos á ponerse de palabras y obras como nuevos. ¡Victoria! gritan estos: ¡guerra! aquellos: ¡paz! los de aquí: ¡anarquía! los de allá; y sin suspender su infernal clamoreo se mezclan y barajan y enredan y confunden. Estos son los obreros de la torre de Babel, grité escandalizado: fuera, fuera de esta casa de locos.

—¡Detente! dice una voz penetrante que suena en el centro de mi cerebro, y una máscara sin máscara, cubierta de un denso é impenetrable velo asíó mi brazo con mano vigorosa, y se crisparon mis nervios como si tocara el conductor de una máquina eléctrica.

—Déjame salir, le dije procurando desasirme; estos locos me ahogan con su algazara.

—¡Locos! ¿y tú qué eres mas que uno de tantos? y los que te rodean, ¿no son los que componen la gran familia española?

Estas palabras pronunciadas con una entonación severa, me hicieron cerrar los ojos por no ver el espectáculo que ante mí tenía.

No te avergüences, continuó, porque toda la Europa es una gran comparsa semejante á esta. Mira por allí la Francia haciendo el bobo, Portugal el oso, Asia figurando un rebaño, Africa tendida perezosamente y America diciendo «hacer que hagamos.» Todos sois arlequines, las naciones y los hombres. La ciencia diplomática es tan falaz como el semblante del médico ante el enfermo, para hacerle creer una ciencia que no tiene; como el del abogado ante el cliente para inspirarle una confianza engañosa; como el de la muger ante su amante para mentirle una pasión que nunca sintió; como el del militar en el campo de batalla para aparentar un valor que le ha abandonado. ¡Y este mundo te espanta ahora! Eso es que una embriaguez crónica os impide conocer lo que os rodea. La miseria emborracha al pobre y le hace ver en el rico, orgullo, insensatez, soberbia: el oro embriaga al poderoso y le hace distinguir en el pobre, baja, servilismo é ingratitud.

—Vámonos de aquí, le interrumpí: esta anarquía me sofoca y tus palabras me lastiman.

—Si, vamos, contestó con acento amargo y sarcástico. Si quieres independencia la hallarás en Polonia, si quieres pan en Irlanda, si orden en la América del sur, si paz en las manadas del Czar.

—Entonces, murmuré, solo la razón....

—La razón, replicó indignado: esa es la gran máscara de los siglos, de las generaciones, de los hombres. Abre los códigos del mundo, lee las historias de los pueblos y no verás absurdo que no haya sido sancionado, iniquidad que no haya sido erigida en dogma. La libre Grecia cazaba los esclavos, la ilustrada Roma prostituía las mujeres y tus antecesores multaban al señor y azotaban al siervo.

—¡Terrible verdad! exclamé melancólicamente, pero siempre hubo apóstoles de la inteligencia, que al través de la ignorancia de los siglos, proclamaron doctrinas luminosas para el bienestar de la humanidad.

También á mí quieres bromearme, respondió. Mira hacia aquel lado ¿ves? ese es el carro de la muerte de *Angelo el malo*, y los ridículos farsantes que dentro de él van son los apóstoles de la inteligencia. Son los cómicos de la legua de las naciones. Ellos se ensalzan á sí mismos y se deprimen: unos se visten á cuenta de otros, y todos de prestado. Observa ese anciano con traje de mogiganga que toma la palabra acaloradamente y todos le gritan «¡absurdo! ¡absurdo!» Repara ese otro de ropa talar que quiere responder y le interrumpen «¡plagio! ¡plagio!» y á nadie le falta autoridad con que acotar sus razones. Los primeros citan á Cicerón: *Nihil tan absurdum excogitari potest, quod non sit dictum ab aliquo filosoforum*; los segundos traen á Lamartine: *Tout ce qu'on fait á été fait; tout ce qu'on dit á été dit*. ¿Y aun quieres mas algarabía? ¿aun deseas mas farsa?

—Para tí, exclamé irritado, la armonía de la ciencia.... Y el estruendo repentino de una música discordante, de una orquesta de aprendices de violin me obligó á llevar las manos á los oídos.

—Esa es, repuso soltando una estrepitosa carcajada, la armonía! Eclecticismo y misticismo, escepticismo y credulidad, materialistas y espiritistas, homeópatas y alópatas. Bonald y Fourier, Guizot y Proudhon.

—Y ¿dónde dejas los genios, sobre cuyas cenizas graba cada generación el homenaje de su respeto?

—No los veo, prosiguió moviendo la cabeza á un lado y á otro.

¿Quién no se burla hoy de la filosofía de Aristóteles y Platon? ¿Quién no se rie de Prusiliano y Raimundo Lulio? ¿Quién no azotará mañana la memoria de Pierre Leroux y Luis Blanc, modernos alquimistas que tratan de hacer con la sociedad lo que hacían aquellos con el azufre y con el plomo?

— Pero los que pertenecen al elevado magisterio de las ciencias y de la literatura, Cervantes... Homero...

— Calla imprudente. Este anduvo de puerta en puerta, mendigando un obolo, no para el poeta, sino para el ciego, y vosotros ya os atreveis á disputarle la propiedad de su gran libro. A Cervantes solo le conocía en España el carcelero de Valladolid, como el último dependiente de los proveedores de la armada de Sevilla, mientras que los moros, á quienes hacíais guerra como á sectarios del error y de la ignorancia, rendían parias á su consideración é importancia. Cuando vivía os pidió pan y lo dejasteis morir de hambre; y ahora que se rie de vuestras locuras alzais estatuas á su memoria. Oh! sin duda alguna! Estais amasados con el sucio barro de las injusticias y de las inconsecuencias.

— Déjame, hombre pesadilla, que vine á divertirme y no á escuchar el proceso de nuestras flaquezas. ¿No tienes una pluma y una imprenta para publicar á la faz del mundo lo que me dices?

— Y si lo hago ¿quién me leerá? y si me leen ¿quién no se reirá? ¿no se sabe hasta por los niños de la escuela que uno es el hombre que escribe y otro el que obra? ¿que puede tenerse un pensamiento de oro y un corazón de lodo? ¿que cuando uno está redactando un articulo de moral, tal vez discurre como alzarse con la fortuna de su vecino? Y si yo anatematizo la impudencia de la sociedad actual ¿no me citarán á Salustio, que reprendía las costumbres estragadas de Roma, cuando el pueblo le acusaba de concusionario espoliador en su gobierno de la Numidia? ¿No me recordarán á Bacon, al célebre filósofo y jurisconsulto, que nos ha dejado unidos á su nombre los robos que hizo en las arcas nacionales? Y aun cuando así no sea, si anuncio una idea nueva, si formulo alguna teoría luminosa, si proclamo algun principio que choque con las doctrinas generalmente admitidas, con las creencias sancionadas por el uso, con eso que llamais razon, el que mas me aprecie me leerá con desden, y los demas, sin dignarse oírme, empezarán por llamarme loco. ¿Que esperas tú de una sociedad que hizo arrancar á uno de los hombres mas eminentes de este siglo, la siguiente exclamación. *Toutes les grandes pensées sont reçues en étrangères dans ce monde?*

Horrible era el efecto que en mi producian estas palabras acompañadas de una entonación severa. Yo no podía resistir por mas tiempo este angustioso tormento.

— ¿Quién eres tú, máscara fatal, que chupas la sangre que da vida á mis ilusiones, que secas el pensil de mis esperanzas como la lava que el volcan arroja?

— Aun no me conoces miserable! Bien que á todos os sucede lo mismo. No es estraña tal torpeza en unos hombres que pintan al amor ciego, cuando debían pintarle con los ojos de Argos, que colocan en la mano de la justicia una balanza, en vez de una bolsa de plata, que enseñan la sabiduría con un libro abierto, cuando debían ponerse cerrado y durmiendo sobre él; y que no le dan á la caridad por atributos el interés, la codicia, el egoismo!....

— Es la verdad!!!

— Al fin me has conocido!

— ¡Como!

— Si! ya se que me conociste por casualidad; como me conocéis todos vosotros cuando llegais á conocerme.... por supuesto, al través de la careta, por entre los pliegues del disfraz: como quien dice, á medias; como quien conoce que no se verá nunca sin mascarilla.

— ¡La verdad!

— Si! la verdad soy yo, que vosotros pintais en caricatura llena de gloria y magestad. ¿Te parezco mas fea que el retrato?

— Es que....

— No: no lo estraño; por eso me volveis las espaldas; por eso nadie me ha pedido aun para esposa. Quien sabe si estaré sentenciada á morir virgen!....

— ¡Santo Dios!

— Por qué no, si todos me despreciais, me pisais, me cubris de fango. Todos huyen de mí, como si temieran que el contagio de la verdad, aniquilara al mundo presente. Por eso, por mas que digan, todos pasan á mi lado sin conocerme. Por eso bromeo impunemente á los tontos y á los discretos, á las mugeres y á los hombres, á los niños y á los viejos; por eso soy la angustiosa pesadilla de las generaciones presentes pasadas y....

— Pues ahora no te escaparás, porque te tengo entre mis brazos.

Y fué tal la fuerza con que los he estendido para cojer por la cintura á la máscara—verdad, y fué tan grande la conmoción que se apoderó de mí en el instante de pronunciar casi maquinalmente aquellas palabras, que senti abrirse mis ojos, levanté mi cabeza y conocí que acababa de despertar, habiéndome servido de almohada el voluminoso libro de las MISERIAS HUMANAS.

Con trabajo pude reponerme de las angustias que un sueño tan incómodo me hiciera padecer. Senti dar las dos; y aun era tan viva la impresión del baile que mi fantasía forjara, que todos mis deseos se desvanecieron, como por encanto, y apenas me encontré con ánimo para articular esta blasfemia social y este desengaño desesperante: *Todo el mundo es máscaras; todo el año es carnaval.*

A. ROMERO ORTIZ.



La suerte del veterano.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

II.

Prosiguió Alfonso su relación diciendo: — Apenas me hallé instalado en la tertulia, entraron el paje y un lacayo con sendas pilas de platos, que repartieron entre los presentes: vinieron en seguida las tazillas de *cabello de ángel* y de membrillo; en pos de ellas el agua y los esponjados; y en fin, los pocillos de espumante chocolate, labrado, por supuesto, á brazo y en casa del mismo señor Regente. Después este y otras personas machuchas se apoderaron del tresillo; dos graves magistrados del tablero de ajedrez; gran parte de las mamás, de los cartones de la lotería, y el grupo angélico, las señoritas, quiero decir, vigiladas por el ama de casa, se instalaron en el Bisbis, cuyas puestas no podían pasar de á ochavo. ¿Necesito decir á Vds. que me fui al Bisbis? Me parece inútil; pero dos ó tres veces que me atreví á fijar los ojos en una linda morena, que me pareció demasiado bien, reparé que todas las demas muchachas se miraban unas á otras, como burlándose de mí; y desconcertado, á fuer de novicio, me retiré á un sofá, donde había ya otra persona que entró en la sala después de concluido el refresco. Era la tal, un hombre de edad como de 50 años, y estatura mas bien alta que baja; sus formas, sin ser abultadas, anunciaban gran fuerza muscular; tenía, lo que se llama un aire elegante, maneras fáciles, rostro expresivo, bigotes castaños, ojos casi negros, traje de paisano, entonces á la moda, es decir, calzon de punto, bota de campana, corbata y chaleco blancos, frac ceniciento....

Don Diego. A lo Maiquez, ni mas ni menos.

Alfonso. Precisamente, señor don Diego. Parecióme bien el desconocido, y yo no debí de parecerle mal á él, pues apenas me hube sentado, cuando me dirigió la palabra, diciéndome: — ¿Parece que no le divierte á V. el Bisbis? — No mucho, — respondí. — Sin embargo, los jugadores merecen la pena de que se les mire. — ¡Como no tengo el honor de conocer aun á ninguna de esas señoritas!... — ¡Buena dificultad, por Dios, para un capitán-paje! Con esa figura y los dos hombros ya cubiertos, puede V. estar seguro de que las niñas le recibirán bien, y de que las mamás harán la vista gorda, gracias á la viudedad. — ¡Cómo! ¿Cree V. que tan ruines motivos?... — Si creo, viven los cielos, si creo. Trueque V. sus charreteras por unos cordones de cadete, y verá como, en primer lugar, tiene mas dificultades para penetrar hasta las doncellas, que para tomar una batería; y en segundo, como las dueñas vigilantes me le ponen de patitas en la calle apenas trasluzcan sus intenciones. — Triste cosa debe ser entonces la suerte de los subalternos. — No tal; ellos se ingenian, y nunca falta un roto para un descosido. — Bueno: es decir que las mamás atienden al interés, las muchachas al mérito.... — ¿Cuánto tiempo hace que salió V. de la casa de pajes? — Seis meses, caballero. — Ya se conoce. — No entiendo. — Quiero decir, que le falta á V. lo que le valiera mas no tener nunca: — ¿Y es? — La experiencia, esa implacable enemiga de las ilusiones, esa despiadada madre del desengaño. Goce V., goce ahora que es un niño....

Esa palabra fué para mí como el relámpago que en medio de las tinieblas orienta al extraviado viajero. Al decirme *niño*, comprendí que quien me hablaba con tal causticidad, no podía menos de ser el capitán Sotopardo; y haciéndome el irritado orgullo olvidar todas las leyes de la prudencia, exclamé: « ¡V. es sin duda don Carlos el malo! » Miróme de alto á bajo con indecible expresión de ira el hombre á quien insultaba, y en la agitación de sus labios, en la contracción de todos los músculos de su fisonomía, conocí que la cólera no le dejaba hablar. Pero aquello fué obra de un solo instante, y en seguida una sonrisa irónica, un aspecto mas de compasión que de desprecio, reemplazaron á la pasada furia. — Si, — me dijo por fin, — si; soy ese don Carlos.... Ya me han dicho que la mujer de Mendoza ha presentado á V. aquí, y por consiguiente nada extraño: mas tenga V. entendido que entre colegiales pueden pasar los apodos, señor mío; entre hombres.... Pero no: no quiero creer que V. haya tenido la intención de ofenderme. » Diciendo así, y sin darme tiempo para responderle, levantóse de su asiento, me saludó, grave mas que cortés, y fuése tranquilamente á ver jugar al ajedrez.

El sentimiento de la grosería que acababa de cometer, pudo mas que el amor propio ofendido, y aunque resuelto á no dejar pasar así

lo que mi vanidad llamaba insulto, no hallé fuerzas para replicar á mi enemigo. Pasé lo que de la noche quedaba hasta las once de ella harto aburrido, y vi llegar con placer aquel momento que invariablemente terminaba la tertulia, pero que no terminó por aquella noche mis disgustos. En efecto, al salir á la calle ofrecí el brazo á la bella Matilde, y no solo tuve la mortificación de que lo rechazara con notable desabrimiento, sino además la de que, volviéndose hácia Sotopardo, que precisamente salía entonces del portal, me dijese en alta voz: No se moleste V. en acompañarme, ya va mi marido que es lo que basta: el señor (señalando á don Carlos), con quien ya parece que ha trabado V. amistad, podrá enseñarle el camino de su casa. — Complacer á V., señora, — contestó socarronamente Sotopardo, — es siempre una satisfacción para mí. Si este caballero gusta, yo puedo servirle de guía, porque sé muy bien el terreno que piso. — Mil gracias: buenas noches, señores: vamos Mendoza, — replicó la bella Matilde. Y véanme Vds. á las once de la noche en un pueblo á donde apenas hacia treinta horas que me hallaba, sin mas compañía que la de un hombre, con quien ya había tenido un altercado y pensaba batirme. No tuve, sin embargo, tiempo para hacer largas reflexiones; pues don Carlos, llegándoseme, como si nada hubiera mediado entre nosotros, me preguntó: — ¿Dónde vive V. compañero? — En la fonda del Aguila verde, — contesté como si respondiera á un interrogatorio judicial. Conoció sin duda Sotopardo que mi ánimo era el de no trabar conversacion, pues sin decir mas palabra echó á andar, y yo tras él, hasta que al cabo de unos diez minutos llegamos á mi posada.

— Esta es la fonda, — me dijo entonces; y llamando á la puerta entró el primero así que nos la abrieron. Al llegar al número 7, del piso principal, añadió: — Y este mi cuarto, Buenas noches.

— Ya me tienen Vds. durmiendo bajo el mismo techo que aquel hombre, y resuelto á pedirle satisfacción porque me había llamado niño, cosa que sin embargo era verdad evidente y no para tenida por insulto. Consuéleme de mi estravagancia que participen de ella cuantos hombres se hallan en la misma posición que yo entonces, y es preciso no olvidarse de que el duelo debía ser entonces para mí un medio de probar que no era indigno de mis charreteras. Nada me diga V., señor don Antonio; en teoría opino como V., y en la práctica obraré siempre como militar, y pensé entonces como soldado bisoño, mas ganoso de acreditar su valor, que atento á adquirir fama de prudente. Sin embargo, cuando á la mañana siguiente pude desembarazarme del sargento primero de mi compañía, pregunté si don Carlos se hallaba en su cuarto, y respondieronme que había montado á caballo muy temprano. En el cuartel supe que había salido destacado á uno de los pueblos de la provincia, para auxiliar á su corregidor no sé en qué difícil operación. Quedó, pues, defraudada mi esperanza por entonces. Dos veces me presenté inútilmente en casa de Mendoza: la señora había salido y su esposo, á quien tuve ocasión de ver en actos del servicio, me trató con mas cortesía que cordialidad. Infruí, no sin razón, que mi diálogo con Sotopardo era causa de aquella frialdad, y aprovechando en la tertulia un instante en que pude acercarme á la bella Matilde, se lo dije con todas sus letras. Un poco pareció sorprenderla mi inocente franqueza; pero recobrándose bien pronto, me respondió: — En efecto, ya dije á V. que jamás un amigo de don Carlos podría serlo mío. — Pero señora, — repliqué, — entre ese caballero y yo no hay la menor amistad. — Sin embargo, al verse por primera vez pasaron Vds. una parte de la noche en una íntima conversacion, — repuso Matilde. Yo entonces, refiriendo así nuestro diálogo, como su término, rebatié energicamente el cargo que se me hacia. Debí de hacerlo bien, pues no solo recobré en el acto la antigua benevolencia de la mujer de Mendoza, sino que antes de salir de la tertulia vino este á suplicarme que al día siguiente los acompañase á comer la sopa. Acepté la oferta, y desde entonces nuestra intimidad fué cada vez mayor. Matilde era una mujer que se aproximaba á los 50, bella, como he dicho, graciosa en extremo, y hábil por demás. Ahora creo que su corazón era insensible; entonces, imaginando que contenía inagotable manantial de ternura, concebí por ella una pasión violenta, de esas que defiecan al objeto amado, de esas que consagran la vida á solo amar, que se alimentan de suspiros, que todo lo desean y nada piden, que miran como crímenes hasta las esperanzas, que no hablan y se revelan sin embargo á todos. Sí, señores; me enamoré de aquella mujer, y jamás de mis labios oyó por entonces una sola palabra que descubriese mi pasión; pero en cambio, mis ojos fijos siempre en ella, mis manos continuamente prontas á servirla, sus pensamientos adivinados, sus caprichos previstos, la mas leve de sus sonrisas agradecida como un favor soberano, el mas injusto de sus desdenes aceptado como merecido castigo, mi sumisión ciega á su voluntad, en fin, la revelaron bien pronto el omnímodo poder que sobre mí ejercía. Véanme Vds. mortificar al sastre para que me hiciese instantáneamente un frac verde botella, porque oi una noche á Matilde que aquel color la agradaba; perseguir

al zapatero para que convirtiese en lancetas los razonables cimientos que debo á la naturaleza, porque la señora de mis pensamientos alabó no sé cuando unos piés angostos; y emperifollarme con tanto esmero como novia de aldea, ¿para qué? para ir en los saraos á colocarme en el mas oscuro rincon, desde alli contemplar á mi sabor al idolo de mi corazon, y bramar furioso cada una de las infinitas veces que galanes menos enamorados y mas atrevidos, por lo mismo, que yo, cautivaban la atencion de Matilde, y obtenian ya una palabra, ya una sonrisa, ya una mirada; mientras que el pobre novicio no osaba levantar los ojos á otras mujeres por no ofender ni mentalmente á su diosa.

¡Oh! ¡y cuántas veces en mi furor celoso acaricié convulsivamente el puño de la espada, y tuve tentaciones de atravesar con ella el pecho de mis inocentes verdugos! ¡Cuántas veces juré apartarme para siempre de la mujer que, como tigre satisfecho, jugaba cruelmente con mi lacerado corazon! Pero una mirada afectuosa, una frase almibarada calmaban la ira, y, encendiendo mas que nunca la llama del amor, soldaban el eslabon de la cadena pronto á romperse. Dos cosas he visto ensalzadas en los poetas: la belleza de la aurora, y las delicias del primer amor. En cuanto á la primera, les deseo que la admiren todos los dias, durante seis meses seguidos al toque de Diana; por lo que respecta á la segunda, diré que dudo de que haya suplicio igual al que yo sufrí mientras duró mi pasion por Matilde.

Un concurso de circunstancias, que nada tenian de extraordinario al parecer, pero que en realidad hubieran debido llamar mi atencion, hizo que en mas de un año no se incorporase Sotopardo al regimiento. Los dos primeros meses de su ausencia los pasó en la comision del servicio de que ya he hablado; ocurrió entonces que hubo necesidad de reemplazar algunos caballos, y el coronel mandó á Sotopardo que pasara á Córdoba á comprarlos. Concluyóse la remonta y una real orden le llamó á Madrid para que alli se encargase de dirigir la construccion del nuevo vestuario y monturas para el regimiento. Es de advertir que jamás, hasta entonces, pasó Don Carlos por oficial de nota como remontista, ni menos por afecto á comisiones en que á lo militar se mezcla lo mercantil. ¿Cómo, pues, lovia sobre él tales encargos? A su tiempo lo veremos: entre tanto voy á presentar á Vds. á un nuevo personaje; al teniente coronel mayor de mi regimiento, hombre de cerca de cuarenta años, pero bien conservado, minucioso en el vestir, afectado en el language, pedante escribiendo, y siempre lleno de orgullo; pero amigo intimo y protector de Mendoza, á quien trajo consigo al cuerpo cuando de coman-

dante de otro regimiento fué ascendido al nuestro. Llamábase Don Pedro de Almazan, fué á la ciudad donde estábamos de guarnicion un mes antes que yo; y, gracias sin duda á mis buenas relaciones con Mendoza, me trató siempre con mas afabilidad que á otros dispensaba. No habitaba en casa de Matilde, pero comia diariamente con los esposos, y se le consideraba como á miembro de la familia. Con la dama le vi siempre nimiamente ceremonioso, con el marido protector y afable.

En resumen, Mendoza, bonachon y confiado; el teniente coronel vano y protector; Matilde hermosa y coqueta, y yo ridiculamente enamorado, pasábamos la vida juntos, sin mas intervalos que los que el servicio militar exigia, que á la verdad no eran pocos; pues además de las obligaciones de nuestros respectivos empleos, se nos encargaron, á Mendoza la música y almacén, y á mí la instruccion de quintos, tarea de las mas divertidas que imaginarse pueden. Bien es, que á la entrada de la primavera y para descanso, se me mandó salir á cuatro leguas de la ciudad, á dar forraje á los potros del regimiento durante un mes. Si alguno de Vds. tiene la idea de lo que la operacion del forraje es para el que la dirige, se figurará facilmente lo por mi pasaria cuando á la fastidiosa prolijidad de mi encargo se agregaban las penas de la ausencia.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

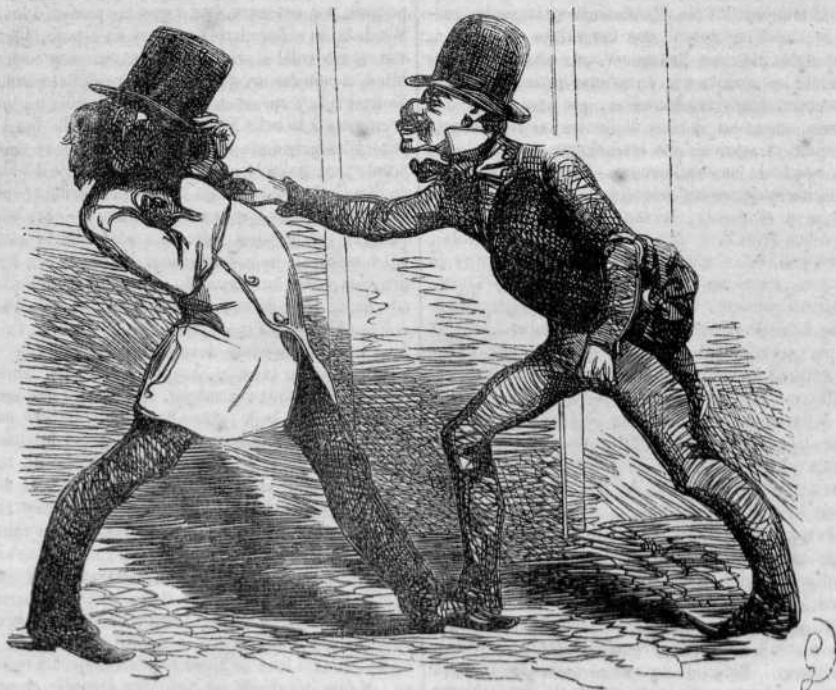
ERRATAS.

En el número anterior, pág. 34, columna 2, línea 15, dice: *las religiosas, faltando el voto de pobreza*, léase: *las religiosas, faltando al voto de pobreza*.

En la poesia del señor Breton de los Herreros, publicada en el número anterior, en la primera octava, verso sexto, dice: *espúrea*, léase *erupia*; en la última octava, verso cuarto se lee *lámina*, entiéndase *lámia*.

SOLUCION DEL GEROGÉFICO PUBLICADO EN EL NÚM. ANTERIOR.

El gallo y la margarita, se cuenta como una de las primeras entre las fábulas de Esopo.



Encuentro á la vuelta de una esquina, de un deudor con el autor de su gaban.



La Cascada de Giessbach, en Suiza.

De todas las cascadas que hay en Suiza, ninguna es comparable á la de Giessbach. La de Reichenbach tiene aguas mas abundantes; la de Staubbach mas elevacion; la del Rhin es mas imponente y magestuosa: pero ninguna se arroja con tanta gracia, ni forma un cuadro tan pintoresco, tan grato á la vista del viagero. Desde una pradera situada enfrente de la cascada principal, se vé al torrente precipitarse entre la yerba, porque todo el terreno está tapizado de musgo y césped. Los árboles y los arbustos se inclinan sobre las espumosas aguas, y entonces parece que el Giessbach cae del cielo al través de la enramada del bosque. Poco despues el torrente agitado llega al término de su rápido curso, y se pierde en la tersa superficie del lago de Brienz. En uno de sus varios accidentes, la cascada de Giessbach se lanza desde la cresta de una roca saliente, y deja un hueco entre ella y la parte perpendicular del peñasco. Admirable es entonces el paisaje visto al través de aquella gasa transparente, y el aspecto de aquella masa de agua que se precipita con un ruido estrepitoso por encima de la cabeza del viagero admirado. Algunos extranjeros opulentos que han pasado por allí, han hecho iluminar el Giessbach. Por la noche se ponian hachas de viento y se encendian retamas entre la roca y la cascada, lo cual produce un efecto fantástico. Esto, sin embargo, ha ocasionado que las piedras se hayan ennegrecido con el humo y hayan perdido así las hermosas tintas con que la naturaleza las habia decorado. En una noche serena, cuando la luna despidie sus rayos tibios y apacibles en medio de un cielo puro y diáfano, cuando el lago está tranquilo, y cuando todo está silencioso, escepto la voz atronadora de la cascada, no hay nada en el universo que pueda igualar á tan deleitoso espectáculo.

Pocos son los viageros que suben desde la cascada de Giessbach al Faulhorn, y sin embargo es una de las escursiones mas agradables que se pueden hacer en los Alpes. Durante mucho tiempo se sigue el curso del torrente, que se toma en el nacimiento y no se abandona hasta su última caída.

Entre el Faulhorn y el Wildgerst, á 2550 metros sobre el nivel del mar, un valle estrecho y sombrío conocido con el nombre de *valle de las pérdidas de nieve*, se extiende de Occidente á Oriente. Rodeada de montañas sombrías que se elevan verticalmente como muros gi-

gantescos, esta garganta profunda no recibe nunca un rayo de sol; nunca tampoco se derrite completamente la nieve de aquel valle, ni aun en los veranos mas calurosos. Dos lagos solitarios que se deshuelan solo durante algunas semanas en el rigor del verano, ocupan el fondo del valle. Negros, inmóviles, inanimados, cubiertos casi siempre de una corteza de hielo ó de una capa de nieve que sus aguas no consiguen derretir, se parecen á los lagos infernales descritos por el Dante. Uno de ellos se llama el Lago de las Brujas, y el otro el de Granizo. Estos lagos son el manantial del torrente de Giessbach. Uno de los ramales sale á flor de tierra del lago de las Brujas, el otro es un arroyo subterráneo que sale del lago del Granizo. El 28 de julio de 1841 no se habia deshelado este lago, y así permaneció todo el año. La temperatura del lago de las Brujas era de 0°, 7, C.; la del Giesbach, al salir del canal subterráneo del lago del Granizo, era de 0°, 8; la de la atmósfera, 3°, 4.

Los dos ramales del torrente de Giessbach, se reúnen muy pronto y forman la primera cascada cayendo sobre una de las peñas principales del Faulhorn, llamada en el pais el Tschinyeffed. Allí recibe el Giessbach varios afluentes y se mete en una hendidura profundísima que separa dos mesetas y no deja mas trecho que el indispensable para el paso del torrente. Al salir de esta hendidura con impetuoso curso, sus aguas se serenán de repente y cruzan un valle reducido, poblado de hayas, arces y pinabets, cubierto de fresco césped, y sembrado de cabañas que sirven para guardar bieno. Parece entonces que el torrente quiere descansar de su curso tumultuoso; tal es la lentitud con que va serpenteando por entre las praderas; pero este reposo dura poco, pues al llegar al extremo del valle, se precipita otra vez de cascada en cascada hasta el lago de Brienz, desde una altura de 500 metros próximamente. Muchas de estas cascadas se ocultan al caer entre el follage de los árboles, y es difícil seguir constantemente el curso del torrente. Algunos montañeses de aquella comarca lo han hecho, y han dado á cada una de las catorce cascadas principales del Giessbach, el nombre de alguno de los ciudadanos ilustres que han honrado la república de Berna. Son estas:

Bertoldo de Zaehringen, fundador de la ciudad de Berna.

Cuno de Bubenber, arquitecto de la misma.

17 DE FEBRERO DE 1850.

Valo de Gruyeres, que salvó la bandera en la batalla de Schlöss-
halden.

Los nueve hermanos, que sacrificaron su vida en las aras de la
patria.

Ulrico de Erlach, el héroe de la batalla de Donnerbnühl.

Wendtschatz, que salvó la bandera en Laubeckstalden.

Rodolfo de Erlach, vencedor de Laupen.

Hans Matter, uno de los héroes inmortales de la batalla de San
Jame.

Nicolás de Scharnachthal, héroe de Grauson.

El tesoro Franklin.

Hans de Halwyil.

Adriano de Bubenber, el héroe de Morat.

Franz Naegeli, que conquistó el país de Vaud.

El abogado Nicolás Federico Steiger.

De este modo ha consagrado la gratitud del pueblo de Berna á la
memoria de estos ciudadanos distinguidos, un monumento inmortal.
Mientras las aguas del Giesbach caigan desde la región de las nieves
eternas á esos valles habitados por un pueblo libre y feliz, se acor-
dará éste con reconocimiento de los hombres que han labrado su fe-
licidad é independencia. Harto pobre para elevar en honor de ellos
columnas de mármol y estatuas de bronce, les ha dedicado un re-
cuerdo que durará tanto como las leyes imperecederas de la natu-
raleza.

SANTO DOMINGO EL REAL.

(Conclusion.)

Memorias sepulcrales.

Han desaparecido completamente los interesantes sepulcros que
en otro tiempo adornaban y enriquecían la iglesia de este ilustre mo-
nasterio. Hemos hecho mención del panteón de los Castillas, cegado
en la actualidad; ignoramos la época en que fué destruido el sepul-
cro del caballero Pedro Hurtado, que vino á reposar cerca del mau-
soleo de Pedro I, cuyo guarda mayor había sido, y en vano hemos
buscado el menor rastro de los antiguos monumentos que la piedad
de algunas familias consagró á la memoria de sus ascendientes.

No sucede lo mismo en el interior del convento, donde se con-
servan memorias sepulcrales dignas de ser minuciosamente exami-
nadas.

Sepulcro del rey de Castilla Pedro I, llamado el Cruel.

Cuando en 1369 ocurrió el trágico fin del rey don Pedro en el
campamento de Montiel, fué su cuerpo depositado en dicha villa.
Refieren algunos autores, que después de haberle cortado la cabeza
y enviándola á Sevilla, le colocaron sobre las murallas de Montiel en-
tre unas tablas. Como quiera que sea, ya se deja suponer que el
vencedor mas cuidaría de acabar con las fuerzas que acudían á la
partidarios de don Pedro y conquistar las fortalezas que poseían, que
de enterrar con aparato el cadáver de un hombre generalmente abor-
recido.

Por la cláusula 19 del testamento de don Enrique, consta que
en el año de 1374 aun existía en Montiel. Disponiase en la misma
cláusula que cerca de la espresada villa se fundase un convento, en
cuya iglesia y delante del altar mayor había de ser enterrado el
cuerpo del rey don Pedro. No habiendo tenido efecto la indicada fun-
dación, fué trasladado aquel á la iglesia de Santiago de la Puebla de
Alcocer (1), *sin pompa*, espresa Mariana.

Ninguna otra noticia se conserva hasta que fué traído á Madrid,
constando solamente por auténticos manuscritos, que en virtud de
una real cédula, expedida por Juan II á petición de la priora do-
ña Constanza; el día 8 de Marzo de 1446 fué entregado al capellan
Juan de Silva, por el comendador Gonzalo de Ronda, en la referida
iglesia de Santiago como teniente del maestro de Calatrava, el cuer-
po del muy alto rey don Pedro, colocado en un rico atahud guarne-
cido de tela de seda bordada de oro y tachonado de menudos clavos
de plata.

El día 2 del siguiente Abril, espidió en Avila el rey don Juan otra
cédula, á fin de que la capilla real que residía en la Puebla, pasase
á Madrid, autorizando competentemente á la priora doña Constanza,
para que formase las nuevas constituciones que habían de regir á la
mencionada capilla, las cuales el monarca daba por aprobadas y con-
firmadas en todas sus partes. Componiase esta capilla de cuatro ca-
pellanes y un sacristán, é igualmente de un guarda mayor del sepul-
cro, cargo que siempre desempeñaba un sugeto de calificada nobleza,
y dos porteros ó guardas subalternos.

(1) No de san Antonio como dice Quintana.

Estraño es por cierto el aparato con que por estos irrecurables
datos aparece rodeada la tumba del rey don Pedro, y á la verdad no
comprendemos quién pudo trocar en singular é inusitada ostentación,
el primitivo descuido y abandono. Tal vez se destinarian á la funda-
ción de esta capilla los fondos que habían de invertirse en la erección
del proyectado convento de Montiel.

Llegó á Madrid el fúnebre cortejo, el día 24 de Marzo del ya ci-
tado año de 1446, no 44 como dice Quintana, y fueron colocados los
régios despojos bajo las bóvedas de esta santa casa, delante del altar
mayor, en un sepulcro labrado á espensas de doña Constanza, y de
cuyo mérito hace concebir la mas ventajosa idea la estatua que le
decoraba, y que afortunadamente subsiste aunque de la manera que
hemos referido. A principios del siglo XVII fué colocado este precioso
monumento junto á la pared; primer desatino. Por los años de 1721
estorbaba aun allí á los ignorantes discípulos de don Pedro Ribera,
gefe de la escuela llamada churriguera, y un arquitecto, que de
nobles artes entendía poco, al reedificar una parte de la capilla
mayor, estropeó el bello mausoleo, y así como estaba le llevó á la
clausura mutilado y perdido. Cuando el señor Llaguno publicó la cró-
nica del rey don Pedro, había desaparecido ya la corona de metal
que tenía la estatua en la cabeza, viéndose como al presente los agu-
jeros en que estaba asegurada.

Durante la guerra de la independencia los franceses, ó mas bien
los españoles al servicio del intruso José, terminaron la obra por el
indicado maestro comenzada, y destruyeron por completo el por
tantos títulos interesante sepulcro. Cuando la guerra terminó, existían
los huesos del rey don Pedro en una caja de madera de pequeñas di-
mensiones, con la tapa semicircular, donde los vieron algunas perso-
nas fidedignas con quienes hemos hablado sobre el asunto. Fué co-
locada esta caja, y la que encerraba los restos de don Juan de Castilla,
en un hueco de la sala del capitulo, pieza contigua al coro, donde
permanecen.

Esta es la historia del sepulcro del rey don Pedro; historia en ver-
dad que tiene bastante analogía con la del soberano cuyas cenizas
custodia en su actual reducido espacio.

Sepulcro de don Juan de Castilla, titulado Infante.

Trasladáronse igualmente á la capilla mayor de esta iglesia, los
restos del infortunado señor don Juan de Castilla, por la piedad de su
hija la inclita priora doña Constanza. Habiendo muerto en la fortaleza
de Soria, fué sepultado por mandato de Enrique III, no II como dice
Quintana, en la iglesia de san Pedro de aquella ciudad. El monumento
que erigió en el monasterio que nos ocupa, la esclarecida priora para
colocar los restos de su padre, era de extraordinaria magnificencia.
Ocupaba uno de los costados del presbiterio, y el bulto del finado te-
nia grillos recordando su triste fin. Siguió este sepulcro la misma
suerte que el de don Pedro y aun peor, pues ni la estatua se conserva,
y era del mismo tiempo y regularmente del mismo artista que la del
rey. No insertamos la inscripción que tenía este sepulcro, porque
ademas de no existir, se halla repetida en muchas obras. En 1814,
los huesos de don Juan, colocados en una caja igual á la que segun
hemos dicho contenía los de su padre, fueron depositados con aquellos
en un mismo nicho.

Sepulcro de la priora doña Constanza.

Cerca del testero del coro y á la izquierda del mismo, se vé en-
tregado en la pared un sepulcro de mármol blanco bien conservado,
notable no menos que por su buena ejecucion, por ser el único que
posee Madrid del siglo XV. Consiste principalmente en un sarcófago,
cuya longitud, sin contar el vuelo del cornisamento, es de 7 pies
y 5/4 con 3 y 2/3 de elevacion. En un sencillo basamento sientan
seis figuras por el frente y los costados, de las cuales cuatro son
alegóricas, en representación de las virtudes que practicó la señora
que en este monumento reposa, y las dos restantes, algo mayores
que las referidas, tienen alas, ocupan el centro y son tenantes de un
escudo con las armas del apellido Castilla (1); timbrado de la divisa
de la Jarretiére, no rodeándole, como en otros escudos se pone, sino
deseubierta solamente una parte sobre el jefe, en vez de yelmo ó co-
rona. Dos de las cuatro lindas figuras, que segun hemos dicho
representan virtudes, se hallan colocadas á los costados y aparecen
de perfil, enteras y casi aisladas, bajo unos bonitos doretes calados,
en los que insiste el cornisamento por sus extremos. Las seis es-
tatuitas merecen atención y estima; viéndose en las actitudes y en
el partido de paños aquel estilo de la escuela alemana que se hallaba

(1) Trae de gules de sinople y de plata terciado en banda, con un filete en lo al-
to de la misma, engolada de dos cabezas de dragon de oro movientes de los angulos,
y acompañada en jefe de un castillo de lo mismo, donjonado, adjuvado de azur y en
punta de un leon de púrpura.

muy generalizado cuando esta obra se hizo: estilo, aunque, no exento de faltas, digno de mucho aprecio.

Ocupando el espacio de un nicho, practicado en la pared, y colocada en el plano de la urna ó sarcófago, hay una estatua yacente, que representa la virtuosa priora de esta santa casa doña Constanza de Castilla, vestida de religiosa. Está ejecutada en mármol con perfección, relativamente á su época, y tiene de longitud algo mas de 6 pies. Entre las manos se descubre un objeto cuyo nombre y uso no son conocidos, del que penden varias cintas, perdidas unas y unidas otras á un libro. Finalmente, en el citado plano hay dos figuritas, que representan, puestas en oración, dos sobrinas de doña Constanza, que fueron religiosas en su tiempo. La altura de estos pequeños bultos es de 15 pulgadas.

En el fondo del nicho, cuyo arco es rebajado, se halla escrita con letras de oro la siguiente inscripción:

AQUI YACE SEPULTADA
LA MUI NOBLE I MUI RELIGIOSA SEÑORA
DOÑA CONSTANZA DE CASTILLA,
HIJA DEL INFANTE DON JUAN,
NIETA DEL REI DON PEDRO.
FUE MONJA PROFESA DE ESTA CASA
I PRIORA DE ELLA MUCHOS AÑOS,
I MURIO AÑO DE CUATROCIENTOS I SETENTA I OCHO (1).

Sobre el arco se ven repetidas y sin exactitud en los colores las armas del apellido Castilla. Es el escudo de madera y muy posterior al curioso monumento, del que puede formar el lector alguna idea, por una lámina que publicó el Semanario (año de 1846, pág. 298), tomando en cuenta que las figuras del sarcófago están menos ligadas que en el original.

Sepulcro de la infanta doña Constanza.

En el lado izquierdo del coro, é inmediato á la pared de la iglesia, hay un nicho, cuya decoración de perspectiva tiene las armas de Castilla y Leon en la parte superior, y el siguiente epitafio en la base:

AQUI JAZE. LA MUI. ALTA I PODEROSA. SEÑORA.
LA INFANTA. DOÑA CONSTANZA.
IJA DEL REI DON FERNANDO.
HERMANA. DEL REI DON ALFONSO. EL XI.
TIA DEL REI DON PEDRO.

Observa Quintana que la única hija de Fernando IV y su esposa doña Constanza se llamaba doña Leonor, é infiere que se padeció equivocación al escribir este epitafio, confundiendo el nombre de la madre con el de la hija. El erudito P. Florez dice que si la inscripción fuese original, convendría con Quintana; pero que habiéndose informado, sabía que no existía.

Procedió con mucha ligereza quien dió al respetable P. Florez tan inexacta noticia. El epitafio en cuestión subsiste aun, le hemos visto, le hemos copiado exactamente, y salimos garantes de que se conserva en el mismo estado en que se hallaba cuando escribieron Gil Gonzalez y Quintana.

Es indudable que la hija de Fernando el Emplazado se llamó doña Leonor; lo es igualmente que el epitafio existe; pero la facilidad con que resuelve la duda Quintana, está muy lejos de satisfacerlos. La desgraciada infanta doña Leonor, hija única de Fernando IV de Castilla y esposa de Alfonso IV de Aragón, III entre los condes de Barcelona, después de haber perdido á su buen esposo, y de haber visto morir trágicamente á sus dos hijos don Fernando y don Juan, el primero á manos del rey de Aragón Pedro IV, y el segundo á las del de Castilla Pedro I, fué asesinada en el castillo de Castrojeriz por mandato de su sobrino el citado rey don Pedro de Castilla: en cuyos estados, tan luego como quedó viuda, buscó un asilo que la pusiese á cubierto de las asechanzas de su hijo político el monarca aragonés.

El cronista Francisco Brandan espresa que la indicada reina doña Leonor fué sepultada en el monasterio de *Sio. Domingo el Real de Madrid*. Bofarull hace mención de un lucillo que había en el convento de Franciscos de Lérida, antes de la guerra llamada de los Segadores, en el que, segun Monfar, se veía el bulto de aquella señora con hábito de religiosa; y por último, en el célebre monasterio de las Huélgas existe un sepulcro que encierra los respetables restos de la misma desventurada doña Leonor.

(1) Davila, Ponz y la lámina del Semanario, ponen unos números romanos que no existen ni han existido jamas.

En primer lugar, el voto del cronista Brandan no tiene toda la fuerza necesaria en este asunto, puesto que al consignar la noticia que en el anterior párrafo hemos insertado, comete la inexactitud de espresar que doña Leonor fué Abadesa de las Huélgas después de la muerte de su esposo. Ninguna persona real ha desempeñado el cargo de Abadesa en aquel insigne monasterio, como prueba el P. Florez. Doña Leonor, antes de contraer matrimonio con el rey de Aragón, fué Señora del citado monasterio, título que, para honrar á tan ilustre casa y asegurar sus propiedades, se concedió sucesivamente á varias infantas, que en realidad eran protectoras. Disimulará el lector esta digresion que hemos hecho con el fin de probar que Brandan no estaba tan enterado en esta materia, como era preciso para dar completo asenso á lo que refiere, si bien tomamos acta de ello.

En cuanto á la estatua de doña Leonor que decoraba el lucillo de Lérida, opinamos que pudo muy bien colocarse en atención á que estaba la de su esposo, cuyo cadáver yacía en aquel monumento, y fué trasladado solo á la catedral vieja, cuando á causa de la terrible guerra de los segadores en tiempo de Felipe IV, quedó arruinado el convento de Franciscos de la mencionada ciudad de Lérida.

Tampoco es difícil que el sepulcro de las Huélgas sea en la actualidad un verdadero cenotafio, pues entre los que le acompañan bajo las bóvedas de aquel venerable cenobio, hay algunos que se deben considerar como tales, segun observan Moreno Curiel y Florez. Pero admitiendo que doña Leonor esté en el monasterio que nos ocupa, ¿no es muy chocante que al renovar el inescribible epitafio, después de la reedificación del actual coro, en lugar de espresar la reina doña Leonor se pusiese la infanta doña Constanza? Poco probable parece que mientras duró la obra se hubiesen olvidado todos de que era reina y no infanta la señora de que se trata: ¿Y por el contrario si la inscripción que hoy existe es una copia exacta de la que en el antiguo coro se leía? ¿cómo no ha quedado en ninguna obra la menor noticia de esta infanta? Aun suponiendo que hubiese sido habida fuera de matrimonio, debe tenerse presente que los hijos naturales y bastardos de los reyes son conocidos. Ademas el hacer semejante suposicion es ultrajar la memoria de don Fernando, porque no hay datos para ello.

Confesamos francamente que después de consultar muchos autores y de haber sometido este trabajo á la censura de personas competentes, nos vemos precisados á dejar la cuestion en el mismo estado en que la hemos hallado.

Sepulcro de la infanta doña Berenguela.

Frontero al enterramiento de doña Constanza, é inmediato al órgano, hay un epitafio que dice:

AQUI YACE LA MUI ALTA I PODEROSA SEÑORA
LA INFANTA DOÑA BERENGUELA,
HIJA DEL REY DON ALONSO
INTITULADO EMPERADOR.

Esta señora fué hija de Alfonso X y de su esposa doña Violante, segun hemos dicho en la reseña histórica. Al trasladar su cadáver á una sepultura provisional, con motivo del derribo del antiguo coro, hallaron que se conservaba perfectamente hecho momia, al cabo de trescientos años: el vestido, recamado de oro, y el calzado no menos rico, permanecían asimismo intactos. La reina doña Ana, cuarta esposa de Felipe II, acompañada de varias señoras de la corte, vió el cadáver de la nieta de San Fernando en presencia de la respetable y numerosa comunidad.

Prueba esta circunstancia que los restos de doña Berenguela existen bajo las bóvedas de esta santa casa, y no en el convento de Santa Clara de la ciudad de Toro, como afirman Salazar de Mendoza en sus dignidades, y Nuñez de Castro en la historia de Guadalajara. Tal vez en un principio sería efectivamente sepultada en dicho convento como fundadora del mismo.

En la capilla de los santos reyes hay á los pies de la iglesia una lápida de mármol negro, con un epitafio escrito en castellano y dedicado á la memoria de Andrés de Rozas, secretario de estado y del despacho universal de Felipe IV y de la esposa del mismo doña Lucía Ortiz, patronos de la mencionada capilla. Al fin de la inscripción se lee:

SOLA VIRTUTIS MONUMENTA MANENT.

Noticia histórica de D. Juan de Castilla.

Son tantos y tan estrechos los lazos que unen al monasterio que describimos con los descendientes del rey D. Pedro, que no es posible referir la historia de este venerable convento sin hablar de la familia de los Castillas, de la que fué tronco el infeliz D. Juan. Muchas señoras de su apellido tomaron el hábito en esta casa. D. Pedro de Castilla, nieto de D. Juan, fundó, enriqueció y ennobleció con

preciosas reliquias, una capilla en la iglesia, destinando para enterramiento suyo y de los de su linaje, la bóveda que á la misma correspondía. Por último, D. Pedro Laso de Castilla, hijo del anterior, desearo estar á la vista del insigne monasterio que encerraba las cenizas de su padre á la sombra de los monumentos de su piedad, se estableció en Madrid y edificó la gran casa de la plazuela de la Paja, propia en la actualidad del duque de Osuna y del Infantado.

Cabeza de la espresada familia fué D. Juan de Castilla, cuya historia, aunque ligeramente bosquejada, creemos oportuno insertar, seguros de que agradará al lector.

Consta que fué hijo del rey D. Pedro el Cruel; pero se ignora el nombre de la madre; pues si bien la mayor parte de los historiadores le consideran como hijo de doña Juana de Castro, padecieron grave error, porque no tenía mas apoyo esta opinion que el viciado testamento del rey D. Pedro; y la mayor parte de aquellos autores, incluso el erudito P. Florez no le llegaron á ver. Zurita, habiéndole reconocido, observó que estaba alterado, y el señor Llaguno (1) hizo de él un detenido exámen, y prueba plenamente que el nombre de D. Juan está escrito con diferente forma y tinta que el resto de aquel documento, conociéndose por la torpeza de quien le vició, que el hijo llamado á la sucesion del trono era D. Ferrando, habido en doña Maria de Hinestrosa.

Faltos de caudillo los enemigos del rey Enrique II, se valieron de semejante medio para dar algun color de legitimidad á D. Juan. Hallábase éste en Inglaterra haciendo el triste papel que todo príncipe acogido en un país extranjero indispuerto con el gobierno de su patria. Cuando las diferencias entre España é Inglaterra se compusieron, el pobre D. Juan fué entregado por los ingleses á Juan I, quien le encerró en la fortaleza de Soria bajo la custodia de D. Beltran de Eñil, nombrado gobernador de tan importante punto por Enrique II.

Esperaba D. Juan conseguir el trono aprovechándose de nuevas desavenencias que hubo entre España é Inglaterra; y no hallando medio de lograr su libertad, pidió al gobernador la mano de su hija Doña Elvira, á la que sin esto dice, Gratia Dei, estaba aficionado. Accedió á la demanda el severo D. Beltran, porque tal vez no podía pasar ya por otro punto, añade el mismo autor, y doña Elvira, la amable carcelera que tantas veces habia consolado y asistido al infortunado preso, fué su esposa. No se ocultó al suspicaz gobernador el proyecto de D. Juan, y siendo antes súbdito fiel á su rey, que padre, redobló la vigilancia y tomó precauciones en el castillo para evitar la fuga de su nuevo hijo.

En vano doña Elvira se arrojaba á los pies de su padre bañándose con sus lágrimas, en vano se le representaba la seductora perspectiva de un trono para su hija: D. Beltran habia empuñado su palabra, y la perspectiva de un trono y el amargo llanto no servían de otra cosa que de hacer mas pesadas las cadenas que á don Juan aprisionaban. Fruto de este matrimonio fueron D. Pedro y doña Constanza. Algunos autores, entre ellos Lopez de Haro, mencionan otra hija, espresando que fué religiosa. Acabó D. Juan sus dias en la prision, y Enrique III determinó encerrar igualmente á sus hijos; pero la reina doña Catalina, que los amaba y compadecía, vistió al jóven D. Pedro de clérigo y se le presentó al rey su esposo en un momento favorable. Accedió el monarca á los deseos de doña Catalina, permitiendo que siguiese en libertad si abrazaba el estado eclesiástico, pues de lo contrario le esperaba la suerte de su padre. Llegó á ser D. Pedro obispo de Osma durante la regencia de doña Catalina; y en 1440, Juan II le trasladó á la silla de Palencia. No fué su conducta correspondiente al respetable estado que abrazó contra su voluntad.

Lo contrario sucedió con su hermana Doña Constanza, en quien la política nada tuvo que violentar al imponerle el hábito de religiosa en este monasterio; que ilustró con el ejemplo de su larga y santa vida, segun hemos dicho en la reseña histórica.

Sentimos tenernos que separar en un todo del artículo que se publicó en el Semanario Pintoresco el día 20 de setiembre de 1846, porque su autor es un sujeto de mérito dotado de relevantes cualidades.

Tradicion.

Muchas son las tradiciones que se conservan relativas á esta casa, y de ninguna podemos ocuparnos en obsequio de la brevedad, si se exceptúa una que atañe al rey D. Pedro.

Dos inscripciones subsisten grabadas en las piedras de este vetusto edificio. La primera se vé á la derecha de la porteria cubierta en parte con una escalera; y la segunda está en el portal de la casa núm. 6, á la izquierda de la entrada. Ambas inscripciones tenían relacion con

una cruz colocada hasta los últimos años poco mas abajo de la indicada porteria.

Cuentan que el rey D. Pedro asesinó á un eclesiástico en el sitio donde estaba la Cruz, y al morir pronunció las palabras que en dichas piedras se hallan escritas, desde muy antiguo, aunque renovadas por el deterioro del granito.

Lo que en esto debe haber es lo siguiente: queriendo el rey don Pedro violar la clausura en el monasterio de religiosas cistercienses de San Clemente de Sevilla, se opuso á ello el diácono que estaba revestido para cantar el Evangelio, y el rey le asesinó. Añade á esto la tradicion que la sombra del diácono, mejor dicho, el diácono mismo, se apareció al Rey cuando en el silencio de la noche pasaba por delante del convento de Santo Domingo de Madrid, y le dijo lo que en la piedra de la porteria pone. Entonces D. Pedro recordó las palabras que el diácono pronunció al espirar, y se reducen al letrero de la casa núm. 6.

Esto es lo que aparece conciliando la tradicion madrileña con lo que espresa al fin de la obra el autor de la historia del rey D. Pedro, publicada en Sevilla, año de 1847.

Conclusion.

Terminamos esta memoria espresando que en el interior del convento hay un claustro cuadrado, hecho segun el estilo del tiempo de Felipe IV, con varios arcos en cada banda, sostenidos por columnas de granito. Forman el pavimento grandes losas de piedra caliza, llamada comunmente de colmenar.

Entre las muchas muestras de aprecio que el Ayuntamiento de la M. N. y Coronada villa ha dispensado á esta santa casa, debe citarse que celebraba en ella las honras de los Reyes, haciendo alguna indemnizacion siempre que las costeaba en otra iglesia, como sucedió en 1829 cuando falleció la reina doña Maria Josefa Amalia. Correspondia el convento á las distinciones con que le honraba el respetable concejo, admitiendo sin dote alguno á las hijas de los corregidores que tomaban el hábito de religiosas.

Referida la historia y hecha la descripcion del insigne monasterio de Santo Domingo el Real, omitimos toda clase de reflexiones: el lector dirá si un monumento que tales recuerdos ofrece y tantos primores encierra debe ser cuidadosamente conservado.

JOSE MARIA DE EGUREN.

DESAFIO CÉLEBRE.

(Conclusion.)

CARTELES.

«Notorio sea á todos los caballeros hijos-dalgo de esta ciudad de Zamora, como ha venido á mi noticia la diferencia que tuvo el señor Diego de Mazariegos con Francisco de Monsalve mi señor y padre, y que por sus muchos años, flaqueza y enfermedades, él no habia podido defender su persona, ni poner esta diferencia en estado cual convenia á su hora; y yo, como obligado á ello, he venido desde Grecia á tratarla y ponerla en razon y para ello le escribí llegado que fui una carta del tenor siguiente:—Aquí se copiaba la carta dicha arriba y continuaba el cartel.—Y habiéndola recibido el señor Diego de Mazariegos, no solo no cumplió como caballero lo que por ella se le pedia y suplicaba y estaba obligado á hacer y satisfacer, mas por su causa, y acaso por su orden se ha dado dello noticia á la justicia para que prendiendo mi persona se impida la satisfaccion que Dios permite se haga, porque semejante sin razon no quede sin castigo; pero el señor Diego de Mazariegos olvidado de sus antiguas obligaciones y valor, y temeroso de su consecuencia, no ha querido poner su persona donde se tratase el negocio y se vea que fué demasiado atrevimiento y temeridad el poner las manos en un pobre y desvalido anciano. Y para que á Zamora y al mundo conste que en esta causa no es mi fin proceder con ventajas ni demasías, sino con toda igualdad de persona armas y lugar, protesto que en cualquiera que el señor Diego de Mazariegos quiera verse conmigo, lo haré solo con que de ello me dé noticia respondiendo á este cartel dentro de dos meses, contados desde hoy, avisándome á la ciudad de Miranda del reino de Portugal, á donde voy á residir para esperar la dicha respuesta, ó sino quisiere mandarla fije carteles en Zamora en los lugares de costumbre ó mándelos poner en Miranda, si es que no quisiere entenderse conmigo por escrito; y declaro como caballero á quien han quitado la honra y muértole á su padre, que en pasando los dos meses y no haya respondido el señor Diego de Mazariegos, me satisfaré de tanto agravio de la suerte posible, con armas arrojadas, ó aventajadas,

(1) Véanse las notas de los Sres. Llaguno y Herasvilla al fin de la cronica del rey D. Pedro, publicada en 1779.

ó de fuego, ó de cualquier manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de hombres.»

Y estos carteles así puestos en los lugares mas públicos de Zamora dieron lugar á grandes discursos, pero no respondia Mazariegos y todos esperaban que trascurridos los dos meses, Monsalve, justamente irritado, tomase una cruel venganza. Sucedió que no se hicieron esperar nuevos lances, pues como pasara el plazo señalado sin que apareciesen carteles, llegó el domingo de Ramos y estando la justicia en la procesion, se pregonó á vista de todos por pregon público, que cualquiera persona que diese noticia á Diego de Monsalve del paradero de la persona de Diego de Mazariegos en parte donde él pudiese hablalle, le darian á la tal persona 100 ducados de albricias, los cuales pagaria y daria luego Gregorio de Sotelo vecino de Zamora y residente en ella. Dado este pregon á vista de toda la ciudad, el pregonero y otros tres que le acompañaban en muy buenos caballos y armas, se salieron de la ciudad y se fueron la vuelta de Portugal sin que nadie se atreviese á seguirlos. Prendió luego la justicia á Gregorio de Sotelo contenido en el pregon, y tomándole su confesion juró y dijo no haber sabido cosa alguna del dicho pregon, pero que él se tenia por tan amigo de Diego de Monsalve, que daria los dichos 100 ducados á la persona que habiendo cumplido con él, le trujese cédula suya. Con esto encerraron á Sotelo y conoció la justicia por su atrevida respuesta, que la parcialidad de Monsalve estaba dispuesta á llevar adelante una cruel venganza que pondria espanto y temor á cuantos andaban allegados á Mazariegos. Vivía al lado de la casa de este un amigo de Monsalve, y como la justicia observase que trascurrían algunos dias sin que se abriesen las puertas de la casa, se presentó de improviso, mandó derribarlas y no hallaron otra cosa sino azadones, picos y esporillas y mucha tierra sacada de una mina que se practicaba con direccion á la casa de Mazariegos; y con esto empezó luego á publicar que querían volar la casa con pólvora y á los que estaban dentro della; esto puso tanto temor y miedo en los corazones de Diego de Mazariegos y sus valedores, que le pasaron por mas seguridad de todos, al monasterio de San Benito de la dicha ciudad, y era tanto el atrevimiento, la desesperacion y coraje de Monsalve, que con sus tres compañeros se fué á la iglesia del dicho monasterio cerca del medio dia, y subió por las rejas arriba en busca de su contrario, y anduvo todo el convento y celdas de una en una. Pero como los frailes sintieron lo que pasaba, le pusieron de pronto un hábito y le sacaron por una puerta secreta, y cuando los cuatro camaradas vieron que no estaba en el convento se salieron y amparados de muchos deudos, pasaron de unas calles en otras hasta esconderse donde nadie daba con ellos. Hacianse mil discursos no sabiendo nadie á qué achacar el miedo de Mazariegos, tanto mas siendo un tan esforzado caballero, y crecian las diferencias y aumentábanse los bandos, no pasando dia sin que en las calles y plazas no hubiese algun choque entre unos y otros sin que ni la justicia, ni muchas personas de respeto pudiesen impedirlo. Quien mas cuidado ponía en esto era don Hernando de Toledo, gran prior de la orden de san Juan que allí residia, y desesperado de que todos los caminos que habia intentado le habian salido mal, se resolvió de escribir una carta á Bernardo de Sotelo, comendador de su orden, que era uno de los tres camaradas de Monsalve y que con él estaba ya en la ciudad de Miranda de Portugal, por la cual carta le pedia que se llegase á Zamora á hablalle, mandándole cierto seguro en que le daba palabra como caballero hijo-dalgo que no le seria hecha molestia de la justicia, sino que le volveria á poner en salvo en la dicha ciudad de Miranda. Vista por Bernardo de Sotelo la carta del gran prior, se vino luego á Zamora debajo del seguro que por ella le daba, y hablando con don Hernando en este negocio, le dijo éste qué medio podria haber para que cesasen tantos movimientos como habia en la ciudad, á lo cual respondió Bernardo de Sotelo que el medio que seria bastante, era que el señor Diego de Mazariegos se saliese á matar con Diego de Monsalve y que no podia haber otra salida. No será razon dijo el prior, que por una necesidad hecha por Mazariegos quiera Diego de Monsalve procurar matarle: yo haré que Mazariegos se le rinda públicamente y con esto ha de quedar acabado este negocio, si vos señor Bernardo de Sotelo tratais de acabar con Monsalve que se dé por satisfecho. Yo lo acabaré así y prometo que no se pondrán las manos sobre Monsalve, pero ha de ser saliendo al campo con armas donde las ha de rendir. ¿Y qué seguridad puede haber en eso? dijo el prior. Saber quién es Monsalve respondió Sotelo, que no pondrá las manos en un rendido, pues es gran caballero y cuando faltare á su obligacion, yo me hallaré presente y mataré á Diego de Monsalve. Pues señor Bernardo de Sotelo, ordenad vos, dijo el prior, cómo se ha de hacer esto: yo pensaré esta noche, repuso Sotelo y vendré por la mañana á avisar á V. S. de lo que hubiere acordado y me pareciere. A otro dia de mañana fué Sotelo á ver al prior y le dijo: yo he pensado en el negocio y me ha parecido que por auto de justicia se provea de curador el sepulcro de Francisco de Monsalve y que á él se rinda el señor Diego de Ma-

zariegos, diciendo que se atrevió á darle de golpes con una caña por verle viejo, sin fuerzas y sin armas, y que si las trajera ó pudiera traer, no solo no lo hiciera mas ni se atreviera á imaginarlo; y que ahora que sabia que de sus cenizas habia salido un hijo suyo de tal nombre que con las armas en la mano representaba el valor de su padre, que por sus años enfermedades y dolores estaba en él tan amortiguado cuanto estaba resucitado en el señor Diego de Monsalve su hijo; y que sabia que no podia haber en el mundo, ni alcanzar lugar seguro del dicho señor Diego de Monsalve donde amparar la vida, por tanto que él le rendia su espada en aquel sepulcro do yacia y le pedia perdon de su temerario y loco atrevimiento, confesando como confesaba todas las cosas arriba dichas y hechas contra razon y faltando en ellas á lo que debía á caballero por los respetos dichos. Accedió á todo el prior y proveyeron por curador del sepulcro, con autoridad de la justicia y toda la solemnidad necesaria, á Bernardo de Sotelo, y como tal curador recibió la espada desnuda de mano de Mazariegos, habiendo dicho y confesado todo lo arriba convenido.

Todo lo cual pasó en el monasterio de santo Domingo de Zamora sobre el sepulcro de Francisco de Monsalve delante de toda la justicia y ciudad y muchos forasteros que por curiosidad y favor habian venido á ver el fin de esta diferencia. Dióse á Bernardo de Sotelo un testimonio signado de escribano público de todo lo referido, juntamente con el auto de la curaduría y rendimiento de la espada y Diego de Mazariegos le dió una carta para Diego de Monsalve en nombre de Francisco de Monsalve su padre en que le pedia y mandaba fuese amigo del señor Diego de Mazariegos y le sirviese y ayudase en toda cosa como amigo que era suyo. De todo lo que pasaba en Zamora no sabia nada Monsalve, ni nadie se lo osaba decir, porque creian no vendria jamás en ningun género de trato con Diego de Mazariegos porque estaba resuelto á venir con él á batalla, y si esto no podia procurar matarle por el camino que le fuese posible. Llegó á Miranda Sotelo y dijo á su amigo que Diego de Mazariegos queria mantenerle el campo con una espada y daga en calzas y camisa (1) el dia siguiente en el campo de la verdad estramuros de la ciudad donde estaba hecha una estacada para el efecto, y queria sacar por sus padrinos al gran prior de san Juan y á D. Hernando Enriquez su sobrino, que despues fué conde de Alba de Liste. Recibió notable alegría de esta nueva Diego de Monsalve, pareciéndole que era llegada la hora de satisfacer la honra de su padre ó morir en la demanda, y así se partió otro dia muy gallardo lleno de plumas y botones en compañía de sus camaradas, á quienes tambien Sotelo habia llamado lo que iba á suceder en el campo.

« Llegados á él los cuatro, escogió Monsalve por padrinos á Alvaro de Rosa, y á Bernardo Sotelo, y adelantándose hallaron en el puesto á Diego de Mazariegos con sus padrinos, y habiéndose todos saludado muy cortemente, llegaron á reconocer á Monsalve, que venia en camisa, con un boñimo de martas muy bordado. Los padrinos de Monsalve reconocieron á Mazariegos, y hallándoles iguales en armas les partieron el sol, y se retiraron á fuera, que estaban los campos llenos de gente, naturales y forasteros, y era tan grande la atencion y silencio que no parecia habia nadie en ellos. Cuando les hicieron la seña de la batalla, echó mano á su espada y daga Diego de Monsalve, y como quien mas lo deseaba se comenzó á ir con gentil y gallardo semblante á su contrario, el cual le dijo antes que echase mano á su espada y daga: suplico á vuestra merced lea este papel antes que pasemos á delante. Diego de Monsalve lo tomo y se apartó á un lado y habiéndole leído dijo: señor Diego de Mazariegos, aquí habla mi padre pero á vuestra merced cúmplesse pelear como caballero porque uno de los dos ha de quedar por bueno en este campo. Entonces, echó mano á su espada Diego de Mazariegos, y tomándola por la punta dijo: suplico á vuestra merced señor Diego de Monsalve, tome esta espada y haya misericordia de mi como de su rendido: entonces, Monsalve la tomó por la guarnicion y la lamio con la lengua por entrambos filos desde la guarnicion á la punta y dijo en voz que todos lo oyeron: doy muchas gracias á Dios que ha traído á vuestra merced á este conocimiento; viva vuestra merced en paz desde hoy en adelante, y si alguno le agraviase aviseme vuestra merced que yo le desaguaré y satisfaré á todo mi poder, y metiendo su daga en su vaina se quedó con entrambas espadas en las manos, y Mazariegos los brazos cruzados sobre el pecho y la vista al suelo, que presentaba todo el mas extraordinario espectáculo que ha habido en España; y así quedaron todos maravillados del valor y valentia del uno y del poco ánimo del otro. Llegó luego D. Enriquez á pedir á Monsalve la espada rendida y presentándole este la suya, dijo: con ésta mia serviré yo á V. S. que ésta del señor Diego de Mazariegos fuere de mi poder no tendrá ningun valor de aquí adelante. Pesóle mucho á Enriquez se le hubiese negado la espada, y respondió: para eso mejor es la mia. A lo que replicó Mon-

salve: eso hasta agora está por averiguar; pero en parte está V. S. donde podrá salir de duda si quisiere, los cuales altercados cortó el prior D. Hernando poniéndose en medio y reprendiendo á Enriquez lo mal que hacia en enojar á Monsalve cuando todos procuraban contentarle para atajar tantas disensiones como habia en aquella ciudad y haciendo que se abrazasen los sacó del campo con gran solemnidad y acompañamiento hasta la casa de Diego de Monsalve y en llegando á ella cogió el prior la espada de Mazariegos y colgola de un escudo que habia sobre la puerta, en cuyo sitio estuvo muchos dias sin que nadie se atreviese á quitarla hasta que Monsalve salió de Zamora, y fué la justicia y la descolgó, y despues Bernardo de Sotelo siguió pleito por ella á nombre de Monsalve y la cobró por la chancilleria de Valladolid y la guardó muchos años hasta que despues de casado Monsalve y con muchos hijos se la volvió á entregar en Toro

donde ahora la tiene su hijo mayor y yo la he visto. Han presumido algunos que una espada que tienen los Monsalves en el blason de sus armas es ésta, lo cual es falso porque antes la traian sus antepasados; verdad es que tuvo licencia del emperador Cárlos V para poderla poner en sus armas, pero nunca quiso usar de ella por ciertos respetos.»

«De esta manera tuvo fin esta tan pesada pendencia en cuya duracion hizo Monsalve muchas cosas muy notables, andando en busca de su contrario muchas partes de España, engañado por falsos avisos. Aconsejarónle sus deudos y amigos no viviese en Zamora y así se casó en Toro donde fué muchas veces Mazariegos á ser su huésped, y fué honrado y así mismo por todos los caballeros de aquella ciudad que estimaron las grandes virtudes y merecimientos de Diego de Monsalve, honra de los caballeros españoles.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

II.

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oírse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el ato de noche
Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvió á oír el paso
Del potro velóz,
Que al irse de todos
Fué la admiracion.
De el soto le vieron
Salir: con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida:
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos
De sí nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió:
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbró,
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire:
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor:
No suena en los sauces
Ni arrullo ni voz
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su son
Monótono lleva
Un murmurador

Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cauce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su son
Por el lado opuesto
A aquel por do entró:
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo: no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbrava devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica

Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió;
Alzó repentino
Deleitable son
Vihuela punteada
Con diestro primor;
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Así entre la sombra
Nocturna cantó.

«Flor-del-Alba que con ella
«Compites en resplandor.
«Y á la lumbre que destella,
«Como tú tan pura y bella
«No halla en la tierra otra flor.
«Tu lecho de flores deja
«Mira que el alba refleje



«Desvelate ¡oh flor!
«Que llama á tu reja
«La voz del amor.»
Tus hojas abre y dá al viento
Su perfume embriagador
Para que en él tome aliento
Quien no tiene otro alimento
Ni otro ambiente que tu amor.
«Mira que el alba refleja:
«Tu lecho de flores deja
«Desvelate, ¡oh flor!
«Que llama á tu reja
«La voz del amor.»

Con estas palabras
Gallando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como antes
De aquella canción.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó:
Y hallando la luna
Un roto giron
Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugáz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró
A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un angel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmovil
La blanca vision.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió:
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí el á quien trajo
Su ardiente pasión:
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendían los dos
Los brazos amantes;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma espresion,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló
Viniendo hacia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle
La niña cerró:
La luna á embozarse
Con nubes volvió
Sombreado del campo
La muda estension:
Y el mozo mostrando
Un noble valor
El paso al que viene
Sereno atajó,
Los dos entablado
Tal conversacion.
—«¿Quién vá? —dijo el mozo.
Y el otro:—«Yo voy.»
—¿Quién sois?
—Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
—Soy..... un caballero.
—Yo tambien lo soy.
—Yo D. Pedro Tellez.
—Y yo D. Leon
De Alba.

—¿Vos!
—Sin duda.
—¡Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?
—Un misterio
Cuya explicacion
Pronto en este punto

A daros estoy.
—Hablad.
De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor.
Y echando hácia un lado
El muro dejó.
Siguióle D. Pedro,
En su corazon
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Froncoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo:
Prestadme atencion.

—«Murió nuestro buen rey Carlos segundo
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que de la Francia amigos ó contrarios
El trono Hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinion sus vidas;
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que las unia
Cambiaron con furor en saña impia.
Mas bien que por defensa de sus reyes,
Mas que por sus derechos.
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo pátrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contrarios pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por Don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una.
De la otra en recompensa
De sus servicios derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.
El deudo y parentesco que ligaba
A ambas á dos familias comprobaron,
Y de aquesta manera
De enemiga fortuna venidera
La hacienda en una de las dos juntaron.
Reinó por fin en paz Felipe quinto
Y la familia aquella vencedora
Que fuera en esta malhadada lucha,
Siempre fué noble por su honor é instinto
Con el rey alcanzó privanza mucha,
Y todavia la conserva ahora.
Pero de la otra raza que vencida
Fué por la suya, un individuo solo,
Un mancebo no mas quedó con vida.
Mas proscrito, sin resto de esperanza
De cuanto hubo en la tierra despojado,
Fuese á América huyendo despechado
Cual de la proscripción, de la venganza
Del enemigo bando encarnizado.
Allí arrastró su misera existencia
Con inconstante y desigual fortuna,
Ya en triste medianía ó indigencia:
Hasta que en fin tranquilizada España,
De los bandos distintos
Licenciada por fin la inútil tropa,
Y aplacada por fin la antigua saña,
A España dió la vuelta, y viento en popa
Ancló en el mar que á Barcelona baña.
Ahora bien, entendid, don Pedro Tellez:
Las familias rivales
Son las nuestras: entonces y hasta el día
Los destinos fatales
Fueron, y sin piedad para la mia.
Conozco bien que vos, mancebo apenas
De cinco lustros, de la guerra impia
Parte no fuisteis; pero todavia
Vuestro padre, que es causa de mis penas,
De la contienda instigador primero,
Vive, y no puede la de su heredero

Mezclarse con la sangre de mis venas.
Mi casa os di: su hospitalario techo
Buena ofreció ocasion á mi venganza:
Os condujo el infierno: mas no avanza
A tan baja traicion mi noble pecho;
Mas que nunca, don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviente sangre nos divide.
Hé aqui todo el misterio de mi casa;
Hé aqui mi historia entera.
Y ahora que conocéis mi verdadera
Posicion, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos con mejor manera
Arreglad la conducta venidera.»

Y así concluyendo
Con tal relacion
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movable
De una aparicion
Que en humo al tornarse
Con hondo terror
Nos huela el medroso
Mortal corazon:
Así la del viejo
Desapareció
En la que trazaba
Su vieja mansion.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolucion
El paso atajarle,
Correr de él en pos
Y exigir completa
Nueva explicacion:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentía la accion.
Y así, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazon.

III.

En círculo eterno
Con giro infernal,
Su pecho colmando
De angustia y afán,
Formando en su mente
Eterna espiral,
Que acaba do empieza,
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos dá,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas
Que crea en su mal,
Mil vueltas que al cabo
Confúndenle mas.
La historia es del viejo
Terrible verdad:
De sangre fermenta
Entre ambos un mar.
Lejos tantos años
Del suelo natal,
Lo supo él tan solo
De orlo contar.
El, rico de ciencia,
Campeón de la paz,
Que vé de la vida
En el campo herial
Tan solo una flor
Fecunda no más,
La flor que produce
La fé conyugal,
La paz del tranquilo
Doméstico hogar.
El que por do quiera
Buscándola vá,

Que deja por solo
Su aroma gozar
Riquezas, honores,
Privanza real.
Y cuanto en el mundo
Se puede envidiar:
El que huye dejando
princesa imperial,
por no ver en ella
La felicidad:
Que vé de su dicha
La flor ideal
Fragante á sus plantas
Su tallo elevar
Y á asirla se mira
Tan próximo ya
¡Ay! vé que es solo ésta
La flor celestial
Que al campo en que arraiga
No puede arrancar.
Del viejo ofendido
Calcula además
La altiva y heroica
Generosidad.
Sí; el triste á una aldea
Se vino á llorar,
Su sangre vertida
Su hurtado caudal;
Su dicha con que otros
Gozándose están.
Y cuando podía
Venganza tomar
Pues á él á sus manos
Le trajo Satán,
(Como él se lo dijo
Con harta verdad;
Contar esperando
Con un crimen mas);
Le ofrece en su lecho
La seguridad;
Le sienta á su mesa,
Le sirve leal,
Y en paz recibíendole
Le deja ir en paz,
Y él ¿cómo le paga

Tan gran lealtad?
De amor insensato
Se deja arrastrar
Por Flor con quien nunca
Unirse podrá.
¡Oh! hallar en tal caso
Gentileza tal
En tal enemigo,
Y ciego atentar
A la honra de su hija
En su alma beldad
Es ser de una infame
Vileza capaz!

IV.

Y con tales pensamientos
Batallando sin cesar,
Midiendo las consecuencias
Que aquella casualidad
Para el venidero tiempo
A su porvenir traerá,
No vé que vuelan las horas
El apenado galán.
Pegado se está en un tronco
Del soto en el valladar:
Y distraídos sus ojos
Como por oculto imán
Atraídos á los muros
Del palacio sin variar
De dirección, enclavados
En el edificio están.
La lobreguez de la noche
Que en cerrada oscuridad
Envuelve toda la tierra,
Ver no le permite ya
Mas que una masa de sombra:
Porque rauda tempestad
Por el espacio avanzando
Ahogó el nocturno fanal
De la luna, que camina
De los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
Empieza el aire á agitar
Las ramas, que pronto el raudal

Torbellino arrancará.
Ya está encima, la veleta
De la torre casi vá
Desde el monte en que se eleva
Con las nubes á tocar.
Brilla un relámpago enorme
Y á su roja claridad
Se ilumina todo el valle
Por un instante fugaz,
Y en este mismo momento
El reló que empieza á dar
Las tres de la madrugada,
Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle reventar.
Rasgóse el preñado vientre
Del nublado; el vendaval
Lanzóse fuera amagando
Las campiñas arrasas:
Brotó la lluvia á torrentes
Fué la tierra un cenagal
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar.
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares don Pedro
Dándose prisa á apartar
Olvidando el mal del alma
Con la aflicción corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro y con afán
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su ímpetu parecía
Arrastrarle el vendaval.

(Continuará.)



Batalla de Pavía.

Este es el asunto que según la comun opinión, representa el bajo relieve cuya copia ofrecemos, sacada de uno de los pedestales de la portada de la fachada de Poniente del palacio del emperador, en la Alhambra de Granada.

Esta escultura es de un trabajo prolijo y esquisito, y no parece hecha por la mano de Morell, Leval y Vera, que fueron los escultores en las restantes obras del palacio.

Es de mármol de Carrara, como las de los otros pedestales. Su ejecución es de los últimos años del siglo XVI.

Los que sostienen que esta escultura representa la batalla de Pavía y la prisión de Francisco I, se fundan con bastante razón: en la mezcla de trajes y armaduras españolas, alemanas y francesas; en el lugar preferente que tienen los dos personajes que forman el hecho histórico; en la circunstancia de hallarse el uno á pié, vestido de simple soldado, y en actitud amenazadora, y el otro á caballo, vestido con rica armadura; y por último, en la irresolución, tranquila majestad, y admiración que se advierte en el personaje que se representa como el desgraciado Francisco I.



FORTALEZA DE BERTHAUME.

En la última punta del departamento de Finisterre (Francia), se veía antiguamente la famosa abadía de *San Mateo-fin-de-tierra*, cuyas ruinas existen aun, habiéndose construido en medio de ellas un faro. A corta distancia se encuentra la roca sobre la cual está edifi-

cada la fortaleza de Berthoume, que tiene por objeto defender la entrada del canal que conduce á la rada de Brest. La roca de Berthoume tiene 100 varas de elevacion, y está separada de la tierra por un canal de unas 95 varas. Antiguamente habian construido allí un

24 DE FEBRERO DE 1830.

fuerte al cual se llegaba con mucho trabajo: había que ir en lancha hasta el pie de la roca, á cuya cima se subía despues por una escalera abierta en la misma Peña.

Cuando se construyó un fuerte sobre los restos de la antigua fortaleza, se quiso ponerle en comunicacion mas directa y fácil con la tierra: colocáronse dos calles paralelas tendidas entre la costa y el fuerte, y se estableció una especie de carrito que deslizándose por las calles, transportase los visitantes del castillo. Este puente extraño existia aun en tiempo del imperio: Las calles se mudaban cada 10 años. Seis personas podian pasar á la vez en el carrito, pero al llegar al centro del espacio, el peso hacia aflojar las cuerdas y habia un momento de cruel incertidumbre. Despues se colocaron planchas sobre las calles, formando un puente colgante que por falta de cuidado se ha inutilizado.

GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

Hallábanse los reyes católicos en Compostela para implorar la proteccion del Apostol en la conquista que se disponian á emprender contra los moros del reino de Granada. Era entonces la basilica del Cebdedo uno de los santuarios mas célebres de la cristiandad, y á depositar en ella las mas ricas ofrendas llegaban de todas las partes del mundo conocido los príncipes de la tierra y los mas eminentes personajes. El Apostol Santiago no era solo el simbolo de la verdad católica entronizada en España, sino tambien el nombre de guerra que conducia á la victoria á los ejércitos de Cristo. La cruz de Jacobo habia reemplazado al lávoro de Constantino; y el hurrah de *¡Santiago y á ellos!* se oia lo mismo bajo los muros de Toleda que bajo los minaretes de Córdoba. El hijo de María San Lomé

Armado de todas armas

á góisa de peleare,

tal como se le continúa pintando aun ahora, era el caudillo que en esa magnífica cruzada de ocho siglos hacia arrojados é invencibles á los soldados de Pelayo y Carlos Martel. Por eso la piedad de Isabel y Fernando no podia menos de ir á invocar su eficaz auxilio para la última y gloriosa campaña que dentro de muy poco tiempo habia de lanzar al desdichado Boabdil de sus encantadores salones de la Alhambra.

Era tan inmenso el concurso de romeros que de lejanas tierras concurrían á Compostela, y tantos los que sin mas recursos que los de la caridad pública emprendían esta trabajosa peregrinacion, que el estenso recinto de la ciudad se veia atestado continuamente de gallos, que así se les llamaba; y muchos que no tenían lugar donde acomodarse sentaban su hospedaje sobre el mismo pavimento de las plazas. No era poco comun que á algunos, afectados acaso con dolencias adquiridas en el transcurso de una marcha, hecha á la inclemencia de las estaciones, se les viese espirar y demandar amparo en medio de las calles, sin que la humanidad de las gentes pudiese venir en su socorro, por carecer de una casa de beneficencia donde recogerlos y asistirlos.

Este espectáculo tan triste y deplorable hirió vivamente el magnánimo corazon de los reyes, que ofrecieron, llena el alma de amargura y de lágrimas los ojos, fundar y dotar un hospital donde se atendiese á las necesidades de cuantos fuesen á visitar el Santo Sepulcro, y donde ademas se criasen y educasen los niños espósitos, para cuyo objeto no habia hasta entonces edificio á propósito en España. La escasez del erario era grande, pero era mucho mayor la voluntad de los dos regios esposos, y estaban seguros que este liberal propósito, el mas grato de todos á los ojos de Dios, contribuiria poderosamente á espulsar los mahometanos de la península, y á atraer á ella muchas riquezas de paises no descubiertos aun. El pensamiento de un nuevo mundo vagaba entonces en sus cabezas, como una de esas ideas sin forma, que son los mensajeros de los destinos futuros que se han de realizar en el transcurso de nuestra vida.

La fundacion quedó resuelta y se confirmó cuando la toma de Granada. Comisionóse á D. Diego de Muros, dean de la Santa Iglesia de Santiago, y bajo el plano trazado por Enrique de Egas, maestro mayor de la Iglesia de Toledo, se comenzaron los trabajos. Este arquitecto era de los mas célebres de su época, y á él se deben el magnífico colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, que hoy sirve de museo de pinturas y arquitectura, el hospital de espósitos de Santa Cruz de Toledo y otros edificios notables en España.

Fué tal la asiduidad y buena direccion de los trabajos, que en 1509 se ejercia ya la hospitalidad en sus estancias.

En 10 de marzo de 1504, con insercion de bula que impetraron los reyes de Alejandro VI para la fundacion del hospital é institucion de su universal cofradia, otorgaron SS. MM. real instrumento de aceptacion, é instituyeron la mencionada cofradia bajo el titulo y advocacion del Santo Apostol. Hicieron tambien algunas ordenanzas para

su régimen espiritual y temporal, las cuales, como veremos, fueron recibiendo sucesivas modificaciones.

En 24 de setiembre de 1524 dió Carlos V la primera constitucion, en vista de los informes recibidos del Lic. Juan Sanchez Bribeasca, visitador enviado al efecto. Son sus disposiciones mas notables,

Art. 7.º Que hubiese cuatro capellanes extranjeros, de los cuales uno debia ser francés, otro alemán y otro flamenco ó inglés.

Art. 20. No solose disponia que fuesen todos los enfermos pobres, escepto los de dolencia contagiosa, sino que dos personas debian ocuparse en recogerlos por las calles.

Art. 25. Se prohibe la entrada á todo el que no quiera confesarse y sacramentarse.

Art. 71. Se manda abrir una biblioteca pública.

Los peregrinos que vayan á visitar el cuerpo del Apostol, para quienes principalmente ha sido fundada la casa, tendrán albergue, comida y cama, por un tiempo determinado.

En 27 de diciembre de 1590 dió Felipe II la segunda constitucion, En su artículo 8.º se mandó construir un jardín botánico.

En 4 de setiembre de 1697 se dieron los mandatos confirmados por Carlos II. En el 7 se mandaba que los peregrinos tuviesen por cama un jergon de paja, dos mantas de sayal, dos sábanas y un traveseiro de palma, y se les diese cada noche medio cuartillo de vino. media libra de pan, y leña en el invierno.

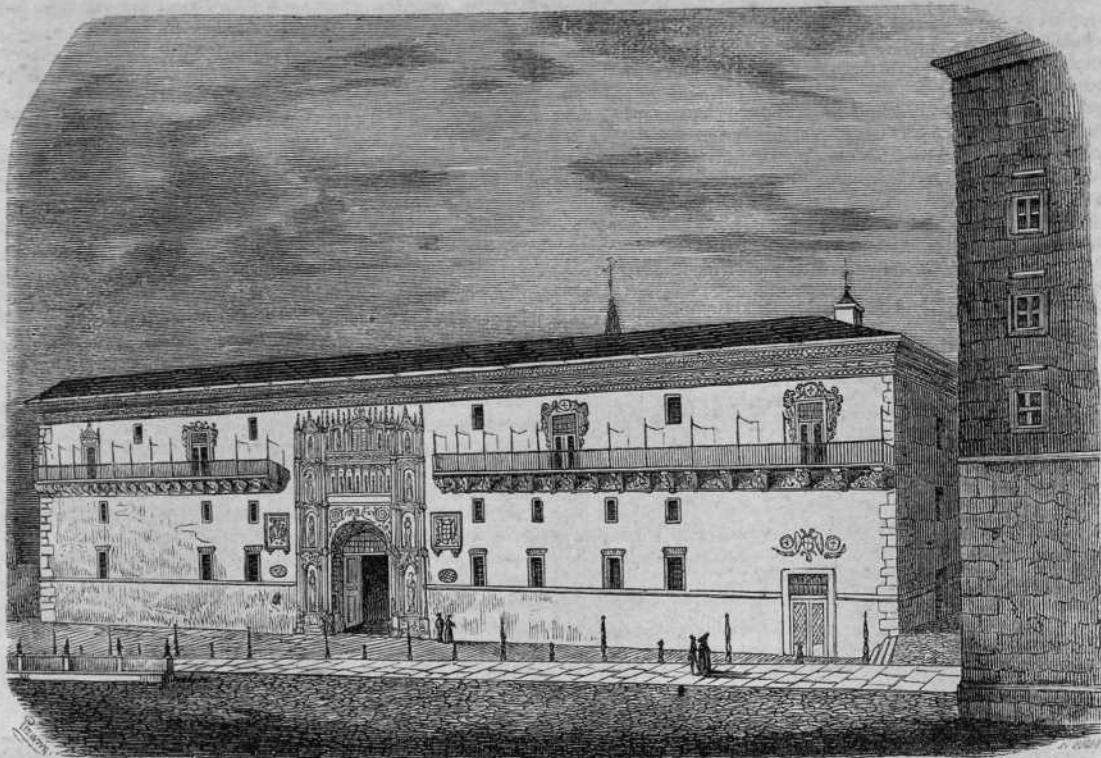
En 9 de agosto de 1804 dió Carlos IV otra constitucion. En ella se fijó definitivamente el número de los ministros y dependientes del hospital, suprimiendo algunas plazas inútiles, y refundiendo otras en un número menor. Cesó la jurisdiccion espiritual y temporal que antes tenia el administrador, capellan mayor. Para su régimen económico, se creó una junta formada por dos prebendados de la iglesia metropolitana de Santiago; dos regidores y dos caballeros, bajo la presidencia del administrador. Se confirmó la real orden de 5 de junio de 1768, disponiendo que fuesen admitidos los atacados de enfermedades contagiosas, en salas al efecto. Se fijaron los deberes y salarios de los empleados.

La insurreccion de las Américas, y las revoluciones de la península, modificaron la organizacion del hospital, anulando casi por completo todas sus constituciones. La escasez de recursos debida á las consecuencias de aquellos acontecimientos obligó á dar una nueva forma al establecimiento, dejando solo de él la investidura exterior de su riqueza y magnificencia antiguas.

Segun una nueva plantilla aprobada por el Regente del Reino en 12 de junio de 1842, se redujeron los gastos de los empleados á 75,823 rs., resultando una economia de 106,000.

Las rentas de la casa á últimos del siglo pasado, eran las siguientes.

En 5 de mayo de 1492 concedieron SS. MM. perpétuamente á esta su real casa, la tercera parte del producto de votos viejos del reino de Granada, reales.	176,000
Despues aumentaron con 800,000 mrs. de juro perpétuo en cada un año, situado en las alcabalas del arzobispado, por privilegio despachado en 2 de noviembre de 1502, que uno y otro se siguieron cobrando desde entonces.	
Varias cartas de privilegio, igualmente de juro perpétuo, se dieron posterior y sucesivamente hasta el año de 1706, importancia.	37,488
Por real cédula de 27 de mayo de 1705 concedió Felipe V dos mil pesos sobre la tercera parte del producto de las vacantes de obispados del reino de Galicia, y provincias lo cual, á pesar de otras cédulas posteriores no llegó á cobrarse hasta 1760.	40,000
Por otra cédula de 16 de Julio del mismo año, concedió S. M. otros dos mil pesos de rentas en cada un año, situados en la tercera parte de las vacantes de obispados del Reino y provincias de España, que no principiá á percibirse hasta 1746.	40,000
Desde 1758 se puso en uso admitir los soldados enfermos, debiendo al efecto pagar la Hacienda 5 1/2 rs. por cada uno diarios. El producto anual de dichas estancias, segun un quinquenio, asciende á.	22,000
El producto anual de las sincuras, adquiridas desde 1307 hasta 1568 importaba 5,540 rs., debiendo restar de esta cantidad 10,000 que dejaron de percibirse desde 1808.	24,540
La almoneda de las ropas que dejan los enfermos, muertos en el Hospital, suele ascender á.	2,246
Las demandas y petitorios de la Cofradia universal, fundada por los Reyes católicos producian mucho, pero limitadas desde 1737 al arzobispado de Santiago y obispado de Tuy, solo dan.	7,000
Siempre que usa el Hospital sus campanas, cruz, caldero de	



Hospital de Santiago en Compostela.

plata etc. en el entierro de alguno que no sea dependiente de la casa, cobra algo. Esto suele valer al año. 220
 Los foros y arriendos sobre casas y lugares. 16,000
 Por censos redimibles. 10,000
 Los foros que se pagan en fruto, ascienden á 1990 ferrados de trigo, 556 de centeno y 111 gallinas.

La pérdida de Méjico y Lima, y la supresion del voto de Santiago y diezmos, redujeron las pingües rentas del establecimiento hasta el punto de no bastar para cubrir sus mas perentorias necesidades. En vano se acudió al gobierno reclamando una indemnizacion, ya que no el abono de las cantidades que en los dias de su gran auge habia prestado el Hospital al erario; hasta que al fin, en el año de 1846 por una real orden, fecha 21 de Mayo, se declaró Hospital central de las cuatro provincias de Galicia, y que su déficit gravitase sobre los respectivos presupuestos.

Despues de la ligera reseña del nacimiento, prosperidad, decadencia y estado actual de este grandioso asilo de beneficencia, pasemos á dar un detalle sucinto de su edificio, que es uno de los mas vastos y soberbios que decoran la antigua metrópoli de Galicia.

Se halla en una hermosa plaza á que dió nombre y que desde 1836 se ha convertido en plaza de la Constitucion. Su estructura es gótica, resaltando la profusion de adornos y figuras que decoran su portada y una cadena primorosamente labrada en la piedra que ciñe todo el cornisamiento del edificio. Los canalones representan dragones, animales fantásticos y mil figuras caprichosas que hacen recordar la descripcion de Nuestra Señora de Paris hecha por Victor Hugo.

El frontis tiene de latitud 83 varas, y las paredes laterales 180. El recinto abraza cuatro magníficos claústros, con dos fuentes; habitaciones para todos los empleados, corrales independientes y una espaciosa botica. Las enfermerías y el departamento de los espósitos se encuentran en los puntos mas apropiados para la salubridad y la ventilacion. En el crucero de los cuatro cuadros iguales, que forman los claústros, se eleva la capilla construida con el mas fino y esmerado gusto. En el centro de la iglesia hay un retablo que elevándose desde el pavimento en forma de pirámide, y concluyendo en una efigie del crucifijo, sirve para que los enfermos de tres salas oigan desde la cama el santo sacrificio de la misa. El campanario es de una forma original y se compone de barras de hierro enlazadas entre sí, formando una figura cónica. El vestibulo tiene los retratos de los reyes católicos, y á su alrededor varios cuadros pintados en la pared que representan pasajes del Apocalipsis.

Debajo de la ventana que está sobre la puerta principal se lee la inscripcion siguiente.

MAGNUS FERNAND' : ET GRANDIS : HELISABET : PEREGINIS :
 DV : IACOBI CONSTRUI : IVSSERE : ANO SALUTI : M:D:I :
 OP' : INCHOAT DECENNIO ABSOLUTUM.

Se admiten toda clase de enfermos, sean de dolencias crónicas ó agudas, afectos internos ó esternos. Para su asistencia y curacion se cuentan dos médicos y dos cirujanos. Los que hoy dia desempeñan estas plazas son los mas notables en Galicia por su ciencia y reputacion. Uno de ellos, don Juan Gutierrez de la Cruz posee un gabinete ornitológico provisto de todas las aves del pais, y que es el primero que de esta clase se encuentra en aquel vasto territorio.

El monumento suntuoso que acabamos de describir tan someramente es todo de mamposteria, y á su espalda se estiende una ancha huerta provista de plantas y hiervas medicinales.

Hasta hace algunos años defendia su fachada principal una hilera de gruesas cadenas de hierro sostenidas por grandes pilastras de granito. Hoy desaparecieron aquellas, quedando solo éstas como un recuerdo del simbolo de la autoridad feudal de nuestros mayores.

Ojalá que los gobiernos civilizados del siglo XIX consagrasen á obras de interés tan práctico y beneficioso para los pueblos los medios de accion y fuerza que la nueva civilizacion y las formas sociales presentes han colocado entre sus manos. Acaso entonces seria una verdad para todos la inmensa distancia que se dice existe en el bienestar material de las gentes del año de 1501 y las del año de 1850.

R. R. FIGUEROA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Mientras esta duraba Sotopardo, concluida su comision en Madrid, regresó al cuerpo, segun despues he sabido, sin dar de ello aviso anticipado aunque perfectamente en regla, con su pasaporte

del capitán general, y una orden de la superioridad que daba por terminado su encargo. Un teniente de los que estaban á mis órdenes, y á quien permití pasar por un día á la ciudad, me dió noticia de su llegada. ¿Por qué al oírse se aceleraron los latidos de mi corazón? Van Vds. á acusarme de alma rencorosa si les digo que el recuerdo de nuestra primera y única entrevista, vino desde luego á mi memoria, y que con él se renovó mi necia saña contra don Carlos. En descargo de mi conciencia debo decir, que Matilde, el teniente coronel y Mendoza, personas que componían casi exclusivamente mi sociedad, no cesaron durante el año de la ausencia de Sotopardo, de alimentar la mala voluntad que yo le tenía. Almazan le acusaba de egoísta é intrigante; la mujer de Mendoza, sin explicarse nunca claramente, habló enigmáticamente de solteras burladas, de una casada seducida y luego víctima de la locuacidad de don Carlos; el marido de Matilde deploraba un matrimonio perdido, y unas canas deshonradas; todos aludían frecuentemente á cierto desafío.... y aun hoy, señores, después de bastantes años, aun hoy me estremece la idea que de mi compañero me hicieron formar. Con todo eso, mi corazón rehusaba dar crédito á ciegas á tanto crimen, y en cierta ocasión fui á mi honrado coronel á rogarle que me aclarase aquel misterio. —Tampoco yo, —me respondió el veterano, —puedo creer todo lo que me dicen. Ese hombre es caballero ó á lo menos lo parece; pero, amigo mío, en casos tales lo mejor es andar con pies de plomo, y no intimarse con personas cuya reputación se halla tan comprometida como la de Sotopardo; porque cuando el río suena....

Don Diego. ¡Hola! parece que el coronel pensaba como yo.

Don Antonio. No se interrumpa al orador.

Alfonso. Ya juzgarán Vds. que la respuesta de mi coronel me dejó tan perplejo como me hallaba antes de consultarle; y disculparán, atendidos los antecedentes, el movimiento de odio que sentí al saber que don Carlos se hallaba de nuevo en la ciudad. Ahora prosigo mi relación. Habría unos dos horas que el teniente llegara, cuando vi entrar en mi alojamiento, no sin sorpresa, á uno de los capitanes del regimiento, llamado Gonzalez, con quien no tenía relaciones tan íntimas que debieran moverle á andar cuatro leguas á caballo solo por el placer de verme, ni tan escasas que exigiese la visita el grande uniforme que vestía. A esas razones añadan Vds. un saludo ceremonioso y cierto aire de preocupación mal disfrazado, y comprenderán que debí prepararme á alguna comunicación extraordinaria. En efecto, pasadas las primeras y usuales frases, Gonzalez me dijo que deseaba hablarme á solas, y dejándonos el teniente, que allí se hallaba á la sazón, entablamos el siguiente diálogo.

Gonzalez. Siento, compañero, ser embajador de malas nuevas, pero V. comprenderá que no he podido escusarme.... —Yo: sin rodeos, compañero, y vamos al grano. —*Gonz.* Tómese V. la molestia de leer primero esa esquila: —Yo, leyendo en alta voz un papel que me entregó el capitán: «Señor don Alfonso: el dador, nuestro compañero don Francisco Gonzalez, va encargado de pedir á V. en mi nombre ciertas explicaciones que mi reputación exige. Deseando que este negocio se termine como debe entre personas que no solo visten el mismo uniforme, sino que además se honran entrambas con un mismo hábito (el de Alcántara), ruego á V. que no me obligue á traer la contestación á términos mas duros. De todas maneras, tiene la honra de saludar á V. S. S. Q. B. S. M.

Carlos de Sotopardo.

Algunos instantes confieso que hube menester para recobrar mi serenidad; porque habiéndome yo propuesto ser quien provocase á mi enemigo, tomar él la iniciativa trastornaba enteramente mi plan. Sin embargo, comprendí que mi conducta en aquel primer lance iba á decidir irrevocablemente de mi posición en el cuerpo, y con la posible calma dije á Gonzalez:

—Esta es una credencial en regla: diga V. compañero, que le escucho.—*Gonzalez.* Sin duda comprenderá V. que don Carlos desea en cuanto con su honor sea compatible, terminar amistosamente el negocio.—Lo que no comprendo es cual sea el negocio, ni en qué, ni como se halla comprometido el honor de don Carlos.—Sin embargo, amigo, hay cosas que por su peso se caen.... Cuando á un hombre se le pone entre la espada y la pared, ¡caranba! ó salta ó es de piedra.—Compañero, si V. quiere que le entienda, es preciso que hable mas claro.—Don Carlos está ofendido.—¿Por quien?—Por V.—¿En qué?—Eso V. lo sabe y él tambien.—El es posible; yo lo ignoro.—Mire V., Tellez, hablemos como amigos; si V. quiere reñir de todas maneras, sea; pero dígalo francamente.—Señor de Gonzalez, ni quiero ni rehuso reñir: lo que si quiero es saber de qué se trata; lo que rehuso es servir de juguete á nadie en este mundo.—No se trata de eso tampoco.—Pues sepamos de qué: ¿cuál es la ofensa que D. Carlos supone?—La de haber arruinado su reputación en el cuerpo y particularmente con los jefes.—¿Y es á mí á quien de tal se acusa?—Si señor.—¿Y con qué pruebas?—Lo ignoro.—¿Me ha oído V. alguna vez hablar de don Carlos?—Jamás.—

¿Hay algun oficial en el regimiento, que pueda decir lo contrario?—No lo sé, pero el hecho es que don Carlos ha llegado hace tres días, que algun jefe le ha recibido muy mal, que en diferentes casas le han cerrado la puerta, y que hasta nuestro buen coronel le ha aconsejado que solicite el pase á otro regimiento. ¿Cuál es el origen de tan desagradable acogida?—¿Y yo qué quiere V. que le diga?—Sin embargo, hay quien pretende que V. es causa de todo.—¿Y quien es?—Ignoro quien sea, mas sé que por diferentes conductos ha llegado don Carlos á entender que V. se ha declarado su capital enemigo, que le difama en todas partes que se ha jactado de que le habia insultado....—Es una infame calumnia. Asi lo creo y, en honor á la verdad, asi lo cree tambien Sotopardo; pero en su posición actual no le basta eso, si no que es preciso que al regimiento y á la ciudad entera conste su inocencia. Ese es negocio suyo.—Y por eso vengo á buscar á V. en su nombre.—¿Que pide?—Una reparación.—Para darla seria necesario que hubiese agravio de mi parte.—Entendámonos señor don Alfonso: la fama atribuye á V. una ofensa que no ha hecho á la persona que aquí me envía. Cuanto esta diga será de poco peso; pero una palabra de V., imparcial en la materia, puede destruir en un instante la calumnia que oscurece la reputación de Sotopardo.—Ya he dicho á V. que jamás me he ocupado en público de su persona.—Luego si privadamente.—No estoy dispuesto á dar cuenta á nadie, mas que á Dios, de las acciones de mi vida privada.—Pero cuando se trata del honor de su compañero....—El mío exige que no consienta un interrogatorio de esta especie.—Mire V., compañero, yo aquí soy agente de un amigo y mis instrucciones son pacíficas cuanto serlo pueden. Tendría V. inconveniente en firmar esta declaración? (y me presentó un papel que le devolví sin desdoblarlo).—Ni esa, ni otra, ni ninguna. He dicho cuanto tenia que decir en la materia, y no añadiré una sola sílaba, ni escribiré una letra.—Mírela V. bien.—Está mirado.—¿Definitivamente?—Irrevocablemente.—En ese caso, la hora, las armas, y el sitio.—El teniente Leon se entenderá con V.—¿Cuándo podrá verle?—Dentro de una hora.—Le espero en la posada.—No faltará.—Pero ¿no será mejor...?—Beso á V. la mano, señor de Gonzalez.—Yo á usted la suya, señor de Tellez.

Don Antonio. ¡Ay Alfonso, Alfonso, qué orgulloso anduvo V.!

Alfonso. Necio é injusto ademas: pero los antecedentes, mi corta edad, mi carrera, y luego la violencia de mi carácter, sino disculpan, por lo menos explican mi conducta.

Don Diego. Por Dios no mas reflexiones y prosiga la historia.

Alfonso. Convenimos Leon y yo en que el duelo tuviera lugar al sable el jueves próximo (estábamos en martes), y en cierto bosque que á medio camino habia entre la ciudad y el lugar donde los potros forrajeaban; y luego mi padrino se puso de acuerdo con el de Sotopardo.

La reputación de don Carlos como valiente y diestro en las armas, ya he dicho á Vds. que era tremebunda; y sin embargo, como yo no me tenía á mi mismo por torpe tirando al sable, no me inquietaba mas de lo razonable el resultado del combate. Decir que alguna vez la carne flaca no se revelase contra el espíritu, seria necia fanfarronada; porque como dice Ercilla,

«El miedo es natural en el prudente,
El saberlo vencer es ser valiente.»

Pero repito que mis aprensiones, por lo que á la vida respecta, fueron de poca importancia, relativamente á las que por otros conceptos me dominaban. Desde luego se comprende que no acertaría yo á explicar como ni quien habia persuadido á Sotopardo de que su mala fama, ó por mejor decir la exageración reciente de su mala fama, provenia de mí; porque en realidad jamás hice otra cosa mas que escuchar lo que de él quisieron decirme Mendoza, su mujer y Almazan. Pero tampoco eso me preocupaba altamente, no: mi pasión á Matilde era superior para mí á la vida y á la honra. La posibilidad de sucumbir en el combate con Sotopardo, me asustaba solo en cuanto podia separarme de mi amada; y la idea de bajar al sepulcro sin que antes supiese al menos mi pasión aquella que la inspiraba, era tormento superior á mis fuerzas. Tomé, pues, la pluma y pasé la noche del martes al miércoles escribiendo, no una carta, sino un proceso lleno de frases reducidas á pedir perdón á Matilde por el delito de idolatrarla; protestar que mi amor no ofendía su recato y virtud, y rogarla que, si la suerte me era contraria, derramase al menos una lágrima sobre mi tumba. Conservo cuidadosamente la tal carta, y siempre que un acceso de vanidad me acomete, la leo, seguro de hallarme humilde y manso como un cordero al concluir. ¡Tantas y tales son las bobberías é inocencias que contiene!

Pero mientras la escribía y aun después de escrita, confieso que me pareció obra maestra de ternura y de pasión, y tal vez no la trocara por todas las de Rousseau en la nueva Heloisa. Sea como quiera, la dificultad estribaba en que mis tres pliegos de papel, escritos de le-

tra menuda, llegaran á manos de la persona á quien los destinaba, cosa no fácil de conseguir, y comision que mi reserva no queria confiar á ajenas manos. Devanéme los sesos, como vulgarmente se dice, durante un día para imaginar arbitrio que de tal apuro me sacase, y al cabo, despues de haber adoptado y desechado sucesivamente mil proyectos á cual mas absurdos, elegí acaso el mas descabellado de todos, decidiéndome á ser yo mismo el portador de mi carta. Monté, pues, á caballo á la caída de la tarde, y sin mas compañía que la de mi asistente, partí al gran galope para la ciudad, á cuyas puertas llegué ya cerrada la noche.

Mientras duró el camino, pusieron límites el movimiento y la agitación á las imaginaciones; pero cuando me vi solo en la calle angosta y sombría donde habitaba Mendoza; cuando traje á la memoria que, abandonando un destacamento, cuyo jefe era, sin licencia de los míos, sin disculpa ni pretexto ostensible, iba á entrar en casa de un amigo, ¿y á qué? nada menos que á declararme á su mujer; la sangre se me heló en las venas, toda la imprudencia de mi conducta, todo lo descabellado de mi plan, se me hicieron patentes, y hasta los pies, como si hubieran echado raíces en el suelo, rehusaron proseguir el corto camino que me quedaba que andar. Llovía á mares, la noche era oscura como boca de lobo, y ni un alma pasó por la calle en una hora que, envuelto en mi capote, y sin cuidarme mas del agua que me bañaba que de la que inundó la tierra cuando el diluvio universal, estuve inmóvil frente á los balcones de Matilde, no discurrendo, sino desvariando sin razon ni concierto alguno. ¿Crean ustedes que me acordaba entonces del objeto que allí me habia llevado, ni del duelo que me esperaba al siguiente día, ni de mi desercion del destacamento? Si así es, se engañan, porque tal estuve, que yo mismo no sabré decirles qué era lo que por mí pasaba. Unas veces imaginándome á los pies de Matilde, declaraba mi amor con

sentidas razones y ardientes lágrimas.... Otras veía á un rival favorecido, y era don Carlos.... Ya Mendoza, descubriendo mi pasión, intentaba vengarse; y ya su mujer indignada con mi atrevimiento, me desterraba para siempre de su presencia. En tanto discurría veloz el tiempo y dieron las nueve de la noche; salió entonces de la casa de Matilde un asistente con una cesta y fiambrrera. Mendoza estaba de guardia indudablemente. Cinco minutos despues brilló una luz detras de una vidriera, de mi bien conocida, la del gabinete de mi amada: abrióse la ventana, y ella misma asomó el cuerpo, miró á un lado y á otro de la calle, y volvió á retirarse, mas solo al dintel del balcon. Aun ahora, que hablo en el puerto de la pasada tempestad, quiere el corazon salirseme del pecho recordando aquella escena; imaginen Vds. lo que seria entonces, que lleno de amor y arrebatado por los celos imaginé desde luego que Matilde esperaba á un rival dichoso. No quiero repetir las locuras que se me ocurrieron, los crueles proyectos que forme, fácilmente se adivinan, y además, no tuve mucho tiempo que dar á mis imaginaciones, pues á poco entré en la calle, por mi derecha, un hombre embozado y con sombrero de paisano, encaminándose resueltamente á la casa de Mendoza. Mis sospechas eran evidencias; mas con ese deseo feroz que á veces tenemos de apurar las heces al cáliz de los agravios, sin duda para justificar la venganza que de ellos intentamos tomar, me oculté en una puerta cochera que á mi espalda estaba, y merced á la oscuridad de la noche no fui visto por el mortal dichoso. Este dió un silvido particular, al cual respondió Matilde asomándose al balcon y diciendo «Arriba» palabra que me parece aun estar oyendo. Mi cólera entonces rompió los diques y como leon furioso me arrojé sobre el desconocido sable en mano y esclamando: «¡Deléndete, miserable, ó eres muerto».

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

El día siguiente
Porisimo el sol
Cual siempre con lumbre
Serena radió.
Tormenta de estío;
Temprano calor
Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su pronto turbion
Con soplo pujante
Llevándola en pos.
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Despues de posado
Su inmenso alubion:
Del sol á los rayos
Tornóse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tornaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatió;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor
La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tornaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó:
Y oyendo en sus nidos
Su lánguido son
Las aves, que el fiero
Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamor
Lanzándose al viento
Con vuelo velóz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes

Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó.—
Cediendo al instinto
Su buen corazon,
A ver los sembrados
Salió el labrador:
De fieles podencos
Seguido, el zurrón
Repleto, á los sotos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y así de la vida
Al ruido y accion
Por campos y pueblos
La tierra tornó.
Tan solo el palacio
Del viejo mansion
Gozar de aquel nuevo
Placer no mostró.
En todo aquel día
Ninguna se abrió
De las anchas rejas
Del muro exterior
Ni nadie pasando
Vió abierto el porton,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vió.
Y así pasó un día,
Y corrieron dos,
Y así la semana
Completa pasó.
Tan solo el domingo
Cuando el esquilon
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,
Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildose en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo, un retiro
Tan nuevo: y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,
Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.
Y así pasó en tal misterio

Del verano la estacion,
Y un templo alzado al silencio
El palacio semejó:
De toda amistad antigua
Y de toda relacion
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurora el viejo y Flor
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Iba el viejo como nunca
Con torba faz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazon
Llevará un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afliccion.

CAPITULO VII.

Flor-del-Alba.

Pasaron los ardientes
Calores del verano:
Del álamo las hojas
Amarillean yá.
Las eras están limpias
Y recogido el grano
La fruta sazónada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar:
Las ubas de los negros
Empiezan á ser rojas:
Los blancos trasparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia.
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazón.
Los cuebanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega,

En bandas numerosas
Buscándose jornal;
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero herial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier;
Y en tanto que los días
De su trabajo espera
Se apresta á las de afanes
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!
No hay época mas grata
Al corazón sencillo
Del franco labrador:
Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!
¡Cuán brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul!
Las noches son serenas
Y el resplandor del día
Parece que se templa
Con transparente tál.

El aire atravesando
Por la feráz campiña
Cubierta de verdura
A los sentidos trae
El fresco y deleitoso
Perfume de la viña,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura
Vivífica y salubre
De las primeras flores
La mágica estación:
Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus airados vientos
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesía
Y pródigo en deleites,
Del génio inspirador.
Sus auras son cargadas
De aromas y armonía,
El soplo con que al mundo
Anima el criador.

Si sí: la brisa fresca
Fugáz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas puso
La mano del señor.

Si; siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródigo estación:
Y aspiro yo con ansia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiración.

Si, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncadas alas
El arboleado yermen
Que cobijó un eden,
Aunque en zarzales tornes
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mi lira muda

Cantares á inspirar.
Ven á rasgar las nieblas
Do al pensamiento mío,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo
Los árboles despoja
De un opulento y verde
Y ameno pabellón;
También es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,
Arrancas un instante
De pena al corazón.

Yo siempre te he querido;
Constante y confiado
Hete aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ansia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis labios entreabiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oírte mis oídos,
Y aguarda que le orées
Mi rostro con afán.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuanto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Alhagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz.

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual;
Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De hadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aun percibir sospecho
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu ser sutil;
Cabalgas en el viento,
Emanación ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos troncos
Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;
Huir una tras otra
Entre suspiros roncados
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El río que susurra,
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoro arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono lamento
Con que despiden el árbol
Sus hojas, que se van;

Con que llorando implora
La compasión del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afán:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:
Mas sus compases vanos,
Lenguaje misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas
Alcanzo á comprender;
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mí ser responde
Su misterioso ser.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en ti la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cualto mi ser espera
Cualto en mí ser pasó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el harén:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozará también.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mí comienza el año
Con mi estación querida:
Yo vivo cuando mueren
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiración mi Edén:
Envidia tengo entonces

De Pindaro y de Homero...
Ven brisa de setiembre,
Para mi gloria, vén!

¿Mas dónde me arrebató
Mi loca fantasía?
¿Adonde vá buscando
Belleza y poesia
Perdida de los vientos
Sobre la azul region.
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distraccion?

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosa
Como ilusion ufana,
Su suave y espresivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura
La distraida niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza



SEVERINI.

Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila
De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacificos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez.

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazón:
En una de esas horas
De insomnio y poesia
Cuyo beleño blando
En su aura nos envía
Tan solo del otoño
La mágica estacion.

Sonrisa melancólica
Sus lábios hermosa;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil.

Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma
Y á sus mejillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazón abruma:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita.
El campo ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita y ambos ojos
Por la herial campiña,
Llorando sus enojos

Tiende la pobre niña;
Vése acuitada y huérfana
Y ansia por morir.

CAPITULO VIII (I).

I.

Un año despues.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortuosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del río
Se vé del fondo la arena:
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta;
Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,
Al trato con sus vecinos
Con tanto teson se niega:
Que las comadres del barrio
Aun las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan;
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas,
Y eso que há ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la Iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; mas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia
Ni sus rostros, que embezado
El en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrar dejaron
Mas que un ojo y media ceja:
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensartando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta
Que disfrazado se encubre
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espia
Acusándole, asevera,
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la corte de Viena:
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Juran con ardiente rabia
Contra la gente tudesca.
Mas las opiniones todas
En una cosa concuerdan;
Y es que al dejar al anciano
Por su jóven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y pues que vá tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas

(I) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor Garcia de Quevedo.

De indiferencias ajenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II

El encuentro

Desempedrando la calle
En una andadora vegua.
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera;
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los extremos remates
De las mas altas veletas;
El Dios marte en la apostura,
Si de hondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz morena:
A trote largo vá un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la tratadora vegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres mugeres y ancianos
Y chiquillos y mozuélas.

Mas no mira el pasagero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas
Vá cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estatua ecuestre animada,
Por la circunstante escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa;
A una exclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosias
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo
De indómito amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella

Que al triste náufrago anuncia
El tin de horrible tormenta;
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz riéla
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una mujer; la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: « ¡ Es ella ! »
Eclamó: — la celosia
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al mancebo: « no tardes
En volver que aquí te esperan. »
Y en el language espresivo
De su mirada resuelta
Contestola él: « No haré falta. »
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la tratadora vegua,
Va por la calle borceida
Corriendo á toda carrera.

(Continuará.)



Origen de la palabra seis.

Entre la muchas voces que la lengua hebrea ha transmitido á la nuestra, es digna de notarse la palabra con que designamos el numeral *seis* la cual no tan solo la ha adoptado el idioma español, sino que en casi todos los conocidos la hallamos. En efecto: el griego dijo *ex*: el latín *sex*: el italiano *sei*: el francés *six*: el alemán *sechs*: el belga *ses*: el polaco *sześć*: el inglés *six*: el vascuence *sei*. Este paralelismo que guardan entre sí las lenguas respecto á la palabra que nos ocupa, manifiesta suficientemente que en el origen de ella, hubo alguna cosa de notable, en atencion á la cual todas sin vacilar la adoptaron para espresar la idea misma que motivó su formacion; no de otro modo se concibe como pueda explicarse el hecho de haber recibido una misma palabra, idiomas de procedencia enteramente distinta, como lo son p. e. el inglés y el italiano, el alemán y el francés: no de otro modo se concibe como una palabra haya infiltrado por todas las lenguas, desde la antiquísima y acaso primitiva en que tuvo origen hasta los dialectos mas modernos. Pero lo mas particular es, que en ninguna ha podido explicarse ni darse razon de esta palabra, en ninguna se ha podido decir por qué se llamó así, en ninguna se ha podido observar la conveniencia del nombre con la cosa; siendo preciso acudir á la lengua hebrea para indagar su formacion y patentizar su origen, el mas natural, por cierto, que puede darse. Entre las letras del alfabeto hebraico hay una así llamada *sin* y cuyo valor fónico ó de pronunciacion es nuestra *s*: á la simple inspeccion de este geroglífico, cualquiera echa de ver que su figura consiste en tres brazos; por consiguiente duplicándole, resultará caligráficamente una dición formada por seis trazos y fónicamente la palabra *ses*: hé aqui ya el origen del *seis* de todas las lenguas, constituido del modo mas ingenioso, como acabamos de ver, y al mismo tiempo filosófico, como pasamos á examinar, todos los signos hebreos tienen además del nominal y el de pronunciacion, un valor ideológico; es decir, todos los signos hebreos representan un objeto en el orden moral: pues la letra *ש* (*sin*) envuelve en sí la idea de *naturaleza*, de modo que duplicada (la repetición es uno de los modos de hacer el superlativo hebreo) equivaldrá á *naturaleza aumentada*, cúmulo de *naturaleza*; *naturaleza consumada* y *perfecta*: aqui tenemos la espresion mas sublime y mas concisas de las *seis* épocas de la creacion.

Conveniamos, pues, en que la palabra hebrea *ses* no pudo ser otra cosa, caligráfica, fónica ni filosóficamente considerada, y que con razon las lenguas todas la han adoptado, si bien ya en ninguna de ellas existen las poderosas razones que presidieron á su formacion.

Mucho pudiera decirse, fundados en lo que acabamos de esponer, en favor de la primordialidad y originalidad del hebreo; pero

seria estralimitarnos y alargar inoportunamente un artículo en que solo nos hemos propuesto presentar una belleza de las en que abunda extraordinariamente la lengua de David y de Salomon.

S. CATALINA.

El tiempo.

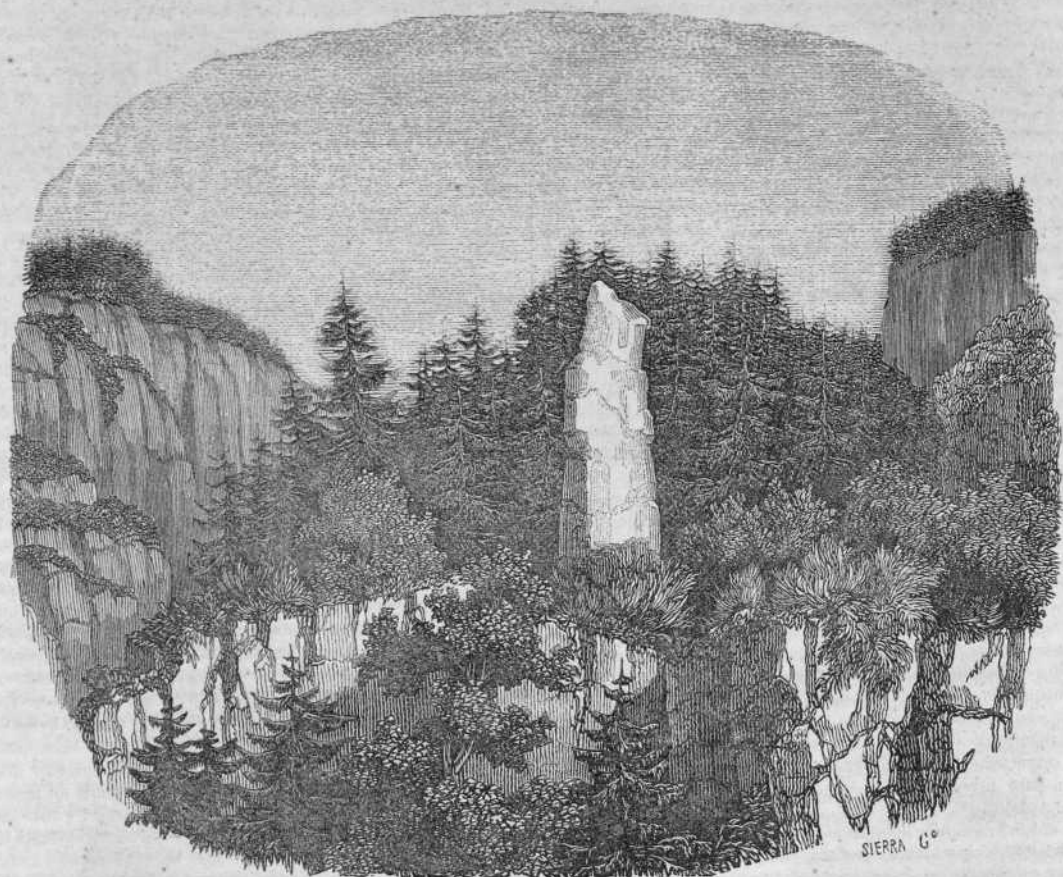
No hay cosa mas larga que el tiempo porque es la medida de la eternidad; no hay cosa mas corta; porque nos falta para todos nuestros proyectos; no hay cosa mas lenta porque espera; no hay cosa mas rápida; porque huye; en grande se estiendo hasta lo infinito, se divide hasta lo infinito en pequeño; todos le desperdician, todos sienten su pérdida; sin él nada se hace; olvida lo que es indigno é inmortaliza los grandes hechos.

LOS MÉDICOS.

Los médicos son instrumentos de la cólera de Dios, con ellos nos amenaza en aquellas terribles palabras del Eclesiastes: « *Qui dilinquit in compectu ejus qui fecit eum, incidit in manus medicum.* »

GEROGLIFICO.



SIERRA G^o

LA ROCA DEL MONGE.

En una de las provincias mas pintorescas de Francia, que lleva el nombre de Franco-Condado, hay un valle que escita mas aun la admiracion del viajero, no solo por los variados y agradables accidentes del terreno, sino porque al volver la vista algunos años atrás, se averigua que no era aquello mas que un sitio agreste y salvaje; un terreno inculto, desierto y cubierto de bosques de pinos. Algunos monges penetraron con el hacha en la mano en aquella selva virgen, y despues de fundar un convento en la cresta de una colina que domina el valle, convirtieron aquel terreno en un delicioso vergel y un pintoresco paisage. Este es el valle de Morteau.

Para el estadista, aquel rincon de tierra aislado al pie de las cordilleras del Jura, sobre los limites de la Francia, es un punto curioso y digno de atencion; para el artista y el poeta, es un sitio de delicias. Por todos lados puntos de vista que halagan á la vez á los ojos y á la imaginacion, crestas de montañas magestuosas é imponentes, sitios salvajes, un todo, en fin, delicioso. En el centro de los bosques que por varios lados rodean el anfiteatro de Morteau, se vé un monolito puesto sobre un banco que representa exactamente la imagen de un monge, con la capucha echada á la cara y las manos cruzadas debajo de la barba. Cuentan sobre este fenómeno que en el tiempo en que los habitantes de aquella comarca empezaban á decaer de su fervor primitivo y á apartarse de la linea trazada por los piadosos consejos de la comunidad, un monge que se habia retirado á un bosque solitario lloraba y gemia al ver estos indicios de incredulidad y de desorden, y rogó al Omnipotente que diera á aquellos seres á quienes habia dedicado su vida y que ya se mostraban ingratos, una señal duradera que les hiciera recordar sin cesar á quien debian su primera instruccion y sus primeros elementos de prosperidad. En el sitio mismo en que el monge habia hecho esta oracion, se vió aparecer aquella estatua de piedra que una mano invisible parecia elevar como un monumento imperecedero á la memoria de los piadosos arquitectos del claustro de los misioneros de la fé y de

la civilizacion en aquella comarca, de los fundadores de aquella colonia agricola é industrial.

Tradiciones hebraicas.

Los tradicionistas hebreos, llamados comunmente *masonetas*, que suben hasta el quinto siglo antes de nuestra era, nos han conservado varias noticias importantisimas, pertenecientes á ciencias, artes y literatura. Desconociéronlas en su mayor parte los griegos y demas naciones posteriores, ya por lo sublime de los conceptos, ya por las formas cabalisticas de que aparecian revestidas, acaso para mas enaltecerlas, si ya no entraba á la parte en aquel estudiado misterio el propósito de su conservacion por medio del misticismo y del aparato religioso. Estas recónditas noticias masoréticas yacen olvidadas unas, y oscurecidas otras en los mas antiguos manuscritos hebraicos que se salvaron de los malignos incendios de Alejandria, Atenas y demas metrópolis de la antigua Grecia; pero no por eso dejan de ser importantisimas, y de esparcir un inmenso resplandor, cada vez que se descubre ó se descubre alguna de entre el polvo, y al través de una filosofia tan presumida como indigesta, que el tiempo y la desgracia echaron sobre ellas. El círculo cabalístico tradicional que vá intercalado en este artículo, creemos sea uno de esos destellos á que aludimos.

Los *masonetas* y *cabalistas* (tradicionistas y doctrineros) mas antiguos que se conocen, usaron en su hebraica escritura sagrada, no en la profana, ciertos signos ó figurillas que llamaron *mociones* ó *puntos*, porque realmente no eran mas que puntos, ya sueltos ya reunidos, corridos unas veces en linea recta, y otras en curva, ora en círculo, ora en espiral, trazando aqui un ángulo, allí una diagonal, allá dos

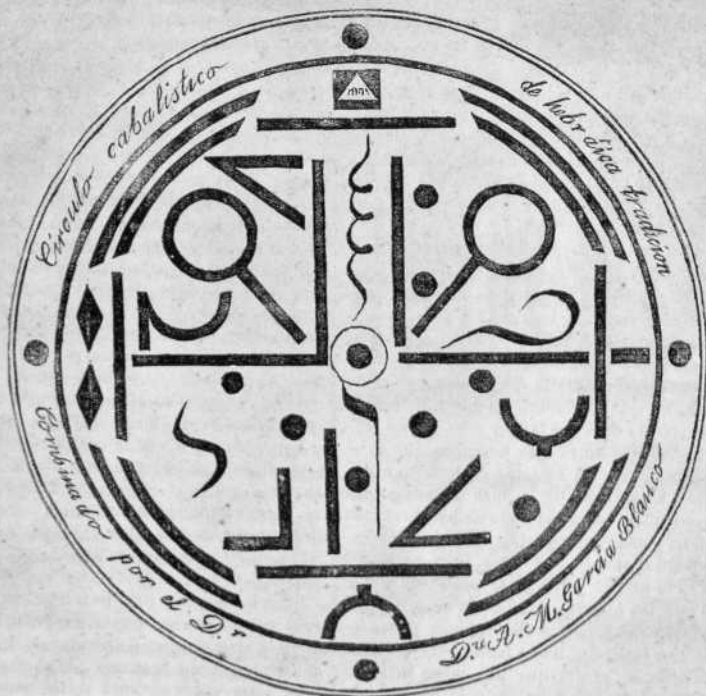
3 DE MARZO DE 1830.

Paralelas, dispuestos en fin, del modo mas conveniente para espresar el sonido y modificaciones del sonido de las palabras á cuya intermediación se pintaban. Estos ligerísimos ápices eran la mas adecuada espresion de lo mas vaporoso, espiritual é imponderable de la palabra, cual es su vocalización, su velocidad ó detención, su fuerza ó energía, su dulzura, su énfasis, su entonación, su música en una palabra; pero desatendidas estas minuciosas consideraciones y su espresion en la escritura por algunos malos críticos, llegaron á ser desconocidas del todo, y sus signos reputados como innecesarios para la genuina lectura é inteligencia de la escritura hebrea, á pretexto de que no se hallaban en los mas antiguos manuscritos, y de que era invención de los últimos tradicionalistas, llamados *masoretas tiberienses*. Felizmente son ya muy pocos, merced á los adelantos de la ciencia crítica, los que persisten en tan grosero error: únicamente en Francia, y en una sola de sus escuelas, llamada por antifrasis *Crítica Capeliana* ó *Mascléfiana* de su fundador Luis Capel, y restaurador *Mascléf*, se aboga todavía por la abolición de los puntos ó *mociones masoréticas*; mas todo el mundo sábio ha convenido en reconocer esta parte de la escritura hebrea, como necesaria para la lectura é inteligencia de sus palabras, y como muy anterior á los masoretas tiberienses; no faltando razones á nuestro juicio atendibles, para hacer á dichas mociones coetáneas de las letras, y como ellas parte integrante del habla de Moisés, David, Salomón, Isaías y demás escritores sagrados, anteriores y muy anteriores á los griegos. Todos admiten ya las *mociones* de la escritura hebrea como el último ápice de la perfección en un sistema de escritura geroglífico-literario; pero ninguno que sepamos, ha reunido todas aquellas distintas figurillas en una matriz común para observar su conjunto, ni reflexionado sobre la filosofía que presidiera á su formación, y que por lo mismo las aleja mas y mas de los siglos de ignorancia de nuestra era, en los cuales, ó muy próximo á ellos se supone la existencia de los últimos *masoretas tiberienses*. Nosotros pues, al presentar el *círculo masorético cabalístico* que aparece estampado al pie de estas líneas, nos proponemos llamar la consideración de los entendidos en la materia, no solamente sobre su conjunto en una figura perfectamente regular, y detalles de la mas severa filosofía, sino también, y más singularmente sobre el campo vastísimo que aquella y estos ofrecen para investigaciones filosófico-críticas de suma trascendencia.

En efecto; cualquier hebraizante que se detenga un poco á examinar el *círculo masorético*, hallará en él comprendidas todas las *mociones* consignadas en la escritura hebrea sagrada; y él y cualquiera que reflexione no podrán menos de admirar, cómo la combinación de aquellas produce una figura geométrica regular, cortada simétricamente,

y entrecortada con sumo orden y claridad; dejando percibir con toda distinción un gran círculo con su punto céntrico y sus cuatro cardinales, mediante los cuales se tiran perpendiculares y horizontales, y se trazan ángulos rectos y agudos, radios, semi-radios, arcos, círculos, semicírculos, tangentes, paralelas, diagonales, y cuantas secciones admite el círculo, como asimismo cuantas figuras se juzgaron necesarias para espresar los varios cortes y recortes, secciones y partituras que pueden hacerse de la palabra dentro de su círculo sonoro ó fónico, ideológico, sintáxico y musical. Este gran círculo, puede preguntarse ahora, ¿tendría alguna otra cabalística significación entre los hebreos, amigos del simbolismo, y cautos contra los bárbaros que de todos lados los acechaban esplotando su saber y sus tradiciones? ¿Sería tal vez algun gran emblema de lo mas etéreo, espiritual é imponderable del universo, como sus distintas partes lo son de lo mas sutil é influente de la palabra, y como las letras á que acompañan, es ya casi demostrado, lo eran de lo mas grosero y sensible de esta, á saber: de los movimientos orgánicos necesarios para la locución, y de las ideas fundamentales del mundo físico, moral é intelectual en que vivimos? Hé aquí un gran problema filosófico crítico, que convendrá resolver, para juzgar del mérito y originalidad de las naciones posteriores á la hebrea, apartadas del Oriente, y casi siempre sus enemigas: hé aquí un mundo ideal de inmensa estension é incalculables consecuencias, que se transparenta por entre ese nuevo, vistoso y agradable grupo de *figurillas masoréticas*: hé aquí, en nuestra opinión, uno de esos brillantes destellos á que anteriormente aludíamos, surgiendo de las amortiguadas cenizas del vasto y poco apreciado saber de los antiguos orientales. Por nuestra parte, y como para estimular á los demás á posteriores investigaciones, consignaremos aquí los principales fundamentos que nos inducen á sospechar y casi á columbrar algo de lo indicado.

1.º Al ocurrirnos por primera vez, con no poca sorpresa la combinación de las mociones hebraicas con su natural figura, posición y lugar, en el círculo que finaliza este artículo, desde luego asaltó á nuestra mente el recuerdo del llamado *círculo masorético*. Todo el que ha manejado códices hebreos, ha visto que los *masoretas* ó tradicionalistas, siempre que hicieron alguna observación tradicional sobre el texto hebreo sagrado; pusieron encima de la palabra que comentaban, un círculo pequeño, así (O); el cual servía de indicación de la nota marginal en que consignaban su doctrina; y esto con tal tenacidad y estudiado aferramiento, que jamás se encontrarán ni una sola vez, ni en un solo pasaje, indicadas las acotaciones y citas masoréticas con ningún otro signo ó llamada: ¿qué mérito pues? ¿qué carácter especial y privilegiado? ¿qué símbolo? ¿qué emblema vieron reflejar en el círculo, para preferirlo absoluta y constantemente á



todo otro signo en sus acotaciones y citas? ¿A qué hacerlas por un signo extraño y no mas fácil de pintar que un número, una letra, un asterisco cualquiera, signos comunes adoptados al efecto por antiguos y modernos?

2.º Aun mas nos afirma en nuestra opinion, especialmente respecto á la antigüedad del círculo *masorético-cabalistico*, el haber observado, como podrá observar cualquier hebraizante, que la figura circular es la única que descompuesta puede dar todos los ápices, fragmentos ó secciones que se hallan en la escritura sagrada hebrea, denominados en general *moções ó puntos masoréticos*; y aumenta nuestra persuasión el que todos aquellos distintos *ápices* tienen un nombre, una figura y situación las mas adecuadas á los oficios prosódico, sintáctico y musical que los reconocen los gramáticos; bastando una rápida ojeada para apercibirse cualquier hebraizante de que los nombres, figuras y situación de tales notas prosódicas, sintácticas y musicales, arrojan de sí las ideas de ¡alto! descanso, ó fin de pasaje (*silug*); primer descanso (*atnaj*); cubacion ó tetrángulo (*rébaj*); erección (*zaqef*); desmayo ó fatiga (*tiphá* ó *mayeláh*); espulsion (*gaéresch*); asiento (*yeti*); estension (*paschtah*); esparcimiento (*zavkah*); quebranto (*tebir*) sostenido (*meacarbél*) ó levantado (*jilui*); cadena (*schalscheith*); escala (*darga*); luna nueva (*yaícaj*); ideas todas y figuras que aisladas nada ó poco prometen para la filosofía de una lengua toda razonada é ingeniosa.

3.ª Además; en una escritura y lengua tan razonada, es imposible que se inventara al acaso, y se usara por mero capricho tanta variedad de figuras, sin un sistema general que sirviera de clave y fundamento á todas ellas: y si bien hasta ahora nadie, que sepamos, las ha reunido en un gran grupo, para estudiar sus reciprocas relaciones y el gran pensamiento de que originariamente pudieron ser emblema, eso mismo aumenta, al verlas por primera vez formando un todo regular, exacto, y aun armonioso y elegante, la grata sorpresa de tan homogéneo como vistoso conjunto; así como la vehemente presunción, si es que no convicción moral, de ser este un antiguo monumento perdido ó olvidado, bosquejo á la vez y emblema de algun gran pensamiento cosmogónico, sin que por eso desconozcamos que necesariamente habrá inexactitudes en combinacion tan reciente, ora por el largo transcurso de siglos desde su desaparicion ó olvido, ora por la ofuscacion que naturalmente causa un primer descubrimiento; como sucedería al que por primera vez viera una esplendente antorcha de luz á que su vista no estuviera acostumbrada.

4.ª Agrégase á lo ya indicado, la singular coincidencia de que por una parte el nombre propio de Dios en hebreo es *tetragramato* ó de cuatro letras, que tomadas como geroglíficos dicen *poder, amor, union, amor*, y por otra el círculo propuesto aparece presidido por una figura *tetragramo* ó cuadrada, con cuatro puntos cardinales, como si dijéramos oriente, occidente, sur y septentrion; su area está cortada en cuatro ángulos rectos; su circunferencia en cuatro curvas iguales; interceptadas estas por cuatro rectas que dicen: debilidad (*raphé*), suspensión enfática (*pesich*), hendidura (*pataj*), y ¡alto! ¡descanso! (*siliq* y *soph-pasuch*). Volvemos á preguntar otra vez: ¿si será este círculo emblema de algun gran sistema universal desconocido á los griegos, y por lo mismo inaudito é incomprensible para nosotros, acostumbrados á no inquirir mas allá de aquellos y de su intrincada filosofía? Rogamos á los sábios críticos tomen en cuenta esta figura, y los datos que espontáneamente arroja; y que mediten bien sobre la sabiduría de Salomon, de Isaías, de Esdras y demás escritores sagrados, y sobre el distinto modo que tuvieron estos de ver los objetos, de pensar y de expresarse, respecto de los sábios que muy posteriormente brotaron de la Grecia y del Lacio.

A. M. GARCIA BLANCO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Mi adversario, dando un salto atrás, evitó una cuchillada que yo le tiraba, y al mismo tiempo vi que cerraban las vidrieras y contraventanas del gabinete. Bastó un minuto para que conociendo yo la deslealtad de mi proceder en atacar así á un hombre que tal vez estaba inermes, le dijera: «En guardia si traes armas, en guardia; ó vamos á buscarlas sino las traes, que necesito tu vida.—No creí, respondió tranquilamente mi enemigo, que los caballeros de Alcán-

tara acometiesen á sus enemigos, como los rufianes; esperándolos detrás de las esquinas. Señor don Alfonso Tellez, mañana nos batiremos, ahora sírvase V. dejarme atender á mis negocios.» Escuso decir que era don Carlos de Sotopardo quien me hablaba...

Don Diego. ¡Ah pícaro! con que le quitaba el pellejo en público, y luego en secreto...! ¡Para el tonto que se fie!

Alonso. Esa ú otra reflexión análoga se me ocurrió desde luego; pero tal fué mi sorpresa, tal mi indignacion, que durante algun tiempo me hallé incapaz de proferir un solo acento. Entre tanto don Carlos, prescindiendo absolutamente de mí, volvió á colocarse frente al balcón, y tal vez iba á silvar segunda vez, cuando el ruido de los pasos de un hombre que á nosotros se acercaba presuroso, le decidió sin duda á retirarse con tal precipitacion que desapareció á mis ojos instantáneamente. Intentar seguirle en medio de la oscuridad, y siendo cinco ó seis las calles ó callejuelas que, á cuatro pasos á mi derecha se cruzaban, fuera en vano; por manera que, en la impotencia de mi rabia, no tuve mas arbitrio, para desahogarla de alguna manera, que el de encaminarme al hombre, inocente causa de mi último chasco. Sabido es que la cólera descarga no siempre sobre el que la produjo, sino muchas veces sobre el objeto que mas á mano encuentra. Así aconteció con la mia.—¿Quién va?—pregunté con voz que sería sin duda de traidor de melodrama; porque el interpelado, retrocediendo algunos pasos, contestó con tono que anunciaba poca tranquilidad de espíritu:—Gente de paz; un vecino honrado.—¿Y quién es? ¿á dónde va?—Voy á mi casa señor, dos puertas mas abajo, soy, como digo, un vecino honrado, y no me meto con nadie, voy por mi camino, y si V. gusta me volveré.—Vaya V. á los infiernos, perdurable hablador,—exclamé volviéndole la espalda; pero quiso mi mala suerte que inmediatamente entrara en la calle un tercer personaje, y así que el vecino honrado se creyó con las espaldas seguras, comenzó á dar tales voces, clamando:—¡Al ladrón! ¡al asesino! ¡favor al rey! ¡pícaro! ¡saltador! etc.,—que por un lado, sacándome de tino, cosa fácil entonces, me obligó á hacerle sentir la suela de una de mis botas, y por otro no solo atrajo á él que por la calle venia, sino que dió lugar á que como por ensalmo, se llenasen los balcones de las casas inmediatas de gentes con luces. El concierto de voces desentonadas, de gritos descompasados, que resonó en mis oídos, no hay para qué decirlo; mas lo que no puedo pasar en silencio es, que quien vino el primero en auxilio del azaroso y chillon vecino, fué nada menos que mi Teniente Coronel.

Su sorpresa al ver en el que juzgó ratero á un capitán de su regimiento, y que ese capitán era yo, solo es comparable á mi vergüenza y despecho.—Aquí hay, dijo Almazan, algun misterio que mas tarde aclararémos. V., paisano, váyase á su casa y otra vez aprenda á distinguir de colores...—Pero es que el señor ha llegado á vias de hecho, maltratándome de palabra y de obra.—¿Quisiera V. que le diera las gracias despues de llamarle ladrón? Vaya muy noramala el hablador, y por via del Rey, que si sale de sus labios una palabra sobre este asunto...—Si el señor quiere una satisfaccion, interpuso yo, le daré las señas de mi casa.—Eso es, exclamó el honrado vecino, una estocada ó un balazo además del puntapié... Muchas gracias; pero yo veré si hay justicia en España.—Un gesto bastante significativo del Teniente Coronel hizo comprender á aquel buen hombre que podría costarle caro el insistir por entonces, y, obrando como cuerdo, nos dejó solos. «Sígame V., dijo Almazan, y á paso largo me sacó de la calle dirigiéndose hácia el cuartel de nuestro regimiento. Luego que ya nos vimos enteramente desembarazados de curiosos, volviéndose á mi con aire severo, preguntó mi jefe:—¿Con qué permiso ha venido V.?—Con ninguno, mi Teniente Coronel.—¿A qué ha venido V.?—A un asunto mio.—¿Qué asunto?—Es un secreto.—¿Que no pueden saber sus jefes de V.?—Ni nadie.—¿Qué hacía V. en la calle donde le he encontrado?—Pasaba por ella.—Y al paso insultaba V. á las gentes pacíficas, maltratándolas de obra y de palabra. Digna conducta de un caballero y de un oficial!—Las apariencias me condenan.—Bien, bien; mas tarde se averiguará la verdad; por ahora vamos á la prevencion.—Mi Teniente Coronel, he cometido una falta abandonando mi puesto, y de antemano me someto resignado á su justo castigo; pero, de caballero á caballero, tengo mañana un lance de honor...—¿Con quién?—Permítame V. que no lo diga, y consienta en retardar mi prision hasta mañana, que si salgo con vida, yo le empeño mi palabra de presentarme inmediatamente en el cuartel.—Imposible señor mio, imposible. La escena de esta noche ha sido demasiado escandalosa.—Señor Don Pedro de Almazan, se trata del honor...—Señor capitán, su Teniente Coronel de V. le arresta en la prevencion.»

Yo no sé hasta qué punto hubiéramos llegado con la discusion si por dicha, al pronunciar mi Gefe las últimas palabras, no nos halláramos ya á la puerta del cuartel, que á la orden de Almazan se abrió inmediatamente. Para colmo de mi desventura era Mendoza el oficial

de guardia de prevención. El Teniente Coronel le explicó en breves palabras lo ocurrido, y dejándole en su poder, con especial encargo de que bajo ningún pretexto me permitiera salir del cuartel, marché prometiendo volver á la siguiente mañana. Desde luego llamó singular y desagradablemente la atención de Mendoza la circunstancia de haber sido en su calle donde el Gefe me había encontrado. Por mas conflagrado y bonachon que naturalmente fuese, era imposible que no sospechara la pasión que su mujer me inspiraba; y no hay fé que resista á los indicios, mas que vehementes, que contra mí deponían en la tal aventura. Sin embargo, estubo cortés conmigo, y mandó que inmediatamente me tendieran un colchon sobre el sofá del cuerpo de guardia, invitándome á descansar un rato, oferta que acepté, mas por no estar frente á frente con aquel hombre cuya presencia era entonces para mí un remordimiento en cuerpo y alma, que por deseo de reposo. Acostéme, pues; y como llevaba dos días sin pegar los ojos, había andado cuatro leguas á galope y hecho dos horas de centinela á la intemperie, el cansancio físico pudo mas que la agitación moral, y, en efecto, caí en uno de esos letargos que embargan los sentidos sin dar treguas á las penas del corazón.

Mañana diré á V. las consecuencias de mi malhadado sueño.»

Alfonso. A los agudos sonos del clarín de guardia, tocando diáfana, salí de mi letargo, y me hallé solo en el pabellón de los oficiales, donde, por una ventana, con su reja de hierro correspondiente, comenzaban á entrar los primeros rayos del sol naciente. Sentíme acaloradísimo, y en vano quise levantarme; llamé con voz apagada, y el ordenanza no me oyó. ¿Dónde estaba Mendoza? ¿Cuánto tardó en venir? No lo sé todavía, porque á impulsos de la incomodidad física y de los tormentos morales, perdí el sentido; apoderóse de mí un vértigo espantoso; y cuando recobré la razón, después de seis días, me vi en una estancia enteramente desconocida, y rodeado de personas, á quienes en mi vida había visto hasta entonces, si se exceptúa á mi asistente.

—García, dije á este; ¿dónde estoy?—En casa del coronel, mi capitán.—¿Y esa religiosa?—Una hermana de S. Vicente Paul, que ha venido á asistir á V.—¿Y aquel caballero?—El médico, servidor de V., me respondió entonces el mismo por quien yo preguntaba.—Para abreviar, diré á Vds. que permaneci largo tiempo delirando en el cuerpo de guardia, donde parece que no entró Mendoza sino acompañando al coronel, quien así que tuvo noticia de mi arresto por el parte de la mañana, pasó inmediatamente á enterarse de la causa. Mi estado era tal, que el respetable veterano no solo olvidó entonces mi culpa sino que enterneciéndose, mandó que en una camilla me trasladasen inmediatamente á su propia casa, donde me hizo visitar por el mejor médico del pueblo, en union con el cirujano del cuerpo, y asistió por una hermana de la orden de S. Vicente Paul, institución por cierto bien digna de la caridad cristiana. Gracias á tantos cuidados y al esmero é inteligencia de los facultativos, la agudísima fiebre cerebral que durante los seis primeros días me tuvo delirante y en peligro de muerte, comenzó á ceder al declinar el séptimo, en cuya noche recobré por fin el uso de mi razón, como dejo apuntado. El médico puso término á mis preguntas, declarándome sin rodeos que no podía responder de mi vida, si no guardaba silencio y me sometía á discreción al régimen conveniente. La religiosa y mi criado añadieron que, si era necesario, emplearían hasta la fuerza para hacerme entrar en razón; y así pasé ocho días mas, lleno de curiosidad y sin poder satisfacerla.

Una circunstancia, entre todas me llamó singularmente la atención; á saber: que mi buen coronel no entrase ni una sola vez á verme en tantos días; pero el obstinado silencio de mis guardias me dejó conjeturar lo que mejor me pareciese. Fuera de peligro, mas no, según mi severo médico, en estado de soportar ninguna conmoción violenta, comencé á levantarme á los quince días de enfermedad; y, en resumen, hasta pasadas tres semanas no me entregó el médico la carta del coronel, que voy á leer á Vds. íntegra:

«Señor don Alfonso Tellez:

«La calaverada de abandonar el destacamento podía y debía costarle á V. su empleo; pero la ha pagado ya tan cara, que me parece le servirá de escarmiento para en adelante. Así, pues, he reducido al paisano del puntapié á que calle; logrado del Teniente-Coronel que retire el furibundo parte que justamente dió contra V., y echado tierra al negocio, del cual lo mejor es no volver á hablar en la vida.

»Parece que soñando dijo V. cosas que escocieron á Mendoza, quien, aunque pasa por un Juan Lanas, es hombre de honor. Su propósito era pedirle á V. una satisfacción, mas yo, para probarle la inocencia de su mujer, me decidí á leerle un pap-dote que V. tenía en el bolsillo del uniforme. Esta indiscreción ha restablecido la paz de un matrimonio; y creo, por lo tanto, que la dé V. por bien empleada.

»Por el mismo papel supe que debía V. batirse con Sotopardo;

y como no gusto de que mis oficiales queden mal en tales lances, fui en persona al lugar de la cita (de que me informó el Teniente Leon, quien alarmado con la ausencia de V., se vino á buscarle) fui, digo, á manifestar á Don Carlos su estado de V. y ofrecirme, en caso de que el andar á cuchilladas le urgiera, á reemplazar al enfermo, pero el capitán Sotopardo, que digan lo que quieran sus enemigos, es un caballero, rehusó la partida por razones poderosas, de las cuales me explicó algunas, y se reservó comunicarnos las demás en tiempo oportuno. Entré tanto V. y él han quedado bien puestos que era lo esencial.

»Creí con esto terminado el negocio: pero parece que hay algun demonio intrigante que se ocupa del cuerpo, pues hoy, á los siete días cabales de su encartada de V., recibo por extraordinario la fulminante real orden de que acompañe á V. copia.

»Voy á montar á caballo y ponerme al frente de los escuadrones; Sotopardo ha salido para su destino, y será preciso que V. haga lo mismo inmediatamente que se restablezca, presentándose antes á ese Capitán general á quien le dejo recomendado.

»Tambien hay para mí, como verá V., su trocito de peluca: pero como á Dios gracias, no tengo por qué callar, he acudido al Rey, como la ordenanza me lo permite, en representación de mi agravio. Luego que esto se zanje, me ocuparé en sacar á V. y á Sotopardo del mal paso en que estan.

»Entre tanto, si alguna vez le hace á V. falta un consejo sano, ó necesita cien doblones, escriba á su coronel, quien le hablará siempre con franqueza, y de buena voluntad le dará la mitad de lo que tenga.—Queda de V., etc.»

La real orden adjunta á la carta de mi Coronel y dirigida por el ministerio de la guerra al Capitán general del reino, en cuya capital nos hallábamos, decia de esta manera:

«Ha llegado á noticia del Rey N. S. por la vía reservada del ministerio de mi cargo, que los capitanes del regimiento número.... de caballería ligera, Don Carlos de Sotopardo y Don Alfonso Tellez, causan con su conducta irreflexiva, repetidos escándalos en esa provincia, turbando el sosiego de los pacíficos habitantes de su capital. S. M. ha visto con el mayor desagrado la reprehensible ligereza de los dos citados oficiales; y con sorpresa que, ni V. E., como jefe superior de sus reales ejércitos en ese reino, ni el coronel del cuerpo en que los capitanes sirven, hayan acudido en los términos que la ordenanza previene al remedio de unos excesos que perjudican no solo al buen nombre del regimiento de los culpables, sino al de las tropas todas de S. M. cuyos oficiales quiere el Rey que sean modelos de moralidad y decoro para todos sus vasallos.

«Es, en consecuencia, la voluntad del Rey N. S. que el regimiento de *** emprenda su marcha, á las doce horas de recibida por V. E. esta orden, para Badajoz; que Sotopardo salga en el mismo perentorio término, acompañado por un oficial de confianza, á embarcarse en el puerto de Cádiz para las islas Canarias en clase de confinado; y Tellez, de quien S. M. cree que, atendidos sus cortos años, reconozca y enmiende en breve sus errores, á esperar órdenes en la ciudad de Ronda, presentándose sin demora á recibir las del Comandante general de aquella Serranía.

«De real orden, etc.»

Figúrense Vds. qué efecto producirían en mí así la carta del Coronel, como la real orden; pero todavía recibí al mismo tiempo otras tres cartas, que es preciso conozcan Vds. tambien. La primera decia:

«La fatalidad, de que soy víctima ya hace años, acaba de descargarme uno de sus mas terribles golpes: el Rey, sorprendido por mis enemigos, me confina á las islas Canarias. Si algo puede consolarme es: primero, el testimonio de una conciencia pura y tranquila; después, que esta forzosa separación me evite el disgusto de hacer armas contra V., señor don Alfonso, quien si ha contribuido á denigrarme, es, no lo ignoro, á impulso de sugestiones que en su edad son omnipotentes.

«No sé por qué; pero es cierto que no puedo menos de profesar á V. un afecto, que seguramente no me paga. Algun día quizá, deshaciéndose las negras nubes que hoy oscurecen mi reputación, verá el capitán Tellez, cuán injustamente se me llama Carlos el malo. Entre tanto reciba V. un aviso que le dá un caballero: huya V. de Matilde, si en algo estima la tranquilidad de su vida, si no quiere arriesgar hasta la honra.—Plegue al cielo que las preocupaciones que contra mí han logrado inspirar á V. no le hagan desoir el de éste su desdichado compañero y S. S., etc.—Carlos de Sotopardo.»

Oigan Vds. ahora la segunda carta:

«Señor don Alfonso: en pago de la hospitalidad y cordial acogida que hallé en mi casa desde que, en mal hora, vino al regimiento, meditaba V. seducir á mi honrada esposa. Si la enfermedad que ahora le agobia no contuviese mi brazo, ya estaría V. castigado como merece: pero tenga V. entendido que no renuncio á la venganza, aunque la aplazo; y sepa que con la espada en la mano será como vuelva

á ver á quien se avergüenza de haber sido su compañero, y será siempre su implacable enemigo.—Cárlos de Mendoza.»

La tercera, en fin, decía:

«La misma persona que ha templado el ánimo del Rey con respecto á V., podrá rehabilitarle muy pronto, si se conduce con prudencia y cautela. Un hombre como V. no debe desalentar nunca; y lo que ahora padece se le tomará en cuenta para recompensarlo un día de la manera que su corazón desea, sin atreverse acaso á esperar. No tenga V. la menor comunicacion con Sotopardo; espere resignado y sea discreto sobre todo.»

Este último escrito no tenía firma.

Don Diego. Digole á V. que hay para volver loco al mas cuerdo. Alfonso. Tal creí que me sucedía, porque al verme, aun no cumplidos los veinte años, con la carrera cortada; en mal predicamento con el monarca á cuya munificencia debía mi educacion y empleo; expulsado de mi regimiento, y separado acaso para siempre, de la que adoraba, confieso que era carga harto pesada para mis débiles hombros. ¿Quién había dado cuenta á la superioridad de lo ocurrido, destituyéndolo además, pues que en realidad en cuanto á mi nunca hasta entonces hubo motivo de queja? ¿Qué mano poderosa había en la corte para que, apenas cometida la culpa, cayera sobre nosotros el rayo del castigo? ¿Cuál era el protector invisible y desconocido que mitigó para mí la severidad del Rey, y que me ofrecía rehabilitarme? ¿Por fin qué recompensa era la que se me ofrecía? Tales eran las dudas que me asaltaban y á que ni entonces, ni mucho despues, pude dar solucion. En cuanto á la carta de Sotopardo,

la explicacion me pareció fácil: don Cárlos era el amante de Matilde, y celoso de mí, quiso al partir prevenirme de manera que nunca pudiera ocurrirme la idea de suplantarle. ¿Pero y Matilde misma? Mis ojos habían visto, y con todo algunas veces el exceso de la pasion me hacía dudar hasta de aquel tan triste como irrecusable testimonio.

—Tal vez (solía decirme el pensamiento) tal vez supo Matilde que debíamos batirnos al siguiente día, y por evitarlo llamó á don Cárlos, arriesgando hasta su honor. ¿Se rien Vds.? ¡Ay señores, que no se renuncia fácilmente á esas primeras ilusiones de la vida, no se consiente sino en el último extremo, en convertir al ente ideal que nos forjó la fantasia en una mujer cualquiera, y mucho menos en una mujer detestable! Como quiera que sea el exceso de mi buena fé, en vez de mitigar mis penas, las aumentaba, pues los intervalos en que me persuadia de la inocencia de Matilde, eran como aquellos cordiales que se daban á las victimas del tormento, para que con las fuerzas recobrasen la facultad de padecer.

Las amenazas de Mendoza me parecieron harto naturales para dudar de su sinceridad, y las ofertas de mi Coronel, aunque sentidas, de todo punto inútiles por el momento. Así mi estado moral contribuyó no poco á prolongar la convalecencia; mas con todo eso, al mes de leídas las cartas de que vamos hablando, me hallé ya en disposicion de montar á caballo y, por consiguiente, de emprender la marcha al lugar de mi destierro.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(Conclusion.)

III.

La cita.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavora,
La ténica soberana
De las tinieblas profundas.

Entre apiñados celages
Que con su sombra la enlutan
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distantisimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal gergon el pobre
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga
Del frio y del hambre ruda,
Y al despertar ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuanto á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura,
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desenbozóse, apoyando

Contra la pared vetusta
Los hombros, mientras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

«Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del día;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonía.

Despierta, señora mía,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el día,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien... Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, celoso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,



Y requiriendo la espada
Decidido;
Vá mas ligero que el viento
Contra la sombra callada,
Sin ruido.

—¿Quién vá? ¿quién es él? ¿qué busca?
Pregunta la voz sonora
Del amante;

—Pregunta es esa muy chusca,
Señor don Pedro; en mal hora
Vuestra errante.

Estrella os trajo á mi nido,
Que yo día y noche velo
Mi tesoro.
Y cuidad que no descuido
Y sostendré contra el cielo
Su decoro!

—Su padre sereis, sin duda,
Y á tal nombre mi corage
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultrage...
—Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
no así artero
Del enemigo dormido...
—Sellad el labio injurioso
Caballero!

Si entre las sombras oisteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor,
Nunca acusarme debisteis,
Ni herirme así con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
Deste arrojó temerario
Que os aira:
Sirva á mi alma de disculpa
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
Que nada puede la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

—Os jactais de caballero,
Y así labrais el desdoro
De una dama
Sin averiguar primero,
Cual cumple á vuestro decoro,
Si ella os ama?

¡Oh don Pedro! sois muy mozo,
Mas vos á vuestra edad tenia
Mas prudencia:
Y os declaro sin rebozo...
—¡Perdonad al alma mía
Su impaciencia!

¡Oidme solo un instante,
Y os dolereis es seguro
De mi amor!
—Bien: y de aquí en adelante
Me obedeceréis?—Lo juro
Por mi honor!

—«Venid pues!» gritó el anciano,
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos
Que las tinieblas alumbran:

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,
Y al portal angosto entraron
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y el delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

Esperanzas.

Como el causado náufrago
Que en tempestad bravia,
Lucha en las olas tórbidas
Cercano á la agonía:
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera,
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, fervido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora limpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al misero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
Con nuevo brío esfuerzase
El triste por vivir!

Sin ti dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañador,
¡Cuán poca la virtud, cuan poco fuera
El genio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia
Eres blanda como él, como el divina;
Del sumo manantial de su clemencia
Brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que á los campos es la luz del día.

La luz que alumbró, el fuego fecundante
En el cual la creación enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dó viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torbo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera infierno;
Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

Explicaciones.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detrás, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben, ambos
Sin hablar ni una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,

Como mas se siente entonces
Menos entonces se habla.

Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada
Entraron; y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
—«Ahora bien, don Pedro, dijo,
»Ya escucho vuestras palabras.»
El joven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera:

—«Cuando estuve en vuestra casa
»De Villaldemiro, os dije,
»Segun creo, por qué causa
»Iba huyendo decidido,
»De amigos, familia y patria,
»Seis meses hará que aquella
»Dama de régia prosapia,
»Que mi padre, mas amante
»Que cuerdo, me destinaba;
»Casó con un archiduque
»De la corte de Alemania;
»Y el mismo tiempo ha que os busco
»Por los ámbitos de España.
»Anteayer volví á la corte
»Llena de dolor el alma,
»Y al borde, por Dios os juro,
»De una accion desesperada;
»Cuando esta tarde, por dicha,
»Descubrí en una ventana
»De esta casa al bien que adoro,
»A mi amor, á Flor-del-Alba!
»No queráis, pues, ser mas duro
»Que la suerte: á vuestras ansias
»Os rendid!»

—¿Quién... Yo, don Pedro,

»Cometer la accion bastarda,
»De unir á sangre enemiga
»La sangre de mis entrañas?
»Mal me conocisteis, joven;
»Nunca perdonan los Albas!
»Y antes prefiero ver muerta
»A mi Flor idolatrada,
»Que consentir! duro oprobio!
»En que se unan nuestras razas
—«Pero señor!»

—«Nada escucho!»

—«Pensad...»

—«Pienso que fué harto

»Mi bondad. ¿Queréis que olvide
»Tanta sangre derramada?...»
—«Se derramó en buena guerra»
—«La fortuna hereditaria»
»De mi Flor, que vuestros deudos...»
—«Os la devuelven intacta.»
—«¿Cómo?»

—«Mirad estas letras;

»Para vos fueron selladas,
»Y detrás de vos corrieron
»Conmigo, por toda España:
»En ellas, el rey Felipe
»Quinto; os devuelve su gracia,
»Vuestros títulos y honores,
»Vuestras haciendas y casas:
»Mi padre y yo esto pe timos
»Para vos, al buen monarca;
»Ved si consentis ahora
»En mi union con...»

—«Flor-del-Alba!

»Gritó gozoso el anciano,
»Flor, Flor!... Ven aquí, muchacha,
»Despierta y vistete presto,
»Que gran sorpresa te aguarda!
»Sois todo un hombre Don Pedro!
»Flor-del-Alba! Flor-del-Alba!

III.

Felicidad.

Bello es el astro rey del claro día,
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbrina
Bon su pálida luz, su brillo amante;
Pero mas bella aun, mas seductora,
Es la muger que el corazon adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger amor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido.
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcación que en calma va indecisa
Cuando las lonas candidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de esportisimos cantores
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inexplicable en su armonía,
Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al creador al fin del día....
Pero mas dulce aun, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altivo corazón del hombre
Es ganar por sí mismos fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna:

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
Pero es mas grata aun y apetecida
La posesión de la muger querida!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de ti no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida:
Al que sostienes tú, ¡qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.
Turbado también Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija aborta,
Dijo al dichoso mancocho:
—¡Y bien! ¡abrazá á tu esposa!
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo rién y lloran:

Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.

—¡Ay Tellez!....

—¿Por qué suspiras?

—«Aquella mansion dichosa
»En que por la vez primera
»Te vi...»

—«¿Qué?»

—«No es nuestra ahora.»

—«Por qué?»...

—«Vendíola mi padre»...

—«Mas la compró otra persona.

»¿Quieres volver?

—«Si es agena»...

—«¿Y si esa razon no importa?»

—«¿Cómo así?»

—«Porque es de un dueño

»Que con el alma te adora!»

—«¿Qué? el castillo?»

—«Y sus terrenos

»Son tu regalo de boda.»

—«¿Iremos allá?»

—«Muy presto.»

—«Cuando?»

—«A la próxima aurora!»

Conclusion.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste altura
Con magestad esplende soberana:
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pia blandamente entre las flores,
Celebran la estación de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estación del amor, yo te saludo!
¡Cuánto! ¡ay! por ti esperando desespera,
El mendigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida.

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura.
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazón de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
Que al presentarse mi estación querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, si; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbría:
¡Cuán grato es escuchar aquel concento
Que al espirar del moribundo día,
Alza á su Dios la creación entera,
Grata por ti, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieta nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto univocal sube el ruido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en la altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando
Grato cor á la campaña dando.

Y luego serpeando se estravía
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombría,
Copuda y amenísima alameda
Que hacía un palacio fastuoso guin
Semi-oculto en la frutal arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina
Como el roble á la fragil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio: — en la blancura
De sus tapias, imagen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancilla:
En cambiantes vivisimos fulgura
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano:
Llanos y monte y castillo la honda marea
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en turbidas quebradas
Há poco: — rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpúreas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:
Triscan sobre la yerba de los prados
Balandando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra.....

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonces estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras

Un galán son y una dama,
Esta de rara hermosura;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma toda ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

Cuán hermosa es Flor-del-Albal!
Cuán estrema es la apostura
Del enamorado esposo!
Cuánta de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan

De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atención tan profunda,
Que al mirarlos se decía
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus lábios se sonríen
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.

FIN.



Dios te ayude.

Antiguamente el estornudo era un signo augural: se le consideraba como un buen presagio. Los poetas decían, hablando de una mujer hermosa, que los ángeles habían estornudado en su nacimiento. Después, los estornudos por la mañana al salir del lecho, eran mirados como un mal presagio. Era menester entonces, para destruir su efecto volverse á acostar ó ponerse á comer.

Aunque Plinio dice que Tiberio fué el primero que quiso ser saludado cuando estornudara, es incontestable que los griegos expresaban alguno de sus buenos deseos en tales casos. La fórmula de tales cumplimientos, era esta generalmente: «Que Júpiter os conserve ú os asista.» Fórmula que han adoptado también los Cristianos, sustituyendo el nombre de Dios al de Júpiter.

En Africa, en el reino de Sennaar, cuando el rey estornuda, los cortesanos le vuelven la espalda, dándose una palmada muy fuerte en el muslo derecho.

En el Monomotapa cuando estornuda el soberano, los que están presentes pronuncian una aclamación ruidosa que tienen que repetir en seguida los que están en la habitación inmediata, y así sucesivamente, de manera que de habitación en habitación llega el ruido á las calles y se estiende con rapidez por toda la población. Por poco irritable que sea la membrana pituitosa del monarca, juzgue el lector cuál será el alboroto que se arme con tal etiqueta en la residencia real.

PENSAMIENTOS VARIOS DE UN AUTOR ANÓNIMO.

San Gregorio hace del hombre la siguiente pintura.

«Es un compuesto de todo lo más raro y extraño que hay en la naturaleza, es desemejante á sí mismo; es una mezcla de calidades mortales é inmortales, su cuerpo está espuesto á mil géneros de enfermedades, el calor natural que mantiene su vida devora su propia substancia, tan luego como le faltan los alimentos para mantenerla; si reposa, la pereza le pone inmóvil; si se ocupa, el trabajo le aniquila; si ayuna, el hambre le consume; si come, los manjares le cargan; la sed le seca; el exceso de beber le entorpece; el sueño le

rinde; las vigiliat le fatigan; el frío le pasa; el calor le ahoga; el alivio de una incomodidad le conduce en breve á otra.»

«Los libros—decía Alfonso, rey de Aragon—son entre mis consejeros los que mas me agradan, porque ni el temor ni la esperanza les impiden que me digan lo que debo hacer.»

Escribía una dama á su amante, en un acceso de cólera, creyéndose ofendida, y le decía:—«Pícaro!...Si se pudieran escribir los palos, tú no leerías mis cartas sino con las espaldas.»

Hay tres géneros de ignorancia: «no saber; saber mal lo que se sabe; y saber otra cosa de lo que se debe saber.»

Decía un sujeto, hablando de los ensueños y transformaciones que él había sido el Becerro de oro; y exclamó una señora que le oía: «Es lástima que haya V. perdido lo dorado.»

Entrando Casaubon en la Sorbona, le dijeron mostrándole la sala de las conclusiones: «Cuatrocientos años hace que se disputa aquí—Y al cabo de tanto tiempo, pregunto él, ¿qué se ha decidido?»

El comercio es el arte de robar los bienes ajenos con permiso de las leyes.

Perder la juventud, la hermosura y las pasiones ó afectos, es ciertamente desgracia; por eso muchas mujeres se hacen devotas á los cincuenta años.

Los grandes imperios han empezado todos por barracas, y las potencias marítimas por barcas de pescadores.

El conquistador es un hombre, cuya cabeza se sirva con feliz habilidad de los brazos de otros; pero no hay conquistas sin grandes injusticias.

Desde los antiguos romanos hasta el presente, no hay un pueblo que se haya enriquecido con las victorias.

SOLUCION DEL GEROGIFICO PUBLICADO EN EL NUM. ANTERIOR.

La muerte de los grandes hombres ha sido sensible en todos tiempos.



La esclusa, cuadro pintado por Turner.

Una máquina tosca que un hombre pone en movimiento con su vigoroso esfuerzo; un paisaje de poca variedad y estension, no son, al parecer, objetos favorables para la poesía. Pero mirando atentamente, tratando de comprender la idea del cuadro, la hermosura del colorido, se halla en esta escena un vigor armonioso que le da un carácter particular. Las altas espadañas y otras plantas, el agua tranquila y sombría, los árboles apiñados y torcidos, la compuerta de un trabajo grosero, los hombres aplicados á su labor, hasta la nube

que detiene é intercepta los rayos del sol, todo respira fuerza y energía. Se percibe cuasi la frescura de esa sombra estensa y de esa vejetación poderosa, á cuya impresion se une un respeto profundo hacia la laboriosidad del hombre.

Sitios mas vulgares han inspirado sonetos preciosos á muchos poetas; júzguese lo que habrian escrito si hubieran sido inspirados por este paisaje, é insensiblemente se asociara cualquier imaginación al sentimiento poético de Turner.

10 DE MARZO DE 1850.

Del origen é invencion de los Naipes.

No obstante que los infortunios y reveses de Francia habían sido algo aliviados tanto por el rey Carlos V, llamado el Sabio, como por la valiente espada del condestable Beltrán de Guesclín, pronto se perdieron estas ventajas bajo el reinado de Carlos VI, no tanto por su cruel enfermedad, como por las luchas de los Armagnacs y Burguignones; y de estas guerras continuas de la reacción real y popular contra el antiguo sistema feudal y caballeresco; de esta transición de un poder á otro nacieron la impotencia del gobierno y la extensión de la ocupación inglesa en las mejores provincias del reino; y por último se borró por entero la autoridad de Carlos VI al grito general de: «Roi ne chevauche» (el rey no cabalga ya). Desde entonces se encerró Carlos VI en su alcázar de París, en donde quedó confinado por el resto de su vida, pasando su tiempo entre las extravagancias de la locura y las diversiones, que su servidumbre se esforzaba en proporcionarle; pero como la enfermedad duraba ya hacia años, se habían agotado todos los recursos de distracción, y habiendo mandado los físicos divertir al rey como única curación de sus dolencias, cada uno hacia lo posible para crearle nuevo recreo, cuando un día la casualidad hizo que uno de los señores del palacio supo que en el mismo París vivía un loco, cuya demencia era: por medio de vidrios, muy bien pintados, dar batallas, combinar alianzas, etc. y esto por la reunión ó separación de los referidos vidrios, según reglas fijas, establecidas por el inventor. Pero antes de conducir dicho loco al aposento del rey vamos á contar su vida y la causa de su locura.

Cerca de la antigua puerta de San Antonio en el arrabal del Santo honrado, hoy barrio de San Honoré, vivía en una de las infinitas callejuelas angostas y sucias, que componían al principio del siglo quince la corte de Francia, un pintor llamado Jacquemin Gringonneur; su arte era pintor sobre vidrio, y pasaba entonces por el mejor en esta clase, lo que á pesar de su talento y mucha laboriosidad no le impedía ser muy pobre: sus padres se habían muerto hacia ya años y desde entonces vivía solo, dedicándose únicamente á la pintura sobre vidrio, que vendía en los conventos é iglesias para adornar los sobre-portales, etc. De este modo pasó varios años, cuando un día un rico manguitero le llamó, mandándole hacer cierta vidriera, ofrecida en voto á la Virgen, Nuestra Señora de París: la vidriera tenía que representar una Santísima Virgen de las dimensiones del ojo de la media naranja de su capilla en la iglesia de Santa Genoveva, con la particularidad que en su voto el peletero había ofrecido, que su hija única, María, serviría de modelo. Jacquemin encontró el voto bastante original; pero como María era joven y bonita, no puso dificultad ninguna en admitir la proposición, y enterado de las dimensiones de la vidriera y de acuerdo sobre la retribución por su trabajo, convino con el manguitero, que su hija, acompañada por su dueña la vieja Gertrudis, iría hasta la conclusion de la obra todos los días por la mañana á su casa.

Siendo sumamente elevada la media naranja de la capilla de Santa Genoveva, la Virgen tenía que triplicar el tamaño natural, y Jacquemin no habiendo hecho nunca una pintura tan grande decidió empezar su obra por hacer el retrato de María, para traspasarle luego con el aumento requerido á la vidriera. Al principio, todo dedicado á las inspiraciones de su arte, Jacquemin dibujaba sin preocupación las facciones de María; pero al llegar á darles el colorido y con él la expresión, á cada sesión conoció el pintor mas y mas la diferencia entre el arte y la creación de Dios: cada vez le parecía la mirada de María mas dulce, los ángulos de su boca mas lindos, la tez de su rostro mas fresca y fina; las sesiones se prolongaban, se reiteraban, y siempre le parecía la copia llena de imperfecciones, mientras que en el modelo encontraba su bello ideal. Bajo tan felices inspiraciones se concluyó por fin el retrato de la hija del peletero y tres meses despues se colocó en el templo divino la vidriera de la Santísima Virgen, una de las mejores producciones de la edad media, y que llama todavía en el día la atención de los artistas por lo correcto de su dibujo y la fuerza de su colorido.

Como es natural, semejante regalo, ejecutado sobre todo con tanta maestría, llamó sobre el peletero las bendiciones del clero, y diversas consideraciones por parte de sus parroquianos, que se componían casi únicamente de las primeras casas de la corte: así sucedió tambien que su vanidad proyectaba ya el enlace de su hija con un Consejero del parlamento, ó al menos con uno de los alcaldes de París, olvidando en medio de sus vapores orgullosos, que no obstante su riqueza, el regalo de la vidriera, y la hermosura de su hija, no dejaba de pertenecer él á la clase de los villanos. Mientras que así la ambición carcomía el corazón del peletero, Jacquemin había colocado a lado de su lecho el retrato de María, transformada en Virgen con una corona entrelazada en sus cabellos, y allí, arrodillado delante de esta

imagen, que era al mismo tiempo la patrona de su alma y el ángel de su corazón, rezaba fervorosamente á cada instante que la campana del convento inmediato tocaba la oración. Cuatro meses se pasaron de este modo: el peletero, con sus deseos de engrandecimiento en categoría: María, con su inocencia é ilusiones de los 17 años, y el pintor con su pasión, cada día mas fuerte: Jacquemin visitaba cada dos días la casa del peletero, que le dispensaba la mayor franqueza, y la hija estaba cada vez mas amable, mas complacida, hacia las atenciones del artista; cuando por fin, la víspera de San German, declaró el pintor al peletero la intención de casarse con su hija, rogándole admitiese favorablemente su petición. Al oír semejante proposición, el padre, que veía en ella desechos todos sus sueños de ambición, hizo salir de su casa al infeliz Jacquemin, colmándole de injurias; y llamando en seguida á María, la prohibió rigurosamente volver á hablar ni á recibir al pintor: escuchó María á su padre sin articular palabra, y se retiró en seguida á su cuarto: echó el cerrojo por primera vez y prorumpió en llanto: Jacquemin al contrario, arrebatado de cólera y herido en sus mas tiernas afecciones, apenas llegó á su casa, cuando apoderándose de su daga, juró entre dientes al peletero una venganza sangrienta y cruel; pero levantando la cabeza se encontró con la candida mirada de su ángel y virgen: ya no pensó sino en amar á su María; y entonces, arrodillado ante su Santa Patrona rezó con mas fervor que nunca sus oraciones de consuelo; luego ya mas tranquilo, recorriendo en su imaginación lo pasado, fijó su atención con particularidad en las últimas palabras del peletero: «No daré mi hija sino á un hombre rico.» Pues me falta oro; oro!—esclamó Jacquemin, y cayó sobre un banco de madera, único mueble de su cuarto.—Largo rato pasó así el pintor sumergido en sus tristes ideas, cuando de repente, este mismo estado de abatimiento le inspiró el proyecto de formar una vidriera de las mayores dimensiones que se hubiese visto hasta entonces, y en este gran cuadro pintar á Carlos VI, su familia real y su corte; y concluida, obsequiar con ella al rey, que al recibir tan grandiosa obra, no dejaría de recompensarle generosamente. Algo tranquilizado con tan lisonjero proyecto, empezó á ordenar su composición y á bosquejar su obra acto continuo de haberlo concebido.

Dedicado con afán á la pronta realización de su cálculo, Jacquemin no salía de su casa, mientras que la pobre María pasaba sola con Gertrudis meses y meses, relegada en un cuarto interior, pensando siempre en su querido amigo; pero sin atreverse á hacer ni la mas leve pregunta sobre su paradero: en el transcurso de este tiempo la gran vidriera fué cubierta con los retratos del rey, su familia real, servidumbre y varios Señores de la corte; y solo faltaba para la conclusion del cuadro algunos accesorios indiferentes, cuando en la tarde del día de San Carlos del año de 1418, sea por casualidad ó hecho á propósito, el peletero contó á su hija que el pintor maestro Jacquemin Gringonneur se hallaba muy malo, y que regularmente á aquella hora Dios habria ya dispuesto de su alma. Como cierto presentimiento interior, ó quizá este espíritu de penetración, tan desarrollado generalmente en las mugeres, aseguraba á María no ser cierto el dicho de su padre; pero si un lazo para hacerla olvidar mas facilmente su primera pasión, se conformó en apariencia con resignación á la voluntad de Dios; y sin mas preguntas le recomendó en el momento su alma; pero en su interior se decidió repentinamente á ir aquella misma noche á la casa de su amado para averiguar el hecho y asegurarse por sí misma del estado en que se encontraba.

Hacia mas de dos horas que habia resonado la última campanada de silencio; las cadenas estaban ya puestas en las calles, cuando mientras que el padre descansaba sosegadamente en los brazos de Morfeo, María y la vieja Gertrudis huyeron silenciosas como una sombra por las desiertas enrejadas de París. El camino era bastante largo, y mas temible sobre todo para dos mugeres, tanto por que en aquel tiempo el alumbrado de la corte consistía en algunos candiles, guarnecidos de resina, y colgados de trecho en trecho, cuanto porque á aquellas horas no bastaba la vigilancia de los arqueros del Gran Preboste para impedir que los transeuntes fuesen con frecuencia inquietados por los muchos ladrones que se ocultaban en los infinitos huecos que les ofrecía la irregularidad de las callejuelas. A esta misma hora, y sin embargo de la prohibición rigurosa, de que despues del toque de silencio ningún villano pudiese tener luz ni fuego, Jacquemin, entusiasmado con su trabajo, estaba pintando todavía, concluyendo un escudo de armas, última pieza de su cuadro; cuando oyó pedir socorro, la voz le pareció la de María, y así apoderándose de su daga, abrió la puerta y arrojóse sobre dos hombres, que maltrataban á una muger.

La aparición súbita é imprevista del pintor; la fuga de los ladrones, y el recoger pálida y demayada á la desgraciada María, caída en tierra, todo fué obra de un instante; Jacquemin la llevo en sus brazos á su casa, que era enfrente de lo ocurrido, y tanto por la

BILBAO.

asistencia de Gertrudis como sobre todo por la voz y mirada cariñosa de su querido, pronto volvió en sí María. Ya no era alegría, sino una calentura de delicias voluptuosas que oprimía al pintor, su casa era toda una eternidad, un eliseo completo: María sentada delante del enorme caballete de la vidriera en el banco de Jacquemin, se apoyaba ligeramente sobre él, que de pie, enseñándole su obra, desarrollaba con complacencia y con santo entusiasmo todo su proyecto de felicidad próxima. Con un día mas de trabajo la pintura se concluiría, y con ella se adquiriría la categoría y el oro que pedía el peletero; pues en medio de su cruel enfermedad Carlos VI era grande y generoso, porque era por voluntad de Dios rey de Francia; también María confiaba en estas ilusiones, ya no había ningún obstáculo á su enlace, y así los dos se consagraron únicamente á estas lisongeras ideas, cuando una voz demasiado conocida por ambos, llamó con imperio á la puerta. Era el peletero: Despertándose al cerrar la puerta de la calle, se había levantado para averiguar el motivo de tan estrañna salida, y no encontrando ni á su hija ni á Gertrudis, le ocurrió la idea de que solo el maestro Gringonneur había podido robarla, y se fué al momento derecho á su casa. Al llamar á la puerta, María y Gertrudis conociendo al instante la voz de su padre y amo, se ocultaron detras de la vidriera: Jacquemin al contrario, fuerte en su conciencia, bajó á abrirle la puerta sin la menor turbación; mientras que el peletero, animado por sentimientos de muy distinta naturaleza, no hizo mas que precipitarse dentro del cuarto, ver en seguida por la transparencia de la vidriera á su hija y asirla del brazo; pero en este momento, la velocidad de sus movimientos derribó el caballete y con él la vidriera, que se rompió en mil pedazos: á la vista de esta desgracia Jacquemin titubea y cae en medio de los vidrios rotos. Este inesperado suceso y el rostro pálido del pintor, produjeron en el corazón del peletero tanto mas efecto, cuanto que en realidad era hombre de bien, y así él, lleno de cólera y venganza contra Jacquemin hacia un momento, no se ocupaba ya sino de socorrerle; pero el infeliz artista seguía en el suelo sin conocimiento; el golpe moral había sido demasiado fuerte, y era ya de día cuando volvió algo en sí, pero sin conocer á nadie, ni á su misma María; una sola idea tenía fija, la vidriera, que absorbía toda su inteligencia: Jacquemin estaba loco.

Desde entonces, sobre todo el peletero, informándose de lo ocurrido, cuando supo que había sido la causa y el autor de esta desgracia, no pudo menos de compadecerse el lastimoso estado del infeliz pintor, y para reparar al menos lo que estaba á su alcance, se decidió recogerle en su misma casa y sacrificar todo cuanto podía para curarle, ó al menos aliviar un tanto su triste posición. Pero desgraciadamente ya no era tiempo, sea que los hijos de Esculapio poseían entonces menos ciencia que en nuestros días, ó que el mal era demasiado grave, lo cierto es que la locura del maestro Jacquemin Gringonneur seguía su curso: solo la imaginación ingeniosa de la afección de María lograba algunas veces aliviar algo á su querido, cuando se asociaba á los caprichos de su demencia; no obstante que nunca volviese enteramente á la razón, ni jamás llegó á demostrar que conocía á María. Y si varios años después manejó de nuevo sus pinceles, era solo para seguir trazando sobre otros vidrios ó sobre pedazos de fuertes pergaminos el objeto de su locura, que al principio de su enfermedad consistía en juntar todos los vidrios rotos de su grande vidriera, luego dividirlos en grupos aislados y hacer con ellos otros tantos retratos ó cuadros; y últimamente dar á cada pedazo una significación y por la combinación de sus grupos un valor, de modo que pudiesen formar entre sí alianzas, dar batallas, etc., y el todo según reglas fijas.

Naturalmente, y sobre todo en aquel tiempo, que había menos objetos de conversacion que ahora, poco á poco todo París se ocupaba de la locura del gran pintor, llegando á noticia, como hemos dicho, de uno de los señores del palacio, el maestro Gringonneur fué presentado al rey; y desde la primera noche este nuevo juego distrajo tanto á S. M., que siguió hasta su muerte jugando todas las noches con el pintor: y si damos fé á la crónica de aquella época, Carlos VI se encontraba con este recreo *moult divertí* (muy divertido).

Reinando entonces como ahora, y como regularmente siempre reinará el espíritu de imitación, muy pronto se puso en moda el juego del rey; todos los señores de la corte mandaban al maestro Gringonneur hacerles otros juegos, y así tomaron origen los naipes, que ya en el reinado de Carlos VII se perfeccionaron mucho.

Ahora si consideramos filosóficamente la invención de los naipes, naturalmente preguntaremos ¿ha sido ventajosa ó desgraciada para la sociedad?—En cuanto á nosotros nos contentaremos con observar: que los naipes han sido producto de la locura, y que fueron adoptados y propagados por dos locos é hicieron olvidar á uno su querida y al otro su reino y su pueblo.

EL CONDE CARLOS DE RAMSAULT.

La vista de la iglesia de San Antonio Abad y del puente Viejo de Bilbao, merece ciertamente ocupar las páginas del SEMANARIO, tanto por el agradable aspecto que presenta, como por su interesante historia: fieles nosotros en transcribir á nuestros constantes suscritores todo cuanto tienda á merecer su aprobación, vamos á bosquejar estos monumentos de una de las villas mercantiles mas importantes de España.

El puente Viejo de San Antonio es sin disputa alguna, aunque ha variado completamente de forma, el mas antiguo monumento de Bilbao; existía antes de la fundación de la villa, y servía en lo antiguo, como hoy, de comunicacion entre las dos opuestas orillas del rio: mas por mucho que hemos inquirido la averiguación de la época en que se echaron sus cimientos, han sido vanas nuestras diligencias y no hemos sido mas felices que los que nos han precedido en este curioso trabajo. Entonces estaba Bilbao asentada en la villa izquierda, y sobre la derecha, elevábanse algunas torres y casas y la gótica iglesia de Santiago. Ya en 1333, D. Juan de Lara concedió á la villa la facultad de exigir pontazgos para conservar y separar el puente, y desde los primitivos tiempos de la villa, hubo de tomarle por distintivo de sus armas, pues «que estaba» sellada con el sello «de dicho concejo de Bilbao, en el cual sello habia figura de puente de un castillo é un lobo,» la escritura de convenio que con el rey D. Pedro el Cruel celebraron los vizcainos en 1336, por la que se comprometían á elegirle por señor, en lugar de D. Tello.

Todas las noticias que del puente tenemos, convienen en que á la cabeza de él estaba el alcázar, comenzado á construir por el rey D. Alonso XI durante su corta permanencia en esta villa en 1332, y asimismo lo sienta Juan Muñoz de Villasan, en la crónica que del mismo rey escribió. Sabemos tambien que el concejo de Bilbao, le demolió en 1366, y que sobre sus cimientos levantó la iglesia de S. Antonio Abad, en la que se celebró la primera misa el día 5 de agosto de 1433. A esta iglesia, pues, está ligado por uno de sus estremos el puente, que consta de tres arcos de medio punto, muy desiguales, con dos cepas, cimentada la una de ellas sobre firmísimos peñascos en la ria. Tiene el primero de estos arcos un claro de 110 pies y su altura no baja de cincuenta: es poco cómodo para el tránsito á causa de su gran montea, pero su robusta construcción y su singular forma, no dejan de presentar un aspecto, al par que de estudio para el arte, agradable á los ojos del espectador.

Las continuas avenidas, verdadero azote de la poblacion bilbaína, del rio Nervion ó Haizabal, que de ambos modos se le designa, han desmoronado con sus violentos embates, en diferentes épocas, la sólida fabrica del puente. El 15 de abril de 1580 quedó arruinado del todo: el 29 de abril de 1408 se llevó una riada la mitad de él: el 27 de junio de 1450 desapareció completamente, y diez años mas tarde en el mismo día y hora se presentó semejante catástrofe á los consternados ojos de los bilbaínos, sufriendo tambien perjuicios considerables en cada uno de los años de 1513, 1550, 1535 y en particular el 22 de setiembre de 1595. Pero por una de esas circunstancias que solo hallan explicacion en la constancia del hombre, el mismo puente que en el transcurso de dos siglos, desapareció siete veces, reconstruyóse sin descanso, hasta afianzarle una vez de modo que desafiara el ímpetu de las aguas, sin temor de que comoviera sus apretados cimientos. Bien es cierto que este empeño de sostenerle á todo trance dependía de la necesidad, porque sin el puente no había comunicacion entre la parte antigua y nueva de la villa, y causaba esta falta, no pocas incomodidades á sus habitantes.

Campea gallarda ostentando su esbeltez en el claro azul del firmamento la torre de la iglesia de S. Antonio, que como hemos dicho, se construyó sobre los cimientos del alcázar de Bilbao. Es toda de piedra, con una giralda por remate, y se reedificó en 1775, arreglada al diseño del maestro Gabriel de Capelástegui. Aunque los adornos que la decoran son de mal gusto, y pesados y estan profusamente distribuidos, su situacion es tan favorable, que como puede ver el lector por la lámina que acompaña á este artículo, presenta el conjunto una vista en extremo pintoresca. Y subiria de punto su admiracion, si la contemplara al declinar su carrera el sol del mes de agosto, en el momento de la pleamar del Haizabal: ¡qué hermoso panorama se despliega y cuán bien combinados están sus colores! La pluma mejor cortada, no podria describirlos con perfeccion: esta clase de paisajes no se pintan: es necesario verlos del natural para comprenderlos. Y á pesar de su bellísimo aspecto, considerados artísticamente los edificios que le dan vida, son de valor tan escaso, que ni merecen la pena de ocuparnos detenidamente de ellos. El alzado de la iglesia, cuya es la torre, pertenece á la escuela malamente llamada gótica: tiene tres naves, 98 pies de largo y los mismos de



Bilbao.—Vista de la iglesia de San Antonio Abad y del puente Viejo.

añcho; pero no vaya el curioso á investigar en su interior algo que conserve el caracter de la arquitectura del siglo XV, los complicados contornos de las ventanas ojivales, el gusto por los bordados y encajes de Opicora, tan comunes como admirablemente esculpidos, aquel sistema vertical seguido con exageracion por los mas afamados maestros, sistema que vali6 al arte, en el sentir de algunos, el Justo epiteto de *decadencia*; nada de esto: la iglesia de S. Antonio no pertenece á ningun género de arquitectura: ni aun en la fachada de su única puerta, ni en las grandes y espaciosas capillas, ni en los lienzos y retablos del altar mayor y de los laterales, pudo su autor legarnos algunos buenos destellos de su ingenio. Muchas veces hemos oido asegurar que el San Antonio Abad de madera que se habia colocado en el altar mayor, es de una talla esquisita: nosotros nos atreveremos á decir, no solamente que no le reconocemos el subido mérito que algunos le dan, sino que nos parece una escultura de inferior dibujo.

Por el claro del primer arco del puente, y en segundo término, se vé el puente colgante, levantado el año de 1829 por el arquitecto don Antonio de Goicoechea. Esta obra ofrece la singular circunstancia de ser la segunda de su clase construida en España, porque la primera, el puente de Burceña sobre el Cadagua, fué erigida tambien por el referido arquitecto en 1825: de manera, que Vizcaya posey6 antes que ninguna provincia de la península, dos puentes colgantes, que para aquel tiempo, no dejaban de ser una novedad harto curiosa.

El edificio que descuella en el fondo sobre el puente, y un poco mas en lontananza, es el convento de religiosos de S. Francisco. Comenz6 á labrar en 1501, y el emperador Carlos V concedióle en 1530 la facultad de usar de sus armas imperiales y reales: en 1808 fué incendiado por los franceses, y apenas se concluía en 1835 su reedificacion, empezada á luego de la guerra de la Independencia, cuando se transform6 en cuartel amurallado y artillado, y sufrió todos los desastres consiguientes á un cambio tan violento. Tenia una cómoda iglesia de 200 pies de longitud, hermosa sacristía, en la que se conservaba una magnífica copia de la Sacra Familia de Rafael, que existe en el museo de París, cuya copia forma hoy una de las prendas mas estimadas del museo de Bilbao, y algunas capillas que encerraban buenos sepulcros de piedra labrada, que aunque no han desaparecido del todo, hánse mutilado atrocemente. Reunia ademas este convento un estenso claustro y un espléndido campo-santo, que fué destruido y profanado sacrilegamente, merced á la licencia que crearon nuestras

civiles discordias. Desde la torre del convento, que se conserva en pié, aunque sin la cruz y la flecha de su remate, se enseñorea la vista en un dilatado paisage de sorprendente efecto. Es la mas elevada de la villa.

El fondo de la vista, somero al puente, le forman multitud de casas del barrio de la Naja, del que está una buena parte cubierta por el puente y la iglesia. Este barrio, que se extiende sobre la misma márgen izquierda del Nervion, posee un edificio, que aunque nada de singular representa su forma, es sin embargo, de muy elevado precio para los apegados á los recuerdos históricos. Hablamos de la casa conocida con el nombre de la Naja, en la que se reform6 el Fuero de Vizcaya en agosto de 1526, por el Bachiller Martin Perez de Burgoa, Letrado del señorío de Vizcaya, y por Iñigo Urtiz delBargüen, síndico del mismo, siendo su corregidor el Licenciado Pedro Giron de Loaysa. Este es el famoso código de Vizcaya mandado imprimir de órden del rey D. Felipe IV, despues de haber confirmado sus privilegios, franquezas y libertades, asi como lo hicieron de los antiguas, los reyes sus predecesores.

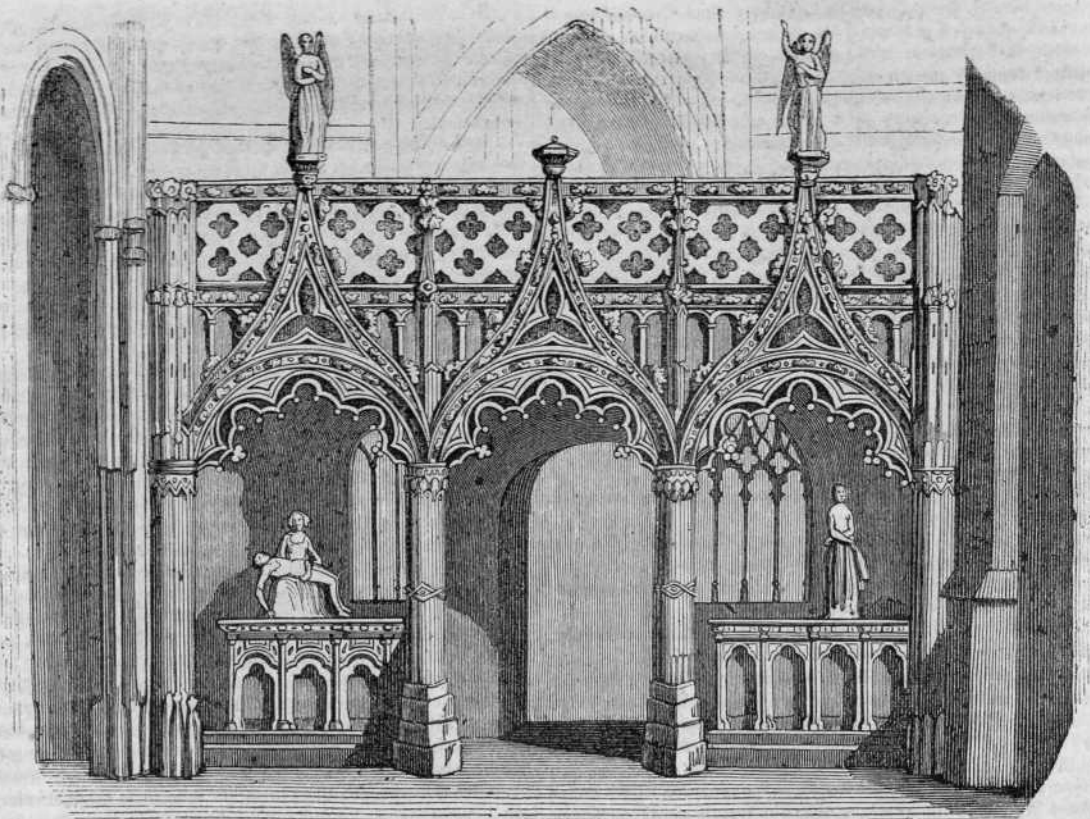
J. E. DELMAS.

Iglesia de Nuestra Señora del Falgoat.

Esta iglesia fué fundada en 1425 por Juan V, duque de Bretaña, como lo prueba la siguiente inscripcion esculpida en letras góticas angulares á la izquierda de la puerta grande: *Joanes V illustrissimus dux Britonum fundavit hanc.... (ecclesiam) anno MCCCCXXIII*. El nombre que lleva de Nuestra Señora de Falgoat ó Foll-Coat, significa en lengua bretona *Nuestra Señora del Loco del Bosque*, y tiene su origen en la siguiente leyenda.

Un pobre loco llamado Salaün, vivia entre Guic-Ellean y Lesneven, hácia el año de 1530. De todo lo que estudiara en otro tiempo solo recordaba estas palabras: *Ave-Maria*, y esta invocacion: *¡O bro-un guero! hes mari!* (en breton: *¡O Señora Virgen Maria!*) Consagr6 su débil existencia al culto exclusivo de la Virgen. Despues de su muerte se vió crecer un hermoso lirio blanco sobre su tumba. El pueblo lo acogi6 como un milagro; se abrió el sepulcro y vieron que el lirio salia de la boca de Salaün.

Dicen los cronistas de aquel tiempo, que el duque de Bretaña,



Interior de la iglesia de Nra. Sra. del Folgoat.

para merecer la intercesión de la Virgen que había manifestado de una manera tan explícita lo grato que le había sido el culto de Salaün, hizo voto de erigir una capilla á la divina protectora, y puso él mismo la primera piedra en 1364. Los trabajos fueron interrumpidos innumerables veces por las guerras continuas que asolaban el país. Este edificio precioso, á cuya construcción contribuyeron señores, príncipes y aun reyes, no ha sido nunca completamente concluido.

A la derecha de la iglesia se vé el priorato, compuesto de varios edificios ruinosos. Allí habitaban el Dean y los Canónigos de Folgoat; allí fué donde Ana de Bretaña, Francisco I, y otros muchos personajes célebres é ilustres, hallaron hospitalidad cuando fueron en peregrinación á hacer sus devociones. Aun existe el sillón de roble que se supone haber pertenecido á la reina Ana; está en la hospedería de los peregrinos.

El pórtico lateral, en el que se hallan las estatuas de los doce apóstoles, fué construido por orden de Ana de Bretaña y á su costa. Las esculturas, hechas en piedra de Kersanton, son de mucho mérito y producen un efecto singular.

En una capilla lateral hay unas pinturas de muy mal gusto, pero muy ingeniosas, que representan las principales escenas de la vida de *Salaün ar foll* (Salaün el loco).

El pórtico principal, donde se veía antes la estatua pedestre y en traje de ceremonia del duque Juan V, está en un estado lamentable de degradación. Los ornamentos interiores de la iglesia, sus balaustradas caladas, y sobre todo su altar mayor, son dignos de llamar la atención de los artistas y de los anticuarios. Sin embargo, el altar mayor que era de un solo trozo de piedra de Kersanton, de trece pies y cuatro pulgadas de longitud, tres pies y medio de anchura, y nueve pulgadas de espesura, se halla hoy en un estado deplorable, gracias al vandalismo de los habitantes de Falgoat que le han hecho embadurnar al óleo.

El coro es admirable, é igual á lo mas bello que hemos visto de este género en otras iglesias de nombradía. Está profusamente adornado de arabescos elegantes, de pilares esbeltos, y de follage, y lleno de calados de una pureza increíble. Su altura es de quince pies y tres pulgadas; su longitud, de diez y nueve pies, diez pulgadas y nueve líneas, y su latitud de nueve pies, diez pulgadas y diez líneas.

Un escultor breton ha ofrecido desmontar este coro que vacila sobre su base y volverle á colocar en su estado primitivo. Este trabajo

que se ha sometido al examen de una comisión compuesta de cinco individuos, está presupuestada en 3300 francos.

Un erudito arqueólogo y bibliógrafo breton, Mr. Mioreere de Kerdanet, afirma que este trabajo, lejos de lograr la restauración del coro, ocasionará su completa destrucción, porque las piedras que le forman están enlazadas con garfios de hierro y se romperán infaliblemente á los primeros martillazos.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Un solteron arrepentido.—Paseos.—El Kiosko.—Abundancia de tisicos.—Los bailes y los conciertos.—Grutas y cascadas.—La fiesta de Laruns.—Conocidos y desconocidos.—Aguas calientes.

Figúrense mis lectores un hombre pequeño, rechoncho y colorado, con ojos vivos y pequeños también, ocultos entre unas mejillas abultadas y una frente prominente, resguardados además por gafas de vidrios azules; con un vientre que fuera sospechoso á ser otro su sexo; con una pierna tiesa y derecha como un huso, que para moverse necesita el apoyo de un grueso bastón de roble;—figúrense mis lectores, repito, todo eso, y tendrán la *vera efigies* de M. Taverne el mayor, uno de los personajes mas importantes y considerados del pueblo de Aguas buenas. Él fué quien en el año de 1828 construyó el *Hotel de Francia*, que si no es una obra maestra de arquitectura, es al menos un edificio notable por su estension y comodidad: él fué quien estableció la primera mesa redonda; él quien atrajo otros especuladores, los cuales animados con su ejemplo vinieron despues á fundar diversas casas de hospedage: él, en fin, el que introdujo cierto lujo en las habitaciones, y el que abrió el primero el gran salón de reuniones en su Hotel mismo, mejora que los restantes han imitado, aunque sin privar á aquel de su superioridad, ni del favor que siempre disfruta. M. Taverne habla de estas cosas con un orgullo que podemos llamar legitimo, porque realmente ha sido el gran reformador

de Aguas buenas; y porque con M. Darralde y Mma. Cazerres forma el triunvirato que rige y gobierna á aquella pequeña república.—Aparte de esto, M. Taverne es el hombre mas recto y mas honrado del mundo; cualidades que van siendo raras en el siglo actual, que son ya rarísimas en un posadero, y sobre todo en un posadero francés. Sus cuentas tan módicas como claras, su buena voluntad nunca desmentida, su afable carácter, que jamás sufre alteracion, le conquistan el afecto de cuantos le conocen, y le han grangeado una fama envidiable de bondadoso y desinteresado; lo cual no impide que M. Taverne haya reunido á estas horas una fortuna crecida, que heredarán á su muerte dos jóvenes sobrinos que tiene en su casa, y que le ayudan un poco á dirigirla: un poco digo, pues á pesar de su cojera, tiene M. Taverne una actividad y una inteligencia prodigiosas.

Cierto dia preguntábele yo por qué no se ha casado, él á quien tan útil habría sido el apoyo de una compañera, de una amiga, de una esposa, que le ayudase en sus fatigas y en sus penalidades.

—¡Ah! me contestó exhalando un profundo suspiro: ahora conozco que fui un gran animal en no hacerlo!

M. Taverne es el primer solteron arrepentido de que tengo noticia.

—¿Y por qué no se casa V. todavía? añadi yo.

—¿A los sesenta años? repuso.—Peor sería entonces el remedio que la enfermedad.

Este rasgo prueba que el dueño del *Hotel de Francia* no carece de juicio ni de talento.

—Al menos, dije continuando la misma conversacion, tiene V. á su lado dos jóvenes que le aman como á un padre.

—¿Como á un padre? me interrumpió melancólicamente el pobre anciano. ¡Ay! yo no tengo otro hijo que mi Hotel!

Y hablando así dirigió una mirada cariñosa al inmenso edificio, mientras rodaba una lágrima por sus rubicundas mejillas.

Cito el ejemplo y las palabras de M. Taverne, porque pueden ser un saludable aviso, una leccion elocuente á los empedernidos solteros.

—Con efecto, ¿de qué le sirven á aquel las riquezas que ha acumulado, las comodidades que disfruta, si vive solo y triste, si en los dos niños que tiene junto á sí solo ve dos herederos ambiciosos, que acechan sus enfermedades, que desean acaso su muerte para llegar á poseer lo que á su tio le ha costado tanto trabajo ganar?—¡Semejante idea es ciertamente desconsoladora!

M. Taverne es tambien un benévolo *Cicerone*, que desde la puerta de su gabinete de lectura, situado en el piso bajo del *Hotel*, indica á todos y á cada uno de sus huéspedes las curiosidades del pais, las expediciones que han de hacer tal y tal dia, las visitas que deben verificar á las cascadas de Valentin, del Gros-Hetre, y de Iskoo, á las grutas de Sarrans y de Louviers.

—¿Y á dónde iremos esta tarde?—le preguntamos la primera de nuestra estancia en Aguas buenas.

—¡Oh! por las tardes, nos contestó, es menester ir al paseo horizontal.

Hablando así, señaló con su áspera y callosa mano hacia un estremo del jardin inglés, á donde se encaminaba en confuso tropel casi toda la gente que á la sazón habia en el pueblo.—Hicimos, pues, como los demás, y nos dirigimos á aquel punto de reunion, que ofrece realmente una perspectiva muy agradable y pintoresca.

La construccion del paseo horizontal es de fecha muy moderna; data del año de 1841.—Hasta entonces solo se conocían los de Grammont y de Jacqueminot; mas como ambos están muy elevados, como ambos presentan una subida rápida y penosa, sucedia que siendo enfermos del pecho la mayor parte de los concurrentes á Aguas buenas, no tenían absolutamente donde pasear en llano, siendo el terreno por do quiera quebrado y montuoso. En el referido año de 1841, tres parisienses ilustres, agradecidos al efecto que las aguas minerales habian obrado en sus dolencias, quisieron dejar allí una memoria que atestiguará su gratitud. A este fin, y con sus propios recursos solamente, hicieron socavar la montaña, y abrir á su lado un camino ancho, cómodo, espacioso; al principio solo tenia un kilómetro de estension; pero luego ha llegado hasta tres, gracias á los generosos donativos de muchas personas que comprendian la utilidad y las ventajas de semejante pensamiento, y además su imponderable belleza.—A ninguno de cuantos paseos he visto se parece el horizontal; por la izquierda resguardale el espeso monte en que se hallan los de Grammont y de Jacqueminot; y por la derecha se vé desde considerable altura el risueño valle donde está el pueblecito de Laruns, y el camino tortuoso que conduce á Aguas buenas. En frente se distingue la inmensa *montaña verde*, á cuyo pié aparece la aldea de Aas, triste, sombría, silenciosa cual un cementerio; á lo lejos se escucha el sordo rumor de las cascadas, ó el debil murmullo de los arroyos; y en fin, dominándolo todo se divisa el pico del mediodia, formidable, terrible y amenazador.

Bancos rústicos, miradores y kioscos edificadas en los mejores puntos del paseo horizontal contribuyen á embellecerle y

á ofrecer comodidad y recreo á cuantos lo frecuentan: una quiesca construida hacia su término brinda con un benéfico y oportuno abrigo en caso de tempestad ó de lluvia; y en fin, un magnifico campo, alfombrado de fresca y perfumada yerba permite estender la vista en busca de nuevos horizontes, ó prolongar algo mas tan agradables escursiones.

Muchas veces, al regresar de ellas por la noche, se ofrecia á nuestros ojos un cuadro tan grandioso como poético: la luna en mitad del cenit destellaba sus rayos sobre el mundo tranquilo, mientras á nuestras plantas densas nieblas cubrian el valle de Laruns como un inmenso sudario, á través del cual se transparentaban las luces de la humilde aldehuela. Al mismo tiempo la campana de la parroquia, tocando las oraciones, llegaba á nuestro oído cual un levisimo eco, que se confundia con el cántico triste del pastor ó del vaquero al volver los rebaños á sus desnudas cabañas, ó con el monótono son del caramillo y de la flauta tocados desde alguna roca vecina.

Los paseos de Grammont y de Jacqueminot derivan sus nombres del duque de aquel título y del general de aquel apellido, á quienes se deben en parte. El primero comienza en el horizontal, y rodea la montaña formando caprichosas vueltas hasta unirse con el segundo, que despues de llegar á una grande elevacion tiene una rápida bajada y termina junto á la capilla del pueblo.—Aquí debo hacer mencion del lindo kiosco construido en la cumbre de un montículo que domina á aquella, y desde donde se admira el vasto panorama que ofrecen Aguas buenas y Aas, Laruns y sus pintorescas cercanías.

Dicese que antes eran muy frecuentados esos diversos sitios; actualmente solo los recorren los artistas y los que gozan de buena salud.—Desde la apertura del paseo horizontal, á él van los valetudinarios generalmente tres veces al dia; por la mañana temprano, por la tarde despues de beber, y en fin, despues de la comida.—Muy á menudo el espíritu y el corazon se contristan al ver infinitos jóvenes, que llevan en su semblante señales infalibles de un fin próximo, dar algunos lentos y fatigosos pasos con el auxilio de un grueso baston; al mirar señoras bellas y elegantes arrastrarse trabajosamente apoyadas en el brazo de su marido ó de su padre; y por último al oír las toses hondas, secas, desgarradoras que revelan la horrible enfermedad de la mayoría de los forasteros.—En el establecimiento, y junto á la fuente, es aun mas espantosa y desconsoladora esta perspectiva: rostros amarillos, cuerpos encorvados, ojos ardientes, voces roncadas y apagadas, son los crueles sintomas que á cada paso descubren un número inmenso de tísicos entre la totalidad de los pacientes.—Por cálculo aproximado se sabe que de aquellos infelices una tercera parte lo menos, en vez de mejorarse, aceleran su muerte con el uso tardío de las benéficas aguas.—En cambio, ¡cuántas curaciones rápidas y prodigiosas, cuántos resultados sorprendentes se obtienen todos los años, gracias á las virtudes imponderables del manantial, al celo inteligente, á la ciencia profunda de M. Darralde!

Por la noche todo muda de aspecto en Aguas buenas; los hombres que durante el dia van en traje desaliado de campo, se visten, se acicalan y se perfuman; las señoras hacen lo que las francesas llaman un *petit bout de toilette*; los salones de los hoteles se abren é iluminan, y en todos ellos se baila—los jueves y domingos especialmente—desde las ocho hasta las once. Cuatro ó cinco veces cada temporada se verifican tambien magníficos saraos por suscripcion, en los que nada falta; ni brillante orquesta, ni esquisitos helados, ni espléndido *buffet*.—En tales reuniones los enfermos y los que no lo son bailan hasta rendirse, y no es raro que á la mañana siguiente muchos de los bailarines tengan que sufrir una aplicacion de sanguijuelas ó de cantáridas, con lo cual sin embargo no escarmentan.

En el *hotel de Francia* es donde regularmente se verifican estas fiestas extraordinarias, y donde en otras ocasiones hay tambien *soirées* de prestidigitacion, de magnetismo, y de alguna cosa mas; luego, cuando las señoras se retiran á sus habitaciones, suele reemplazar el juego—el *lansquet* ó sacanete—á las emociones menos vivas de la polka y del wals. El boston, el *ecarté* ó el *whist*, se juegan allí tambien á todas horas, é indistintamente por damas y caballeros.

La sociedad que se reunia en el salon de M. Taverne á nuestra llegada á Aguas buenas, era tan numerosa como brillante.—La marquesa de Roquemarél, parisiense linda y graciosa, parecia la reina de ella; madama de Long, su madre, lo habria sido con mayor motivo veinte años antes, porque es imposible imaginar maneras mas distinguidas, rostro mas noble y expresivo, ni talle mas suelto y elegante que los suyos.—Las señoritas de Maudre, hijas de un opulento banquero de Lyon, cautivaban por su candor casi infantil, por sus puras y dulces fisonomías, y por su afabilidad y buen tono.—Otras dos señoras figuraban tambien en primer término; madama Lasalle, á quien la palidez propia de su horrible enfermedad hacia mas interesante; y madama Jourdan, esposa de un fabricante de paños de Louviers, á la que cualquiera hubiera creído una lady inglesa, por

sus cabellos de un rubio plateado, por su tez nacarada, y en fin, por sus aristocráticos modales.

Como contraste—como antítesis, según se dice ahora—podría bosquejar una serie de caricaturas, que no sería sino una colección de retratos de tantos originales como albergaba el *hotel* de Francia. Entonces de justicia asignaría el primer lugar á cierta señora que había adoptado para sus trages todos los colores del arco iris; para su adorno todas las piedras conocidas, desde el diamante hasta el ópalo; todos los encajes y todas las telas del universo, desde la aplicación de Bruselas hasta la cachemira de Persia;—sobre su cuerpo se admiraba á un tiempo el raso rosa, el terciopelo verde y las blondas blancas; y sus manos cargadas de brillantes riaban como fulgidas estrellas.—Aunque supiera su nombre, no cometería la indiscreción de estamparlo aquí; allí todo el mundo la llamaba únicamente la *Reina de ópera cómica*.—El epigrama era sangriento, pero exacto.

El número de *liones* parisienses que se agitaban y movían en aquel pequeño círculo, era también considerable; merecen especial mención el conde Dampierre, el marqués de Soissy; un joven artista, habilísimo en la parodia, M. de Meade; y en fin, MM. Gréty y de la Couderie, *vera* *efigie* de nuestros *pollos* madrileños.—Casi todas las naciones y todas las edades contaban además representantes; había un ministro inglés; dos banqueros alemanes; un mayor polaco, que destrozaba el francés con la mayor gracia del mundo; un capitán húngaro, y en fin, dos italianos y un ruso.—La España estaba representada por tres individuos, mis amigos J. M. L. y yo, aunque en el pueblo teníamos otros varios compatriotas; entre ellos el marqués de Bedmar con su señora y sus hijos; el diputado don Pascual Pratosi; una estimable familia de Santander, la del señor Pedraja; el señor Ruiz del Arbol; el señor Zorrilla, caballero avecinado en Bayona; el señor Zaragoza, digno coronel al servicio de la Francia, y aun otro que acaso no recuerdo.

Con frecuencia se dan conciertos en el salón del establecimiento termal, y años ha habido en que los primeros artistas de Europa, madama Dorus,—Gras y Listz, la Malibran y Prudent, Thalberg y Duprez han ido á Aguas buenas á hacer olvidar á los enfermos sus dolencias con la magia de su peregrino talento.—En 1849 solo tuvimos al pianista Barthé, muy conocido en Madrid, y á otro cantor de romances, llamado Labarre. También estaba allí la Eugenia García, nuera del célebre Manuel, y digna ella misma por su magnífica voz y singular mérito de figurar en la ilustre familia de artistas que hace medio siglo admira la Europa; pero por desgracia la bella cantatriz padece del pecho, causa por la cual se ha retirado del teatro en el apogeo de su gloria y en la primavera de su vida. Así, aquel ruiñón mudo y triste, si no cantaba ya, acompañaba al piano con una habilidad tan rara como su modestia.

Al llegar el 16 de agosto, es decir, en cuanto pasa la fiesta de Laruns, de que hablaré en seguida, todos los parisienses, como si se hallaran de común acuerdo, abandonan en dos ó tres días los sitios donde recobraron quizá la salud; los *hoteles* se desocupan entonces rápidamente, y bajan el precio de sus habitaciones; las mesas redondas se acortan y disminuyen, pasando el número de sus comensales desde ochenta á veinte; los salones quedan silenciosos, y no se escucha ya en ellos el armónico piano, que antes lanzaba ora alegres, ora melancólicos sonidos desde la mañana hasta por la noche.—El 18 de agosto se bailó por última vez en casa de M. Taverne, y fué aquella una fiesta improvisada para despedir á la marquesa de Roquemare, quien partía para su *Chateau* al día siguiente, acompañada de su madre y de su marido; desde entonces las veladas fueron fastidiosas y monótonas; las señoras, ancianas y enfermas en su mayoría, cosían y bordaban hasta las nueve; los hombres, viejos también ó achacosos, leían periódicos ó jugaban al whist; á las vivas y pícaras conversaciones de las noches anteriores, había sucedido la historia poco grata de las dolencias y alifafes de cada uno, con espresión de sus alternativas, y el análisis de los remedios y métodos curativos.....—Algunas veces los pocos jóvenes que aun permanecían en el *hotel* se entregaban á un pasatiempo no muy divertido; al juego de la veintiuna, que hacía bostezar á los unos, y dormirse á los demás. Y para que nada faltase, desde el rigor del verano, habíamos pasado á lo mas crudo del invierno; densas y frías nieblas cubrían los valles y las montañas, deshaciéndose en impetuosas lluvias, que transformaban en ríos los arroyos, y en torrentes las cascadas.—Todas las chimeneas estaban encendidas; todos los enfermos habían sacado sus capas y sus gabanes; ni un solo coche, ni una sola cabalgata aparecía en la desierta y empinada calle de Aguas buenas; á las nueve de la noche todo el mundo buscaba el abrigo del lecho, que á las nueve de la mañana nadie había abandonado.

Así pasó cerca de una semana, y al cabo de ella el sol tornó á brillar refulgente en mitad del límpido y azulado cielo; aquel día no quedó un carruaje, un caballo, ni un borrico por alquilar en el pueblo; unos iban á Aguas calientes; otros emprendían la mas lejana

expedición á Panticosa, para decir que habían estado en España; y otros en fin se contentaban con llegar hasta Laruns.

Ya es hora de que describa á mis lectores lo que es la célebre romería de este lugar, de que tanto le hablan al forastero en cuanto arriba á Aguas buenas.—Verifícase el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, y es la grande solemnidad del país;—casamientos concertados ocho meses antes se aplazan para celebrarse entonces; los mas ricos dan espléndidas comidas; los mas pobres economizan durante el año para estrenar un jubon, una toca, ó un pañuelo. Y nada mas pintoresco ni mas lindo que el traje de los vascos; los hombres llevan un calzon de punto de lana blanquísima, con botín de lo mismo; chaleco, chaqueta, y boina de paño encarnado, con adornos y botonadura de plata.—El vestido de las mujeres varia según su edad y según su estado; todas llevan el vistoso zagalajo de grana; todas lucen la graciosa mantilla forrada de tafetan ó de raso, con arreglo á su respectiva clase; pero los diversos colores indican la situación de cada una: las solteras la usan roja; blancas las casadas, y negra las viudas. Elegantes delantales, ligeros pañuelos de muselina ó de tul completan el atavío y prestan mayor visualidad al conjunto.

Porque realmente esto es lo único que hay que ver en la decantada fiesta de Laruns: por la mañana después de la misa bailan los jóvenes en la plaza de la aldea, si puede llamarse bailar á dar vueltas muy pausadas cogidos de las manos, y en derredor de un tabladiño de madera, donde un viejo Sileno toca el caramillo y la flauta, mientras la gente de Aguas buenas alquila sillas para contemplar tan monótono espectáculo, y aguardar la hora de la procesion algo mas cómodamente. A las 4 de la tarde, cuando aquella sale del templo, suspéndese el baile, y todos los habitantes de Laruns siguen la elígie de la santísima Virgen, entonando religiosos cánticos, ó rezando devotas oraciones.—Este cuadro si es grande y consolador; este cuadro si produce en una alma sensible y tierna una emoción tan profunda como grata. ¡Qué contraste entre esa piedad sencilla y verdadera, y la ridícula despreocupación que suelen ostentar los moradores de las grandes ciudades! ¡Qué contraste entre la fé pura y sólida de los unos, y la ímpia indiferencia de los otros!...

Después de terminada la funcion religiosa, los mozos vuelven á bailar, los ancianos se sonríen plácidamente mirándolos, y los forasteros regresan muy de prisa á Aguas buenas en busca de la comida que aquel día se retarda una hora en todos los *hoteles*, siendo á las 6 en lugar de ser á las 5 como de ordinario.—Los dueños de carruajes y de caballerías hacen entonces su agosto, porque obligan á pagar lo menos un doble del precio corriente por sus desventajadas carretelas y sus macilentos jacos.

Además de esta hay tres expediciones que no deja de verificar nadie, como su estado no exija inalterable reposo;—á las grutas de Sarraus y Louvies, á las tres cascadas y al inmediato pueblo de Aguas calientes, donde existe un manantial no menos benéfico, aunque de distintas propiedades, que el de Aguas buenas.

En las primeras se admiran estáticas prodigiosas, y se dan soberbios bateazos; en las segundas se ven lindísimos saltos de agua, y para subir se sudá el gulo; en la última ya es otra cosa, porque se vá en coche, y se almuera opíparamente en un nuevo *Hotel* construido á la entrada de la poblacion.

¡Qué triste, qué miserable perspectiva ofrece esta al que la visita!—En vez de la animacion, del bullicio, del movimiento que se nota en Aguas buenas, reina allí siempre un silencio sepulcral! Las casas son pequeñas y miserables; las calles angostas y tortuosas; los *hoteles*, eschuyendo al que hé citado antes, mezquinos y sucios. A lo lejos se divisa el establecimiento termal, que aunque ha costado inmensas sumas, tiene por fuera la apariencia de un panteon, y por dentro la oscuridad de una cárcel.—No se ven allí tampoco damas elegantes ni jóvenes *liones*; la gente que concurre á Aguas calientes es por lo general del país, y pertenece á las clases poco acomodadas.—En cambio en sus rostros no se advierten las huellas de dolencias tan graves ni tan mortales como en los de sus vecinos de Aguas buenas; porque los unos son éticos, y los otros gotosos ó reumáticos.

No obstante, al volver á nuestra residencia sentimos una alegría, un bienestar imponderables: M. Taverne nos pareció lindo; el pueblo suntuoso y ameno; y hasta las rancias beldades que á la fecha quedaban aun en el *Hotel*, se nos autojaron rejuvenecidas y hermoasadas. Y era que comparáramos lo que dejábamos con lo que volvíamos á encontrar: la soledad terrorífica de una parte con la concurrencia heterogénea de la otra.

Cuando partimos de Aguas buenas, el 30 de agosto por la mañana, era ya muy escaso el número de personas que permanecían allí, y casi todos se disponían á seguir nuestro ejemplo. Algunos, sin embargo, á quienes M. Darraide había ordenado pasar el invierno en Pau, nos miraban marchar con envidia; en cuanto á mí puedo decir que no sin sentimiento me alejé de aquellos sitios donde durante tres

semanas había hecho la dulce y tranquila vida del campo, que los cortesanos hallan tan grata.... cuando no la hallan insoportable.

— RAMON DE NAVARRETE.

El palo de sauco.

Un cazador y su hijo recorrían un bosque; entre ellos corría un riachuelo azaz profundo. El hijo quiso saltarle para reunirse con su padre, y como el riachuelo era demasiado ancho para que pudiera hacerlo sin ayuda, cortó una rama de un árbol, apoyó uno de sus extremos en el fondo del cauce y se elevó por un esfuerzo vigoroso. Pero la rama era de sauco, y se rompió bajo el peso del niño que desapareció en el agua.

Un pastor lo había presenciado todo desde lejos: exhaló un grito y corrió espantado á salvarle. Cuando llegó á la orilla, el niño había aparecido ya, y tomando aliento, nadaba sonriéndose hácia el sitio en que se hallaba su padre.

El pastor le dijo al cazador.

—Has instruido bien á tu hijo, pero entre las cosas que debes haberle enseñado has omitido una, que es sondear el interior antes de tener confianza; si hubiera examinado la médula del sauco, no se hubiera fiado en su corteza engañadora.

—«Amigo mío, respondió el cazador, he aguzado su vista y ejercitado su fuerza; es bastante para que le confie sin temor á las lecciones de la experiencia; los hombres le enseñarán bastante pronto á desconfiar.»

Los dos cercados.

—«¡Papá, mira qué diferente aspecto tienen esas dos pesoneras! Aquí la única cerca es un vallado de lilas que ostentan ya sus racimos rosados, y cuyo perfume embalsama la atmósfera; allí, al contrario, un triste vallado de espinos negros se levanta erguido y sombrío, amenazando al pasajero con sus dardos.»

—«Es verdad, niño; es verdad; pero ¿no ves detrás de las lilas arbustos tronchados, cuadros de flores destrozados, céspedes mústios, mientras que tras el vallado de espinos negros todo está en orden, florece y prospera?»

—«¿Y por qué es eso, padre mío?»

—«Porque las lilas han dejado fácil paso á los vagamundos, y á los rebaños rechazados por el cercado de espinos.»

—«¿Entonces será necesario preferir este?»

—«No solamente para nuestros campos, hijo mío, sino también para nosotros mismos, porque la vida del hombre se parece á esas tierras: el que no quiere á su alrededor mas que flores está expuesto á los estragos de las pasiones y del acaso, y todo hombre, para defender todos los tesoros de su alma, necesita rodearse á menudo, por desgracia, de un vallado de espinos negros.»

SÍMBOLOS DE LA AMISTAD.

Entre los griegos, la estatua de la Amistad estaba vestida con una túnica sujeta con hebillas y tenía la cabeza desnuda; su mano derecha estaba puesta sobre el corazón; la izquierda sostenía un olmo, alrededor de cuyo tronco se enroscaba una viña cargada de racimos.

Los romanos representaban la Amistad bajo la forma de una hermosa joven vestida con sencillez, coronada de mirto y de flores de granado entrelazadas con estas palabras que caían encima de la frente: *Invierno y verano*. En la franja de la túnica se leían estas otras palabras: *La muerte y la vida*. Con la mano derecha señalaba á su costado izquierdo que estaba abierto hasta el corazón, en el cual se leía: *De cerca y de lejos*. Generalmente se colocaba también un perro á sus pies, como símbolo de la abnegación y de la lealtad.

LONGEVIDAD DE LOS SABIOS.

Los hábitos del estudio, los trabajos de la inteligencia no son perjudiciales á la salud sino cuando no se sabe conciliarlos con un ejercicio suficiente de las fuerzas físicas, y una higiene conveniente. Los ejemplos de longevidad no son mas escasos entre los sabios y los

filósofos que entre las demás clases de la sociedad. Boerhawe vivió 70 años; Locke, 73; Galileo, 78; Newton, 85; Tontenelle, 100; Bayle, Leibniz, Volney, Buffon, y otros muchos hombres ilustres del siglo pasado, han alcanzado una edad muy avanzada. Se podrían citar muchos sabios y eruditos alemanes cuasi seculares. El profesor Blumenbach murió hace pocos años á la edad de 88, y el doctor Olbers, el célebre astrónomo de Bremen era ya también octogenario.

La semana de tres jueves.

En el reinado de Luis XV, en Francia, varios viajeros habían salido de París prometiéndose mutuamente volver precisamente á aquella capital el jueves de Corpus-Cristi del año 1733. El viaje que emprendían era muy largo: trataban nada menos que de dar la vuelta alrededor del mundo, y los peligros que iban á correr en la navegación, podrían muy bien quitarles la facultad de cumplir su promesa. A pesar de esto, varios amigos suyos que permanecieron en París, conservando el recuerdo del día que habían fijado para su regreso, llevaban la cuenta del tiempo que tardaban día por día.

Los viajeros se habían dividido en dos bandos; el uno se dirigió al oriente, y el otro al occidente, teniendo ambos que sufrir los embates de las olas embravecidas, evitar los escollos, huir los países inhospitalarios, sin tener mas guía que una brújula y los ástros, y para medir el tiempo, un reloj y el sol.

Por fin, el Ser supremo permitió que después de todos los peligros que corrieron, volvieran á su patria. Todos estaban persuadidos de que iban á ser exactos á la cita, porque había contado también escrupulosamente los días transcurridos desde el momento de su separación. Sin embargo, no se encontraron en el día indicado: los que se habían dirigido al oriente, llamaban jueves al día que era miércoles en París, y los que habían estado hácia el occidente, llamaban jueves al viernes siguiente. ¿Quiénes eran los que se habían equivocado? Seguramente que no podían ser los de París, puesto que no habían abandonado sus hogares. Los viajeros, por su parte, habían apostado sumas colosales, seguros como estaban de la exactitud de su cuenta. Pero nada pudieron hacer entonces para aclarar la cuestión. Mas tarde, las observaciones astronómicas vinieron á despejar la incógnita, probando que un viajero que se adelanta 15 grados hácia el oriente, arreglando su reloj por el sol, cuenta una hora mas que los que se han quedado en el punto de salida, y por consiguiente, cuando hubiere recorrido los 360 grados, contará 24 horas mas. Por la razón contraria, cuando hubiere recorrido la misma distancia hácia el occidente, contará á su regreso un día menos que sus compatriotas.

LOS BUENOS MODALES.

Los buenos modales son la flor del buen talento: otro tanto puede decirse de los buenos sentimientos, porque cuando la ley de la benevolencia está grabada en el corazón, conduce al desinterés, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; inspira el deseo de agradar, y ese apresuramiento á complacer á los demás, que son el origen de los buenos modales.

El hueso de cereza.

Un niño esprime una cereza con sus lábios y arroja el hueso: un anciano le recoge y le sepulta en un trozo de tierra labrada, á la vista del niño que se rie de su trabajo.

Algun tiempo después pasa el niño por el mismo sitio, y vé que el hueso se ha convertido en arbusto: el anciano está allí también ocupado en podarle y en rodearle de espinos, para preservarle de cualquier lesión. — «¿A qué tomarse tanto trabajo?» pensó el muchacho.

Pero el muchacho llegó á ser hombre, y pasando un día por el camino cubierto de polvo, agoviado por los rayos abrasadores del sol de agosto y por una sed devoradora, halló un árbol en el lugar del arbusto, un árbol que le cubrió con su benéfica sombra, y que apagó su sed con su grato y bellísimo fruto. Entonces comprendió por fin la prudencia del anciano.

¿Quién no ha hecho lo que este niño, este adolescente y este hombre? ¿Cuántos proyectos arrojados en el sendero de la vida, y recojidos por otros mas prudentes que nosotros! La mayor parte de los hombres viven á la ventura, sin pensar que todo el germen bien aprovechado puede ser el origen de una buena cosecha, y que la mas insignificante de nuestras acciones es el hueso de una cereza.



LA DESESPERACION DE JUDAS.

En la última exposición de pinturas, llamaban la atención del público dos cuadros que representaban, el uno *La inocencia perdida*, y el otro *La desesperación de Judas*, debidos ambos á las inspiraciones de Don German Hernandez, jóven de brillantes esperanzas, que en la anterior exposición (1848) se había dado á conocer con otro cuadro en que pintó á *Jesus y la Samaritana*.

No nos proponemos hablar hoy de estas obras de arte, sino únicamente de la que representá *La desesperación de Judas*, por haber dado ocasion á dos poetas justamente apreciados para escribir las composiciones que el lector va á juzgar. Un diario acaba de consignar acerca del trabajo del Sr. Hernandez el siguiente juicio, que por conformarse con el nuestro nos ahorra expresar en otras palabras.

«*La desesperación de Judas*. Considerado este cuadro bajo el punto de vista puramente material ó de forma, no carece de defectos, y entre estos podríamos contar, como uno de los mas esenciales, la

poco feliz expresión de la figura del diablo y su actitud amanerada y prosaica. Pero prescindiendo de la parte material, en la que hay realmente errores disculpables de inesperienza, el modo de concebir el asunto, la expresión de Judas y del ángel de su guarda, y sobre todo la grandeza y armonía del conjunto, dan á conocer que quien ha sabido imaginar un todo tan lleno de magnífica poesía; quien de tal suerte ha combinado los elementos del poema aterrador y sublime en el que el traidor discípulo de Cristo se entrega á la desesperación y á la muerte, como en castigo de su crimen, en medio del trastorno de los elementos, sin ver la enseña salvadora que se levanta en el Calvario, no es en manera alguna hombre de vulgar entendimiento; antes bien podrá algun día, si es alentado en su carrera y no abandona el estudio, producir obras que immortalicen su nombre.»

Nosotros creemos que los lectores del SEMANARIO verán con gusto estos trabajos que son una nueva prueba del deseo que nos anima de ver enlazadas las letras y las artes españolas.

17 DE MARZO DE 1850.

ODA.

(Al señor don German Hernandez, con motivo del cuadro que sobre la desesperacion de Judas presentó en la última Exposicion.)

Su luz serena el cielo
y soles rutilantes encubría
con funerario velo,
y en palpables tinieblas envolvía
de las calladas selvas la espesura;
el sublimado monte; la llanura;
y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
con frémito medroso el rudo viento:
la tierra suspiraba
con angustia y terror; y ronco acento
cual de lejana tempestad ondoza,
que estrago anuncia y muertes, espantosa,
tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio suave
se oye de fuente en bosques ó en pradera,
ni canto alguno de ave,
ni clamor de torrentes ó de fiera.
Arden las nubes, hierven, se propagan,
y en silencio relumbran, y se apagan,
llamas do quier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
tremante el corazon, vieron mis ojos
en los desiertos campos
desnudas rocas y áridos abrojos:
de vengadora cólera divina
indelebles señales; y ruina
de la mano del hombre y sus enojos.

Y vi tus negros muros,
triste JERUSALEN, patria de llanto
y corazones duros;
y de nube sangrienta rojo manto
sobre el escelso GÓLGOTA pendiente:
padron de infamia á tu marchita frente:
perpétua causa á tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios
cual la que en pasmo ayer y horror profundos
sumió los hemisferios,
cuando con férreos brazos iracundos
al UNGUO, SION, crucificaste,
y su sangre preciosa derramaste
que en divino raudal bañó los mundos.

¡Llegó acaso el momento,
maldecida ciudad, y la venganza
que Dios acopia lento,
menor que tu delito, al fin te alcanza;
y, sorda al ruego, de la cruz en pago
dolor te envía y funeral estrago,
negada á tu clamor dulce esperanza?

¡Oh! duermes todavía
libre, SION, mientras sus rayos ROMA
y su dogal te envía:
¡misera más que al perecer SOBOMA!
y al despertar, adorna en adulterio
al impio tus doncellas, y el salterio
á Tiro cante y al infiel MANOMA.

¡Cuál, pues, duro castigo,
si el tuyo no, JERUSALEN, se apresta

de Dios al enemigo?
¿Contra quién el señor su brazo asesta?
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,
con su justicia que á la tierra asombra
irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
su rey sobre el abismo se levanta;
blasfema del ETERNO;
y esperando su triunfo altivo canta.
Y entre las voces del tartáreo coro,
acento horrible de furor y lloro,
jamás oído, el corazon espanta.

Al pié de árbol añoso
que sin hojas, señero, se divisa
en alto pedregoso,
á la luz del relámpago indecisa,
á Judas miro: del desnudo cuello
un lazo pende: mészase el cabello,
y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La luenga vestidura
en desórden está: muéstrase el pecho
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas, ambos ojos
en alto fija, con la saña rojos,
y á Dios amaga en su infernal despecho

El ala recogida,
junto á él de espaldas su custodio llora:
al alma ya perdida
el arcángel rebelde vengadora
llama dispone en el sulfúreo abismo;
y el tormento de Judas en sí mismo
doblado siente que su ser devora.

Y al apóstol perjuro
la vista tiende y mano fulminada,
mientras el ángel puro
sus ojos vela, y con la diestra alzada
último ruego al Hacedor envía,
y triste, á paso lento, se desvía
de horror la mente y de piedad turbada.

Y entonces sobrevino
oscuridad mayor, y pavoroso
silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
enmudece temblando: en sus regiones
de cándidos querubes las legiones
se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
del trueno horrisonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata.
Rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan; y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebatá.

Blanca, suave lumbre
sobre el CALVARIO sacrosanto, esplende,
y triunfante en su cumbre
en luces mil el LABARO se enciende.
Como lluvia de sangre roja llama
sobre SION horrenda se derrama,
y á pueblo y valle rápida descende.

Del arduo monte erguido
cayó el traídor descoyuntado y roto

al lazo el cuello asido;
y cual suele fragor de terremoto
subir al cielo y conmovier el mundo,
asi al caer, rodando hasta el profundo,
gimió el empuje y el confin remoto.

No á su presa mas listo
acude el tigre, que de mal sediento
al vendedor de Castro
Luzbel sañoso con legion sin cuento;
y alli le abraza; y en la torva frente
su garra imprime, y el agudo diente:
signo de alianza en el comun tormento.

A la mansion precita
luego le arrastra del cordel atado
con afrenta infinita;
y al orbe como el trueno dilatado
un acento infernal: *maldito*, exclama:
maldito el viento en los espacios brama:
maldito el mar en ronco son airado.

Mientras el angel bello
las alas tiende hácia el CALVARIO santo,
suelto el rubio cabello,
mustio en el rostro y desceñido el manto;
y alli ante Dios doblada la rodilla
de la divina Cruz al pié se humilla,
el suelo besa y lo humedece en llanto.

RAFAEL MARIA BARALT.

ODA

Al mismo asunto y con igual motivo, dedicada á Don German Hernandez.

La cólera ha pasado
del Señor por el valle que estoy viendo:
¡cómo, roble tronchado,
como lo está diciendo
rayo que cruza con fragor horrendo!

¿Do hallar quien la resista?
El verdescente musgo convertido
en abrasada arista,
por el certero impelido
sube á espantar al águila en su nido.

Do quier horror de muerte,
do quier la destruccion alzando el vuelo
mueve su brazo fuerte:
¡ay! ¡cómo treme el suelo
y el sol se oculta en sanguinoso velo!

Mas hé allá en lontananza
la cruz de redencion, do ha muerto el Justo
que confundir alcanza
á Leviatan robusto,
paz dando al orbe desde el leño augusto.

¡Rugid, oh vendabales!
¡Bramad, oh truenos, con bramido bronco!
Potencias infernales,
¿qué sirve ahullido rónico
si el mundo abraza de la cruz el troneo?

Acuda el que al pecado
dobló la frente en ignominia ruda;
aunque sobrepujado
hayan á la menuda
arena sus delitos, corra, acuda.

Pero ¡ay! ¿quién es el triste
mortal que en medio á la feroz tormenta
desesperado asiste,
livida y macilenta
la faz, que sello criminal ostenta?

Judas, Judas, detente:
aparta de tu cuello esa lazada;
tranquiliza tu frente
do bulle la encrespada
melena por los éuros contrastada.

Ese raudal precioso
de sangre derramada en el altura
del Gólgota ríscoso,
fuente es de gracia pura:
dócil la implora y la hallarás segura.

Pero ¡oh dolor! mirando
el signo á todos de salud y vida,
el apóstol infando
la saga maldecida
convulso alhaga en su garganta asida.

Satan con ansia fiera
aguarda asirlo del dogal pendiente:
—«Misero, desespera...
¡Desesperó!»—Furente
grita, y lo impele á la mortal vertiente.

¡Oh sangre preciosa
de un Dios por Judas derramada en vano!
¡Oh escena lastimosa!
¡oh ingenio soberano
que al lienzo la llevó con hábil mano!

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

ESTUDIOS HISTORICOS.

ESTABLECIMIENTO EN ESPAÑA DEL CRISTIANISMO: LUCHA ENTRE EL ARRIANISMO Y EL CATOLICISMO. — CONSTITUCION ECLESIASTICA DE ESPAÑA. — VICARIOS PONTIFICIOS. — DE QUIÉNES SE COMPONIA EL CLERO. — SILLAS METROPOLITANAS. — DERECHOS DE ESTOS. — IDEM DE LOS PATRONOS. — ELECCION DE LOS OBISPOS. — GERARQUIA ECLESIASTICA. — DISCIPLINA. — ESTABLECIMIENTO Y COSTUMBRES DE LOS CONVENTOS DE RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS. — SU APOGEO. — VIRGENES VELADAS. — INMUNIDADES ECLESIASTICAS. — PENAS Á QUE ESTABAN SUJETOS LOS CLÉRIGOS. — CONCILIOS. — SU DIVISION Y ATRIBUCIONES.

I.

Nada de fijo nos ha conservado la historia en ciertas materias, y apenas si en ellas tenemos mas datos para guiarnos que ligeros apuntes de antiguas crónicas, ayudados casi siempre con la luz de un sano criterio, ó la consecuencia, las mas de las veces forzada, de los principios mas conformes con la razon. Tal vez, entonces como ahora, abundarian los anales de los diferentes pueblos, razas, sociedades ó familias en las que el mundo se divide: empero lo difícil de su conservacion, ora por tener que fiarnos al manuscrito, siempre difícil de guardar por luengos años, ora á causa de las continuas invasiones de otros pueblos mas dados al bélico ejercicio de las armas que al pacífico cultivo de las letras, han impedido, hasta que mas tranquilas las naciones se ha ido poniendo limite á las conquistas, el llegar á nuestras manos documentos ciertos é irrefragables de los hechos primitivos. La era cristiana, abriendo al mundo una senda nueva, y empezando con la tolerancia y grandor de sus doctrinas á dominar las pasiones del hombre, y ese lujo de vanidad, orgullo y poderio que devoraba á los conquistadores de otros siglos, habia de cambiar tambien los deseos del espíritu. ¡Empero cuánta sangre derramada y cuánta devastacion no ha dominado, hasta que las máximas consoladoras y pacíficas de un evangelio santo han ido penetrar

do poco á poco y sin descanso hasta lo íntimo del humano corazón! Y sin embargo, para los señores de la fuerza, para aquellos que cimientaban su gloria y poderío sobre montones de cadáveres y ríos de sangre, ha habido vitores y cantos y poemas; mientras que para el que con sólo su cayado por arma mortífera, y su sayal por escudo, oponía al canto guerrero la fraternidad y el amor, la paz á la lucha y el perdón á la venganza, no ha habido una palabra de gracias, una sombra de recuerdo!

Ocupémonos, pues, aunque sea someramente y en cuanto lo permitan los límites de este ameno SEMANARIO, de la iglesia gótica y episcopado español en los tiempos primitivos.

Sin creer con algunos escritores que toda la raza goda hubiera abrazado las doctrinas de la inocente víctima del Gólgota, á la vista solamente de los prodigios que obrara la cruz en favor de Constantino, es muy cierto que desde aquella época empezó el cristianismo á introducirse entre ellos por medio de los cautivos griegos y romanos. Entre las firmas de los obispos asistentes al concilio de Nicea, se encuentra la de Teophilo, obispo de la Gothia, y esto nos indica que el catolicismo era ya conocido y se hallaba establecido entre los godos antes que las doctrinas de Arrio se propagaran en sus ánimos. Ninguna noticia nos da ni nada nos dice la historia acerca de su primitiva religión; y aunque se crea que los godos antes de su conversión adoraban con los escandinavos á Odín ó Wodan, esta suposición no tiene mas base que la florida imaginación de algunos escritores.

Cualesquiera, empero, que fuesen sus primeros principios religiosos, no por eso dejaron de luchar con los de la nueva creencia, y las controversias sobre estas doctrinas dividieron hasta el reinado del emperador Valente las diversas ramas de la gran familia goda establecida en las orillas del Danubio. Los misioneros enviados por Valente para predicarles el arrianismo, fueron asaz bien acogidos al principio; empero luego uno de los gefes godos llamado Athanarico, tenaz defensor de su primitiva creencia, los persiguió crudamente, derramando por esto su sangre de mártires de su fé. Otro gefe, sin embargo, llamado Friedegern, que significa *naturalmente pacífico*, acogió mejor á los piadosos enviados de Valente. Entre ellos se contaba el obispo godo Ulphilao ó Wolphilao, el cual, largo tiempo indeciso en definir los estrechos límites que separaban la fé católica de la arriana, acabó por firmar la profesión de fé del sínodo arriano del año 359, uniendo su influencia á la de los enviados de Valente para convertir á sus compatriotas al arrianismo.

Lo que mas caracteriza á la raza goda, así como á las demas razas bárbaras, es la facilidad que tenían en cambiar de creencia; pues que á la menor orden de sus gefes dejaban con la mayor indiferencia la idolatría por el cristianismo, ó bien una creencia cristiana por otra. Así Clovis, gefe de los francos, compra la victoria con el bautismo; Rechiar, rey de los suecos, abraza el catolicismo con todos sus vasallos; Rencismundo, uno de sus sucesores se hace arriano con el fin de lograr la mano de una de las hijas de Teodorico, arrastrando tras sí la móvil convicción de los suyos. Menos de un siglo después Teodorico vuelve al seno de la iglesia católica, y en pos de él la corte, y luego el pueblo á ejemplo suyo confiesa y abraza las reglas de la iglesia católica, y en pos de él la corte, y luego el pueblo á ejemplo suyo confiesa y abraza las reglas de la iglesia ortodoxa. En fin, los godos manchados con el arrianismo de su obispo Ulphilao, tornan á la ortodoxia invitados por su rey Recaredo.

Hay, en esta estraña flexibilidad para mudar de creencia, algo mas que indiferencia, porque todos aquellos bárbaros no eran escépticos ciertamente. Los godos, deteniéndose y conteniendo su furor en medio del saqueo y pillage de Roma, para cantar los salmos de la iglesia y acompañar las reliquias de los mártires, no podían ser completamente insensibles á aquel gran prestigio de santidad que salvó á la ciudad eterna del furor de Atila; su fé naciente no se amedrentaba con la severidad del dogma; antes por el contrario, se complacía en contemplar la elegante y rica pompa del culto que habia abrazado. Empero tolerantes por desdicho ó apatía, su buen sentido no tomaba parte en las frívolas aunque empeñadas disputas, dignas tan solo de entretener la afeminación de las cortes corrompidas del bajo imperio. Antes de Eurico y después de él, hasta Leovigildo, los reyes godos, aunque arrianos, no persiguieron á nadie, ni tampoco Alarico II persiguió al clero católico, aunque éste llamaba en su ayuda al rey ortodoxo de los francos; y por cierto que hasta el mismo Eurico podía alegar en favor de sus mandatos de destierro el peligro de una invasión franca, que le amenazaba de continuo, y la independencia del clero católico que predicaba altamente la rebelión contra un rey herege, segun mas detalladamente asegura el historiador Gregorio de Tours.

Pero el mismo clero sin embargo no tardó en conocer que no era el arrianismo lo que mas convenia á una sociedad bárbara todavía, que tenia respectivamente á la creencia, mas necesidad de obedecer

que de argüir. Confrimábase mas en esta opinion el ejemplo del clero romano so la dominación de los francos, reinando por medio de dogma sobre aquella raza rebelde á toda influencia, y esto, en verdad, era una seducción irresistible. Así pues, no tardó mucho en comprender que no sería suyo el imperio del mundo, mientras permanecieran aislados del centro de la unidad católica, y de la poderosa acción que Roma empezaba ya á ejercer sobre el orbe entero.

De las 18 sectas en las que se hallaba dividido el arrianismo, la de Ulphilao y la de los godos eran las que mas se aproximaban al catolicismo; y en prueba de ello citaremos el hecho de la destrucción que mandó hacer Justiniano á su entrada en Constantinopla de todas las iglesias arrianas, exceptuando las de los godos. La diferencia entre estos y los ortodoxos era tan pequeña, que solo el espíritu de secta, siempre orgulloso, pudo impedir se efectuase la reconciliación antes de Recaredo. Empero aun antes de esta época vemos al episcopado arriano fuerte con la protección del poder civil, tratar á fuerza de concesiones de amalgamar por medio de un solo símbolo el arrianismo con el catolicismo. El primero, sin embargo, aunque basado sobre el derecho de exámen, lo sostuvo mientras se halló en pugna abierta con la iglesia constituida, abjurándolo, ó mejor, desprendiéndose de él al momento que se le consideró como la religion dominante del estado: por consiguiente, era ya desde entonces mas fácil su reunion con el catolicismo que seguía el principio fundamental de su poderoso antagonista: esto es, la creencia pura y sin discusión de ninguna especie.

Empero estas concesiones que no indicaban mas que debilidad y falta de convicción, se estrellaron contra la inflexibilidad del dogma católico, al que se trataba en vano de seducir por medio de promesas ó amenazas. Todo por consiguiente se conjuraba para destruir una creencia que carecia de lo que constituye la fuerza de todo poder sobre la tierra; esto es, la fé en sí misma y en su porvenir. Falta tan solo para derribarla completamente un impulso ó fuerza superior que reuniese todas las convicciones flotantes en derredor del catolicismo hacia cuyo centro las arrojaba su propio interés. La orden y ejemplo de Recaredo vino á cortar semejante malestar; y los láicos y el clero se apresuraron todos á entrar en el redil en pos de su pastor y soberano.

II.

Tras esta rápida ojeada sobre las causas que perdieron al arrianismo, tornemos al exámen de la constitucion eclesiastica de España, antes y después de la conversión de los godos al catolicismo. Bajo el reinado de Constantino, queriendo el clero secundar al poder civil en su vigoroso esfuerzo de organización, modeló su régimen ó constitución sobre la que regia entonces el imperio. La división de las diócesis era exactamente la misma que la política y la civil: el metropolitano (pues el nombre de *arzobispo* no se encuentra sino en tiempos posteriores á la invasión de los árabes), presidía á los obispos de una provincia, mas sin acción alguna sobre el gobierno interior de sus diócesis respectivas. En la iglesia española, donde mas arraigado se hallaba el espíritu de igualdad, la autoridad del metropolitano costó largo tiempo de establecerse, y hasta la supremacía del pontífice romano no adquirió su grande influencia, sino lentamente y por grados, segun lo afirma San Isidoro.

III.

El establecimiento y dominio de la creencia arriana junto con el catolicismo ortodoxo fué un poderoso auxilio para la supremacía papal. La iglesia española oprimida en el interior, conoció la necesidad que tenia de unirse mas y mas con el poder exterior, estrechando los débiles vínculos que la ligaban con la gran comunión de los fieles. Roma, siempre dispuesta á aprovecharse de estas ventajas, acostumbó poco á poco al clero español á considerarla como el árbitro de sus controversias. Antes de la conversión de Recaredo y los godos sus vasallos, ya encontramos en el año 480 de la era cristiana un prelado español llamado Zenon, metropolitano de Sevilla, revestido del título de vicario de la santa sede, «para recompensar su notorio celo y su virtud,» segun dice el breve del santo padre (1). Si este título no constituía un poder real y efectivo, al menos era siempre un honor, y no se tardó, por consiguiente, en ver á estos mismos vicarios pontificios armados con la facultad de reprimir los abusos y convocar los concilios con todas las reservas de los derechos que pertenecían á los metropolitanos.

También encontramos al comenzar el siglo sétimo el ejemplo de un legado ó juez enviado por el papa Gregorio el Grande, llamado Juan, y por sobrenombre el *defensor*, encargado de apreciar la validez de la deposición de dos obispos hecha por un concilio provincial, los cuales habian apelado á la santa sede; aunque ya en los siglos quinto y sexto se echan de ver algunos ejemplos, aunque raros; de

(1) Colección de concilios, por Aguirre.

estas apelaciones, de las cuales se sirvió Roma para estender su autoridad. Empero no por eso debemos creer que el clero español animado del espíritu enérgico de independencia que distingue tanto la raza ibero-gótica, se sometió dócilmente á las usurpaciones que de ella intentaba hacer la autoridad papal; y aun podría citarse algun caso de la resistencia de esta iglesia, fuerte con la pureza de sus costumbres y su doctrina (1). Estas apelaciones y estos vicarios pontificios no se encuentran ya en la historia despues de la conversion de los godos, época en la cual se estableció ya el principio de poder acudir á la potestad real en último recurso en materias eclesiásticas; tan solo se nota á fines del siglo sexto el envío del palio á San Leandro, metropolitano de Sevilla. En cuanto á la concesion de dispensas, era peculiar á los obispos, al sínodo, ó al concilio.

IV.

Por lo demas, la iglesia católica española se mantuvo siempre en el estado mas floreciente aun durante la época de la dominacion del arrianismo. El número de los obispos ortodoxos era mucho mayor que el de los cismáticos, y las grandiosas pompas de su culto oscurecian las sencillas formas de su contrario. Tampoco se sabe que los concilios españoles hayan estado prohibidos por los reyes arrianos: estas cortes religiosas que cabe á la España el honor de haber sido la primera nacion en convocar desde principios del siglo cuarto, y antes del famoso concilio de Nicea, segun nos lo atestiguan las memorias de la academia de la historia, fueron aumentando sin cesar su importancia y su grandeza, combatiendo victoriosamente la heregia que por todos los medios imaginables trataba de introducirse en la península. Los nestorianos primero, y luego los manicheos, los priscilianistas y otras sectas menos conocidas, trataron, aunque en vano, de arraigarse en el suelo de la Iberia tan mortifero para el herege; y hasta el arrianismo traído á la península en brazos de la conquista, profesado y apoyado por el rey y las autoridades laicas, acabó por estrellarse contra la ortodoxia innata que indudablemente caracteriza la raza española.

A juzgar por los nombres puestos al pié de las actas de los concilios, es evidente que durante los primeros siglos de la conquista, el clero se compuso de romanos ó de españoles indigenas: es permitido creerse, y esta es nuestra opinion, que la raza conquistada, desposeida por sus dominadores de todos los empleos civiles y militares, buscó en el clero un asilo seguro, y el único sin duda que no habia tentado la

(1) Véase la respuesta que dió San Braulio en nombre de los obispos españoles al papa Honorio que los llamaba *perros mudos*, reprochándoles el no celebrar, cas nunca, concilios.

ambicion del vencedor. Mas tarde, cuando la iglesia fué siendo el poder dominante del estado, los godos, en quienes se iba apaciguando ya el ardor guerrero, quisieron tener una parte en las dignidades eclesiásticas, y desde entonces se notan mayor número de nombres godos entre los obispos. El progreso que fué haciendo la España en la cultura del entendimiento, la hizo tomar inclinacion á un estado y carrera, donde se habian refugiado las artes y ciencias que escaparon á la destruccion del poder romano; empero tambien data desde esta época la relajacion de costumbres y la falta de disciplina del clero.

V.

La conversion de los godos al catolicismo cambió muy poco ó nada la gerarquia eclesiástica. La iglesia, que de oprimida se trocó en vencedora, no alteró despues de la victoria las formas del culto con que habia subyugado á sus mismos dominadores. Sin embargo, desde el dia de su triunfo comenzó la intolerancia á hacerse sentir, y de perseguida se trasformó en perseguidora. Sin que hagamos mencion de las tiránicas leyes de Sisebuto contra los judios, vemos que Chintila, en el cuarto concilio de Toledo, manda espulsar de sus dominios á todo aquel que no sea verdadero y conocidamente católico. Reliezwintho ó Recesvinto va todavia mas lejos consagrando la intolerancia por medio de una ley, segun se puede ver en el Fuero Juzgo, libro 12, tit. 2.º Ervigio y Egica muestran el mismo celo por la fé; y los reyes godos sucesores de Recaredo merecen todos el título de reyes católicos, con que mas tarde nuestros soberanos se adornaron con justo y noble orgullo.

VI.

La España gótica como la romana, se dividía en cinco diócesis metropolitanas correspondientes á las cinco provincias civiles y militares: el metropolitano de la Bética que tenia su sede en Sevilla, el de la Lusitania en Mérida; el de la Tarraconense en Tarragona, y el de la Galicia en Braga, hasta la mitad del siglo VI, que á causa de su aumento se dividió en dos, Braga y Lugo. Empero á la estincion del reinado de los Suevos, la primera tan solo conservó la dignidad. En la Cartaginesa, Toledo y Cartagena se disputaron largo tiempo la preeminencia: mientras que una parte de esta provincia caía en poder de los griego-bizantinos, desde el año 534 hasta el de 622, Toledo fué la metrópoli de los godos, y Cartagena de los griegos: mas despues de la salida de estos y estincion del poder imperial de Constantinopla en España, Toledo fué reconocida como la única metrópoli de toda la provincia.

(Concluirá.)

Luis MIQUEL y ROCA.



Un paseo por el mar.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

Pasé pues á Ronda, lindísima ciudad que probablemente conocen todos Vds., y cuyo famoso *Tajo*, y bellas cercanías llevan á ella todos los años á muchos viajeros ingleses, que ante el magnífico espectáculo que allí les ofrece la naturaleza, olvidan los tesoros de su nebulosa isla. Mi familia me recomendó tanto al Comandante general y á las principales casas de la ciudad, y aquellas gentes son de suyo tan hospitalarias, alegres y bien dispuestas para los forasteros, que, á pesar de mi melancolía y falsa posición, no hubo medio de escusarme de fiestas y bailes en el pueblo, meriendas en aquellos deliciosos huertos, donde el azahar embalsama el templado ambiente de la tarde; y continuas excursiones á caballo á los pueblecitos de la circunferencia, cuya posición pintoresca y agreste pudiera escusar á muchos españoles el largo y penoso viaje que hacen á Suiza para ver lo que no falta en su propio país. De buena gana entraría en pormenores sobre las costumbres de aquel pueblo cristiano y, con todo eminentemente arábigo, á pesar de tantos años como han transcurrido desde la expulsión de los moros; pero la historia que relato tenemos pendiente es ya harto larga de por sí, para que la prolongemos con episódicas descripciones.

Don Antonio. Consiento en que por ahora dejemos tranquilos á los Serranos; mas con la expresa condición de que V. ú otro se ha de ocupar mas tarde en hablar de ellos; porque es materia curiosa.

El Redactor. Así constará; y yo me encargo de recordar esa resolución cuando y como convenga.

Alfonso. Siendo así, puedo yo proseguir libre del escrúpulo que de otro modo tuviera.—Iban ya corridos mas de siete meses en mi destierro, sin haber tenido en ellos la menor noticia de las personas que Vds. conocen, si es que á pintárselas he acertado, y sin atreverme á escribir á ninguna de ellas, pues la única que en buenas relaciones habia quedado conmigo era el coronel, á quien fácil es de comprender que no queria molestar. Al cabo de ese tiempo fui convidado por un caballero de Ronda á pasar el día en uno de sus cortijos, inmediato al pueblo llamado Arriate, que en árabe significa *jardín*, nombre tan á propósito para la situación de aquella aldea que equivale á una exacta descripción del país que la rodea. Pasábamos de cincuenta las personas convidadas, entre señoras y hombres, unos de la ciudad, otros de los lugares inmediatos; y hasta una familia vino de Osuna que dista de Ronda por lo menos ocho á nueve leguas, que ahora no me acuerdo precisamente cuanto; pero salvar tales distancias en Andalucía para divertirse acontece con tanta frecuencia que á nadie asombra. Es de advertir, señores, que andaba entonces por aquellas sierras una famosa cuadrilla de hasta treinta *caballistas* ó ladrones bien armados; y que por lo mismo, todos los concurrentes llevaban, el que menos un retaco de dos cañones, muchos dos escopetas, y la mayor parte cuchillo de monte además. Yo por mi parte iba de uniforme con mi sable y mis pistolas de arzon. Preciso es hallarse muy familiarizado con aquel país para comprender que haya quien se atreva á salir al campo á solazarse habiendo de correr peligros graves; pero tanto es el poder de la costumbre que no solo los hombres, sino hasta las mujeres mismas consideran el riesgo como dato invariable, y salen á los cortijos tomando las precauciones que alcanzan y dejando lo demás como ellos dicen *á la mano de Dios*.

Si un extranjero llegara al cortijo cuando á las tres de la tarde comíamos bajo un emparrado y viera al lado de aquellas mujeres de elegantísimos cuerpos, rostros morenos, y ojos que son afrenta del azabache á unos hombres riendo, cantando á otros, bebiendo los mas, no pocos requebrando á sus parejas; y todo eso con la canana ceñida y las escopetas á dos pasos; si viera tambien á los criados que nos servían dispuestos al combate; y en las vecinas eminencias á nuestros vigías en accecho de todos los caminos; dudo de que pudiera creer que éramos todos gentes honradas y en paz con las leyes. Como quiera que sea, el hecho es que aquellas precauciones eran absolutamente necesarias; pero antes de probarlo con la relación de lo acaecido, convendrá, para la mejor inteligencia de mi cuento, que diga una palabra sobre mi posición hasta entonces en la reunión. Ni el desengaño, ni la ausencia, ni el tiempo habían debilitado mi loca pasión; y si bien me prestaba á las diversiones, porque la juventud era mas poderosa en la esencia que las particulares circunstancias

en que me encontraba, al mismo tiempo, y por una especie de capitulación tácita entre el sentimiento y las inclinaciones, procuraba en la sociedad apartarme de las mujeres. En virtud, pues de ese mi propósito, hasta la hora de la comida no me reuní con las señoras y aun entonces colocándome en uno de los extremos de la mesa, atendí exclusivamente á las graciosas cuanto exageradas hipérboles de dos caballeros andaluces entre los cuales conseguí sentarme.

Llevábamos mas de dos horas de mesa: el Manzanilla y el Jerez habian circulado tanto y con tal presteza, que apenas habia alli un hombre que no comenzara á ver *candelillas* delante de sus ojos; y como para las señoras la conversacion iba haciéndose un si es no es cruda, fueron sucesiva y lentamente levantándose una despues de otra, bajo diferentes pretextos, y entrando en el cortijo propiamente dicho. Gracias á esta casualidad estábamos solos los hombres cuando un tiro disparado en la colina mas inmediata á nuestra frente impuso silencio aun á los mas locuaces. Una breve reseña de la topografía de aquel terreno nos es indispensable, y voy á hacerla sucintamente. Entre Ronda y Arriate hay un pequeño valle enteramente rodeado de colinas, cubiertas así de encinas y chaparros, como de sus retoños, y otros arbustos, que forman lo que se llama monte, y en el fondo de aquel valle, de figura parecida á una elipse bajo cuyo radio menor será de unas cien toesas á lo sumo, sin que al duplo llegue el mayor, está situado el cortijo, mas no en su centro, sino en la falda de la colina mas inmediata á la ciudad, hasta la cual va descendiendo el ondulado terreno. Sobre la opuesta eminencia se levantan, en anfiteatro, las cumbres del famoso monte de Tomillo, resultando el horizonte limitado en todos sentidos por una zona de oscuro color verde, cuyo melancólico aspecto contribuye poderosamente á realzar la belleza de la pura, trasparente, azulada bóveda que lo corona. El vallado de piedra bruta, sin argamasa, cal, ni otra liga que lo trabee y una, pero erizado de pitas ó higueras chumbas, que rodea el corralón ó redil, frisa con el pié de la colina, y estendiéndose en figura de trappecio irregular, une los extremos de dos de sus lados, con la casa de labor á la derecha, y con los *Tinaos* ó establos á la izquierda; y ambos edificios componen el cuarto lado del cuadrilátero. A la puerta de la casa está el emparrado, debajo del cual comimos; y á su frente el valle, dividido en hojas de tierra labrantia, estaba ya entonces cubierto de abundante cosecha. Por fin, señores, algunas toesas antes de llegar á la eminencia que del monte Tomillo nos separaba, hay un olivar, que se estiende en una amplitud razonable, hasta mas de la mitad de aquella. Tal es el teatro de la escena que voy á describir, ó á lo menos así me lo recuerda ahora la memoria.

Sono, como dije, un tiro, y *callaron todos Tirios y Troyanos*; quiero decir, así los que estaban ya casi avasallados á Baco, como los que, mas sobrios, conservaban entera su razon. Vimos inmediatamente bajar á rienda suelta por el escarpado y retorcido sendero que á la cumbre conducia, á uno de nuestros vigías, cuyo caballo así escapaba sobre las desnudas rocas y espesas malezas, como pudiera en el hipódromo mejor dispuesto: mas antes que á nosotros llegara, otro disparo primero, despues dos, luego varios, no nos dejaron duda de que íbamos á necesitar de nuestras armas mas que de otra cosa. Entonces, amigos míos, aconteció, lo que invariablemente, y así en grande como en pequeño, acontece en todas las ocasiones de inminente peligro, á saber, que aquellos á quienes la naturaleza ha dotado de mayor serenidad de ánimo, ó la costumbre familiarizó con el riesgo, de hecho y sin designio se constituyeron caudillos y directores, sin que el amor propio de los demás, mientras dura lo crítico de la situación por lo menos, se ofenda, ni resista la dominación insólita que sobre todos pesa. En efecto, el amo del cortijo, hombre ya de cincuenta años, pero de un temple de alma á toda prueba; un Coronel retirado, á quien las balas conocian bien; y yo, que aunque bisoño, tenia todo el orgullo de mi profesion, nos reunimos como instintivamente para deliberar sobre lo que habia de hacerse, despues de habernos armado; y haciendo otro tanto los demás circunstantes, nos rodearon esperando en silencio, y no sin señales harto visibles de inquietud, á que resolviésemos. Urgia el tiempo; el fuego se nos iba acercando; las señoras, á la puerta del cortijo se habian agrupado, como banda de pelonas que ve aproximarse al milano; y por otra parte, apenas nos quedaban dos horas de día.

—Señores, dijo el huésped, es indudablemente *Paquillo el majo* quien con sus facinerosos nos ataca. Hace un mes me escribí pidiéndome mil duros y una botanadura de oro: me he negado á lo uno y á lo otro.....—Y viene á prender fuego al cortijo y á las mieses, como es su costumbre, interrumpió el Coronel.—¿Qué gente trae? pregunté yo.—La que él tiene ordinariamente son unos treinta caballistas; pero bien pudiera ser que para esta expedicion se le hayan unido algunos de á pié, contestó el amo del cortijo.—¿Con qué gente contamos? volvió á decir el Coronel.—Aquí somos diez y ocho; respondi despues de haber contado.—Bien: los criados serán hasta doce; todo el mundo tiene armas.....»

Cuando así decia el Coronel, llegó á donde estábamos el vigia de

que dejo hecha mencion, y nos anunció que la cuadrilla entera del *majo*, con algunos peones por añadidura, venia en ala batiendo el bosque, y que nuestros hombres habrian precisamente de retirarse ante fuerzas tan superiores. Sin que nos lo dijera lo presumiamos así; pero ademas, ya entonces los malhechores coronaban la cima del monte, y nuestros criados se retiraban precipitadamente, de árbol en árbol, cargando sus armas á la carrera, y volviéndose á dispararlas siempre que cualquier accidente del terreno se lo permitia. Entonces por vez primera conocí las violentas pero nobles emociones del combate, donde el apego á la vida cede pronto el lugar, en los corazones bien nacidos, al deseo de la victoria. Me dirán Vds. que cuando se pelea contra malhechores no tienen lugar tales sentimientos: yo contestaré que el malhechor desaparece en el fuego, y que para el que ha de hacerle frente, no es menos importante vencerle que si se tratase del mas ilustre paladin. Vuelvo á mi cuento. —Las mujeres á Ronda, escoltadas por algunos de estos caballeros —Clamó nuestro veterano, ya de hecho general en jefe. Y tan bien pareció su idea, que casi todos aquellos caballeros se ofrecieron en el acto á ser de la escolta. Pero nuestro jefe escogió seis, á quienes llamó por sus nombres; y quiso darme el mando del convoy, mas habiéndome yo negado rotundamente, me reemplazó con uno de los que no habian tenido tanta ansia como los demás de apartarse del campo de batalla....

Mientras que los nombrados, no sin afanes, y menos sin ejercitar a paciencia, se ocupaban en acomodar á las señoras en jamugas y, consiguiendo, merced al miedo, ordenar el pequeño convoy en minutos, emprendian su retirada: los malhechores, que á la cuenta, esperaban sorprendernos, hicieron alto en la cumbre de la colina; y nosotros, viendo un grupo de tres ó cuatro caballistas en el centro de su linea de tiradores, inferimos que tambien celebraban consejo de guerra. Entonces dispusimos que todos los criados, á mis órdenes, se apostasen en el olivar, sirviéndome de reserva el Coronel con ocho de los convidados, y entrándose el dueño del cortijo en él con los restantes, el aperador, algunos mozos de labranza y los pastores. Nuestro plan de batalla fué que yo resistiese cuanto razonablemente pudiera en el olivar; que, en caso necesario, me retirara, apoyado por el fuego que el veterano y los suyos harian desde un tapial frontero al cortijo; y que, en último apuro, nos encerrásemos en la casa, que su dueño abasteceria con cuantos víveres y agua encontrase á mano, tapando además con colchones todas sus ventanas.

A todos estos preparativos, ejecutados con la rapidez que las circunstancias exigian, y el silencio que los peligros graves imponen siempre, siguieron algunos minutos de inesplicable ansiedad y de cruel incertidumbre. La consulta de los jefes de los ladrones se prolongaba; sus tiradores estaban inmóviles, y nosotros teniamos fija la vista en ellos, esperando algunos que los bandidos se retiraran, pues que nos veian resueltos á resistirlos. Y en efecto, el ladrón andaluz pocas veces se bate, sino cuando la necesidad de defenderse le obliga á hacerlo; mas por aquella vez hubimos de creer que variaban de sistema; pues á los pocos minutos de haber tomado posición mi destacamento en el olivar, comenzaron á bajar en ala, prorumpiendo en feroces alaridos, música infernal, de que fué digno acompañamiento un fuego regularmente nutrido. Con todo eso, mis hombres, al abrigo de los árboles unos, otros tendidos tras de las matas, y todos bien municionados, respondieron como convenia á la salva de los ladrones, y pronto les obligaron á dejar la carrera y avanzar paso á paso con inimitable maña para aprovechar los accidentes del terreno. Yo, á caballo, corria de uno á otro flanco mi pequeña linea, tanto para animar á los que la componian, cuanto para cerciorarme de que ninguno de ellos recibia lesion alguna del fuego enemigo, como así fué, gracias á la prudencia con que todos se situaron.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Hospitalidad y sobriedad de los Arabes.

Cuando Volney, que habia salido de Europa para ir á recorrer el Oriente, hubo residido algunos meses en el Cairo, se fué al Líbano en la Syria, permaneció algun tiempo entre los Drusos, y después que aprendió lo bastante de Arabe con los monges, se lanzó á atravesar los desiertos, provisto de cartas de recomendacion para los gefes de las tribus.

Cuando llegó á la tienda de uno de estos á quien iba particularmente á ver, regaló un par de pistolas á su hijo que estaba presente, el que las admitió con gratitud.

Cuando el gefe concluyó de leer la carta que Volney le habia entregado, le cogió las manos y se las estrechó cordialmente diciéndole: —Bien venido seas: puedes permanecer entre nosotros el tiempo que gustes. Despide tu guia, pues nosotros le reemplazaremos; con-

sidera esta tienda como tuya, á mi hijo como á un hermano tuyo, todo lo que hay aquí como si te perteneciera.

Volney no vaciló en fiarse del hombre que se espresaba con tal sinceridad. Entonces tuvo ocasion de experimentar la religiosidad con que observan los árabes las leyes de la hospitalidad. Vivió seis semanas en el seno de aquella familia errante, participando de sus ejercicios, y conformándose en un todo á su método de vida.

Un dia le preguntó el gefe si su patria estaba lejos del desierto, y cuando Volney le hubo dado una idea de la distancia que habia de una á otra, le preguntó:

—¿Y para qué has venido aquí?

—Para ver la tierra y admirar las obras del Creador.

—¿Tu pais es hermoso?

—Mucho.

—¿Pero hay agua en él?

—Muy abundante. En una jornada la encontrarías muchas veces.

—¿Tanta agua hay! exclamó el Árabe sorprendido. Tanta agua hay en tu pais y la dejas!

Volney hubiera deseado pasar algunos meses entre estos árabes, pero queria viajar mas, y sobre todo le era imposible contentarse como ellos con tomar por alimento diario tres ó cuatro dátiles y un puñado de arroz. Le hacian sufrir tanto el hambre y la sed que á veces se sentia desfallecer. Los cuidados eran solícitos, pero los alimentos eran malos y escasos. Volney tuvo al fin que despedirse de su huésped y recibió al marcharse mil pruebas de su cariño; el padre y el hijo le fueron guiando hasta una gran distancia, y no se separaron de él hasta que le hicieron prometer que volveria á verles. Pero la suerte lo decidió de otra manera, y esta despedida fué la última que se hicieron.

Sentencias y máximas.

No hay ni un libro que sea totalmente malo para quien tiene la paciencia de leerle hasta el fin, la facilidad de leer aprisa, y el talento como dice Sterne, de ir á caza de pensamientos.

El espejo es un libro que alije ó divierte segun la edad. Se le consulta como á un profeta. Cuando la muger es joven, se mira en él para ver si es muy bonita; cuando es vieja, para asegurarse de que tiene aun algunos atractivos. Se engañan siempre y mueren sin romperlos.

La providad es necesaria á los que viven en sociedad para tratar entre si con confianza; lo es igualmente al hombre que vive retirado en la soledad, para que pueda vivir en paz consigo mismo.

Lo que caracteriza al verdadero hombre honrado es la predisposición á hacer el bien, aun cuando tenga la seguridad de que será ignorado de todos, y tenga al mismo tiempo la certidumbre de poder hacer el mal con impunidad y sin que ningun otro hombre lo sepa.

CONSECUENCIAS FUNESTAS DE UN RASGO DE AMOR FILIAL.

La princesa Amalia de Inglaterra sucumbió en 1814, á los estragos de una enfermedad larga y penosa. Esta pérdida tuvo consecuencias fatales. Adorada por toda su familia, recibiendo los cuidados mas tiernos y solícitos de todos los que la rodeaban, conmovida particularmente por el excesivo cariño del rey su padre, y queriendo dejarle una prueba y un recuerdo del que ella tambien le profesaba en tan alto grado, mandó buscar un joyero, y le hizo que delante de ella montara un rizo de pelo suyo en una sortija con esta inscripcion. *Remember me after I am gone* (acordaos de mi despues que yo no exista). Cogiéndole despues el anillo, le colocó por si misma en el dedo de su padre. Pero esta prueba era harto fuerte para que la pudiera resistir el que tenia su corazon desgarrado tanto tiempo hacia por el estado deprecable de una hija tan querida, y aquella misma noche, mientras la princesa espiraba, el rey Jorge III. volvió á ser presa de sus accesos de demencia de los cuales nunca ya curó. Esto nos prueba que antiguamente podia existir aun el cariño entre los reyes.!

DIGNA PREROGATIVA DE LAS MUGERES EN EL ORIENTE.

En el Cairo, bajo el dominio de los mamelucos, cuando perseguían á un hombre para matarle y conseguia llegar huyendo á la puerta del Serrallo y gritar: *Fi ard el Haym* (bajo la proteccion de las mugeres), obtenia que le perdonaran la vida y le dejaran libre.

Los soldados de Tanquin.

Una muger condenada á muerte, en Tanquin, sufrió el suplicio con tanto valor que los soldados que la rodeaban se comieron su cadáver, no por bravata ó crueldad como los salvajes del Canadá, sino para identificarse con aquel valor que tanta admiracion les causara.



PAGINAS
DE LA
VIDA DE JESUCRISTO,

SACADAS DE LA HISTORIA UNIVERSAL DE BOSSUET,

ILUSTRADAS CON DIBUJOS IMITADOS DE ALBERTO DURERO, RAFAEL, HOLBEIN, GOLCIO Y MADRAZO. LITOGRAFADOS POR LOS SEÑORES VALLEJO, URRABIETA, LOZANO, LEGRAND, LETRE Y LOPEZ.

Un libro de religiosa y grata contemplacion, un *Album piadoso* que por su forma y por su esmero pueda rivalizar con las obras profanas que la moda introduce hoy en el interior de las familias, para ostentarlas como objeto de lujo sobre las mesas de los gabinetes, esto es lo que ofrecemos al público.

Los libros sagrados, ese manantial puro é inagotable de instruccion y calma religiosa, de consejos para el fuerte, de lecciones para el apocado, de consuelos para el infeliz, han inspirado las páginas que anunciamos.

Tratándose de contribuir á popularizar la historia sagrada, debíamos acudir á un escritor eminente y hemos elegido á Bossuet; debiendo adornar con láminas la vida del Redentor, nada nos ha parecido mejor que imitar los cuadros de los grandes pintores que han trasladado al lienzo escenas de aquel drama sublime, y no hemos vacilado en seguir los pasos de Alberto Durero, Rafael, Holbein, Golcio y Madrazo.

Los mas distinguidos dibujantes de Madrid se han ocupado de las 24 láminas litografiadas, de mayor tamaño que este periódico, que en esquisito papel de la fábrica Zaragozana comprende la obra, y cuya estampacion ha sido confiada al acreditado establecimiento del señor Donon.

Sin embargo de esta reunion de costosas circunstancias, la obra completa encuadernada con una lindísima cubierta, no cuesta mas que 45 rs., y los suscritores al SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL ó LA ILUSTRACION, pueden adquirirla por 40 solo con presentar el recibo de su abono.

En Madrid se halla de venta en las librerías de Monier, Cuesta, Publicidad, Gaspar y Roig, Maturte, Bailli-Bailliere, Jaimebon, Poupart, Lopez, Villa, Dos Amigos y en la estamperia de Peligrini.

En provincias en casa de todos los corresponsales de las Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, ó remitiendo una libranza de fácil cobro sin descuento alguno, que cubra el precio de la obra. Tambien habrá desde el domingo próximo ejemplares encuadernados con lujo.



Abadía de Holy-Cross, en Irlanda.

A ocho millas de Cashel, sobre la risueña orilla del Suir, que baña con sus aguas estensas praderas, se levantan las magníficas é imponentes ruinas de la Abadía de Holy-Cross, en el centro de una aldea miserable.

Esta abadía fué fundada en 1182 por Donald O'Brian, rey de Munster, en presencia de Gregorio, abate de un monasterio, del arzobispo de Cashel, y del obispo de Limerick. La iglesia, destinada á recibir un pedazo de la verdadera cruz que habia sido regalada á Murtagh, rey de Irlanda, por el soberano Pontífice Pascual II en 1110, tomó el nombre de Holy-Cross, que significa en nuestro idioma *Santa Cruz*. La reliquia preciosa, engastada en oro y guarnecida de pedrería, fué por mucho tiempo el objeto de la veneración pública. Numerosos peregrinos, entre los cuales figuraron nombres ilustres, afluan constantemente á Holy-Cross. Hoy en día los devastadores efectos del tiempo van reduciendo progresivamente á polvo el suntuoso edificio, y los vastos dominios que pertenecían á los monjes han sido cedidos al conde de Ormond por la renta anual de 13 libras esterlinas!

La arquitectura de la nave es inferior á la del coro y á la de la torre alta y maciza que está sostenida en sus flancos por elegantes botarales. El techo está delicadamente trabajado, y hay en él cinco agujeros que daban paso á las cuerdas que servían para poner las campanas en movimiento. Las dos naves laterales están trabajadas con el mismo gusto. La del norte está dividida en dos capillas; una de ellas que contiene la pila bautismal y un altar en forma de sepulcro medio destruido, recibía la claridad del día por una ventana de figura y dibujos extraños.

En el coro hay dos monumentos de un estilo original y triste. Uno de ellos consiste en dos filas de arcos ogivados que surgen de los estremos de unas columnitas cuyas bases están llenas de adornos, y cuyos cuerpos forman medias cañas en espiral. En uno de sus costados hay una pila para el agua bendita. Según sus dimensiones, se puede creer que el indicado monumento era un cenotafio destinado á recibir los cadáveres durante la celebración de las misas llamadas de

cuerpo presente; ó tal vez sería la urna donde se depositara la santa reliquia para que la adoraran.

El otro monumento no es menos notable, ni menos incierto el uso á que se le destinara. Del remate de unas columnitas delgadas de mármol negro surgen tres arcos de forma elegante que sostienen un dosel de piedra sobrecargado de adornos que se hallan también en los pedestales. Hay en él cinco escudos: dos de ellos ostentan una cruz, y los otros tres tienen las armas de los Fitz-Gerald. Esto ha hecho suponer que aquel elegante mausoleo fué erigido á la memoria de la hija del conde de Kildare, esposa de Jaime IV, conde de Ormond (conocido comunmente por el *Caballero blanco*), la cual murió en 1403.

LOS GENIOS GEMELOS.

PRIMER PARALELO.

SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

Voy á buscar la analogía, la similitud, la identidad entre las dos mugeres que parecen en el mundo mas diferentes; y antes de empezar me dirijo esta pregunta: ¿Qué analogía, qué similitud, qué identidad puede haber entre dos seres que nacieron separados por veinte siglos, entre una griega de la república y una española del absolutismo, entre una poetisa de Atenas y una doctora de Avila, entre la querida de Faon y la esposa del Redentor, entre una vacante y una virgen, entre una gentil y una santa, entre una suicida y una mártir, entre Saffo y Santa Teresa de Jesus?

Saffo.

Los escritores griegos se dividen en dos opiniones al hablar de Saffo. Unos la presentan como una muger desordenada, que aun no
24 DE MARZO DE 1830.

frias las cenizas de su esposo, corre livianamente tras de un ingrato amante; y otros bajo la imagen de una poetisa vehementemente y desgraciada, á quien su propia elevacion de pasiones la conduce á la deshonra. Los enemigos de las poetisas claman contra la degradacion de su vida, sin fiarse en otro testimonio que en el eco de su fama; y los amigos de las poetisas defienden la fama de Safo, atribuyendo á la envidia de las otras mugeres la calumnia que pesa sobre su nombre.

En la sola oda que de los grandes volúmenes que escribió Safo respetaron los siglos, se han fijado con avidez los ojos de sus contrarios y de sus parciales para descifrar el enigma de su pasion terrible. Unos han creído hallar en cada palabra espresado distintamente el sentido de criminales deseos, y otros el amoroso delirio de una ternura insaciable.

En su busto esculpido sobre las monedas se han detenido tambien los contendientes á hacer un examen rigoroso. Para unos las lineas de su perfil, la actitud de su cabeza y el desnivel de sus labios, han sido claros indicios de su mala organizacion y de sus inclinaciones deshonestas; y para otros la soberbia de su frente, lo erguido de su cuello y la significacion de su gesto, han sido victoriosas pruebas de su carácter noble y de su imponente dignidad.

Así disputan los anticuarios sobre una inscripcion, cuyas letras ha borrado el tiempo; y así en un cementerio se duda si los huesos de una tumba sin epitafio pertenecen á una religiosa ó á una muger del mundo.

Yo no voy á aceptar ni la opinion de los que condenan á Safo ni la de los que la absuelven. Una oda y un busto no pueden ofrecer al estudio fisiológico ninguna razon segura acerca de la persona que pereció tantos siglos hace, ni revelar los profundos misterios de su existencia. Yo no distingo la figura de Safo sino reflejada en el espejo de la tradicion, que empañado por la niebla de los tiempos, ha podido deslucir su belleza mostrando una fisonomia distinta de la que fué; pero que no deja duda acerca de la que es, y que en tanto el cristal dure conservará la imagen de lo que será. Tal vez la Safo original no se parece en nada á la Safo traducida. Tal vez la Safo que conocemos es un fantasma, es una nube que ha levantado en las revoluciones de la historia el calor de la imaginacion del poeta, y que adopta formas y colores segun el punto de vista que ocupa sobre los pueblos. Yo ni dudo, ni creo, ni disputo acerca de semejante creacion: la considero tal como la presenta su gloria.

Tal como la presenta su gloria es una poetisa sensible que ha tenido la desventura de enamorarse de un joven vulgar, y que emplea todos los recursos del amor para nivelar á su corazon el de su amante. Le instruye en la poesia, ilumina su entendimiento con las lecciones de su ingenio: es la maestra, la hermana, la esposa á un mismo tiempo, de aquel que adora con una incansable solicitud. Pero así como no es posible que un hombre ciego comprenda la belleza de la muger que no ve, así es imposible que un hombre vulgar comprenda el amor de una poetisa. El amor puede ligar á estos seres en tanto que el vago fuego de los sentidos mantenga la union de ambos; pero en el momento en que la poetisa hace uso de la facultad de sentir con el poder del entusiasmo, estos dos seres se divorcian moralmente. La poetisa siente con las creces de la fantasia amores ignorados al vulgo, y busca la correspondencia de ellos en la inteligencia poética de su amante. Si este no la posee, el amor de la poetisa se declara en viudez. Pero un corazon que ha adquirido el hábito de amar no se conforma con renunciar al objeto que eligió equivocadamente; y de aquí los esfuerzos de Safo por hacerse comprender de su amante, y de aquí su desesperacion por no ser comprendida. Un rayo de luna que bañase la frente de Faon era para la poetisa un manantial fecundo de inspiraciones y de placeres. Todas las noches de luna las hubiera dado Faon por una copa de Chipre y una hora de buen sueño. Y hay mas: el hombre que se ve amado con una pasion superior á la que él siente, se cansa del afecto que inspira. Su amor propio, que solo escita la contradiccion, busca otras difíciles conquistas y desprecia las que han sobrepasado á sus esperanzas. Una pasion, tal como la sentia Safo, no debia ser correspondida sino por un poeta tan sublime como ella misma.

Mas no es fácil que dos ingenios dotados de iguales facultades de sensibilidad y de imaginacion se encuentren en un mismo siglo á la distancia precisa para corresponderse. La naturaleza, que tan en armonia está para producir seres de todas especies entre los de segundo orden, que engendra en cada generacion millares de seres organizados perfectamente para corresponderse entre sí, es incompleta y estéril en la reproduccion de los seres superiores. Todos los hombres vulgares pueden lisonjearse de hallar en el mundo su compañera. Y todavía en los irracionales es mas perfecta la armonia. Entre las aves nacen las palomas amantes de dos en dos. En el reino vegetal cada palmera tiene su palmera correspondiente. El consorcio de la inteligencia es mas difícil.

Los grandes ingenios nacen por lo regular aislados, y viven mo-

ralmente célibes. Esta soledad, este abandono del alma que ha producido en los tiempos modernos el sarcasmo de Biron, el hastio de Espronceda y el suicidio de Larra, debió ser la causa de la desesperacion de Safo.

Faon, aunque enamorado un instante por el deslumbramiento de los sentidos, reconoció bien pronto que Safo no era su compañera. Aquella sobreexcitacion del entendimiento que la hacia producir cantos incomprensibles para Faon, debia maravillarle demasiado y alejarle cada vez mas de su cariño. La superioridad intelectual de una muger será eternamente una barrera que la separe del querer de los hombres. No aman los hombres sino lo que está al nivel de ellos. Lo que está mas alto ó lo admiran ó la desprecian. Para que Faon pudiera comprender y amar á Safo, era preciso que hubiese nacido con el alma de Homero.

¡Homero! ¡Safo! lejanos ástros que tardan siglos en describir su órbita, y que por eso no aparecen dos en una noche, dos en un año, ni dos en un siglo!....

Pero aunque es difícil que dos poetas de primer orden, de diferente sexo y con igual temple de sensibilidad se encuentren en una misma época, si por ventura aconteciera, no habria poder humano que evitase su reunion. Tengo para mí, que nacidos en apartados climas y sin haberse visto nunca, habian de presentirse y agitarse, y se habian de entender y amar por el misterioso impulso de sus almas. Esos fenómenos, que en el órden fisico se observan, esa convulsion del mar por el movimiento de la luna, se repiten en el órden moral con las mismas incomprensibles relaciones. El ave que adivina la tormenta, la brújula que marca el polo, no son mas sensibles que el corazon humano en las fibras de su amor. Tambien en las regiones de la inteligencia hay una atmósfera mas ó menos cargada de electricidad, con su ambiente, sus nubes, su fuego, que sentimos en el espíritu, como en su cuerpo el ave. Tambien hay sustancias llenas de abstraccion, llenas de magnetismo, que nos inclinan al polo por la misma oculta maravilla que los hombres no saben explicarnos. ¡Oh! si el siglo de Safo hubiera producido un corazon y un ingenio semejantes al suyo, no hubiera profanado su lira cantando á Faon.

Feliz quien junto á ti, por ti suspira:

Quien goza del placer de oír tu habla.

Pero Tirteo, Aleman, Arion, Lesches, eran poetas hartó inferiores á Safo. Strichore se hallaba en la decrepitud; y por lo que hace al dicino Alceo, fué un cobarde que emprendió la huida en la primera batalla en que se halló, y un falso, que intentó vender la libertad de los griegos, despues de haber jurado defenderla. Safo no tenia en Atenas un poeta digno de ella.

Acerea del estraordinario ingenio de Safo estan de acuerdo todos los escritores griegos, y puedo citar las palabras de Demetrio y de Strabon.

«Muchas mugeres, dice el primero, han cultivado en Grecia la poesia; pero ninguna con el éxito de Safo.»

«Entre nuestros poetas, dice el segundo, no hay ninguno que merezca ser preferido á Safo. Ella ha pintado cuanto la naturaleza ofrece de mas bello.»

Todavia Plutarco la elogia con mas viveza.

«¡Qué fuerza de genio! esclama. ¡Cómo nos arrastra cuando nos describe los encantos, los trasportes, la embriaguez del amor! ¡Qué pintura! ¡Qué fuego!.... Dominada como la Pithia por el Dios que la agita, arroja en el papel sus espresiones inflamadas.»

Safo puso una academia para instruir en la poesia á las doncellas de Lesbos; y en pocos años logró hacer descollar á Erinna y á Damolla.

Enemigas numerosas, enemigas implacables halló Safo en las cortesanas de Atenas. Las que fundan en los pueblos el imperio de la moda, las que imponen á la juventud la ley del placer, las que no tienen otro don que el de la hermosura, arman contra Safo el ridículo y la calumnia. La belleza del talento ofrece su deleite como la belleza de las formas; y esas mugeres ignorantes y bellas han de irritarse siempre con la que pretenda inspirar á los hombres un sentimiento diferente al que ellas inspiran. Una poetisa es una rival terrible para toda una generacion de mugeres. La aparicion de una poetisa es siempre nueva, es siempre estraña, porque no se verifica sino de tarde en tarde, y la sociedad no tiene tiempo de acostumbrarse á su presencia.

Ninguna muger ve en Safo al ingenio que ha de levantar la gloria de su sexo, y sostenerla por toda una eternidad, sino á la muger célebre que ha de atraerse las miradas de los contemporáneos: á la rival peligrosa, cuyo nombre se estiende por todas partes y despierta la curiosidad del joven, atrae las simpatias del sábio, y reina en la mente de todos: ¿Qué remedio han de emplear las griegas contra el pensamiento que se apodera de las cabezas de la juventud, ni cómo han de librarlas del influjo de una rival que las domina por el espíritu?

Así se irritan los celos en un ejército de mugeres armadas contra

la enemiga universal. Así, por un movimiento espontáneo se formó una cruzada para destruir á la poetisa que se atreve á ostentar un encanto superior al de la hermosura. Así la envidia dirige los dardos de la calumnia y envenena el nombre que no puede anochecer. La ironía, ese agudo acero que abre con una sonrisa una herida de muerte en el entusiasmo, brilló en los salones de Atenas como en un campo de batalla. Las mugeres frías, calculadoras, egoístas, malvadas, se recogieron en el círculo de sus leyes femeniles para dejar sola en el ridículo á la que se presentaba á reclamar para su sexo el derecho de la gloria.... ¡Oh! ¡mucho debió combatir la hija de Mitilene para alcanzar sobre sus enemigas la gracia de poder ilustrarlas! ¡Para fundar una academia y pagarlas en lecciones sus infamantes calumnias! ¡Para consumir su vida con la fatiga del estudio y levantar del olvido veinte nombres que de otra suerte no conocería la posteridad! ¡Para hacer inmortales los nombres de Damofila y de Erinna!

¡Oh! yo que he vacilado en absolver á Safo, prevenido mi juicio por las acusaciones de los escritores griegos, siento que un rayo de verdad aclara las tinieblas de la historia. Mi corazón ha palpitado por instinto al describir la guerra de las mugeres contra las poetisas, y descubrí al través de las naciones el origen de ese infortunio que acompañó á las mas ilustres heroínas. Tal vez ¡pobre Safo! fuiste el modelo de la virtud, y tu amor sencillo y tu fé leal prestaron á tus calumniadoras el hilo sutil con que tejieron la red en que envolvieron tu vida. Ahora creo reconocer en tu canto un sentimiento inocente cuando dices: «que la de los dioses no ignora á tu dicha, si ves sonreír á tu amante.» ¡Ahora creo hallar en tu suicidio el arrebato de un corazón bueno y generoso, ciego de dolor y desesperado por tan duras ofensas y tan crueles decepciones!

No, Safo no era mala; y esas palabras de virtud que coloca en sus labios el recto Aristóteles, no fueron hijas de la hipocresía. El alma de Safo era ingenua, y por eso su amor prestó fundamento á la calumnia. Safo nació para redimir á su sexo del desprecio en que le tenía la superioridad de los hombres, y como redentora fué mártir. En vano consultó á los oráculos. Las pitonisas engañaban su credulidad.

Si, Safo era una muger llena de abnegación, una muger sublime que consagró su existencia á las nobles pasiones. La inspiración de la poesía no descendié á los seres innobles, á los seres degradados. Safo engrandeció las artes. Safo regeneró el entendimiento de las mugeres de Atenas, y esa estatua que Silanion famoso la esculpió en vida, y esas monedas que se acuñaron con su busto, y ese delirio de la Grecia por el nombre de Safo, no podían ser ovaciones á una muger envilecida!

Ahora recuerdo que los escritores que acusan á Safo son los mas posteriores á su siglo.... Ahora medito en que muchos hombres opinan contra la ilustración del bello sexo, y trabajan por sofocar sus instintos de gloria.... Ahora comprendo que también la envidia se apodera de las almas varoniles....

Yo aparto mis ojos de esos ingratos escritos, cierro mis oídos á esos vagos rumores que pretenden deslucir la aureola de Safo, y la veo y la escucho por la vision del entendimiento, y la juzgo por la conciencia del corazón.

Safo triunfa en la sabia Atenas, y la admiración, el entusiasmo de un pueblo entero, y el amor de cien discípulas, premia el celo de sus tareas. Pero gloria y amistad abandona por Faon, á cuyos pies coloca la coronas con que ha sido premiada en el templo de las artes. Faon acepta su ofrenda para adornarse con sus laureles, desprecia al brillante ingenio y se une á otra.

¡Ay! el dolor que debió desgarrar las entrañas de Safo es inconcebible para las que tenemos el consuelo de la religion cristiana! Nosotros no podemos saber hasta qué grado de exaltación llegó la fiebre de aquella inflamada cabeza, pocos momentos antes de cometer el suicidio. El mar de Grecia que apagó el ardor de su sangre hirviente y gangrenada por los celos, el mar de Grecia, que comprimió los últimos latidos de su pecho destrozado, que sofocó sus últimos sollozos, el mar de Grecia solamente pudo saber cómo hizo su tránsito á la eternidad esta triste alma enamorada!

Teresa.

Bajo tres puntos de vista distintos hay que considerar á Teresa. Como muger, como monja y como poetisa. Todo lo que tiene de la muger la eleva á la altura de las mártires santas. Todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter. Todo lo que tiene de la poetisa inmortaliza su nombre.

Noches enteras sobre el libro de Teresa he meditado en lo que debió sufrir esta muger grande, y me he identificado con su infortunio.

Teresa era por la inocencia de su alma niña todavía, cuando se enamoró de un joven. Sus palabras amorosas se parecen á las del cantar de los cantares. Todo su amor eran pláticas «Las horas, dice, pasaba platicando, que cosas deshonestas las aborrecía.»

Pero su amante llega á pedir su mano, y Teresa se halla en un gran conflicto. Un sentimiento instintivo de repulsión la detiene. Por la primera vez piensa en su castidad. Compara su vida con la que le cuentan de su amante, y rehúsa. Pero el corazón de Teresa lleno de ternura, vuelve á sentir la necesidad de amar, y torna á encontrarse en la misma lucha de contradicciones. ¿Qué son estas contradicciones? ¿Será que Dios ha puesto en el alma de las mugeres inteligentes y puras la conciencia de su valía, y temen degradarse con el contacto de seres menos puros que ellas?

En el siglo de la inquisición todos los sentimientos humanos, todas las verdades fisiológicas se explicaban por la teología. La mente de aquellos sabios no se ocupaba sino de ideas abstractas, que tuviesen relación con la divinidad, y miraban con desden el estudio del corazón. Una doncella enamorada era cuando mas un objeto de compasión para los doctores de la iglesia, que no podían resolver el problema de sus afectos contrarios, sino por la inspiración de Dios y las sugerencias del demonio. Una doncella que en sus perplexidades acudiese al confesionario, quedaba confundida y espantada del estado de su alma, y corría á hacerse la esposa de un hombre ó la esposa de Dios para evitar la condenación eterna. Todo detenimiento en las contemplaciones del amor, que á la par deseaba y temía eran miradas como una llama impura que brotaba de las hogueras del infierno para arrastrarla á la perdición. Amar espiritualmente, amar con las ilusiones de la inocencia, con el vago encanto de un corazón virgen que se sustenta de palabras, de miradas, de armonía, de luz, era un crimen para los frailes.... ¿Qué sabían los frailes de amor espiritual? Si la doncella defendía el derecho de vivir algunos dias mas de libertad embebecida en sus cándidos sueños, recuerdos aun de los dias infantiles, era la tentación de Satanás, que escondía sus uñas entre las blancas muselinas de su lecho para mejor despedazar el honor de la doncella. El pudor que resistía era la malicia siempre del enemigo. El llanto que la arrancaba el sacrificio de su amor, era la flaqueza de la criatura.

Así debieron explicar á Teresa los sapientísimos doctores las causas de sus aflicciones y de sus dudas, cuando enamorada todavía de un hombre, se decidió á consagrarse á Jesús. Creo verla en este supremo instante de renunciar á lo que amaba, indecisa y atormentada poner solemnemente la mano sobre su pecho y prorumpir en llanto. Representáse la tierna felicidad de dos seres unidos con el lazo santo de una mútua pasión, y adivina que esta felicidad ha debido existir en el mundo. Vuélvese á pensar en su amante; pero de nuevo retrocede, de nuevo compara y pregunta á Dios: ¿Mi compañero dónde está?

Todavía arroja una mirada en la juventud del siglo XVI para ver si halla al compañero que le ha destinado Dios; pero el siglo está desierto, el mundo la murmura, su honra padece, los confesores la estrechan, y Teresa se encierra en el claustro.

Triste, muy triste debió ser el día de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el mas claro espejo de las virtudes, el mas bello modelo de su sexo, para sepultarlo en la oscuridad de un claustro, y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella muger heroica hubiera encaminado su enérgico instinto hácia la educación de las familias, si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar célibes, los hubiera empleado en fundar colegios y en instruir á las madres, hubiera regenerado á España. Apartando de la corrupción á mil doncellas, no hacia sino disminuir el número de las malas mugeres. Pero dando á la sociedad mil madres educadas, hubiera aumentado el número de los buenos hijos.

Mas daño que los luteranos hacia á la religion el pervertimiento de las costumbres, y si Teresa hubiera aplicado su camino de perfección, á la perfección, no de las monjas, sino de las madres, hubiera hecho brotar una generacion ilustrada en vez de secarse en el corazón de sus vírgenes.

Esas mugeres superiores á su sexo son las que han de empezarle obra de la educación. Esas grandes abejas que vienen de primavera en primavera al campo de la sociedad, son las que han de reunir á las abejas dispersas. ¡Oh! ¡qué rica hubiera sido la colmena si la maestra de estas pobres abejas que se devoraban en la inacción y el desorden hubiera dirigido sus tareas á la utilidad del género humano! pero los frailes espantaron del mundo á la gran maestra, y la encerraron donde ni luz, ni agua, ni flores tenía para labrar sus panales.

La mano de los frailes detuvo el progreso de un siglo y esterilizó el mas productivo de todos los talentos de muger, y la mas fecunda de todas las virtudes. Felipe, á quien declara la historia por rey tan sabio, no comprendió mejor que los frailes la misión de Teresa. No la consideró sino como á una beata, que debía conjurar con sus rezos la invasión de los luteranos, y la protegió para que inspirase á otras vírgenes su beatitud, diezmando las familias con la institución de nuevas órdenes.

El fanatismo ahogó aquel día el noble impulso del genio, que pretendía abrirse camino por medio de los pueblos, para ilustrar á las gentes.

Remordimientos del amor y de la inteligencia sacrificados debieron agitarse con horribles tormentos en aquella organizacion vigorosa cuando la redujeron al estado que vamos á describir, copiando sus palabras.

«Quedé de estos cuatro días de parasismo, de manera, que solo el Señor puede saber los insupportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida,»—hé aquí, advierte de paso, un magnífico verso endecasílabo:—«la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mahó, ni cabeza, mas que si estuviese muerta....»

«Díome aquella noche un parasismo, que me duró estar sin sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el sacramento de la unción, y cada hora á momento pensaba espiraba, y no hacian sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos.»

«Día y medio tuvieron abierta la sepultura en el monasterio aguardando el cuerpo allá. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que.... muerto, para dar pena verle. El estremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenia: ya digo que estar así me duró mas de ocho meses: el estar tullida, tres años. Cuando comencé á andar á gatas alababa al Señor.»

Descripción que horroriza, porque se ha visto al corazon, luchar, resistir, desbaratarse, y quedar con un resto de vida, para que la muerte no le dé descanso, para que sea larga la agonía.

¡Oh! ¡una criatura tan hermosa, que era pasmo de las gentes se suicida en la belleza y asiste á los funerales anticipados de su juventud; y vé pasar la imágen de sí misma sin dejar á su amor una débil copia; y se levanta como una sombra sobre su propia tumba!

¡Oh Teresa! ¡Quién sino una muger podrá comprender el valor de este triunfo! Nosotras que sabemos como la sangre hierve en nuestras venas en esas horas de fiebre en que nos abraza la pasión, nosotras, que sabemos cómo el recuerdo de una mirada hace vibrar nuestras fibras, nosotras podemos comprender lo que sufriste hora por hora en esa gran batalla del espíritu contra el corazon! ¡Esas noches de locos insomnios, de sueños falsos en que el dolor físico y el dolor moral reunidos en nuestro desventurado cuerpo nos hace ver iluminado el aire, globos de luz en la oscuridad, y nos hace escuchar ruidos sordos como de un torrente lejano, como de una rueda que gira! ¡Esos vértigos, esos delirios, esas ansias, esos desmayos, esa postración que lentamente viene despues que hemos consumido gota á gota el caudal de nuestra sangre en la enfermedad, los comprendemos nosotras! Pero ¿quién, Teresa, tendrá la virtud de aiabar como tú á Dios en medio de ese tremendo martirio, y quién sino tú puede considerarse dichosa, porque al fin el dolor dejó tus miembros tullidos y te permite arrastrarte por el suelo?

He dicho que todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter: en efecto, se advierte en Teresa, como monja, una tendencia tan exagerada á rebajarse, una sumisión tan esclava al saber de los hombres, un fanatismo tan exaltado hacia las preocupaciones absurdas de las órdenes religiosas, que altera la ingenuidad, desfigura la sencillez de su alma. Por muy humilde que sea una criatura, no hace abnegacion de la conciencia que Dios ha puesto en ella para que conozca su propia dignidad. Dejaría de ser sensible el ser que no conociera la satisfaccion íntima de sus virtudes, y sería despojar á la humanidad del derecho de estimarse si se la supusiera ignorante para juzgar sus propios actos. Teresa conocia el valor de las virtudes, puesto que las practicaba; y si las practicaba porque las conocia, debia saber que estaba en posesion de su tesoro. ¿Por qué declararse la mas ruin y pecadora de las criaturas? ¿Por qué afirmar que su maldad la espantaba? Por modestia, responderán los frailes. Pero esto no es exacto. La modestia es el silencio del orgullo. La modestia no es la ostentacion de la humildad.

Teresa atribuye cuanto escribe y cuanto habla á revelacion de las visiones. Teresa confia á un ignorante fraile el precioso caudal de una obra que ella misma cree inspirada por Dios, y le ruega que la destruya. ¿Si tanta era su fé en la gracia divina, por qué somete sus ideas á la aprobacion del fraile á quien se reconoce superior en talento y virtudes? Si duda de su propio talento, ¿por qué dice que le inspira la gracia divina!

La monja lo explica así en el libro de su vida.

«Siempre que el Señor me daba una cosa en la oracion, si el confesor me decia otra, me tornaba el mismo Señor á decir que le obedeciese. Despues el Señor le volvía para que me lo tornase á mandar.»

No puede darse una solucion mas ingeniosa que esta conformidad

entre Dios y el fraile para ponerse de acuerdo en lo que habian de mandar. El grande corazon de Teresa se comprime, su espíritu se amilana, su entendimiento su confunde, y hasta su buena fé vacila cuando habla como monja. Monja perfecta era, yo no lo niego; pero cuanto mas perfecta la monja, mas imperfecta la muger. Todo cuanto hace la monja es contrario á la naturaleza, á la verdad, á la inteligencia, al derecho de la criatura. Para ser buena monja hay que disfraczar las pasiones, abdicar la reflexion, y despojarse de toda legitima dignidad. No era dado á Teresa presentarse de otro modo en un siglo en que dominaba la supersticion y el despotismo eclesiástico. Pero es doloroso ver que ni la santa pudo librarse de aquella contagiosa humildad que prevenia el desprecio de sí misma hasta la bajeza de aquel abuso de la doctrina de Jesus, que hizo tantos hipócritas por hacer tantos santos. El monjío fué para Teresa como una careta que puso á su sencillo carácter. Teresa no habia menester el encierro para ser santa. Mugeres del temple de Teresa pueden marchar solas por medio de la sociedad sin temor de descaminarse. Mas difícil debió ser á Teresa el conservarse pura en la inaccion y la soledad del claustro, que le hubiera costado entre el bullicio y movimiento del mundo; porque los dos enemigos mayores de la virtud de las mugeres son la inaccion y la soledad. Tal vez Teresa no habia nacido para esposa de un hombre. Tal vez el don de la teoria absorbe la facultad de la práctica, y le estaba vedado á Teresa ser esposa y ser madre para poder dirigir la educacion de las madres y de las esposas. Tal vez necesitaba la concentracion de sus afectos, la vida célibe, la virginidad, para escribir esas inmortales obras llenas de conviccion profunda, llenas de virtud patente, que habian de instruir á generaciones de mugeres. Pero cercándola de yerros y escudándola con votos, no hicieron los frailes sino desvirtuar la gracia de la fortaleza que Dios la habia concedido.

Apartemos la vista de la monja para admirar á la poetisa. Teresa, como poetisa, no tuviera rival en el mundo si no existiera el nombre de Safo.

En vano las hijas de Bretaña y las eruditas francesas formarán un catálogo de ilustres mugeres que llenaron la Europa con el sonido de su fama. Una página sola del libro de Teresa encierra mas poesia que centenares de volúmenes de las extranjeras ediciones.

Empezando por el libro de su vida, esta sencilla historia escrita con la unción de la verdad y de la fé, es un gran poema religioso. Cualquiera de los párrafos que parecen prosa, porque no tienen consonantes, es un canto por la entonacion de sus pensamientos.

Así exclama, despues de referir con la viveza del dolor sus continuas tribulaciones.

«¡Oh Señor mio! ¡Cómo sois vos el amigo verdadero, y como poderoso cuando quereis podeis, nunca dejais de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh! ¡quién diese voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas ellas, nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡Oh, Señor mio, que delicada, pulida y sabrosamente! ¡Oh! ¡quién nunca se hubiera detenido á amar á nadie sino á vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el estremo del trabajo se entienda en mayor estremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mio! ¡y quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiendo mi alma!»

Todo el libro está escrito con este poético entusiasmo.

El camino de perfeccion es un tratado completo de educacion, y es por lo mismo mas filosófico que poético. Pero cuando abandona Teresa la parte doctrinaria y deja volar su espíritu en la contemplacion de Dios, se la oye que exclama:

«¡Oh, Emperador nuestro! Sumo poder, suma bondad, la mesma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo, de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras!...»

Las moradas interiores son otro poema; pero un poema épico en lo abstracto. Un poema dividido en siete cantos, las siete moradas del castillo, bajo cuya alegoría representa el alma. La poetisa transforma las pasiones en guerreros, que combaten este castillo, y anima con el calor de las imágenes mas vivas la resistencia de la virtud. Los teólogos contemporáneos de Teresa hubieran necesitado un farrago de indigesta metafísica, para dar esta definicion del alma, que Teresa hace comprender con algunas metáforas solamente.

«Antes que pase adelante os quiero decir que considereis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios: cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas mas tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho mas.»

El pensamiento, la combinacion de formas de las moradas interiores, su desarrollo, y el feliz término que pone Teresa á esta obra

atrevida, colocan á su autora al nivel de los mas altos ingenios españoles.

Pero donde se comprende la inspiracion profética de Teresa, es en los *conceptos del amor de Dios*. Nada se ha escrito despues del *cantar de los cantares*, de mas tierno, de mas apasionado, de mas divino. Los *conceptos del amor de Dios* son un continuo arrobamiento, un deliquio de amores santos, que dejan el alma lánguida con su lectura. ¡Cómo debía sentir Teresa cuando escribía así sobre este versículo de la Biblia!

«Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas, que me desmayo de amor.»

«¿Qué lenguaje tan divino este para mi propósito! ¿Cómo esposa santa, mataos la suavidad, porque segun he sabido, algunas veces es tan escésiva, que deshace el alma, de manera que no parece ya que la hay para vivir, y pedis flores? ¿Qué flores son estas? Porque este no es el remedio, salvo si no las pedis para acabar ya de morir, que á la verdad no se desea cosa mas, cuando el alma llega aqui.»

Bajo tres puntos de vista distintos he considerado á Teresa, y á pesar de eso no hemos visto de ella sino media fisonomía. Teresa es un genio medio desarrollado, y vale todavía mas por lo que no ha hecho y por lo que no ha escrito, que por su vida y sus obras. ¿Pero cómo esplicamos un mérito negativo? ¿Cómo en una pintura comenzada podeis elogiar la perfeccion de los rasgos que faltan al lienzo? Yo os lo diré. Si la pintura es de Murillo debeis adivinar cuando los ojos de la imagen estén dibujados, cómo debe ser la boca que armonice con ellos. Por esos acentos que se escaparon de los labios de Teresa, podeis adivinar cómo hubieran sido sus cantos si los frailes no los ahogáran en su garganta. Por esos libros que se escaparon de las llamas de la censura, podeis adivinar cómo fueron los que redujeron á cenizas sus directores espirituales. Sobre aquel cráneo pesaba uno mano de plomo que no la permitía levantar sus ideas sino á la altura de las preocupaciones. Adivinad cuál habria sido su vuelo con aire y libertad. Adivinad cómo hubiera cantado Teresa fuera de aquellas cuatro mequinas tapias que reducian á tan pequeñas dimensiones todas las ideas poéticas.

Dad á su vista campos de risueña vegetacion, la alegría de nuestros hermosos rios, la contemplacion del magestuoso océano. Levadla desde las columnas de Hércules hasta el golfo de Nápoles. Desaterrarla como á Stael á la romántica Suiza, para que se agraven sus meditaciones filosóficas bajo la sombra de aquellas austeras montañas y de aquel nebuloso cielo. Que se embarque como Lady Stanhope en los mares de Oriente, y que vaya á nutrir su pensamiento con la sávia religiosa que circula hasta por los troncos de los cedros del Líbano. Que torne mas tarde á Europa y oiga como Jorje Sand la voz de los sábios de Francia, y que termine su peregrinacion recorriendo los bosques de la América virgen. Entonces conocerá todas las grandezas de Dios, todas las miserias de la humanidad. Entonces se dilatará su mente comprensiva, y romperá en un canto, resumen de todos los humanos ecos, y tan alto como el himno que los profetas elevaban á Dios. Entonces verais la juventud lozana de ese genio, que enfermó en la niñez y murió de consunsion en el limitado círculo de un monasterio.

Safo y Teresa.

¡Cuánta diferencia parece que existe entre estas dos mugeres, y á pesar de eso qué analogía, qué similitud, qué identidad hay en las dos!

Allí veo á Safo en medio de sus discípulas.

Allí veo á Teresa en medio de sus hermanas.

Ambas regalan generosamente á esta pobre mitad del género humano el caudal de sus lecciones, y ambas sienten un amor intenso hácia sus discípulas y sus hermanas.

La caridad se revela en Safo por la ardiente solicitud con que cultiva el talento de sus compañeras de gloria.

La caridad se revela en Teresa por la severa disciplina con que conserva la virtud de sus compañeras de martirio.

Ambas forman una escuela para elevar á la muger.

Safo juzga que las eleva coronándolas de laureles.

Teresa vistiéndolas de silicios.

Safo las hace componer versos.

Teresa pronunciar oraciones.

Safo las habla de triunfos.

Teresa de penitencias.

Safo las lleva al Liceo.

Teresa las conduce al altar.

Y las dos creen trabajar para la virtud y la gloria.

Ambas luchan por el triunfo de sus doctrinas.

La hija de la república se emancipa del yugo que la sociedad ha impuesto á su sexo, y proclama en sus cantos la libertad.

La hija del absolutismo se encierra en el claustro y abjura la independencia de la muger.

La poetisa de Atenas quiere establecer liceos en todas partes.

La doctora de Avila quiere fundar conventos.

Y ni á la una la contienen las columnias de sus enemigos, ni á la otra las persecuciones de sus contrarios.

A las dos misioneras del bello sexo les faltó, para llevar á cabo su grande obra, á Safo la religion cristiana, á Teresa la libertad.

Safo vino al mundo demasiado temprano.

Teresa demasiado tarde.

Safo demasiado temprano, porque aun no se habia destruido el gentilismo, ni habia nacido la Virgen Maria, modelo de pureza, de castidad, de virtud.

Teresa demasiado tarde, porque ya los frailes habian falseado los principios del cristianismo y anulado los derechos de la muger.

Los obstáculos que Safo halló en su siglo, fueron Baco, Venus y toda la inmoral caterva de dioses fabulosos.

Los obstáculos que halló Teresa fueron los frailes.

El deseo de las reformas, la aspiracion hácia un bien cuyo término era desconocido para ambas, agitaba sus cabezas y las hacia pensar en la regeneracion.

Safo en España, nacida en el siglo de la tiranía, á la sombra de Felipe II, hubiera hecho refluir su poesia en la religion, y ceñiria su cabeza con el capelo de doctora.

Teresa bajo el cielo de Grecia, en el siglo de la libertad, iluminada por los rayos de Solon, hubiera espaciado su fantasia y ceñiria la corona de laurel.

La misma analogía, la misma similitud, la misma identidad hay en sus corazones.

Abrasadas ambas de un amor innato, vivo, tierno, sublime, inapagable, ambas se enamoran en la juventud. Safo de Faon, Teresa de Jesus.

Sus escritos revelarán su pasion mejor que sus palabras.

Safo.

«Feliz quien junto á ti, por ti suspira;
quien goza del placer de oír tu habla.»

Teresa.

Mira que muero por verte,
y vivir sin tí no puedo.

Safo.

«Siento de vena en vena, sutil fuego
discurrir por mi cuerpo al ver tu cara.»

Teresa.

«Todo es para mas penar
por no verte como quiero.»

Safo.

«Estiéndese una nube por mis ojos,
pierdo el sentido, oprímenme las ansias.»

Teresa.

«¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros!»

Safo.

«Y pálida, sin pulso, sin aliento,
me hielo, me estremezco, exhalo el alma.»

Teresa.

«Y causa en mí tal pasion
ver á mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.»

Safo amaba á un hombre, y Teresa á un Dios; y á pesar de eso las emanaciones de su pasion son las mismas.

Tambien Safo es espiritual cuando se contenta con el placer de una mirada.

Tambien Teresa es voluptuosa cuando al tocar la sagrada hostia de la comunión, siente que su sangre hierve, que sus oídos zumban, que se turban sus ojos, y que su lengua se abrasa.

Y es porque Safo diviniza á su amante; y es porque Teresa personifica á su Dios.

Si os repito los coloquios de Safo con Faon, cuando está separada de él, cuando lo ve en ideal, creereis que es el arrobamiento divino de Teresa con Jesu s.

Si os cuento los coloquios de Teresa, delante de Jesus, cuando sueña que le habla y le responde, que le escucha y le admira, creereis que es Safo que habla con Faon.

Safo renuncia á la gloria.

Teresa al mundo.

Safo vaga por las noches, errante, trémula, desgredada, en torno de la casa de Faon.

Teresa pasa las noches en el insomnio, en el llanto, al pié de la Cruz.

Safo arranca sus cabellos llamando á Faon.

Teresa macera sus carnes invocando á Jesus.

Safo acude en sus alicciones á las pitonisas, y cumple sus presagios.

Teresa se postra ante los frailes, y cree en sus revelaciones.

Religiosas ambas, segun sus creencias, llenas de unciones misteriosas, de aspiraciones sobrenaturales hácia la divinidad. Confiadas, crédulas, supersticiosas, son juguetes ambas de la malicia de sus falsos oráculos.

Las dos pasan su juventud en el éstasis de la pasión, y las dos sucumben al vértigo que las domina.

Ambas desean morir.

Safo busca la muerte en los mares.

Teresa en la horrible penitencia que quebranta su cuerpo.

Safo en la agonía, aun clama por Faon.

Teresa vuelve su postrera mirada al Santo madero.

La division del amor profano y del amor divino es en cierto modo una division falsa de la metafísica.

Muchas veces el amor se hace profano por el objeto sensual que

elige. Muchas veces se idealiza el amor porque se consagra á un objeto inmaterial.

Si Safo, comprimida por la rígida estrechez de las leyes monásticas, se hubiera fijado en el Dios del cristianismo, hubiera amado como Teresa y hubiera muerto al pié de la Cruz.

Si Teresa, libres los sentidos, y familiarizada con las licenciosas doctrinas de los dioses paganos, hubiera elegido por su amante á un hombre, hubiera amado como Safo, y hubiera muerto en los mares.

Todas las desemejanzas que existen entre estas dos mugeres, las crearon sus diferentes religiones, la educacion, las costumbres de sus distintos países.

Dotadas ambas de un talento flexible y comunicativo, hubieran dado iguales resultados, colocadas en un mismo siglo y en una misma sociedad. Sus almas se tocan, sus ingenios fraternizan. ¡Safo! ¡Teresa! sois un enjendero de la madre eternidad, para quien los siglos son minutos, que os dió á luz casi á un mismo tiempo. Sois dos gemelas que habeis recibido un mismo soplo de vida, y la misma inspiracion inmortal, que os hará marchar juntas en los siglos.

El mundo antiguo tuvo para Safo una estatua.

El mundo moderno tiene para Teresa un altar.

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla.—Mayo de 1848.



JUPITER Y LEDA.

Este medallón de figura elíptica, hecho de mármol de Carrara, se halla situado sobre el arco interior de un oscuro salón subterráneo por debajo del gran salón de Comaresk, en el palacio árabe de la Alhambra de Granada.

Representa, como se vé en la copia, la fábula de Júpiter y Leda; á los lados hay dos sátiros que con maligna sonrisa y actitud espían las caricias que hace á la bella ninfa el padre de los Dioses, convertido en ave.

El salón, se llama del tesoro por el de monedas árabes que en él se halló hace algun tiempo, y de las ninfas por dos estatuas de trabajo mas inferior que hay colocadas en los machones del arco, á los lados del medallón.

Algunos creen sin fundamento que estas esculturas son antiguas; otros las creen de la mano de Leval; pero las personas mas inteligentes aseguran que el medallón y otro adorno primoroso que hay sobre el dintel de la puerta del fondo son de Morell. Esta es tambien nuestra opinion, y nos fundamos en la semejanza que hay entre estas esculturas y otras que el mismo artista hizo en el vecino palacio del emperador Carlos V, principalmente el robo de Amphitrite por Neptuno, y el triunfo de este Dios. Todas se hicieron en los últimos años del siglo XVI.

Es probable que cuando se suspendió la obra de este palacio, el citado medallón y las tres esculturas para evitar su deterioro se colocasen provisionalmente en el sitio donde se hallan.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

(Continuación.)

VIII.

Los derechos de los metropolitanos entre sí eran iguales, y no existía marcada distincion: la presidencia la decidía la antigüedad

de la fecha de su consagracion. Ya hemos dicho que no existia en nuestro suelo primado ó patriarca; y tan solo á mediados del siglo VII observamos que el metropolitano de Toledo comienza á reclamar de sus cólegas un derecho de supremacia, fundado en que en aquella ciudad se celebraban los concilios.

Los derechos de los metropolitanos consistían en fijar el lugar donde debían celebrarse los concilios provinciales anuales, confirmar y consagrar á los nuevos obispos, vigilar el mantenimiento y pureza de la disciplina eclesiástica en los obispados y parroquias, y ser el árbitro ó juez en las cuestiones suscitadas entre los obispos. En cuanto á estos, sus principales funciones consistían en consagrar las iglesias y conferir las sagradas órdenes, y el sacramento de la confirmacion. El número de los obispos se aumentó considerablemente bajo el reinado de los reyes godos católicos, contándose hasta ochenta, de los cuales solo ocho residían en la Gallia narbonesa. Tenían obligacion precisa de residir en sus respectivas cabezas de la diócesis, salvo el tiempo que empleaban en la visita anual, ó cuando el metropolitano los llamaba á su lado. A ellos pertenecía tambien la provision de los beneficios que eran propiedad de las iglesias, y cuyo usufructo ó renta entraba en la masa comun de bienes de las mismas, despues de la muerte del beneficiado.

VIII.

Los fundadores de una iglesia ó monasterio tenían el derecho llamado *jus patronatus*, de nombrar al cura ó abad; y si por malversacion ó pérdida de sus bienes caían aquellos en la indigencia, así como sus descendientes, debían ser mantenidos por la misma iglesia ó monasterio que habían fundado. Cargo era tambien de los obispos el vigilar cuidadosamente los capítulos y seminarios anexos á las catedrales: estos seminarios se poblaban de los hijos á quienes sus padres ofrecían á las iglesias para que los empleasen en su servicio. Un administrador ó ecónomo nombrado por el obispo, cuidaba de los bienes legados para servicio del altar, por los fieles y los mo-

narca. Estos bienes se dividían en tres partes; una para el obispo, otra para el beneficiado y otra para el culto. El obispo no podía enajenar estos bienes sin el consentimiento de la iglesia ó su capítulo; y unas leyes, asaz severas, protegían al clero inferior ó secundario contra las frecuentes exacciones de los obispos. El que se creía injustamente sentenciado por la potestad secular, podía apelar de aquella sentencia al obispo, el cual podía anularla ó reformarla: pero debía ser confirmada por el rey. El Fuero-Juzgo concedía á los obispos el derecho de inspección sobre los jueces, mas bien como un cargo que como derecho, segun dice un autor. Segun el cuarto concilio de Toledo, «los obispos han recibido de Dios la misión de proteger á los pueblos. Por consiguiente, cuando ven que los jueces y los poderosos oprimen á los débiles, deben ante todo hacérselo ver y reprenderles; y si menospreciasen sus avisos, deben dar cuenta al rey de esta insolencia, á fin de que los que no hayan sabido enmendarse con los consejos del sacerdocio sean castigados por la justicia real. Y si un obispo dejara de cumplir con su deber, puede ser acusado ante el concilio.»

IX

Desde el establecimiento del cristianismo en España hasta el séptimo siglo, la elección de los obispos pertenecía, segun se acostumbraba en la primitiva iglesia, al clero y al pueblo; las parroquias ó feligresías proponían el candidato, cuya elección debía ser ratificada por el metropolitano. Empero despues del siglo séptimo se pierde toda traza de esta elección popular, y el rey toma naturalmente el lugar del pueblo: la clerecía de cada diócesis presentaba los candidatos, y el rey elegía entre los presentados, salva la ratificación del metropolitano: cláusula que bastaba por sí sola á errear una perpétua lucha entre dos poderes rivales, á la par que aparecían aliados.

Andando el tiempo, la necesidad que se presentaba á cada momento de proveer sin pérdida de tiempo las vacantes que ocurrían, ofreció al metropolitano de Toledo, cuya permanencia en la corte era casi fija, el adquirir el derecho de los nombramientos provisionales, salva siempre la confirmación por el rey. De esta manera fué entronizándose esta verdadera *primacia*, no reconocida nunca por las constituciones de la iglesia gótica.

Despues de los obispos, la gerarquía eclesiástica se componía de los presbíteros, diaconos, subdiaconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y *ostiarios* ó porteros, revestidos estos seis últimos de las órdenes menores. Mas tarde se añadieron el arcipreste, el arcediano y el dean, que debían residir precisamente dentro de las catedrales, y luego el tesorero y el ecónomo. Para poder llegar á ser diácono ó presbítero era preciso haber pasado por todos los grados inferiores.

Merced á esta rigurosa escala, la disciplina eclesiástica era muy severa. El comercio, que estaba permitido á los clérigos á causa de su pobreza, les fué enteramente prohibido despues del siglo sexto. La residencia en las iglesias era obligatoria, y el que la abandonaba sin consentimiento del obispo, se le expulsaba de ella, siendo además severamente castigado; y ni el mismo obispo podía trasladar á un clérigo de una iglesia á otra sin consentimiento del sínodo. Segun el concilio tercero de Toledo, el de Valencia en el año 546, y el de Tarragona en 516, se permitía el matrimonio tan solo á los que habían recibido las órdenes menores, pero por una sola vez y casándose con una virgen, y en tal caso no podían recibir las órdenes mayores sino siendo de avanzada edad ó separándose de su esposa. Un sacerdote no podía tener en su misma casa ó vivir sino con su propia esposa, su hermana ó su hija. La union de un clérigo con una muger era castigada con la degradación ó reclusion perpétua, y á la muger su cómplice se la encerraba en un convento ó se la vendía públicamente como esclava. Las severas leyes de los últimos concilios de aquella época, muestran sin embargo bastante el relajamiento de costumbres de la clerecía; relajación que fué mas tarde autorizada por ciertos *fueros* ó inmunidades que se la otorgaron.

X.

Réstanos ahora para completar este sucinto cuadro dar una breve idea del establecimiento y costumbres de los conventos y monasterios.

Desde la mas remota antigüedad, y mucho tiempo antes de establecerse los conventos de regulares, se encontraban en España algunos individuos dedicados á la vida solitaria y contemplativa. Empero muy pronto principiaron las quejas contra estos cenobitas, seres antihijos que San Isidoro compara á los centauros de la fábula, pues que ni podían considerarse como clérigos, ni como monges, ni como laicos. El cuarto concilio de Toledo mandó que todos los eremitas diseminados por los vastos desiertos de nuestro suelo, se reuniesen á vivir en comun en los monasterios. Hacia esta época, pues,

debe considerarse el principio de la segunda edad de la vida monástica; esto es: la vida comun sin regla fija. Uno de los cánones del concilio de Tarragona, en el año 516, nos hace ver que la fundación de los primeros monasterios de España data de fines del siglo quinto; empero ya desde la mitad del sexto aparecen ciertas fundaciones regulares. San Martín de Hungría, segun nos asegura San Isidoro de Sevilla, fundó en Galicia hacia el año 560, en el reinado de Teodemiro, rey de los suevos, el convento de Dunio, próximo á Braga; y pocos años despues, en 570, San Donato, uno de esos celosos trabajadores de la fé cristiana que andaban sin tregua ni descanso propagando por do quier las doctrinas del Salvador del mundo, vino del Africa á España á la cabeza de sesenta compañeros y discípulos, á fundar un monasterio junto á *Sélabis*, hoy Játiva, en el reino de Valencia. Ambos fundadores dieron regla fija á sus monges.

No tardaron, despues de estos, en erigirse en la península algunos monasterios, pais tan favorable á estos deseos por el carácter vivo y entusiasta que distingue á sus habitantes, cual tiernos hijos en derredor de una madre cariñosa. El ejemplo, el deseo de imitación, y aun puede decirse la moda, derramaron en todas las clases de la sociedad, el deseo de entregarse á la vida contemplativa, siguiéndose á esto los votos, las profesiones monásticas; mientras que los obispos y el clero secular, naturalmente rivales de aquellos piadosos cenobitas, que sin tener las cargas de su estado recogían mayores y mas pingües beneficios, se apresuraron á reivindicar el derecho de vigilar los monasterios y casas de retiro, segun se echa de ver en los concilios de Toledo y de Mérida. Los monges, á quienes al principio se les consideraba como legos, obtuvieron hacia el siglo VII el permiso de poder ejercer el sacerdocio dentro de las iglesias de sus conventos, y aun algunas veces fuera de ellas: mas la rivalidad y celosa vigilancia de los obispos fué degenerando poco á poco en opresión; y los monges, viéndose forzados á abandonar un tanto su profesión para procurarse su sustento con sus trabajos manuales, apelaron á los concilios que reprimieron este abuso de autoridad. Desde aquella época el derecho de los obispos se circunscribió á vigilar la conducta de los monges, y á nombrar el abad y demas superiores de los monasterios.

XI.

Las reglas de las órdenes regulares variaban segun el capricho ó intencion del fundador, alejándose ó aproximándose á la de San Benito, que era la que generalmente regia en el occidente. Estas eran, por lo regular severas, prohibiendo las mas el trabajo manual, fomentando por consiguiente la doble inclinación del pueblo á la pereza y á la contemplación. De aqui resultó que la vida monástica llegó á alcanzar un alto renombre de perfección y de santidad; de manera que muchos de los que pertenecían al clero secular abandonaban su estado para disfrutar de los goces de otra vida mas tranquila, y de una devota ociosidad; tanto, que en el concilio cuarto de Toledo se mandó no pusieran los obispos obstáculo alguno al que quisiera retirarse á los claustros, revocando las anteriores decisiones del concilio de Zaragoza, que en el año 580 prohibió á los clérigos semejante apostasia. Compréndese fácilmente estas órdenes prohibitivas de los primeros concilios, porque apenas comenzada á esparcir la luz del Evangelio, y por do quiera tambien combatida con furor, era preciso aumentar y fortificar las filas de los que por ella peleaban, para que, con sus consejos, sus máximas y su ejemplo asegurasen la naciente fé de los neófitos, y no abandonasen el campo para encerrarse en el rincón de una celda, lejos del mundo, pensando tan solo en su salvación. Por eso, mas tarde, cuando la victoria ya casi podía llamarse asegurada, fueron los monasterios engrandeciéndose, y llenándose sus celdas de fervorosos cenobitas, que buscaban en el silencio y mística contemplación de las verdades eternas el fortificar la luz de su razon, cuyo recogimiento y estudio fueron por el tiempo el áncora de salvación, y el mas firme apoyo para la estension y propagación de los conocimientos é investigaciones del saber humano. Sin embargo, las inmunidades que los papas, especialmente Gregorio el grande, este gran propagador de la milicia monástica, les concedieron, no fueron admitidas en España, y algunas con grande y obstinada prevención: el espíritu independiente del episcopado español luchó con gran ventaja con las pretensiones de la Santa Sede.

Ademas de las profesiones monásticas que hacían los aspirantes por su propia voluntad, algunos padres consagraban ó dedicaban á sus hijos á la vida monástica; y estos votos, aunque contrarios sin conocimiento propio y por tercera persona, no por eso eran menos obligatorios. Este uso, que podemos llamar tiránico, fué modificándose andando el tiempo, prohibiéndose el *presentar* á nadie para el servir cio del altar, antes de cumplir diez años de edad, como se puede ver en el concilio décimo de Toledo, como si en esta época se pudiese tener ya completo y maduro juicio y vocación. En cuanto á las mon-

as las estaba espresamente prohibido bajo las mas severas penas el abandonar sus conventos para entrar en la vida secular.

XII.

Los conventos de religiosas se hallaban con muy corta diferencia regidos por las mismas reglas. En los primitivos tiempos de su institucion las estaba prohibido el tomar el velo antes de los cuarenta años de edad, segun aparece por el concilio primero de Zaragoza. Sin embargo, bajo el nombre de vírgenes veladas, podian pronunciar los mismos votos, mas sin salir de la casa paterna, ó viviendo en compañía de un eclesiástico anciano, con la obligacion, bajo las penas mas severas, de guardar castidad y obediencia. Los conventos de religiosas, asi como los de los hombres, se hallaban bajo la vigilancia de los obispos, los que nombraban algunos monges para que ejercieran el cargo de directores y administradores temporales. Existian tambien algunos conventos mistos, empero la iglesia ó templo era comun á ambos sexos.

XIII.

Habiéndose conservado el breviario godo, fácil es de presumir que los ritos del culto y la misa no debian sufrir una alteracion notable bajo el dominio de los godos. Dejando aparte el derecho de asilo, cuyo origen se remonta á la mas alta antigüedad, las inmunidades eclesiásticas eran en aquella época muy limitadas. El clero contribuia por su parte lo mismo que el pueblo con su cuota de impuestos públicos, naturalmente menos en las iglesias parroquiales que en las catedrales y alto clero, dependiendo de los tribunales ordinarios en las causas civiles y criminales, cuyo uso se conservó aun bajo el reinado de los reyes españoles sus sucesores.

El Fuero-juzgo en su libro segundo señala las penas á que se hacian acreedores los clérigos que no querian reconocer como competentes los tribunales ordinarios, y no asistian á sus emplazamientos. El alto clero era el único que se hallaba exento de los tres castigos de rasuramiento, azotes y pena capital. El inferior ó secundario solo podia libertarse de los trabajos públicos ó presidio. En caso de invasion los obispos y demas clérigos sin escepcion debian tomar las armas en defensa del territorio, y entonces estaban sujetos á las mismas penas y castigos que los laicos. Tampoco estaban exentos los

obispos de pagar los impuestos, teniendo por el contrario obligacion de ayudar al erario público con fuertes sumas.

Ademas de estar el clero sujeto á los tribunales ordinarios de justicia, tenia sus juicios particulares, ante los cuales podia un eclesiástico citar á otro de su misma clase. En la gerarquia eclesiástica cada grado era juez de los que se hallaban en el inferior; pero de su sentencia se podia apelar al metropolitano, y de este al rey, el cual nombraba jueces especiales que entendiesen en el asunto. Estos tribunales improvisados no podian imponer al reo pena alguna corporal, excepto los azotes. Empero esta jurisdiccion que podríamos llamar suplementaria, no podia arrancar las causas ni los culpables de manos de la justicia ordinaria, excepto en el caso de apelacion al obispo.

(Concluirá.)

Luis MIQUEL y ROCA.

PRUDENCIA DE UN ALCALDE.

Un regimiento pasaba por un pueblo y tenia que atravesar un bosque inmediato en que abundaban las cuadrillas de bandidos; el alcalde del pueblo se presentó al coronel del regimiento y le propuso que aceptara la escolta de cuatro agentes municipales para evitar las consecuencias de un encuentro desagradable.

UN BUEN CRIADO.

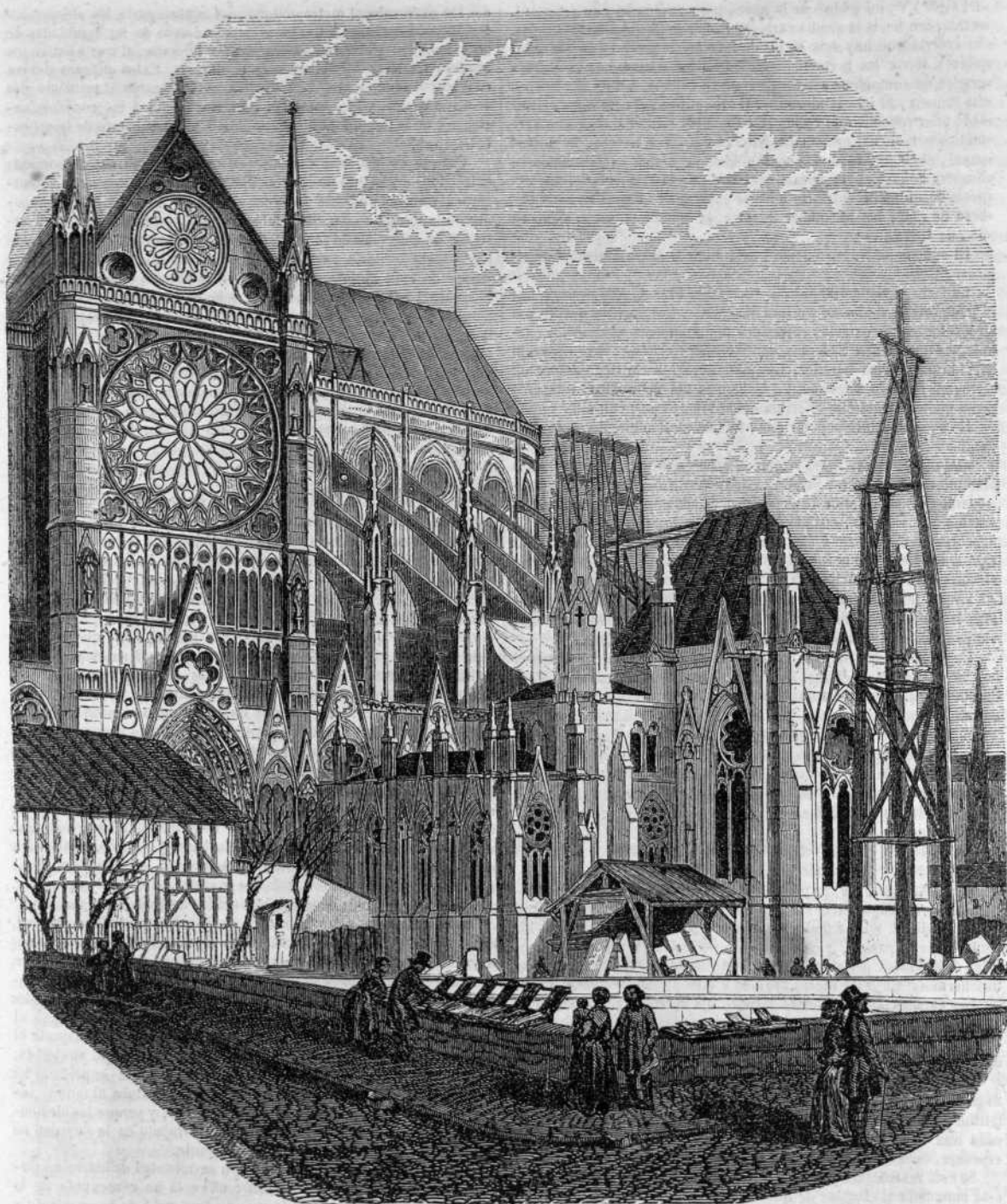
- Alberto.
- Mande V., señor.
- Ten cuidado mañana de despertarme á las cuatro, que tengo que marcharme á las cinco.
- Tendrá V. la bondad entonces de llamarme mas temprano que de costumbre.

Napoleon y Lord Biron eran delgados, pálidos y delicados antes de haber llegado al término de sus deseos. Engruesaron cuando llegaron á conseguir la posicion que habian ambicionado.

En las facciones de Lord Biron y de Napoleon, se veía marcada una sensibilidad profunda, y sin embargo su fisonomia tenia generalmente una espression satírica y desdeñosa.



El Angel de la Guarda.



NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

Nuestra Señora, iglesia-catedral de París, está situada en la extremidad oriental de la isla de la Cité. Mauricio de Sully, un pobre hijo del pueblo, que por efecto de las circunstancias se elevó á la dignidad de obispo, fué el que emprendió la reedificación completa de la iglesia metropolitana de París. Los trabajos empezaron en el año de 1163. En 1182 fué consagrado el altar mayor por Enrique, legado de la Santa Sede.

Después murió Mauricio, y un albañil llamado Juan de Chelles fué el que continuó su obra. Otros muchos le sucedieron en la continuación de esta obra gigantesca. Los trabajos duraron cerca de 200 años. Así es que esta iglesia ofrece en su estructura el resumen de

las diversas transformaciones de la arquitectura en la edad media. Al hablar de la iglesia de Nuestra Señora dice *Victor-Hugo*:

«Estos edificios de la transición del estilo bizantino al gótico no son menos preciosos para el estudio que los tipos puros. Espresan un estilo del arte que estaría perdido si no existieran: son el ingerto de la ogiva sobre el semicírculo. Nuestra Señora particularmente, es una muestra curiosa de esta variedad. Cada frente, cada piedra del monumento venerable es una página, no solo de la historia del país, sino también de la historia del arte y de la ciencia. Así, para no indicar aquí más que los principales detalles, mientras que la puerta pequeña encarnada llega casi á los límites de la elegancia gótica

31 de Marzo de 1830.

del siglo XV, los pilares de la nave, por su volumen y su gravedad, retroceden hasta la abadía carolingia de San German de los Prados. Se creería que hay seis siglos de intermedio entre la puerta y los pilares. Hasta los herméticos hallan en los símbolos de la portada grande un compendio satisfactorio de su ciencia. Así es que la abadía romana, la iglesia filosófica, el arte gótico, el arte sajón, el pesado pilar redondo que recuerda á Gregorio VII, el simbolismo herético por el cual preludiaba Nicolás Flamel á Lutero, la unidad papal, el cisma, todo está confundido, combinado, amalgamado en Nuestra Señora. Esta iglesia central y generadora es cuasi una especie de quimera entre las iglesias antiguas de París: tiene la cabeza de una, los miembros de otra, la espalda de otra, algo, en fin, de todas....»

El edificio de Nuestra Señora está fundado sobre cimientos de estacas.

La fachada tiene 120 pies de desarrollo. Presenta en su parte baja tres pórticos de forma y altura desiguales. Los pórticos que se ven en los dos extremos están coronados por dos torres cuadradas y corpulentas que tienen 204 pies de elevación cada una, desde el suelo hasta la plataforma superior. Las puertas fueron construidas por un cerrajero llamado *Biscornet*. Su trabajo es tan maravilloso que creyeron generalmente que el diablo había tomado parte en él.

Hé aquí el cuento popular que con este motivo circuló en la edad media:

«Un oficial de cerrajero recibió el encargo de guarnecer de hierro las puertas de Nuestra Señora. Asustado con este trabajo que consideraba como superior á sus fuerzas, estaba poseído de la desesperación mas violenta, cuando un hombre se le apareció y le ofreció encargarse de llevarle á efecto si se entregaba á él en cuerpo y en alma. La oferta fué aceptada, y al día siguiente las dos puertas laterales estaban concluidas.

«Aquel hombre era el diablo, y por eso trabajó en las dos puertas laterales; en cuanto á la del medio, como era por donde pasaba la procesion del Santo Sacramento, el diablo tuvo miedo.»

En la torre del Sud está colocada la célebre campana llamada *el bordon*, que no se toca mas que en las grandes solemnidades. Pesa 82,000 libras. Fué bautizada solemnemente en 1683. Luis XIV y su esposa fueron sus padrinos. El badajo pesa 1952 Kilogramos.

El interior de la iglesia es vasto é imponente; presenta una nave, un coro, y 123 pilares gruesos que sostienen las bóvedas ogivales. Alrededor de la nave y del coro, y encima de los pilares, hay una galería adornada con 108 columnitas de un solo trozo cada una; allí es donde los espectadores se colocan cuando hay ceremonias extraordinarias.

En el balcón de estas tribunas se colocaban antiguamente, en tiempo de guerra, las banderas tomadas al enemigo.

La iglesia recibe la luz por ciento trece ventanas de vidrios pintados. El coro, cuyo suelo es de mármol, tiene 115 pies de longitud y 55 de latitud. Seis ángeles de bronce, sosteniendo cada uno los símbolos de la pasión, y colocados sobre zócalos de mármol blanco, están á los lados del altar mayor. Este santuario está rodeado por una hermosa verja de hierro, bruñido y dorado, construida en 1809.

Las capillas situadas detrás del coro son notables, particularmente por los sepulcros que contienen. En una de ellas se vé el del conde de Harcourt fallecido en 1769; en otra han colocado el mausoleo de mármol del cardenal de Belloi, arzobispo de París.

La iglesia está embalsada toda con lasas cuadradas blancas y negras. La extensión de la bóveda tiene 536 pies de longitud, 57 de latitud y 50 de altura; está cubierta con 1253 planchas de plomo; cada una tiene 40 pies de longitud, 3 de anchura y 2 líneas de espesura, formando un peso total de 420,240 libras.

Se está restaurando actualmente la capilla que dá al muelle y que está inmediata al claustro de Nuestra Señora. Esta capilla es notable por su arquitectura graciosa y esvelta, y es, en su mayor parte, de creación moderna.

El grabado que encabeza este artículo representa la iglesia de Nuestra Señora vista de costado.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

XIV.

Para concluir daremos algunas noticias sobre los concilios de la época.

Estos eran de tres clases: nacionales, provinciales y diocesanos. Al rey tan solo competía el convocar los primeros, y formaban parte de él los metropolitanos y los obispos y abades mitrados: los segun-

dos los convocaba el metropolitano, y tomaban parte los obispos sufragáneos, los abades mitrados y cierto número de las dignidades de las catedrales; y el obispo convocaba los terceros, al que asistían los abades, presbíteros y diáconos de la diócesis. Estos últimos debían convocarse anualmente. Los sínodos se celebraron al principio dos veces cada año, y luego una tan solo. En cuanto á los concilios nacionales no tenían época fija, dependiendo enteramente de la voluntad del rey.

Uno de los objetos principales de estos sínodos era el coordinar entre sí las decisiones de los concilios, tanto nacionales como extranjeros, formando de este modo un cuerpo de doctrina que fuera común á la iglesia de España y á la de Roma, centro de la unidad católica. La colección de cánones de la iglesia romana adoptada como ley y guía infalible para todo el orbe católico, exenta al mismo tiempo de toda discusión, no fué, sin embargo, ciegamente adoptada por la iglesia española, celosa siempre de conservar su independencia. Sumisa, ante todo, á las decisiones de sus propios concilios, se contentó con completar la colección formada por Martín obispo de Braga, con algunas decisiones de los concilios extranjeros, despues de armonizarlos y concordarlos entre sí. Al sábio San Isidoro, metropolitano de Sevilla, le fué encomendado tan importante trabajo, resultando de él una colección de cánones de la iglesia española tan interesante y preciosa como las que nos ha conservado la edad media.

XV.

Cuanto acabamos de notar acerca de la organización de la iglesia española basta para dar una idea del admirable espíritu de unidad que ha presidido desde los tiempos mas remotos á la construcción del vasto y grandioso edificio del poder eclesiástico. Se ha acusado y aun se acusa á la Santa Sede de demasiado ambiciosa; pero en verdad, ¿sin ella qué hubiera sido del catolicismo? Esparcido por el globo, luchando con los diversos climas, hábitos y costumbres á quienes tenía que combatir, ¿no hubiera perdido esta unidad en la que consistía toda su fuerza y poder, si se hubiera modificado al capricho y veleidad de las gentes, á las ideas de los pueblos, ó á la conveniencia particular de las diferentes especies de individuos? La iglesia tenía necesidad de reconocer una cabeza y un centro común: poco la importaba que éste se hallara en Roma ó fuera de ella; lo necesario, lo indispensable era tener un pensamiento solo y un impulso fuerte, único y permanente á la vez, que la dirigiese y sostuviese en medio de tantas pruebas á que se hallaba espuesta. Una iglesia podía verse oprimida, perseguida, aterrada, y aun espuesta á perecer; empero era necesario, indispensable que la iglesia no pereciese: era preciso que una tradición nunca interrumpida de doctrinas y de salud ligase unas con otras todas las generaciones de sacerdotes, sucediéndose al pie de los altares, presidiendo, infalible y eterna, á todos los concilios, que pasaban al través de los siglos cual las hojas de un gran libro.

Ademas, no era solamente la iglesia la que necesitaba de unidad, sino la edad media toda entera. El occidente, acostumbrado á vivir bajo el yugo de una sola ley, de una sola creencia, de un solo poder, se desmoralizaba á pasos de gigante con esa libertad ilimitada sustituida de repente al despotismo tutelar del imperio. Todos los grandes hombres de aquella época, Teodorico el ostrogodo, Carlo-Magno el franco, el feróz Atila, y hasta nuestra época Napoleón Bonaparte el vencedor, han soñado y tratado de establecer esa unidad apetecida; empero todos han sucumbido en su trabajo, y su obra imperfecta ha sucumbido con ellos: porque ese principio que bastaba al mundo antiguo, no satisfacía las exigencias del moderno, y porque los elementos varios que una invasión bárbara había arrojado en la sociedad no podían plegarse á una uniformidad semejante.

¡Y bien! lo que aquellos genios con su voluntad de hierro no pudieron efectuar, la iglesia lo realizó: ella sola ha conseguido en la edad media el hacer revivir á la vez, y como un solo pensamiento y una idea fija sobre todo el orbe conocido, pueblos y generaciones diferentes, reinando y dominando siempre. Ella sola ha fundado en medio de esas tentativas abortadas de organización monárquica universal, una república federativa que tenía por parlamentos los concilios, por representantes á los obispos, y por gefe al Santo Padre: república esencialmente democrática, aunque de ella se halla escluida la igualdad; en cuyo seno se había aprendido á obedecer antes que á mandar; y en la que la ley y la religion eran una misma cosa apoyándose y santificándose entre sí: fuertes á los ojos del vulgo con la obediencia y tolerancia de los mismos que la predicaban; en fin, en la que el ciudadano era el sacerdote; ciudadano tanto mas fiel á su patria adoptiva, cuanto que había renunciado entera y voluntariamente á toda otra.

Roma, tal vez, al llenar su cometido traspasó los límites de la razón y de sus intereses; porque al dominio moral que ejercía, que en sí no dejaba de ser inmenso y poderoso, añadió las ambiciones ter-

restres: con el poder sobre el mundo de las conciencias quiso ejercer otro mayor sobre la libertad civil, sin pensar que abandonaba la posición insuperable del dogma, dejando descubierto el flanco á todos los ataques que como poder temporal, siempre débil, había de ser siempre y por do quier fuertemente combatido. Lo que de esto resultó es bien sabido, y no tratamos en este lugar de relatarlo. En nuestro siglo actual, y cuando á voz en grito se propala el aumento y progreso de los conocimientos humanos, aunque afortunadamente los ataques contra la religión van encontrando menos sostenedores, hemos visto á un Pontífice movido de sanas y rectas intenciones, que creyendo apaciguar la tormenta que en su derredor se formaba, ha entrado en convenios con los que le exigían una parte de su autoridad, y su consecuencia ha sido verse combatido, y con escarnio y bafa perseguido, dejando cubierto, por momentos, de denso humo el solio encargado por Jesucristo á su primer discípulo. La tormenta que amenaza á la navecilla de San Pedro se disipará enteramente? El tiempo solo puede decirlo. Si hay heridas de las que se puede curar, pero que siempre dejan un rastro doloroso, también hay pronósticos que se hallan fuera de todo alcance humano: y cuando la imaginación puede perderse entre mil contradictorias conjeturas, tan solo debemos creer y esperar.

Pero aun cuando las empresas salgan fallidas, la historia debe hacer justicia á la grandeza y elevación de los pensamientos; y el dominio ejercido en nombre de todas las inteligencias sobre todas las de una época tiene derecho, después de su caída, á mayores simpatías que la orgullosa soberanía de Gregorio VII sobre los tronos de la tierra, por algun tiempo sus vasallos.

Luis MIQUEL y ROCA.

La empleomanía del siglo décimo nono en España.

Entre las cosas de que yo me río, y que no son pocas por fortuna ó quizá por desgracia, pueden ser contadas las reglas de retórica que se refieren á las comparaciones. En efecto, ¿qué cosa no podrá ser comparada con otra bajo cualquier punto de vista ó relación, por mas distancia y antipatía que medien entre ambos términos de que no se vale? Y si no hagamos la prueba con ciertas ideas y objetos que parecen enteramente faltos de analogía y similitud. ¿Qué con tacto y semejanza puede haber entre un tonto y un hombre de gran talento y aun de un genio privilegiado? Mucho indudablemente: uno y otro andan solos repetidas veces, y también hablan á solas; uno y otro suelen generalmente ser de poca ó ninguna conversacion, padecer distracciones, alejarse del trato de gentes, aparecer en la sociedad como personas estravagantes, ó segun modernamente se dice, tener escentricidades. Sucede también que un tonto y un hombre de talento son despreciados en el mundo; no son comprendidos de los demás; son diferentes de cuantos los rodean, y se atraen la atención de sus semejantes. En algunas ocasiones se tiene lástima de uno y de otro, y también acontece que quisieran cambiar mutuamente de circunstancias, dotes y cualidades; un hombre de talento deseará en ciertos casos y situaciones ser un tonto ó cuando menos aparentarlo, y un tonto cifrará en épocas determinadas su felicidad en ser un sujeto de talento eminente, ó cuando menos pasar con este concepto y prestigio. No debe admirarnos tampoco ver perecer como un loco ó de miseria en un hospital un talento de primer orden cual si fuese un pobre hombre, ó mendigar el sustento de puerta en puerta como un desarrapado.

Todo esto y mucho mas se ha verificado en siglos anteriores, y lo mismo será en el presente, porque siempre ha habido seres que por su mala estrella se consagraron exclusivamente á la mejora y bienestar de la humanidad, concurriendo á este laudable fin con su ingenio y conocimientos, olvidándose hasta de sí mismos, y librando su existencia y porvenir en el agradecimiento de sus compatriotas y del género humano personajes que se creen autorizados para pagar con desengaños é ingratitudes. Aquellos hombres bien intencionados no conocieron el espíritu de la época en que han vivido. Por consiguiente el gran quid, la cuestión magna, el caballo de batalla es acertar con el espíritu é indole de la época actual.

¿Cuál podrá ser? ¿De empresas mercantiles de toda clase? Sin duda que ya era tiempo de que empezásemos nosotros á ponernos al nivel de las naciones que progresan: pero esto solo puede cuadrar á sujetos que tienen capitales, crédito, relaciones y se dedican á este género de vida. ¿Será de planes de estudios, de ciencias, de artes? De ninguna manera. Es verdad que dentro de poco tiempo cada joven que salga de la universidad al concluir su carrera será de seguro una enciclopedia ambulante; podrá hablar con desenfado de cuantas materias y tratados son objeto del saber humano. ¿Será de

hablar? Tampoco. Hoy en dia no hay un hombre que no crea á pié juntillas y con la mejor buena fe que es un orador, un diplomático, un político, y dispuesto á gobernar una provincia ó una nacion como quien se toma un vaso de helado. ¿Será acaso de viajar? Menos. Ciertamente muchos salen hoy de España con este propósito, y se ha hecho moda ir á París; ya se sabe que en nuestra nacion nadie viaja ni siendo por necesidad, ó solo pudiera hacerse para cumplir una pena ó una penitencia. Pues entonces ¿Cuál es la idea dominante de la época, la que caracteriza al siglo que recorremos, concretándonos á nuestra península; el pensamiento que gira en todas las cabezas, el elemento de todos los cálculos, y la suprema dicha en este mundo? Es, para acabar de una vez, la *empleomanía*.

Llega un joven á cualquier pueblo, en especialidad siendo este pequeño; al instante empiezan á cambiarse noticias, notas y comentarios sobre el recién venido. ¿Quién es? ¿Será empleado?—Regularmente. ¿Cuánto tiene de sueldo?—La cantidad de.....—Ah! Se conoce que es muchacho muy fino, tratable y despejado. No siendo empleado, las habillitas se entonan por otra clave. ¿Quién es él, quién podrá ser no siendo empleado? Debe de ser sugeto de poca importancia; relaciones é influjo, puesto que no está empleado: tal vez es un hombre sin ninguna disposicion ni salida.—Amigo mio, ¿cómo está V. sin colocarse? ¿En qué altura se hallan sus pretensiones de V.? Compáñero, ¿cuánto tiempo há que no nos hemos visto! Supongo que tendrás por aqui algun destinillo decente.—Sr. D. Busquillas, ¿á qué se dedica V.?—Ya puede V. hacerse cargo: he concluido poco há mis estudios y he solicitado una plaza de.....—Pero hombre, ¿qué necesidad tiene V. de empleos ni de sueldos, si posee V. bastantes bienes y riqueza?—¿Qué quiere V.! por estar empleado: ya conoce V..... es la época..... al fin siempre es uno un empleado. El hombre en tanto es hombre en cuanto es empleado: antes y despues no vive verdaderamente por ningun concepto: mientras dura el empleillo aparece en todas las reuniones, hace papel, todos le hacen también caso; mas se quedó cesante, ya no le visitan ni le saludan sus mismos co-oficinistas; el desempleado murió: y para saber lo que es el mundo, en lugar de decir «muérete y verás», será mas exacto «quédate cesante y verás». Hay un refran que dice: «de músico, poeta y loco todos tenemos un poco»: ahora es preciso intercalar una adición en la forma siguiente: «de empleado, músico, poeta, loco y cesante todos tenemos talante».

El estado de empleado es una circunstancia esencial de todo ciudadano español: el que no estuvo empleado, ó lo está ya, ó lo estará en adelante: es un estado mas del hombre, y del que deben hacer mencion los códigos civiles, y un período de la vida que los fisiólogos se verán obligados á tener en cuenta.

Asi como el que se va debilitando por consuncion, cada dia enfaquece y pierde color y ánimos, asi tambien el empleado que queda cesante, empieza á demostrar en su porte y en su conducta la variación de sus circunstancias. Antes iba siempre al teatro y á las tertulias: ahora se va retirando poco á poco: cercena el presupuesto de guantes y de planchado, se muda de casa ó posada á otra mas barata; ya no gasta botas de charol; ya no da paseos á caballo, aparece con frecuencia por las calles durante las horas que en otra época estaba en la oficina, sin que sea decir por esto, que sea incompatible ser empleado y andar corriendo de una parte á otra cuando se proporciona, sin que sea por comisiones del servicio. Todavía se van cobrando algunas pagas atrasadas, y esto es lo que aun da vida y esperanza: son los últimos resplandores de una lámpara que se apaga. Pero concluido este metálico, el cesante recurre á envolverse en su capa; si la tiene buena ó mala, y hétéle ahí transformado en otro hombre, mas que eso, en otro ente: de oruga pasó á crisálida, de crisálida á gusano de seda, y el gusano de seda murió despues de concluir su trabajo. La novia busca un pretexto para evadirse de él: está claro: ella contaba con los tantos miles de sueldo al año; esto es lo que valia el individuo: *tantum valet quantum sonat*, como decia cierto cura de lugar cuando le preguntaban cuánto le valia el entierro del difunto por quien clamoreaban las campanas de su parroquia.

La *empleomanía* ha influido tambien en varias locuciones de nuestro idioma. ¿Sr. D. F.... V. qué hace? equivale á estas otras: usted no trata de ser empleado: V es un tonto, un majadero, ó no puede V. dejar de serlo aunque quiera. V. no hace cosa de provecho como no piense V. ser empleado.

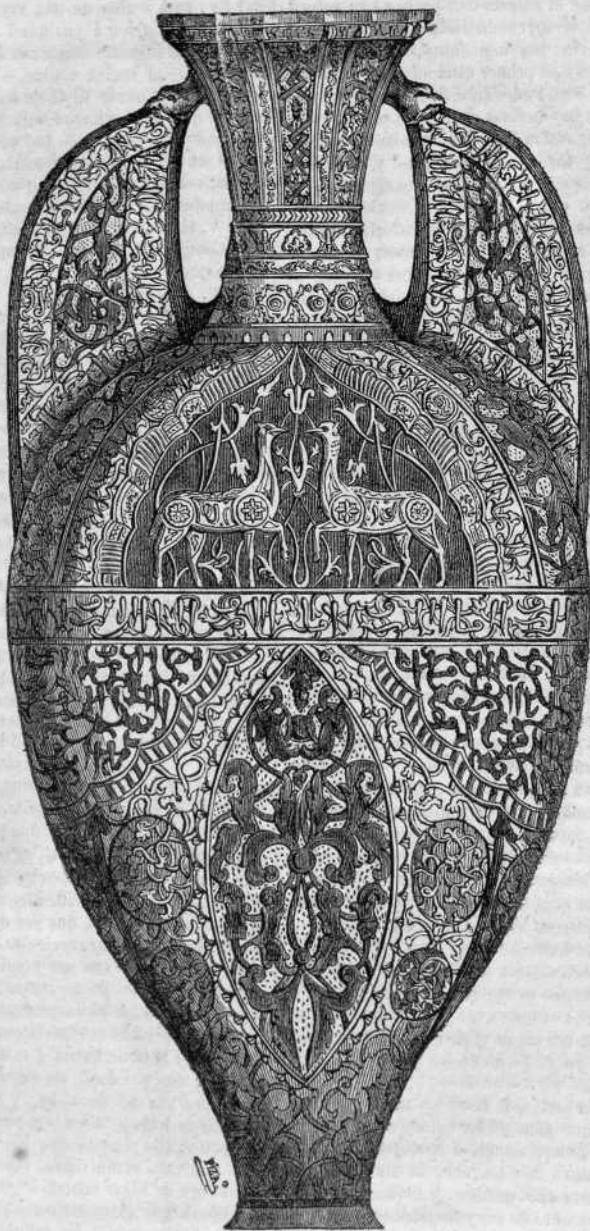
Además la situacion de empleado supone generalmente la de pretendiente, la de recomendado, la de introducido: esto ofrece las ventajas de tratar con los porteros de varios establecimientos y dependencias, sugetos de trato muy amable: de sufrir algunas horas de plantones y antesalas, circunstancia muy conducente para la meditación y el recogimiento: de conocer lo que son las oficinas; cosa bastante curiosa y entretenida.

El que se dirige á Madrid abraza siempre en la mente como pensamiento primario ó secundario el conseguir algun destino. Cuando

los amigos se ven en aquel punto, ya ni siquiera preguntan si solicitan algo, sino si han alcanzado algo: la primer parte ya se presupone. Cuando uno se despide de la corte, le rodean sus conocidos demandándole á qué provincia va destinado, ó si obtuvo alguna colocación en una embajada, legación ó consulado, etc. etc.

El tema cotidiano y favorito en las reuniones es el de empleos.—¿Quién es A? ¿Está empleado?—No señor.—¿Y eso? ¿Qué lástima! Porque es buen sugeto, de probidad y conocimientos.—Sr. D. Pantaleon Cabeza de Buey, yo vengo á pedir su hija de V. para casarme

con ella.—¿Y qué es V.?—Yo soy un propietario.—¿Pero es. V. empleado?—Nunca lo he sido ni pienso serlo.—¿Y entonces cómo presume V. que yo puedo acceder á su instancia de matrimonio? ¿Qué importa que sea V. propietario y tenga fanegas, si V. no tiene empleo? ¿Qué disparate!.... Sr. D. Agapito, ¿por qué no manda V. sus papeles á Madrid pidiendo alguna cosa, ahora que creo no le faltan á V. empeños?—¿Quién viene en lugar de B? ¿Cuánto aumentaron el sueldo á C? ¿A dónde va D? ¿Va con el mismo destino? ¿Fué su traslación por intriga? ¿Fué por cambio? Creo que tiene buenos padri-



(Jarrón árabe.)

nos.—¿Qué hace V., Sr. D. Pánfilo? ¿V. se está quieto y tranquilo sin procurar coger lo que se proporcione! No sea V. loco: haga V. como los demas. ¿No vé V. que le tendrán por un hombre raro y de otro siglo, ó si no por un hombre falto de protección y arrimos?—No me decido, atendiendo á que esto de empleos es una cosa tan poco duradera....—Déjese V. de semejante modo de pensar, Sr. D. Pánfilo: sirva V. á la patria mientras se lo permitan; que despues, aunque se quede V. cesante, ya disfruta V. el honor de haber sido empleado; ya es V. una persona decente, y nadie podrá echarle en cara el no

haber sido empleado. Con que anime V., si no precisamente ahora, á lo menos para mas adelante.

Pero no son estos los mas tristes resultados de la empleo-mania. Los hay peores. El hombre, que acaso seria un artista eminente si en tiempo oportuno hubiese explotado sus facultades y disposiciones, no pasa de ser un oficinista rutinario que no se dedica sino al despacho de su negociado. Circunscrito alrededor de una mesa, su inteligencia se apocó y anuló por falta de espacio y de ejercicio. Otro que poseia las mas brillantes dotes de orador, de escritor, ó para llegar

en fin á ser una notabilidad de este ó del otro género, consigue su empleo; abandona todas sus inspiraciones y pensamientos y se reduce á poner dictámenes de cajón en los expedientes que maneja. Ocupado la mayor parte del tiempo de esta manera, no tiene gusto ni humor de sacrificar unas pocas horas libres, que consagra á la distraccion y á la sociedad de sus amigos. De esto dimana lo que todos estamos viendo, y que es doloroso recordar, y que demasiado paciente está con echar una rápida ojeada por el campo de las ciencias, de la literatura, de la administracion, de la política y de todo cuanto

constituye nuestra nacionalidad. De las antiguas repúblicas de la Grecia salian varones eminentes, legisladores, filósofos, poetas á recorrer las naciones del Asia y el Egipto para instruirse. Los ciudadanos mas ilustres de Roma iban á Atenas á perfeccionarse en sus profesiones. Durante los siglos medios la juventud mas brillante se dirigia á Bolonia á estudiar las ciencias. Sin embargo, eran unos tontos. Nosotros hemos progresado mas. De los habitantes de las provincias que vienen á Madrid, las tres cuartas partes no traen mas objeto que pretender algun empleo. Repito que los antiguos eran unos



(Jarron árabe.)

tontos, porque Plinio murió entre las lavas del Vesubio, y le hubiera sido mejor que hubiese disfrutado el agradable calor de una chimenea ó estufa, sin meterse en profundidades. Ciceron fué asesinado por el mismo sujeto á quien habia salvado la vida con su elocuencia; mejor le hubiera sido tambien al orador romano que no supiese hablar, que por eso no dejaria de ser rico y de estar contento, como siempre sucedió en todas épocas. Por este estilo pudiera citarse á otros muchos.

Ahora que venga cualquier mentecato esponiendo y afirmando que no estamos adelantados y civilizados:

ANTOLIN ESPERON.

JARRONES ARABES.

Los dos preciosos jarrones que presentamos en este número, están tomados de las antigüedades árabes de Granada y Córdoba, que se publicaron en tiempo del Conde de Florida-blanca. Son de loza ó

porcelana muy fina, tienen de altura cuatro pies y trece dedos, y su mayor diámetro es de dos pies y seis dedos.

¡Vaya un viage!

—Señores al coche.

—Vamos allá, mayoral, que la noche convida y en el reloj de la Redonda acaban de dar las dos.

Era la víspera de San Juan (año de 1846) y hora en que la diligencia salía de la ciudad de Logroño para la capital de Burgos. La carretera que conduce á esta última población, es sin duda alguna de las mas penosas y descarnadas de España.

El coche partió con la rapidez de un rayo y anduvo dos leguas de camino sin que ocurriese en su interior novedad alguna que mereciera la pena de contarse. Todos los viajeros procuraron dormirse; y al llegar á la villa de Fuenmayor apareció la aurora y rompió el día, con cuya circunstancia hubo de presentarse á nuestra vista (trascurrida otra legua) el célebre pueblo de Cenicero, tan famoso en los fastos de la pasada guerra civil; porque fué defendido heroicamente por cuarenta nacionales que pelearon (el día 21 y 22 de Octubre de 1854) contra toda la facción de Zumalacárregui. Semejante hecho de armas, acaeció dentro de la iglesia, y en medio del incendio y de la devastación.

—Caballeros, dijo el mayoral, si Vds. gustan apearse pueden hacerlo porque vamos á mudar de tiro.

—Hombre, si, respondió el médico de Viana que iba en el interior del carruaje; puesto que he salido del meson del Cristo nada menos que en ayunas y quiero tomar un refrigerio.

—Lo propio me ha sucedido á mí, exclamó su compañero de viage, Ramon el zaragozano.

—Y yo, gritó un niño de cinco ó seis años.

—Pues al parador á tomar chocolate.

—¡Chical! ¡moza! ¡qué diablos! ¿sais durmiendo? Demonio, haz fuego al instante.

—Venga una chocolatera con cuatro jicaras de agua é igual número de porciones de chocolate. Todo el mundo haga lo que pueda.

—Acá con el fuelle.

—Si, sople V. de firme.

—Pero hijo de Satanás, no apriete V. tanto la chocolatera sobre el fuego que sabrá el chocolate á humo; y segun dice Broussais....

—Vaya, estése V. á esas flores, y verá como nos quedamos in albis si el mayoral se cansa de esperar.

—¿Qué hace V. señor médico de Viana, lo está V. probando ya?

—Hombre, si, queria ver si espesaba algo....

—¡Si no ha hervido todavía!

—Muchacha, coge esa torta de pan; parte unas rebanadas anchas y delgadas y ponlas al fuego. ¡Lista! ¡lista! Lava tambien esos vasos.

—¡Señores, la diligencia se marcha! esclama con voz asustada Ramon el zaragozano.

—¡Mayoral! ¡mayoral! ¡Por San Pantaleon bendito, que estamos escudillando la pasta sólida del cacao! dice el médico de Viana.

—¡Al coche! ¡al coche! grita el zagal; y todo ser viviente echa á correr por las escaleras abajo, quedándose en la cocina del parador de Cenicero, la chocolatera en el hogar; las tostadas en la lumbre; el fuelle en el escaño; las tenazas colgando de un clavo de la chimenea; los vasos en la fregadera; el gato asustado en el borde de una ventana, y la criada poniéndose las medias azules al pié de la cantanera.

Colocado cada uno en su asiento y con la pesadumbre de llevar el estómago vacío, se notó en el interior del carruaje un profundo silencio; y casi todos procuraron dormirse, á escepcion de un bayonés, viajante, de la nodriza que cuidaba del niño, y de una vieja de la antigua aristocracia, quienes no habian cesado de dormir desde su salida de Logroño.

Discurría el viajante bayonés el medio de emprender una animada conversacion; y rascándose largo rato la oreja, entró en materia y dijo por último á la señora.

—¡Es el libro de los destinos lo que lee V. con tanta reflexion?

—El libro de los destinos...! exclamó la vieja estupefacta: ¡vaya un entretenimiento dulce! ¡vaya un recreo que proporcionaria semejante obra!

—¿Pues qué es lo que V. lee?

—Una encantadora novela de Mad. Guizot. Ahora estoy leyendo un pasaje divino. La jóven Cirila sale de su cuarto á media noche para visitar....

—Yo opino que esa señorita le hubiera sido mas útil acostarse que ir sola á tomar el fresco por la noche.

—¡Acostarse! ¡meterse en la cama! caballero bayonés, tiene V. muy malos pensamientos. ¿Pretende V. que se acostara una tierna víctima de las calenturas de un Tenorio? ¿Se figura V. que una inocente criatura podría dormirse en tal estado lo mismo que una criada de servicio?

—Yo creia, señora, que las mugeres eran todas iguales.

—¡Ah! bien se conoce que no ha sido V. amado de las cándidas señoritas.... ¡Pero qué olor! ¡qué gas tan endemoniado! ¡esto no se puede resistir! Abran Vds. las ventanillas, ¡Uf....!

El niño cortó semejante diálogo por uno de aquellos accidentes que tan comunmente acaecen á los de su edad. Con efecto, el olor era insoportable, y el médico de Viana se despertó y echó mano de la caja del tabaco; el viajante bayonés sacó un puro y lo encendió; y Ramon el zaragozano se cubria las narices con una petaca en la que se ostentaba el retrato de Espartero; mientras que la vieja haciendo mil dengues, profririo;

—¡Esto es el cólera morbo....! ¿Por qué han de ir los niños en el interior de la diligencia? ¡A la imperial con él! ¡Ay virgen de las Angustias, me voy á asfixiar....!

—Mejor seria colocarlo entre los equipages: ¿no es verdad? dijo la nodriza algun tanto ofendida.

—Cuando menos allí no nos infestaria.

—Pues V. hiciera lo propio si se hallara indisputada; porque una vieja de sesenta abrioles como su merced....

—¡Hum! silencio, moza; porque sino.... La rabia cortó la frase de la aristócrata señora, quien dirigió á la sencilla nodriza una buena dosis de apóstrofes y de insultos.

—Silencio todo el mundo: gritó el viajante bayonés; y todos callaron. Son Vds. muy inconsiderados, añadió: este niño tiene razon al hacer sus necesidades donde Dios le dá á entender, y no hiede como esa señora dice.

—¿Cómo que no? ahulló la vieja: apesta y corrompe como una alcantarilla.

La joven niñera dirigió al Bayonés una espresiva mirada que queria decir muchas cosas.

La calma se restableció de nuevo, y sin otro contratiempo, llegaron nuestros viajeros al delicioso pueblo de Casa la Reina, en cuyo parador se sirvió el almuerzo. Bajaron del coche unos detrás de otros; y la señora de la antigua aristocracia pidió á voces que recibieran un perrito dogo llamado Calceín y una Picaraza colocada dentro de un sombrero de paja.

—Mas dá V. que hacer con sus bestias, que todo el tiro de mulas: exclamó amostazado el conductor.

—Pero criatura de Dios, es preciso cuidar de esos animalitos.

—Si, señora: mas si su merced hubiéra dicho que traia consigo una casa de fieras, hubiéramos arreglado el asiento de otro modo.

Lleno de fastidio el mayoral por las impertinencias de la vieja, cogió á Calceín de una patá y lo tiró al suelo. El animal principió á ladrar desesperadamente; y la aristócrata señora que ya tenia el pie en el estribo del coche llevando en una mano el gorro de paja con la Picaraza, suelta azorada el sombrero, y cae sobre él con violencia aplastando de ese modo el pájaro. ¡Oh colmo de infortunio! ¡qué horror! pronunció la vieja: ¡pobrecita de mí....!

—Al almuerzo, señora, y déjese V. de aspavientos: dijo el dueño del parador.

A cuyo precepto obedecieron todos y se sentaron en la mesa. Como la mayor parte de los viajeros venian en ayunas, no cesaron de comer; llevando suma ventaja en la liza el médico de Viana, Ramon el zaragozano, y el pacífico é indiferente vecino de Haro.

—Caballero bayonés, ¡por el Cristo de Burgos! que vá V. á mortificar á mi Calceín con la punta de su baston.

—Al demonio se puede V. ir con su perro.

—¿Saben Vds. que comen los dos mas de lo que parece? repuso la buena nodriza.

—¡Hay virgen de los Modorios! no quiere mi doguito comer el pan. ¡Calceín! ¡Calceín!

—Déle V. de mamar con doscientos mil diablos: gritó el médico de Viana montado en cólera. Ahí está ese chiquillo que dá menos molestia que su avechucho.

Con las copas de vino supurado y bien repletos los estómagos, fué restableciéndose el buen humor y se concluyó el almuerzo.

—Al coche, señores, al coche!

Y cada ser humano se apresuró á ocupar su puesto. El silencio mas sepulcral, la calma mas profunda, dominó en el interior del carruaje; y un reloj de repetición dió la hora de las ocho. Por el sonido de este mueble, que salió del bolsillo de la vieja señora, se pudo inferir que estaba quebrada la campana y que en tiempo de los godos habria sido muy claro y sonoro su eco.

— ¡Ya estamos en Pancorbo! ¡Pancorbo con su telégrafo! gritaron todos los viajeros á la vez.

— ¡Pero no notan Vds. qué raro y estrañalario es este pueblo? ¿Qué cercado está de pericuetos y de peñascales? ¿Qué frío se siente en sus alrededores? ¡Santa Cristeta me valga! ¡si aun están las abas en flor! Esto iba diciendo la aristócrata señora.

— Alto, mayoral, que dos caballeros se quedan aquí: gritó un viajero que hasta entonces no había proferido una sola palabra.

Con efecto, salieron ambos del carruaje y se hospedaron en la venta que está á orillas del camino. Luego que hubo llegado la diligencia peninsular que caminaba de Burgos para Vitoria, se metieron dichos señores en el interior de la misma y terminaron su viaje haciendo punto redondo en la capital de Alava. Los demas transeúntes que iban en el otro coche siguieron su camino en dirección de Madrid y no podemos ocuparnos mas de sus aventuras.

«Porque ya entramos ojos
á mas andar se me cierran
y se me alfoja la mano
y se me apaga la vela.»

Madrid y marzo de 1850.

BERNABÉ ESPAÑA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Ni una sola pulgada de terreno me habían hecho perder los bandidos, cuando una descarga cerrada, á mi espalda, y la fatal voz de *nos cortan*, resonaron en mis oídos, como el estampido del rayo pudiera en un sereno día. ¿Lo confesaré? ¿Y por qué no, si al cabo soy hombre? Mi primer movimiento fué el de apretarle las espuelas al caballo; pero mi franqueza me da tambien derecho á ser creído cuando añado que no llegué á aplicárselas. La educacion y el pundonor dominaron al instante aquel natural instinto de la conservacion, y clamé en voz estentórea: —Quietos, muchachos, ó somos perdidos. —A pesar del aviso, mis gentes creo que opinaban por la estratagemas de la fuga; mas, como al primero que hizo ademán de servirse de sus piernas le encaré el retaco, jurando en redondo que le levantaba la tapa de los sesos si proseguia su camino, los demas se dieron por advertidos. Todo esto fué obra de un segundo, y por dicha los ladrones que estaban á mi frente redoblaron su fuego de manera que mi gente hubo de atender exclusivamente á ellos.

Dejó á la consideracion de Vds. cuál seria mi inquietud sobre lo que á mi espalda habia pasado, y mas, cuando despues de la descarga y de las voces que les he dicho, no volví á oír ni el mas leve rumor. De buena gana hubiera enviado un hombre á informarse del suceso; mas temiendo, en primer lugar que no volviese con la noticia, y en segundo, que sus compañeros, á la menor sombra de recelo que en mi viesen, habían de tomar infaliblemente las de Villa Diego, preferí permanecer en mi incertidumbre.

Para colmo de desdichas, una bala habia atravesado el muslo á uno de mis soldados improvisados, y sus lastimosos ayes inspirando compasion y miedo á los demas, amenazaban dislocar la vanguardia del pequeño ejército.

Afortunadamente á poco vino á buscarme el Coronel; pero con un semblante que nada bueno anunciaba. —Diez de los caballistas, me dijo, corriéndose, á favor del bosque y sin ser vistos, sobre su izquierda de V., se han presentado inesperadamente en el valle. —Al verlos exclamaron los míos y los que nuestro amigo tiene ya en las ventanas: — ¡Que nos cortan! —haciéndoles fuego al mismo tiempo. Pero los muy canallas, despreciando las balas, han pasado á escape por delante del cortijo, y proseguido á su espalda.... — ¡Dios mío, exclamé no pudiendo contenerme, y las señoras! —Tras de ellas van, prosiguió el veterano, tras de ellas van sin duda, y si las alcanzan, mas nos valiera no haber nacido. —Corramos á salvarlas, dije. —Todos los amigos esperan á V. á caballo; vaya V., que yo le seguiré así que haya replegado la gente al cortijo, con toda la que no sea indispensable á nuestro huésped para defenderse en él. —Apretámonos la mano, y sin decir palabra corrí á reunirme con los que impacientes me aguardaban. —A galope, caballeros, á galope, y sin volver atrás la cabeza, ni por la vida, —les dije apenas los vi— y dando el ejemplo con la orden, tomé la senda misma por donde media hora antes, vi partir á nuestro convoy.

Es preciso tener bien presente la naturaleza de aquel país, donde el horizonte sensible se halla continuamente limitado por los gigantescos accidentes del terreno, la frondosidad de la vegetacion y la abundancia del arbolado, para comprender nuestra ansiedad durante el camino. Y no olviden Vds. que únicamente yo, entre los que galopábamos, no volaba á la defensa de hermana, esposa, ó hija. Solo el galope de las herraduras en las piedras, solo el ardiente resollar de los caballos, y el son metálico de las espuelas se oía: los hombres, procurando en vano penetrar con la vista en las malezas, aplicando el oído, como si cada vez que una rama crujía ó una hoja caía al suelo, escucháramos las maldiciones del ladrón, ó los lamentos de su victima, parecíamos incapaces de hablar, y acaso en realidad, lo estábamos. Al llegar á un alto cerro, sin embargo, todos á una voz clamamos: —Allí, allí, estan: á ellos! —Y sin cuidarnos de lo escarpado de la pendiente, ni del cansancio de los caballos, salimos á escape tendido. En situaciones como aquella se viven siglos en pocos instantes; pero el hombre se engrandece á sus propios ojos tambien á medida que el peligro crece y las dificultades se vencen. Mas á todo esto, no he dicho á Vds. que la causa por que gritamos fué haber visto, en el cerro frontero al en que estábamos, dos grupos: el de delante ya en la cumbre, y el de mas atrás á media cuesta, á distancia de aquel como de un tiro de bala. Uno y otro caminaban á mas andar, y cuando nosotros llegamos al pié de nuestra colina, ya la que íbamos á subir nos la ocultaba á entrambos. Naufragar á vista del puerto es, señores, lo mas cruel que imaginarse puede.

Dos caballos cayeron al suelo apenas hubimos bajado la cuesta, y los demas, á excepcion del mío, animal excelente, rehusaron pasar adelante. Quisiera y no puedo pintar á Vds. nuestra situacion, y sobre todo la dificultad que tuve en hacerme escuchar y obedecer de aquellos hombres desesperados. Por fin, mezclando el ruego á la amenaza, y las razones á la pasion, logré que los dos desmontados se resignaran á abandonar los caballos y proseguir á pié su camino, y que los demas comprendieran que nos era forzoso subir al paso la cuesta, ó renunciar á la marcha. Quizá, si el eco de los montes no nos hubiera traído á un tiempo el estampido de la pólvora, que sonaba así á la parte del cortijo como á la otra de la fatal colina, nada consiguiéramos mi autoridad: mas sea cual fuere la causa, lo cierto es que logré restablecer la disciplina en aquel reducido escuadrón de voluntarios paladines.

—La noche, señores, se nos ha venido á toda prisa, —exclamó Alfonso, interrumpiendo su relacion, —y lo que me resta que decir de esta aventura requiere mas espacio del que tendríamos ahora. Suspendo, pues, hasta la próxima tarde, si es que, como yo, no empiezan Vds. á creer que mi historia se prolonga mas de lo justo.

Don Antonio. V. cuente, que cuando concluya se le dirá lo que convenga.

Don Diego. Segun veo tenemos tela cortada para rato.

Alfonso. En efecto, me queda que decir bastante; pero repito...

Redactor. Nuestro presidente lo ha dicho ya: cuando V. concluya se le dirá lo que opinamos; entre tanto, el que juzgue el cuento largo, puede no oirlo.

Alfonso. Siendo así en la próxima reunion proseguiré.

IV.

Rehabilitacion. — Vuelta á las andadas.

Alfonso: —Declinaba el sol á occidente, bañando el horizonte en purpúreos fulgentes rayos, cuando por fin nos vimos en la cumbre de la colina que Vds. saben, y desde ella contemplamos un espectáculo á la verdad poco grato. A media pendiente y sobre la derecha del camino, habia un corral de los que llaman parideras, porque á ellos se recogen las ovejas al efecto que la palabra indica, y á él se habia guarecido nuestro convoy desesperando de poder huir, ni resistir en campo raso á los bandidos.

Siendo los muros de aquel asilo, bajos, de piedras sueltas, y coronados de pitas; para ponerse al abrigo de las balas, hubieron las desdichadas señoras de sentarse en el suelo; y en sus actitudes, que distinguíamos desde nuestra posicion, no nos fué difícil adivinar el terror que en sus almas reinaba. Nuestros siete amigos, arrotillados detrás de las tapias, se multiplicaban, por decirlo así, para oponer las bocas de las escopetas á los bandoleros, por donde quiera que se presentasen: y estos, convencidos de la dificultad de conseguir su intento mientras no lograran dividir á aquellos, echaron tambien pié á tierra, y formando dos pequeñas columnas ó mas bien grupos, visiblemente se disponian á dar el asalto por dos opuestas direcciones á un mismo tiempo. Tal era la situacion, poco menos que desesperada, de las cosas, cuando aparecieron nosotros, inspirando con nuestra presencia aliento á los cercados é inquietud á los sitiadores. Mas, en realidad y por lo quebrado del terreno, siendo la distancia que á vuelo de pájaro nos separaba tan corta, que la voz se oía de uno

á otro de sus extremos, la que los pies habían de andar hasta llegar al corral, no era para recorrida en menos de diez minutos, por el único camino practicable á los caballos. Calculando, pues, con esa dificultad que se nos oponía, se determinaron los ladrones á dar un golpe de mano contra las damas y su escolta, seguros de contenernos á nosotros, si una vez se apoderaban de aquellas. Así es que, rompiendo el fuego, como si nada tuvieran que temer de nosotros, marcharon á paso largo sobre la paridera, en dos grupos, como dejó apuntado: uno en la dirección de su entrada, otro en la opuesta. Las mujeres entonces, invocando en altas voces el favor de la Reina de los cielos, y el de todos los santos del calendario, se arrojaron de bruces al suelo, tapándose la mayor parte los oídos para no escuchar el, para ellas horrible y para nadie grato, silbar de las balas; y sus defensores, resueltos á perecer, se dividieron á fin de hacer frente, como mejor pudiesen, al enemigo.

Yo entre tanto había examinado atentamente las posiciones respectivas, y conocido que nuestros amigos no podían resistir todo el tiempo necesario á mi gente para llegar á socorrerlos; y confieso que en toda mi vida me he visto tan indeciso: Sin embargo, lo esencial era no perder tiempo, y dignándose la Providencia inspirarme el único pensamiento capaz de salvarnos, me volví á los compañeros, que en mudo estupor contemplaban aquel espectáculo, y pregunté:—¿No hay quien sepa un atajo para la paridera?—Si señor—contestó uno;—pero los caballos no pueden...—Pié á tierra,—clamé sin dejarle concluir;—pié á tierra: quédense los dos desmontados con los caballos, y siganme los que no quieran presenciar un desastre.»

Apenas los malhechores habían emprendido su ataque, y ya nosotros, luchando con las malezas, apartando á culatazos las ramas de las encinas, ya enredándonos los pies en las retamas, ya dejando parte del vestido en las zarzas, ora resbalando sobre la yerba húmeda, ora caminando sobre agudas piedras, con dificultades inexplicables, en fin, marchábamos por el atajo siguiendo al que nos guiaba, y sintiendo resonar en nuestros corazones cada tiro de los que de hacía la paridera se oían. ¿Pero qué fué de nosotros, cuando á los cinco minutos de nuestra penosa marcha, cesó el fuego repentinamente? Señores, Vds. comprenderán lo que yo no acierto á explicar: todos, todos los que me seguían hicieron alto y dejaron caer las cabezas sobre el pecho, como si el rayo los hubiera herido, á todos también, simultáneamente. ¡Desdichados! Temblaban por la vida y el honor de sus mas caras prendas. Yo, sin negar que concebí los mas funestos presentimientos, diré á Vds. que no hallándome tan personalmente interesado en el negocio como los demás, pude naturalmente conservar alguna mayor serenidad, y así, dando una gran voz, clamé:—Adelante, señores, adelante; si no auxilio, tengan venganza, por lo menos, las señoras.—Y rompiendo la marcha arrastré á mis compañeros en pos de mí. Dos pasos mas, y nos hallamos frente al corral.

Las municiones de los nuestros, allí encerrados, se habían agotado; y así que los ladrones vieron que no les hacían fuego, suspendiendo también el suyo, marcharon al asalto. Pero los defensores de las damas, penetrados de que después de tan larga resistencia fuera locura esperar misericordia armaron los cuchillos de monte á guisa de bayonetas en los cañones de sus retacos, resueltos ya á morir peleando.

Casi tocaban las manos de los bandidos en las cercas de la paridera, cuando nosotros salimos del atajo, por la parte que al camino correspondía, hallándonos en tal posición que de hacer fuego hubiéramos fusilado á un tiempo á amigos y enemigos. Era, sin embargo, preciso llamar la atención de unos y de otros, para lo cual mandé hacer una descarga al aire, que produjo su efecto.

Por de pronto retrocedieron los que asaltaban y respiraron los asaltados, reuniéndose en el centro de la paridera, ya seguros de que el enemigo no podía penetrar en ella, y yo así que los vi separados mandé hacer fuego, resultando un ladrón muerto y tres heridos en el acto.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

EL VIAGERO AMERICANO (1).

Del Anahuac vastísimo y hermoso,
en una de las fértiles comarcas
de las que tienen por custodios fieles
al Pinahuizapan y al Orizaba,

(1) Para la mejor inteligencia de esta composición creemos conveniente advertir al lector que fue escrita en contestación á otra de un joven entusiasta por la poesía y ambicioso de celebridad literaria, el cual en los versos que dirigió á la autora de los presentes, felicitándola por sus obras, expresaba su opinión de que solo la gloria es un bien grande, capaz de llenar el alma y de satisfacer los deseos del corazón humano.

que unidos por cadena inmensurable
de montañas agrestes y escarpadas,
con nieve eterna ornadas sus cabezas,
con fuego eterno ardiendo sus entrañas,
se alzan á ser de una región de encantos
inmutables y enormes atalayas:
en aquel punto do la vista mide
el horizonte de una gran sabana,
y á par la cumbre del vecino monte
que nombre lleva de perpétua fama (1):
allí el viajero atónito divisa,
bien que á través de la llanura vasta,
desenvolverse un nuevo paraíso
en perspectiva caprichosa y clara.
Modulan suspendidos en los aires
pardines bellos de abundantes galas,
con cenadores, parques, grutas, bosques,
y lagos mil de cristalinas aguas,
que parece sostienen silfos leves
sobre el matiz de sus movibles alas.
De rocas empinadas se derrumban
en silencio soberbias cataratas,
y en otra parte admiranse tendidos
arcos inmensos de zafiro y nacar.
Mas no le basta al caminante absorto
ver desde lejos maravillas tantas,
seducido por su extraño hechizo
á gozarlas frenético se lanza.

Ni duda ocurre á su exaltada mente,
ni sospecha de riesgo le acobarda,
pues solo atento al goce que imagina
vuela veloz, y la distancia salva,
llegando ronco, fatigado, inerte
al término feliz de su esperanza;
donde obtiene por fin ver con su asombro.....
¡un gran desierto que tapizan lavas!

Tal es la historia del viajero ¡oh joven!
allá en tu pecho por tu bien la graba;
pues esa gloria que tu afán escita,
tan deslumbrante y bella en lontananza,
y esa ventura que en su goce línges,
son ilusiones ópticas del alma!

1846.

G. G. DE AVELLANEDA.

GEROGLIFICO.



(1) El monte de Pizarro.



Catedral de la Habana.

ISLA DE CUBA.

ARTICULO SEGUNDO.

Ya indicamos en nuestro anterior artículo que la Habana no es una ciudad notable por su aspecto monumental. Ni podía ser de otro modo. Acaso de cuantas poblaciones encierra hoy la estensa América, no hay sino una que pueda algún tanto enorgullecerse con edificios bellos y contruidos en gloria del arte: la ciudad á que aludimos es Méjico. Capital de un magnífico imperio, destrozado hoy por civiles contiendas, inagotable manantial de riquísimas minas, cuya hermosa plata circula aun hoy por los mercados del mundo, Méjico fué la joya mas estimada de nuestros monarcas, y á la que principalmente, y con justo motivo, destinaron su munificencia. Cuando lleguemos á recibir algunas láminas curiosísimas que esperamos, consagraremos nuestra atencion en algunos artículos á la gran ciudad de Méjico, y conocerán nuestros lectores sus mas suntuosos edificios. Baste por hoy esta indicacion.

Después del *Templete* que hemos ya descrito, interesante por su gusto y sencillez, como por el recuerdo que perpetúa, debemos hablar de la catedral de la Habana. A la conclusión del siglo XVII era todavía este edificio una modesta ermita consagrada á S. Ignacio, y de escasa importancia. Llevados los jesuitas de su ambicioso anhelo de engrandecimiento y dominacion, cuya utilidad en ciertos casos no negaremos nosotros, pensaron seriamente en dar ensanche y fomento á la humilde casa que allí representaba su órden, convirtiéndola en un templo cómodo y rico. En 1724, y después de haber puesto á contribucion la caridad del vecindario, comenzaron los propios jesuitas la construccion de las obras, que dieron á la citada capilla el aspecto que en la actualidad tiene; pues ejecutada por el gobernador Buccarelli su espulsion de la Habana, aquellas quedaron sin concluir. Exceptuando el altar mayor, fabricado de hermosos mármoles de Italia, y cuya construccion es de una sencillez elegante, la catedral tiene poco que admirar seguramente. Al artista Vermay se debe la pintura de las bóvedas, y al virtuosísimo y célebre obispo Espada y Landa el ornato y enriquecimiento que gradualmente ha ido adquiriendo.

Pero el gran tesoro que encierra, y que la hace ser visitada de cuantos extranjeros arriban á la culta capital de Cuba, es el sepulcro en que descansan los restos mortales del osado marino que dió un nuevo mundo á Castilla, del sábio genovés que por divina inspiracion del genio se embarcó modestamente en el puerto de Palos, del ilus-

tre Cristobal Colon. A la izquierda del presbiterio, y en primer término, se nota una lápida poco suntuosa, sobre la cual está grabado el busto del grande hombre, y mas abajo se leen estos detestables versos consagrados á su memoria:

« ¡ Oh restos é imagen del grande Colon!
Mil siglos durad guardados en la urna,
y en la remembranza de nuestra nacion. »

Las autoridades locales de la Habana deberían mandar que se borrara la anterior inscripcion, colocando en su lugar otra que mas correspondiese á la grandeza del asunto. De otra manera, los infortunios y sinsabores de Colon no habrán terminado ni aun en la tumba en que para siempre yace. En cuanto á la historia de la traslacion de sus cenizas á Cuba, todos sabemos que desde Valladolid, en donde murió, fueron trasportadas á Sevilla, de esta ciudad á Santo Domingo, y finalmente á la Habana en 1796. No podemos resistir al deseo de insertar las siguientes palabras de un biógrafo extranjero al ocuparse de dicha traslacion: « Trescientos años después de su muerte fueron estraidos sus restos de la isla de Santo Domingo, como sagradas reliquias nacionales, con pompa cívica y militar, con ceremonias religiosas, y disputándose con empeño la primacia de mostrarle reverencia los personajes mas ilustres y condecorados; y apenas cabe en lo posible la consideracion de que de aquel mismo punto saliera antes cargado de cadenas ignominiosas, perdida su fortuna, empañada su reputacion, y perseguido por los insolentes sarcasmos de la chusma soez que lo escarnecía. Esas honras no devuelven nada indudablemente al que murió; no son poderosas á espigar las injurias, las vejaciones, los sufrimientos morales que abren en el corazon profundas heridas, que abrevian á un héroe el término preljado en que debe convertirse en polvo; pero sirven no obstante de dulce consuelo á las almas ilustres y calumniadas, alentándolas á que opan la resistencia de una valerosa resignacion contra los baldones presentes, y enseñándoles con este ejemplo el medio, único por desdicha, de que el verdadero mérito sobreviva á la injusticia, y reciba una recompensa mas segura, mas merecida en la admiracion de las futuras edades. »

El escritor de quien las anteriores palabras copiamos, que contra la costumbre de los de su pais hace justicia á nuestras glorias nacionales, tendrá mucho de que admirarse en la historia de los hombres que mas lustre y prez han dado á España. Aquí ninguno estraña la suerte que cupo á Colon, á Hernán Cortés, á Cervantes y á tantos otros: el ejemplo de uno, que habiendo prestado servicios á nuestra patria, haya tenido siquiera la fortuna de no ser quemado por la inquisicion, ó vilipendiado y perseguido, es lo que en este pais maravillaria á las gentes.

No saldremos de la catedral de la Habana, á donde el buen lector ha tenido la amabilidad de acompañarnos, sin hacer mención de un cuadro al óleo que está colocado frente al sepulcro de Colon, y que es algo notable por su pintura y por haber sido hecho, según al pie consta, catorce años antes de ser descubiertas aquellas regiones. Representa la ceremonia de bajar el crucifijo hácia la hostia por el pontífice, con asistencia del emperador, cardenales y obispos: el estilo que en dicho cuadro campea hace creer que fué pintado verosimilmente en Roma, al renacimiento de las letras y bellas artes. Ignórase por lo demás quién fué la persona que lo llevó consigo al nuevo mundo; y solo sabemos que desde 1825 está colocado en el referido sitio de la catedral.

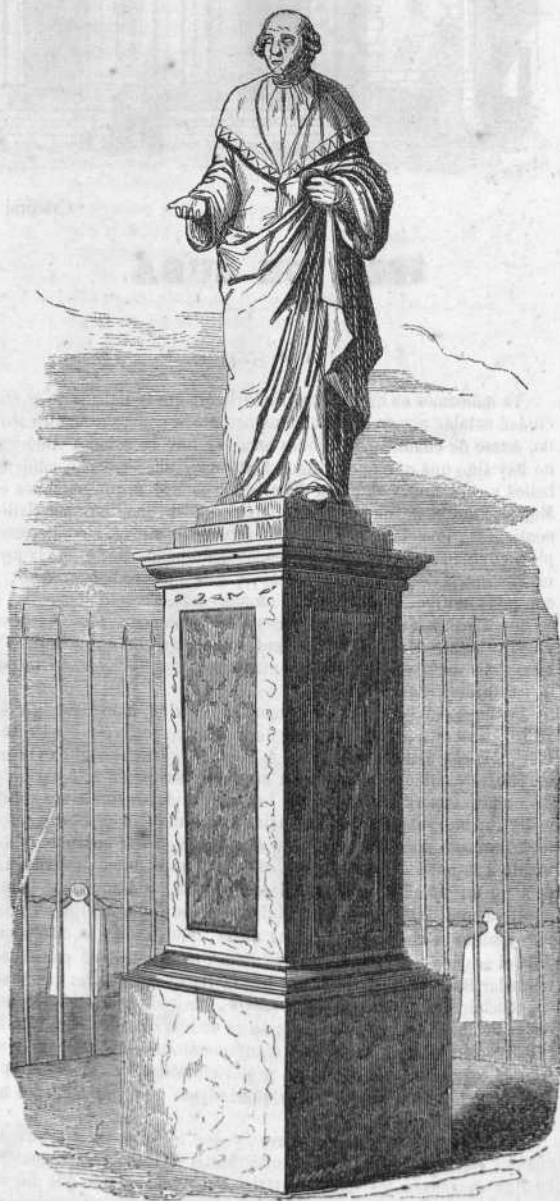
La capitania general ó palacio del gobierno, que forma uno de los costados de la lindísima Plaza de Armas, es un edificio poco notable y que de ningún modo corresponde á la alta magistratura que por razones especiales ejercen allí nuestros gobernadores. Dicha casa es elegante, espaciosa; pero sin salir de la esfera particular, hay muchas mejores en Madrid y algunas en la Habana. En el pórtico de este edificio se hallan establecidas las escribanías de número. A espaldas de la capitania general está el convento de Santo Domingo, cuya iglesia nada notable tiene, y en cuyo recinto se han establecido las aulas de la universidad: universidad de escasisima importancia, que apenas logra reunir cien estudiantes de todos los cursos en cada año.

La iglesia de San Francisco merece que nos ocupemos de ella por ser quizá la mas notable en riqueza que tiene la Habana: su arquitectura, poco elegante, pertenece al gusto por las obras macizas ó abultadas, que prevaleció en la península despues de la decadencia del conocido por gusto de Herrera, ó sea imitacion exacta de los órdenes dórico y corintio y el compuesto. «La forma de la enunciada iglesia (1) es de una nave principal de buena altura, con dos órdenes de capilla á una y otra parte, siendo la techumbre de aquella y de estas iguales en la materia y arte. Levántase sobre los cuatro arcos forales de la mayor una espaciosa cúpula ó cimborio, desde donde corren por lo interior hasta el coro, sobre dos cornisas voladas, unas vistosas galerías matizadas de verde y oro. Su torre, que tiene cuarenta y ocho varas de altura, y en la que hay un hermoso reloj, es la mas linda de todas las de la ciudad, y carga encima de los muros de su fachada, ó sobre el arco de la puerta principal, siendo de bella simetría, y correspondiente al templo, que es hasta ahora el mas espacioso y adornado de retablos: sobre todos los que contiene, es el mejor el que dedicó un Ilmo. obispo á San Francisco Javier, apóstol de la India. Su coro tiene una bien labrada sillería de caoba, y su sacristía está muy provista de ornamentos y vasos sagrados, debidos á la piedad de sus bienhechores. El convento se compone de tres claustros espaciosos, con setenta celdas para cómoda habitacion de los religiosos. Hay además tres cuadros que representan la vida de San Francisco, uno que se intitula la familia del Santo, con otros varios que adornan la sacristía, y el del Ilmo. Sr. obispo D. Fray Juan Laso de la Vega.» Réstanos decir respecto de este edificio, que comenzó á construirse en 1574, y terminó en noviembre de 1738, consagrándose en 1.º de diciembre.

Concluiremos el presente artículo con la descripción mas exacta posible del gran teatro de Tacon, que es hoy la página mas elocuente de la rápida cultura, de la adelantada civilización, que vienen distinguiendo á la Habana de algunos años acá. La fachada de este teatro es muy sencilla, demasiado sin duda para la magnificencia interior, que de ningún modo revela: consiste en tres arcos anchos, arcos de poca altura, que rematan en una cornisa con pequeños obeliscos, sobre la cual se destaca desairada la montera que cubre el teatro. Pero una vez dentro de este, todo es elegante, espacioso, y admirablemente distribuido: todo pone en ridiculo los principales teatros de España, y muy singularmente los de la coronada villa que la sirve de Côte. Inmediatamente despues de las tres grandes rejas que forman la entrada, hay un bellissimo patio circular con pilastras, fuente y dos lujosos cafés á los lados. Los corredores y pasadizos que conducen á las distintas localidades, son estensos, y en ellos pasea la gente sin molestarse: hay además un salon para fumar, y otro anchísimo patio para tomar el fresco. Las lunetas, que teniendo en cuenta el excesivo calor de aquel clima, no se han convertido en butacas, pasan de dos mil, y están colocadas entre calles intermedias, que hacen sumamente fácil el trayecto. Hay tres órdenes de palcos, y estos son desahogados, teniendo por delante una barandita de reja, que permite á las señoras lucir desde el elegante peinado hasta el diminuto pie habanero. Hay además dos órdenes de galería alta, y la superior está destinada para la gente de color. El proscenio corresponde á lo demás por su estenso foro y lujosa embocadura, sobre la

que hay un hermoso reloj: sentimos no poder decir lo mismo respecto de las decoraciones, que sobre haber muy pocas, son viejas y generalmente de poco mérito. El conjunto de este teatro, alumbrado por una magnífica araña, es verdaderamente suntuoso y digno de una capital floreciente. Nunca podremos recordar sin entusiasmo el aspecto que presentaba en noches de ópera, en que *Marini* y la *Steffenoni* hacían oír en él sus acentos..... Todas las localidades se encontraban ocupadas, y las mil habaneras que con sus trages claros y aéreos se veían en los palcos, parecían otras tantas Sílides suspendidas ligeramente entre el cielo y la tierra, es decir, entre las lunetas y la techumbre.

Pero, nos preguntará algun lector, ¿hay gusto por el teatro en la Habana? No vacilaremos en responder afirmativamente. Durante la temporada de ópera, que comienza en octubre y acaba en abril, el teatro de Tacon se encuentra constantemente lleno, á pesar del subido precio de los abonos y localidades. El empresario de dicho teatro ganó el año próximo pasado mas de 50,000 duros, despues de cubiertos los enormes sueldos que se hacen pagar en América los artistas de algun mérito. Desgraciadamente no sucede lo mismo con las funciones dramáticas, y eso que los habaneros son esencialmente mas aficionados á la dramática que á la ópera; pero los detestables actores que tienen la desgracia de oír hace ya tiempo, son capaces de hacer odiar las obras mas aplaudidas de Hartzنبusch y García Gu-



(Estatua de Carlos III, en la Habana.)

(1) Memorias de la sociedad patriótica de la Habana.

tierez, de Breton de los Herreros y Rubí. Cuando nuestra bella amiga, la distinguida actriz Sra. García Luna estaba en la Habana, y los carteles anunciaban su salida, el teatro se veía lleno..... hoy lo que allí queda es una turba de seres malhadados que no pueden servir ni de comparsas á los Valeros, á los Romeas y á los Arjonas.

EMILIO BRAVO.

EL VENERABLE PADRE CIPRIANO BARACE.

Aquel gran padre de familias, que según el Evangelio no cesa á todas horas de enviar operarios á su viña, destinó en el siglo XVII, á trabajar en la inculta del Nuevo Mundo, á un navarro como San Francisco Javier, á un diocesano de Pamplona como San Ignacio de Loyola, y á un hijo y hermano de ambos en la Compañía de Jesús.

Isaba, villa del valle de Roncal situado entre las elevadas é imponentes masas de los Pirineos, en el extremo nordeste del antiguo reino de Navarra, fué la cuna del V. P. Cipriano Barace. Nacido este roncaldés de labradores timoratos, recibió una educación sólida en los principios de moral y religión, y aspirando al sacerdocio cual sus dos hermanos, estudió la gramática latina; pero faltos sus padres de los medios indispensables para costear la carrera literaria, viéronse obligados á retirarle de las escuelas para los ejercicios del campo. Tanto ellos como el joven alumno se resignaron mal de su grado á semejante conflicto, y ocurriendo entonces con afectuosa piedad su hermano don Pascual, comprometiéndose á dividir sus alimentos con Cipriano, interin cursara los estudios mayores en la universidad de Valencia.

Concluido felizmente el curso de Filosofía, caminaba nuestro escolar con el mismo teson por el de la sagrada teología, cuando don Pascual le escribió que abandonase la Universidad, pues no podía continuar asistiéndole por la escasez de su renta. Esta noticia hirió en el corazón á Cipriano, quien sin embargo respondió animoso á su hermano: «que ya no era tiempo de dejar lo comenzado, y que fiaba de la Providencia Divina el socorro de sus alimentos.» Con esta resolución determinóse á romper por la vergüenza de la mendiguez, si fuese necesaria, y por las molestias de una servidumbre á que se sujetó, sirviendo de ayo al niño de un famoso médico, que se enamoró de la virtud y modestia del joven teólogo. El ayo cumplió exactamente con su cometido, sin que las atenciones ajenas le embargasen las propias de su estudio, compensando su discreción y desvelo el tiempo que le robaban los cuidados extraños. Terminada con lucimiento la teología, estuvo otros dos años de pasante en ella, y en tal situación se hallaba cuando fué nombrado beneficiado de Isaba, á consecuencia de haberse transigido con esta condición entre otras en el ruidoso pleito que se suscitó entre su citado hermano don Pascual y el electo para la abadía ó curato de dicha villa, sobre mejor derecho á semejante cargo. Cipriano tomó posesión del beneficio, pero lo renunció después contento con ser medianero en la discordia, patentizando así que los impulsos que sentía de entregarse á una vida perfecta, no le nacían de falta de medios humanos, sino de inspiración divina.

Tres religiones se le ofrecían á su deseo, como mas célebres en la observancia de sus respectivos institutos, á saber: la Cartuja, los Capuchinos y la Compañía de Jesús. El retiro, la aspereza de las penitencias, y el empleo de ganar almas le tiraban el corazón á todas tres religiones; mas no hallando modo de combinar en una sola dichos tres fines, adoptó el partido de remitirse á la casualidad de una suerte, sin embargo de que este expediente es peligroso y está sujeto á inconvenientes, cuando la deliberación no es entre extremos de igual seguridad. Al efecto echó tres cedulitas con el nombre de las tres religiones, y la primera vez sacó la Compañía; pero no satisfecho con la incertidumbre de la contingencia, volvió á barajar las cedulitas, y sacó la que tenía el nombre de la Cartuja. Repitiendo el sorteo tornó á salir la Compañía, y determinóse entonces á entrar en esta, por parecerle que á favor suyo había mayores muestras de la voluntad divina. Pidió, pues, con grande anhelo su admisión en tan célebre Orden, y no pudiendo apartar de sí el retiro y austeridad que veía sobresalir en los cartujos y capuchinos, quiso hermanarlo todo en la preferida corporación religiosa, expresando que le recibiesen para alguna provincia de Indias.

Así se realizó por los años de 1671 con el mayor alborozo de Cipriano, quien fué admitido en la Compañía con destino al Perú, por hallarse á la sazón en España el procurador de esta provincia americana, el cual andaba recogiendo operarios para la mucha mies que se ofrecía en tan remotas regiones. Dió principio el recién admitido á su

noviciado en el de Tarragona, donde esperando oportunidad de embarcarse llenó seis meses de loables ejercicios de virtud, y los prosiguió con el mismo tenor en la navegación. Cumplido el noviciado en la ciudad de Lima, al fin de los dos años de costumbre hizo con aprobación común é indecible alegría propia los votos religiosos, y en seguida trataron los superiores de que se ordenase; porque aunque se practicaba en la Compañía que nadie recibiera los sagrados órdenes hasta haber transcurrido cinco años de religión, la madurez y sólida virtud de Cipriano y la firmeza de su vocación eran motivos poderosos para abreviar aquel plazo. Preparóse, pues, con ocho días de fervorosos ejercicios espirituales para ascender al sacerdocio, y en 11 de junio de 1673 fué creado presbítero.

Después de ordenado permaneció poco mas de año y medio en Lima, sin cesar de día y de noche de atender al bien de los fieles, especialmente en el confesonario en que se mostró incansable. Refiriéndose entre tanto la gloriosa muerte de dos misioneros á manos de los infieles en Chile y las Marianas, el P. Cipriano, estimulado por tales ejemplos, pidió licencia para entrarse por aquellas naciones, y reducirlas todas á nuestro Criador. Otorgósele permiso para pasar á las misiones de Chile, á tiempo que se vieron señales de abrirse la de los Moxos en la misma provincia del Perú. Con esto los superiores echaron mano del fervoroso roncaldés, conmutándole en la de los Moxos la misión de Chile, para donde poniéndose luego en camino, atravesó con la mayor presteza posible las quinientas leguas que median entre Lima y la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Diéronle por compañeros á otro sacerdote y á un hermano de la Orden, de igual vocación y espíritu, y juntos partieron de dicha ciudad en unas débiles embarcaciones de los mismos gentiles, en las cuales es casi continuo el riesgo del naufragio.

Después de diez ó doce días de navegación por el río Guapay, tomaron puerto y posesión de la dilatada region de los Moxos en nombre del rey del cielo y de la tierra, el día 29 de junio de 1673, habiéndose encargado de su hospedaje un indio que gozaba de autoridad entre los de su pueblo, el cual constaba de cien almas. La casa en que se les hospedó era la destinada para las públicas embriaguezes; tenía diez varas de largo y menos de ancho, y se componía de una enramada, bastante solo para defender de los aguaceros y dar alguna sombra contra los ardores del sol. Dividióronla los misioneros en cuatro piezas: tres para el albergue de ellos, y la otra para capilla en que levantar el altar portátil que llevaban; para lo cual purificaron aquel inmundó lugar y empezaron á celebrar el santo sacrificio de la misa, asistiendo á esta los bárbaros con la mayor admiración y respetuoso silencio.

Tras los días indispensables para inspirar confianza á los indios, el primer cuidado de los padres fué reconocer la tierra y tantear la esfera de las esperanzas que pudieran prometerse en su árdua empresa. Al efecto admitiendo las embarcaciones que les ofrecieron los indios amigos, procedieron á registrar las márgenes del río Marmoré, fiados en la protección divina, sin camisas, sin defensa de los abrasadores rayos del sol, sin reparo alguno á las inclemencias del cielo ni á las plagas de los mosquitos que atormentan en aquellos países ardientes. Fué grande el gozo de los obreros evangelicos por la buena disposición de aquellas gentes, que á la fama de su liberalidad acudían á las orillas del río con regalos que les presentaban de los frutos de la tierra. Los padres correspondían con doncellas de cuentas de vidrio, anzuelos, agujas, cascabeles y otras bugerías; cosas todas nuevas y peregrinas para los indios, quienes por lo tanto las recibían con el mayor asombro y aprecio, habiéndose convenido los apóstólicos varones ser de gran momento tales dádivas, pues si las omitían experimentaban el desvío y apartamiento de aquellos idiotas. Sirvió también la jornada para reconocer que no se podía dar paso sin aprender la lengua de los naturales.

El P. Cipriano acometió con grande anhelo tal estudio, con la dificultad que se deja entender donde no había maestro ni intérprete, ni la rudeza de los indios daba explicación á las palabras: empero, el celo y la constancia de los padres lograron al cabo de dos años hacerse dueños del idioma, y entonces empezaron á proponer eficazmente á los infieles el fin principal de su venida. Andaba el P. Roncaldés de pueblo en pueblo, caminando muchas leguas á pié por los caminos ardientes y pantanos de aquella tierra, metiéndose intrépido por los peligros, sin mas armas ni compañía que la señal de la cruz; y no obstante, los pueblos que á veces le recibían con arcos y flechas en las manos, oían luego con alguna docilidad la embejada que de parte de Dios les anunciaba. En estas correrías se sacaba también la ganancia de los bautismos de algunos párvulos, que sin dificultad ofrecían los bárbaros en el artículo de la muerte, y fueron las primicias de aquella nueva iglesia. Pero el genio del mal logró persuadir á los gentiles, que la muerte que venía en pos del bautismo era efecto de este sacramento y no de las enfermedades, y así principiaron á mirar con horror medicina tan saludable. Esta prevención

de los naturales creció con el soplo de la malignidad de dos indios cristianos, quienes propalaban ser los padres espías de los españoles, y que estos entrarían á dominarlos y oprimirlos con las noticias que les diesen aquellos. Por mas esfuerzos y protestas que hicieron los obreros evangélicos contra la maledicencia, nada pudieron conseguir, y llegaron á quedar en el mas peligroso aislamiento y desamparo, viéndose obligados á ejercitarse en la pesca y en la caza con el uso del arco y de la flecha, para proporcionarse el sustento necesario.

Conociendo el P. Cipriano que en tan críticas circunstancias nada era posible adelantar en su apostólico ministerio, trató de atender á lo que hasta entonces había desatendido, á su propia persona. Hallábase esta maltratada hacia cuatro años por unas cuartanas, en que degeneró la gravísima enfermedad que le puso al borde del sepulcro, originada de la estrañeza del clima, de lo insalubre y escaso de los alimentos y demas penalidades y privaciones. Con tan justo motivo trasladóse á Santa Cruz de la Sierra, donde durante la convalecencia aprendió el oficio de tejedor que despues enseñó á los gentiles, para que pudiesen cubrir su grande desnudez y presentarse con decencia y honestidad.

Poco le duraron la convalecencia y descanso de Santa Cruz, porque su gobernador echó mano de él para la reduccion de una nacion vecina llamada de los Chiriguano, por los cuales fué bien recibido, habiéndose hecho en poco tiempo dueño de su idioma. Empezólos á cateizar; pero ellos correspondieron con tales abominaciones, que el padre se vió precisado á los siete meses á desampararlos y restituirse á sus antiguos Moxos. Halló á estos mas dóciles á sus consejos, á que ayudaron grandemente las persuasiones de un indio gentil de los mismos Moxos, llamado Iucu, á quien el cielo inspiró notable afición á los misioneros, habiendo llegado por fin á comprender aquellos seres degradados las ventajas que les resultarían de unirse los pueblos pequeños y formar poblaciones grandes, sujetándose en todo á la direccion de tan buenos amigos. Juntáronse pues, de diferentes pueblecillos ó rancherías hasta seiscientas almas, y tratándose en seguida de su instruccion enseñábaseles cada dia muy prolijamente la santa doctrina. Con el conocimiento de esta avergonzándose los salvajes de su ceguera, condenaron al fuego todos los idolos y demas instrumentos de la supersticion, y manifestaron deseos de recibir el primer sacramento; sin que desistiesen de su santo propósito con las sugerencias de los malignos, que atribuyeron á la determinacion de abandonar las máximas de sus mayores, la fatal pestilencia que á la sazón hizo miserable estrago en las vidas de aquellos pobres. Pasada esta tormenta, al cabo de seis años y ocho meses de paciencia, con indecible júbilo del P. Cipriano y sus compañeros, dióse principio á la nueva cristiandad de los Moxos con el bautismo solemne de todo el pueblo, habiendo sido este memorable suceso á los 25 de marzo de 1682, dia de la anunciacion de Nuestra Señora, por cuya razon se dió el nombre de su santa casa á este primer pueblo, que por eso desde entonces se llamó Loreto.

Formado este pueblo, gastó el P. Cipriano cinco años en su aumento y establecimiento, habiendo conseguido reunir en él hasta dos mil personas y organizarlo todo con el debido orden. En el interior había entrado socorro de nuevos operarios, y entonces marchó nuestro misionero á reducir otros pueblos, sin llevar consigo mas que un altar portátil, un indio nuevo cristiano que le ayudase á misa, un breviario, algunos papeles, un lienzo ó red para cama, y algunas bugerías para regalillos. Para la formacion de un nuevo pueblo escogió el parage en que años antes hicieron asiento dos padres de la Compañía, y tuvieron que abandonarle por la mala disposicion de los naturales, que entre todos los Moxos se conocian por mas irreducibles. El celo y la industriosa caridad del P. Cipriano hallaron modo de tratar con aquellos salvajes. Sentábase con estos, y se tendia en el suelo para conversar: dormía entre ellos con aquel desabrigo que á manera de fieras los acostumbra á las inclemencias del tiempo: comía con ellos sus viandas escasas y malas: no escusaba el acompañarlos y ejercitarse en sus cazas y pescas, ni omitía otras acciones en que se hacia por Cristo bárbaro con los bárbaros. Conolido ademas el infatigable misionero de la total falta de curacion de aquellos infelices en sus dolencias, aplicóse á conocer la virtud curativa de algunas yerbas, y buscó algunos papeles y libros é instrumentos de medicina y cirugía. Con tales recursos dióse á ejercer los oficios de médico, cirujano, boticario y hasta de enfermero por la absoluta estupidez de aquellas gentes, y así acabó de cautivar su voluntad, consiguiendo que se congregasen en el parage escogido en número de dos mil personas.

Formó pues, un nuevo pueblo, al cual dió el nombre de Trinidad, y logró que en breve se pasasen los nuevos pobladores en disposicion de recibir las aguas del santo bautismo. Con la nueva ley introdujo el P. Cipriano nuevas costumbres, desterrando las públicas embriagueces á que eran muy aficionados los recién convertidos, y ordenando y variando los asquerosos y supersticiosos bailes con que las

celebraban, y que comunmente terminaban en muertes, venganzas y otros delitos. Para que hubiese orden y decoro en tales diversiones era necesario algun instrumento, y no había quien le tocara: no se dignó el Padre hacerlo con una vihuela, en que adquirió alguna destreza en su mocedad; y proporcionándose un tamboril, aunque no le manejó jamás, merced á la caridad ingeniosa, supo tocarle en términos de inventar una danza tan exenta de inconvenientes, que pasaba de entretenimiento á celebridad y veneracion de lo sagrado. Accion fué esta semejante á la del grande apóstol Javier, cuando por ganar á Cristo una alma perdida aparentó ser jugador de naipes.

Atendiendo al bien temporal á la par que al espiritual de los nuevos cristianos, introdujo el venerable Padre las artes mecánicas, útiles al buen ser de la república, como el cultivar los campos con arado, y los oficios de arquitecto, carpintero, herrero y otros: igualmente trató de conducir ganado para que su carne sirviera á aquellos moradores en lugar de la de caza, que era con lo que principalmente se mantenian; pero no habiendo probado bien el cabrio, ni el de lana ni cerda, se tuvo que apelar al vacuno, á pesar de distar por la parte mas cercana setenta leguas por espesas montañas, sin que hubiese abierto camino alguno. No habiendo quien se encargara de tal empresa, embarcóse el mismo Padre para Santa Cruz de la Sierra, buscó hasta doscientas cabezas, invitó algunos mozos que le ayudasen, y empezando á caminar tuvieron que romper pedazos de montañas, franquear rios, y luchar con las reses que porlaban por volver á sus querencias. Faltaban ya las fuerzas y en los ayudantes la constancia, porque cansados de pelear con las dificultades retrocedieron y dejaron al varon apostólico poco menos que solo. Ibase tambien quedando el ganado, que el Padre con increíble teson lo rodeaba, metiéndose á veces hasta la rodilla por los pantanos y lodazales. Cincuenta y cuatro dias gastó en esta jornada, siempre por despoblado y con riesgo de fieras y de indios caribes, habiendo llegado por fin triunfante á la mision, aunque con menos de la mitad de las reses, con grande consuelo de todos y alivio de toda la tierra, en la cual se multiplicó dicho ganado.

En seguida pensó nuestro apóstol en fabricar templo al Señor, que hasta entonces moraba en una humilde ramada, la que apenas merecia el nombre de casa de cañas. Hizose él mismo maestro y oficial de la obra, animando á unos á que fuesen á cortar madera, y enseñando á otros á formar adobes; y yendo delante con el ejemplo de acarrear los materiales, levantó una aseada iglesia, que fue la primera que se edificó de adobes en aquellas tierras. Mas como con el tiempo creciese notablemente el número de los cristianos, construyó despues de algunos años con gran primor otra mayor de tres naves, de sesenta y tres varas de largo y veinte de ancho; edificio el mas vasto que hasta entonces habian visto aquellas naciones, las cuales acudían á contemplarlo como á una maravilla. Dispuso el infatigable Padre que se realizase con la mayor solemnidad posible la dedicacion del nuevo templo, á cuya ceremonia concurrió por lo tanto grande muchedumbre de cristianos y gentiles, y la tornó mas plausible el bautismo solemne de muchos adultos, reservado de propósito para mas celebridad del dia.

Puesto en buen orden el pueblo de la Trinidad, y reducidas á él y al de Loreto todas las poblaciones que al principio se registraron, aventuróse el P. Cipriano á descubrir otras naciones, acompañándole para mayor seguridad competente número de indios armados. Al cabo de seis dias sin hallar rastro de persona humana, ofrecióse á su vista la tribu de los Coseremonos, la cual se asustó con la novedad escondiendo con gran diligencia los niños y las mugeres, por suponer se los iban á arrebatar los descubridores. Con las muestras pacíficas y afectuosas del Padre aquietáronse aquellos infelices y dieron señales de escuchar con agrado las proposiciones religiosas que mas adelante aceptaron. Lo mismo aconteció con los llamados Cirionos y con los Guarayos, cuyo nombre se oia con horror entre todas aquellas naciones, por ser enemigos de todas ellas, á causa de su fiera costumbre de sustentarse de carne humana.

Con tales descubrimientos de gentes iba cada dia tomando cuerpo la mision, y al mismo paso crecia la necesidad de los medios de subsistencia y demas géneros, que había que conducir desde doscientas leguas de distancia. Discurriendo el modo de abreviar tan largo camino, emprendió el fervor del P. Cipriano una trabajosa expedicion en el año de 1697 al través de una cordillera, en compañía de los indios de mas confianza y con los instrumentos necesarios para hacerse lugar en la aspereza de las montañas. Dieron luego en lo intrincado de estas, donde tropezaron con una nacion denominada de los Raches, los cuales, aunque recibieron bien al Padre, no le quisieron guiar en aquel laberinto. Con esta repulsa salió el infatigable misionero con sus indios á catar la serranía, donde todo fué desatinar y perder el tiempo, consumir los alimentos y padecer grandes trabajos, los cuales sin embargo proporcionaron el encontrar un manantial de agua muy salobre, que tomando cuerpo á fuerza de cocimiento, se convertia en

muy buena sal. Celebróse este hallazgo en la mision como noticia de grande utilidad para toda ella, pues así podrían proveerse de artículo tan esencial aquellos pueblos, sin el afán de llevarle del Perú á distancia de doscientas leguas.

Al siguiente año volvió el P. Cipriano á la misma árdua expedición; pero perdiéndose en lo enmarañado de los montes le fué forzoso retirarse, por no perecer con su gente. Acometiendo por tercera vez igual empresa, previno á otro misionero, que saliendo del Perú le fuese á encontrar por donde había fama que entraron los conquistadores españoles, al paso que él subiría la serranía por la banda de los Moxos, y que ambos para ver si nodian descubrirse mutuamente habían de hacerse señas encendiendo hogueras en lo alto de los cerros. El Padre que entraba por el lado del Perú no pudo aguantar mas que algunas jornadas, y retrocedió dejando algunas fogatas; pero estas no pudieron ser vistas por el P. Cipriano, el cual halló la cordillera muy doblada de subidas y bajadas inaccesibles, cuyas profundidades sombrías estaban ocupadas por diferentes rios y arroyos, siendo necesario valerse, por lo dificultoso de su paso, de la industria de buscar algunos palos, que entretejidos unos con otros sirviesen de mal segura barca. No se descubría en tan lúgubres contornos pisada alguna de persona humana, y solo se hacían reparar el ruido y rastro de las fieras, que tenían en continuo desvelo el cuidado. El venerable Padre no llevaba mas abrigo ni ropa que sobre la interior la sotana, sin tener que mudarse, ni en qué reponerse de noche de las fatigas del día, porque así este como los demás caminos, los hacia contento á imitación de los indios con colgar de un árbol á otro una red ó pedazo de lienzo en que suspender el cuerpo, á fin de que no cargase inmediatamente sobre el suelo mojado. Acabáronse los bastimentos y faltó tambien el alivio del fuego por la excesiva humedad, acostándose por lo mismo el Padre continuamente mojado, acosado á la vez por el hambre, la desnudez, el frio y el cansancio. Varios de los indios retrocedieron con tiempo: el Padre, aunque empezó á desfallecer, animaba á los demás con el socorro y la esperanza divina, y esforzándose todos con tan santas palabras pudieron volver á parage mas benigno que les libró del frio y de la humedad. Con este alivio lograron llegar á los pueblos de los Raches, quienes les dieron el reparo de alimento reclamado por su extrema necesidad. En seguida partió el Padre para su antigua mision, donde le miraron como resucitado; y en verdad, él que era muy medido cuando hablaba de sus trabajos, llegó á decir que nunca se tuvo por muerto sino en esta ocasion.

Por cuarta vez volvió á los mismos riesgos y fatigas, y entonces premió Dios su constancia, porque cuando creia estar tan enredado como antes en la espesura de las montañas, se halló en la ceca de estas y á la vista del Perú. Los indios explicaron con griterío el alborozo, y el padre los envió con la nueva al colegio mas cercano de la Compañía, el cual la recibió con indecible alegría, al ver que se podía contar con un camino de solas quince jornadas, en lugar de las cuarenta que tenía el antiguo. En estas circunstancias dió pruebas de la mayor abnegacion el apóstol de los Moxos, pues siendo tan natural el reparar las queiebras de la salud causadas por tantos trabajos, y hacer una visita á las tierras de los cristianos y á los amigos y conocidos antiguos, en ausencia de mas de veinte y cuatro años, retrocedió á su mision por el nuevo camino.

Después de muchos peligros y penalidades descubrió tambien la nacion de los Tapacuras, consiguiendo que se reconcilian con los Moxos y con sus crueles verdugos los antropófagos Guarayos. Pero el descubrimiento de mas importancia fué el de los Baures, cuyas primeras tierras estaban á los ocho dias de camino del pueblo de la Trinidad. Eran aquellos gentiles menos rudos é incultos que los Moxos, pues tenían con alguna regularidad las poblaciones, eran agasajadores de los huéspedes, y las mujeres llevaban vestidos decentes. Prometiéndose, pues, el P. Cipriano fundar una florida cristiandad entre los Baures, entró en su pais sin mas comitiva que la de tres mozos y un muchacho que le ayudase á misa. Recibieronle en el primer pueblo con indecibles muestras de alegría, y lo mismo sucedió en otros cinco á que pasó por convite de los mismos pueblos. Viendo que de la poblacion inmediata no le anticipaban igual convite, resolvió el Padre anunciar su visita, porque tenía esperiencia de que con la repentina llegada de hombres á caballo solian quedar desiertos los pueblos. Llevoé el mensaje por los naturales, á pesar de la repugnancia con que lo hicieron, á pretexto de ser los vecinos gente muy esquiva y agena de las leyes de la hospitalidad, llegando á poco rato el intrépido misionero, quien fué recibido con muestras de buena voluntad, bastantes para sosegar cualquiera sombra de recelo.

Al dia siguiente hallóse convidado por los motadores de otra poblacion, los que le acogieron con señales de verdadera amistad, correspondiendo el Padre con las dádivas de costumbre y con palabras que fueron escuchadas con agrado. Por la noche alarmó al apostólico varon y á los suyos el sonido de unos tambores que tocaban en el

pueblo de donde venian y en otro inmediato, habiéndose aumentado su cuidadoso desvelo al advertir que desfilaron algunas cuadrillas de gente del uno al otro pueblo. Juzgando que semejante movimiento indicaba alguna fatal novedad, mandó el Padre prevenir las cabalgaduras para la retirada; pero en el interin llegaron mensajeros de otro pueblo cercano, pidiéndole con toda urbanidad que le favoreciese con su visita. No pudo negarse á tal invitacion, aunque los suyos se lo disuadieron, y así el Padre no cabia de gozo al ver que los convidados le recibieron con los mayores estremos de agasajo. A las pocas horas dió la vuelta al punto donde dejó las caballerías; pero hallándose yermo tuvo por cierto su peligro. Montó á caballo, y al entrar en la poblacion donde primero se había tocado el tambor, le salieron al encuentro cuadrillas de gente armada de tres pueblos con arcos, flechas y macanas. El bárbaro que capitaneaba á los demás, instó al P. Cipriano que se quedase en su pueblo. Escusóse con razones de cortesía: prosiguió su camino, y el tropel de gente iba en su seguimiento con voces y ademanes amenazadores, hasta que al atravesar un mal paso que hacia un pantano, dispararon una lluvia de flechas. Sintióse herido el inofensivo apóstol en un muslo y en el brazo en que llevaba la cruz, y herida tambien la cabalgadura despidió al venerable ginete. Entonces huyeron los que le acompañaban, y los bárbaros arremetieron con furor, causándole muchas heridas que recibia repitiendo los dulces nombres de Jesus y Maria, abrazado todavia con la cruz, que se la arrebató uno de aquellos verdugos. Descargándole en seguida un recio golpe de macana acabaron de quitarle la vida, preciosa por ser ofrecida en holocausto.

Los bárbaros rodearon el cadáver, y metiéndole entre el agua cenagosa le cubrieron de yerba. Estaba entonces claro y sereno el cielo; mas repentinamente cayó un fortísimo aguacero, lo que hizo retirar á los bárbaros á guarecerse en los montes, y dió lugar á que se salvaran los compañeros del Proto-Martir de aquella mision, á quienes guardaba Dios para testigos de su glorioso fin. Ocurrió este en el año de 1702, á los 27 años y dos meses y medio de apostol de los Moxos, y á los 61 de su edad, en el dia 16 de setiembre, en que celebra la iglesia el ilustre martirio de S. Cipriano: circunstancia que mas parece misteriosa que casual, por ser este gran santo el patrono de la Villa de Isaba, y por la semejanza del nombre, del ministerio, de la vida y de la muerte del V. P. Cipriano.

Llegó el eco de tan dichosa muerte á la ciudad de Santa Cruz, de cuyo presidio salió en la primera oportunidad un escuadron de soldados españoles á cargo del general D. Felix Cortés. Con ellos se incorporaron mil soldados de los indios amigos; y sin reparar en gastos ni en las muchas jornadas de mas de 140 leguas de camino, y llevando consigo dos misioneros que sirviesen de reprimir la licencia militar, llegó este pequeño ejército á las tierras de los gentiles, á quienes escarmentó apresando á 230 de ellos, y ahorcando á uno de los principales agresores en el mismo pueblo donde se perpetró el delito. Por mas esquisitas diligencias que practicaron los dos misioneros no pudieron lograr el hallazgo de los venerables huesos del martir P. Cipriano, cuya muerte fué muy llorada de toda la mision, en la cual haciéndose todo para todos fué maestro, pastor, conquistador, descubridor, medico, cirujano, músico, cantor, baquero, carpintero, albañil y tejedor, y desempeñó otros oficios humildes.

A todo atendia el P. Cipriano durante su apostolado, menos á si mismo. Cuando caminaba en los primeros años de él, no hacia mas prevencion que de unas yucas, que son unas raices propias de la tierra, á que añadia un pedazo de mono ú otro género de caza, sahumado ó mal asado, que le daban los indios de limosna. En los últimos años, cuando la crecida y fatigada edad pedia mayor fomento, y ya había algun ganado vacuno, á la yuca añadia de provision un poco de vaca salada, tostada y molida para los dias de carne, y para los viernes un poco de harina de maiz. No usaba de reparo alguno ni contra las lluvias tempestuosas ni contra los ardores del sol, no obstante de haberlos experimentado tan fuertes y tan contrarios, que le derribaron todos los dientes y muelas, y le hicieron mudar algunas veces el cutis de las manos y de la cara. No usaba de defensa alguna contra la plaga de los mosquitos, que solo sabe ponderar el peso de esta mortificacion quien se ha visto en aquella tierra tan rodeada de ellos, como solemos de una densa y oscura niebla. Todo su haber se reducía á un breviario muy viejo y al traje que usaba, y consistia en la ropa interior muy pobre, medias y zapatos de pieles de animales de caza mal curtidas, una montera de lo mismo, y una sotana de algodón teñida con barro negro descolorido: sombrero, sobrero y manto, en muchos años no los tuvo. Siempre se acostaba vestido sobre un simple lienzo de algodón: el sueño cuando mas largo, aun hallándose de asiento en el pueblo, no pasaba de cuatro horas, y después que fabricó la iglesia durmió mas de dos años debajo de un altar de ella al sereno, sin mas abrigo que el vestido que traia encima. Su recato era cual convenia en un ministro del Evangelio. Pensaban los infieles ser gran miseria el carecer el hombre de muger, y así

llevados de su afecto al padre, no una vez sola le ofrecieron alguna, para que viviese con gusto y comodidad. El negarse él á tan indigna propuesta le servía de estimación y autoridad, como si en él se ocultase una virtud superior á que no alcanzaban las fuerzas de ellos.

Todas estas virtudes premió nuestro señor, no solo con fin tan glorioso como el martirio, sino con permitir á este su nuevo apóstol el ver y contemplar en vida una florida cristiandad. Dió las aguas del Santo Bautismo á mas de cuarenta mil personas: fundó dos numerosos pueblos: entró solo con un compañero, y dejó mas de treinta misioneros y registradas numerosas naciones para el empleo de muchos otros. Mereció pues, tan esforzado obrero evangélico, bien de Dios y de los hombres: digna es de perpetuarse de generación en generación la memoria de quien todo lo pospuso á la perfecta imitación de Jesucristo, y á tan piadoso objeto dedican y consagran estas compendiosas noticias los que tienen el honor de contar entre sus ascendientes al V. P. Cipriano Barace.

MATIAS EZQUER PEREZ Y BARACE.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Desde aquel momento cesó la resistencia; los bandidos se dispersaron, corriendo á sus caballos; y apoderándome yo, con otros de los que me seguían de las monturas que mas á mano encontramos, los seguimos de cerca. Es de advertir que con lo grave del peligro cesó también la subordinación de los míos, y echando cada uno por donde mejor le pareció, halléme solo en persecución de cierto salteador digno por su audacia de pertenecer á mas honrada clase. Aun en medio de la ira que entonces me dominaba, no pude menos de admirar la gallardía de la persona, lo rico y elegante del traje de campo, la destreza en la equitación, el aplomo, la serenidad con que aquel hombre se conducía. Así que se vió directa y personalmente perseguido, sacó el caballo á ese aire que llaman unos galope sostenido y otros media rienda, abandonó esta sobre el cuello del animal, y echando mano á uno de los dos retacos que del arzon trasero de su albardón jerezano llevaba pendientes, requirió el cebo, tan despacio como si fuera á tirar al blanco. Yo por mi parte llevaba en la mano una pistola amartillada, y el sable desnudo pendiente de la muñeca. Volvióse el ladrón hacia mí, girando sobre las caderas, como veleta en su eje, y echándose el retaco á la cara, dió, como ellos dicen, *gusto al dedo*; lo que significa en castellano que me hizo fuego. Tan buena fué la puntería que la bala atravesó el morrion y, aunque ligeramente, me raspó la parte superior de la cabeza.

Arrebatado de ira, disparé la pistola, mas no logré herirle, y él entonces cogió el segundo retaco y volvió á tirarme. Tuve, por dicha, la precaución de tenderme sobre el caballo, que-sino, es probable que no pudiera ahora referirles á.VV. el caso; pero la fortuna se declaró por mí, y á penas sonó el tiro, ya mi adversario había recibido tan buena cuchillada en un hombro que dió con el cuerpo en tierra, y fin así á nuestra contienda.

Al estrépito del combate acudieron los amigos, y reconociendo en el vencido nada menos que á Paquillo el Majo, capitán de la cuadrilla, comenzaron á ponderar mi hazaña con las acostumbradas exageraciones de aquel país. Llegué, pues, en triunfo á nuestro cuartel general, la paridera, donde las damas vinieron á felicitarme, como si yo solo y no auxiliado por sus deudos las hubiera salvado. En esto nadie hasta entonces había reparado, ni yo me acordaba del raspazo de la cabeza, pero una voz, una voz, señores, cuyo eco sonoro y melodioso no se borrará jamás de mi memoria, exclamó: «¡Jesus, ese caballero está herido!» Creo soñar oyendo aquella voz, porque era la de Matilde, vuelvo la vista al punto de donde salía y veo ó imagino ver á la misma Matilde; y entonces, no sé como, perdí el sentido.

Recuerdan VV. que les he dicho que durante el día no me reuní con las señoras, y que ni aun en la mesa reparé en ellas.

Al volver en mí, halléme tendido en el suelo, reclinada la cabeza en el regazo de una venerable *mamá*, que con volubilidad maravillosa, decía: «¡Jesus, pobrecito, ¡Dios quiera que no sea nada!... Si yo tuviera aquí mi bálsamo... ¡Y qué buen mozo es, Dios le bendiga! etc. Pero en compensación unas manos blancas como la nieve,

suaves como la seda, buscaban entre mi cabello el lugar de la herida: un pañuelo de batista me enjugaba el sudor y la sangre, y á menos de una pulgada de mi boca latía un corazón que debía ser muy puro, si lo era tanto bello como el seno que lo encerraba ¡Era Matilde! Creyendo que deliraba, no me atreví á desplegarlos labios por no perder la ilusión, mientras me pusieron un vendaje improvisado; y cuando, terminada aquella operación, iba en fin á romper el silencio, el galope de muchos caballos que se nos acercaban, llamando la atención de todos, hizo que me dejáran solo con la respetable señora que me servía de almohada. Entonces, recobrando instantáneamente las fuerzas me levanté, y mas curioso que cortés, seguí la dirección de la mayoría, dejando allí, y absorta sin duda, á la caritativa matrona.

Los caballos que llegaban eran cuarenta, que el comandante general de Ronda, noticioso, aunque tarde, de nuestra posición, nos enviaba. El oficial comandante de aquella fuerza me invitó á acompañarle hasta el cortijo, y aun sin su invitación lo hiciera yo. Monté pues, á caballo, y tuve también parte en el socorro, que llegó á tiempo en que ya comenzaba á arder el cortijo. Allí se capturaron tres ó cuatro bandidos mas, que conduje á Ronda, donde el comandante general me recibió cual héroe de aquella jornada, sin razón repito, pero ya saben VV. que mas vale caer en gracia que ser gracioso.

Pero de nada de eso me cuidaba yo: había oído, había visto á Matilde, no una vez sola, sino dos, y de tan cerca que era imposible engañarme. ¿Mas cómo se hallaba en Ronda, sin saberlo yo? ¿Cómo no me habló en la mesa, y se hizo la desconocida en el campo? La primera de estas dificultades no tenía solución, pues la ciudad es tan pequeña que, apenas llega un forastero, toda ella lo sabe; y además en el café se lleva cuenta y razón de las bellezas de diez leguas á la redonda. Por lo que respecta á mi segunda duda, ya era mas fácil explicarla, pues por una parte la especie de misantropía que me alejaba del bello sexo, y por otra la aventura misma que motivó mi destierro, hacían posibles entrambos extremos de la dificultad. Ya se deja conocer cuál sería mi curiosidad, mas por la primera noche me fué imposible satisfacerla, siendo ya tarde cuando sali de casa del capitán general; á la mañana siguiente mi herida se había empeorado y amanecí con calentura; y para decirlo de una vez, teniendo el mal su asiento en la cabeza, hube de estar incomunicado tres días mas. Pasados estos, vino á visitarme el dueño del cortijo de la aventura, y como era persona de buen carácter y conocida reserva, no tuve inconveniente en rogarle me sacase de dudas.

«Eran tantas las señoras, que allí había, me respondió, y las señas que V. me dá tan comunes á la mayor parte de ellas, que no sé cómo acertar á responderle. — Pero, amigo mío, repliqué, ¿no le digo á V. que era la mas hermosa? — Es decir la que á V. mas se le parecía: pero ya V. sabe que de gustos... Vamos á ver si me dá V. alguna seña mas clara. — Tiene ovalado el rostro, trigueño el color, negros los ojos, arqueadas las cejas castañas como el cabello, pequeña la boca con un hoyuelo á cada lado, blancos los dientes como perlas ¿Quiere V. mas? — Ese es el retrato de la mayor parte de las andaluzas. — ¿Y aquella gracia? ¿Y aquel mirar que penetra los corazones? ¿Y su voz, comparable solo á la de los ángeles? — ¡Dios nos tenga de su mano! Ya echó V. por esos trigos de Dios, y no es para mis años seguirle en sus poéticos éxtasis. Pero vengamos á razones ¿Es esa Dulcinea de Ronda, ó forastera? — No lo sé. — ¿En qué diablos ha estado V. pensando, que lleva aquí dos meses y no sabe ya de memoria los nombres de todas las muchachas del pueblo? — Sea por lo que quiera, ello es que no lo sé; y ademas... en realidad la persona por quien pregunto á V. no puede decirse que sea una muchacha precisamente. — Hombre de los diablos, ¿ha caído V. en garras de las *jamonas*? — Por ahora solo estoy en las del demonio de la curiosidad impaciente, de quien parece que V., amigo mío, se ha propuesto ser elicacísimo auxiliar. — Sostéguese V. y pasemos revista á la seccion de veteranas hermosuras que nos favoreció en la broma del día pasado. ¿Será Doña Ramona, la voluminosa matrona, que tiene, no un hoyuelo, sino una sima en la mejilla derecha, y en la izquierda un lunar de dos varas de diámetro? — Por Dios y por Santa Maria que se deje V. ahora de bromas. — Tal vez sea la Ignacia, que no cesa de hablar de que tuvo su cabeza de V. en sus rodillas, mientras le curaron... — ¿Quien fué la que me curó? por esa pregunto. — La viuda de Moron. — ¿Cómo se llama? — Concha. — ¿De apellido? — El de su familia no lo sé, el de su difunto marido sí. — ¿Y es, en fin? — Gomez Retama, un oidor de Indias. — ¿Qué edad tiene esa señora? — Unos veintiocho á treinta años: pero es arrogante moza. — ¿Cuánto hace que está viuda? — Dos ó tres años. — ¿Y habita en Moron? — Ordinariamente. Aquí vino hará tres semanas á pasar una temporada en compañía de cierta parienta mia, su grande amiga; y ayer salió para Ecija, desde donde parece que pasará á Madrid. ¿Era esa la que V. buscaba? — No, amigo mío, y no acierto á creer que

pueda haber tal semejanza entre dos personas, que la que yo ví y oí, sea la misma que V. describe. — No lo entiendo. » Aquí tuve que explicar á mi interlocutor, como en la mujer que habia sido asunto de nuestra conversacion, creí ver á otra que era dueña de mi corazón.

« Cuando un afecto nos domina, me dijo el caballero de Ronda, despues de haberme escuchado atentamente, cuando un afecto nos domina, como á V. el suyo, es preciso desconfiar hasta del testimonio de los sentidos. Las pasiones son enfermedades del alma, y así como el hombre calenturiento no goza de la plenitud de sus facultades intelectuales, tampoco el enamorado de la de sus órganos físicos. Si esto le parece á V. una paradoja, el tiempo se la demostrará. Mas de todas maneras la Viuda de Moron no tiene hermanas, ni primas tampoco que yo conozca, y apenas hay familia andaluza cuya genealogia y relaciones ignore. — Sin embargo, acaba V. de decirme que no sabe el apellido de esa dama. — Cierto, pero de seis años á esta parte viene infaliblemente todos los veranos á pasar en Ronda un mes y á veces mas; y si tuviera hermanas ó primas, alguna vez la hubiéramos oído hablar de ellas. Con todo eso preguntaré á mi sobrina y mañana sabrá V. lo que haya. »

Cumplió su palabra aquel complaciente caballero, pero manifestándome que, no solo su sobrina opinaba como él, sino que además sabia de boca de la viuda misma que no tenia parienta alguna ni jamás tuvo hermanas.

Ya ven VV. que me engañé, ó al menos que todos los datos lo probaban, mas lo que es preciso que sepan es que llegó á apoderarse de mi un sentimiento supersticioso, tal y tan fuerte, que me hizo casi, casi, creer que habia habido algo de sobrenatural en todo aquel lance; pues, por una parte, me decia la conciencia que mis oídos y ojos me habian servido bien, y por otra era evidente que Matilde no se halló en el día de campo, tan fecundo para mi en aventuras. Por si no bastaba eso todavía, recibí entonces precisamente una carta de mi Coronel relativa á asuntos de mi antigua compañía, pero que en posdata añadia:

« El regimiento está desconocido: Almazan acaba de ser promovido á coronel efectivo y nombrado oficial de la secretaria de la guerra: Mendoza á comandante de escuadron y empleado en la inspeccion general del arma. Dicen que son milagros de la mujer del último, quien salió para Madrid cuando nosotros para Badajoz. En su lugar de V. me han enviado un mostrenco, y se les conoce ya á los caballos de la compañía la estupidez de su capitán: pero si entra en vereda, nos entenderemos. No me han respondido á mi primera representacion; hoy la repito. »

Preocupado y descontento además, pasé en Ronda como quince dias, al cabo de los cuales recibí por conducto del comandante general una real orden alzando mi destierro y concediéndome además licencia para pasar á la corte á besar la mano á S. M.; es decir, *miel sobre hojuelas*. Atribuí, como era natural, tan inesperado favor á la aventura de los ladrones y á la singular proteccion del gefe de aquel distrito, y dándole gracias con toda mi alma, monté á caballo sin tardanza para Ecija, donde tomé la posta para Madrid. Mi ánimo era solicitar que se me repusiera en mi empleo y regimiento, único medio para que la rehabilitacion fuese completa: pero de otra manera lo ordenó la suerte. Recibíome el ministro, no como persona convencida de mi inocencia, sino como gefe indulgente que olvida juveniles locuras, y en vano, con toda la entereza que el respeto consintió, procuré sincerarme: nada conseguí. Tuve la honra de presentarme al Rey, y S. M., sin dejarme hablar, me dijo: « Es preciso tener juicio: una calaverada puede pasar, la segunda no. » Ya VV. comprenden que con tales premisas, la prudencia me aconsejaba aguardar á mejor ocasion para entablar mis pretensiones.

Así pues, dejando por entonces á un lado los negocios, me entregué esclusivamente, sino á los placeres, que mi alma en nada los encontraba, por lo menos á las diversiones de lo que se llama gran mundo. Matilde estaba en Madrid, preciso era, pues, encontrarla en el torbellino de la sociedad, y esa esperanza me hubiera hecho arrojarme á un precipicio, si necesario fuese. A la verdad mi cálculo no salió fallido, pocos dias despues de mi llegada á la corte, acosado por el calor, bajéme al Prado á las diez de la noche, y mas bien me tendí que me senté en las consabidas estacionarias y toscas sillas. Mas de una hora hacia que, reclinada la cabeza, meditaba en medio del incesante tránsito de las gentes, del vocar destemplado de los aguadores que llaman de nieve al tibio caldo de sus botijos, del atiplado acento de las desenvueltas naranjeras, y de los gritos sin tino, en fin, de los muchachos de la candela, cuando oí entre aquella babilónica greguería resonar á dos pasos de mí la voz de Matilde, ó la de la viuda de Moron; que cualquiera de las dos podia ser. Sin pararme á averiguar cuál fuese, levanteme, y siguiendo la direccion que en el paseo estrecho, límite entre el salon y la calle de los coches, me pareció traer la voz, llegué á un grupo de cuatro señoras que

se despedian con los acostumbrados abrazos y besos, no siempre, según dicen las gentes, muy sinceros. Una de ellas era Matilde, la estoy viendo, de basquiña de alepin con guarniciones de avalorio, mantilla blanca y una rosa en la cabeza. Iba á llegarme á ella, pero unos malaventurados petimetres se interpusieron entre nosotros, y á pesar de que yo, mas diligente que cortés, tardé poco en salvar aquel obstáculo, cuando lo hice, ya Matilde y otra señora con ella subian en un coche que á la cuenta las esperaba. Quedéme hecho estatua de nieve cuando las mulas salieron al trote, dejándome con mi curiosidad, llevándome el alma en pos del carruaje; y de tan mal humor, como es fácil de presumir, abandoné el paseo, subiéndome por la carrera de San Gerónimo hácia la calle del Príncipe. En el teatro de ese nombre tenia palco mi familia, y casi maquinalmente di con mi persona en él. ¿Cual sería mi sorpresa, cuando frente por frente vi á Matilde, con su marido y Almazan; Matilde indudablemente, pero vestida de sala y no de calle, como un cuarto de hora antes la habia visto? ¿Será posible, exclamé, que por segunda vez me engañen así los ojos? Mi madre y las demás personas que conmigo se hallaban, soltaron el trapo á reir oyendo aquel, en su concepto, despropósito; y aun yo mismo, procurando entrar en la broma, espliqué, no me acuerdo cómo, mi intempestiva esclamacion. Mientras duró la comedia no se apartaron mis ojos de la hermosa mujer de Mendoza, quien reconociéndome desde luego y sin dificultad, aprovechó un instante en que sus dos acompañantes tenian la vista fija en la escena, para hacerme con la cabeza un saludo imperceptible para todos menos para mí, y acompañar aquel movimiento con una sonrisa y una mirada que me elevaron al quinto cielo. Era aquella la vez primera que mediaba entre Matilde y yo un secreto, era aquel saludo la primera señal de que mi amor no la ofendia; y sin exageracion, puedo decir que acaso ninguno de los instantes de mi vida fué tan delicioso como aquel. De buena gana siguiera á mi amada al salir del teatro, y es probable que lo hubiera hecho, á pesar del riesgo de llamar la atencion de Mendoza ó la de Almazan: pero mi madre me suplicó que la acompañase á cierta sociedad, de una manera que el ruego equivalia á mandato.

Pocos dias despues del doble encuentro de que acabo de hablar, fui convidado á un baile de máscaras que cierta señora daba en su casa, haciendo de la anual y constante prohibicion del señor Corregidor de Madrid, el poco caso que acostumbran aquellas personas cuya gerarquía y relaciones las ponen al abrigo de un golpe de autoridad; y confieso que, incomodado como yo lo estaba por no haber podido ver de nuevo á Matilde, vacilé algunas horas sobre lo que haria. Mas cuando ya me hallaba casi resuelto á pasar en la cama las horas del baile, recibí por el correo este billete (sacando uno del bolsillo), que conservo cuidadosamente como cuanto tiene relacion con aquella época de mi vida. Oigan VV. su contenido: « Haga usted por ir al baile que dá el domingo la marquesa de ***; y vaya disfrazado con dominó negro y ceñidor verde. Una dama que llevará traje de manola, y una sortija con una sola esmeralda en el dedo índice de la mano derecha, desea hablar á V. y lo hará, si no se quita la careta en toda la noche. »

Sin ser profeta podia muy bien cualquiera asegurar que quien aquel billete escribió era la mujer de Mendoza; y en efecto, persuadido de la exactitud de esa conjetura, que desde luego formé, creo que fui la primera máscara que se presentó en casa de la marquesa, con dominó negro y un liston verde en la cintura, de la cinta mas ancha que hallé en la tienda de Cabañas. Despues de haberme descubierto á una persona á quien la dueña de la casa confiò la penosa y delicada comision de reconocer uno por uno á todos los máscaras, calándome la sofocante careta, entré en los salones, casi desiertos aun, pero bien iluminados, y convidando ya con lo espléndido del adorno y la claridad de las bugias á entregarse á los placeres del baile. Eran las diez y media muy dadas cuando empezaron á llegar los convidados, ya sueltos, ya en comparsas que entonces eran esas muy de moda; y á la verdad siento que vaya perdiéndose la costumbre de formarlas, pues con la uniformidad de sus trajes, y lo compasado de sus ensayadas contradanzas, por una parte metodizaban en cierto modo el baile, dándole un aspecto dramático, y por otra tambien servian para que se viesen algunos destellos de ingenio en una diversion donde llegaremos, siguiendo la marcha que llevamos, á no bailar ni hacer cosa buena.

D. Diego. ¡Vean VV. el capuchino!

Alfonso. No lo soy: pero teniendo, como los demás hombres, mis debilidades, quisiera que por lo menos se cubriesen con el velo de cierta elegancia, y repito que las máscaras, cuando ni la imaginacion se ejercite en inventar los trajes y mudanzas de las comparsas, ni los ojos puedan recrearse en contemplar su espectáculo, se reducirán á una reunion por lo menos peligrosa para la juventud, y singularmente para el bello sexo.

D. Antonio. La careta, en efecto, dá libertad para decir y para

oir estupendas cosas: pero por una parte, el hábito de tales diversiones disminuye hasta cierto punto sus inconvenientes; y por otra, cuando las costumbres de un pueblo las consienten y favorecen, en vano es que el legislador les oponga la barrera de las prohibiciones. A ese y á otros males de la sociedad imposibles de combatir de frente, los paliativos son el único remedio.

El Redactor. Y el único arbitrio para que Alfonso prosiga su historia....

Don Antonio. Será el de que calleemos.

Alfonso. Como mi principal, ó por mejor decir, mi único objeto era el de ver á Matilde, así que la concurrencia fué bastante para que no pudiera fijarse la atención en mi persona, fui á situarme en la antesala y de manera que cuantas máscaras habian de pasar, como en revista, por delante de mí, y cuando acertaba á hacerlo una manola, dejó á la consideración de VV. si le examinaria atentamente las manos. Pero durante mas de media hora lo hice inutilmente, viendo si muy bonitos cuerpos, piernas torneadas, gargantas de marfil, y aun manos que desde mil leguas juraban en falso con el guardapiés y la mantilla de tira; pero en ninguna de ellas la cristalina piedra, simbolo y objeto de mis esperanzas. Comenzaba ya á impacientarme, cuando entró una comparsa de romanos, y romanas por supuesto, cuyo gefe coronado de ojas de talco y carton, figurando la diadema de los emperadores, se descubrió al encargado del reconocimiento, respondiendo de todos los que le seguian, por manera que esos no hubieron de someterse al registro. En cuanto á los improvisados Gracos ó Escipiones, como VV. quieran, apenas concedido el pase, no hubo dificultad en la entrada: pero las matronas ó vestales, que de todo tenía el traje, y de todo habria en la comparsa, no quisieron hacerla sin retocar antes los pliegues del velo, componer la túnica, alisar el cabello, y tal vez ajustar el ceñidor. Y digo, mal que les pese á los fanáticos encomiadores de las virtudes romanas, que otro tanto, ni mas ni menos que nuestras madrileñas, hubieran hecho las Porcias y las Sabinas y las Camilas, si en el mismo caso se hubieran hallado. Pero sea de esto lo que fuere, ello es que á la parte donde yo estaba, como mas oscura y retirada de la antesala, se vinieron dos romanas gentilísimas, y no por eso digo que no fue-

ran cristianas, una de las cuales se bajó tanto para ajustarse las cintas que, á una pierna digna de la Venus de Médicis, sujetaban una sandalia brevísima, que la máscara sin duda mal sujeta, se le desprendió enteramente de un lado.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS TRES CUALIDADES INDISPENSABLES DE UNA BUENA MUGER.

Un escritor inglés ha espresado de una manera muy original algunas verdades incontestables.

«Hay tres cosas, dice, á las cuales debe parecerse una buena muger, y á las que tambien no debe parecerse.

»En primer lugar debe parecerse al *caracol*, que guarda constantemente su casa; pero no debe hacer como este animal, que lleva sobre su cuerpo todo lo que tiene.

»En segundo lugar, debe parecerse á un *eco*, que no habla mas que cuando le hablan á él; pero no debe como el *eco* tratar de hablar siempre la última.

»Y finalmente, debe ser como el *reloj de la ciudad*, de una exactitud y regularidad perfectas; pero no debe como el *reloj* hacerse oír en toda la ciudad.»

El arte de agradar en la conversacion.

¿Quieres saber en pocas palabras el arte de agradar en sociedad en la conversacion? No hables nunca de tí mismo, y escucha sin interrumpirlos á los que hablen de sí. Despues suelta tu lengua; habla de cosas formales con los hombres sensatos, y de bagatelas con las mugeres alegres. Acuérdate, en una palabra, de que estás en sociedad, no para complacerte á tí mismo, sino para agradar á los demás. Si esto te cuesta trabajo, recoge velas y vete á un desierto.

SOLUCION DEL GEROGIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 13.

Arco siempre armado, ó flojo ó quebrado.



La caridad.



LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

Cante la que mostrar la erguida frente
 Pueda serenamente
 Sin mancilla á la luz clara del cielo;
 Cante la que á este mundo
 De maldades fecundo
 Venga con su bondad á dar consuelo.

C. CORONADO.

Hay en la vida de los pueblos épocas propicias para la poesía, que germina entonces donde quiera y ejerce su influencia con solo abrirla el alma, como abre una flor sus pétalos al rocío. A medida que las naciones adelantan en edad, la poesía se recoge en la imaginación de algunos genios, que como cisnes extraños y de paso atraviesan cantando sobre una multitud que en su mayor parte no los comprende. Estos siglos prosáicos no son, como pudiera creerse, los mas funestos al arte; ellos, al contrario, engrandecen al poeta poniéndole á prueba y obligándole á proteger las cuerdas de su lira contra el choque de los intereses materiales. Cuanto mas prosa haya colectivamente en los espíritus, mas poesía puede haber en algunas cabezas. Porque la prosa domine hasta el punto de invadir el lugar de la poesía; porque los versos no esten en boga; porque la armonía haya hecho alianza con los discursos, ¿se ha de deducir que no puede haber poetas? Este es un error grave.

La poesía es un ministerio, un sacerdocio, un destino social y casi divino que no puede dejar de ejercerse con mas ó menos fortuna y fervor, con mas ó menos fé y entusiasmo. Cantar las maravillas de la creación, espresar las afecciones nobles y generosas, los sentimientos virtuosos, los hechos heroicos; solemnizar las altas revelaciones del culto, no olvidar que la lira es un cetro pesado que es preciso llevar por deber, y el tripode un altar al que es necesario subir por sacrificio, hacer resonar en las edades esa voz solemne de Dios, de la

cual son depositarios los labios del poeta, ser el eco de todas las doctrinas de vida y revelación del porvenir, tal es la alta misión del arte.

En nuestra época, materialista y prosaica por excelencia, además de luchar con todas las contrariedades que son consiguientes á la dominación del sentimiento de realidad y positivismo en la sociedad, es condición precisa constituirse en poeta y prosista infatigable, cultivar todos los géneros de literatura, producir volúmenes sobre volúmenes, no dejar, por decirlo así, respirar al público, para distinguirse de tantos como á sí propios se llaman poetas en la época mas anti-poética posible; porque la celebridad es actualmente las mas veces la recompensa del autor mas fecundo, no del mas excelente. Así es que no podrá citarse un siglo que haya producido tantas obras literarias como ha visto aparecer el nuestro, y apenas alguno que otro genio del pasado podría vanagloriarse de haber escrito tanto como el último de los rimadores modernos.

Pero en medio de la indiferencia de la sociedad por la poesía, del desbordamiento de la prensa, de que la prosa ahoga los sonidos poéticos, aun hay almas privilegiadas en las cuales hallan eco los acentos del poeta, atravesando por la vocinglería de los versificados del día; aun hay personas, aunque no ciertamente en gran número, que acogen con interés los destellos del genio, aunque aparezcan sin la garantía de un nombre y con la inesperienza de la juventud; todavia el verdadero talento puede dar á luz un libro de poesías con otra esperanza que la de verle sumergirse en el insondable mar de publicaciones sin importancia.

Y es que hay un género de poesía que vive inmutable en medio de las vicisitudes políticas, porque existe entre el alma y Dios, porque no es el sonneto de la rima ni la disposición métrica de las palabras, ni la descripción pueril de un objeto, sino armonías del

corazon con la naturaleza, inspiraciones poéticas y filosóficas, revelaciones íntimas, fantasías profundas, desahogos del corazon, melodías perpétuas del pensamiento con el alma, acordes, en fin, del cielo con la tierra.

A este género pertenecen los cantos que el público conoce, de una de las poquitas poetisas que por su genio y su inspiracion han llegado á hacerse un lugar tan distinguido como justo en la literatura española contemporánea. La popularidad de que goza en la península y en América el nombre de la señorita Coronado, y muy particularmente la lisongera acogida que acaba de hacerse al paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús que recientemente hemos publicado en el SEMANARIO, nos ha movido á trazar una ligera noticia biográfica de la autora de *Los genios gemelos*, que no podrá menos de ser leída con interés por cuantos hayan tenido ocasion de admirar las excelentes producciones de la señorita Coronado.

Nueve leguas al Oeste de la capital de Estremadura, que tiene su asiento en las márgenes del Guadiana, en una de las villas mas agradables del pais por su alegre y despejado cielo, y á cien pasos de distancia de la casa de Almendralejo en que vió la luz primera el malogrado Espronceda, nació en 1825 la señorita doña Carolina Coronado de doña Maria Antonia Romero y don Nicolás Coronado. Allí se deslizaron dulcemente los primeros años de la graciosa niña, destinada á ser mas tarde orgullo de su patria por las virtudes que la distinguen, no menos que por su feliz talento.

Las vicisitudes políticas vinieron á turbar el reposo que gozaba la familia Coronado; y cuando nuestra poetisa contaba cuatro años, hubo de trasladarse aquella á Badajoz, porque su abuelo, después de haber ejercido cargos distinguidos, murió como otros muchos servidores del estado, víctima del encono de Fernando VII, y su padre fué perseguido y encerrado en un calabozo por sus antecedentes liberales. Lo que sufría cada día para abrazarle con su madre, los insultos de los realistas y las tribulaciones de entonces, hicieron tan honda impresion en su memoria, aunque era niña por la edad, pero no por la precocidad de su entendimiento, que constituyeron el principio de su aversion á Fernando, y prendieron en su alma ardiente la primera chispa del patriotismo que se advierte en algunos rasgos de su vida y en muchos conceptos generosos y entusiastas de sus poesías. Aquellas desgracias de su familia, el haber morado mas en el campo que en las poblaciones, y la vida retirada que ha hecho siempre, han debido contribuir de consuno á formar el carácter melancólico, pero dulce, sencillo y afable de la señorita Coronado. A los nueve años ya se ocupaba en aprender dócilmente las labores propias de su sexo al lado de su madre; recibía una educacion la mas brillante que el pais permitia, y se distinguía de todas sus compañeras de la misma edad por su perfeccion en el bordado, que constituia su pasion favorita, mientras que por las noches satisfacía á hurtadillas su vehemente aficion por la lectura, y no ya por esas lecturas recreativas que todos emprendemos por entretenimiento en nuestra edad infantil, sino por obras tales como la *Historia crítica de España* por Masdeu, y las clásicas de nuestros poetas, hácia las cuales sentía una inclinacion irresistible. El estudio de estos modelos despertaba en su imaginacion el deseo de traducir al lenguaje poético lo que sentía en su alma, y la familiarizó con la versificacion, para la cual reunia las mas brillantes cualidades; de este modo, sola, aislada en un pueblo sin recursos artísticos ni literarios, completó en poco tiempo su educacion, dedicándose principalmente á la lectura de la *historia*, la *geografía* y la *literatura*.

Lo primero que escribió cuando aun no tenía diez años, fue una lamentacion con motivo de la muerte de una alondra, que enterró al pie de una encina: el papel en que trazó con lápiz aquellas frases sirvió de mortaja al pájaro. Catorce años contaba cuando trazó los primeros versos en una carta que dirigía á una amiga suya, y que terminaba de este modo:

Yo me siento violenta y comprimida
como el niño que hablar quiere y no sabe;
una cosa en mi alma está escondida....
vivo abrumada por su peso grave...
Un concierto suave
escucho en mis sentidos,
cual si dentro de mi hubiera sonidos.

Estos versos pintan con vivos colores el tesoro de poesia é inspiracion que animaba á la señorita Coronado desde tierna edad; no se resolvió sin embargo á dar pública espansion á sus pensamientos hasta un año después, en que apareció su nombre al pie de la bellísima composicion titulada *La Palma*, que la valió un elogio del Sr. Donoso Cortés, ca póstumo de Madrid que se titulaba *El Piloto*, y la si-

guiente poesia de su paisano Espronceda, el cual decia que dicha composicion á *La Palma* era la *música de la inocencia*:

Á CAROLINA CORONADO, DESPUES DE LEIDA SU COMPOSICION

A la Palma.

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.

Juro á tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos, dos.

Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos á los bosques á cantar;
Dénos la sombra tu inocente palma,
Y reposo tu virgen soledad.

Mas ay! perdón! Virginal capullo,
Cierra tu cáliz á mi loco amor:
Que nacimos de un aura al mismo arrullo,
Para ser, yo el insecto; tú, la flor.

Ardía por el año de 1858 con todos sus horrores la guerra civil, y la señorita Coronado emprendió con entusiasmo el bordado de una bandera que debía servir á un batallón nuevamente creado para defender la causa de la libertad. La diputacion provincial de Badajoz la pasó con este motivo un oficio, que entre otras frases que hacian justicia á las virtudes pátrias de la señorita Coronado, y al esmero, delicadeza y gusto de su penoso trabajo, contenía las siguientes líneas: «No le es dado á la diputacion recompensarle, porque sabe que el mayor premio para V. será el que los valientes á quienes sirve de guía recuerden al regresar á sus hogares cubiertos de laureles, la mano delicada que bordó el emblema por cuya defensa derramaron su sangre.» A este oficio acompañaba una sortija de brillantes, que llevaba en el reverso el nombre de la corporacion.

Desarrollábase mientras tanto mas y mas en nuestra poetisa la pasion por la lectura, hasta un extremo que parecia en abierto desacuerdo con las costumbres del pais, donde no podia menos de llamar la atencion, la escepcion inaudita de una jóven que se esforzaba en romper el estrecho círculo á que se halla limitada en España la educacion del bello sexo, por mas que dentro de él se ahoguen en germen talentos privilegiados. Creia necesario su madre poner coto á aquella aficion desmedida, y trataba de que se consagrara esclusivamente á ayudarla en los quehaceres domésticos, consiguiendo á una familia de ocho hermanos; pero ella se desquitaba de tal prohibicion leyendo con avidez cualquier libro de nuestros poetas que hubiese á las manos, y aprendiéndole bien pronto de memoria para poder devolverle, segura de no verse ya privada de disfrutar las bellezas del poeta. De este modo, sin estudios sólidos, sin modelos, sin método y hasta sin papel y sin tiempo, iba la poetisa dando vuelo á los arranques de su fantasia en composiciones hechas en las primeras horas de la mañana antes que las tareas cotidianas vinieran á sacarla de sus meditaciones, ó en las postreras de la noche, cuando aquellas la dejaban en libertad de recojerse dentro de sí misma; ora en un instante de silencio en que mientras las manos se ocupaban de las labores de su sexo, el pensamiento se remontaba á las regiones ideales de la poesia, ora en un momento de inspiracion, producido por las bellezas de la naturaleza, admiradas en un paseo solitario.

Es ciertamente bien difícil de comprender cómo de esta manera misteriosa y clandestina, por decirlo así, pudo formarse una coleccion de poesias como las que, precedidas de una introduccion por el señor Hartzenbusch, aparecieron en Madrid en 1843; pero este hecho se explica sabiendo que la señorita Coronado tiene la mayor facilidad para crear versos de memoria. La dificultad que ofrece este trabajo se comprenderá mejor después de leer las siguientes observaciones, que ocupándose de esta misma materia, hace con muchísimo acierto aquel apreciable literato. «Solo quien haya probado, dice, á componer de memoria, es capaz de comprender la fuerza de atencion que requiere este penoso trabajo del entendimiento. El poeta que compone escribiendo, descansa en el papel del cuidado de conservar lo que crea, y no piensa mas que en seguir creando: el que compone de memoria tiene que desempeñar por sí la doble tarea de crear y retener; y como la mente humana no puede ocuparse á un tiempo en dos ejercicios, turbada la razon un tanto con ellos, la entonacion del poema no suele salir igual, ni las ideas muy intimamente enlazadas, ni la expresion del concepto con la claridad suficiente para el lector,

para el cual cada pensamiento de una obra escrita se presenta solo bajo la forma en que quedó, sin que la acompañen las otras ideas auxiliares, ó simultáneamente concebidas, que contribuyeron á engendrarlo. En aquella exaltación de ánimo, el poeta, con la mas leve expresión se comprende y satisface á sí mismo: el lector, que de ninguna manera se puede hallar en un caso semejante, necesita mas para comprender: el uno es el ciego, que por su finísimo tacto conoce un náipe sin verlo; y el otro es el hombre que ve, pero que necesita la luz para distinguir la figura estampada en la carta. Esta exactísima pintura de las dificultades que ofrece la versificación de memoria, no existe para la señorita Coronado: hálalas si extraordinarias para escribir en prosa, por la tenacidad con que se le agrupan los consonantes, y lo que la desconcierta es el trabajo que tiene que emplear para descartarse de ellos.

La señorita Coronado, cuyo nombre habia figurado ya en 1845 en todos los periódicos literarios de alguna valía de Madrid y de las provincias, al pie de excelentes composiciones que eran reproducidas con elogio en los de la Isla de Cuba y Estados Unidos, fué sucesivamente admitida en el Instituto Español, cuando esta corporación tenia algo de literaria, y en casi todos los Liceos de España, incluso los de Madrid y la Habana.

Pero como dice Mr. Gustavo Déville en el artículo relativo á las poetas publicado en la *Revista de Madrid*, «cuando su animoso empeño iba á recibir la debida recompensa, en el momento en que debía empezar la vida real para ella, y en que los obstáculos con que habia tenido que luchar su noble vocación, quedaban vencidos por los esfuerzos de su voluntad perseverante, se repitió por la prensa la noticia de su muerte.» Esto era al comenzar el año de 1844, y los periódicos vistieron luto por una pérdida tan sensible para las letras: tales demostraciones de simpatía, y los versos que se imprimieron á su memoria, fueron á sorprenderla á su casa de campo, donde vivia una gran parte del año; mas afortunadamente, como añade el citado Deville, la voz de la joven poetisa se hizo oír desde el fondo de la tumba para probar á su país que lo que bajaba á ella eran los despojos de su laborioso aprendizaje, pero que sobrevivía su alma, rica de fuerza, de gracia y de inmortalidad. El sentimiento manifestado por su supuesta pérdida la hizo concebir la idea de escribir un libro titulado: *Dos muertes en media vida*, que debe ser su obra póstuma.

Las continuas vigiliat literarias, los estudios incesantes, una laboriosidad, en fin, extraordinaria, debían arruinar su salud; y en 1847 se vió atacada de un mal grave: teniendo entonces que trasladarse á Andalucía, visitó á Cádiz, en cuya ciudad permaneció algun tiempo, despidiéndose con una bellísima inspiración *Al mar*, que reprodujeron todos los periódicos de la Península y de América.

A una enfermedad nerviosa que la dejó baldada y la obligó á buscar su curación en unas aguas próximas á Madrid, debió tambien la corte el tener en su seno á la distinguida poetisa que nos ocupa: el Liceo artístico y literario la dedicó una sesión, donde fue premiada con una corona de laurel y oro en cuyas cintas se leían su nombre y el del Liceo, y en el mismo leyó su lindísima composición: *Se va mi sombra; pero yo me quedo*. En la sesión régia que este celebró despues para obsequiar á SS. MM. se representó *El cuadro de la esperanza*, una de sus obras dramáticas, en cuyo género ha escrito ademas un drama histórico titulado *Alfonso IV de Leon*, y otro, inédito aun, cuyo título es *Petrarca*.

Su vida es tan sencilla como sus versos; pásala rodeada de flores y pájaros, y distribuye habitualmente las horas del modo siguiente: se levanta á las siete, escribe hasta las once, se ocupa de las labores de su sexo hasta las dos, vuelve á escribir hasta las cinco, da lección de geografía á sus hermanos, y se dedica nuevamente á escribir hasta las diez de la noche, en que la fatiga mas bien que el sueño la obliga á recogerse para continuar componiendo versos de memoria. Sufre con frecuencia fiebres mas ó menos fuertes; pero aun en medio de sus padecimientos trabaja mentalmente, porque el mal, que se la fija en el pecho, la deja siempre libre y despejada la cabeza.

¿Hay quien desee visitar el gabinete de la poetisa, quien quiera echar una mirada por los objetos mas notables que la rodean? Hé aqui pues la lista de ellos para satisfaccion de su curiosidad: un cuadro del *divino Morales* que representa en actitud de escribir á Santa Teresa de Jesus, con cuyo hermoso rostro tiene marcada semejanza el de nuestra escritora, por una coincidencia notable; dos coronas por bajo; dos tórtolas en un ángulo que la arrullan mientras escribe; algunas flores sobre su mesa que se renuevan todos los dias, y exhalan continuamente su perfume.

¿Necesitamos engolfarnos ahora en el exámen de unas poetas tan conocidas y tan justamente apreciadas por su originalidad, por su espontaneidad y por su belleza, como las de la señorita Coronado? No ciertamente; porque sus escritos están juzgados, y nosotros no podríamos añadir nada al fallo del público y de los hombres entendidos. Hemos dicho al principio de estos renglones que pertenecen á un gé-

nero que no perece nunca, porque tienen su origen en los sentimientos generosos del corazón, en la admiración de las riquezas de la naturaleza, porque son impresiones del poeta causadas por *la soledad*, por un acceso de *melancolía*, por la contemplación de las *nubes*, por la *palma*, que *alza gallarda su cabeza al viento*, por el dolor de una *despedida*, por las brisas del *otoño*, por el brillo de una *estrella* que luce en el firmamento, por una *gota de rocío* que riega la flor en la aurora, por un *pájaro perdido*, por la vuelta de las *golondrinas*, esas encantadoras mensajeras de la primavera, por recuerdos del techo paterno, de los lugares en que hemos dejado alguna cosa de nuestra infancia, por memorias de los primeros latidos del corazón, por el aspecto de las flores, por el canto del ruiseñor, por la mariposa de cuerpo dorado y alas de gasa, que muere en la corola de la rosa recién abierta. Si alguna vez alza el tono de sus acentos y canta *La fe cristiana*, ó selamento de la suerte de *Mérida*, *la que opulenta fue grande y señora*, ó se indigna hablando del desenfreno de *El marido verdugo*, ó hace resonar su lira con el brio y energía de Espronceda, al elevar su voz á la Reina en una oda de la cual no conoce el público mas que algunas estrofas, pronto recobran sus versos el carácter de dulce melancolía, de candor y de ternura que les presta su principal encanto, su gracia, su donaire; pronto vuelven á adquirir la blandura, la sencillez de conceptos, la brevedad en el desarrollo, y á distinguirse por la delicadeza en la elección de asuntos, que prueban la pureza de espíritu de la poetisa, cuyos ecos conmueven, interesan y deleitan de tal modo, que apenas puede el crítico renegar en tal cual incorrección ó desaliño, imposible de evitar en composiciones hechas de memoria.

Despues de publicado el tomo de poesías de que dejamos hecha mencion, ha dado á luz de diez á doce mil versos en varios periódicos de Madrid, de las provincias, del extranjero y de América. Los escritores han pagado el debido tributo al mérito superior de la señorita Coronado, que posee ochocientas veinte y nueve composiciones escritas en su obsequio, entre las que se cuentan algunas italianas y francesas; á una de las españolas, debida al señor Rubi, acompañaba la corona que este recibió al estrenarse *La rueda de la fortuna*.

En el pasado año ha comenzado á cultivar la novela con tan feliz éxito como era de esperar de su talento privilegiado. Tres hemos visto impresas en la isla de san Fernando, y precedidas de un prólogo de don Adolfo de Castro, cuyos títulos son: *Paquita*, *La luz del Tajo*, *Adoración*; á estos ensayos ha seguido otra titulada *Jarilla*, y en la actualidad concluye un trabajo del mismo género, pero de mas pretensiones, cuyas dos primeras partes tenemos en nuestro poder; titúlase *La Esclaustrada* y es una concepción sumamente original, en la que se hallan dibujados caracteres interesantísimos, tipos caprichosos algunos, pero pintados todos de mano maestra, escenas llenas de candor y de inocencia que cautivan al alma y entusiasman al lector. El estilo es satírico, festivo, aunque á veces la autora (que tal vez ha tenido el mayor trabajo en ocultar una historia con el velo de la fábula) deja conocer el sentimiento con que escribe: el cuadro tiene pocas sombras negras, pero si medias tintas que le dan una entonación admirable. Si algun lector lloran se va enterneciendo, le distrae de pronto con alguna jocosidad, y para el que se entrega á la alegría tiene alfileres en cada palabra, que le clava sin piedad. En suma, *La Esclaustrada*, nos atrevemos á asegurarlo, es uno de esos libros destinados á producir una sensación profunda, y á hacer época en la vida literaria de la autora. Esta acaba de remitirnos ademas los primeros capítulos de una linda novelita titulada: *la Sitgea*, escrita para nuestro periódico.

En él nos ha dispensado la honra de publicar el magnífico paralelo entre *Safo* y *santa Teresa de Jesus*, que con tanto placer han leído nuestros suscritores. Complacémonos en anunciar que este precioso escrito no es hijo de un pensamiento aislado, de un mero capricho del momento, sino que tiene por el contrario su origen en las observaciones filosóficas y fisiológicas que la señorita Coronado ha hecho en sus estudios sobre la historia de la literatura; y que es, en fin, parte de un libro, destinado á resolver mas de un problema literario, que con el título de *Los genios gemelos*, se irá formando con los artículos que vayan apareciendo en el SEMANARIO, los cuales vendrán á ser los capítulos de la obra. La observacion ha sugerido á la poetisa la idea de que los genios nacen de dos en dos. No basta que se interpongan entre ellos los siglos, ni que los separe la educación, ni la diversidad de pueblos, climas, costumbres y religiones: *Safo* y *Santa Teresa de Jesus*, *Schiller* y *Hartzenbusch*, *madama Staël* y *Donoso Cortés*, *Byron* y *Quevedo* (estos dos últimos hasta en aquella pueril tirada, que segun decia el primero: «nunea le perdonaban las mugeres» y que le hizo esclamar al segundo: «como tu alma tengo la otra pata») ofrecen para la autora innumerables puntos de semejanza que ella pone de relieve con la irresistible lógica, con el ingenioso artificio, con la profunda filosofía, con la gracia, con el talento de que nuestros lectores tienen ya una brillante prueba.

Recopiladas desaliñadamente las principales fases de una de las existencias literarias mas laboriosas y mas brillantes de nuestra época, réstanos añadir un rasgo mas al ligero boceto que hemos ensayado para hacer el retrato de la señorita Coronado: á la alta reputacion que sin pretenderlo, y hasta sin desearlo, ha adquirido como poetisa y como escritora, ha sabido añadir otra fama mas modesta, pero no por eso menos digna de referirse: la de caritativa, la de bienhecho- ra. Su nombre no es desconocido para ningun infeliz, para nadie que padece cerca de ella; su celo por la educacion es tan grande, que se la vé con frecuencia en las escuelas de primera enseñanza animando y premiando á los alumnos; su cooperacion ha contribuido en gran parte al estado brillante en que se encuentra la escuela de párvulos de Badajoz, sostenida por una sociedad para mejorar la educacion del pueblo, á la cual ha prestado servicios de la mayor importancia. En resumen, y para decirlo de una vez, sus versos, como ha hecho observar el señor Hartzenbusch, son ella misma, porque pintan su corazon, su gusto, su edad, su estado, su posicion social, y hasta la noble compostura de su semblante: sus ideas, sus rasgos de patriotismo, los escelentes artículos que ha escrito demostrando la necesidad de una union entre los dos reinos que forman nuestra penín- sula (cuya felicidad es tal vez un sueño mientras aquel hecho no se verifique), retratan á la hija del pueblo que ambiciona á toda costa la prosperidad de su pais; los arranques caritativos y generosos de su corazon ponen en evidencia la pureza de su alma, la escelencia de sus sentimientos. Dos títulos ha llegado á adquirir que la caracterizan perfectamente: los escritores la damos el nombre de *hermana*; los desgraciados la llaman su *ángel*!



LA COLADA,

ESPAÑA CÉLEBRE DEL CID CAMPEADOR.

En el número 19 de este periódico, correspondiente al 13 de mayo del año anterior de 1849, se incluyó un artículo destinado únicamente á hablar de la famosa *tizona*, espada que compartió con la *colada* el honor de que la empuñase el siempre celebrado Rodrigo Diaz de Vi- var, llamado por sobrenombre el *Cid Campeador*. Como no es posible hablar de la *tizona* sin mencionar á la *colada*, el erudito autor del citado artículo, y amigo nuestro, pone en duda la existencia de esa tan célebre antigualla en la Armería Real, apoyado, y con razon bas- tante, en las observaciones hechas por Mr. Jubinal sobre una espada descrita en la lámina 50 del tomo I de su coleccion intitulada la *Armería Real de Madrid*.

Justa en verdad fué la duda, recayendo las observaciones del es- critor francés sobre el objeto que describe; pero precisamente está muy lejos de ser la *colada* la espada que allí se cita. Razones poder- rosas tuvo para decir lo que dijo de la supuesta arma, y hubiéramos querido que hubiese empleado la misma critica respecto á otras pie- zas que no forman menor anacronismo que el de la susodicha lámí- na 50 de su obra.

La verdadera *colada* existe en la Armería Real, y es la que está dibujada en la lámina 10 de la obra de Jubinal como perteneciente á Felipe II, y la que encabeza la viñeta de este artículo.

Encargados hace algun tiempo de la redaccion de un catálogo descriptivo, artistico ó histórico de todos los objetos existentes en la Armería de S. M., hemos tenido que examinar con una detencion tan penosa como prolija cuantos documentos y antiguos inventarios hemos podido encontrar en los archivos, que tratan de la procedencia de dichos objetos. Con su revision, y juntamente con la confirmacion de *Berganza* en sus *Antigüedades de España*, tomo I, pagina 573, hemos conseguido determinar de una manera indudable á la *colada*.

Segun los escritos antes citados, la hoja tiene en un lado las pa- labras *si, si*, y en otro *no no*, como aparece en el dibujo anterior. En esa espada, efectivamente estan las palabras *no no*; pero se han equivocado en creer que dice *si si* en el otro lado. Examinense las palabras referidas, y se conocerá que si no cabe duda en cuanto á las últimas, la *hay*, y mucha sobre las primeras, pues estas, en vez de decir *si si* indican claramente componerse de una *R* y tres *III* con adornos interpuestos. Acaso haya quien presente alguna interpreta- cion mas acertada que la nuestra.

Consta tambien que la guarnicion de la *colada* era de cruz; la que hoy tiene no es así; pero esto no es un motivo para dudar de su au- tenticidad; pues ha sido costumbre de gente ignorante y profana, quitar empuñaduras antiguas para sustituirlas con modernas, de lo cual se dan muchos ejemplos.

Téngase, pues, entendido, que existe en la Armería la célebre *COLADA*, y que el curioso que quiera verla la encontrará señalada con el número 1727, entre los hermosos objetos de aquel brillante museo.

La *colada* la ganó el *Cid* al conde don Berenguer Ramon II, el *fratricida*, en 1089 en las batallas de Almenara ó del Pinar, segun la crónica del P. Belorado.

Bofarull, autor de *Los condes de Barcelona vindicados*, dice en la página 145 del tomo II de su obra, lo siguiente: «Deben, pues, te- nerse por ciertas las victorias que el *Cid* Campeador alcanzó de su competidor y antagonista don Berenguer el *fratricida*, su prision y la pérdida de la famosa espada *colada*.»

El autor del poema del *Cid* publicado por don Tomás Sanchez, ensalzó el mérito de la *colada* diciendo:

«Al conde don Remont á prision le han tomado,
Hy ganó á *colada*, que mas vale de mill marcos de plata;
E venció esta batalla, poró ondró su barba
Prisolo al conde, pora su tierra lo levala:
A sus creenderos mandarlos guardaba, etc., etc.

MARTINEZ DEL ROMERO.

ORIGEN DE VARIAS FLORES, LEGUMBRES, FRUTAS Y PLANTAS.

Flores.

El clavel proviene de Italia.—El lirio de Siria.—La margarita de China.—El tulipan de Asia.—El laurel de la Isla de Creta.—La rosa



comun de Europa.—La rosa de cien hojas del Cáucaso.—La ber- dolaga del Asia.—La escorzonera de Africa.—La tuberosa de Ceylan.—El narciso de Italia.—La yerba doncella de Madagascar.—El gerá- neo del Cabo de Buena-Esperanza.—La granada de Africa.—La hor- tensia de la China.—El heliotropo del Perú.—La siempre-viva de

Oriente.—El lirio-cárdeno de Francia.—El jacinto de Turquía.—El lila de India.—El mirto de Asia.—El olivo de Grecia.—El naranjo de China.—La sensitiva de América.—El girasol del Perú.—El aneto de Italia.—La anémone de la India.—La ogicanta ó espiño blanco de Francia.—El almendro de Asia.—La balsamina de la India.—El lirio purpúreo de China.—La madre-selva de Italia.—El ababol ó amapola de Turquía.—La kalmia de América.—El ciprés de la Isla de Creta.—La centaura de Oriente.—La digital de Francia.—El hipericon de Tartaria.—La jeringuilla de Francia.—El jazmín de la India.—La acacia de Berberia.—El gamon de Italia.

Legumbres.

La patata proviene del Brasil.—La judía ó abichuela de la India.—La alcachofa de Andalucía.—El espárrago del Asia.—Las lentejas de Francia.—Las espinacas del Asia menor.—La cotufa ó patata de caña de América.—La linca del norte de Europa.—La lombarda de Egipto.—La coliflor de la Isla de Chipre.—El pepino de España.—La calabaza de Rusia.—El nabo de Francia.—El melón de Africa.—El perifollo de Italia.—El berro de la Isla Candia.—La carota ó zanahoria de Francia.—La lechuga de la Isla de Cos.—El perejil de Cerdeña.—La chalota ó escaluña de Siria.—El ajo de Oriente.—El hinojo de las Islas Canarias.—El cardo de Italia.—El apio de Francia.—El tomate de América.—La cebolla de Egipto.—El rábano picante de China.

Frutas.

El albaricoque proviene de la Armenia.—El melocoton de Persia.—La uva del Asia.—La pera de Francia.—La ciruela de Siria.—El membrillo del Asia.—La castaña de la Lidia.—La cereza del Asia Menor.—La almendra de la Mauritania.—La manzana de Francia.—La manzana reneta de Siria.—El anana de América.—La fresa de



anana de la Luisiana.—La frambuesa de Francia.—La mora del Asia.—El limon de Egipto.—La naranja de India.—La granada del Asia.—La aceituna de Grecia.—La avellana del Asia.—El higo de la Mesopotamia.—La capuchina ó mastuerzo de Indias.—La nuez del Asia.—La nabina del Asia menor.

Plantas.

El cacao proviene de Méjico.—El anís de Egipto.—El café de la Arabia y de las Antillas.—El clavo de la India.—La caña de azúcar de la India y de las Antillas.—El té de China y del Japon.—El tabaco del Brasil.—La borraja de la Siria.—El cáñamo del Asia.—El pimiento de América.—El lino del Asia.—El arroz del Oriente.—El trigo y el alforfón del Asia.—El sahuco de la Persia.—El centeno de Rusia.

CUENTOS DE VIEJA.

El caballito discreto.

Había un rey que tenía una hija; pero tan discreta y hermosa que, sin haber nacido princesa, hubieran pedido su mano los príncipes mas arrogantes. Como era discreta y hermosa, tenía caprichos muy extraños; y se le antojó no casarse, á no ser con un príncipe que tuviera los ojos verdes. El rey, su padre, se desesperaba viendo tan

singular antojo, pero esperaba resignado á que algun príncipe de ojos verdes se presentara en la palestra. Transcurrieron meses y meses sin que apareciera el deseado; y una tarde, no dice el cuento si era de verano ó de otoño, salió el rey, con su hermosa hija; á dar un paseo á caballo. Cruzaban una estensa plaza, cuando vieron venir hacia ellos un arrogantisimo ginete, que cabalgaba airoosamente sobre el caballo mas fogoso y de mejor estampa que habia pisado aquella tierra. El caballero y el caballo llamaron al punto la atención del rey y de su hermosa hija; pero quedaron asombrados, cuando, emparejando el caballero con la real comitiva, vieron que tenía hermosos ojos verdes, como el verde de la esmeralda.

La gallardía del desconocido y el gran mérito de su corcel, les hicieron comprender al punto que se las habian con un príncipe, deseoso de alcanzar la mano de la caprichosa princesa; y que no podia menos de conseguirlo, teniendo la rara cualidad que la dama habia deseado.

Llamó el rey al bizarro jóven, y desde las primeras palabras supo que el ginete era un príncipe, venido de muy luengas tierras, solo á pedir la preciosa mano de tan incomparable beldad. El rey quedó muy satisfecho de tan singular adquisicion, y la princesa, de buen ó mal grado tenia que cumplir su palabra.

Los preparativos de la boda no fueron largos, aunque sí tristes para el rey, porque el príncipe les habia impuesto una penosa condicion. Consistia esta en que el mismo dia del matrimonio habia de seguirle la esposa á sus estados, sin llevar otra comitiva que la compañía de su esposo. Puso el rey algunos obstáculos, pero al fin hubo de ceder y se realizó el casamiento.

En las reales caballerizas habia un caballito alazan, muy querido del anciano rey por su docilidad y brio, al cual la princesa miraba con la misma predileccion. Ocurriósele que al dejar sus dominios y su palacio, quizás para siempre, debia despedirse de aquel caballo, y bajó á la cuadra con las lágrimas en los ojos y un pedazo de pan en la mano, que debia ser el último obsequio hecho á tan precioso animal.

¿Te vas, princesa? le preguntó el mimado alazan, viéndola llegar á su pesebre. La princesa le respondió afirmativamente sin asombrarse, ya porque en aquel tiempo hablarán todos los caballos, ó ya porque el CABALLITO DISCRETO hubiera dado pruebas en alguna solemne ocasion de aquella rara habilidad. Repuso que si la princesa, y el caballo continuó:

Ya que te marches con tu esposo pídele á tu padre que te permita ir montada sobre mi lomo, y por mas instancias que te haga el príncipe de los ojos verdes, no cabalgues en su caballo. En vano pretendió la princesa averiguar por qué razones quería el caballo acompañarla; pues éste se empeñó en no decir las, y la dama hubo de contentarse con seguir á ciegas su consejo.

El príncipe de los ojos verdes y el anciano rey calificaron la exigencia de la princesa de un nuevo y extraño capricho; pero tan perseverante y resuelta se manifestó, que esposó y padre la concedieron su demanda.

Llegado el momento de partir, cabalgó la hermosa princesa en el CABALLITO DISCRETO; caballo que se distinguia, entre otras raras cualidades, por una cruz blanca en la frente, y salió á la plaza de palacio, en donde su esposo la esperaba sobre el arrogante corcel que le habia traído de su reino. Apenas se mostró la princesa, cuando el caballo del príncipe de los ojos verdes se encabritó violentamente, y al acercarse el alazan dió un salto tan extraordinario que salvó una buena parte de la plaza, partiendo luego á trote largo.

Siguió el CABALLITO DISCRETO la marcha del otro corcel, guardando siempre la misma distancia, y de este modo se alejaron de la ciudad. Mas de una légua habrían corrido por sendas poco transitadas, cuando el príncipe de los ojos verdes empezó á rogar á su esposa que, abandonando el alazan, montase á la grupa de su poderoso caballo, mucho mas veloz y seguro. La princesa se resistió, y el príncipe, para obligarla, comenzó á saltar anchos fosos, altos vallados, y á correr por ásperas breñas con portentosa rapidez. Seguía el CABALLITO DISCRETO la misma direccion que el príncipe; pero esquivaba los precipicios y caminaba por las sendas.

Comenzó en esto á anochecer, y el esposo instó nuevamente á la esposa á que abandonara su caballo; fundándose en que si no corrían con la velocidad del rayo, se haría enteramente de noche y no encontrarían alojamiento. No se conmovió la princesa al escuchar tales razones, y continuó en su CABALLITO DISCRETO.

A la escasa luz del crepúsculo, divisaron poco distante en la cima de una montaña un edificio, hacia el cual el caballo de la princesa comenzó á marchar rectamente, mientras el del príncipe se alejaba, como portemór de encontrarlo. No te acerques á ese edificio: gritaba á la esposa el esposo, que es un asilo de ladrones: pero la princesa continuaba abandonándose al instinto de su caballo, y muy en breve se encontró á la puerta de un monasterio. La dijo el caballo que pidiera

hospitalidad por aquella noche; y pocos momentos después era conducida por un fraile á la presencia del prior. Hallábase este en un salón magníficamente adornado, y le acompañaban muchas personas, frailes las unas y la mayor parte caballeros.

Distinguíase entre los caballeros un joven de marcial continente, alta estatura y ojos negros; el cual vestía, lo mismo que sus compañeros, un lujoso traje de caza. Cuando se presentó la viajera todos quedaron admirados de su soberana hermosura, y particularmente el joven, que se levantó inmediatamente y se adelantó á recibirla.

Preguntó el prior á la princesa quién era y donde venía: y la princesa respondió que era una dama de alta clase y que al pasar de una ciudad á otra, se había desbocado su caballo, metiéndose en medio de las breñas y conduciéndola á aquel lugar.

Sus maneras y sus vestidos probaban manifestamente la calidad de su persona: los caballeros y los frailes dieron completamente crédito á su narración, y la tributaron á porfía las mas galantes atenciones. Cenó la princesa tan opíparamente ó mas que si hubiera estado en su palacio; sentada entre el padre prior y el joven de los ojos negros, y después de reposada la cena, se acostó en un lecho de púrpura, que no obsequiaba menos á sus huéspedes la opulenta comunidad.

Intentó dormir la princesa, pero no pudiendo conseguirlo, se arrojó del lecho y abrió la ventana de su aposento. Tendió sus miradas por las sombras y sobre un pico de la sierra, frente por frente al que ocupaba el monasterio, descubrió al príncipe de los ojos verdes, siempre á caballo; vió en sus ojos una llama azul, parecida á la del azufre, y oyó que la estaba llamando con voz estentórea y tonante. Cerró la princesa la ventana convulsa y pálida de horror, se ocultó en su lecho amedrentada, y siguió viendo toda la noche la fatídica luz de aquellos ojos y oyendo el eco de la voz.

Muy larga pareció la noche á la desconsolada dama; al momento que amaneció abrió de nuevo la ventana, vió al príncipe de los ojos verdes en el mismo paraje que la víspera, é inmediatamente bajó á ver al caballito discreto para consultarlo en su apuro. El caballo la respondió que no saliera del convento, y la dama subió á los claustros, precisamente cuando la buscaban para que desde el balcón de la celda abacial viera salir una procesion que se había de hacer aquel día. Dirijíase al balcón la dama, acompañada solamente del joven de los ojos negros, y lo primero que desde él vió fué al príncipe de los ojos verdes, que no abandonaba su atalaya.

Comenzó á salir la procesion, y segun costumbre, iba delante una preciosa cruz de plata: á su vista, el fogoso caballo del príncipe de los ojos verdes se alzó de manos y lanzó un relincho espantoso. Después de la cruz fueron saliendo los caballeros y los frailes en dos hileras, y con sendos cirios en las manos; y por último unas ricas andas cinceladas en las cuales iba el Santísimo Sacramento. Al aparecer las ricas andas se oyó el estampido de un trueno, el príncipe de los ojos verdes y su caballo se convirtieron en una columna de humo, y la princesa, que no había separado su vista del caballo y el caballero, cayó al momento desmayada.

Cuando volvió en sí, se encontró en el lecho que había ocupado aquella noche, rodeada de los caballeros y frailes, á los cuales contó llorando los pormenores de su boda. Reconvinola el padre prior por haber tenido el atajo de casarse con un príncipe de ojos verdes; haciéndola considerar que en el pecado había hallado la penitencia, y el joven de los ojos negros, que era el señor de aquella comarca, la ofreció su mano de esposo. Admitióla la hermosa princesa, contentándose con unos ojos menos extraños, y el padre prior los bendijo en nombre de las tres personas.

Al siguiente día marcharon todos á la corte de la princesa, y su padre la recibió con el mayor júbilo, admirándose de tan rara y peregrina historia.

Todos habrán adivinado que el príncipe de los ojos verdes era Lucifer en persona: lo que no ha podido averiguarse es quién era el buen CABALLITO DISCRETO.

JUAN DE ARIZA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

* ¡Es ella! » exclamé sin poder contenerme, porque el rostro que á cortísima distancia de mis ojos acababa de ver era el de Matilde; y

apresurándose ella á ocultarse de nuevo bajo de la careta, se me acercó y me dijo en voz baja: « Máscara, si me has conocido, hazme el favor de no decirlo, porque me quitarías la diversion. » Dichas esas palabras y sin esperar respuesta, corrió á incorporarse con los suyos, que componían ocho parejas, sin contar el emperador que hacía funciones de bastonero, cuatro músicos, y dos esclavos que llevaban los escudos de los hombres y unas guirnalda de flores para las señoras.

Entraron, pues, en los salones, marchando al son de una música triunfal, hasta que después de haber dado vuelta para que todos admirasen la propiedad, buen gusto y riqueza de los trajes, tomaron el centro de la mayor de las salas y allí bailaron la ensayada contradanza, complicadísima máquina de cadenas, enteras y medias, desmayos, arcos, y toda la demas nomenclatura de figuras en que nunca estuve muy ducho y ahora tengo casi olvidada. Yo, entre tanto, procuraba en vano distinguir entre tres ó cuatro de las máscaras, cuyo talle y apostura, atendida la identidad del traje, se asemejaba lo bastante para confundirlas, cual fuese la reina y señora de mis pensamientos: pero al cabo, fatigado de tan inútil tarea, y además ocurriéndome la idea de que la que había visto no era Matilde, sino la viuda de Moron, regresé á mi atalaya á examinar impertinente á cuanta manola pasó por mis inmediaciones. Pocas cosas hay mas desagradables en el mundo que hallarse en medio del bullicio, algazara y alegría de un baile de máscaras con el corazón triste y oprimido. Uno pasa y le dice á V.: ¿Te diviertes, Máscara? Y haciendo un gesto ridiculo, suelta una impertinente carcajada y prosigue su camino. Otro se acerca y esclama: ¿Quién te ha engañado? Anda á dormir, estafermo. — «Este es marido, me dijo un Templario, y ha perdido á su consorte. Consuélate que á mas de cuatro les sucede lo mismo. » Una ladina maja, después de contemplarme á su sabor, y con socarrona sonrisa, volviéndose á su acompañante exclamó: «Mira, el traje no es bonito: pero el pico lo suple todo, porque ahí se está como un poste hace mas de una hora. » Y así sucesivamente cuantos tropezaban conmigo y no iban bastante agradablemente ocupados para prescindir de la tristísima figura que estaba haciendo. A la una de la noche renuncié á la esperanza de ver á la suspirada manola, y me hubiera marchado del baile, si no se me ocurriera que, acaso por circunstancias imprevistas, no había Matilde podido traer el traje ni la señal convenida, y que tal vez era ella la Romana á quien había visto. Quien se ahoga no examina si lo que ase es cable ó raiz flotante, asir algo y ese algo con fuerza, eso le aconseja el instinto de la conservacion y eso hace. Entré, pues, de nuevo en los salones y esa vez con *pié derecho*, porque apenas anduve cuatro pasos se me llegó la Romana y entabló ella misma la conversacion, dándome gracias por la discrecion que observaba.

«No sé, le respondí, si puedo yo darte á ti tambien las gracias, ó si, por el contrario, quejarme del planton. — No te entiendo, Máscara. — Sin embargo, el dominó y la cinta... — ¡Ah! el dominó y la cinta... ¿Fué esta exclamacion de persona que cae en la cuenta, ó espresion de sorpresa? Tal vez ni lo uno ni lo otro, mas yo interpretándolo del primer modo, repuse: «¿En fin te acuerdas? — Si, si, me contestó riéndose. — Pues aquí me tienes: porque tú me lo has mandado vine, que mi alma no está para bailes. Desde que me fui de Ronda... — ¡Ah! volvió á interrumpirme la bella Romana; ahora te conozco. — ¿Y hasta ahora no? Luego no eres tú quien me ha escrito. — En mi vida. — ¿Quién pues ha sido? — Tú y ella lo sabreis. — ¿Quién es ella? — Tu querida. — Tú sola eres á quien adoro. — Muy de repente te ha entrado. — ¿De repente? Te engañas: eres dueño de mi corazón desde que te vi por vez primera. — Y última. » Esta palabra no me dejó duda de que hablaba con la viuda del cortijo, y si alguna tuviera me la disipara una desenvuelta manola que, poniéndome la mano sobre el hombro y dirigiéndose á la Romana, con voz entera dijo: «Esta prenda tiene dueño, máscara. — Si eres tú ya puedes llevarte tu alhaja, respondió la interpelada: pero bueno será que le pongas un collarito con tu nombre, por si se pierde. — No necesita collar para seguirme. — Sin embargo, pierde con facilidad la pista. — Señoras, señoras, exclamé yo, temiendo que la broma pasase los límites racionales. — La Romana soltó mi brazo y me dejó libre con la manola, quien mostrándome la mano derecha y en ella la esmeralda á guisa de talisman, me arrastró en pos de sí, bien fácilmente.

Por mas que Matilde quiso no alcanzó en mas de una hora á hacerme entablar otra conversacion que la de un amor que durante dos años había encerrado en el pecho y entonces desbordaba ya incapaz de contenerse. O estuve elocuente, y no lo extraño, porque el lenguaje de las pasiones lo es siempre, ó el terreno estaba bien dispuesto; ello es que fui escuchado con indulgencia y que no se me negó alguna esperanza. Calmado mi primer ardor, confieso que renacieron las sospechas del pasado lance, y entre todas la mas vehemente, la para mí mas terrible, quiero decir, mis celos de don Carlos. Matilde

respondió á eso lo que ya en un tiempo imaginé yo: el capitán González había hablado á Mendoza del desafío que debía tener lugar entre Sotopardo y yo: Matilde alarmada, no pudiendo verme y sabiendo además que yo era inocente de lo que se me acusaba, había preferido arriesgar su reputación y comprometer su existencia, al peligro que me amenazaba; y dado, en consecuencia, una cita á don Carlos, esperando probarle que no tenía razón para batirse conmigo, y resuelta á acusarse á sí misma, si necesario fuese. — En cuanto á mi destierro, he aquí la explicación que me dió la encantadora sirena: Almazán, por complacer al coronel, retiró su parte contra mí, pero reservadamente avisó al ministro lo ocurrido, no por perjudicarme, sino para evitar un lance inescusable entre Mendoza y yo; si continuábamos en el mismo regimiento. A mayor abundamiento, Matilde escribió por el mismo correo á una amiga suya, casada con cierto personaje muy en favor en palacio, por manera que el golpe cayó sobre mí amortiguado, y en la primera ocasión oportuna fué fácil conseguir que se me levantara el destierro. Ya ven VV. que todo se explicaba con claridad y lisura.

« Pero, continuó Matilde, Mendoza sabe de una manera tan positiva tu inclinación... — Mi amor, Matilde, mi amor delirante. — Acabarás por hacérmelo creer, embustero. Pero óyeme: mi marido sabe tu amor, te repito, de una manera tan positiva, que yo misma, para no aparecer tu cómplice, he tenido que convenir en que fué cierta aquella pasión, y sólo he obtenido su palabra de honor de no provocarte donde quiera que te vea, en cambio de la promesa formal de no volver á hablarte en mi vida. — ¿Y la cumplirás? interpuso yo con estúpida candidez. — Como ves; tontísimo personaje; respondió burlona mi hechicera manola: como ves. Ya tú sabes que Almazán y Mendoza son dos amigos íntimos; si el primero te vé conmigo... — ¿Sería tan villano que... — No lo sé, Alfonso, y el mejor de los dados.... En resumen, si hemos de vernos... — ¡Matilde! ¿No he padecido ya bastante? — ¡Ah! quién ha de fiarse de un hombre tan joven! — ¿Quieres mi vida en prueba de la sinceridad de mi amor? — ¡Tu vida! no por cierto, por ella daría la mía. — ¿Conque me amas? — Buena pregunta: no me interrumpas, por Dios. Te digo que el mas impenetrable misterio ha de encubrir nuestras relaciones. ¿Serás discreto? — Como un mudo, alma de mi vida. — ¿Me obedecerás sin réplica? — Como á Dios. — ¿Te conformarás con las condiciones que te imponga? — Sean las que fueren. — No has de ir á sociedades que yo frecuente. — Duro es: pero acepto. — Ni seguirme en los paseos, ni colocarte donde seas visto en los teatros, ni.... — ¡Cuanto quieras con tal que yo te vea, y tú me ames!

Quedó, pues, convenido entre nosotros un plan de vida en el cual, por una á dos horas al mes de felicidad, me condenaba yo á privaciones continuas y sacrificios no interrumpidos. ¡Pero en qué repara un amante de veinte años que, al cabo de dos de tormentos, vé acercarse el momento de ser dichoso?

En aquella conversación, que duró hasta con el alba hubo de retirarse del baile Matilde, me preguntó esta, como celosa, por la Romana con quien me había hallado. Mi respuesta fué referir lo sucedido en el lance de los ladrones de las cercanías de Ronda, así como en el Prado, y recientemente en el baile donde estábamos. « Si, me respondió mi amada, he oído hablar de esa mujer y de su gran semejanza conmigo.... Pero oye, Alfonso, no quiero que te espongas á equivocarte. ¿Me prometes huir de ella? — Y del mundo entero, si lo deseas. — Júramelo. — Por tus ojos. — Por tu honor. — Por mi honor. » Una dulce presión de mano en el brazo que servía de apoyo á Matilde fué la recompensa de mi aventurada promesa.

Íntil es decir á VV. que cumplí religiosamente todas mis promesas, y que Matilde fué en lo sucesivo apretando cada vez mas los hierros que á ella me ligaban. De mí pudo decirse literalmente, lo que en estilo figurado, aunque vulgar, se dice en Madrid de los jóvenes que se enamoran: *me hundi*. Dejé de concurrir á paseos y tertulias, al teatro iba poco, y se me pasaban días sin ver la calle. Entonces, señores, di en hacer versos, y al menos para mi educación literaria, aproveché aquella temporada de retiro.

Basta por hoy: mañana proseguiremos.

V.

Si uno de los preceptos del arte de la narración es que la persona que la hace no salga á la escena sino en contadísimos casos, ciertamente que no podrán quejarse nuestros lectores de que hasta ahora lo haya infringido el redactor de los *Estudios sobre las costumbres españolas*: pero un incidente que ocurrió en nuestra reunión la quinta de las tardes destinadas á oír el relato de don Alfonso Tellez, le obliga á tomar la palabra, y en su propio nombre referir lo acaecido.

Sucedió pues, que siendo pasada, y con mucho, la hora en que

soliarnos, dejando la conversacion general, comenzar nuestros cuentos, sin que se presentase don Alfonso á continuar su pendiente historia, recibió don Antonio una concisa esquela del oficial á quien impacientes esperábamos, anunciándole que por aquella tarde le era imposible acudir á la cita, pero que acaso en la próxima hallaría medio de compensarnos ampliamente la privación, si lo era, que entonces se veía precisado á imponernos.

« ¡Vive Dios! exclamó don Diego, que es tan enigmático ese billete, como el resto del prolijo cuento de nuestro militar.

« Que el billete sea enigmático, respondió don Antonio, no lo niego; pero en cuanto, no al cuento, sino á la historia de Alfonso, digo que no me parece prolija por dos razones, á saber: primera, que como estudio de costumbres, una intriga tan profunda y hábilmente combinada como la que envolvió en su juventud á Tellez, conviene perfectamente á nuestro propósito.... »

Don Diego. Sea; ¿pero á qué referirnos tan al pormenor todos sus incidentes, como por ejemplo, la aventura de los ladrones?... »

Don Antonio. Porque aun en una novela de pura invención, si se quisiera dar cabal idea de las costumbres del país, así fuera necesario hacerlo; mucho mas cuando se trata de sucesos realmente acaecidos. Además, amigo mio, tenga Vd. un poco de paciencia; quizá con el tiempo, y esta es la segunda de mis razones, veamos que el lance de las cercanías de Ronda no es tan episódico como á primera vista le parece.

Don Diego. Entre tanto Vd., según veo, tiene alguna idea de la vida de don Alfonso.

Don Antonio. Mas de lo que él mismo imagina.

El Redactor. Pues en ese caso ¿por qué no prosigue Vd. la narración pendiente?

Don Antonio. No lo dije por tanto: mas ya que Alfonso no viene, ni hay quien le reemplace, oigan Vds. una historietita.

Don Diego. ¿Dividida en dos siglos como la de marras?

Don Antonio. No, amigo mio, no; toda ella reciente, casi contemporánea, aun cuando con mi acostumbrada pesadez, la tomaré desde su origen.

Encendiéronse los cigarros, arrellanóse cada cual en su poltrona, tragéronnos luces, animóse la llama de la chimenea, y cuando, libres de cuidados, nos vió con nuestras respectivas tazas de café en las manos, dijo don Antonio:

« Va de cuento. Había en Sevilla, reinando el señor don Carlos III de felice recordación, un magistrado de ilustre prosapia, ex-colegial del mayor de Santa Cruz de Valladolid (establecimiento debido á la ilustrada munificencia del gran cardenal Mendoza), y que á la edad de poco mas de veinticinco años, casándose con cierta camarista, ni joven ni bonita, pero bien emparentada y muy favorecida del conde le Aranda, obtuvo una vara de alcalde del crimen en la real audiencia de la ciudad que, según la leyenda, «Hércules edificó, y el Rey Santo ganó de las moriscas escuadras.»

« El doctor don Fadrique de Vargas, que así se llamaba nuestro alcalde, era uno de los hombres que, como ciertas montañas, bajo la fria corteza del áspero granito, encubren un volcan de pasiones tanto mas violentas, cuanto mas comprimidas. Contrariado en sus inclinaciones desde que comenzó á tener uso de razon por un padre inflexible que, imbuido en las máximas de la legislación romana, su favorito estudio, se creía poco menos que con derecho de vida y muerte sobre sus hijos, vióse obligado á vestir los manteos en vez del uniforme militar, á cursar las aulas y apartarse de los campamentos, á manejar libros, en fin, cuando anhelaba empuñar las armas.

Semejante opresión enerva infaliblemente las almas de un temple común; pero las que le tienen superior, con la esclavitud se endurecen, y adquieren, acaso, nueva fuerza. Tal le sucedió á don Fadrique: la firmeza natural se le trocó en obstinación; la perseverancia se hizo en él porfia, la severidad dureza. Con tales elementos era de temer que se rebelase contra la autoridad paterna: pero cuantas palabras habian resonado en sus oídos desde que nació, cuantos libros habian caído en sus manos desde que pudo descifrar las sílabas, todo, en fin, habia conspirado á grabar en su corazón la máxima de que resistirse á la voluntad del autor de sus días era equivalente á rebelarse contra el cielo mismo; y de ahí procedió que, sin murmurar, se dedicase á la carrera de las leyes. Una vez resuelto á ello, pisó las aulas con el propósito de sobresalir en sus estudios y llegar á magistrado, para lo cual no economizó vigilias ni perdonó sacrificios.

Aplicado é inteligente, grave é irrepreensible en su conducta, graduado á claustro pleno con universal aplauso de doctores y estudiantes, y, ya bachiller, obtuvo sin dificultad una beca en Santa Cruz, donde fué modelo de colegiales. Pero ¡cosa singular! estimábanle sus maestros, respetábanle sus compañeros, y nadie le amaba. Su padre mismo, á quien obedecía como á Dios, no le mereció jamás una caricia, á ninguno de sus superiores pidió gracia alguna en el discurso de su carrera, y jamás tuvo entre sus iguales un amigo.

Era don Fabrique, volviendo á mi primera metáfora, como las formaciones volcánicas en la naturaleza: imponente, magestuoso, grande: pero melancólico, agreste, frío en la apariencia. Al parecer consideraba á la especie humana como el pedagogo á los jóvenes que gobierna. De su justicia podía esperarse todo, de su bondad nada. Defendía sus derechos con obstinación, cumplía escrupulosamente sus obligaciones; nunca ofendía á los demás, y nunca tampoco disminuía el mas pequeño agravio.

Sus condiscipulos jamás pudieron intimarse con él; á ninguno tuteaba, ni prefería, ni desdenaba. Obligado por las reglas del instituto á no salir del colegio sino con otro compañero, hacia pocas veces, y esas llevando consigo á un fámulo, si le era posible, y en otro caso al primero que se le presentaba; y en resúmen, su rigidez inflexible, su severidad característica le valieron el apodo glorioso de *Caton* del colegio.

Así se pasaron, enteramente consagrados al estudio de una ciencia que profundamente aborrecía, los primeros años de la vida de don Fadrique, vida que no tuvo primavera, ni por consiguiente las lozanas flores que la embellecen, vida que en vez de provechosa para la humanidad y brillante para él, fué estéril, oscura y hasta culpable, no por haberle departido la suerte un alma viciosa, sino porque no hubo quien le encaminara con tino, quien cultivara las excelentes dotes que al cielo debía.

Y aquí, amigos míos, habrán VV. de perdonarme la digresión, pero no puedo menos de dolerme de que de todo se escriba, todo se estudie, todo se perfeccione, menos lo que en mi concepto fuera mas esencial, la educación moral del hombre en sus primeros años.

La legislación moderna ha hecho quizás bien en limitar en ciertas materias la autoridad paterna, quizás mal en facilitar, dando sobradas riendas á la juventud, que esta se pierda por inesperienza: no es ahora ocasión de discutir esa materia; lo que si me asombra es que la sociedad, en mi concepto privilegiada acreedora del hombre que en ella vive, no intervenga mas eficazmente que lo hace en los primeros pasos del niño, que, con el tiempo, ha de influir en sus destinos.

Don Diego. Por Dios, señor mío, que habremos de decirle á usted lo que *Maese Pedro* al muchacho del retablo...

D. Antonio. Pues para que V. no me lo diga, seguiré yo mi canto llano y vuelvo á don Fabrique.

«Así que este, graduado de doctor *in utroque*, concluyó su carrera, envió su padre á Madrid, con buenas cartas de recomendación, el bolsillo bien provisto, que siempre ha sido el dinero en las cortes indispensable compañero, y la orden de pretender una toga. ¡Una toga en los tiempos de Carlos III y siendo primer ministro el conde de Aranda! La empresa era poco menos que imposible, y precisamente por eso agradaba á don Fadrique. Vestirse la garnacha, como algunos años después pudiera, sin mas trabajo que adular servilmente á algun insolente favorito, parecía indigno de su carácter: arrancársela á la entereza del gran ministro, sentarse bajo el sólio del tribunal y oírse tratar de *Alteza*, joven aun, cuando casi todos los oidores y alcaldeas peinaban canas, era triunfo que le lisonjeaba, pero como lo he dicho, casi imposible de conseguir.

Es admirable que, lanzado repentinamente en el tumulto de Madrid, puesto en relaciones con la grandeza, merced á su buen nacimiento y á las muchas recomendaciones que llevaba, y, en una palabra, colocado á la orilla del precipicio de las vanidades mundanas, no se le desvaneciera desde luego la cabeza y diese al traste con su catoniana severidad: pero seis meses resistió valerosamente á la tentación, seis meses fué en la metrópoli de las Españas lo que habia sido en el colegio y en la universidad: irrepreensible en la apariencia. Sin embargo, el volcan hervía, la lava iba hacinándose, el fuego socorriendo las rocas, y la explosión era inminente.

Un hombre habia entonces en la corte, mucho mas joven todavia que nuestro pretendiente, pero de carácter en muchas cosas análogo al suyo; y ese hombre de cuya vejez he hablado á VV. en otra ocasión, era el conde de San Justo...

El Redactor. ¿El descendiente de don Rodrigo?

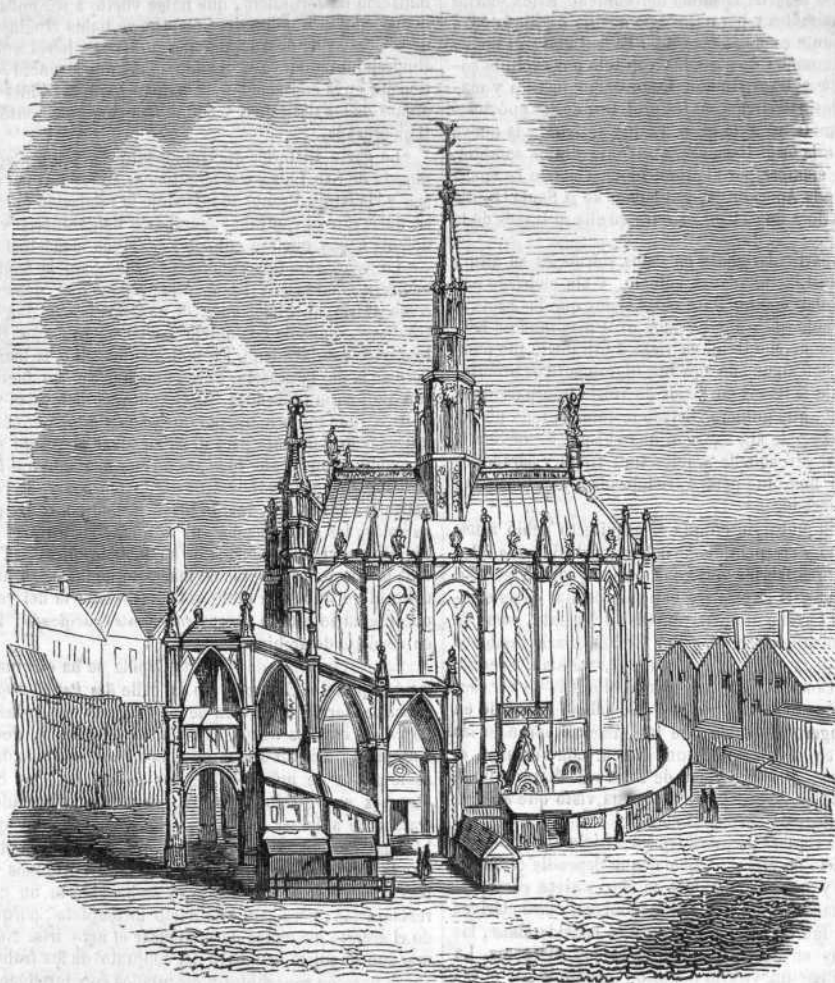
Don Antonio. El mismo, entonces alférez de Guardias españolas; y voy á referir á VV. cómo hizo amistad con don Fadrique, que fué de esta manera: Encontráronse ambos un día en las *Platerías*; iba el conde hácia la plaza, el pretendiente á togas en dirección de los Consejos; llevaba el primero la derecha, pero el segundo tenia prisa y no quiso, ó no pensó en cederle el paso. Paróse San Justo y paróse don Fadrique; miró aquel á éste de alto abajo, como provocándole, y miró el estudiante al oficial todavia con mas insolencia. Ni el uno ni el otro eran hombres de dar un escándalo en la calle; pero al militar su uniforme le imponía no ceder el terreno; al presunto magistrado su carácter le da no pasar por pendenciero. Callaban, pues, entrambos; callaban y mirábanse de hito en hito como dos rabiosos tigres prontos á despedazarse, pero que reciprocamente se acechan

esperando ocasión oportuna de asegurar la presa. Perdió el conde primero la paciencia, y, en voz baja, pero con iracundo acento, dijo á su antagonista: «Paisano, si no me cede V. el paso, le arrojo al arroyo.»—Este paisano, replicó Fadrique sin perder un punto de su serenidad, es por lo menos tan caballero como el oficial insolente..... Pero no pudo decir mas, porque el brazo vigoroso del conde, alzándose súbitamente, amenazó su rostro tan de cerca que, á no acudir rápidamente á la parada, recibiera la última afrenta que y un hombre pueda hacerse. Personas organizadas como los dos actores de la escena que describo lo estaban, pueden dejarse arrebatrar un momento por la cólera; pero llegados al punto extremo en que por el insulto y palabra del uno y el amago del otro se hallaban, recobran al instante el imperio sobre si mismos, dándoles la sed de venganza que les abrasa paciencia bastante para diferirla hasta poder obtenerla completa. Así es que, como si precediera convenio entre ellos, tan luego como don Fadrique hubo contenido el brazo del conde, lanzándose una mirada de odio implacable, se tendieron estrecharon las manos. «Al amanecer de mañana en San Blas, dijo el doctor.—Con la espada y un amigo, replicó el oficial.—Yo no tengo amigo, repuso don Fadrique, basta la espada.—Sea, contestó el de San Justo.» Y se separaron al instante.

A ser nuestro alcalde lo que en realidad parecia, es decir, inesperto en el manejo de las armas, pudiera decirse que era hombre muerto, atendida la destreza de su enemigo; mas don Fadrique bajo un nombre supuesto y en una casa por él alquilada á ese solo efecto, habia tomado lecciones de esgrima del mejor maestro de la corte, y tanta era su afición, tales sus naturales disposiciones, que hizo en seis meses progresos sorprendentes. Por lo mismo aquel duelo no le aquejaba en manera alguna por el riesgo que correr pudiera su persona, sino por el evidente de arruinar en un solo momento el edificio de su ambición y esperanzas. Carlos III quiso jactarse error! acabar con los desafíos imponiéndoles penas aflictivas é infamantes, como si quien por no quedar infamado en la sociedad arriesga su vida, se arredrara ante castigos judiciales; Carlos III, digo, detestaba el duelo, y ya que don Fadrique esperase salvar, aunque con dificultad, su cabeza de manos del verdugo, en caso de triunfar del Conde, estaba seguro de que jamás seria admitido en la magistratura española, mientras viviese el monarca reinante, un hombre culpable de haberse batido en desafío. La alternativa era cruel: ó quedar por cobarde con su contrario, ó renunciar al fruto que podia prometerse de haber sacrificado su juventud é inclinaciones á la voluntad de su padre. Mas triunfó el amor propio de la ambición, y á la hora y en el sitio convenido, halláronse los dos contrarios, cada uno con su espada, dispuesto á lavar en sangre los agravios hechos y recibidos. En verlos saludarse cortés y ceremoniosamente y encaminarse á las tapias del Buen Retiro, nadie digiera sino que reinaba entre ellos la mas perfecta armonía: mas á los cinco minutos las espadas se habian cruzado, y pocos instantes despues uno de ellos bañado en sangre, yacia en tierra sin sentido. Era don Fadrique, á quien el hieiro de su contrario habia herido en el pecho. Acudió el Conde solícito á vendar la herida con lienzo que á prevención llevaba, y luego que estuvo seguro de que su valeroso enemigo no corría riesgo de desangrarse, recogióle la espada, bajó presuroso del lugar del duelo, que era el castillo de san Blas, á la vecina ermita del Angel; despertó al ermitaño, y diciéndole desde afuera lo que ocurría, montó en el caballo que uno de sus lacayos le tenia prevenido, y salió á escape por el Prado. Cuando el ermitaño llegó donde estaba don Fadrique, habia este recobrado el sentido, y con él toda su presencia de ánimo. Dijo, pues, que habiendo salido, como acostumbraba (y era verdad) á dar un paseo al rayar el día, le habian acometido dos hombres pidiéndole la bolsa ó la vida; que en la lucha le hirieron con un estoque; y que á vista de la sangre, los rateros á quien sin duda la necesidad sola obligó á llegar á tal extremo, renunciando á su mal propósito, acudieron á restañarle la sangre, huyeron en seguida temerosos. Esta fábula, dicha con naturalidad, creída de buena fé por su primer oyente, y esparcida despues de boca en boca sin escitar dudas, porque la profesion y carácter de don Fadrique le ponian á cubierto de toda sospecha, salvó la ambición á este y la vida del Conde, que generoso y noble como pocos, fué desde entonces el mejor, ó mas bien el único amigo del hombre á quien habia herido. Por su parte el futuro alcalde cobró grande afecto al Conde, y la muerte sola pudo desatar los lazos de una amistad cimentada en hieiro y sangre.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



LA SANTA CAPILLA.

En los cuadros de los pintores antiguos están representados generalmente los artistas de la edad media arrodillados á los pies de Cristo con una catedral ó un monasterio en la mano, como si arrearan por un momento de la tierra para enseñársela á Dios, la casa que le habian construido. Este simbolo dulce, al par que grave, lo recuerda siempre el que vea la *Santa Capilla*. Parece una mezquita árabe comprendida entre los regalos hechos á San Luis por un califa amigo, y traída por él al regreso de una cruzada, cubierta aun de arena del desierto, para trasplantarla entre la nieve y el lodo de París. Consultaremos la crónica de su fundacion, y se verá que esta metáfora es casi una verdad.

En 1259, Baudouin, emperador de Constantinopla, se hallaba sin dinero y sin recursos ante una invasion temible de búlgaros que amenazaba á su capital. En tal conflicto el emperador hizo servir la corona de espinas de Jesucristo para rescate de su corona de oro. No fué al papa á quien se la ofreció, sino al que sus contemporáneos proclamaban «mas santo que los sacerdotes,» es decir, al rey de Francia. San Luis la compró en la cantidad de 160,000 libras. «La recibieron, dice un cronista, como se hubiera podido recibir al mismo Cristo.» Una embajada de obispos y barones salió á buscarla. El mismo rey salió á su encuentro hasta el pueblecillo de Sens, y la acompañó hasta París, en donde, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, y con una soga ceñida á la cintura, la llevó á la iglesia de Nuestra Señora. ¿Qué cabeza pudo haber mas digna de ceñir la corona sagrada y ensangrentada de la Pasion que la que habia derramado su sangre durante veinte años bajo el casco de las cruzadas?

Sin embargo, Baudouin le habia tomado el gusto á su comercio simoníaco. La capilla imperial de Constantinopla poseia aun gran parte de los despojos del Calvario. Propuso á San Luis otra adquisicion, y

fué un espectáculo singular el de un emperador cristiano convirtiéndose en mercader de reliquias, serrando el árbol del Gólgota, despedazando la túnica del *Ecce-homo* y el sudario del Santo Sepulcro, traficando vergonzosamente á la faz del orbe cristiano con la herencia de su Dios! Un prendero judío que hubiera comprado por mayor á Pilatos la vispera del Viernes Santo los instrumentos de la pasion, para venderlos al por menor á los discípulos y á las santas mugeres, no se hubiera hecho mas digno de vituperio!

La edad media se escandalizó, y el mismo San Luis vaciló. Pero la tentacion era harto fuerte: arrojó sacos de oro al griego en su contrato judaico, y la lanza de Longinos, la esponja empapada en hiel, y la caña de la coronacion burlesca, fueron á formar un trofeo reungioso con la corona de espinas. Entouces fué cuando mandó construir la Santa Capilla á Eudes de Montreuil que le habia acompañado á las Cruzadas.

El cristianismo oriental de las cruzadas no tiene tipo mas exacto y esquisito que aquel relicario brillante de piedra. Al ver su arquitectura fina, delicada y esvelta, llena de audacia, de espontaneidad y de capricho, se conoce al instante que es un producto puro y perfecto de la arquitectura árabe, que parece tomar siempre por modelo la tumba de Mahoma, suspendida eternamente en la atmósfera de iman de la mezquita de Medina. La iglesia es muy fuerte; pero no se tiene ninguna idea de su fundamento y cimientos al penetrar en el piso bajo de ella; las frágiles columnas que la sostienen demuestran una audacia loca y atrevida hasta el último extremo. Al subir á la capilla superior, todo apoyo, toda ley geométrica desaparece. Delgadas columnillas recorren la pared como ramas de yedra petrificadas; ningun obstáculo estorba las miradas que se dirigen al instante al azul constelado de la bóveda, y hacen creer al espectador que está

bajo la influencia de algun sueño al ver que los vidrios de colores constituyen por sí solos mas de la mitad del edificio! Estos vidrios son quizás los mas admirables y hermosos que nos ha dejado la edad media. Su color dominante es un rojo subido. El antiguo y el nuevo Testamento estan allí completos, pintados capitulo por capitulo sobre aquella tela limpida y transparente. Iluminacion mística y maravillosa! Los ojos de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y de las vírgenes filtran la luz á la nave. La ley antigua y la nueva se alumbran la una por la otra. Unas veces brillante y otras sombrío, el libro sagrado brilla siempre por alguna página. Cuando se apaga el Génesis, se enciende la Apocalipsis, y al hablar de la Santa Capilla se puede decir sin metáfora que el sol penetra en ella al través de la Biblia.

Lo que sorprende particularmente en estos vidrios es su altura prodigiosa. Forman cuasi la mitad del edificio, y sin embargo han resistido á los embates del viento. Hace ocho siglos que los azota el viento, y no ha conseguido abrir aun en ellos ni la mas minima brecha. Cuando hizo Eudes de Montreuil su viaje á ultramar, ¿no pudo hacer tal vez un pacto con alguno de aquellos nigrománticos orientales que encerraban á las sultanas en torres de vidrio transparente y sólido como el diamante, que hubieran estado recibiendo todo un día los golpes repetidos del ariete sin saltar ni una chispa? Se inclina la imaginación á creerlo al ver aquella arquitectura frágil y paradójica en que la piedra es tan fina, que parece cristalizada, y el vidrio tan duro, que parece petrificado.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que el arquitecto debió asustarse de su atrevimiento y arrepentirse de haber construido una iglesia, como el operario que fabrica una copa con su soplo vigoroso. Rouillard refiere que la Santa Capilla en los primeros dias de su existencia oscilaba sobre el terreno al menor impulso del viento, como se balancea el frágil barquichuelo sobre las olas. El campanario temblaba con los sacudimientos de la cuerda que agitaba el sacristán, y seguía los movimientos de la campana. Fue tan grande el miedo de ver caer el edificio encantado, que todos los operarios que habian trabajado en él emigraron al extranjero temiendo que les hicieran aprender las leyes de la gravedad en el extremo de una horca. Sin embargo, el tiempo ha dado la razon á la temeridad de Eudes de Montreuil: la iglesia frágil y oscilante se ha sostenido, y se ha visto que aquella flor de Oriente tenia raíces de corpulento roble.

San Luis colmó de riquezas y privilegios á su iglesia predilecta. Instituyó para su servicio un clero particular que dependía directa y únicamente del Papa, y que se componía de diez y siete curas, de los cuales cinco eran canónigos, cinco sub-canónigos, cinco clérigos y tres mayordomos de fábrica. Les asignó rentas considerables, las que fueron aumentadas en algo por cuasi todos sus sucesores. La iglesia-baja era servida por un vicario perpétuo nombrado por el tesorero. El tesoro de la Santa Capilla era de una magnificencia que rayaba en fabulosa. El catálogo espléndido de sus riquezas deslumbraba la vista, como si penetrara en el interior de los armarios inmensos de las catedrales góticas, especie de minas de ébano esculpido que contenían los adornos suntuosos de las fiestas de Navidad y Semana Santa. Además de la urna grande de bronce sobredorado que contenía las reliquias vendidas por Baudouin, se veían relicarios de oro macizo, viriles recamados de diamantes, misales con encuadernaciones guarnecidas de perlas, filácteros recargados de carbunclos, cálices, custodias, copones, cruces, bustos de oro, de plata, de marfil y de cristal. Parecía que se leía el inventario del templo de Salomón.

Pero la joya principal, la perla de todas estas joyas era la famosa apoteosis de Augusto, doble maravilla, en cuya confeccion habia sido la naturaleza colaboradora del arte, y que es al mismo tiempo la ágata mas hermosa y el camaleón mas notable que puede hallarse en el universo. Traída de Constantinopla con la corona divina, se creyó por mucho tiempo que representaba el triunfo de José en Egipto. Estaba colocada sobre un pedestal guarnecido de reliquias, y la canonización pagana unida sencillamente á la cristiana, se esponía en los dias de fiesta al culto y veneración de los fieles, hasta que en 1619 el sabio y erudito Peiresc conoció el asunto verdadero que representaba. Hoy en día el camaleón de la apoteosis de Augusto se halla en el gabinete de antigüedades de la Biblioteca Real.

Al construir la Santa Capilla, San Luis quiso crearse un oriente cristiano que le recordara la patria de su fé y de sus ilusiones. Había dado á las calles que rodeaban la Santa Capilla, nombres de los pueblos y aldeas evangélicas: Belén, Galilea, Jerusalem, todo un rincón de la Judea estaba embutido en París á la sombra de la Santa Capilla. Allí era donde trataba de adormecer la profunda tristeza de su alma, consumida por la nostalgia de la Tierra Santa. Aun se ve en un ángulo de la iglesia la celda reducida que le servía de oratorio. Los viernes santos sacaba de la urna la corona de espinas y la mostraba á su pueblo. Pero estas evocaciones no podían curar aquella alma, enferma de amor religioso. Pronto llegaron hasta él los gritos de dolor que

proferían en el fondo de la Palestina: los peregrinos referían la humillación de Jerusalem, que habia vuelto á ser musulmana. Esto era demasiado: el hombre del Gólgota se habia crucificado en el reverso de la Cruz, y se desangraba por todas las heridas de la cristiandad. Emprendió de nuevo el camino del Santo Sepulcro, ese objeto misterioso por cuya consecución se habian perdido treinta ejércitos en las arenas de los desiertos, y donde él mismo fué á enterrarse con la última cruzada.

La parte histórica que representó la Santa Capilla cesó con la muerte de San Luis. Desde entonces su crónica es meramente interior y claustral. Pronto se introdujo la relajación entre los canónigos. Se decía que su capitulo superaba en holgazanería y molición á la indolente Cluny que era entonces la Cápua monástica.

La revolución fué una época terrible para la Santa Capilla; y sin embargo, la delicada basilica que parece que debiera haber saltado como vidrio al primer roce de aquellos brazos tan rudamente destructores, que solo con unirse hacían reclinarse las Bastillas, ha sobrevivido á su arrebató. El motín la manchó, la marchitó, la violó; pero no la dió la muerte. Pero si las heridas no fueron mortales, en cambio fueron profundas. Las esculturas delicadas y misteriosas del pórtico, que tanto han dado que pensar á los herméticos, fueron arrancadas brutalmente para dejar su lugar al exergo sombrío con que la república purificaba todo, lo mismo una catedral que una moneda de cobre. Las estatuas de santos, de obispos y de reyes, que adornaban las dos naves, fueron todas decapitadas; las primeras por sus aureolas, las segundas por sus mitras, y las últimas por sus coronas. En la imparcialidad ridícula de su innoble cólera, la revolución cortaba lo mismo las cabezas de mármol que las de carne; y la guillotina del cantero trabajaba tanto entonces como la del verdugo. Después que el edificio estuvo convenientemente purificado, le transformaron en depósito de archivos.

La restauración de la Santa Capilla se ha efectuado con la regularidad posible. El museo de la calle des Petits-Augustins era en la época del terror el panteón de las estatuas mutiladas; han encontrado en él muchos trozos del edificio amputado, que ha resucitado lentamente miembro por miembro. Las estatuas de los entrepáños se levantan de nuevo sobre sus pedestales; las columnas toman otra vez su vestidura dorada, cuyo dibujo borrado y rascado ha tratado de adivinar el artista. La noche oriental que estrellaba la bóveda, despojada de la nube asquerosa de vermellón y almazarrón que la ofuscaba, ha vuelto á resplandecer. Algunos vidrios han sido borrados y otros se han roto, y se ha abierto un concurso para su restauración; pero será ésta harto incompleta, porque hemos perdido el secreto magnífico de cristalizar el arco iris. No se puede formar aun un juicio definitivo del conjunto de los trabajos, pero hasta ahora parecen concebidos y ejecutados con inteligencia y gusto. Deseamos que prosigan así, y sobre todo que no se construya en lugar de restaurar. Los anacronismos de piedra son los peores. En la frente de un monumento antiguo y venerable, vale mas ver una herida que un emplastro.

LA HISTORIA DEL GENIO.

Ars longa, vita brevis.

HIPÓCRATES.

Pour tout peindre il faut tout sentir.

LAMARTINE.

Chaque pas qui l'enfoncé en de sublimes
voies par un douleur est comble.

VICTOR-ILGO Le Poète.

Si recorremos una por una las páginas de la historia del mundo, vemos inscritos en ellas mil nombres que, repetidos de boca en boca en el transcurso de los siglos, van creciendo en esplendor al través de tantas generaciones, hasta que el último día de la humanidad apague para siempre su fastuoso brillo. Seméjense á las olas del mar agitado que aumentando de volumen á medida que recorren la extensión del océano, vienen por fin á deshacerse sobre las arenas de una remota playa. Esos nombres, esparcidos como al acaso entre las sombras del pasado, son el faro de las futuras inteligencias erigidos en las atalayas del mundo intelectual. Verdaderas pirámides de la historia puestas de trecho en trecho para imprimir á ese gran libro un sello eterno que sin eso no tendría. Ese sello es el de la mano de Dios sobre la frente del hombre;... es el culto que la humanidad tributa al genio sobre el altar de la historia. ¡El genio! ¡Emanación celeste que identifica la divinidad con el hombre! ¡Lazo invisible que une la vida con la muerte, lo perecedero con lo eterno! Pero, desposeed á esos nombres del brillo que los reviste; hundios con ellos en los tiempos en que florecieron, penetrad en los pliegues del

corazon de los que los llevaron, y vereis sus arterias corroidas por la carie del dolor y del desengaño. ¿Creeis que el talento sólo lleva en pos de sí la felicidad y la ventura? ¡Triste error! Los grandes hombres son como el sol: su luz deslumbra y no se pueden observar sus manchas. Colocad por un momento ante vuestra vista el lente escrutador de la severa crítica y recorred los pasados siglos. Allí vereis á Aristarco acusado de irreligioso por haber determinado la distancia del sol á la tierra; á Tyco Brahe perseguido por los Aristotélicos por explicar varias leyes astronómicas hoy día reconocidas; á Galileo sentenciado á reclusión perpetua por defender el movimiento de la tierra; á Campanella aplicado al tormento por afirmar la multiplicidad de mundos; á Regiomontano asesinado en Roma por envidia de su saber.

El mundo está lleno de semejantes ejemplos y la historia del genio no es otra cosa mas que un inmenso catálogo de mártires. ¡Terrible condicion la del talento! Cada haz de luz que derrama sobre la tierra para fecundizarla, es un dardo de fuego que lanza sobre su cabeza. La ignorancia, la preocupacion, el fanatismo, esos tres poderosos enemigos de la inteligencia, se opusieron siempre con tenaz empeño al progreso intelectual, y amantados con los errores de otro tiempo, creían impiedad, sino blasfemia, el disipar esos errores con la luz de la verdad; de ahí el que Aristóteles hubiese abandonado á Atenas denunciado como irreligioso por el sacerdote Eurimedon; de ahí la horrosa prision de Rugerio Bacon, acusado de mágico por haberse separado de las ideas de los filósofos contemporáneos; de ahí el afrentoso castigo de Prineli por haber afirmado la estabilidad de las estrellas; de ahí, en fin, la hoguera levantada por Alejandro VI para quemar á Savonarole por haber escrito su *Tríumpho Crucis* cuya obra sirvió siglo y medio mas tarde, para que le diesen el renombre de santo.

Por eso el árbol de la gloria nace siempre sobre las cenizas del genio y este jamás logra tronchar una de sus ramas para ornar con ella su abatida frente. ¿Qué importa que el hombre, arrastrado por fogosas y recientes impresiones, coloque sobre la frente de sus héroes las coronas que teje en su entusiasmo, si entre sus hojas se ocultan siempre numerosas espinas que han de abrasar la frente del coronado? ¿Qué han hecho si no con Arquimedes, ese hombre enciclopédico que decía á Hieron: *da mihi punctum et terram movebo*, mirado como divino por sus contemporáneos y asesinado en su aposento cuando meditaba un plan para salvar su patria? ¿Qué con Milciades, acogido en todas partes con la palma de la victoria y sepultado después en una prision para aguardar en ella su muerte? ¿Qué con Napoleón, proclamado como un Dios sobre la tierra y olvidado mas tarde en el remoto peñon de santa Elena?

¡Sin duda que la sociedad cree patrimonio suyo la inteligencia de sus grandes hombres! Sin duda cree suyo el derecho de atormentarles y arrancarles la vida como lo ha sido el dársela ¡Funesta idea! Nada es suyo sino la gloria que le cabe al abrigarlos en su seno, como lo es tambien el menosprecio de sus descendientes si han comprado esa gloria con las lágrimas de un nuevo mártir. ¿Por qué, pues, habeis ultrajado al talento? Por qué habeis ocultado sus cenizas á las generaciones posteriores? Nosotros tenemos derecho á demandárlas. En donde están los restos de Homero, de Cervantes, de Camoens, de Bocaccio, del Gran Capitán, de Cortés, de Lope de Vega, de Herrera, de Solís, de Moreto, de Tellez, de Velazquez, de Mme. Cottin, de Mirabeau y de otros mil confundidos para siempre entre el polvo de nuestros antepasados. ¿Creeis que basta á su memoria el monumento de sus obras? No; porque ese monumento le habeis reducido á pavesas cuando no estaba construido con las reglas de vuestro capricho y vuestra ignorancia. No, porque la presencia de las cenizas de un genio puede dar nacimiento á otro. ¿Quién sabe las ideas que habrán brotado en el cerebro de Napoleón al ver delante de sí el sepulcro del Gran Federico, al coger entre sus manos la espada de aquel rey-soldado? ¿La humilde tumba del Tasso, no es deudora á Lord Byron de una de sus mas sentidas composiciones? La Francia cuenta en su diadema literaria una de sus mas brillantes perlas nacida sobre las tumbas de distinguidos héroes.

Desviados un poco de nuestro objeto hemos dejado á los siglos de la antigüedad sin desentrañar de sus páginas los hechos que á las nuestras nos atañen. Tomemos desde la creacion del mundo la exposicion de esos hechos. Los primeros capítulos de la historia están envueltos en las sombras del misterio, como lo están los primeros siglos de la vida humana; pero en medio de esa incertidumbre histórica, en medio del oscuro horizonte del tiempo, brilla un astro puro y radiante como el sol en el horizonte del mundo. Este astro es Homero. Coloso de la inteligencia que marcó con su brazo la senda del saber y el camino de la desgracia. Cantando los versos de su inmortal Iliada recorría los pueblos de la Grecia para ganar un miserable óbolo. Después de Homero, todos los filósofos griegos, todos los profundos oradores, todos los hombres distinguidos de esa na-

cion, cuna de la civilizacion del mundo, sufrieron por su talento las mas crueles privaciones y algunos de ellos la muerte. Diganlo sino Arquilocho, cuyos versos fueron prohibidos en Atenas; Esopo, que después de haber vivido en la esclavitud murió despenado en Delfos; Cimón, condenado al ostracismo por intrigas del famoso Pericles; Anaxágoras, acusado de querer explicar las obras de Dios y encerrado en una prision; Sócrates, sentenciado á muerte y envenenado; Platon acusado por las alusiones de sus escritos; Demóstenes silbado en la tribuna y abofeteado en público. No he concluido todavía; la historia del genio es un manantial inagotable de semejantes hechos. Después de algunos de los sabios que hemos citado y coetáneos de otros, aparece el divino Sofocles, uno de los escritores mas fecundos de la antigüedad y del cual solo muy pocas obras han llegado á nuestros dias. ¡Acaso hayan hecho con ellas lo que con las obras de Arquilocho y de Protágoras! ¡Acaso hayan servido sus ilustres páginas para iluminar la plaza pública de Atenas! Sofocles, pues, acusado de demente por sus hijos, compareció ante el Areópago, ante ese inflexible tribunal que hizo justicia al poeta trágico condenando á sus detractores al oprobio. ¡Primera y única victoria del talento sobre la calumnia! No sucedió así con Hisperides, rival de Demóstenes, que cayendo en poder de Antiparos le hizo matar; con Menandro muerto de pesadumbre por verse injustamente pospuesto á todos los escritores de su tiempo; con Cicerón asesinado cerca de Fornies; con Ovidio muerto en el destierro; con Teócrito, mandado degollar por Hieron, rey de Sicilia; con Pitágoras, asesinado en una conmocion popular; con Anaxandrido, sentenciado á morir de hambre; con Juvenal, el primer satírico de la antigüedad, desterrado por quejarse de la miseria en que yacian los que á las letras en su tiempo se dedicaban:

cum jam celebres notique Poëte

Balneolum Gabiis, Romæ conducere furnos

Tentarent; nec foedum alii nec turpe putarent

Præcones fieri (1)

Por eso aconsejaba á su amigo Telesino que si su hijo tenia ingenio le diese la carrera de músico, y si no le hiciese pregonero. ¿Y no era mejor alquilar los baños de Roma ó de los Gabios que verse, como Jenócrates, encerrado en una cárcel por no poder pagar el impuesto que en Atenas se exigía á los extranjeros? ¿No era mejor hacerse músico ó pregonero que pedir una limosna, como Jenofanes en el destierro, para sostener á su familia? El mismo Juvenal se acuerda en la sátira que hemos citado de la llorosa Clío, á quien suponen inventora de la historia, que abandonando los valles de la fuente Aganipe, llamaba á los palacios de los grandes mendigando su sustento muerta de hambre y de cansancio. Por eso los que en su corazon rendian culto á esa diosa, pagaban con sus desgracias un tributo á esa divinidad.

Muchos y muy ilustres hombres hemos citado, los cuales bastarian por sí solos para probar que el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida; pero olvidaremos á Herodoto que, aun cuando su existencia sea problemática, se quiso que compusiese en el destierro los primeros libros de su famosa historia? ¿á Píndaro multado por haber alabado á los atenienses en una de sus odas? ¿á Séneca calumniado y sentenciado á abrirse las venas? ¿á Horacio confiscado su patrimonio? ¿á Eurípides desacreditado por el eco de la envidia? ¿á Eratóstenes.... mas ¿á qué cansar á nuestros lectores con tan prolífica como dolorosa tarea? Escritos están en la historia los nombres de Eurípides, Fidas, Demócrito, Aristofanes, Piteas, Esquilo, Safo, Jenofonte, César, Epaminondas, Tucídides, Bruto, Casio y tantos otros que ocultan bajo el velo de su celebridad el cuadro de sus padecimientos.

Dejemos ahora esa época tan remota como floreciente; atravesemos el Gólgota, aunque arranque nuestras lágrimas el ver allí espirar al mayor genio del mundo, al Hombre-Dios, y escribamos segun el órden con que nuestra memoria nos los reproduzca, los nombres de los que llevaron en su corazon el sello del genio y en su frente el anatema del réprobo. En el mismo siglo que J. C. floreció el ilustre Plinio, general y compilador infatigable que deseando leer en las entrañas de la tierra la causa de sus fenómenos, fué envuelto entre la lava del Vesubio que arrebató del mundo las ciudades de Herculano y de Pompeya. Después de esta época hay un vacío inmenso en la bibliografía del saber, y las horas de muchos siglos sonaron al compás de las batallas de que era teatro el universo entero. La voz del genio se apagaba con el ruido de los combates, y los que llevaban la palma de la inmortalidad y de la victoria al frente de sus legiones, cayeron mas tarde agoviados por el peso de sus lauros. A la guerra universal sucedió la paz, al ruido el silencio y la voz imperecedera del poeta cantó entonces la historia de tantas luchas. El Tasso describió la marcha de las huestes de Godofredo al través de las llanuras de la Tierra-Santa, y el autor de la *Jerusalén libertada* fué sentenciado á muerte á la edad

de ocho años y anduvo proscrito toda su vida. Ariosto, llamado por Voltaire el mas grande de los poetas modernos, cantó los fabulosos hechos Carolingianos, y el autor del *Orlando furioso* hubiera muerto de hambre si el duque de Ferrara no le protejera. Camoens concurriendo al descubrimiento de las Indias escribía su inmortal poema con la enérgica entonación de estos versos:

*Cesse tudo ó que á Musa antiga cantu
qu' outro valor mais alto se levanta,*

y el autor de *Las Lusíadas* abandonó á su patria con las sentidas palabras que muchos siglos antes vertiera Escipion al salir desterrado:

Ingrata patria, non possidebis ova mea.

El vate lusitano no fué profeta; volvió á Lisboa para morir en un hospital y para que sus cenizas se perdieran entre el polvo de las pasadas generaciones (1). Ercilla pintaba la insurrección de Arauco y el primer épico español salió desterrado de la ciudad de Chile, después de haberle conmutado la pena de muerte. Y Ercilla, el poeta guerrero, el protagonista de *La Araucana*, había blandido también su espada, como Garcilaso, que cantaba sus versos de amor peleando sobre la candente arena del Africa y en su destierro en una isla del Danubio. Como Lope de Vega, inagotable ingenio que á pesar de haber recibido inmensos laureos en el campo de batalla y de la escena, legó á sus descendientes la pobreza inherente al genio (2). Como lord Byron, que después de haber sido el blanco de la gaceta de Edimburgo, fué á combatir por la independencia griega, abandonando para siempre á su patria en la cual *no queria morir*:

...if for the and cloudy clime

Where I was born, but where would not die (3).

Como Cervantes que regó con su sangre las aguas de Lepanto y vino á escribir á un inmundo calabozo su inmortal poema. Como Cervantes cuyas cenizas yacen ignoradas y cuya efígie han rodeado de hierros cruz si no bastase á sus padecimientos la cautividad de su vida. Con razon, al ver la estatua de este grande ingenio, exclamó un poeta moderno:

*Si es pedestal ó túmulo se ignora:
mas sin duda temieron que indignado
de la piedra en que está salte á deshora
segun se ve de hierros circundado.*

¡Ah! Y si el infortunado autor del Quijote hubiera existido medio siglo antes, las páginas de su obra servirían para alimentar las hogueras de la superstición que las cortes de Valladolid levantaban para todos los libros de su época (4). ¡Oh mares de la inteligencia que han llenado el mundo de cenizas sin tener en cuenta que sobre la lava que recdea los volcanes la vegetación es mas frondosa y mas lozana! Ellos son los que han proscrito la Biblia, ese poema universal que tiene por base el Génesis y por cúspide el Apocalipsis, que tiene por cuna el primer día de la creación y por sepulcro el último de los siglos; ellos los que han querido compartir la gloria de Erostrato para llevar á la posteridad el renombre de incendiarios. Por eso la corte de Roma redujo á cenizas los escritos de Juan Huss y de Giordano Bruno mientras subían al patibulo estos célebres reformadores. Por eso los tribunales del oscurantismo mandaron quemar por mano del verdugo la obra del famoso historiador Mariana *«De rege et regis institutione.»* Por eso el congreso republicano de Ginebra condenó al *Emilio*, y Rousseau, el lacayo de la condesa de Vereclis, abdicó los derechos de ciudadano. Por eso, en fin, los jesuitas del tiempo de Pascal, anatematizaron á este filósofo profundo. Con otros emplearon distintas armas sacadas del provisto arsenal de su rencor y su ignorancia. ¿Qué han hecho sino con Cagliostro, que después de recorrer proscrito toda la Europa, fué denunciado á la inquisición de Roma y encerrado en el castillo de san Angelo por toda su vida? ¿Qué con Schubert, olvidado trece años en la fortaleza de Asperg, cuando había de ser mas tarde el genio tutelar de la Alemania? ¿Qué con fray Luis de Leon sepultado cinco años en las cárceles del Santo Oficio por haber traducido *el cantar de los*

cantares? ¿Qué con Harrington, Cardan, Vanini, Telesio, Ramus, Spinoza, Montaigne, Santa Teresa de Jesus y otros mil apóstoles de la humanidad, que han corrido perseguidos la senda de su vida, sin hallar, como los fugitivos israelitas, una tierra de promisión?

Sobre la sociedad que así ha tratado á los hombres mas ilustres de los pasados tiempos, debía recaer la execración de las futuras generaciones, como sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra ha recaído el fuego del cielo, digno castigo de su depravación y su molicie. ¿Con qué derecho nuestros antecesores han borrado del acta testamentaria de sus prohombres el catálogo de sus obras, el patrimonio de sus hijos, la herencia secular de la humanidad entera? ¿Con qué derecho han grabado sobre las puertas del saber esta inscripción con que el Dante, poeta divino, condenado á ser quemado vivo, describía la senda del infierno?

Per me si va nell' eterno dolore.

¡Genios del porvenir! rompéd el padron de vuestra gloria si habeis de seguir la huella de vuestros predecesores. ¿A qué la inmortalidad, si ese nombre es la venda que encubre una vida de amargura?.. Arrojad al fuego vuestras obras, como Bocaccio y Figueroa antes de mendigar su luz pública como Saint Simon. Bajad á la tumba sin revelar al mundo vuestro ingenio como Andrés Chenier, antes de que os echen de vuestra cátedra como á Gall y Paracelso, ó de que os apedreen en medio de la calle por enseñar vuestras doctrinas, como á Raimundo Lulio. ¿Esperais, acaso, alguna recompensa por vuestros afanes? Acordaos de Wethneys, que hizo la fortuna de los Estados Unidos y murió de miseria en un granero: de Murillo, que legó á su patria un renombre en las bellas artes, y recorrió descualzo las calles de Sevilla: de Cristobal Colon, que dió un mundo á Isabel I, y á quien la misma reina mandó cargar de cadenas. ¡Cristobal Colon! ¡oh! dadme la historia de esos famosos viajeros que han impreso su nombre sobre el mapa del universo. Abramos ese libro por cualquiera parte y leamos: Magallanes, rechazado de su patria y alanceado por los salvajes de Maltau: Cook, muerto á traición en una escaramuza entre los indios: Hudson, víctima de su tripulación y abandonado sobre el mar en una chalupa: Mungo Park, asesinado cuando quiso descubrir el desagüe del Nilo: Le Vaillant, encarcelado como sospechoso, y próximo á subir al cadalso: Bering, La Perouse, Nuñez de Balboa, Le Maire, Dufresne, Urbille, Badia, todos han demostrado con un fin trágico la suerte reservada al genio. Y si en vez de ese libro cogemos el de los hombres que han brillado en las ciencias y en las artes, de los que con sus teorías y sus aplicaciones mecánicas han dado á la civilización un impulso gigantesco, vereis reflejado siempre el mismo cuadro, la misma imagen con colores mas ó menos vivos. Y en prueba de ello ved á Fulton espulsado de Francia como un charlatan: á Silvestre II acusado de mágico por haber inventado los relojes de muelle: á Brunel y Papin espatriados: á Sennefelde morir en la mayor miseria: á Dolomieu sepultado en los calabozos de Sicilia: á Harbey perseguido por haber descubierto los misterios de la organización humana: á Condorcet suicidado; y por último, á Kepler, Pilatre des Rosiers, Agricola, Leibnitz, Francoeur y otros muchos que en este artículo llevamos ya citados.

En vano es querer ahogar á la inteligencia en su cuna, como es vano intentar detener á la humanidad en su marcha. Para el vuelo del pensamiento no hay cadenas, como para el giro del sol no hay obstáculos. ¿Qué importó haber sumido en hondas y lóbregas prisiones á Milton, Silvio Pellico, Voltaire, Marmontel, si de la oscuridad de un calabozo ha salido la brillante aureola del autor del *Paraíso perdido*; si de la fortaleza de Spitzberg brotaron *Mis prisiones*; si dentro de los antiguos murallones de la Bastilla se han escrito *La Henriada*, *Edipo*, *Los Incas* y otras muchas obras? ¡Ah! El recuerdo de la Bastilla ha llevado mi memoria á una época azarosa para el genio y á una nación fecunda en sangrientas revoluciones. Lacroix, Malesherbes, Lavoisier, Cazotte, Bayli, Carnot, Mad. Staël. ¡Qué de nombres bullen en mi cabeza! ¡Genios ilustres que han llenado con su fama al orbe entero, y que han sido el blanco de los vaivenes políticos de su patria! Y cuántos descendieron de la tribuna parlamentaria, el cenit de su reputación futura, para arrojarse en el patibulo revolucionario, e ocazo de su borrascosa existencia! ¡Cuántos desde el Capitolio marcharon á la roca Tarpeya!... Apartemos la vista de semejantes horrores; aunque en el cuadro que intentamos bosquejar no hallemos donde fijarla sin estremecernos.

Y en verdad, ¿á dónde dirigirnos que veamos al genio sobre los altares de la estimación pública? ¿Le hallaremos en la escena, en ese daguerreotipo social sobre el que Maizeux reprodujo las costumbres de su época, caminando mas tarde para el destierro, faltar de salud y de medios de subsistencia? Quizá bajo la máscara de Thalia se oculte la alegría de Momo. Alcemos el telon de las reputaciones dramáticas. En el proscenio vemos á Shakespeare silvado en un teatro de provincia: á Calderon reputado por loco después que ha escrito *la vida es sueño*: á Goethe huyendo del mundo para encerrarse

(1) El terremoto que asoló á Lisboa en 1755 hizo desaparecer la sepultura de Camoens bajo los escombros de la iglesia de santa Ana. Después nadie se acordó del depósito que aquella iglesia contenía.

(2) En su testamento, otorgado la víspera de su muerte, se lee lo siguiente: «... y la dicha mi mujer traje por dote suyo á mi poder 22,582 rs. de plata doble, e yo la hice de arras 500 ducados, de que otorgué escritura ante Juan de Pina, y de ellos soy deudor á doña Feliciania Felix del Carpio, mi hija única y de la dicha mi mujer...»

«Declaro que la dicha doña Feliciania, mi hija, esta casada con Luis Usategui, y al tiempo que se trató dicho casamiento le ofrecí 5000 ducados de dote, comprendiéndose en ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo materno... y respecto de haber estado yo alcanzado no he pagado ni satisfecho por cuenta de la dicha dote maravillas ni otra cosa alguna...»

(3) Byron.—The prophesy of Dante. Dedication.

(4) En las cortes de Valladolid de 1535 se pidió (peticion 107) que en atención al daño que había hecho y hacía á los hombres malos y doncellas y otros generos de gentes leer libros de mentiras y vanidades como un Amadis y todos los libros que después de él se han fugido de su calidad y lectura, y copias y farasas de amores... manda S. M. que ninguno de estos libros, ni de otros semejantes, se los ni imprima ni graves penas, y los que ahora hay los mande recoger y quemar, etc.

en el castillo de Weimar. En segundo término aparecen: Corneille, el gran dramático de Luis XIV, suspirando por alimento antes de espirar: Lope de Vega, que pide en su testamento un empleo para su hijo político: Sabage entregándose á la corrupcion para olvidar su miseria: Racine silvado en su tragedia *Fedro*: Moratin, que abandona á su patria y exhala su postrer aliento en pais extranjero: Moliere, que lleno de disgusto espira haciendo el papel de *el enfermo imaginario* en su comedia de este nombre. ¡Ah! Los bastidores de la escena teatral simbolizan la escena del mundo: á lo lejos la ilusion asombra: de cerca la verdad conmueve.

¿Hallaremos la felicidad del genio en el seno de la vida privada, en los brazos del amor? No; porque allí nos encontramos con el *that fatal she* del cantor de Childe Harold y los nombres de Macías, Rodriguez del Padron, Petrarca, Byron, Schulze y Larra nos demuestran lo contrario. ¿La hallaremos en la festividad de su estilo? Ved á Etienne Jouí, que bajo el pseudónimo de la *Chaussée d'Antin* describe las costumbres de su época, abandonando á la Francia por no subir al patíbulo. A Quevedo, que despues de siete años de encierro escribia con la hiel en el corazon y la risa en los labios el sabido romance:

*Parióme adrede mi madre:
Ojalá no me pariera....*

A Walter Scott, sucumbiendo bajo el peso de los trabajos que se habia impuesto para reparar su fortuna. A Lafontaine, que hubiera caido en la miseria si M. La Sabliere no le tendiese una mano protectora. A Larra, que salpicando de gracias sus inmortales artículos, describia de una plumada el corazon del hombre, leyendo en el suyo este espantoso letrero: *aquí yace la esperanza*. Larra, que con un escepticismo devorador solia esclamar: *mi vida es una cadena de males*, y que por eso rompió sus eslabones con el plomo mortífero de una pistola. ¡Genio infortunado que debe á la amistad el oscuro asilo en donde reposa, y á la imprudencia un epíteto que pesa sobre sus cenizas!....

Recorriendo los relieves de la Historia, trazando nuestra pluma los contornos de las figuras que mas en sus páginas sobresalen, hemos llegado al siglo actual, y si bien citamos algunos personajes que en él han florecido, otros nos quedan todavía para dar la última pincelada al primer término de nuestro lienzo. Tomemos de la paleta las tintas del dolor y escribamos el nombre de Espronceda! El Byron español que, semejante á un meteoro atravesó raudalmente la órbita de su existencia para dejar en pos de sí un rastro de luz radiante, inextinguible. *Desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria*, ha dicho Chateaubriand; y la gloria del autor del *Diablo mundo* ha acrecido con su muerte prematura. Víctima de las discordias civiles, emigraba en la flor de su edad, arrojando en las playas de Lisboa el pequeño caudal que le restaba. Las continuas vicisitudes de su existencia agostaron su cansado corazon, y lleno de esperanzas murió como Chénier, golpeando su cabeza y exclamando: *¡Es lástima! ¡Algo tenía yo aquí!*

La Rusia posee tambien su Byron, que ha llamado Lemortoff; genio destinado á heredar el talento y la trágica muerte de su antecesor Pouchkine. La Alemania perdió á principios de este siglo al fecundo Kozeubue, asesinado por el estudiante Sand: la Hungría á Cazinex, encerrado durante siete años en las prisiones de Viena, y mutiladas sus obras por un inicuo tribunal.

Si dejamos el terreno de las letras para entrar en el de la ciencia política, veremos á Pitt en los matorrales de Pulteney, abrumado de deudas y muriendo en la mayor pobreza: al Divino Argüelles concluyendo sus dias en una estancia miserable: á Rossi asesinado en Roma; y aunque por incidencia retrocedamos algunos años mas, no queremos olvidarnos de Campomanes, que ha muerto en la desgracia: de Jovellanos, que insultado, proscrito y enfermo, apenas halló un asilo donde poder espirar: de Francisco Bacon, calumniado y preso por deudas repetidas veces: de Maquiavelo, en fin, decretado de complicidad contra el cardenal de Médicis, y aplicado á la tortura. Como un coloso que abarca la literatura y la política, colocaremos al autor de *Los mártires*, á Chateaubriand, que le habreis creído feliz porque ha ocupado los puestos mas distinguidos de su patria; pero que no lo era porque al mismo tiempo escribia en el prefacio de sus *Memorias de Ultra-tumba* lo siguiente: «Despues de haber vestido la piel del oso, que usa el salvaje, y el caftan de seda del mameluco, despues de haber padecido la pobreza y el hambre, la sed y el destierro, me he sentado como ministro y embajador, cubierto de oro, insignias y condecoraciones, á las mesas de los reyes, en funciones de principes y princesas, para caer luego en la miseria y probar los horrores de una prision.» Sus cenizas descansan en un rincón de la costa de Saint Malo, cual si hubiese querido huir del panteon que á los grandes hombres erigió la Francia reconocida. Panteon que hasta ahora ha dejado vacío el rencor de los partidos; pero que ofrece al genio la

dulce tranquilidad de la muerte (1). Italia ofrece en su suelo las tumbas de sus hombres mas ilustres, cual otros tantos panteones que son las fuentes de la inspiracion del genio. Inglaterra nos presenta un Westminster, para encerrar dentro de sus envejecidas paredes las cenizas de los Newton y los Shakespeare. España tiene la fosa comun y encima de ella la losa del olvido. Los hombres que han derribado la casa de Cervantes, y que quizás en estos momentos hacen lo mismo con la de Hernán Cortes, aunque se vea sobre su fachada la lápida en que consta su desgraciado fin: los que han escondido bajo la sombra columnata de un cementerio los restos de Calderon, Larra y Espronceda, solo tienen bronce para grabar sus títulos, nunca los títulos del poeta: solo tienen mármoles para alzar monumentos en holocausto suyo, nunca en holocausto del genio.

Esta es la historia del saber, este es el catálogo de los mártires del talento. ¡Desgraciados aquellos á quienes no se les puede decir estas palabras de Lamennais, del divino Lamennais, que el clero calificó de impío: *Vous n'avez qu'un jour à passer sur la terre, faites en sorte de le passer en paix!*.... ¿Y la suerte del genio será eternamente la misma? Su historia se escribirá siempre con sangre como las leyes de Dracon? Entre las sombras de la lucha á que el ser entero indudablemente se prepara, ¿no habrá un faro de salvacion para esos hombres que en medio de las borrascas conducen á salvo la humanidad errante? ¿Perecerán con ella?.... Entonces esclamemos como Latour (2). ¡Ah! ¡Sálvese al menos el culto del talento del naufragio de todas las ideas!

R. RUA FIGUEROA.

EL PUENTE DE CURZUL.

Las montañas del Cebrero dividen la vega del Vierzo del territorio perteneciente á la provincia de Lugo. Villafranca es la primera poblacion que recibe al viajero, despues de subir las laderas de un puerto donde se encuentran los vestigios de una elevada temperatura, y los frutos de una maravillosa vegetacion. La sierra del Cebrero no es una elevacion árida y pizarrosa como la que separa al Vierzo de la tierra de los maragatos, como Fuentebadon, donde elevándose el camino progresivamente, describe un arco de círculo, que el sol hace subir á una latitud tropical, ni tampoco es un apilamiento de montañas cónicas como Guadarrama, donde la nieve hace perpétuo asiento sobre la greñuda cabeza de los pinos seculares.

Bien dijo un célebre poeta de nuestros tiempos:—una montaña es un paisaje, lo mismo que una vela en el mar.

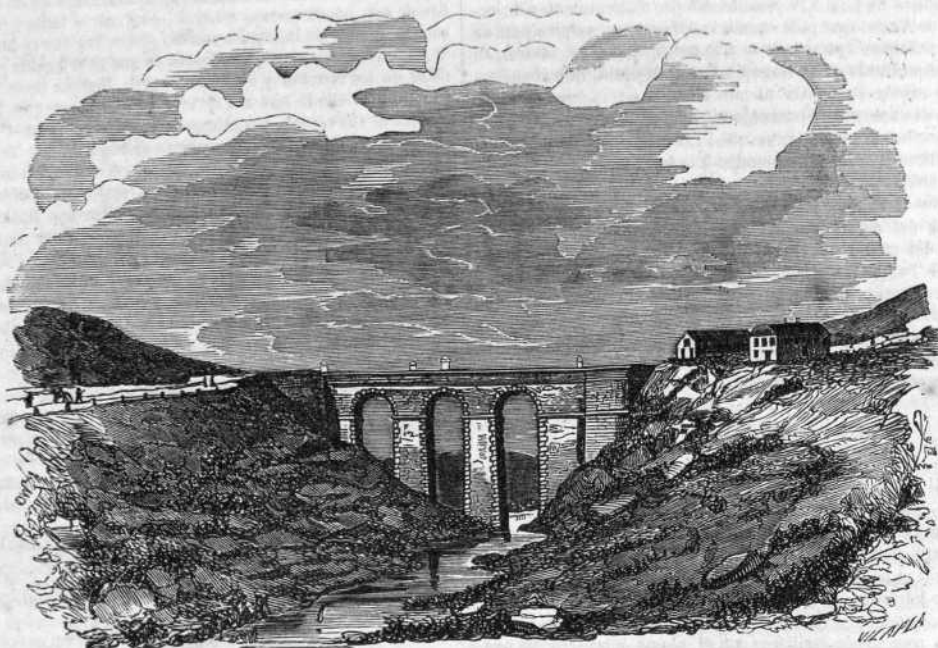
La sierra del Cebrero, inmenso remolino de cumbres unidas por derrumbaderos inaccesibles, pero revestidos de la sublime poesia de una naturaleza agreste y primitiva, presenta el carácter de esas montañas seculares donde el arte no se atreve, no sabemos si por miseria ó debilidad, á levantar sus pequeños monumentos.

El viajero, que dotado de una vigorosa organizacion, desea seguir con la vista la línea alterada á trozos por un escaso riachuelo, que aquí es pozo, allí cascada, mas allá álveo caudaloso por las corrientes despeñadas durante el invierno entre robles y castaños, y comprendiendo la magia irresistible de esas perspectivas espontáneas de la naturaleza, sube ó baja la espiral formada por la carretera en Piedrafitá, pareciéndose á una culebra colosal descansando al sol, encontrará en la sierra del Cebrero témpanos de hielo entre escarpadas rocas, y oasis de verdura al lado de bosques ruidosos, divisado en lontananza el humo de algunas chozas que no se ven, y el cual baja en tumbos perezosos por los derrumbaderos hasta desparramarse sobre el lino que el sol blanqueará. Entonces se perciben tambien acentos humanos que salen de entre las retamas, y que pasando de Peña en Peña se multiplican hasta perderse en una melancólica modulacion.

Las chozas de los habitantes del Cebrero tienen una apariencia primitiva, que contrasta con la feracidad de la sierra. En medio de un follage que dobla sus ramas sobre la carretera, ó bajo una cantera de granito, va ensanchándose un cono formado por cuatro maderos cubiertos de paja. Cada uno de estos es la choza de un pastor. Apenas tiene puerta: un pequeño muro cierra el espacio necesario para conservar los aperos de la labranza. Al revolver por un desfiladero ó subir por una ladera se encara el viajero con un semblante humano, grave y reposado, donde el sol ha marcado grandes y profundas arrugas. Es un habitante del Cebrero: en su fisonomía se echa de ver el reposo de esas organizaciones que combaten la canicula y la escarcha

(1) Los restos de una gran parte de los hombres mas distinguidos de la Francia, yacen confundidos con los de los mayores criminales. Entre aquellos citaremos á Mirabeau, el primer orador de los tiempos modernos, cuyo cadáver trasladaron dos agentes de policia desde el panteon al cementerio de Clamart.

(2) Biografía de Silvio Pellico.



Vista del puente del Curzul.

con el pecho descubierto y los pies descalzos. Para completar esta perspectiva de miseria en el hombre, y de esplendidez en la naturaleza, es sorprendido algunas veces por una bandada de palomas silvestres, que rompen su vuelo cerca de sus pies con el atolondramiento de una ave herida, que se precipitan por aquellos derrumbaderos, ó por dos milanos que, remontándose en círculos concéntricos hasta una inmensa elevación, caen con una prodigiosa violencia sobre el mismo lugar donde habían ascendido, reposando sobre una Peña de figura caprichosa, que ya se parece á un león, ya á una pirámide truncada, sobre su base. Los bueyes descansan en los remansos: los pastores haraposos parecen algunas veces por su inmovilidad la terminación de una cristalización calcárea donde están sentados.

En el pequeño lugar de *Castelo* empiezan las montañas del Cebreiro, territorio celebrado por los quesos que llevan su nombre, y que formados á la caída del otoño entre pedazos de un lienzo, que podía competir con el empleado en las velas de las embarcaciones, presentan la informe esterilidad de una elaboración salvaje. La carretera, á pesar de las revueltas que forma para hacer mas llevadera la elevación de las montañas, empieza á subir desde el puente de *Senra*. El viajero atraviesa los lugares del *Cerezal*, *Nogales* y *Becerreá*. Desde que se llega á *Doncos*, pueblecillo que corona la parte mas elevada de la sierra, empieza la bajada hasta *Villafraña del Bierzo*. En mulo de maragato es la jornada de un día: en la silla de postas, de algunas horas: se almuerza en *Villafraña* y se come en la *Coruña*. Entre los *Nogales* y *Doncos* se encuentra el celebrado puente de *Curzul*, cuya vista exacta y pintoresca presentamos á nuestros lectores al frente de esta página.

El puente de *Curzul* está situado á seis leguas y media de la antigua ciudad de Lugo, sobre el rio que lleva su nombre. El camino que lo empalma con las dos montañas sobre que está asentado, ha sufrido frecuentes y repetidas renovaciones, porque la poca solidez con que había sido construido y las grandes corrientes de agua que, desprendidas de la nieve caen en el invierno de la cumbre de la sierra, hacían intransitable uno de los desfiladeros mas peligrosos de la carretera de Castilla. De esta suerte se construyeron gruesos paredones y se desahogó el camino con espaciosas alcantarillas que permiten curso rápido y seguro á los torrentes que aumentan el cauce del rio *Curzul*.

En 1792 el ingeniero don José Machado, que dirigía la carretera de Castilla, para evitar que el camino bajase por una pendiente escabrosa y de difícil acceso, sobre unos fuertes pilares de remota antigüedad, y que habrían quedado tal vez abandonados por lo atrevido del pensamiento, concibió el colosal proyecto de elevar un puente que, salvando el precipicio, uniese las dos colinas, como el que mas tarde se había proyectado sobre el rio Ulla en S. Juan de Coba. Este proyecto, á pesar de los inconvenientes que presentaba, no solo por

su coste, sino tambien por su desempeño, fué llevado á cabo bajo una dirección hábil é inteligente. A pesar de que los materiales de construcción estaban en las próximas canteras, y que en la obra se emplearon mas de trescientos operarios vizcaínos, la construcción del puente de *Curzul* duró mas de veinte años.

Al revolver el viajero por la espiral que forma la carretera delante de sus arcos, reconociendo la cima estrecha sobre que está colocado, se admira el arranque atrevido de sus arcos y la línea de perspectiva que forman sus andenes. Durante el invierno no es un puente para un riachuelo, como se echa de ver durante las templadas estaciones, sino el dique de una corriente agitada por el sacudimiento del agua sobre las quiebras de las montañas, y briosas con los deshielos que se precipitan de las laderas.

La elevación del puente de *Curzul* es de 102 pies sobre el nivel del rio que lleva su nombre; pero su construcción es sorprendente por los andenes de piedras grandes de caliza azulada, dos plazuelas circulares en sus entradas, y seis pilares que le dan un realce extraordinario.

Después de presentar á nuestros lectores la descripción pintoresca de la sierra del Cebreiro, para reconocer con mayor exactitud la importancia y elevación del puente de *Curzul* como una construcción maestra del arte, debida al célebre ingeniero gallego don José Machado, terminaremos esta relación refiriendo un suceso que ha podido comprometer la solidez y duración de esta obra. En la retirada que hicieron las tropas españolas al comenzar la guerra de la Independencia en la provincia de Galicia, el general Mahy mandó volar uno de los arcos del puente de *Curzul* para evitar que el enemigo le alcanzase antes de rehacerse y prepararse á la defensa. Esta resolución no revelaba otro inconveniente que la falta de conocimientos topográficos, por cuanto á la pequeña distancia de unos cuarenta ó cincuenta pasos, el rio *Curzul* tiene un vado practicable, por el cual no solo podían atravesar los soldados, sino tambien las cureñas de la artillería y los carros de las provisiones.

Posteriormente fué renovado el arco reventado, y en la actualidad se presenta al viajero con el carácter de duración y solidez que imprime á las obras de arquitectura el aplomo y la inteligencia.

Setiembre—1849.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

UN DIA DE CAMPO.

- Digo á Vds. que me es imposible: lo siento; pero...
 —Vamos, no hay remedio: vendrá V., ó de lo contrario perdere-
 mos las amistades. ¡No faltaba mas!
 —¡Pero si no puedo!...

—¡Pues no ha de poder V.! Esas son disculpas. ¿Qué tiene V. que hacer?

—He dado palabra á un amigo de estar en su casa á las dos y media.

—Con los amigos siempre se tiene cumplido.

—Pero es preciso, porque acaba de llegar de provincias y...

—Nada: el muchacho irá á decir á ese amigo que le han comprometido á V. á quedarse á comer en cualquiera parte.

—No, no: es inútil. Tengo también que hacer dos visitas.

—¿No está V. siempre diciendo que le empalagan las visitas, y que primero se dejaría emplumar que...

—Sí: pero hay circunstancias en que es indispensable hacerlas.

—Concluyamos: V. no quiere venir con nosotros porque tal vez le desagrade nuestra compañía: en ese caso no hay mas que hablar.

—Me ponen Vds. en un grave compromiso.... Iré donde Vds. gusten: desde este instante estoy á su disposición.

Este diálogo tenía lugar en Madrid, día 24 de junio á las diez de la mañana, poco mas ó menos (soy partidario de la exactitud en las fechas) en casa de don Toribio de..... Interlocutores: el supradicho señor y mi humilísima humanidad. Testigos presenciales: la muger de don Toribio y su hija Pepita. Por aquí he debido empezar, pero ya no hay remedio.

Fáltame decir lo que motivó la escena anterior, y lo haré en breves palabras. La casualidad, que dispone las cosas á su antojo y no siempre á nuestro gusto, hizo que yo me hallara el referido día en casa de mi amigo don Toribio, y que llegara en la peor ocasión del mundo, cuando estaban tratando de un día de campo. Así me lo dijeron, invitándome al propio tiempo á que formara parte de la caravana. Me escusé como pude, pero en vano. Despues de una acalorada discusión me vi obligado..... pero esto ya lo saben mis lectores.... ¿Dónde estábamos?... ¡Ah! pronunciando yo aquellas terribles palabras:—Desde este instante estoy á su disposición.

—Así me gusta,—esclamó don Toribio:—ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos. El día se presenta hermosísimo. Tomaremos un coche y saldremos á las once, porque hemos de ir lejos, lejos, al aire libre. ¡Oh! el campo es lo mas delicioso.... ¿No es V. aficionado al campo?

—Sí: me gusta.... Alguna que otra vez he salido á pasear.... Pero hace tanto calor....

—¡Qué! no diga V. eso; en el campo siempre hace fresco.... Vamos, vamos: son las diez dadas y no hay que perder tiempo. A ver, Juan; á buscar un coche, pronto, que sea cómodo, capaz, bien suspendido....

—Voy corriendo, señor.

—Mira: si pudieras encontrar aquel en que fuimos á Vallecas hace dos meses.... ese sería el mas á propósito; tiene buenos caballos.... Pero no te detengas, trae el primero que encuentres.

—Bien, señor.—Y salió el criado.

—Se ha de divertir V., estoy seguro.... ¡Ah! ¿dónde está Juan?

—Ya marchó á buscar el coche, dijo doña Andrea, es decir, la muger de don Toribio.

—¡Voto va! se me olvidó.... Aun puede que se le alcance á ver desde el balcon.... Allí va.... ¡eh! ¡muchacho! ¡Juan!.... Que no vayas á traer un tres por ciento.... ¿Cómo?... Bien, sí; pero no tardes.

—Hombre, no des esas voces, que alborotas la calle.

Me olvidé decir que don Toribio habitaba un tercer piso, y que aquella casa tenía entresuelo.

—¡Qué importa!—dijo don Toribio entrando en la sala;—pues no faltaba mas, que no tuviera una libertad para llamar á su criado desde el balcon.... Pero ¿qué haces que no vas á aviarte? ¡Qué calma tenéis, Dios mio!... es para desesperar á cualquiera.... Y V. ¿piensa ir en ese traje?—añadió dirigiéndose á mí.—¡Qué disparate! Para el campo la peor ropa. Síle viniera á V. una chaqueta mia de tela.... Probaremos.... A ver, quítese todos esos adefesios, la levita, el chaleco, los guantes, la corbata.... ¿Le oprimen á V. las botas?

—No señor, no: me están bastante desahogadas.

—Porque se las podía V. quitar y ponerse mis zapatos de caza.

—No hay necesidad.

A los dos segundos me hallé en mangas de camisa; y tal era mi turbación, que habia empezado á desabotonar los tirantes para desnudarme también los pantalones; pero salí de mi estupor al ver aparecer á don Toribio trayendo en la mano una especie de chaqueta de mahon.

—Ea, aquí está. Algo ancha le será á V., pero eso no importa: estará V. mas desembarazado.

Envolví mi cuerpo en aquel saco sin decir palabra pero sudando tinta.

—¡Eh!... ¡magnifico!... Le sienta á V. divinamente... Voy ahora á buscar una gorra de camino, ó cualquier cosa....

—No: no hay necesidad.

—¡Pues no faltaba mas! ¿Quiere V. estropear el sombrero en el coche?

Don Toribio era hombre de una estatura colosal (habia sido Guardia de Corps) y de una crasitud mas que mediana: añadid á esto que era sumamente aficionado á gastar holgada la ropa, y formareis una idea aproximada de la rara figura que haria un individuo de cinco pies escasos y robusto como una prima de guitarra, dentro de una chaqueta de mahon del uso del referido señor. Ademas, la esposa de don Toribio era toda una muger de gobierno y económica, y habia sabido utilizar estas cualidades aplicando á una levita azul del mayorcito de sus hijos los botones de la chaqueta de mahon de su marido.

—Esto será bueno,—dijo don Toribio, volviendo á aparecer con un grotesco gorro de algodón, de figura cónica, encarnado y blanco, y cuya descripción seria agena de este lugar y mas propia del *Journal des Tailleurs*.—Perfectamente: ya está V. hecho un milord.... Pero ¿qué hará mi muger?... ¡Qué calma, Dios mio! ¡Andrea!

—¿Qué quieres, hombre? ¡Si no dejarás en paz!—dijo doña Andrea entrando en la habitación con su hija Pepita, que tendria unos once años. Ambas venian hechas unas miladys, segun la espresion de don Toribio; con esto me dispense de hacer una pintura de sus trages.

—¿Está todo corriente?—preguntó su esposo.

—Sí: ya está todo.

—¿Y los chicos? ¿están vestidos?

—Sí: ya están.

—¿Habeis arreglado la preveencion?

—Sí, hombre, sí.

—¿La habeis colocado por último en el cesto grande?

—Sí: ya está.

—Bien: pues entonces ya podemos echar á andar.

—Pero ¿ha venido Juan con el coche?

—¡Voto va!... pues tienes razon.... ¿Qué diablos hará aquel gaxnápiro tanto tiempo por allá?... Y ¿cómo habeis puesto el pavo? ¿En pepitoria?

—¿No te he dicho ya que no; que le hemos mandado asar?

—Tal vez no le gustará asado á don Fernando.... ¿Cómo le gusta á V. mas el pavo, asado ó en pepitoria?

—De cualquier modo, contesté.

—Bien, pero díganos V. francamente....

—¿No le digo á V. que me gusta de cualquiera manera?

—Pero ¿á que le gusta á V. mas en pepitoria?

—Sí; es verdad: en pepitoria....

—¿Lo ves, muger? Si en cosa que vosotras pongais mano lo habeis de echar á perder siempre. Y eso que se lo dije: ponle en pepitoria; pues no señor; por lo mismo ha de ser asado....

A este tiempo entraron los dos hijos de don Toribio.

—Papá, ¿cuándo nos vamos?—dijo el menor, que tendria unos seis años—yo quiero ir en coche contigo....

—Sí, hijo, sí.... Pero ¿dónde mil rayos estará aquel badulaque? Ya hace tres cuartos de hora que salió.... Me parece que para buscar un coche no se necesita tanto tiempo.

—Di, mamá: ¿viene con nosotros don Fernando?—preguntaba Federico, el mayor y el mas travieso de los dos:—¡ay!... mira papá... don Fernando se ha puesto tu chaqueta.... Papá....

—¿Qué quieres, hijo?... ¿Si le habrá sucedido algo?... ¡tanto tardar!

—¡Papá!... mira....

—Me parece que tendré yo que salir, porque si no....

—¡Papá!—repetía Federico, cada vez mas impacientado y tirando á su padre de los faldones de la levita.—Papá....

—Hijo, por Dios.... ¿qué quieres?... Me estás atormentando la cabeza con tus chillidos.

—Que don Fernando se ha puesto tu chaqueta.

—Bien, sí: ya lo se; déjame en paz.

—Y el gorro que llevó Juan á las máscaras, añadía Carlitos.

—¡Qué mal parece don Fernando con la chaqueta de mi padre!—esclamaba Federico.—Y no se le ven las manos....

—Vámonos, papá, que ya es tarde—decía Carlitos.—¡Ay! mira... dice Federico que yo no voy á comer tortilla con jamon.... ¿Verdad que sí?

—Sí, hombre, sí. ¡Ya estás pensando en comer!

A este tiempo sonó la campanilla.

—¡Gracias á Dios!—esclamó don Toribio, lanzándose hacia la puerta.—¡Ya era hora!... Pero hombre ¡qué pelma eres! Una hora para buscar un coche, que es cosa de diez minutos.... Vamos, vamos,—añadió dirigiéndose á nosotros.—Son las once y no hay que perder tiempo.... ¡Juan!

—¡Señor!

—¿Digiste que esperará á la puerta?

—¿Quién, señor?

—¡Qué torpe eres!... ¿Quién ha de ser? el coche.

—Pues eso iba á decir: que no le he encontrado.

—¿Cómo que no?

—Me he cansado de correr por todas partes, y no he podido dar con ninguno: todos están tomados.

A estas palabras, don Toribio dió una fuerte patada en el suelo, echó un voto, se puso pálido, y con un temblor convulsivo tomó el sombrero y se dirigió á la puerta.

—¿Dónde vas?—preguntó su esposa.

—A traer una docena de coches antes de cinco minutos:—contestó furioso y salió.

Los muchachos que empezaban á ver desvanecidas sus esperanzas de ir en coche y comer tortilla con jamon, dieron principio á un duo de lamentos en octava alta, que no habia timpano cristiano que pudiera escucharle. Doña Andrea se esforzaba inútilmente en ponerlos unisonos por medio de amenazas que de cuando en cuando los dirigia. El concierto se hacia de todo punto insoportable, hasta que la mamá-directora tomó el partido de marcar el compás con un zapato alternativamente sobre las espaldas de los jóvenes cantantes. Con aquella leccion de solfeo las disonancias se hicieron menos desgarradoras; pero continuaba el duo *sotto voce*; y solo despues de mucho tiempo se pudo lograr que llegáran al *allegro*, y fué cuando entró don Toribio, y con voz de bajo profundo debutó: «el coche espera.»

Todos nos pusimos en movimiento á esta señal. Bajamos la escalera.... Efectivamente, á la puerta de la calle vimos parado un coche (por lo menos así le llamaba don Toribio).

—Ea, ir subiendo, dijo este.—¿Se olvida algo, Andrea?

—Me parece que no... ¿Has dicho á Juan que baje la prevencion?

—Aqui está.—Y apareció el criado cargado con un enorme canasto.

Fuimos entrando en aquel cajon con ruedas, que, aunque bastante espacioso, no lo era tanto que pudiera dar cómoda acogida á cuantos iban subiendo. Doña Andrea, muger de una humanidad mas que regular, necesitaba la mitad del carruage: se acurrucó con su hija en la testera, con lo que quedó aquel asiento inhabilitado para contener ningun otro ser viviente, aunque hubiera sido una lagartija. Era preciso ver cómo se acomodaban las personas restantes, á saber: don Toribio (por Dios, no olvidarse que habia sido Guardia de Corps); Federico, Carlitos, el cesto (este no sé si habria sido Guardia de Corps, pero tenia para ello excelentes cualidades), y una chaqueta de mahon de don Toribio, dentro de la cual iba perfectamente metido el que relata. Todos estos objetos entraron en el coche; yo no os diré cómo, pero es lo cierto que entraron. Don Toribio y yo ocupamos el asiento vacante; Carlitos se acomodó sobre las rodillas de su hermana; Federico sobre las de su padre, y el cesto sobre las mías.

Toda la gente que pasaba por aquella calle, que es de las mas transitadas de la corte, se detenía alrededor del coche á gozar del espectáculo que tan oportunamente se les presentaba. Yo estaba corrido al ver aquella turba de importunos que celebraba con grandes risotadas el cuadro vivo del género grotesco con que les obsequiábamos gratuitamente. Deseaba, por verme libre de sus insolentes miradas, que estallara una revolucion, que hubiera un terremoto, un huracan, un diluvio, ó que echara á andar el coche. Al fin sucedió esto último, que era á mi modo de ver lo mas difícil, y que me hizo creer en la posibilidad de veralgún día volar á un buey sin alas, y moverse una diligencia sin caballos: tan débiles me parecieron los que aparentaban tirar de nuestro coche. Los alegres espectadores de la calle nos despidieron con una salva de aplausos, y nuestro carruaje empezó á rodar magestuosamente en direccion de la Puerta de Toledo.

Entonces don Toribio sacó su reloj de caja de concha y dijo: las doce, aun tenemos tiempo.

Hacia un calor horroroso. El coche no tenia cortinas ni persianas, ni cosa alguna que pudiera debilitar al menos la luz del sol, que entraba por la ventana mas próxima al sitio que yo ocupaba. Así es que el sol por una parte; las rodillas de doña Andrea, colocadas en frente de mí, por otra; los pies de Federico, que me acariciaban de vez en cuando las espinillas con sus bruscas sacudidas, el humo del cigarro habano que fumaba don Toribio; y mas que todo el descomunal canasto, al que iban sirviendo de cimientos mis rodillas, y que me abrumaba bajo su peso; todo esto me hacia renegar del genio campestre de don Toribio, y me tenia cargado hasta no mas.

—¿Qué es eso, hombre? No parece sino que vá V. disgustado.... ¿Le incomoda á V. el canasto?

—No señor, no: voy perfectamente.

—¡Qué diablo! Es preciso sufrir un poco: todo es una hora de mal camino. No le pesará á V.: ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—¿Qué calor!—esclamaba doña Andrea agitando su abanico.—Ha sido una locura salir á estas horas: ¡es insoportable!... En metiéndosete una cosa en la cabeza aquello ha de ser... Voy á ponerme mala... ¡Uf!...

—Mira, Andrea, si has de empezar con tus letanías mas vafe qué te vuelvas á casa... Es tontería, donde hay mugeres...

—Mamá tiene razon, decia Pepita: yo estoy sudando...

—Pues, hija, aguantarse: tambien yo sudo y soy tan bueno como vosotras. No: si sé yo esto, nos hubiéramos venido solos don Fernando y yo.

—Y yo, papá, decia Federico con muy mal gesto.

—Y yo tambien, añadía Carlitos...

—Si, hijos, si: pero con vuestra madre y hermana no se puede ir á ninguna parte

(Concluirá.)

FERNANDO MARTIN REDONDO.



Una posicion difícil de conservar.

El artista no nos dice por qué concurso de azares ó de imprudencias ha llegado su héroe al estremo en que se halla. Se contenta con mostrárnosle sentado sobre los abrojos de hierro que guarneecen una barrera, sin poder bajar hácia la derecha porque un toro amenaza enristrarle con sus astas: hácia la izquierda porque dos mastines ladrarán con furor mostrándole sus aguzados dientes: hácia adelante porque hay un pantano, ni hácia atrás porque hay un cartel que le advierte que hay trampas! En esta posicion delicada, nuestro desgraciado personage dirige tristes miradas al cielo, único camino que le aparece espedito, pero en el que busca inútilmente el medio de salvarse.

¿Qué será de él rodeado por tantos peligros? Lo que les sucede á tantos neños ó aturdidos colocados como él entre pasiones que amenazan, acreedores que ladran, humillaciones que manchan, y bribones que están tendiendo siempre trampas.

¿Cuántas personas se reirán de este individuo, sin imaginarse siquiera que no están ellos mejor colocados en la vida que este pobre hombre en su barrera! Pero el ridículo necesita chocar á la vista para ser conocido fácilmente. Nadie comprende, por ejemplo, lo profundamente cómicas que son las oscilaciones de la inteligencia humana á caballo en el razonamiento, y cualquiera se reirá del labriego borracho que Lutero le dá por simbolo, y que, echado sobre su bucéfalo, se levanta del derecho para caerse al izquierdo.

LA HISTORIA.

Soneto

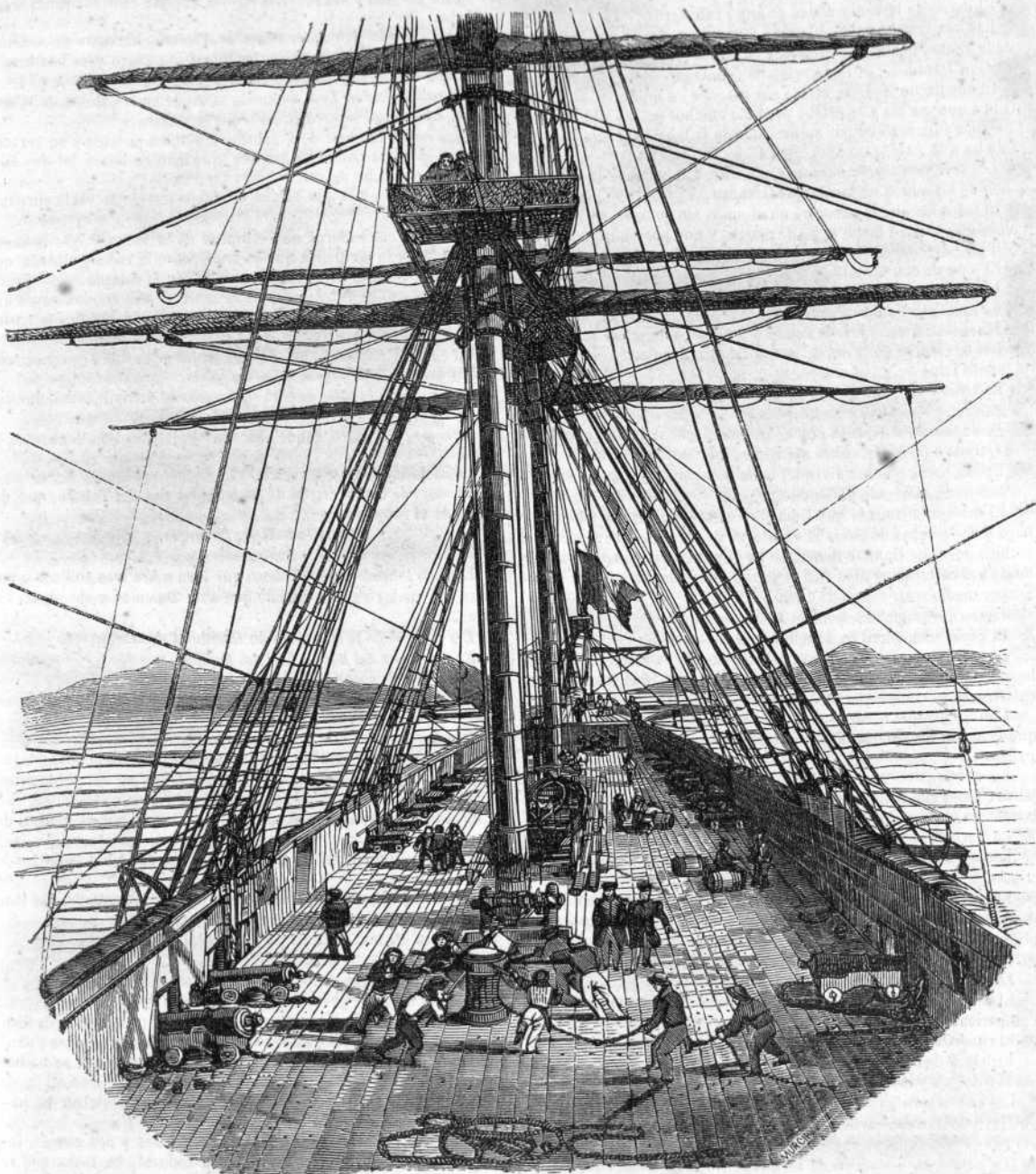
DEDICADO Á MI QUERIDO GATEDRÁTICO DON EUSTAQUIO LASO.

De un olmo rey, señor de la espesura,
Bajo el ramaje descansaba un día,
Y mi mente feliz se adornecía
En dulces sueños de eternal ventura.
Del sol la llama rutilante y pura
Se hundió en los senos de la mar bravía;
Y ya la estrella en el cenit lucía,
Fiel precursora de la noche oscura.

—Tal es del hombre la existencia vana,
En rudo acento prorrumpí anhelante:
Nacer, brillar un punto, y al oscuro
Hondo abismo rodar; cuando cercana
Oigo una voz que me responde amante:
Mira á mi Cielo y le verás mas puro.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

Madrid—Febrero 1849.



NAVIO DE GUERRA.

Entre las creaciones del hombre mas dignas de maravilla, ocupan uno de los primeros lugares, sin duda alguna, esos inmensos armazones de madera destinados á surcar atrevidamente los mares, desafiando el furor de las olas y rigor de los vientos. Por este medio el nombre ha salvado las enormes extensiones de agua que separaban antes los pueblos, y se han puesto en comunicacion, estableciendo lazos de fraternidad que de otro modo no existirían nunca, regiones condenadas, á no ser por la navegacion, á vivir eternamente ignoradas unas de otras. Una vez facilitado el tránsito libre por el mar, hizo-se necesario atender á la seguridad reciproca de los navegantes y á los medios de su defensa, y de ahí el origen de la marina de guerra, que ha venido á ser uno de los mayores elementos de fuerza y de poder de las naciones.

Los navios que son la mayor y mas importante especie de los buques de aquel género, merecen por mas de un concepto fijar la atencion, no ya de los que tengan conocimientos ó relaciones maritimas, sino de todas las personas curiosas. El grabado que encabeza

este número dá una idea completa de la cubierta de una embarcacion de este género: el que estampamos en la página 133 la dá mas detallada aun de todas las divisiones y distribuciones de un navio de guerra, cuyo corte perpendicular representa. Estas láminas hacen superfluo todo género de esplicaciones.

NOTA

DE LAS PERSONAS QUE INTERVIENEN EN LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

El cura del lugar de don Quijote, *Pero Perez*.

El barbero de idem, *maese Nicolás*.

(1) El único objeto que nos hemos propuesto al formar esta nota ó extracto, y un resumen, por orden cronológico, de las principales aventuras de Don Quijote, cuyo resumen se insertará mas adelante, es el de que muchos de nuestros lectores recuerden con facilidad las bellezas de todas clases en que abunda el libro del inimitable manco de Lepanto.

Aldonza Lorenzo, ó sea *Dulcinea del Toboso*.

El dueño de la venta donde se armó caballero.

Las *mozas* del partido que iban á Sevilla y que se hallaban en la citada venta, llamadas *la Tolosa* y *la Molinera*.

Juan Haldudo, el rico vecino de Quintanar.

El muchacho *Andrés*, criado del anterior, á quien su amo tenía atado á una encina y le estaba pegando muchos azotes con una pretina, por suponer que por su descuido le faltaba cada día una oveja de las que guardaba.

Los seis *mercaderes toledanos* que iban á comprar seda á Murcia, y uno de los mozos de mulas que llevaban.

El *labrador* que le encontró en el suelo sin poderse mover de los golpes que le pegó dicho mozo de mulas, y que por compasión le llevó al pueblo.

El ama de don Quijote.

La sobrina de idem.

Su escudero *Sancho Panza*.

Mari Gutierrez ó *Teresa Panzá* ó *Cascajo*, muger del anterior.

Los dos *frailes* de la orden de San Benito, á quienes encontró en el puerto Lápice, y sus mozos.

La *señora vizcaina* que iba á Sevilla en un coche á reunirse con su marido.

Don Sancho de Aspeitia, escudero, también vizcaino, que dijo á don Quijote aquello de «anda caballero, que mal andes, etc.»

El *muchacho* que fué á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero de el Alcana de Toledo.

El *morisco* aljamiado que tradujo al castellano por dos fanegas de trigo y dos arrobas de pasas la «Historia de don Quijote, escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli,» cuya historia comprendía uno de dichos cartapacios, los cuales y los demás papeles compró el autor por medio real.

Los *cabreros* que obsequiaron á don Quijote.

El *zagal* compañero de aquellos llamado *Antonio*.

Los seis *pastores* vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa, que concurrían al entierro de su compañero *Grisóstomo*.

Los dos *gentiles hombres* de á caballo, llamado uno *señor Vivaldo*, que iban con los anteriores y con tres mozos de á pie que los acompañaban.

Los *seis pastores* que por la quiebra de dos altas montañas hababan, todos con pellicos de lana negra vestidos, seis de los cuales conducían en unas andas el cuerpo de *Grisóstomo*.

La hermosa pastora *Marcela*.

Los *arrieros yungüeses* que llevaban una manada de hacas galicianas.

El *veniero* á donde fueron á parar don Quijote y Sancho Panza después de apaleados por los anteriores, y cuya venta se imaginó el primero que era castillo.

La muger é hija de dicho veniero.

La moza asturiana llamada *Maritornes*.

El *arriero* rico de *Arévalo* que se encontró en la repetida venta, algo pariente de Cide Hamete Benengeli.

El *cuadrillero* de la Santa Hermandad vieja de Toledo que asió de las barbas á don Quijote después de lo ocurrido en el camaranchon con Maritornes y los demás.

Los *cuatro perales* de Segovia, los *tres agujeros* del potro de Córdoba y los dos *vecinos* de la hería de Sevilla que mantearon á Sancho Panza.

Los *pastores y ganaderos* de los dos rebaños de ovejas que se le figuraron ser los ejércitos del emperador Alifanfarrón y de su contrario Pentapolin.

Los *encamisados* que, de noche, á caballo y con hachas encendidas, llevaban desde Baeza á Segovia un cadáver dentro de una litera.

El *bachiller Alfonso Lopez*, natural de Alcovendas, uno de dichos encamisados, á quien tanto mal trató *Don Quijote*, si bien luego le pidió perdon del agravio.

El *barbero* á quien quitó la vacía de azofar que llevaba en la cabeza, por suponer que era el yelmo de *Mambrino*.

Ginés de Pasamonte, ó *Ginésillo de Parapilla* y los otros once galeotes, á quienes dió libertad.

Los *dos hombres* de á caballo y los *dos* de á pie que custodiaban y conducían á los anteriores.

El *cabrero* de *Sierra Morena*, que dió razon del sugeto de quien eran el cugin y la maleta que se encontraron.

Cardenio.

La bella *Dorotea*.

Don Fernando y su esposa *Luscinda*.

Los cuatro *hombres* que iban á caballo á la *gineta*, con lanzas y adargas y con antifaces negros, y los dos mozos de á pie, todos los cuales entraron en la venta donde servía *Maritornes*.

Lela Zoraida y *Rui Perez de Viedma*, capitan cautivo, que la acompañaba.

El licenciado *don Juan Perez de Viedma*, hermano del anterior, oidor de la audiencia de Méjico, su hija *Doña Clara* y los hombres de á caballo que acompañaban á ambos.

El caballero *don Luis*, supuesto mozo de mulas, novio de la doña Clara, «que de tal manera cantaba que encantaba.»

Los *cuatro hombres* de á caballo muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones, que iban en busca del *don Luis*, de orden del padre de este.

Los *dos huéspedes* que habían intentado irse de la venta sin pagar lo que debían.

Los *tres cuadrilleros* que entraron en la venta y que tomaron parte en la gran contienda que se armó sobre la vacía y albarda que quitó *don Quijote* al barbero que encontró en el camino.

El *Canónigo de Toledo* y los otros cinco ó seis criados suyos que encontraron á *don Quijote* metido en la jaula y á los que le custodiaban.

El *cabrero Eugenio*, que iba tras la hermosa cabra que tenía toda la piel manchada de negro, blanco y pardo.

Los *hombres vestidos de blanco*, á modo de disciplinantes, que llevaban en procesion y rogativa á la Virgen.

El *boyero* del carro donde iba *don Quijote* metido dentro de la jaula.

El *bachiller Sanson Carrasco*.

El mozo de mulas criado de un labrador rico del Toboso, que iba cantando el romance de

«Malu la hubiste, franceses,
en esa de Roncesvalles.»

Las *tres labradoras* del Toboso que iban sobre tres pollinos ó pollinas, las cuales supuso Sancho que eran *Dulcinea* y dos doncellas suyas.

Los *cómicos* de la compañía de Angulo el malo.

El *Caballero del Bosque* ó de los Espejos.

Tomé Cecial, escudero del anterior.

Don Diego de Miranda, ó el caballero del verde gabán, y su esposa doña *Cristina*.

Don Lorenzo, hijo de los anteriores.

Los *pastores* que estaban junto al camino ordeñando unas ovejas, á los cuales compró Sancho unos requesones, que metió, por la prisa, en la celada de su amo.

El *conductor* del carro donde iban los leones que el general de Oran enviaba á la corte, presentados á S. M.

El *leonero* á quien obligó don Quijote á que abriese la jaula donde iba el leon macho.

Los *dos labradores*, el *Licenciado* y el *bachiller Corchuelo*, que iban caballeros sobre cuatro bestias asnales.

Camacho el rico.

La hermosa *Quiteria*.

El despedido *Basilio*.

Los *músicos* regocijadores de la boda de los dos primeros.

Los muchos que andaban ocupados en levantar andamios de donde, con comodidad, pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer para celebrar las bodas de que se ha hablado antes.

Los *cincuenta ó mas cocineros y cocineras* que estaban preparando la opípara comida de las referidas bodas.

El otro *cocinero* que dió á Sancho tres gallinas y dos gansos, indicándole que se desayunase con aquella espuma, en tanto que se llegaba la hora del yantar.

Los *doce labradores* que sobre doce hermosísimas yeguas y con ricos y vistosos jaeces dieron muchas carreras por el prado.

Los *veinticuatro zagales* que componían la danza de las espadas, y el que las guiaba.

Las *doncellas hermosísimas* que componían la otra danza, tan mozas que, al parecer, ninguna bajaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho años, y el venerable viejo y la anciana matrona que las guiaban, y también el que las hacía el son con una gaita zamorana.

Los que representaban ocho *Ninfas*, y el dios *Cupido*, y el *Interés* que guiaban á aquellos.

Los *cuatro diestros tañedores de tamboril y gaita* que hacían igualmente el son á los anteriores.

Los que figuraban los *cuatro salvajes* que tiraban del castillo de madera llamado del buen recato.

La parentela de los novios *Camacho* y *Quiteria*, el *Cura* y toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta, que acompañaban á los primeros.

El *famoso estudiante*, primo del licenciado que acompañó á don Quijote á la Cueva de Montesinos.

El *sota-ermitaño* á quien pidió Sancho de lo caro, y le respondió

que no lo tenía su amo, pero que si quería agua barata se la daría de muy buena gana.

El hombre que llevaba un macho cargado de lanzas y de alabardas, y que luego contó en la venta la historia del rebuzno.

El *mancebito* que iba á sentar plaza, y que, entre otras seguidillas, cantó aquella de

«A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros
no fuera en verdad.»

El *muchacho* criado de Maese Pedro, intérprete y declarador de los misterios del retablo de aquel.

El dueño de la venta donde, entre otras cosas, ocurrió el destrozo de las figuritas de dicho retablo.

Los *doscientos ó mas hombres armados* de diferentes suertes de armas, como lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, picas, arcabuces y rodela, del pueblo del rebuzno, que por no haber salido á la batalla sus contrarios se volvieron á sus casas regocijados y alegres.

Los *molineros* que detuvieron el barco donde se metieron don Quijote y Sancho.

Los *pescadores* dueños de dicho barco.

El Duque, la Duquesa y los *cazadores* del primero.

Las *dos hermosas doncellas* que al entrar en el gran patio del castillo de los Duques echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manto de finísima escarlata.

Los *criados y criadas* que en un instante coronaron todos los corredores del patio de dicho castillo.

La dueña *doña Rodríguez de Grijalea* y las otras que la acompañaban.

Las *seis doncellas* que desarmaron á don Quijote y le sirvieron de pajes.

Los *doce pajes* que con el maestresala le llevaron á comer con los Duques.

El *grave eclesiástico* que se hallaba en el castillo de aquellos.

Las *cuatro doncellas* que, acabada la comida, se presentaron con una fuente de plata y otras cosas, y empezaron á lavar y jabonar el rostro de don Quijote.

Los *muchos mozos*, ó por mejor decir pícaros de cocina, y otra gente menuda que fueron persiguiendo á Sancho con un artesoncillo de agua que, en la color y poca limpieza, mostraba ser de fregar.

Los *monteros y cazadores* que concurrieron á la caza de montería que dispusieron los duques.

El *que hacia de postillon*, que en traje de demonio, anunció que iba á buscar á don Quijote.

Los que componían las supuestas tropas de encantadores, diablos, etc. incluso el mayordomo que hacia de Merlin y que anunció en verso el raro modo de desencantar á la simpár Dulcinea del Toboso.

Los que figuraban los *tres tristes músicos* que acompañaban á los supuestos Trifaldín el de la barba blanca, la condesa Trifaldi y sus doce dueñas.

Los que igualmente figuraban *cuatro salvajes* vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros llevaron el gran caballo de madera llamado Clavileño el aligero.

La mucha gente que con el maestresala acompañó á Sancho cuando fué á tomar posesion de la Insula Barataria.

Emerencia y Altisidora, doncellas de la duquesa.

El regimiento de la Insula Barataria.

El *sastre*, el *labrador*, los *dos hombres ancianos*, la *muger* y el *hombre*, vestido éste de ganadero rico, á quienes administró respectivamente justicia Sancho Panza el primer día que tomó posesion de su gobierno.

Los *cuatro pajes* que al entrar en su palacio el gobernador Sancho salieron á darle aguamanos.

El que parecia *estudiante* que echó la bendición en la mesa.

El doctor *Pedro Recio de Agüero*, natural de Tirtiafuera.

El correo portador de la carta del duque.

El secretario de Sancho Panza.

El *labrador* de Miguelturna que, entre otras cosas, pidió á Sancho trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de su hijo el hachiller.

Los *corchates y demás* que acompañaron á Sancho en su ronda.

Los *dos hombres* que encontró aquel riñendo en la calle.

El *mozo* que, así como vió la ronda, empezó á correr como un gamo.

La *hija y el hijo de don Diego de la Llana*, hidalgo principal y rico de la Insula Barataria.

La *criada* que abrió á los dos primeros la puerta de su casa.

Sancho, hija de Sancho, y la cantidad de mugeres que en el

arroyo del pueblo de aquellos estaban lavando cuando se presentó el paje de los duques preguntando por Teresa Panza.

El *forastero* que hizo á Sancho la pregunta ó consulta de si habia de castigarse ó no al que pasó cierto puente y dijo la verdad.

Las *veinte ó mas personas* que con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas iban gritando á grandes voces por los corredores del palacio del gobernador Sancho.

Ricote el morisco, tendero del lugar de Sancho, y los *cinco peregrinos* que le acompañaban.

El *estudiante* que al sacar á Sancho de la cueva donde habia caído dijo «que así habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores.»

Los *muchachos* y la mucha gente que rodearon á don Quijote y á Sancho, cuando, fuera ya este de la cueva, se llegaron al castillo de los duques.

El lacayo gascon llamado *Tosilos*.

Los *doce hombres* vestidos de labradores que encima de la yerba de un pradito verde estaban comiendo, los cuales conducian, para un retablo que hacian en una aldea, unas imágenes de relieve y entalladura, cubiertas con unos lienzos.

Las *dos hermosísimas jóenes* vestidas como de pastoras que al ir á romper sus redes se presentaron á la vista de don Quijote y de Sancho.

El *hermano* de una de las anteriores, vestido asimismo de pastor.

Las *treinta ó mas personas*, vestidas tambien bizarramente de pastores y pastoras, compañeros de las anteriores, que se estaban holgando en el campo, y con las cuales comió don Quijote y su escudero.

La muchedumbre de *hombres á caballo*, y muchos de ellos con lanzas en las manos, que conducian toros bravos y mansos cabestros, que otro día habian de correrse en su lugar.

El *ventero* que cenó con Sancho dos manos de ternera cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino.

Los huéspedes de la venta, *don Juan y don Gerónimo*, con quienes habló don Quijote sobre la segunda parte de su historia, compuesta por Avellaneda.

El capitán *Roque Guinart* y sus cuarenta bandoleros.

Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, singular amigo de Roque Guinart.

Don Vicente Torrellas, hijo de Clanguel Torrellas, y prometido esposo de Claudia.

Los *criados* que acompañaban al anterior.

Los *dos capitanes* de infantería española, sus *dos mozos* de mulas, los *dos peregrinos*, *doña Guimar de Quiñones*, muger del regente de la vicaría de Nápoles, su *hija pequeña*, la *doncella*, la *dueña* y los *seis criados* que la acompañaban, á todos los cuales detuvieron en el camino los bandoleros de Roque Guinart.

Los *soldados* de las galeras que estaban en el puerto de Barcelona cuando llegó don Quijote, y que disparaban infinita artillería á primera hora del día de san Juan.

Don Antonio Moreno, caballero rico y esperto, amigo de Roque Guinart, y los que salieron con él á recibir á don Quijote.

La muger del don Antonio.

Los *muchachos* que á la entrada de Barcelona, alzando el uno de la cola del rucio, y el otro de la de rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Los *amigos* de don Antonio Moreno, que honraron y trataron á don Quijote como caballero andante.

El *castellano* que, yendo de paseo don Quijote con su *huésped* y con los *amigos de este*, leyó el rétulo que le pusieron en las espaldas, y exclamó aquello de «*válate el diablo, etc.*»

Los *muchachos* y toda la gente que se daba prisa á leer dicho rétulo.

Los *amigos* de la muger del don Antonio y las demás personas que concurrieron al sarao que hubo en la casa de este para honrar á don Quijote, y para que todos gustasen de sus nunca vistas locuras.

Las *dos damas*, de gusto pícaro y burlonas, que sacaron á danzar á don Quijote, moliéndole no solo el cuerpo, pero el ánimo.

El *sobrino* de don Antonio, estudiante agudo y discreto, respondiente de la famosa cabeza encantada.

Los *oficiales de la imprenta* donde entró don Quijote, y el *autor* que estaba en la misma viendo componer el libro toscano llamado «*Le bagatelles*» que habia traducido en nuestra lengua castellana.

El *general*, el *cómitre*, la *chusma*, y todos los demás de las galeras que habia en el puerto de Barcelona, en las cuales tanto se obsesó á don Quijote.

El *virey* de la ciudad.

Las *treinta y seis* personas que habia en el bajel turco apresado por dichas galeras.

El arriaz del citado bajel, que se descubrió era *Ana Felice*, hija de *Ricote el Morisco*.

Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que te-

CORTE PERPENDICULAR DE UN NAVIO DE GUERRA.

(Las siguientes indicaciones corresponden, con la mayor exactitud posible, por medio de las distancias conservadas entre ellas, á los diversos detalles del grabado; subiendo ó bajando con la vista línea por línea, se hallará fácilmente cada uno de los títulos en relacion con la parte del navio en que se halla la escena que debe explicar.)

Marineros bajando de rizar una vela.

Marineros rizando una vela.

Marineros poniendo velas al sol para secarse.

Grumete izando banderas de señal.

Marineros pintando la proa.

Marineros bajando un tonel de agua.

Visita del cirujano.

Comedor y camarote del comandante del buque.

Cocina.

Cámara de los guardias marinos.

Marineros levantándose

Ejercicio de cañon.

Camarote de los oficiales.

Comedor y sala de los oficiales.

Cura de un herido.

Ejercicio de fusil.

Rancho de los marineros.

Composturas del velamen.

Almacen de carnes saladas.

Almacen de pan y galleta.

Enfermeria.

Marineros echando una lancha al agua.

Almacen de velamen y cordage.

Marineros en el cepo.

Almacen de balas.

Despensa.

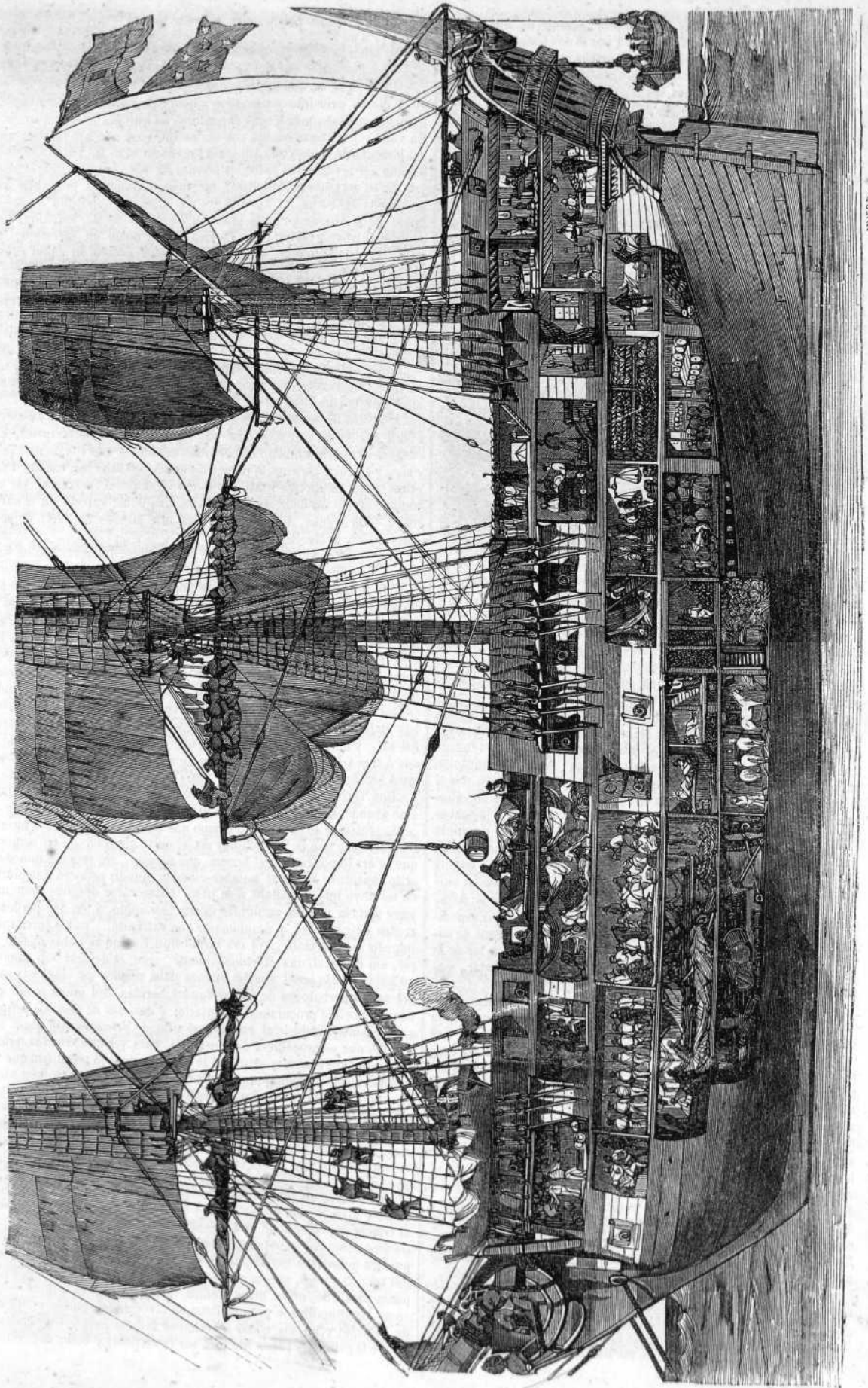
Santa Bárbara.

Almacen de poleas.

Almacen general.

Caballos en la sentina.

Almacen de paja y heno.



nia su lugar muy cerca del de don Quijote, amante de Ana Félix.

El *renegado español* que fue á Argel á por él don Gaspar Gregorio.

La mucha gente que por ser fiesta se estaba solazando á la puerta de un meson, incluso los labradores que consultaron con don Quijote la apuesta de los dos convecinos suyos, el uno que pesaba cinco arrobas y el otro once.

Los *hombres* que llevaban á vender á una feria mas de seiscientos puercos.

Los *diez hombres* de á caballo y *cuatro ó cinco* de á pie que, arbolando sus lanzas se apoderaron de don Quijote y de Sancho.

Don *Alvaro Tarfe*, caballero de Granada, y los *tres ó cuatro criados* que le acompañaban.

El *alcalde* y el *escribano* que entraron en el meson donde se hallaba don Quijote y el don Alvaro, y que intervinieron en la declaración que á instancia del primero rindió el segundo, sobre que él no era el don Quijote que andaba impreso en una historia intitulada «*segunda parte de don Quijote*», compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Los *dos mochos* que estaban riñendo en las eras del lugar de don Quijote.

Los *cazadores* que iban persiguiendo la liebre que se agazapó debajo de los pies del rucio.

El *médico* que asistió en su última enfermedad á don Quijote.

El *escribano* que autorizó su testamento, y los demás que se hallaron presentes al acto.

REMIGIO SALOMON.

UN DIA DE CAMPO.

(Conclusion.)

Al terminar este diálogo de ternura conyugal llegamos á la puerta de Toledo. Yo me había colocado en la postura menos incómoda posible, y hacia los mayores esfuerzos para atraer el sueño, esperando de este modo hacer mas llevadera la incomodidad del viaje; porque aun resonaban en mis oídos aquellas palabras de don Toribio: *una hora de mal camino*. Efectivamente, á poco rato conseguí dormir, y creo que otro tanto hicieron las personas que me acompañaban. Pero no habria transcurrido un cuarto de hora, cuando un inesperado accidente nos hizo despertar á todos sobresaltados.

Nuestro cocheró, con fiado sin duda en la sensatez y cordura de sus caballos, habia abandonado el látigo (que por otra parte era inútil, tratándose de aquel par de rocines) y se habia encomendado á Morfeo de todo corazón, y traza coincidencia! igual determinación habia tomado el conductor de dos ó tres galeras que venian por el mismo camino, pero en direccion opuesta á la que nosotros llevábamos. Encontráronse frente á frente las mulas de la galera y los caballos de nuestro coche, aquellas decididas á no abandonar un punto la linea que se habian trazado, y nuestros jamegos por un acto de deferencia al sexo femenino, ó porque la ley del mas fuerte impera lo mismo entre los animales irracionales que entre los *racionales animales*, ó en fin, sea por lo que quiera, cedieron un poco de su derecho y se desviaron á un lado; pero no lo bastante para dejar espedito el paso á la primera galera. Sucedió lo que no podia menos de suceder: que las ruedas delanteras del coche chocaron contra las de la galera, produciendo un sacudimiento que nos hizo despertar, como he dicho mas arriba.

La que primero sacudió el sueño fué doña Andrea, y lo hizo dando un grito terrible, que fué para los demás la señal de alarma. Pepita tambien gritaba, creyendo que habia sucedido alguna desgracia. Federico y Carlitos lloraban porque veian consternadas á su madre y hermana. D. Toribio preguntaba refregándose los ojos qué habia sucedido. Y yo quise asomar la cabeza por la ventanilla para informarme de la causa de aquel choque violento é inesperada detención; y al hacerlo ¡desgraciado de mí! me olvidé de que tenia sobre mis rodillas el canasto... Me pongo en pié, y entonces ¡ay! entonces aquel almacén ambulante de comestibles, aquel inmenso edificio de mimbre, verdadero museo de cazuelas, pucheros, platos, tazas, vasos y botellas, rueda con estrépito horrendo, magullando los pies de aquella gente, sobresaltada ya por el anterior fracaso, y viene á dar la última mano el cuadro desolador que ofrecia el interior del coche... Me quedé petrificado y sin saber qué hacer ni qué decir... Entre tanto se oían fuera voces como de una acalorada disputa entre nuestro cocheró y otra persona que no podíamos ver.

—V. será el bárbaro:—decia uno.—Si V. no se hubiera dormido no hubiera sucedido esto.

—El bárbaro será V.: no hubiera sucedido esto si V. hubiera estado despierto.

—Lo que le digo á V. es que no me hable mucho, porque....

—Si dice V. una palabra mas, le cruzo la cara....

—¿V. á mí?

—Si señor.

—Veremos quién lleva el gato al agua.

—Pues ya se ve que lo veremos....

Y dieron principio á sacudirse sin compasion sendos garrotazos; lo que aumentaba mas y mas el conflicto en que nos encontrábamos. En vano voceábamos cuanto nos era posible para que nos informáran del lamentable suceso que alli tenia lugar: en vano D. Toribio se esforzaba por levantar de entre las piernas de los circunstantes el objeto de su mas tierna solicitud: en vano tentaba yo por abrir la portezuela del coche.... Aquello era un laberinto imposible de descifrar. Doña Andrea y Pepita gritaban desaforadamente: los chiquillos se desgañaban á llorar: D. Toribio votaba como un carretero; y yo.... yo estaba mudo, atónico, espectador pasivo de aquel concierto infernal.

Poco á poco fueron sosegándose todos: los de afuera, despues de una acalorada sesion de competencia, volvieron á ocupar sus respectivos puestos, sin dejar de lanzarse provocativas palabras y desvergonzados epítetos. El conductor de las galeras arreó sus mulas y siguió su camino; y lo mismo hizo nuestro cocheró, despues de contarnos el lance ocurrido y sufrir una peluca de don Toribio. Por su parte, el canasto volvió á ocupar, con harto sentimiento mio, el lugar que le correspondia; y volvimos á emprender nuestro viaje.

A las dos llegamos al sitio que habia elegido don Toribio, y donde, segun nos habia repetido cien veces, habíamos de divertirnos. El cocheró detuvo sin mucho esfuerzo los caballos á una voz de don Toribio, y corrió á abrirnos la puerta de aquel calabozo con ruedas. Por primera vez en mi vida sentí que se me dilataba el corazón al ver el campo; efecto sin duda de las torturas que habia sufrido en el carruaje.—De seguro, dije para mí al ver mis buenos ánimos, de seguro me voy á divertir.

El que saltó primero á tierra fué don Toribio, quien recibió en sus brazos el malhadado canasto con mas pulso que si se tratara de un castillo de mazapan. Sucesivamente fuimos saliendo los restantes de aquella huronera, cubiertos de sudor, llenos de polvo, jadeando y entumecidos los pies, de manera que apenas podíamos sostenernos en pié; parecíamos una tropa de inválidos ó una asamblea de gotosos. El sol vertía á torrentes sus rayos abrasadores sobre nosotros, la arena del camino chamuscaba nuestros pies como si camináran sobre un horno de fundicion; no se movia el mas ligero soplo de aire, y profundo silencio reinaba á nuestro al rededor. Yo tendi la vista á todas partes buscando un parage donde pudiéramos estar á cubierto de los ardores del sol, y divisé á poca distancia una pradera de corta estension y dos ó tres árboles de escaso follaje, pero que al fin proyectaban alguna sombra. Se lo hice notar á don Toribio, y allá nos dirigimos.

Don Toribio marchaba delante, orgulloso con su carga, y decidido á no abandonarla hasta colocarla en parage seguro. Pero sin duda el génio protector de los dias de campo nos habia jurado guerra á muerte. Es el caso que D. Toribio llevaba el cesto abrazado de tal manera, que le era imposible ver el terreno que pisaba... De repente dimos un grito espantoso al ver al hombre-canasto hundir primero una pierna en un hoyo que se hallaba á su paso, balancearse despues como una torre agitada por las sacudidas de un terremoto, y en fin, perder el centro de gravedad, y desplomarse con estrépito... Todos corrimos á impedir la catástrofe... ya era tarde! Don Toribio se habia puesto en pie, sin lesión alguna afortunadamente; pero el desgraciado canasto no habia tenido igual suerte: apenas daba señales de vida, y la sangre salia á borbotones de sus profundas heridas. Del mejor modo que nos fue posible procuramos levantarlo; y despues de penosos esfuerzos logramos conducir al cadáver al sitio de descanso. Allí quiso don Toribio que se procediera á la autopsia, para ver qué vísceras habian sufrido mayor lesión, y ocurrir á la cura con toda la prontitud que las circunstancias exigian; pero despues de una detenida consulta y atento exámen de las causas que podian haber producido la copiosa hemorragia que se habia manifestado, se decidió que convenia dejar obrar á la naturaleza y no agravar el mal con extemporáneos remedios. Así se hizo por consentimiento unánime de los asistentes, y volvieron á quedar las cosas en el mismo estado que tenían anteriormente.

Ahora bien quisiera pintar minuciosamente los actos, cuadros, escenas y diálogos tan divertidos que tuvieron lugar desde que ocurrió el lamentable suceso de que teneis noticia, hasta la hora de comer. Deciros cómo nos sentamos á la sombra de un árbol, fatigados de nuestra quijotesca expedicion; cómo don Toribio, consolado en parte del trágico suceso, quería que nos divirtiéramos á todo trance; y proponia para ello, entre otros medios, el de jugar á la gallina ciega; cómo los chiquillos se pronunciaron en favor de la opinion y del gusto de su papá; y en fin, cómo se echaron suertes para ver quien habia de ser la gallina; y cómo me tocó ser la victima; y cómo me vendá-

ron los ojos con un pañuelo de algodón; y cómo me sofocaron y cargaron y estrujaron por espacio de media hora; y cómo me... *divertí*. Pero ya que nada de esto pueda referir, en obsequio de la brevedad, figuráoslo como podáis, mientras yo repaso los apuntes de esta historieta (que ya va haciéndose algún tanto pesada) para proseguir su narración.

—Las seis. Ea! A comer! dijo D. Toribio.

—A comer! repetimos en coro; y nos colocamos alrededor del aporreado canasto.

—Mira, Carlitos: tú aquí con D. Fernando; y tú, Federico, á mi lado. Y ¡juicio! porque si no...

Mientras don Toribio llamaba al orden con estas palabras á los traviesos muchachos, iba destapando con sumo cuidado las provisiones de boca almacenadas en el canasto. De allí fueron saliendo, como de otra arca de Noé, multitud de bichos de todas especies, de que se irá haciendo mención mas adelante. Pero á medida que se iba penetrando en el fondo, una exclamación de pesar salía de entre los circunstantes, y acompañaba á cada nuevo objeto que don Toribio sacaba del cesto y colocaba con esquisito tacto sobre la yerba. Y aquella exclamación era motivada ciertamente; porque apenas se encontraba plato, vaso, puchero ni cazuela que no hubiera sufrido los trágicos efectos del camino. Doña Andrea contenía las lágrimas que se asomaban á sus ojos, sin duda por no turbar la alegría de un día de campo; contentándose con lamentar la torpeza de su marido y la malhadada ocurrencia de pensar en diversiones campestres. Por su parte don Toribio paraba menos su atención en los estragos sufridos por las vajillas que en las alteraciones de lo que contenían, que eran de bastante consideración.

—¡Jesus!—esclamaba doña Andrea—no ha quedado cosa con cosa! Mira, mira lo que ha durado la jarra de china!... Bien decía yo que hubiera sido mejor traer la otra mas ordinaria.... Pues no digo nada!... las botellas hechas añicos; y el vaso tallado que en cuarenta años no habia sufrido el menor tropiezo!... Vamos... es cosa de desesperarse.... Todo se lo ha llevado el diablo! ¡Lo ves, hombre?

—Sí; ya lo veo...—decía con mucha flemma D. Toribio.—¿Qué se ha de hacer?... Es una desgracia; pero ya no tiene remedio... No hay mas que conformarse.

—Buena conformidad! Si tú no fueras terco, nada de esto hubiera sucedido...

—Otra vez!...

—Pues tengo razon...

—Ya escampa!...

—Todas tus cosas son así!...

—Mira, Andrea; tengamos la fiesta en paz... No me inquietes con tus impertinencias, porque...

Y en este altercado, que llevaba camino de no parar en bien, dió principio la comida. Aquí se abrió á doña Andrea nuevo campo para renegar de la torpeza de su marido, y á don Toribio para dar al diablo la poca memoria de su muger.

Todos advertíamos que don Toribio, despues de haber estraído cuanto contenía el cesto y colocádolo en buen orden sobre el santo suelo, buscaba todavía alguna cosa que no podia encontrar.

—¿Qué buscas?—preguntó doña Andrea,—si ya no han quedado ahí mas que pedazos de cristal y loza, gracias á tu torpeza?

—Busco los cubiertos, que sin duda se han quedado en casa, gracias á tu prevision...—Y añadió dirigiéndose á mí:—Si viera V. qué muger tan previsora me ha dado Dios!... Y que haya insensatos que se llen de mugeres para maldita la cosa!...

—Cómo ha de ser!—esclamaba doña Andrea con irónica sonrisa.—Es una desgracia... pero ya no hay remedio... No hay mas que conformarse...

—Papá!—decía Federico, poniendo la cara mas triste que podia:—papá!

—¿Qué quieres, hijo?

—Que me des de otro pan, porque este sabe mal... sabe á vino... Fúl... Yo no quiero de este pan...

—Hijo, agrádecéselo á tu padre, que ha dado al traste con las botellas de Carifena y de Champagne,—decía doña Andrea.—Toma, hijo... pero qué!... si todo el pan está empapado en vino, que no se puede comer!...

—No os faltarán escrúpulos,—decía don Toribio.—A que yo no dejo de comerlo por eso?

—Tú puedes hacer lo que quieras; pero yo no lo probaré... Solo el olor me ataca á los nervios...

—Y á mí tambien,—esclamaba Pepita, aplicando á la nariz el pañuelo.

—Huele como aquello que trajo papá de la botica para matar las chinchas,—decía Federico.

La ocurrencia del niño escitó la risa general, que bien pronto fue interrumpida por un agudo grito de dolor que lanzó Carlitos, quien,

llevándose ambas manos á la boca, empezó á chillar desahoradamente.

—¿Qué es eso, hijo?... qué tienes?—esclamó sobresaltada doña Andrea.

—Ay! ay! ay!...

—Te has mordido la lengua?—preguntaba su papá.—Vaya!... eso no es nada...

—Ay! ay! ay!...—y arrojó un pedazo de tortilla que tenia en la mano.

—Pero qué es eso?... No te gusta?...

—Ay! ay!...—y sacó de la boca un fragmento de botella que sin duda iba envuelto en la tortilla que comia, y con el que se habia herido la lengua.

—¡Jesus! ¡Jesus!—esclamaba azorada doña Andrea.—Reniego de los dias de campo y de... A ver, hijo, escupe, escupe... Dónde te duele?...

Pero el chico seguia llorando de todas veras y sin hablar una palabra.

—De todo esto tiene la culpa tu padre,—decia doña Andrea enjugándole las lágrimas.

—Pues ya escampa!—decia su marido;—conque yo tengo la culpa de que...

—Sí, tú; y nadie mas que tú! Si tú no hubieras sido torpe, no se hubiera caído el cesto, y no se hubieran hecho trizas las botellas, y no se hubiera lastimado Carlitos, y...

—¿Quieres callar con mil parés de...—la interrumpió colérico su esposo.

—No; no quiero callar!...

—Pues es que ya se me va calentando la cabeza; y si se llenan las medidas...

Entonces me creí en el deber de interponer mi mediación entre los avinagrados esposos, aventurando algunas frases de paz y concordia, que afortunadamente fueron tomadas en consideración. Restableciósse un poco la calma, dejó de llorar el muchacho, y siguió la comida, que no describiré minuciosamente por no abusar de la paciencia de mis lectores. Y así, pasaré por alto los *divertidos* episodios á que dió lugar, concretándome á decir que apenas probamos bocado de ella, porque la tortilla estaba incrustada de pedazos de cristal y vidrio, nuevo género de mosaico, desconocido hasta el día; el pabo asado se convirtió en una ensalada particular, de un sabor indefinible, porque habian caído sobre él al naufragar el buque que le llevaba á bordo, todas las plagas de la cocina, el aceite, el vinagre, la sal, la pimienta, con mas, un frasquito de rom y un tarro de dulce de cabello; las truchas escabechadas y el jamon en dulce se habian casado sin dispensa: las frutas se habian hecho tortilla sin intervencion de la cocinera: las aceitunas habian formado estrecha alianza con los quesos helados, desafiando la audacia de los golosos: en fin, reinaba allí la anarquía culinaria mas completa. Así es, que á escepcion de don Toribio, que, segun decia, era poco escrupuloso, los demás apenas tocamos á la comida.

Finalizada esta, con gran satisfaccion por mi parte, recogidos los pocos utensilios de loza que se habian salvado de la catástrofe, y renegando cada cual á su manera de las inocentes *diversiones* del campo, volvimos á entrar en el coche; y antes de hora y media nos apeábamos á la puerta de la casa de don Toribio.

Y no se crea que aquí dieron fin las diversiones del día: aun nos faltaba la mejor de todas. Despues de veinte minutos empleados en subir la eterna escalera que conducía á la habitación de don Toribio, nos encontramos con que doña Andrea se habia olvidado de tomar la llave de la puerta, y el criado se habia acordado de sacar á pasear á la criada, contando con que los señores no volverian de su campestre expedicion hasta las nueve ó las diez de la noche.

Esperamos un cuarto de hora... media hora... los criados no parecían.

Don Toribio fue de parecer que bajáramos al cuarto segundo mientras aquellos venían; pero su muger lo creía escusado, creyendo que doña Prisca (que era la inquilina) habria salido á pasear con sus hijas. En esto oímos cerrar una puerta, que don Toribio dijo era la del cuarto segundo.

—Pues es señal de que estan en casa,—dijo—y echó á andar hacia el cuarto segundo, y nosotros tras él.

Tiró del cordon de la campanilla, y se abrió la puerta... Otra *diversion* nos esperaba. Doña Prisca daba aquella noche un baile á sus contortulos, para celebrar los dias de una de sus hijas.

—Tanto mejor,—dijo don Toribio en ademán de entrar:—con eso nos divertiremos un rato... Vamos... ir entrando.

Si mis lectores no han olvidado que yo llevaba puesta la chaqueta de mahon de don Toribio y el gorro que sirvió á su ayuda de cámara para ir á las máscaras (segun declaración de Federico), podrán formar una idea del apuro en que me encontraria, en visperas de presentarme en un baile, si no de gran tono, decente por lo menos.

Don Toribio nos instaba á entrar; pero yo me resistia tenazmente, mostrándole mi traje poco adecuado.

—Qué escrúpulos! Aquí puede V. entrar como en mi casa: son personas de confianza.

—Pero hágase V. cargo...

—No hay cargo que valga... Ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—No, no: es imposible.

—Cómo imposible?—Y me cogió por un brazo, decidido á arrastrarme consigo á la sala del baile.

—Por Dios! D. Toribio...

—Adentro!...

—Ya están aquí!—gritó desde fuera doña Andrea.

Aquellas palabras me volvieron la vida. Efectivamente los criados subían la escalera.

Don Toribio me soltó para ir á echar una peluca á sus domésticos, verificado lo cual, volvimos á subir á su habitación. Allí arrojé la chaqueta y el gorro, tomé mi ropa, me despedí de mis compañeros de fatigas, dándoles las gracias por los ratos divertidos que me habían proporcionado, y salí de allí con propósito firme de no volver á ver el campo lo menos en un año, voto que he cumplido hasta el presente sin gran trabajo.

No concluiré este artículo, amables lectores, sin daros un consejo. Si en algo apreciáis vuestro bienestar, no asistais jamás á un día de campo; y si lo hacéis, pensadlo bien antes; y si lo pensais bien antes, no vayais despues. Dos cosas hay en la vida que exigen meditar mucho, porque despues de hechas no tienen remedio: una es el casarse; otra asistir á un día de campo.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

EL AMOR DE LOS AMORES.

Cántiga primera.

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á ti, ¡dulce amor mio!
Cuando lleven al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...

A ti, sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro que no pueda ningún hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de ti; que me lamento sola
Del Gévorá que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?

¿Y por qué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo?
¿Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas,
Como vengas al pié de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas
Que están también con sus amores ciegos?

Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta;
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque despues lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

Cántiga segunda.

Como lirio, del sol descolorido,
Ya de tanto llorar tengo el semblante;
Y cuando venga mi gallardo amante
Se pondrá al contemplarlo entristecido.

A cada instante lavo mis mejillas
Del fresco manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar mas impaciente

Cruzando con afán las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera,
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para ti de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido
Y por verme llorar no me respondes,
Ya has visto que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás tal vez, que desdeñosa,
Por no enlazar mi mano con tu mano,
Si te me acercas correré hácia el llano
Y á los pastores llamaré medrosa;

¡Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el Adios postrero!!

Cántiga tercera.

Pero ¡te llamo yo, dulce amor mio,
Como si fueras tú mortal viviente!
Cuando solo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del río.

Eres la sombra de la nube errante,
Eres el son del árbol que se mueve;
Y aunque á adorarte el corazón se atreve,
Tú, solo en la ilusión eres mi amante.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro,
Eres tan solo tú, señor, Dios mio,
Si te busco y te llamo, es desvarío
De lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes
Ser humano, ni forma ni presencia;
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mía como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.

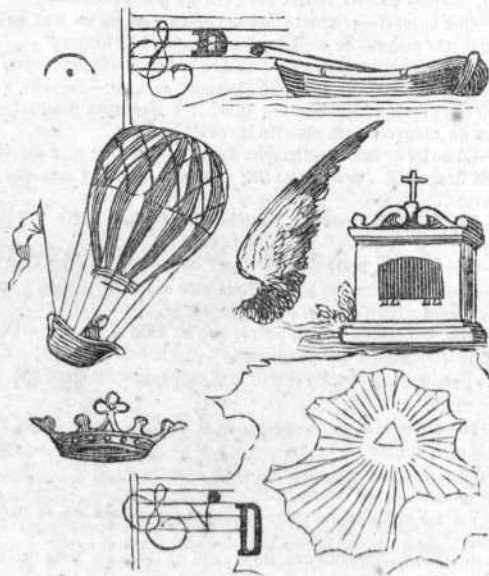
Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido,
Tú me darás la gloria prometida.

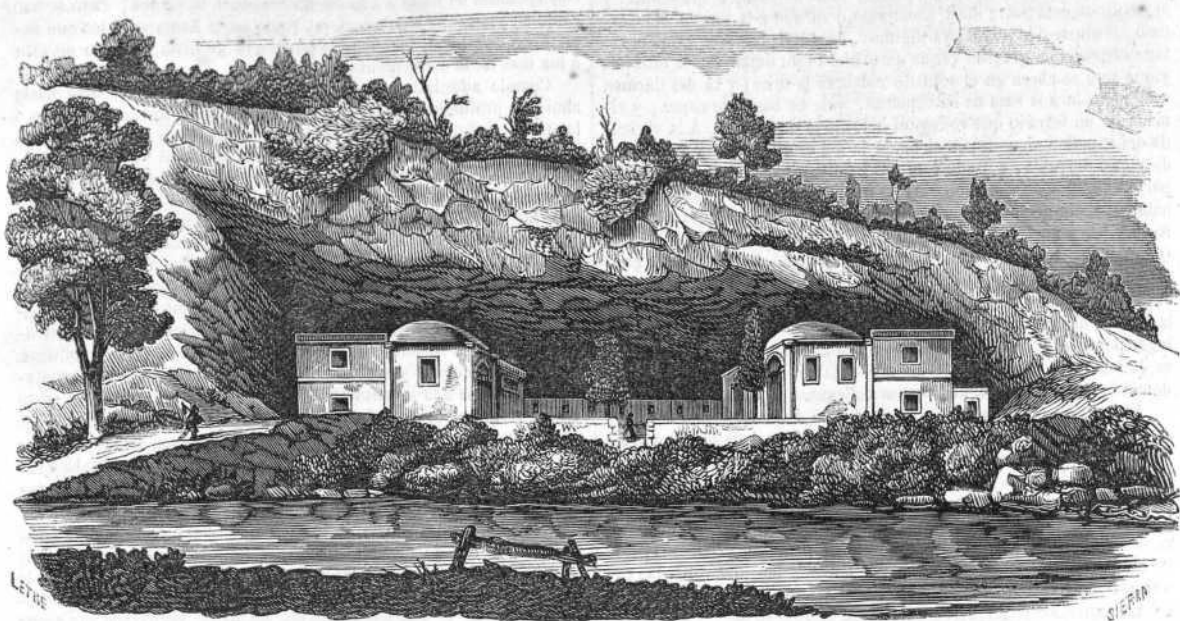
¡Y entonces, al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial que darte anhelo,
Llena de gloria te dará mi alma!

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla.

GEROGLIFICO.





EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CUEVA.

Entre los mil panoramas sorprendentes que en el risueño país de Asturias se ofrecen por todas partes á la admiración del viajero, es digno de especial mención, y de ser recordado en las columnas del SEMANARIO, el Santuario de la Virgen de la Cueva, rival, no en memorias históricas, sino en poética rusticidad, del celebrado de Covadonga; y cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores. Es tan original y variado, y al mismo tiempo tan bello y romanesco el paisaje en que está enclavado, que mas bien que realidad parece el capricho de un pintor para ocupar la primera página del album de su amada. Nada hay en efecto que mas captive la atención que este cuadro singular que quisiéramos acertar á describir. Por donde quiera se encuentra la vista con montes elevadísimos que esconden en las nubes su escarpada cumbre de continuo envuelta en nieve, y por entre los que serpentea un estrecho, pero feracísimo valle, salpicado aquí y allá de aldeas, torres feudales, peñascos y espesos bosques. Torrentes embravecidos brotan de entre las rocas, y aumentados por las lluvias y las nieves, caminan despues magestuosamente convertidos ya en rios y fertilizando el valle. Uno de ellos lleva un nombre histórico, y protegió con su rico caudal de agua la vida del gran Pelayo, cuando solo y acosado por numerosos enemigos corria á Covadonga en busca de una corona de laurel, que legó como diadema á los reyes de España. Hablamos del antiguo Pionia, hoy Piloña, que corre á pocos pasos de la Cueva, y que dió nombre al territorio que atraviesa (1). Un puente rústico formado por maderos cruza el rio Ranera, llamado tambien de la Cueva, y franquea el paso al agreste Santuario de la Virgen. Ocupa éste el interior de una inmensa gruta de boca triangular, y formada por un peñasco enormísimo que, además de servir á la ermita de dosel, sustenta risueñas praderias donde crecen corpulentos árboles y retoñan numerosos rebañes pastoreados por niños que juegan y se suspenden sonriendo sobre un precipicio de cien pies.

El interés que inspira la santificada Cueva que hoy nos ocupa, seria ligero si á ella no estuviese apegada alguna de las leyendas piado-

sas ó recuerdos caballerescos tan comunes en Asturias. Hé aquí el romántico origen que atribuye la tradición al devoto monumento. En una época lejana, y no consignada en las crónicas, un noble paladin de origen portugués que se hiciera célebre por su esfuerzo en las batallas contra los moros, al regresar á su castillo de una expedición guerrera encontró muerta á la jóven que amaba, y á la que iba en breve á llamar esposa. Tan inesperado desastre hizo casi perder la razón al enamorado adalid, que suponiéndolo castigo del cielo por sus numerosos pecados, huyó lejos de su morada y de su país con objeto de esconderse á la vista de los hombres en algun lugar oculto é inaccesible, y consagrarse allí á una vida de dolor y penitencia. Encerróse, pues, en esta Cueva, cubierta á la sazón de jarales y maleza, y vivió en ella largo tiempo alimentándose de yerbas y orando continuamente. El cielo se apiadó del devoto paladin, y premió su arrepentimiento con un precioso presente, que consistía en una imagen de la Virgen que en el sitio mas retirado de la gruta se le apareció milagrosamente. No confió á nadie ni el secreto de su existencia ni la del sagrado tesoro que encontrara; pero la Madre de Cristo lo reveló en sueños al piadoso castellano de la cercana Torre de Lodeña, señor feudal de aquel territorio. Acudió éste en el instante á la Santa Cueva para certificarse por sí mismo de la maravilla, y con sorpresa inesplicable reconoció en el solitario un antiguo hermano de armas. Prometiéndole no dar á conocer su nombre, é hizo allí construir una capilla que confió al cuidado del antiguo caballero portugués, que en traje de ermitaño consintió ya dejarse ver á los hombres.

Los señores de la torre de Lodeña ó Ludueña conservaron por muchos siglos el patronato de la ermita de la Virgen de la Cueva, como consta de la escritura de fundación de la capilla del Carmen, sita en el mismo santuario, otorgada á 26 de noviembre de 1706, en la que se lee que «D. Diego Alonso de Ribero y Posada, del órden de Santiago, caballero de Carlos II, señor de la Torre de Lodeña, etc... funda en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cueva, del que es patrono por ser fundación de sus pasados, una capilla á la virgen del Carmen, etc.» Al presente recayó este patronato en el marqués de Vista-Alegre; y la ermita corresponde á la parroquia de Santa Eulalia de Inés.

La cueva tiene de boca 106 pasos, como unos 50 pies de altura y 96 de fondo. El techo es de peña áspera y desigual, y su forma se asemeja á una gran concha. La capilla de Nuestra Señora, que dá nombre al Santuario, es la mas antigua, pero tambien la mas pequeña y humilde, y la imagen que se dice allí aparecida, es de talla toscamente esculpida, y demuestra remota antigüedad. Está formada de madera, y tendrá media vara de alto. El pobre altar en que está colocada parece ser obra del siglo XVII, y en el frontal se ven pin-

(1) El Ranera ó río de la Cueva, que nace en la collada de Arnicio, despues de recoger en su curso los riachuelos de Cobayon, Fontoria, Miera y Pendón, se reúne muy cerca del Santuario que nos ocupa al Piloña, que dá nombre al concejo y lo atraviesa en su mayor parte. A la salida del Infesto, en el lugar llamado L. Corredoria, hay un vado que, así como las tierras inmediatas, se denomina Piella. Este nombre, según la tradición del país, proviene de que cuando D. Pelayo huyó de Gijón á Covadonga acompañado de un solo escudero, se vió perseguido de multitud de moros, y para libertarse de ellos atravesó el vado y gritó á su escudero para animarle: *¡pie halla!*, pues el río iba tan crecido que no se atrevieron á seguirle Mariana, en el lib. VII, cap. I, refiere esta tradición, y á ella alude el escudo de armas del concejo de Piloña, que es en campo azul dos guerreros á caballo atravesando un río, y saliendo de la boca de uno de ellos las palabras *pie alla* y en jefe la cruz de la victoria, insignia de don Pelayo.

adas las armas de la casa de Lodeña. Contigua á la capilla de la Virgen de la Cueva de que acabamos de hablar, y mas cerca de la entrada se vé la de San José, de fábrica mas moderna y grandiosa, y al frente de ésta, otra muy semejante dedicada á la Virgen del Cármen, y construida, como ya digimos, en 1706. Las tres capillas están cerradas con gruesas verjas de madera que dejan ver el interior, y que solo se abren en el acto de celebrar la misa; y la del Cármen está apoyada á la casa de su capellan, que es bastante capaz, y cimdada de un terrado que rodea un balconage de madera. A la vivienda del capellan sigue hacia el fondo la del ermitaño, hoy deshabitada y casi derruida, y desde ésta á la capilla de la Virgen de la Cueva parte una linea de confesonarios de madera apoyados en la peña. Finalmente, un pretil que recorre toda la boca de la Cueva cierra el Santuario, y deja en su centro una abertura que forma la entrada. Queda, pues, trazado por las capillas, pretil, casa del ermitaño y confesonarios, un rectángulo de 32 pasos de longitud y 26 de latitud, en cuya superficie se elevan algunos árboles que vegetan protegidos por la bóveda natural. Esta rareza adorna y presta mas variedad á este lugar poético. El todo del Santuario respira pobreza y abandono, y es de lamentar nada haya hecho allí notable la mano del hombre, donde la naturaleza acumuló tantas bellezas.

El 8 de setiembre presenta el Santuario de la Virgen de la Cueva un vistoso y animadísimo espectáculo, pues á causa de la solemne fiesta religiosa que allí se celebra, concurre multitud de gentes de todas clases y condiciones. El eco de los cánticos sagrados repetido mil veces por la inmensa peña, y aquella misa ofrecida por un pueblo sencillo y de costumbres inocentes en el hueco de una gruta, hacen recordar al observador los tiempos de los primeros cristianos, que tenían por altares los sepulcros, y por templos las mas retiradas cavernas.

La romería ó reunion que se verifica en el gran bosque que se estiende á orillas del rio á pocos pasos de la Cueva, es de las mas famosas del pais, y solo rinde parias á la de Covadonga. Los romeros ó peregrinos que van á aquel famoso santuario visitan á su regreso el de Ntra. Sra. de la Cueva, que tal vez hubiera ya desaparecido sin las dádivas de aquellos, que son el único recurso con que se sostiene este antiguo y religioso monumento.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Santuario de la Virgen de la Cueva, 14 de nov. de 1848.

D. ALBERTO LISTA.

Muy pobre servicio prestaríamos á las letras y á nuestros lectores, si el objeto del presente artículo fuese solo hacer un análisis mas, ó menos detenido de las obras del concienzudo poeta y eminente matemático, honra y prez de la escuela sevillana; pues sobre ser esta una tarea que exigiria no vulgares conocimientos, y que tal vez no se acomodaria bien sino en una historia de nuestra literatura, escritores distinguidos de quienes tenemos mucho que aprender, han acometido ya este trabajo, y han escrito del sábio don Alberto Lista páginas que deben leerse con detenimiento. Las que ahora ofrecemos al público, incorrectas y desautorizadas, como que salen de nuestra pluma, no tendrán otra pretension que la de consignar un débil recuerdo á Lista, ni otro interés que dar á luz una magnífica égloga suya, hasta ahora inédita, y que debemos á la esquisita amabilidad de un amigo nuestro. Desde el momento en que hicimos tan preciosa adquisición, comprendimos que estábamos en el deber de hacerla del dominio público. Jamás hemos sentido el placer egoísta que constituye en algunos amantes de la literatura la posesion esclusiva y misteriosa de originales, respecto de los que la sociedad entera tiene un derecho, ni creemos que la pérdida casual de un manuscrito ó otras circunstancias lamentables, deben proporcionar á un autor la eterna proscripción de una de sus concepciones. Al silencio ha reemplazado la publicidad: la imprenta, al sueño tranquilo de los envejecidos estantes.

Las diversas fases que tuvo don Alberto Lista en su larga y laboriosa existencia, no pudieron menos que influir en la suerte de sus composiciones literarias, dejando unas sin el honor de la estampa, y otras reducidas á completa desaparición. Hasta se habla en Sevilla con bastante seguridad de una coleccion numerosa de poesias que le fueron distraídas de un armario á las pocas horas de su fallecimiento, y que en vano los muchos amigos y apasionados del sábio maestro han pretendido buscar. No diremos una sola palabra mas sobre un punto delicado de suyo; pero si recomendamos á este verdadero *plagiador*, si existe y puede oírnos, la consideracion de la grave responsabilidad que sobre él está pesando. Si el interés pecuniario le ha inducido

al robo, no es tan sensible y las letras recuperarán algun dia lo que les pertenece: si ha sido la ambicion de hacer pasar como suyas las concepciones de Lista, ¿quién no conocerá la verdad? Pero si han caído en manos de algun curioso, como suele llamarse á los que estas joyas esconden, las poesias póstumas de Lista tardarán en salir á luz mas de lo conveniente.

Cuando adquiramos otras noticias de esto que envuelve hasta ahora un profundo misterio, seremos mas explicitos, en obsequio á lo que la verdad reclama, y á la literatura que forma nuestro encanto.

En todas las obras de don Alberto Lista resalta la moralidad, principio fundamental de toda belleza, como el mismo autor se complacia en repetir en el curso de literatura dramática que esplicó en el Ateneo. Los sentimientos de su noble corazon y el pensamiento religioso que llenaba su alma, se reflejan con toda su pureza como en un espejo, hasta en la mas insignificante de sus poesias. Y este amor profundo á la virtud, y esta fé religiosa que sustentaba su espíritu, fueron los móviles que lo impulsaron á oponerse como un valladar insuperable al torrente impetuoso de la escuela romántica, que iba destruyendo á su paso las antiguas creencias sociales, religiosas y políticas. Sin la voz elocuente y el claro entendimiento de aquel sábio respetable, que dirigia á la juventud por el verdadero camino del buen gusto y de la civilizacion, es probable que la mayor parte de los esclarecidos talentos que hoy honran nuestra España, se hubiesen dejado arrastrar por la pendiente resbaladiza, aunque seductora, que presentaba á sus ojos la nueva diosa que á la sazón dominaba en la literatura de Alemania, Francia é Inglaterra.

Aunque nuestra patria no tuviera que estar reconocida á Lista por la multitud de obras científicas y literarias con que tanto ha contribuido al adelanto de las letras, siempre tendria que venerar su nombre, y consagrarle un lugar distinguido entre nuestros primeros sabios, por la sola consideracion de haber rechazado con todas sus fuerzas la invasion de la nueva escuela romántica, y haber evitado por cuantos medios han estado á su alcance la corrupcion de la literatura del siglo diez y nueve.

A continuacion insertamos la égloga de que hemos hecho mencion, de cuyo mérito podrán juzgar nuestros lectores.

EGLOGA.

ARISTO.

Poeta, Elisio.

POETA.

Del Garona en la márgen estrangera
Su pobre manadilla
Apacentaba Elisio el desterrado:
Pastor que en la olivifera ribera
Do el sol de ocaso sobre el Bétis brilla,
Vivió otro tiempo en venturoso estado.
Mas enemigo el hado
Le arrojó de aquel suelo floreciente
Al clima de los ciezos bramadores,
Y en solo un dia le robó inclemente
Su choza, su rebaño y sus amores.

Solo su triste corazon consuela
Liberio caro amigo;
Hijo de aquel, cuyo subido canto
Por las llanuras de Occitania vuela:
Que lamentó de Elisa y su enemigo
La amarga historia y de Cartago el llanto;
El hijo, aunque no á tanto
Su verso eleva, en la templada arena
Canta el amor, las selvas y las flores;
Y la pura virtud que lo enagena
Cándido enseña á cándidos pastores.

Mas entre tanta pena dolorosa
La que de Elisio el pecho
Con mas duros recuerdos atormenta,
Es de Aristo la muerte lastimosa;
Aristo, so el pajizo humilde techo
Del Bétis dulce amigo. La tormenta,
Con que el prado amedrenta
El aquilon, lanzándose á deshora
De las heladas cumbres de Calipso,
No es tan triste á las hijas de la aurora
Como á Elisio la muerte de su Aristo.

Ya la agradable pompa del otoño
Deslustraba el noviembre, y las airadas
Ondas temen los fuertes gobernalles:
Marchito en el frutal muere el otoño;
Y las hojas del árbol desgajadas
Forman en el vergel pálidas calles;
Por cenagosos valles
Derramaba el Garona sus riberas,
Cuando al son de la rápida corriente
La canción funeral y lastimera
Así Elisio empezó con voz doliente:

ELISIO.

Recibe, Aristo, un tóculo extranjero,
Solo del triste Elisio frecuentado:
Aquí el clamor de mi sollozo fiero
Oírás solo la sombra de mi amado.
Y pues del Bétis el hermoso otero
Para honrar tus cenizas me es negado,
Atiende compasiva al llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

No de mustio arrayan, ni blandas flores
La tierra con mis lágrimas bañada
Regarán suspirando los pastores
Cuando al aprisco vuelvan su manada;
Al tóculo vacío, mis amores,
Un pobre césped cerrará la entrada;
Testigo del eterno llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

¿Por qué la muerte en el fatal momento
Del lecho funeral me ha dividido?
Elisio hubiera tu postrer aliento
En tus amigos labios recogido,
Hubiera con su abrazo el movimiento
Por tus helados miembros esparcido;
Y el poder de la muerte suspendiera:
A tanto alcanza la piedad sincera.

Y si era el hado que en tu edad florida
Al amor y amistad fueses robado,
Por mis manos la tierra conmovida
Hubiera el blando tóculo formado;
Y luego aquella rama entristecida
Lo enfoldara del joven malogrado:
Cuando aquí en ocio ingrato el dolor mio
La ninfa ve del Occitano río.

Vinieran los pastores, y entre ellos
Filenos, honor del Bétis; y lloroso
Aquel divino que en los campos bellos
Cantó el amor sencillo y generoso.
Destrenzados los nitidos cabellos
De las lindas zagalas coro hermoso,
A su amor perdido lamentáran,
Y con fúnebres himnos te invocáran.

Y desparcido en la pintada vega
El cándido rebaño, sus amores
Olvidará el pastor que al alba llega
Por escuchar mi queja y susloores:
En cuanto el Bétis cristalino riega
Templando al can estivo los ardores,
Se estendiera la voz del canto mio,
Que apenas oye el Occitano río.

Y del líquido seno levantando
Ninfas tartesias, vuestra ovosa frente,
El nombre de mi Aristo celebrando,
Al piélago volara de Occidente:
Y moviera á piedad mi lloro blando
Al rey feroz del húmido tridente.
Lleva á los mares, lleva el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

Y tú, Cratilo, ejemplo de amadores,
Gloria de la amistad, que perseguido
Del áspero infortunio á sus rigores
El fuerte pecho opones no vencido;
Tú al esparcir las merecidas flores
Desatarás el llanto reprimido;

Cual si el voraz incendio se avecina
Por sus estremos la troncada encina.

¿Y qué llanto igualará el sentimiento
O de tu Iberia ó de la Emilia mia?
Aquella triste en amoroso acento,
Esta con blanda voz de amistad pia,
Enfrenarán el vuelo al rauda viento;
Pararán la corriente al agua fria;
Y de sus tiernas ansias conmovidos
Dieran los montes lúgubres gemidos.

¡Caras prendas! ¡Ay triste! ¡Quién pudiera
Unir al vuestro su aligido canto!
El grato amor y la amistad sincera
Templarán dulces mi mortal quebranto.
Al amor sepultó la ausencia fiera:
No escucha la amistad mi tierno llanto;
Y solo eres testigo al dolor mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

¡Ay! ¿Dónde huyeron las alegres horas
Que á tu lado gozaba en la pradera,
Cuando al nacer las cándidas auroras
Tu cítara templabas lisonjera?
El dulcísimo acento las pastoras
Escuchaban con risa placentera,
Y el nombre de la ninfa que adorabas
En el tronco del álamo grababas.

Y yo á la sombra del frutal tendida
Tu lira oyendo entre las frescas flores,
De la vecina fuente al blando ruido,
El placer meditaba y los amores:
Mi apacible solaz no interrumpido
Envidiaron zagalas y pastores:
Trocarse á tanto bien, destino impío,
La odiosa márgen de extranjero río.

¡Momento duro aquel ¡oh dulce amigo!
Que me arrancó de tí! ¿Quién me dijera,
Cuando fue á vuestras lágrimas testigo
La triste noche de mi ausencia fiera,
Que el Cielo, á tantas dichas enemigo,
En muerte y en dolor las convirtiera;
Y aquel abrazo, el último sería,
Que al cuello de mi Aristo estrecharía?

A horfandad rigurosa condenado,
Sin placer, sin amores, sin cantares;
Llevando á la ventura mi ganado,
Repetiré á las selvas mis pesares.
Empero el nombre de mi Aristo amado
Resonarán los campos que bañares;
Pues oyes compasiva el llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

Ya, ¿qué me resta? Adios choza inundada
De mi llanto. Liberio generoso,
Adios: adios redil; adios manada.
La aborrecida luz dejo gozoso.
Solo en el seno de la tumba helada,
Junto á mi Aristo encontraré reposo;
Mas no olvides jamás el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

POETA.

Aquí calló el pastor; que desmayado,
Sobre la arena fria
Sus doloridos miembros palpitaban:
Los ojos derramados
La postrer luz del día,
De palidez cubiertos contemplaban:
Despedidos rodaban
El cayado y la arena
De la ya incierta mano; y al tormento
De su perdido bien y mal presente
Terminára en morir su cruda pena,
Si el áspero lamento
No oyera diligente
El mayoral Liberio, y en sus brazos
Al lecho pastoral lo condujera.

Entre tanto, de Tetis los abrazos
Buscaba el rojo Apolo: blando el sueño
Por la tendida esfera
Los hombres y animales recreaba;

Y bajo el manto de la noche umbria,
De su tormento Elisio descansaba;
Y aun descansando el infeliz gemía.

ALBERTO LISTA.



La Primavera.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

La herida no fué ni profunda ni peligrosa; la cura se hizo con habilidad, y, en consecuencia, á los dos meses estaba perfectamente sano el doctor, y lo que es mas, muy adelantado en sus pretensiones; porque San Justo, que era algo pariente y habia sido page del conde de Aranda, las tomó por su cuenta.

La entereza, probidad, ilustracion y grave porte del pretendiente agradaron al primer ministro; la dama de que al principio hablé, estaba por casar; vacó una alcaldia del crimen en Sevilla, la cámara no halló motivo racional para oponerse á los deseos del privado; y en fin, Don Fadrique obtuvo la toga.

Su muger no era ni hermosa, ni amable; pero el agraciado la aceptó como cargo de su empleo, y se condujo con ella cual debía

un caballero. Amor ni ella lo esperaba, ni él sabia entonces qué cosa fuese: todo en aquel matrimonio era artificial; hasta las caricias estaban reglamentadas; no habia para Don Fadrique y su muger goce sino derechos y obligaciones; en una palabra, la coyunda de himeneo para aquellos esposos, podía no ser cadena de hierro, pero tampoco lazo de rosas. Por parte de la esposa, muger compasada y geométrica, si jamás las hubo, tal estado de cosas no ofrecia graves riesgos, y tal vez podía prolongarse hasta el término natural de su vida; por lo que respecta al nuevo magistrado, los hechos nos dirán hasta qué punto se conformó con su suerte.

Los dos primeros años de su residencia en Sevilla pasaron monótonos y sin tempestades. La sala y su cuartel le ocupaban una parte del día, la comida y la siesta le llevaban hasta al anochecer; un largo y solitario paseo á orillas del Guadalquivir le abría el apetito para tomar chocolate; despues de este rezaba el rosario en familia, y retirado en seguida á su gabinete, estudiaba hasta la media noche. Crecían VV. que con semeiante vida no habia riesgo que temer... ¿Dónde no lo hay para el hombre arrojado fuera del camino á que la naturaleza le llamaba? La posicion que habia ambicionado era para Don Fadrique un continuado suplicio, la necesidad de disfrazar siempre y siempre sus sentimientos, un tormento insoportable; la actividad inmensa de su alma, no hallando alimento, le devoraba; y has-

ta el ascetismo de su conducta, servía de pábulo al inmenso fuego que ardía en su corazón. Su refugio fué la lectura, y su lectura, los libros prohibidos; los de la escuela filosófica de Francia en el pasado siglo, libros que á un hombre en lucha perpétua consigo mismo, á un hombre que no había sido niño, ni joven, que jamás hizo su gusto, ni tuvo devaneos, ni en la experiencia de sus propios deslices aprendió lo que vale la virtud, no podían menos de seducirle y corromperle. Entonces se abrió en el secreto de aquel alma esclava una reacción violenta, uno de esos trastornos horribles que cuando afectan el cuerpo, como visibles que son, nos horripilan, pero que cuando solo gangrenan el espíritu, pasan las mas veces inapercibidos, y casi siempre mal explicados.

Aquel hombre sin vicios, educado en las mas severas máximas del cristianismo, sumiso sin límites á la voz de su padre, esposo fiel de una mujer á quien no amaba, magistrado de una monarquía, vasallo obediente de un rey absoluto; sin que en su manera de vivir hubiera la mas leve alteración, sin que trastornos de fortuna vinieran á perturbar el equilibrio de su existencia, fué perdiendo una á una sus preocupaciones primero, luego sus virtudes, y por último sus creencias. Si práctico en las cosas de la vida y en la marcha de las pasiones, pudiera apreciar en su justo valor las teorías disolventes de los libros que en mal hora cayeron en sus manos, con el claro entendimiento que al cielo debía, fácil le fuera, no solo evitar el contagio de tan malas doctrinas, sino hasta sacar de ellas algo bueno; pero su inesperienza le fué fatal á todas luces.

Es verdad que en la época á que me refiero, se preparaba en Europa la revolución que estalló en Francia el año de 89; es verdad que Federico II, arrastrado por una fatalidad inconcebible, arrojaba también su cetro en la balanza filosófica para precipitar la ruina de las antiguas monarquías; y es verdad, en fin, que el mismo Carlos III, sin darse cuenta de ello, esparcía en España una semilla de que ya hemos visto retoños, y acaso veamos pronto robustísimos tallos: (1) pero don Fadrique se adelantó á su siglo, y á la desmoralización unió la hipocresía.

Referir los secretos desórdenes de una vida, en la apariencia santa; explicar la tiranía doméstica disfrazada con el pálido velo de la dominación patriarcal; enterar á VV. en fin, del asqueroso pormenor de la existencia de un hipócrita corrompido, ni es mi ánimo, ni lo consiente la ocasión. Así, pues, baste lo ya dicho para muestra del gran riesgo en que los padres ponen á sus hijos, ya contrariando sus inclinaciones racionales, ya creyendo que basta hacerlos sábios sin curarse de inculcarles sólidamente, con el ejemplo y los preceptos, las sanas máximas de la moral; baste también como indicación de que la juventud requiere cierto prudente ensanche, y de que es, por consiguiente, tan poco cuerdo reducirla á un régimen severo en demasía, como dejarla sin rienda; y hablemos del mayor crimen de don Fadrique, que es al mismo tiempo la historia que con la de Alfonso se enlaza.

Tuvo el alcalde dos hijas de su mujer, nacidas ambas antes del reinado de Carlos IV; la mayor, llamada Laura y hermosa por extremo, casó, muerto su padre, con el Conde de San Justo, que ya VV. conocen parte de su historia y trágico fin; y de la segunda, que se llama Inés, hablaremos á su tiempo; pero antes conviene sepamos que tuvieron otra hermana bastarda, cuyo nombre es Matilde.

Don Diego. ¡Matilde!

Don Antonio. Si, amigo mio.

El Redactor. ¿La mujer del capitán Mendoza?

Don Antonio. La misma: pero hasta mañana habrán VV. de tener paciencia para saber lo que de ello puedo decirles, pues por hoy llegó la hora de separarnos.

El despeñadero.

«Alfonso, nos dijo don Antonio la tarde siguiente, me ha escrito esta mañana avisándome de que, siéndole forzoso pasar en comisión del servicio á la Granja, donde actualmente se halla la corte, habremos de esperar por unos días la continuación de su pendiente historia; por consiguiente, amigos míos, habrán VV. de atenerse á mí, á menos que haya quien tenga cosa importante que referirnos.»

«Como V. acabe la relación que ha empezado, replicó don Diego algo mohino, nos daremos por satisfechos, pues en verdad, los misterios, enigmas y dilaciones del oficialito van cansándome.»

Don Antonio. Yo, señor don Diego, diré á V. lo que sé de las aventuras de don Fadrique y sus hijas: V. verá si le basta, y si así no fuere, procurará informarse en mejores fuentes. Pero vamos á lo que importa.

Nunca estuvo nuestro Alcalde enamorado, y mucho menos de su

muger: pero mientras enfrenaron sus pasiones el temor de qué dirán? y la barrera moral de sus creencias, cumplió con ella las obligaciones de marido, mostrándose cortés ya que no galán. Llegó la época en que, sacudiendo su entendimiento todos los lazos que hasta allí le habían encadenado, se puso en secreta, pero enconada guerra, con la religión y las leyes, y el yugo doméstico fué entonces, naturalmente, el que le pareció mas pesado. Si por dicha no fuera la antigua camarista una de esas mujeres en quienes la semilla de la cristiana educación echa profundas raíces; si no tuviese hondamente grabadas en el corazón las máximas de obediencia y respeto á su esposo; si, en resumen y para explicar su carácter con una sola frase, no mirase á don Fadrique como á su *señor natural*, es de creer que pronto se arruinara el fantasmagórico edificio de la catoniana reputación del Alcalde. Pero la esposa que, en el silencio de su estrado, reconvenía severa, agria, altaneramente, al hombre que ningún género de consideración guardaba con ella en la vida interior, en presencia de los demás le trataba con el mayor respeto y deferencia, y cuando ausente, hablaba de él con elogio. Lo que aquí digo á VV. no es, desdichadamente, nuevo ni extraordinario; hay muchos matrimonios donde en mayor ó menor escala sucede otro tanto, y si no todos encubren, tan por completo como el que nos ocupa, sus intestinas disensiones, debemos atribuirlo, tanto á que rara vez se reúnen dos personas tan temerosas ambas de dar que decir á la gente como don Fadrique y su mujer lo eran, cuanto á que las modernas costumbres han alojado los vínculos de familia y hecho menos temible el escándalo.

Estáble, empero, reservada á la camarista una de las pruebas mas amargas á que la suerte puede someter la paciencia de una esposa. Don Fadrique puso los lascivos ojos en una de sus propias criadas, y con tan poco respeto á la moral como á su mujer, llevó las cosas á tal punto que las consecuencias del ilícito trato fueron pronto harto visibles. Parecía natural que el infiel esposo tratara de apartar á su cómplice de la vista de su mujer; mas no fué así; y aunque, cuando no hubo otro recurso, salió de casa la frágil doméstica, fué para volver tan luego como hubo dado á luz el fruto de sus criminales amores. Así, profanado el hogar doméstico, la muger y la manceba habitaron bajo el mismo techo; así, la infeliz camarista apuró hasta las heces el caliz de la amargura, sin que sus lamentos llegaran hasta el público, sin que la opinión del alcalde perdiese un átomo siquiera. Don Fadrique se cansó pronto de la que solo había sido objeto de un capricho, y olvidando entonces su habitual prudencia partió por medio y trató de despedirla de su casa: amenazó la que tan mal tratada se veía con publicar la aventura, y entonces la alcaldesa, siempre por evitar escándalos, sirvió de interesadora y obtuvo que su esposo revocara su primera resolución á costa de un nuevo sacrificio, el de recibir en su casa á la bastarda hija de Vargas, á Matilde, que ella es, señores, el fruto de aquella fragilidad.

Pero si el espíritu de la mujer de don Fadrique se prestaba á los esfuerzos necesarios para tan sublime abnegación de sí mismo, la carne flaca no pudo resistirlos, y dos años despues de haber recibido en su casa á Matilde, bajó su cuerpo á la tumba y fué su alma, pensando piadosamente, á recibir en mejor vida la recompensa de sus virtudes.

Quedaron entonces las tres niñas, de quienes su padre se curaba muy poco, bajo la tutela de la madre de la ilegítima, y fueron las que no lo eran, tratadas con dureza suma é injusticia cruelísima. Descuidada su educación moral, como no podía menos de estarlo en tales manos, imbuidas en perniciosas máximas, con lamentables ejemplos á la vista, y pospuestas en todo y por todo á la que en realidad era intrusa en su familia; Laura tuvo el fin que VV. conocen; Inés, merced á un natural privilegiado, logró salvarse del contagio, y Matilde, heredando los vicios de entrambos sus progenitores, fué liviana como su madre, y profundamente hipócrita cual su padre. Mas no nos anticipemos á los sucesos. Con la muerte de su mujer perdió don Fadrique la mas firme columna de su usurpada reputación, y las imprudencias de la que en el gobierno de la casa reemplazaba á la pobre mártir difunta, la discordia entre las tres niñas, y mil circunstancias, que fueran prolijas de explicar y se comorenden fácilmente, pusieron al público en el secreto de la verdadera conducta de nuestro alcalde. ¡Al público, inflexible con los hipócritas, y que en ellos se venga del respeto á que la verdadera virtud le obliga! Terrible fué la tempestad, implacable el encono contra don Fadrique, y llegando las quejas hasta la corte, á pretexto de ascenderle, desterraron á Filipinas con nombramiento de oidor. Comprendió Vargas la intención del ministro, pero tuvo que obedecer, y haciéndolo con la firme resolución de no volver mas á Europa, redujo á metálico toda su hacienda, depositó en poder de un comerciante de Cadix la suma que creyó suficiente para la manutención de las tres niñas durante dos años, y con el resto se dió á la vela para su destino.

Dejemos por un momento navegar al padre y desarrollarse á las

(1) Hablaba don Antonio antes de la revolución de 1833.

hijas, y hagamos conocimiento mas íntimo con uno de nuestros personajes que hasta ahora solo de paso hemos mencionado. Quiero decir, amigos míos, que voy á procurar describirles á VV. á la mujer que fué causa de la muerte de la esposa de don Fadrique. Ella misma ignoraba su patria, el día de su nacimiento, sus padres, y hasta si tenía en realidad derecho al cristiano nombre de *Milagros* que usaba. Héla oído decir....

Don Diego. ¿Conque V. la ha conocido?

Don Antonio. Y mucho: á su tiempo verá V. cómo y cuándo. Héla oído decir, repito, que no comenzaba á tener memoria de sí misma sino desde la edad de cinco ó seis años, recordando que en aquella época moraba con unos gitanos ambulantes, de aquellos que de feria en feria, de yermo en despoblado, y de robo en mosto, mas bien atraviesan la vida que en realidad la viven.

Don Diego. Pues diga V. de una vez que era gitana, y acabemos.

Don Antonio. Díjéralo si así fuese ó yo lo creyera: pero el hecho es que, en cuanto por las apariencias, esto es, por los caracteres físicos, puede juzgarse, *Milagros* estaba muy lejos de pertenecer á la proscrita vagabunda raza. En efecto, desde luego el color, ó, como dijera un pintor, la *encarnación* del rostro, la nobleza de la fisonomía, regularmente bella en el conjunto, suave y delicada en los pormenores; la firmeza del mirar orgulloso, y la flexibilidad del cabello, negro sí, pero rico, abundante, aristocrático (pásenme VV. el epíteto), daban inequívocas muestras de que los autores de sus días, ó al menos uno cualquiera de ellos, pertenecía á una clase de la sociedad mas aveyada á plumas y holandas, que á inmundos establos, ó inculdas sierras, único albergue de los desdichados gitanos.

Don Diego. Alto ahí, amigo mío, aunque me acuse V. de interrumpirle á cada paso.

Don Antonio. Por interrumpido y conforme: pero ¿qué duda le asalta á V. para que así me interpele?

Don Diego. Una y muy grave: de las últimas palabras que V. nos ha dicho en su relacion, pudiera inferirse cierta máxima no muy conforme con el espíritu del siglo, y, á mi entender, ajena de una persona tan ilustrada como es V. ¿Cómo! ¿Es posible que el señor don Antonio crea que la cuna mas ó menos aristocrática influya hasta en las formas corporales del hombre? ¿Pues qué, la mano del Supremo Artífice no es igualmente poderosa con el pobre que con el rico? ¿Los tesoros de belleza que el Creador encierra en su seno, no los reparte entre sus criaturas, sin atender á quiméricas distinciones? Imposible es que V. dude de verdades tan claras, tan demostradas por la experiencia, que á cada paso nos ofrece deplorables ejemplos de vástagos procedentes de muy ilustre tronco, y que, según su sistema de V., debieron pertenecer á las clases mas abyectas.

Don Antonio. Nada de lo que V. dice ignoro, en efecto; pero nada de eso contradice tampoco mi opinion. Yo no he hablado de aristocracia moral, no: aunque si quisiera llevar adelante una que parece paradoja, sin serlo tal vez, no me faltarían razones para probar que la posicion social, por ejemplo, influye tan poderosamente en los hombres, que acaba hasta por modificar profundamente sus primitivas formas. Pero, dejando esto aparte, lo que yo queria decir es que, no precisamente la belleza ó la fealdad, sino el género de belleza ó de fealdad de una criatura humana, pueden hacernos juzgar, hasta cierto punto, de la condicion física, y social tambien, de los que la engendraron.

El hombre, en cuanto animal, está sujeto á las mismas leyes naturales que rigen á los demás seres orgánicos dotados de la existencia activa: el clima, los alimentos, el método de vida y otras mil circunstancias, ya le robustecen, ya le debilitan, ora embellecen su persona, ora le privan del mas ó menos agrado que primitivamente tuvo. Que los hijos han de ser, físicamente hablando, muestras inequívocas del estado fisiológico de sus padres cuando les dieron la vida, no me parece dudoso, ni bastan á ponerlo en cuestion excepciones, explicable unas, si todo pudiera decirse, y efecto otras, ya de circunstancias extraordinarias, ya de aberraciones de la naturaleza, si es que la naturaleza las tiene.

Sin salir de España, váyase V. á Castilla la Vieja y compare los rostros avelanados, amarillos, escuálidos, la estructura vidriosa de los cuerpos, el mirar humilde, la flojedad de las maneras de sus habitantes, con los que la historia, las descripciones de los poetas y los lienzo de nuestros museos, nos dicen de aquellos invencibles tercios de *infantería castellana* que asombraron al mundo antiguo con su valor, y conquistaron el moderno. ¿Quiere V. saber la causa de la enorme diferencia física que advertirá entre el castellano actual y el de hace poco mas de tres siglos? Pues pregúntesela á la historia de las generaciones que nos separan del reinado de don Fernando y doña Isabela, de gloriosa memoria, y ella le dirá que los cuerpos de los que conquistaron á Granada no pueden parecerse á los de sus degenerados descendientes, y que....

El Redactor. Y que en la real Academia de la historia estuviera muy en su lugar ese discurso; pero aquí se trata de que sepamos algo de esa señora *Milagros*, y de que el señor don Antonio prosiga su cuento.

Don Antonio. Sea, pues; que lo dicho basta para mi defensa.

Don Diego. Y para mi satisfaccion.

Don Antonio. Digo entonces, anudando el cortado hilo de mi narracion, que *Milagros* era, no como quiera hermosa, sino altanera, aristocráticamente bella, y que, á mi entender, si en vez de caer, Dios sabe por qué ni cuando, en poder de gitanos, fuera criada con esmero y tuviese á la vista en su juventud virtuosos modelos, tal vez se hiciera notable entre las mas notables mugeres de su época. La suerte lo quiso de otro modo, y las mismas prendas que en otra posicion la ensalzaran, determinaron su ruina en la humildísima á que se vió condenada. Porque es cierto, amigos míos, hasta las virtudes son relativas y de posicion; y con las mismas inclinaciones se pierde ó se engrandece el hombre, según que son ó no conformes á la situacion que en la sociedad ocupa.

Hasta la edad de 16 años vagó *Milagros* con la egipcia tribu, diciendo la buena ventura, cantando playeras, aderezando bestias ó preparando empiricas medicinas con sus visos de mágicos filtros, según la ocasion y la necesidad lo requirieran. Notable por su belleza y apostura, de ingenio agudo y varonil resolucion, tuvo infinitos adoradores, y de aquellos cuyo language no suele ser el de los idilios: así, moralmente hablando, dejó muy luego de ser casta en el alma; pero por un efecto mismo del exceso de libertad de que gozaba, efecto que á primera vista parece extraño y es, sin embargo, rigurosamente lógico, ni en sus sentidos, ni en su corazon hacian mella los groseros requiebros y brutales tentativas á que se veia espuesta; y así como hay desdichados que, victimas de la seducción ó de fatales circunstancias, pierden la castidad del cuerpo y conservan la del alma, *Milagros* por el contrario, era á los 16 años doncella en el hecho, con un espíritu profundamente pervertido.

La mujer mundana me parece el mas despreciable, pero al mismo tiempo el mas digno de compasion de los seres todos: la que se halla en el caso de *Milagros*, es lo mas parecido que en la humana naturaleza puede hallarse á *Luzbel*, á quien el señor hizo ángel, y él mismo la personificación del mal.

Tal era la jóven de que voy hablando, al tiempo en que su cuadrilla, por una especulacion de las suyas, en pollinos, reducida á la adquisicion de unos cuantos de esos utilísimos animales sin consentimiento de sus primitivos dueños, y á su venta despues de disfrazados á beneficio de artísticas supresiones, aumentos, pinturas y otras niñerías semejantes, llamó tanto la atencion de la justicia, que entre Sevilla y San Juan de Alfarche cayó toda entera una funesta noche en poder de los corchetes.

La suerte probable de aquella gente honrada no es difícil de prever: los hombres debían, desnuda la espalda, caballeros en desorejados asnos, «con chilladores delante y envaramiento detrás,» recibir todo un colegio de cardenales en las calles de Sevilla, y pasar despues al Africa en servicio de S. M.; las mujeres mas *escotadas* que dama en sarao, es decir, completamente desnudo el busto, barnizadas con mas miel que buñuelo en día de Todos Santos, y engalanadas de pluma corta, con mas el adorno de una gentil corzoza para las viejas (como si las arrugas no les bastaran) habían de pasear triunfantes la ciudad del Betis, y hecha provision de las berenjenas, pepinos, tronchos y otros primores semejantes que los muchachos regalan con generosa mano en tales ocasiones, ir luego á pasar unos cuantos años en la galera. Tan halagüeño era el porvenir que á *Milagros* le esperaba, cuando, flor lozana, comenzaba á desarrollarse su belleza. Esta hubiera podido, desde luego, valerle para suavizar sus hierros; pero un instinto, seguro en ella siempre, que el orgullo no lo sofocaba, la advertía de que el fin no era proporcionado al sacrificio; y desde el escribano hasta el llavero que todos quisieron protegerla, la hallaron inflexible. De tanta entereza resultó, no solo que redoblasen con ella su rigor los que en vano la solicitaban, sino que las matronas de la cuadrilla, Megueras espantadas, desahogaron en ella su comprimida rabia, acusándola de hacer voluntariamente mas amarga la suerte de todos. Y como si no bastaran tantas penas, una noche que en la soledad de su hediondo calabozo lloraba amargamente la desdicha de no haber conocido los maternales alhagos, vinieron á intimarla que iba á comparecer ante el mas inflexible de los magistrados de Sevilla, el severo alcalde don Fadrique de Vargas, conocido y temblado entre los gitanos, mas que Pizarro en las Indias. Hombre que bajo su férula caía, rara vez se libertaba del grillete, por mas que el escribano fuera amigo; mujer que por su desdicha le tocaba en turno, estaba segura de hilar un año por lo menos, para el hospicio. Con tales antecedentes y el convencimiento de que no podia menos de probársele la complicidad en los hurtos de la cuadrilla, compareció *Milagros* en la sala de declara-

ciones de la cárcel ante don Fadrique de Vargas, que sentado en un sillón cuadrangular forrado de terciopelo carmesí, al testero de la pieza y bajo la imagen de bulto del Salvador crucificado, vestido el sombrío traje de la magistratura española, calado el bonete, y apoyada la frente en la mano izquierda, tendía la derecha sobre el libro de los santos Evangelios. Su distracción ó recogimiento eran tales, que no reparó en la acusada, ni aun cuando el escribano, con el monótono aplomado acento peculiar á su profesión, comenzó á leer la fórmula por donde empiezan todas las declaraciones, y que de antemano tenía escrita en el peor papel del mundo, despues de la bula, es decir, en el del sello de oficio. Quizás estaba resuelto á dejar del cargo de su subalterno el tomar la declaración; pero como el juramento ha de prestarse necesariamente en manos del juez, fuéle preciso encararse con la acusada, en la cual esperaba ver, ó una inmundicia vieja, ó cuando mas una moza de color atezada, lacio cabello y desaliñado porte. ¿Cuál no sería su sorpresa al contemplar una de las mas acabadas y perfectas hermosuras que jamás imaginarse pudieron, realzada entonces con cierto brillo que el dolor presta siempre á los encantos del sexo débil? Milagros estaba en uno de aquellos lúcidos intervalos del vicio, durante los cuales los penetrantes rayos de la luz del arrepentimiento traspasan los mas endurecidos corazones; las miserias del calabozo habian herido su mente; la proximidad del castigo daba lugar á la consideración; y á la indiferencia de los seres, por su mal nacidos en la cenagosa atmósfera de la crápula, habia por un instante sucedido la aprensión, ya que no el convencimiento de su verdadero estado. Y como, salvadas contadas excepciones, la fisonomía es el espejo del alma, veíanse en la de Milagros retratadas las primeras huellas del temor y del remordimiento. ¡Ah, si entonces una mano caritativa y diestra viniera en auxilio de la infeliz! Acaso joven como lo era, una educación moral sabiamente entendida, un régimen severo, porque las grandes enfermedades del alma no se curan por paliativos, y una serie no interrumpida de buenos ejemplos, pudieran aun traer al redil la oveja descarriada, convertir á la cómplice de los gitanos en una buena madre de familia, ó por lo menos evitar su perdición completa; pero no fué así: Don Fadrique, prendado de tanta hermosura y tanta gracia, mas que conmovido por la dolorosa espresion que en el rostro de la víctima se leía; don Fadrique, para quien, como he dicho antes, la religion era un vano fantasma y la moral una quimera; don Fadrique, por otra parte, convencido de que aquella mujer, atendida su crianza y posicion, no habia menester seducciones, resolvió, apartándose por vez primera de su rectitud inflexible, salvarla de la justicia humana para hacerla todavia mas delincuente ante la divina.

Con asombro le oía su escribano dirigir el interrogatorio en pró de la acusada, y esta comprendiendo con su natural agudeza todo lo que habia de significativo en la blandura del severo magistrado, pareció entrar por completo en sus miras, y aprovechó con gran maestría el camino de salvacion que tan inopinadamente le deparaba la suerte.

Pero no era Milagros una mujer vulgar: otra se hubiera apresurado á ceder á las manifiestas intenciones del alcalde, creyendo apresurar así el instante de su libertad; ella por el contrario, comprendió que aquel hombre, esclavo hasta entonces de las consideraciones á que su destino le obligaba, si una vez llegaba á entregarse al dominio de una pasión, todo, por satisfacerla, sería capaz de intentar, y que la resistencia era el único medio de inflamar sus deseos.

De aquí una lucha en la cual la ventaja no podia menos de ser, como lo fué en efecto, de la joven acusada; porque Vargas peleaba trabado por los vinculos que á la sociedad le ligaban, mientras que Milagros lo hacia libre de todo freno y consideración.

Durante el discurso del proceso, don Fadrique despues de haber mejorado desde luego la condicion material de la acusada, mandándola poner en lo que llaman *cuartiles*, que es cierto departamento de la cárcel destinado á los presos de clase media y delito menos grave, ya bajo uno, ya bajo otro pretexto tuvo diferentes entrevistas con ella, de las cuales salia unas veces seguro de la victoria, otras temeroso de no conseguir su fin, pero cada vez mas y mas aficionado, hasta que al llegar el momento de la vista de la causa; en la sala del crimen, estaba lo que se llama realmente enamorado y por la primera vez de su vida.

Decano de todos sus compañeros, ocupaba aquel dia la silla de la presidencia, y usando de las facultades que aquel puesto le concedía, dirigió todas las preguntas, que despues de oída la relacion de los autos, se hicieron á los acusados, á un solo fin, el de probar la inocencia de Milagros. Ya el relator, que aspiraba á serlo del consejo real, y contaba para ello con la proteccion de don Fadrique, habia en su memorial ajustado hecho una pintura tan patética como el estilo forense lo consentía, de la desdichada joven, *robada sin duda á padres de noble condicion, y criada por aquellos miserables* (los Gitanos) como lo acostumbran con sus hijos, sin temor de Dios ni de

la justicia del rey; pero á mayor abundamiento, de entre los abogados de pobres, que de oficio defendieron á los demás presuntos reos, se levantó con asombro de todos los jueces, menos del presidente, el mejor, el mas elocuente jurisconsulto de Sevilla: «Que no pudiendo ver con indiferencia, dijo, confundida entre malhechores, mancillada con el impuro contacto de la hedionda tribu, á una criatura, que sin metáfora, podia compararse á la perla del muladar, habia tomado sobre sí demostrar su inocencia á tan ilustrado tribunal.

«Y V. A. (prosiguió) se servirá sin duda reconocerla, porque la tierna edad, la esclavitud forzosa de mi cliente, y su completa ignorancia hasta de aquellos principios de moral que son á los salvajes familiares, la absuelven de toda culpa.

«Dígnese V. A. fijar por un instante los ojos en esa infeliz, cuyas lágrimas riegan con abundancia el funesto banquillo; dígnese contemplarla, y vea si en tan bellas formas, si en tan candoroso angélico rostro halla vestigios del envilecimiento y degradacion, con que la mano del comun enemigo sella la frente de sus esclavos.»

A este apóstrofe, los ojos de los jueces se fijaron en efecto en Milagros, á quien, si fuera rubia, pudiéramos comparar á cualquiera de las mas bellas imágenes de la Magdalena penitente: tal estaba, en efecto, de hermosa y de afligida.

El abogado, que pretendia entonces una tenencia de asistente en Sevilla, y á quien don Fadrique habia insinuado simultáneamente que el conde de San Justo, su amigo íntimo, tenia mucha mano en gracia y justicia, y que la defensa de Milagros era digna de gran talento, entendió la trova, y echó, como suele decirse, el resto, en aquella ocasion, apurando todos los recursos de su elocuencia y forense habilidad.

No estaban empero vencidas todas las dificultades; porque los alcaldes compañeros de Vargas, avezados á las formas oratorias por una parte, y por otra habituados á prescindir de apariencias, á considerar los hechos con abstraccion de las personas, y sobre todo á no dar crédito nunca á lágrimas y suspiros, sino á lo que de los autos resultaba,

Secundum alegata et probata,

los alcaldes, digo, cuando se trató del fallo, aunque á la verdad compadecidos de Milagros, estaban resueltos á condenarla por lo menos á algunos años de reclusion.

Vargas lo habia previsto y tomado en consecuencia su plan.

Cinco eran, incluso él mismo, los jueces llamados á fallar la causa; de estos uno inflexible; otro, buen hombre á todas luces, solia dormirse durante la vista, y fallaba constantemente con el que primero emitia su voto, fuese cual fuese; el tercero era grande amigo del protector de Milagros; el cuarto grandísimo pedante; y el quinto y mas moderno, un alcalde cortesano, hechura de la dama del ayuntamiento de cámara de cierto favorito.

Del voto de este, que por razon de ser, como he dicho, el mas moderno habia de darle el primero, dependia todo, porque el de Reata (así le llamaban sus mismos compañeros) era seguro que sería el mismo, y por consiguiente, de inclinarse á la parte del inflexible la sentencia, condenaba infaliblemente á la pobre Milagros.

Era el pedante elemento neutro en aquella combinacion, y para hacérselo propicio, tuvo muy buen cuidado el astuto de Vargas de decirle cuando, despejada la sala, se quedaron solos los jueces para fallar:

«¿Qué dice V., compañero, del alegato de N. (el abogado de Milagros)? Yo no conozco en España otro jurisconsulto capaz de hacerlo tan bueno, como V. no sea.»

Este baño de incienso produjo su efecto, y la habilidad con que el presidente, al resumir el proceso y proponer la absolucion de la *infeliz doncella*, supo darle á entender que allí el juicio mas importante era el suyo, acabó de resolver al buen pedante á absolver al mismo Barrabás si necesario fuese.

Por lo que al primer votante respecta, quiso la suerte que tuviese entonces pleito pendiente ante aquella audiencia un su primo tercero ó cuarto; y Vargas, sin comprometerse á las claras, le prometió su valimiento con algunos oidores de los que en revista habian de fallarlo.

Votó, pues, el mas moderno absolviendo á Milagros; vacilaba aun el pedante, cuando don Fadrique exclamó: «Veamos qué opina la lumbrera de nuestra sala; pobre de la acusada si tan sabio magistrado la condena.» El delito está probado, exclamó enojado el inflexible; diga el señor y el mundo entero lo que guste. «*Amicus Plato, respondió el pedante, sed magis amica veritas*: absuelvo.»

Respiró Vargas como si le quitaran de encima del pecho una montaña.

¿Qué ha votado N. (el primer votante)? preguntó bostezando el de Reata.

«La absolucion,» respondió el presidente.

«Absuelvo,» dijo el preguntante.

« Seis años de galera, » dijo con voz firme el inflexible, fijando los ojos en Vargas que hubo de bajar los suyos; pero Milagros fué absuelta por cuatro votos contra uno.

Decía Anibal despues de la batalla de Cannas: « Otra victoria como esta y soy perdido; » don Fadrique hubiera podido exclamar: « esta victoria minó mi reputacion de integro magistrado. »

Y por entonces tampoco logró el fruto que esperaba de tan inmenso sacrificio.

El gravísimo riesgo de que maravillosamente acababa de salvarse, había abierto los ojos de Milagros, y desarrollado en ella el germen de un profundo egoismo hasta entonces latente como el fuego en el pedernal. Decir que se resistiera por virtud seria falso; si luchó, lo hizo por cálculo, con ánimo de ceder; pero á su tiempo, es decir, cuando tales prendas hubiera dado el que imaginaba su seductor, que no fueran de temer los caprichos de su inconstancia.

La vida que aquella infeliz había llevado hasta entonces, explicará á VV. como en tan tiernos años cupieron tanta astucia, tan pertinaz perseverancia.

Apenas libre, pagadas que hubo don Fadrique por tercera mano las costas del proceso, el carcelage, las otras mil escandalosas soca-lifas con què los subalternos de los tribunales arruinan al misero que en sus garras cae; apenas libre, digo, la bella Milagros, ¿ adónde les parece á VV. que se encaminó? — A la casa de su protector, sin duda; y así fué, mas no á buscarle á él, no; á su esposa, sí, á la devota, á la severa camarista, y arrojándose á sus piés como pudiera á los del soberano pontífice, pidióla con sentidas voces y cristianas razones, que completase la obra de su piadoso marido, acogióndola bajo el amparo de su acrisolada virtud, si no quería que hallándose de nuevo sola en el mundo y espuesta á todo género de tentaciones, sucumbiera al cabo al rigor de sus desdichas.

Señores, era una niña de 17 á 18 años la que hablaba, bella como la rosa mas temprana de la primavera, y astuta cual la funesta serpiente del paraíso; la que la oía una muger sinceramente devota, caritativa mas aun por caso de conciencia que por sensibilidad, ignorante de las pasiones, y de las arterías del mundo. ¿ Qué había de suceder? Lo que sucedió: Milagros fué admitida entre las sirvientes de la esposa de Vargas, y esta creyó aquel dia haber rescatado un alma de entre las garras mismas del enemigo.

Dejó á la consideracion de VV. el asombro de nuestro alcalde,

viendo instalada en su propia casa y bajo salvaguardia de su muger, á la que había sabido inspirarle un frenético deseo que él confundia con el amor.

Mas de un año todavía duró la lucha, no sin que la ofendida esposa la advirtiese; pero creyendo inocente á Milagros, y deseando ponerla á cubierto de los impúdicos conatos de su marido, díjola cierto dia que era forzoso retirarse por algunos meses á un convento de que era superiora cierta dama de su familia.

Colocada entre el claústro y la pasion de don Fadrique, que por otra parte llegó á creer sincera, escogió la cuitada lo que peor le estaba; y las consecuencias VV. las saben, al menos hasta el momento en que Vargas partió para Filipinas.

Aquí llegaba con su narracion don Antonio, cuando lo escesivamente avanzado de la hora le obligó á suspenderla.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

La interpretacion del Evangelio.

Un fraile capuchino pasaba un puente, y fué insultado por un soldado medio borracho que se dejó llevar de su cólera, hasta el estremo de pegarle una bofetada. El religioso, fiel á los preceptos del Evangelio, presentó el otro carrillo, sobre el cual el bárbaro aplicó otra bofetada. El capuchino, que era un hombre vigoroso y de una estatura aventajada, cogió entonces al insolente por la cintura y con muy poco esfuerzo le arrojó al rio, diciendo tranquilamente: « El Evangelio nos previene que al recibir una bofetada presentemos la otra mejilla, pero no espresa lo que hay que hacer despues. »

SOLUCION DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 17.

Calderon de la Barca descendió á la tumba coronado de gloria.



SEVERINI.

Mendigos irlandeses.



NAUFRAGIO DE UN NAVIO DE LA ARMADA TITULADA LA INVENCIBLE, SOBRE LA COSTA DE ESCOCIA.

La escena de uno de los episodios mas tristes de la historia de la marina española, es lo que representa la lámina que damos hoy. Una rivalidad política, tenaz, agravada por la diferencia de religiones, preparaba la guerra hacia tiempo entre el rey de España, Felipe V, é Isabel, la reina virgen de Inglaterra. Esta guerra estalló finalmente con uno de los muchos ataques arteros é innobles que dieron los ingleses á nuestros galeones. En 1586 el almirante Drake destruyó en Cádiz, sin prévia declaración de guerra, una flota entera de buques de transporte. Felipe quiso vengarse con la conquista de la Inglaterra, y al efecto equipó la escuadra mas fuerte que se ha conocido en Europa. Contaba 22,000 hombres de desembarco distribuidos sobre 152 navios; debía tomar en Flandes 25,000 soldados veteranos, mandados por Alejandro Farnesio, y en Normandia habia 12,000 franceses prontos á reunirse con ellos. La Inglaterra, en cambio, no pudo reunir mas que 114 buques, de los cuales el de mas porte tenia trescientas toneladas, y sobre ellos embarcó sus 15,000 marineros. Uno solo de estos buques, el *Triumph*, llevaba 40 cañones. Pero esta escuadra, que carecia de fuerza material, tenia la fuerza inteligente en mas alto grado que la española.

Sabidos son por demás los sucesos que acarrearón la pérdida de nuestra escuadra, con gran detrimento del erario y de la gloria nacional. El gefe experimentado que debía mandarla, el célebre marqués de Santa Cruz, adelantado de la Florida, que unia á su pericia y valor militar la prudencia de un marinero consumado, falló antes de acometer aquella empresa gigantesca, encareciendo al morir que se asegurara un puerto que sirviera de refugio á la escuadra en caso de tormenta ó de derrota. Reemplazado por el duque de Medina-Sidonia, marino de corte, cuya presunción igualaba á su ignorancia, á pesar del consejo de Santa Cruz, ratificado por el duque de Parma que proponia apoderarse de Flesinga, declaró que eran inútiles las precauciones, y apareó el 19 de mayo de 1588. Desde entonces empezaron las desgracias de la *Invencible*. Combatida en el cabo de Finisterre por un huracan furioso, careciendo de buenos prácticos, tomando por este motivo unos parages por otros, ostigada en su marcha lenta y pesada por los ligeros buques ingleses, el fin de esta empresa colosal fué la destruccion casi total de la armada, naufragando muchos buques en las costas de Irlanda y Escocia, ca-

yendo otros en poder de los ingleses, y escapándose algunos al extranjero con las tripulaciones sublevadas.

MEMORIA

SOBRE LA CONVENIENCIA DE ESTABLECER POR PRIMERO UN MERIDIANO DISTINTO DE LOS QUE HASTA AHORA SE HAN ADOPTADO COMO TALES POR LOS GEOGRAFOS.

Desde los primeros tiempos en que los hombres convirtieron su atención á conocer el globo que habitaban; echaron de ver la necesidad de arbitrar un medio para determinar la posicion geográfica de los puntos de la tierra; empero no poseian un conocimiento perfecto de la figura de ésta, ni se tuvo en muchos siglos despues; y así, conceptuándola mas estensa desde Occidente á Oriente que de Septentrion á Mediodia, como se conoce del mapa que trazó Agathodemon, llamaron latitud á lo que habia entre estos dos últimos puntos, y longitud lo que se comprendia entre los primeros, en cuyo sentido solo pudieron adoptarse estas palabras, puesto que un globo no tiene ancho ni largo, cuando ya se acercaron á tener una idea mas conforme de la figura de nuestro planeta.

Para tener pues un término fijo desde donde principiar á contar los grados de longitud, establecieron los geógrafos un primer meridiano, y desde él numeraban hasta los 360, uso que ha durado hasta nuestros dias, en que se ha distinguido la longitud para mayor comodidad en oriental y occidental, dando á cada una 180 grados. La mas antigua posicion del primer meridiano, segun Piteas de Marsella, célebre cosmógrafo que floreció por los años de 320 antes de Jesucristo, estaba en la isla de Jule, que en lo antiguo se reputaba por la mas apartada de las tierras en el Océano hácia el Septentrion (1).

La segunda posicion del primer meridiano es la de Erathóstenes, natural de Cirene, que nació 276 años antes de Jesucristo, y fue dis-

(1) Los geógrafos antiguos unen esta isla con las Británicas, que Virgilio y Séneca llaman *ultima Thule*. Ortelio cree que es aquella region de la Noruega que los naturales nombran *Thulemark*; Cambdeno las islas Schtlandias del mar de Escocia, que los navegantes dicen *Thylensel*; otros finalmente la Islandia.

cipulo de Ariston y de Calimaco, y bibliotecario de Alejandria en tiempo de Tolomeo Evergetes, que lo situó en las columnas de Hércules, lo que tambien hicieron algunos árabes.

La tercera posicion es la de Marino de Tiro, que floreció por los años 70 de Jesucristo, y Tolomeo, que lo colocan en las islas Fortunadas, hoy Canarias, como el último término del mundo entonces conocido.

La cuarta posicion es la de Ismael Abulfeda, célebre principe que reinó en Siria en el siglo XIV, y compuso en árabe una geografia, el cual lo pone en el estrecho de Gibraltar, 10 grados al Oriente del meridiano de Tolomeo. Alfarras y Albiruni, autores tambien árabes citados frecuentemente por Abulfeda, ponen alli mismo su primer meridiano; y Nasia Eddin y Ulg-Beg 10 grados mas occidental, que corresponde á las islas Canarias.

Los chinos cuentan la longitud desde el meridiano de Pekin, y de este modo están calculadas las tablas geográficas del atlas chino del P. Martini.

Los indios, y á su imitacion algunos árabes, eligieron por primer meridiano el de Canadara, y contaban desde Oriente á Occidente.

Los astrónomos españoles que siguieron las tablas alfonasinas, y los autores de estas, pusieron por primer meridiano el de Toledo, tanto por ser ésta una de las ciudades mas notables del reino, como porque era el lugar de sus observaciones.

Quisieron otros que la línea de demarcacion, llamada tambien de Alejandro VI por haberla establecido este pontífice á fin de evitar las discordias entre las coronas de Castilla y Portugal ocasionadas con motivo de los descubrimientos hechos á fines del siglo XV y principios del XVI; quisieron otros, decimos, que esta línea (1) fuese el principio de donde se contase la longitud.

Algunos náuticos, creyendo que la brújula no declinaba en las islas Azores, tuvieron este motivo para fijar en ellas el primer meridiano. Janson, en su Mapa-mundi del año 1604 y en el de 1607, y Nicolás Fischer, en su obra titulada *Orbis maritimus*, y otros lo establecieron en las islas de Corvo y Flores, que están casi bajo el mismo meridiano. Roberto Dudley, en su *Arcano del mar*, pone su primer meridiano en la isla del Pico, desde donde calcula las longitudes de esta obra, y pretende que la aguja no tiene declinacion en el meridiano de esta isla. Por la misma razon pusieron el primer meridiano en la isla del Fuego, una de las del Cabo-Verde, Ortelio en su mapa-mundi, Pedro Barcio en su *Europa contracta*, y Janson en sus planisferios. Otros, en fin, le hacen pasar por la isla de San Vicente, Tolomeo y los árabes que le siguieron colocaron su primer meridiano en las Canarias; pero no estando estas islas bajo uno mismo, pues hay mas de 5° y medio de diferencia entre las que mas distan entre si, se ofrece la dificultad de determinar por cuál de ellas ha de pasar este círculo. Romualdo Mercator y otros empiezan á contar sus longitudes desde la costa occidental de la isla de Palma por la falsa persuasion en que estaban de que ésta era la isla mas occidental de las Canarias. El P. Riccioli puso tambien en esta isla su primer meridiano, y dice que lo hizo con el motivo de haber partido de ella como término el mas occidental de las Canarias, Cristobal Colon al descubrimiento del nuevo mundo; y que de los navegantes que abordan á las Canarias son mas los que van á esta isla de Palma para dirigir desde alli sus rumbos. No son estas ciertamente razones muy fundadas, porque Cristobal Colon antes se habia dado á la vela en Palos, y Palma no es la mas occidental de las Canarias, como erróneamente se señaló en algunos mapas antiguos; y si los navegantes van á aquella isla es porque en ella se proveen mejor y hallan mas comodidad que en la del Hierro, que es ciertamente la mas occidental de este archipiélago.

Los geógrafos franceses pusieron su primer meridiano en la parte mas occidental de la isla del Hierro (2), para cuyo establecimiento juntó el cardenal Armando Juan du Plessis de Richelieu los mas famosos matemáticos de Europa en el arsenal de Paris en 1634, los cuales determinaron fijarlo en dicha isla; resolución que confirmó Luis XIII espidiendo un decreto en que mandó que los geógrafos franceses adoptasen éste por primer meridiano; mas sin embargo de esto muchos mapas hechos por geógrafos de esta nacion ponen por primero el de Paris.

Todavía hubo mas divergencia en adelante, porque despues que el arriba citado Janson en sus *Cuatro partes del mundo*, obra publicada en 1624, adoptó, no ya el de las islas de Corvo y Flores, como habia hecho antes, sino el que pasa por el Pico de Teyde; Guillermo Blaeu en su Atlas, y Nicolás Vischen en su mapa-mundi, y otros muchos holandeses hicieron lo mismo, por lo que algunos le llama-

ron á éste *meridiano holandés*, y ha sido seguido por algunos españoles.

Finalmente, desentendiéndose de las consideraciones que tuvieron estos geógrafos, principió cada nacion á establecer por primero el meridiano de su capital, ó el de sus observatorios astronómicos: los franceses el de Paris, como ya antes habian principiado á usarlo; los ingleses el de Greenwich, cerca de Londres; en Alemania el de Dantón; los españoles el de Madrid y señaladamente el que pasa por el seminario de nobles de esta corte, como lo hizo don Isidoro de Antillón; los marinos de esta nacion el de Cádiz, etc., etc. De toda esta variedad no ha podido menos de resultar una confusion que seria conveniente desapareciese para comodidad de todos los que se dedican al estudio de la geografia y de los constructores de cartas. Porque si bien no es difícil reducir los cómputos hechos por un meridiano á los formados por otro, para lo cual aun se encuentran tablas en algunas obras geográficas, este trabajo se escusaria conviniendo todas las naciones en admitir unánimemente un primer meridiano, lo que deberian promover las sociedades científicas de cada una de ellas, especialmente las que tienen por objeto los progresos de los conocimientos geográficos.

Para esto, en vez de fijar el primer meridiano en consideracion á las varias razones que, como hemos espuesto, han tenido algunos geógrafos antiguos y modernos, ó de adoptar cada nacion el suyo particular por una especie de egoismo ó de pretension vana de dar la ley en esta materia, deberian escoger para este fin un lugar el mas señalado de toda la tierra por cierta circunstancia particular que no se hallase en ninguna otra parte. Esta circunstancia deberia ser la elevacion. El punto mas alto del globo sobre el nivel del mar, ese deberia ser el término de que se principiase á computar la longitud, estableciendo en él el primer meridiano. Este punto mas alto está en el dia determinado despues de haber medido los geógrafos y viajeros las alturas mas elevadas de toda la tierra. No se conoce en toda ella mayor elevacion que la del pico de Dawalagiri, situado en el Tibet, en el Asia, el cual llega á tener 24,769 pies franceses sobre el nivel del mar (1). Y si un geógrafo español no muy antiguo (2), hablando del pico de Teyde, dice que parece que el autor de la naturaleza lo crió para esta importante funcion por razon de su altura, ¿con cuánta mas podremos decir esto de la cima de Dawalagiri, que es el gigante de todas las cordilleras que erizan la superficie de la tierra?

Establecido así por primer meridiano el que pasa por la cumbre de Dawalagiri, no seria necesario indicar en las cartas el que cada geógrafo seguia, como es indispensable hacer ahora, si se quiere escusar el adivinarlo al que estudia ó examina un mapa. Todos sabrian que habian de calcular desde aquella altura sin igual la longitud de todos los lugares, y cualquiera que fuese la carta que se presentase, no dudarian el meridiano, que no habia podido menos de tenerse presente al tiempo de su formacion.

La uniformidad en todas las cosas para facilitar la comunicacion y el trato de las naciones seria de la mayor utilidad y no tan difícil de conseguir como á primera vista parece. Ya hubo un sabio distinguido que quiso lo que era menos practicable, ó por mejor decir imposible, esto es, el uso de un idioma universal; pero si aquello no es asequible, lo es la uniformidad en el sistema monetario, en el de pesas y medidas, y mas todavia en adoptar un primer meridiano, pues esto está al arbitrio únicamente de los hombres de letras. El lenguaje de las ciencias es universal en todas las naciones, y el de la geografia no deberia serlo menos; por lo que á las palabras *primer meridiano* deberia corresponder en todos los pueblos cultos una sola y única idea, y entenderse el círculo máximo que pasando por los polos toca en la cima del elevado Dawalagiri.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

De la Real Academia de la Historia.

CASA CONSISTORIAL DE LUGO.

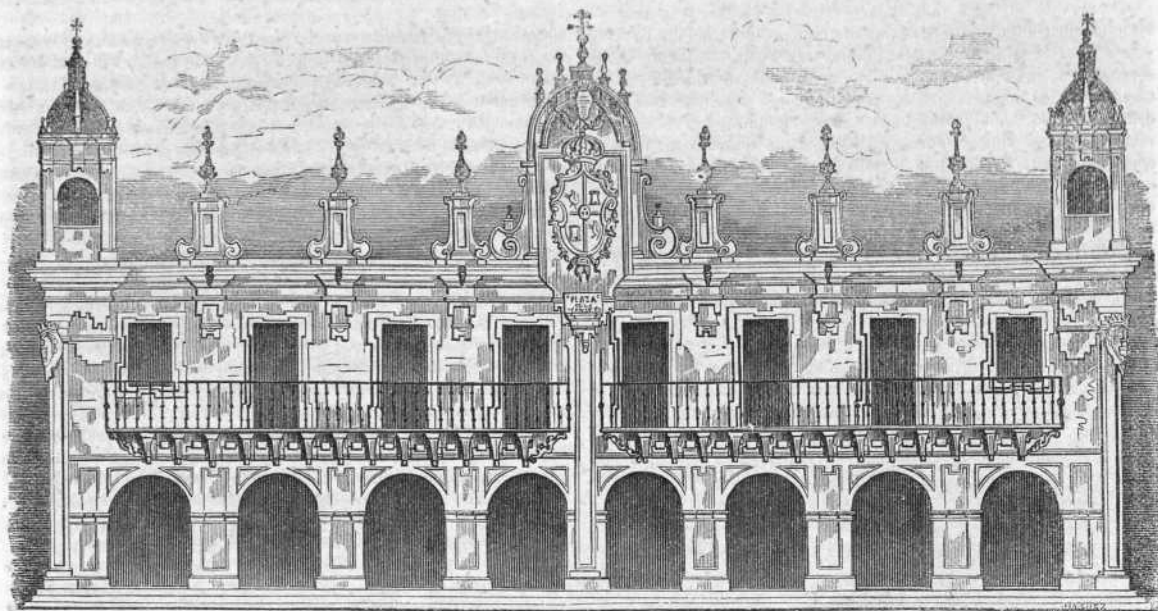
Hace cerca de tres siglos no tenia Lugo casa propia para ayuntamiento, porque era pueblo que estaba subordinado á la influencia del obispo, quien como señor jurisdiccional y territorial nombraba los alcaldes, merino y regidores que lo rigiesen y gobernasen, aunque el orden municipal no era complicado ni exigia los cuidados de ahora. Con todo, la justicia y regidores de entonces, conocedores de la independencia que debian tener para el ejercicio de sus funciones, teniendo presente lo importante que les era la adquisicion de un local donde establecer la casa de la ciudad en un pueblo que habia gozado

(1) Dividia el globo de polo á polo por el meridiano de las Canarias en dos hemisferios, de los que el oriental se señaló á Portugal, y el occidental á Castilla.

(2) El meridiano de la isla del Hierro no pasa por la misma exactamente, sino 50' hacia el Este.

(1) Es de advertir que el pie francés es mayor que el castellano en la proporcion de 7 á 6.

(2) Don Tomás López, geógrafo de S. M.



(Casa consistorial de Lugo.)

titulos de honor en la antigüedad romana, que tenia voz y voto en Cortes, y que hacia de capital en una de las siete provincias de Galicia, celebraron contrato con el obispo D. Fernando Belosillo en 4 de setiembre de 1370 ante el escribano Pedro Lemos, permutando la hacienda del Burgo, que pertenecía á los propios, por el solar que en la plaza de las Cortiñas (1) ocupaban las casas da Feirabella, que eran de la mitra. Sobre estas casas muy luego fue levantado un edificio á la verdad poco digno de pertenecer á la grandeza de su destino; pero subsistió por cerca de dos siglos, hasta que por el buen gusto de los tiempos pareció mezquina su permanencia; y así es que hacia el año de 1755 se proyectó y llevó á cabo la nueva casa consistorial que le sustituye, y que hoy descuella con orgullo en la mejor localidad del pueblo, formando la principal testera de su estensa plaza mayor, de cuya fachada presentamos una vista á nuestros lectores, no quedando del anterior edificio sino la fábrica interior de los soportales. Su interior es vasto con un buen salon de sesiones, y otros departamentos que pueden necesitarse para la administracion municipal, teniendo la circunstancia de que sus anchos soportales sirven de abrigo para la entrada principal, y á la guardia para prevencion permanente. En el ancho de su fachada, adornada de molduras y escudos, corren dos balcones que se utilizan para decoraciones en casos de regocijos, y á sus extremos tiene dos torres. En su centro, sobre un cuerpo elevado con bastante gracia, tiene las armas reales, y en las esquinas que hacen lado á dos calles, están esculpidos los escudos de las armas de la ciudad, que cuartelados representan una torre colocada en medio de dos leones rapantes, y sobre la torre un cáliz con su hostia radiante en medio de dos querubines, y la cima con corona. La reforma interior que se dió á esta casa en 1841 aumentó su importancia, así como las dos escaleras que la dan subida desde el patio presentan un aspecto propio del objeto de su destino. En el archivo de esta casa, que poco mas data de tres siglos, pues sus documentos históricos han desaparecido con la venida de los ingleses en tiempo de D. Enrique de Trastámara, cuando la guerra con D. Pedro el Cruel, sospechándose existan en la universidad de Oxford, solo hay varios privilegios de exencion concedidos en favor del ayuntamiento y vecinos, entre los cuales pueden contarse el de yanfar tributo de vasallage, el de portazgos de sus vecinos, almotacen, pesos y medidas que seria prolijo referir; pero no puede omitirse que el todo del edificio es digno del pueblo que lo conserva, y que debe ser mencionado en las páginas del SEMANARIO. En la secretaría se conserva la serie de los retratos de los reyes de la dinastía actual, desde Felipe V, alguno de bastante mérito; y en un gran cuadro el dibujo del mosaico romano, descubierto en una de sus calles en 4 de setiembre de 1842, de que se dió noticia en el SEMA-

NARIO del mismo año, facsimil exacto que van á reconocer y admirar todos los sugetos que no tuvieron la satisfaccion de ver aquel vestigio antes que se cubriese.

Lugo y junio de 1849.

JOSE TEJEIRO.

COSTUMBRES DE LAS ABEJAS.

Al escribir este artículo, no trataremos de entrar en las brillantes consideraciones á que induce el exámen del orden maravilloso que reina en las ciudades habitadas por estos insectos, porque nuestro objeto es esclusivamente dar á conocer á nuestros lectores las costumbres de la abeja, esa especie que el hombre ha aprendido á gobernar para utilizar en provecho suyo sus trabajos. La tomamos en el estado salvaje; la mostramos estableciendo su habitacion, yendo á buscar las sustancias con que construye sus celdas, y las que le sirven para la composicion de la miel; la hacemos ver despues observando los cuidados mas minuciosos é inteligentes para la conservacion de sus huevos, la educacion de sus crías, y la preparacion de sus alimentos; finalmente, la seguimos en su emigracion, cuando un número harto considerable de crías obliga á las abejas de una colmena á buscar otra habitacion.

La abeja doméstica tiene el cuerpo velludo y de un color pardusco; tiene cuatro alas membranosas y seis patas; está provista de un aguijon para defenderse, de una especie de trompa con la que recoge la miel, y de dos estómagos, uno de los cuales la sirve para ejercer las funciones del estómago comun, y el otro le usa para la preparacion de la cera y de la miel.

En una colmena se distinguen tres clases de abejas: 1.^a Las abejas trabajadoras, designadas tambien con los nombres de neutras, ó mulas, á cuyo cargo está todo el trabajo, y que no son ni machos ni hembras, siendo su empleo construir, hacer la cosecha y educar las abejas jóvenes; todas tienen una trompa para el trabajo y un aguijon para el enemigo: 2.^a Los machos ó zánganos falsos, que no tienen aguijon, y que son de un color mas oscuro que las trabajadoras, y una tercera parte mas abultados que ellas; y 3.^a Una abeja única encargada de la multiplicacion de la especie, que está armada de un aguijon, y que es mas fuerte y mas larga que los machos; produce ella sola individuos suficientes para poblar, no solo una colmena, sino varias: la llaman la reina de la colmena.

En el estado salvaje, las abejas establecen sus colmenas en los huecos de los árboles, donde observan la misma policía que en las colmenas que les prepara la mano del hombre; en cuanto una colonia de abejas ha tomado posesion de una habitacion, empiezan á calafu-

(1) La denominacion de las Cortiñas indica que lo que hoy es Plaza Mayor fué en anteriores épocas terreno cultivado.

tear interiormente las paredes con una cera ó betun blando llamado *propoleo*, que recogen las trabajadoras en las plantas resinosas; en seguida construyen las celdas, que han de contener un huevo cada una de los que pone la reina; el conjunto de estas celdas, que toma despues el nombre de *panal*, está compuesto de una gran cantidad de alveolos de forma exágona, y cada uno de sus lados ó paredes constituye á su vez la pared de otros seis exágonos iguales que la rodean, y cuyo fondo angular da tambien paredes semejantes á las casillas que tiene debajo. Hay tres clases de alveolos: los que contienen los huevos de las trabajadoras, que son los mas numerosos; los que han de contener los huevos de los machos, que son un poco mayores; y finalmente, los que estan destinados á las hembras, que son tres ó cuatro, y que tienen mayores dimensiones que todos los demás.

De las flores extraen las abejas trabajadoras las sustancias con que construyen sus celdas; se revuelcan en sus cálices y con los tarsos ó raspas que tienen en las patas, y particularmente con los cepillos que tienen en las últimas, desprenden de los estambres el polvo llamado *pollen*, forman con este polvo una especie de glóbulos y con las segundas patas ponen estos glóbulos en una especie de cestita ó paleta que tienen en las últimas patas de atrás; regresan con esta carga á la colmena; allí la reciben otras abejas que se tragan este polvo, lo preparan en su segundo estómago de que hemos hablado antes, y producen la materia conocida con el nombre de cera.



Las mismas abejas trabajadoras van despues á buscar en el fondo de las flores un zumo mas dulce que se tragan y van á derramar una parte de él en las celdas, con lo que forman la miel: este zumo le extraen con la trompa que las sirve para dividir los cuerpos sólidos y sacar de ellos los líquidos que contienen.

El dardo á aguijón de la abeja exige una descripción particular. La base de este aguijón es un conjunto de nueve escamas cartilaginosas ó córneas, de las cuales, ocho parecen estar destinadas á impulsar vivamente hácia fuera la punta del aguijón por medio de los músculos que tienen, y la novena que tiene la forma de una V, y cuya parte mas ancha está colocada hácia adelante, parece deber operar la retirada de la punta indicada; el cuerpo del aguijón es redondo y largo; se compone de dos porciones semi-cilíndricas, pegada una á otra, y de dos hojas muy agudas que estan movibles en el interior de esta especie de vaina y que dejan entre ellas su ranura diminuta vuelta hácia la base. No es solo la picadura de la abeja la que produce el dolor, sino el efecto químico de un veneno que introduce el dardo en la herida; no se conoce sin embargo la naturaleza de este veneno, por no haber podido adquirir la cantidad suficiente de él para examinarle y descomponerle.

Mientras dura el trabajo de las celdas por las abejas trabajadoras, los machos fecundizan á la abeja madre: en cuanto ésta deposita sus huevos en las celdas, cuando ya las trabajadoras, que hasta entonces les habian estado alimentando con el mayor cuidado, los echan inhumanamente de la colmena, y los matan si rehusan salir. Como estos no tienen aguijón para defenderse, hacen poca resistencia. Dejan la habitación y se ven obligados á derramarse por el campo, donde mueren muy pronto.

Una sola fecundización de un macho á la hembra la deja en estado de poner huevos durante dos ó tres años. Todos los huevos que pone en los seis meses primeros, producen abejas trabajadoras: los meses siguientes pone huevos de machos; y finalmente, en un día solo, pone algunos destinados á producir las hembras que la han de suceder ó que han de ser reinas de otros enjambres: una abeja madre puede vivir seis años y producir en cada uno 60,000 huevos: en cuanto la ha fecundizado un macho, pone en cada celda un huevo oblongo y algo curvo y de un color blanco azulado: tres días despues de puesto se convierte en *larva* ó gusanillo, y ya desde aquel momento se le confía al cuidado de las trabajadoras. Sus nodrizas estan entonces recogiendo miel y *pollen*, y el gusanillo se alimenta durante cinco días

con una composición de estas dos materias que le presentan: el sexto día teje el gusanillo en 36 horas un capullo de seda, en el cual queda encerrado: tres días despues se convierte en *ninfa* ó *palomilla*, permaneciendo siete días en este estado; y al vigésimo día de haber sido puesto el huevo se convierte definitivamente en insecto: el número de veinte días es el necesario para el desarrollo completo de los huevos que producen abejas trabajadoras: los que producen machos exigen veinticuatro días; y los que producen hembras solo requieren diez y seis. Entonces es cuando las trabajadoras prodigan cuidados prolíficos á los nuevos habitantes de la colonia: los limpian y lamen, y les ofrecen miel: las abejas jóvenes se dejan llevar pronto de su instinto, y se dedican al trabajo á que nacen ya destinadas.

Cuando nace un número tan considerable de abejas que la habitación no puede ya contenerlas, y ha nacido tambien entre ellas una reina nueva que reemplaza á la que va á marchar á la cabeza de la emigración, entonces una gran porción de estas abejas, con su reina al frente, dejan la colmena para ir á buscar otra habitación; pero antes de fijarse definitivamente en un sitio, y mientras esperan á que las que han ido de descubierta ó vanguardia hallen un alojamiento cómodo y conveniente, la banda emigrante no tarda en posarse en alguna parte, lo que suele suceder sobre una rama de algun árbol.

El órden con que se colocan entonces unas sobre otras es una cosa verdaderamente curiosa: las primeras que llegan se agarran á la rama en toda su circunferencia, poniéndose unas junto á otras:



cuando han formado la primera corona, todas las que van llegando enganchan sus patas delanteras en las patas traseras de las que estan agarradas á la rama, y forman la segunda corona ó círculo de abejas, que presentan igualmente sus patas traseras á las que van llegando; y así sucesivamente, hasta que todos estos círculos tienen la longitud que quieren dar al enjambre. Entonces las que van llegando se agarran á la rama, mas arriba de las que forman la primera corona, y se enlazan unas á otras hasta que forman otra especie de sábana, sobre la que habian formado las anteriores; finalmente, todas se colocan del mismo modo y presentan una masa compacta de una multitud de sábanas amontonadas unas sobre otras, que constituyen lo que se llama un enjambre, el cual se compone generalmente de 15 á 20,000 obreras, 1,200 á 1,500 machos y una sola hembra; y se han visto algunos mas numerosos. Ha habido enjambre que ha pesado hasta ocho libras: segun las experiencias de Reaumur son necesarias 536 abejas para formar una onza de peso, lo cual hace que un enjambre que pese ocho libras debe tener precisamente 45,000 abejas: se han llegado á ver enjambres que tenian hasta 50,000 abejas entre machos y trabajadoras.

Cuando se quiere coger un enjambre, se aprovecha el instante en que todas las abejas estan aglomeradas como hemos dicho arriba, en una sola masa, y se le hace caer en un saco ó en una cesta, ya sea sacudiendo el árbol ó cortando la rama, y se le encierra al momento en una colmena que se tiene preparada al efecto. Las abejas se fijan en ella generalmente sin dificultad y empiezan en su nueva habitación todos los trabajos que hemos descrito.

Hay varias clases de abejas en las diferentes partes del mundo, conocidas con los nombres de *Cardadores*, *Abejarrones*, *Carpinteras*, *Canteras*, *Corta-Rosas*, etc.; varían generalmente en su organización y ofrecen algunas diferencias sensibles en sus trabajos; pero todas tienen proximately el mismo grado de instinto ó industria.

RESUMEN

POR ÓRDEN CRONOLÓGICO, DE LAS PRINCIPALES AVENTURAS DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

La de los dos arrieros, que cuando estaba velando sus armas en el corral de la venta la noche antes de armarle caballero, se las ti-

(1) Véase la nota puesta al final del folio 129.

raron de la pila del pozo, al ir á dar de beber sus caballerías, de cuyas resultas, alzó la lanza á dos manos y dió con la misma tan gran golpe á uno de aquellos en la cabeza, que le derribó al suelo, muy mal trecho, y también al otro abriéndosela por cuatro pedazos.

La chistosa y estupenda de armarle caballero el ventero, á presencia de las recatadas damas del partido, que iban á Sevilla, llamadas la Tolosa y la Molinera.

La del muchacho Andrés, á quien, atado á una encina, estaba pegando muchos azotes su amo, y al cual obligó á que le desatase y pagase sesenta y tres reales de soldada sin que consiguiese otra cosa que el que dicho su amo le maltratase luego mas, burlándose así de su inesperado y oicioso protector.

La de los mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia, los cuales, pero en particular uno de los mozos de mulas que llevaban, le molió á palos, después que le tiró al suelo Rocinante, quedando en tales términos, que no pudo moverse hasta que un vecino suyo, que venía del molino, le encontró y le llevó á su casa; y todo porque se empeñó en que aquellos confesasen que no había en el mundo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

La de no encontrar la puerta del aposento donde tenía sus libros, después del famosísimo escrutinio que hizo el cura, creyendo que todo se lo había llevado su enemigo el sabio encantador Freston.

La de los molinos de viento del campo de Montiel, que se le figuraron treinta, ó pocos mas, desaforados gigantes.

La de los dos frailes de la orden de san Benito, á quienes halló en el Puerto Lápice, y suponiendo que llevaban forzadas en un coche que seguía el mismo camino á altas princesas, arremetió contra el primero de aquellos con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula en que iba, él le hiciera caer al suelo mal herido ó muerto.

La del escudero de la señora vizcaina que iba á Sevilla, con el cual peleó y á quien descargó tan fuerte golpe sobre la cabeza, que empezó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oídos: prometiendo no hacerle mas daño si iba, como se lo ofreció, á presentarse ante la sin par doña Dulcinea.

La del encuentro de los pastores que conducían el cadáver de su compañero Grisóstomo, á los cuales amenazó con caer en la furiosa indignación suya si se atrevían á seguir á la hermosa Marcela.

La de los arrieros yangués que cojiéndole en medio y á Sancho Panza; menudearon sobre ellos con grande ahinco y vehemencia sus estacas, y dieron con ambos en el suelo.

La de la moza asturiana Maritornes, á la cual detuvo y sentó en su cama cuando iba á refocilarse con el arriero de Arévalo, de cuyas resultas este descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies mas que de trote, se las paseó todas de cabo á rabo; á cuya aventura se debe el que no se haya perdido la receta del bálsamo de Fierabrás.

La de haberse salido sin querer pagar el gasto que hizo en la venta, á que se refiere la anterior, que por de pronto se imaginó que era famoso castillo, y de cuyas resultas fué mantenido Sancho Panza, como perro en carnestolendas, y se quedó el ventero con las alforjas en pago de lo que se le debía.

La de los dos rebaños de ovejas que figurándose eran los ejércitos del grande emperador Alifanfarron, señor de la grande isla Trapobana y de su contrario Pentapolin del arremangado brazo, rey de los garamantas, quiso prestar su poderoso apoyo al segundo, porque era cristiano y el otro no, y sin mas razones y á pesar de las advertencias de Sancho Panza para disuadirle de su error, se metió por medio de dichas ovejas y comenzó á alanceallas con mucho coraje y denuedo, de cuyas resultas los pastores y ganaderos descuiéronse las hondas, y le saludaron con piedras como el puño, una de las cuales, dándole en el lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo.

La de los encamisados, que de noche, á caballo y con hachas encendidas en las manos, iban custodiando y acompañando una litera, cubierta de luto, dentro de la cual iba el cadáver de un caballero que murió en Baeza y que llevaban á su sepultura de Segovia, á los cuales detuvo para que le diesen cuenta y razon de quiénes eran y á donde iban; advirtiéndole que como gente medrosa y sin armas, se desbandó al instante por aquellos campos, después de acometidos, laudeados y desbaratados todos por su perseguidor; por cuya aventura Sancho Panza le llamó por primera vez el caballero de la triste figura.

La no vista y tan temerosa de los seis mazos de batán, que con sus alternativos y acompasados golpes, con un cierto crugir de hierros y cadenas y acompañados de la noche y del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquiera otro corazón que no fuera el de don Quijote, quedando todo reducido á la nada cuando amaneció y se vió lo que era; durante cuya noche Sancho ató con el cabestro de su

asno ambos pies á Rocinante, y contó á su amo el cuento de la pastora Torralva y el paso de sus cabras por el río Guadiana.

La del barbero que iba por el camino sobre un asno pardo y que llevaba una vacía de azofar puesta sobre la cabeza y á quien arremetió por quitársela, como lo consiguió, por figurarse que era el yelmo de Mambrino.

La de los doce galeotes á quienes dió libertad y los cuales tan mal parado le dejaron y á Sancho por empeñarse en que habian de ir cargados con la cadena que les quitó á la ciudad del Toboso, á presentarse ante la señora Dulcinea.

La del hallazgo, en las entrañas de Sierra-Morena, de un cojin y una muleta asida á él, medio podridos, de una mula ensillada y en frenada en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, y del dueño de todo, llamado Cardenio ó el roto de la mala figura, quien por su locura y por las imprudencias de don Quijote, le dió tal golpe en los pechos con un guijarro, que le hizo caer de espaldas, abrumando también, muy á su sabor, las costillas de Sancho Panza.

La de Dorotea, supuesta princesa Micomicona, á la cual prometió irse con ella y no entrometerse en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darle venganza de un traidor que la tenía usurpado su reino; cuyo medio se discurrió é inventaron el cura y el barbero de su lugar, para llevársela á casa y que concluyese con las locuras que estaba ejecutando en la peña pobre de Sierra Morena por desdenes de su señora.

La de las cuchilladas á los cueros llenos de vino tinto que había á su cabecera en el cuarto de la venta, por figurarse, estando soñando, que ya se encontraba en pelea con el gigante que tenía usurpado su reino á la princesa Micomicona; de cuyas resultas el aposento se llenó de vino y el ventero tomó tanto enojo, que arremetió á don Quijote y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra de dicho gigante.

La de la burla que le hicieron las semidoncellas, la hija del ventero y Maritornes, cuando estando haciendo la guardia del que él se figuró castillo, le llamaron por el agujero del pajar y le ataron la muñeca con el cabestro del jumento de Sancho Panza, cuyo percalce atribuyó á que le habian encantado.

La de la gran contienda que hubo en la venta sobre si eran ó no tales vacía y albarda, ó jaez y yelmo, las que quitó al barbero que encontró en el camino, de cuyas resultas los cuadrilleros quisieron prenderle, pero desistieron de su propósito por haber entorecido la calidad de los que con ellos se habian combatido, el capitán Rui Perez de Biedma, don Luis, Cardenio, don Fernando, etc., y por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar ellos lo peor de la batalla.

La del cuadrillero, que conociendo que convenian sus señas con las que rezaba el mandamiento que tenía de la Santa Hermandad, para prenderle, por la libertad que dió á los Galeotes, intentó verificarlo, de cuyas resultas, puesta la cólera en su punto y crujéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo asíó al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que el otro la presa, sin que las cosas pasasen mas adelante porque el cura persuadió á los cuadrilleros de que era un loco rematado.

La del enjaulamiento en el carro de bueyes que tan pasmado le dejó, y mas después de la célebre profecía que con voz temerosa le dió consuelo y le dijo entre otras cosas «que su prisión se acabaría cuando el furibundo león manchego con la blanca paloma toboquina yaciesen en uno, etc.»

La del cabrero Eugenio, que por haberle dicho que tenía vacíos los aposentos de la cabeza, le replicó que estaba mas lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta, que le parió; y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á si tenía, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remachó las narices, advirtiéndole que como aquel no sabia de burlas, sin tener respeto á la alfombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote y le asíó del cuello con ánimo de ahogarle.

La de los disciplinantes que llevaban en procesion y rogativa á la Virgen, y á los cuales arremetió por suponer que aquella era una hermosa Señora á quien llevaban contra su voluntad, y que la habian hecho algun notorio desaguisado; y de cuyas resultas uno de aquellos le dió tal golpe encima de un hombro con los restos de una horquilla ó baston, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado.

La del encuentro de las tres labradoras del Toboso, las cuales le hizo creer Sancho que eran Dulcinea y dos doncellas suyas, y cuya figura rústica atribuyó á la malicia y ojeriza que, según él, le tenían los encantadores, quienes por tal causa le habian querido privar del contento que pudiera darle ver en su ser á la Señora de sus pensamientos.

La de la carreta que salió al través del camino, cargada de los mas diversos y estraños personajes y figuras que pudieron imaginarse, y en la cual iban un *feo demonio*, un *ángel*, un *emperador*, una *reina*, la *muerte*, *Cupido*, un *caballero armado de punta en blanco* y otras *personas de diferentes trages y rostros*, todos los cuales componian la compañía cómica de *Angulo el malo*, incluso uno vestido de boji-ganga con muchos cascabeles, que llevaba en la punta de un palo tres vejigas de vaca henchidas, quien con sus saltos y visajes alborotó á *Rocinante* y dió con *don Quijote* en tierra.

La del caballero del *Bosque ó de los Espejos*, á quien á salva mano y sin peligro alguno, encontró con tanta fuerza, que mal de su grado, le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto, y confesar, entre otras cosas, que la sin par *Dulcinea del Toboso* aventajaba en belleza á *Casildea de Vandalia*; advirtiéndole que como se descubrió que dicho caballero y su escudero eran *Sanson Carrasco* y *Tomé Cecial*, compadre y amigo de *Sancho Panza*, tanto éste como su amo, creyeron que los encantadores habian mudado la figura de ambos.

La de los requesones que metió *Sancho* en la celada de su amo, la cual, con toda prisa se encajó este en la cabeza, de cuyas resultas, apretándose y esprimiéndose aquellos, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas, de lo que se asustó por parecerle que se le ablandaban los cascos, ó que se le derretian los sesos, ó que sudaba de los piés á la cabeza.

La del encuentro del carro donde iban los leones para S. M., á cuyo encargo obligó á que abriese la jaula de uno de aquellos, con el cual trabó batalla bajándose de *Rocinante*, embrazando el escudo y desenvainando la espada, sin que tales arrojó y osadía tuviesen ningun mal resultado, porque el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de brabatas, despues de haber mirado á una y otra parte, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á *don Quijote*, y con gran flemma y remanso se volvió á echar en la jaula, por cuya aventura se llamó á sí propio el *Caballero de los Leones*.

La de la bajada á la cueva de *Montesinos* por entre una infinidad de grandisimos cuervos y grajos que salieron de las malezas de la boca de aquella, de cuya cueva contó á *Sancho* y al primo del Licenciado cosas estupendas é increíbles, habiendo dicho antes al primero las memorables palabras de «*ata y calla, que tal empresa como aquesta para mí estaba guardada.*»

La del encuentro en la venta de *Ginés de Pasamonte*, disfrazado y convertido en tilitero, quien enseñando su famoso retablo que trataba de la libertad que dió el señor *don Gaiŕeros* á su esposa *Melisendra*, que estaba presa en la ciudad de *Sansueña*, desenvainó la espada y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, viniendo por fin, despues de haberlo destrozado todo, á decir que los encantadores que le perseguían le mudaban y trocaban lo que ellos querían, cuyo destrozo de las figuritas y demas de dicho retablo se graduó y moderó, por jueces árbí-tros, en cuarenta reales y tres cuartillos, los cuales desembolsó *Sancho*, y además, dos reales por el trabajo de tomar el mono sabio.

La del encuentro del escuadron de gente del pueblo del rebuzno, que llevaba un estandarte ó girón de raso blanco, en el cual estaba pintado, muy al vivo, un asno con un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando, y escritos alrededor con letras grandes los versos de

«*No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde*»

á cuya gente trató de probar que no debía darse por ofendida de sus contrarios; pero creyendo que *Sancho* se burlaba porque, puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente que todos los cercanos valles retumbaron, los de dicho escuadron descargaron sobre caballero y escudero un nublado de piedras, amenazándoles con mil encarádas ballestas y no menos cantidad de arcabuces.

La del encuentro, en una de las orillas del rio *Ebro*, de un barco, en el cual se metió con *Sancho*, suponiendo que le estaba llamando y convidando á ir á dar socorro á algun caballero ó á otra necesidad y principal persona que debía estar puesta en alguna gran cuita, de cuyas resultas los molineros de unas aceñas inmediatas salieron con varas largas á detener dicho barco para que no se embocase por el raudal de las ruedas, advirtiéndole que como les llamase canalla malvada y otras cosas y no hiciese caso de ellos y se trastornase aquel, dió con caballero y con su escudero al través, en el agua, llevándoles al fondo por dos veces, á causa de no saber nadar, de cuyas resultas y si no hubiese sido por los molineros que se arrojaron por ambos y los sacaron como en peso, allí habria sido *Troya*; pero sin que pudiesen evitar que se les tuviese por locos hasta por los pescadores dueños del barco que hicieron pedazos las ruedas y á

quienes, por tal destrozo, tuvieron que dar cincuenta reales que valia aquel.

La del encuentro de los *Duques* con sus cazadores, en cuyo castillo tanto le obsequiaron y se divertieron á su costa y á la de *Sancho*, figurando y suponiendo como naturales y sencillas otras muchas aventuras, tales como la de la noticia sobre el modo de desencantar á *Dulcinea*, la de la *Dueña Dolorida*, la de *Clavileño el aligero*, la de la enamorada *Altisidora*, la del temeroso espanto *cencerril y gatuno*, etc., etc.

La del encuentro con *Sancho*, cuando desde dentro de la cueva donde se cayó despues de concluido su gobierno de la *Insula Barataria*, le tuvo por muerto y que estaba allí penando su alma, poniéndose por lo tanto á conjurarle, de cuyo error salió así que oyó rebuznar al *Rucio*.

La de la descomunal y nunca vista batalla, que por defender á la hija de la dueña *doña Rodriguez*, empezó á sostener con el lacayo *Tosilos*, sin que ocurriese por fin nada, porque dicho lacayo se dió por vencido.

La de las redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y entre las cuales, y sin pensar en ello, se enredó, y supuso que los encantadores que le perseguían tenían la culpa, viniéndose luego á apurar que dichas redes eran de dos hermosísimas jóvenes que se presentaron, quienes con sus muchos parientes y amigos se estaban holgando en aquel sitio; todos los cuales le convidaron á comer, y le honraron dándole el primer lugar en las mesas.

La del reto que hizo en la mitad de un camino real á los pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo que por aquel pasasen ó hubiesen de pasar los dos días siguientes, asegurando que estaba allí puesto para defender que, dejando á un lado á la Señora de su alma, *Dulcinea del Toboso*, las *Ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques*, refiriéndose á las disfrazadas pastoras de la anterior aventura, *escedían á todas las hermosuras y cortesías del mundo*, de cuyas resultas, porque la suerte hizo que pasase un tropel de toros bravos y de mansos cabestros conducidos por una muchedumbre de hombres, y porque despreció el aviso que le dieron los vaqueros para que se apartase á un lado, pasaron unos y otros sobre él y sobre *Sancho*, *Rocinante* y el *Rucio*, dando con todos en tierra, y quedando *molido el segundo*, *espantado el primero*, *aporreado el cuarto* y *no muy católico el tercero*.

La de los dos caballeros que en otro aposento de los de la venta junto al suyo estaban leyendo un capitulo de la segunda parte de su historia, compuesta por *Abellaneda*, á quienes convenció de que él era el verdadero *don Quijote*.

La de los cuarenta ó mas bandoleros de la partida de *Roque Guinart*, que de improviso le rodearon y á *Sancho*, hallándose el primero á pie, el caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y en una palabra, sin defensa alguna, por cuyo motivo tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura; advirtiéndole que como el *Guinart* conoció que su enfermedad tocaba mas en locura que en valentía, se holgó en extremo de haberle encontrado, y despues de varias cosas extraordinarias que pasaron y que presenció *don Quijote*, le recomendó á su amigo *don Antonio Moreno*, vecino de Barcelona, encargándole diese noticia á los *Niarros* para que con él se solazasen, y para que carecieran de tal gusto los *Cadells*, sus contrarios.

La de los muchachos que, á la entrada de Barcelona, alzando la cola del *Rucio* y la de *Rocinante*, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas, de cuyas resultas, y sintiendo los pobres animales las nuevas espuelas y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera que, dando mil corbos, dieron con sus dueños en tierra.

La de la cabeza encantada de la casa de *don Antonio*, que tan admirado le dejó con sus respuestas, que se le erizaron los cabellos de puro espanto.

La de las dos damas, de gusto pícaro y burionas, que en el sarao que hubo en la repetida casa del *don Antonio*, le sacaron á danzar, moliéndole el cuerpo y el ánima, y á las cuales viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: «*Fugite partes adversas*», sentándose en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.

La del supuesto caballero de la *Blanca Luna*, á quien halló una mañana al ir de paseo por la playa de Barcelona, y con el cual peleó en singular batalla, con condicion de que si era vencido se habia de recoger y retirar á su lugar por tiempo de un año, donde habia de vivir, sin echar mano á la espada en paz tranquila y en provechoso sosiego, advirtiéndole que como por desgracia sucedió así, partió el amo desarmado y de camino y *Sancho* á pie, por ir el *Rucio* cargado con las armas.

La del atropello que sufrió estando durmiendo en un lado del camino por los seiscientos ó mas puercos que unos hombres llevaban á vender á una feria, y cuya afrenta atribuyó á pena de su pecado, porque, segun él, *era justo castigo del cielo que á un caballero andante*

vencido le comiesen adivas, le picasen avispas y le hollasen puercos.

La del encuentro de los hombres de á caballo y de á pie que, arbolando sus lanzas, sin hablar palabra, se apoderaron de caballero y escudero y les llevaron al castillo del Duque, en cuyo patio ocurrió, á poco, la chistosa escena de la supuesta muerte y resurrección repentina de *Altisidora*, advirtiéndole que en el camino, como cerrase la noche y apresurasen aquellos el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decían: «*camínad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropópagos; no os quejeis, scitas; ni abrais los ojos, polifemos matadores, leones carniceros, etc.*»

La del encuentro en el meson con el caballero Don Alvaro Tarfe, á quien hizo declarar ante el alcalde del pueblo y un escribano que no le conocía y que no era aquel que andaba impreso en una historia titulada: *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*, con cuya declaración quedaron muy contentos amo y criado, como si les importase mucho la mis-

ma y no mostrara claro la diferencia de los dos Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras.

La de los dos moachos que, á la entrada de su lugar, vió estaban riñendo, y oyó que el uno dijo al otro: «*no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida*»; cuya palabra aplicó á su Dulcinea, sin cesar de repetir aquello de *malum signum, malum signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece*; advirtiéndole que después de llegar á su casa acompañado del Cura y del Bachiller Carrasco, cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en cama, al cabo de los cuales murió después de confesarse y de hacer testamento, en cuyos actos Alonso Quijano el Bueno dió pruebas evidentes de hallarse cuerdo y muy arrepentido de las pasadas locuras que hizo con el nombre de Don Quijote.

REMIGIO SALOMON.

EL DUENDE

DE VALLADOLID.

(Tradición yucateca.)

ROMANCE 1.

En mil quinientos sesenta,
Poco menos, poco mas,
Pisó Francisco de Vargas
Las playas de Yucatán.
A Valladolid pasó,
Disponiéndose á tomar
Posesión de una encomienda
Que le dió Su Magestad.
Y para que le conozcan
Mis lectores, este tal
Es un mancebo cumplido
Tan bizarro como audáz;
Andaluz de los tremendos:
De estos que con el mirar
No dejan el sol á oscuras
Por desidia ó caridad.
Gran rascador de vihuela,
Y no reconoce igual
En los sabrosos cantares
Y en la gracia del danzar.
Ojos severos y ardientes
Tiene, y resalta en su faz
Ancho y torcido bigote
Mas negro que el alquitran.
Inclinado á la milicia,
Ganoso de pelear,
En Flandes pasó diez años,
Los mejores de su edad.
Allí, con notable esfuerzo,
Bizarro como el que mas,
Ganó, vertiendo su sangre,
La banda de capitán.
Soldado de aquellos tercios
Que supieron conquistar
En esos tiempos de gloria
Tanto laurel inmortal,
Y que mas tarde pusieron
Con valerosa lealtad
A los pies del león de España
Las Quinas de Portugal,
Era Vargas respetado
En la guerra y en la paz,
Y el coco de los valientes,
Que buscaban su amistad.
Cortés y bizarro á un tiempo,
Afable y osado al par,
De flamencas y alemanas
Era el encanto y solaz.
Si era el mozo enamorado
El decirlo está demás,
Que no indican tales prendas
Corazón de pedernal;
Y nació en aquel dichoso
Paraíso, en que la edad
De la infancia se desliza
Entre ilusiones, fugaz,
Y donde envuelto entre ráfagas
De rosas y de azahar,
Respira el céfiro amores
En primavera eternal.
Así que, no bien llegado

A la villa, aquel rapaz
Cieguézuelo le robó
El alma y la voluntad.
Juanita, la hermosa hija
Del noble Pedro Guzman,
Supo con una mirada
Esta conquista acabar.
Es la niña peregrina!
No es mas esbelto ni mas
Gracioso el tronco flexible
De la palma tropical.
Sus ojos son dos luceros
De radiante claridad
Que abrasan los corazones
Con su reflejo vivaz.
Limpio, anacarado cutis,
Que no es mas terso el cristal,
A su rostro portentoso
Divinos encantos dá.
En perfumadas madejas
Sus rizos cayendo ván
Sobre un cuello, que los cisnes
La pudieran envidiar.
Tal es la graciosa niña
Hija de Pedro Guzman:
Sol de la villa la nombran,
Y reina de la beldad.
Así, cuando sale á misa
A la iglesia parroquial,
Va robando corazones
Por donde quiera que vá.
Pero no sin propio daño
Prendió el de nuestro galán,
Que ella también quedó herida
Perdiendo su libertad.
Tal mozo, bien merecía
El cariño de hembra tal:
La suerte los puso enfrente,
Y amor hizo lo demás.
Por eso todas las noches
Dando muestras de su afán,
El no abandona la calle,
Y ella en su ventana está.

II.

Pero en vano ambos amantes,
En sus esperanzas locas,
Sus deseos alimentan
De ilusiones engañosas.
En vano turbando el aire
Con mil canciones sonoras,
Pinta Vargas á Juanita
Sus mal sufridas congojas.
La niña calla, y sus penas
En el corazón ahoga,
Bebiendo las tiernas lágrimas
Que de los ojos la brotan.
Mal haya el tirano padre
Que de tal pasión se enoja,
Y la riñe porque vela
En la ventana á deshora!
Y por qué si es tierna jóven,
Y su corazón no es roca,
Y están diciendo sus ojos
Que no nació para monja?
Mas no es otra la razón,
Sino que Pedro ambiciona
Un enlace para Juana,
Que á su gusto se acomoda.
Con Alvaro Osorio, hombre

Viejo asaz, de cara torva,
Avinagrado carácter
Y catadura espantosa,
Arregladas tiene Pedro
De nuestra niña las bodas,
Porque diz que el novio es rico,
Y lo demás es bambolla.
Maldito metal! maldito
Mil veces quien lo ambiciona,
A precio de su conciencia,
O de su ventura á costa!
Maldita razón del oro
Que tantas dichas estorba,
Y por la cual mi Juanita
Penosa lágrima llora!
Mas no por eso se arredra;
Que ha jurado, si no logra
Su amor, buscar en un claustro
La calma que ya no goza;
O al menos, si esto le niega
Su fortuna rigorosa,
Que no han de ser para Osorio
Los encantos que atesora.
Por mas que Pedro amenaza,
Y el nombre de padre invoca,
Ella permanece firme
Como piedra entre las ondas;
Que no es padre quien así
Su voluntad aprisiona,
Entregándola en los brazos
Del viejo amante á quien odia.
Y fuera en verdad un crimen
Que aquella cándida rosa
Rica de vida y perfumes,
Que descuelga sobre todas,
Vendida y sacrificada
De su existencia en la aurora,
Morir viera de sus gracias
La pura, espléndida pompa!
Que llorara en el encierro
De su mansion en mal hora,
Encantos desvanecidos
De una imaginada gloria:
Que viera á cada momento
De la noche entre las sombras,
Como al claro sol, la imagen
Que alma y vida le roba,
Y que hubiese de enjugar
Las lágrimas que rebosan
De sus ojos. Pobre niña!
Primero el claustro te acoja!
A tanto llegó la saña
Del padre, á tanto la cólera,
Que á Vargas amenazó
Porque la calle le ronda;
Y armado de luenga espada,
De arcabuz y de pistolas,
Pasaba noches enteras
A la puerta, de custodia.
Con eso logró por fin
Ver la calle otra vez sola,
Sin que turbasen su calma
Cantinelas amorosas.
¿Perdió Vargas su esperanza?
¿Tal vez con alma traidora
Ha olvidado á la Juanita
Como ha olvidado á mil otras?
¿Tuvo miedo al arcabuz
De Pedro? Cuestiones hondas
Son, que resolverse pueden
Cuando se acabe mi historia.

Lo cierto es que á pocas noches
Se oyó en la calle á deshora
Rumor triste y espantoso
Que alarmó la villa toda.
Ayes, tremenda alharaca,
Gemidos y voces roncadas
Por todas partes se escuchan,
Con que el barrio se alborota.
Cien raquíticos candiles
A las ventanas asoman,
Y mas de trescientas caras
Espantadas y medrosas.
¿Pero qué ven? un fantasma
Tremendo, de horribles formas,
De colosal estatura
Y ancha cabeza pelona.
Jamás, jamás sobre el lienzo
Trazara el pincel de Goya
Tan horrible catadura,
Vision tan aterradora.
Sus ojos como luciérnagas
Relumbran con luz fosfórica,
Profundamente escondidos
En las descarnadas órbitas.
Sus flacas piernas, cual cañas,
Flexiblemente se doblan,
Y las altas azoteas
Sus manos á veces tocan.
Al ver tan fiero espectáculo
¿Qué valiente no se asombra?
¿Qué niña no se desmaya?
¿Qué vieja no se alborota?
Así fué, pues se cerraron
Luego las ventanas todas,
Y asustados los vecinos
Corrieron á las alcobas.

III.

Así fueron transcurriendo
Un mes y otro mes y otro,
Siendo la villa teatro
De escándalo tan insólito.
No bien la hora de la queda
Como señal de reposo,
De la lúgubre campana
Marcaba el tañido ronco,
Cuando las calles cruzando
El alto y horrible monstruo
Turbaba el tranquilo sueño
Del vecindario medroso.
Luenga cadena arrastraba,
Lanzando el pecho cóncavo
Abullidos é imprecaciones,
Suspiros, quejas y votos.
Ora semeja un lamento
Triste, doliente, amoroso,
Que entre el silencio vibrando
Llega al corazón, sonoro;
Ora remeda al feroz
Rugido de hambriento lobo,
O del Búho solitario.
El graznido melancólico.
Pero cuando acaso llega
A las ventanas de Osorio,
La luenga cadena arrastra
Con desusado alboroto.
Puertas y rejas sacude,
Y con acento diabólico,
Ya por su nombre le llama,

Ya le denuesta furioso.
Y sin respeto á los años
Que goza, que no son pocos,
Las ventanas le golpea
Con peladillas de á folio.
Signos coloca en su puerta
De horrible y fatal pronóstico
Para el miserable viejo
Con presunciones de mozo;
Y pulsando una vihuela,
(Que el duende era filarmónico),
Cantaba estas seguidillas
Con triste y pausado tono.

«Alvaro, no te cases
Con niña hermosa,
Que es prueba, aun para mozos,
Muy peligrosa:
Si á ello te inclinas,
Cuenta que en vez de flores
No halles espigas.
Ejemplo es Juan Chamorro
De lo que digo,
Y su cara costilla
No es mal testigo:
Odios eternos
Produjo su bodorrio
Palos y.....»

Perdone el lector benévolo
Si, cronista fiel, espongo
La exactitud de los hechos
Sin melindres ni rebozo.
Si fué calumnia del duende,
No sé, ni de ello respondo;
Pero hubo gran zurribanda
En casa de Juan Chamorro;
Y aun diz que llegando el punto
A escándalo de divorcio,
Quedó reputado el duende
Por brujo de tomo y lomo.
Es lo cierto que causados
De bullas y trampantojos,
Resolvieron los vecinos
Poner á estos males coto.
Hubo junta á que asistieron
Los mancebos mas briosos,
El cura y el boticario
Y los alcaldes de voto.
Propusieron mil medios;
Mas desecháronse todos,
Por desatinados unos,
Por impracticables otros.
Hubo confusión horrenda,
Gritos, horribles propósitos,
Y aun diz que á alguna razon
Sirvió un trancazo de apoyo,
En fin; por zambra y paliza
Iba á acabar el negocio,
Segun iban ya cruzándose
Las pullas y los apodos,
A no remediarlo el cura
Que con acento estentóreo
Llamó al orden, con que fueron
Calmándose los furiosos;
Y con voz alta y solemne
Ofreció al concurso atónito,
En un soberbio discurso,
Notable por el exordio,
En aquella misma noche

Remedio poner á todo;
Y aun dijo que buscaria
Al duende de solo á solo.
Admirado y confundido
Escuchóle el auditorio,
Dudando que consiguiera
De tamaña empresa el logro.
Y era de admirar, por cierto,
Aquel valor asombroso
Que centelleando brillaba
Del viejo cura en los ojos.
Oh! cuando tantos mancebos
De crudo semblante torvo
Su torpe miedo mostraban
En la palidez del rostro,
El solo allí consultando
Su corazón animoso,
Pensó acabar esta empresa
Contra el astuto demonio.
Oh insigne varón! la historia,
En sus páginas de oro,
Tu ilustre y preclaro nombre
Hará á los siglos famoso.
Oh noble Tomás Lersundi,
Tan valiente como docto!
Tu memoria y remembranza
Volarán de polo á polo!
Qué valen, pues, á tu lado
Los héroes que el mundo loco
Ensalza sobre cadáveres,
Y entroniza sobre escombros?
¡Nada! con razon te admiran
Tus feligreses, y en coro
Pregonan tus alabanzas
Sin ocultar su sonrojo.
Todos la palma te ceden;
Mas no te la envidian todos,
Que no falta quien murmure
De tu victoria dudoso.
Llega por fin la tremenda
Noche, y con su manto lóbrego
Envuelve plazas y calles
En misterio tenebroso.
Se oye la lenta campana,
Y á la par se oyen de pronto
Cien puertas que se aseguran
Con aldabas y cerrojos.
Solo el cura no ha temblado:
Antes sacudiendo el ocio,
Prepárase á la contienda
Palpitando de alborozo;
Y echándose á la salud
Del espíritu, dos sorbos,
(Segun unos, de agua pura,
Aunque hay quien diz si era mosto),
Abalanzóse á la calle,
Llevando bajo el embozo
Las armas con que ya espera
Vencer al trasgo diabólico.
Y no lleva luenga espada,
Ni daga, ni alfanje corvo,
Que para tales contiendas
Tales medios fueran pocos;
Mas lleva fé y esperanza
En el corazón brioso,
Y ademas va prevenido
Del ritual y del hisopo.

(Concluíra.)

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL NIÑO DE NIEVE.

Un mercader turco se vió obligado á hacer un viaje de dos años para arreglar sus asuntos mercantiles: su muger, que era jóven y bonita, tomó un amante para esperar con mas paciencia su vuelta.

Sin embargo, el mercader llegó de improviso, y halló á su muger ocupada en criar un hermoso niño. Con melifluo tono se informó pacíficamente de la causa que le habia proporcionado un aumento de familia. Su muger le contestó astutamente: «Preciso es que el gran Mahoma sea el padre de este niño, porque un día estaba yo echada en un banco del jardín, cuando vino una nube á colocarse perpendicularmente encima de mi cabeza. Al mirar al cielo vi que empezó á nevar. Entonces me puse á orar: un copo de nieve me cayó en la boca, y nueve meses despues di á luz este hermoso niño.»—Doy gracias al Santo Profeta, dijo el mercader, yo deseaba un heredero, y él me le ha enviado. Estoy satisfecho: es menester que tengamos mucho cuidado del descendiente del padre de los fieles.»

Este mercader sabia disimular perfectamente: era amigo de la paz conyugal, y nunca reprendió á su muger, manifestando al mismo tiempo mucho cariño al hijo del Santo Profeta. El niño creció: apenas tenia quince años, cuando su padre adoptivo propuso llevarse á un viaje que iba á emprender. Efectivamente, le condujo á Alejandria, y allí le vendió á un mercader que hacia el comercio con las Indias orientales.

A su regreso, su muger se desesperó con la pérdida de su hijo. «Modera tu dolor, le dijo el mercader: «Del profeta es de quien debes quejarte. Un día que hacia mucho calor, tu hijo y yo pasábamos por la cresta de una montaña muy alta: de pronto le vi disolverse y derretirse á mi vista. Yo hubiera tratado de socorrerle, pero me acordé de que me habias dicho que habia sido engendrado por un copo de nieve, y creí que no debia tomarle un trabajo inútil.» Su muger comprendió y calló.



JUAN GOUJON.

Juan Goujon, apellidado el Phidias Francés y el Correggio de la escultura, nació en París en el siglo XVI. No se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento; se ignora también dónde y cómo aprendió su arte; pero lo que nadie puede dudar es su género extraordinario que le hizo ser, no solo el restaurador de la escultura en Francia, sino el mejor escultor con que puede honrarse la época que le vió nacer, y de quien su patria podrá gloriarse eternamente.

Mr. Alejandro Lenoir, el distinguido autor del libro titulado

Museo de los monumentos franceses, dice, hablando de él: «Daba tanta gracia y animación á las actitudes de las mugeres que esculpía, y había tal perfección en el manejo de su cincel, que se le puede comparar imparcialmente con los artistas mas hábiles de la antigüedad, sobre todo al admirar sus bajos relieves, que era la parte de escultura en que mas sobresalía.»

Por lo demás la vida de Juan Goujon fué como lo son las de casi todos los hombres de génio: una continuación de obras maestras in-

19 DE MAYO DE 1850.

terrumpida por una catástrofe. Pereció de un tiro de arcabuz el 24 de agosto de 1572, el día de San Bartolomé!... Goujon era protestante. M. Lenoir dice que fué muerto estando retocando la fuente de los Inocentes; pero la opinión mas acreditada es que le alcanzó el balazo estando subido en el tablado en que trabajaba en los adornos del Louvre.

De todos los trabajos de Juan Goujon, el mas conocido y el que merece mas aprecio es, sin contradicción alguna, la fuente de los Inocentes, que fué construida por él en 1550, en la esquina de una casa de la calle de *Saint Denis*, y que fué trasladada despues al centro de una plaza, de la que constituye hoy el mejor adorno.

Efectivamente, es imposible producir bellezas mas nobles y graciosas que las náydas que hay en aquella fuente. ¡Qué simplicidad tan noble en el conjunto de la composición, qué buen efecto! Aquellas figuras de bajo relieve no parecen fijadas en un fondo, sino que se cree percibir todos sus contornos. Esto consiste en que pocos escultores han comprendido tan bien como Juan Goujon las reglas de la óptica y del bajo relieve, porque fué inimitable en el arte de modelar un cuerpo poco saliente y darle redondez, fijando la luz en las partes salientes, y haciéndola deslizar sobre las que deben permanecer ocultas. ¡Qué seductora y circumspecta es á un tiempo la disposición púdica de los ropajes!

En el palacio *Carnavalet*, en la calle *Culture-Sainte-Catherine*, donde Mme. de Sevigné escribió tanto, se pueden admirar tambien las esculturas de Juan Goujon. La puerta principal está adornada con bajos relieves que representan leones, victorias y famas, y en el patio hay una cornisa preciosa compuesta de niños jugando con festones. Tambien es suya la tribuna de la sala de los *Cien Suizos*, sostenida por cariátidas de proporciones algo gigantescas, es verdad, pero de un gusto esquisito, y de un dibujo admirable. Tambien habia adornado el pórtico de la iglesia de San Antonio con cuatro bajos relieves que representan el *Senar*, el *Marne*, el *Oise* y *Venus* saliendo de las olas. Los cuatro se hallan hoy en el museo, donde se pueden admirar varias obras suyas salvadas por M. Lenoir del huracan revolucionario de 1793. Tambien son suyas las figuras cronológicas que rodean las ventanas circulares del Louvre.

El rincón de tierra en que reposa Juan Goujon de sus magníficos trabajos, exigía un monumento digno de él. M. Lenoir se ha encargado de erigirle de una manera tan delicada como ingeniosa: empleando para la composición del monumento las obras mismas del artista, cuyas cenizas van á cubrir. Dos ninfas representando la Victoria y la Paz acompañan el busto del gran escultor grabado por Michallon. El bajo relieve está sacado de la fuente de los Inocentes.

HISTORIA DE LA LETRA DE CAMBIO.

De todas las operaciones á que se entregan en nuestros dias el comercio y la industria, ninguna atestigua mejor los progresos inmensos que se han hecho que los contratos de cambio en su aplicación principal; es decir, la sustitución de los valores de crédito á los valores de numerario, ó en otros términos, la negociación de los efectos.

Para buscar su origen, si nos remontamos á la antigüedad y nuestra vista se detiene en la Grecia colonizada por el Egipto y la Fenicia, la historia nos presenta un gran número de ciudades enriquecidas por el comercio, pero que no han conservado mas que el recuerdo de su celebridad. Para conocer la legislación que favoreció los progresos del comercio helénico, es preciso consultar á Atenas: el texto completo de sus leyes no ha llegado á nuestros dias; pero hallamos en los escritos de sus historiadores célebres el fondo de su legislación. De su contestó se infiere que los atenienses tuvieron banqueros, cuyo oficio consistía en cambiar las diferentes monedas, encargarse del cobro de créditos, hacer pagos por cuenta de un tercero, y tambien hacer que se encontrasen fondos en un lugar por medio de un contravalor dado en otro. Esta última operación viene á ser el objeto de nuestro contrato de cambio, y los atenienses no tenían para obtener sus ventajas mas que hacer un solo progreso; inventar las letras de cambio.

Lo mismo sucede con esta invención que con otras muchas: admira al considerar su aparente sencillez, que el hombre haya tardado tanto tiempo en descubrirlas. ¿Cómo los griegos, conducidos por las necesidades del comercio á la práctica del contrato de cambio, han podido ignorar un medio tan fácil de ejecución como la letra, que no es otra cosa que la orden escrita de hacer una operación en cierta época y en un lugar determinado?

En el derecho romano no se encuentra vestigio alguno de este contrato. En Roma se sabe que el comercio, abandonado á los libera-

tos y á los extranjeros, no progresó apenas. Si un ciudadano pudiente tenía relaciones ó necesidades en cualquiera pueblo vecino, enviaba á un esclavo, y así continuamente se veían los caminos de Roma plagados de correos esclavos ó libertos portadores de mensajes. Ciceron, para hacer que llegase á Grecia el dinero suficiente á su hijo, que estudiaba literatura y filosofía, habria tenido que enviar un esclavo si no hubiese encontrado un amigo que le hiciera este servicio. Así es como los romanos, que tan desdenosamente miraban al comercio, fueron castigados de su indiferencia por la privación de uno de sus principales beneficios: la facilidad de las comunicaciones. ¡Felices aun si no hubiesen espiado mas duramente este error! Pero en la Roma republicana, ¿cómo era posible hallar hombres libres sino en el número de los patricios? Envilecido y miserable, porque era extraño á todo comercio, el pueblo rey, no hallaba su libertad sino en los campos ó sobre el monte Aventino, en la revolución ó en la guerra. No busquemos, pues, en Roma el origen de un contrato eminentemente comercial: las costumbres de Roma nos explican el silencio de sus leyes.

Que la letra de cambio es de un origen moderno, no admite duda; pero ¿en qué época comenzó á ponerse en uso? Dos opiniones hay distintas, aunque igualmente respetables. Según la una su invención pertenece á los judíos refugiados en la Lombardía despues de su expulsión de Francia: la otra la atribuye á los gibelinos arrojados por los güelfos, de Florencia su patria. En una y otra opinión la letra de cambio se inventó para evitar la espoliación.

No hay quien ignore la lucha de los güelfos y gibelinos que despues de haber, por espacio de dos siglos, servido á la Italia en los horrores de una guerra de odio y venganza, causó la espatriación de un gran número de italianos. Por lo demas es cierto que estos proscritos refugiados en Alemania, Francia y Holanda se entregaron al comercio, y practicaron toda clase de operaciones de cambio; pero la historia coloca la expulsión de los gibelinos hácia el fin del siglo XIV y la letra de cambio entonces era ya conocida y estaba en uso. Esto es lo que demuestran las sabias investigaciones practicadas por Mr. Pardessus; dice así: «El estatuto inédito de Aviñon de 1245 contiene un párrafo titulado *De Litteris Cambii*; en 1248 el papa Inocencio IV depositó en el banco de Venecia una suma considerable para hacerla llegar á un banquero de Francfort. Un estatuto de Marsella en 1253 ofrece tambien alguna ilustración; una negociación de este género está atestiguada por un acta relativamente á Inglaterra. En fin, una ley de Venecia de 1272 designa claramente las letras de cambio.»

Todo lo que puede decirse respecto á los gibelinos, es que han estendido y vulgarizado el uso de las letras en los países donde buscaron un asilo.

Montesquieu en *El Espíritu de las leyes*, y Savary que puede citarse con Montesquieu, porque el comercio le debe la ordenanza de 1675 y otras muchas obras, y porque si no fué un grande hombre, fué al menos un buen ciudadano; Montesquieu y Savary señalan á los judíos como inventores de las letras de cambio, por medio de las cuales llegaron á conseguir sustraer sus bienes á la confiscación. Hemos dicho en otra ocasión que esta opinión fué adoptada por un sabio profesor de economía política, y despues la ha sostenido y desenvuelto Mr. Nougier, abogado del foro de Paris, en una memoria publicada recientemente.

El autor de esta memoria llama la atención sobre que en las ciudades donde se han refugiado los judíos, la mayor parte originarios de Lombardía, las plazas públicas y las calles que frecuentaron han tomado su nombre. Así se ve en Londres, en Viena, en Amsterdam y en Paris que la plaza *Lombarda*, la calle de los *Lombardos*, y el cuartel ó barrio de Lombardos son los sitios donde hacían las operaciones de cambio. Esta denominación universal es, en concepto del autor de la memoria, un homenaje tributado á los judíos inventores de la letra de cambio, y que refuta la opinión que atribuye su invención á los gibelinos. «¿Los gibelinos, dice, hubieran querido consagrar la memoria de una patria que los habia diezmado y proscrito?» Contra esto puede decirse que las facciones son las que proscriben, no la patria, y así la memoria del país es siempre cara á los proscritos: pero puede creerse que haya querido hacerse en esto un homenaje á los judíos. Si se ha olvidado su historia, las tradiciones de la edad media no se han borrado todavía: muy cerca de nosotros, en el día mismo, en 1853, la Suiza los proscribió, y los proscribió en masa, cualquiera que sea su patria, su carácter y la posición que ocupen en la sociedad! Y en Inglaterra la elección popular, que habia elevado á un judío á las funciones de la magistratura municipal, se estrella con una ley antigua que declara á la nación judía indigna de ejercerla! Esa ley está derogada en Inglaterra, se nos contesta con mucha gravedad; pero ¿lo son mas esplicitamente esas leyes abominables, que reduciendo los judíos á la condición de bestias, los ponían en circulación como una mercadería

ría? Vil rebaño que el rey Enrique III vendía á su hermano Ricardo: *et quos rex exauriaverat, comes evisceraret?*

Todas estas denominaciones, que nada prueban en cuanto á las letras de cambio, son por lo demás muy posteriores en fecha á la época de la espulsión de los judíos, que tuvo lugar en el reinado de Felipe Augusto; es verdad que fueron aun espulsados de Francia en otras dos épocas; en el siglo VI por Dagoberto, y por Felipe el Largo en 1516; pero en la primera época apenas se conocía la escritura en Francia, y la tercera se refiere al siglo XIII, en que ya el comercio, como acabamos de demostrar, hacía uso de las letras de cambio.

Es menester considerar también que no se trata de uno de esos acontecimientos sencillos, cuya revelación hiere la imaginación de los pueblos, y que la misma utilidad de las letras de cambio no podía conocerse por una nación que no se aprovechaba de ella.

Como quiera que sea, se nos dirá, no cabe duda en que los judíos inventaron las letras de cambio para guarecerse de las persecuciones de sus enemigos, eludiendo las leyes de proscripción y confiscación. Aquí es donde Mr. Pardessus recuerda con vigor que el contrato de cambio exige una doble confianza en la solvencia del que debe hacer el pago (el girado), y el que dá la orden de pagar (el girador). Ahora bien, hallándose proscriptos y amenazados de confiscación, ¿qué crédito presentaban los judíos, cuyo infortunio, según la espresión de Montesquieu, era el consuelo de los pueblos? Se pretende que se valdrían «de los viajeros y peregrinos;» y aunque puede concebirse que los peregrinos hayan podido encargarse de letras giradas por los judíos desde los lugares donde se habían refugiado, no se alcanza cómo pudo echar en olvido el poder fiscal las cantidades inmensas que se suponen necesarias para estas letras de cambio, ni qué poderoso interés movía á los portadores de estos mensajes á infringir las leyes rigurosas concernientes á los judíos y sus adictos. ¿No habían de haber despertado la desconfianza de la autoridad estos frecuentes viajes, mayormente en una época en que las relaciones de un país con otro eran tan escasas? Y por último, ¿la exportación de valores mobiliarios, monedas ó metales, no estaba prohibida bajo las penas mas severas?

Mas conforme á la verosimilitud y al mecanismo del contrato de cambio, será creer que ó los judíos, advertidos del golpe de estado que les amenazaba, confiaron sus valores á algunos comerciantes, recibiendo letras de cambio para corresponsales suyos en otros países, ó que girasen desde el extranjero contra sus deudores de Francia; pero los deudores fueron perdonados por un decreto del rey, excepto un quinto que les fué reservado; y en la otra hipótesis las relaciones que se suponen, tan fáciles en el día, y comprendidas universalmente, exigen un estado comercial que no existía entonces; y en tiempo de tanta ignorancia había de haber sido inventada la letra de cambio por el desventurado pueblo judaico para venir á ser inútil en sus manos! Nos parece imposible que se pueda atribuir el honor de esta invención individualmente á ningún hombre ni á ningún pueblo, y creemos que este vehículo del comercio moderno, ha nacido del desarrollo progresivo del comercio y de la civilización.

Dirijamos la vista á la Europa en la edad media, y veremos que el sistema político tuvo por base la fuerza; que los soldados solamente se consideraban, despreciando toda clase de trabajo, y que el poco comercio, indispensable á este estado social, fué abandonado á los extranjeros, y los judíos se apoderaron de él.

Para él se necesitaba todo el valor de una vocación decidida, porque en aquella época la condición de siervo, villano ó ganapan era aun mejor que la del comerciante, que para ejercer su industria, no solo tenía que arrostrar el peligro de caminos sin abrir y la dificultad de las comunicaciones, sino que otros muchos riesgos le aguardaban: aquí, desde un alto torreón que domina el camino, detente, mercader, le dicen, y paga el precio que te se exige por el paso: allí son fosos profundos los que interceptan el tránsito y ejercen para un dueño menos poderoso, pero no menos altivo, el oficio de los torreones ó castillos á quienes el mercader paga de nuevo si quiere seguir adelante. Una nube de polvo, adelantándose, indica la aproximación de un gran señor seguido de sus criados, que recorre el país y detiene al viajero. Algunas veces, el pobre mercader, dicen las crónicas, tenía que acudir al recurso de ir precedido de músicos y animales curícos, y llamando la atención de los compradores se conciliaba la benevolencia del déspota feudal: solo al cabo de largos y constantes esfuerzos pudo salir el comercio de tal estado de envilecimiento; los mercaderes se reunieron, se armaron, y abriendo paso con la fuerza, desde luego preludiaron su independencia.

Puede decirse que la Italia es la cuna del comercio moderno; en medio de las hostilidades casi permanentes, entre los estados en que estaba dividido el territorio, el comercio obtuvo para ciertos parages una especie de franquicia y de inviolabilidad por medio de la cual se olvidaron un instante las enemistades particulares y los odios nacionales, y á favor de esta traba comercial, los mercaderes de todos

los países se entregaron con seguridad al ejercicio de su industria. A ejemplo de Italia se formaron en Francia sitios de depósito para el comercio, á quienes se llamó *ferias*; cada comerciante llevaba mercaderías de su país y algunos metales acuñados: entre estos comerciantes, de naciones, de lenguaje y de industria diferentes, se conoció la necesidad de intermediarios, y nació una nueva industria, que consistió en facilitar las relaciones entre comerciante y comerciante, y cambiar sus valores respectivos; esta negociación es la que constituye el *cambio*, y tomó el nombre de *bance*, de la palabra italiana *banca*, que designa la tienda ó mostrador de madera sobre que se ejecutaba. Otros intermediarios nacieron de otras necesidades; estos se ocuparon de la colocación de las mercaderías, de la recaudación de los fondos, y de los pagos que había que hacer según la orden del comerciante.

Estos servicios se limitaban á las localidades, quedando á los comerciantes una nueva dificultad, la de llevar á su país el precio de sus mercaderías, ó llevarle consigo en otros viajes; es verdad que este precio no solía consistir en metales de peso; habíase acordado dar un curso universal al numerario que pareció mas perfecto ó que estaba mas extendido; los *sequies* de Venecia habían obtenido esta distinción; y por este medio, el viajero de retorno iba menos embrazado, pero no menos espuesto.

Entonces fué cuando los ingenios auxiliares del comercio imaginaron dar en cambio de la plata á el oro que se les confiaba, letras dirijidas á amigos ó corresponsales en el lugar á que marchaba, conteniendo la orden de pagar la suma que se espresaba. A nuestro parecer así es como el comercio por el curso natural de las cosas, y las necesidades cada vez mayores de su desarrollo, fué conducido de progreso en progreso, hasta la invención de la letra de cambio.

La autoridad, á quien este modo invisible de circulación había antes alarmado, no vió en la práctica mas que un medio de retener el numerario, que consideraba como la única riqueza del país. Gracias á este error, la letra de cambio, libre en su curso, ha obrado maravillas, y el comercio ha llegado á ser con su auxilio el agente mas poderoso de la civilización de los pueblos, y de la prosperidad de los imperios.

LAS ALPUJARRAS DE CAMEROS.

En la parte mas elevada de la industriosa sierra de Cameros, existen varios pueblecitos que llaman las *Alpujarras*, y cuyos habitantes viven en la mayor pobreza. Una casita tal como se presenta á la vista del transeunte, con las paredes desnudas y los pocos muebles estropeados: una puerta frágil que tiembla al menor golpe del viento: un establo de aspecto triste y miserable, y un tejado cubierto de piedra lisa sin la menor armadura de yeso: hé aquí diseñada en pocas palabras la vivienda del rústico camerano.

Las bestias estan allí entre el polvo mas infecto, y el corazón del viajero se oprime á la vista de una de aquellas pequeñas mulas ó machos, cuyo estado de estenuación y de hambre le hace recordar toda la desnudez de sus dueños. Despues de subir con suma dificultad una escalera de pino, se encuentra ordinariamente á la entrada de la cocina una vieja sentada en el suelo. Es la mujer del dueño de tan misero albergue. Su rostro presenta un aspecto degradado por la miseria: largas mechas de cabellos grises flotan sobre su cuello amarillo y arrugado como un pergamino; y muda, inmóvil y sentada sobre los alones, dirige una mirada sombría hácia unos cabritos que tiene tendidos á sus pies.

Luego que el viajero penetra en la cocina, advierte delante del hogar en que se consumen algunos pedazos de leña, una especie de criatura humana, masa inerte, cubierta de harapos y comida de piojos, abrumada bajo el triste peso de la indigencia, del oprobio y del dolor. Esta persona es el marido de la anciana que está á la entrada de aquella ahumada habitación. Parece que aun no siente el humo repugnante y denso, cuyas oleadas apenas logran escapar por los agujeros de la chimenea. Muy cerca de él duermen á hormiguear media docena de chiquillos, todos mal vestidos y acostados en tierra sobre algunos montones de paja seca, y á quienes la muerte arrebatada por lo regular antes que hayan llegado á la adolescencia; porque su estómago, debilitado por las privaciones, no puede soportar los trabajos y alimentos groseros de la familia, cuando les es preciso renunciar al pecho. Si á este hombre se le habla, se levanta: la estenuación y el hambre estan impresas en sus ojos.

Algunas veces se lamenta de la inconsideración del gobierno que le saca mucha parte del sudor de su rostro. Otras veces calla.... y la apatía y el embrutecimiento son los únicos que se pintan en su sem-

blante, cuya espresion lastimosa y glacial es aun mas terrible que la cólera del cielo y la desesperacion de la criatura.

Pues bien: tan espantosa como es semejante existencia, este ser humano que no tiene mas que sus brazos para mantenerse y para dar de comer á su numerosa familia, se considera muy feliz cuando, al espirar el año, ve que no ha padecido enfermedad alguna, y que se encuentra en disposicion de ir al monte á coger leña; porque el sistema prohibitivo no le permite dedicarse á ocupacion mas provechosa.

Los alpujarreños y las alpujarreñas de Cameros, desde que amaneece hasta que anochece Dios, no ponen los pies en casa. Tanto varones como hembras hacen los mismos oficios y disfrutan de la misma miseria. Ellos y ellas se van á dar de comer á sus cabras; van á arar con sus bueyes las tierras; marchan al monte á partir leña; se presentan en los pueblos granados á vender el combustible, y adquieren algun dinero despachando los huevos de gallina, los quesos y la leche de cabra.



(Alpujarreños cameros.)

Las alpujarreñas visten una saya corta de paño pardo y burdo, jubon de lo mismo, pañuelo de percal en los hombros con las puntas metidas dentro del jubon; van calzadas con abarcas y peales de bayeta pajiza, y su cabeza la cubren con un pañuelito blanco de tres picos. Los hombres visten calzon corto, chaleco largo de solapa, chupa y anguarina sin cuello; y todas estas prendas son de paño pardo ordinario. Calzan abarcas con peales blancos, y cubren su cabeza con una montera de tres picos y de color de paja seca. Los que son individuos de ayuntamiento, ostentan ademias en las funciones religiosas de sus pueblos una tohalla de lino blanco atada al cuello y con las puntas salientes. Pasma y admira el que para dos y tres pueblos de las Alpujarras no haya mas que un solo cura, un simple barbero que desempeñe las funciones de médico y cirujano, y un mal maestro de escuela.

¡Singular contraste! Los españoles que pueblan las solitarias y miserables Alpujarras de Cameros, pagan escusivos tributos y continuos repartimientos; sufren la cruel y odiosa contribucion de sangre entregando al Estado los hijos que le son tan necesarios y precisos para el monte y para la labranza como lo es el pan cotidiano para el sustento de la humanidad. Son menoscabados en sus escasos y pobres productos con el pago de ciertos derechos que tienen que satisfacer cada vez que van á la capital de su provincia, que es Logroño, á vender los huevos de gallina, los cabritos, la leche y los quesos; de cuyos miserables artículos se ven precisados á dejar en la alhóndiga la tercera parte de lo que en si valen. ¿Y no es dura y terrible semejante situacion, puesto que los infelices alpujarreños no pueden sostener

ellos solos á un triste sacerdote que en sus respectivos pueblos les auxilie en los últimos momentos de su vida, ni pueden dar el salario correspondiente á solo un médico, ni siquiera á un cirujano, y todavia menos á un boticario? Solo resta ahora que los hombres que disfrutaban de las delicias de los paises privilegiados por la naturaleza, formen una idea exacta del cuadro sombrío que presenta aquella comarca en la estacion rigurosa del invierno. Hagamos, pues, su pintura.

Un fúnebre capuz enluta la tierra: todo parece muerto. Unicamente reinan el frio, la tristeza y el silencio, como si el fin del mundo hubiese ya llegado. Apenas el silvido agudo del cierzo se deja oir de cuando en cuando, para manifestar que la creacion de las Alpujarras de Cameros no está enteramente helada y privada de movimiento. Las aguas se hallan cuajadas, y el sol encapotado y sustituido por una luz empañada y cárdena. Solo el alpujarreño queda abandonado á sus propios recursos; y destituido de la tutela de la naturaleza, labra él mismo su suerte. Si algunas dificultades se tienen que superar, no puede confiar para sostener su vida sino en sus propias fuerzas y en la de sus hermanos: la naturaleza viene á desconocerle.

Todos los alpujarreños reunidos en sociedad, no alcanzan á contristar el invierno. Los desampara y los apersona cara á cara con la naturaleza en aquella fria estacion. Yacen los desventurados y se ven reducidos como los irracionales y salvajes del Norte, á socavar en la tierra un hoyo donde sepultarse con alguna corta provision. ¡Qué estado tan trabajoso! Pero aun acaece mas.

Dejando al alpujarreño entre sus paisanos, le quita adustamente la mejor parte del fruto de sus sudores: le imposibilita en sus afanes provechosos, y le priva al propio tiempo de todo auxilio y resguardo. Entonces si que se presenta acreedor á toda nuestra compasion. Si el invierno, en medio de un pais triste, escabroso y despojado de todos sus habitantes y de toda vegetacion, parece haberse convertido en el dominio de la muerte: si el invierno, repetimos, en medio de los espantosos desiertos que forma la nieve, infunde, á nuestro juicio, los mas sublimes conceptos de aniquilamiento y ruina: visto en la vivienda del pobre alpujarreño, ¡no traspasará mas hondamente nuestro corazon!

Despues que en la morada del rico hemos visto un mundo desconocido á la naturaleza misma y no menos magnifico que aquel que campea en sus dias mas despejados y hermosos, podríamos, entreabriendo algunas puertas que dan tambien á las calles de los lugares alpujarreños, fijar nuestras miradas sobre un mundo de afliccion, de desamparo y de padecimientos, muy distinto del primero, y al que nada de cuanto existe iguala en tristeza.

Si se debiesen justipreciar los objetos por sus meras apariencias, se podría decir que por un lado hemos visto el paraíso y por otro el infierno. ¿Pero á qué seguir mas adelante una relacion tan triste y desconsoladora? ¿Hay por ventura alguno tan extraño á los quebrantos de la sociedad de ciertos paises, que no haya columbrado, aunque no sea mas que por un extremo, el teatro de los pobres en invierno, y que la volandera vislumbre de aquella perspectiva no le haya impresionado mas que todos los cuadros que pudiera exhibir un jóven eseritor? Si nos complacemos en decantar los primores y regalos de la humanidad, tambien nos duele sobremanera el tener que contar sus llagas y retratar sus desventuras. Es una cuenta que cada uno se forma fácilmente á sus solas, y que es muy sagrada para que entablemos sobre ella una vana declamacion.

BERNABÉ ESPAÑA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

VII.

Antecedentes.

Una indisposicion de nuestro huésped interrumpió durante algunas tardes las acostumbradas reuniones, y en consecuencia la narracion de la pendiente historia, cuyos complicados y varios lances nos tenian á todos suspensos y aun curiosos. Asi es que, restablecido que se hubo el bueno de Don Antonio, acudimos puntualísimamente á la

«ita que para proseguir nuestro habitual recreo, nos dió aquel excelente amigo.

«¿Ha vuelto Alfonso?» preguntó el impaciente Don Diego, apenas servido el café.

«Ha vuelto», contestó Don Antonio; «y no tardará en venir.»

Don Diego. ¿Con ánimo sin duda de proseguir su cuento, que va para mí siendo un laberinto?

Don Antonio. Con ese ánimo viene, en efecto.

Don Diego. Y quiera Dios que también traiga el de ser mas claro y ordenado en las cosas que refiere, pues, á decir verdad, van confundiendo de tal manera en mi memoria personajes y sucesos, que dentro de poco habré perdido completamente el hilo de la historia.

Don Antonio. Es V., amigo don Diego, el oyente mas descontentadizo y el censor mas agrio que imaginarse puede.

Don Diego. Seré lo que á V. se le antoje: pero el hecho es que nuestro cuento que, por lo largo, ya puede llamarse *cuento de cuentos*, está embrolladísimo.

El Redactor. No me lo parece así, pues, descartados los episodios y descripciones accesorias, reduce todo á pocos lances y no muchos personajes.

Don Diego. Eso era lo que nos faltaba;—¡Pesía mi vida!—que se nos viniese V. encomiando la sencillez del relato.

El Redactor. ¿Quiere V. que, en prueba de la exactitud de mi aserto, le refiera en breves palabras lo esencial de cuanto hasta aquí nos han dicho Alfonso y el señor don Antonio?

Don Diego. Si quiero, aunque no sea mas que para versi así ordeno las ideas.

Don Antonio. Pues manos á la obra, hermano Redactor, que ya esperamos su compendio.

Redactor. Digo, pues, tomando por base el orden cronológico, que don Fadrique de Vargas, contrariado desde niño en sus inclinaciones, fué un mal magistrado habiendo podido ser quizá un militar excelente. Hipócrita fatalmente, casó sin amor con una camarista ascéticamente virtuosa, tan buena en el fondo como poco amable en las formas; y de aquel infeliz matrimonio procedieron Laura, la esposa del conde de San Justo, é Inés, cuya historia ignoramos hasta ahora. Pero como las violentas y comprimidas pasiones de don Fadrique habian de tener forzosamente algun mal desahogo, prendóse de Milágos, la casi gitana, y hubo en ella á Matilde, esposa del capitán Mendoza, y primer amor de nuestro Alfonso. Este al salir al mundo se halló en contacto con la hija bastarda de Vargas, y ya por intrigas de ella, ya por sus propias imprudencias, se indispuso con Sotopardo, á quien, sin que tampoco sepamos la causa, se conocia en su regimiento con el nombre de *don Carlos el Malo*, para distinguirlo de su tocayo y compañero Mendoza.

Tenemos, pues, á Don Fadrique castigado de su inmoralidad con el destierro de la patria....

Don Antonio. Andando el tiempo verán VV. que fué aun mas severo el castigo.

El Redactor. Me limito á decir lo que sé, y prosigo: la camarista, dejando este picaro mundo, salió de penas; Laura, frágil ó infeliz, espío temprana muerte culpas quizá de su mala estrella; Sotopardo fué desterrado á Canarias; y Alfonso tuvo la que yo llamaré desgracia de encontrarse de nuevo á Matilde y entablar con ella culpables relaciones. ¿No es esto en resumen lo que sabemos? ¿No está clara la historia?

Don Diego. Para V. podrá estarlo: mas yo quiero que me emplumen si comprendo....

Sonó en esto la campanilla de la puerta, y pocos instantes despues vimos entrar en la estancia en que nos hallábamos á Alfonso acompañado de un hombre cuyo cabello, sembrado ya de plateadas canas, anunciaba, sino precisamente la vejez, al menos muy entrado el otoño de la efimera vida humana. Sin embargo, el aire resuelto, el paso firme, la mirada límpida y serena, los ademanes nobles, y un cierto *no sé qué* de marcialidad templada por una excelente educacion, nos hicieron comprender que nuestro nuevo socio tenia mas de avejentado que de viejo, y que su profesion debia de ser la misma de Alfonso.

Poco tardamos en saber á qué atenernos, porque como era natural, procedió el amante de Matilde á la presentacion de su amigo segun las reglas, diciendo á don Antonio:

«Cumpló á V. mi palabra, y le traigo á mi mejor amigo el brigadier Don Carlos de Sotopardo.»

Dejó á la consideracion del lector la curiosidad con que todos nosotros contempláramos á un hombre del cual, aunque pocas, teníamos ya bastantes noticias para desear conocer mas á fondo los lances de su vida: pero don Antonio, comprendiendo cuán embarazosa es la situacion de aquel que sabe fijar en sí la atencion de toda una sociedad, acudió al remedio con tacto y rapidéz, diciéndonos:

«¿No contaban ustedes con el señor? Alfonso y yo les hemos preparado esta sorpresa, de la cual estoy cierto que no les pesa, ni

mucho menos; así como sé que ha de complacerles aun mas saber que el señor (Sotopardo) lleva la complacencia hasta el punto de ingresar en nuestra sociedad, y encargarse de ser en ella su propio coronista.»

Dicho esto, y previos los usuales cumplimientos entre gentes que se ven por vez primera, concedió nuestro presidente la palabra al brigadier Sotopardo, quien la usó de este modo:

«Nací, señores, rico y noble; y digolo no por vanagloria, sino porque acaso de esas dos mercedes que debí á la fortuna proceden en gran parte los disgustos que amargaron mi juventud. Quizá, si la suerte me obligase á luchar desde luego con los obstáculos que á un oscuro nacimiento y escaso caudal son consiguientes, perdiera mi carácter su altivez excesiva, y amoldárase mi espíritu á las exigencias del mundo; mas ello es que fué de otra manera, y que huérfano, y heredando, por tanto, desde mis primeros años, entré en la vida, como en la mar procelosa el bajel al salir del dique de construccion; con mas alientos que idea de los riesgos que me esperaban. Escoji la carrera militar, porque ella habia sido la de mis antepasados, y porque á ella tambien me arrastraba mi propia inclinacion, además de que la guerra de la independencia, con cuyos últimos años coincidí mi tránsito desde la infancia á la juventud, llamaba á los campos de batalla á cuantos del nombre de españoles eran dignos.

«Hubiera podido entonces comenzar á servir con alguna graduacion, mas preferí tomar los cordones, porque, eu mi inexperiencia y caballerescos instintos, creia yo mas noble hacerme la carrera que debérsela al favor ó al dinero.—La guerra es, como todo en este mundo, mas ó menos poética vista de lejos, horriblemente prosaica en la práctica. Los combates son lo de menos, porque en ellos el pundonor ó el orgullo, la sed de gloria ó la ambicion, compensan mas que suficientemente riesgos y fatigas; pero las marchas largas, penosas y repetidas; el sol que abrasa y la lluvia que hiela; el hambre que debilita y la suciedad que repugna; la ineptitud de un gefe y la brutalidad de otro; la obscenidad del lenguaje y lo salvaje de las maneras; la rapacidad en el saqueo y lo feroz en el incendio; las mil y una decepciones, en fin, que halla en cada paso de su militar existencia, el que entra en ella, como yo lo hice, con los comentarios de Cesar, la retirada de Jenofonte, y las descripciones de Quinto Curcio impresas en el alma, esá son las difíciles de soportar, esas las que desencantan, esas las que hacen de muchos militares otras tantas máquinas tácticas en vez de hombres pensadores.

«Tengo la desgracia de ser de aquellos á quienes las dificultades incitan y los desengaños enardecen; mi desdichado espíritu, al menos en los primeros años, que en los que ya tengo es otra cosa; mi desdichado espíritu, digo, se revelaba contra la realidad, porque desmentia sus quiméricas esperanzas, y así desde el principio de mi vida comenzó tambien entre el mundo y yo una lucha que ya me ha costado amarguissimas penas, y si continúa podrá costarme infinitas.

«Cuando vi que, aun entre soldados, la adulacion servil solia obtener inieua preferencia sobre el mérito sólido y positivo; cuando advertí en mas de una ocasion pospuesto el valor real á la habilidad de un fanfarron escamoteador de balas; cuando comprendí, en fin, que aun en los campos de batalla era necesaria la charlataneria para medrar, apoderóse de mi corazon una violenta ira que me condujo al borde del precipicio, si bien por distinta senda de aquella en que, si mis ideas fueran otras, hubiera corrido riesgo de lanzarme.

«Permitánneme VV., señores, pues que su objeto en estas conversaciones es, segun Alfonso me ha dicho, mas bien el estudio de las costumbres y el análisis de las influencias sociales en la humana naturaleza, que el de entretener con inverosímiles relatos algunos momentos de ocio, que les diga en pocas palabras cuál era mi situacion moral al lanzarme al mundo.

«Mi tutor habia cuidado solo de prepararme convenientemente para la carrera de las armas, si bien por via de lujo, y para que no fuese enteramente lego, me hizo aprender el latin, que en aquellos tiempos se enseñaba en latin tambien para mayor suplicio de los desdichados aprendices. En cuanto á la educacion moral, creyóse bastante enseñarme el Ripalda y el Fleuri; y con eso y las matemáticas elementales ya se me dió por completamente endoctrinado. Mas yo, señores, tuve desde niño una deplorable afición á los renglones desiguales, que me impelia á leer, y lo que es peor, á encomendar á la memoria hasta los romances de *Juan de la Encina* y *Pedro Calderas*, con todos los demas en que se ensalzan y encomian las virtudes y hazañas de los héroes patibularios.

«Dichosa ó desdichadamente, que aun no sé cosa cierta, entre los libros de mi difunto padre, tambien amante de las letras, hallé á mano una copiosa coleccion de comedias de nuestro teatro antiguo, á cuya lectura me entregué con avidez insaciable.—Calderon fué desde luego mi autor favorito, y sus escritos me inoculaban, por decirlo así, aquel espíritu caballeresco convertido casi en religion por el autor inmortal de *La vida es sueño*.—No quiero cansar á VV. co¹

ociosas disertaciones, ni la ocasión consiente tampoco profundizar la materia: hásteme indicar que imbuido en la *teología del honor* que Calderon desenvuelve con singular maestría en todas sus obras, debí á ella no haberme arrojado sin freno en la senda del mal luego que comencé el mundo á azotarme implacable con la vara inflexible de los desengaños.—En cambio, empero, creíme autorizado, pues que todo en la sociedad chocará con mis ideas, á considerarme en guerra abierta con los hombres y las cosas, y á proceder en consecuencia.—Con tales disposiciones el hábil se hace intrigante, el cobarde traidor; y el que ni hábil ni cobarde ha nacido, maldiciente y dueñista: tal fué, señores, digolo con vergüenza y sentimiento, el papel que desde muy niño comencé á representar en el mundo.

»Y explicados así los fundamentos morales de mi carácter, tiempo es ya de darles á los sucesos y á las personas la parte principalísima que de derecho reclaman en mi relato.»

Respiró D. Diego al oír las últimas referidas palabras de D. Carlos, como si de encima le quitáran enorme peso; y Sotopardo, después de una brevísima pausa, prosiguió diciendo:

«Sin embargo de lo que dejó indicado acerca de cuánto influye el favor en materia de recompensas militares, mi buena fortuna y el gran consumo de oficiales que hacían las balas francesas, dispusieron de modo las cosas que á los pocos meses de servicio obtuve en el campo de batalla el ascenso á alférez en mi propio regimiento y con destino á la compañía que mandaba el entonces capitán D. Pedro de Almazan.»

Don Diego. No me parece que oigo ese nombre por vez primera.

Don Antonio. Alfonso nos ha hablado ya de ese sugeto.

Alfonso. Así es; y dije á VV. que él era teniente coronel del regimiento á que fui destinado al salir de la casa de Pages.

El Redactor. Pues que sabemos ya quién es, dejemos al señor que continúe.

Sotopardo. Almazan tenía en la época á que yo me refiero algunos años menos que cuando le conocí Alfonso; pero su carácter y proceder eran idénticos en el fondo.

»Minucioso y prolijo en el servicio interior, desconocía completamente la indole de su noble profesión, creyendo que saber de memoria la fórmula de los *ajustes*, y la distancia de botón á botón, bastaba para ser buen oficial.—*Papelista* además, es decir, de esos que malgastan los días y las noches en formar estados y alinear guarismos, ni la guerra era su elemento, ni yo el subalterno que en manera alguna le convenía: pero ni en su mano estaba terminar la lucha contra la Francia, ni en la mía eximirme de obedecerle.—Si aquel hombre y yo nos hubiéramos encontrado y visto unidos en cualquier otra carrera, no tengo la menor duda de que al segundo día, sino al primero, estallara entre ambos una guerra encarnizada: mas la profesión militar tiene la buena propiedad, entre otras, de ennoblecer hasta la esclavitud, haciéndosela soportable y llevadera aun á los ánimos mas independientes.

Don Diego. ¡Ya lo creo: al que respira fuera de la regla le fusilan!

Sotopardo. Perdóneme V., señor mío: la severidad necesaria de las leyes militares en materias de disciplina no explica el fenómeno de que trato, ó al menos no basta á explicarlo por sí sola. No niego yo que para el soldado, en general ignorante y traído mal su grado al servicio, sea el temor del castigo, al menos al empezar la carrera, el único freno que le contenga: pero si otro principio mas noble, mas espiritual sobre todo, no obrase en el ánimo de la oficialidad, me atrevo á asegurar sin temor de ser desmentido por ninguno de mis compañeros, que en breve tiempo se relajarian los vínculos de la disciplina, hasta llegar á la disolución del ejército.—¿Y sabe V. por qué el hombre de mas activa condición tolera en la milicia las injusticias y durezas de sus gefes? Pues es en virtud de una que pudiéramos llamar ficción legal, sino fuese un sentimiento lógico; es porque la *graduación* escuda al hombre, es porque la severidad con que se observa el órden gerárgico ofrece siempre la *compensación* al lado del disgusto. No es don *Fulano de Tal* el que reconviene ó castiga; no es don *Mengano* el reconvenido ó castigado, sino el *Coronel* quien pesa sobre el *Capitán*, que sabe ocupará cuando á su vez sea *Coronel*, y mientras con respecto á todos sus subalternos ocupa la mismísima inviolable posición que de sus iras defiende al gefe que por el momento le mortifica.—En resumen, en asuntos del servicio no se vé á los hombres, sino á los empleos, y en virtud de esa consideración, mas ó menos ilusoria en el fondo, pero en sus efectos omnipotente entre militares, pude yo resignarme á sufrir meses y aun años las impertinencias continuas, las cavilosas incansables, las injusticias patentes, la exigencia inesplicable del capitán que me cupo en suerte.—Y es de advertir, señores, que desde el punto y hora que nos vimos nos repugnamos instintiva é invenciblemente el uno al otro, sin que de tal fenómeno sepa yo dar otra explicación mas que la de compararlo á la antipatía que reina entre perros y ga-

tos.—Y ya que esa comparación se me ha ocurrido, sirva tambien para que de lo que entonces éramos entramos puedan VV. formar cabal idea.—Almazan, siempre atildado y compuesto como una dama: yo desaliñado como un filósofo, aunque, gracias al cielo, no sucio; él, formalista, metódico y prolijo: yo aturrido, desordenado y negligente; él cauto, yo ligero; él callado y yo locuaz con esceso, no estamos mal simbolizados en el gato diplomático y el perro de suyo turbulento y alborotado.

»Como quiera que sea, Almazan espiaba con ansia y aprovechaba con delicia las ocasiones de arrojar sobre mí el peso de su autoridad, mientras que yo, adivinándole sus no muy sanas intenciones, me propuse defraudarlas siendo lo que se llama un *Suizo* en los cuerpitos de guardia, quiero decir, para que lo entiendan los legos, una especie de cronómetro militar, que ni falta ni sobra un punto en la ejecución de cuanto la Ordenanza previene.—Difícil, muy difícil es no caer nunca en falta, pero al cabo posible cuando se hace de ello punto de honra, y el amor propio nos sostiene; y esa dificultad posible de vencer, yo alcancé á superarla durante dos años consecutivos. Pero de los esfuerzos y sacrificios que yo hacía, y de las decepciones que encontraba en ellos mi capitán, resultó que la repugnancia primitiva se convirtiese primero en antipatía, y al cabo en odio violento, implacable.

»Sin embargo, mientras duró la guerra la ventaja estuvo de mi parte, porque, y siento decirlo, al frente del enemigo era opinión común que el subalterno valía alguna cosa mas que su capitán. Cuando la lucha estalló entre nosotros fué una vez libre España de la invasión francesa.

»El año de 15 era Almazan comandante de escuadrón, y yo capitán en el propio regimiento, que fué destinado de guarnición á Sevilla.

»Pero antes de referir los sucesos que allí me ocurrieron, conviene sepan VV. que ya entonces mi mala reputación de maldiciente y duelista había adquirido proporciones verdaderamente escesivas con relación á los hechos que de fundamento le servían.—Algunas ocurrencias satíricas, mas ó menos felices, contra *patronas* menos ó mas fáciles; tal cual epigrama contra las ridiculeces ó torpezas de algunos gefes; y la apreciación, poco benévola á la verdad, que en general solía yo hacer de las cosas del mundo, no merecían que se me hiciese pasar por un Zóilo implacable. Hice locuras, como todos los militares jóvenes las hacen; jugué con lealtad sobrada; hube de batirme en desafío unas cinco ó seis veces; pero como ni por las locuras olvidé nunca las obligaciones de mi empleo, ni el juego me envileció, ni en los desafíos fui desgraciado, y como á mayor abundamiento el bello sexo de *campaña* no me trataba con rigor escesivo, creyeron oportuno aquellos á quienes puse en ridículo, convení de tahures, vencí con las armas, ó desbanqué con las damas, forjarme una reputación de *D. Juan Tenorio* que estaba muy lejos de merecer; y digolo, señores, ahora ya pisando los límites de la vejez, con toda la sinceridad de un alma hondamente arrepentida, sin embargo, de los juveniles estravios.

»Pero mi mala estrella, y la peor voluntad de Almazan, habían ordenado las cosas como dejó dicho; porque mi antiguo capitán, con su aspecto jesuitico, sus formas corteses y sus palabras melosas, era en efecto el motor y cabeza de la conjuración contra mí urdida.

»Sucedió, pues, que pedí y obtuve, concluida la guerra, la cruz de Alcántara que llevo al pecho, y una Real licencia para Madrid, con el doble objeto de cruzarme y de poner en órden mis negocios personales, durante la campaña completamente abandonados; y mientras á lo uno y á lo otro atendía yo en la Corte, mi regimiento se instalaba en Sevilla, y Almazan con los demas oficiales mis enemigos echaba los cimientos de la mala fama que por desgracia lograron darme en aquella ciudad, con perjuicio no solo mio, sino de terceras y muy respetables personas.

»Pero, señores, la noche ha cerrado, y me parece que convendrá dejar para otro día la prosecución de los sucesos de mi vida.»

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Temores de un marido.

Dos labradores estaban hablando del buen aspecto que presentaba la estación.

—«Si continúa esta lluvia quince días, dijo uno de ellos, todo saldrá de la tierra.»

—«¡Ay Dios mío! ¿que dices? contestó el otro; yo que tengo dos mujeres en el campo santo...»

EL DUENDE

DE VALLADOLID.

(Tradición yucateca.)

(Conclusion.)

IV.

En silencio está la villa;
Triste y lóbrega es la noche,
Que envuelta en negros celajes
La tibia luna se esconde.
Dormido el viento parece,
Y del cerrado horizonte
Rasgan el oscuro seno
Fugaces exhalaciones.
La atmósfera encapotada,
Permite apenas que asomen
De algún errante lucero
Los trémulos resplandores.
Solo el silencio interrumpen,
Con lento y sonoro toque
Las postreras campanadas
Que dá el reloj de la torre.
A intervalos se desprende
De los negros nubarrones
Leve lluvia que en su seno
Sedienta la tierra absorbe,
Y entre ráfagas de fuego,
Que ardientes la descomponen,
De sus calientes entrañas
Brotan en húmedos vapores.
Es este el solemne instante
En que el corazón del hombre
Con pavorosa tristeza
En sí mismo se recoge.
Hora en que al mezquino cuerpo
El alma se sobrepone,
Y de la materia inerte
La frágil corteza rompe,
O bien en los lazos presa
De negras supersticiones,
Se repliega amedrentada
Dentro de su cárcel torpe.
Dichoso aquel que arrullado
De mágicas ilusiones,
Con blando reposo duerme
Sin penas que le devoren!
Mas ¿quién dormirá en la villa
Oyendo el rumor discorde
Con que ya turba el silencio
El torvo deforme?
¿Quién dormirá, si no tiene
Hecho el corazón de bronce,
Cuando á tan grandes peligros
El cura su vida espone?
Pero ¡ay, su afán es en vano!
En vano el buen sacerdote
Con indomable constancia
Plazas y calles recorre;
Que el fantasma, temeroso,
Ante sus pasos veloces
Huyendo se desvanece.
O en las tinieblas se esconde.
Y Tomás, por todas partes
Su hisopo blandiendo, corre,
Bañando en agua bendita
Puertas y guarda-cantones;
Y así caminando, á vueltas
De uno y otro *Pater Noster*,
Apostrófale irritado
Con esta y otras razones:
Lánzate al abismo, lánzate,
Negro espíritu!—*Ipsé vobis*
Imperat!—¿No tengo frío?
¿Se habrá declarado norte?
¡Valor!—*Qui inferno spoliato!*
¡Jun! ¡jun!—*Surrexit á mortuis.*
Mas si es miedo por ventura?
¡San Ruperto, san Onofre!
Y así pasó largas horas,
Hasta que ya en los relojes

Oyó, con ardiente júbilo,
Sonar completas las doce.
¡Abatido está el maligno!
¿Qué mucho, pues, que rebosé
El corazón del buen viejo
Latiendo de orgullo noble?
Enagenado y triunfante
Hacia su morada corre;
Abre las puertas y... quédase
Helado, confuso, inmóvil!
¡Oh! nunca, nunca creyera
Escándalo tan enorme,
A no atestiguarlo unánimes
La tradición y los códices.
Y es el caso que Lersundi
Sobre la mesa encontré
De su acostumbra cena
Los residuos, en desórden:
Envueltos halla entre estiércol
Los vizcochos y alfajores,
Y por el suelo vertida
La *jicara* (1) del *posote* (2).
En vez del Jerez balsámico,
La turbia limeta esconde
Un licor que... no lo digo:
Perdónenme mis lectores (3).
Al ver tan fiero espectáculo
El dolor le sobrecoge,
Que resistir no ha podido
La crudeza de este golpe.
De sus ojos espantados
Brotaron dos lagrimones,
Y, al fin, en su pobre lecho
Sin ánimo desplómose.

V.

Bienes y males son breves,
Verdad que no admite duda,
Tamaño como diez puños,
Y vieja, mas no caduca.
Todo tiene fin: ya nadie
La paz de la villa turba:
Ya del maligno cesaron
Las incursiones nocturnas.
Nada interrumpe el silencio
De la triste noche oscura,
Y los vecinos reposan
Con tranquilidad profunda.
¿Acaso el duende, aterrado
Por el valor del buen cura,
En los antros del infierno
Con su vergüenza se oculta?
¿O qué poder sobrehumano
Del torpe espíritu triunfa,
Si del valiente Lersundi
Inútil fué la bravura?
Fué el caso, según se afirma,
Que el clero adoptó por suya
La causa, y juró vengar
Del pobre Tomás la injuria.
Citóse al punto á cabildo,
Y salió de la consulta
Buscar un santo abogado
Y solicitar su ayuda.
Mas hubo tal discordancia
En la elección, que por mútua
Aquiescencia se dejó
El negocio á la ventura.

(1) Fruto del *jicaró*, árbol silvestre en Yucatán. Produce con tal abundancia, que fructifica hasta en el tronco y en las raíces salientes. La *jicara* es del tipo esférica, teniendo las mayores cerca de un pie de diámetro: la corteza es muy sólida, como de línea y media de espesor. Se asiera por la mitad cuando ha sazonado perfectamente, y se cuece en agua para que se desprenda toda la parte interior que guarda la simiente. Estas medias esferas se destinan á varios usos, y hacen especialmente el servicio de nuestras tazas: son muy blancas, limpias y de gran duración, encontrando en ellas un gran recurso la clase indígena y proletaria por lo insignificante de su precio.

(2) Bebida común y necesaria á los indios. Se hace de maíz, cocido primeramente en legía de cal, y después en agua para hasta que revienta el grano. Se tritura groseramente entre dos piedras, y siempre que la masa deba guardarse por algunos días, se la carga de sal, evitando de este modo que la fermentación sea muy activa. Para usarla se disuelve en agua clara, y se suele endulzar con azúcar y miel de abejas.

(3) El Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, en su Informe contra idolótrous cultores que publicó en Madrid en 1639, dice que el cura «halló en la fuente mucho estiércol de su mula, y la limeta llena de orines añejos.» Son palabras testuales.

Encerráronse las cédulas
En la misteriosa urna,
Y un monago rapazuelo
Sacó de entre todas una.
San Clemente Papa fué
El agraciado, aunque juzgan
Autores que hubo cohecho;
Mas no falta quien lo impugna.
Ello es lo cierto, que el santo,
Sin oposición ninguna,
Fué aclamado por el pueblo
Con repiques y alaluya.
Y fué eficaz el remedio:
Ya no hay miedo que interrumpen
El reposo de la villa,
Demonios, trasgos ni brujas.
Por esta razón se guarda
En una antigua pintura
La memoria del milagro,
Cuya fama perpetúa.

El santo papa está en pié,
Y á aquel padre de la culpa
Atado tiene á sus plantas,
Odio respirando y furia.
Del templo de san Francisco
Aun hoy el retablo ocupa,
Y tan propio está el rebelde,
Que solo el mirarlo asusta.
Mas ya te oigo, lector mío,
Que curioso me preguntas
Si de mi Juana han cesado
Las amorosas angustias.
Tal vez de su adversa suerte
Compadecido te ocupas,
Y culpando mi abandono
De inconsecuencia me acusas.
Plugiera á Dios que así fuese,
Y que, aunque tósca y difusa,
De esta verdadera historia
Guardases memoria alguna.

Respira, lector: Juanita
No ha encerrado en la clausura
Del convento, los hechizos
Con que seduce y deslumbra.
Tampoco del viejo Osorio
El ciego amor la atribula;
Que Pedro Guzman, al cabo,
A su pretensión renuncia.
¿Mas cuál el motivo fué
De semejante conducta?
Trastornaron al buen padre
De Juana las garatutas?
¿Es cierto que el mismo día
Que conoció su locura
Y habló á Vargas, se acabaron
Del duende las travesuras?
Es cierto; y con tal motivo
Mil opiniones circulan,
Muy problemáticas todas,
Pero fundada, ninguna.

La verdad del caso, nadie
La sabe, aunque la presume;
Porque todo ello no pasa
De chismes y congeturas.
Piensa tú lo que te agrade,
Lector; mas si fué ó no astucia
De Vargas, es lo seguro
Que se salió con la suya.
Llegó el venturoso día
En que de tanta amargura
Logre el premio, sin que nadie
Sus ilusiones destruya.
Del zaguan del noble Pedro
Con dignidad y mesura
Sale ya la comitiva,
Que toda la calle inunda.
Amigos los mas de Pedro
Son, viejos de cara enjuta,
Venerables calvas grandes,
Redondas como la luna.
Y va el desdichado Osorio
Y en su faz lúgubre y mustia
Lleva el dolor retratado...
Respetemos su locura.
Basquiña de chamelote
Lleva la novia, con puntas
De albo y primoroso encaje,
Mas liviano que la espuma.
Va la niña hecha un portento,
Peregrina como nunca,
Toda perlas y caireles,

Toda encantos y hermosura.
Lágrimas de ardiente gozo
Sus claros ojos anublan,
Y el amor y la vergüenza
Tienen su frente de púrpura.
Por donde quiera que pasa
Mil bendiciones escucha
Que sus mejillas encienden,
Aunque el corazón la adula.
Vargas, radiante de gozo
Y respirando ventura,
Vá a su lado, y de su amada
La ardiente mirada busca.
Calado lleva el sombrero,
Todo erizado de plumas;
Almidonada valona,
Rico gaban de gamuza.
Y su luenga espada lleva
Con arrogante apostura,
Colgada en la roja banda
Que el ancho pecho le cruza.
Precede a la comitiva
Ronca y discordante música
De stuches (1) y sacatanes (2),

(1) Instrumento músico de los indígenas. Se hace de una jicara pequeña y entera, despojada de toda la sustancia interior. Por el agujero por donde se ha extraído ésta, que se hace en el lugar del pezon, se introducen algunos pequeños guijarros, tapando después el agujero con el extremo de un palo corto y labrado, que le sirve de mango. El movimiento de los guijarros dentro de la jicara forma el sonido sordo y monótono de este instrumento.

(2) Especie de caja de guerra, con la diferencia

De tankules (1) y tortugas (2).
Detrás de los novios siguen
Los convidados en turba:
Detrás de los convidados,
Los muchachos y la chusma.
Llegan por fin a la iglesia,
Donde la nupcial coyunda
Vá a anudar el fuerte lazo
Que solo rompe la tumba.

de ser mas larga que las nuestras, y de no tener mas que un parche. Se toca con las palmas de las manos. Llámase tambien sacatán un baile grotesco de una ó dos personas cuando mas, que se ejecuta al son de este instrumento con exclusion de cualquiera otro. Ignórase si el baile ha dado su nombre al instrumento, ó al contrario.

(1) Si se ha de juzgar por el nombre de este instrumento, debe creerse que fué inventado por los indios para solemnizar sus fiestas religiosas. Tan-kul, que era su nombre primitivo, quiere decir delante del templo ó se está adorando. Se hace de un trozo de madera sólida y hueca, de figura cilíndrica, con dos hendiduras que corren a lo largo del cilindro, y una transversal cortando por mitad de aquellas, de suerte que las tres forman una H prolongada. El tankul no es otra cosa que dos teclas encontradas y firmes, que se hacen sonar por medio de dos baquetas encasquilladas de hule ó goma elastica.

(2) Es el carapacho entero de este crustáceo, que pendiente de un hilo sujeto con la mano izquierda, se hiere con la derecha por medio de un asta de hierro con golpes suaves y pausados. En lengua maya se llama thoroch-ac, voz compuesta de una onomatópica, queez thoroch, imitación del sonido que forma el instrumento, y del sustantivo ac, que significa tortuga ó galápago.

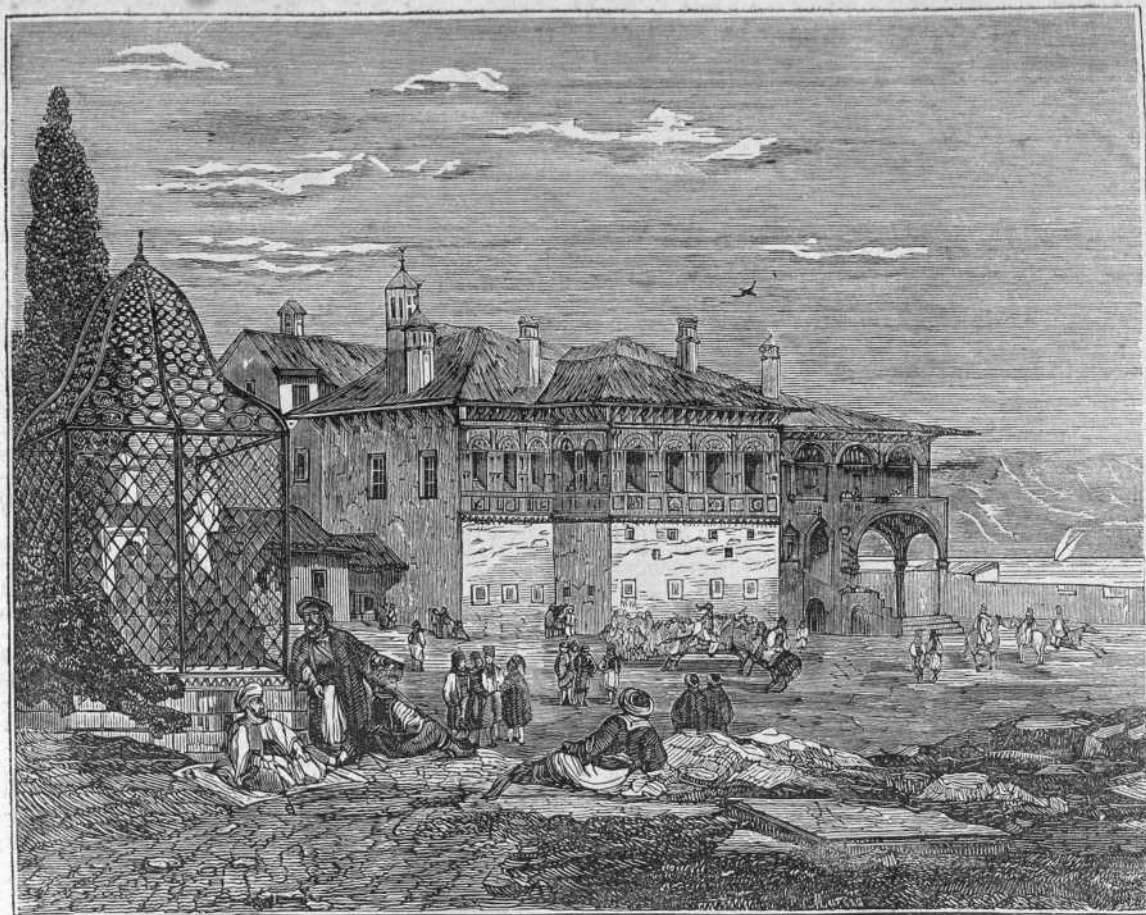
Estasiados de alborozo,
Con las diestras manos juntas,
Delante del sacerdote
Constancia eterna se juran.
¡Si! con varonil acento
Francisco Vargas pronuncia:
¡Si! reprimiendo su gozo,
Turbada Juana murmura.
Dios los haga bien casados,
Sin que jamás se destruya
Esa ilusión engañosa
Que los encanta y deslumbra.

Conclusion.

Después de la ceremonia
Empezó la baranda:
Hubo arroz y gallo muerto;
Corrió el licor de la uva.
Mas como todo es preciso
Que en este mundo concluya,
Se dispersó por la noche
La concurrencia importuna.
Pedro saludó a los novios:
Juanita quedó confusa,
Y nuestro Vargas... — ¡Hay hombres
Con insolente fortuna!

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.





(Sepulcro de Ali-Pachá.)

ALI-PACHA.

«Un visir es un hombre vestido de pieles, sentado sobre un barril de pólvora, y que tiene miedo á una chispa.» Cuando Ali-Pachá pronunciaba estas palabras, habia llegado al apogeo de su poder. Hijo de un pobre Aga de Tepelini, se habia elevado á uno de los primeros puestos de la gerarquía musulmana por medio de su valor y de su inteligencia, pero tambien merced á su astucia y crueldad. Desde su palacio de Janina, á la orilla del hermoso lago de Acherusia, en el que gozaba fastuosamente de inmensas riquezas, fruto de su tiranía y su rapiña, dominaba el Epiro, la Acarnania, las montañas del Pindo, la Focia, una parte de la Etolia, de la Thesalia y de la Macedonia. El sultan le daba el nombre de Leon (*arslan*) en los firmanes. Bonaparte, al principio de su carrera gloriosa, habia fijado la vista en él, y quiso hacerle entrar en los planes de su política. Los periódicos de París publicaban cartas del Pachá del Epiro al general del ejército de Italia. Ali espresaba una simpatía fingida hacia una revolucion que no comprendia: se declaraba discipulo fiel de la religion de los jacobinos; pero poco tiempo despues hacia traicion á la Francia, y la Inglaterra, cuyos intereses servia incidentalmente, le prodigaba á su vez las lisonjas. Nelson detuvo su escuadra en medio de la mar Egea, y mandó una comision á cumplimentar al que denominaba «el héroe del Epiro.» Durante las prolongadas guerras del imperio francés, su alianza fue solicitada por cuasi todos los soberanos europeos. En medio de las revoluciones que sufrían los reinos cristianos, y la misma Turquía, sabia, no solo conservar su influencia y autoridad, sino aumentarla. Los viajeros ilustres que recorrían la Grecia y el Bósforo, no dejaban nunca de visitar á Ali-Pachá. Lord Byron, á quien toda superioridad intelectual ó material escitaba tan vivamente la curiosidad, mostró mas interés por ver al soberano de Janina, que por visitar á Constantinopla. Tuvo varias entrevistas con Ali-Pachá en 1803, y en el canto segundo de *Childe-Harold* ha dado una des-

cripcion brillante de la corte del tirano del Epiro. Hay tambien en sus memorias una carta dirigida á su madre, en que refiere sus impresiones con menos poesia, pero con tanta gracia y elegancia.

«He atravesado, dice, el interior de la Albania para ir á visitar al »pachá. He ido á Tebelen (Tepelini), sitio real de S. A., en el que he »permanecido tres dias. El nombre del pachá es Ali, y tiene fama de »ser un hombre de mucha habilidad y astucia. Su hijo Veli-Pachá, »para el cual me ha dado una carta de recomendacion, gobierna la »Morea y ejerce una influencia grande en Egipto. En resumen, Ali es »uno de los hombres mas poderosos del imperio turco. Cuando llegué »á Janina, que es su capital, despues de un viaje de tres dias por las »montañas, en un pais de una belleza agreste admirable, supe que »estaba en Iliria con su ejército, sitiando á Ibrahim-Pachá en la for- »taleza de Bénat. Habia sabido que un inglés de distincion iba á vi- »sitar sus estados, y habia dejado la órden de que se me preparara »una casa y se me diera gratuitamente cuanto me fuera necesario. »He hecho algunos regalos á los esclavos, pero no han permitido que »pagara nada de lo que se gastó en mi casa. He montado los caballos »del visir, y he visto sus palacios y los de sus nietos; son espléndi- »dos, pero estan harto sobrecargados de oro y seda. He estado en las »montañas de Zitiza, pueblecillo que tiene un monasterio griego en »el sitio mas hermoso que he visto hasta ahora, escepto el de Pin- »stra, en Portugal. Al cabo de nueve dias llegué á Tebelin. Nuestro »viaje se prolongó porque los caminos habian sido cortados por los »torrentes que caian de las montañas. Nunca olvidaré la escena sin- »gular que se ofreció á nuestra vista al entrar en el patio del pala- »cio á las cinco de la tarde, cuando el sol descendia al horizonte. »Salvo alguna diferencia en los trages, aquel espectáculo me hizo re- »cordar el tiempo feudal y la descripcion que hace Walter Scot en la »*Endecha del último Ministéril*, del castillo de Branskome. Los Alba- »neses, con su traje magnífico, que se compone de un tonelete blan- »co muy amplio, de un sobretodo bordado de oro, de una chaqueta »alla y de un chaleco de terciopelo carmesi, cubiertos de galones de »20 DE MAYO DE 1830.

oro, dispuestos con un gusto esquisito, y formando toda clase de arabescos y dibujos variados; sus pistolas y sus puñales montados en plata; los tártaros con sus gorros altos y puntiagudos; los turcos con sus pellicias largas y sus turbantes; los soldados y los esclavos negros teniendo caballos del diestro; los primeros formados en una galería inmensa que había en la fachada del palacio; los segundos reunidos en una especie de soportales; doscientos caballos ensillados, prontos á echar á andar á la primera señal; correos que entraban y salían con pliegos; el ruido de los timbales; los gritos de los muchachos que anunciaban la hora desde lo alto de los minaretes; el aspecto bizarro del mismo palacio, todo ello ofrecía á la vista del viajero el conjunto mas pintoresco y bello que puede imaginarse. Fui conducido á una habitación suntuosa, y el secretario del Pachá vino á informarme de mi salud, según la costumbre turca. Ali me recibió al día siguiente. Me puse un uniforme completo de oficial de estado mayor y un sable magnífico. El visir me recibió de pie, lo cual es una distinción muy honorífica de parte de un musulmán, y después me hizo sentar á su derecha. He tomado para mi uso particular un intérprete griego, pero entonces, un médico de Ali, llamado Temlario, y que comprendía el latín, hizo sus veces. La primera pregunta del pachá fué que por qué había dejado mi país siendo tan joven. (Los turcos no tienen ni la menor idea de un viaje de placer.) Añadió después que el representante inglés, el capitán Peake, le había dicho que yo pertenecía á una familia distinguida, y me encargó que ofreciera sus respetos á mi madre: se los transmito á V., pues, en nombre de Ali-Pachá. Me dijo que estaba seguro de que yo era una persona de calidad, porque tenía las orejas pequeñas, el pelo rizado, y las manos blancas y pequeñas. No me ocultó tampoco que mi porte y mi traje le agradaban. Me rogó que le considerara como un padre mientras permaneciera en Turquía, asegurándome que él me miraría como un hijo. En fin, me ha tratado como á un niño, enviándome veinte veces por día almendras, sorbetes y dulces. Me encargó que le visitara con frecuencia, y por la tarde, que era cuando se hallaba mas desocupado. Me retiré después que nos dieron café y pipas. Le volví á ver otras tres veces. Es raro que los turcos, entre los cuales no existen ni dignidades hereditarias, ni familias ilustres, excepto las de los sultanes, hagan tanto caso del nacimiento de los extranjeros. Noté que mi genealogía pasaba siempre antes que mi título.

Pougueville, que ha sido mucho tiempo cónsul en Janina, Hobbouse y Luart Aughes, han dado tambien en sus descripciones de la corte de Ali una idea brillante de su lujo y de su poder. Pero en la época de su mayor prosperidad, cuando su fama, su riqueza y los numerosos aliados que se había asegurado parecían permitirle que confiara en una vejez y una muerte tranquilas, Ali no tenía confianza, sin embargo, en el porvenir: su pellicia de honor pesaba mucho ya en sus hombros, y tenía la chispa. A pesar de su habilidad para trastornar los proyectos hostiles de los que tenían que vengarse de alguna de sus injusticias ó crueldades, á pesar de ser perseverante é implacable en sus venganzas, no ignoraba que se urdian tramas incesantemente contra él. En vano sus emisarios recorrían disfrazados la Grecia y el Asia menor: en vano sostenía una policía secreta en Constantinopla: bastaba que uno solo de sus enemigos, inteligente y determinado, consiguiera escaparse, para que viera cambiar toda su fortuna. Este hombre le hubo. Pachó-Bey, despojado por Ali de sus bienes y echado de Janina, después de esfuerzos inauditos, consiguió formar en Constantinopla una conjuración temible. Inspiró sospecha al sultan contra la ambición del pachá del Epiro: interesó su codicia mostrándole como una presa fácil los tesoros sepultados en Janina y Tepelini.

Ali, inquieto é irritado, trató de hacer asesinar á Pachó-Bey; pero uno de los asesinos fué cogido, y Ali recibió la orden de ir á dar cuenta de su conducta á Constantinopla. Este adivinó el peligro y no quiso obedecer: desde aquel momento fué resuelta su muerte. Un ejército, mandado al principio por Pachó-Bey, y después por Kourschid-Mehemet-Pachá, fué á sitiarte en su capital. Resistió mucho tiempo. Mas de una vez hizo cobrar desaliento á sus enemigos; pero la traición le quitó el apoyo de sus aliados y de una parte de su familia. Después de dos años se vió obligado á abandonar la ciudad y el palacio de Janina y á retirarse á la ciudadela. Era su último refugio: se defendió aun mucho tiempo; pero al fin, ya fuese cansancio y desaliento, ó política desgraciada y ciega confianza, se entregó á sus enemigos. He aquí cómo refiere uno de sus biógrafos (M. Beauchamp) la última escena de la vida de Ali-Pachá.

«Ali, encerrado en el castillo del Lago con un número escaso de hombres determinados á morir, declaró á Kourschid que su intención era pegar fuego á doscientos millares de cartuchos, y hacer saltar la fortaleza. Era esta una resolución formal é irrevocable. Día y noche, un turco llamado Selim permanecía en el almacén de pólvora con una mecha encendida en la mano, pronto á dar fuego á la

primera señal de su amo. Los tesoros de Ali estaban amontonados encima de los barriles.

«Kourschid recurrió á la astucia. Consiguió convencer á Ali de que el sultan le perdonaba con la condición de que se sometiera á él. Le indujo así á que se trasladara á la isla del Lago.

«Ali no tardó en arrepentirse de esta confianza, que tan solo puede explicarse por la triste posición á que se hallaba reducido. Kourschid le pidió que diera las órdenes para que Selim entregara la mecha.

«Ali respondió que al salir de la ciudadela había recomendado á Selim que no obedeciera sino á una orden verbal suya, y que una intimación por escrito no produciría efecto alguno en aquel servidor fiel; que era preciso, por consiguiente, que le dejarán á él ir á dar la orden.

«Kourschid rehusó prudentemente devolver á Ali su libertad.

«Después de repetidas y prolongadas instancias, sostenido Ali por un resto de esperanza, sacó del pecho la mitad de una sortija, cuya otra mitad estaba en poder de Selim. «Id, les dijo, presentadle esto, y aquel leon feroz se cambiará en tímido y obediente cordero.» Efectivamente, al ver la señal convenida, Selim se prosternó, apagó la mecha, y fué muerto á puñaladas en el momento mismo. La guardación, ignorante de este asesinato, que tuvieron buen cuidado los enemigos de ocultar, é informada de la orden de Ali-Pachá, enarbó al instante el pabellon imperial y fué relevada por otro cuerpo de tropa.

«Era entonces la hora del medio día, y Ali-Pachá, retirado en la isla del Lago, sufría una opresión de corazón espantosa; pero sin embargo, su semblante no revelaba la menor alteración. En aquel momento solemne mostraba un continente firme y enérgico en medio de sus oficiales, que la mayor parte estaban desanimados y desfallecidos. Frecuentes bostezos que no podía reprimir, eran la única señal evidente de su impaciente incertidumbre y ansiedad. Miraba con frecuencia el puñal, las pistolas y el trabuco de que estaba armado. Estaba sentado enfrente de la puerta de entrada de la sala de conferencias. «Hacia las cinco de la tarde vió llegar con sombrío aspecto á Hassan-Pachá, Omer-Bey, al selictar de Kourschid-Pachá, y algunos otros jefes del ejército turco, con su séquito. Al verlos se levantó Ali con la impetuosidad de un joven, apoyadas las manos en sus pistolas de cintura.

«—¡Deteneos! ¿qué me traéis?» gritó con voz de trueno.

«El firman de S. A.: ¿conoces estos caracteres sagrados?»

«—Sí, y los respeto.»

«—Pues sométete al destino: encomiéndate á Dios y al Profeta: tu cabeza es lo que pide.»

«—Mi cabeza, replicó Ali, ébrio de furor, no se entrega tan fácilmente.»

«Estas palabras, dichas con rapidez, son acompañadas de un tiro de pistola cuya bala rompe un muslo á Hassan. Rápido como el relámpago, Ali tira otros dos pistoletazos que matan á dos de sus adversarios; ya se había echado á la cara su trabuco cargado con infinitas postas, cuando el selictar en la refriega (los partidarios de Ali defendían á su amo con furor), le atraviesa el abdómen de un balazo. Otra bala le atraviesa el pecho, y cae gritando á uno de sus sicarios: «Vé... corre... amigo mio, vé á matar al instante á la pobre Vasiliki, para que no sea esclava de estos perros.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, espiró, después de haber muerto ó herido á cuatro de los principales oficiales del ejército turco. Su cabeza fué separada del cuerpo, embalsamada, y remitida á Constantinopla por Kourschid. El sultan la hizo llevar al serrallo, y la mostró al diván reunido; la pasearon en triunfo por toda la capital. Después fué colocada á la vista del público encima de la puerta grande del Serrallo con esta inscripción: «Hé aquí la cabeza de Tepeleni-Ali-Pachá, traidor á su culto y á su soberano. Los sectarios del islamismo están libres por fin de su astucia y tiranía.»

EL TEMPLO DE SANTA MARIA DE LA ASUNCION,

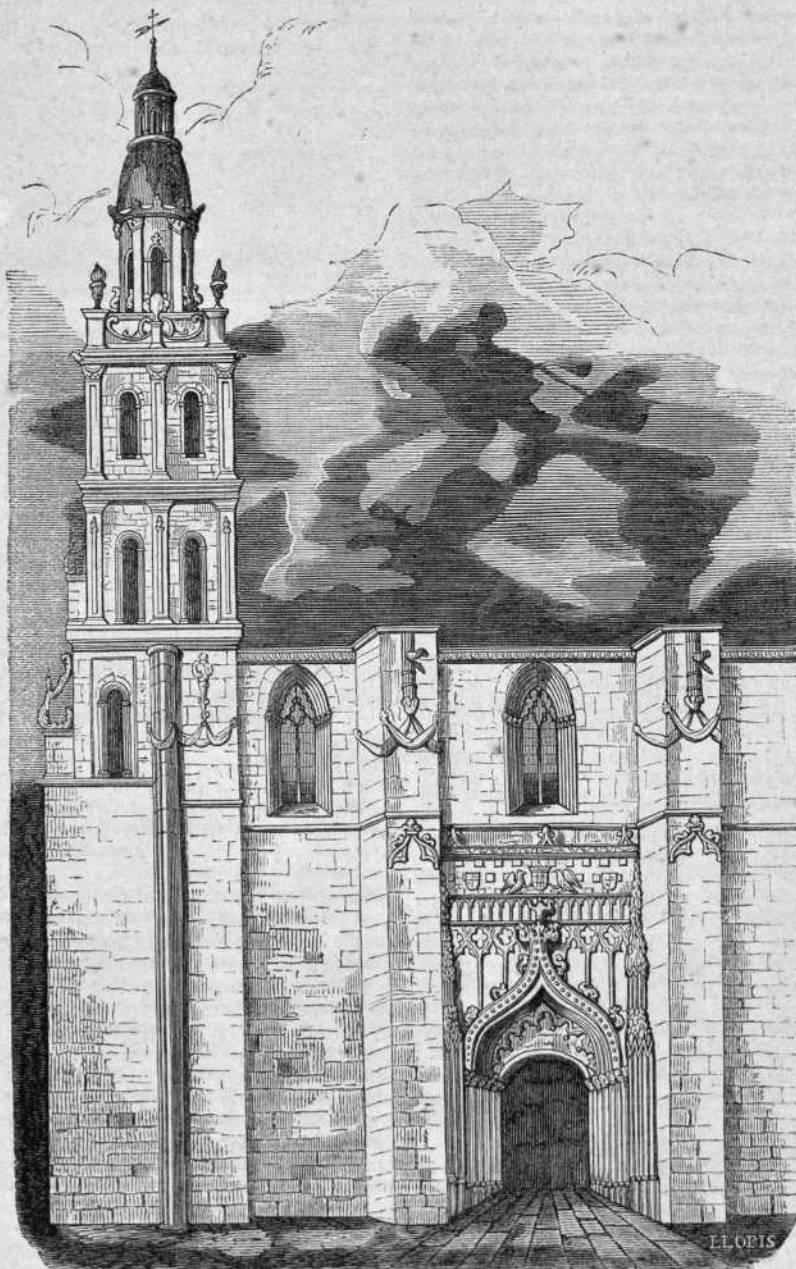
EN MEDINA DE RIOSECO.

Era el siglo XIV: tiempo había que la vencedora espada de los reyes de Leon incorporara á su corona las fecundas tierras de Campos de los godos, dejando florecer tranquila y libremente en ellos la fé de Recaredo. La guerra sonaba lejana en otras comarcas, y los hijos del Profeta iban cediendo palmo á palmo el campo inmenso de su rápida y sangrienta conquista. Y los pueblos castellanos, repuestos en parte de las pasadas malandanzas, y desarrollándose al impulso de las victorias, diéronse á erigir nuevos altares al Dios de los cristianos, al son de los ecos triunfales que desde las márgenes del Tajo y del

Guadiana traian los vientos á las fértiles campiñas del Duero y del Arlanza. Este era, en efecto, un suceso de muy natural explicacion. Dominando en el espíritu de aquellas generaciones el entusiasmo religioso, identificado con el elemento nacional, las fuerzas de la sociedad se empleaban en la expresion formal de aquel doble principio de vitalidad. Por eso, al arrojarse en la pelea los héroes de la antigua monarquía, invocaban al Apóstol del Señor; y por eso tambien cada triunfo arrancado á las huestes del Califa se celebraba con la ereccion de un templo, de un monasterio, de una catedral, cual otra nueva

página en la inmensa epopeya de la España heroica, como eterna ovacion de gratitud nacional al Dios de Covadonga y de las Navas.

A estas influencias generales de la época, unidas si acaso á otras circunstancias de relacion local, debió sin duda su origen el antiguo y suntuoso templo de Santa María de la Asuncion en la entonces villa de Medina de Rioseco. Obliganos á recurrir á la inteligencia filosófica de aquella civilizacion, para deducir mas ó menos aproximadamente el fundamento de esta notable obra, la falta absoluta de datos y documentos en que apoyar nuestros juicios. ¡Mentira parece



(Templo de Sta. María de la Asuncion, en Medina de Rioseco.)

hayan llegado el abandono y el desorden hasta el punto de no existir los antecedentes históricos de la fundacion del templo! Y sin embargo, nada mas cierto. Asi, pues, nuestro artículo no puede llevar la riqueza de datos, que tanto se aprecia en esta clase de descripciones. Porque, á pesar de nuestro deseo y diligencias, nos vemos, con profundo sentimiento, reducidos á la mas completa oscuridad respecto de aquellos particulares, y sin mas guía que las pequeñas noticias que hemos podido deducir de las tradiciones vulgares, y de nuestras propias observaciones artisticas sobre la fisonomía y carácter de la obra en si misma.

La construccion del templo se remonta, como hemos querido indicar, al siglo XIV. La villa entonces pertenecía á la corona; y aunque en el último tercio del mismo salió del poder realengo para entrar en el señoriat, por donacion que hizo cerca del año 1370 don Enrique II á doña Juana de Castilla, su hermana, en calidad de dote, cuando contrajo matrimonio con don Felipe de Castro, ricohome aragonés, estos nuevos señores no parece contribuyeron en nada á la construccion, que fué costeada por el Concejo y vecinos de la opulenta y populosa villa.

La situacion topográfica del templo fué, por cierto, discretamente

elegida. Asentada la población en un terreno desigual y señoreado por dos pequeñas lomas, ocupa aquel la mas prominente de ellas, que se alza en lo que era entonces el punto céntrico y culminante de la localidad, resultando de aquí que el edificio se eleva sobre ella como un coloso, á cuyas plantas se agrupan en humilde falange los vetustos y multifórmes edificios de la ciudad. Ocupaba esta en aquel tiempo considerable estension, y sus moradores podian concurrir cómodamente á la nueva parroquia, que, por razon de su asiento, tenia una capilla donde se venera aun la imagen de *Nuestra Señora de Mediavilla*. Esta circunstancia hace creer que los fundadores de *Santa María de la Asuncion* la erigieron como única iglesia parroquial para el servicio, así de la villa como de los arrabales. Y tal sucedió, efectivamente, durante el transcurso de dos siglos. Vámonos á su parte material.

La planta general del templo es un espacioso cuadrilátero, cerrado en su parte superior por una curva que quiebra la rectitud de sus ángulos. Su decoracion es gótica, caracterizada con pureza y severidad. Divídese el vastísimo perímetro en tres zonas longitudinales, divididas por sendos pilares en forma de robustos fascas, que forman dos galerías paralelas, donde se sostiene la elevada bóveda de traza elíptica, fertealecida con aristas, dispuestas en graciosos y variados dibujos, y guarnecida con medallones de estuco. No se halla el templo recargado de adorno en su tipo ni en sus accidentes de ejecucion: antes bien, realzan mucho su belleza artística la magestuosa sencillez y severa elegancia de su perspectiva. Las dimensiones interiores son de 170 pies castellanos de longitud por 80 de latitud, y proporcional elevacion; dividiéndose la proporcion transversal en tres naves, de las cuales tiene la central dos cuartas partes, y una respectivamente cada lateral. En el primer tramo de la derecha está la famosa capilla de los *Benaventos*, construida por *Alvaro Alfonso* en 1546: primoroso monumento del arte, construcción admirable de una piedad opulenta, cuya descripción omitimos aquí por tenerla ya consignada en las columnas del *Semanario* con un artículo especial.

Sobre la plataforma del presbiterio álzase el magnífico retablo mayor, que merece particular y detallada mencion. Es obra del famoso *Jordan*, y hace mucho honor á su nombre. Consta de tres cuerpos de arquitectura perfectamente ejecutados. El primero es *corintio*, el segundo *compuesto*, sustentado por una pilastrada de *cariátides*, y el último *toscano*. Contiene porción de targetones en alto y medio relieve, con pasajes de la historia de la Virgen á quien está consagrado, y considerable número de estatuas de apóstoles y de reyes hebreos, todas buenas y algunas excelentes, un primoroso grupo de la coronacion de *María Santísima*, y una hermosa y colosal imagen de la *Asuncion*. En los relieves se hallan deliciosos trabajos, así por la concepcion de los cuadros como por la habilidad y gusto de su desempeño. Nos detendríamos demasiado si fuésemos á especificar todas las bellezas de escultura que atesora esta hermosa creacion de *Stefano*, ya bien conocida por los hombres del arte. Pero no podemos dispensarnos de decir que estos preciosos detalles, resaltando sobre la decoracion rica y magestuosa de su arquitectura, forman un conjunto lleno de grandeza, de hermosura y de perfeccion. Dos inscripciones que hay esculpidas en sendas targetas dan á conocer claramente la época y el autor de la obra. En la del lado derecho se lee

STEPHANUS JORDAN PHILIPPI II REGIS CATOLICI SCULTOR EGREGIUS
FACIEBAT ANNO DOMINI MDXC.

Y en el lado opuesto hay la siguiente letra, que por su sentido es un período de continuacion á la anterior.

ET PETRUS DE OÑA PICTOR EJUS GENER. DEPINGEBAT EXPENSIS ECCL-
SIE ANNO DOMINI MDCIII.

La parte esterna del templo corresponde en magnificencia á su vista interior. La perspectiva pintoresca está en la cortina izquierda, de E. á S. sobre la antigua plaza de la *Contratacion*. Entre dos grandes agujas cónicas, talladas de escarolados y recortes, ábrese un espacioso arco de punto menor, guarnecido por una serie de elipses sobrepuestas, de las cuales se desprende la última en ángulo sumamente agudo, que termina por un elegante florón. Está además sembrado en toda su linea superior por una sarta de rosetones de filigrana, que se destacan ligeros y diáfanos sobre una galería de lindisimos ojivos, que arrancan á su vez desde la curvatura del arco fundamental, en los ángulos que forma en su confluencia con las pirámides laterales y ascendentes hasta el último tramo de la portada. Sobrepónese á esta galería otra de diminutos semicírculos; y entre ésta y la anterior llena los intersticios de los arcos un collar de florones del mejor efecto. Continúa la obra tomando la elevacion y variedad con un tablero de casetones, en cuyo centro se ostenta el escudo del *Almirantazgo* de Castilla flanqueado por dos águilas rapantes, y colocado entre otros dos escudos con el blason de la ciudad. Y ter-

mina la vista por un cornisamento exornado con un gracioso feston y coronado por tres capiteles de flexibles y ligeras formas. Elegante es en verdad el dibujo de esta portada que damos en el grabado, y hay en su desempeño notable limpieza y esquisita prolijidad. Así las esbeltas agujas enlazadas con remates de lozana crestería, y que flanquean toda la decoracion, como los florones, grecas y follages afligranados de su adorno, reúnen, á un gusto muy puro y distinguido, una disposicion perfectamente estudiada y un efecto de muy agradable impresion.

Al extremo derecho de la vista, que vamos describiendo, se eleva la gallarda y arrogante torre, que se apoya en el muro inferior del templo. Bien merece singular expresion. Derruida en principios del siglo pasado la primitiva, que debia ser una hermosa aguja gótica, se trató de reemplazar su falta con una nueva construcción. Y efectivamente, sobre los mismos arranques de aquella, se erigió la que hoy existe, con tan feliz estrella que, á pesar de haberse fabricado en una época que la arquitectura española se hallaba en lamentable estado de mala ventura y degeneracion, hay noble sencillez en su estilo, decorosa bizarría en su forma general, y bastante inteligencia en sus detalles de adorno, en sus accidentes de composicion. No es en verdad una obra griega: pero es una bien imaginada reminiscencia de los tipos puros; hay en ella un sello, una asimilacion de los buenos tiempos del arte. Consta de seis cuerpos de arquitectura, que tienen por base superficial un cuadrado de 50 pies castellanos, y lo mismo en su zócalo, constituido por el primero de aquellos alzados. Desde el nivel del cornisamento, que corona los muros de la iglesia, desarróllanse el segundo y tercero muy semejantes en su forma y adorno, que consiste en una pilastrada que tiende á la raiz greco-romana, y en cuyos intersticios se abren arcos de medio punto bajo leves y sencillos cornisamentos. En esta altura la torre hace una espaciosa plataforma circuida por un vistoso antepecho, en cuyos cuatro ángulos descuellan elegantes flamerones en jarrones de primorosa hechura, ostentando en cada centro respectivo un lindo adorno, donde el artista esculpió algunas místicas alegorias. —Abandonando aquí el cuadrado por el polígono, levántase una especie de templete octógono sostenido por medias pilastras, calado por lindos arcos y coronado por un fileton, de donde arrancan unos floroncitos á guisa de heráldica corona. Un tanto recargado de guarnicion este cuerpo, presenta, sin embargo, muy agradable aspecto por la gallardía de la pilastrada, la buena imaginacion de los detalles, y la transparencia y osadía que le prestan sus bonitos y bien cortados medios puntos, que dando paso á la luz, y combinando en aérea perspectiva la variada contraposicion de sus lineamientos, la dan la apariencia de una glorieta diáfana y vaporosa, de un fanal suspendido en los espacios del viento y de la claridad. Montada sobre este tramo se halla la esbelta cúpula, en forma de campana, exornada con graciosa sencillez; y á la cual se sobrepone un precioso cupulino ó linterna, que, por su gallardía, por la riqueza de su estilo y por lo delicado de su fábrica, parece há de quebrarse al soplo del viento, cual frágil arbusto mecido sobre la cumbre de las montañas. Es imposible sacar en un dibujo de pequeña escala su prolija y esmerada exornacion, así por la multiplicidad de sus accidentes como por la inmensa altura que no permite registrar todos sus detalles. La torre, en fin, termina cónicamente con una pirámida muy bizarra, donde se sostiene el enorme globo de la colosal veleta, que forma una flámula tendida á los aires, cual sobre el mástil de un poderoso navio pronto á cruzar la inmensidad del espacio. —Tal es en suma la celebrada torre de *Santa María de Medina de Rioseco*, que no tememos clasificar como una de las mas bellas y ostentosas de España; y que quizá seria la primera si hubiera tenido lugar su creacion en una época que la arquitectura hubiese podido imprimirla un tipo radical y puro. Pero aun así, sin ser una obra característica de las grandes escuelas, todavia hace honor al arte. Hay en ella tanta lozania y noble traza, es tan esbelta y graciosa, se halla en su decoracion, á pesar de su falta de filiacion típica, cierta tendencia clásica y cierto aire de buena inteligencia y distincion, que la hacen digna de un buen lugar en el album de los artistas. —El autor de ella debió ser don Pedro Sierra Oviedo, arquitecto, —hijo de esta ciudad— que lo es tambien de un plano alzado para ella en 1737, aunque la obra no está ajustada á él, lo cual es muy de sentir. —Reconstruyóse, á costa del vecindario y fábrica de la iglesia, por los mismos años, en hermosa sillería, y por una altura de muchísimos pies castellanos

Circunda el templo un órden de pilastras, que en su parte superior tienen elegantes festones entrelazados en forma de colgaduras, que hacen muy bien al conjunto de la decoracion. Entre ellos hay dos jarrones de gran mérito, uno en particular: pues situado en el ángulo superior izquierdo del templo, sostiene todo el peso de la fábrica, y se pierde en el muro, al aire, sin basamento ni arranque alguno sobre el terreno. —Es muy sencilla la portada de O. á N.

que se compone de un fileton de mensolas góticas coronado de su simple cornisamento.—Le falta al templo un andan calado de rosetones, que debía coronar todo el murallaje, y los botareles que habian de dar remate á las pilastras exteriores, segun el sistema de construcciones recibido en la edad media.—¡Lástima es por cierto que la ausencia de estos pequeños detalles no permita á la obra todo el lucimiento y elegancia que son propios de su indole! ¡Y lástima tambien que la incuria mas vituperable nos prive de saber el nombre del artífice, que ideó y dirigió esta notable obra, como de otros muchos pormenores curiosos y dignos de la memoria de las gentes!... El olvido les cubre con su manto de sombras. Y solamente queda á nuestra vista el monumento de su genio, como un testigo secular de la piedad y de la opulencia de nuestros abuelos, como una reminiscencia elocuente de lo que fuera en otros dias la antigua EMERITA, y cual una página, en fin, de su misteriosa crónica escrita en granito por la mano de las artes para el viajero y para el historiador.

v. GARCIA ESCOBAR.

FR. BARTOLOMÉ DE LAS-CASAS.

Enojosa tarea hemos emprendido al querer bosquejar la biografía de un hombre, cuya celebridad es tanto mas estraña, cuanto que siendo para unos objeto de encomios y alabanzas, y para otros de vituperio, no puede fijarse con certeza un juicio razonado é imparcial acerca de los actos que le han valido semejante celebridad; pero uniendo nuestras fuerzas con el deseo que nos anima de esclarecer la verdad, acometimos la empresa por si al menos sirve de estímulo á otra pluma, que mejor cortada, pueda vindicar el honor ultrajado de nuestra naci6n.

Cuando los españoles llegaron al nuevo mundo, desde luego fundaron algunas poblaciones en los puntos mas ventajosos, ya para el comercio, ya para su seguridad; pero siendo su número muy limitado para llenar todas las necesidades de las colonias, echaron mano de los naturales del país para los trabajos del campo, y principalmente para el laboreo de las minas, que entonces se reputaba el principal objeto de las expediciones. Los gobernadores de aquellos países habian autorizado la especie de esclavitud en que se ponía á los indigenas, distribuyéndolos como en la antigua Roma á proporcion de los méritos y valer de los conquistadores y colonos, á lo cual se dió el nombre de repartimientos. Mas, á pesar de conservarse en Europa muchos restos de esclavitud, levantaron su voz en favor de los indios la mayor parte de los eclesiásticos residentes en América, distinguiéndose mas particularmente los PP. Dominicos, cuyos esfuerzos secundó Bartolomé de las-Casas.

Nacido en Sevilla en 1474, pasó la primera vez á las Indias en compañía de su padre Antonio, á los 19 años de edad en el de 1495, permaneciendo en aquellos países por espacio de cinco años, pues en 1498 volvió á España á continuar sus estudios, decidido á abrazar el estado eclesiástico. Recibidas las sagradas órdenes, volvió á embarcarse para América en 1510, y muy luego le encargaron el curato de Zaguamara en la Isla de Cuba; pero el deseo de trabajar en la libertad y alivio de los indios le hizo abandonar su parroquia en breve tiempo. Desde luego trató de oponerse á los nuevos repartimientos; pero viendo que sus amonestaciones eran infructuosas, se vino á España á representar sobre este negocio al gran Cisneros, regente del reino á la sazón, por muerte de Fernando el Católico. Ya en tiempo de este rey se habian expedido algunos reglamentos para bien de los indios y tranquilidad de la colonia, turbada por estas disensiones; por lo cual, considerando el cardenal la importancia del asunto, despues de un maduro exámen resolvió enviar á América tres comisionados revestidos de amplios poderes para poner fin á la cuestion, escogiendo como ajenos al espíritu de partido tres sujetos de la órden de san Gerónimo bastante probos é ilustrados, á los cuales asoció á Zuazo, jurisconsulto de singular mérito, encargando á Las-Casas los acompañase con el título de Protector de los indios. Llegados á su destino, mostraron un conocimiento profundo de los negocios, oyendo á todos, comparando los informes, y resolviendo, despues de un maduro exámen, que el estado de la colonia hacia impracticables los deseos de Las-Casas, porque siendo el número de españoles muy corto para el beneficio de las minas y cultivos, y teniendo los indios por su anterior vida una aversion natural al trabajo, era preciso valerse de la autoridad para obligarlos á él; además que en libertad, su indolencia no les dejaba instruirse en las verdades de la religion, por lo que entre dos males extremos era prudencia permitir los repartimientos, pero suavizando por medio de reglamentos el trato de los indios, y amo-

nstando los colonos en los sentimientos de dulzura y equidad para con aquellos cuyos trabajos eran tan necesarios.

La feliz solucion de este negocio no pudo menos de agradar á todos, escepto Las-Casas, á cuyo celo exagerado no pudieron convencer las consideraciones que movieron á los comisionados. Tan vehementes fueron ya sus declamaciones, que mas de una vez se vió espuesto, teniendo que refugiarse á un convento; pero viendo que nada adelantaba en aquel país, partió para Europa, resuelto á proseguir sus gestiones con mas tenacidad. Recibido por el emperador Carlos V., no pudo obtener sino algunos reglamentos para alivio de los indios. ¡Tan convencida estaba ya la corte de lo descabellado de los proyectos de Las-Casas! Pero éste, por una de aquellas aberraciones del entendimiento humano, llegó á proponer se reemplazasen los naturales en el laboreo y trabajos agricolas por medio de negros trasladados del Africa, queriendo de este modo, por libertar á un pueblo, esclavizar á otro. Su plan, para desgracia de la humanidad, fué adoptado, y aquel mismo hombre que se tituló protector de los indios, puede decirse fué el opresor de los africanos. Los filántropos estrangeros que han puesto á Las-Casas sobre las nubes, no han reparado en esta inconsecuencia; se encontraron en él armas para calumniar á la España, y esto bastó.

No cejó, sin embargo, Bartolomé en sus continuas representaciones y proyectos durante el reinado de Carlos V.; pero no sacó mas fruto que algunas leyes conducentes al mejoramiento de condicion de sus protegidos. Leyes, que el celo de los monarcas sucesivos, sin necesidad de otros Las-Casas, han procurado tengan debido cumplimiento en cuanto lo han permitido la distancia y vicisitudes de las colonias. Oprimido finalmente del sentimiento que le causó el asesinato de los colonos y el saqueo que los indios ejecutaron en una especie de falansterio que habia establecido en Cumana, bajo la proteccion del Gobierno español, se encerró en el convento de Dominicos de la Española, en el cual tomó el hábito en 1532.

Pero un suceso ruidoso, en aquella época de controversia, hizo que el nombre de Fr. Bartolomé de Las-Casas resonase en toda Europa. La corte de España se encontraba en Valladolid, y el Dr. Juan Ginés de Sepúlveda, queriendo patrocinr la causa de los que estaban por la esclavitud de los indios, escribió un libro en el cual se sostenian proposiciones algo avanzadas. Su obra en forma de diálogo salió á luz en Roma, y jamás pudo obtener el permiso de imprimirla en España, tanto por los obstáculos que le suscitó Las-Casas, cuanto por las decisiones de las universidades de Alcalá y Salamanca, que declararon que su doctrina no era la mas sana. Informado Carlos V de que á pesar de sus prohibiciones, se habia impreso en Italia, trató de impedir su circulacion, mandando recoger todos los ejemplares, lo cual se verificó, á escepcion de unos pocos que se salvaron. Bartolomé, que en el año de 1544 se habia visto en la precision de aceptar el obispado de Chiapa en Nueva-España, tomó por provocacion el libro de Sepúlveda, y escribió en su refutacion unas memorias intituladas *Breve relacion de la destruccion de los indios etc.*, la cual traducida en francés por Santiago Mignodde, fue impresa en 1532, además de otra version que se imprimió en París en 1697. Esta misma obra en latin, se publicó en Francfort en 1598 y en italiano de la traduccion de Santiago Castellani en Venecia en 1643. Este libro, que puede decirse el arsenal de donde los enemigos de la España han tomado armas para combatir sus glorias, contiene primeramente una noticia de las crueldades ejecutadas por los españoles en los reinos y provincias de Indias. En segundo lugar, un memorial del autor á Carlos V, en el cual se queja de las injusticias, vejaciones y crueldades de los gobernadores de aquellos países, concluyendo con treinta proposiciones acerca del poder del Papa sobre las naciones infieles, etc.

El abate D. Juan de Ruiz en sus *reflexiones imparciales*, dice que se puede dudar si es apócrifa esta obra atribuida á Las-Casas, y cita el parecer del I. P. Fr. Juan Melendez en su *verdadero tesoro de las Indias*, de que algun francés enemigo de nuestras glorias la imprimió bajo el nombre de Las-Casas, no en Sevilla como se quiere hacer creer, sino en Leon de Francia. No nos desagrada esta opinion, y aun nos atrevemos á decir que dicha obra parece escrita por algun protestante solapado, no tanto para calumniar á nuestra naci6n, que entonces era el azote de la heregia, cuanto que para disminuir el efecto que produjese una obra publicada en latin en la misma época, titulada *Theatrum Crudelitatum Hæreticorum*, en la cual se pintan con los colores mas vivos las crueldades cometidas con los católicos por los secuaces de la reforma en los Países-Bajos, Inglaterra y Francia.

Mas aunque el mismo Las-Casas hubiese escrito la obra en cuestion, examinase su contexto, y se verá que ninguna fé merece, por los hechos fabulosos é increíbles que en ellas se encuentran, y por oponerse sus relatos á autores mas dignos de fé, colocándole sus disparatadas ponderaciones fuera de toda verosimilitud. Pero nótese otra

inconsecuencia: los émulos de nuestras glorias, y entre ellos el abate Raynald, creen como un oráculo cuantas atrocidades se imputan en ella á nuestros compatriotas, y tienen por un absurdo las patrañas que contiene de cálculos de población, riquezas y cultura de los americanos. En ella se pintan á los españoles tan crueles y sanguinarios, que dudamos haya salido de las prensas escrito mas horripilante; por el contrario los indios, según el autor, eran inocentes, sin maldades ni dobleces, humildes, pacientes y pacíficos; pero véase el retrato que de estos hombres candorosos hace un célebre historiador de nuestros días (1), que no ha dudado en dar crédito á las falsedades del supuesto memorial.

«Conservábanse feroces (los Indios) caprichosos y tenazmente afe-
rrados á sus supersticiones, escuchaban las palabras de los Padres
con apatía ó desconfianza, y luego cuando no sabían qué razón
oponer á sus instancias para que renunciásen á sus costumbres sal-
vajes, la mayor parte de ellos desaparecían. Internábanse de nuevo
en sus bosques y montañas con riesgo de caer entre las manos de
los españoles, prefiriendo una libertad precaria á los tranquilos go-
ces de la civilización cristiana. A veces también dejándose llevar
por su crueldad instintiva, concebían criminales sospechas y se su-
blevaban contra los misioneros, quienes se esponían á todos los ul-
trajes, á fin de preservarlos de los insultos exteriores. Esa existencia
de tribulaciones, á que se condenaban los Padres en su favor, no
producía en su alma mas que una impresión pasajera. Admiraban
su caridad siempre activa, pero sin dejarse vencer por ella: para
ellos el derecho de ser libres no era mas que el de hacer guerra á
sus vecinos y de vivir en el abandono; y por lo mismo se aprove-
chaban de todas las circunstancias para volver á su existencia er-
rante.»

Nos detendríamos con gusto en analizar y poner á la vista de nuestros lectores las falsedades que se contienen en la referida memoria; pero no es de este lugar, y basta el buen juicio de cualesquiera, sea español ó extranjero, para su completa refutación, llevando dicho libro en sí mismo el correctivo. Baste decir que las crueldades y tormentos que leemos con asombro en las persecuciones del Cristianismo, en las cuales al menos se descubre un fin político, son niñerías comparadas con las ejecutadas por los españoles en América por mero pasatiempo. Que en toda conquista se han cometido excesos por algunos particulares, todo el mundo conviene, y convenimos también que en la de las Indias se propasaron algunos españoles: pero, valiéndonos de las palabras de un hombre respetable, «¿Quiénes eran estos hombres atroces que merecen la indignación de la humanidad? A escepcion de un corto número de capitanes apreciables por su buena conducta, los ejércitos no se componían entonces sino de gentes vagas, bárbaros aventureros, reos condenados por sus delitos á estas expediciones: esta canalla indisciplinada solo respiraba revoluciones y pillajes. Pero esta junta monstruosa era la Nación? ¿Y se le pueden atribuir delitos que detesta y procura reprimir con los reglamentos mas severos? Fernando el Católico y sus sucesores acudían todos los días al socorro de los infelices indios; pero la distancia impedía la observancia ó duración de las leyes. Todos convienen hoy en la inexactitud de Fr. Bartolomé de Las-Casas; su celo no le puede justificar de sus exageraciones: por otra parte él carecía de los conocimientos necesarios.» Permitásenos esta digresión á que nos ha llevado ver reproducidas en nuestros días las imposturas del memorial.

También escribió Las-Casas una obra en latín, en la cual se examina la cuestión de «Si los reyes ó príncipes pueden en conciencia en virtud de algun título ó derecho enagenar los súbditos de la corona sometiénolos al dominio de cualquier particular.» Esta obra que se ha hecho muy rara, se imprimió dos veces en Alemania, la primera por Wolfango Griesteter, y la segunda en Tubuiga en 1623 en la imprenta de Bernardo Weldio. Mr. Dupin dice que el autor ha tocado en esta obra unos puntos muy delicados y curiosos, ventilando los derechos de los príncipes y los pueblos, y aduce algunos principios y máximas que el autor sostiene contra las decisiones de los derechos civil y canónico y la autoridad de los jurisconsultos y doctores. Se cuentan también de Las-Casas otras obras que no han visto la luz pública, y entre ellas una *Historia general de las Indias*, de la cual se aprovechó Antonio Herrera para componer sus *Décadas* (2). Finalmente Bartolomé de Las-Casas, este hombre de funesta celebridad para su patria, después de cincuenta años de trabajos llevados á cabo con un celo exajerado, después de muchos viajes y algunas persecuciones que se acarreo, renunció su obispado en manos del Papa y se retiró á Madrid, donde murió en 1566 á los noventa y dos años de edad.

FRANCISCO W. PLAZA.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

VIII.

El Garito.

Después de una discusión harto viva entre don Antonio que defendía á Sotopardo del cargo de prolijidad y afición á las disertaciones, y don Diego que sostenía la acusación con su acritud acostumbrada, acudiendo juntos á la reunión Alfonso y su amigo, tomó este la palabra para proseguir su historia en la forma siguiente:

Sotopardo: No sorprenderá á VV., señores, que un hombre jóven, ya capitán, y con medios para vivir holgadamente, aprovechase la oportunidad que le ofrecían la paz, la licencia de que disfrutaba, y su estancia en la Corte para lanzarse con avidez á todo género de placeres y distracciones. Aunque atacado ya de la enfermedad de la misantropía, los instintos juveniles luchaban aun entonces con ventaja, y si mi lengua era satírica, mi corazón no por eso dejaba de ser harto impresionable. Digo esto por vía de esplicación previa á lo que por decir me queda, y voy á ser hoy mas económico de reflexiones que lo fui la tarde anterior.

«Tengo, con todo, que confesar á VV. que, despreciando yo el dinero, ó por lo menos no sintiéndome hácia él inclinación ninguna, el juego me agradaba mucho mas de lo que fuera razón. — ¿Por qué?—No acierto á explicarlo si no digo que, necesitando mi espíritu de violentas emociones, las buscaba donde mas fácilmente podía encontrarlas; pues, en efecto, los lances del juego, cuando no la codicia, interesan siempre y poderosamente el amor propio. Por otra parte, como al jugador no se le pide, donde se juega, mas de que lo haga y pierda ó gane sin molestar á nadie ni con la insolencia del triunfo, ni con el abatimiento de la derrota, la juventud halla en las casas de juego una libertad omnimoda, incompatible con las reglas del simple decoro en cualesquiera otra reunión de gentes civilizadas. En ninguna parte es mas poderoso el espíritu de individualidad que en el juego, donde el egoismo se hace siempre cínico y hasta feroz. No hay allí consideraciones de ninguna especie; cada cual está por sí y contra todos; y como el bien de uno no puede menos de ser el mal de los otros, sucede que, con el transcurso del tiempo, el jugador infeliz se convierte en el mas degradado de los hombres, y el afortunado en el mas altanero y empedernido de los seres. — Si algo puede dar idea del supuesto estado salvaje de la especie humana, es el juego; pues en él la fortuna ó la fuerza lo son todo; la fortuna porque dá el dinero, la fuerza porque ella sola protege contra la insolencia del que gana y la desesperación del que pierde. — Como quiera que sea, yo tuve la desdicha de aficionarme al juego, en el cual, ya por buena suerte, ya porque los Griegos no quisieran esponerse á las consecuencias de un lance con quien pasaba por diestro en las armas, no llegué nunca á perder sumas cuantiosas, si bien tampoco gané dinero para acrecentar mi caudal. Con eso, con mi mal genio, y con no ser avaro, llegué á tener entre los jugadores una importancia de que hoy me avergüenzo, pero que entonces me agradaba, sirviéndome además para que no se estableciese partida alguna sin que conmigo se contara en primer término.

Aconteció, pues, ya muy entrado el año 16 del siglo que corre, que me avisaron cierto día de que en la noche del mismo debía inaugurarse una partida en la casa de cierta Señora de circunstancias, donde, amen del monte, se nos ofrecía la sociedad de una linda muchacha. Si lo primero me atraía, lo segundo ciertamente no me alejaba, y por tanto acepté desde luego y con gusto el convite. ¡Pluguiese á Dios que nunca tal casa pisara! Pero estaba sin duda escrito, como dicen los musulmanes, y acudí puntualísimo á la cita.

Son ya bastantes los años que de lo que voy á referir á VV. me separan, y sin embargo, y á pesar de las canas que cubren mi cabeza, palpítame el corazón al recuerdo de aquella noche que tan triste influencia tuvo en mi vida, como si del día de ayer se tratase.»

Mientras así decía, conociase, en efecto, que don Carlos se hallaba sinceramente afectado; pero después de estrechar cariñosamente la mano que Alfonso le tendió por su parte con sincera efusión, anudó el hilo á su interrumpido cuento, con voz serena y sosegado tono.

«Serían como las nueve de la noche cuando sali del café con uno de mis compañeros que á la sazón se hallaba en Madrid también con licencia.

Alfonso. ¿Mendoza?

Don Diego. ¿El marido de la Matildita?

Sotopardo. El mismo; y digo que salimos juntos del café para di-

(1) Gretineau Joli, Historia de la Compañía de Jesús.

(2) Así no debe extrañarse el hallar referidos por los historiadores nacionales, entre ellos Herrera, algunos hechos conformes con los que contiene el memorial.

rigirnos, como lo hicimos, á casa de la Señora de circunstancias, que ninguno de nosotros conocía de vista siquiera. Pero las Señoras de circunstancias que tienen juego en su casa, son siempre bastante amables para recibir á todo cristiano que quiere arriesgar su dinero á un albur ó á un entrés.

Así, cuando penosamente, y á la luz de un farolillo de una cuarta en cuadro, y compuesto de opacos verdosos vidrios, hubimos subido hasta setenta escalones mas elevados que limpios, en cierto casuco de la calle de la Sarten, fuimos acogidos con cordial hospitalidad en el piso tercero que habitaba la tal señora.—La antecala era chica, pero como en cambio no había en ella mueble alguno, estaba desembarazada; la sala, el gabinete y la alcoba, sin esterrar aunque nos halláramos en el invierno, tenían sin embargo la temperatura de un horno de porcelana, porque siendo ellas capaces de contener hasta una docena de personas, encerraban ya tres veces aquel número cuando nosotros entramos; y á mayor abundamiento se columpiaban graciosamente entre las bovedillas del techo y los sombreros de los circunstantes (todos estaban cubiertos) ciertas nubes de humo de tabaco no muy refrigerantes. Añádase el alumbrado de sebo y mal aceite, y se tendrá idea de la atmósfera caliente, crasa y mefítica de aquella espelunca de jugadores.

La mesa estaba en medio de la sala: tallando en ella un vejezuelo arrugado y frágil como si de vidrio fuera, en cuyas descarnadas manos parecían los naipes calabísticos signos de conjuro, pero que cuando alzaba los ojos del tapete para fijarlos en la concurrencia, producía, al menos en mí produjo, una impresión análoga á la que causan las eléctricas pupilas del gato en la oscuridad contempladas. Si digo que la cara de aquel hombre me pareció una calavera cubierta con una malla hecha de tendones y cartilagos, no exagero, señores; pues tan descarnado tenía el rostro, tan prominentes los huesos, tan marcadas las cuerdas, que pudieran muy bien contársele estas y dibujársele aquellos. A primera vista le tuve por pequeño: una ó dos veces que se enderezó, alzándose sobre los puntos como la vibora entre las yerbas que la ocultan, parecíame de aventajada estatura. Su mirar y acento habituales eran insignificantes, bajos, hasta serviles, si se quiere: pero en las *tallás* felices brillaba en sus ojos un gozo, dilatada sus labios una sonrisa, en que la espresión maligna dominaba sobre la de la natural satisfacción en el que gana; y si por el contrario la suerte le maltrataba, Lucifer pudiera envidiarle el aspecto iracundo y ponzoñoso que tomaba.

Dejémosle por ahora, y hablemos de otros personajes no menos importantes.—Detrás del banquero, en segundo término, y siguiendo con inquietud y evidentemente interesada curiosidad todos sus movimientos, velase á una muger de dudosa edad, bien conservada, friamente bella, y mas compuesta de lo que el lugar y la ocasión prometían; y á su lado otra mucho mas jóven, hermosa como hasta entonces no habían mis ojos visto muger alguna.

Mirélas á entrambas con la insolente curiosidad á que el parage me autorizaba: la de mas edad hizo frente á mis miradas con el aplomo que da la experiencia; la mas jóven bajó los ojos, como si se ruborizara; pero hizo de modo que no se le escapase una sola de mis sucesivas ojeadas.

Yo, sin embargo, iba á jugar, antes que á todo, y sabía á mayor abundamiento que beldades de garito nunca son de difícil conquista, sobre todo cuando se gana: así pues, no curándome del bueno de Mendoza, que se quedó como en éxtasis ante la desconocida hermosura, ni tampoco mucho de ella misma, abríme paso hasta la mesa, codeando á unos y empujando á otros, y merced á la deferencia de todos tardé poco en hallarme sentado á la izquierda del banquero. Este no se dignó siquiera mirarme; pero en cambio las dos damas, de las cuales la de mas años era tambien la mas inmediata á mí persona, aprovecharon la ocasión para examinarme á su sabor.—Entre tanto los puntos, por su parte, tambien observaban con atencion cuanto yo hacia, pues ya he dicho á VV. que gozaba entre aquella gente honrada de gran celebridad.

—¿No juega V., don Carlos? Me preguntó un comerciante á quien el monte habia devorado el capital.—Jugaré, le respondi.—No se da juego!—esclamó mohino un capellan que acababa de perder en el gallo diez ó doce misas de un golpe.

El banquero, levantando la cabeza, miró entonces al pobre presbítero con una espresión de irónica lástima, que me encendió la sangre: callé, empero, y dedicándome á observar á aquel mal viejo, tardé poco en descubrir que sus descarnados dedos conservaban todavia mucha mas flexibilidad de la que á los puntos conviniera.

Al cabo de dos tallas, y sin que lo advirtiese mi hombre, puse á la carta que parecia ser la *descargada* lo que se llama un *embuchado*, es decir, algunos duros en plata, y entre ellos ocultas hasta diez ó doce onzas en oro, cantidad de consideracion en aquella banca.

Creía el banquero que ganando mi carta, él tambien ganaba, y tomé mis medidas en consecuencia, es decir, dispuso los naipes de mane-

ra que fuésemos ambos los favorecidos: yo, por mi parte, encendí tranquilamente un cigarro, y mientras todos los demás puntos, encorvados sobre la mesa, fijos convulsivamente los ojos en la baraja para ver la *pinta*, y en lo penoso de su respiracion dando testimonio de la ansiedad con que esperaban los decretos de la suerte, yo, digo, examinaba con insolente galanteria á mis dos vecinas.

Hay cosas en el mundo frecuentes y sin embargo inverosímiles, y una de ellas es que, en ciertos parages y en determinadas situaciones, las mugeres que se llaman vulgarmente *jamonas*, agradan ó por lo menos escitan mas los deseos, que las jóvenes. ¿Será porque la juventud conserva siempre, aun en condiciones abyectas, cierto aspecto de pudor y encogimiento que rechaza, por decirlo así, al libertinaje?—Quizá; y quizá tambien porque la muger de cierta edad tiene en las formas físicas como en los ademanes, en las miradas como en el acento, cierta fuerza de magnética provocacion, que á las jóvenes les falta dichosamente; sea por eso, sea porque el desenlace parece y suele ser mas rápido con las *jamonas* que con otras, ello es innegable que los mancebillos, y los hombres que buscan mas la satisfaccion de los sentidos que los goces del alma, prefieren de hecho la muger de experiencia á la que comienza la vida. En resumen, he observado que se *desea* á la *jamona*, y se *ama* á la jóven.

Todo eso lo he dicho, señores, para explicar, ya que no para justificar, la confesion que voy á hacer á VV. de haber, en la noche á que me refiero, fijado mucho mas la atencion en mi próxima vecina que en la mas jóven de ellas, á pesar de que ésta, hábil y mas que hábil en la estrategia de la coqueteria, no se descuidó en lanzarme de cuando en cuando algunas de sus mas mortíferas miradas. Entre tanto la otra, comprendiendo sin dificultad tanto la preferencia que lograba, cuanto lo poco lisonjero de sus causas, tomó cierto aire entre burlo y desdén, cuyo natural efecto fué el de hacerme tomar en aquel juego mucho mas interés que en el otro á que acababa de arriesgar mi dinero. Mas el banquero, que habiendo tirado y ganado el albur, contaba de seguro con que otro tanto habia de acontecerle en el gallo, que era donde yo tenia puesto mi *embuchado*, prosiguió tirando las cartas una á una, estrujándolas, observando la *pinta*, y con todas las apariencias imaginables de jugar limpio, si se exceptúa cierta sardónica, casi imperceptible sonrisa, que jugueteaba en sus labios por instantes, como revolotea sobre los sepuleros el fuego fátuo en los cementerios.

Yo me hallaba en el estado de beatitud mas completa que consiente la vida del jugador: al lado de dos mugeres hermosas, de las cuales la una con evidencia debia de ser de fácil conquista, y la otra se me mostraba benévola; interesado en el juego por una razonable cantidad, seguro de ganarla; con el aditamento y goce de ser castigando á un griego con sus propias trampas; y en fin, aspirando, en el mas cómodo asiento del garito, el suave aroma de un excelente tabaco habano de la vuelta de abajo. Añadan VV. á esas satisfacciones la seguridad intima de mi superioridad sobre toda la grey en cuya pésima compañía me hallaba, y comprenderán que entre el demonio del orgullo y mi estraviado espíritu mediaba entonces escasisima diferencia.

En tal estado, y en el momento de decidirme yo á hacerle á mi vecina la *jamona* una mas significativa y galante que respetuosa y enamorada insinuacion, que ella esquivó con muestras de risa y no de enojo, cierta especie de inarmónico destemplado coro, en el cual se distinguían las palabras:—«*Maldita sota*,»—«*No hay as que venga*» y otras del mismo jaez, me anunció que habia realmente venido la primera de las dos citadas cartas, á saber: la *sota* que era la *mia*, y en concepto del banquero la *descargada*.—Volví á la mesa los ojos que antes tenia fijos en mi presunta conquista, y mirando al viejo vil recoger con la destreza de una garduña las puestas del *as*, y comenzar el pago de las pocas que habia en la *sota*, por las de menor cuantía.—«Un duro», dijo, y la voz de un humilde *orejero*, que así llaman á los que juegan por sistema las cartas descargadas, repitió sumisa: «Un duro.» En la misma forma fué el viejo llamando y pagando las otras puestas, sin contarlas, porque su vista, habituada á aquel manejo, las apreciaba sin equivocacion alguna; hasta que llegó á la *mia* que era aparentemente la mayor, aun sin contar con el oro que ocultaba.—«Una onza», exclamó el bueno del banquero, y yo permaneci mudo.—«Una onza!» repitió ya amostazado, y tampoco obtuvo respuesta.—«Una onza!» volvió á decir con visible impaciencia, y ya inquieto: pero yo, guardando silencio, me limité á desmoronar modestamente la pila de mis monedas, descubriendo así á la vista del banquero y de los puntos todas las de oro hasta allí ocultas.

El que quiera, señores, estudiar y conocer á fondo la ciencia *fisionómica*, no sé yo que pueda hacerlo con tanto fruto en parage alguno como en las casas de juego; porque allí los rostros muestran casi siempre al descubierto las flagas internas del alma: allí las malas pasiones ni conocen freno, ni dejan de salirles á los hombres á la cara por consideracion alguna.

El viejo, al comprender con la vista del oro no solo que perdía

dinero en la jugada que creyó feliz, sino que tenía á su lado un hombre que había sorprendido y descubierto el secreto de su mal juego, palideció instantánea y horriblemente, lanzándose una mirada de venenoso basilisco; y los puntos que de perder acababan, manifestaron en los ojos, en el semblante y con la palabra, todo el gozo que les causaba verse tan pronto y tan completamente vengados. Sin embargo, el viejo, no tardando en recobrar la serenidad que exige el oficio de jugador, y él poseía en alto grado, pagó mi puesta sin proferir palabra, cambió de baraja, y dispúsose para tirar otra talla, como si nada hubiera pasado.

Mas la jamona que había observado cuidadosamente mi proceder en aquel lance, comprendiendo desde luego que conmigo no había términos medios, y que era preciso tenerme por amigo ó por enemigo, hubo á la cuenta de optar por lo primero, pues que se resolvió á dirigirme la palabra para felicitarme por mi buena suerte. — No deseando yo otra cosa, entablé desde luego la conversacion, entre galante y marcial, convenciéndome á poco de que las había con persona de talento y práctica en tales lides. Sin perjuicio, empero, del galanteo, seguí jugando cuantas cartas salían, y en pocas tallas volvió á la banca el dinero que en una le había ganado, con mas algunas onzas de mi bolsillo.

No era aquella la vez primera que yo jugaba y galanteaba simultáneamente; y á mi costa sabia ya que las mugeres en los garitos suelen ser un señuelo para los incautos, una distraccion peligrosa aun para los diestros; y como la impresion que mi vecina me había causado no pasaba felizmente de los sentidos, pude conservar y conservé en efecto bastante libertad de espíritu para no desatender del todo mis propios intereses. Advertí, pues, muy pronto, no solo que la conversacion me iba costando muy cara, sino que el viejo solía volverse de cuando en cuando á mirar á las damas, y que estas respondian con cierta burlona sonrisa á un guiño no mas caritativo que él les hacia. — La cosa no podía ser mas clara: se me daba cordeles para que, jugando yo sin la necesaria atención á los dedos del banquero, pagase con las setenas mi primer triunfo.

Una vez descubierto aquel manejo, comprenderán VV. que un hombre de mi carácter no vacilaria en resolverse á tomar la revancha, y solemne, es decir; escandalosa, que el escándalo es la solemnidad de los garitos: pero como para conseguirlo era forzoso que mis contrarios me creyesen completamente fuera de combate, déjeme en la apariencia llevar mas que nunca de la afición á la bella jamona, y del deseo de desquitarme de lo perdido. Duraría tal manejo como una hora, en cuyo espacio de tiempo, me dejé robar, que es la palabra, como unas cincuenta onzas, poco mas ó menos, dando muestras de sentirlo profundamente, pero sin dejar por eso de estar apasionado de mi diestra vecina.

Así las cosas, llena de oro la banca, aterrados los puntos, ensorbercido el banquero, y burlándose de mí casi á banderas desplegadas las dos damas, Mendoza, que se había libertado de perder su dinero por estar en éxtasis contemplativo ante la mas jóven, creyó, con la inoportunidad característica de todo tonto cuando presume que sus consejos son necesarios, que era llegado el caso de que su discrecion me salvase de la ruina que en su concepto me amenazaba. Llegóse pues á mí, y en tono de necia suficiencia, me dijo:

— Me parece que haría V. bien en dejarlo, porque esta noche está muy desacertado. — Precisamente andaba yo buscando un pretexto para precipitar el desenlace de aquella comedia, cuando llegó mi sandio compañero á proporcionármelo con su intempestivo consejo, dado, para mayor tontería, de manera que lo oyesen las dos mugeres. Hicíme, en consecuencia el picado, y respondí:

— «Compañero, ya yo soy mayor de edad y sé lo que me hago: conque déjeme V. en paz con mil de á caballo.» — A la sazón empezaba una talla, acabando el viejo de echar el *albur*, en el cual había á la derecha un dos, y á la izquierda un caballo, que era por consiguiente el mas inmediato á mi persona. Levanteme, como si hubiera perdido ya los estribos, puse la mano sobre el caballo, y exclamé en voz estentorea: ¡¡ *Copo!*! palabra mágica, que como el famoso *Quos ego* de Neptuno, calma siempre instantáneamente las turbulentas lenguas de los jugadores.

— ¿Con resultas? me preguntó el banquero. Con resultas, respondí brevemente, autorizando así á cuantos quisieran á jugar al dos en contra mia. — Todo al parecer estaba arreglado; mas el viejo que desde la célebre *sota* que yo le había ganado me miraba siempre con cierta instantánea desconfianza, añadió brutalmente: — ¡ *Aquí se juega dinero!*

En cualquiera otra ocasion creo que le hiciera yo un mal partido á quien así dudase de mi palabra: pero entonces, ya porque la jamona me tenía picado, ya porque quise representar hasta el cabo mi papel, contentéme con lanzar al viejo una mirada de profundo desprecio, y sacando un bolsillo lleno de oro lo vacié sobre la mesa al lado del caballo por mi elegido. A tan significativa insinuacion no

había réplica; así el banquero, sin proferir una sílaba mas que la palabra sacramental: *tiro*, tomó en la mano la baraja, y comenzó en efecto, á tirar las cartas.

El bueno del viejo no solo *amarraba*, es decir, reunía al barajar las cartas que le convenian, sino que dotado de finísimo tacto, ligereza de manos prestidigitadora, y vista de lince, solía *correr* el naipe que le perjudicaba, esto es, ocultarlo, bajo del que encima estaba, á las miradas de los puntos, que merced á tales mañas perdian las suertes que en buena ley hubieran ganado. — Ambas habilidades le sorprendí, y así como él libraba en ellas la seguridad de despojarme, yo en su conocimiento la de darle, en primer lugar, una severísima leccion, y en segundo la de rendir á discrecion á mi codiciada jamona.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

PROFANACION.

La casa de Hernán Cortés no existe ya. La España del siglo XIX ha visto derribar con indiferencia los últimos cimientos de las tapias de aquel edificio digno de respeto. Escribámos de Medelin que estaban arando el solar; enviánnos una flor que han cogido entre los surcos: trataban de salvar el escudo de Cortés; esto es todo lo que quedaba de su gloria! Los diarios políticos que tan apurados se ven para llenar sus columnas, no han dedicado una sola línea á pedir la conservacion de aquellos restos venerandos... Hacen bien los estrangeros en compadecer el estado de un pais que no se ocupa mas que de discursos ridiculos, de artículos de fondo y de gaceticillas necias: hacemos muy mal los españoles en quejarnos de la manera que acostumbra juzgarnos los extraños, puesto que lo tenemos bien merecido por el desprecio con que miramos lo único que nos queda ya, el recuerdo de nuestras pasadas glorias!

SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Un pedante tiende mas á decirnos lo que el sabe, que lo que nosotros ignoramos.

No se debe extrañar la prosperidad de los malos y la decadencia de los buenos, porque la vida es un libro en que la *fé de erratas* está al fin.

Un pedante pocas veces es valiente, porque el que mas se estima se espone menos.

Se suele decir: «Si yo fuera rico haría...» Mentira! Se tiene mas apego al último escudo que se ha reunido que al primero que se ganó.

De tanto alabar el charlatan las virtudes de su pomada, concluye por creer en ellas y usarla tambien para sí.

Una buena cualidad se deja ver, pero un vicio se pone de manifiesto: la primera se descubre con mas ó menos trabajo, pero el segundo choca al instante.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

No teniendo mas que unos doscientos ejemplares del SEMANARIO de 1848, y ciento escasos del de 1849, advertimos que nuestros suscritores podrán adquirirllos á 40 rs. en Madrid y 50 en provincias hasta el día 15 de junio. Pasado este día, el precio de los tomos, si queda alguno, será invariablemente 60 rs. en Madrid y 80 en provincias.

En las oficinas de este periódico se compran los tomos del SEMANARIO pertenecientes á los años del 36 al 59, estando en rústica y en buen estado, al precio de la suscripcion.

GEROGLIFICO





EL PLEITO DE LOS PERROS.

Esta lámina es una fábula dibujada por Freeman, y que representa, como todos sus dibujos, una escena de la vida humana parodiada por animales.

El asunto es un gran pleito que ha dado lugar á largos debates, y cuyo resultado esperan ambas partes beligerantes. El juez es un perro de aguas del mayor tamaño, y cuya larga melena ha respetado el dibujante para recordar la peluca inmensa de los magistrados ingleses. Acaba de quitarse las gafas, cual si renunciara á ver mejor, y, recogido en su fuero interno, con la mirada tranquila, apoyando una pata sobre el libro de la ley, pronuncia la sentencia!

A la derecha se halla el grupo de los litigantes á quienes favorece su fallo. Uno de ellos, perro perdiguero, colocado en la parte mas baja de la lámina, reflexiona con el hocico apoyado en el suelo, comenta en su imaginacion las palabras del juez, y espera con calma la conclusion de los interminables *considerandos*. Mas arriba uno de sus consortes, perro de presa grande con la cabeza negra, confiando en su fuerza, que considera sin duda como el mejor derecho, se ha dormido tranquilamente; mas adelante otro perro escucha encantado: la causa ha sido hábilmente manejada, y esa es la verdadera justicia. En fin, en la parte superior, y medio oculto por el sillón magistral, otro interesado parece convertirse todo en ojos y oídos; se sonríe muy contento. Ha ganado su pleito.

A la izquierda están los litigantes derrotados.

El que está en la parte inferior de la lámina levanta los ojos al cielo; pone á los dioses por testigos de la sentencia inicua. A su lado un perro enorme de pastor aprieta los dientes con fuerza: sus orejas pequeñas, sus ojos medio cerrados, su aspecto feroz y ladino á la vez, le hacen aparecer como un enemigo temible. Una galga, personaje discreto y melancólico, le mira cautelosamente; sin duda teme

hallarse comprometida por alguna violencia de su peligroso consorte.

Inmediato á la galga, un gozquillo que se conoce á sí mismo, harto débil para rebelarse contra el juez, le insulta sacando la lengua y haciendo muecas; detrás de él un perro grande rechina los dientes; le dice á su vecino con una fisonomía muy poco mansa: «¡Ya lo veis, nos condenan! ¡Permita Dios que yo muera si no consigo vengarme del gran juez!» El vecino trata de apaciguarle con el ejemplo de su propia resignacion.

Completan la escena el portero de estrados, que con las patas apoyadas en la barandilla que hay en el fondo de la sala, grita dirigiéndose al público: «¡Silencio!»; el alguacil, trayendo entre los dientes una pieza justificativa que llega ya muy tarde, y el escribano actuario colocado delante del juez y perteneciente á la misma casta, aunque mas pequeño.

La malicia y la variedad de las expresiones han hecho célebre esta composicion entre los ingleses, cuya afición á la especie canina es tan conocida.

GUADALAJARA,

REPUBLICA MEXICANA.

Ciudad grande, populosa y magnífica, capital del departamento de Jalisco, se halla á los 21 grados de latitud septentrional, y á los 101 de longitud occidental de Madrid; fué fundada por Nuñez de 2 DE JUNIO DE 1850.

Guzman al principio de la conquista. Francisco Cortés, que invadió todo el territorio de Jalisco, lo llamó Espíritu Santo, que en obsequio del jefe conquistador se mudó en el año 1530 en el de Guadalajara, por ser Nuñez de Guzman natural de Guadalajara de Castilla: tuvo este vecindario por primer jefe español a Juan Oñate, y el último fué el general Cruz, á quien la ciudad le debe una gran parte de su ornato.

Contiene 60,000 habitantes, 762 calles, 15 edificios públicos con numerosas casas, catedral 1, parroquias 5, monasterios 12, recogimientos 1, hospitales 2 (Belen y San Juan de Dios), 1 cementerio público, 1 teatro y 4 colegios. Al exámen prolijo del ojo del observador, se percibe un cierto aspecto oriental en la construcción de la ciudad. Las casas, como todas las de las ciudades de la América española, están dispuestas en manzanas cuyas casas generalmente tienen solo un piso cubierto con una azotea. Todas las manzanas tienen casi igual tamaño, y forman calles rectas, anchas y largas tiradas á cordel. Las mejores casas se hallan en el centro de la ciudad. La descripción de una de las primeras bastará para formar tal vez una idea de la planta usual de las de Guadalajara. Un solo edificio ocupa algunas veces media manzana, y una pared lisa y triste, variada únicamente con un zaguan muy alto, forma el frente de la calle, escepto cuando lo convierten en tiendas que no tienen comunicacion con el interior de la casa. Los cuartos ocupados por la familia están bien distribuidos y amueblados con lujo, segun las proporciones de los que habitan. Unas cuantas casas tienen dos pisos, en cuyo caso un gran balcon ó corredor descubierto da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y á la parte exterior tienen grandes balcones adornados con tiestos de flores odoríferas de todas estaciones que los dan una forma muy pintoresca y graciosa.

Por el centro de las calles principales de Guadalajara corre un arroyo que contribuye esencialmente á llevarse la inmundicia. Estos pequeños canales reciben el agua por medio de una presa que atraviesa la ciudad hácia el molino de las Beatas hasta los baños de los Colegiales, que se hallan en el NE. de la poblacion.

La catedral es un hermoso edificio, aunque no tiene ligereza su arquitectura: su fachada ocupa el lado N. de los portales, que es un magnifico cuadrado adornado de arcos, pero sin ningun mérito artistico. A lo largo de estas galerías se encuentran bellas y bien surtidas tiendas de toda clase de mercancías, y numerosas pilas de frutas del país, cuya esportacion se hace particularmente para los departamentos interiores. Su pavimento se cubre en las horas de la noche de señoritas que con sus madres y allegados concurren á verificar sus compras. Refinense muchos á pasar el rato, convidando su fresco apacible á departir sus cuitas y sus placeres con otros seres de la especie humana, que son las huris de este eden, á quien el sol mas puro baña con su lumbré y les comunica inspiracion.

Entre los conventos descuellan los de San Francisco y el Carmen: el primero por sus altas y sólidas paredes, sus cómodos y ventilados claustros, aunque en el mayor desaseo; el segundo, que se halla al O. de la ciudad, por su dilatada y productiva huerta. También es digno de mencionarse el monasterio de monjas de Santa Maria de Gracia, cuyas prácticas religiosas no son tan severas como en las demas establecimientos de esta clase; hay muchas religiosas, las cuales viven separadas en sus celdas; trabajan, bordan y hacen dulces exquisitos; son primorosas para adornar con flores artificiales las piezas de barro de Tonalán, como tinajas, cántaros, jarros, etc., destinados á mantener fresca el agua, darle un sabor y olor tan agradable y particular, que escita á beber, y aun á comer el barro de que están formadas las vasijas.

Las parroquias, que como tenemos indicado son cinco, comprenden las del Sagrario, Santuario de Guadalupe, Jesús, Mejicalingo y Analco, que al transcurso del tiempo han sufrido la suerte que ha cabido á los países cristianos con ocasion de la indiferencia que en materias religiosas ha sustituido al fervor de los antepasados, bien que la indiferencia no es tan absoluta que llegue á la incredulidad. No se ven allí en esta época á los jóvenes con el entusiasmo que tenían en el cumplimiento de las prácticas nuestros abuelos. Estos templos en los dias feriados sirven de cita para los amantes, en vez de ser lugares solo de veneracion á Dios y á sus santos.

El palacio es la residencia del comandante general del departamento: es de buen aspecto; el ayuntamiento, la cárcel y otros edificios públicos no merecen particular mencion. La alameda, á pesar de su frondosidad, no está de moda por ser muy poco usado entre las damas el ejercicio á pié, puesto que para ellas no es pasear el caminar. No obstante, este paseo es concurrido los dias de fiesta; ameno y delicioso, sus calles de altísimos árboles con sus asientos correspondientes de trecho en trecho, ofrecen solaz y placer.

La temperatura de Guadalajara es moderada; no está sujeta á ninguna enfermedad que la sea endémica. Las personas que llegan á los cincuenta años cumplen generalmente los ochenta. Parece que el

clima favorece al despejo y viveza de las facultades intelectuales. Los nacidos en aquella ciudad tienen grande aptitud para toda clase de oficios, y son los mejores zapateros, sastres, barberos, carpinteros, etc. Los Leperos miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si comparamos sus goces con los que disfrutaban los hijos del país. Son los Leperos generalmente de bastante estatura; se hallan con frecuencia caras bonitas entre las mugeres; los hombres son atrevidos, sociables y francos en sus maneras; tienen buen humor y son obsequiosos; pero al mismo tiempo tan altivos, que si alguien les levanta la mano bien puede prepararse, porque en el acto sacan el cuchillo ó el machete para vengar la afrenta: llevan pintada en la frente la libertad que gozan, y en sus acciones y movimientos la independencia en que se criaron. El tímido indígena, criado en una grande esclavitud, es tan sumiso que escasamente parece pertenecer á la especie humana; durante la guerra de la independencia observaron los indios de Guadalajara una estricta neutralidad á pesar de los esfuerzos de las autoridades españolas para ganarlos y seducirlos á que obrasen contra los patriotas: no son inclinados á ningun partido, y solo se dedican á sus trabajos y á sus familias. Los que han recibido la religion son adictos al culto y solemnizan las fiestas; los padres son muy amantes de sus hijos, y éstos de sus padres: los esposos son mas fieles que los de otras naciones. Casi toda esta casta pertenece á la clase infima del pueblo ó á la de los campesinos.

Los criollos y los extranjeros, que componen el tipo blanco de la ciudad, son muchos y predominan la sociedad por su instruccion y riqueza. Las mugeres en general carecen de instruccion. Las primeras clases de la sociedad son de nobles inclinaciones, sociables é instruidas. La virtud de la hospitalidad desterrada por el lujo y refinamiento, se presenta en Guadalajara como en los países internos bajo formas tan nobles y agradables que tanto el filósofo como el fatigado caminante ven que se aproxima al refinamiento de la facticia, hija de la civilizacion, y temen que no se contagie con las maneras afectadas que van reemplazando á la sencillez primitiva, hija del corazon.

La agricultura en Guadalajara, como en Méjico, es la fuente principal de su riqueza, y ha adelantado notablemente desde fines del siglo pasado. En la república mejicana los campos mas bien cultivados son las llanuras que se estienden desde Salamanca hasta Sinaloa, Guanajuato y la ciudad de Leon. En estos terrenos se saturan con profusion todos los frutos de la zona tórrida, asi como la caña, el maiz, el tabaco, el frijol, el plátano, la batata, el añil, el arroz, el algodón (lo hay muy excelente en las costas occidentales desde Acapulco hasta Coluina). En Santiago se conocen las máquinas que sirven para despepear. Se hacen ademas buenas cosechas de centeno y de cebada, y muy abundante de *chile*, artículo de general consumo. Cultivase también en grande abundancia el *maguay*, de cuyo jugo se hacen el *pulque* y el aguardiente *mezcal*. Esta bebida se tiene por estomacal, fortificante, y sobre todo muy sana, y la recetan á los enfermos.

Las frutas prosperan también, particularmente en las tierras cañientes y en las costas. La *piña*, la *naranja*, la *cídr*, la *lima*, el *limon*, la *granada*, la *guayaba*, se encuentran con abundancia en las cercanías de Guadalajara y en sus huertas. Solo falta la multiplicacion del trabajo, para hacer inagotable la retribucion de la tierra.

El ramo de la ganadería se propaga con mucha facilidad á causa de la abundancia de buenos pastos, especialmente el vacuno, de que se hace el mayor consumo.

El ganado lanar es menos numeroso que en otros departamentos. Hay abundancia de caballos y son de mucha estimacion.

También son numerosas las bestias mulars, y las hay de muy buena calidad; algunas de mucho precio por su fortaleza y paso cómodo, llegando á valer hasta quinientos duros.

La labor de los campos se practica por lo general con bueyes; el acarreo de las producciones agrícolas se hace con mulas, y el servicio menor con burro.

Hay muchas haciendas de labor en el departamento de Jalisco, particularmente en las cercanías de Guadalajara. La que sobresale sobre todas las demas es la de San Clemente, que pertenece en el día á D. Manuel Luna, rico comerciante de la capital, que la hace productiva con su buena administracion. La cria de ganados se fomenta. Los brazos dedicados á lo material de las labores son los de los indios y rancheros (gente del campo y grandes ginetes); el trabajo es recio, muy especialmente en las labores de minas.

Las minas principales en el departamento de Jalisco son las de Bolaños, de Asientos de Ibarra, de Hostosipaquillo de Copala. Los ingleses con sus locas especulaciones creyeron enriquecerse apoderándose de la minería, y han recibido crueles desengaños, debidos á la nueva introduccion que han hecho para la explotacion, sustituyendo al antiguo método de malacates, las máquinas de vapor para el desagüe, cuya importacion cuesta otro tanto que la plata que es-

traen de las vetas. La mayor parte de las riquezas metálicas pertenecían á los particulares, quienes las vendieron ó arrendaron á las compañías inglesas que se establecieron al principio de la independencia para convertir en meros monopolios y especulación particular este ramo.

El gobierno en el día no tiene mas mina que la del Fresnillo (en el departamento de Yacatecas), y Santa Ana en 1856 la arrendó por doce años á la compañía de minas Yacatecano-Mejicano.

Los dueños de minas *pagan al gobierno el diezmo, al derecho del uno por ciento, y el de monedage y señoreage*. Parte de las minas de Méjico estan ya agotadas, y parte se hallan ya tan profundas que no pueden beneficiarse con utilidad: agréguese á ello los gastos, que son exorbitantes, y la mala direccion de los trabajos, y tendrá el lector una idea de la pobreza de sus productos, que en un tiempo han sido tan cuantiosos que causaban envidia y admiración á las potencias extranjeras. Cuando el territorio de Méjico era colonia española, las provincias de Guanajuato y Yacatecas daban ellas solas mas de la mitad de toda la plata que hoy se extrae en todo el continente de Méjico.

Las minas de la Valenciana y Rayos, Fresnillo y Sombrerete son las que estan en la actualidad mas en boga. En el artículo de Guanajuato daremos una noticia mas circunstanciada de las dos primeras. Tambien en el interior se ha descubierto en 1840 una rica mina en los cerros de Cuhacian (departamento de Sinaloa), llamada Nahogama ó Guadalupe Calvo. Pero no es aqui donde debo dar una noticia de ella, y me limitaré á indicar las que se hallan en el derrotero del itinerario de Guadalajara á Méjico.

El comercio es la vida de la república mejicana, y los tapios (asi se llama á los hijos de Guadalajara) han experimentado grandes beneficios desde la abolición de las antiguas leyes. El movimiento mercantil va adquiriendo actividad progresiva; la emulacion se propaga; los consumos se aumentan, y se van percibiendo hasta la evidencia las ventajas susceptibles del comercio libre. A medida que se estienda el giro mercantil de los puertos de San Blas y Mazatlan, las necesidades de las pequeñas comodidades de la vida crecen, el consumo de las manufacturas europeas se multiplica á un grado incalculable, y la Inglaterra, que es la nacion mas manufacturera del mundo, saca la debida ventaja de circunstancias tan favorables. En el día los vinos y objetos de gusto de Francia y muebles de los Estados-Unidos no pueden entrar en parangon con los percales de Manchester, los lienzos de Glasgow, los paños finos de Leeds ó la quincallería de Birmingham; todo lo cual está probado por la mayor proporcion de metales remitidos á Inglaterra en el banco de Escocia, comparados con las remesas hechas á otras naciones.

Hasta el presente se limitan las producciones de este suelo á sus minerales, á sus productos industriales, que consisten en reboseras, cordobanes, mantas de Jato, sombreros ordinarios, jabon y otros renglones peculiares del país, que sirven al consumo interior y se esportan para otros departamentos y territorios; tales son la harina, el maiz, el frijol (ó judías), los dulces secos, etc.

Guadalajara es cabeza de partido, tiene ayuntamiento de primer orden, era residencia de los intendentes, en el día lo es del comandante general, y dista de Méjico 200 leguas. El partido es de mucha extension, llega hasta las barrancas de Mochilitte, hasta un poco mas allá de San Juan de los Lagos; comprende muchos pueblos como Zapotlan, Atotonilco el Chico, Saplotanejo, Tepatitan, etc. Tiene á una legua un pueblecito que sirve de recreo á los vecinos de la capital, llamado San Pedro, cuyo camino es llanísimo y muy concurrido en la temporada de fiestas: estas principian en setiembre y se concluyen á mediados de octubre. Varios particulares tienen casas de campo. La sociedad durante las ferias es numerosa y agradable. Hay bailes públicos y particulares, y en todos ellos, asi como en funciones particulares, se hallan tanta belleza, elegancia, gracia, y quizás mas alegría y jovial franqueza que se encuentra en muchas reuniones de Europa. Además, en este pueblo de reducido vecindario, la llegada de un forastero á una hacienda aislada, como en todo el departamento de Jalisco, es un motivo de satisfaccion, y su apariencia no dá motivo á prevenções: el carácter de forastero es título bastante para ser bondadosamente recibido, sin que el ser rico ó pobre influya lo mas minimo en su acogida.

VICENTE CALVO.

CAPRICHOS CLASICOS.

Letrilla á Ursula.

Que el buen don Lázaro
con disimulo
combata émulo

á don Facundo
porque retrógado
contra él depuso

en cierta célebre
causa que hubo
cuando gritábase
rey absoluto,
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que Celia tímida
oiga con susto
la tierna súplica
de Veremundo,
y luego intrépida
y sin escrúpulos
con otros diálogo
tenga nocturno,
que nunca habíáronla
del santo nudo....
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el bajo Sátrapa
con fiero orgullo
hoy sea frenético
audaz tribuno,
y al fin *satélite*
de nuevo influjo
con vida opipara,
con mando y lucro
hable católico
del santo nuncio....
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el que malévolo
en grado sumo,
menguado hipócrita
de innoble uso,
al poder téngale
amor profundo,
y si la crónica
muda de rumbo
diga famélico
yo me pronuncio....
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que la aristócrata
de nuevo cuño
condesa *in partibus*
con don Abundio,
notorio vástago
de origen turco,
trate á los prójimos
con altos humos,
y haga en su círculo

Badajoz y Setiembre, 1844.

ESTUDIOS HISTORICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

Es indudable que en todas las naciones han precedido las composiciones poéticas á las de prosa, porque la poesia es ciertamente el fruto de la imaginacion y del sentimiento. Una especie de instinto inclina á los hombres á cantar sus placeres, su felicidad, los dioses que adoran, los héroes que admiran, los hechos que quieren grabar en la memoria; y les enseña á servirse de la medida ó del ritmo como medio poderoso para expresar sus ideas con mas adorno, energía y vehemencia. Por esto se han encontrado y encuentran todavía versos entre los salvajes, especialmente de las comarcas americanas. El estímulo de las pasiones ha contribuido á los progresos del bello arte poético; pero su objeto debe ser el progreso y perfeccionamiento de la humanidad.

Así es que al recorrer los anales de los antiguos pueblos se ven ciertos hombres cuya principal ocupacion era dedicarse á la versificación y al canto, porque la poesia estaba intimamente unida á la mú-

prudente espurgo,
esta son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el buen Demóstenes,
de quien me burlo
al verlo enfático
hablar en público,
se juzgue célebre
magnate culto,
porque un periódico
que llama *suyo*
crudas filípicas
pone á *cauabrupto*....
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el ruin don Próspero,
taimado y brusco,
abrigue insulas
de hombre sesudo,
de su metálico
haciendo anuncios,
cuando en sus trápalas
es, y su lujo
tacaño y misero
como ninguno,
estas son, Ursula,
cosas del mundo.

Que con andróminas
y con dibujos
de amor volcánico
y celos crudos
doña Gerónima
hable con susto...
cuando ya sábase
que tiene en Burgos
la mala *pécora*
nietos barbudos....
esta son, Ursula,
cosas del mundo.

Que el pobre acólito
que nunca supo
cual yo los términos
de lo que apunto,
letrillas fáciles
pretenda insulto
escribir clásico
sin dar en rudo...
tambien son, Ursula,
cosas del mundo.

J. GUILLEN BUZARAN.

sica; de modo que eran á un mismo tiempo cantores y poetas. Como en las épocas primitivas la primera de las artes fuese ese sublime destello de la mente humana llamado poesía, y en verso se escribiesen las leyes que debían regir á los pueblos, la historia, las máximas puras de la moral, y los preceptos de la religión, los hombres inspirados ó los legisladores que redactaban en verso esos preceptos, sabían que solo cantándolos al pueblo podían conseguir hacerlos mas enérgicos, y que quedasen grabados en la memoria para que se pudiesen recordar con mas facilidad. Entonces no se conocía otro medio mas eficaz para transmitir de padres á hijos, y de generación á generación los conocimientos y reglas que forman el fundamento de las sociedades. De aquí se originó la necesidad de que existiesen públicos cantores, los cuales, bajo diversos nombres, principiaron en el Oriente, cuna y origen de todos los prodigios y de todos los portentos increíbles, concluyendo en el Occidente á fines del siglo XVI, degenerados ya y sin la importancia que tuvieron en los antiguos tiempos, pues indudablemente es inmensa la distancia que separa á los últimos de los primeros.

Si en los principios se ocupaban estos cantores en cantar las leyes y la religión al mismo tiempo que en suavizar con la música la condición del hombre rudo de la naturaleza, los cantores ambulantes de los últimos siglos no se les parecen en nada; no eran otra cosa que unos farsantes histriones ó juglares, que con sus bufonadas mendigaban su sustento y el de sus familias; verdaderas hordas ó tribus de gente musical, picaresca y embaucadora, cuyos escesos tuvieron que ser puestos á raya muchas veces por las leyes.

Vamos á presentar esa serie de poetas cantores, verdaderos tipos originales, cuyas costumbres sirven para revivir el pasado, para poner de manifiesto mucha parte de la fisonomía de los antiguos tiempos, y son datos que hay que tener presentes para la historia general del mundo.

I.

PROFETAS.

Remontándonos á las primeras épocas marcadas por la Biblia, nos encontramos con los profetas, que son como si digésemos los



Bardos de los pueblos de Israel. No fué esta ocupación exclusiva de los hombres, pues se encuentran también varias mujeres que la tenían. Por lo que se deduce del capítulo XV del Exodo, Miryam, hermana de Moisés, era una profetisa que debía tener mucha práctica en la versificación y en la música, pues que cantaba á la cabeza de un coro de mujeres, acompañándose con el Tof ó sea tamboril. Mas tarde, después de la muerte de Moisés y de Josué, encontramos á la profetisa Debhora, célebre por un himno de triunfo que compuso y entonó en alabanza de Youá.

En los tiempos de Saúl vemos á muchos profetas reunidos por él en escuelas ó colegios, en donde aprendían bajo su dirección la literatura hebrea, que por entonces consistía en la poesía y en la música.

Estos profetas acompañaban sus profecías y sus cantos con la cítara y otros instrumentos, y á veces sorprendían con su habilidad, llegando muchos á alcanzar alto renombre y lugar distinguido en las cortes de los reyes de Asiria.

Luego que Samuel hubo unido á Saúl como rey de Israel, al predecirle lo que debía suceder en aquel día, le añadió: «Al punto que vayais á entrar en la ciudad encontrareis una banda de profetas que bajarán profetizando y llevando consigo el salterio, el timpano, la tibia y la cítara.»

Sabido es que la mayor celebridad de David la debe á la composición de sus salmos y cantos lúgubres, que él mismo se acompañaba con su harpa; y el profeta Jeremías compuso lamentaciones que se cantaron en Israel durante mucho tiempo por los demás profetas. Los israelitas tenían también colegios proféticos en otros varios puntos: en Najoth, en Rama, en Bethel, en Jericó, en Jilgal y en Jerusalem.

El profeta marchaba con la cabeza descubierta, calzaba unas sandalias de cuero, y vestía una túnica de lana burda, cubriéndose todo con una especie de capa corta llamada melota, hecha de pieles de carnero.

Se dice que hubo verdaderos y falsos profetas; pero como nosotros no tenemos necesidad de entrar en el exámen de este punto, nos limitamos solo á decir que hubo profetas, y que además de ser cantores antiguos de Israel y de Judá, influyeron demasiado en las costumbres y en las cosas de aquellas tribus.

II.

RAPSDODAS.

En los días bellos de la Grecia antigua, y aun antes de que Homero reuniese en sus poemas toda la gracia, fuerza y magestad del mejor, mas elocuente, rico y armonioso idioma que ha pronunciado la lengua humana, se conocían cantores ambulantes, que pulsando la lira heptacordos, formada de una concha de tortuga, y componiendo trozos poéticos, paseaban las ciudades y los campos, cantando el amor ó celebrando las hazañas de los grandes guerreros. Es-



tos cantores eran muy estimados, y los escuchaban con placer, porque sabían recorrer las cuerdas de su instrumento para sostener las entonaciones de sus yambos y troqueos, por los cinco modos de su música y de su melopea. Sus modos principales eran el *frigio*, que espresaba un carácter religioso; el *lidio*, melancólico; el *dórico*, guerrero; el *jonio*, festivo y alegre, y el *eólico* sencillez; pero el modo empleado con preferencia en los campos de batalla era el *órzio*, en el que dichos cantores entonaban 864 años antes de Cristo, el *embaterion* ó canto belicoso con que Tirteo, pobre cojo y maestro de escuela de Atenas, inflamó los ánimos de los lacedemonios que derrotaron completamente á los mesenios.

Pero luego que pasó el tiempo de Homero y Hesíodo se aumentó

el gusto á la poesía, y salieron unos nuevos cantores llamados *Rapsodas*, cuya ocupacion era cantar ó recitar en los juegos y fiestas públicas las composiciones de los poetas antiguos, comentar su mérito y explicar su doctrina. Algunos de estos fundaron escuelas, y recibían de sus discípulos el nombre de *Sofistas* ó instructores de la sabiduría. La mayoría de ellos, sin embargo, iba por las calles y las plazas de las ciudades populosas cantando trozos de la *Iliada*, á la manera que muchos siglos despues se cantaron en Italia las estancias del Ariosto y de la GERUSALEMME LIBERATA. Es un error conocido la opinion de los que creen que la *Iliada* es su origen no era un solo poema ligado en todas sus partes, y que su forma actual es debida á Pisistrato, soberano de Atenas, que los reunió; pero es mucho mayor error el de los que creen que Homero tomó su *Iliada* de los rapsodas, cuando lo que estos hacían era recitarlos por mandato de Hiparco en los panateneos, que era la fiesta de la diosa tutelar de la ciudad. La *Iliada* es un poema que tuvo por objeto ahogar entre los griegos una discordancia fatal, escitándolos al heroísmo por el espectáculo de los altos hechos de sus antepasados.

III.

SCALDAS.

Separándonos mucho de los tiempos de los profetas y de los rapsodas griegos, debemos creer que en una dilatada série de años no habrán faltado en todas las naciones públicos cantores que entretuviesen á las gentes con sus poemas y narraciones, siendo éste también entonces el único medio de perpetuar las tradiciones antiguas á falta de los muchos y poderosos recursos que ahora tenemos para hacerlo. Pero la historia no los menciona hasta épocas algo cercanas á nosotros; pues que solo aparecen hácia fines del siglo IX unos hombres llamados scaldas entre los septentrionales y sajones, y de los cuales vamos á hacer la siguiente reseña.

Los scaldas ó *pulidores de la lengua*, segun su significacion islandesa, eran unos poetas escandinavos que poseían todos los conocimientos que había en la nacion, pues hacían de historiadores, con-

sus combates, honraban cantando su muerte, y trasmitían á la posteridad en sus *sagas* ó canciones las proezas de sus campeones esforzados que habían triunfado del enemigo ó que estaban en el *Walhalla*, paraíso destinado á los héroes que morían en la guerra. Santolaf, un rey escandinavo, llevaba á su alrededor cuatro scaldas en la batalla de Sticlartadt, y antes de principiar les dijo: « Colocaos cerca de mí para que podais ver bien los altos hechos que habeis de cantar. »

El origen de su arte se atribuía á Odino, el Marte de la Escandinavia, el conquistador y legislador del Norte; y segun el *Edda*, libro de poesías mitológicas y cosmogónicas que contienen los dogmas religiosos de los escandinavos y otros pueblos septentrionales, Odino es el primero y el mas antiguo de los dioses. En el diccionario poético de los islandeses le llaman entre otros nombres *el padre de los versos*; por esto el estro poético de los scaldas se reputaba allí como un don de la divinidad.

Los scaldas llevaban un traje peculiar suyo: en los principios iban cubiertos de una túnica corta de piel de oso y un manto negro de una tela grosera; despues su ropage fué enteramente talar y parecido al de los druidas, cubriéndose la cabeza con el mismo manto.

La poesia de los scaldas era de tres clases: sagrada, guerrera y de cantos satíricos, designados bajo el nombre de *Nidungr visu*. Unían la música á la poesia, y el instrumento con que se acompañaban era el *cruth* de los bardos, ó mas comunmente el harpa, palabra gótica é instrumento de origen septentrional, traído á Europa por la irrupcion de los bárbaros.

El scalda, semejante al levita entre los hebreos, se encontraba al frente de las batallas animando á los combatientes con sus canciones y algaradas belicosas, produciendo en las filas el mismo efecto que ahora producen en nuestros ejércitos las marchas guerreras y el entusiasmo de nuestros himnos nacionales. No parece, dice Pecchio (1), sino que en todas las edades y casi en todos los pueblos se ha necesitado siempre un estímulo poderoso que venza en el hombre el amor á la vida y la repugnancia á quitársela á los demás. La música y la poesia, semejante á los licores, embriagan la mente.

Estos scaldas se refugiaron en Islandia en 874 con una colonia de noruegos que abandonaron las orillas del Báltico por la atroz tiranía de Haraldo Harfager, rey de Noruega; y á ellos se deben algunas poesías y monumentos de los tiempos anteriores, que llevaron consigo al fugarse. Allí continuaron ofreciendo holocaustos de sangre á su númen tutelar, el dios Thor, con su férrea almadana, emblema de la fuerza. Siguiéron en correspondencia con los otros pueblos del Norte, y sus agas ó odas, que corrían de boca en boca, fueron el medio principal por el que se libertaron muchas noticias de la destruccion del tiempo; pues aunque los libros mas antiguos que se conocen en caracteres rúnicos, parecen escritos unos dos siglos despues del principio de la era cristiana; pobres, y escasas memorias podían conservarse luego, ya en pieles ó cortezas de fresno, único medio de escribir conocido entre ellos, y que demuestra que antes de la era comun los escandinavos y otros pueblos del Norte hacían poco uso de las letras.

Los celtas grababan también sus poemas en varillas cuadriláteras, poniendo una sola linea en cada lado. Las tradiciones poéticas de los escandinavos tuvieron mejor suerte que las de los druidas, que perecieron antes de perpetuarse con la escritura conocida.

Los anglo-sajones y daneses condujeron y dieron asilo á estos scaldas, los cuales continuaron en el país aun despues de la conquista por los normandos (1066). Sin embargo de no haber quedado de ellos mas que un corto número de toscas composiciones, no puede dudarse de su existencia dilatada, primero como scaldas, despues como *Gleemen* (músicos en lenguaje sajón), y por último, confundidos como *Minstrels*, ministriles, mimos y juglares, así llamados indistintamente en las historias y crónicas latinas, que con frecuencia los mencionan. De las dichas crónicas resulta que la profesion de scalda continuó en uso en Inglaterra, y que los reyes de aquellos pueblos, no solamente honraban esta ocupacion, sino que se creían ellos mismos honrados con protegerla é imitarla. Canuto el grande gustaba ir siempre acompañado de muchos scaldas en sus expediciones, y él mismo cultivaba la música y la poesia á imitacion de otros reyes.

Estos scaldas, sin embargo de que continuaron hasta la conquista, y en el bajo pueblo hasta algun tiempo despues, su arte habia decaído de su primera y noble institucion, no tenían ya aquel respetable carácter de un scalda escandinavo, y terminaron por último con el desprecio de la opinion pública.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO.



servaban las genealogías de las familias ilustres, y escribían en verso el panegirico de los héroes. No teniendo los escandinavos ninguna clase de libros hasta la mitad del siglo XI, y componiéndose toda su biblioteca de algunas inscripciones rúnicas y varios versos grabados en pieles de cabras ó varas cuadriláteras, suplían los scaldas esta falta con su memoria y tradiciones orales. Por esta causa, y por considerarse unos sacerdotes inspirados, gozaban de las mayores consideraciones y preeminencias entre los gefes de aquellos pueblos belicosos, y participaban hasta de los banquetes entre los miembros de la familia del rey. Montados sobre las mismas serpientes, como llamaban á las naves en su lenguaje enfático, cruzaban la mar, acompañando á los caudillos en sus expediciones y aventuras; celebraban

(1) Storia dalla letteratura inglese.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Si VV. no han sido nunca jugadores, como yo por su bien lo deseo, difícilmente se harán cargo del silencio ansioso, del ardiente anhelo, de la atención intensa con que los puntos asisten á uno de esos lances decisivos, en que entre la banca y uno de ellos se lucha por la victoria definitiva. Cada *pinta* es un lance, cada *carta* una peripecia, y así se camina, de susto en sobresalto, hasta la catástrofe final, sin que se oigan mas que abogadas interjecciones y el angustioso eco del agitado laborioso sobreamiento de tiros y troyanos.—Yo, sin embargo, estaba sereno, y no tanto por la costumbre de figurar en tales dramas y el desprecio que al dinero profeso, cuanto porque es dote mia sentirme mas frio y entero cuanto mas grave se hace la situación en que me encuentro. Mi único cuidado fué no perder de vista un solo instante ni los ojos ni los dedos del banquero, quien á pesar de sus esfuerzos casi sobrehumanos, no acertaba á ocultar por completo la desazón que aquella mi pertinaz y hasta insolente perseverancia en observarle le causaba.

Una ó dos veces fijó en mí sus ardientes profundas miradas, pero me vió tan tranquilo, tan dueño de mí, tan resuelto, sin duda, que hubo de comprender que se había dejado enredar en sus propios lazos, pues que un movimiento convulsivo en las manos, y un mordearse continuamente los labios me revelaron su desasosiego.

Por su parte la jamona, viendo el lance en mal estado, y no atreviéndose á dirigirme la palabra, porque el silencio era tal que se hubiera oído volar una mosca, como vulgarmente se dice, acudió á expediente menos ruidoso pero mas directo, girando hábilmente en su asiento de manera que desapareciese por completo la distancia que antes separaba nuestras rodillas. Parecióme diestra la maniobra, pero como, si no aquella precisamente, esperaba ya alguna de su especie, correspondiéndome al interesado favor en cuanto la galantería podía exigirle, sin perder para ello de vista el entonces privilegiado objeto de mi atención, las manos del banquero. Con todo eso, hube de volverme á pagar siquiera con una mirada rápida al par que tierna, la gracia que se me dispensaba; y el viejo, al parecer dotado de la *doble vista* de algunos bardos del Norte, quiso aprovechar la ocasión, corriendo con destreza suma un caballo que venia á hacerme legítimamente dueño de su dinero.—Advertilo yo, pero déjale sosegadamente tirar las dos cartas, es decir, la mia y la que la ocultaba; y cuando el muy tálur respiraba con delicia, sugetéle el brazo izquierdo con mi mano derecha, y en el tono mas cortés del mundo, le dije:

—Perdone V., pero ha tirado dos cartas á un tiempo.—Y diciendo y haciendo, descubrí con gran cachaza el eclipsado caballo.

No hay golpe de teatro que produzca en el público asombro tan grande, como el que mis palabras y acciones causaron en los circunstantes todos. Un murmullo de admiración y de ira salió de entre los puntos; el banquero se quedó helado é inmóvil como si súbitamente se hubiera petrificado; mi jamona retiró su rodilla cual si un áspid la picara; y la dama joven apenas pudo á duras penas sofocar un ¡Ay! salido de lo mas hondo de su pecho.

Yo solo, porque tenía previsto aquel desenlace, permanecí frio espectador de tal escena, aguardando á que el viejo recobrase su presencia de ánimo, lo que aconteció luego, porque en aquel hombre la fuerza de voluntad era grande.

—¡El dinero es de V.! me dijo al cabo de algunos segundos, doblando la baraja, y lanzándome una mirada de tigre.

Entonces, señores, mas por orgullo que por generosidad, hice que cada punto recogiese lo que habían jugado contra mí en aquel albur, y amontonando el resto del dinero, volvíme hacia la jamona, que pálida como un cadáver me miraba con ira, y dije:

—Espero que estas señoras me harán el honor de aceptar barato de mi mano, guardando ese dinero para comprarse un par de guantes.

Levantéme sin esperar respuesta, trabé el brazo á Mendoza, y sin mas despedida que un: *buenas noches, caballeros*, marcialmente dicho, di en la calle conmigo y con mi asombrado compañero.

—¿Está V. loco? me dijo éste. ¡Ni siquiera desquitarse!—La jamona vale el dinero, le respondí.—Y la joven un Potosi, me replicó.—Bien, repuse, con eso nos auxiliaremos.—Está dicho.—Está dicho.

IX.

Calaveradas.

Había, sin duda alguna, nuestro amigo Alfonso informado al brigadier Sotopardo del carácter bilioso de don Diego, y tenía el segundo ganas de oír al último, pues apenas nos hubimos reunido la tarde siguiente, cuando le dijo:

—¿Qué le va pareciendo al señor don Diego de mi historia?

—Francamente, contestó el Aristarco de nuestra sociedad, la primera tarde me ha parecido el cuento sobrado prolijo en las consideraciones morales; y aunque la segunda me ha interesado algo mas, creo, en conciencia, que pudiera V. habernos aborrido y ahorrarse á sí mismo no poca parte de su relato, y sobre todo, economizar las voces técnicas de los gazapones.

Don Antonio. No soy de su opinion de V.—Don Carlos ha debido, una vez resuelto á confiarnos la historia de su vida, darse en primer lugar á conocer moralmente; y en cuanto al garito, yo creo que como el juego es el vicio acaso dominante en España, y en todos países el de mas funestas consecuencias, gentes que, como nosotros, se reúnen aquí para dedicarse al estudio de las costumbres, si bien en una forma amena y en la apariencia fútil, no puedan menos de hacerse cargo de todos los aspectos que aquel cáncer social presenta.

Don Diego. Pero, señor, ¿Qué tienen que hacer el vejete tramposo del garito, ni las dos malas pécoras que flecharon al brigadier y á su compañero Mendoza, con el embrolladísimo cuento que ya Alfonso tiene pendiente, y en que V. mismo, amigo don Antonio, ha echado su cuarto á espadas? ¿No fuera mejor, y sobre todo mas claro, que terminásemos un asunto antes de pasar á otro?

Alfonso. Un poco de paciencia, amigo mio, y V. verá que no vamos tan descaminados como parece.

El Redactor. En todo caso creo que lo conveniente es continuar nuestra jornada, porque el café está servido, la chimenea ardiendo, y la sociedad reunida.

Don Antonio. Ya lo oye V., señor don Carlos, siéntese y manos á la obra.

Sotopardo. Digo, pues, que Mendoza, hombre de mejor índole que claro entendimiento, salió del garito completamente enamorado de la joven, y yo *antojado* y no mas de la jamona; pero en aquella época eran en mí los antojos tan poderosos y vehementes, como en otros las mas hondas pasiones. A mayor abundamiento, la manera dramática en que hice conocimiento de aquella muger, fué un cebo mas para mi deseo, y cebo que contribuyó no poco á lanzarme en desdichadísimo camino. Pasamos el día siguiente á la noche de que tan largamente he hablado á VV., en un estado de febril impaciencia, contando los minutos, que nos parecían siglos, hasta las ocho de la noche, hora de la partida; porque en aquella época todavía no comenzaban tan tarde como ahora las reuniones. Llegó el suspirado momento: Mendoza y yo nos dirigimos á paso de *carga* desde el café á la calle de la Sarten; y llegados á ella, subimos de dos en dos los peldaños de la sucia escalera del garito. ¡Cuál seria nuestra sorpresa al echar de menos la campanilla del consabido cuarto! Cayéronse á Mendoza las alas del corazon; y ya comenzaba á bajar la escalera con aire contrito, cuando yo, mas impaciente, si bien menos enamorado, di en aporrear la puerta con la contera del sable, produciendo un estrépito capaz de despertar á los siete durmientes, si en aquel barrio reposáran. La primera salva, que duró como dos minutos, fué completamente inútil; mas no por eso me di por vencido, antes, volviendo á la carga segunda y tercera vez, conseguí, no que se abriese la cerrada puerta, sino poner en alarma y sobresalto á la vecindad entera.

»Vanamente me suplicaba Mendoza que nos retirásemos: yo tenía mi plan y estaba resuelto á llevarlo á cabo.

»En efecto, los vecinos del piso principal, temiendo sin duda que íbamos á desmoronar el edificio, salieron á decirnos que no habitaba nadie en el cuarto á que llamábamos.

»¿Cómo que no habita nadie! (esclamé yo). Anoche hemos estado aquí de tertulia.—¡Buena está la tertulia! gruñó entre dientes un vejezuelo, que en calzoncillos de bayeta amarilla, gorro de algodón blanco, y envuelto en una capa parda, figuraba en el grupo de los vecinos.—Buena ó mala, repliqué yo, á V. ¿qué le importa, paisano? Anoche habia aquí gente. ¿Se han mudado esta mañana?—Se los han llevado, me respondió con acritud una muger, que segun las trazas, debia de ser el ama de gobierno del hombre de los calzoncillos.

—¿Cómo! (esclamó Mendoza) ¿Se los han llevado! ¿Y quién?—El señor alcalde del cuartel, replicó el ama de gobierno con satisfacción visible.—¿A dónde? pregunté yo.—A la cárcel, respondieron en coro los vecinos.—¡Vamos, compañero, grité entonces; y lanzándome con Mendoza escaleras abajo, creo que derribamos á dos ó tres de aquellas honradas gentes, segun los alaridos, imprecaciones y de nuestros que á nuestra espalda se oían; pero yo, sin curarme de otra

cosa que de la idea que me preocupaba, me vi en breve en la calle, tirando de Mendoza, no menos asombrado que los otros de mi extraña precipitación.

«Si creen VV. que al oír que estaban en la cárcel el banquero y las dos damas, dando el negocio por perdido, me apresuré á salir de la casa de la calle de la Sarten solo por libertarme de las harto justas quejas de sus inquilinos, se engañan grandemente; porque mi destornillada cabeza había instantáneamente formado un proyecto descabellado en la esencia, aunque lógico, atendida la obstinación y violencia de mi carácter.

«La verdad es que me había propuesto ver aquella noche á la *jamona*, y me era indiferente que fuese en su casa ó en la cárcel. A la de Córte, pues, dirigí mi carrera, y en pos de mí arrastré al cuitado Mendoza, que en su asombro, ni acertaba á resistir á mi locura, ni aun á proferir palabra.

Don Diego. Pues dígame á V., señor brigadier, que era entonces todo lo que se llama un calavera.

Sotopardo. Aguarde V. un poco, y lo diré acaso con mas fundamento, por desdicha mía.

«Aunque precisamente á las ocho de la noche era la hora en que se cerraba entonces la entrada á la cárcel, por respeto al uniforme consintió el alcaide recibirnos en su cuarto, para responder á las preguntas importantes que dije tenía yo que hacerle. Pero cuando eché de ver que se trataba simplemente de satisfacer una curiosidad, al menos intempestiva, y que ignorábamos hasta el nombre de las personas por quienes nos interesábamos, el bueno del hombre se encastilló en su obligación, y aunque con excelentes modales y mil urbanas atenciones, trató de ponernos de patitas en la calle.

«Rubor me causa referirlo, pero la verdad histórica lo exige: en vez de comprender la razón que al alcaide asistía, me impacientaron sus juiciosas réplicas, y fui subiendo tanto el tono en las mías, que llegué á las amenazas, y es posible y aun probable que llegará á las vías de hecho, si Mendoza, mas prudente que yo, no interviniera pronto en la disputa en calidad de conciliador. Secundóle el alcaide mismo que, como perro viejo que era, y acostumbrado á lidiar por su oficio con lo peor de cada casa, hubo de comprender que yo estaba dispuesto á intentarlo todo, y celebrando una especie de tático armisticio, dímos á la cuestión nuevo y mas pacífico giro, poniéndola en el terreno de las mutuas concesiones. Entonces acudí al expediente por donde quizás debiera haber empezado; á la llave del oro; pero ya era tarde: encontré inflexible al canchero madrileño.

«Como era natural volví á enfurecerme, y á su vez el alcaide á replicarme con mas acritud que lo hizo en la primera disputa: perdí los estribos, con lo que yo llamaba su insolencia, y ya iba á ponerle la mano, cuando apareció en la estancia en que estábamos el oficial de guardia, seguido de algunos números de la misma con sus correspondientes armas.

«El bueno del alcaide había hecho conmigo el humilde solo para dar tiempo á que le llegase aquel refuerzo, enviado á buscar por él sin que yo lo advirtiese.

«Mandaba la guardia de la cárcel de Córte aquella noche un oficial procedente de la clase de sargentos, cuyo bigote canoso daba claro testimonio de haberle costado su modesta charretera mas años de servicio que los que yo de edad tenía entonces. Toda su ciencia se reducía á saber de memoria la táctica y la ordenanza, y siendo honrado, bueno y humano, hubiera creído, sin embargo, pecar mortalmente y hasta deshonrarse, relajando en solo un ápice la aplicación literal de su consigna.

«Otro oficial de mas mundo hubiera tratado, por espíritu de cuerpo siquiera, de transigir el malísimo trance en que mi locura me había puesto: mas él, sin faltar al respeto que debía á mis dos charreteras, no solo me obligó á salir de la cárcel en el acto, sino que pidiéndome el nombre, que yo por de contado no le negué un solo instante, redactó y dió á los gefes de la plaza un parte circunstanciado de aquella ocurrencia.

«Lo único que de su inflexibilidad acertaron á conseguir las súplicas del alcaide unidas á las mías, fué que no hiciese en su parte mención de Mendoza, quien, en efecto, lejos de haber tratado como yo de atropellar al funcionario público, procuró, aunque en vano, oponerse á mi necia cólera.

«En resumen, salí de la cárcel, ya comprometido en un mal paso, y lo que yo mas sentía, ignorando completamente lo que saber deseaba.

«Creerán VV. que me daría por satisfecho con la primer calaverada? Nada de eso: aquella misma noche, recorriendo cuantos garitos conocía, é interrogando en ellos á los jugadores mis conocidos ó no, llegué por fin á adquirir algunos datos con respecto á las personas cuyo paradero me había propuesto averiguar á toda costa.

«Quiso, pues, mi mala estrella que diese con cierto capellan de quien incidentalmente creo haber hecho mención, aunque muy lige-

ra, al hablar á VV. del garito de la calle de la Sarten. Aquel mal sacerdote era uno de tantos clérigos bandoleros, que ordenándose, Dios sabe cómo, sin mas vocación que la de vivir en la posible holganza, hacen vil grangería de su santo ministerio, y desacreditan á un tiempo el altar que sirven y la clase á que pertenecen.

«Aunque no viejo todavía en la época á que me refiero, había el tal capellan corrido la *Ceca y la Meca*, y siempre por malos caminos, siendo unas veces clérigo nómada de los de misa y olla, capellan de cuerpos francos otras, y en fin, ejerciendo igual cargo en la marina de guerra, de la cual fué despedido por sus malas mañas.

«De aquel hombre, pues, supe que el viejo banquero que en Madrid se pasaba por un *don Juan de Retama*, intendente jubilado, era realmente ex-oidor de Filipinas y se llamaba don Fadrique de Vargas.

Don Diego. ¡Oigal! ¿Con que el bueno de don Fadrique había venido á parar en tatur?

Don Antonio. Fueron tantos y tales los despilfarros, escándalos y fechorías de su vida en Manila, que depuesto de su destino, pobre y despreciado, llegó á España bajo partida de registro en el reinado de Carlos IV, sin que le fuese posible obtener colocación alguna hasta el año de ocho. Entonces se declaró don Fadrique, mas por hambre y deseo de venganza que por otra cosa, partidario de los invasores de su patria, y obtuvo una plaza de oidor en uno de los tribunales por José Napoleon establecidos. A consecuencia de la batalla de Vitoria emigró á Francia; mas por razones que á su tiempo sabrán VV. cometió la temeridad de regresar á España bajo el supuesto nombre de don Juan de Retama: lo demás don Carlos nos lo irá diciendo, sin duda, y lo que él ignore ó olvide, quizá podré yo suplirlo.

Sotopardo. En efecto, el capellan, que había conocido á Vargas en uno de sus viajes á las islas Filipinas, me refirió, circunstancia mas ó menos, lo mismo que el señor don Antonio ha dicho á ustedes; añadiendo que la *jamona* era ó pasaba por ser su esposa, y madre de la jóven de quien Mendoza estaba prendado. Llamábase entonces la primera *Antonia*, y era *Matilde* el nombre de la segunda.

«Difícil será para los que no recuerden muy bien el estado de la opinión pública en la época á que me refiero, comprender el efecto que causó y causar debía en mi espíritu el saber que, no solo había asistido á una reunion en casa de un *afrancesado*, sino que por él, en la apariencia, llegó mi locura hasta á querer atropellar al alcaide de la Real cárcel de Córte.

«España había obrado en la guerra de la Independencia obedeciendo al impulso de un noble y generoso sentimiento, lanzándose inerte, en desorden y sin gobierno, á luchar contra el vencedor de la Europa entera; y los *afrancesados*, por favorablemente que juzgáraseles quiera, ahogaron, cuando menos, aquel heroico sentimiento, bajo el peso de razones poderosas quizá, pero al cabo razones traidoras á su patria estaba muy distante de los mas de aquellos infelices que sirvieron al usurpador: yo no les niego ni la ilustración superior, ni los buenos deseos; pero el hecho es que de parte de los defensores de la independencia de España, estan y estarán siempre todas las almas generosas.

«Como quiera que sea, *traidor* y *afrancesado* eran palabras sinónimas en el tiempo á que aludo, y desde el Rey hasta el mas oscuro de los españoles, todos estábamos entonces de acuerdo, ya que no en perseguirlos encarnizadamente, que era sin embargo el sentir común, al menos en evitar con ellos todo contacto. En consecuencia, amigos míos, confieso á VV. que pasé una noche mas que inquieta, y que cuando á la mañana siguiente recibí una orden para presentarme en casa del Gobernador de la plaza, hubiera dado de buena gana cualquier dinero por no haber ido jamás á la calle de la Sarten, y mucho menos á la cárcel de Córte. Pero la cosa no tenía remedio: la locura estaba ya hecha, y hube de resignarme á sus inevitables consecuencias.

«Quiso, empero, mi buena suerte que el General Gobernador entonces de Madrid, me conociese ya por haber yo servido á sus órdenes en el ejército, y que á mayor abundamiento tomase en consideración la amistad que en su juventud le había unido con mi difunto padre; resultando de todo ello que, despues de oír la franca confesion que de mí atropellado proceder le hice, y de reprenderme severa pero caballerosamente, limitase el castigo á imponerme quince dias de arresto en mi propia casa, y bajo mi palabra de honor de observarlo escrupulosamente.

«Acaso parecerá á VV. que un arresto, sin mas garantía que la palabra del penado mismo, es un castigo ilusorio; mas yo les diré que ninguno me parece tan eficaz, severo y conducente á conservar en la milicia el espíritu caballeresco y el pundonor *podico*, pásenme VV. la palabra, de que tanto necesitan los ejércitos. Porque, en verdad, el oficial que semejante arresto quebranta, destruye su propia reputación, mientras que aquel que en algo estima su fama, mas

preso está por su palabra, que si mil centinelas le pusieran. En la Prevención de un cuartel, como en los pabellones de un castillo, la astucia lucha con la fuerza, y ya la maña del arrestado, ya la complacencia de un compañero, cuando no la venalidad de un carcelero, facilitan las escapatorias: mas cuando el oficial pundonoroso ha menester, para quebrantar el arresto, pisar su propia honra, entonces creo que ni por evitar la muerte faltará á lo prometido.

Don Diego. Por Dios, señor don Carlos, que ese es un comentario á las leyes penales del ejército, y aquí no somos competentes en la materia.

Sotopardo. Verdad es que me he dejado arrastrar por el afecto á mi honrosa profesion: hagan VV. cuenta que nada he dicho, y volvamos á la pendiente historia.

»A pesar de lo asiduamente que Mendoza y otros amigos me acompañaban en mi arresto, confesaré á VV., no solo que al tercer día estaba ya aburrido, sino que con la falta de distracción y ejercicio, mi malhadado antojo por la jamona fué sucesivamente creciendo de punto hasta frisar en los límites de una pasión, no diré sentimental, pero á lo menos ardiente. Y si tales eran mis naturales disposiciones, no contribuía por cierto á combatir las Mendoza con sus sentidas elegiacas quejas por la ausencia y desaparición de la que le había flechado.

»Pero yo no podía salir de casa; y mi compañero, de suyo tímido, irresoluto, torpe, y además atemorizado por el escarmiento que en mi cabeza tenía, no acertaba á darpaso útil para la averiguación del paradero de nuestras Dulcineas.

»Tal era nuestra situación al anochecer del cuarto día de mi arresto: Mendoza, sentado al braseró, con la cabeza baja y las manos cruzadas, cavilaba melancólicamente, mientras que yo, paseándome inquieto por la estancia, me daba á todos los diablos del infierno, cuando uno de mis asistentes entró y puso en mis manos un billete cerrado con lacre, pero escrito en malísimo papel y con caracteres dignos de figurar en cualquiera antiquísima paleografía.

»¿Quién ha traído esto? pregunté sin abrir el billete.—Una vieja, mi capitán, respondió el soldado.—¿Esperan respuesta?—No señor, se ha marchado.—Respondiendo así, fuese el asistente; yo arrojé el billete sobre la mesa, creyendo sería de alguna de las infinitas niñas parásitas que lloraban mi ausencia y cautividad, y volví á continuar mi paseo.

»Mendoza, sin embargo, porque es curioso como una monja, después de darle al billete unas cuantas vueltas entre los dedos, me dijo:—¿Por qué no abre V. esta carta?—Porque, le respondi, sé de antemano lo que dice.—¡Ah! exclamó mi buen tocayo: ¿porque sabe V. lo que dice?—Si por cierto, repliqué; dirá que me echan de menos, que no pueden vivir sin verme, etc. etc. y se habrá escrito probablemente á presencia del que me reemplaza.—¿Qué cosas tiene V.! ¿Por qué no ha de ser sincero el sentimiento que dicta esta carta?—Por la sencillísima razón de que la mayor parte de las mugeres carecen de sentimientos sinceros.—¡Allá va eso! ¡Pobres mugeres, y cómo las calumnian! Las hay malas, no lo niego, pero también hay muchas muy buenas: por ejemplo...—¿La Matilde? ¿Verdad, compañero?—¿Y por qué no? Con aquel rostro angelical, aquel aire candoroso...—Y la educación de un garito, añada V., debe de ser un angel—Difícil es, pero no imposible.—¿Bienaventurados los que así creen! exclamé con irónica risa, y por entonces cesó la conversación entre nosotros.

»Mas el demonio de la curiosidad aguijoneaba de tal suerte á Mendoza, que sin ser poderoso á co tenerse, tardó poco en insistir de nuevo y con tantas veras en que leyese el billete en cuestión, que, por no oírle, le dije que lo abriera él mismo.

»Apenas lo hubo pronunciado, cuando el sello estaba roto, el papel desdoblado, y la vista de mi compañero recreándose en su contenido. Oiganle VV., pues que, como ven, lo conservo, y luego podrán deleitarse con su ortografía, que es por lo original á lo menos, digna de particular aprecio.

»Dice así:

«Señor de Zotopardo: de su generosidad de usted, y el paso imprudente que dió en favor de la familia desgraciada, le anconquistao el aprecio de una Mujer ha quien no mira con malos ojos—Ella zabrá agradecerse algun día—No aga usted ná por eza familia; y exepere y stenga fé, que todo ze compondrá con el tiempo.»

»Sin necesidad de grandes esfuerzos de ingenio comprendí que tal billete no podía ser de otra persona mas que de mi jamona; y aunque, como VV. han visto, en vez de sacarme de dudas, solo contribuía á acrecentarlas, confieso sin rodeos que casi me causó tanto placer su lectura, como al mismo Mendoza, el cual, como realmente enamorado que estaba, creyó ya ver el cielo abierto ante sus ojos. Mas pasados los primeros momentos, y mucho mas cuando vimos transcurrir un día y otro, sin que al tal billete siguiese ningún otro, tanto Mendoza como yo llegamos á figurarnos que la jamona

había tratado simplemente ó de darme las gracias por mis buenos deseos, ó de burlarse de mi capricho por ella.

»Era, entre tanto, notable que, presa aquella muger, hubiese llegado á saber mi expedición á la cárcel de Corte, el arresto que sufría á consecuencia, y lo que es mas, la casa en que habitaba. Si la ortografía del billete es tal como VV. la han visto, en España la mayor parte de las mugeres tenían entonces una personalísima, y no mejor por cierto; y en cuanto á las frases y concepto, justo será confesar, que si no dignos de elogio, no ofrecen tampoco causa para que se censure.

»En estas y otras análogas conjeturas empleamos Mendoza y yo muchas de las largas horas de mi arresto, que ya tocaba á su término, faltando tres días solos para el de mi libertad, cuando en fin, recibí, y entonces por el correo, una segunda carta del mismo puño y letra que la anterior. Reducíase su contenido á decirme que el miércoles próximo, día en que salía del arresto, me hallase una hora después de anochecido y solo, en la plazuela de Santo Domingo, y siguiese á la persona que me mostrara un pedazo de cinta azul celeste igual á otro que por muestra me remitían. Dejo de encarecer, por parecerme inútil, los estremos de Mendoza, al oír que yo debía de ir solo, y el trabajo que me costó consolarle con la promesa de emplearme eficazmente en su obsequio; y tampoco diré gran cosa de la impaciencia con que aguardé el suspirado momento de la cita. Aunque perezoso para mis deseos, llegó el miércoles: salí á dar las gracias al General Gobernador, comí con Mendoza, y apenas se ocultaba el sol en el occidente, cuando, vestido de paisano, y embozado en mi capa, ya me dirigía á la plazuela de Santo Domingo. Mas de hora y media hice de centinela, al cabo de la cual se me acercó una vieja, que después de reconocermela prolijamente, llamándome por mi nombre, me enseñó la cinta consabida. Seguía en dirección á la calle Ancha de San Bernardo, y en la esquina de la de la Estrella encontramos un coche de alquiler, en el cual entramos ambos. La vieja levantó las persianas, el *Simon* echó á rodar, y después de unos quince á veinte minutos, paramos á la puerta de una casa de modesta apariencia, en una calle que la oscuridad de la noche no me permitió reconocer de modo alguno.

»Llamó mi conductora en el primer piso, abríonos instantáneamente una mano invisible, entré, volvíose á cerrar la puerta, la mano invisible asió la mía, y guiándome en la oscuridad, porque en tinieblas estábamos, fui llevado sin proferir ni escuchar palabra, hasta el pié de un sofá, en el cual, con dulce violencia me obligaron á sentarme.

(Continuará.)

PATRÍO DE LA ESCOSURA.

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

INFANCIA.

Hubo un tiempo en que era yo muy pequeño; no tenía mas de dos pies de alto. Cuando pienso en aquel tiempo derramo dulce llanto, y pienso en él con frecuencia.

Jugaba en los brazos de mi tierna madre, y me montaba á caballo en las rodillas de mi abuelo; no conocía ni turbación, ni fastidio, ni sentimiento, ni mas ni menos que el dinero, el griego ó Galatea.

Me parecía que nuestra tierra era mucho mas pequeña y menos mala. Veía brillar cual chispas las estrellas, y hubiera deseado tener alas para ir á cogerlas.

Veía á la luna bajar hacia la isla, y decía: ¡por qué no he de estar yo en aquella isla! Así vería cómo es la luna de grande, redonda y bonita.

Veía al sol de Dios sepultarse al occidente en el dorado seno del Océano, y por la mañana temprano salir por el oriente y cubrir de púrpura la superficie del cielo.

Pensaba en el Dios generoso que me ha criado á mí y á ese sol hermoso, y esas líneas de ástros celestes que culebrean bajo sus manos de un polo á otro.

Con mi devoción infantil, mis lábios murmuraban la oración que me había enseñado mi piadosa madre: ¡Oh Dios mío, decía, haz de modo que me esfuerce yo siempre para ser juicioso, bueno y obediente á tus preceptos!

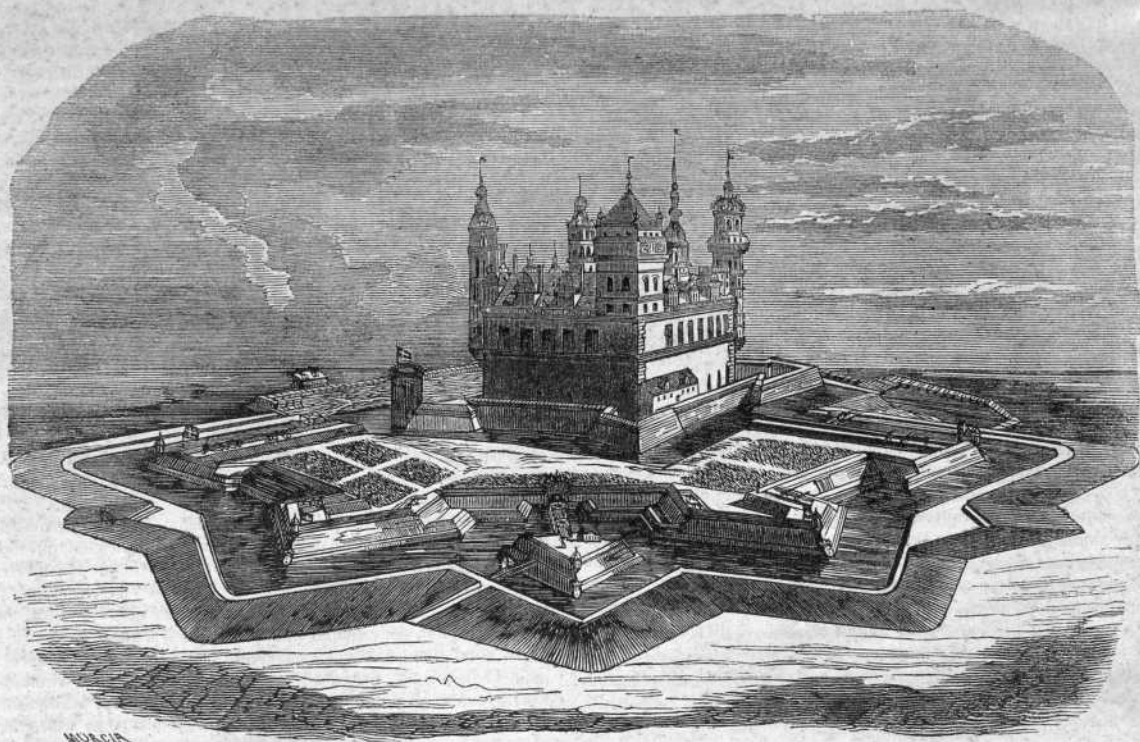
Oraba por mi padre, por mi madre, por mi hermana, por toda la ciudad, por el rey, á quien yo no conocía, y por el mendigo infortunado que pasaba suspirando por delante de mí.

¡Han huido, han huido aquellos días felices de la infancia: mi tranquilidad y mi reposo se han marchado con ellos, no quedándome mas que el recuerdo! ¡Dios mío, haz que no le pierda nunca, nunca!

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 24.

Sobre lo que no nos toca punto en boca.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alhambra.



LA CIUDAD DE ELSENEUR Y EL CASTILLO DE CRONSBORG.

En la punta de la isla de Seeland, á la orilla del estrecho llamado el Sund, y que une el mar del Norte con el Báltico, está situada la risueña ciudad de Elseneur, poblada de mercaderes, de corredores de comercio, de armadores y de marineros. La población de aquella costa dinamarquesa no cuenta arriba de 6,000 almas. Pero la cantidad de buques que afluyen allí en verano, los extranjeros de todas clases que la atraviesan, los negocios y operaciones mercantiles que se efectúan con el mundo entero, hacen que sea durante cinco ó seis meses del año una de las poblaciones mas animadas y mas interesantes que pueden hallarse. Cada buque dinamarqués ó extranjero que entra en el Sund, está obligado á detenerse allí á pagar un tributo á la Dinamarca, tributo antiguo y gravoso, contra el cual han protestado ya varias naciones, pero que fué asegurado por los tratados de 1813, y que subsiste aun en toda su estension. En los meses de junio y julio llegan allí 400 y hasta 200 buques por día, de Inglaterra, España, América, Francia, Rusia, etc., de los países mas remotos y de los mas próximos. Cada embarcación, para satisfacer el tributo que la es impuesto, debe hacer constar en la aduana de Elseneur la estension y valor de su cargamento. Es una operación que, á pesar de los muchos aduaneros que hay empleados, y de la celeridad con que se efectúa, ocasiona con frecuencia un retraso de dos ó tres días, y hace entrar en la ciudad un gran número de marineros que permanecerían ociosos inútilmente á bordo de los buques. Estos derechos que percibe la Dinamarca de tantas embarcaciones, la producen una renta anual de unos doce millones: es el mejor ingreso de su erario. Fueron establecidos hace muchos siglos, en la época en que tantas bandadas de piratas infestaban los mares Báltico y del Norte. La Dinamarca emprendió entonces el proteger á todos los buques mercantes contra aquellas hordas terribles, con la sola condicion de que cada uno daría una indemnización. La indemnización se ha convertido paulatinamente en un impuesto regularizado: los piratas han desaparecido, y la Dinamarca no tiene que hacer sino un gasto insignificante para tener estacionada una fragata á la entrada del estrecho, sostener la farola de la costa y la fortaleza de Cronsborg.

Este castillo está edificado al extremo de la punta de la isla que se adelanta hacia el mar. Había allí, desde la época mas remota, una torre y algunas murallas toscamente construidas. En el siglo XV se empezó á construir en aquel sitio tan notable por su topografía, un

edificio mas estenso; y en el siglo XVI Federico II hizo levantar á su costa el castillo que hoy existe. Es un edificio estenso, cuadrado, de piedra de sillaría, muy semejante por su forma exterior á los antiguos castillos de los principes que se encuentran en el Norte de Alemania, y defendido por todos lados con anchas contraescarpas é imponentes baluartes.

Se enseña á los extranjeros que le visitan una sala inmensa llamada Sala de los Caballeros, y casamatas, bóvedas profundas en que varios regimientos podrian hallar un refugio en caso de guerra, y reunir provisiones para varios meses. Pero cuando se visita á Cronsborg, lo que llama la atencion mas aun que la suntuosa Sala de los Caballeros y las bóvedas sostenidas por enormes pilares de piedra, es un cuarto húmedo y lóbrego, que recibe la luz por una sola ventana, cuyos vidrios, resguardados por espesas barras de hierro, se abrian casi al nivel del mar. Allí fué donde la reina Matilde, arrancada por una catástrofe sangrienta del trono que embellecía con su juventud y sus gracias, esperó durante largas horas y aun largos días, la fragata inglesa que debia transportarla á Alemania.

Si hubiera podido subir á la plataforma del castillo ó á las azoteas de las torres, quizás su imaginacion se hubiera distraído, sus miradas se hubieran recreado en el espléndido panorama que se estiende alrededor de aquella fortaleza: enfrente de las murallas está la villa de Helsingborg, las costas de Suecia con las montañas onduladas, las pendientes azuladas de Kullen, que, según la opinion de Rudbesk, el sábio intrépido, son las verdaderas columnas de Hércules; entre aquellas playas de Suecia y las de Dinamarca, la inmensa mar, brillando con infinitos colores, sembrada de lanchas, de embarcaciones mercantes y de buques de guerra; y al mirar el terreno de la Seeland, bosques de ayas, praderas deliciosas, una colina poblada de árboles, que se llama aun como en el tiempo del paganismo, Scandinaava, y al pie de esta colina una piedra, un sepulcro, ante el cual deben descubrirse é inclinarse todos los amigos de la buena poesia: ¡es la tumba de Hamlet! Los habitantes de Elseneur lo aseguran. Shakspeare lo sabia, y mucho antes que Shakspeare, Sajon, el gramático, habia descrito prolijamente la muy dramática historia de Hamlet, principe de Dinamarca.

LOS GENIOS GEMELOS. (1)

NOTAS PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DEL PARALELO DE SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

De Safo.

1.^a

La historia de Safo está envuelta en la oscuridad, y confundida con la de otra Safo, griega también y poetisa célebre. Algunos autores, y entre ellos los que con mas seguridad afirman que hubo dos Safos, son *Suida* y *Eliano*. Dicen que la primera floreció en los tiempos de Alceo; pero no señalan la época de la segunda, ni espresan con claridad cuál de las dos fué la mas célebre. A una de éstas atribuyen por tradición *costumbres deshonestas*, y todo nos induce á creer que no es á la Safo autora de la oda á Faon; porque está afirmado, con el testimonio de escritores respetables y por la inscripción que se lee distintamente sobre el mármol (2) en la crónica de Paros, que esta fué la contemporánea de Alceo; que huyó á Sicilia entre los desterrados de Mitilene enemigos de Pírtaco. La otra, á quien también suponen inventora de los sáficos, era la casada con Cércela, Andrio de nación, de quien tuvo una hija llamada Clida. Es evidente que mezclan las obras de una con las hechas de otra, cuando siendo la autora de la oda la contemporánea de Alceo, suponen que otra Safo, muger de Cércela, era la inventora de los sáficos. Las invectivas de algunos escritores griegos contra la Safo cortesana, madre de Clida é infiel á Cércela, y el silencio que guardan otros acerca del estado de la Safo, amante de Faon, ofrecen nuevas razones para creer que existieron dos Safos. Porque era natural que al referir la historia de la amante de Faon, sus infortunios y su trágica muerte, se hiciese mención de su hija y ningún escritor la hace.

2.^a

No hay en los libros griegos que hablan de Safo, ninguna acusación que tenga probabilidad siquiera para suponerla muger deshonestá. Las acusaciones que existen de escritores muy posteriores á Safo, es decir al siglo VI, según unos y VII según otros antes de J. C., se fundan solo en el rumor de las tradiciones.

3.^a

Hay muchas razones para creer que la Safo, autora de la oda, era sévera en los puntos de honra y amiga de la virtud. Son las siguientes. Que Aristóteles (3) dice:

«Alceo había concebido por Safo un tierno amor. Un día la escribió: — Quisiera explicarme pero el rubor me lo impide. — Safo contestó: — Tu frente no tendría rubor si tu corazón no tuviese culpa.»

Si Safo fuese una muger envilecida, ni Alceo la hablara con tanto respeto, ni ella contestara con tanta dignidad, ni el sábio Aristóteles escribiría este hecho. Las máximas de Safo que han pasado á la posteridad son:

«Yo he recibido el amor de los placeres y el de la virtud en partes iguales. Sin ella nada es tan peligroso como la riqueza; y la felicidad consiste en la reunión de ambas (4).»

«Esta persona se distingue por su belleza: aquella por su virtud. La una parece bella á primera vista. La otra no lo parece menos á la segunda.»

Una muger infame no podía espresarse de este modo ante el pueblo de Atenas, el más indulgente con la corrupción, el más implacable con la hipocresía. Aristóteles (5) dice que los griegos estaban llenos de veneración hacia Safo. Los griegos *amaban* á los héroes y *admiraban* á los sáficos, pero no *veneraban* sino á los dioses. Esta *veneración* consagrada á un mortal, envuelve la idea de un mérito superior en el ser *tenerado*.

En un libro de escritores anónimos se dice, que *Euchyr* esculpió la primer estatua.

Cicerón (6) asegura que la estatua que se elevó á Safo fué esculpida por Silancoid. Las monedas que se acuñaron con su busto demuestran hasta qué punto llegaba la *veneración* hacia Safo.

4.^a

Safo fué víctima del odio de las cortesanas de Atenas (7), y se quejó de sus persecuciones. Un epigrama de Safo, que existe y cuya

traducción ha hecho con tanto tino un literato contemporáneo, alude á esta enemistad. La ofendieron, respondió con la ironía y acabó de imitarlas.

5.^a

Safo no huyó á Sicilia tras de su amante. En la nota primera esplicamos la razón de su huida (1). Safo se vió obligada á buscar un asilo contra las persecuciones. En un libro de inscripciones hallamos aludiendo á la crónica de Safo esta voz *αὐτὴν ἔχουσαν* que á nuestro entender dice *sufrimiento*.

6.^a

Safo era altamente religiosa según las creencias de aquellos tiempos, como puede juzgarse de ello por los versos en que pide auxilio á la diosa Venus y que empiezan.

Ποικιλὸς.....

«¡Eterna y hermosa Venus. Diosa hija del grande Júpiter.»

7.^a

El crimen del suicidio no está comprobado por el salto de Leucades. El salto de Leucades era mas bien una ceremonia religiosa del pueblo griego. Un sacrificio consagrado á Apolo.

Barletemi hace la descripción de esta memorable fiesta, que reunía todos los años en el templo de Apolo á los pueblos mas fanáticos de Grecia.

Safo fué á Leucades (2) á buscar el remedio contra su pasión desgraciada. Tres oráculos habia consultado y estaban conformes. La adivina Manto (3) se lo habia predicho. Un sacrificio que se consagraba á un dios y que era aprobado por los oráculos y bendecido por los sacerdotes, no era en Grecia un crimen sino una virtud heroica. Safo no fué, no pudo ser criminal sino con relación á nuestras doctrinas, según la religión que desgraciadamente profesaba, por no conocer la luz del catolicismo, Safo descendió á los mares para subir al olimpo.

La ignorancia pues, ó la injusticia de los hombres, pueden solamente condenar á Safo por su sacrificio, juzgándola como á los criminales que se suicidan siendo cristianos y sabiendo que ofenden á su Dios.

Safo por lo que resulta de nuestras investigaciones hechas en las entrañas de la historia á través de la fábula, fué la heroína mas ilustre, la amante mas infortunada y la poetisa mas gloriosa del mundo.

De Santa Teresa.

1.^a

El ingenio literario no lo creó en Teresa como suponen los frailes su vida monástica. Ni sus inspiraciones fueron solo para escribir sobre el arreglo de conventos. La primera obra que escribió Teresa fué una novela caballeresca que fué condenada á las llamas por la censura. El padre Ribera (4) en su libro anotado al margen de su propia letra dice:

«Dióse al estudio de estos libros, y como el ingenio de Teresa era tan excelente, así bebió aquel lenguaje que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro con sus ficciones caballerescas.»

«Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, comenzó á traer galas y olores y á cuidar cabellos y manos y desear parecer bien, aunque sin mala intención ni deseando jamás ser ocasión á nadie de ofender á Dios.»

Por el elogio del ilustrado padre Ribera, vemos cuánto era el ingenio de Teresa, aun antes de ser iluminada por la gracia divina; pero no conocemos el peligro en que se hallaba su alma por haber escrito aquel libro, puesto que lo que sacó no fué sino afición á los *perfumes* y *curar cabellos* y *manos con deseo de parecer bien*: todo sin intención de ofender á Dios. Creemos que el estremado celo por la salud de las almas, hace que los temerosos padres hallen peligros en las cosas inocentes. La obra á lo que parece no tiene mas tacha que ser *ficción*. ¡Oh! cuántas ficciones hay en las crónicas de aquel tiempo, que hacen mas daño á la religión, con ser escritas por religiosos, que la sencilla y cándida fábula que podía inventar Teresa á la edad de 15 años! Por lo que hace á los *perfumes*, perfumes exhalan las flores que Dios hace brotar bajo nuestra planta. *Perfumes* ofrecemos al Señor en los altares. El *curar cabellos* y *manos* tampoco podía conducir á Teresa á la *perdición*. La limpieza que con tanto terror miran los de la orden no puede ser un vicio sino cuando la suciedad sea una virtud. Esta no

(1) Para no entorpecer la lectura de cada paralelo con explicaciones y testas, ponemos estos al fin de cada uno en artículo separado.

(2) Barletemi

(3) Lib. 4.^o t. 5, cap. 9, p. 351.

(4) Sapph. ap. Athu. lib. 15, p. 687. Pind. O'imp. v. 96. Ead. fragm. Cris. Wolf. p. 73.

(5) Rust. lib. 5, cap. 25.

(6) In. van. lib. 4, cap. 37, p. 403.

(7) Hart. lib. 5, ed. 15.

(1) Marm. Oxon. apoch. 57.

(2) Menand. ap. Etrab. lib. 10, p. 455.

(3) La mas célebre de las adivinas de Grecia. Decíase que Venus la iniciaba en los profundos secretos del porvenir.

(4) Vida de la madre Teresa de Jesús. — Salamanca 1590.

Obstante fué la primera culpa de Teresa para ser *severamente reconvenida* por los confesores, y el primer motivo de *arrepentimiento* que la llevó a huir de la sociedad. ¡Ay que quebradiza juzgaban los frailes que era la virtud! Tal vez la experiencia de los vicios del mundo traiga esta suspicacia que la inocencia no tiene ni necesita. Pero mejor que nosotros defiende Teresa su gusto por los perfumes en la respuesta que dió al venerable padre Yepes cuando al ir á limpiarse las manos en un paño oloroso, reconvinó ágríamente á las monjas (1). Así dijo Santa Teresa con mucha humildad y gracia:

«Sepa, padre, que esa imperfección han tomado mis hijas de mí. Pero cuando me acuerdo que nuestro Señor se quejó al Fariseo, en el convite que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo, querría desde el umbral de la puerta á la iglesia que todo estuviera bañado en agua de ángeles, y mire, mi padre, que no se le dá ese paño por amor de V. R., sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, para que se acuerde de la *limpieza y buen olor* que ha de llevar en la conciencia: y si esta no *fuese limpia váyanlo siquiera las manos.*»

2.^a

Antes de ser *santa*, porque la *santidad* no es una *cualidad* con que se *nace*, sino que se *adquiere* con el ejercicio de las virtudes, con una vida pura, con un alma muerta perfecta, Teresa de Jesús sufrió todas las turbaciones que afligen el corazón de las criaturas, y todos los combates que prueban la fortaleza de la virtud. Léase su vida en donde dice, que el enemigo le despierta los sentidos para pensar en cosas que no son de Dios, y cómo con la gracia de este Señor las vence y sale triunfante. Esa impasibilidad humana, esa bienaventuranza divina no la conquistó sino después de grandes luchas. Su alma se hallaba á veces confusa con las sensaciones diferentes que experimentaba. La santa lo dice (2).

«Vienen algunos días que me parece que todas las cosas buenas, fervorosas y visiones, se me quitan y aun de la memoria, que aunque quisiera no sé que cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, al menos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. Túrbaseme el entendimiento que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no lo entiendo.»

A la hora de su muerte todavía le asaltaba el temor de ser vencida. Así hasta que la criatura muere no se la puede llamar *santa*. Teresa como muger sufrió mucho y solamente cuando murió para ser *santa* se realizó la unión de su alma con Dios, que en tanto la criatura existe, aunque sea muy pura, le está aproximada pero no unida.

3.^a

Para que se conozca mejor el gran mérito de la constancia de Teresa, lo que padeció en la vida de reformadora y como era combatida por la soberbia de los frailes, y hasta qué punto llegaban las demasías de estos, copiamos algunas líneas de la carta que la madre dirigió á Felipe II:

«.....Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenían, según me han dicho. Y sobre todo háles quitado este los confesores y tiénelos presos en su monasterio; y descerrajaron las celdas, y tomáronles lo que tenían, los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, como no siendo perlado ni mostrando por donde hace esto (que ellos están sujetos á comisario apostólico) se atreven á tanto, estando este lugar tan cerca de donde está V. M.....» (3)

En efecto aun ahora nos escandaliza que en aquel tiempo pasara esto, y si no lo supiéramos de la boca divina de la santa que adoramos, creeríamos que era calumnia de gentes poco piadosas. En otra carta al padre Gracian dice:

«Me tienen espantada las cosas que han hecho con estas pobres. Y he procurado con ellas que obedezcan, porque era ya mucho el escándalo.»

Estos clamores de la doctora de Ávila, nos parecen á nosotros justos, pero los frailes lejos de respetarlos los comentan así:

«Las monjas que son fuertes y en lo que emprenden saben sentirlo bien, se lo llorarian bien llorado á la santa; y en estos lamentos se fundan algunas cláusulas tan amargas como aquellas lágrimas que escribe al principio y fin de su carta. «*Que procuró con ellas obediencia porque ya era escándalo.*» ¿Y quién duda que lo era ya tanto resistir aunque tuvieran mil razones?» (4)

¡Oh cómo se trasluce aquí el coraje de Fr. José, y qué poca razón muestra en querer que las monjas obedezcan á la fuerza aunque no haya razón!

Así lo conoció la santa, y á pesar de la sumisión que se veía obligada á tener, en la dominación de ellos, era tal el temor que últimamente les tenía, que hay mas de ocho cartas en que pone estos avisos.

«Si algun fraile ha de quedar allí, vuestra reverencia le avise mucho que tenga poco trato con las monjas (1).»

4.^a

Era tanto el martirio que daban los confesores á la purísima conciencia de la monja, que una vez se vé precisada á esclamar con extraña energía.

«....Aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrían hacer creer que esto es *demonio*, porque no puedo (2).»

Poco miramiento tenían con la santa los padres cuando no se prestaba ciegamente á los mandatos de ellos; porque también vemos que hasta el nuncio la llama (3) *muger inquieta y andariego*.

Teresa de Jesús era una víctima colocada entre los ejércitos de las órdenes enemigas, que se hacían una encarnizada guerra. De sus escritos sacaban provecho comentándolos. Esto sospechamos al ver la tortura que daban á los escritos de la santa, comentándolos y recargando cada espresión con una nota. ¿Para qué? ¿podían sus comentarios darles mas claridad que la luz de la gracia divina que los inspiraba? Poco la estimaron y mucho la persiguieron. Dos veces estuvo como prisionera.

5.^a

Teresa no había menester de los fatigosos consejos de sus directores, que la suponían estraña á la prevision de las cosas terrenales, y fácil de ser sorprendida del enemigo. Teresa era por el contrario una vigilante y rígida censora de ellos, que descendía á juzgar los hechos profanos y darles consejos, como hacemos observar en la carta dirigida al P. Gracian, y cuya conclusion puede leerse en sus obras. En la boca de oro de Teresa de Jesús toda palabra resplandece, ninguna está fea, pero nosotros no nos atrevemos á copiarla íntegra.

«En lo que toca á esotra doncella ó dueña, mucho se me ha asentado que no es tanto malencónia como demonio que se pone en esa muger para que haga esos embustes, que no es otra cosa, para si pudiese engañar á V. P., y así es menester andar con gran recato en este negocio, y no ir V. P. á su casa: en ninguna manera no le acaezca.....» (4)

Esta no es la monja entregada al *éxtasis continuo*, y cuya misión es únicamente traducir á las monjas el *sentido* de sus *visiones*: es la muger indagadora y de razón serena que fija su penetrante mirada en la sociedad para descubrir las malas costumbres y corregirlas. Teresa ha sido acaso la única muger en el mundo que por su sabiduría infalible y por su maravillosa fortaleza ha reunido en sí las dos raras y diferentes cualidades de conocer por teoría todas las pasiones, todos los vicios de las criaturas, y de conservar por práctica toda la pureza, todas las virtudes de los ángeles.

6.^a

Es tan pueril Teresa cuando habla como monja, y la tenían tan acostumbrada sus directores á que diese cuenta de las menores circunstancias que la acacian, como vemos por esta carta al padre Gracian:

«¡Oh mi padre! ¡qué desastre me acació! que estando en una parba, cabe una venta que no se podía estar en ella, entrásemme una gran salamanquesa ú lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asíó mi hermano y la arrojó y y dió con ella á Alonso Ruiz en la boca.....» (5)

Fray José pone á este párrafo una nota mayor que la carta, en la cual, después de haber hablado de lo natural que era este *susto*, aunque la *sabandija* no podía *morder* á una *santa*, y de la *Virgen*, y de la *serpiente*, y de los *Apóstoles*, y de otras cosas, concluye:

«Y cuando hubiera faltado su hermano, la misma Santa, como otro Pablo á la serpiente de Malta, la hubiera arrojado, no á la boca de Alonso Ruiz, sino al fuego de la venta ó á la *venta del fuego* (6), donde pagase su osadía. La casualidad de dar con ella en la boca de otro sería materia de recreacion, como accion ineliberada, consiguiente á la prisa que dan lances semejantes.» (7)

(1) Cartas de Santa Teresa de Jesús.

(2) Id.

(3) Id.

(4) Cartas de Santa Teresa, folio 440, tomo IV.

(5) Cartas de Santa Teresa.

(6) No lo entendemos.

(7) Notas de Fr. Antonio José, *carmelita descalzo*, á las obras de Sta. Teresa.

(1) Vida de la Santa madre Teresa de Jesús por el padre Yepes, lib. 3 cap. 5.^o

(2) Cartas de Santa Teresa.

(3) Cartas de la Santa madre Teresa de Jesús.

(4) Notas de fray Antonio José, *carmelita descalzo*, á las obras de Santa Teresa.

¡Que tan sabia doctora diese cuenta de esto, y que tan doctos varones se ocupasen en comentarlo!

7.^a

La fé piadosa que los frailes afectaban tener en los escritos de Teresa como obras que *Dios mandaba escribir*, no está justificada con sus actos. Para que se conozca cómo todos los escritos de Teresa eran alterados, véase que ni los *estatutos* que formó *auxiliada del Espíritu Santo* se salvaron de ser *examinados*, *corregidos*, *suprimidos* y *aumentados*. Léase la *Bulla ó propio Motu* del papa Sixto V.

8.^a

Reuniendo todas las noticias que existen de los escritos de la Santa, se puede calcular que escribió mas de 2,000 cartas. Pero muchas de las que escribió á Felipe II, han desaparecido, y, según afirman los mismos padres, San Juan de la Cruz rompió todas las que habian sido dirigidas á él. Se ignora la suerte de las otras, así como de infinitas obras que no han visto la luz.

9.^a

A Santa Teresa no se la puede comprender sino estudiando en sus escritos, sin atender á las interpretaciones y comentarios que tienen la mayor parte de ellos. Los frailes han presentado una Teresa de Jesus que no es la verdadera, porque la verdadera es mas fuerte, mas grande, mas sabia, mas sublime, mas espiritual y Santa que la que presentan ellos. Solo el elogio del sabio Fr. Luis de Leon y el de alguno otro que han hecho justicia á su gran talento y á sus virtudes, pueden iluminarnos para comprenderla como muger y como escritora. Como santa basta con la fé para adorarla en los altares.

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla, mayo de 1848.

ESTUDIOS HISTORICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

IV.

MINISTRILES.

Hemos dicho antes que las crónicas latinas llegaron á confundir el nombre de scalda con el de ministril y juglar, y seguramente no es de extrañar, porque el ministril fué llevado á Inglaterra por sus nuevos conquistadores. Luego que los normandos adoptaron la lengua *romana-francesa*, ya los cantores scaldas no se llamaron sino *menestriers*, hoy *minstrels* en inglés, y en nuestra lengua ministriles ó menestrales; y es indudable que de los primeros salieron los últimos, adoptando su ejercicio y sus costumbres, ó si se quiere no eran mas que unos scaldas degenerados. Los ministriles no dejaban de estar bastante en boga, pues se dice que los habia en gran número en el ejército de Guillermo el Conquistador (1066); citándose entre ellos por sus proezas al célebre ministril Tallaferro, que entonando la cancion de Rolando (1), rompió con la lanza las apretadas filas de los sajones, armados de mazas y hachas en la batalla de Hastings, y cayó muerto peleando.

Del normando al acercarse

Los ingleses dispársase....

Tallaferro el buen cantor,

Sobre alazan corredor,

Iba delante cantando

A Carloman y á Rolando,

Y á Olivero y sus *casalls*

Muertos allá en Roncesvalles (2).

Los ministriles ó cantores públicos del tiempo de Enrique II cantaban en sus baladas las gracias y encantos personales de Rosamunda Clifford, una de las queridas de dicho rey, y la muger mas hermosa que hasta entonces se habia visto en el país. Estos cantores continuaron honrados en Inglaterra, como se ve por la brillante acogida que un siglo despues daba Ricardo I, llamado *Coeur de Lion*, corazon

(1) Singing the song of Roland, one of famous chiefs of their country.—GOLDSMITH, *History of England*.

(2) «Quand ils virent Normanz venir
Mout veissiez Anglaiz fremir....
Tallafer ki mout bien chantait
Sur un cheval ki tost allait

Devant eux allait chantant
De Kaillemaigne et de Rouellant
E d'Olivier et des vasseux
Ki morurent á Rainschevaux »
(WACE)

de Leon, á los muchos ministriles y trovadores que acudían á su corte de varios puntos de Europa. La historia refiere que Ricardo, como muy aficionado á la música y á la poesía, y poeta él mismo, llevaba consigo en su expedición á la Palestina muchos ministriles, y además dos poetas que cantaron en latin sus hazañas novelescas. Refiere además, que habiendo concluido Ricardo su expedición con mas gloria que ventaja, trató de volverse á Inglaterra; pero obligado á atravesar la Alemania en traje de peregrino, fué arrestado por Leopoldo, duque de Austria, quien le puso en estrecha prision para venderlo al emperador de Alemania. Por mucho tiempo se ignoró el paradero de Ricardo, y solo llegó á descubrirse porque Blondel de Nesle, ministril francés y favorito de dicho rey, despues de recorrer varias capitales, acertó á pasar inmediato á un castillo perteneciente al duque de Austria; y habiendo llegado á saber que en él estaba encerrado hacia tiempo un alto personaje, se colocó debajo de una ventana, y acompañado de su harpa, principió á entonar una cancion francesa, que Ricardo y él habian compuesto. Luego que el rey, que en efecto estaba allí encerrado, oyó la mitad de una estrofa, conoció que era Blondel, y en la primera pausa que este hizo, continuó con su harpa la otra mitad. Convencido Blondel de que habia hecho un descubrimiento importante, volvió á Inglaterra y participó á los barones el lugar del destierro de Ricardo, del cual salió por último, mediante un rescate de 150,000 marcos.

Si se ha retratado al ministril románticamente como un jóven de bella figura, sentado sobre el césped á las orillas de los rios y de las cascadas, ó cerca de una fuente cubierta de tilos y madreselva, con la vista fija en las torrecillas de una habitacion señorial, suspirando amorosas endechas, dirigidas á una castellana que linge desdeñar su amor y sus baladas; los ministriles de la edad media, como dice Mazuy (1), no permanecian siempre en una actitud tan amorosa y lánguida: seguían á sus señores, y con una voz mas resonante que el trueno en los bosques silenciosos, entonaban á la cabeza del ejército cantos de gloria y de conquista. Cuando dos tropas enemigas se ponían delante una de otra, los ministriles tomaban ya sus violas ó violines, ya sus rotas ó laudes, como los scaldas y los bardos sus harpas de oro, y recitaban, acompañándose, las hazañas de los caballeros que habian muerto peleando, ó vencido en las grandes refriegas.

Esta fué, pues, con corta diferencia, la ocupacion del ministril en toda Europa antes de la edad media. En Inglaterra siguieron siempre con la misma preponderancia; pero llegó su número á ser tan crecido, que así por esto como por haberse convertido en bufones, no eran ya apreciados como antes, aunque todavia se buscasen por recreo y pasatiempo. Eduardo II en 1315, se vió obligado á dar un decreto para refrenar la desvergonzada intrusión de los ministriles, que se metían en las casas sin llamarlos, y los trató de vagabundos y trapaceros, cuya intemperancia era ya demasiado repugnante. Un siglo despues (1464) habian crecido de tal manera estos abusos, que aun el corrompido y cruel Eduardo VI se lamentaba de ellos. Todavía en tiempo de Enrique VIII (1546) continuaban en Inglaterra los ministriles, pues los habia al servicio de los nobles y de las familias ricas y poderosas; pero habiéndose hecho unos verdaderos saltimbancos y charlatanes, perdieron su antigua reputacion. Walter Scot en *The lay of the last minstrel*, la cancion del último ministril, hace que un anciano y enfermo harpista se queje de la suerte del pobre ministril, y recuerde los antiguos tiempos felices.

El traje de los ministriles ha sido diferente en casi todas las naciones donde los hubo. Geffry de Monmouth refiere que los anteriores á la edad media tenían un aspecto clerical, pues iban tonsurados; pero que despues, á pesar de no llevar ya la barba antigua, vestían de un modo elegante y lujoso. Cubrían la cabeza un caprichoso y lindo birrete: el cuello de la camisa se elevaba rizado con pliegues: una túnica de mangas dobles, unas pérdidas y otras ajustadas al brazo, se abrochaba en el cuello por medio de un boton de oro: zapatos encarnados con ricos lazos: el harpa colgada por delante con gracia, y la llave á un lado pendiente de un cinturon; finalmente, las armas de su señor suspendidas al pecho por una brillante cadena de plata. Es indudable que no todos los ministriles llevaron este traje, ni tocaron el harpa solamente; pero tal era al menos el ministril que el conde de Leicester hizo que se presentase en las fiestas dadas á Isabel de Inglaterra (1575) en el castillo de Kenilworth, vestido segun el antiguo traje que aquellos cantores llevaban en la corte, los cuales en las principales solemnidades aparecían montados en magníficos caballos.

Estos eran los ministriles en Inglaterra; pero si en algunos puntos de Europa han quedado noticias de ellos, en ninguna parte tantas como en Francia. Luego que se firmaba una tregua, dice el antes citado Mazuy, ó se concluía un tratado de paz que permitía á los barones el volver á ver sus hogares, la belleza de sus damas y la

(1) Types et caracteres anciens.

gentileza de sus pages, todos los ministriles acudían á los castillos. A su llegada se bajaban los puentes levadizos, el enano hacia resonar los ecos de su corneta, los escuderos abrían las hojas de las pesadas puertas de bronce, la castellana y sus hijas acudían en tropel, y el ministril, orgulloso con tantos honores, feliz con tantas atenciones, se adelantaba prometiendo alegres trovas y festivas narraciones durante su morada en el castillo. Con el rostro lleno de insinuante sonrisa les decía:

Por amor de mi amiguita
Cuanto ordene cantaré,
y en su elogio compondré
la cántiga mas bonita.

Soy tañedor de vielas,
sé lindas cosas narrar,
y en mi laud entonar
serventesios, pastorelas (1).

Después de estas ofertas y cumplimientos, el ministril era introducido á la presencia del orgulloso castellano, y agasajado en recompensa de sus muchas habilidades. Semejante honor, tributado á estos poetas aventureros, podrá quizá parecer exagerado al que no se haga cargo de lo caballeresco de aquella época. De cierto se sabe por las crónicas francesas que los ministriles andaban errantes sin tener una residencia fija, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, en tropas mayores ó menores, con sus mugeres é hijos, buscando por todas partes cómo divertir á los grandes y á los ricos con elogios, á las mugeres con adulaciones, y con torpes bufonadas á la clase baja del pueblo. Contaban fábulas é historietas, cantaban, hacían de bufones y otras cosas; y según sus varias ocupaciones, se llamaban *Trouvères*, *Troubadours*, *Romanciers*, *Conteurs*, *Chanterres*, *Jongleurs*, *Menestriers*, etc.



El que quería ser un hábil y distinguido ministril, y no un juglar, debía ser músico, narrador y sábio á la vez; estar dispuesto á sostener tesis amorosas ó científicas; en una palabra, á responder de *omni re scibili*. Debía saber contar los sucesos en lengua romana y latina, ó en idioma provenzal, cantar de memoria una gran cantidad de *Lais*, y tocar los instrumentos entonces en uso.

Había las *chansons de gestes*, canciones de gestas, de contenido histórico; los *romans d'aventures*, en que se cantaban los hechos de los caballeros; poemas nacionales sobre la valentía de los paladines; pero las canciones mas usadas eran las *Lais* ó cántigas sobre objetos alegres, tristes, eróticos y devotos, las cuales se acompañaban con el laud ó el harpa.

El ministril francés salmodiaba los milagros de san Benito, ó las crónicas de san Maglório; deploraba las desventuras de Baudvilda la de las cejas rubias, victima de las asechanzas de Veland, ó la suer-

(1) Je chanterai
Et je ferai
Chanson joliette
Pour l'amour m' de damietie.

Car je suis joueur de vielle,
Je sais narrer, je sais fabliaux,
Je sais conter beaux dits nouveaux,
Et servantois et pastourelles.
(Mazuy)

te lamentable de la castellana de Vergey; era jovial y burlon; popularizaba las canciones de Tíbaldo, conde de Champaña y rey de Navarra; ponía en verso la fábula de Aucassin y de Nicolassilla su amiga, la del lego fray Dionisio, ó la del sacristan y la mujer del caballero.

Los *Rotruenges* eran unas coplas cantadas en coro ó círculo, y acompañadas con el instrumento llamado *rota*. Los *servantois* ó *serventes*, *serventesios*, eran cantos de contenido histórico, y las *Pastourelles*, lo que nosotros llamabamos villancas ó pastorales. Los ministriles franceses, y los que de Francia venían á España, en especial á Aragón y Cataluña, además del harpa tenían otros instrumentos, empleados en ocasiones solemnes, ó en las casas de los ricos. Dichos instrumentos era la *Viele*, *viela*, la *Muse* ó *Musette* ó *cornemuse*, *cornamusa*, la *Chifonie* (1), el *salteire* y la *Rote*.

Llegándose á pervertir las costumbres de los ministriles hacia la mitad de la edad media, y rehusándose los señores y las castellanas la hospitalidad, se acarrearón el desprecio por todas partes, viéndose reducidos á una vida aventurera y á confundirse con toda clase de jente perdida. En Alemania, dice Lichtenhal (2), los escumolgué la iglesia, y las leyes los declararon como infames; sus hijos no podían aprender ningún oficio, siendo calificados como bastardos. En otros países europeos, y particularmente en Francia, tuvieron por mucho tiempo una suerte igual. Por todas partes fueron acogidos por los hombres, mientras que las leyes los perseguían y los trataban como á la hez mas vil. Tal fué la consecuencia de su vida desordenada; pero la cultura siempre creciente, y un gusto algo refinado por diversiones mejores produjeron poco á poco una reforma. Viendo los ministriles que con una vida errante iban siempre á menos, eligieron habitaciones fijas, y su estable domicilio les dejó tiempo para perfeccionarse en el arte, conociendo bien pronto cuán absurdo era el entregarse á arlequinadas y charlatanías (3). Con semejante mudanza salieron de los prostituidos ministriles tocadores de toda especie, los cuales, después de sujetarse al orden civil, se emplearon unos en las músicas de iglesia, y otros en las fiestas y danzas públicas. De estos charlatanes nacieron poetas, que si al principio no llegaron á un alto grado de perfección, trazaron la senda de la verdadera y perfecta poesía que mas tarde continuaron los provenzales, como precusores del Dante, Petrarca y Boccaccio.

De este modo, continúa el citado Lichtenhal, se alzaron dos nobles artes del fango, donde estaban sepultadas, por decirlo así, y manejadas por hombres distintos, llegaron al grado de poder servir noblemente para recreo del espíritu y del corazón. Así es que nacieron clases de verdaderos poetas, y se formaron cuerpos musicales que comenzaron á crearse bajo la protección de los magistrados en los siglos XIII y XIV.

La primera de estas reuniones se fundó en Francia hacia el año 1350, bajo el nombre de *Confrérie de S. Julien des Menestriers*. Sus individuos ó cofrades se llamaban *Compagnons*, *Jongleurs*, *Menestreux* ó *Menestriers* y *Menestrels*. Esta reunion fué autorizada y confirmada por los magistrados en noviembre de 1531. La sociedad eligió no solo un santo protector como fué san Genest (jugador de cubiletes, romano, el cual vuelto cristiano, murió como martir en 505), sino tambien un Preósito, bajo el nombre de *Roi des Menestriers*; pues en aquellos tiempos casi todas las hermandades tenían un jefe con el título de Rey; como se decía tambien *el rey de los locos*, en la antigua fiesta de dicho nombre (4).

Toda la cofradía habitaba en una sola calle, llamada *Rue de San Julien des Menestriers*; y si alguna persona quería dar música en ocasion de bodas ó otras fiestas, acudía á aquella calle por tocadores.

A la nueva sociedad le sucedió lo que á casi todas, llegó tambien á entregarse á una vida disoluta, y después de varias órdenes severas se dividió en dos partes: una tornó á su antigua manera de vida, bailando en la cuerda; otra se unió nuevamente bajo la tutela de los magistrados, y estando entonces en moda una especie de violín de tres cuerdas, llamado *Bebec*, tomó el título de *Menestrels*, *joueurs d'instrumens, tant haut que bas*. El rey Carlos VI confirmó este título en patente de 14 de abril de 1401, la cual comienza de esta manera:

(1) Véase lo que es este instrumento en el diccionario de nuestra lengua, en la voz *sinfonía*. Todavía lo usan los gallegos y asturianos.

(2) Diccionario della Musica.

(3) Entiéndase que la voz *Charlataneria* es derivada de la palabra francesa *Charles*. Como los ministriles franceses que andaban de una parte á otra, además de sus *lais* deshonestas no cantasen comunmente otras hazñas que las de Carlomagno, los italianos les denominaron los *ciarlas* ó *ciarlatani*, viniendo á convertirse esta palabra en *charlatanes* para nosotros, pero con otra significación distinta.

(4) Quant au titre de roi... on sait qu' au Moyen-Age les chefs de certaines corporations étaient ainsi désignés: il y avait un roi de la basoche, un roi des menestriers, un roi des archers, un roi des merciers, un roi des barbiers, et des rois d'armes, *reges armorum*, parmi les héralds et les poursuivants d'armes.

Mazuy.

* Charles, par la grace de Dieu, roi de France: savoir faisons á tous présens et á venir. Nous avons recu l'humble supplication du ro- des Menestrels et des autres Menestrels, Joueurs des instrumens, tant hui comme bas, contenant comme des l'an 1397 pour leur science de Menestrade, faire et entretenir selon certaines Ordonnances, par eux autrefois faites, et tous Menestrels, tant joueurs de hauts instrumens comme bas, seront tenus de aller pardevant le dit roi des Menestrels, pour faire serment d'accomplir toutes les choses ci-aprés déclarées, etc.»

Las ordenanzas arriba indicadas se referían á bodas y á otros casos en que los ministriles podían tocar. Ignórase la suerte ulterior de esta sociedad después de dicha patente; pero consta de que tuvo una larga serie de reyes, entre los cuales hubo un Guillermo I y un II, un Dumanoir, un Constantino, y finalmente un Jean-Pierre Guignon (1). El último se llamó *roi de violons*, rey de los violines, el cual quería tener bajo su dominio no solo á toda clase de música, sino también á los maestros de baile; así es que sostuvo un pleito muy serio que perdió, y que indujo al verdadero monarca á abolir en 1775 semejante dignidad musical. Los trámites de esta causa singular se imprimieron de real orden en 1774 con el título de: *Recueil d'Edits, Arrêts du conseil du roi, Lettres-Patentes*, etc. en faveur des Musiciens du Royaume.

Una institución musical semejante á la anterior existía también en Alemania, en donde llamaban á los ministriles *Spilleute*, tocadores. Se ignora precisamente la época de su creación, pero parece que el supremo oficio musical en Viena, llamado *Ober-Spiel-Grafen, Amt*, bajo cuya jurisdicción estaban los *Mimos*, *Histriones* y músicos de toda el Austria, existía ya en el siglo XIV.

Por último, los ministriles inundaron también la Italia; y Muratori cita una antigua historia de Bolonia en el año 1288 en donde se lee, que esta clase de gentes hormigueaban en las calles de tal modo, que tuvieron que prohibir los magistrados que se pusieran á cantar en las plazas públicas. Refiere igualmente que en 1554 en una fiesta celebrada en Rimini, en ocasión de armar caballeros á algunos nobles italianos, se hallaron presentes mas de mil y quinientos histriones.

En España, como en otras muchas partes, se confundieron á menudo los nombres de ministriles con los de juglares, que indudablemente no eran unos mismos, como tampoco eran iguales los ministriles á los trovadores, aunque de ello se encuentren ejemplos. Entre nosotros el ministril ó juglar tuvo algunas preeminencias por ser cantor, músico y poeta al mismo tiempo. Así se deduce de lo que se lee en el privilegio de la confirmación del *Fuero de los Francos*, dado por don Alonso VII en Burgos, cuando recibió la corona en dicha ciudad. En este privilegio, formado no solo por don Alonso sino para varios personajes, en la cuarta columna se halla la firma de un juglar ó músico de profesión, llamado Palea, en estos términos: *Palea juglar confirmat*; lo cual indica que los tales cantores tenían por entouces en España alguna importancia.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

A decir verdad, ya yo estaba preparado á una cita fuera de las reglas ordinarias, pensando que mi jamona, como así todas las mujeres de sus años, trataría de suplir con el aparato escénico todo lo que á sus encantos faltaba de juventud y lozanía; pero íbame pareciendo sobrado misterio y maquinaria escésiva, lo de tenerme en tinieblas y privado de oír humana voz. Así, pues, que hube tomado asiento, y asegurádome con el suave contacto de unos rizos perfumados y ondulantes, de que tenía á mi lado, en efecto, á un individuo

del bello sexo, resolvíme á entablar vigorosamente la conversacion; mas apenas hube pronunciado la primera palabra, y al mismo tiempo estendido el brazo derecho para tomar con él la medida de la cintura de la invisible belleza, cuando esta, dando un ligerísimo salto, se puso fuera de mi alcance, y con su mano suave y pequeña, pero firme al mismo tiempo, me tapó la boca, diciéndome en voz algo comovida:

—«¡Silencio! Espérese V. aquí y no se mueva hasta que venga la persona que busca.»

La mordaza que me habían puesto me pareció tan linda, que no pude menos de entretenerme en burlarla mientras la voz hablaba; pero como aquel ejercicio era incompatible con la necesidad de contestar á la desconocida, hube de ponerle término para decir:

«La que yo busco eres tú.»—¡Silencio!, me interrumpieron, si nos oyera! La que V. busca vendrá. Adios.»

Mientras tal me decían había yo dado con la cintura que antes se me escapara, y sentido latir bajo un corpiño admirablemente ajustado al talle de su portadora, un corazón que no debía de estar muy sereno; por manera que, sin fatuidad, pude persuadirme de que, fuese ó no fuese aquella muger la que me citaba, mi persona no le era indiferente.

A mis años entonces la consecuencia de observaciones semejantes es la de mostrarse, cuando menos, agradecido á la buena voluntad de una muger; y yo, señores, olvidando ya á todas las jamonas del mundo, quisiera probarle mi gratitud á la invisible sílfide; mas ella, ó comprendiendo el riesgo, ó temiendo otros peligros, desasíase de mis brazos, no sin que, no sé cómo, se rozasen muy de cerca nuestros rostros, y salió del cuarto en que estábamos cerrando tras de sí una puerta.

—«Basta por hoy, dijo don Diego, que es tarde; y el brigadier va complaciéndose demasiado en cuadros sobradamente peligrosos.»

Y con tal observación de nuestro Aristarco se terminó la sesión de aquella tarde.

X.

Una hija tan buena como su madre.

Sotopardo. Una hora ó mas tiempo acaso, estuve solo, y no sosegado por cierto, en el oscuro gabinete: mas al cabo, oído un portazo, y la despedida en voz gangosa y acento nasal de un prójimo, cuya visita sin duda era causa de mi planton, entré á sacarme de penas con una luz en la mano la jamona del garito, la Antonia que pasaba por mujer del supuesto don Juan de Retama, la *Milagros*, en fin, causa ocasional, sino fundamental, del descrédito, ruina y envilecimiento de don Fadrique de Vargas.

No quiero, señores, no debo tampoco molestar ni escandalizar á VV., y en particular al severísimo señor don Diego, con relatos profanos y ocasionados: fácilmente adivinarán que entre un capitán de caballería joven y fogoso, y una *Aspasia* de origen egipcio, por no decir gitano, ni el concierto sería difícil, ni lánguida la conversacion: pero lo que no puedo menos de indicar, siquiera en disculpa de mi estragado gusto, ó en prueba de la instabilidad de ciertas inclinaciones, es que á poco tiempo de entrevista se apoderó de mi ánimo un sentimiento mas fácil de comprender que de explicar. ¿Han tenido VV. hambre alguna vez, y necesidad absoluta de satisfacerla en la ahumada cocina de un ventorrillo?—Pues figúrense, si por ello no han pasado como yo, que se han comido un plato de sopas hechas con ajo, cebolla y cominos, cuyas primeras cucharadas afectaron agradablemente su paladar escitado: pero que satisfecho el apetito recobran el gusto perdido, y sienten un asco invencible, que les hace echar de menos hasta el hambre misma. Tal me sucedió con la veterana *Aspasia*, y como nunca he sido muy diestro en disimular mis afectos, ella, á pesar de mis esfuerzos para ocultar el aburrimiento que me dominaba, hubo de conocerlo sin duda alguna. Precisamente su situación era la contraria: en general donde la pasión para el hombre comienza á declinar nace la de las mujeres; y las *ultra-equinociales*, sobre todo, se pagan de sus galanes favorecidos y á ellos se aferran como el marisco á la roca en que nace.

Dicho esto, amigos míos, comprenderán VV. que desde nuestra primera entrevista se convirtieron aquellas relaciones en una lucha en que, si estaban de mi parte la fuerza y la juventud, de la suya tenía mi adversaria la habilidad y la experiencia, bastantes por algún tiempo á equilibrar el combate: pero un tercer personaje, oculto por el momento en la sombra del cuadro, había resuelto complicar el negocio y supo conseguirlo en efecto.

No sabía yo cómo defenderme del cargo de tibieza que con harta justicia se me hacía, y acudí á los celos, que hice recaer—¿Por qué? Yo mismo lo ignoro, pero que, en fin, hice recaer sobre la voz gangosa, cuya despedida fué preludio á mi supuesta ventura—*Milagros*, que no esperaba tan brusco ataque se turbó un instante, mas recobrando en breve su serenidad, dijo riéndose que aquella voz

(4) Ducauge habla también de un documento de 1558, en el que se lee: *Je Robert Caveron roi des Menestrels du Royaume de France*; y de otros documentos de 1537 y 1562 en los que se menciona á un tal *Copin du Brequin* como rey de los ministriles del reino de Francia. Estos reyes recibían también coronas de plata, como se deduce de los gastos ocasionados en la libertad del rey Juan I en 1567, hecho prisionero en 1556 cerca de Poitiers, pues entre otras cosas se lee: *Pour une couronne d'argent qu'il donna le jour de la Tiphonie au roy des Menestrels*.

era la de un buen religioso, padre jubilado de cierta orden monástica, y protector de la familia, á quien debían ella y su hija la libertad de que gozaban, y por cuya intercesión esperaban conseguir la de su marido que aun continuaba preso. Una vez ya la conversacion en tal capítulo, naturalmente entraba la novela sentimental de las desgracias de la familia, la brutalidad de su jefe, la desdicha de la pobre víctima, y la dura necesidad de descender de la altura en que se habia nacido, etc.—Todo lo escuché con el aire de compuncion conveniente, y como el deseo de que no se variase de tema por el momento me hizo amable y hasta cariñoso, Milagros recibió pronto la perdida confianza.

Yo entonces, tanto por cumplir mi palabra, como por proporcionarme compañía en aquella aventura, traté de hacer algo por Mendoza, y para ello empecé preguntando á la Gitana por su hija.—Un relámpago de celosa desconfianza brilló en sus negros rutilantes ojos al escuchar mi pregunta, pero tan rápido como venenoso; y si bien en el momento lo atribuí solo al sentimiento de envidia natural en todas las jamonas galantes contra las mugeres jóvenes y hermosas, aunque sean sus propias hijas, mas tarde me he dicho muchas veces que debí haber adivinado á la *Vieira* en aquella sola mirada.—Como quiera que sea, Milagros, dominándose, consintió con dificultad en que Mendoza visitara su casa, pero anunciándome que le vigilaria muy de cerca: no queriendo, me dijo, que su hija se perdiese, aunque ella misma no era buena.—Parecióme tal sentimiento sobrado natural y justo para contradecirlo; pero aun con ser joven entonces se me ocurrió la idea de que le estuviera mejor á la madre, y fuera mas eficaz para la virtud de la hija, que diese aquella á ésta buenos ejemplos con su vida, que guardarla con celoso esmero.

La verdad era que hija y madre, dignísimas la una de la otra, habian comprendido el bestial candor de mi compañero, y resuelto en consecuencia encaminar el negocio por la senda del santo matrimonio, para lo cual era excelente medio multiplicar los obstáculos y persuadir al pretendiente de que aquella fortaleza era poco menos que inespugnable.

Semejante táctica hubiera sido conmigo de poco provecho; con Mendoza, mortal predestinado á la beatitud que procede de una ceguera moral incurable, debía ser y fué al cabo omnipotente; pero no anticipemos los sucesos.

Convenidos Milagros y yo en un plan de vida mas que regocijado, si bien cauto en extremo, mientras su marido salia de la cárcel, y presentando Mendoza en la casa, entablóse un cuarteto en el cual la armonía resultaba solo de las disonancias.

Mendoza hacia el amante sentimental de pais de abanico; Matilde la coqueta risueña, la virtud alegre aunque invencible; mi jamona la mujer de mundo apasionada; yo el calayera francamente escéptico. Esto en las apariencias, que en el fondo de los corazones otra cosa pasaba, á escepcion de mi pobre compañero, que era víctima de una pasion sincerísima. En efecto, Matilde, despreciando á Mendoza, me lanzaba las mas espresivas ojeadas siempre que á hurtadillas de su madre podía hacerlo; yo, recordando la cintura que habia medido la noche de mi primera entrevista con Milagros, y, lo que era peor, comparando la beldad sin artificios, fresca, aromática, por decirlo así, de la hija, con los encantos industriales de la madre, me sentia á mi pesar arrastrado hacia la primera de tal modo, que solo por no privarme de verla me resignaba á no romper con la última. ¿Qué diré á VV. de Milagros? Entonces la creí ciega; hoy me encuentro convencido de que veia claramente lo que en mi pasaba; mas por lo mismo, conociendo que una sola queja la hubiera perdido, se resignaba á dejarse abrasar por la llama que otra encendia. Y cuando digo que se resignaba, quizá no me esplico con toda propiedad, porque de vez en cuando el volcan contenido hacia su explosión, ya contra mí, ya con mas frecuencia contra Matilde, y casi constantemente contra el pobre Mendoza, que se desvivía, sin embargo, por complacer á la madre de la reina y señora de sus pensamientos.

Sentiria que se figuraran VV. que, al menos por lo que á mí respecta, la situacion que he procurado describirles, fuese en la época á que me refiero tan clara y paladina como hoy la pinto. No: en mi cabeza no entraba la idea de hacer una felonía á mi compañero; ni por consiguiente una infidelidad á Milagros con su propia hija; pero la fatalidad me arrastraba insensible, aunque poderosamente, á cometer ambas faltas.

Con las dos mugeres que en aquel drama intervenian las peripecias y las catástrofes mismas no podian hacerse esperar mucho tiempo. En las venas de entrambas circulaba la sangre ardiente de los hijos del Desierto: el amor en sus corazones participaba del frenesí del odio; y el odio mismo se sublimaba. La una y la otra eran incapaces de virtud: el vicio y aun el crimen su vocacion; hasta entonces estuvieron de acuerdo, porque nunca aspiraron á una misma cosa;

desde el momento en que la una poseía á un hombre que la otra deseaba, debían ser y fueron implacables enemigas.

A los dos ó tres meses de nuestras relaciones ya no nos unian á unos con otros los lazos del placer, sino los de un sentimiento verdaderamente infernal, que afectando diversas formas segun la índole especial de cada uno de nosotros, era, sin embargo, uno en la esencia, uno que todos conocemos, ninguno acierta á esplicar, y á que yo mismo no sé poner nombre. La verdad es que á las leyes de la moral no se falta nunca impunemente, y que el mas cruel de los castigos que por culpas de tal naturaleza se imponen al hombre, es en mi concepto ese malestar indefinible, ese desabrimiento consigo mismo, ese anhelo insaciable de nuevos deleites, esa inestabilidad en sus gustos, que le amargan los que logra, le empalagan con los que gozó, y le inhabilitan para los que son objeto de sus aspiraciones.

La inmoralidad es una harpía que hace inundo todo aquello que toca.

Pero, volviendo á mi cuento, pasaron unos tres meses, durante los cuales el don Juan de Retama, á ruego de buenos, logró, segun me dijo su digna esposa, que la pena durísima que le amenazaba se conmutase en destierro de la monarquía española. Milagros y su hija permanecieron en Madrid á pretexto de arreglar negocios y recoger algunas cantidades que, decian, les adeudaban ciertos sujetos, mas en realidad porque ni á la una ni á la otra convenia salir por en'onces de la Corte. La madre tenia para ello, fuera de la pasion de que yo era objeto, otras razones que pronto conocerán VV.; ¿en cuanto á la hija, ¿cómo habia de renunciar á la esperanza de casarse, aun sin tomar en cuenta su diabólica inclinacion á mi humilde persona?—Mas en medio de todo, lo que entonces me asombraba y ahora supongo que admirará á VV., amigos míos, es que aquellas mugeres á quienes poco tiempo antes conocimos en un gazapon inundo y en la mayor miseria, viviesen, como vivian, en decente, desahogada medianía, sin aceptar ni de Mendoza ni de mi aun aquellos regalos que son como de tabla en semejantes casos. ¡Cálculo! pensará alguno; y es posible que por parte de Matilde lo hubiese, mas por lo que respecta á Milagros el desinterés era sincero entonces, y no se me rian ustedes, porque digo la verdad entera. Si, aquella muger, como todas las de su misma edad y circunstancias cuando se apasionan, sintiendo instintivamente cuanto les falta en atractivos y les sobra en años para cautivar un corazon joven y ardiente, procuran, y sin cálculo, elevarse por medio del mas completo desinterés á la region de los nobles sentimientos. En tal situacion las hay que, en una necesidad extrema, preferirian prostituirse á un extraño á recibir una sola moneda de manos de su amante.

Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que en materia de dinero no es posible conducirse con mas desinterés que aquellas dos mugeres se conducian con nosotros. Así Mendoza, enamorándose mas y mas cada dia, y hallando un muro de hielo que rechazaba el ardor de sus deseos, resolvió, en fin, casarse, pero ocultándose aquella determinacion cuidadosamente, porque quantas veces me la habia insinuado, recibí en respuesta ó severas advertencias ó amargos sarcasmos. Matilde, por su parte, ya de malísima fé con su madre, y con su plan formado á mayor abundamiento, nada nos dijo á Milagros ni á mí; por manera, que ya mi compañero tenia conseguida la Real licencia para contraer matrimonio, cuando, ignorándolo absolutamente nosotros, ocurrió la escena que voy á referir á VV. seguidamente.

Antes, empero, conviene advertir que el Padre jubilado, protector de aquella desgraciada familia, tenia costumbre de visitarla dos veces á la semana, siempre á la misma hora, que era la del anochecer. Recibiale Milagros, en general, á solas; pocas veces Matilde; y cuidabase infinito de que ignorase nuestras visitas; porque era preciso, se nos decia, que el santo varon no pudiese ni sospechar siquiera los deslices de aquellas á quienes por buenas tenia y en tal concepto amparaba. Mi naturaleza ha sido siempre singular: siendo muy poco creyente, es, sin embargo, facilísimo engañarme, porque aquello que juzgo absurdo ó que me es antipático, me parece en todos imposible. Así juro á VV. que, considerando á un fraile como una especie de animal neutro, jamás me pasó por la cabeza la idea de recelar nada de aquellas entrevistas periódicas, á solas, y en general muy largas. Verdad es que, no estando enamorado, ni mucho menos, de Milagros, la sensibilidad del órgano de los celos estaba lejos de ser entonces esquisita en mí; y verdad tambien que, como una ó dos veces, ausente Mendoza, no recuerdo por qué motivo, me hallé á solas con Matilde mientras su madre daba conversacion al reverendo, lejos de sentir las visitas de este, sospecho que las deseaba, ó cuando menos que con placer las veia.

Y sin embargo, como en las posiciones falsas es todo contradictorio, nada conduce al fin deseado, yo, que anhelaba hallarme á solas con Matilde, cuando lo conseguia dejábame dominar por una timidez, ó mas bien perplejidad, tanto mas penosa cuanto mas agena

á mi carácter naturalmente audaz y osado. Ella por su parte no parecía tampoco mas satisfecha que yo, y llegó á acontcernos haber pasado hora y media sin testigos, ambos sentados cada uno al extremo de un mismo sofá, sin habernos dicho mas de media docena de palabras, y esas insignificantes, ó inoportunas, ó necias. Así, mal contentos el uno del otro, nos cogia la llegada de Milagros y de Mendoza, y en aquel momento era cuando con una mirada nos decíamos: «¡Qué lástima! ¡Ahora que ya íbamos á entablar la conversacion!»

Matilde, á quien Alfonso ha conocido bastante hermosa para justificar la frenética pasión que supo inspirarle, era en la época á que me refiero una perfecta hermosura, y mas que bella graciosa; y sobre la hermosura y la gracia, tenia ese don de seducir, esa atmósfera de voluptuosidad que irradiaba de ciertas privilegiadas mugeres, y trastorna el juicio de cuantos se les acercan. En punto á juicio ya saben VV. el poco que por entonces tenia mi pobre cabeza: figúrense, pues, cómo me puso aquella irresistible sirena.

Pero todavía no comprenderán VV. bien las situaciones si no se hacen cargo de que la hija de Milagros estaba (confieso que parece inmodesto decirlo) perdidamente enamorada del amante de su madre.

Don Diego. ¡No estaria malo el amor de aquella Pécora! Por Dios, Brigadier, que no me parece que se ha curado V. aun radicalmente.

Sotopardo: Tan radicalmente, que hablo del *Cárlos* de entonces, como pudiera de *Cárlos* de Suecia, ó de cualquiera otro difunto há siglos: pero Matilde me amaba, es verdad y debo decirlo.

Espliquémonos: sin embargo: si por amor entendemos aquí los primeros ardientes latidos de un corazon puro é inocente, una llama eterea como la *Psiquis*, la aspiracion de una *santa Teresa* á los

brazos de su divino esposo, entonces digo que Matilde era incapaz de amar ni á mi ni á nadie. La voluptuosidad carnal era el elemento dominante en la constitucion orgánica de aquella mujer, y las circunstancias de su nacimiento, familia y educacion lejos de espiritualizarla, contribuyeron á robustecer su natural indole: pero Matilde podia amar y me amaba positivamente con el frenesi de una *Safo*, con la intensidad de una *Fedra*, con la saña de una *Clitemnestra*. No era á mí, si VV. quieren, á quien realmente amaba, sino á sí misma: no fui yo el autor del fuego que la devoraba, sino la causa ocasional que de su estado latente fui á sacarlo: pero como objeto de sus deseos, ó como posesion para ella vedada, el hecho es que por mí y para mí vivia entonces, y que para llegar hasta mi hubiera sido capaz de locuras, y hasta de crímenes.

Escasa era la moralidad de aquella mujer, escasa por no decir nula, pero no obstante hay en todas las conciencias un grito de reprobacion para ciertas acciones que difícilmente se sofoca; y ese grito decia á Matilde: «*Aparte los lascivos ojos del amante de tu madre.*» Oida esa voz, un corazon entero y virtuoso aparta de sí la tentacion; el débil se refugia en brazos de la religion ó huye del objeto de su mal deseo; el imprevisor sucumbe inopinadamente; mas el impio se dice: «Cúmplase mi voluntad y ábrase el abismo para tragarme.»

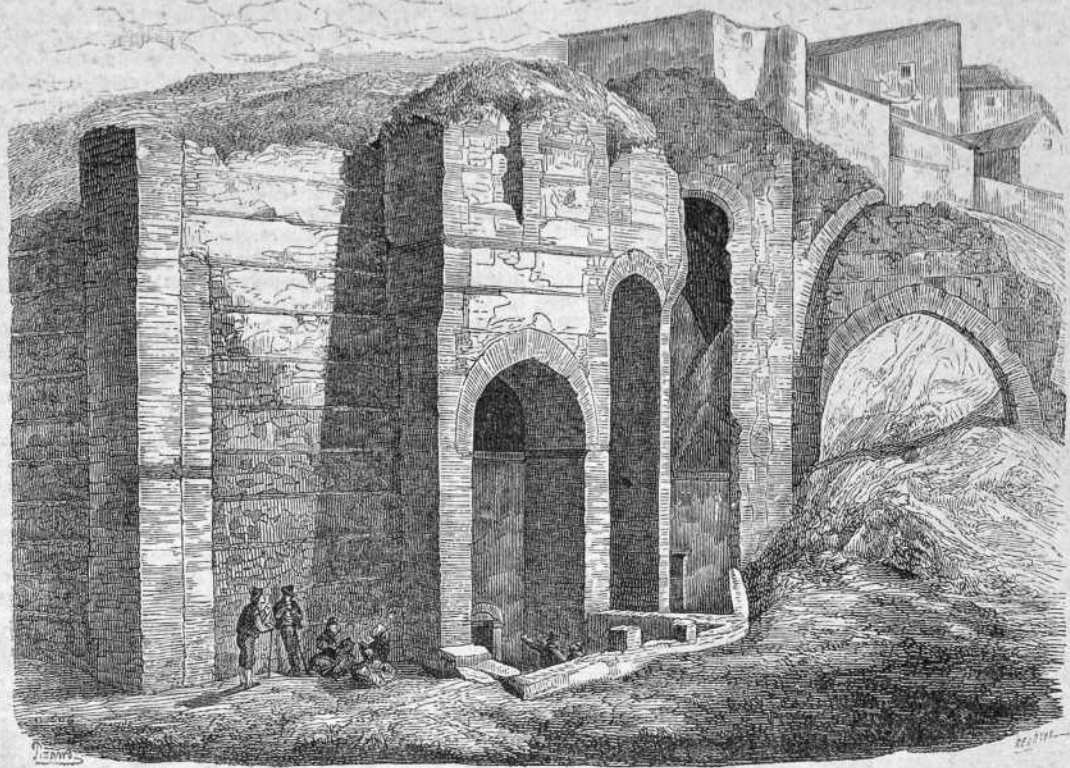
Tales debian de ser los raciocinios de don Juan Tenorio, tal fué el de Matilde, que no ignorante, no alucinada, sino á sabiendas, y con lógica resolucion, se propuso ser mia, por no decir que yo fuese suyo.

(Continuad).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



(El Centinela.)



Los palacios de Villena.

I.

En la parte oriental de la ciudad de Toledo y plazuela que llaman del Tránsito, existen todavía unas venerables ruinas, que por la solidez de sus arcos y machones parecen ser de fábrica muy remota, y restos quizá de algún palacio de reyezuelo moro. La devastadora mano del tiempo, que nada perdona, ha hecho tales estragos, que solo quedan de su primitiva grandeza algunos sótanos, especie de catacumbas, cuya terminación nadie hasta el día ha podido descubrir.

Se conserva la tradición que sobre esas bóvedas y subterráneos se alzaba, hace mas de quinientos años, un suntuoso edificio, que fué morada, por concesión de los reyes, del célebre marqués ó duque de Villena y conde de Cangas y Tineo, D. Enrique de Aragón, maestro de Santiago y primo hermano del rey D. Juan II. Los que hasta nuestros días han habitado aquellos laberintos y oscuras cavernas, no vacilan ni temen asegurar que en estos tenebrosos lugares era donde el hechicero marqués hacía sus terribles evocaciones y conjuros, y ponía en juego las diabólicas artes que había aprendido de la magia negra, hasta quedar metido en la redoma, como lo refieren nuestras consejas. Sea de esto lo que quiera, y no tratando de disputar á estas buenas gentes su creencia, que trasmítida de padres á hijos la conservan religiosamente, lo cierto es que los palacios que allí hubo, cuyas ruinas conservan hasta hoy el título de *Palacios de Villena*, pertenecieron al estado de ese nombre y al ya citado don Enrique.

Deruelto aquel á la corona por la muerte del infante, parece que el rey D. Pedro, llamado por unos el Cruel, por otros el Justiciero, los dió á su tesorero mayor, el judío Samuel Levi, quien después de haber servido fielmente á su señor, sufrió un crudo tormento, quizá en las mismas cuevas que aun subsisten, para que entregase hasta la última dobla de sus hacinados y muy ocultos tesoros. Posteriormente, queriendo dar una prueba solemne de su aprecio el rey D. Enrique IV á su gran privado D. Juan Pacheco, y premiar los muchos servicios que le había prestado, á mas de hacerle duque de Escalona, le dió el honoroso título de marqués de Villena, y con él los palacios en cuestión, que pertenecieron al primero que llevó ese

nombre, y en el año 1525, que es al que se refiere nuestro artículo eran propiedad de su hijo D. Diego Lopez Pacheco, segundo duque de Escalona, y también marqués de Villena. Muy suntuosos debían ser estos edificios, y muy rico y costoso el adorno de sus habitaciones y dependencias, pues el día antes de cierta entrevista del emperador con el condestable, se encontraba nuestro D. Diego muy tranquilo y descuidado en su morada, sin el menor antecedente de lo que había de suceder, cuando recibió un mensaje del monarca en que le hacía presente, con los términos mas corteses y galantes, que sería muy de su agrado que durante la residencia de la corte en Toledo hospedase en su mismo palacio al duque de Borbon, que por lo esclarecido de su sangre y eminentes servicios prestados á la España era muy digno de ocupar las casas de un tan gran caballero como el duque de Escalona. Sorprendido quedó el noble castellano de tan intempestiva demanda, y acordándose de la no interrumpida lealtad de sus ilustres antepasados, y de las muchas heridas que él mismo recibiera en la conquista de Granada defendiendo lealmente á su rey, no pudo contener su indignación al verse comparado con el traidor infame que había vendido y hecho armas contra su soberano y pariente hasta un extremo tan escandaloso. Pasado el primer ímpetu, y ya un poco mas tranquilo, con la mayor energía y serenidad contestó al mensajero de Carlos lo siguiente: — «Decid al emperador que el duque de Escalona nada puede rehusar á S. M., y así desde este momento puede contar con la casa y cuanto en ella se contiene para honrar al condestable, á cuyo fin su dueño y toda su servidumbre la abandonarán al punto; pero que si el condestable de Borbon pone los pies en ella, no estrañe S. M. abrase hasta los cimientos, y reduzca á cenizas, luego que salga de él, un palacio manchado é inficionado con la presencia del mas pérfido de los traidores, y por consiguiente no pueda volverlo á habitar en adelante sin mengua y baldon un hombre honrado. » Respuesta digna de un noble, que, como todos los de su estado, veía con el mas profundo sentimiento la régia acogida é inmerecidos obsequios que se tributaban á un criminal abyecto é envilecido.

El mensajero llevó la contestación al monarca, que no pudo concebir cómo el pundonor y delicadeza castellanos llegasen hasta el punto de detestar de este modo el crimen de Borbon, á pesar de sus

importantes servicios; pero una vez ya mandado, no se revocó la orden; el condestable pasó á ocupar la casa de Villena, quien, no sin gran sorpresa, la encontró desierta y abandonada de su señor, que á pocos días salió de Toledo á ocupar su puesto de general en jefe del ejército de Italia, vacante por la prematura muerte del célebre Pescara.

II.

En uno de los primeros días del mes de enero de 1526 se alzaba sobre el horizonte por la parte superior de la casa del duque de Escalona, marqués de Villena, una columna de humo espeso y negrozco, que, extendiéndose á medida que se elevaba por la atmósfera, oscurecía los rayos del sol. En pocas horas, á pesar de los esfuerzos del vecindario que acudió con precipitación á apagar el fuego, quedó reducido á cenizas uno de los edificios mas suntuosos y antiguos de la imperial Toledo. El público se echó á discurrir como tiene de costumbre en estos casos, sobre el origen y causas que habian motivado esta catástrofe. Unos lo achacaron á descuido é impremeditación de los criados; algunos lo atribuyeron á la perversa intencion de enemigos ocultos, y para estos fué el resultado de una monstruosa venganza; pero otros, observando con estrañeza la impasibilidad y poco empeño de la familia porque se contuviesen los estragos del fuego, suspendieron el juicio y tuvieron este accidente por un misterio que solo el tiempo podia aclarar; la noticia llegó á

palacio, y recordando el emperador las palabras del duque y la asombrosa exactitud con que las habia realizado, se amostazó un poco, no sin llenarse de asombro al considerar la diferencia entre el modo de pensar de un noble español y el de un príncipe gantés. La nueva de este suceso llegó igualmente hasta el fondo mismo de la prision de Francisco I, y tuvo gran placer en saber la lección que habia dado el altivo castellano al pèrdido é inícuo condestable.

Andando el tiempo, llegó el año de 1527, y el 6 de mayo, en el asalto de Roma por los imperiales, murió malamente de un mosquetazo el condestable. Sus tropas tomaron la ciudad santa, y ni los paganos, y bárbaros hunnos, vándalos y godos, la trataron con tanta crueldad como lo hicieron entonces las tropas que acaudillaba el apóstata Borbon. La historia carga sobre este perjurio la infamia y abominacion de un día tan horrible: día de luto y de desolacion para toda la cristiandad. El duque de Escalona, D. Diego Lopez Pacheco, sirvió lealmente á sus reyes, y contribuyó eficazmente á la rendicion de Granada, y lleno de honores y mercedes, falleció tranquilamente rodeado de los suyos el 6 de noviembre del año de 1529.

De tan grandes recuerdos, de tanta magnificencia y ostentacion, no queda al presente, como dejamos indicado, mas que una mole informe y ruinosa, sobre la cual crece la yerba en abundancia, habitada en sus interiores laberintos por alguna familia indigente, que á no encontrar otra morada para libertarse de la inclemencia, se conforma en tener por huéspedes á los murciélagos y demas aves nocturnas que han fijado allí su domicilio.



(Vista general de Toledo tomada desde las ruinas del circo Máximo.)

ESTUDIOS HISTORICOS.

CANTORES ANTIGUOS.

(Conclusion.)

V. BARDOS.

Uno de los pueblos setentrionales mas notables de la antigüedad es sin duda la gran nacion de los celtas, que llegó á extenderse desde las orillas del golfo Adriático hasta las fronteras de la Tracia, atravesó la Germania para penetrar en las Galias, en Irlanda, en Escocia y en España, y acabó por relegarse á la Armórica ó Bretaña francesa y al país de Gales, en Inglaterra, en donde todavía se habla su lengua.

Los celtas tenian por ministros de su culto á unos hombres llamados druidas, que eran consultados como oráculos y constituian la primera de las dos clases del estado; la segunda la formaban los caballeros; y los hombres de la plebe eran mirados como esclavos.

Estos druidas, que celebraban sus misterios en los bosques, tenían por principal ocupacion propagar sus leyes, sus doctrinas y sus historias por medio de pequeños poemas y cantos que debian aprenderse de memoria. Los druidas curetes eran los intérpretes de las leyes, y sus sentencias se miraban como sagradas. A los druidas estaban subordinados los bardos, los cuales existieron entre los irlandeses

y los montañeses de Escocia ó caledonios, y entre los habitantes del principado de Gales, resto de los antiguos bretones de Inglaterra, y pueblos todos de raza céltica, como lo eran los galos. Si los dialectos de estos países juntamente con el de la baja Bretaña tienen gran semejanza, mucho mas se parecen sus bardos en sus ocupaciones y en otras cosas á ellos referentes.

El druidismo fijó su asiento principal en Chartres, que se consideraba como la capital de la Galia céltica; en ella tenian su colegio los druidas. Estos sanguinarios sacerdotes celebraban allí sus asambleas generales, bajo el nombre de *Autricum*, y mantenian una escuela para que solo los jóvenes de la nobleza acudiesen á instruirse en los misterios de su orden. Tenian ademas en aquel punto y en otros varios del reino muchos colegios para la educacion de los bardos, en donde les enseñaban su poesia mística ó fabulosa, la historia, la elocuencia, las leyes y la música. Cuando el alumno habia concluido el curso de sus estudios, que á veces duraba doce años, tomaba el grado de *Ollmach* ó doctor, y entonces estaba apto para desempeñar todas las dignidades de su orden, y llegaba á ser *Fílea*, *Breitheamh* ó *Seannacha*, dignidades que en un principio recaian en una misma persona, pero que despues fueron separadas por la dificultad de llenar sus deberes á un tiempo mismo.

Los bardos de la primera de estas tres clases, especialmente en los países en donde estaban subdivididos, eran esencialmente poetas druidicos. No todos estos vates componian solo himnos religiosos ó cánticos guerreros, sino que hacian tambien poesias satiricas. Diódoro

de Sicilia dice positivamente que los bardos alababan á unos y se burlaban de otros. Estos bardos principales, rodeados de una guardia propia, marchaban á la cabeza del ejército, ó seguían de cerca al caudillo ó régulo de quien dependían. Iban vestidos de largos ropajes blancos, con arpas en las manos, y rodeados de una multitud de artistas músicos. Estaban presentes en la batalla para escitar el valor de las tropas con odas y cantos guerreros, y dar también la señal con sus gritos en los momentos del peligro ó de la victoria. El *irish cry*, grito de Irlanda, que es una especie de música guerrera, acaso traiga ese origen.

En el mismo campo y acompañándose con los instrumentos, cantaban de repente las alabanzas de un héroe muerto delante de su cadáver, inmortalizando de esta manera su nombre y su alma (1). Sus canciones eran la mejor recompensa para las hazañas de un valiente, el consuelo en la última hora, y el requisito necesario para el tránsito á la otra vida.

La segunda clase, llamada *Breitheamh* ó *Brehoms*, se componía de legistas. Estos bardos promulgaban las leyes, cantándolas á manera de recitado ó de canto monótono, poniéndose para ello en un paraje elevado, y sosteniendo la voz con una especie de bajo ejecutado en el arpa. En adelante tuvieron el doble oficio de jueces y legisladores.

Los *Seanacha* ó bardos de tercera clase eran anticuarios y genealogistas; conservaban en la memoria los acontecimientos notables, y en verso la genealogía de sus protectores.

Además de estas tres órdenes había otra inferior de bardos *instrumentistas*. Tenían cinco títulos diferentes, según el uno ó el otro de los cinco instrumentos que tocaban; pero su título general era el de *Oirfidigh*, y acompañaban los cantos de las tres clases superiores.

Esta es la clasificación mas precisa que podemos hacer de bardos, especialmente de las Galias, suelo clásico de tales poetas y can-



tores antiguos. Sin embargo, en este país es en donde menos vestigios han quedado de ellos; pues á pesar de haberse retirado todos á la Armórica, última provincia que nunca fué completamente sometida á la potencia romana, no se sabe mas sino que la existencia de los bardos armóricos estuvo íntimamente ligada á los druidas. Como la institución del bardismo haya existido en pueblos diferentes aunque de origen común con la Galia céltica, cuales son el país de Gales, Irlanda y Escocia, vamos á dar de él mas pormenores, principiando por el punto mas cercano á la antigua Francia, esto es, por el principado de Gales, pueblo gúelcho (*welsh*), llamado por los ingleses Cambrones, siendo este país donde mas se perfeccionó aquella órden, donde estuvo mas organizada, y en donde por mas tiempo se conservó.

Por las tradiciones del país de Gales ó Cambria se sabe que la existencia de los bardos es antiquísima en la Gran-Bretaña, atribuyéndose su fundación á Tydan, inventor del canto y de la música, personaje fantástico ó puramente mitológico, y padre igualmente de las

musas. Su institución en este país se enlaza originariamente á la mitología céltica.

Poseyendo los bardos en un principio el espíritu pacífico y conciliador de los primeros druidas, no podían tomar parte en la guerra; y bastaba que uno lo hiciera para que se entendiese abjuraba de su condición ó dignidad. Pero el tiempo y la fuerza de las circunstancias trocaron esta condición apacible en batalladora, y ya el bardismo perdió su sencillez primitiva. El bardo cantó primero las deidades de la mitología druidica; mas luego que triunfó el cristianismo y desapareció el culto idolátrico y los misterios de los bosques sombríos, cantó los himnos de la iglesia y la salmodia de la religión que venía. Los himnos de David se superpusieron á los de Osán, y los preceptos del Edda callaron cuando habló el Evangelio; la cruz sustituyó á la encina venerada.

Entre los primeros bardos galeses ó gúelchos que reverenciaron los misterios y adoptaron los dogmas cristianos, se cuentan varios, cuyos nombres han llegado hasta nosotros llenos de celebridad y fama; tales son Aneurim, Llywarch, Taliesim y Merlin ó Myrddin de quien tantas cosas y cuentos se refieren.

Sin embargo, los bardos y el clero cristiano no estaban en aquella época en la mejor armonía, pues intolerantes los sacerdotes del Evangelio, hablaban encolerizados contra aquellos hombres que preferían la sensualidad del ritmo de la música profana á la monotonía severidad del canto sacro; en tanto el bardo Taliesim manifestaba el desprecio que le inspiraba la ignorancia de los primeros monjes, diciendo: «No saben distinguir lo que es crepúsculo de lo que son los primeros rayos de la aurora, ni conocen la dirección de los vientos, ni lo que mueve las ruidosas agitaciones del aire.» A pesar de esto Taliesim decía: «Ayúdeme Cristo y esté conmigo.» El bardo Merlin mirando igualmente de mal ojo á los tales monjes, decía resueltamente: «No quiero los sacramentos de mano de esos hombres de ropas negras; adminístreme el mismo Dios los sacramentos.»

Bastó por lo tanto el que el bardo Merlin tuviese tanta ojeriza á los ignorantes monjes de su tiempo para que le hiciesen pasar por hechicero, si ya no fué la causa de ello sus muchas y raras predicciones que tanta celebridad le dieron en la edad media. Estas predicciones tenían por objeto la nueva venida del rey Artús ó Arturo, cuyo reino habían destruido los sajones; el rey Artús debía dar la libertad á su país oprimido, y revivir la nacionalidad bretona. Los bardos cámbrios se trocaron por esta causa en una especie de profetas como los de los hebreos, anunciando un Mesías que vendría á libertarlos, y Merlin fué el principal de ellos, cuyas profecías estuvieron por mucho tiempo en boca de los demás bardos. La siguiente poesía es traducción de una de ellas:

Canto profético de Merlin.

Día vendrá en que una sus varones
De Gales el país, y un eco solo
Y un solo corazón impere en ellos.

Entonces las naciones
Que nos oprimen, perderán su gloria,
Y dejarán el yugo nuestros cuellos;
Y huirá el pagano; — siempre en la pelea
Contad con el laurel de la victoria
Aunque sangrienta y peligrosa sea.

—
Arrójense los cámbrios al encuentro
Como el oso feroz de la montaña,
Para vengar la muerte de su padres.

En poderoso centro
Hazes de acero muéstranse sus lanzas:
Ninguno sepa sino herir con saña,
Ni cuide de salvar amigo ó deudo
Cuando suene el clarín de las venganzas.

—
Todos á hacer con cráneos de Germanos
Sus copas de festín vayan briosos,
Y dejen inhumanos
Mujeres sin esposos;
Dejen sin caballeros
Suelos al campo los bridones fieros;
Y hambrientos cuervos sigan á bandadas
El paso de los incultos guerreros. (1)

Queriendo el rey Hoel-le-Bon reorganizar la existencia antigua del país de Gales en el siglo X, formó un cuerpo de legislación en donde hay una parte considerable que pertenece á los bardos, la cual por lo notable y curiosa merece que la refiramos.

(1) Lucano, *Farsalia*.

(1) Cambrian Register. 1796.

El bardo no debía ocuparse de otra cosa que de su arte. Había catorce personas con derecho á sentarse en la mesa del jefe, contándose entre ellas dos bardos: el bardo de familia, llamado *Teulu*, cuya situación era semejante á la de los bardos parásitos, que dice Posidonio tenían los reyezuelos galos, y el bardo del escudo ó sitial, llamado *Cadeiroc*, especie de poeta coronado, y príncipe de los bardos, como hubo después un rey de los ministriles. La condición del bardo *Teulu* tiene una importancia particular en el código de Hoel, pues dice (1): «El bardo poseerá una tierra libre; el rey le dará una vestidura de lana y la reina otra de lino. En las tres fiestas principales se sentará al lado del prefecto de palacio, á quien toca ofrecerle el arpa para cantar (etiqueta muy honrosa para el bardo de familia). Cuando se pida el canto principiará el bardo á quien corresponda el derecho del sitial á cantar, primero las alabanzas de Dios, después las del rey en cuyo palacio esté, y si allí no se encuentra para ser celebrado, entonará las alabanzas de otro rey. Luego que el bardo del sitial haya cantado, el de familia empezará el tercer cántico diferente de los dos primeros. Si la reina quisiese oír algún canto, el bardo de familia está obligado á entonarlo, aunque á elección suya, pero en voz baja y como al oído para que no se moleste la corte.»

Los emolumentos del bardo *Cadeiroc* eran los siguientes: «Cuando el bardo del rey vaya al botín con los servidores reales, tendrá el mejor toro de la presa, si les canta; y en el día del combate estará obligado á entonarles el himno de la monarquía bretona. El rey le dará un tablero de marfil, y la reina un anillo de oro.» Y según otra versión un arpa (*Clear-seach*) «que no cederá á persona alguna ni regalada ni por el dinero.»

«Conducirá á la presencia del rey al hombre que injurie á otro, y á toda persona que necesite de su auxilio.—Prerogativa muy en armonía con la dignidad de sacerdote pacificador que el bardo tenía en los principios.

«Si el bardo pide algún favor al rey, que entone un cántico; si á un hombre noble, tres; y si á un plebeyo, que cante hasta la noche.»—¡Singular disposición! esclama un escritor. ¿Querrá la ley manifestar con esto que el bardo no es solo el hombre del príncipe, sino que el poeta pertenece á todo el pueblo?

Veamos la importancia que tenía el bardo en la pena impuesta por el mal que se le hacía. «La injuria hecha al bardo de familia está tasada en seis vacas y en ciento veinte dineros; y su muerte se estima en ciento veintiseis vacas.» Multa es esta sumamente crecida si se atiende á la que se pagaba por otros personajes, según la tarifa de la ley cámbrica.

Las leyes jermánicas, y entre ellas las de los ripuarios, establecen penas análogas á las anteriores: «Todo el que hiera la mano de un arpista, pagará cuatro veces mas que por cualquiera otro.»

El *Cadeiroc* ó príncipe de los bardos estaba mejor considerado que ninguno por la ley cámbrica. «Ha de recibir doble parte del botín: la tendrá también doble en los regalos del rey y en los que se hicieren por el casamiento de la hija de su jefe; y recibirá ciento veinticuatro dineros de todo cantor que dejando la cuerda de seda ascienda á cantor áulico.

El harpa estaba también incluida en la ley como el bardo. «El harpa del jefe de los bardos vale ciento veinte dineros, tanto como la del rey.» Una ley-escceptuaba el harpa de la almoneda que se hacía del ajuar á la muerte del poseedor. En fin, el uso de dar la investidura á un bardo por medio del harpa se conservó por mucho tiempo, siendo un derecho feudal, como se vé en los títulos de algunas tierras, concebido en esta forma: «*Cythara argentea dispositio pertinet ad hanc baroniam*,» esto es, el derecho de conferir el harpa de plata pertenece á esta baronía.

La órden de los bardos fué reformada por Gryffyd-ap-Cynan, príncipe de Gales, hácia el año de 1080, con objeto de corregir no pocos abusos que se habían introducido en ella; y así continuó durante algunos siglos hasta Eduardo I, encontrándose en todo este periodo bastante número de pequeños gefes cámbricos que eran también bardos, y de los cuales aun se conservan algunas poesías. Se vé por lo tanto que ya la condición de guerrero estaba unida á la de bardo.

Así seguían siempre estos cantores, sin dejar de alimentar esperanzas de independencia, y reproduciendo de cuando en cuando las respetadas profecías de Merlín, para mantener latente el patriotismo cámbrico, hasta que la atroz conducta de Eduardo I los hizo ahorcar en masa para libertarse de unos hombres que tantos temores le causaban. Pero si no es cierto, como algunos pretenden, que hiciese en los bardos tan espantosa carnicería, sin duda alguna dió principio á la persecución que, continuada por sus sucesores, ocasionó la destrucción completa de aquella institución.

En los principios del siglo XV un gefe cámbrico insurreccionó por

última vez el país de Gales contra la Inglaterra; los bardos entonces apelaron á las poesías proféticas y cantos de Merlín, anunciando que ya había lucido el hermoso día de la libertad para la Bretaña; pero la insurrección se sofocó, y el país quedó para siempre bajo la dominación inglesa.

Enrique IV (1407) prohibió las reuniones de los bardos; Enrique V (1417) las volvió á tolerar, y continuaron hasta los tiempos de Isabel de Inglaterra, que las suprimió enteramente. Pero en 1763 varias personas instruidas del país de Gales, llevadas del amor á las antiguas glorias históricas y literarias de su patria, formaron una sociedad con el fin de dar á luz la colección de sus documentos históricos y poemas gúelchos, y hacer renacer, si era posible, el genio de los poetas y músicos de otros tiempos. Esta idea era ciertamente un anacronismo, pero anacronismo que encontró eco en el corazón de la nacionalidad cámbrica. Las reuniones de los nuevos bardos galeses, por cierta reverencia ó superstición á los usos pasados, se tenían como antiguamente en la cima de las colinas al aire libre y en derredor de algún monumento druidico. En Lóndres se dan á veces conciertos de harpistas galeses en conmemoración de los antiguos bardos gúelchos; y nosotros hemos asistido en Cardigan, año de 1831, á un *estedvod*, en donde los bardos modernos tocaron varias piezas de harpa y *erewth* (1), cuyo carácter era el mismo que el de la música de los antiguos cámbricos ó bretones, que aun se conserva en el país.

Hablemos ahora de los bardos de Irlanda. El origen del bardismo en Irlanda es tan antiguo, que se pierde entre las épocas fabulosas de aquel país. Dicese que un rey llamado Cormac instituyó mucho tiempo antes de la introducción del cristianismo diez cargos para otras tantas personas que no debían apartarse de su lado; y entre ellas aparece en primer lugar un druida, y en tercero un bardo para cantar las acciones de los reyes antepasados. Cada noble tenía también además de un druida, un bardo, cuyas funciones estaban dotadas con tierras que eran hereditarias en las familias, como las mismas funciones que desempeñaban. Sea esta organización obra del citado Cormac, ó bien institución de las primeras tribus irlandesas, es lo cierto que la profesión de bardo fué hereditaria; pero un derecho tan absurdo estaba sin embargo corregido con la prescripción de que cuando un bardo moría, no se transmitía su dignidad á su primogénito, sino á aquel varón de su familia que demostrase mas genio para la poesía y la música.

Luego que el cristianismo se estableció en Irlanda, desaparecieron los druidas como en las otras partes; pero la órden de los bardos conservó todas sus prerogativas, con la única diferencia de que en vez de dirigir sus himnos á Eso, su divinidad principal, reverenciada bajo la imagen de una encina, los dirigieron al Dios de los cristianos.

El bardo irlandés no era inclinado á las profecías como el del país de Gales, y se contentaba solo con celebrar el pasado y las glorias fabulosas de la antigua Erin ó Isla Verde, como llamaban á la Irlanda. Todo régulo ó gefe de tribu tenía á su servicio uno ó mas bardos, que eran como maestros de coro; cada bardo de estos podía tener bajo su dominio treinta subalternos, y cada subalterno otros quince para acompañarle en sus cantos.

Los bardos irlandeses eran también heraldos ó reyes de armas como los Kerukes de Homero. Su carácter pacífico y conciliador en un principio era respetable y sagrado aun para los mismos enemigos: si se presentaban en medio de dos ejércitos en el momento de ir á acometerse, y aunque se hubiese empezado la pelea, se suspendía para escuchar sus proposiciones.

El bardo irlandés ha sido también objeto de las leyes, como lo fué el del país de Gales: sus vestidos y los de su muger se tasaban en tres vacas, precio bastante subido para aquella época (2).

Continuando, pues, el bardismo reverenciado en Irlanda como lo era en otros países, la preponderancia de sus individuos llegó al extremo mas escandaloso. Colmados en todas partes de honores, riquezas y poderío; revestidos de privilegios extraordinarios, y poseedores de dos artes que tanto influjo tienen sobre el hombre, la música y la poesía; y respetados por los grandes y por el pueblo, los bardos se hicieron insolentes y su corrupción intolerable. ¡Notable semejanza la de estos bardos con esas instituciones que la fuerza de la civilización ha destruido en España!

Sus riquezas eran inmensas, y escesivos ó irritantes sus privilegios: las mismas tierras que se les regalaba, fueron consideradas como sagradas y exentas de todo tributo. Además de estas posesiones tenían también los bardos el derecho de ser mantenidos á expensas del estado durante la mitad del año. Iban á demorar á donde mejor les parecia. Bajo el reinado de Hugo tuvieron la arrogancia de pedir

(1) Instrumento de arco, de seis cuerdas.

(2) Walker, Historical Memoirs of the Irish bards, 49.

(1) *Leyes wallie ecclesiastice et civiles Haddiboni*.—Londini 1750.

ornamentos como los que el rey llevaba sobre su traje. Injuriaron á la nobleza, y se hicieron culpables de mil excesos. Su número se aumentó hasta el punto de componer la tercera parte de la nación. Las artes morían por falta de operarios, y la agricultura por no haber labradores. Finalmente, el rey se vió obligado á convocar en 580 una asamblea nacional cuyo objeto principal debía ser la extinción de la orden de los bardos; pero se redujo á disminuir considerablemente su número y privilegios, y á desterrar á los mas culpables.

La irrupción de los daneses á mediados del siglo IX detuvo en Irlanda los progresos de la inteligencia, y redujo el país en breve tiempo á la ignorancia mas profunda. Estos bárbaros destruyeron todos los colegios de bardos y quemaron sus libros. Los bardos que pudieron salvarse se escondieron en los bosques ó en las montañas; otros fueron hechos cautivos.

Después de la expulsión de los daneses, los graves daños ocasionados por éstos los reparó O'Brien Boiromh, muerto en 1014. Este rey restableció los colegios de los bardos, y abrió nuevas academias y bibliotecas, cuidando especialmente de la música por ser músico él mismo. El harpa de O'Brien figuró mucho políticamente en la historia de Irlanda del siglo XI (1), pues llevada á Roma permaneció en poder de los papas hasta el siglo XVI. Roma entre tanto la confió á Enrique II como señal del derecho que le asistía sobre Irlanda, pues esta isla debía someterse al poseedor del harpa y la corona de O'Brien. Después el harpa se envió desde Roma á Enrique VIII, como defensor de la fé, cuyo rey, dice un historiador, no supo merecer este título por mucho tiempo, y desde esta época solamente fecha el que la Irlanda tenga un harpa por blason y por símbolo.

Se cree que el harpa teutónica, depositada en el colegio de la Trinidad de Dublin, es la de O'Brien. Después de haber pasado por un gran número de manos, fué á parar á las del *Rigth Honourable*, William Cunyngham, el cual en 1782 la depositó generosamente en el museo del indicado colegio.

A semejanza de los *Juegos florales*, creados mas tarde (1525) en Tolosa de Francia, había una antigua costumbre en Irlanda y Escocia, y era que los bardos en un certamen aniversario recitasen sus poemas y compitiesen en el mérito poético y músico. Las canciones que merecían la preferencia eran dignas de conservarse, se enseñaban cuidadosamente á los niños para trasmitirlas de este modo á la posteridad. La serie de estas canciones formaba la historia tradicional de los caledonios. Todo esto es tambien aplicable á los bardos galeses, quienes (dice Pecchio) eligieron el monte Snowdon para su Parnaso, y creían que todo el que se durmiese allí, despertaría inspirado.

El título de bardo, tan reverenciado antiguamente en Irlanda y en el país de Gales, decayó de su importancia en el reinado de Isabel de Inglaterra (1565); porque aborreciendo ésta el imperio que aquellos cantores conservaban en el ánimo de los gefes de la nación, les quitó todos sus privilegios, confiscó sus bienes, y reducidos muy luego á una vida errante como la de los últimos ministriles, las leyes inglesas los trataron como vagabundos.

Los bardos antiguos se sustituyeron en Irlanda con mendigos ciegos, que pasaban la vida entonando canciones y componiendo otras nuevas, pidiendo pan á los labradores del campo, en vez de tomar asiento en la mesa de los reyes. En 1736 vivía en Londres un tal Maguire, mendigo, ciego, músico, cantor, poeta, fiel al culto y á las tristezas de su patria, y fué el último de los bardos de Irlanda.

Pocas líneas bastarán para hablar de los bardos de Escocia, siendo estos en todo semejantes á los anteriores. Representaban como ellos ya el papel de mensajeros de paz y concordia, y ya el de cantores belicosos. Si un peregrino llegaba al hogar del bardo caledonio, antes de preguntarle su nombre le daba hospitalidad y lo sentaba á su mesa; y si anunciaba la guerra, subía entonces á la montaña inflamando con sus cantos el ardor de los valientes. Después de la victoria, sentado el bardo cerca de su caudillo sobre el cesped ó la maleza al rededor de un tronco ardiendo, celebraba su gloria y la de sus mayores.

Entre todos los bardos de la Caledonia, el nombre del mas célebre que ha llegado á nosotros es el de Osían. La Irlanda ha disputado á la Escocia la propiedad de este poeta, y su reclamacion no parece justa si se atiende á que Fingál, padre de Osían, vivió casi siempre en las islas Hébridas, y á que existe en una de ellas, llamada Staffa, la célebre y admirable gruta ó caverna con el nombre de Fingál.

Es cierto que se conocen unos cuantos poemas atribuidos por largo tiempo á Osían; pero los trabajos de muchos criticos han hecho conocer que casi todos son obra de la superchería de Macpherson, quien dió como auténticos del bardo los que él habia confeccionado de fragmentos tradicionales, teniendo la habilidad de retocarlos y alterarlos. Con este motivo dice un escritor que la superchería mas in-

signe fué el retraducir Macpherson en dialecto gálico el testo inglés que habia publicado, creando de este modo un original embustero, sacado de una copia falsificada.

Discutida, sin embargo, esta interesante cuestion literaria por Villemain y otros escritores de nota, se puede fallar, que si bien no son auténticos los poemas presentados por Macpherson, la poesia osiánica existió ciertamente; pues ni él ha podido crearla en el fondo, ni inventar las costumbres bosquejadas en tales poemas, cuya memoria se ha conservado por la tradicion.

No es nuestro objeto hablar aquí del carácter triste y melancólico de la poesia bárdica. La personificación del verdadero bardo caledonio se encuentra en Osían. Figurémonos verlo en un guerrero ya anciano, ciego, el postrero de su raza, que se levanta á tientas por la noche porque sintió el roce de las armaduras de sus abuelos, colgadas en los desmantelados salones, ó creyó escuchar la voz suspirante de ellos en los ámbitos del edificio; que lleno todavía de estro poético, descuelga su harpa del lado de sus armas, y canta privado de la luz al ruido del torrente, las proezas de su padre y de Fergus su hermano, la muerte de su hijo, las hazañas de su juventud; y celebra los banquetes y los combates de los dias venturosos que ya no tornarán.

Queremos no obstante presentar como una débil prueba del carácter de la poesia bárdica, la traduccion de un canto del norte, cuyo original tiene toda la sombría amargura de los del hijo de Fingál.

El harpa rota.

Oye tú, que en tus cuerdas cien veces,
Desde el fondo del bosque sombrío,
Repetistes el cántico mio
De afanosa, perdida ilusion;
Harpa fiel, apagóse tu acento
Y murieron tus cantos de gloria,
Mientras llena de afán la memoria
Busca en vano tu plácido son.

Turbio el cielo y helada la noche
Mi postrero claror de esperanza
A romper esos nublitos no alcanza
Y á la vez que tus ecos huirán;
Y con ellos huirá mi ventura,
Y de penas el alma oprimida.
Pronto rota, ¡oh! mi harpa querida,
A par tuyo mi alma será.

Terminaremos la noticia de Osían presentando un diálogo que manifiesta bajo la forma mas interesante y sencilla la lucha que debió sostenerse en la Caledonia entre los bardos y los misioneros cristianos. Encuéntrase ya Osían sin padre, sin hijo y sin amigos, y quieren hacerle adoptar una creencia nueva. El anciano bardo se ve obligado á aceptarla porque la aceptan los demas; solo se permite murmurar algunas veces...; se queja de que le hagan ayunar, y de que le atormenten con antifonas y campanas, porque cree que no valen tanto como los cánticos guerreros de su juventud. Osían manifiesta un dia su mal humor á san Patricio, tenido por el apóstol de Irlanda, y este como diestro misionero quiere oírle sus cantos; Osían aprovechándose de la condescendencia de Patricio, le recita con placer las proezas de su juventud y las grandes hazañas de Fingál. Patricio entonces le interrumpe bruscamente diciéndole que Fingál está en el infierno; pero Osían lleno de noble firmeza le responde: «Si vivieran los héroes de mi tiempo, le arrancarían del infierno á pesar de tu Dios. ¿Crees tú ciertamente que trate Dios de esa manera al magnánimo Fingál? Pues bien, Fingál es mejor que él, pues si tu Dios estuviese cautivo, Fingál le libertaría!» (1).

VI.

MAESTROS CANTORES.—JITANOS MÚSICOS.

Una tribu musical, compuesta la mayor parte de artesanos y que tomó el título de *Meister-Sänger*, maestros cantores (2), existía ya en Alemania en el siglo X, colmada de privilegios por el emperador Otón I y por el papa Leon VIII. Estos *maestros cantores* se extendieron mucho por la parte occidental de la Germania, y supieron atraerse la atencion del pueblo alemán por mas de cinco siglos. Cantos sagrados, poesías eróticas, otras sobre asuntos históricos y populares, y mas tarde los dramas heroicos, eran los frutos de su musa. El que sabia componer al mismo tiempo la poesia y la melodía se llamó *Meister maestro*.

(1) *Mis Brooke, Ballads of Irish poetry.*

(2) *Traetat von der edlen Kunst der Meister-Sänger, von Adam Poschmann, 1372.*

(1) Walker, *ibid.* 64.

La ciudad de Maguncia era, por decirlo así, el centro ó universidad del canto maestro, y en donde se conservan los estatutos y privilegios de la asociación; pero los principales puntos de la misma eran



Strasburgo, Ulma, Augsburgo y Nuremberg. Esta sociedad perdió mucho de su nombradía en el siglo XV, porque también se echó á perder, pero volvió á recobrarla á fines del mismo, gracias á los esfuerzos de Hans Sachs, zapatero de Nuremberg; de manera que floreció aun por todo el siglo XVI. Estos maestros cantores han desaparecido en estos últimos tiempos á consecuencia del rápido vuelo que tomó la música en Alemania, país cuyos individuos son esencialmente armonistas; pero su memoria tendrá un lugar señalado en las páginas que hablan de Herder, de Mozart, de Haydn y de Beethoven.

Hay todavía otra clase de tocadores y cantores ambulantes en varios puntos del norte de Europa, la cual se compone solamente de familias gitanas. Esta raza vagabunda, bastante conocida entre nosotros, y en especial en nuestras provincias meridionales, por su destreza en ser los hombres cuatros y las mujeres decidoras de la buena ventura, y confeccionadoras de maleficios, según la creencia vulgar, goza en Rusia, en la Moldavia, la Valaquia, la Alemania y otros países, además de esa mala reputación, de otra que no tiene en España, y es la de haber entre ellos sobresalientes músicos. Los gitanos andaluces, que son el verdadero tipo existente entre nosotros, se hacen notar por su viveza, por sus ocurrencias y chistes y por sus jaleadas canciones, como son, el polo, la caña, las playeras, etc.; pero los gitanos que recorren las frías comarcas de la Hungría y los campos nevados de la Rusia, son también músicos y poetas. Las canciones y baladas populares que cantan en lenguaje rommani, que es el originario de la raza, les dan una grande importancia entre las gentes de aquellos países. Provistos del violín, su instrumento ordinario, del clarinete, de la cobra, que es una especie de bandurria de cuerdas dobles, tocada con una púa, del nay ó especie de salterio tudesco, y del *moscata* ó *haborn-sip*, que es á modo de pífano, caramillo ú oboe, emprenden sus largas correrías cantando y bailando por las aldeas y poblaciones notables. Al llegar á los pueblos sientan sus reales en las cercanías, pues les está prohibido recorrer las calles, sin duda para que no tengan ocasión de ejercer la principal de sus habilidades. Se ven entre ellos individuos, que no conociendo ni una nota de música, improvisan en el violín algunos pasajes, cuya dificultad daría que hacer á los instrumentistas mas hábiles.

En la edad media estos gitanos quisieron asemejarse á los ministros, recorriendo los castillos, y entonando las cántigas y los serventesios; pero sea por la fama de rateros que han tenido en todos tiempos, y de que todavía disfrutan, no fueron admitidos por los barones, ni merecieron las atenciones de las castellanas orgullosas, que tenían mas confianza en los demás cantores ambulantes

de la época que no estaban tan prostituidos. Esto sin embargo no impedía que fuesen los músicos y cantores mas diestros, de los cuales quedan aun varios restos notables, que con el nombre de *Vi-Ma-*



giar en Rusia, y de *Zigener* en Alemania, son los depositarios de las viejas tradiciones del país, de sus cantares y de sus danzas primitivas.

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el rio suena !

(Continuacion.)

Don Diego. Pero señor, ¿ cuándo llegamos á los sucesos ?
Sotopardo. Ahora: mas sin las explicaciones ni VV. comprenderían sus causas y efectos en el órden moral, ni se cumpliera el propósito de esta sociedad.

Aconteció, pues, que estando ya ella y yo en el apogeo y paroxismo de la pasión, lograra Mendoza, Dios sabe con qué trabajos, esfuerzos y hasta supercherías, que se le concediera la licencia para casarse, único requisito que esperaba para pedir, según las formas habituales, la mano de su amada, y consumir aquella disparatada union. El bueno del hombre corrió con la real órden en la mano, y rebosando júbilo por todos sus poros, á los pies de Matilde, á suplicarla que le permitiese hablar á su madre: ella que por una parte estaba resuelta, como no podía menos de estarlo, á adquirir casándose una posición social, si no elevada, por lo menos mucho mas respetable de lo que esperar le era lícito; y que por otra tenia con respecto á mí formado un plan irrevocable, respondió á Mendoza, que ni pareciera bien, ni aconsejaba la prudencia que él mismo pidiese á su novia, y que no teniendo en Madrid parientes, era natural y decoroso que yo fuese el encargado de tal comisión, pues que, á mayor abundamiento, nadie podría tampoco ser mas á propósito que yo para captar la benevolencia de Milagros.

Sabia muy bien la diestra Matilde que su madre, con quien por lo que respecta al noviazgo obraba de acuerdo, no habia de oponer dificultades á lo que tanto deseaba, y entonces por sus celos mas que

nunca: sabía igualmente que Mendoza tendría mas dificultad en encargarme tal comision que á ningun otro hombre; mas por lo mismo se lo propuso.

En vano el cándido novio habia ocultado mis sarcasmos y mis raciocinios contra aquel enlace: Matilde los adivinaba, ya por el conocimiento que de mi carácter y de mis ideas tenia, ya, y esto equivocadamente, suponiendo mi oposicion efecto de la pasion que sabia me inspiraba, aunque yo hasta entonces procuré ocultársela.

Las premisas produjeron la consecuencia que ella esperaba: Mendoza, con medias palabras y necias disculpas, trató de disuadirla de aquel pensamiento: insistió primero Matilde, y por último hizo de manera que su enamorado la rogase que fuera ella quien conmigo se entendiese.

Háganse VV. cargo detenidamente de la situacion: Matilde, de acuerdo con Mendoza, ó mas bien á ruego suyo, iba á citarme para hablar conmigo largamente; y la entrevista habia de ser completamente á solas, pues que habia de ignorarla Milagros por el momento, y el novio no osaba asistir á ella.

Plan mas hábil, fria y cínicamente combinado no salió nunca de cerebro diplomático.

Y en efecto, puestos enteramente de acuerdo los dos futuros cónyuges, vino Mendoza á mi casa cierta mañana, y de pié, sin dejar el sombrero ni mirarme á la cara, dijo:

«Compañero: Matilde tiene que hablar con V. á solas y despacio de un asunto importante. Esta tarde sale su madre de casa: váyase usted por allá, que yo estaré en la esquina y le diré cuándo encontrará el campo libre.»

Pronunciadas esas palabras, y sin aguardar respuesta, dió Mendoza media vuelta á la izquierda, y oíle bajar dos á dos las escaleras, como si encarnizados enemigos le siguiesen. El pobre mortal (dijomelo despues) temia que adivinando yo de qué se trataba le abrumase con sermones ó á pullas le abrasara el alma. Engañose, empero; fué tal mi asombro, mi estupor mas bien, al recibir aquel mensaje y por semejante conducto, que en minutos ni estuve capaz de proferir palabra ni de coordinar siquiera mis ideas. Escusaré á ustedes la relacion de mis cavilaciones durante las horas que tardó en sonar la señalada, y yo en acudir al parage de la cita, donde puntualísimo Mendoza, me dijo:

«Ya ha salido la madre: suba V. descuidado, que yo silvaré tres veces de este modo (silvó en efecto) con anticipacion bastante para que salga V. sin ser visto.»

Mientras el novio decia de esa manera, mirábale yo con esa atencion estúpida habitual en el ignorante cuando le hablan por vez primera en un idioma desconocido, es decir, escuchaba sin comprender, casi sin oír sus palabras.

Porque yo tambien sabia que Matilde me amaba; porque yo, señores, presentia que de aquella entrevista iba á resultar ó la ruina de las esperanzas ó la anticipada deshonra de mi compañero; y aunque no con moralidad bastante para dominarme, aunque con pasion sobrada para resistirme, horrorizábame hasta el punto de embrutecerme, el aspecto de aquel hombre cómplice en la obra inicua de su propia infamia.

No obstante, el vértigo de la pasion triunfó, y triunfó fácil y prontamente de los honrados escrúpulos de mi conciencia; y cuando llegué á la estancia de Matilde y la vi, mas bella que nunca pareció á mis ojos, no quedé en mi alma otro sentimiento que el del infernal deseo que ella me inspiraba.

No es ya para mis años pintar á la hija de Milagros tal como en la tarde á que me refiero la vi: su trage era tan elegante como sencillo; su magnífico, ondulante, negro cabello, formaba en torno de su linda cabeza un marco encantador, del cual se destacaba el rostro animado por una tinta roja que el palpitante deseo encendia, y alternaba con cierta palidez, efecto de los temores inseparables de aquella entrevista; sus negros ojos húmedos, casi cerrados, irradiaban una llama abrasadora; su aire, en fin, lánguido y voluptuoso.....

Don Antonio. Señor Brigadier, señor Brigadier; alto ahí, que la pintura va siendo demasiado viva.

Don Diego. Si digo yo que estos militares....

El Redactor. Por el cielo santo, señores, que son VV. los mas inexorables censores que he conocido. ¿Cómo hemos de comprender los efectos, cómo de buscar el antidoto, si no se nos describe el veneno con sus propios y naturales caracteres, tales como ellos son en sí? Si el vicio, si el crimen, se presentaran al hombre en su genuina intrínseca deformidad, claro está que no serian peligrosos: pero sucede precisamente lo contrario: vulgar es la metáfora, pero exacta: el camino de la virtud esta erizado de precipicios, sembrado de abrojos; su angustura es tan rosidad rechaza á unos, y desalienta á otros.

¿Qué sucede con la senda del vicio? Que parece ancha, espaciosa, llana, y de fácil acceso; sembrada de flores, llena de encantados

oásis, de plácidas fuentes, de frescas sombras; por eso atrae á si concurso numeroso.

Verdad es que en el término de la primera está la bienaventuranza; verdad que en la segunda el piso minado, las flores envenenan, los oasis se convierten en ardientes llamas, la sombra mata, las aguas corrompen. Si, todo eso es verdad; pero ¿quién desconfía de lo bello, quién no huye de lo agreste, si no se le advierte el riesgo?

Preciso es, pues, que se pinten como son las cosas; y el brigadier eso ha hecho y no más.

Don Diego. Hay algo de cierto y bastante de exageracion en lo que V. dice, señor Redactor: pero á bien que hablamos entre gentes ya formadas, y que si alguien leyese estas conversaciones, se haría cargo de que no se escribieron para niños ni mucho menos.

Continuada la conversacion en el mismo tono por algun tiempo, suspendióse el cuento de Sotopardo hasta la próxima tarde.

XL.

Prosiguen las hazañas de la madre y de la hija.

Viages, negocios y sucesos que al público importan poco, hicieron al redactor de estos Estudios interrumpir su trabajo durante algunos años; y debilitada con ellos la memoria, aunque merced á notas con esmero tomadas, le sea posible proseguir la narracion pendiente, no alcanzará á escribirla con la minuciosidad que hasta aquí lo ha hecho, sobre todo en la parte relativa á las reflexiones de los concurrentes á la casa de don Antonio.

Desde ahora, pues, y quizá al lector no le pese, suprimiendo, en general, los accidentes de la conversacion, refiere el redactor en forma de relacion la historia comenzada, que prosigue de esta manera:

La hija de Milagros esperaba á Sotopardo con no menos impaciencia que aquel anhelaba verla á ella. De Matilde se habia apoderado una pasion del mismo género de las de Fedra por Hipólito, ó de Safo por Faon; pasion física, pasion de energúmeno, de esas que poniendo en ebullicion la sangre, someten una existencia á sus leyes, pero que no subliman el alma, sino que por el contrario la degradan. Trocados los papeles, la muger aspiraba á la posesion del hombre; éste era el que luchando con su inclinacion procuraba resistirse. Pero ¿quién á la edad y en las circunstancias de don Carlos se hubiera resistido mucho tiempo? Ni la naturaleza humana, ni la educacion moderna de nuestro sexo producen la castidad del hijo de Teseo ó del de Jacob. Sotopardo, pues, antes de haberse podido dar cuenta á sí mismo de la situacion en que se encontraba, era ya de Matilde y en sus brazos la tenia.

Pasados, empero, los instantes de la primera embriaguez, dijo el galán á la dama:—Y bien, Matilde, ¿cómo vamos ahora á significarle al pobre Mendoza su desdicha?—¿Estás en tí? replicó ella con asombroso aplomo. ¿Qué necesidad tiene ese bábieca de saber lo que pasa, Carlos mio?—Pues no sé yo, volvió á decir Sotopardo, cómo hemos de hacerlo; porque él me espera, sin duda para saber cuándo pido tu mano, para él se entiende.—Cabal: dile que mañana.—Pero mañana llega pronto, y entonces....—Me pides á mi madre, en efecto.—¡Ah! ya entiendo: tu madre niega su consentimiento....—Al contrario: lo concede y dá las gracias encima.—Pues entonces....—Nos casamos.—¿Quién?—¿Quién ha de ser sino Mendoza y yo?—¿Y yo, Matilde, y yo?—Y tú, vida mia, serás lo que eres....—¿Conque tú insistes en casarte con Mendoza?—¿Pues no!—Antes os haré á él y á ti mil pedazos, Matilde, tenlo entendido.

Mientras con toda la violencia de los celos, con toda la energia de la honradez pronunciaba Sotopardo esas palabras, mirábale la hija de la jitana de hito en hito, con una expresion de sincerísimo asombro, mezclada á cierta inevitable satisfaccion de orgullo que experimenta toda muger siempre que vé estimada su posesion por el favorecido amante. Sin embargo, como su pasion ya hemos dicho que nada tenia de platónica, y como á mayor abundamiento no se habia educado con ideas de escrupulosa moralidad ni mucho menos, parecia que don Carlos la hablaba hebreo. Así, pues, al cabo de algunos segundos de silencio tomó la palabra, y con la severidad mas completa, con aquel tono natural y sosegado, propio de quien la mas clara razon sostiene, dijo:

«Entendámonos, Carlos: tú no te has de casar conmigo... No me contestes; ni quiero oírlo de tus lábios, ni tampoco que trates de engañarme: tú no te has de casar conmigo, lo repito, ni yo te querría para marido. Y si no me caso, ¿qué será de mí, pobre, en la situacion en que me encuentro, y con unos padres como los que tengo? No me queda mas arbitrio que la miseria y la prostitucion: para la primera no sirvo: la segunda repugna á mi orgullo. Mendoza es de

buena familia, joven aun y ya capitán: tiene algun caudal, poco talento, buena índole, gran docilidad, y está ciego por mí. ¿Qué proporción mejor puedo esperar? Me caso, pues, con él, y á ti te quiero porque me gustas; mas para marido no sirves.»

Al oír Sotopardo tan cinica arenga, aunque eriado en los cuerpos de guardia y en los campamentos, aunque casi misántropo por carácter, aunque prevenido, y no favorablemente, con respecto á la familia de don Fadrique, quedose atónito, confundido, fuera de sí, como el hombre que inopinadamente cae de grande altura sobre un cuerpo blando, que no se estropea pero sí se aturde. Y á la verdad que el discurso de Matilde valia la pena de admirarse; porque con tan cortos años y con tanta hermosura parecia incompatible corrupcion tan profunda, y sobre todo tan friamente lógica, tan lógicamente infame, como la que sus frases revelaban.

Trasladar al papel el violento altercado que tuvieron los dos amantes en consecuencia, no solo seria prolijo, sino además ocasionado: hasta, por tanto, la ligera muestra que del carácter y moralidad de la hija de Milagros hemos dado, y el conocimiento que de Sotopardo tenemos ya, para que el lector adivine lo que por respetos á él mismo le callamos.

En resumen: ni caricias, ni razones, ni aun amenazas bastaron á que Matilde desistiera de su propósito; y ya Sotopardo, exasperado, llegó á decirle:

—Pues bien, Matilde, si en tal te empeñas, no volveré á verte en mi vida.—Hasta mañana, replicó ella con descarada coquetería.—Haré mas; iré á Mendoza y le revelaré lo que entre nosotros media.—Y no te creerá, ó si te cree será hasta que yo pueda hablarle; y entonces... parece que no le conoces... entonces le haré ver que lo blanco es negro.—Es posible, pero con tu madre la partida ya es mas igual: á ella no lograrás engañarla.—No por cierto, ni lo intentaré. Mi madre te creerá con media palabra que la digas, y tanto mas, cuanto que ya está celosa de mí como una furia.—¡Ah! por fin di con el medio de contentarte.—Buen medio por cierto. Mira, Carlos, una de dos: ó mi madre, por lo mismo que está celosa, apresura mi boda para salir de mí, y entonces nada consigues....—O yo consigo, y no me será difícil, que no te deje cometer esa infamia.—No lo conseguirás.—¡Bah! ¡Bah! ¡Fátuo! ¡Cuentas con el amor de mi madre? No digo yo que no esté encaprichada por tí; lo está y mucho; pero no conseguirás tu intento.—Lo conseguiré aunque sea á costa de continuar mis relaciones con ella.—No las continuarás, porque te sacaría yo los ojos si tal hicieses: pero, en todo caso, ni aun así.—¿Piensas asustarme con fanfarronadas?—Te digo que no se atreverá á contrariarme, y si se atreviese.... Pero no se atreverá.—Lo veremos.—No lo intentes, Carlos: soy capaz de todo.—Vuelvo á decir que lo veremos: conozco á tu madre y sé que no temé á nadie.—Mas que á mí, porque sabe que soy su hija, es decir, incapaz de dejarme pisar.—¿Pero qué has de hacerle?—¿Qué te importa?—Matilde, adios: te digo que no te casarás con Mendoza.

Al pronunciar Sotopardo esas palabras, vió, con la sorpresa que era sobrado natural esperimenter, que se entraban por las puertas de la habitación en que estaba, Milagros y el cuñado de don Carlos el Bueno.

—¿Y por qué no ha de casarse conmigo, traidor, desleal? Esclamó furioso el engañado novio.

—Calma, le interrumpió Milagros, quitándose al mismo tiempo los alfileres de la mantilla; calma, y no demos escándalos inútiles: hablando se entienden las gentes.

Antes de proseguir, espongamos la inesperada peripecia á que hemos llegado.

La primera conversacion entre Matilde y Sotopardo fué larga, como lo son las primeras entrevistas á solas entre amantes cuando están poniéndose de acuerdo; la segunda, no corta, que es el comun achaque de las disputas, y como el pobre Mendoza no pasaba el tiempo por su parte agradablemente, ni mucho menos, hicieronsele eternas las tres horas que entre uno y otro diálogo consumieron. Sin embargo, su naturaleza paciente de marido predestinado le hizo soportar con heroica constancia el prolijo planton: mas eran tales á lo último de él su cansancio y mareo, que olvidándose de la prudencia, en vez de pasearse de uno á otro extremo de la calle, apoyóse en el quicio de la puerta de la casa misma donde tan mal le estaban tratando, y allí se quedó como enagenado.

Así, ya al anochecer, que era la hora en que ordinariamente acudia Sotopardo á ver á su jamona, sorprendió al infeliz novio su futura suegra, que con paso diligente, y esperando llegar antes que su amante, regresaba al hogar doméstico. Ver Milagros á Mendoza como petrificado, y adivinar en la estúpida candidez de aquel rostro de bienaventurado que era víctima de alguna diabólica astucia de Matilde, fué movimiento súbito é instintivo. Trabajó, pues, del brazo, y preguntóle imperiosamente qué era lo que allí hacia, por qué

no había subido, dónde estaba Sotopardo. Ante la presencia de aquella muger, de cuya decision pendia su destino, volviendo en sí del letargo en que estaba, solo para ser víctima de un vértigo de otra especie, el triste capitán creyó que Milagros no venia de la calle, sino que de su casa bajaba, y que por consiguiente era inútil tratar de ocultarle cosa alguna. En tal concepto confesó de plano la verdad de las cosas, tal cual él la creia á lo menos; pero como Milagros sabia á qué atenerse en punto á la timidez de su hija; como estaba, y no podia menos de estar, completamente de acuerdo con ella en cuanto á su enlace con Mendoza, inesperado y gran favor de la fortuna para entrambas; y como, en fin, los celos la tenian ya sobresaltada de antemano, á media palabra comprendió todo lo que pasaba, es decir, que Matilde habia dado una cita á su amante por medio de su novio. Si de Sotopardo no se tratara, Milagros quizá, y sin quizá, habria admirado lo ingenioso de la invencion, y contribuido á su buen éxito: mas aquella flecha que iba encaminada al punto en que su alma era mas sensible, tocó en el blanco, hiriéndole tan dolorosamente, que olvidando la jamona por un momento su habitual prudencia, dijo á Mendoza:

—¡Pobre hombre! sígame V.; y con ligereza admirable en sus años, subió la escalera, abrió la puerta de su casa con llave y pica-porte que al efecto llevaba, y penetró sin ser esperada en la estancia de su hija.

Su cólera era inmensa, casi rayaba en la desesperacion (trátase de una muger que frisan en los limites de la vejez, vé huirse un amante cinico y joven); pero, sin embargo, en lo esterno nadie adivinaba la violenta agitacion de su alma.

Al oír la interpelacion de Mendoza, Sotopardo, acercándosele, poniéndole las manos sobre los hombros, y fijando en él sus penetrantes ojos, contestó:

—¿Por qué no se casará con usted?... Porque yo no quiero.

Y en seguida, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, y silbando entre dientes un toque de ordenanza, se puso á pasear de uno á otro extremo de la sala.

En cuanto á Matilde, sin levantarse del sofá en que voluptuosamente estaba recostada, no obstante la disputa, sin variar de postura, sin que en su rostro y ademanes se advirtiese la menor turbacion, le dijo á su novio:

—Déjele V. decir: nos casaremos y tres mas que son cinco.—Y seguidamente á su madre:—Tiene V. razon que los escándalos para nada sirven; pero mas fácil es no provocarlos que tratar de evitarlos una vez provocados.

Con tales frases y una miradita de vibora que á morder se preparaba, contestada con otra de basilisco venenoso, se declararon la guerra aquellas dos dignisimas rivales, mas dignas aun del estrecho parentesco que las enlazaba.

Aquí, por segunda vez, y siempre por respeto á consideraciones de moralidad, compendiamos en pocas líneas una escena de violencia, de cinismo y de procaacidad, de esas que no son para espuestas al público.

Las esplicaciones eran inevitables: Mendoza las pedia con derecho y con calor: aquel hombre era necio, incapaz, nacido para víctima de todos los que engañarle se propusieron, mas no bajo, y mucho menos dispuesto á aceptar á sabiendas la infamia.—¿Cuántas veces acusa el mundo de tolerar su deshonor, á desdichados que solo son culpables de una invencible ceguera moral!—En fin, Mendoza queria esplicaciones; Milagros las exijia igualmente; y Matilde tarareaba, y Sotopardo silbaba en respuesta.

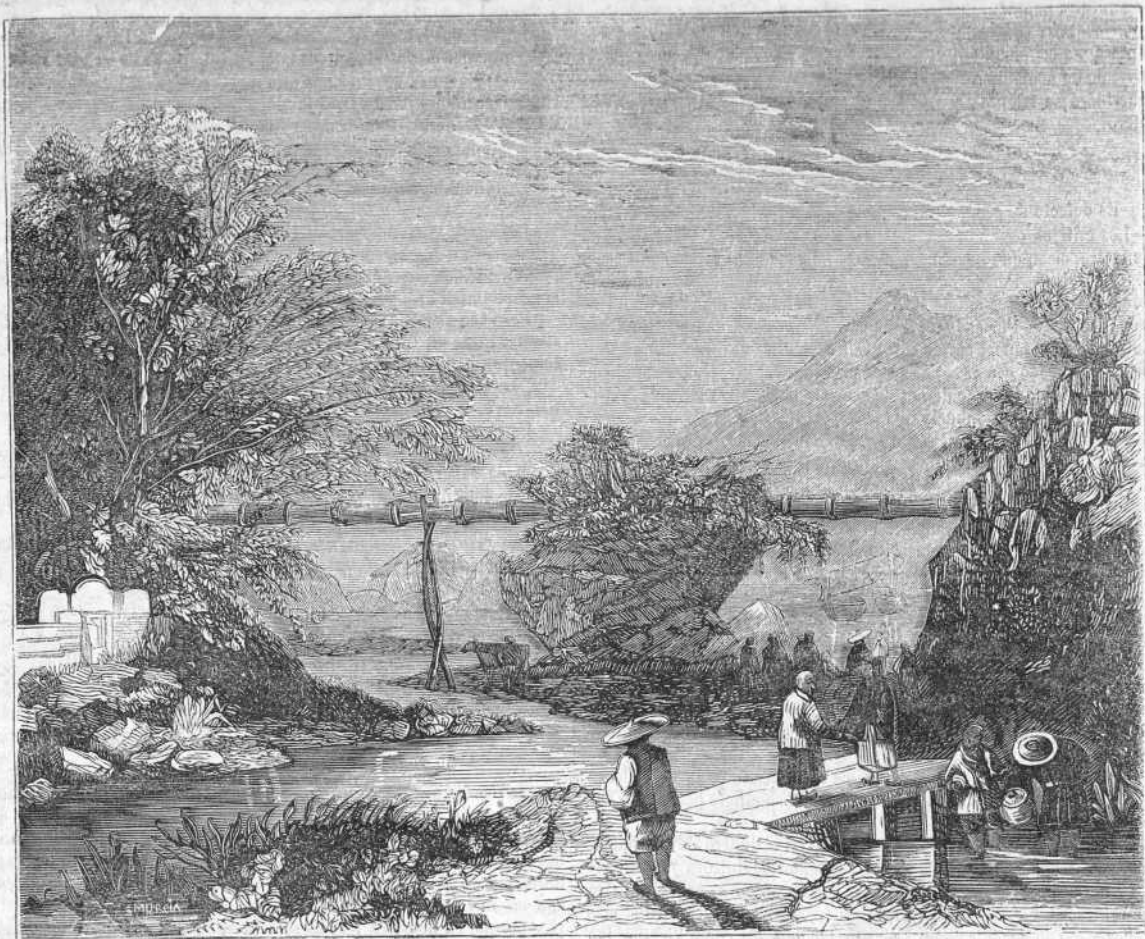
Semejante método de conversar, poco placentero para el que no lo emplea, exaltó los ánimos de los desairados, que comenzaron á prodigar las injurias á sus contrincantes; estos á su vez perdiendo los estribos, tomaron parte activa en el diálogo, de modo que al cabo de diez minutos, la discusion tocaba en los limites de la riña descarada é insolente.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Oracion expeditiva.

Un devoto lleno de cristiana sumision, temiendo pedir á Dios alguna cosa injusta, se contentaba con pronunciar todas las mañanas y las noches, las 24 letras del alfabeto, y añadir despues: «Hélas ahí todas, Dios mío: arregladas como mejor os plazca.»



LA ISLA DE HONG-KONG EN CHINA.

La isla de Hong-Kong cedida á la Inglaterra á consecuencia del tratado estipulado entre la reina de la Gran-Bretaña y el emperador del celeste imperio, está situada á la embocadura del río de Canton, á la distancia de unos 154 kilómetros de la población del mismo nombre y á 52 kilómetros de Macao; su longitud es de 41 kilómetros y su anchura varía desde 3 hasta 7 kilómetros. La isla vista desde cierta distancia, presenta un aspecto poco agradable, pero al acercarse á ella, se ven fértiles terrenos y numerosos riegos. Su nombre, derivado de palabras chinas que significan torrente rojo, alude al color de la tierra, por la cual corre un riachuelo que se arroja en la rada formando una cascada vistosa. La rada es magnífica, su profundidad es tanta y de tal igualdad, que un navío de 74 cañones puede andar á la distancia de un cable de la costa.

Al norte de la isla, cerca de la costa, se extiende una cordillera de montañas cuya mayor altura es de 150 metros sobre el nivel del mar. Estas montañas desiertas é incultas están formadas de masas enormes de granito, interrumpidas tan solo en escasos trechos por algunos prados y arbustos; se inclinan cuasi todas hacia el mar y apenas dejan espacio suficiente en sus bases para construir algunas habitações.

Al mediodía de la isla hay algunas bahías bastante grandes, particularmente dos designadas con los nombres de Ty-tam y de Churpie-ivan. Los ingleses han colocado un destacamento ó avanzada militar en la playa de la primera de estas bahías y fundarán en ella, sin duda, algun establecimiento importante; la segunda presenta un local al abrigo de los vientos y muy favorable para establecer un estenso astillero.

Una península bastante estensa, sembrada de aldeas chinas, se extiende hacia el sur desde la población de Clow-loon; el terreno de ella es muy fértil, y hay muchos abetos corpulentos.

En la costa oriental de la isla, que dá frente al continente, hay valles pequeños y angostos, cultivados con el minucioso esmero

y la paciencia inalterable del agricultor chino. El valle principal no tiene mas que una entrada muy estrecha hacia el lado del mar, obstruida por una roca inmensa que ha rodado de las montañas inmediatas, pero de la que, gracias á la industria, se ha sacado un partido ventajoso; en su parte superior se ha abierto á pico un estanque que recoge el agua de las referidas montañas por medio de conductos de bambú y se distribuye por el mismo mecanismo en el valle.

Este valle es el mas poblado, pintoresco y frondoso de la isla. Si los ingleses no se ven obligados por alguna revolucion á abandonar la isla, antes de pocos años se verán al lado de los estrambóticos edificios chinos, con sus tejados azules y adornos con dragones y delfines, cómodas y elegantes casas de campo inglesas.

Exceptuando la parte de la costa en que está situada Clow-loon, el clima de Hong-Kong es generalmente demasiado húmedo; pero es posible mejorarle.

Bajo el punto de vista militar, la isla de Hong-Kong es una prolongacion de la línea de bastillas marítimas con que los ingleses van rodeando los mares. Con una escuadra estacionada principalmente en la bahía, esperan poder dominar todo el comercio de la China, y vigilar al mismo tiempo las islas Filipinas y las del Japon. Los establecimientos militares de Singapor y de Hong-Kong colocan la navegacion de los mares de la China bajo la inspeccion inmediata de la Inglaterra.

La apreciable literata francesa madame Amelie Richard, ha tenido la galanteria de dirigirnos el artículo critico que ha escrito sobre el *Paralelo de Safo y Santa Teresa de Jesus*.

La dama francesa, herida en su orgullo nacional, se queja de que no hallemos otra rival digna de Safo que Santa Teresa, habiendo en 25 DE JUNIO DE 1850.

su concepto tantos nombres ilustres cuyo mérito literario escende al de nuestra Santa.

Nosotros, sintiendo ser de tan diversa opinion respecto á Santa Teresa y á las poetisas de Francia, hemos traducido, no obstante, el artículo de madame Amelie Richard con todo el esmero posible, para que luzca su talento, y nos proponemos contestar en el mismo número.

Sobre el Paralelo de Safo y Santa Teresa.

Es defecto de españoles no hablar con justicia de los estrangeros. —Los críticos españoles se forman un mundo aparte, y si hablan de su teatro, dicen que es el primero. —Si hablan de sus liricos, nunca son los segundos. —Perezosos para estudiar, no conocen los nombres sino por tradicion. —Sus anteojos literarios no alcanzan mas acá de nuestros Pirineos. —Por eso no nos ha mancillado ver á una poetisa española contemporánea, aludir con irrelexion á las de Francia, que *llenaron el mundo con el eco de su fama*, y que al parecer ha estudiado poco cuando no las cree dignas de ser comparadas con la monja española. —La obra que anuncia de los *Génios Gemelos*, cuyo primer paralelo ha fijado nuestra atencion, es, lo confesamos, un pensamiento original y bello. El desempeño del primer paralelo, notable por su rica poesia, seria excelente si su autora no lo hubiese escrito preocupada con la supremacia de su compatriota.

No desdeñamos seguramente el mérito de una muger, que como santa Teresa, escribió sin educacion literaria. —Sus obras son en Francia estimadissimas. —¿Pero es posible que ni madama Cotin, ni madame Deshouliers, ni Mlle. Estael, ni otro gran número de francesas ilustres, hayan podido merecer la comparacion con Safo? —¡Oh que injusticia!

La doncella española ha debido esperar á que madurase su juicio critico para escribir este paralelo. —Ha debido estudiar antes á nuestras escritoras, y fijarse muy principalmente en la poesia de madame Deshouliers, adoptada en Francia para esplicar los principios de literatura.

He aqui lo que dice Mr. Batleux, de la academia francesa, hablando de madame Deshouliers. —De madame Deshouliers celebridad europea.

«Madame Deshouliers no cede á nadie en el género de que hablamos (los Idilios). Sus obras tienen ese fondo de dulzura y de madurez que recomienda Horacio, y una y otra en un grado esquisito. Con un arte admirable posee el secreto de espresar los sentimientos mas delicados. Tan sencilla como Teócrito, tan delicada como Virgilio, tan espiritual como Byron, ha hecho de todas estas cualidades una dichosa mezcla.»

Esto dice el respetabilísimo académico de nuestra célebre literata, y despues cita dos de sus idilios, cuya perfeccion demuestra cuán inteligente era en las combinaciones del arte y qué correcto llegó á ser su estilo.

Citaremos uno. El mas débil, para suavizar la rudeza de nuestro ataque á los que desconocen nuestra poesia nacional.

LE RUISSEAU.

Ruisseau : nous paraissions avoir un même sort :
D'un cours précipité nous allons l'un et l'autre,
Vous á la mer, nous á la mort.
Mais, hélas ! que d'ailleurs je vois peu de rapport
Entre votre course et la nôtre.
Vous vous abandonnez sans remords, sans terreurs
A votre pente naturelle,
Point de loi parmi vous ne la rend criminelle

No sé, — pero digo ingenuamente que estos versos me parecen mejores que aquellos de

»Muero porque no muero»

de la monja española.

Y he citado á madame Deshouliers porque conozco la aficion de los españoles á los consonantes. —Otras poetisas pudiera citar. —Es verdad que no tienen ni la filosofia ni el gusto de madame Deshouliers. —Madame Deshouliers, lo repetimos, es un modelo. —¿Y Luisa Labé que nuestra joven poetisa española no conoce? A Luisa Labé, escritora de últimos del siglo XVI, se debe la sola comedia de su siglo, escrita en griego, cuyas formas clásicas, cuyas partes armoniosas, cuyo conjunto la hagan digna de ser comparada á las comedias griegas. —Un estudio profundo, un conocimiento exacto de los autores griegos y latinos, la hizo adquirir estas ventajas sobre sus contemporáneas *Clemencia de Bourges* y *Pernet Guillet*. A Luisa Labé la

eran familiares las lenguas doctas. —¡Qué gusto antiguo tiene su oda á Venus!

Luisa Labé ha sido injustamente olvidada en Francia. — Luisa Labé superior á todos los poetas del reinado de Francisco II!

Si quisiéramos recorrer por otra parte la galería de mugeres distinguidas, pronto hallariamos tambien la noble fisonomia de madame de Montespan.

«Madame, —decia el inmortal Racine en una carta dirigida á ésta, —mas estudio en vuestros pensamientos que en los libros.»

¿Y quién duda que las cartas de madame la Valiere son una obra sublime?

Los escritos de madame Motteville, á pesar de lo alterados que se presentan por las diferentes ediciones que de ellos se han hecho, están nutridos de esa sabia que presta á los pensamientos mas sencillos la sensibilidad esquisita de la muger.

Pero seria eterno recorrer la lista de nuestras celebridades. —Solo añadiré, que un rayo de luz de madame Estael, eclipsa la gloria de estas que hemos citado.

¡Madame Estael! —¿Ha estudiado sus obras la autora de los *Génios Gemelos*?

Es estudio grave.

—Confesémoslo. —España no es la que puede hablar alto en cuestiones de saber. —Como dice uno de nuestros concienzudos escritores, «la España *vegetaba* hasta que la mano de Napoleon gravitando de repente sobre la peninsula, la dió movimiento.»

—Su civilizacion no ha llegado aun á aquel grado que se necesita para producir grandes literatas.

Yo admiro á las españolas por sus rostros graciosos.

Pero las mugeres célebres pertenecen á la Francia.

Francia tiene un ejército de literatas.

MADAME AMELIE RICHARD.

Paris 15 de mayo de 1850.

Contestacion á Madame Amelie Richard.

Sin darnos por ofendidas de las alusiones punzantes que madame Richard dirige á nuestra falta de saber, empezamos preguntando á madame Richard: ¿por qué acusa á los españoles de ser injustos con los franceses? ¿De no estimar su literatura? ¿Es porque de nuestras librerías se han arrojado los libros españoles, para ocupar los estantes con las novelas de Soulié, de Janin, de Balzac, de Sué y de Dumas? ¿Es porque en nuestros teatros se representan los pedazos de estas novelas? ¿Es porque leemos á *Martin el Espósito*, y aplaudimos la *Monja Alferrez*? ¿Es porque sufrimos las cartas de Dumas, en que pinta á nuestros Nobles como *Bandoleros* y á nuestras Damas como *Manolas*? ¿Es porque nuestro delirio por la literatura francesa esteriliza la facultad de los ingenios españoles, y los obliga á traducir las malas obras francesas para ser atendidos de los editores y leídos del público? ¡Ah! ¡ójala que nuestros anteojos literarios no alcanzáran mas allá de los Pirineos! Asi fijariamos la vista en nuestra literatura nacional, y estudiariamos á Cervantes, á Quevedo, á Mariana, á Santa Teresa, cuya alabanza de nuestra boca humilde ha irritado á madame Richard.

No hay razon para ello. La alabanza que hemos tributado á Santa Teresa, es débil. Santa Teresa merece mas. Santa Teresa y Safo son las primeras *Poetisas* del mundo, y merecian ser elogiadas por el primer critico de la Francia, por madame Estael...

¡Oh madame Estael!

¿Y por qué no hemos comparado á madame Estael con Teresa ó con Safo? pregunta madame Richard.

Vamos á decirlo.

Porque un hombre no puede ser comparado sino con otro hombre. Porque un poeta grave, un filósofo profundo, un político eminente, un erudito, un sábio, en fin, no pueden ser comparados con una poetisa. Porque las cualidades de sus talentos son diferentes. — Porque son opuestas.

Entremos en el fondo de la cuestion.

La *Literata* no es la *Poetisa*. La *Poetisa* no es la *Sábia*.

La facultad poética es un talento innato. Rudo como el de Ossian, que cantaba en los bosques á la llama de un tronco de encina; cultivado como el de Lord Byron que escribia desde el fondo de la butaca, el talento poético se robustece ó se debilita en la instruccion segun su indole, pero no se adquiere.

En España no hay *educacion literaria* para las mugeres. Madame Richard lo confiesa hablando de nuestra Santa.

Teresa de Jesus ha escrito por *génio* por *inspiracion*, Teresa de Jesus es *Poetisa*.

La literatura es un arte. Se *aprende á escribir* prosa, se *aprende á versificar*, se pueden componer libros sin ser poeta.

Madame Richard lo ha dicho hablando de madame Deshouliers.

«Su conocimiento en el arte era profundo.»

En Francia hay educación literaria para las mugeres. La mayor parte de las francesas son *Literatas*: son muy pocas las *poetisas*.

Allí donde la *inspiración* brota espontáneamente y se abre paso á través de la ignorancia, allí está el *génio*, allí está la *Poetisa*, allí está Santa Teresa. Allí donde el estudio ha cultivado el talento, fecundado las ideas, allí está el *Arte*, allí está la *Literata*, allí está madame Deshouliers. Allí donde el *génio*, la *inspiración* y el *talento* se han apoderado del arte y de las ciencias, allí está el *Sábio*, allí está madame Estael.

Solo una *Poetisa inspirada* improvisa como Santa Teresa, los *Conceptos del amor de Dios*.

Solo una *Literata esclarecida* produce como madame Deshouliers *Idilios tan correctos*.

Solo un *Sábio* escribe como madame Estael sobre la Alemania.

En cuanto á madame Cotin es menos *Poetisa* que madame Deshouliers, y las demás literatas francesas menos *Poetisas* que madame Cotin.

De Luisa Labé dice madame Richard que «su nombre está olvidado en Francia.» Si su patria la olvida ¿cómo quiere madame Richard que nosotros la recordemos? Pero ya que su cita viene en apoyo de nuestra opinión, coloquemos á Luisa Labé, que escribía comedias en griego, al lado de las *Literatas* mas *Eruditas*.

Un escritor tiene la Francia, que en nuestro concepto, es mas *poetisa* que madame Cotin y madame Deshouliers y Luisa Labé. Jorge-Sand.

Jorge-Sand tiene pretensiones de parecer hombre como madame Estael las tenía de parecer muger. ¡Hombre Jorge-Sand! El autor de la *Valentina* y de *Consuelo*! Una inteligencia tan fina, tan apasionada, tan entusiasta, tan tierna! ¡Unas ideas tan *femeniles*, un númen poético tan ardiente y delicado! *Muger* madame Estael! ¡Un *génio* tan vasto, tan analítico, tan matemático! ¡Una razón tan fría, tan varonil!... Mas parece muger Mr. de Lamartine en el *Adios* que dá á la Francia al embarcarse para Oriente, que madame Estael en el *Adios* que dá á sus hijos al huir desterrada á Suiza. Mr. de Lamartine se acuerda de los árboles de su huerto, madame Estael de la política de Inglaterra.

Si alguna poetisa francesa puede compararse con Safo, es solo Jorge-Sand. Y debió haberlo hecho madame Richard, ya que tanto la ha gustado la idea del *gemetismo*. Así hubiera ilustrado nuestra ignorancia, mejor que calumniando á los españoles de haber *vegetado* hasta que nació Napoleón.

Es verdad que la mano de Napoleón, gravitando de repente sobre la península, imprimió un movimiento á España que produjo el terremoto del Dos de Mayo, donde se hundió la planta de Napoleón; pero esto fué en lo político. En lo literario ya primero se habían movido las inmortales ruedas de Calderón y de Cervantes, para pasear por toda Europa el carro triunfal de nuestra literatura.

Esto hicieron los ingenios españoles. Por lo que hace á las españolas, no ambicionamos ejércitos de Literatas; nos basta con haber tenido una *Poetisa* mas inspirada que las francesas, y que esa haya sido Santa.

CAROLINA CORONADO.

Badajoz 6 de junio de 1850.

TIPOS PROVERBIALES DE ESPAÑA.

LA CASA DE TOCAME-ROQUE.

INQUILINOS.

EL DE ENE.
EL DE MARRAS.
EL OTRO.
EL P. COVOS.
PERO GRULLO.
JUAN LANAS.
PEDRO BOTERO.
LA MARIMORENA.
JUAN DE LAS VIÑAS.
JUAN PORTAL.
EL TONTO DE CORIA.
EL TIO LILAILA.
GRIBAS.

VILLADIEGO.
EL TIO FERNANDEZ.
EL REY QUE RABIO.
CALAINOR.
LA TIA MARIZAPALOS.
MARIQUITA LA PELONA.
PERIGO EL DE LOS PALOTES.
LA TIA CANDONGA.
PERIQUITO ENTRE ELIAS.
JUAN FERNANDEZ.
LA TIA PENANGA.
LA RABICORTONA.

El reloj del Buen-Suceso señalaba las ocho de la noche, y las melancólicas vibraciones de su campana eran interrumpidas por un murmullo prolongado que se parecía á la agitada respiración de la Puerta del Sol. Cuando el invierno sacude sobre Madrid la blanca cabellera de Guadarrama, los habitantes de la coronada villa no andan, no

corren por sus aceras, sino que se deslizan como sombras. Tienen algo del lagarto en los pies: suben y bajan por los planos inclinados con la mayor velocidad. El frío, ese duende obstinado y malicioso que despierta á los médicos en alta noche en nombre de una pulmonía aguda, hace del hombre un ser ambiguo entre mono y pájaro. El habitante de Madrid, durante las noches de invierno, no pasea, salta; no habla, gesticula; no escucha, adivina. Cuando vá solo, tampoco salta, vuela;—volvemos á decirlo—vuela como las alondras sobre el tomillo, vuela á grandes plazes. Es una falsificación humana con dos zancos cubiertos con un pantalon corinto que terminan en un sombrero ladeado. La cintura, las manos, la barba, la cara, son objetos para ser vistos en las noches de verano: durante el invierno los sacos, las mangas locas, y las pieles de chinchilla suprimen hasta las habitaciones estas particularidades del cuerpo humano.

La inmovilidad en la Puerta del Sol es un contrasentido.... Hasta los puestos de los fosforeros varían de posición según se acerca la hora de entrada en los teatros ó de salida en los cafés. Los cesantes conjuran el frío detrás del mostrador de una tienda ó de los cristales de un café, con el estoicismo de la desgracia aceptada como un nuevo merecimiento: lo alejan con un cigarro, y lo rechazan con la aproximación de diez semblantes, cuyos lábios exhalan bocanadas de calor mezcladas con principios de política nacional.—Diez bocas hablando de política en el pequeño círculo de un corrillo equivalen á una estufa.

En la noche á que llevamos la atención de nuestros lectores distinguimos en medio de la Puerta del Sol un desconocido envuelto en su capa, con el reposo y la inmovilidad de una estatua. Acercámonos á él, instigados por la curiosidad, y sorprendimos en su fisonomía una mirada investigadora.—Es un inglés, murmuramos; y volvíamos á seguir por la calle de Alcalá, cuando pasaron dos jóvenes por delante de ambos, diciéndose mutuamente:

—Mañana á las siete en las tapias del cementerio de Fuencarral.

—Ahora lo veredes—dijo el desconocido á media voz.

—¿Los conocéis?—le preguntamos para reconocerle mejor.

—Son dos locos: se batirán por una muger.

—Tal vez á muerte....

—Ahora lo veredes.

—Será á pistola.

—O... á café!

—No os comprendo.

—Ahora lo veredes.

—La policía evitará....

—Que se sepa, pero no que se haga.

—¿Quién sabe!

—Ahora lo veredes.

—Os había tomado por un inglés, pero ahora me pareceis Agra-

ges....
—Ni lo uno ni lo otro. Yo os conozco y vos no me conocéis. Sois periodista, escritor ó literato, cualquiera de esos nombres que representan entre nosotros al hombre de letras, y vos me tomáis por Agra-ges. Voy á revelaros mi nombre y á explicaros mi vida. Despues me hareis justicia. Me llaman *el de Ene*: vivo en la casa de *Tócame-Roque*, ó mejor sea dicho, duermo en esta morada, porque vivo en la calle. Soy el primer guarismo con que se forma aquella suma tan grata para los empresarios de teatros cuando se llama *público*, y tan terrible para los gobiernos cuando se llama *pueblo*. Soy el hombre-calendario. Hace cincuenta años que asisto á una misa de hora en Santo Tomás, y que ocupó el mismo número de grada en la plaza de toros. A una hora señalada paso por una calle durante veinte ó treinta años, y al cruzar por su acera siempre ha de tener lugar algun suceso. El carro que coje á un niño, el ratero que se guarda un pañuelo contra la voluntad de su dueño, una riña de aguadores, un albañil que cae de un andamio, un caballo que se desboca, un entierro que pasa, un tiesto que cae de un balcon, la visita de cárceles, el desfile de la parada, todo lo veo, todo lo presencio, todo lo observo. No soy individuo de ninguna sacramental, y lo parezco en todas las iglesias: el sacristan me halla durante las *minervas* ó el primero ó el último, siempre formando ó concluyendo el gentío. En los aniversarios presencio el arreglo del catafalco, ó la primera misa de la madrugada. En la puerta de San Pedro tropiezo con dos novios que van á recibir la bendición matrimonial; en la calle de Colon encaro con el capitán general de Madrid que vá á pasar una revista de cuarteles, y en la puerta de Atocha me desvío para que no me atropelle el caballo de un posta, del cual aun no tiene noticia el mismo gobierno. Si llevo á un pésame, he de subir la escalera cuando la baja ó se la hacen bajar al difunto; si voy á dar días, he de entrar en la sala cuando sale la señora del gabinete ya vestida por la doncella; si *hago pié* en el tresillo, he de sentarme cuando se acaba de poner una puesta, y he de llevarla cuando le estaba dando con fortuna al que tiene que darme la

mano... ¿Saludo á un amigo? ¿Paso á la acera de enfrente para oprimir su mano amistosamente? En este momento iba á cruzar hacia donde yo venia para ver á un agente de negocios que le interesaba hablar antes de perderlo de vista. ¿Vuelvo la esquina de una calle? Encuentro á la bella Marcelina que desea llegar á la iglesia de Santiago, donde la espera su amante. Soy amigo de la casa, y la acompaño á la iglesia, á una tienda de blondas, al despacho de su padrino, al pasaje de la villa de Madrid... á todas partes. El amante se desespera, y la joven se inquieta, porque no se hablan á la salida de la misa como se habian prometido desde la víspera.

—Ahora recuerdo —le interrumpimos— que cada uno de nosotros tiene en esta vida su testigo providencial, su estorbo, su paréntesis misto de acreedor y espía, personaje misterioso entre observador y convidado de piedra... verdadero parásito de las calles.

—Ahí estoy yo... uno de esos polizontes de la providencia... el de siempre... el de Ene. Si el frío no hubiese entumecido mis pies helados, os revelarían los misterios de mi existencia. Me retiro; voy á mi casa.

—Os acompañaré.

—Enhorabuena... No creais que la casa de *Tócame-Roque* es el hospedaje de los rateros y de los truanes. Os equivocais. Allí vereis la armería viviente de los siglos pasados: es una nación bajo el techo de una casa.

Dominados por el carácter original y aventurero de esta visita nocturna á la flor y nata de las casas domingueras de Madrid, á la casa de *Tócame-Roque*, ofrecimos nuestro brazo al desconocido, y tomamos por una de las aceras de la calle de Alcalá.

Llegamos á la plaza del Rey, y la proverbial animación de la Puerta del Sol fué reemplazada por un sepulcral silencio. Entramos en la calle del Barquillo, y largos muros se levantaban como las tapias de un cementerio. Los faroles colocados de trecho en trecho, bajo la penumbra de una noche oscura, parecían una hilera de hachas mortuorias. Preocupada nuestra imaginación con los diversos pensamientos á que daba lugar la representación fantástica de aquella hilera paralela de luces simétricas, nuestro *Cicerone* nos oprimió el brazo diciendo:

—Aquí tenéis la casa de *Tócame-Roque*.

Levantamos los ojos, y en el fondo oscuro de una puerta angosta y desigual distinguimos algunos rayos de luz vacilante que salía de las rendijas de los cuartos, como los fuegos fatuos de un pantano.

De pronto una confusa gritería rodó por el pavimento del portal como la explosión de un pistoletazo.

—Bien, perfectamente —esclamó nuestro acompañante— encontramos la casa revuelta.

—¿Corremos riesgo?

—Adelante.

Y al pronunciar estas palabras salió de lo interior del patio una mujer de pequeña estatura, pálida, desmelenada, sacudiendo los brazos con mal disimulado enojo y golpeando el suelo con los pies.

Ocultámonos en la sombra, y aquella fantasma, alumbrada por la claridad que salía de su habitación entreabierta, llamó á todas las puertas, subió y bajó las escaleras, porfió con los unos y riñó con los otros, volviendo á su habitación con aire risueño y orgulloso, y escurriéndose entre las diversas personas que habian salido de sus cuartos, como una comadreja perseguida.

—¿Travesuras tuyas!

—Muger original!

—Es una viuda histérica —repuso nuestro *Cicerone*. —Padece jaqueca en invierno y tercianas en verano. Es menester hablarle siempre de su mal... sobre todo permitirle que riña. Para su carácter la riña es una especie de espectoración: es su tos, su desahogo.

—¿Cómo se llama?

—La *Marimorena*. Observad á la derecha... ¿No veis un hombre que atraviesa el patio con sigilosa magestad?... Ese es mi hermano.

—¿Vuestro hermano!

—Sí; el hombre-*souvenir*: el hombre de ayer, nunca de hoy. Es la autoridad de lo que sucedió... personaje filosóficamente visible y materialmente invisible en todos los acontecimientos públicos y privados. Hijo de aquel anciano que con la cabeza inclinada al suelo y el brazo apoyado en la manga de aquel Padre, sube ahora por la escalera; es una especie de antejo humano... vé desde lejos. Me explicaré. ¿Observásteis cómo no salió de su habitación hasta que la *Marimorena* se retiró á la suya? Pues bien: dentro de algunas horas recorrerá los cuartos de la vecindad, y será el primero que revele algunas circunstancias ó repita algunas palabras que habian pasado desapercibidas para los demás. Todo lo explica. Yo frecuento los espectáculos: él los observa; y véalos ó obsérvelos, él los juzga. Viene después nuestro padre y aplica una sentencia, una máxima, un refrán, un proverbio. De esta manera cuando se habla de un suceso dudoso y de un acontecimiento increíble, todos responden de su

existencia porque hubo un mortal que lo observó. Lo dijo él, y es menester creerle. Se preguntan después unos á otros: ¿dónde aconteció? ¿cómo sucedió? ¿quién lo vió?... ¿Y quién habia de ser!... el de *Marras*. Y todos callan.

—Abusarán también de su nombre...

—Entonces viene nuestro Padre, y con un proverbio, un equivoco, una sonrisa, llega en auxilio de una idea mal recibida ó de un suceso desgraciado. Nuestro Padre tiene por esta circunstancia un nombre... de relación.

—Se llama...

—El Otro. Este ó aquel pueden equivocarse; pero el de mas allá, el que está lejos, el que nadie vé, el que no habla con nadie, la sombra del suceso... el Otro... ese es infalible. La filosofía tiene el Otro; la observación el de *Marras*; la casualidad el de *Ene*. Nuestro Padre es el hombre-refranes. Una palabra, una mirada, una ambigüedad suya, son recogidas y aplicadas por los vecinos, mañana, pasado mañana... cualquiera día. ¿Se casan dos amantes?... Como dijo el Otro, ¡ello habrá de ser! ¿Se encuentran dos vecinos reñidos por un desaire? Como dijo el Otro, ¡quién sabe! Con el tiempo maduran las uvas. ¿Hay eclipses de sol?... Como dijo el Otro—esclaman los vecinos asomados á las ventanas—el que está arriba todo lo puede. Algunas veces—para hacerlos ver la autoridad de sus palabras—terminan los inquilinos de esta casa un duelo ó una boda diciendo: «como dijo el Otro...» y aunque nada se repite, todos se convencerán de la razón de un presagio alegre ó triste, porque aunque no se dice lo que dijo el Otro, éste nunca debió decir una simpleza.

—Y el Padre que le acompaña será tal vez su consejero.

—Mejor diriais su rival. Es el Padre *Covos*: el observador malicioso y zumbón de la vecindad. Pesado y rebuscador, tarda ocho días para soltar una gracia que no es suya. Hace largas visitas, registra las habitaciones, husmea los secretos de familia, y descubre los quebrantos de los demás. Es el egoísta á los cincuenta años: indolente, gloton, avaro. Mira á las personas como un anticuario á sus monedas: con las cejas fruncidas y los labios prolongados. Después de sus tiempos todo merece su censura. Dice una gracia en un duelo, y pronuncia un sermón en una comida de campo. Goza con aguar la agena satisfacción, y cree una vulgaridad, cree que nadie le conoce cuando la vecindad ya llama á la imprudencia indirecta del Padre *Covos*. Considerad cuál podrá ser el aprecio y la estimación que tiene entre los inquilinos de esta casa, cuando el mismo *Pedro Botero* varió de habitación por no vivir á su lado.

—Entonces *Pedro Botero* será el vice-versa del Padre *Covos*.

—Debian vivir pared por medio. Se parecen en el color, pero se distinguen en las líneas. Cuando el Padre *Covos* vá de lado, *Pedro Botero* cruza por enfrente. El primero se parece á la culebra porque se adelanta rastreándose sobre el suelo: el segundo se asemeja al javalí porque marcha en línea recta sin que nadie pueda pararlo en su carrera. *Pedro Botero* es el perdonavidas de la casa. Embustero y trapalón, hay que creerle bajo su palabra, y se le debe dejar la derecha en la escalera, aunque baje en camisa, tragó que no puede reclamar la consideración de sus vecinos. A juzgar por lo que habla, se cuenta con él para todo, cuando nadie se acuerda de él; se temen sus revelaciones cuando nada sabe, y se respetan sus presagios cuando sobre nada reflexiona. Se levanta temprano y se acuesta tarde. Vive hablando de sí y de sus enemigos. Por lo regular tiene, según él, muchos enemigos cuando ni aun cuenta con amigos... Solo puede tener indiferentes, y se apropia entonces una numerosa clientela. Habla de todo, comenzando de esta suerte: ¡si yo fuera!... ¡si yo estuviera en lugar de!... Es el D. Quijote de la vecindad: en sus célebres calderas bien puede cocer nabos de Fuencarral y palominos de la plazuela de San Ildefonso... Ahora bien: ya conocéis algunos inquilinos de la casa; subid conmigo y observareis después el vecino mas original y sorprendente que podeis representaros en la imaginación.

Subimos la escalera principal y encaramos con una puerta cuya cerradura permitía reflejar en la pared de enfrente un botón de oro esmaltado por la luz que salía por el ojo de la llave. Aplicamos el semblante á la cerradura, y distinguimos un personaje escuálido, macilento, de ojos hundidos y prolíja barba, sin movimiento en las pupilas ni articulación en las manos. Vestía un holgado capisayo de lienzo, corona de laurel en la cabeza, y calzaba sandalias.

—¿Es un comediante?

—Es el Rey que rabió.

—Entonces será el primer rey constitucional.

—Observad á su derecha...

—¡Oiga!... á juzgar por su traje y su postura parece hermano del Rey que rabió.

—Es su amanuense, su secretario particular; es *Calainos*; es el hombre-crónica. Vive en todos los siglos menos en el presente. Presenció el diluvio, dirigió la inscripción del obelisco de Luxor; Lon-

gino y él disputaron en Egipto sobre el tratado de lo sublime; se hartó de dátiles en las costas de Africa en compañía de la reina Dido; tuvo en las manos la loba disecada que dió de mamar á Rómulo y Remo; conserva la primera muela que le cayó al emperador Augusto después de cerrar el templo de Jano; fué escribiente de Ataulfo; condiscípulo de San Isidoro, maestro de Alonso X, consejero de Cristóbal Colon, revisador de las cuentas del Gran Capitán... De Napoleón no refiere ningún acontecimiento... porque aun no cree en su existencia, porque aun no llegó á él... Por ahora está apostado en la era MCCCCLXVIII (1).

—Será inmortal.

—Lo fué, porque Calainos no existe. Su vida es una cosa pasada: es un ser privilegiado que solo vé lo que aconteció. Así, pues, no tiene un libro, un pergamino, un monumento, un relieve, una medalla: su historia no es escrita ni es hablada; es una historia suya, propia, original, exclusiva: una historia soñada. La vecindad se rie con sus relaciones, y ha dado en llamar á todo lo irrealizable é inverosímil *las coplas de Calainos*.

—Siento pasos, y no estaremos muy seguros de que atraviesen el corredor sin descubrirnos.

—¡Bah!... son *Pero Grullo*, *Juan Portal*, *Juan Lanas*, *Juan Fernandez* y *Juan de las Viñas*: los amigos inseparables de la vecindad. Cada cual se cree dichoso con la consideración que se merece entre los inquilinos de esta casa: *Pero Grullo* como filósofo, *Juan Portal* como amigo, *Juan Lanas* como marido, *Juan Fernandez* como amante, y *Juan de las Viñas* como particular. Si *Pero Grullo* dice una trivialidad, *Juan Fernandez* toma una mirada de *Mariquita la Pelona* por la sincera y pura expansión del amor. Al encontrar *Juan Lanas* en su casa el sombrero de Villadiego, no se imagina que *toma una de las suyas*, temeroso de ser sorprendido al lado de su muger, sino que cree en una nueva gracia de su provocativa jovialidad. *Juan Portal* es, según la vecindad, un hombre que no le vá ni le viene en nada. Es amigo de todos porque es un viviente que se encoge de hombros á tiros y troyanos. Los sentimientos humanos son distracciones para él: la ingratitud, la repulsa, el desprecio no existen, no pueden existir; porque no representan para él ningún objeto conocido. Solo cree en las debilidades humanas cuando acaba de escuchar algunas máximas y sentencias de *Pero Grullo*; pero aun así comienza y acaba las conversaciones con el *quién sabe*. *Juan de las Viñas* toma las maliciosas miradas de los vecinos por el curioso reconocimiento de sus bellas proporciones y la muda admiración de su privilegiada suerte. Es el hombre-escrúpulo: esclavo irreflexivo del *qué dirán*. Reunidos estos amigos entre sí, forman un corrillo mugeriego y enredador: al pasar algún vecino por delante de ellos lo abruman con sus gestos, sus codeos insinuantes, sus reticencias y sus palabras al oído. Cualquiera creerá que se burlan, pero ni aun consiguen reirse: su conversacion es como la baba de los caracoles: señala su paso y esplica su pesadez. *Pero Grullo* es su director espiritual y temporal, su maestro, su oráculo. Lo que dice *Pero Grullo* lo repiten los otros, y, lo que es peor, lo repiten mal. Los vecinos ya llaman á sus agudezas y travesuras... *perogrulladas*. El inquilino que mas los zumba y aburre es *Villadiego*: con sus chillidos y piruetas, sin que puedan alcanzarlo, aunque se apostaron repetidas veces en los rincones de la casa.

—Será el diablo-cojuelo del barrio.

—¡Oh, no!... es el pillastre de la vecindad. Es proteo. Hoy parece un jóven juicioso en la habitación de *Calainos*; mañana llega al cuarto de *la tia Candonga* como un muchacho travieso y voluntarioso. Es á la vez astrónomo, poeta, abogado, médico, ingeniero de minas, literato, prestidigitador, albeitar... todo lo que sea la persona con quien habla. A cada persona la dice su profesion; á cada inquilino le revela las debilidades de su vecino. Galantea á la una, requiebra á la otra, dá palabra de casamiento á ésta, desprecia á aquella: ya es D. Juan Tenorio; ya es el lindo D. Diego. Desafía y no parece; cita y no viene. Vá á sorprenderse y escapa; parece que volverá mañana á la misma hora que hoy, y no sale de casa. Su aparicion y desaparicion es proverbial entre la vecindad; de suerte que cuando uno marcha antes de tiempo ó no viene á la hora señalada, dice *que tomó las de Villadiego*.

Seguimos por el corredor del piso principal, y llegó á nuestros oídos una confusa gritería que debía salir de la última habitación de la casa.

—Es la tertulia de confianza del *tio Peranzules*, dijo nuestro acompañante al comprender nuestra muda interrogacion.—Enfrente vive la mala lengua de la casa: *la tia Candonga*.

—Mala compañía para vecinos pacíficos.

—Y sobre todo para la tertulia donde se reúnen el *tio Peranzules*, su muger *la tia Marizápalos*, sus hijos *Mariquita la Pelona* y *Perico*

el de los *Palotes* y el compuesto y afeminado *Periquito entre ellas*.

—Jugarán á la lotería antigua.

—Hablan, ó mejor sea dicho, charlan. Unicamente el día de cumpleaños ó del patrón de la parroquia bailan unas boleras después de ir de campo á la pradera del canal. El *tio Peranzules* es el hombre pundonoroso, reservado cuando no le importa y charlatan cuando no le viene á cuento. La mejor alhaja de su cuarto es un grande espejo con el que consulta sus gestos y movimiento. La vecindad le califica por esta circunstancia de... *muy mirado* en sus acciones. Para su familia es el tipo de la honradez, pero los inquilinos le llaman un infeliz, un santo varon. No es el amo de la casa; allí cambia de sexo la cabeza doméstica; el marido es la muger. *La tia Marizápalos* es hacendosa, uraña, caentera, quisquillosa, lleva y trae, rezadora en los dias feriados y murmuradora en las noches de labor. Su hija, *Mariquita la Pelona*, es el correydile de la vecindad: empieza por ser envidiosa y casquivana; y segura de que su padre no la reprenderá, dominado por el carácter gruñon y descontentadizo de su muger, hace burla de los viejos y se familiariza con los jóvenes. *La tia Marizápalos* ve por los ojos de su hija; la consiente que alborote la casa, que amenace á su padre por detrás, que vaya mal acompañada á los lavaderos de la Virgen del Puerto... es la chiquilla desvergonzada que la espera mas tarde un puesto de fósforos en la plaza de Lavapiés, ó un cesto de naranjas cerca de san Juan de Dios, ó lo que será peor, el mismo san Juan de Dios. Su hermano *Perico de los Palotes* es el gracioso de su familia; perezoso, indolente, dominguero: toca por cifra la guitarra y juega á la barra en el portillo de Embajadores. No tiene oficio: pasea. Los vecinos le llaman un *acerero*. Es un misto de pretendiente y observador. Anda: hé aquí su oficio. Asiste á las paradas militares: hé aquí sus hechos de armas. Lee los carteles de toros: hé aquí sus estudios. Silva por los corredores: hé aquí su educacion. Dice siempre que va de prisa por la calle, y se detiene en las tiendas de blondas, en las lonjas de géneros ultramarinos, en los almacenes de cristales, en los pasajes, en las obras que se construyen, en las puertas de los teatros, en las afueras de Madrid, é insensiblemente vuelve á su casa, después de describir repetidas espirales por las manzanas de la coronada villa.—Ahi sale *Periquito entre ellas* que va á la habitación de *la tia Candonga*. Este inquilino es el hombre-neutro: no tiene sexo. Borda, escribe, canta, lee, cose zapatos, baila, revuelve un guisado, lava un jabon, se afeita el bigote y deja crecer las patillas, se viste de muger por el Carnaval y acompaña sin guardian á las muchachas del barrio. Es ave que nunca lleva en el pico alguna rama para su nido. Ni pesca, ni caza, ni arma: las mugeres de mundo le llaman un *espantajo*; las jóvenes le toman por una *pantalla*. Se sospecha que sea hombre; solo se sospecha de su sexo. En cambio *la tia Candonga* es un huracán: viva como la centella y ruidosa como la pólvora comprimida. No habla, grita;—es poco—vocifera. Pone sobrenombres á los vecinos, se brinda á ocultaciones maliciosas, seduce á los incautos, insulta á los pacíficos y rechaza á los prudentes. Vive con el barullo y el escándalo. Busca las ocasiones donde puede herir de nuevo á sus vecinos, y con los brazos en jarras espera para salir de su cuarto que rechine la cerradura de la habitación del *tio Peranzules*, le mira de reojo y cantando con aire malicioso deja entornada su puerta para observar la desazon de su enemigo.

El interés y la curiosidad crecían en nuestra fantasia al escuchar la relacion de nuestro *Cicerone*, y nos resolvíamos á seguir por un estrecho corredor que desembocaba al lado del cuarto del *Tonto de Coria*, el pupilo sin voluntad del desalmado *Cribas*, cuando la luz de un farol rellejó en la pared enfrente la sombra agigantada de un personaje desconocido.

—Retiraos—esclamó nuestro acompañante—porque si os reconocen, sois perdidos. De seguro os mantearia *Pedro Botero*, el cual siempre está de semana voluntariamente para registrar la casa... Deseaba hablaros de *la tia Pendanga*, del *tio Lilaila*, de... pero corre de mi cuenta el volver á buscarlos.

—No acertaremos á salir... guiadnos.

—Enhorabuena... Mañana, pasado mañana os encontraré en el cementerio, en la iglesia, en los toros, en palacio, en las cortes, en el Prado, en el café, en vuestra redaccion... en vuestra misma casa si os place.

—La ignorais.

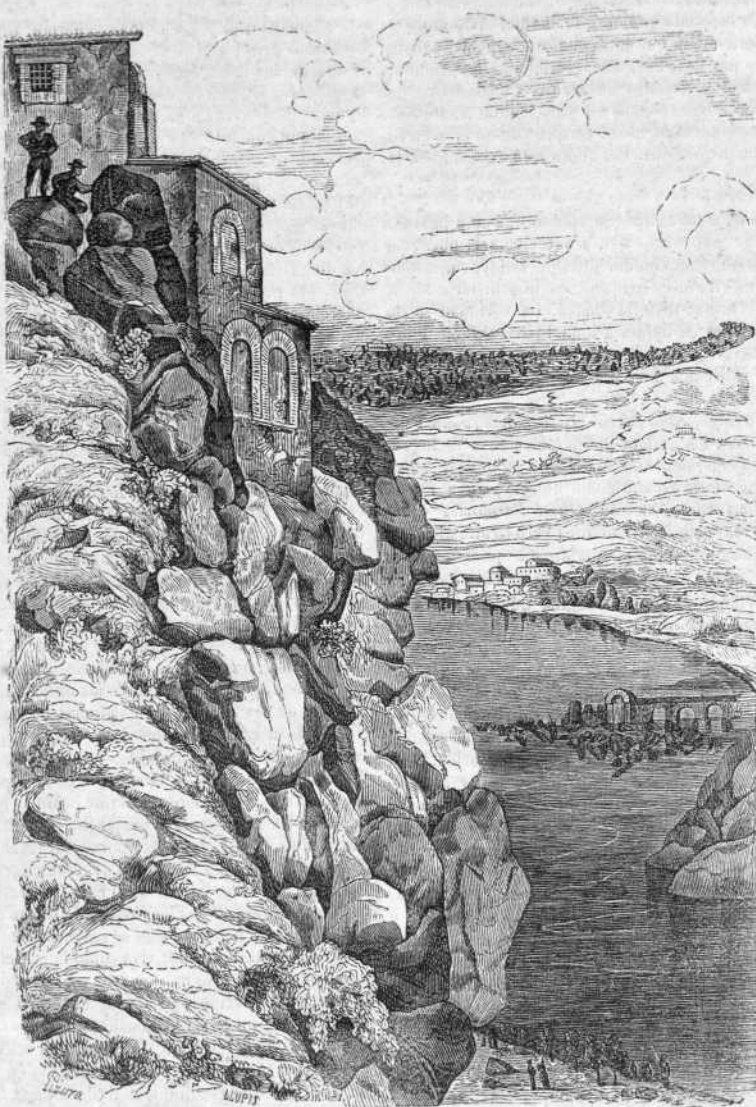
—Os seguiré desde la calle.

Y golpeando nuestras espaldas con humilde familiaridad nos acompañó hasta la puerta de la casa de *Tócame-Roque*.

Respiramos el relente de la calle, y á la media hora ocupábase una silla en el café Suizo, donde acudían los *dilettantes* cansados de aplaudir á la *Persiani* y á *Ronconi*, y los jóvenes elegantes que se preparaban para las *soirées* de buen tono. Por nuestra parte aun creíamos reconocer algunos inquilinos de la casa de *Tócame-Roque*.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago, mayo 4 de 1890.



(Vista de la roca Tarpeya, Toledo.)

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Tratemos de resumir el espíritu de los dichos de cada uno: Mendoza quería explicaciones sobre la oposición de Sotopardo á su enlace con Matilde, cuando precisamente se le había llamado para que lo facilitase; Sotopardo se contentaba con declarar que se oponía á tal matrimonio y que no había de verificarse; Matilde, comprendiendo que un sentimiento de delicadeza no permitía á su nuevo amante revelar ni al novio ni á la madre los secretos de la reciente entrevista, abusaba de aquella generosidad, con respecto á Mendoza, desdenándose de darle satisfacciones, con respecto á su madre, tratándola como el fuerte al débil, sin misericordia; y Milagros, finalmente, que sin que nadie se lo dijera, sabía, como si lo hubiera visto, lo pasado

entre su hija y Sotopardo, procuraba escitar á este por todos los medios posibles á que de su reserva saliese.

En cuanto á los dos militares el término de su disputa era fácil de prever: empezada la discusión con violencia, pasó pronto á las frases duras, de estas á las irónicas provocaciones, y últimamente de boca de Mendoza salió un denuesto, á que replicó Sotopardo con un: «Me dará V. satisfacción» que atajó el debate.

Pero Matilde no quería que le matasen á su amante y menos aun á su novio, y si el desafío se verificaba, probablemente se quedaba sin marido.

Milagros, que sabía también la superioridad de Don Carlos en las armas, temblaba que Mendoza sucumbiese, pues libre su hija, era claro que ella había de perder el amante.

La hija y la madre acudieron, en consecuencia, á contener á los hombres que, tomando los sombreros, se encaminaban ya hacia la calle; pero al querer estorbar el combate acusáronse la una á la otra de haberlo provocado, y al defenderse de aquella acusación se dijeron tales cosas que escandalizarán á un tambor de cuerpos francos.

Advirtamos, y es importantísimo, que seguras la una y la otra de disponer de Mendoza á su arbitrio siempre que se les autojara, las dos se encaminaron de preferencia y al mismo tiempo á Sotopardo para contenerle, y en tanto el novio, á quien la mostaza se le había subido por completo á las narices, como vulgarmente se dice, salió exclamando:

—«Señor don Carlos, abajo espero.»

Con lo cual, como Bustos Tavera con el famoso «*afuera voy á esperalle*», bajó cuatro á cuatro los escalones hasta dar consigo en la calle y respirar el aire libre de que no necesitaban poco sus agitados pulmones.

En tanto Milagros acusaba á Matilde de que no contenta con su novio, y con mas de una aventura sin consecuencia, perseguía hasta al amante de su madre; y su dignísima hija le replicaba, con una modestia encantadora, que con el ejemplo que se le daba desde que nació no podía ser otra cosa que lo que era; que no tenía nada de extraño que Sotopardo prefiriese la jóven á la vieja; y que, en fin, bien podía tolerársele á la jóven que tuviese amante, además de novio, cuando la vieja además de amante tenía un fraile con quien iba á confesarse casi todas las tardes, amen de las noches que el fraile iba á confesarla á ella.

Semejante conversacion, de suyo amena é instructiva, produjo en nuestro don Carlos el efecto que era natural atendidos su carácter y antecedentes: abriendo los ojos á la luz por completo, vió á la madre y á la hija en toda la horrible desnudez de su hedionda corrupcion. Diéronle asco primero, y luego acabó por divertirse en su riña, cual si asistiese á una de gallos ó otros animales cualquiera.

Desde aquel momento, pues, hizo firme propósito de renunciar para siempre á todo trato con tales infames gentes, renovando la resolucion de impedir á toda costa el enlace de Matilde con Mendoza.

Sin despedirse, sin mirar siquiera á las dos viles criaturas, salió Sotopardo de aquella casa: en la puerta le esperaba Mondoza, que ciego de cólera, y cerrando los oídos á las esplicaciones, ya francas, benévolas, cordiales y hasta humildes — ¡fenómeno singular! — de su compañero, obstinose en medir con él las armas.

—«Mendoza, le dijo éste, es inútil que V. se canse: no me bato.

—Le insultaré á V. en público.

—No me bato.

—Le llamaré cobarde.

—¡Vive Dios! — Pero no: no me bato.

—Le pondré á V. la mano en la cara.

—¡Miserable!

—Batámonos.

—No me bato.

—Pues entonces... exclamó el novio, levantando la mano y acercándose al rostro á Sotopardo.

Ante tan cruel afrenta cedió la resolucion de nuestro don Carlos, y en el acto, perdida toda prudencia, tiró de la espada. No se hizo de rogar el otro que se abrasaba por batirse, y los hierros se cruzaron al punto.

La calle era escusada, y ya las nueve de la noche: dos ó tres personas que por allí pasaban, prudentes ó temerosas, apretaron el paso para evitar contingencias; y el combate además fué breve.

Mendoza siempre inferior á Sotopardo en el manejo de las armas, estaba ciego de ira; y á su enemigo le abrasaba todavía la cara con la amenaza sola del bofetón.

Al minuto, pues, don Carlos el bueno estaba desarmado y herido de una estocada en el brazo derecho por don Carlos el malo. Entonces el último, envainando su espada, y acudiendo á vendar la herida con su propio pañuelo, dijo á Mendoza:

—«Me ha obligado V. á batirme, y sin embargo siento lo que ha sucedido: mañana hablaremos de espacio, que estaremos ambos mas sosegados. Entre tanto créame V. y levántese la tapa de los sesos antes de casarse con Matilde.

—¿Pero por qué, señor, por qué?

—Porque es una muger indigna de serlo de un caballero.

—Sotopardo, en curándome volveremos á batirnos y á muerte.

—Adios Mendoza, V. está loco.

Dichas esas palabras volvió Sotopardo la espalda y retiróse á su casa.

Apenas solas la madre y la hija, comprendiendo el riesgo inminente que corrían de perder el noviazgo de Mendoza, hombre por su cándor y buena fé para ellas irremplazable, cesaron, como de común acuerdo, en su riña; y abriendo el balcon de la sala pusieronse á él en observacion de lo que en la calle pasaba.

Ya hemos visto la brevedad del diálogo y lo rápido del combate de los dos capitanes; así que, si bien apenas les vieron tirar de las espadas, bajaron Milagros y Matilde las escaleras con gran celeridad, tratando de interponerse entre ellos, cuando á la calle llegaron ya el daño estaba hecho, y Mendoza herido, sobre celoso; acongojado sobre tonto, fué el único á quien hablar pudiera.

A la verdad él era allí el personaje importante; en cuanto al otro, la madre y la hija se decían, cada una para sí, se entiende: «hágase la boda, que despues él será mio.»

¡Habremos de esforzarnos mucho para persuadir al lector de que fácilmente se apoderaron aquellas dos infernales mugeres del ánimo

del herido? Mal habríamos desempeñado, muy mal, nuestro oficio de cronistas si así fuese.

Cuatro zalamerías de Matilde, otras tantas frases hipócritas de maternal interés en boca de Milagros, sobraron para que Mendoza se riudiese á discrecion, y se dejase llevar como un cordero al ara del sacrificio, esto es á la casa de las ninfas, de la cual desde entonces no volvió á salir hasta que fué marido de la encantadora doncella.

¿Cómo le esplicaron la escena que de presenciar acababa? — Muy fácilmente: Sotopardo con villano abuso de la confianza de Matilde, habia querido triunfar de su virtud aquella tarde, poniendo tal infamia por condicion precisa de su intervencion en favor de los novios, y declarando que si la niña no accedía á su mal deseo, él haría de modo que nunca con Mendoza se casara. Milagros que, como muger de mundo, tenía conocimiento, mas bien que sospecha de la pasion de D. Carlos por su hija, pasion que esta en su inocencia, no sospechaba siquiera, apenas supo por Mendoza mismo que Sotopardo estaba á solas con Matilde, receló cuanto pasaba, y de ahí la sorpresa, etc. etc.

Resultaba, pues, con evidencia probado: primeramente, la inocencia, el candor, la fidelidad de Matilde; en segundo lugar la cuerda prevision de su madre; en tercero la infamia del capitan Sotopardo; y finalmente que Mendoza, á pesar de su herida, era el hombre mas feliz de la tierra en haber hallado una esposa como Matilde, y una suegra como Milagros, tan tierna, tan solícita, que no vacilaba en sacrificar sus propios amores á los de su hija. Verdaderamente no es fácil reunir dos hembras de tan infernal condicion como lo eran aquellas harpías.

Todo se arregló, todo se convino la noche misma en que tuvieron lugar los últimamente referidos sucesos: mas aunque la real licencia estaba corriente, la vicaria necesitaba tiempo, siquiera una semana, para poner en regla á los contrayentes, y durante esa semana Sotopardo era hombre de remover cielo y tierra, de poner en juego irresistibles resortes para impedir aquel casamiento. Milagros, conociendo la actividad incansable, la tenacidad inflexible de su amante, temblaba, y con razon sobrada, que estorbaba la realizacion de aquella su esperanza suprema, porque, en efecto, salir de Matilde y casándola bien, era inmensa fortuna para la Gitana.

Confesámoslo en gloria suya: si algun resto de naturales y honrados sentimientos quedaba allí en las profundidades de su empedernido corazon, ese resto era para Sotopardo, su último y acaso su mas sincero amor, á que se agregaba la harto fundada prevision de que para ella no podían repetirse en lo sucesivo tales aventuras. Por tanto vaciló y mucho, pasando por crueles alternativas, antes de resolverse á sacrificar el sentimiento á la conveniencia: pero esta triunfó al cabo, como triunfar debía.

Matilde era su madre perfeccionada: es decir, una muger en quien la corrupcion aparecía como ingénita, y una muger que educada por otra de igual especie, y respirando desde su primer instante una atmósfera envenenada, solo de ponzoña vivía, pero tan natural y en la apariencia plácidamente, como el ave en el aire, como el pez en el agua. Dueña de los secretos de su madre, y de los de su padre, secretos de vergüenza, de infamia y aun de crimen, no se hubiera detenido un solo instante en usar y abusar de ellos para vengarse de Milagros, en el momento de recelar siquiera que por culpa ó omision de esta dejaba de realizarse un enlace á cuyo favor iba ella, bastarda y corrompida criatura, sin familia, sin posicion, sin nombre legitimo, y sin fortuna, á conquistar en solo un dia todo lo que le faltaba.

«Si yo, se decia Milagros, me viese en tal situacion, capaz seria hasta del asesinato. ¿Que hará, pues, Matilde que es mucho peor que yo lo he sido nunca?»

A mayor abundamiento D. Fadrique ya viejo, pobre, proscrito, acababa de salvarse milagrosamente del cadalso, ó cuando menos del presidio, merced á la intervencion del santo director espiritual de aquella santa familia; y lejos de hallarse en estado de prestar proteccion á nadie, la necesitaba él no poco para sí mismo.

El fraile en cuestion habia sido guerrillero durante la guerra de la independencia en Andalucia: Milagros y su hija, niña entonces, viajando en cierta ocasion sin escolta desde Sevilla á Moron, cayeron en poder de la partida que el religioso acaudillaba, y como familia de afrancesado, parecia probable que fuesen duramente maltratadas á pesar de los fueros é inmunidades de su sexo. Las pasiones estaban tan exaltadas en aquella época, los ánimos tan enconados contra los traidores que al intruso servían, que los guerrilleros los trataban, cuando en sus manos caían, poco mas ó menos como los israelitas á los cananeos. Añádase que el fraile era conocido por su feroz exaltacion, y se comprenderá que Milagros se encontraba en inminente peligro.

Sin embargo, ni su serenidad, ni su buena estrella la abandonaron en tan critica ocasion: apenas en presencia del guerrillero, y sentenciada ya, por de pronto, á ser azotada coram pópulo, y sin

perjuicio de lo que ulteriormente pudiese de ella disponerse, la Gitana, con gran presencia de ánimo, solicitó que el fraile la oyese antes de la ejecución algunos instantes á solas, gracia que obtuvo, porque al presbítero-soldado no le habían parecido del todo mal sus bigotes.—La audiencia que debía ser de cinco minutos, duró dos horas, al cabo de las cuales, con asombro y no sin murmuración de aquellos que los franceses llamaban *Brigantes*, y los españoles *Partiotas* ó *Empecinados*, Milagros y su hija obtuvieron libertad completa, y fueron por el fraile mismo escoltadas casi hasta dar vista á las avanzadas del ejército invasor.

En concepto de sus soldados dejóse el fraile seducir por los encantos de aquella Armida, y hasta cierto punto acertaron: pero es justo añadir que por el placer no olvidó el cabecilla los intereses de los suyos, ni menos los de la causa que defendía. Milagros se hizo manceba, pero además espía del guerrillero, doble oficio con el cual ganó algún dinero por entonces, preparándose un protector para los días aciagos de la derrota.

En efecto, á la vuelta del rey Fernando VII á España encapillóse el fraile de nuevo la cogulla, y desplegando contra los liberales y *Fragmasones* el mismo celo, ferocidad tanta, como contra los franceses y sus partidarios desplegara durante la guerra, obtuvo, amen de un puesto importante en su orden, gran favor con el monarca. Gracias á esa posición, y á la consecuencia que siempre guardó á Milagros, cuando ésta con D. Fadrique y Matilde llegaron á Madrid, á pesar de la proscripción que sobre el ex-magistrado pesaba, y fueron presos, no solo por el juego, sino porque contra Vargas aparecían indicios de mezclarse en tramas políticas, consiguió el fraile, y acaso él solo pudiera conseguirlo, que se limitase el rigor del gobierno á estrañar del reino al culpable, dejándose en completa libertad á su familia.

De tales antecedentes, y de la habitual frailuna parsimonia, se desprende que si, el tal religioso era un protector necesario, importante, y á mayor abundamiento temible; por lo respectivo al dinero poco ó nada podía Milagros prometerse de él, y mucho menos exigirle. Los frailes todo lo querían y tomaban como de limosna.

Mas, mucho mas, podía esperarse de la buena índole de Mendoza, y por lo tanto, tan interesada estaba Milagros, si no mas que Matilde, en que el matrimonio se realizase; porque la vejez se le acercaba á pasos agigantados, y con ella la miseria mas espantosa.

En virtud de tales consideraciones, y si bien reservándose la esperanza para lo futuro de enredar de nuevo en sus lazos á Sotopardo, resolvióse la Gitana á obrar contra él, al menos en lo indispensable para que á sus planes no estorbare; y tan buena maña se dió, que con el auxilio del fraile, á quien pintó las cosas como á su propósito cuadraba, logró que al tercer día después de la escena que hemos referido, saliese D. Carlos para el castillo de las *Peñas de San Pedro*, acompañado por un ayudante de plaza para seguridad mas completa.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UNA LECCION DE ORTOGRAFIA.

Después de la primera representación del *Orestes*, de Voltaire, una celebridad femenina de Francia le mandó una carta de cuatro páginas conteniendo críticas sobre su obra. El célebre escritor se contentó con responderla estas pocas palabras: «Señora, no se escribe Orestes con h.»

PELIGROS DE MADRID.

REVOQUE DE LAS FACHADAS.



Una línea tirada con garbo y desenvoltura á la vuelta de una esquina.



ADARGA EXISTENTE EN LA ARMERIA DE MADRID.

Hé aquí la descripción que de este objeto encontramos en el excelente catálogo de la Armería que acaba de publicarse:

«Asunto: campo dividido como en cuatro cuarteles: en uno de los superiores se vé un ejército de guerreros castellanos con el pendón de Castilla y Leon, poniendo en huida al ejército moro granadino; en el otro van entrando en Granada los reyes Católicos y sus tropas por una puerta, mientras que Boabdil y su madre salen por otra. En el cuartel inferior derecho desembarca Carlos V y su ejército en Africa con dirección á la jornada de Tunez; la figura armada del emperador y su caballo fardado están copiadas exactamente del cuadro del Ticiano que se halla en el Museo de pinturas con el número 683; en el cuartel que queda se representa la batalla naval de Lepanto, en una de cuyas naves está de pie D. Juan de Austria, y á un lado se vé á Felipe II sentado bajo de un dosel, teniendo delante de sí dos guerreros arrodillados que le presentan palmas de victoria. En el centro de la adarga hay un óvalo en que se distinguen los objetos siguientes: dos ibis coronadas, una serpiente con alas, un sapo muerto, una corona de espinas, y un listón ó cinta con la inscripción

latina SERPES VNA SENECTA. Orla con varios adornos y cuatro cabezas de leones. Todo lo descrito está hecho de plumas de colores, constituyendo un verdadero mosaico animal; por lo que, y por la prolijidad del trabajo y ejecución, es una de las piezas más raras é interesantes en su género.

Hemos examinado detenidamente esta adarga, y creemos que ha debido pertenecer á Felipe II, según la explicación que se nos ocurre del emblema contenido en el centro. Dice la mitología que todas las primaveras salían de la Arabia multitud de serpientes aladas que iban á caer sobre Egipto, cuya destrucción hubieran causado si las ibis no las mataban, como igualmente á los demás insectos ponzoñosos y reptiles inmundos. Por esto dichas aves eran allí reverenciadas. La serpiente alada de la adarga representa la heregia que amenazaba caer sobre España y sus estados de Flandes: está mordiendo la corona de espinas en que aparece simbolizado el cristianismo; las dos ibis coronadas representan: la mayor á Carlos V, que ya había peleado contra los sectarios de Lutero, viendo á la menor, que es Felipe II, acometiendo al monstruo y matándole; el sapo muerto es

30 DE JUNIO DE 1830.

la representación de la ponzoña que se supone vertía la serpiente: la leyenda latina *SERPE SPES VNA SENECTA*, «una esperanza es el báculo de la senectud», parece manifestar que Carlos V, después de haber combatido por su parte á la heregía, había entregado el cetro á Felipe, y fiaba en que triunfaría de los herejes, esperanza que sustentaba la vejez del padre viendo la dura y cruel persecución sostenida por el hijo.»

UN QUID PRO QUO.

No contamos un cuento: referimos un hecho en toda su sencilla verdad, tal cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien asuste la fuente, el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relación y el trasladante que va á poner en letra de molde lo que recogió, que no lea, puesto que si supiéramos que íbamos á ser leídos con prevención, se tornaría la ligera y ágil pluma que tenemos en la mano en un pesado é inamovible barrón.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios solo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzmán el Bueno, un convento, abandonado como todos, gracias al progreso de las ruinas. Situado sobre una elevación del terreno al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre de San Francisco, es hoy mas propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hácia el pueblo, y estiende su huerta en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero solo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno solo! Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los fieles. ¡No hay voces con que espresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno menos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espíritus celestes, entre los cuales solo el sacrificante está visible.—La iglesia es de una altura portentosa, y tan apaciblemente alegre que parece que solo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te Deum* y el no menos sublime cántico del *Gloria*.—El altar mayor, primorosamente esculpido en el género Churrigueresco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas y cabezas de ángeles dorados, que ostenta con tal profusión y tal brillo, que prueba que al labrarlo, no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gusto.—¿Para qué sirve el oro hoy en día? ¿para qué el tiempo? ¿empléase mejor? El que nos afirma que sí, tendrá el lauro de convencernos de que fué acertada la supresión de los conventos. Mientras no, lloraremos sobre aquel grandioso coro, á aquellas ricas capillas, aquel soberbio tabernáculo, frío y vacío como el corazón del incrédulo. ¡La incredulidad! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espíritu; la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á él conduce, está cubierta de yerba: allí sueltan los carreteros sus bueyes en horas de descanso. Al entrar en el compás, en lugar de escallones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos poyos de mampostería, al frente está la puerta de la iglesia; á la derecha una capilla de la orden de los terceros; á la izquierda se sigue para buscar la portería.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude aquí. Aquí aun está en pie la iglesia; aun vegetan sin cultivo las dos palmas; aun existe un fraile franciscano, que dice misa en la escueta iglesia: aquí aun hay boyeros que refieren sucesos, en los que se apareja lo religioso y lo festivo con esa buena fé y sanidad de corazón del niño que juega con las veneradas canas de su padre, sin creer por eso que le falta al respeto. Pero acude pronto, porque antes de mucho desaparecerá todo esto y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestará toda su magia, como para vengarlas.

El tercer día de la semana brillaba puro y alegre, ignorando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ageno de que un refrán su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y embarques. Un martes, pues, ageno de toda influencia ó mira hostil, como si fuese un domingo, subía la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirigía al convento vacío para oír la misa de los martes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su augusta magestad. Cuando llegó, aun no había venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavía cerrada. Sentóse en el compás sobre uno de

los poyos de mampostería, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca que hacía dulces los rayos del sol. Al frente de ella veía descollar las palmeras como dos nobles gemelas que llevaban sin doblarse ni humillarse su persecución y abandono. Los bueyes tendidos en la plazuela rumiaban pausadamente, y tan inmóviles que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagartijas se paseaban por las paredes de que eran dueñas absolutas, en un vergel de alcázaras, de rosadas flores y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En el esmalte del cielo... (mal decimos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celajes, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir: tanto hacia olvidar la naturaleza los estrechos círculos con que nos agitamos con afán, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora. Un andaluz no se corta nunca: el sol puede eclipsarse: la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultán Harum-Aralschid, si hubiese reinado en Andalucía, hubiera podido ahorrarse los disfraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo y sin imponerle corteidad. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no: es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Así fué que aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque había otros asientos, aquel les pareció el mas bonito y en aquel se sentaron á platicar sin cuidarse de ser oídos.

En los países del norte la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla menos; pero en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue: pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos días sin mayor molestia; pero callados dos minutos eso no puede ser. Si no tienen con quien hablar, cantan. Hombre, le dijo el uno al otro, no puedo mirar aquella capilla de los Terceros sin acordarme de mi padre que era hermano, y cuando yo era muchacho me traía aquí todas las noches á rezar el rosario que á la oración rezaban los hermanos.—¡Cristianos!! y qué hombre era tu padre! ¡ya no los hay de aquella cantera!

—¿Qué ha de haber! Los hombres hoy por hoy son un hato de haraganes, sin mas devoción que la de San Rorro, patron de los borrachos.—Decía mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del francés se torció el carro.—Pero vamos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento.—Acudía toda la gente de este barrio á los frailes para que asistiesen á bien morir.—Hoy en día mas de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos.—Quedábase pues, todas las noches un padre velando, y listo por si lo requirieran, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien quisto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apenas se había cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas se dejase vendar los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué había de hacer el santo varón sino agachar las orejas? Porque aunque era un moceton como un trinquete, que tenía buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente de bronce y venía armada. Además, tampoco podía su merced desatender á su ministerio, y solo Dios sabía cuáles eran las intenciones de los que lo llamaban. Así fué que se dejó vendar y dijo: ¡A Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por esta me entro, por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba oscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido hácia un rincón de la estancia. ¿Quién se queja? preguntó el padre Mateo.—Señor, yo soy, contestó una voz lastimera de mujer, aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar después que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! Padre, por María Santísima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálvame V.

Hija, y ¿como podré yo salvarte? respondió el padre Mateo. ¿Qué puedo yo, solo, contra tres hombres, armados y sin conciencia?

En primer lugar desátame V., dijo acongojada la mujer.

El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los pies; pero estaban apretados, no se veía, y el tiempo corría como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta. ¿No ha despachado V., padre? preguntó uno de los hombres.

¡Eal no dar prisa, contestó el padre, que tenía el corazón bien puesto; pero que no acertaba cómo salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente ¿Qué hacemos? decía el pobre señor condolido y asombrado. Como las mujeres son

capaces de discurrir tretas hasta con un pié en el hoyo, discurrió esta esconderse debajo de los hábitos del padre Mateo, que como ya dije era un hombrón que no cabía por esa puerta. Mal medio es, dijo su merced; pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera!

Púsose cerca de la puerta, llevando á la muger debajo de sus hábitos. — ¡Acabó V., padre? preguntaban los desalmados aquellos. — Acabé, contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo. — Señor, no me desapare V.! gemía la muger, mas muerta que viva. — ¡Calla! Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quiera! contestaba este. — A vendarse, y ligero! dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el parage en que se hallaban.

Después de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres á la vez echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo. Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la muger: — Eh, ahora, hija mia, pon los pies en polvorosa, y vé dónde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos, conforme se hallen que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme. Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardian y le contó cuanto le había pasado, añadiendo que aquella gente preciso era que viniese al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento. El guardian fué el que bajó y se presentó. — ¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó. — Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una muger. — No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna muger. — ¿Que no? ¿pues si se la ha traído aquí por mas señas! — ¿Qué estais diciendo, deslenguados? ¿Una muger al convento! ¿cómo se entiende quitar de esa manera la estimación al padre Mateo é infamar al convento? — No, no, señor, no lo decimos con esa intención, sino que.... — ¿Sino qué? preguntó cada vez mas enojado el guardian. ¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una muger al convento? Los hombres se miraron unos á otros. — Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagro. — Si, si, dijo otro: esto es obra de Dios ó del diablo. — Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que le tiene cuenta. — Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardian, y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos, ni levantar calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vela sobre nosotros.

— No te quede duda, dijo el mas sobrecogido de los tres: ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella muger.

— Padre Mateo, dijo el guardian cuando se hubieron ido; se han sobrecogido mucho y os han tomado por San Francisco. Mas vale asi, pues son gebtes temibles: están furiosos.

— Mucho me honran, contestó el padre Mateo; pero deme vuestra paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor y me cuelguen á mi el milagro de San Francisco.

FERNAN CABALLERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el río suena!

XII.

Recuerdos de una historia antigua.

Dejemos á Sotopardo dándose á todos los diablos en el castillo de las Peñas de San Pedro, mas que por la severidad de su prision, que era bastante, aunque no toda la que por Real orden se le había encargado al gobernador; mas desesperado, decimos, que por la severidad de su prision, por la causa que la motivaba, y por la mano de donde tal golpe le venia; y hablemos, segun nuestra costumbre, de otra cosa al parecer inconexa, pero en realidad intimamente enlazada con el principal asunto de estos estudios.

El lector recuerda, sin duda, y si no se lo recordaremos nosotros, que Vargas tenia ademas de Matilde, dos hijas legítimas, habidas en su esposa la Camarista.

La primera de las dos cautivó por su belleza el afecto del conde de San Justo, quien habiéndola conocido en Cádiz, abandonada con su hermana y en la última indignidad, hizo de ella su esposa. — Laura, huérfana de madre desde sus primeros años, criada en poder de la manceba de su padre, victima del mal carácter de la bastarda Matilde, y viendo padecer á su hermana Inés igual suplicio, aunque pudiera ser, no solo hija, sino hasta nieta del Conde, aceptó su mano como un don del cielo, y fué, en efecto, condesa de San Justo, llevándose consigo, como era natural, á Inés. Vargas, que á su regreso de Manila había vuelto á enamorarse perdidamente de la Gitana, llevó, no ya la debilidad, sino la infamia, hasta el punto de abandonar á sus dos hijas legítimas, señalándolas una escasa pensión, que satisfizo poco tiempo, para vivir así mas á sus anchas con Milagros y Matilde. Laura se casó uno ó dos años antes de terminarse la guerra de la independencia.

Hecha la paz establecióse el conde en Sevilla, donde cierto oidor jubilado, ya hombre provecto tambien, prendándose de la cuñada de aquel, solicitó y obtuvo sin dificultad su mano.

Dos palabras sobre las dos hermanas: entrambas habían recibido la peor educación posible; para entrambas las nociones de lo bueno y de lo malo eran, al casarse, en parte erróneas, en parte completamente desconocidas; pero Laura, sentimental, débil de carácter, prendada de su propia belleza, y con una vanidad desmesurada, entró en el mundo mucho peor preparada que Inés, sencilla y candorosa, pero muger de juicio recto y de sensibilidad moderada.

Por otra parte la transición, que para Laura fué violenta y repentina desde la miseria al fausto, de la abyección al sitial aristocrático, del aislamiento al apogeo de la sociedad culta, para Inés tuvo lugar sucesiva y gradualmente, y á término menos distante del punto de partida.

Considérese, en efecto, lo que vá de la niña huérfana y pobre en poder de la manceba de su padre primero, después á sí misma abandonada, á la joven condesa, muger de un Teniente general, bella por extremo, rica, elegante, rodeada de todos los prestigios del lujo y de la posición elevada, y en su calidad de esposa de un viejo, considerada por los seductores de oficio como blanco natural de sus tiros, y se verá fácilmente cuántos mas riesgos la amenazaban que á la que humildemente entraba en el gran mundo, como satélite de su hermana, en segundo término, eclipsada por ella, con la modestia de la soltera, y que en fin se enlazaba con un hombre provecto y no anciano, respetable pero no de opulenta ni brillante condicion.

Como los antecedentes fueron las consecuencias; y aunque ya conocemos la catástrofe de la triste historia de Laura, nos permitirá el lector que para la mejor inteligencia de esta complicada narración, volvamos atrás la vista, y la fijemos en algunos pormenores de aquel lamentable suceso.

Era el Conde uno de esos hombres que, por desdicha suya y no para la ventura de aquellos que les rodean, proceden en todo de extremo á extremo; cuando confiados, llevando la fe hasta el absurdo; cuando recelosos, incrédulos como los ateos. Casóse con Laura persuadido de que era un ángel, sin esperanza á la verdad de inspirarle amor, pues la rectitud de su juicio no consentía tan descabellada ilusión, pero seguro de ser de ella bien quisto y respetado, ya por gratitud, ya por efecto del buen natural y santa índole de la doncella. ¿Engañábase en la última suposición? — No por cierto: Laura, ya lo dijimos, era sentimental, débil y vana, mas no corrompida, no de malas inclinaciones: pero Laura no había amado aun entonces, porque la miseria y el odio á Milagros, y la aversión á Matilde, hicieron que hasta casarse rebosara en hiel su corazón. Lo que sucedió, y el Conde debiera haber previsto, y acaso evitar pudiera con un grano menos de caballeresca confianza, fué que el incienso de las adulaciones trastornó aquella débil cabeza; y que, comparando su naciente belleza con la avanzada senectud de su esposo, se persuadió la hija de Vargas de que el Conde en vez de hacerle un beneficio inmenso sacándola del estado de abyección en que la había hallado, era un egoísta que sin misericordia enlazaba el lozano y tierno vástago al ya caduco tronco.

No diré yo si con razon ó sin ella, pero el hecho es que para la mujer la hermosura y la juventud son dotes de tal precio, que no hay sacrificio, cariño, ni adoración que las paguen. Para ellas no hay mas aristocrática que la de la mucha belleza y los pocos años: eso les basta para que aspiren á las mas altas posiciones, y una vez conquistadas, se crean allí como por derecho hereditario, sin que nunca, ó pocas veces á lo menos, vuelvan atrás la vista, y mirar piadosamente se dignen á quien les facilitó el camino.

Pero, aparte la filosofía, volvamos á nuestro eterno asunto.

El Conde introdujo á su esposa en la sociedad sevillana con todo

el lujo que su opulencia consentía, y en vez de ser rémora de sus placeres, apresurábase á proporcionárselos. Banquetes y saraos ya en su casa, ya aceptados de otras personas; partidas de campo, continuos paseos á pié, en coche y á caballo; tocados y trages de suma elegancia; aderezos y joyas de gran precio, todo le sobraba á Laura, y la libertad, además, para gozar de todo. Acompañábala su esposo siempre que ella lo deseaba y su salud lo permitía; y cuando no, sin la menor sombra de recelo la invitaba á que en compañía de una amiga saliese. — Jamás hubo mujer tan complacida ni mas libre que la del conde de San Justo; jamás beldad tan á la moda y tan incansante y continuamente festejada é incensada.

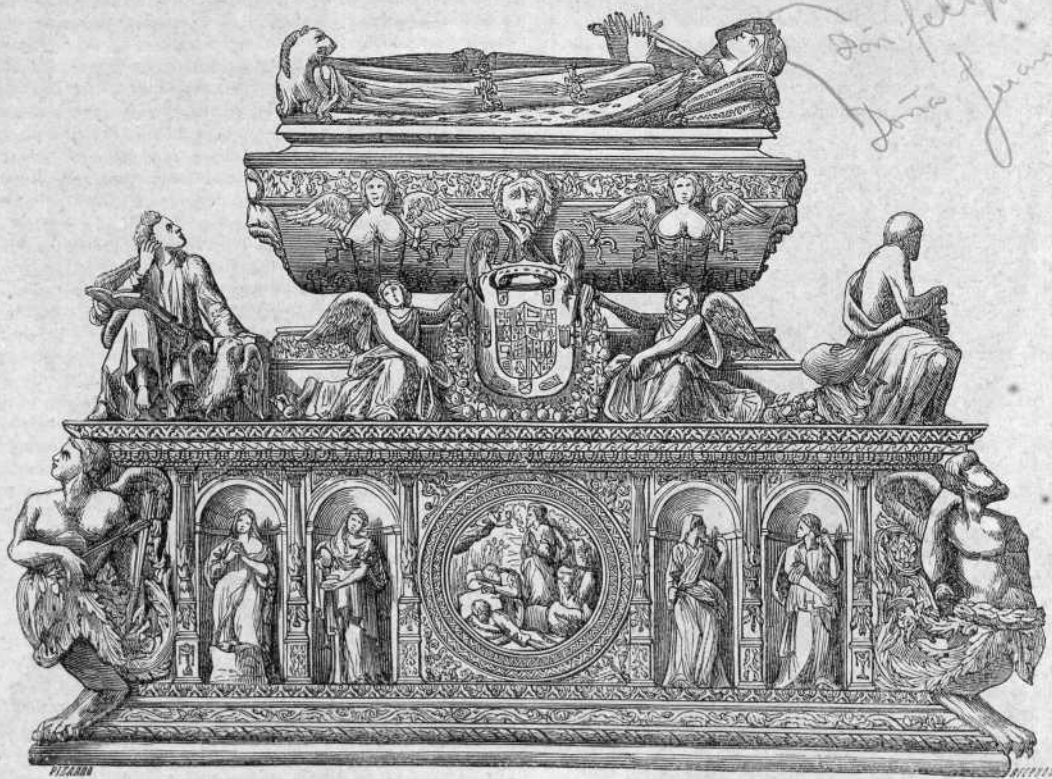
Durante algun tiempo, sin embargo, embriagada con los goces esternos del gran mundo, Laura escuchaba las lisonjas, los cumplimientos, las galanterías y hasta las declaraciones de amor, con esa especie de vago sentimiento de placer si, pero exento de interés, con que en el silencio de los bosques se oye el canto de los pintados pajarillos. Aun no se habia presentado ante su vista el ruiseñor que habia de conmoverla con sus dulces melodiosas notas hasta lo mas hondo del corazon.

Por otra parte, en su hermana Inés tenia una compañera utilísima, y un consejero que sin aspereza, sin pretensiones, y exclusivamente

te guiada por el infalible instinto de virtud que á la Providencia plugo darle, acertó á preservarla, sin que acaso ni ella misma lo advirtiese, de mas de un lazo en que de otro modo quizá hubiera caído.

Tal era la situación de Laura, y acababa de casarse Inés con el oidor de Moron, marchando con su esposo á aquel pueblo, cuando fué destinado y llegó á Sevilla de guarnicion el regimiento á que pertenecian Sotopardo, Mendoza y Almazan, entonces comandante y antes capitán de nuestro don Carlos el malo.

El tal Almazan era uno de esos buenos mozos que parecen cortados de una pieza, sin movimiento, sin flexibilidad en lo físico, sin poder simpático en lo moral. Su fisonomía de santo de retablo, sus maneras de elegante por fuerza, su vestir de modelo de sastre, su conversacion de pedante sin instruccion, y su carácter minucioso, lleno de cavilaciones, entremetido y chismoso, le hacian, cuando conocido, el mas insoportable de los mortales. Gozaba, sin embargo, de gran reputacion de formalidad y buena figura en el mundo. ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Porque si, y no sabemos otra cosa. Los tontos, que somos los mas en este picaro mundo, se pagan del exterior atildado, de la compostura afectada, de la preñez de las frases, de lo hueco del tono, de lo grave del porte; y como los discretos desdennan en general á los que tales prendas tienen, resulta que éstos, que cui-



(Sepulcro de los Reyes don Felipe I y doña Juana en Granada.)

dan siempre de elogiár sus inclitas personas, acaban por usurpar en la sociedad un puesto que no les pertenece.

Almazan, además, poseía realmente el genio y las dotes malas y buenas (si alguna tiene que tal sea) del intrigante de visita y tertulia.

Siempre al corriente de las modas, de los espectáculos y de la crónica escandalosa; siempre vuelta la cara al sol nascente, y la espalda al ástro pronto á eclipsarse; diestro en la observacion, avezado á la calumnia que no compromete, bordando los sucesos hábilmente hasta desfigurarlos por completo, haciendo propalar por otros las perfidias que él inventaba; y en una palabra, sabiendo mejor que nadie tirar la piedra y esconder la mano, y así la ocasion por el cabello, aquel militar era un gran diplomático en toda la fuerza de la palabra.

Pero tenia una debilidad que hubo mas de una vez de perderle, y esa era la de creerse un seductor irresistible, y proceder en consecuencia. Mientras se limitó á la patrona en campaña, á la tendera y á la criadilla, en paz; y aun cuando hizo escursiones hasta el país de las procuradoras, escribanas, etc. etc., los triunfos y los reveses se compensaron, sin mas inconveniente en los últimos, que el del desaire del amor propio, ó el de retroceder ante el nudoso garrote de

algun mancebo de mercader inquietado en la tranquila posesion de su prosáica querida. Ya nos ha dicho Sotopardo que el valor no era la prenda mas relevante de su antiguo capitán.

Pero al llegar á Sevilla el regimiento, viéndose ya gefe, se dijo Almazan que en adelante solo se dignaría fijar los ojos en aristocráticas bellezas, y hallando, con razon, que la primera entre todas era entonces la condesa de San Justo, propúsose conquistarla, y no solo se lo propuso, sino que acometió la empresa de propósito deliberado y con ánimo resuelto, prodigando en ella todos los tesoros de su tocador, guardaropa, joyería, discrecion y gracias.

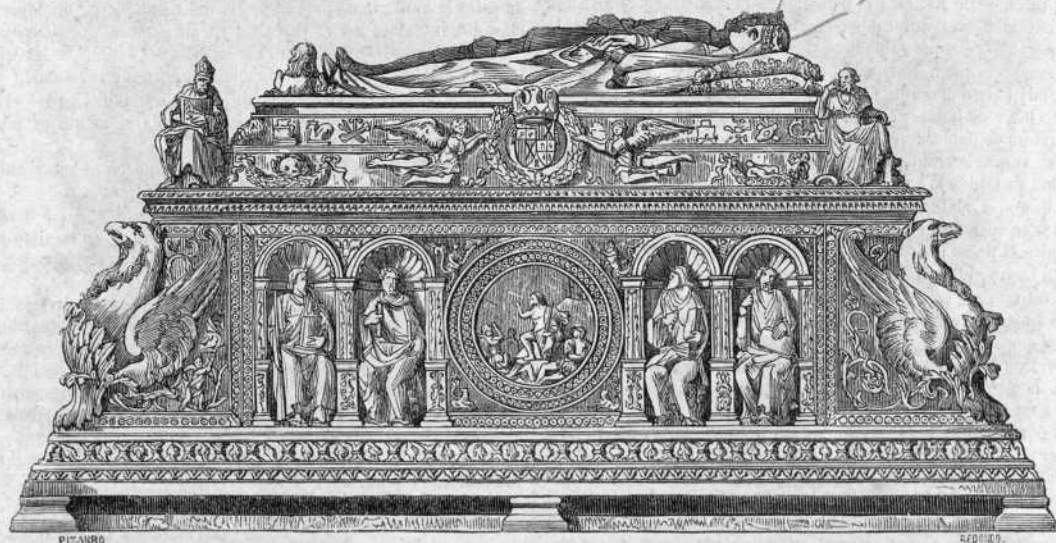
Sotopardo y Mendoza estaban á la sazón en la Corte, como ya sabemos.

Almazan se presentó en la palestra con todas las pretensiones, y no sin gran parte de la destreza de un campeón veterano, empezando por hacer la corte al anciano general, quien á pesar de la dureza y severidad de su carácter, era como todos los mortales, sensible al incienso de las lisonjas, y le admitió desde luego á su intimidad. Dado aquel primer paso, es decir, ya dentro de la plaza, restaba sin embargo por conseguir lo mas importante: apoderarse de la ciuda-

de la. Ser complaciente con la Condesa, aprobar cuanto decía, adivinarla los pensamientos, prevenir sus deseos, fuera del marido, había por lo menos hasta media docena de galanes que con perseverancia lo hacían: Almazan necesitaba hacerse necesario, y para ello tiempo, constancia y habilidad. Hagámosle justicia: ni lloró el tiempo, ni se mostró inconstante, ni fué inhábil: día por día y paso á paso iba ganando terreno lentamente; hoy vivo anuncio de espectáculos; mañana tomando el palco en el teatro ó en los toros; por la mañana leyendo al general la Gaceta, por la tarde presentando el ramo de flores á la Condesa; ya teniendo el abanico mientras la señora bailaba una contradanza, ya abrigándola cuidadosamente al terminarse un violento vals. Amigo de la casa, acompañante del marido, factotum de la mujer, su posición era envidiada por todos los aspirantes á Laura. ¿Mas había, en efecto, por qué envidiarle? No lo creemos: Almazan sabía la *táctica*, pero ignorando la *estrategia*: sus movimientos eran precisos y geométricos, mas faltábale al conjunto de ellos para ser fecundo en resultados, la profundidad de las miras; faltábale á él para ser un seductor el genio, que es lo que les falta á los generales rutinarios para ser grandes capitanes. Así, pues, con todas las ventajas imaginables, á fuerza de impropio trabajo y de no pocas humillaciones conquistadas, consiguió al cabo hacerse necesario; pero como ins-

trumento y nada mas que como instrumento de las diversiones de Laura. Su intimidad con ella era poco mas ó menos la de un ayuda de cámara favorito con su amo: todo prestigio, toda ilusión son incompatibles con situación tal; y Almazan, en resumen, ni era ni podía ser ya el amante de la condesa. Él, sin embargo, esperaba lo contrario, mas con resignación, y llevando las cosas con gran despacio.

En tal estado de cosas, nuestro don Carlos de Mendoza, ya feliz esposo de la honradísima Matilde, se incorporó en Sevilla á sus estandartes. Milagros, por convenio mútuo, se quedó en Madrid recibiendo de su yerno, que como creemos haberlo dicho era hombre de algun caudal, una módica pensión, bastante á subvenir á sus primeras necesidades. No le era posible á la Gitana, por una parte, separarse de su bendito protector el fraile guerrillero, ni por otra, presentarse en Sevilla donde su juventud había sido sobradamente estrepitosa, para que dejase de haber algunas personas que pudieran recordarla. Matilde, ademas, modelo de amor filial como de castidad, estableció como base fundamental de todo trato entre ella y su madre, la separación de casas y personas; de manera que, no solo la conveniencia, sino la necesidad tambien forzó á Milagros á que aceptase el partido que hemos dicho. Corta era la pensión de Mendoza, escaso el fraile en todo lo que no fuesen bendiciones é indulgencias;



(Sepulcro de los Reyes Católicos don Fernando V y doña Isabel, en Granada.)

pero como en cambio tenía gran favor en la corte, y ese lo empleaba de buena gana en obsequio de su penitente, ella, que no carecía de habilidad en nada, se propuso explotar, y en adelante explotó en efecto, la inagotable mina de los pretendientes y perseguidos. A costa, pues, de las desdichas de unos, y á expensas de la ambición de otros, vendiendo la *gracia* y la *justicia*, la buena de Milagros se hizo una rentita mas que mediana, y bastante á vivir con desahogo, y aun á poner á un lado algunas onzas para un apuro. Pero dejémosla por ahora ingeniarse como pueda, y volvamos á Sevilla.

El conde de San Justo era un señor muy cumplido, es decir, uno de esos bienaventurados que no olvidan jamás la visita de cumplimiento, el retorno de la misma, las pascuas, el santo, los años, etc., etc. No llegaba, por tanto, á Sevilla persona alguna decente, y sobre todo de la clase militar, á quien conde y condesa no visitarían: Mendoza y su mujer fueron comprendidos en la regla general. No estaban en casa cuando fueron visitados: tampoco hallaron á los Condes al pagarles la visita; y por consiguiente no tuvieron ocasión de verse las dos hermanas. Matilde sabía muy bien quién Laura era; mas la última ignoraba completamente la suerte de la

primera, y estaba muy lejos de sospechar que la linda recién llegada fuese la hija de Milagros. De saberlo no la visitara.

A pocos días dió un baile el Conde, con motivo de ser el de su cumpleaños: hizose la lista de convite por la de las visitas, y Mendoza y su mujer, que en la postrera figuraban, fueron naturalmente incluidos en aquella.

Otra mujer, al recibir la esquila de invitación, pretestando cualquier cosa, hubiérase escusado de asistir al baile; pero Matilde, que no era una persona de términos medios, y comprendía que no estaba en lo posible que ella y Laura residiesen mucho tiempo en una ciudad de provincia sin encontrarse al cabo, aceptó con gusto la ocasión de terminar de una vez sus dudas, aclarando las situaciones respectivas.

Llegada la noche del sarao prendióse con la sencillez que á la esposa de un simple capitán correspondía; pero con tan buen gusto en traje y tocado, que al entrar en los ricos salones de la Condesa, un murmullo general de admiración acogió al matrimonio, que con ademan modesto se encaminaba á saludar al ama de la casa.

Laura, ocupada en aquel momento en hacer los honores de su fiesta á varias personas, volvió el rostro hácia la puerta, y figúrese

el lector cuáles serían su asombro y disgusto al reconocer en la mujer del capitán Mendoza nada menos que á su bastarda hermana. Todo su orgullo se reveló; todas las amargas memorias de su corazón se renovaron súbitamente en su corazón: sus plantas se fijaron en el suelo cual si hubieran echado raíces, y retirándose de sus mejillas la sangre, palideció espantosamente su bello rostro.

No sorprendieron á Matilde aquellos síntomas de mal agüero: contaba con ellos y había revestido su mas impenetrable coraza de impudor para hacerles frente.

Hizo, pues, como si no advirtiese que su primera ceremoniosa reverencia se quedaba sin respuesta, y soltando el brazo de su marido, acercóse á Laura, tomó su mano y díjole en voz baja estas palabras. «No nos conocemos: en este momento, por vez primera nos vemos: á entrambas nos tiene cuenta el silencio, y no seré yo quien lo rompa.»

Recobrada Laura, y libre, con tales palabras, del sobresalto que naturalmente debía causarle el temor de que Matilde quisiera presentarse en la sociedad como su hermana, en un instante se puso sobre sí misma, y con no menos desembarazo que la mujer de Mendoza, hizole los honores de su casa cual pudiera á una señora completamente desconocida. Al dejarla en su asiento díjole, sin embargo: «Es preciso que hablemos cinco minutos á solas para que nos pongamos de acuerdo.—Como V. quiera y cuando V. quiera, condesa (contestó Matilde sosegadamente): por mi estoy á las órdenes de V.—Mas tarde tendremos ocasion, repuso Laura: y separáronse así las dos hermanas.

Una vez convenidas en no reconocerse, parece á primera vista que entre aquellas dos mujeres todo estaba terminado: en realidad aconteció lo contrario; la guerra quedaba declarada, guerra sorda, subterránea, pero terrible, esterminadora, en que la calumnia había de reemplazar al escándalo, y el veneno al puñal.

¿Por qué tanta saña, encono tan cruel? Nada mas obvio y comprensible.

La presencia de Matilde era para Laura el recuerdo y renovacion de su triste infancia y miserable juventud, y una amenaza constante para el porvenir; porque ¿cómo resignarse la altiva condesa de San Justo á reconocer por hermana á la hija de Milagros, y revelar á la sociedad, cuyo astro mas rutilante era, que hubo un tiempo para ella de abyeccion y de hambre? Poco importaba que por entonces Matilde se abstuviese de hablar: podía hacerlo cuando se le antojase: podía especular con su secreto, imponiéndose, por decirlo así, á Laura. ¿No había ya tenido la insolente audacia de presentarse en su casa?

Por lo que á Matilde respecta, desde que la razon comenzó á despuntar en su infantil cerebro, había odiado con toda el alma á las hijas legítimas de su padre, por el solo hecho de ser legítimas: la posicion de Laura, infinitamente superior á la suya por inesperada que fuese la última, era otro motivo mas de envidia y saña para la esposa de don Carlos el bueno; y en fin, el recibimiento que la Condesa le hizo, debemos confesar que nada tenia de calmante ni de conciliador.

Separáronse pues, las dos hermanas con la sonrisa en los labios y lleno el corazón de ponzoña: Laura no tenia fuerzas para medirse cuerpo á cuerpo con Matilde y sucumbió al cabo.

Mas por entonces todas las ventajas parecian estar de su parte, y la mujer de Mendoza dió una gran prueba del imperio que sobre sí misma ejercia, disimulando con perfeccion absoluta la honda envidia que su corazón devoraba al contemplar á Laura, no mas hermosa que ella misma, pero sí mas aristocráticamente hermosa, radiante de orgullo, deslumbrando con su riqueza, y eclipsando, en fin, á todas las demas bellezas de aquel sarao, como el sol eclipsa en el cielo á las estrellas.

Por demas casi está decir que Almazan, fiel á las obligaciones de su empleo de *cavalier sergente* de la Condesa, la seguia como su sombra ya llevando el abanico, ya el chal, ya la lista de las contradanzas prometidas.—Al contemplar tal asiduidad brillaron un momento los ojos de Matilde iluminados con gozo infernal: había creído que aquel hombre podía ser amante de Laura, y resolvió arrebatárselo y perderla ademas: pero á la media hora su infalible femenino instinto la persuadió de que se engañaba.—«Ese hombre, se dijo, será cuando mas el confidente de Laura: amarle es imposible.»—Tenia razon: Almazan era un vehiculo inagotable de antipatia.

Sin embargo de aquella primera decepcion, el plan de Matilde quedó intacto: aquel no era el amante de la Condesa, pero ésta, casada con un viejo y lanzada en el torbellino del gran mundo, no podia menos de tener alguno (asi racionaba la hija de Milagros); y ese alguno no tardaria en presentarse, y en presentándose, con él se haria lo para Almazan antes dispuesto.

Ya sabemos que por entonces y hasta entonces Laura ni tenia ni había tenido amante: no negaremos que fuese ya materia dispuesta para amorosas aventuras; mas el hecho es que se hallaba todavía inocente y pura. No estaba lejos el instante fatal predestinado á su

ruina: pero no nos anticipemos á los sucesos, y prosigamos narrándolos por su órden.

Habiase comenzado el sarao á las ocho de la noche, y eran ya pasadas las once sin que le hubiera sido posible á Matilde, á pesar de toda su maligna perspicacia, señalar un hombre, fuera de Almazan, á quien la Condesa distinguiese de esa manera que, por mas que las mugeres pretendan ocultarlo, revela siempre que tienen interesados los sentidos cuando no el corazón.—«¿Será posible, se decia, que no tenga amante? Pues es preciso que lo tenga; y lo tendrá.»

Tales eran sus reflexiones, cuando Laura, que por su parte no la tenia olvidada, ni mucho menos, se le acercó con el aire mas amable del mundo, y tendiéndole graciosamente la mano, dijo:—«¿Quiere V. venir al tocador un momento, amiga mia? Me parece que el último wals le ha descompuesto los rizos, y es lástima porque le están á V. admirablemente.»

Levantóse la mujer de Mendoza, respondió con una sonrisa de esfinge y una cortesía á la francesa al lisonjero cumplimento del ama de casa, y tomando su brazo, siguióla en efecto á la pieza del tocador.

Allí, á solas, y en voz baja para no esponerse á ser oidas, pero con acento animado, tuvieron las dos hermanas media hora de conversacion para fijar sus respectivas posiciones. La lógica fria de Matilde triunfó sin dificultad del orgullo exaltado de Laura: era preciso tratarse ni mas ni menos que dos estrañas: las relaciones entre la mujer de un Teniente general y la de un Capitan de caballeria, no podian ni debian ser íntimas; pero tampoco era justo ni conveniente hacer á Mendoza de peor condicion que á los demas de su clase y calidad. Ambas estaban interesadas en callar. ¿Qué mas garantía para cada una de ellas de ser tratada con miramiento y consideracion? Si alguna era tan imprudente que á la otra provocase, no tendria por qué quejarse de las consecuencias. La fortuna la había colocado en la situacion de dos hombres, cuyas manos derechas encañadas una con otra, empuñasen dos espadas, teniendo cada cual de estas la punta inmediata al pecho del compañero: cualquiera de ellos que intentase herir, se castigaria hiriéndose irremisiblemente.

Tales fueron, en resumen, las razones de Matilde, á las que no hubiera encontrado Laura cosa racional que replicar, cuando no se convenciera; pero convenciéndose y quedando tranquila, volvió al salon dando el brazo á Matilde, y dispuesta á verla si lo menos posible, pero á verla sin temor ni sobresalto.

La hija de Milagros salió del tocador como en él había entrado, con firme propósito de aniquilar á su legítima hermana.

Todavía no se habían separado aquellas dos ejemplares hermanas cuando vieron entrar por las puertas del salon á un capitan joven, elegante y de varonil aspecto, cruzado de Alcántara, y á quien hasta entonces la Condesa no había visto en su vida.

Matilde, á pesar de su habitual aplomo, no pudo al ver al recién llegado reprimir un movimiento de sorpresa, que la Condesa hubiera advertido á no haberle llamado la atención el mismo personaje tan poderosamente que á él solo miraba.

Era aquel hombre don Carlos de Sotopardo, entonces en todo el vigor de su juventud, y lleno de ese poder magnético que solo alcanza á inspirar las grandes pasiones.

¿Cómo se hallaba en Sevilla y en el baile del conde de San Justo? Brevemente lo diremos.

(Continuara).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

DIOS Y EL HOMBRE. (1)

¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que á la naturaleza envuelve inmensa,
Levanta apenas con incierta mano
Un extremo no mas, ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Estrecha viene á su saber, y ufano
Erige audaz á su razon mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él á la razon divina.

—«¿Quién eres? dice á Dios. ¿Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no lo es? ¿Por qué?
Sus leyes estudió mi inteligencia,

(1) La lectura del libro de Job inspiró la idea de escribir esta composicion á un autor, que confiesa deber muchos de los pensamientos ó imagenes que en ella se hallan, á las admirables paginas del libro sagrado.

Y en ellas nada de tu ser me indica
La inefable substancia,
Ni de tu decantada providencia
Los designios profundos. ¿La ignorancia
Será quien deba tributar culto,
Y al genio siempre y á la ciencia oculto,
Dejarás en problema

Ante sus luces tu verdad suprema?»

«Origen te proclaman
Del orden y del bien, y cuanto veo
Es desorden y mal. Justo te llaman,
Y me consume estéril el deseo
De comprender de tu justicia oscura
La marcha silenciosa.

En balde por tu gloria te conjura
Mi mente, codiciosa
De la eterna verdad, que tus arcanos
Le descubras sublimes:

Sordo te encuentran mis clamores vanos,
Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
El sello augusto de tu nombre imprimes,
Cual si gozases en mirar las dudas
Luchar del hombre en el inquieto seno,
Tú, que te llamas poderoso y bueno!»

«No mas, no mas en ignorancia ciega
Adoraré rendido
A un Dios desconocido
Que á concordar con mi razon se niega.

Si no eres vano nombre
Haz que yo sepa sin tardar quién eres;
Pues nace altivo, inteligente el hombre;
Y si su amor y su homenaje quieres,
Debes hacer que su razon lo mande,
Al verte amable, al comprenderte grande.»

Así al saber supremo
Dicta leyes su hechura limitada,
Y de bondad por inefable extremo,
Para curarla de su orgullo infando,
Así confunde á la razon osada
Allá en su propio seno resonando
Aquella voz que fecundó á la nada.

«Tú, que cuenta me pides
De mis hondos designios, tú que dudas,

Si á tu razon se esconde,
De mi propia existencia, tú que mides
Mi justicia eternal, y en mis dominios
Juzgas del orden y del bien, ¡responde!

Tus sábios, tus astrónomos profundos,
¿Podrán decir cómo hago inalterable
La eterna ley, que de infinitos mundos
Que corren el espacio inmensurable,
El movimiento y curso determina,
Sin que choquen jamás en rudo encuentro,
Y por qué los fecunda é ilumina
Encadenado un sol en cada centro?»

«¡Loco mortal, á quien hinchado miro
Del prestado poder que de mí tienes!

¿Puedes del Orion turbar el giro,
O á las brillantes Pléyadas detienes?

¿Puedes siquiera conocer la tierra
Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base
Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase

Los tesoros que encierra....?

Un imperio tras otro desaparece,

Y mil generaciones
Pasan por ella, y en su seno se hunden:
Ella sola no cambia ni envejece,

Y sus preciosos dones
Con orden inmutable se difunden
Por las varias regiones

Que fertiliza el sol. Aquí presenta
Prados herbosos, selvas primitivas;
Allá el capricho de su fuerza ostenta

En colinas altivas,
que decora con rasgos pintorescos;
Allá borda de valles las honduras,

Mas acá ofrece los asilos frescos
De grutas silenciosas;
Ora se estiende en plácidas llanuras;
Ora se ensancha en playas arenosas;
Allí se muestra en sotos y florestas,
Acá en bosques sombríos,
Y allá ostentando sus potentes bríos
Encumbra montes de nevadas crestas.

¿Qué paternal desvelo,
Qué sabia providencia,
Con tal magnificencia

Dotó al grosero y despreciado suelo
De ese globo que habitas?
¿Quién lo sembró de vírgenes metales?
¿Quién lo cubrió de especies infinitas
De útiles vegetales

Apropiados á climas diferentes?
¡Mira mecer las palmas y las cañas
Las brisas de los trópicos ardientes,
Mientras en selvas y ásperas montañas,
Resistiendo al teson de vientos fieros,
Negros abetos, pinos seculares,
Se levantan austeros
Bajo los crudos círculos polares.

«¿Quién te dirá cómo del hondo seno
Que mi espíritu henchía,
Brotó con voz de trueno
La mar amenazante,

Y cómo yo de nieblas la cubria
Cual envuelve la madre al tierno infante?
Alzó arrogante la espumosa frente
Robando al sol fulgentes aureolas;

¿Mas quién se halló presente
Cuando la dije: tu soberbia enfrena
Y á romper vé tus atronantes olas
En aquel dique de movable arena?

¿Sabes por qué, vapores incesantes
Que recoge la atmósfera encendida,
De ese su seno liquido se exhalan,

Y en las nubes flotantes
La masa de las aguas suspendida,
Solo desciende al suelo gota á gota
En bienhechora lluvia convertida;
Mientras de las altísimas montañas
Se precipita en rápidos torrentes,
Penetra de la tierra las entrañas,
Y formando con linfas trasparentes
Arroyos mil y rios caudalosos
Recorre murmurando el campo verde
Con giros tortuosos,
Hasta volver al mar en que se pierde?»

«¡Juez de mi providencia, que me intimas
Su imperfeccion y que mi plan corriges!

¿Eres tú quien diriges
Segun conviene á los diversos climas
Los vientos voladores,

Y á disipar mefíticos vapores
Lanzas al rayo, que estallando dice

Con su horrible estampido,
¡Gloria, Señor, ya estás obedecido!

¿Coronada de flores
Sale á tu voz la primavera hermosa
A preparar la tierra que reposa

Del abrasado estío á los ardores?
¿O acata, acaso, tu poder visible

El invierno aterido,
Haciendo le preceda
Con orden infalible

El otoño de pámpanos ceñido?»

«¿A las linfas saladas
Y á las ondas insípidas del rio,
Lanzaste las especies animadas
Con variedad que pasma al pensamiento,

Y á cada cual con diligente mano
Preparaste sustento...?

¿Por tí, de aceite saludable llena,

Se agita entre el hervor del Oceano
La colosal ballena?
¡Mira cuál brota de sus ojos llamas
Si la distancia de la presa mide!
¡Mira si airada heriza las escamas
Montes alzar en ecuóreo llano,
Y si con lento paso lo divide
Darle de la vejez el color cano!»

Por las libres regiones
Del aire que respiras,
¡Esparces con tu diestra creadora
Las volubles legiones
De tantas aves que indolente miras?
¡Les concediste tú la voz canora?
¿Te deben los instintos
Porque se multiplican y alimentan,
Y los colores vívidos que ostentan
En matices distintos
Sobre el esmalte de sus leves plumas;
O es tu saber quien guía
A las que al ver las invernables brumas
Dejan del norte la region sombría,
Y atraviesan el mar tras los ardores
Del refulgente sol del mediodía?

Mira cómo desprecia los furoros
Del caprichoso viento
El águila real: las soledades
Surca del Eter: en sublime asiento
Para el vuelo atrevido,
Y entre nubes que envuelven tempestades
Labra el robusto nido,
De la desierta roca
En las ásperas puntas suspendido;
Mientras el avestruz, de pluma poca,
Que nunca se alza á la region vacía,
Por otro instinto poderoso y cierto
Su cara prole fia
A la infecunda arena del desierto.

»Un momento contempla
De los brutos la inmensa muchedumbre:
En ninguno verás que falte ó sobre
Un miembro necesario.
Estos de imponderable mansedumbre,
Aquellos de carácter sanguinario,
Timidos unos, otros atrevidos,
Pesados unos, otros diligentes,
Todos están armados y vestidos
Cual requieren sus usos diferentes,
El destino especial que les señalo
Y el clima y el lugar dó los instalo.
No por tus artes enseñado ha sido
El castor industrioso:
Ni el corcel generoso
Que sufre lo domines,
Te debe aquel valor con que, al sonido
De la trompa guerrera,
Sacudiendo las crines,
La nariz dilatando,
Se lanza al campo en rápida carrera,
De espuma y de sudor huellas dejando.

»Cuanto tu vista admira
Y cuanto puede concebir tu idea,
Es átomo mezquino
Del Universo en el grandioso seno;
Mas tú, ¡mortal! que de mi ser divino
Inquirir osas, de arrogancia lleno,
Secretos inefables, confundida
Verás por las partículas mas leves
Tu razon desvalida,
Si á analizar ese átomo te atreves.
De la naturaleza que presumes
Iluso conocer, el ser mas pobre
Comprender y explicar quieres en vano:
Esa flor que te brinda sus perfumes,
Ese mosquito que aplastó tu dedo,

Ese que huellas, mísero gusano,
¡Misterios son en que abismarte puedo!

¿Y no eres un abismo,
¡Oh átomo pensador! para tí mismo?
Naturaleza doble en tí se encierra:
De un rayo de mi mente iluminado,
Eres rey de la tierra,
Y de esa tierra misera formado.
Materia deleznable
Y espíritu soberbio,
Grande y pequeño, fuerte y miserable,
Suspense entre la nada
Estás y el infinito,
Y en tu razon tan pobre y limitada,
Llevas augusto privilegio escrito.

Trémulo ante tan grandes maravillas
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla ¡Mortal! sumiso las rodillas
Prosternando la frente,
Y acatando rendido
De mi sapiencia el insondable arcano;
Mas no alces atrevido
Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el ástro de fuego
Su luz te envía en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar quedarás ciego,
Sombras no mas hallando en sus fulgores.

En tu alma de mi Ser grabé la idea,
Y rindiendo á su autor digno homenaje,
Naturaleza emplea
Universal, magnífico language.
De un polo al otro en sus miserias claman
Los hombres á su Dios. La tierra, el cielo,
Las noches y los días,
Mi poder y bondad do quier proclaman,
Y mi nombre preludian en el suelo
Multitud de armonías
Que ofuscan, si, de tu razon el brillo,
Y confunden tu ciencia;
Mas para el corazon tienen sencillo,
Poderosa elocuencia.

Es mi nombre ¡El que es! que confundido
Ante el misterio de tan alto nombre,
Entre esas obras de mi augusta diestra
El humano saber calle y se asombre,
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra
Al conocer su pequeñez el hombre.

—1842.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

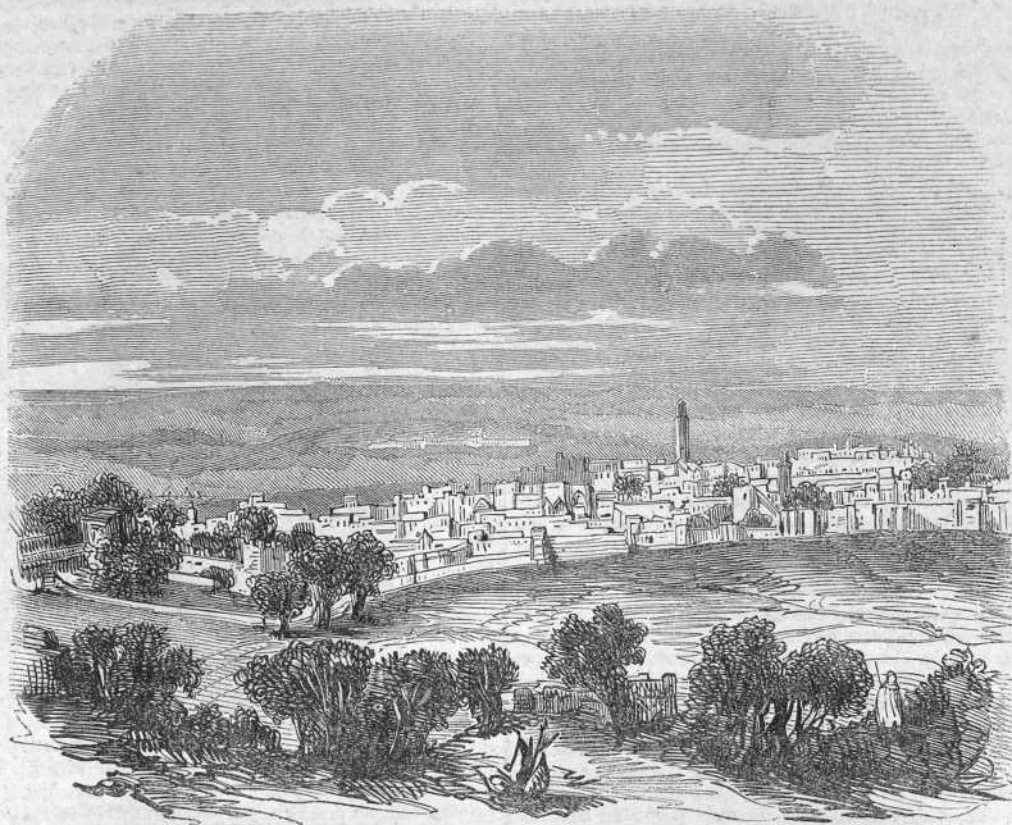
GEROGLIFICO.



ADVERTENCIA.

En las oficinas del SEMANARIO se compran por el precio de la suscripcion (56 reales) los tomos que se presenten de los años 1856, 58, 48 y 49, siempre que estén en estado de volverse á vender; los tomos de 1859 que costaron 56 rs., SE PAGAN A CINCUENTA.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
a cargo de D. G. Alhambra.



TREMECÉN.

La ciudad de Tremecén está edificada sobre uno de los machones al N. del Atlas pequeño y de la meseta del centro de las montañas que separan el desierto de Angad de las tierras de labor. Está dominada al S. por montañas altas, de las cuales la mas elevada es la del Nador, situada á mas de cuatrocientas varas sobre el nivel del mar, y desde cuya cima se estiende la vista hasta la plaza de Orán, y se descubre el desierto de Angad ó desierto pequeño que solo dista cuatro leguas hácia el S. Debajo del Nador está la montaña de Djebel-Tierné, dominando una meseta cruzada por un rio que despues de dirigirse al E., se precipita formando una cascada magnífica, toma el nombre de Sefsal, y riega una parte del territorio de Tremecén. Esta meseta termina en su parte inferior por dos montes: uno se llama Ahsrhad y el otro Lelia-Setti, que está cortado hácia el N. por una caída brusca de roca viva. Al pie de estos montes nace un declive muy dulce y cubierto de una tierra vegetal excelente, un plano inclinado y ondulado sobre el cual está colocada Tremecén.

Esta ciudad está situada á trescientos metros sobre el nivel del mar. Su longitud por el meridiano de París es de 3° 6' O., y su latitud de 33° N. Su superficie era antes muy estensa; tenia varios circuitos formados por murallas de tierra apisonada, muy sólidas, teniendo la última exterior cuatro mil varas de circunferencia, segun se infiere de los trozos de muralla y torres cuadradas que se ven aun ahora. La parte antigua de la ciudad tiene mucha irregularidad, las calles son tortuosas, estrechas, desprovistas de uniformidad en los edificios, y refrescadas algunas de ellas por fuentes abundantes. Se dividia en cuatro cuarteles, cuyos destinos respectivos han sido alterados por la ocupacion francesa, pues los europeos ocupan con los judíos el cuartel del centro del S. al N., mientras que los couloulgis (descendientes de los turcos) habitan el E. y el S., y los hadars (árabes) están situados en el N. E.

La ciudad está rodeada por una sola muralla aspillera y tiene una ciudadela llamada Méchonar, que está situada al S. lindando con la poblacion, á la que domina imperfectamente. La Méchonar está formada de murallas de tierra apisonada que con el transcurso del tiempo ha adquirido una solidez equivalente á la de la piedra. Al N. por el lado de la ciudad, y al S. por el lado de la montaña, los muros de la ciudadela presentan una plataforma donde se colocan varias pie-

zas de artilleria destinadas á defenderla contra el enemigo exterior y contra los habitantes de la poblacion si fuere necesario. Se cree que la Méchonar fué construida por el sultan Goumzassen, cuyas cenizas reposan al pié de sus murallas. Estaban encerradas en un mausoleo cuadrado, que hoy se halla destruido y que llamaban los árabes *Marabout*, atribuyéndolas la propiedad de curar los dolores de los buenos creyentes que hacian oraciones prolongadas. La Méchonar estaba mandada antes de 1856 por Mustafá, que se hallaba entonces á la cabeza de los couloulgis. Este gefe era enemigo personal de Abd-el-Kader, y fué nombrado general por Luis Felipe, en recompensa de los servicios que habia prestado á la Francia. Murió alevosamente cayendo en una emboscada que le prepararon sus enemigos, cuando volvía de una expedicion victoriosa con los franceses, los cuales sintieron mucho su pérdida.

En 1856 la Méchonar fué ocupada por 600 franceses que dejó en ella el mariscal de campo Clausel bajo las órdenes del capitán Cavaignac, al que dió el grado de comandante de batallón. A la cabeza de estos voluntarios y con la ayuda de los couloulgis, este militar valiente resistió durante 18 meses á las tropas de Abd-el-Kader.

La Méchonar tiene actualmente edificios que sirven de hospital (mientras se construye uno en la ciudad), de almacenes, de graneros, de parque y de polvorin, y un cuartel nuevo que puede contener hasta 1800 hombres. Todo el circuito de la Méchonar ha sido convertido en plaza pública que está plantada de árboles, y que tiene en el lado opuesto una fila de casas europeas. De esta plaza salen varias calles rectas y formadas de casas nuevas, que dan un aspecto francés á la poblacion. Estos edificios han sido construidos desde el año de 1842, época de la segunda ocupación de Tremecén por los franceses á las órdenes del teniente general Bougeaud.

Hay tambien en Tremecén un gran palacio para el general, un hermoso círculo para los oficiales, dos cuarteles de infanteria y uno de caballeria. Enfrente de la Méchonar hay una capilla provisional hasta que se construya una iglesia que domine toda la llanura, de manera que yendo de Orán ó de la mar se vea desde algunas leguas la cruz, emblema de la cristiandad, campear mas alta que la media luna, emblema del mahometismo.

Hay en la poblacion un gran número de mezquitas, pero la mayor

7 DE JULIO DE 1850.

parte de ellas se hallan en muy mal estado, y no se van á conservar mas que trece, que es todavía un número harto considerable. La parte árabe de la población está formada por casas cuadradas, con una galería interior; son de un solo piso y cubiertas con azoteas, en las que se pasean las mugeres por la noche, y se suelen efectuar citas tambien entre personas de sexo diferente. Las habitaciones no tienen mas que una ventana interior que dá al patio, en el que hay generalmente un pozo ó una fuente, y enormes cepas de viña ó algun árbol frutal que dá sombra y frescura en verano á los habitantes.

La población de Tremecen era antes muy considerable y ascendia, segun algunas tradiciones, á 200,000 habitantes, entre los cuales habia 80,000 ginetes cuyos caballos estaban cubiertos con monturas y aparejos recamados de oro y plata.

En un tiempo menos remoto, en el año 960, se contaban hasta 16,000 casas, y se celebraba uno de los mercados de Africa mas abundantes en tibrar (oro en polvo), esclavos, almizcle y ámbar.

Hoy se calcula que la población ascienda á 5,000 couloulis, 5,500 hadars, 1,500 judios y 1,000 europeos. Hay ademas una guarnicion movilizada de 4,000 hombres. Tambien se ven turcos, habitantes de la llanura y de las montañas, y negros libres y esclavos. Los habitantes de la ciudad son generalmente fuertes, de una estatura regular y de buena salud; los niños son muy hermosos, tienen el cutis tan blanco, fino y sonrosado como los europeos, pero con la edad pierden la hermosura de sus facciones, su semblante se adelgaza y se prolonga, y se ponen mas morenos, aunque siempre son mas blancos que en el resto de la Argelia. Los naturales de los alrededores que llevan al mercado granos y mercancías, son fuertes, altos y robustos. Entre los habitantes de la ciudad hay algunos que padecen enfermedades escrofulosas y de los ojos.

Para probar la antigüedad de Tremecen, un autor árabe ha escrito la crónica siguiente: «Después del diluvio, habiendo tocado el arca de Noé en una serie de rocas llamada Lella-Setti, donde se edificó después un marabout, Soliman ó Salomon, hijo de David, preguntó á una paloma que habia soltado Noé la edad de la ciudad cuyas ruinas tenia á sus pies. La paloma le dijo que se lo preguntara á una águila de edad de 400 años, que habitaba en la cima de un monte inmediato llamado Hhanif. Soliman mandó que buscaran el águila; la hallaron desplumada y sin fuerzas por su mucha vejez. La hablaron del tiempo pasado, y la dijeron que fuera á ver á Salomon. «No puedo ir, respondió el ave, á no ser que Dios me devuelva las plumas y las fuerzas.» Llevaron su respuesta á Salomon, y este pidió al criador que hiciera este milagro, lo cual le fué concedido. El águila fué al instante á ver á Salomon, y este le preguntó la edad de aquella ciudad arruinada. «No lo sé, pero mi abuelo te lo dirá; vive aun, habita en el Hhanif y tiene 750 años.» Salomon fué á ver al abuelo del águila, quien le dijo: «La ciudad estaba muy poblada, y y aprontaba un contingente de 25,000 guerreros. Pero un día se fueron los habitantes á Dured, entre las montañas Hhanif (donde hay una cascada que cae de mas de 200 pies de altura y presenta un golpe de vista magnifico), y pasaron allí el día entregados á diversiones sencillas y propias del campo. Uno de ellos que estaba paseándose, vió siete vivoras pequeñas que estaban jugando unas con otras, y las mató. Cuando volvió la vivora madre, que era muy grande y tenia siete cabezas, y vió sus hijuelos muertos, se puso furiosa, buscó por todas partes alguien en quien satisfacer sus deseos de venganza, y no hallando á nadie, fué al manantial y le envenenó con su propio veneno. Este manantial, que surgia de agua á la ciudad, causó la muerte á todos los que bebieron de ella, por medio de una calentura pútrida que se comunicaba á las personas que se aproximaban á los enfermos, de modo que pereció totalmente la población.» Aun se vé una escultura que representa la serpiente, encima de la puerta de la mezquita de Aghadir.

Las aguas de la ciudad son buenas y abundantes. El manantial mas importante surge al pie de la montaña del S. llamada Aharhad, que continúa al E. con el Hhanif. Esta agua entra en un acueducto cubierto que la lleva á la ciudad por un lado y por el otro se pierde en las montañas. Dice Aboutfeda que este acueducto tiene seis millas de largo para que no puedan cortarle y quitar las aguas á la ciudad. Segun la opinion del mismo autor, Tremecen era en 1240 la capital de un reino extenso. El origen del conducto de agua ha dado lugar á varias crónicas de las cuales la mas original es la siguiente: «Un árabe del desierto fué á comprar grano á la ciudad, y bebió agua de una fuente pública, hallándola exactamente el mismo gusto que al agua de un manantial que existia en la base de una montaña en su pais, lo que comunicó á varios habitantes de la ciudad. Le aconsejaron que echara salvados y paja en el manantial cuando volviera á su pais, para ver si estas sustancias llegaban á Tremecen con el curso del agua.» El año siguiente se dirigió de nuevo el árabe á Tremecen, y echó una cantidad de paja y salvados en el manantial. A su llegada preguntó si no habian visto nada en el agua durante su ausencia. Los habi-

stantes recordaron efectivamente que en aquella época habian visto salir el agua turbia, y dieron parte del descubrimiento al *Caid* (efe de la policia indigena), el que hizo comparecer á su presencia al árabe del desierto. El funcionario público le hizo poner incommunicado, después de haberle obligado á explicarse y haber conocido que decia la verdad; reunió al instante á los *Agemmas* (consejo de los principales), y comunicó lo que acababa de averiguar y los temores que tenia de que los habitantes del desierto cortaran las aguas á la ciudad. Dijo en seguida que era necesario, en su concepto, deshacerse secretamente de aquel individuo á fin de que no pudiera divulgar el origen del manantial que surgia de aguas á Tremecen. Se adoptó su opinion, y aquella misma noche fué asesinado el árabe en su calabozo.»

Sea cual fuere la parte de verdad que haya en esta historia, lo cierto es que el agua que sale de la montaña viene de sus entrañas, puesto que tiene una temperatura constante de 15 grados.

Al O. de la ciudad y á una distancia de dos mil varas hay un extenso recinto cuadrado, llamado Mansourah, que tiene una superficie de 12,000 varas sobre 900, rodeado por una muralla coronada de almenas. Hay torres cuadradas distribuidas de 40 en 40 varas, y cuatro puertas en los cuatro frentes.

El interior del Mansourah contiene dos manantiales muy buenos de agua, las ruinas de una mezquita y los restos de un minarete adyacente. Este minarete parece haberse rajado de arriba abajo por la mitad de las caras del N. y del S., y toda la parte del E. se ha hundido, mientras que la del O. resiste hace algunos siglos á los vientos impetuosos que parece deberian derribarle con facilidad, segun la poca solidez que aparenta tener el edificio. La singularidad de esta destruccion parcial ha dado origen á una crónica bastante curiosa: «Los indigenas pretenden que un judio y un mahometano fueron los encargados de la construccion del minarete. Cuando estuvo concluido, los mahometanos no quisieron que bajara el judio por las escaleras para que no las manchara con su presencia y con sus pisadas. Le dijeron entonces que inventara un medio de bajar por los aires. Después de haberles reconvenido ágramente por su ingratitud, se hizo un par de alas, y las adaptó del mejor modo posible á sus hombros. Antes de lanzarse como Icaro á los aires, rogó á Dios que le vengara si le sucedia una desgracia. Sus temores no eran infundados, pues las alas se desarreglaron en cuanto salió del minarete, y fué á caer á un barranco en el que se rompió una pierna, y que se llama aun en el día el *barranco del judio*. Sin duda acogió Dios sus ruegos benignamente, pues castigó á los ingratos: al mismo tiempo que el judio se rompía la pierna, se hundia la parte del minarete que él habia construido, arrastrando la parte adyacente de la mezquita.» Este ejemplo de la justicia divina aterrorizó de tal manera á los musulmanes, que no se atrevieron á reedificar lo que Allah (el todopoderoso) habia destruido.»

Hay varios ejemplos de esta intolerancia religiosa entre los musulmanes; pero desde que estan en contacto con los europeos se han corregido mucho de este defecto, hasta el extremo de permitir á los cristianos que penetren en el interior de sus mezquitas con la simple condicion de descalzarse á la entrada.

Mas arriba del Mansourah hay en un sitio llamado Lella-Setti una cascada enorme, cuyas aguas movian antiguamente varios molinos, pero actualmente solo sirven para regar los campos inmediatos que estan cubiertos de olivos é higueras. Entre el Mansourah y Tremecen hay un estanque que está actualmente seco y tiene 200 varas de longitud y 400 de anchura; es de tierra apisonada y servia antiguamente para regar la llanura. Desde la cima de la montaña del S. corre un riachuelo que mueve varios molinos de trigo y de aceite, algunos de los cuales han sido edificadlos por los europeos. Antiguamente habia tambien entre dicha montaña y la ciudad algunos monasterios cristianos. La vegetacion es hermosa en los alrededores de Tremecen. Hay nogales de una corpulencia prodigiosa, cerezos, manzanos, perales, ciruelos, membrilleros, almendros, albaricoques, melocotones, olmos, fresnos, chopos, sauces, saucos, frambuesos y otros arbustos europeos; tambien hay un poco mas lejos limoneros, higueras, granados, olivos, viñas, etc.

En cuanto á ganados hay hermosos caballos, bueyes corpulentos y robustos, vacas, ovejas, cabras, mulas, asnos y camellos.

Los animales feroces como el leon y el tigre escasean, pero hay muchas bienas y chacales. La caza abunda extraordinariamente.

La industria está poco desarrollada; sin embargo fabrican telas de lana y aun de hilo, tapices bastante hermosos, sillas de montar bordadas de oro y plata, armas, alfarería, etc.

Se dice que hay minas de plata en la comarca de los Beni-Ameirs y de los Trarabs, y minas de cobre en la de los Beni-Lenous. Tambien las hay de antimonio.

Hay aguas térmicas en varios puntos del territorio de Tremecen, y en algunos de los manantiales se ven aun baños de piedra que pare-

ren haber sido contruidos en el tiempo de los romanos. Hay un camino bastante bueno desde Orán á Tremecen.

Tremecen tiene buena fama por la salubridad del aire y la abundancia de aguas. Esto se confirma por la buena posición que ocupa, pues parece un oasis en el desierto, particularmente en el verano cuando se ha hecho ya la cosecha, y yendo de la parte del mar está la tierra seca y árida.



DON JUAN AROLAS.

El día 20 de junio de 1805 nació en Barcelona el celebrado poeta Arolas, de una acomodada familia del comercio de aquella capital. Allí corrieron los nueve primeros años de su infancia, hasta que en 1814 se trasladó á Valencia en compañía de su padre, que se estableció en ella por efecto de sus operaciones mercantiles. Estudió en las Escuelas Pías la gramática latina, manifestando desde luego una tan decidida vocación por el estado religioso, que en vano procuraron combatirla sus padres haciéndole presente las graves consecuencias de su resolución. Firme siempre en su idea, se trasladó á Peralta de la Sal, punto que le fué destinado para cumplir los dos años de noviciado que la regla de los Escolapios ordena, y adonde se entregó con tanto ardor al estudio de los autores clásicos y sagrados, que sus maestros se vieron mas de una vez obligados á esconderle los libros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, para templar el ardoroso afán de ciencia que lo devoraba.

En esos dos años de prueba, en esos años en que su ardiente imaginación, excitada por la soledad, y enardecida por un alma de fuego, necesitaba mas aire, mas espacio que el que podía ofrecerle la monótona vida monacal y el aspecto de un pueblo de sencillísimas costumbres, compuso sus primeros ensayos poéticos. No nos permitiremos descender el velo que encubre el lacerado corazón del joven Arolas en aquella época para él de amorosas y ardientes ilusiones: no buscaremos en las vivas imágenes y delirante lenguaje de aquellos versos, el misterio de su retiro; ni profanaremos el secreto de su alma, y el casto amor de sus primeros años. El *Libro de amores*, las *Poesías pastoriles* y las *Cartas amoratorias*, son tres tomos escritos con una pluma que destila amorosos pensamientos, ideados con una imaginación llena de entusiasmo febril, y con un corazón exhalando desde su infancia los ayes de amargas y enérgicas pasiones. El arpa de Ossian era el consuelo de su existencia, su único amigo, su familia: él lo confiesa cuando dice:

En medio de las sombras del espanto
Que rodean la vida, en sus abrojos,
Dos dichas nos concede el cielo santo:
La lira, y la mirada de unos ojos,
Que son todo mi encanto.

La poesía y el amor; hé aquí los dos poderosos agentes del corazón del malogrado poeta que nos ocupa: ¡cantar! ¡cantar los grandes hechos! ¡cantar á la naturaleza, á Dios, á las pasiones! ¡Amar! ¡amar al Ser supremo, al hombre, al campo, á la flor! ¡Cantar, amar y morir! hé aquí el secreto de su vida, la historia de su alma!

Las *Cartas amoratorias* están escritas con una dulcísima entonación que revela la melancólica esperanza y los dorados ensueños en que se mecía el corazón de su autor.

Las *Poesías pastoriles* respiran la naturalidad y sencillez de Ján-regui, sazónada con la miel de Meléndez. Son dulces y fáciles como la *Aminia* del Tasso.

El *Libro de amores*, que dice ser una traducción, contiene quince capítulos en prosa, á los que ha dado el autor el título de *Besos*. El alma domió á la cabeza en estas composiciones voluptuosas y acres, como llama Saint-Preux al beso de Julia: el corazón del novicio rompía con sus ardientes latidos el negro sayal de Calasanz; la edad triunfaba de la razón, el poeta del hombre.

El día 25 de agosto de 1821 profesó, y pronunció sus votos al pie de los altares, dedicándose al estudio de la filosofía y de la teología, hasta el mes de octubre de 1825, en que se encargó de las cátedras de sintaxis y rudimentos de latinidad, que estuvo explicando á los alumnos de la Escuela Pia hasta el año de 1842.

Durante estos catorce años, la poética imaginación de Arolas acabó de remontar su vuelo, robustecida con el estudio é inflamada por la meditación. Escribió, borró, volvió á escribir, limitando su ambición literaria á merecer el aplauso de sus amigos; hasta que impulsado por éstos fundó en 1835, en union con su compañero de religión D. Pascual Perez, el *Diario Mercantil* de Valencia. Escribió en él algunos artículos en prosa; pero desengañado de que su vocación no era esa, se dedicó exclusivamente al folletín, que enriqueció con un millón de bellísimas poesías, copiadas y celebradas por toda la prensa española, y de las que nos ocuparemos con alguna detención.

La época por que ha tenido que atravesar Arolas ha sido una época vaga, incierta, indefinible para nuestra poesía, al revés que las anteriores, en las cuales se advierte un carácter mas vivo, y un reflejo de la civilización que domina en ellas. La poesía castellana, aunque informe, fué épica en su cuna, porque la epopeya era una necesidad en aquellos días heroicos; y en el siglo XVI se convirtió en erudita galante, adoptando los nuevos elementos y bases sobre que iba á reformarse la civilización de los pueblos. En el día nuestra poesía, lejos de tener un carácter fijo, se agita en un caos sin creencias, sin brújula, y trabajada como la política por las ideas mas contradictorias. Relajado el gusto, y desdeñado el estudio indispensable de los clásicos, la fraseología suple á la erudición, y la osadía á la ciencia. Y no se crea que neguemos la existencia de poetas modernos llenos de inspiración y de genio; pero el número es escaso, y casi se pierde entre el vocinglorio de esos plagiarios ó rimadores, que á fuerza de hablar en un tono y en un idioma nuevos, han logrado encontrar admiradores, justificando la célebre sentencia de Boileau: *Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire*. A esta causa mas que á otra alguna debe atribuirse el que no resuenen como debieran los nombres de jóvenes llenos de tanta modestia como talento, y poetas tan notables y dignos de llamar la atención de la moderna España literaria, como el Presbítero D. Juan Arolas. Este poeta, que en medio de la corrupción y del mal gusto, se ha conservado casi siempre en el buen camino, quedando sano y salvo del contagio, como la paloma del Diluvio.

Hase dicho mas de una vez, y con razón, que el alma del poeta se descubre casi siempre en sus cantos. Los del P. Arolas son es espejo de su corazón, y el eco de su fantasía siempre exaltada y ardiente. En vano ha pretendido descender al terreno de las cosas ó de las pasiones mezquinas; en vano ha acudido á su gran talento para cantar un hecho vulgar: su lira ha desentonado; su imaginación se ha secado; la pluma ha caído sobre el papel como un mazo de hierro. ¿Ha querido, por el contrario, elevarse hasta el Hacedor, y reconocerlo y adorarlo ante la sublimidad de sus obras? ¿ha querido penetrar en los alcázares de Oriente, y bosquejar sus riquísimas pederías y hermosísimas sultanas? ¿ha querido atravesar los siglos pasados, y bosquejar los altos hechos y esclarecidos nombres de que están sembrados? ¿ha querido pintar un amor profundo, ardiente, inmenso? Su imaginación ha aparecido rica de ideas y de brillantes galas: su pluma ha corrido menos veloz que el pensamiento; y el público, al leer esas poesías, ha podido contar los latidos de amor, de orgullo, ó de entusiasmo que ha dado el corazón del poeta al escribirlas.

Las poesías de Arolas pueden dividirse en caballerescas, religiosas, orientales y amorosas; pues si bien es cierto que ha escrito algunas por efecto de acontecimientos políticos, ni este es el género que mas le agradaba, ni se han elevado á una altura digna de fijar la pública atención.

Costumbre ha sido en estos tiempos, y costumbre debida á los delirios del romanticismo, empeñarse en escribir la historia de nuestros castillos feudales, las tradiciones de nuestras ciudades, y las hazañas de los casi fabulosos paladines de la edad media; pero bien

analizados estos trabajos, solo se encuentran inexactos recuerdos y falta de conocimientos y de erudición para juzgar y hablar de los usos, de las artes, del lenguaje de aquella sociedad. El P. Arolas ha salvado estos escollos, y en multitud de bellísimas poesías, en que ha descrito ora á nuestros trovadores provenzales, ora al justiciero D. Pedro de Castilla; bien aquellos ardientes amores, ó aquellos caballerosos ceremoniales, ha guardado la fidelidad histórica, ha escrito en aquella habla, y ha sazonado sus leyendas con un sabor tan adecuado, que trasporta al lector, y por decirlo mejor, lo identifica con aquellos tiempos y aquellos hombres. En donde especialmente resalta el mérito de estas poesías, haciendo olvidar la incorrección que se nota en algunas, es cuando describe á sus personajes.

Hablando del rey D. Pedro, dice:

Ostenta rojo y guarnecido manto,
Y rica toca, cuya pluma inquieta,
Mecida al aura del nocturno espanto,
Con broches de diamantes se sujeta.

En el cinto se ve una daga fuerte,
Que en lindo pomo juegos mil retrata;
Obra prolija de ligera muerte,
Desnuda brilla, y deslumbrando mata.

¿Quién será tan apuesto caballero?
Bien lo dice el crujió de su rodilla
Siempre que mueve el pie tardo ó ligero:
Es D. Pedro el Cruel, Rey de Castilla.

Y hablando del caballo del Rey D. Sancho:

Monta el Rey un alazan,
Cuyas crines prolongadas,
Parece que á besar van
Las estriveras doradas
Dó los régios pies están.

Lleva petral de cadena,
De malla los paramentos,
Su ferrado casco suena,
Bebe los helados vientos,
Y ellos rizan su melena.

La misma facilidad en la versificación, la misma frescura de las ideas, el mismo buen uso de los adjetivos, se notan en sus otras composiciones á *Felipe II*, á *Florida*, á *Blanca de Borbon*, y otras infinitas que ha escrito de este género, y de las cuales no pocas pueden competir con los célebres romances del Duque de Rivas.

La imitación es uno de los caracteres que determinan la poesía de nuestra época; y si bien los señores Zorrilla, Rubí y otros notables poetas han escrito no pocas veces con originalidad, siguiendo en otras las huellas, y hasta el pensamiento de los buenos modelos, cosa difícilísima, y que prueba una erudición vasta y un estudio profundo, la mayor parte de los jóvenes dedicados al cultivo de la poesía, seducidos por un falso oropel ó por una deslumbrante fraseología, han caído en el error de imitar lo malo á causa de sus exageraciones, y de desdeñar lo bueno por la misma naturalidad y sencillez de su belleza. El P. Arolas en sus composiciones orientales se ha separado de esta regla general; no ha tenido modelos, no ha imitado á nadie, y solo en alas de su fantasía ardiente, á quien no servía de bastante alimento ni la severidad de nuestras costumbres, ni lo conciso de nuestra lengua, ha buscado entre las Sultanas de Estambul vida para sus amorosos pensamientos; entre los diamantes y topacios de los haremes, galas para vestir sus descripciones; entre las ardientes arenas del Asia, fieras para cantar las bravuras del hijo del desierto; bajo aquel sol de fuego, fuego que comunicar á sus ideas; en aquel idioma tan simbólico, exaltación y poesía para sus bellísimas imágenes. Las *Orientales* de Arolas han sido reimpresas en todos los periódicos, y celebradas en toda España; pues si bien es cierto que podrá existir en alguna de ellas demasiado abandono, en ninguna dejará de encontrarse belleza ó novedad: el poeta se olvida de cuanto le rodea, hasta de la rima á veces; y en sus éxtasis poéticos, ya sube á la cumbre del Gabár, ya atraviesa los torrentes del Soeta, ó llora en las soledades del Hebrón.

Imposible nos sería detenernos á elegir entre sus orientales: cada una tiene su mérito y su estilo particular. ¿Quiere describir una sultana? Oídlo:

Las esclavas que allí moran
La quitan vestido y lazos,
Sosteniéndola en sus brazos
Como un idolo que adoran;

Y el tesoro de brillantes
Que desciñen de su frente,

Vale una ciudad de Oriente
Con cien torres arrogantes.

Junto al bien mullido lecho,
La beldad de nieve y rosa,
Reclinó su faz hermosa
Sobre su desnudo pecho.

Como el ave, cuya gala
Son las plumas de color,
Que para dormir mejor
Pone el cuello bajo el ala.

La fruta de Damasco muy querida
Son tus lábios purpúreos; es tu frente
Pluma de cisne en el Jordán caída,
Lirio mecido en oloroso ambiente.

Tus ojos son el arco y la saeta,
Paraíso de amor de el alma habita,
Grata vision de celestial profeta,
Ojos de victoriosa sulamita.

Oídlo también cuando llora sobre las ruinas de Jerusalem:

¡Siempre arenal!... por fin una colina
Con la silvestre higuera;
Y la Santa Ciudad allí vecina,
Cual triste prisionera.

¡Ciudad de las tristezas!... á tu lado
Su calva sien levanta
El Gólgota sangriento despojado
De vividora planta.

Desnudo está su pedregoso suelo,
Porque en funesto día
Tuvo sobre su cumbre al Rey del cielo
Desnudo en su agonía.

¡Cuánta voluptuosidad en la descripción de la sultana! ¡Cuánta sencillez y melancolía en su invocación á la Santa Ciudad!

Hé aquí cómo describe á Albin-Hamad en unas fiestas dadas por el rey chico de Granada:

Para alancear un toro
Pide licencia, la alcanza;
Y después de hacer mesura,
Afirmase bien, y aguarda.

Prontamente le soltaron
Un retinto de Jarama,
Que envistió como un león,
Con los ojos hechos brasas:

Besó el petral de la yegua,
Y entonces con honda llaga,
Mas abajo del testuz
Le entró la temible lanza.

Fué el bote de pronta muerte:
Vacila, tiembla, desmaya:
Con su mole dá en el suelo:
Tiende la cerviz, y acaba.

En todos sus romances moriscos se advierte la misma facilidad, sencillez y elegancia.

La poesía religiosa ha sido otro de los géneros en que ha descolado el P. Arolas; esa poesía, que le basta tener á Dios por objeto para que marche ataviada con las mas riquísimas galas, ya se la vista con la túnica real, con el velo de las vírgenes, ó con el harapo del mendigo. La poesía religiosa, mirada con tanto desden por nuestros modernos poetas, es á nuestro entender la única que debía ser el objeto de su estudio, y la destinada para marcar la actual época literaria: no la poesía mística de San Juan de la Cruz, sino la poesía animada en su fondo é intencion por las glorias del Eterno, adornada con el rico manto que el gusto de la buena escuela romántica ha creado para la literatura, y cantada en el idioma de los ángeles, que es el de la verdad y el corazón. Nuestros poetas, detenidos en su camino por falta de una estrella que los guíe, tienen en la poesía sagrada ó religiosa un faro de interminable luz, y un riquísimo manantial donde beber inspiraciones, que brotan engalanadas de oro y púrpura, como dice el inmortal cantor de la batalla de Lepanto, el divino Herrera.

Oigamos si no al P. Arolas en su himno á la Divinidad.

Señor, tú eres Santo; yo adoro, yo creo:
Tu cielo es un libro de páginas bellas,

Dó en noches tranquilas mi símbolo leo,
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,
Delante del trono tus ángeles ves:
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,
Y al mar señalaste linderos prescritos:
Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, dó están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra:
Tú miras el caos, la luz nace entonces;
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos que muerden los bronce.

De largo reposo dictándoles leyes,
Alzaste los montes, gigantes dormidos,
Poniendo en algunos á guisa de reyes,
Diademas de fuego, volcanes temidos.

.....
.....
.....

¡Qué belleza en las imágenes! ¡cuánta poesía y grandeza en los pensamientos!

..... ¿quién cuenta tus galas,
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

¿Quién sino Dios, diremos nosotros, puede inspirar tan poético,
tan sublime, tan atrevido pensamiento?

Quisiéramos poder copiar ó citar la multitud de hermosas composiciones que nos ha legado el fecundo y brillante estro del P. Arolas: allá en la soledad de su celda, entregado á la meditacion y al estudio, ha recorrido todos los metros, y ha herido todas las cuerdas del humano corazón. Se detiene ante las ruinas de un convento, y esclama:

Era un templo, era un altar,
Donde llora el desvalido
Yo lloré, volví á pasar,
Y era polvo consumido,
Que también me hizo llorar.

El artífice construye
La morada de Sion,
El Levita en ella instruye,
Dá la paz, pide el perdón,
Llega el pueblo, y la destruye.

.....
.....
.....

Contempla la tumba de Napoleon, y dice:

Duerme tu sueño profundo,
Duerme en paz, hombre de gloria,
Ya que no puede en el mundo
Dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna,
Fundido para la guerra;
Con la frente allá en la luna,
Y por pedestal la tierra.

.....
.....
.....

Duerme en quietud eternal,
Sin sepulcro cincelado,
Tu lucillo funeral
Es el pecho del soldado.

¡Duerme!.... necia profusion,
¿Para qué la quieres, di?
Duerme sin mas pretension,
Tu nombre te basta á ti.

.....
.....
.....

Que abortó naturaleza
Peñasco en el hondo mar,
Lecho para tu cabeza
Donde puedas descansar.

Que no puede ciertamente,
Mientras que tu fama zumba,
Soportar el continente
Todo el peso de tu tumba.

Los anteriores cuartetos son dignos del talento del poeta que los escribió, del guerrero inmortal á quien iban dedicados; y el mismo Manzoni, que es el poeta que mejor ha cantado las glorias del vencedor de Europa, no los hubiera desdeñado para sí.

En estas composiciones se vé el corazón del poeta, bien agitado por amargas y filosóficas contemplaciones, bien palpitante ante la gloria y las hazañas del gran capitán de los modernos tiempos.

Sigámosle ahora en esos momentos de dulce melancolía y de arrobamiento amoroso, en que se figura uno ver sus versos y sus imágenes humedecidos con las lágrimas de ternura que han brotado de sus ojos: oigámosle en la poesía que titula *Amar, creer*.

El insecto del estío,
Que en cáliz de rosa fría
Tiene un lecho de rocío,
Y una mesa de ambrosia;

Que ébrio de aroma y placer
Sobre rama de abedul,
Se mece al anochecer
Retratado en lago azul.

.....
.....
.....

Las graciosas yerbecillas
Que entre las paredes duras,
Con sus flores amarillas,
Brotan en las hendiduras.

.....
.....
.....

El río que en vasallage
Busca al mar continuamente,
Cual si su grito salvaje
Le llamase sordamente;

Que responde á sus clamores
Con sonidos menos fieros,
Y al pasar besa las flores
Que nacen en sus linderos:

Río, flor, insecto y ave,
Pensiles y soledad,
Sombra leve y aura suave,
Nos están diciendo: amad.

.....
.....
.....

Ese sol, mina que encierra
Ricos diamantes de un Dios,
Que por no abrasar la tierra
No quiso que hubiera dos;
La fresca y rosada aurora,
Que á las matinales flores
Con las lágrimas que llora
Dá perfumes y colores:

Luna, sol, aurora, estrellas,
Nos están gritando: «¡Ved
»Quien formó luces tan bellas....»
»Hombres, amad y creed.»

Estos bellísimos pensamientos nos recuerdan el no menos bello de un sábio de este siglo, que resume la misma idea en los tres versos siguientes:

Ama el pez, ama el ave,
Ama la agreste fiera,
Y la planta y la flor á su manera.

Para hacer el análisis de las obras de Arolas, se necesitarían un tiempo y un espacio de que carecemos, lo cual nos reduce á la necesidad de limitarnos á hacer una breve reseña de ellas.

En 1840, su íntimo amigo Don Mariano de Cabrerizo, publicó en limpios caracteres un tomo de sus poesías *Caballerescas y Orientales*, impresion digna de las bellas producciones que contiene.

En 1843, tres tomos en la imprenta de Mompíe con poesías pastoriles y amatorias.

En Barcelona, y en una publicación denominada *Jardín Literario*, un tomo, en donde tal vez se halla recopilado lo mas selecto y limado de sus versos.

Otro tomo con una leyenda en diversidad de metros, y con el título de *La Sifide del acueducto*, cuyo argumento está tomado de una sangrienta tradición que se conserva en los anales del célebre convento de los Cartujos de Porta-celi, propiedad hoy del señor Don Vicente Bartran de Lis.

Otro tomo, que contiene las poesías de Chateaubriand y la tragedia *Moisés*, del mismo autor, traducidas al castellano, y en verso fácil y elegante. Este trabajo literario, hecho con suma conciencia y profundo estudio, es uno de los mas notables del P. Arolas. El vate español ha sido digno intérprete del ilustre cantor de los Mártires.

Un periódico literario, titulado *La Psiquis*, que enriqueció con multitud de producciones en prosa y verso.

Muchas y muy bellas poesías, de que se halla sembrado otro periódico literario, denominado *El Fenix*.

Y varias traducciones de obras religiosas.

La aglomeración de trabajos mentales á que por muchos años se vió dedicado; la monotonía del claustro en un alma ardiente y entusiasta; graves y penosos disgustos ocasionados por un exagerado celo; la turbación, los escrúpulos que se introdujeron en su alma cándida y sencilla como la de un niño, le produjeron en 1844 una dolorosa enfermedad, acompañada de agudos dolores en la cabeza. Desde esta época hasta 1846 publicó varias poesías, suscritas con las iniciales de su amigo M. C., por no atreverse á verificarlo con las de su respetable y esclarecido nombre. Pero el P. Arolas estaba herido de muerte: su cabeza se debilitaba por momentos, y en vano con el objelo de tranquilizarlo, se le nombró capellan de la Escuela Normal, pues tuvo que abandonar este encargo, volviendo á la Escuela Pia, adonde empeorándose por momentos, llegó por fin el día en que cundió por Valencia, y se repitió de boca en boca, la terrible

noticia de que el P. Arolas estaba loco ¡Si! el vate predilecto del Túrri, el poeta brillante, cuyos versos estaban en la memoria de todos; cuyo nombre había resonado con aplauso por todos los ángulos de España; cuyo talento creador y modesto era la envidia y la admiración de sus amigos; cuyo carácter bondadoso y angelical inspiraba el respeto y el amor, yacía entre las cuatro paredes de una celda, perdida la razón, y apagada en su mente la chispa divina con que se vió inflamada tantos años!

Dios que lo había criado para la poesía, no quiso robarle la inspiración al decretar en su sabiduría la extinción de su juicio. No hacia versos; pero sus pensamientos y manías eran raudales de brillantes y poéticas ideas.

Ora se creía en el Asia revolcándose entre esmeraldas y topacios, y respirando la esencia de aromáticos pebeteros; ora penetraba en la morada del Eterno y proclamaba sus glorias en éxtasis deliciosos; ora inflamado de honor y gloria cantaba las hazañas de Polónia ó las esperanzas de Abd-el-Kader.

El día 23 de noviembre de 1849 fué atacado de una apoplejía fulminante, y el 25 entregó su alma al Criador, cercado de sus hermanos y amigos, á cuyas lágrimas y suspiros hacia mucho tiempo que respondía con la ronrisa del inocente.

Jamás accedió á los deseos de los que en diferentes ocasiones le aconsejaron la esclaustración: creía deshonorarse.

Jamás solicitó ni obtuvo la menor recompensa por sus notables producciones; decimos mal:

Obtuvo un diploma: el de Socio de la Nacional de San Carlos de Valencia.

Obtuvo una cruz..... ¡la del martirio!

RAFAEL DE CARVAJAL.



(Una ruina de la isla de Ischia.)

IMPRESIONES DE VIAJE. (1)

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Sin pretensiones de ningún género voy á escribir algunos recuerdos de una parte de las provincias septentrionales de España, haciendo solamente algunas reflexiones con la rapidez del que camina de paso y nota alguna que otra particularidad que excita su atención.

El primer pueblo digno de mentarse al entrar en la provincia de Santander por la carretera de Valladolid es Reinosa, si bien se ven

antes Aguilar de Campó y alguno que otro lugar, en el camino. Aquella villa está situada en una grande altura: de donde quiera que se vaya, preciso es ir subiendo por una cuesta sensible durante unas cuantas leguas. A uno y otro lado no se distinguen sino montañas, sin embargo, algo lejanas, pues que la población se encuentra rodeada de una gran llanura. A tres cuartos de legua está el nacimiento del río Ebro, en un lugarcito que llaman Fontible, cuyo verdadero nombre es *Fontibre* (*Fons Iberi*). Allí se ve aparecer el Ebro, atravesar luego un prado del ex-convento de S. Francisco, y cruzar la carretera por el mismo pueblo, bajo un puente de piedra, dirigiéndose despues por varios territorios y provincias, hasta desaguar en el Mediterráneo. Como todos los rios, insignificante, menguado en su origen, se ostenta profundo é impetuoso á medida que se prolonga y que va recogiendo las vertientes y los arroyos que encuentra en su curso: luego á su entrada en el mar, se ostenta orgulloso y soberbio. Tal es el hombre en muchos casos: oscuro, pobre en su cuna, sin ilustres progenitores, y que encumbrado por cir-

(1) Se advierte que estos artículos fueron escritos en el verano de 1848, en cuya época recorría su autor el país que describe, no siendo, por tanto, de extrañar que no tomen en cuenta las variaciones que desde entonces hayan podido realizarse. De esta serie de artículos, aparecieron los primeros en un periódico literario de esta Corte, que cesó antes que las impresiones acabaran.

cunstanancias inopinadas, se enorgullece, se olvida de su nacimiento y se cree grande y poderoso; y sin embargo, no reflexiona un momento que el Nilo, con toda su importancia, no se sabe todavía dónde ha nacido: que la gran catarata del Niágara, cuyo aspecto y cuyo estruendo asombran al viajero, no es mas que una reunion de aguas, las que, debido á varias casualidades ó combinaciones, ora forman un charco cenagoso y hediondo, ora una corriente pura y cristalina, ya una playa sosegada y apacible, ya, en fin, un Océano alborotado y turbulento.

Otro rio nace cerca de Reinosa en el sitio que dicen las *Heras*; se denomina las Fuentes, y aparece como de repente al pié de un cerro de poca elevacion. Este manantial permanece oculto hasta aproximarse uno al gracioso estanque natural en que brotan los diferentes chorros, cuyas aguas van despues á dar movimiento á una de las fábricas de harina que hay á cincuenta brazas del nacimiento.

¡Cuán diversa y caprichosa se muestra la naturaleza en sus obras, productos y dones! Cria una flor hermosa cual ningun artifice puede imitar, y esto espontáneamente, sin trabajo, sin mucho tiempo; mientras que el hombre, para llegar á poseer alguna ciencia, para ser especial en alguna materia, para adquirir alguna celebridad, ¡cuántos años, cuánta paciencia, cuánta constancia no tiene que emplear, aun suponiendo que tenga las disposiciones mas felices! Pues qué, ¿Demóstenes, se improvisa orador en la plaza de Atenas? Mirabeau, ¿se hace repentinamente el coloso de la tribuna? Y ¿Chateaubriand y Lamartine, lo mismo que todos los hombres consagrados á las ciencias y al estudio, no han gastado su dinero y la época mas preciosa de su vida, y no se han espuesto á perecer victimas de sus investigaciones, y no han pasado noches enteras en medio de los desiertos, y no han abandonado su patria en busca de grandes escenas y monumentos, y de lejanos paises, conducidos como por un destino providencial?

Reinosa es uno de los puntos mas elevados y mas frios de la Península; la nieve dura mucho tiempo en las calles del pueblo, lo que hace necesario que los habitantes anden con un calzado de madera que llaman *albarcas* y que mas propiamente son *abarcas*, parecidas á las almadreras de la provincia de Leon, á los zuecos de Galicia y á los galochos de Navarra. Sin el motivo de la nieve, en Reinosa es indispensable valerse de aquel medio para andar por las calles, porque si bien algunas, ó á lo menos la principal y las dos plazas, tienen bastante buen pavimento, se ponen, sin embargo, intransitables con el inmenso fango que se reúne á consecuencia de lo mucho que llueve, de la humedad del pais, y sobre todo, del continuo tránsito de carros, carretas y toda clase de vehiculos con que se hacen los trasportes de harinas, desde la conclusion y desembarcadero del Canal de Castilla en Alar del Rey hasta la ciudad de Santander. Asi es que al principio causa impresion el ver una señorita lujosamente vestida y ataviada, marchar á cualquier parte con sus respectivas *abarcas*, haciendo un ruido de tinieblas: costumbre que, contribuyendo al aseo y limpieza, especialmente por el invierno, no contribuye menos á evitar catarros, reumas, etc., á que por otra parte parece que este pais debiera estar sujeto; y no obstante, es de un temple sano, y sus habitantes son robustos y bien formados, como generalmente lo son, pero aqui mas notablemente, en toda la provincia de Santander. Con todo eso, se les da á las *abarcas* mas influencia saludable de la que merecen quizá, pues sabido es que en las montañas y terrenos muy elevados, los aires son mas puros, las enfermedades mas raras y las personas mas vigorosas: ejemplo la Suiza, la tierra de *Pas*, de que hablaré mas adelante, etc.

Puesto que he mentado el Canal de Castilla, no puedo menos de recordar cuánta ventaja y beneficios ha acarreado á las provincias del interior de España, poniéndolas en comunicacion y contacto con el litoral, verificando así una esportacion de harinas en grande abundancia y de un lucro seguro á la isla de Cuba, aumentando el valor del trigo, hermoseando las estensas planicies de Palencia y de Valladolid, ofreciendo ocasion y pretexto para la construccion de un gran número de fábricas que bordan las márgenes del Canal, y por el que se ven surcar las góndolas que conducen á los transeúntes, las barcas que llevan los granos: todo esto acompañado de movimiento, de vida, de animacion, que se notan en toda su orilla, y en particular en las cercanías de aquellas dos ciudades, donde están los embarcaderos y esclusas, las que tambien aparecen de trecho en trecho cuando el desnivel del terreno lo exige.

Al contemplar un momento este medio de viaje, de comercio y de riqueza, asaltan á la imaginacion mil ideas análogas: ¿por qué en nuestra patria se halla tan atrasada la canalizacion? ¿por qué no se trata de darle todo el impulso posible? Y si nuestros rios presentan dificultades ó imposibilidad de navegacion, en sentir de los inteligentes, por el rápido curso con que se precipitan, ¿por qué no poner espeditas tantas otras vias como indican las cualidades topográficas y demas que existen en nuestro suelo?

En esto, preciso es confesar que la ignorancia de la economia política y el predominio de antiguos hábitos y rancias preocupaciones han sido fatales entre nosotros. Arribaban de América las flotas cargadas de oro y plata; nunca se pensaba en abrir una carretera, en construir un canal de riego, de navegacion, una obra hidráulica: las líneas generales y cuanto hay adelantado sobre esto es moderno. ¿Qué nos quedó de aquella época? Algunos monumentos artísticos; pero en cambio vemos en la actualidad esos puertos de la costa de Cantabria, que en un tiempo fueron un emporio, adonde arribó Carlos V cuando vino de Alemania para retirarse al monasterio de Yuste; donde ancló la grande escuadra de Felipe II; puertos tristes, muelles cegados, de donde salen algunos pobres pescadores que lanzan á duras penas sus barquillas en medio de las aguas para procurarse una subsistencia precaria; donde hasta parece que la mar se retira y huye por no ver tanto decaimiento y tanta miseria; puertos en algun modo semejantes á aquellas antiguas capitales marítimas de Grecia y Asia, cuyas ruinas sumergen al viajero en una meditacion profunda, y cuyo nombre apenas resuena en la soledad del desierto, ó en sus playas abandonadas y silenciosas, en las que únicamente se oye el melancólico susurro de las olas que espiran blandamente en la arena ó al pié de los muros derruidos y tapizados de yedra!....

En cambio, vemos que no hay carretera que vaya desde la corte á una de las ciudades principales de España, bajo algun concepto, cabeza de departamento marítimo, Cartagena, pues solo llega hasta Albacete. Tampoco tenemos una carretera á Francia por Soria y Logroño, que seria la mas corta. Tampoco la hay por la costa septentrional que atreviese desde Portugalete, Santander, Asturias y Galicia. De suerte, que una carta dirigida de Laredo á Castro-Urdiales, que distan cuatro leguas, no va rectamente, sino que hace un gran rodeo yendo á parar al interior y volviendo otra vez, tardando mas de un dia ó dos. Tambien sucede en varios parajes de Castilla, que los caminos reales no son mas que la tierra llana, que con el incesante tránsito se fué practicando poco á poco.

No obstante, la provincia de Santander no es la que tiene menos carreteras, pues cuenta cinco, cuales son, la de que va hecho mérito, la que se dirige desde Burgos á Laredo por Ampuero y Limpias, la que va desde Balmaseda á Castro-Urdiales, aunque esta es muy corta, pues casi toda corresponde á Vizcaya; la que pasa por Arredondo y sigue por el Real Sitio de la Cabada por un trecho de algunas leguas y se halla por concluir; por último, la general por donde anda la silla de correo, por el puerto del Escudo, Ontaneda, Carandía, hasta la capital, uniéndose con la que va de Torrelavega, una legua antes de aquella, en el punto de Peñacastillo. La configuracion del terreno exige muchas mas comunicaciones para evitar los caminos escabrosos, pendientes, y las cuestas casi perpendiculares; y además, para hacer espedita la entrada y relacion con algunos pueblos que tienen alguna importancia bajo cierto aspecto, ó pueden tenerla si las circunstancias les favoreciesen: por ejemplo, Santoña, una de las plazas fuertes mas notables del reino, se encuentra aislada sin que le sea posible progresar en comercio ni industria, á pesar de su puerto cómodo y seguro y de su espaciosa playa. San Vicente de la Barquera tampoco tiene mas camino para el interior que uno de carro; así es que esta villa, en otros tiempos tan floreciente, ahora está sin vida y hasta sin medios de adquirirla. Toda la parte de Liébana, esa provincia de este nombre y ahora comprendida poco mas ó menos en el partido judicial de Pótes, tan abundante y rica en bosques y arbolados de todo género, tan codiciados por los extranjeros, sobre todo para construccion naval, se ve privada de explotar estos recursos por falta de salida y esportacion, pues necesita una carretera hacia la costa: se halla ya empezada, y otra hacia Reinosa para enlazarla con la general. No faltan proyectos para ocurrir á estas exigencias, pero no pasan en su mayor parte de proyectos.

Si el suelo de esta provincia ofrece incomodidades é inconvenientes, en cambio presenta al observador y al curioso una naturaleza variada y lozana, perspectivas y cuadros vistosos y encantadores: ora una cadena de montañas de aspecto imponente y salvaje, seguidas de una hoz ó garganta que da paso á un valle delicioso y ameno, regado por algun rio ó arroyo, decorado de árboles frondosos y de casas de campo. Ora se ve el caminante rodeado de elevadas cumbres y estrechado en una cañada, y de repente se improvisa una llanura inmensa, un vasto horizonte, ó la mar inmensurable en lontananza, que viene á bordar de una ancha faja azul el extremo del panorama. Ora se va paseando por la costa, recreando la vista con una escuadrilla de lanchas de pesca que tienden las olas en algun puerto que todavia conserva un resto de su pasada grandeza. Aquí espesos y continuos robledales, allá prados y florescas; ya un establecimiento de baños, ya un castillo ó torreón arruinado, ya la quinta de algun indiano ó título de la comarca. Siempre respirando ó la brisa de la mar, aun en las horas de mas calor, ó el aire de la montaña; de suerte

que no se conoce el verano, en particular para los que están acostumbrados á sufrir los vapores del estío en las provincias del interior y en las meridionales.

Estos cambios sucesivos é inesperados, estas situaciones caprichosas y pintorescas, esa pronta mutación de campiñas, de cerros, de colinas, de encañadas, predisponen la mente y la imaginación para la poesía. Y sin embargo, y haciendo la cuestión mas amplia sin circunscribirla á ningún territorio, se dice comunmente que en las regiones del Mediodía hay mas instintos poéticos que en el Norte: aseveración que creo muy dudosa, cuando no falsa, si es que la razón y la historia deben ser escuchadas imparcialmente por los hombres pensadores. ¿Han resonado quizá en el Mediodía los ecos del arpa de Ossian? No; que vibraban en medio de los vientos del Norte, de la bruma y de las ásperas montañas de la Escocia. ¿Acaso lord Byron esperó á ser poeta, á escribir su *Farewell to Fanny*, el adiós á su esposa; á enumerar los sentimientos melancólicos y desgarradores de un alma violentamente conmovida, cuando se dirigió al suelo fatal de Missolongy? ¿Eran del Mediodía Milton, Shakespeare, Pope, Goethe, Klostoph y toda esa brillante galería de poetas de fama universalmente reconocida, cuya enumeración fuera prolija é interminable? Pues qué, ¿no hay poesía en las nieves eternas del polo, en las embarcaciones encalladas en el hielo, en las eminentes cimas de los Andes y del Monte Blanco; en esa naturaleza ruda, severa y aterradora? ¿Era del Mediodía Odino, el bardo y el jefe de los escandinavos? ¿Tal vez no se prestaron igualmente á la poesía el viento que zumba, el huracán que derroca los árboles, la tormenta que estrella al bajel contra una roca, el rayo que desmorona la torre feudal, una montaña de nieve que se desploma, como una bella mañana de primavera, una tarde serena del otoño, una noche tranquila y silenciosa, cuando la luna alumbraba con su luz pálida y amarillenta? Esto es por lo que hace á la poesía descriptiva; mas tocante á la sentimental, ¿no están los gérmenes de ella en el corazón humano, en toda clase de afectos, pasiones y simpatías; en todas las escenas de la vida, independientemente del clima?

Estoy persuadido de que la poesía, como la ciencia, como el genio que las comprende y vivifica, no pertenecen exclusivamente á ninguna nación, á ningún dominio. Son cosmopolitas, universales, son el patrimonio mas pingüe y envidiable de la especie humana. El genio no está condenado como un imperceptible insecto á ocultarse y oscurecerse, sino que su destino es á semejanza del águila altanera, que encumbrada á una altura inaccesible, mira desde allí con arrogancia las nubes, el trueno y las tempestades, la grande extensión de la tierra y la inmensidad del Océano.

Vuelvo, pues, á mi propósito, y con este motivo haré una salvedad que debí haber puesto al principio; sin embargo, supongo que aquí no será inoportuna. Esta no es una descripción formal de viajes; mucho menos lo es científica ni artística; por eso la frase inicial del primer artículo es «sin ningún género de pretensiones». Así que omitiré la relación de muchos objetos y monumentos: algunos los describiré á mi manera. Lo mismo sucederá con lo que se refiera al país: no me he propuesto hacer un itinerario metódico. Además, estoy convencido de que para saber geografía, según decía Figaro, lo que conviene es llevar dinero, porque el postillon ya sabrá el camino. También intercalo varias reflexiones y observaciones que parecerán intempestivas en este lugar. He adoptado esta conducta, puesto que de otro modo ningún interés pudiera ofrecer esta serie de artículos. Con todo eso, tal es la triste y estravagante condición humana, que prefiere saber lo que hay y lo que pasa en países lejanos mas bien que en el propio: antes se estudia el mapa de Asia ó Oceanía que el de la provincia donde uno ha nacido ó donde vive. Antes de saber la lengua española, aprendemos la francesa, inglesa y demas: antes de haber aprendido y practicado las leyes patrias, queremos informarnos de las extranjeras.

Reinosa, aun cuando es el sitio mas adecuado por su temperatura para veranear, sin embargo, no es al que suelen concurrir los *dilettanti* y *fashionables* de la provincia y de fuera de ella: en otra parte, como veremos luego, es el *rendez-vous*.

Por consiguiente, no hago sino mentar ligeramente las curiosidades que Reinosa y sus cercanías contienen. La Colegiata de Cervatos á una legua antes, en la carretera de Madrid; edificio notable por su antigüedad, arquitectura y las figuras en relieve. La mina de carbon de piedra en Orbo, á tres leguas y á poca distancia de dicha carretera. Otra hay en las Rozas, á legua y media de Reinosa, y allí está una magnífica fábrica de cristales de los señores Collantes, Murga y compañía.

Los hábitos y costumbres de todas las provincias bañadas por la costa de Cantabria, tienen mucha semejanza y puntos de contacto; no obstante, respectivamente de Santander, hay algunas diferencias, algunos rasgos peculiares. Uno de ellos es el carácter pacífico de sus habitantes, excepto los *paseos* que merecen un párrafo es-

pecial. Apenas hay dos compañías de guarnición en toda la provincia, comprendiendo á la capital, pero no á Santoña. Las autoridades no encuentran las resistencias, entorpecimientos y obstáculos que son debidos en otras á los instintos de desórden y revolución que abrigan en su seno. Otro rasgo que predomina es la creencia que todos tienen de su nobleza: recuerdan con orgullo la antigua aristocracia montañesa.

Una palabra ó una acción que en otras partes pasaría desapercibida, aquí dá motivo á una querrela, á una contienda, á una enemistad. Los paisanos son muy pleiteantes y un tanto cavilosos. Todas sus quimeras y altercados, deseos y pretensiones, se convierten en litigios, y solicitudes en oficinas. No se ven, como en otras provincias, delitos de todo género; se cometen pocos; los grandes crímenes son muy raros: el asesinato alevoso es un suceso que horroriza á toda la comarca, y queda de él una tradición conducente para contener á cada uno en los límites de sus deberes. Los partidos políticos, las enemistades legadas entre las familias unas contra otras, las persecuciones tienen poco ó ningún ascendiente: lo mas que hay son rencillas, dimes y diretes propios de pueblos pequeños, lo mismo que se verifica donde quiera; pero es bastante para impedir entre los vecinos y las personas de igual clase el trato frecuente y la intimidad que debieran mediar. Tal es la sentencia que gravita sobre los pueblos pequeños: una vida uniforme, monótona, rutinaria; murmuración constante por no haber de qué hablar y por conocerse la gente mas de lo que es preciso; abundancia de mugeres, y de mugeres solteras, porque los jóvenes regularmente no permanecen en poblaciones que no les prometen porvenir; atraso é ignorancia consiguientes á semejantes circunstancias. Una cosa, asimismo, es harto notable en esta provincia. La moral pública y privada de sus moradores, en especialidad por lo que respecta á la religion. Las costumbres puras, inocentes de esta porción de la península contrastan con la corrupción é inmoralidad que se ostentan descaradamente en otros puntos.

Otra particularidad se advierte desde luego: el buen estado y adelanto en que se encuentran las escuelas primarias; ningún ayuntamiento deja de tener una, y algunos tienen dos, muy concurridas porque los padres quieren que sus hijos aprendan á leer, escribir y contar, para mandarlos á América ó á Andalucía. Generalmente no tienen que enviar en establecimientos de segunda enseñanza. En la capital hay el Instituto Cántabro, anterior al plan de estudios de 1843; además un colegio de internos y externos, en Villacarriedo, regido por Padres Esculapios, al que van de provincias distantes por la reputación que goza. También existía otro instituto de segunda enseñanza en Potes; creo que hace tiempo se cerró. Estas observaciones dan lugar á otras muchas de grave peso; y si bien no es posible esplanarlas aquí, las enunciaré rápidamente.

Las provincias septentrionales de España son las que mas leen, las que mas se susciben á periódicos. Las naciones del norte son en las que se han realizado esos admirables inventos que han trastornado la faz del mundo; y lo mismo relativamente á los grandes sacudimientos y sucesos que han producido un efecto análogo.

(Continuará).—ANTOLIN ESPERON.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

El rey de Prusia Federico II era apóstol del ateísmo, y se alababa de ello un día delante del sábio Amaud Baculard, cuyo silencio era muy significativo.

—¿Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aun á esas anti-guallas?

—Señor, lo soy, porque necesito tener la convicción de que existe un ser superior á los reyes.

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

El soldado.

Suena el ruido lúgubre de los tambores destemplados. ¡Ah! ¿Cuándo estaremos en el sitio en que ha de reposar en su atahud?

¡Creo que mi corazón se vá á desgarrar!

¡Yo no tenía en el mundo mas que un amigo, y éste es el que conducen al suplicio con armas brillantes y al través de las calles!

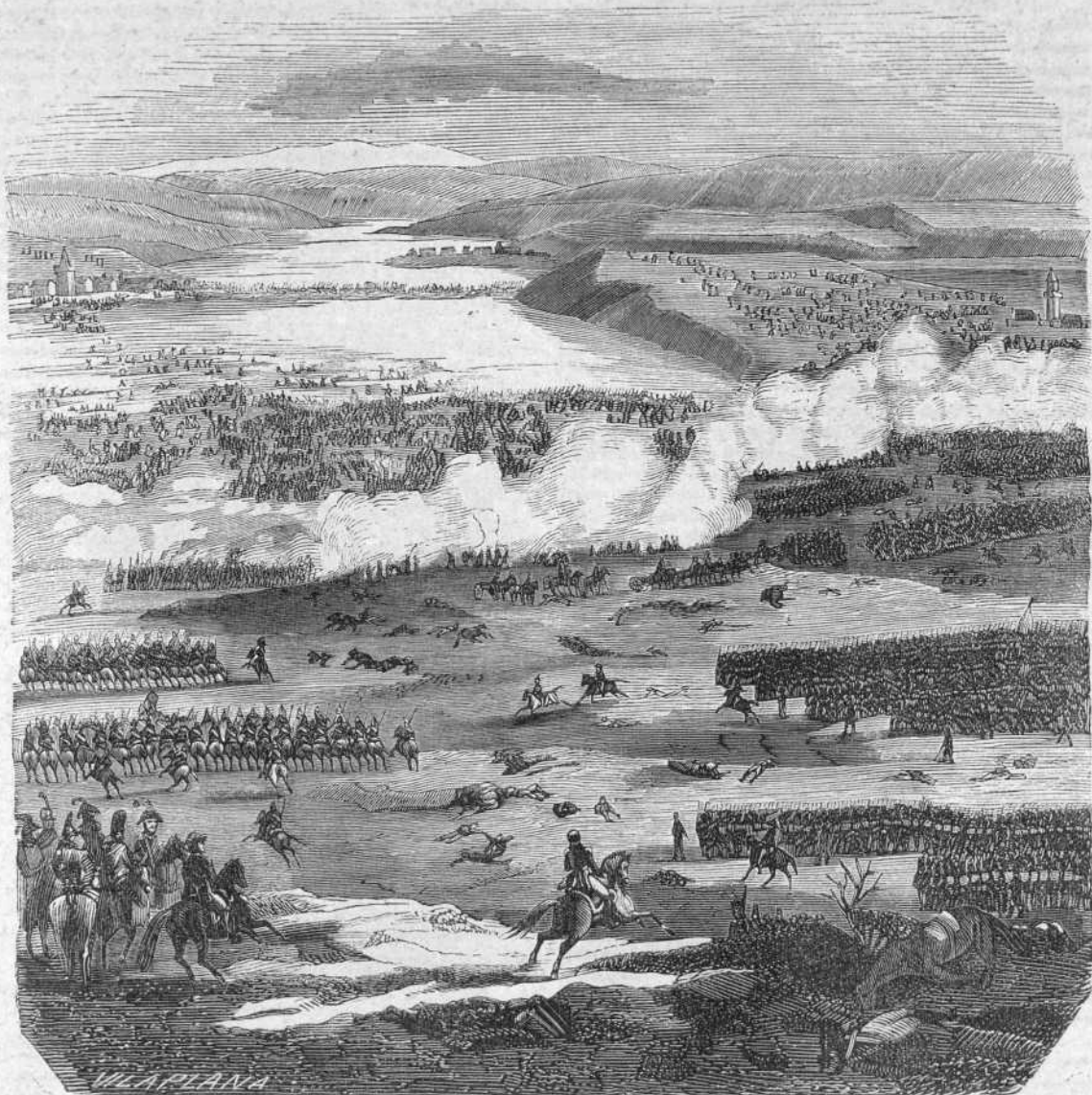
¡Y yo soy uno de los que le conducen!

Por última vez contempla el sol que Dios ha creado. Ya está en el sitio fatal, le vendan los ojos... ¡Señor, tened piedad de su alma!

Nueve hombres dirigen sus armas contra él. Ocho de ellos desvían sus tiros, porque el sentimiento les hace temblar el pulso: sólo yo le he herido exactamente en el medio del corazón.

SOLUCION DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 26.

La solución en el número próximo.



LA BATALLA DE AUSTERLITZ.

A pesar de ser tan conocido este brillante hecho de armas del primer guerrero de nuestro siglo, daremos una leve reseña de él para la mejor inteligencia de la lámina que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Napoleon sale de París el 24 de setiembre de 1805. La vanguardia del gran ejército pasa el Rhin el 25 por el puente de Kehl. El 29 anuncia el emperador por medio de una proclama que va á empezar la guerra contra la tercera coalicion, y hace un llamamiento al pueblo francés «para confundir y disolver esa nueva liga urdida por el odio y el oro de la Inglaterra.» Napoleon desconcierta los planes de los austriacos por la direccion que da á sus ejércitos y la rapidez de su marcha. Wertingen, Günzburg y otros muchos puntos son testigos de combates que cubren de gloria á los ejércitos franceses. Por una maniobra de hábil estrategia obligan al general Mack á que capitule y se rinda con 55,000 hombres, 60 cañones y 40 banderas. Viena abre sus puertas el 15 de noviembre, y el emperador de Austria se ve obligado á refugiarse en Moravia, en donde se reúne con el Czar y el segundo ejército de Rusia.

Después de algunas maniobras que le producen ventajas sobre el enemigo, se detiene Napoleon en Wischau para dar algun descanso á

sus tropas, y confiado en que los rusos le presentarán la batalla. Efectivamente, los rusos vuelven á tomar la ofensiva el 28: Napoleon abandona las alturas de Pratzen, posicion importante en que se habia atrincherado, y que deja ocupar por el enemigo. «Si yo quisiera, dice el emperador, impedir al enemigo que tomara mi derecha, me colocaria en esas alturas magnificas, en las que solo tendria una batalla comun. Si, por el contrario, cido mas mi derecha retirándola hacia Briinn, y abandonan los rusos esas alturas, son perdidos sin remedio.» Entonces se establece en la llanura de Austerlitz, apoyando la derecha en los estanques helados de Menetz, cubriendo su centro con terrenos pantanosos, y apoyando la izquierda en el monte Bosenitz. Todo acaeció como lo habia previsto. Dueños los rusos el 1.º de diciembre de la posicion de Pratzen, la abandonan lentamente y desfilan sobre su izquierda por una marcha de flanco, prolongando la derecha del ejército francés. Napoleon ve este movimiento con indecible alegría. «Mañana por la noche, dice, será nuestro ese ejército!» y una proclama elocuente divulga entre sus soldados su plan de batalla. «Mientras los batallones rusos vayan marchando para envolver mi derecha, me presentarán el flanco... Que se penetre bien cada uno de la idea de que es preciso vencer á esos merce-

narios de la Inglaterra que tanto odio tienen á nuestra nación! Esa victoria concluirá la campaña... La paz que yo estipule será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.»

El 1.º de diciembre á las nueve de la noche quiso visitar el emperador, de incognito, su campamento; pero apenas ha dado algunos pasos, cuando ya le conocen todos. Imposible sería describir exactamente el entusiasmo de aquellos soldados. Por un movimiento espontáneo que caracteriza el espíritu que los animaba, colocan haces de paja encendidos en la punta de palos clavados en tierra, y 80,000 hombres rodean al emperador saludándole con sus aclamaciones. Napoleón, que conoce la organización de cada regimiento, dirige una palabra á cada uno, y esta palabra es luego el grito de guerra en medio de la acción. «Emperador, le dice uno de los granaderos mas viejos, yo te prometo que no tendrás que batirte mas que con la vista, y que te traeremos mañana las banderas del ejército ruso para celebrar el aniversario de tu coronación.» Al regresar el emperador á su tienda, que no era mas que una mala choza de paja, sin techo, que le habian hecho los granaderos, dijo: «Esta es la mejor noche de mi vida; pero me entristece el pensar que perderé muchos de esos hombres excelentes. Por el sentimiento que produce esta idea en mí, conozco que son verdaderamente hijos míos.»

Napoleón toma al instante sus disposiciones para la batalla; el 2 de diciembre á la una de la mañana monta á caballo y se hace dar cuenta de los movimientos de los rusos. Por fin amaneció, y salió el sol brillante y despejado; aquel aniversario de la coronación, en que iba á efectuarse uno de los hechos de armas mas notables del siglo, fué uno de los dias mas hermosos del otoño. El emperador rodeado por todos los mariscales, esperaba á que el horizonte se hallara completamente iluminado para empezar las operaciones. A los primeros rayos del sol, se dan las órdenes, y cada mariscal marcha á galope á reunirse con su división. Eran próximamente las ocho y media de la mañana. Al pasar el emperador por delante de algunos regimientos formados en batalla, exclama: «Soldados, es preciso concluir esta campaña con un rayo que confunda el orgullo de nuestros enemigos.» Al oír esto, todos los soldados ponen sus chacós en las puntas de las bayonetas, y gritando: *Viva el emperador!* dan la verdadera señal de principiar la acción. Al instante suena el cañoneo al extremo de la derecha; el mariscal Soult se lanza con el 4.º cuerpo á las alturas de Pratzen, corona la meseta, rompe el centro del enemigo, y se sitúa en la retaguardia y flancos del ala izquierda. El ejército aliado se encuentra cortado en tres divisiones aisladas, empujadas dos de ellas hacia barrancos y pantanos, y teniendo por todas partes á los franceses de frente y de flanco. La artillería trueno espantosamente en toda la línea; 200 cañones y cerca de 200,000 hombres hacen un ruido aterrador. Era un verdadero combate de gigantes, según decía el 50.º bofetin. A la una de la tarde ya no era dudoso el éxito. «He dado muchas batallas como esta, decía el emperador, pero en ninguna he visto tan pronunciada la victoria, ni tan poco dudosa la suerte.»

El ejército ruso es puesto en completa derrota; algunos miles de hombres, 36 cañones, y varios furgones y caballos empiezan á atravesar los estanques helados; pero las 24 piezas de artillería de la guardia imperial, al paso que vomitan la muerte con sus proyectiles, rompen el hielo, y columnas enteras se hunden y ahogan. Los emperadores de Austria y de Rusia presenciaron la derrota de sus ejércitos desde las alturas de Austerlitz.

Tuvieron 8,000 muertos, 15,000 heridos, 25,000 prisioneros, de los cuales 275 eran oficiales, 10 coroneles, y 8 generales, y perdieron 180 cañones, de los cuales 145 eran rusos, 150 furgones y mas de 50 banderas. El ejército francés que solo contaba 63,000 hombres contra mas de 100,000, tuvo 1,500 muertos y 4,000 heridos, entre los cuales habia 9 oficiales superiores.

Esta batalla memorable, designada por unos soldados con el nombre de *acción del aniversario*, por otros con el de *batalla de los tres emperadores*, y por Napoleón con el de *batalla de Austerlitz*, produjo la estipulación del tratado de Presburgo, que se firmó el 26 de diciembre de 1805, y por el cual ademas de reconocer á Napoleón como rey de Italia, se concedieron muchas ventajas importantes á los aliados del belicoso emperador.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Ya se me alcanza que Montesquieu ha asentado un error clásico al aseverar que los pueblos del Norte son mas valientes que los del Mediodía, y que los primeros siempre habian subyugado á los segundos; Filangieri y otros muchos escritores han demostrado la

falsedad de aquella proposición, aduciendo datos irrecusables. Pero no se podrá impugnar que la destrucción del imperio romano y la transformación de toda Europa, que el Juicio por Jurados y el régimen representativo, que los primeros albores de la reforma religiosa en la época de Wiclef y Juan Huss; que la reforma declarada en Lutero; que el descubrimiento de la pólvora, de la imprenta; que las múltiples aplicaciones del vapor; que los caminos de hierro, los telégrafos comunes y eléctricos, las ascensiones y proyectos de viajar en globos aereostáticos, la circulación de la sangre, la invención de los logaritmos, los conductos metálicos ó para-rayos, la litografía, la invención del cristal, todos han tenido su origen en el Norte de Europa, ó cuando menos, allí se han desenvuelto y experimentado.

Comparemos las naciones unas con otras. En la actualidad, ¿cuál puede competir con Alemania en los adelantos de todas las ciencias sociales, especialmente la legislación, sobre todo la penal, la estadística y la política? Aun en filosofía, en filología, bibliografía y otros muchos ramos, ¿puede la Francia reclamar la preferencia? ¿la Francia, que ordinariamente no hace mas que apoderarse de las ideas emitidas, y de las escuelas dominantes allende el Rhin, dándoles nueva forma, apropiándolas, asimilándolas, para hacerlas difundir con cierta originalidad, valiéndose de ese carácter *comunicativo* que Mr. Guizot atribuye á sus compatriotas? ¿Y cuál nación podrá ponerse al nivel de Inglaterra, en lo que concierne á la perfección de la industria, de la maquinaria, á la explotación de las ciencias naturales en sus relaciones con las necesidades del hombre, en la ciencia de gobierno, y en especialidad en la generalización de la economía política, de la que hay mas de cuatro mil cátedras en todo el Reino Unido; en tanto que en Francia se mira con indiferencia esa materia de tan incalculables consecuencias; siendo esto una de las concausas, en la opinión de altas capacidades, de tanto sistema socialista y utópico como pulula pasado el Pirineo? Hasta la Rusia puede servir hoy día á las naciones meridionales; su diplomacia y su política exterior son el desenvolvimiento y la práctica del testamento de Pedro el Grande. ¿Qué antitesis no forman con estos Estados la España, Portugal, Italia y Grecia?

Siguiendo mi ruta, y habiendo hablado de Reinosa, tomo mi pasaporte, documento sin el cual no puede uno ser hombre de bien, *conditio sine qua non* para moyerse una persona; me encamino á Torrelavega, en cuyo intermedio es de notar alguna que otra particularidad. Durante cinco leguas, se va casi continuamente cuesta abajo hasta llegar á Bárcena de pié de Concha, donde la temperatura es mas benigna, mas templada, el terreno mas seco, ó no tan húmedo y fangoso, y los vientos menos fuertes. A un cuarto de legua está el parador de Santa Olalla, que proporciona bastante comodidad y buen trato, y tiene una mesa de villar, cosa no despreciable en una aldea para el que tenga que pernoctar en ella. Despues de atravesar los deliciosos valles de Iguña y de San Felices de Buena, y comprendido en este último y situado en la carretera, á una legua de Torrelavega, se encuentra el establecimiento de las Caldas, donde hay baños termales, cuya detallada descripción es objeto de una memoria redactada por su médico director.

Referiré, pues, solamente como de paso, que la casa para los huéspedes es bastante espaciosa, capaz y bien distribuida interiormente, con habitaciones claras y ventiladas: el comedor puede contener treinta personas con holgura; hay en frente un edificio recientemente concluido, que está destinado para cochera, caballeriza y otros usos: al lado de éste se halla el departamento donde estan las pilas y los retretes para los bañistas: el año pasado se estaba todavía haciendo obra, agrandando el local, y aumentando las bañeras; pues los dueños no perdonan medio de ponerlo en el mejor pié que sea posible. Mucha jente se reúne mientras la temporada de verano; á lo cual favorece, no solo la virtud de las aguas, sino tambien el camino real que brinda con trasporte fácil á todos parajes, y la situación pintoresca, la proximidad de varios pueblecitos, cuales son, Riocorbo, Cártes, Santiago, todos en la carretera, y en donde residen á la par algunos bañistas; otros paran en Torrelavega, yendo al baño en un carruaje que hace la travesía ex-profeso. Paralelamente á la carretera, y desde mucho atrás, corre á la derecha el río Besaya, que si bien cria sustanciosas truchas, cria asimismo atronadoras ranas, cuyo cotorreo ó castañeteo uniforme y destemplado atormenta un poco por las noches á los bañantes que tengan delicados tímpanos; bien que de esto no se hace caso, como tampoco de la repetida cantinela de un pretendiente de empleo, ó de un pretendiente amante, cuando no se le quiere oír. En la villa de Cártes se vé un castillo antiguo, llamado el torreón ó torrejon, con un prolongado arco sobre el camino, en cuyo monumento aparecen las armas de los señores marqueses de Santillana, nombre que figura grandemente en la historia del país, donde ejercieron poder militar y jurisdicción señorial.

Torrelavega destaca desde lejos su torre de la casa del señor duque del Infantado, la que se eleva sobre toda la población, y en medio de la gran llanura que la circunda. Esta villa ha progresado considerablemente de algunos años á esta parte, y probablemente llegará á ser una de las principales de la montaña, porque se vé halagada por circunstancias que la prometen gran porvenir. Su posición en una carretera tan frecuentada, cerca de Santander y entre esta ciudad y Reinosa, regada por dos ríos, el Saja y el Besaya que hacen su confluencia en sus inmediaciones, y luego confundidas sus aguas en abundancia, pasan por la Requejada, á una legua, donde llegan buques de hasta 120 toneladas, y donde se hacen los embarques de trigo, harinas y otros granos, que salen al Océano, desembarcando por la ría en Suáncas. Con un buen parador en la plaza, con nuevas construcciones y establecimientos de comercio, lo que mas realce da á Torrelavega es la campiña estensa que llaman la Mies, por cuyo recinto cruzan y serpentean los ríos espesados; en él se levanta la fábrica de harinas de los Sres. de Hornedo; contigua á ella hay una cascada artificial, que formada por una figura de puente echado que constituye el lecho, obliga al agua á desprenderse con impetu y en arco con motivo del desnivel: próxima está tambien otra fábrica del Sr. Duque del Infantado; en otro tiempo trabajó en tejidos; ahora está parada é inutilizada desde la guerra de la independencia, en la que sufrió estragos; todavia se conservan algunos husos, ruedas, cilindros y otros enseres mecánicos. Por los senderos de esta Mies es el paseo de verano; y de noche en los soportales de la plaza, donde se lucen alguno que otro *dandy* de las cercanías ó forastero, y las señoritas del pueblo y de afuera que aparecen muchas. Torrelavega es uno de los puntos en que se refugian los que van huyendo de los calores del estío, quienes disfrutan de las diversiones propias de la estación que pueden proporcionarse, pues las familias particulares allí vecindadas ó naturales, son de buen trato y amabilidad.

Algunas reformas y mejoras debieran ponerse en planta para que el pueblo correspondiera á lo que puede ser. Necesita del empedrado de las calles, á lo menos de alguna, sobre todo en la plaza, cuyas prominencias y mal colocados guijarros privan de instalar en ella el paseo. Tampoco tiene iglesia parroquial, puesto que la que sirve para celebrar la misa y demas solemnidades, es una capilla del palacio del duque del Infantado, que aparte de ser poco decente, está amenazando desmoronarse en un día de tormenta.

Sin embargo, el ingeniero don José Moreno, que permaneció allí algun tiempo, ha levantado un plano de una iglesia de una arquitectura sencilla y á la par elegante. La falta de casa de ayuntamiento es notable; pues si bien en la que celebra sus sesiones y tiene la secretaría es de propios, está muy lejos de lo que debe ser por muchos conceptos. Achaque harto comun en otros ayuntamientos y en otras provincias.

Este mal es en parte producido por el inmenso número de ayuntamientos, por los escasos recursos con que cuentan algunos, y por las demas consecuencias que son naturales, y que no presentan ninguna ventaja para el bien de los pueblos, solo perjuicios de distinta índole. Cuando son de reducido vecindario, no hacen sino originar gastos con un presupuesto estéril y gravoso, distraer de sus labores y ocupaciones á los hombres dedicados al cultivo del campo, de la industria etc., dar ocasion á intrigas, rencores y venganzas entre los vecinos del distrito; haber á veces municipalidades compuestas de sujetos faltos enteramente de instruccion é inteligencia, que confían ciegamente en los secretarios, quienes, como sucede en algun caso, por disfrutar un sueldo mezquino, ó estar distraídos por atenciones preferentes, ó por serlo de mas de una corporacion, ó acaso por carecer de disposicion y aptitud para instruir los expedientes, tampoco cumplen con sus obligaciones, dando lugar á conminacion y á multas de las autoridades superiores, sin que adelanten y ganen cosa alguna los intereses de los administrados. Estas reflexiones son aplicables á toda la nacion. Hay capital de segundo y tercer orden que tiene á su alrededor y en una corta circunferencia seis ó ocho ayuntamientos. Muchos de ellos fueron creados en la época en que las diputaciones los erigian y disolvian á su arbitrio á petición de los mismos y de sus representados, segun la ley de 5 de febrero de 1825; pero ahora, en algunas partes, se han convencido de los males que les acarrea la separacion, y desean reunirse, bien á la cabeza de partido, bien á otros limitrofes.

En Santander hay algunos de bien poco vecindario, segun el estado escrito en 1842, y que rige en las oficinas de la provincia; resulta que el de San Vicente de Leon y los Llares comprende cincuenta vecinos; el de Pujayo cincuenta y tres; lo mismo el de Bárcena de Pié de Concha; el del Astillero tiene sesenta; en tanto que en el de Piélagos asciende á seiscientos sesenta y tres, extendiéndose por una grande porcion de terreno.

Tambien faltan cárceles de partido en casi todos los juzgados de

la montaña. Reinosa la tiene con habitaciones altas para casa de ayuntamiento y para audiencia judicial. Tocante á este incidente, preciso es omitir el conjunto interminable de consideraciones, que me alejarían demasiado; y por otra parte, nadie desconoce cuán atrasados estamos en el sistema carcelario, en paragon con el resto de Europa, y aun de América. Unicamente mencionaré algunas especialidades relativas á esta cuestion y otras accesorias, á que me conducen la situacion y demas circunstancias de este pais. Desde luego salta á la vista una práctica hasta cierto punto indispensable aqui, en la administracion de justicia: los presos suelen estar en algunos juzgados á un cuarto de legua de la morada del juez, promotor fiscal y escribanos, por no haber local mas cercano, ó no proporcionarse. Asi acontece en el juzgado de Carriedo: la cabeza y los funcionarios de partido viven en Villacarriedo: la cárcel está en las Bárcenas, poco menos de un cuarto de legua.

Si á los pasiegos de San Roque, que son los que peor concepto merecen por ser contrabandistas, desalmados y asesinos, se les antoja bajar de las montañas colindantes, pueden llevarse los arrestados sin que nadie lo sepa ni lo impida, ó coger al juez y dependientes, y los protocolos que gusten. Esto se remediaría en gran manera siendo la cabeza del partido Selaya, villa de 900 almas, de mas comodidad y seguridad para todo, y que siempre se ha reputado como la capital de la tierra de Pas. Mas chocante es en Entrambasaguas; allí todos estan diseminados: el juez, los escribanos, la cárcel, la casa de ayuntamiento, como que es una aldea esparcida en barrios. Además, este juzgado tiene muy mala division é influye en que la tengan otros varios de la parte oriental de Santander. Llega hasta la costa, incluyendo á Santoña y algunos concejos confinantes. Cuando las facciones carlistas infestaban los términos de Entrambasaguas, hubo que trasladar el juzgado á aquella plaza fuerte, la que ha obtenido del gobierno que, en atencion á la lejanía de la cabeza del partido, pudiese organizar un oficio de hipotecas correspondiente y á cargo del secretario de su ayuntamiento, formando una seccion aparte, á la cual están sujetos varios ayuntamientos comarcas. Esta es una anomalia, pero justa, porque desde Santoña, Noja, Meruelo, etc., hay unas cinco leguas, de malos caminos, intrasitables por el invierno, y esto era un obstáculo para la toma de razon de las escrituras: la anomalia consiste en la defectuosa division de los juzgados. El de Entrambasaguas no debiera abarcar el territorio de la costa; éste debia construir un nuevo juzgado en Santoña; el de Ramales quedar suprimido, distribuyéndole entre Laredo, Castro y Entrambasaguas, poniendo la capital de éste en el pueblo de la Cabaña, que tanto va progresando, y donde podria colocarse convenientemente, y donde estuvo en 1822, agregándole á la par algo de Ramales por el lado que son fronterizos; de este modo desaparecerian algunas irregularidades. Que el de Laredo no tiene actualmente sino 2049 vecinos; Castro-Urdiales 1358, y Entrambasaguas 4566; y que el primero de estos coge á dos ayuntamientos situados á la otra parte de la ría de Limpias, que está visiblemente indicado por la topografía, deben ser incluidos en el de Santoña, cuales son Voto y Marroñ.

Empero, no siempre la exactitud, la conveniencia y la igualdad de los habitantes son principalmente acatadas y oídas en las divisiones de territorio: á veces pesan mucho en la balanza las influencias locales de poblaciones ó de personas, resultado de rivalidades é intereses encontrados é inconciliables, lo mismo que sucede entre los individuos. Tal pueblo disputa con otro por alcanzar ó retener la ayudantía de marina, la cabeza de partido judicial ó administrativo, ó la comandancia de armas: ora la capitalidad de la provincia, la universidad, la capitania general, el tribunal superior, etc., llegando á veces poco menos que á las manos. No es la envidia la que olvida su papel en estas contiendas; esa pasion rastrera, miserable, infecunda, y que tan sabiamente simbolizaban los antiguos por una serpiente que se muerde á si misma. Hay un error profundo en creer que las ciudades y los pueblos de todas categorias no pueden adelantar y enriquecerse no siendo con la ruina de los demas que le rodean, y que á su parecer, les hacen sombra siniestra. Posible es que esto sea cierto en ocasiones dadas; pero absolutamente es falso y perjudicial. Verdad es que en la opinion comun la ciudad de Santander se ha engrandecido desde la guerra de don Carlos, con motivo de los muchos comerciantes de diferentes puntos, y notablemente de Bilbao, que han ido allí á establecerse con sus caudales y giros, con motivo del decaimiento de este último, al que ha causado una mala obra. Verdad es que Santander ha eclipsado y confundido con su riqueza y con su exportacion de harinas á la isla de Cuba á todos los demas puertos de la provincia, y aún de toda la costa de Cantabria, los que, ó algunos de ellos, si bien le superan en la seguridad de su bahía y de su entrada, no pueden rivalizar con las restantes circunstancias que dan á Santander la exclusividad de aquel tráfico, á pesar de que su puerto no es de los mejores ni aun de los buenos, pues adolece de

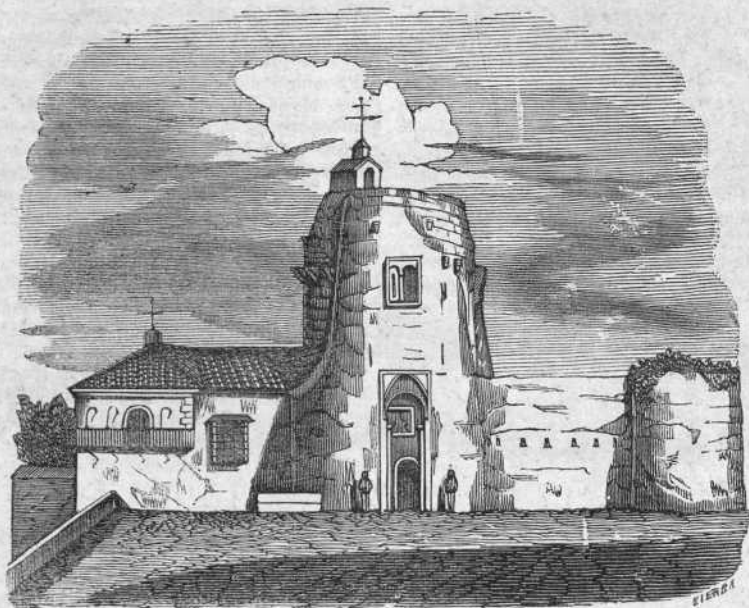
varias contras y defectos: el viento Sur es temible y tempestuoso, y contra el cual no tiene ningun abrigo ni resguardo: tres rios estan continuamente amontonando en la bahia gruesas cantidades de arena en sus avenidas, y la entrada tampoco es de las mas apetezibles, en particular por el invierno. Mas remontando la cuestion á mayor altura, me persuado de que hay ciertas rivalidades y pugna de intereses entre las naciones, que por mas que sean tradicionales, vendrán á desaparecer algun dia. La Francia y la Inglaterra están en competencia casi constantemente desde el siglo décimoquinto con ligeras interrupciones, y no obstante no es imposible, ni aun muy difícil, que sus intereses se avengan y concilien. Tal vez no sería asequible esa conformidad perpetua entre Inglaterra y Holanda, porque ambas coinciden ó han coincidido con determinadas situaciones y existencias. Lo que mas se opone á esta *entente cordiale*, son las pretensiones de querer influir en la política de los demas gabinetes, de ejercer este ó aquel monopolio, de dominar de uno ó de otro modo. Esto explica el antagonismo proverbial de Roma y Cartago, de Grecia y Persia, de Atenas y Esparta, y el de las naciones modernas.

No es probable que Torrelavega llegue á ser de funesta vecindad

para la capital, aun suponiendo que arribasen buques de alto bordo hasta la Requejada, y que se construyese el camino á la orilla del rio. Todas las presunciones estan por ahora en favor de la supremacia y preponderancia de Santander, á no ser que sobreviniesen accidentes y trasformaciones que no se pueden calcular ni presumir. Sin embargo, el comercio activo entre ésta y la América podría sufrir algun contratiempo ó descalabro por cualquiera de las novedades siguientes: la apertura de caminos de hierro que acercasen el canal de Campos á la parte navegable del Duero, ó que le pusiesen en comunicacion con alguno de los puertos de Asturias ó del Mediodia de la Peninsula, ó algun acontecimiento trascendental y funesto respectivamente á la isla de Cuba; no su pérdida, la cual, atendido el estado de Europa y América, es punto menos que imposible, sino otro de importancia comercial: por ejemplo, la introduccion de las harinas de los Estados-Unidos, si con el tiempo, por cualquiera medio no previsto, llegase á tener efecto.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.



EL CASTILLO DE CAÑETE DE LAS TORRES.

La villa de Cañete, cognominada de las Torres por las que tuvo en su fortaleza para distinguirla de otras poblaciones del mismo nombre, está situada en parage llano á siete leguas al Oriente de Córdoba, y á dos de la orilla izquierda del Guadalquivir. Es tenida comunmente por la Calpurniana que menciona Tolomeo, y estaba sobre el camino romano que desde Córdoba conducia á Cástulo, entre Onuba y Obulco (Poreuna), y algunos escritores atribuyen su fundacion al pretor de la España ulterior L. Calpurnio Pison, de quien dicen tomó el nombre; mas la dificultad de establecer con certeza su topografía ha dividido los historiadores y anticuarios, y cada uno la coloca en diverso sitio. Sin embargo, en Cañete no han dejado de hallarse vestigios de edificios al parecer romanos, y las lápidas sepulcrales siguientes:

D. M. S.
P. CORNEL
FELIX. ANN. LX
ET P. CORN. VALE
RIANVS. F. ANN. XVII
PIVS. IN. SVIS II. S. E. S. T. T. L.

TI. IVLIVS. PHILOPONVS
ANN. LXXXV. PIVS. IN. SVIS
H. S. E. S. T. T. L.

El nombre actual de esta villa parece de origen arábigo; pero el señor Cortés en su Diconario geográfico, dando por supuesto que Cañete fué la Calpurniana, quiere derivar su nombre de *Calat* y de

Pargus, y de aquí Calpurgiana ó Calpurniana, que interpreta *Castillo con Torres*; mas fuera de ser poco fundado que esta villa deba reducirse á la Calpurniana, querer adaptarle un nombre de tal etimología porque despues de la conquista se le diese el sobrenombre de *las Torres*, es manifesto desacuerdo como otros muchos de este escritor que se muestra muy apasionado á las pruebas fundadas únicamente en el apoyo tan débil de las etimologías.

Que Cañete existiese durante la dominacion de los árabes no es dudoso, pues se hace mencion de ella en los primeros años despues de la conquista de Córdoba, que se verificó en 1236, desde cuyo tiempo estuvo sujeta á la jurisdiccion y señorío de aquella ciudad, hasta que á instancia del rey don Sancho IV el consejo de Córdoba hizo donacion del Castillo de Cañete y su término en 8 de junio de la era 1331 (año 1295) á don Alonso Fernandez de Córdoba, señor del Castillo de Dos-Hermanas, adelantado mayor de la frontera, cuya donacion fué confirmada por el mismo rey en 8 de julio del citado año. Despues el rey don Enrique II concedió á don Gonzalo Fernandez de Córdoba la jurisdiccion civil y criminal de esta villa en 30 de julio de 1370.

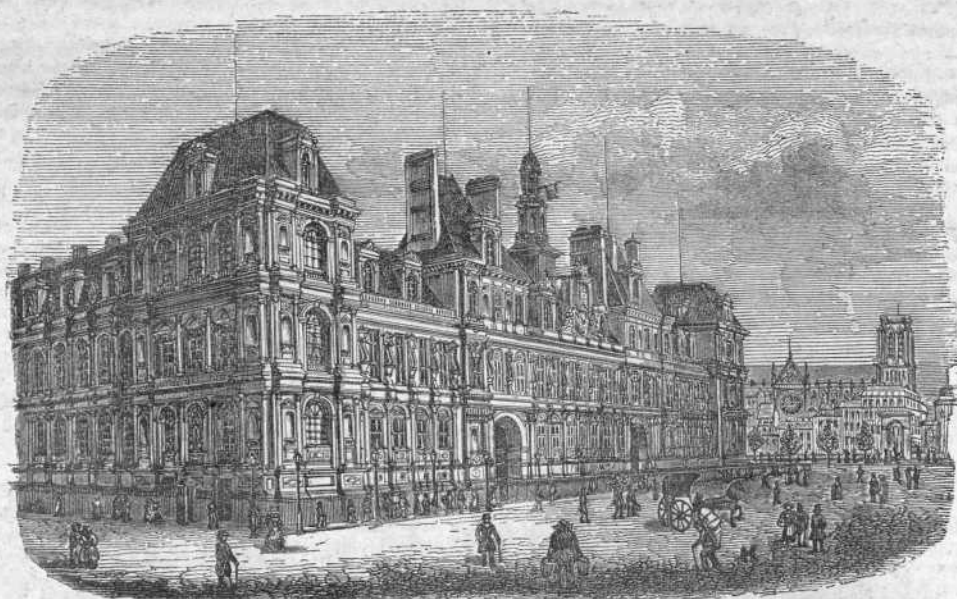
En la primavera del año de 1296, habiendo entrado el rey de Granada Muhamad II en el reino de Jaen, cerca de Arjona desbarató con su caballeria las gentes del infante don Enrique, tutor del rey don Fernando IV, que despues de haber sido socorrido por don Alonso Perez de Guzman, adelantado mayor de la frontera, y por don Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Cañete, á quien debió la vida, fué acogido en la fortaleza de esta villa.

En 1333, cuando el rey de Granada Muhamad IV invadió el reino

de Córdoba y puso sitio á Castro del Rio, que no pudo tomar, se apoderaron los moros de Cañete; pero no permanecieron en ella mas que algunos dias, porque habiéndolos obligado los cristianos á levantar el sitio de Castro, los que habian entrado en Cañete abandonaron tambien esta villa y tomaron el camino de Cabra. Esta fué la última vez que los moros pisaron el territorio de Cañete, de lo que se infiere la equivocacion de los que, como el señor Madoz en su Diccionario geográfico, han dicho que en 14... los moros sorprendieron y tomaron esta villa, mataron y cautivaron á los que se hallaban en ella, quemaron las casas y arrasaron todos sus edificios; pues esto no sucedió en Cañete de las Torres, sino en Cañete la Real, y habiendo confundido la una con la otra, han atribuido á aquella lo que pertenece á ésta.

En medio de la plaza, que es muy espaciosa y está casi en el centro de la poblacion, se halla el castillo, que no puede menos de ser una pequeña parte de la antigua fortaleza, edificio de los árabes que reedificaron los cristianos despues de la conquista. Tiene una sola torre, ya muy alterada con los reparos que se le han hecho en diversos tiempos, á que está unido un muro fortalecido de cubos ya muy desfigurados, como lo está igualmente lo que aun queda del edificio, con las obras y nuevas habitaciones que se ven pegadas á él. En la puerta están colocadas á uno y otro lado dos estatuas ya muy mutiladas, las cuales fueron descubiertas en Porcuna, y el marqués de Priego don Pedro Fernandez de Córdoba las mandó llevar y colocar en este su castillo.

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.



CASA DE LA CIUDAD EN PARIS.

La casa de la ciudad está situada en la plaza de Grève. La primera piedra de este edificio fué colocada en 1333 por Pedro Viole, preboste de los mercaderes. Su arquitectura es una mezcla del estilo griego y gótico. Las salas de la casa de la ciudad sirvieron de asilo á las deliberaciones populares en casi todas las asonadas que han agitado á Paris. La clase de vecinos tuvo varias asambleas en ellas durante la guerra de la Fronda: en la sala grande tenian sus sesiones los representantes del cuerpo municipal de Paris durante la revolucion. En 1797 el consejo municipal de Paris habia sido sustituido por los consejos de guerra permanentes de la 17.^a division militar, que permanecieron en ella durante muchos años. En 1801 restablecieron allí las oficinas de la prefectura del Sena, y en julio de 1850 se constituyeron tambien en ella la comision municipal y el gobierno provisional.

Al lado de la sala grande está la del Zodiaco, adornada con bajos relieves y cuadros alegóricos á esta denominacion. Despues está la sala Verde y la estensa habitacion practicada en las galerías de san Juan, á la que se transfirió en 1817 la biblioteca de la ciudad. En esta habitacion se celebró la asamblea de los israelitas llamada el *Grande Sanhedrin*. Varias sociedades científicas se reúnen en ella, particularmente la sociedad central de agricultura.

El origen de la casa de la ciudad, segun Dulaure, es el siguiente: «El 15 de julio de 1337, los vecinos de Paris compraron una casa situada en la plaza de Grève, que perteneció á Felipe Augusto, y que era conocida por el nombre de *Casa de las Columnas*, porque estaba sostenida en parte por columnas gruesas. Tambien la llamaban *Casa del Delphin*, porque Felipe de Valois, que se la habia dado á la reina viuda de *Luis le Hutin*, la despojó despues de esta propiedad para hacer merced de ella á Guy Delphin del Viennois y sus sucesores, principes soberanos del Delfinado.

«Esta casa, aunque poseída ó habitada por soberanos, era muy sencilla y no se diferenciaba de las demás casas que la rodeaban mas que por dos torrecillas. Fué hasta el año de 1332 el punto en que los concejales tenian sus sesiones, y en que habitaba el preboste

de los mercaderes. En cuanto entró en posesion de ella el cuerpo municipal, hizo ejecutar varias obras de reparacion y adorno; y en una cuenta del año de 1338 se lee que en aquel año fué encargado Juan de Blois de adornarla con pinturas. En 1332 se emprendió la reedificacion de la casa de la ciudad bajo un plano mas vasto.»

La fachada de la casa de la ciudad, tal cual hoy existe, presenta un cuerpo de edificio flanqueado por dos pabellones mas elevados. En el primer piso tiene 15 ventanas y varios nichos. La fachada está coronada por una linterna en que fué colocado el reloj de la ciudad en 1781, obra del célebre relojero Juan Andrés Lepaute. La esfera de este reloj está iluminada de noche por un sistema tan sencillo como ingenioso. Desde que ha sido convertido este edificio en oficina de la prefectura del departamento del Sena, ha recibido un ensanche considerable, debido á la demolicion de la iglesia y hospital del Espíritu Santo, situados al N., y de una parte de la antigua iglesia de san Juan en Grève.

Las habitaciones son muy grandes y están bien decoradas. La sala de san Juan, particularmente, es notable por su estension, por el lujo de sus adornos, y por el mérito de sus pinturas. En esta tienen lugar las grandes ceremonias.

En la casa de la ciudad fué proclamado el gobierno provisional el 24 de febrero de 1848. En el trascurso de dos meses numerosas diputaciones fueron á felicitar á la república, y eran recibidas en aquellos salones magníficos que atravesaban con admiracion.

Ahora ha vuelto á ser la residencia del prefecto del Sena, que habia tomado durante algunos meses la denominacion de alcalde de Paris.

Con motivo de una peticion del prefecto, le ha sido concedido un crédito de 36,000 francos para la ejecucion de doce estatuas destinadas al adorno de la casa de la ciudad, que representarán las figuras de cuerpo entero de Moliere, Papin, Lavoisier, Catnat, Voltaire, Monge, Boideau-Despreaux, d'Alembert, Condorcet, Lafayette, Colbert y Ambrosio Paré.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Milagros había querido imposibilitarle en su oposición al casamiento de Mendoza, mas no perderle; porque en realidad y en los términos que su perversidad naturaleza le consentía, le amaba sinceramente. Por eso ella dijo al fraile, y el fraile repitió al ministro de la Guerra, que Sotopardo era un calavera que, enamorado de una *señorita de buena familia* y no correspondido, intentaba oponerse á que se casase con otro á quien la doncella amaba, habiéndose ya de hecho opuesto y batido con el novio su rival. Consiguiose, portanto, una orden de arresto temporal, aunque severo, en el castillo de las Peñas de San Pedro; y á los dos meses fué puesto don Carlos en libertad.—Ya hemos dicho que sus relaciones en la Corte eran muchas y buenas, y que un pundonor, acaso exagerado, era la base de su carácter; por manera que fácilmente se concibe que apenas de vuelta de su prision, minase, como vulgarmente se dice, el mundo entero para poner en claro el negocio, y que hasta cierto punto lo consiguiera. Decimos hasta cierto punto y no mas, porque en efecto, presentado al ministro de la Guerra por el General Gobernador de la plaza, que le conocía y estimaba, consiguió que no pudiese servirle de mala nota ni de perjuicio en su carrera el arresto sufrido, y volver á ingresar en su antiguo regimiento, del cual se trataba de trasladarle á otro.

Milagros, á cuyas amorosas reiteradas tentativas para renovar las antiguas relaciones se resistió constante don Carlos, no quiso, mas bien que no pudo oponerse á su rehabilitación, y esperando que con el tiempo se calmase el enojo de aquel su último amado, resignóse á dejarle partir á Sevilla, no sin formar un plan para el tiempo venidero.

La casualidad hizo el resto: Sotopardo llegó á Sevilla la tarde misma del día en que tuvo lugar el baile del Conde, y habiéndole dicho su coronel, al presentársele, que San Justo había invitado á toda la oficialidad, por ociosidad, ocurriose al salir del teatro irse á dar una vuelta por el sarao.

Mendoza y su muger ignoraban, como es fácil de presumir, la llegada de nuestro protagonista, y bueno será decirle al lector para su inteligencia, que Matilde había arrancado á su esposo formal juramento de no volver en su vida á darse por entendido de su lance con Sotopardo, de tratarle como á persona desconocida, y de no revelar directa ni indirectamente á quien quiera que fuese aquella desagradable historia. Por su parte don Carlos el malo había tenido que empeñar al Ministro su palabra de honor de observar una conducta semejante con respecto á Mendoza, por manera que existía entre ambos una barrera insuperable para hombres de honor como los dos lo eran.

Eso supuesto, volvamos al baile. Sotopardo buscando á su coronel se hizo presentar por él al Conde y á la Condesa; el primero, de suyo poco comunicativo, oyó el nombre del capitán entonces por vez primera, y recibióle convenientemente y nada mas; en cuanto á Laura el negocio varió de aspecto. Como muger á la moda, ó mas bien reina de la moda en Sevilla, estaba muy al corriente de la crónica escandalosa, en cuyas páginas, aunque nunca hasta entonces había en aquella ciudad residido, ocupaba Sotopardo un lugar señaladísimo. Su fama de misántropo, burlador, duellista, maldiciente, y para las mugeres irresistible, esparcida por Almazan con el objeto de perderle de reputación antes de que Sevilla le conociese, produjo, por lo menos en las sevillanas, el efecto contrario del que se proponía el maquiavelista comandante. Todo el bello sexo

«De la mejor ciudad, por quien famoso

«Alzas igual al mar la altiva frente,

«Claro Guadalquivir,»

ansiaba ver, tratar, provocar, y rendir ó rendirse acaso, al nuevo don Juan Tenorio; todos los hombres en la sociedad conocidos parecían piqueños comparados con el incógnito gigante; y no hubo marido previsor que no temblase el momento de la llegada del formidable seductor.

Laura, pues, al oír el nombre de don Carlos de Sotopardo recibió una impresión análoga á la que un troyano experimentara reconociendo al famoso Aquiles; y recibióle no como á un presentado ordinario, no cual lo hacia al comun de los fieles, sino con aquella cortesía pretenciosa, con aquella afabilidad que lleva envuelto el desden y la provocación, y que las mugeres á la moda reservaron siempre y

reservan hoy para los hombres que en el reino de la galantería constituyen la clase aristocrática.

Por su parte don Carlos, que acabando de salir de una prision, á la cual había pasado desde la mefítica atmósfera de los *gazapones* y de las *Aspasias* de segundo orden, regresaba aquella noche á su natural elemento, el de la sociedad culta, perfumada, galante, rica y privilegiada: don Carlos que ademas tenía ya conocimiento de la reputación que su torpe enemigo, el comandante Almazan, le había por decirlo así fabricado, al ver á Laura, y reconociendo en ella á primera vista el idolo del gran mundo, la deidad incensada, el sol en fin, de aquel cielo, díjose á sí mismo:

«Carlos, esta ha de ser tu conquista, ó ninguna: pero procedamos con cautela.»

Matilde apenas vió juntos á Sotopardo y á Laura, se dijo tambien: «Si este hombre no rinde á Laura, mi hermana es invencible; pero la vencerá, y entonces yo me vengaré de su altivez sin limites.»

XIII.

Prosiguen los recuerdos.

Dibujada, como queda, en cuanto las fuerzas del artista lo permiten, la situación y fisonomía de los personajes del drama, así como los proyectos que cada cual de ellos acariciaba en su mente, redúcese nuestra tarea á desenvolver las consecuencias naturales de semejantes premisas.

Sotopardo turbó completamente el equilibrio de la culta sociedad sevillana: su aparición en ella fué un verdadero fenómeno de primer orden, un suceso importante, la tea de la discordia en las familias y entre los amantes; y eso lo mas inocentemente del mundo por su parte, en la mayor de los casos.

Sabia ser amable, y quiso serlo: pero no amable de esos desleídos en aliviar, que son un compuesto empalagoso de reverencias amañadas, frases laudatorias, y sonrisas de careta; sino ameno en la conversacion, atento con dignidad, complaciente sin bajeza, y siempre y sobre todo, hombre y caballero. De ahí su gran popularidad entre las mugeres; porque á las niñas solteras las requiebaba, para las jóvenes casadas tenia miradas y palabras de amor mas sentido; con las jamonas iba derecho al negocio; y hasta las viejas mismas le hallaban pronto, ya á reconocer los vestigios de su belleza, ya las ruinas de su elegancia, ya en fin, lo chistoso de sus recuerdos.

Y de la popularidad con las mugeres, su inmensa impopularidad entre los hombres, singularmente los padres, los maridos y los amantes celosos.

Hagamos, sin embargo, dos excepciones á la regla general, una en cada sexo, que son la del conde y condesa de San Justo. El primero echó de ver desde luego en nuestro Don Carlos, bajo el aspecto frivolo del galán á la moda, al hombre de altas dotes en talento y ánimo; al militar que considera su honrosa profesion no como un arte mecánico, sino como ciencia vasta y profunda; á la persona instruida en cuanto la sociedad exige y algo mas; al caballero, en fin, que pagando tributo á la flaqueza humana, que no pudiendo eximirse de los vicios de su época, conserva no obstante intactos, puros y siempre vivos en el fondo de su corazon los instintos del honor y la virtud. Por otra parte el Conde vió con cierta especie de satisfacción indistinta pero profunda, que Sotopardo se limitaba con Laura á ser respetuosamente galante, sin mostrar pretensiones que los mas no disfrazaban, y que en Almazan revestían las formas de la servidumbre. El Conde, por tanto, estimaba á Don Carlos, y solia defenderlo, cuando en su presencia se le trataba duramente por los muchos enemigos que en la sociedad tenia.

¡Aprovechóse Sotopardo de las benévolas disposiciones del Conde para intimar el trato en su casa, desbancar á Almazan de sus funciones de *caballier sergente*, y asentar sus baterías á mansalva dentro de la plaza misma?

Tal hubieran hecho los mas de los hombres en su situación: Sotopardo hizo lo contrario, mas por instinto que por cálculo.

Laura, en efecto, había producido en el gran sensación; y Laura era además la mejor *conquista* posible en Sevilla; por manera que la inclinación y el orgullo le arrastraban de consuno hacia ella. Procurar, con tales intentos, la amistad de su anciano esposo, era una infamia, infamia que todos los hombres cometen sin creerse deshonrados; pero infamia al cabo, y no mas que villana infamia, en la cual hay tanto, por lo menos, de doblez como de cobardía.—Del seductor que prescinde del marido al que le adula, hay toda la diferencia que del enemigo injusto pero declarado, al traidor alevoso: Sotopardo sentía esa diferencia, y la traición no estaba en sus hábitos, menos aun era compatible con su generosa altivez. Por tanto, repetimos, escaseaba sus visitas al Conde, y cuando la ocasión le ponía con él en contacto, encastillábase en el respeto debido á sus canas y gradu-

ción para escusar de toda especie de intimidación con el marido de Laura.

Esta, y llegamos á la segunda excepcion, que no estaba por decirlo así á la altura de la estrategia de Sotopardo, tomó su reserva por altanería, su cordura por indiferencia; y picada en lo mas vivo de su amor propio, resolvió devolver en desdenes al osado capitán todos sus aires de hombre á prueba de seducciones. De buena fé llegó á creer la pobre muchacha que le detestaba; de buena fé, era la única que hacia coro contra Sotopardo con los celos; y de buena fé tambien, disputó mas de una vez con el Conde, en ocasion de hacer este el panegirico del maltratado Don Carlos.

Tales sintomas tranquilizaron al necio de Almazan, en un principio mas que alarmado; mas si á tan superficial observador podian deslumbrarle las apariencias, no así á Matilde, cuya penetracion veia la tempestad que se preparaba bajo la pérfidamente tranquila superficie de las aguas.

Para ella la buena opinion que el Conde tenia de Sotopardo, era el signo inequívoco de la predestinacion conyugal; para ella los desdenes de Laura, eran el frio que precede á la fiebre, frio tanto mas intenso cuanto mas abrasadora ha de ser aquella. Y tenia razon Matilde, á pesar de que no viendo á la condesa su hermana mas que en ocasiones solemnes, ó en visitas de cumplimiento, solo de oídas podia, en general, juzgar de lo que pasaba.

El trato y la guerra misma que se hacian fueron sucesivamente ahondando la flecha en los corazones de Laura y Sotopardo: del tono ceremonioso pasaron al de la broma con sus puntas de amargura; de la broma al sarcasmo indirecto; del sarcasmo indirecto á la lucha declarada. Luego dieron en huirse el uno al otro, y en hallarse entonces mas que nunca; últimamente, convencidos ambos de que eran detestables y reciprocamente se detestaban, acudieron al remedio heroico, á los celos, última razon de los amantes, como la artillería lo es de los reyes.

Almazan tuvo una temporada de estar en el paraíso, de creerse próximo á coger, en fin, el fruto de sus afanes, sacrificios y humillaciones; porque Laura se mostraba con él tan amable, tan complaciente, que en el sereno cielo de la imperturbable confianza del Conde, no diremos que llegó á cuajar la tempestad, pero sí á condensarse algunas nubes.

Y verdaderamente somos de la opinion del Conde; el despecho suele conducir á las mugeres no solo tan lejos, sino con frecuencia mucho mas que el amor mismo. La razon es sencilla: el amor que es una pasion que procede de un sentimiento natural, aunque en ocasiones se puertería y en otras se exagera, por lo mismo que penetra hasta el fondo del alma, se encuentra siempre con la virtud, cuya voz ya que no triunfe, se deja oír por lo menos: pero el despecho que no pasa de ser una forma iracunda del orgullo ofendido, no conoce límites ni respeta barreras.

En fin, Almazan, creyendo ser amado, fué un solemne majadero: Almazan, esperando triunfar, no anduvo en nuestro concepto muy descaminado.

Sotopardo, vivamente herido con la conducta de Laura, conducta provocativa, insulto continuado, en que el desprecio y la soberbia se disputaban la preferencia, entró en sí mismo, examinó seriamente como solo los hombres dotados de una gran fuerza de voluntad saben hacerlo, y vió con terror profundo que estaba enamorado; pero sincera, ardientemente enamorado, y eso por vez primera de su vida, pues hasta entonces no derramaron sus ojos lágrimas por los desdenes de muger alguna.

Don Carlos el malo, el hombre cuya fama rivalizaba ya en Sevilla con la del protagonista del *Convidado de piedra*, lloró en efecto de celos y de miedo, de miedo de perder á Laura, al salir de un baile en que esta, por su parte, ya en el apogeo del despecho, habia estado con respecto á Almazan mas que amable coqueta, mas que coqueta rendida.

¡Pero las debilidades de los fuertes suelen pagarlas muy caras los débiles que las originan: el triunfo de un instante suele costarles á estos la paz de toda la vida! Tal suele ser en compendio la historia de las mas de las mugeres.

Tres dias de encierro en su casa, de insomnio, de cavilaciones, hubo menester Sotopardo para dominarse y formar su plan; pero triunfó de sí mismo y salió con un proyecto completo, con deliberado y firme propósito de llevarle á cabo.

Presentóse á consecuencia en la sociedad armado de punta en blanco, con la sonrisa en los labios, aunque con la muerte en el corazón.

Laura, que habia adivinado en los tres dias de ausencia de don Carlos el efecto de su audaz maniobra, recibióle radiante de gozo, ébria de orgullo, rebosando desdenes por los ojos: él opuso á tales baterías el porte cortesano mas esquisito, la galantería mas indiferente, la igualdad de humor mas completa que imaginarse pueden.

Semejante táctica desconcertó un instante á la altiva belleza, y el cuitado Almazan, vehiculo de todas las reacciones de aquella lucha, se vió maltratado con tan poca justicia como hubo pocos dias antes para ensalzarle. En cambio, y sin que él acertara la causa, dos dias despues volvió á su antigua privanza, en la cual vió don Carlos una muestra inequívoca de que, si la enfermedad no era de muerte, solo el remedio heroico podia salvarle.

Entonces, dejándose llevar demasiado de su pasion, fué mas allá de lo que la razon debiera aconsejarle; porque no solo pagó celos con celos, que en eso en su derecho estaba, sino que eligió para rival de la condesa á Matilde; y don Carlos sabia que Matilde y la condesa eran hermanas por habérselo la primera revelado en Madrid.

Matilde, á su vez, abrasándose siempre por Sotopardo, precisamente porque él la desdeñaba, incurrió en la flaqueza de prestarse á sus galanteos, tanto por humillar á Laura, como por ver en fin á sus pies al hombre indomable que en Madrid recientemente acababa de humillarla.

En cuanto á Mendoza, como solo por los ojos de su muger veia, fácil fué deslumbrarle, diciéndole ella que su compañero, arrepentido al parecer de su conducta en la corte, trataba de reconciliarse con ambos esposos; pero que Matilde, sin negarse abiertamente á la reconciliacion, porque al cabo no era bueno tener enemigos, y menos como Sotopardo, alargaba las negociaciones hasta estar segura de la buena fé de aquel.

Así las cosas, casi celoso el Conde de Almazan; alucinado éste con quiméricas esperanzas; Laura desatinada con la pasion que en vano luchaba ya contra el orgullo; D. Carlos, jugado el resto á muerte ó á vida; y Matilde tomando cartas de dos barajas para satisfacer su venganza, ó triunfando de Laura de muger á muger, ó perdiendo para siempre á su hermana si en amor era vencida: la catástrofe no podia hacerse esperar mucho tiempo.

El Capitan general de Andalucía con motivo de los dias del rey, dió un gran baile en su casa, al cual como de razon fueron convidadas todas las personas notables de Sevilla, y entre ellas los personajes cuyas vicisitudes y pasiones refiriendo vamos.

Iban entonces transcurridas mas de tres semanas desde que Sotopardo habia comenzado á galantear ostensiblemente á Matilde; y la Condesa á favorecer mas que nunca en público á Almazan, sin perjuicio de hacerle sufrir privadamente un martirio de alfilerazos, con sus caprichos, mal humor é incomprensibles desigualdades de caracter. El pobre hombre que no sabia ya donde dar con la cabeza, á pesar de su ingénita longaminidad, y no obstante el natural servilismo de su cobarde espíritu, aguijoneado por la tiranía íntima de que era victima, y alentado por los públicos favores que le valian felicitaciones tan numerosas como infundadas, creyó al fin que era llegado el momento de una solucion definitiva, y llevó la audacia, hasta declararse en forma por escrito, y pedir una respuesta que su suerte decidiese.

La Condesa, sin mostrar enojo ni turbacion alguna, limitose á decirle á su *Patito*: «Esta noche en el baile hablaremos» — ¿No podré yo saber mi sentencia? Preguntó Almazan con un aire que pretendia ser sentimental, y no pasaba de contricion de aparato.—En el baile repitió la Condesa; y ahora vaya V. á traerme el ramillete que tengo encargado, y déjeme en paz, por Dios. —La respuesta no admitia réplica, y el asendereado errandante tuvo que bajar las orejas, irse á media legua de la ciudad á buscar el ramillete, y devorar su impaciencia hasta que sonase la hora del baile. Verdad es que Almazan se creia dichoso.

Matilde y Sotopardo habian llegado tambien al momento crítico, mejor dicho, ella habia resuelto que aquella noche y en aquel baile hiciese crisis su galanteo, porque en honor de la verdad, el rendimiento y fuego de don Carlos eran grandes únicamente en presencia de la Condesa ó cuando á noticia de esta presumia que llegar pudiesen. Lo demas del tiempo hacia un galán lo mas tibio posible.

Ya sabemos que la posicion de la muger de Mendoza era distinta; y como no estaba en su caracter soportar largo tiempo la incertidumbre, ni detenerse ante miramientos de ninguna especie, escribió al que conocimos ya Brigadier el siguiente billete:

«Aunque su conducta de V. en Madrid, solo á mi desprecio ó á mi odio debiera hacerle acreedor, no quiero cerrarle la puerta al arrepentimiento, y en el baile de esta noche me prestaré á escucharle, para que terminando de una vez nuestras disensiones, cesen apariencias que el público no comprende y puede interpretar contra mi buena fama. —M. V. de M.

Lo singular fué que Matilde, habiendo redactado su misiva en forma tan diplomática, que lo que para Sotopardo se referia claramente á relaciones amorosas, para Mendoza no pasaba de tratar de la conducta de su compañero en la corte, hizo confidente y consentidor del paso que daba á su propio marido. La hija de Milagros era digna de su madre en todo y por todo.

Al entrar, pues, en el baile del Capitán general, nuestros personajes iban preparados al último combate; sobresaltado el corazón por el temor y la esperanza, y menos dispuestos á los bulliciosos placeres del gran mundo, que á las desgarradoras emociones de la pasión.

Sin embargo, las dos hermanas habían hecho gran *Toilette*, cada cual según su posición social y propio carácter.

Laura resplandeciente de pedería, ostentando en un traje azul y plata la riqueza aristocrática, exhalando en torno de sí un suave aroma de flores exóticas de valor excesivo, entró asida del brazo de su anciano esposo, de grande uniforme por de contado, y llevando en pos de sí, á guisa de page, al comandante Almazan, de uniforme también, porque era de rigor, pero rizado minuciosamente el cabello, apestando á almizcle, con una rosa en el ojal de la casaca, y con una manteleta de magnífica blonda en el brazo, para que la Condesa se abrigase después de cada contradanza.

Matilde se propuso, ya que en lujo no podía rivalizar con su hermana, ser en la sencillez su total contraste.

El peinado á la griega, sin mas adorno que el de una cinta de raro color de fuego rematada en borlas de cancelcillo de oro, destacaba admirablemente su bella cabeza, y daba realce á su trigueña expresiva fisonomía. Su traje era negro con bordados ligerísimos de oro; pendientes, collar y brazaletes de coral abillantado, y un pequeño ramo de rosas naturales en el pecho, completaban su adorno; y con ser él tan poco y de valor tan escaso, estaba la mujer de Mendoza verdaderamente seductora.

Si Sotopardo, elegante y no mas, como de costumbre tenía, no conociera ya de antemano á Matilde, es posible que Laura sucumbiese aquella noche; pero lo brillante de la piel no bastaba á que Don Carlos olvidase el veneno de la vívora; y por otra parte su orgullo y su corazón estaban en conquistar á Laura irrevocablemente empeñados.

Durante las primeras horas del baile, aunque era grande la impaciencia de Laura, Sotopardo, Matilde y Almazan, por entrar en explicaciones, estas fueron imposibles: la Condesa tenía que cumplir con los compromisos contraídos de antemano, y que contestar á las galanterías de todo el *foi-seux* sevillano; á Matilde no le faltaban negocios de la misma especie; Almazan apenas tenía tiempo para recibir y volver el abanico, poner y quitar la manteleta, y dirimir los conflictos entre los bailarines que se disputaban las contradanzas y los vales de Laura; y Sotopardo, por una especie de indefinible presentimiento que le oprimía el corazón, casi casi deseaba que la crisis se retardara.

Yo no sé lo que son los presentimientos, ni creo que sean comunes; pero sí que los hay y seguros, sobre todo cuando vaticinan desdichas.

Por otra parte Don Carlos no había provocado directamente la crisis: su objeto en galantear á Matilde con las apariencias de llenarla, y no podía ocultársele que, si por segunda vez, ofreciéndosele la mujer de Mendoza tenía que desdenarla, la hija de Milagros era capaz de todo género de excesos y quizá de crímenes.

En tal situación limitose aquella noche á cumplir respecto á Matilde los mas estrictos deberes de la cortesana galantería, y reconvenido hasta cierto punto por ella á causa de su tibieza, contestó:

«Señora, no se yo de reo que tenga mala causa y espere sereno su sentencia.—La misericordia de Dios es infinita, le replicó ella lanzándole una mirada que nada tenía de severa; y en voz mas baja añadió: «A las dos de la mañana en el gabinete azul» Inclínose profundamente Sotopardo por toda respuesta; y allí se terminó la conversación. Matilde refirió á su marido la cita que de dar acababa.

Breve fué el diálogo que hemos escrito, mas ni aun así se escapó á las celosas miradas de la Condesa, que en medio de un enjambre de aduladores, y envuelta en una nube de incienso, tenía sin embargo siempre fijos los ojos del cuerpo y del alma en su bastarda hermana y en Don Carlos, nunca mas seductor, nunca mas temible que aquella noche, justo es confesarlo.

En su persona sola no se advertía en la concurrencia nada de extraordinario ni de afectado en el atavío. Vestido de uniforme con cierta elegancia en el corte y manera de llevarlo que dá el cielo á pocos militares; peinado el cabello lo bastante para revelar esmero, sin tocar los límites del afeite; la cruz de Alcántara y la de San Fernando al pecho; digno el porte, expresivo el rostro, y con cierta tinta melancólica en la mirada que armonizaba maravillosamente con su varonil conjunto, no le faltaba siquiera cierto grado de palidez que muy lejos de la valedudina, dá á la persona un aire interesante.

La pobre Laura buscaba con ansia y sinceramente un hombre que en aquella reunión le superase, y no le halló que se le igualara, y ni aun que á mucha distancia se le acercase. Uno era mejor mozo: pero ¡tan necio! Otro discreto, y pedante también. Este afectado; aquel con aire de doncella. Al militar le sobraba fanfarronería, al

paísano le faltaba resolución en el aire. Los muy jóvenes, inadmisibles por niños; los ya provectos, por sobrado formales. Sotopardo, en fin, era allí único incomparable, y además, además de todas codiciado.

Tales eran los devaneos, que no consideraciones de Laura, y la especie de aire de intimidad que su celosa perspicacia había advertido entre Matilde y Don Carlos, al hablarse como los hemos visto, teníanla de todo punto exaltada, cuando Almazan con la oportunidad que á los tontos caracteriza, tuvo la feliz ocurrencia de llegarse á ella todo compungido y decirle:—«Condesa ¿y mi sentencia?—Váyase V. á pasear con su sentencia, hombre insoportable. Contestó ella furiosa. —¡Yo, señora, (tartamudeó él desconcertado) como V. me había dicho que esta noche...—Pues bien: mas tarde, ó mañana. En fin, veremos. ¿Que se baila ahora?—Un vals, Condesa, le tiene V. ofrecido al marqués de Motril.—Está V. equivocado no es con ese con quien bailo.—¡Oh, Condesa, perdón V. no puedo equivocarme, porque llevo la lista por escrito.—Pues, por escrito y todo se engaña V.—Señora, mire V...—No miro nada; y haga V. el favor de no impacientarme: este vals se le tengo ofrecido á Sotopardo.—¡A Sotopardo!!!—Si señor ¿Y bien? ¿Y qué? ¿No puedo yo bailar con quien me acomode?»

Es imposible describir el efecto que produjo en el desdichado Almazan tan inesperado, tan súbito, tan incalculable golpe. Que sus apuntes no le engañaban era evidente: Sotopardo, además, faltaba de casa de San Justo mas había de una semana; y Laura, á quien Almazan puede decirse que no perdía de vista, tampoco pudo hablar con él ni en paseos, ni en tertulias. ¿Cómo, pues, y cuándo se le había prometido aquel vals? ¿Qué revolución era aquella? ¿Por qué la Condesa que no hablaba sino muy mal de don Carlos, le favorecía repentinamente hasta el punto de desairar por él al joven marqués de Motril, rico, elegante, buena figura, educado en París, y que sobre todas esas dotes tenía en el mundo una alta posición aristocrática y la fama de un duellista de primer orden? La verdad es que había para volver loco á cualquiera, aunque tuviese mucho mejor cabeza que la del comandante Almazan, y este que no era hombre ni para aquella muger ni para lance tan crítico.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

El crepúsculo de la tarde.

Mirad, la tarde está tranquila, y el cielo es tan azul! Los pájaros y las flores se duermen ahora. Se estremecen y sueñan; no turbemos su alegría. Hay un mundo entero en sus pechos diminutos. La alondra se lanza en sueños al aire puro y fresco, y lo que esperimenta cada flor, lo exhala en sus perfumes. El mundo estenso y variado, y todos los mundos pequeños que le encierran, y el cielo y el espacio están en mi corazón. Corren lágrimas por mis mejillas, y sin embargo estoy ebrio de placer. En mis transportes de felicidad, quiero estrechar en mis brazos á cada uno de mis semejantes. Ya brillan las estrellas, el día se borra y desaparece. Dormid, soñad pajaritos; soñad, lindas flores, mi corazón está tranquilo y el cielo está azul.

Reglamento interior del palacio de un rey de Inglaterra en el siglo XVI.

El reglamento del palacio de Enrique VIII, rey de Inglaterra, ofrece artículos muy curiosos, de los cuales copiamos los mas notables.

«Ordenamos que el barbero del rey vista con limpieza, y que no frecuente mugeres de mala vida para no comprometer la salud del príncipe.»

«El cocinero no empleará pinches que estén cubiertos de harapos ni que pasen la noche en el suelo delante del fuego.»

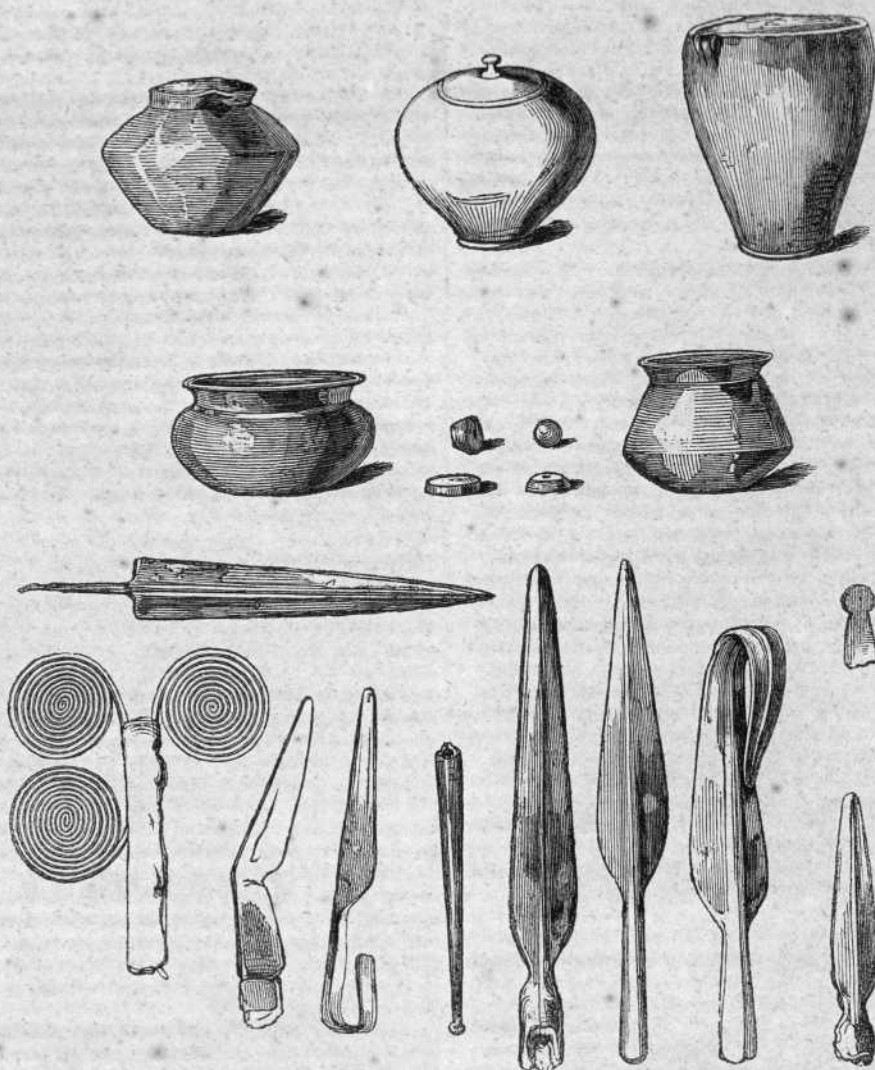
«La comida se servirá á las diez y la cena á las cuatro.»

«Los oficiales del cuarto del rey vivirán en buena inteligencia entre sí, y no hablarán de los pasatiempos de su amo.»

«No retojarán con las muchachas en las escaleras, porque esto ocasiona frecuentemente que se rompa mucha loza. Cuidarán con el mayor esmero de los platos de madera y de las cucharas de estaño.»

«Cualquier page que haga un hijo á alguna de las muchachas de la casa del rey, pagará una multa de dos marcos en beneficio del erario, y estará privado de cerveza durante dos años.»

«Los mozos de cuadra no robarán la paja del príncipe para ponerla en sus camas, porque se les da ya la suficiente.»



ANTIGÜEDADES DESCUBIERTAS EN HIJES.

En la villa de Hijes, provincia de Guadalajara, como á distancia de media hora de dicha poblacion, á dos leguas de Atienza y á catorce de esta capital, se encuentra una pradera en la cual existen enterramientos á la profundidad de dos varas á dos y media. Grandes losas de piedras arenosas y pizarras colocadas de canto y que forman una especie de callejon, sirven de reparacion de las ollas en que se encuentran depositadas las cenizas de los guerreros, pues no parece deben ser otra clase de difuntos los que allí se colocasen, atendido á que en lo general se hallan bajo la urna armas, si bien se encuentran en algunas de aquellas urnas varios adornos de alambre, que se cree lo serian de mujeres. Las urnas colocadas de saliente á poniente, se ven perfectamente conservadas y en varias se hallan bolas de barro de diferentes figuras, cuya significacion se ignora.

La villa de Hijes, llamada antiguamente illes, poblacion judaica, segun se cree, está del alto Rey, punto en que los templarios tenían su convento fuerte á la distancia de dos leguas, y cerca de este sitio se dice por tradicion entre los habitantes de Hijes, que existió en aquella parte una gran poblacion, la cual desapareció sin que se sepa en que época, ni se encuentra escrito alguno que dé indicios de ello.

El secretario del gobierno de provincia don Francisco de Paula de Nicolau y de Bofarull, en el mes de marzo de este año ha practicado varias escavaciones, y ha hallado una infinidad de ollas ó urnas cinerarias, alfanges, lanzas, dagas, bocados y otras diferentes armas, y fragmentos de lámparas inextinguibles, y si hubiese continuado la

escavacion por la parte donde se dice desapareció la poblacion, en cuyo punto se encontraron por el mismo señor secretario algunos cimientos, quizás el resultado hubiese sido tan feliz como lo ha sido el de los desenterramientos de que hemos hablado; pues entonces á mas de poderse encontrar objetos de estudio interesantes por todos conceptos, se hubieran hallado tal vez algunas monedas que indicarian la época de los citados enterramientos, ó bien algunas inscripciones, que diesen alguna luz sobre el particular; no dejándonos en la oscuridad como ha sucedido ahora por la falta de las precitadas monedas é inscripciones.

Al frente de este artículo presentamos una copia, tomada del natural, de los principales objetos encontrados en Hijes: las cinco vasijas que se ven en la parte superior que eran las destinadas á conservar las cenizas, son de barro cocido y tienen el color encarnado de los cacharros de ahora; la del centro se halla cubierta por un tapon que ajusta en la boca de la olla; los cuatro objetos mas pequeños que se ven entre los dos segundos son tambien de barro y se ignora su uso.

Los cuchillos y lanzas de la parte inferior son de hierro ó acero; uno de ellos está doblado por la punta como aparece en el grabado. No sabemos á punto fijo qué sean las piezas que se ven al principio de la última fila: lo primero es un hierro con tres espirales de alambre perfectamente templado, que acaso serian parte de algun adorno de muger; las dos piezas siguientes debian formar unas tigas.

En otra viñeta hallarán tambien nuestros lectores la copia de un

broche del cinto de una espada, hallado también entre los objetos de que nos ocupamos. Es de bronce y se halla tan deteriorado como lo indica el dibujo; las labores que le adornan son de bastante buen gusto y participan no poco del bizantino si se observa la combinación de los enlaces, que es igual á la que se vé en las cornisas de va-

rios templos construidos en época en que dominaba aquel estilo.

Es de lamentar que la junta de monumentos artísticos no haya hecho algo por su parte para que prosigan las excavaciones empezadas por el señor Nicoláu y de Bofarull, que por de pronto ha prestado un servicio digno de ser apreciado por todas las personas ilustradas.



LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA.

No sin razón han fijado los críticos en el siglo XV el último período de la edad media. En él nace de golpe la moderna civilización y muere para siempre la sociedad romántica y caballeresca, esa sociedad que con mas ó menos ostentación había subsistido por espacio de algunos siglos consecutivos, y no basada como la de los anteriores en un principio de unidad casi absoluta; su principal emblema era el exclusivismo por el cual lucharon continuamente el poder democrático contra el aristocrático; y si aquel llegó á acogerse al abrigo del monárquico, el otro atrincherado en fuertes castillos no reconocía mas ley que Dios y su espada, y hé aquí el feudalismo, esa forma de gobierno temible y despótica que creada por los reyes para reconquistar de algun modo la antigua monarquía subyugada por los sarracenos, contribuye á la desmembración de la misma monarquía.

Los grandes son remunerados por la corona con las mismas tierras que ellos habían conquistado y la adquisición de estas propiedades inflama ambiciosamente los pechos de toda la nobleza cristiana. Por dó quiera de la nación española se levantan fortalezas cuyos castellanos ni á la dignidad real conocen como á superior, pues si hasta cierto punto la acatan, no puede esta demostrarles ningun agravio porque les es de derecho, están en la posición de retractar la obediencia, y lo hacen pública y solemnemente librándose con tal acto de la pena que como traidores les debía ser merecida. De esto vinieron á formarse un sin número de pequeños soberanos sin ninguna igualdad entre sí, señores de *horca* y *cuchillo* de *pendon* y *caldera*, que por guardar los campos que para protegerlos se les habían confiado y que ellos consiguieron poner bajo su dominio absoluto, batallan no solo contra la morisma sino también contra cualquiera de ellos mismos con quienes mantengan desavenencias; otras veces se confederan y establecen estrechas relaciones. Cuando lo miran necesario á su interés particular, porque solo el interés particular les mueve en sus actos, no desdennan tampoco el aliarse con los árabes, franqueándoles sus villas y castillos ó saliendo á campaña á combatir á su patria y á la misma religion de J. C. que ciegamente profesan al lado de los mas encarnizados enemigos.

Aun no es esto lo mas notable, sino que revestidos todos oligárquicamente de una voluntad arbitraria y omnimoda, instituyen tribunales de justicia en su propio nombre, si es que tales puedan llamarse ciertos caprichos horrorosos; acuñan moneda, fijan derechos y deberes, y oprimen, por fin, con mano de hierro á los que tienen la desdicha de ser sus vasallos, quienes servilmente les rinden feudo y les prestan pleito homenaje.

No hay mas que extender la vista sobre las antiguas demarcaciones del principado de Cataluña ó reinos de Galicia, Aragon, Leon y Navarra y se verán en las del primero, señalados como á señorios territoriales con título de condados, Pallás, Rosellon, Ampurias, Besalú, Urgel y otros; en las del reino de Galicia, Deza, Gayoso, Ramos, Lemos, Mesia, etc. y así en la de los demás citados en donde el feudalismo había sentado mas aplomadamente su rigida dominación. En cada una de estas circunscripciones de terreno, muchas de las cuales aun conservan hoy el mismo nombre, subsistia en la época á que nos referimos, un encumbrado castillo con el carácter de casa solariega, que siendo en su exterior una fortaleza imponente y som-

bria, rodeada de foso con puente levadizo, presentaba en las habitaciones interiores toda la suntuosidad de un palacio.

La media luna había invadido la nación y rebullia pujante en muchas de sus provincias; para contrarrestarla desde un principio, para poder ganar terreno palmo á palmo, no podía hallarse otro sistema mas que el feudal. Era, pues, indispensable que á los gefes que se iban distinguiendo en la conquista se le confiase el mismo terreno para no perderle otra vez, y esos capitanes y troncos de familia, habiendo adquirido su propiedad á bote de lanza, la aseguran en cuanto les es posible. Corren á agruparse y establecerse en torno suyo los soldados que voluntariamente les acompañaron en el campo de batalla y que siguen prestándoles obediencia por emanciparse del yugo mahometano. El predominio de aquellos sobre estos se trasmite por completo en los descendientes de unos y otros hasta rehacer la independencia del país y tornar á un poder general sobre él.

La unidad española había de erigirse de nuevo, pues nada absolutamente existia de los siglos anteriores, hasta las leyes debían sufrir una notable transformación, que vino á realizarse amoldándolas al régimen feudal, tendencia dominante de la época, y la legislación se redujo solo á marcar los derechos del señor y los deberes del vasallo. Pero esa sociedad de exclusivismo y propiedad particular, toma muy anárquicas pretensiones, y un vuelo demasiado orgulloso; se chocea entre sí misma obstinadamente y sus correligionarios mas potentes se hallan divididos con sangriento rencor.

Sujeto todo el feudalismo, los señores defienden su propiedad juzgándola enteramente indispensable para sostener su nobleza, y la traspasan por herencia de familia como en posesión perpétua é indestructible: el monarca lo tolera y les dispensa para ello ilimitadas facultades. Así, de noble alcurnia, ricos y propietarios, dominados de un pensamiento absoluto, sin tener quien en rigor pueda poner cortapisas á sus voluntariedades, se entregan á toda clase de desenfreno; enristran la lanza ó desenvainan la espada por vengarse unos de otros á causa de una sola espresion mal entendida, muchas veces quitan la existencia á cualquiera de sus vasallos nada mas que por capricho y sin que nadie pueda demandarles cuenta de ello, y oprimen en fin, á sus mugeres ó hijas celosamente cuando no están complacidos de su conducta.

En cambio sus mugeres les guardan generalmente poca ó ninguna fidelidad, y como las de la nobleza romana en tiempo de la república ó del imperio, se entregan á quien mejor les parece en amores disolutos. Sus hijas también de ardorosa imaginación no la pueden guardar comprimida, y siéndoles el amor una necesidad, atienden solo el impulso de su pecho y no desdennan un instante el jurar eterna constancia al venturoso doncel, que aun no siendo como ellas de noble alcurnia, sabe entonar las dulces trovas y defenderlas con denuedo en trances arriesgados. Mal soportan los encumbrados caballeros tales demostraciones y luego procuran labar la mancha de su afrenta poniendo el claustro y hasta la muerte entre la lealtad de los amantes. No por lo primero cede el esforzado doncel y poco tarda en penetrar en el santuario de las vírgenes, arrebatando de allí á aquella cuya imagen está grabada en lo interno de su corazón de poeta y por la cual vertería gota á gota la sangre de sus venas. De todo ello se originan escenas, difíciles de describir, en las cuales combaten los instintos del alma, los sentimientos religiosos, el honor, la superstición, la fidelidad y el orgullo: hé aquí el romanticismo.

La iglesia, sin embargo, toma la iniciativa en aquella sociedad

que es el eslabon intermediado entre la barbarie herida de muerte en el siglo X y la civilizaci6n que desde el XV, á pesar de deshonradas trabas, aun vemos que sigue avanzando con toda lozanía hacia su apogeo, donde no es difícil que pueda llegar pronto. Por do quiera se hallan, pues, respetables monasterios, no hay castillo feudal que no tenga su g6tica capilla, el noble señor toma el sacerdote por principal confidente, y éste, como ministro de una religi6n de paz y consuelo, ilustrado y lleno de moralidad evangélica, le amonesta de continuo y muchas veces consigue refrenar su tiranía. El pechero halla tambien en la iglesia una guía segura, un punto donde arrimarse para no naufragar en medio de las opresiones y desdichas que le afligen, y si no puede mejorar su condici6n logra á lo menos conformarse; la iglesia, en fin, esa iglesia de Jesucristo cuya fuerza moral no tiene límites, así como habia triunfado de la idolatría y barbarie, es la predestinada para triunfar á su vez del exclusivismo feudal y romper al pueblo los grillos con que aquel le tenia amarrado. Así es que la religi6n esparce los rayos de su luz hermosa y vivificante, y el señor y el pechero, reconociendo en ella una causa superior, la adoran por igual hasta el fanatismo, formando el espíritu religioso de la época. Pero todo esto no son mas que materiales reunidos por espacio de siglos para echar los cimientos de la grande reforma que debida tambien á la religi6n debe levantarse al espirar la edad media en el XV, pues en ésta no podia hacerse mas de lo que se hizo, clasificar solamente, dar á conocer al pueblo que podia ser mas de lo que era, y contener el exagerado orgullo de los señores para no caer en una disoluci6n social.

El feudalismo tal como era en sí encerraba tambien mucha grandeza, y por ella latian los corazones con placer y las almas se enardecian; las discordias civiles y nacionales de que el país era teatro necesitaban hombres de valor personal y todos los nobles le tenían. Las armas les eran compañeras inseparables y hasta en las diversiones que se procuraban en los cortos intervalos de paz que permitia la dureza de aquellos tiempos, resplandecian las armas estrepitosamente. El magestuoso aparato de los torneos, de las justas y carroseles, en los cuales tanto los caballeros como las damas se complacian haciendo alarde de su amorosa pasi6n, los primeros con su destreza y gallardo porte, y con sus galas y hermosura las otras; la caza de montería y cetrería donde concurriendo asimismo las damas á caballo y vestidas lujosamente se mezclaban con los cazadores á lanzar el halcon y muchas veces el venablo; vencer á un toro en público dándole la muerte á lanzadas; ¿que era esto sino una verdadera imágen de la guerra? Si buscaban un recreo mas pacífico y menos peligroso, las armas se lo proporcionaba tambien; no habia mas que variar la forma sin dejar el objeto primordial y entonces se solazaban ostentando su maestría en romper tablados con el bofardo y en correr cañas y sortijas.

Es verdad que las fiestas palacianas estaban coetáneamente muy en voga: pero era como para dar un tinte mas admirable y romantico á las costumbres caballerescas, como un descanso por la noche á la agitaci6n del día, ó como una tregua al ejercicio de las armas. Los convites y saraos que siempre tenian lugar con la mas rica magnificencia, daban pábulo al galanteo y ocasion al amor para recibir todas las atenciones y homenajes de parte de uno y otro sexo. Allí solamente quedaba inútil el valor y la ostentaci6n de fuerza, y lo suplían el delicado trato, la finura, la gracia de ingenio, el expresivo comportamiento y la amabilidad, alternando con la música, la danza, los brindis y el entusiasmado canto de los trovadores.

Otra cosa notable habia en aquella sociedad, la predilecci6n que se daba á las mugeres, sin embargo de que muchas eran victimas del orgullo de sus familias, predilecci6n que hoy se las niega con dañosa y ridicula diferencia en la educaci6n moderna, no permitiéndolas estralmitarse mas allá de un círculo reducido en extremo. Las mugeres recibian como en holocausto á su pasi6n y sinceridad todos los triunfos del hombre que las amaba, y éste debia de ser valiente de precision para que fuese correspondido. En las diversiones públicas eran las mugeres consultadas para la adjudicaci6n de premios que por su mano se entregaban á los vencedores: en las cortes ó tribunales de amor ellas proferian las sentencias á que ciega y sumisamente se sujetaban los mas apuestos paladines: ellas, en fin, consideradas como dechado de candor y hermosura, como obra indispensable y perfecta de la naturaleza y admiradas con leal respeto, eran el árbitro soberano del corazón del hombre.

En el reinado de D. Juan II de Castilla fué cuando las costumbres de la edad media tomaron todo su vigor y fuerte colorido, como si se resintieran de que llegaba su última hora y quisiesen hacer tambien su último esfuerzo. Al mismo rey se le vió justar de aventurero, dando impulso á los nobles de su época. La corte era una continua academia en donde el *gay saber* resaltaba con la mas rica preponderancia y esplendor. Los mismos que poco antes se habian bizarramente batido unos contra otros en el campo de batalla ó en la arena

de un palanque se congregaban para recrearse con la divina inspiraci6n y componer dulces trovas. El rey, su condestable D. Alvaro de Luna, los ricos-hombres, infanzones y demas palaciegos hacian alarde de su talento, poniéndole en parangon con el de los mas ilustrados poetas con quienes departian holgadamente. Los convites y saraos, el orgullo feudal, el amor y la galantería, el heroismo caballeresco, el espíritu religioso y las ideas románicas, todo llegó á su mas alto grado.

Pero D. Juan II dejó de existir, feneci6 la edad media, cay6 el sistema feudal y las costumbres experimentaron súbitamente un grande cataclismo. Poco despues cantaba Jorge Manrique, al mismo tiempo de deplorar la muerte de su esclarecido padre el maestre de Santiago:

«¿Qué se hizo el rey D. Juan?

los infantes de Aragón

¿que se hicieron?

¿Qué fué de tanto galán?

¿qué fué de tanta invención

como trujeron?

Las justas y los torneos,

paramentos, bordaduras,

y cimbras,

¿fueron sino devaneos?

¿que fueron sino verduras

de las eras?

¿Qué se hicieron las damas?

¿sus tocados, sus vestidos

sus olores?

¿que se hicieron las llamas

de los fuegos encendidos

de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar

las músicas acordadas

que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar,

aquellas ropas chapadas

que traían?»

JOSÉ MARIA PAULI.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuaci6n.)

Las condiciones é interioridades de esta provincia de Santander, dan motivo á h6ndas cuestiones históricas y económico-políticas, cuya dilucidaci6n importante ocuparía muchas páginas, dado que fuese este su lugar oportuno: apuntaré con todo eso algunas ideas. Generalmente, la Montaña es reputada como país pobre, y se cree que este es el motivo de esas grandes emigraciones á América, y tambien de esos numerosos viajes á Andalucia. No me parece enteramente fuera de duda esta aseveraci6n tan generalizada. En verdad que el suelo es poco fértil, escepto algunos valles, y que todavia se hace mas estéril por la falta de hombres que lo trabajan; pero la mayor parte es ingrato é infecundo, lo cual depende de sus cualidades constitutivas. A pesar de este inconveniente, hay riqueza; y esto que parece una paradoja, no es sino una verdad palpable. No pudiendo los naturales prometerse un halagüeño bienestar y porvenir, se embarcan para el Nuevo-Mundo, donde hacen cuantiosos capitales; no será ahora lo mismo; mas los han acaudalado muchos comerciantes y los infinitos indianos que de vuelta á sus hogares edifican una buena casa, á la que van agregando las propiedades que pueden adquirir. De suerte que se ven á veces en poblaciones rurales, quintas y caseros magníficos, en que los jornaleros ganan el sustento, quedando el dinero entre los comprovincianos. Así es que hay muchos particulares opulentos de las varias clases de la sociedad: con todo eso, las rentas territoriales son reducidas y mezquinas, y se requiere un radio de estadales ó de yugadas doble que en otras provincias para que reditue el mismo producto. El valle de Torrelavega es quizá, despues del de Cabezon, el mas abundante y pingüe de toda la montaña. Los habitantes del campo se dedican poco al cultivo y á la agricultura, pues los de la costa son matriculados de marina y estan ateniidos á la pesca ó á la tripulaci6n de los barcos mercantes; y los de las cercanías de las carreteras, con especialidad á la de Reinosa, se emplean en la carretería, la que no deja de proporcionarles una

ganancia regular, siendo además una vida mas alegre y variada que la de estar un día entero con la azada en la mano.

Considerable número de montañeses van á establecerse por algunos años en Andalucía, mayormente en Sevilla y Jerez de la Frontera, donde ponen tienda; y los jóvenes de disposicion entran de mancebos en los comercios y lonjas: en aquel último pueblo hacen algunos fortuna ejerciendo el oficio de catadores de vinos. Trascurrido cierto plazo, retornan al seno de sus familias, vestidos ya al estilo curro, sombrero gacho, capilla corta, llevando su respectiva jaca, y cambiando al hablar la *c* con la *s*, y la *r* con la *l*. Unos van solo á gastar lo que han juntado, y parten de nuevo cuando se les acaba el peculio; otros se quedan definitivamente en su casa; y otros se avencinan en las ciudades del Mediodía.

Esta incesante emigración será efecto de que no pueden alimentarse en su tierra, ó será, al contrario, la esterilidad, consecuencia del abandono de brazos productores, acarreado este vacío la despoblación que se advierte? ¿Podrían obtener iguales ó mayores ventajas, no saliendo á climas lejanos?—Haré tan solo algunas observaciones generales. Se me figura que el hombre no es cosmopolita por voluntad, por capricho ó por instinto; es decir, que no deja su casa para lanzarse á la ventura á parages desconocidos, á no ser por la triste convicción de que de otro modo no podrá acallar sus necesidades: esta presunción sube de punto entre los artesanos y campesinos, faltos de conocimientos científicos, de aspiraciones y deseos ficticios. Santander contiene una población harta escasa: segun el estado á que me refiero anteriormente, solo monta en toda la provincia á la cifra de 129,918, y además 7,500 hombres de mar. Si atendemos á ciertas apariencias, en toda España sobra la población, y al mismo tiempo es insignificante la que hoy día existe, comparativamente á la que sostuvo en otros siglos: además está mal repartida: Cataluña y Galicia comprenden mas almas por legua cuadrada, que cualquiera otro territorio en el mundo, no contando la China: y en el interior de Castilla hay ciudades casi desiertas; y aquí resalta una anomalía singular: se atraviesan inmensurables llanuras ricas en cereales; apenas se encuentra gente, y no por eso deja de verse el viajero acometido de un enjambre de mendigos y pordioseros que le interrumpen el paso, no bien desciende del carruaje.

Como quiera que sea, la cuestion de población es el problema colosal de la economía política. Y por lo que se observa en el curso de los siglos y en la época presente, todavía está por descifrar y resolver en la práctica satisfactoriamente. El es el cáncer que corroe los pueblos modernos; él concita las masas que demandan pan, para no morirse de hambre; él es espectador de la muerte horrorosa que devasta á los infelices irlandeses: y no solo en Irlanda, sino tambien en Inglaterra, no es la primera vez que el cadáver de un ahogado que flota en la superficie de las aguas, sirve de pasto y manjar á los hambrientos ciudadanos de una potencia de primer orden y de una nación libre; él no prodiga recursos para evitar que en el condado de Sussex el impuesto de los pobres absorba la mitad de las rentas del propietario, y que en Saffesbury hubiese al principio de este siglo casi triple número de pobres que de vecinos, quienes estaban sujetos al gravamen de alimentarlos.

En suma, ese problema completo y profundo no desata las dificultades sin cuento que pesan sobre los estados modernos, así agrícolas como industriales, no menos continentales que marítimos; ya débiles, ya poderosos. Parece que la terrible sentencia de Malthus está inscrita en la frente de millares de individuos condenados á las privaciones, á la miseria, á la desesperación y á una muerte prematura y desconsolada.

A unas dos leguas de Torrelavega, no por la carretera de Reinosa, sino atravesando parte de la montaña, está el puente de Carandía, que antes era de barcas, y ahora es colgante, de bonita visualidad, pero no de mucha solidez, sobre el río Pas, que por aquel parage corre ancho y hondo. A poca distancia, y á la izquierda, en direccion á Santander, se descubre en el pueblecillo de Renedo una fábrica de paños de nueva planta. El edificio es vasto y espacioso, con una distribucion adecuada, en departamentos llenos de claridad; en los que estan montadas las máquinas venidas de Inglaterra.

Entre los varios establecimientos de baños que hay en la provincia de Santander, merecen especial mencion los de Ontaneda. En el camino real de Burgos y en el valle de Toranzo, aparece una gran casa con un vistoso jardín, donde se ofrecen todas las comodidades á los bañistas. El sitio es ameno y delicioso: por un largo trecho en la carretera se encuentran á uno y otro lado quintas y caseríos, y siguiendo la direccion de aquella, internándose mas en la Montaña, estan los pueblos de Alceda, San Vicente y Puente Viesgo á donde concurren muchos elegantes, durante la estacion del estío, pues que tambien hay baños en el primero y en el último de esos puntos. Los de Ontaneda son sulfurosos y de grande virtud para las afecciones cutáneas. Hay tambien baños de vapor, y chorro de agua para beber.

Los locales de las bañeras son bastante capaces y acondicionados, aunque pudieran admitir alguna mejora. La temperatura del agua es de unos 28 grados: entran en su composicion, entre otros varios cuerpos gaseosos, ácido hidrosulfúrico, hidrocloreto de sosa, subcarbonato de magnesia, etc.

Las habitaciones para los huéspedes son espaciosas. El comedor sirve á la par de sala, donde está un piano que funciona mientras la temporada; despues se queda cesante, á imitacion de los que estan empleados en cuanto tienen proteccion; á diferencia de otros que lo estan siempre y en todos los partidos, y de otros que no lo estan nunca, sobre lo cual no puede darse regla fija. Creo que se ha evitado ya el inconveniente de que unos quisiesen comer ó cenar, y otros tocar ó bailar, pues que esto sucedia muchos dias: se ha dejado la sala, que es muy grande, para las diversiones que se proporcionan los bañadores que viven dentro y fuera del edificio.

Otro establecimiento de baños muy notable en las provincias del norte es el de Carranza, en Vizcaya, á cuatro leguas de Balmaseda, en medio de ásperas montañas de un aspecto salvaje, y tan elevadas que su horizonte se encierra en un reducido espacio. Los caminos que allí conducen de todas partes son costaneros, escabrosos, atravesando montes desiertos, en el país que llaman las Encartaciones; parece que la naturaleza se ha complacido en depositar un tesoro en uno de los terrenos mas imponentes é inaccesibles de la Península.

Estos baños han estado mucho tiempo abandonados y aun ignorados, hasta hace poco que el pueblo, su propietario, ha contratado con la empresa que ahora está al frente de ellos, acerca de su administracion, innovaciones y reformas que deben verificarse.

Son tres las casas de los baños; mejor se les llamará tres chozas; muy bajas y tan estrechas, que apenas puede estarse de pié y con incomodidad estar sentado: representan el aduar de una población nómada; estan pobremente pergeñadas, á teja vana y en remedo de albergue rústico. Las pilas son grandes á modo de estanques, su lecho ó asiento es la misma tierra y Peña en que nace el agua, pues el baño está practicado en el manantial; se ve salir aquella formando burbujas que producen un cosquilleo apacible y se disuelven en la superficie exhalando el gas ácido carbónico que contienen en gran parte, además de no pequeña cantidad de goma, cual se percibe á la simple vista y al tacto en el resbalar y escurrirse por el cuerpo el liquido, con un movimiento pausado y quedando un lagrimeo pegajoso. Cerca de ellos está la casa preventivamente levantada para los huéspedes, en la que mora el cirujano del partido; la única que existe mas próxima, pues de lo contrario forzoso es ir á Molinar, algo lejos, y donde sin embargo residen muchos por no haber mas viviendas en lugar conveniente. En dicha casa, en el repartimiento de sus dormitorios, en el trato de los forasteros y en todo lo restante no peca por demasiado *comfortable*; y no estaria por demas que se introdujesen algunas mejoras conducentes.

Todos estos obstáculos y contratiempos desaparecerán en breve, porque la empresa que administra los baños, y particularmente el señor don Rafael Guardamino, uno de sus individuos, propietario del país, consagra su celo y laboriosidad á dar al establecimiento y á sus adherencias y accesorios todo el valor y la comodidad que se requieren, para que llegue á ponerse en el pié que se encuentran los mas acreditados. Con este objeto hace ya tiempo que se construyó un malecon para evitar que el río que por allí cruza hiciese daño en sus avenidas á los retretes de las bañeras, y á la casa de que acabo de hacer mérito. Tambien en diferentes épocas se dieron pasos para llevar á cabo la roturación del camino de ruedas que atravesando por Carranza enlace el de Laredo con el de Balmaseda y puedan llegar los coches hasta el mismo baño. Varias dilaciones y entorpecimiento han promediado, originados de varias causas; mas al presente el predicho señor Guardamino, convencido de la urgencia y necesidad de dar cima á su pensamiento, no perdona medio ni gasto para adelantar y concluir las obras proyectadas. Entre ellas son las principales: una nueva casa de huéspedes, contigua al manantial, que por conducto de una galería ó patio comunique con los baños, á fin de que se pueda entrar en ellos sin salir á la calle ó al aire libre; poner espeditas y corrientes mas pilas, diseminadas por el recinto en que nace el agua, el que todavia se estiende por una circunferencia regular, empleando en la formacion de aquellos cuando menos la decencia y la comodidad deseables; dar principio al camino precitado, lo que ya á darles una importancia y un prestigio de un éxito feliz y decisivo.

Conspirarán tambien á estos resultados los trabajos del entendido profesor don Hilarión Rugama, quien ha presentado una memoria sobre el asunto y ha promovido eficazmente el expediente respectivo, ya en el ministerio de la Gobernacion, ya en las demas oficinas y corporaciones á que incumbia su conocimiento. Nombrado médico director, si ya no lo está; hecha la verdadera análisis química de las aguas, pues creo que aun no se ha verificado de un modo auténtico y facultativo; terminadas que sean las reformas preluadas, que

probablemente lo serán para el verano siguiente, ó á lo menos ya en buen estado, estoy persuadido y puede asegurarse que los baños de Carranza gozarán de mas fama y reputación que todos cuantos hay en las provincias septentrionales de España, y atraerán una concurrencia inmensa, la que en ciertas dolencias verá conquistar la salud prontamente y como por ensalmo. En el reuma artrítico nervioso su influencia curativa es pasmosa: aquí han llegado enfermos imposibilitados, y á los nueve baños andaban solos y sin ningun apoyo. La naturaleza es pródiga y generosa; donde quiera que hay un mal endémico ó dominante, prodiga los preservativos ó sino los remedios. Ni los pasiegos mas fornidos y vigorosos se escapan del reuma: como tienen sus escentricidades, segun se dice ahora á la inglesa, cuentan de ellos algunas anécdotas, entre las que merece mencionarse la que sigue: Habiendo ido uno á los baños, al saber que generalmente todos tomaban nueve, de una hora cada uno, entendió esto á su manera; se metió en la pila, permaneció en ella nueve horas continuas, y luego salió, cogiendo su hatillo y diciendo que ya habia tomado los nueve baños de costumbre.

Otros muchos establecimientos de este género tiene el pais vascongado: San Juan de Azcoitia; Santa Agueda; Arechavaleta; Ces-tona, donde el lujo, la mesa y el servicio son muy esmerados y superiores, y del cual cuentan las buenas ó malas lenguas que la virtud medicinal de los baños ha decaído sensiblemente; y aun no falta quien diga que anda la caldera, como si fuese cosa de telégrafo; *non pco caso de mea*.

En la provincia de Santander hay los de Hermida, cuya temperatura al salir de la tierra el agua es de 45 grados, Reaumur; pero el manantial es inabordable, y por eso hay que valerse de cubos en que la conducen á las casas, pues se halla todo abandonado á la naturaleza. Los que no son aficionados á beber agua potable, no siendo en las tardes del estío, podrán tener en cuenta que el vinillo de Pótes, en cuyo territorio estan estos baños, es el mejor de estas comarcas; tanto el clarete como el tostadillo, un poco ágrido, á la verdad, para el que guste de lo dulce: despues de estos obtiene la preferencia el chacolí de Castro-Urdiales, Noja, Concha y otros varios.

Una rareza se advierte en los pueblos de Limpiás y Colindres, juzgado de Laredo. En ellos nadie usa papel sellado en sus transacciones, documentos, pleitos, instancias, etc: todo se redacta en papel blanco igualmente que en las provincias vascongadas. Dió esto márgen mas de una vez á oposicion y contestaciones por parte del juez, del gefe político y otros funcionarios públicos que no querían tolerar semejante práctica. Pero examinada la cuestion se ha decidido que aquellos pueblos continúen en ese privilegio como las provincias vascongadas de las que en un tiempo formaron su division territorial: y desde entonces solo les quedó la exencion del papel sellado; aunque en lo atinente al tabaco, á la sal y demas ramos de la administracion estan gobernados como los otros ayuntamientos sugetos á la capital de Santander. Este es un resto y una tradicion de lo que pasaba en otras épocas; pues las franquicias y prerogativas alcanzaban hasta el barco de Orñón, y anteriormente mucho mas acá todavia, siendo cercenadas y restringidas de dia en dia hasta el estado actual, respecto de la demarcacion de los paises favorecidos.

Despues de tantas incursiones y escursiones, pues á mí se me antoja denominarlas así, vuelvo á Torrelavega, á decir por último que su mercado semanal que se celebra el jueves, es el mejor, mas abundante y concurrido de la provincia. A poca distancia se celebra la feria anual de San Miguel, de bastante renombre, si bien no tanto como la de San Mateo en Reinosa. Aquella se hace en el lugar cuyo puente así se apellida. El sitio es hermoso, no menos que todos los barrios y caseríos esparcidos por el valle de Reocin, de buenos y copiosos pastos, del mejor ganado de la montaña. Y puesto que voy acercándome á Santillana, justo es dirigirme un vistazo; y así ire caminando no rectamente sino haciendo vueltas, desviaciones y rodeos, como lo ejecutan algunos sujetos en el dramático y escénico viaje de la vida humana.

La villa de Santillana se parece á una muger en otro tiempo hermosa, rozagante, que recibía incienso y adoraciones, y que ahora vieja, arrugada, todavia se le figura que está en sus verdores, y que se acuerdan de ella, y que impone su personalidad á cuantos la rodean, para expresarse con una frase moderna. A su aspecto hubiera podido exclamar Volney cual si estuviese al frente de las ruinas de Palmira: Aquí fué una poblacion importante y populosa, metrópoli de las antiguas Asturias que comprendian casi las tres cuartas partes de la moderna provincia de Santander; cuna y morada de la aristocracia cántabra que en ella poseía sus palacios y sus feudos: entonces animada y bulliciosa y ahora triste, solitaria, rodeada de un silencio sepulcral, interrumpido de vez en cuando por el siniestro graznar de alguna ave nocturna que se anida en los torreones y en las murallas carcomidas y ruinosas. Aquí se conservan como en trofeo fúnebre las paredes del famoso castillo de Visperies,

de los marqueses de Santillana, duques del Infantado; estos últimos descendientes de Don Iñigo Lopez de Mendoza, primer título de aquel nombre, debido á la munificencia del rey de Castilla Don Juan II. Aquí hay todavia en buen estado la casa consistorial en la plaza; pero por aquellas calles apenas se vé una persona; el forastero cree á pocas horas de hallarse allí que está en medio de un cementerio. Villa sin comercio ni comunicaciones, parece condenada á la nulidad y á la impotencia. Y sin embargo, está situada en un valle fértil, cerca de la costa y del punto de San Martin de la Arena y de la ria de Suances, con una poblacion de 1500 almas; con una colegiata que merece la atencion del estudioso, por la originalidad de su arquitectura. Tal es la suerte de todos los imperios, de todas las capitales, y de todos los pueblos. ¡Qué era Paris cuando se llamaba Lutecia! ¡qué era hasta hace poco la Pensilvania! Por el contrario, ¡qué han llegado á ser Tyro, Sidon, Tébas, Persépolis! ¡Destino fatal é inflexible que lanza sobre la humanidad el suplicio de Sisifo y de Ixion! círculo eterno del que jamás puede desviarse: de la grandeza á la nada, de la opulencia á la miseria!... En tanto las generaciones de los hombres, con todas sus obras é ilusiones, con todos sus proyectos y esperanzas van pasando y desapareciendo, á semejanza de las olas de la mar que amontonadas unas tras otras se estrellan contra las rocas y los peñascos. Y nada hay que pueda sustraerse á la influencia destructora del tiempo y de la naturaleza; y los monumentos de los hombres no son mas que edificios contruidos sobre cimientos frágiles y deleznales, porque hasta el coloso de Rodas, simbolo de la firmeza y de la solidez, fué derrumbado por un terremoto; y algunos siglos despues, los árabes del desierto cargaron sus camellos con los restos y fragmentos de aquel gigante portentoso.

Aproximándose á Santander, no por tierra cuya entrada y aspecto nada valen, sino por mar, partiendo de los embarcaderos del Puntal y Pedreña, se descubre toda la ria sembrada de barcos de todos portes y cabidas, y al último el magnifico muelle nuevo, en el que se hace la carga y descarga, á pocas varas de los almacenes y despachos de los comerciantes, formando una especie de rambla, que sirve de paseo, hermozeado por la estensa acera de casas sólidas, alineadas, de buen gusto y construccion, en cuyo punto reina la vida y el movimiento de una ciudad mercantil; la que por este punto de vista aparece como esas poblaciones de Alemania, Holanda é Inglaterra, que surgen del medio de las aguas. Santander ha progresado desde la guerra de Don Carlos; no hace mucho que los edificios acababan en la Aduana, y actualmente ya han ocupado todo el muelle y se pretende ir desalojando la pequeña ensenada comprendida hasta el castillo de San Martin, conquistando y disputando el suelo al oceano, como se ha ido ejecutando desde muy atrás. Este pueblo se engrandeció de repente; así ha sucedido y sucede á varias personas con la diferencia de que aquel ostenta las causas de sus adelantos, en tanto que estos otros son un enigma en sus medros y riquezas, á lo menos para el vulgo, aunque no para los iniciados en los misterios de Eléusis. Se atraviesa la ria en unas barcas de pasaje, por el que paga dos reales cada individuo, por mas que sea baja mar y sea con motivo de la arena, la mitad del viaje ordinario y menos de media legua. De Portugalete á Bilbao cobran tambien dos reales por son dos leguas, y la góndola no es lo mismo que una lancha de pescar. Si bien esto es una bicocha, no debe pasar desapercibido para tener en cuenta que en Santander todo cuesta mas caro que en Madrid, á lo menos tanto posadas, paños, hechuras de ropa, etc.: etc.: á la verdad no debiera ser así: se cuenta que con ocasion del ejército expedicionario de Flores han encarecido todos los objetos; y desde entonces quedaron in statu quo; las alzas de los géneros hacen como las contribuciones é impuestos gravados sobre las naciones: una vez llevados á efecto, continúan siendo permanentes y perpétuos, de temporales y transitorios que habian sido en su origen. Sin embargo, algo barato hay en Santander respectivamente á Madrid: los baños templados de agua salada, eran á tres reales, y ahora á cinco, poniendo el establecimiento el recado de limpieza, tocador, etc.; y en esta villa coronada, prescindiendo de las casas de baños contra los que nada hay que objetar, las hay en donde no obstante de llevar 7 rs. por cada quiseque, se puede ocurrir al mas torpe si la cuestion es de lavarse ó ensuciarse, atendiendo al color, olor y sabor del liquido, pues fácil le será sostener dicha cuestion por la afirmativa ó negativa, segun se practicaba con el tema que antes del plan de estudios de 1843 se proponia en el grado de Doctor; y sea dicho de paso no dejaba de ser graciosa semejante formalidad y costumbre; sin duda se queria simbolizar que el graduando se hallaba en disposicion de argüir en pró y en contra, de hacer ver que lo blanco era negro, y vice versa, en lo cual no iban descaminados sus autores.

Sentada ya la planta en el muelle de Santander y á pocos pasos que se den hácia las calles á el paralelas, cualquiera preguntará ¿dónde está el pueblo que se veia desde lejos? Aquí no hay sino di-

seño de calles, plazuelas en boceto, proyectos de ciudad, manzanas de casas en pretension. Así es lo cierto: si Santander tuviese algunas calles iguales, parecidas ó imitantes á la del muelle, sería una de las ciudades mejores de Europa: mucho se adelanta para ir llenando los vacíos de la nueva población, la que presenta grandes esperanzas de coronar el pensamiento.

No todas las embarcaciones pueden arrimar al muelle; las que miden arriba de 160 toneladas tienen que trasbordar el cargamento en pinazas ó gabarras y gabarrones. Para remediar el mal causado por el amontonamiento del fango y arena de los rios que allí desaguan, se ha encargado á Liverpool una máquina para limpiar el fondo, la que se llama *draga*, que debe operar auxiliada de una porción de gánguiles, especie de barcas largas, con unas válvulas en medio para verter la arena y unas bombas para arrojar el agua; haciendo el principal oficio las grandes cucharas que deben extraer la primera, todo remolcado por un vapor; el cual se ha estado esperando hace algunos años. Dicha maquinaria, la de la draga, ha ascendido su coste á 400,000 reales, y el casco fué construido en el astillero de Guarnizo que dista dos leguas de la capital. Se calcula que podrá levantar en cada hora unas 500 toneladas de lodo ó arena. En la parte mas extrema del muelle y formada tambien por el de las Náos esta la dársena, de bastante cavidad: no tiene compuertas. La ciudad antigua es calles estrechas y costaneras, comprende desde el castillo de San Felipe, la Catedral, las dos alamedas, si bien la mayor es moderna, la calle de Atarazanas, que es la mas recta y despejada, etc., y estuvo circundada de una muralla ó de los romanos, ó de los godos, ó de los castellanos, segun las diversas opiniones, de la que apenas se percibe algun que otro resto arruinado.

Santander es una antitesis de Santillana: aqui todo es viejo y antiguo; allí todo nuevo y moderno: las mejores casas, el teatro, los mercados cubiertos, etc. Tambien forma contraste con Madrid bajo cierto aspecto: en la primera toda la gente concurre por el verano, y de la segunda es por la misma estación cuando abandonan las orillas del Manzanares, y cuando los círculos y las sociedades quedan como en cuadro y en esqueleto. Sabido es que desde el mes de junio comienza la emigración en esta corte: hay sugeto que durante abril y mayo piensa, segun dice, ir á tomar los baños ó las aguas á Biarritz, á Bath, á Aix ó á Plombières, y lo mas, lo mas no pasa de San Lorenzo del Escorial, ó tal vez de Carabanchel, y no toma mas aguas que las de la Casa de Campo ó las de la fuente del Berro, ni mas baños que los de ajre y polvo en el Prado y en la plaza de Oriente. Y nunca faltan mentiras para significar la imposibilidad de realizar el viaje, lo mismo que tampoco faltan ardidés y evasivas á un deudor tramposo para no cumplir con su acreedor. El principal motivo, ó diré mejor, el único que arrastra tanto ciudadano á las provincias litorales del Norte, como del Sur, aunque mas á aquellas, es el de los baños; cuando no así, se puede aseverar sin temor que apenas habrá dos docenas que solo tengan la mira de recorrer la península. Por demás está decir que entre nosotros se viaja únicamente en situaciones especiales: un empleado público que marcha á tomar posesion de su destino, ó es trasladado ó separado; los estudiantes al empezar el curso académico; algunos novios que se ausentan los primeros dias de su desposorio, sea por malicia, sea por vergüenza, aunque lo último es raro ya en un tiempo en que no hay ninguna ni de ninguna clase; los tratantes que andan en ferias y mercados, y otros por el estilo. Como quiera que sea, en obsequio á la verdad, preciso se hace no olvidar que seria poco divertido transitar por varias provincias de España: en algun modo venia á ser una pena que es lástima que el nuevo código penal no se haya acordado de ella, porque seria de buen efecto; en todo caso seria divisible, ejemplar, contentiva, moralizadora y correccional.

Santander ofrece de notable el faro, digno de verse, mucho mas habiendo tan pocos en nuestras costas, contradiccion chocante en el siglo de las luces, pero en cambio abundan los faroles, y de diferentes géneros. Dicho faro es de segundo orden segun su aparato por el sistema de Fresnel. La parte superior é inferior forma la luz fija, la del centro es luz intermitente: 400 espejos superiores y 60 inferiores forman la luz por reflexion, y ocho grandes lentes la producen intermitente por refraccion. Ha costado 8,000 pesos fuertes. La posicion de la torre es imponente hácia el lado de la mar: elevada á mas de 500 pies sobre el nivel de ésta, encima de unas rocas, en las que se rompen con estrépito las olas encrespadas del Océano cantábrico, que se confunde al parecer y en lontananza con el horizonte; la luz se avista á unas veinte millas de distancia. Los buques que por allí pasan pagan un real por tonelada siendo españoles ó franceses, y dos siendo de otras naciones; impuesto señalado para indemnizar de sus adelantos á la empresa por cuya cuenta se construyó el faro.

Entre los edificios públicos el mas notable es la catedral. Sobreale en lo mas alto de la ciudad vieja, dominando desde el claustro toda la ría. Su arquitectura es gótica con ligeras variaciones en los

trabajos modernos: nada que merezca atencion presenta su exterior, y puede casi decirse que no tiene fachada principal que no tiene cara; bien extraño por cierto cuando hay tantos hombres que tienen dos cuando menos. Las tres naves están sostenidas sobre pilares estriadados. El pavimento es de mármol blanco y azul, compuesto de baldosas de una cuarta en cuadro. Debajo de la iglesia hay otra oscura, baja, la que no escita la curiosidad, lo mismo que la verdadera catedral, que es de las mas pequeñas de España, y que menos se presta á las indagaciones de cualquier viajero.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Llegando á tales extremos el hombre entendido, juega el todo por el todo, porque en realidad nada arriesga. Almazan, amado, diciendo simplemente á la condesa: «Señora, yo no quiero que baile usted con ese hombre,» triunfaba en el golpe; y si sucumbia, claro está que no le amaban. Mas para saltar precipicios se necesitan las fuerzas y la resolucio de los Alvarados, y Almazan, que era de la casta de los Pígmicos, bajó la cabeza como la del cardo tronchado por la vara de un muchacho travieso, alargó el hocico, y quedóse como petrificado.

No así Laura que, ya fuera de sí, y á todo resuelta, hizo seña á don Carlos que no la perdía tampoco de vista un solo instante, para que se le acercase. Palpitábele el corazón á nuestro galán al obedecer á la bella dama, como pocas veces le habia palpitado, y hubo menester todas sus fuerzas morales para dominar la profunda emocion que le agitaba, hasta el punto de que le fuese posible ocultársela hasta á la misma que la producía.

Llegóse, pues, con aparente desembarazo á la Condesa, á quien hasta entonces aquella noche solo de lejos habia saludado, y dijo con la sonrisa en los labios:

—¿En qué puedo yo tener la dicha de servir á la reina del baile? —¿Oh la reina del baile, es mucho decir! Replicó Laura con voz un tanto trémula. Aqui, cuando menos, cada cual tiene la suya.

—Los que no sean vasallos, de V. condesa, son dignos de lástima por su mal gusto.

—Cumplimientos con V. no faltan: pero no se trata de eso, sino de una disputa que tengo con el señor (Almazan) que es un terco.

—Mucho me admira (dijo entonces Don Carlos con acento de amarga ironia) que el señor se atreva á pensar de otro modo que V., Condesa.

—Pues se atreve y se obstina.

—Yo, señora, interpuso el pobre comandante; mas Laura no le dejó acabar y prosiguió:

—Si señor, se obstina V.; y Sotopardo va á probarle que... En fin Don Carlos ¿No es el quinto vals de este baile el que tengo á V. prometido hace tiempo?

Diciendo así la Condesa guiñaba graciosamente el ojo á Sotopardo y el que de todo menos de torpe tenia, respondió con admirable aplomo:

—En efecto, señora, es el quinto vals el que V. me ha hecho el honor de prometerme, y yo iba á reclamar ahora mismo.

—¿Lo vé V. santo varón? exclamó Laura encarándose con el cada vez mas atónito Almazan. —¿No es el quinto el que ahora se baila?

—Si señora, el quinto es, respondió enteramente mareado el comandante; y ella; dándole al entregarle el abanico, y con gracia seductora, un golpecito con él en los nudillos de la mano, concluyó de este modo:

—Pues sirva de aviso para que otra vez sepa V. que mi memoria vale mas que su lista, y no dispute conmigo. Espéreme V. aquí. ¿Sotopardo, quiere V. llevarme á tomar un helado?»

Don Carlos ofreció el brazo en que se apoyó voluptuosamente la Condesa, y ambos desaparecieron en el acto de la presencia de Almazan, dejándole convertido poco menos que en estatua; tales eran su asombro é impotente cólera.

Por su parte Sotopardo, á quien habia sorprendido, como era natural, la audaz maniobra de la Condesa, iba absorto en sus cavilacio-

nes, para averiguar, si aquello era un favor ó un lazo; pues para lo primero presentábase en forma sobrado desnuda, y para lo segundo, fuera preciso suponer en la Condesa una experiencia de que carecía.

Ella, cuyo plan, aunque instantánea y acaso indeliberadamente formado, era, sin embargo, completo, apenas estuvieron á alguna distancia de Almazan, dijo:

—«Amigo mío, es un gusto tratar con gentes que nos entienden á media palabra. No pude negarle este vals al Marqués de Motril, que es un fátuo que me apesta, y no sabiendo como salir del paso, me acordé de V. Sentíahle haberle comprometido. ¿Quizá debía V. bailar ahora con otra? ¿Era el vals próximo, lo que le ofrecía á V. hace poco la muger de ese capitán? ¿Como le llaman? ¿Mendoza?»

Respiró Sotopardo al oír tales palabras como si del peso de la Giralda le hubieran descargado el pecho; y después de haber lanzado á la Condesa una mirada de fuego, que la obligó á un tiempo á clavar los ojos en el suelo, y apoyarse con mas fuerza en el brazo de su feliz acompañante, contestó:

—«Fuese el vals, ó fuese otra cosa, LAURA (llamola entonces la vez primera por su nombre), una palabra, una mirada, un deseo de V., me harán á mí abandonar á todas las mugeres del mundo.»

—«Si eso no es verdad ¿á que decirlo?

—«Mis lábios, Laura, no se han manchado nunca con la vil mentira: mi corazón y mi vida son de V. desde que la he visto...»

—«Lo mismo dice V. á Matilde.

—«Si he tenido la flaqueza de usar con esa muger de vulgares galanterías, ¿tengo yo la culpa, ó tiénela aquella que se complace en desesperarme con celos que pueden conducirle á la desesperación?

—«¿Celos V., y celos de Almazan? Déjeme reirme.

—«¡Oh Laura, Laura! ¡No juegue V. con la vida de un hombre que la adora!

—«¿Y la prueba es galantear á Matilde?

—«Déjeme V. á mí reír también.

—«Nos estamos riendo de lo que puede costarnos eternas lágrimas, Carlos. (También ella le llamaba así por vez primera.)

—«Laura, ¿no obtendrá ni una palabra de esperanza siquiera?

—«¿Y qué dirá Matilde?

—«A mí á lo menos nada; porque si V. se deshace de Almazan.... de Almazan y de todos sus adoradores, ni á ella ni á otra volverán á mirar mis ojos.

—«¿Y eso quien lo fia?

—«Mi palabra de honor, y el jurarlo por esos divinos ojos que son la luz de los míos.

—«Pues lo siento por Almazan!

Quien no haya oído palabras semejantes, ni puede comprender la mirada que trocaron entonces Laura y Sotopardo, ni menos la voluptuosidad con que bailaron el vals famoso.

Al salir del baile, Almazan, que había recibido un *no seco* y definitivo, con la orden de escasear sus visitas á la Condesa, tropezó con Matilde, que rebentando de ira, ni con sus abrigos acertaba.

«Comandante, le dijo la hija de Milagros sin que Mendoza la oyese, déme V. el brazo, que tengo que decirle.

Almazan obedeció, y en el camino oyó estas palabras de boca de Matilde: «La Condesa y Sotopardo se han puesto de acuerdo esta noche, desairando á V. y ofendiéndome á mí mortalmente. Un sentimiento común nos liga, el deseo de la venganza. Unámonos; obremos de acuerdo; y ¡ay de ellos!—¡Cuente V. conmigo! respondió el comandante.

Desde aquella noche fechó la alianza de aquellos dos seres dignos el uno del otro: desde aquella noche, que Laura creía la mas dichosa de su vida, quedó decretada su muerte, la desdicha de los últimos días del anciano conde, y la infelicidad de Sotopardo.

XIV.

Pormenores y causas inmediatas de una catástrofe ya conocida.

Por no interrumpir la parte mas importante de la pendiente narración hemos omitido de intento, hasta ahora, algunos sucesos incidentales, pero de graves consecuencias, ocurridos en el baile, que funestamente decidió de la suerte de la primogénita hija de don Fadrique de Vargas.

Sucedió, pues, que el Marqués de Motril, joven aristócrata de quien hemos dado hace poco sucinta idea, y que, en efecto, contaba con bailar el quinto vals con la Condesa de San Justo, habiendo ido á buscarla á su asiento apenas preludió la orquesta, y no encontrándola, dirigióse á Almazan, que tenía, por decirlo así, carácter oficial y en la sociedad reconocido de secretario íntimo de Laura. Nuestro comandante, aunque mohino y mas que mohino por la conducta de la Condesa, recibió al Marqués con todas las atenciones á que para él le daba derecho inconcuso su reputación de diestro y feliz duelista,

y con el acento mas amable que en el complaciente diapasón de su voz acertó á encontrar, díjole que la Condesa se había equivocado, prometiéndole aquel vals que ya antes á otro había ofrecido.—«¿Y ese otro (preguntó amostazado el marqués) sabe que yo estaba de por medio? —Ese otro, respondió Almazan siempre con la mayor dulzura, pero con las intenciones de una hiena, ese otro es el capitán de mi regimiento don Carlos de Sotopardo.—Bueno es saberlo; pero lo que yo pregunto...—Sí, Marqués, yo le he dicho (mentira) que á V. también...—No necesito saber mas, y yo me entenderé con él: pero entre tanto, señor comandante, V. que me había garantizado este vals... —Yo, Marqués, ni entro ni salgo: la Condesa y Sotopardo...—Tenga V. la bondad de no interrumpirme: la Condesa es una señora, y ya V. comprende que con ella no puedo entenderme. Con V. que es hombre, y militar, ya es otra cosa.—Pero, señor, ¿yo qué tengo que ver con eso?—Estando V. de por medio, no ha debido consentir que se me hiciese tal desaire, señor mío. Mañana á las dos de la tarde, tendré el honor de esperarle con mi espada y dos amigos junto á Torreblanca.—Pero, Marqués...—¿Prefiere V. que por la noche le llame cobarde en el café? Hasta mañana.»

Volvió el Marqués la espalda, y el triste Almazan exclamó allí en sus adentros:—«¡Ahora solo me falta que esté bárbaro me pegue una estocada, y estoy lucido!»

Entre tanto el Marqués, que era hombre espeditivo en los negocios, aprovechó un momento en que por respetos humanos se habían separado Laura y Sotopardo, para hablarles á entrambos sucesivamente.

A ella, solo le dijo:—«Condesa, tengo el honor de presentar á V. mis respetos y de darle gracias por lo bien que me ha tratado esta noche: pero creo que en lo sucesivo haría V. bien en no favorecer á nadie á espensas de otro; porque no todos respetan tanto como yo las faldas.»

Sin esperar respuesta y dejando á Laura encendida como una granada, partió el Marqués en busca de Sotopardo que, sentado en un sofá, saboreaba silenciosamente las delicias de su triunfo.

—«Don Carlos! le dijo el de Motril.—¿Qué hay, Marqués? contestó el favorecido amante.—Siento que un hombre como V., prosiguió el Marqués...

—«Comprendo, comprendo, le interrumpió Sotopardo, como si se tratase de una partida de villar. ¿A qué hora, dónde y con qué armas?

—«A las dos de la tarde; en Torreblanca; con la espada y dos amigos, contestó el joven haciendo una ceremoniosa reverencia.—No faltará, repuso don Carlos; y se terminó el diálogo.

—«¡El escándalo es una fatalidad que me persigue! (se dijo Sotopardo). ¿Qué culpa tengo yo de que este litere tenga el furor de los desafíos? Pues, de seguro, que en sabiéndose nuestro lance, y se sabrá antes aun de llevarse á cabo, dirá todo el mundo que son cosas del calavera de don Carlos. ¡En fin, como la reputación de Laura no padezca, del mal el menos!»

Y tenía razón nuestro caballero: la suerte se había empeñado en labrarle una fama poco envidiable, y sobre él diluviaban los azares y aventuras, la mayor parte de las veces sin que las buscase de modo alguno.

Pero prosigamos nuestra relación: el día siguiente al del baile cuyas consecuencias nos ocupan, á cosa de las ocho ó las nueve de la mañana, recibieron simultáneamente el Capitán general, el Regente de la audiencia, y el Asistente de Sevilla, el siguiente aviso anónimo.

—«Por resultado de varias imprudencias y provocaciones del capitán don Carlos de Sotopardo en el sarao que tuvo lugar anoche en casa del Excmo. señor Capitán general de este ejército y reino, deben hoy á las dos de la tarde verificarse dos duelos en las inmediaciones de Torreblanca; el primero entre el comandante Almazan y el Marqués de Motril, y el segundo entre el mismo Marqués y Sotopardo. Un buen vasallo del rey N. S. (Q. D. G.), y cristiano de Dios temeroso, cree de su obligación ponerlo en conocimiento de V. E. para que empleando su autoridad evite tan escandalosa infracción de las leyes divinas y humanas.»

Íntil es casi recordar aquí que en aquellos tiempos estaba en su fuerza y vigor la tan famosa como absurda é inútil pragmática de Carlos III contra los desafíos, sin embargo de la cual se batían en duelo cuantos en tan triste necesidad se encontraban, ó tenían la desdicha de haber nacido con carácter pendenciero. Era el duelo en la época á que nos referimos, es aun hoy, y tememos que lo sea durante largo tiempo todavía, una tristísima, pero evidente necesidad social, sobre todo entre militares; porque la ley no alcanza ni alcanzará nunca á cicatrizar las heridas de la honra, y mientras esta consista, como no puede menos de consistir, en la opinión que todos forman de cada individuo, á la individualidad misma toca sostenerla con sus propias manos. Cuéntase del mismo Carlos III, que habiéndosele presentado, poco tiempo después de publicada la pragmática, uno de sus guardias de Corps á pedirle que le sostuviese contra sus

compañeros que se negaban á alternar con él por haber rehusado un desafío en obediencia de la reciente ley, contestóle: «eres un *buen casallo*, pero muy *mal caballero*;» y le ofreció una prebenda eclesiástica, es decir, declaróle incapaz de la honrosa carrera de las armas. ¡Tal es el poder de la opinion, ó si se quiere, de las preocupaciones! Así la pragmática, como todas las leyes que el sentimiento universal contradicen, era un arma en manos del gobierno, inútil para su ostensible objeto, y en cambio á propósito para oprimir y vejar á los mal quistos de los magnates, favoritos y magistrados. Estos, por causas obvias, pretendian ejecutarla rigurosamente; las autoridades militares, por el contrario y generalmente hablando, trataban de eludirla y contribuían no pocas veces indirectamente á su infracción.

En tal supuesto, nadie se asombrará cuando digamos que el Capitán general, leído el anónimo, rasgó con gran flema, diciendo á su secretario : « que no se hable de este negocio: las tres personas » que se me dice van á batirse son mayores de edad, y saben manejar las armas: allá se las avengan con ellos los gollilas. »

Pero los golillas no estaban del mismo parecer de S. E.; y así el regente, apenas recibido su aviso, trasladóse en persona á casa del *Asistente*, también juriconsulto de alta esfera, á quien halló con el anónimo en la mano, dándole vueltas y pensando en la manera de hacer justicia.

La pragmática desaforaba á todos los iniciados del crimen de duelo; porque durante el gobierno absoluto en España sucedia precisamente lo contrario que desde la existencia del sistema representativo, es decir: ahora se cree mas robusta la autoridad con las comisiones militares, y entones con los tribunales ordinarios.

Pero a pesar del desafío legal, ni el Regente ni el Asistente tenían muchas ganas de habérselas con los militares, clase importante entonces, tanto por los recientes recuerdos de la guerra de la independencia, como porque se pensaba en la reconquista de América, y se la necesitaba además para sostén del régimen absoluto. En consecuencia resolvieron los dos magistrados ir juntos a visitar en el acto al Capitan general y proceder de consuno con él en todo aquel negocio.

A su vez el Gefe de las armas era entonces, y sospechamos que sigue siéndolo todavía, la primera autoridad civil en las provincias; en lo legal como presidente del Real Acuerdo, especie de junta de la Audiencia plena en que debían tratarse y resolverse los asuntos gra-

ves de gobierno, y de hecho, porque disponiendo solo de la fuerza, claro está que en un sistema político exclusivamente fundado sobre la fuerza misma, debía de ser elemento preponderante.

Colocado así en una doble y á veces consigo mismo contradictoria posición, el alto funcionario militar encontrábase en mas de una ocasion, como por ejemplo, la que nos ocupa, en graves conflictos que cortaba cuando violento, ó cuando hábil salvaba con mas ó menos dificultades.

Ya hemos visto que el Capitán general de Sevilla no les daba gran importancia á los duelos: mas cuando se vió atacado á un tiempo por el Regente y el Asistente, personas ambas que tenían en la corte favor tan grande como los destinos que ocupaban lo suponía, varió desde luego de tono, y haciéndose de nuevas, tomó á su cargo cortar el lance por el anónimo denunciado. No era eso precisamente lo que los golillas quisieran: una causa criminal hubiera colmado sus deseos, pero como también el general tenía buenas relaciones en *Palacio*, cedieron por su parte; y quedó convenido que la autoridad militar tomase sola las medidas preventivas que estimase oportunas.

Nada mas sencillo que las tales medidas: en España, entonces, como ahora y siempre, se prendia á las gentes habiendo ó no motivo para ello, facilisimamente, y sin andarse con las formalidades, repulgos y ridiculas informaciones que allá usan los atrasados ingleses, por ejemplo. S. E. el Capitan general, llamando á tres ayudantes de plaza, dió á uno la orden de arrestar en su casa al comandante Almazan; á otro la de conducir á Sotopardo en calidad de preso é incomunicado á la prevencion de su propio cuerpo; y al tercero la de llevar á su presencia al marqués de Mitril.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LA BUENA COMPAÑIA, APÓLOGO ORIENTAL.

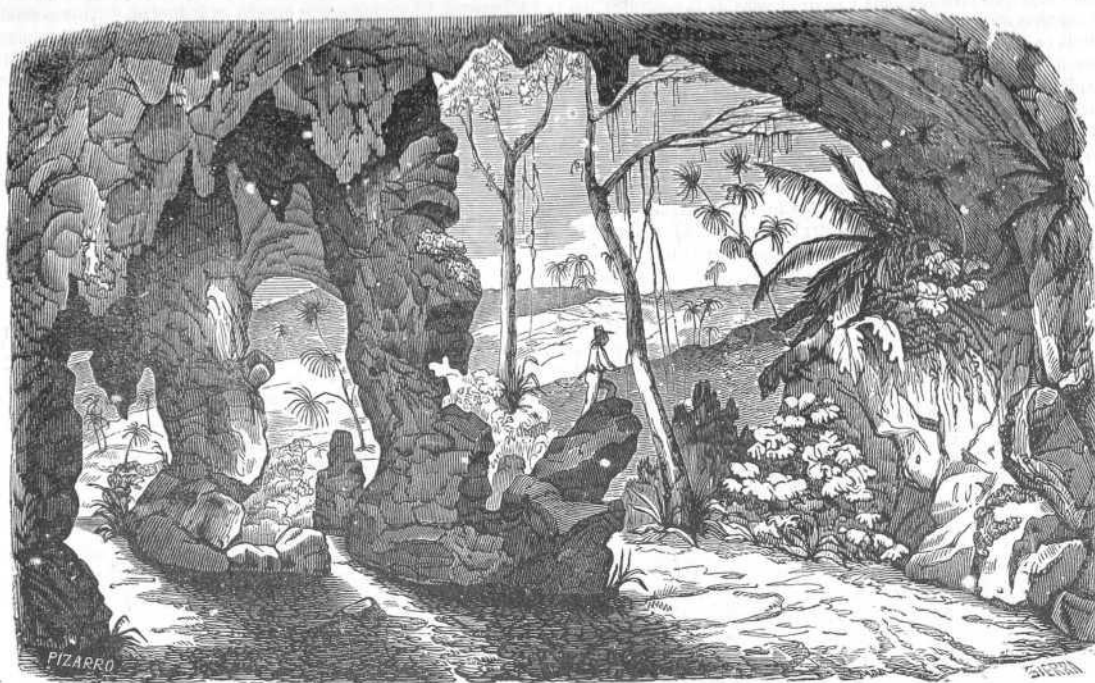
—«¿Eres ambar? preguntaba un sábio á un pedazo de tierra que habia cogido en un baño y que era muy odorífera. «Me encanta tu perfume.»

—«No,» dijo el pedazo recogido; «no soy mas que vil tierra, pero he habitado algun tiempo con la rosa.»

PELIGROS DE MADRID.



Modo de pesar el carbon y hacer ver lo que pesan los carboneros.



(Los Portales de Matanzas.)

ISLA DE CUBA.

ARTICULO III.

Pero si como hemos dicho antes, no es la Habana una ciudad en que haya edificios hermosos que admirar, porque es una ciudad sin recuerdos, salida de las olas hace pocos años, su movimiento mercantil, su lujo y su creciente y rápida civilización la elevan á una altura mayor de la que por aquí se le concede generalmente. Por desgracia el decir que un país está en algunas cosas mas adelantado que el nuestro, no es hacer su apología; pero siendo la isla de Cuba una simple colonia de España, es notable que esceda á la metrópoli en ciertas ventajas de ilustración y progreso. Apenas cuéntase entre nosotros un camino de hierro recién hecho, y otro en obra, y ya parten de la Habana para distintas direcciones de la isla. La Real Junta de Fomento se ocupa con tanto celo é inteligencia en la prosperidad de Cuba, y dispone al mismo tiempo de recursos tan inmensos, que no vacilamos en asegurar que la preciosa Antilla española será dentro de breves años uno de los países mas poblado de caminos de hierro. De aquí la frecuente y cómoda comunicación de la capital con los departamentos: de aquí tambien el activísimo comercio entre los puertos y tierra adentro, que se engruesa despues y sube á un punto inconcebible por toda Europa.

No vacilamos en decir que la Habana es una ciudad deliciosa; sus afueras, que esceden en estension á la parte primitiva, cerrada por débiles muros, ostentan casas nuevas y quintas magnificas con jardines encantadores; su bahía está constantemente llena de buques, los cuales forman por su crecido número una especie de montaña sembrada de las banderas comerciales del nuevo y viejo mundo; sus paseos son floridos, estensos y de un gusto esquisito; sus costumbres blandas y hospitalarias; las mugeres, en fin, de atractivos irresistibles. Cuando un europeo ha llegado á aplanarse, voz con que allí se espresa la aclimatación, no puede olvidar nunca la Habana: las reyertas constantes y sin fundamento que hemos observado allí entre criollos y peninsulares, no pueden compararse sino á las de los muchachos que no se reunen mas que para reñir, pero que no dejan de reunirse nunca.

La índole de estos artículos no nos permite estendernos mas hablando de la capital de Cuba; basta á nuestro propósito la ligera idea que de ella hemos dado á nuestro lectores, quienes nos acompañarán en una escursión por la isla.

Matanzas es sin duda la población de Cuba, así en su importan-

cia comercial y territorial, como en el trato y cultura de sus moradores. Su posición topográfica será sin embargo una rémora constante al aumento de aquellos; está construida casi sobre la ribera del mar, entre varias alturas que la sepultan y roban la libre circulación atmosférica. Corren por ella dos poéticos rios llamados *San Juan* y *Yumuri*. Este último se dilata por el hermosísimo valle del mismo nombre, que es una de las obras mas grandes de la naturaleza. Matanzas es patria de los poetas cubanos mas distinguidos; en ella nacieron Plácido y Milanes. Heredia, aunque nacido en Santiago de Cuba, residió en Matanzas desde muy niño, y allí bebió sus grandes inspiraciones. Hé aquí las noticias históricas que de esta población he podido recoger. Desde siglo y medio atrás sobre poco mas ó menos data su fundación, llamándose desde aquella época *San Carlos Altezaz de Matanzas*. Su nombre primitivo, que aun tiene hoy en la poesia, es el de *Yucaya*: así se llamó el terreno en que está situada y que estaba habitada por los indios, segun escribia el mismo Diego Velazquez. Hasta 1809 en que se le concedió el libre comercio, su tráfico habia sido casi nulo, reduciéndose en su mayor parte á remesas que hacia á la Habana de sus frutos; pero desde la mencionada época tomó aquel un vuelo tan grande, que ya comercia directamente con los principales mercados de Europa, y cuenta las mismas relaciones mercantiles que la capital. Segun el Sr. Paey, hábil geógrafo cubano, asciende á doce mil habitantes el conjunto estadístico de la ciudad. Dista 22 leguas de la Habana, y se comunica con esta por una línea de hermosos vapores que hacen la travesía en cuatro horas y media, por el ferro-carril que adelanta cerca de una. Entre las eminentes lomas que circundan á Matanzas, distingue por su elevación y fama la del *Pau*, que rivaliza con el Peñon de Gibraltar, y el Pico de Tenerife, y que forma con el *Chimborazo* las dos eminencias mas pronunciadas de América. El *Pau*, cantado tan tiernamente por el autor de la Oda al Niágara, es uno de los primeros puntos que reconocen los navegantes al entrar en las aguas del mar de las Antillas. Ningun edificio regular tiene aun el pueblo de que nos ocupamos, si se exceptua un ancho y cómodo hospital que se está construyendo, á la izquierda del Paseo de Cristina, notable solo por la rectitud de sus largas calles y la melancolia de sus innumerables cipreses. Cuando nosotros abandonamos estos lugares, que hará exactamente un año, se peassaba seriamente en la creación de un buen teatro, que reemplazase al actual, tan mezquino y pobre como no recordamos haber visto otro. Su local es tan reducido, y las puertas que conducen al escenario tan estrechas, que hubo en cierta ocasion que rescindir una contrata, á causa de no poder entrar por ellas una actriz que se habia permitido engruesar mas de lo ordinario.

Esta es la ocasión de que satisfagamos el deseo que hace tiempo

28 DE JULIO DE 1850.

abriga nuestro corazón; al hablar de Matanzas no olvidaremos á una pobre niña que vive ignorada á cuatro leguas de la población, en la confluencia de los ríos Moreto y Canimar, y cuya disposición para la poesía es extraordinaria. Su nombre es Luisa de Molina, y sus versos corren ya en manos de todos los hombres entendidos de Cuba, que anuncian á la autora un brillante porvenir en las letras. Un amigo nuestro, compañero de redacción en la Habana, le hizo una visita en 1847, que describe de este modo: «Crecía nuestra curiosidad con estos indicios (la fama que Luisa había ya adquirido); para satisfacerla escogimos un hermoso día de primavera, y acompañados de dos amigos, nos dirigimos al tumbadero de Canimar, distante cuatro leguas de Matanzas. Allí desagua el río Moreto. Vadeámonle donde mezcla sus aguas con las del Canimar, y tomando un camino que parte de su ribera derecha, y que sigue luego cortado en las rocas de un cerro montuoso, salimos á un llano lindísimo, donde á poca distancia nos señaló un pasajero el *Sitio de las Molinas*, entre nosotros y el río. Diónos entrada en él una senda áspera y angosta, que por entre la espesura de alta maleza nos llevó hasta el patio ó batey del sitio. Era reducido y estaba sembrado de rosales de Jericó y de mosquetas, y de algunas plantas aromáticas. En medio estaba la casa toscamente fabricada con maderas y guano. Tendría sobre treinta pies de largo y quince de ancho. Su aspecto indicaba suma pobreza. A la puerta nos recibió una señora como de 45 años, quien luego que supo el objeto de nuestra visita, nos invitó cordialmente á que entrásemos en su casa. Estaba dividida en dos partes iguales; entramos en la una que servía de sala, y serían hasta cuatro las jóvenes que vimos allí ocupadas en labores de costura. Nuestra mirada curiosa se fijó en una, que sin ser la mas agraciada, se distinguía por su fisonomía altamente expresiva de inteligencia y de modestia. Preguntamos por Luisa, y su madre nos señaló á la que habíamos ya adivinado. La historia de su vida es breve y sencilla. Tras largos y constantes afanes de industria y economía, su padre había proporcionado á su familia una subsistencia libre de inquietudes, si no de trabajos. Pero contrastado por la fortuna, desapareció un día, y la madre de Luisa ignora si debe llorar su viudez ó su desamparo. Puede colegirse de lo que llevamos dicho cual sería la educación que aquella recibiera. Reducíase á saber la existencia de un Dios, y á dar malas puntadas con la aguja. Pero su alma templada para vibrar en otra escala mas alta, daba claras muestras de lo que llegaría á ser. Desde muy niña se gozaba en la contemplación de la naturaleza, en emitirla, y aun en arrancarla algunos secretos. Así es que se paraba algunas horas á la orilla del arroyo Moreto, de los mas pintorescos de Cuba; ó bien se ocupaba en extraer el zumo de algunas plantas, y valiéndose únicamente de los medios que le sugería su ingenio, hacia tintas de varios colores, con las que pintaba ya una rosa, ya un pájaro, ya, en fin, una figura humana... Pero el verdadero talento se ilustra á sí mismo, y la niña pensativa, conoció que necesitaba estudiar. Con increíble constancia aprendió sola y en poco tiempo á leer y escribir tan bien como la señorita mejor educada; aunque estos conocimientos, que tantas vigilias le costaron, no le sirvieron entonces sino para hacer apuntes familiares, ó leer tal cual novelilla, lectura asáz, insípida para su delicado gusto, si hemos de juzgar por la repugnancia con que nos ha dicho las leía. Una mañana en que se paseaba por las orillas del arroyo, delirando con sus sueños de poetisa, halló junto al tronco de una ceiba un libro viejo y desvencijado. ¡Qué hallazgo! era un volumen de las obras de san Agustín; y ved aquí la primera lectura jugosa que saboreó su espíritu. Este suceso, que hubiera sido casi indiferente para los que tenemos alguna preparación, y la ventaja harto desaprovechada de poder leer casi todos los libros que deseamos, fué para ella de suma importancia, porque elevó el curso de sus pensamientos á una región que le era desconocida hasta entonces, despertando en ella el deseo de hacer buenas lecturas; porque selló su alma con ese espíritu religioso que se vé en la mayor parte de sus composiciones; y porque detuvo y anudó sus ardientes fantasías, señalándole un camino ancho y ameno; á la manera que muchos arroyuelos impetuosos que bajan turbios por enriscados montes y ocultas honduras, se pintan en un manso lago para salir luego á fertilizar la llanura, unidos en un solo río de abundante, limpia y sosegada corriente.»

A las anteriores palabras de nuestro ilustrado amigo el señor Aguiar, añadiremos que Luisa de Molina llegó á hacerse de algunos libros de escogida lectura, que varios jóvenes aficionados á las letras le remitieron desde Matanzas; que con esta ayuda, y los consejos de personas entendidas que se han apresurado á imitarla, sus facultades han tomado un desarrollo notable y que espanta á cuantos la ven y oyen, si se tiene presente que no ha salido nunca del sitio anteriormente bosquejado; y que en fin, la situación lamentable en que se halla, y lo que su genio promete, están reclamando un pronto auxilio de la providencia, que confiamos la sacará algún día de allí, y mejorará su suerte. Luisa de Molina tiene 27 años de edad: su

talle es agraciado; su rostro pálido y trigueño, sus ojos negros é inteligentes. El conjunto que forman su modestia, talento y gracia, la hace vivamente simpática para cuantos la tratan. Aunque plagada de defectos, harto disculpables en verdad, no podemos resistir al deseo de insertar á continuación algunas décimas de una larga composición de Luisa Molina, que obra en poder nuestro.

A la margen de Moreto
tortuoso y oculto río,
que peñasco y sombrío
presenta salvaje aspecto:
allí el divino decreto
nos inspira amargas penas
y en sus márgenes amenas
su desdicha están gimiendo
tristes lágrimas vertiendo
en sus corrientes serenas.

En su ribera sombría
y su raudal pobre y lento,
la imagen de su tormento
y de su desdicha impía;
tristeza, melancolía
por sus contornos vagando,
han pasado suspirando
con temores y esperanza,
el iris de la bonanza
siempre del cielo esperando.

Allí vi la luz primera,
allí el dolor conocí,
allí misera jemi
en situación lastimera;
allí vi la primavera
con sus galas florecientes,
del Moreto las corrientes
y sus bellas clavellinas
y en sus aguas cristalinas
lloré lágrimas ardientes.

En la gruta misteriosa
de árboles coronada,
yo, tórtola infortunada
lloré triste y congojosa;
y en la vega silenciosa
de alta loma suave falda,
entre alfombras de esmeralda
que riega veloz Moreto,
¡cuántos amargos secretos
ay Dios esta vega guarda!

La apacible tarde llega
y un céfiro delicioso
vierte encanto misterioso
en la solitaria vega:
á la tristeza se entrega
la mente, y sin confusion,
en dulce cavilacion
envuelve el pesar profundo;
¡cuán engañoso es el mundo!
¡cómo halaga el corazón!

Si es dulce esta soledad.
y el céfiro aquí recrea,
y la brisa errante ondea
de plantas la variedad;
¿por qué la felicidad
aquí no tiene su asiento,
y el ánimo turbulento
en sí no encuentra reposo?
¡sentimiento misterioso
que no alcanza el pensamiento!

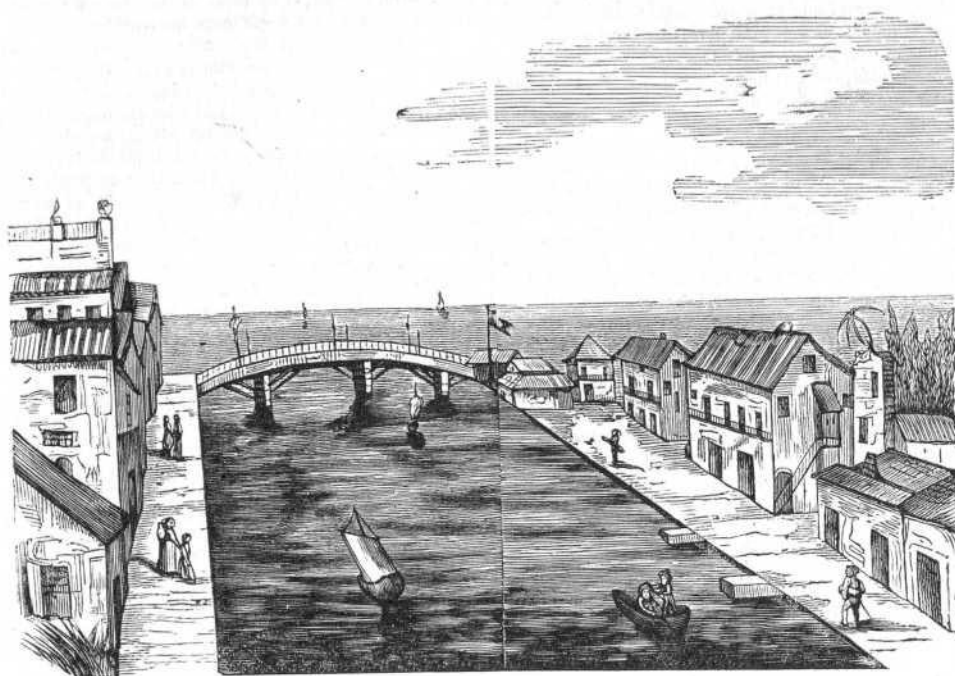
El lector habrá notado que en los anteriores versos brilla un tinte de suave y poética melancolía, y una facilidad que revelan buenos dotes naturales en la inculta poetisa del Canimar. Nosotros al ser los primeros que de ella hablamos en España, sentimos un verdadero placer, al par que desempeñamos un deber de justicia. Sépase cuando menos que existe Luisa de Molina.

Comprometido ya el susodicho lector á acompañarnos en nuestro viaje por la isla, pudiéndose dar por muy satisfecho de no tropezar con los inconvenientes que nosotros mismos experimentamos, y de no hacerlo por las mismas idénticas razones, nos apartamos de Matanzas y sus cercanías para ir á los famosos baños de San Diego, y los Portales del propio nombre que representa la precedente lámina.

En el siguiente artículo daremos la categórica explicación de este sitio admirable, y de los baños de San Diego que tanto recomiendan los médicos de aquel país, y de que cuentan prodigios. Nos hemos

estendido mucho, y es justo suspender la narración hasta el próximo número.

EMILIO BRAVO.



(Vista de Matanzas.)

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Castro-Urdiales es sin duda alguna la población mas importante de toda la montaña de Santander, después de la Capital. En otro tiempo fué mucho mayor que al presente, como lo demuestran algunos vestigios de casas y otros edificios, é igualmente varias ruinas de iglesias, fuera del recinto que hoy ocupa. Estrechándose cada vez mas, los acontecimientos de la guerra de la independencia le dieron el último golpe. Los franceses se dirigieron sobre esta Villa, el año de 1815; Palomini con su division italiana y Clausel con la francesa, á las que se reunió despues la del general Foy. Los sitiados se defendieron con un valor y una constancia admirables; no quisieron entregarse aun cuando conocian el número muy superior de sus enemigos mas aguerridos; hasta que, abierta brecha por los sitiadores y verificada la escalada por varios puntos, los sitiados se refugiaron al castillo, y de allí se fueron embarcando á bordo de los buques ingleses, muriendo gran parte de ellos, porque se lanzaban de una altura imponente y en medio de peñascos, cayendo en la mar sin que pudiesen ser socorridos en medio de la confusion y del tumulto. Los franceses entraron á saco; pasaron á cuchillo á muchos habitantes, y pegaron fuego á las casas, presentando la población un espectáculo de horror y de sangre. En la sala de sesiones del ayuntamiento hay un cuadro bastante largo y tambien bastante mal pintado, pero que ofrece á la vista el deplorable suceso á que me refiero. Desde entonces acá se han construido casas elegantes y del gusto moderno, que forman una bella perspectiva hácia la mar, en figura de una concha bañada por las olas embravecidas y tempestuosas de la costa de Cantabria, pues este es uno de los puertos en que baten y se estrellan con mas fuerza; y á pesar de esto y de las tormentas que allí reinan por el invierno, los navegantes que no pueden arribar á ningun otro muelle ni bahía del litoral del norte de la Peninsula, van á buscar abrigo y tranquilidad en la dársena de Castro-Urdiales, en la que se hallan con toda seguridad como en un gran estanque, y en la que se ven embarcaciones de varios portes, especialmente polacras, balandras, lugres y queches. Lo que perjudica mucho al puerto es la reunion de dos rocas escarpadas y unidas artificialmente por

dos grandes arcos de piedra, que son una prolongacion avanzada sobre el mar y contigua al peñasco en que están situados el castillo y la iglesia. Aquellas aberturas dan entrada á la fuerza del oleaje, que en aquel sitio se levanta y arremolina y tambien facilita el impetu de los vientos que soplan con fuerza por aquella parte. Se ha tratado hace ya tiempo de cerrar dichos boquerones; se han hecho asimismo algunas diligencias para construir un muelle espacioso, en cuya obra ha trabajado un entendido ingeniero; pero creo que todo esto, como el muelle de Laredo, como la realizacion del plano de la ciudad de Vigo, como tantos otros proyectos de especie análogas, quedarán por ahora en ciernes sin llegar á su complemento. No obstante lo que llevo manifestado, Castro-Urdiales es un pueblo pequeño; la vecindad de todo el distrito municipal no pasa de unas 3000 y pico de almas. Una porcion numerosa de los naturales del país se dedica á la pesca: hay gremio de navegantes y pescadores, compuesto de cerca de 500 individuos que tripulan 80 lanchas sin cubierta. La ordenanza vigente de matriculas de 1802, hace espresa mencion de este puerto concediendo á sus marineros matriculados un privilegio raro de que no gozan los demas de la nacion, y es que en las convocatorias de leva para la real armada, solo estén obligados á contribuir numéricamente permitiéndoles ademas la sustitucion, como se ejecuta en los quintos para el ejército. En cambio no poseen el fuero de marina como en las demas provincias; sabido es que donde quiera que un matriculado tiene que presentarse en juicio contestando á una demanda ó acusacion, lo hace ante el ayudante de marina, por via de comparecencia ó juicio verbal, ó ante el comandante del tercio naval, ó jefe del departamento segun los casos y las circunstancias. En Castro no es así; un matriculado tiene que apersonarse á responder ante juez de primera instancia, no menos que lo haria un terrestre paisano.

La pesca es por consiguiente la industria principal y mas lucrativa y el comercio mas seguro de estos moradores. Suben á muchos miles los quintales de varios pescados, entre ellos de bonito que es el mas abundante, de merluza, de besugo, sardina y chicharro, que se cogen cada año; y se esportan á lomo por las recuas de los maragatos y arrieros que lo conducen á Madrid y otros muchos lugares de Castilla, en particular á Burgos, Aranda, Rioja, etc., á lo cual contribuye la carretera de Castro y Balmaseda hasta aquella ciudad. Hay fábricas de salazon, y de escabeche que proporcionan una riqueza sólida á sus dueños, que generalmente suelen ser

los mas acaudalados de la comarca, agregando á estos algunos comerciantes ó propietarios que han hecho su fortuna en América, entre quienes está repartido el dinero, y por tanto el poder y la influencia.

En los dias en que se ha pescado, se llenan despues del anoche- cer las fábricas de mugeres, que se ocupan hasta el alba en las labores y faenas de la limpia, escamadura, salazon y escabeche, constituyendo esto una especie de velada que incomoda á los vecinos de aquellos establecimientos, con una música vocal no nada agradable, por ser compuesta de voces un tanto desafinadas y aguardentosas, de las nereidas que nocturnamente se reunen.

Esta clase de vida es en parte la causa de que la juventud femenina de Castro no quiera servir en las casas de los particulares, sino que prefiere el trabajo en los escabeches ó el tráfico de pescado que compran fresco y le llevan á vender á los pueblos limítrofes, formando cuadrillas de 10 á 12 que caminan á paso de Luchana, contando reciprocamente anécdotas y pasajes curiosos y divertidos, acompañados de una accion tan espresiva y marcada, que pudiera servir de modelo á los que estudian oratoria: por eso ha dicho un escritor francés, que se aprendian mas figuras de retórica en una riña de verduleras, que en todos los libros de los preceptores; y eso que no sé si dicho señor presenciò algun diálogo acalorado entre damiselas del rastro ó entre los personajes que viven en la casa de Tócame Roque en esta corte. Y con este motivo naturalmente tengo que hacer algunas observaciones acerca de las costumbres de los habitantes de esta villa. En el ayuntamiento consta como parte de su presupuesto, la asignacion que se da al tamborilero público; lo propio sucede en casi todos los demas distritos de la Montaña. Este oficial concejil es un músico antiguo, ó un veterano de regimiento, ó un labrador, ó cualquier otro sugeto que puede cogerse aquella plaza, que poco trabajo da á quien la desempeña; circuns- tancia por la cual no se desecha con facilidad, sino que se pretende; cosa nada estraña en este siglo y en este país en que la empleomanía es el carácter distintivo y prominente. Sucede á veces que el tamborilero no es el mas digno, ¡flaquezas humanas!: bien es verdad que para lo que tiene que hacer, cualquiera sirve. El tamborilero tiene que ejercer su destino en los domingos y restantes fiestas de guardar. Aparece por la mañana temprano saludando á los conciudadanos que todavia se hallan en cama; á guisa de canario, tocando el pífano con su correspondiente acompañamiento; porque es de advertir que este empleado ejerce á la par dos cargos, el de tamborilero y el de pifanista ó flautista; él lo hace todo; aqui no hay incompatibilidad de profesiones. Ciertamente no cobra por todo mas que un sueldo; no se practica lo mismo en algunos puestos y regiones, y respecto de algunos sugetos. La reunion de ambos instrumentos tocados por una sola mano y bajo una sola direccion produce mas armonia: es como un negociado que dividido en dos, se destruye su unidad y manejo, y gobernado por uno solamente, marcha mejor. Por manera que el dios Pan cumple su mision durante la mañana, con andar tocando de tiempo en tiempo y por las calles, haciendo las paradas que conceptua oportuno. Llega la tarde y entonces es cuando entra en el lleno de sus funciones: se aglomera la gente en la plaza, que es de forma bastante regular y espaciosa, delante de la casa consistorial; empieza la bulla y la algazara; se espera con impaciencia; parece que un gran espectáculo va á tener lugar; se duda si habrá una mision religiosa, ó si se presentará algun orador á perorar al pueblo. Pues nada de esto: se aguardaba la llegada del tamborilero y el comienzo del baile, entremezclado de fandango, seguidillas y zorzico; continuando los bailarines y bailarinas con entusiasmo y perseverancia hasta el toque de oraciones. La plaza se convierte en un palenque en que á porfía cada uno demuestra sus conocimientos y disposiciones coreográficas; se asemeja á un circo en el cual todos los concurrentes estuviesen picados de la tarántula. El orfeo municipal es el primer papel; á sus ecos melodiosos se mueven y brincan los jóvenes de ambos sexos, ardientes y jugueteones, ó descansan y cobran nuevos bríos. Entiéndase que esta diversion es única y exclusivamente del pueblo bajo, ó sea de marineros, artesanos, criadas de servicio, etc. Con respecto al baile de las señoras me ocuparé mas adelante. Con dificultad se falta al sarao de la tarde; será un pesar no asistir á él. Las muchachas abandonarán todos sus quehaceres antes que perder el bailoteo dominical. Entre las tonterías y mentiras que los estrangeros dicen de nuestra nacion, recuerdo haber visto en una «Guia en España» escrita en Francia, la noticia siguiente: «los españoles son tan aficionados al fandango, que donde quiera que le oigan, empiezan á bailar aunque sea en una iglesia ó tribunal.» Esta ridicula exageracion casi podia aplicarse á la clase del pueblo de Castro, de que ahora estoy hablando.

Hay tambien dos músicas de jóvenes de la villa; una representa la aristocracia y otra la democracia: por consiguiente entre ellas existe rivalidad. Una es el partido Tory y otra el Whig; son los Guel-

fos y los Gibelinos; las facciones verde y azul, del imperio de Justiano. No es posible entre ambos cuerpos filarmónicos avenencia ni reconciliacion. Es un sueño dorado, si bien un deseo laudable, pensar siquiera que desaparezca el antagonismo, la competencia y el espíritu de partido en todas las instituciones humanas; donde hay dos hombres, hay desde luego dos partidos.

Es notable que haya dos orquestas militares en una poblacion tan reducida: esto indica los hábitos y las costumbres de sus moradores, generalmente amigos de toda especie de diversiones, animados y alegres, de un caracter igual á los vascongados con quienes estan confinando y mantienen mútuas comunicaciones, formando asi contraste con algunos otros pueblos de la provincia, en donde falta la agitacion y la vida. Esta afición á la música no puede menos de influir un tanto en el trato y en el modo de vivir de las gentes: y sin recurrir á la eficacia y á los resultados de la música en las antiguas repúblicas, aun en las leyes y en el gobierno; se observa en Castro que los crímenes son raros, sobre todo el homicidio, el asesinato y otros de igual gravedad, y hasta los marineros no son quimeristas, ni se embriagan ni se dan puñaladas como sucede en otros puertos de la Peninsula.

Los bailes de las personas de buen tono suelen instalarse en una plazuela, donde está una fuente y hay árboles enfrente á la dársena; ó sino en los soportales de la plaza mayor, sitios ambos que sirven de paseo en las noches de verano. Con bastante franqueza, al aire libre y con gran concurrencia se celebran estos *rots* á los que asisten las bellas y elegantes de la villa, y tambien las muchas personas que por la temporada de baños permanecen allí para tomar los de mar, á cuyo objeto van de provincias distantes y aun de la corte; de manera que á veces en los meses de julio y agosto trabajo cuesta hallar habitaciones y posadas en que alojarse.

A pesar de esto, el sitio para los baños de mar es poco á propósito; es una casita hecha provisionalmente de madera con varios departamentos en medio de peñascos á donde llega el agua en la pleamar; fuera de este paraje apenas se encuentra otro menos incómodo alrededor del pueblo, puesto que por todos lados está guarnecido de peñas y rocas á cuyo pié hay una gran profundidad y las olas sacuden sus espumas con mucha fuerza. El mejor es junto al hospital, lejos de la villa, como un octavo de legua, en el arenal, en cuyo espacio pueden tomarse muy bien los baños de oia, que de poco acá se han ido introduciendo de moda.

El aspecto del océano es imponente en este puerto. Casi nunca está apacible y tranquilo; parece el alma de un hombre violento, avasallado por pasiones tumultuosas. Casi nunca se ven aqui las ondas serenas y con un movimiento dulce y acompasado venir unas tras otras á espirar en la playa. Siempre olas embravecidas, estrellándose con estrepito; ordinariamente oscuras y turbulentas como la atmósfera que reflejan. A veces despunta el dia con una mañana deliciosa; los mareasantes aparejan sus lanchas para ir á la pesca, salen en formacion á modo de una flota; pero no bien se alejan del muelle, no bien doblan el peñon donde está la ermita de Santa Ana, soplan los vientos, se ennegrece el horizonte, se revuelven y se levantan las aguas, se arma la tempestad, y los pescadores tienen que refugiarse al puerto, resignándose á perder todo el dia que pensaban explotar con sus faenas. Y las lanchas que á su partida iban ufanas con sus velas desplegadas, se retiran adentro de la dársena, en la cual quedan arrinconadas, un tanto semejantes á una familia rica y opulenta que muestra su grandeza, y que luego se ve sumergida en la indigencia y la oscuridad por algun contratiempo de la fortuna.

La temperatura de esta villa es sumamente vária; generalmente húmeda mas que en ningun otro distrito de la montaña. En los dias mas calurosos del estio, suele de repente bajar el termómetro á 18 grados, y los vientos fuertes que dominan, comunmente el Sur, son pegajosos como neblina.

Entre los objetos y monumentos curiosos deben contarse el castillo y la iglesia, ambos por su antigüedad y ésta por su arquitectura: sin embargo en este concepto no merece una atencion singular. Dicen que el castillo, llamado Castro antiguamente, dió el nombre á la villa: Urdiales es un barrio cerca de las afueras; de ahí se formó Castro de Urdiales. Dentro de la iglesia y detras del altar mayor hay una capilla, en la que se ve una hermosa efigie del Santísimo Cristo de la Aparicion, de tamaño natural, pintada al óleo, que segun los inteligentes en la materia, tiene gran mérito artistico. Al lado de dicho altar mayor hay otra capilla con la imágen del Santísimo Cristo de los Remedios, tambien de tamaño natural y de una escultura perfectamente acabada.

Entre las producciones naturales merece especial mencion el charco, que es de la mejor calidad que se hace en la Montaña, excepto el de Potes que le lleva ventajas, segun he espuesto antes de ahora. No obstante en el partido de Castro no es igual en todas partes; el de Sámano, Guriezo y Orrión no es tan bueno como el de Córdigo, Islares

y de la misma cabeza de partido. Además este territorio contiene muchas minas de hierro, de galena plátifera y otros minerales; lo que dá motivo á que abunde también en ferrierías. La principal de ellas es la que existe en el lugar de Guriezo; está montada á la moderna, con hornos de fundición y cilindros. Sirvió para la construcción de cañones del ejército de Don Carlos y después fué destruida. Poco tiempo há que ha sido restaurada y reedificada por una sociedad de capitalistas españoles y extranjeros, y ahora fabrica herrajes de todas clases y figuras.

Una de las distracciones mas capitales y características de esta provincia, como de todas las demas de la costa de Cantabria, es la de las romerías que se celebran durante el verano; entre las mas afamadas se cuentan la del Carmen, en las cercanías de la ciudad de Santander y en Sopeña, partido de Cabuérniga; la de San Pedro en Mazcuerras, ídem; la de la Aparecida, en el partido de Laredo; la de los Mártires, en el de Ramales; la Virgen de la Balbanera, en San Vicente; y otras muchas cuya enumeración sería prolija é interminable.

Un autor muy leído en el siglo anterior, y actualmente casi olvidado, llamaba *ramerías* á las romerías. Ciertamente estas reuniones tan numerosas ofrecen motivos y recursos á la crápula y á la disolución. Ciertamente en varios puntos de España suelen concluir con pallos, navajazos y aun muertes. Ciertamente que pueden distraer de las labores agrícolas á los habitantes de los campos. A pesar de estas reflexiones creo que las romerías en un país pacífico y laborioso como las montañas de Santander, no causan aquellos desagradables resultados. En cambio proporcionan algunas ventajas: fomentan el tráfico y consumo de varios artículos que se crían ó manufacturan en la comarca; favorecen el trato y á la sociabilidad por medio de esos *meetings* religioso-profanos celebrados periódicamente; sirven para espaciar el ánimo y alegrarse, dando treguas á la tristeza y al aburrimiento, en especialidad para los moradores de aldeas, villorrios y caseríos donde las relaciones son pocas ó ningunas. Y por último, las romerías, no menos que cualquier otro divertimento, satisfacen este deseo, casi diría innato de los hombres, de bromas de todo género: el pueblo romano pedía pan y espectáculos; el pueblo español pide pan y toros; y todos los pueblos quieren regocijos sean buenos ó malos, quieren grandes asambleas, grandes juntas, ora se trate de oír á O'Connell, ora de asistir á un hipódromo ó á un circo olímpico, ya sea una compañía ambulante de animales irracionales, ya un combate de gladiadores ó de fieras. Son las horas que consagramos al solaz y al esparcimiento, para desentendernos mientras tanto y como se pueda, de las incomodidades y de los sin sabores que nos afligen. He tenido el gusto de hallarme en algunas de estas romerías, y me han ocurrido algunas reflexiones.

Una romería es anunciada con mucha anticipación por los aficionados. Las mugeres son las que mas preparativos hacen al efecto: una se corta un vestido; otra encarga un sombrero; ésta compra un lujoso pañuelo; aquella piensa estrenar unos pendientes. Hay persona que seis meses antes se ocupa en arreglar el viaje al santuario y todo lo demás que concierne al día de la zambra; así como no hace mucho en España, que habia ciudadanos que para salir de su casa y trasladarse á diez leguas de distancia por unos cuantos meses, estaba muy azorado desde dos ó cuatro meses, poniendo ropa en la maleta y despidiéndose de sus amigos. Un día de romería es deseado, cual una joven soltera está esperando casarse; cual un jugador querría todo el dinero que atisba en una banca; cual una buena madre pretende que sus hijas contraigan matrimonio con sujetos de provecho. Llega en fin el momento feliz de ponerse en marcha, y entonces empieza la peregrinación por todas las cercanías. De una y otra parte van desembocando oleadas de creyentes, cuyo mayor número no se acuerda de que se dirije á rezar á un santo. Cada uno abriga sus intenciones y miras particulares; ó para tener un rato de broma, comer de campo, hacer ejercicio, etc.; ó para hacer el amor á determinada prójima. Entre los paisanos la principal diversion es estar bailando con furor por espacio de horas enteras, dando sendas patadas y coces; haciendo mil visajes y contorsiones y rebuznando á su modo, según los usos y los ritos de cada lugar. El tamborilero municipal está peregrinando en medio del holgorio cumpliendo su misión armónica. Cuando la romería es de tono y de fama, en tal caso las señoras tienen también sus entretenimientos conforme á su clase; pero si la romería es de poco nombre, entonces toda la algarazara es para la gente de menor cuantía, en tanto que las señoras se contentan con estar sentadas mirando los diferentes bailes de los lugareños al son de un chirriante violín ó de una guitarra con mas remiendos que capa de pobre, de algun ciego ó anfibio tronado que vive sobre el país.

Todo esto no es incompatible con la devoción y religiosidad de muchos romeros que llevan por objeto capital adorar al santo de la fiesta. Otro de los puntos mas atendibles de esta última, es la gastronomía: fuera una cosa muy tonta descuidar esta parte de la diversion. Como decia Figaro ¿hay que celebrar algun mis-

terio? pues comamos; el estómago se encarga de solemnizarlo. Esto sucede en todos países y en todas épocas. Una perspectiva variada ofrecen en la romería las mesas y las fondas improvisadas al pié de un árbol bajo la frondosidad de las ramas, á la orilla de un arroyo en medio de los calores del estío, convertida una gran robleda en un templo de Baco, en donde no se oyen sino ocurrencias graciosas, bromas ó brindis y una algarazara general: es un recuerdo de las antiguas fiestas de los romanos, aunque las nuestras nada tienen de inmoral ni reprobado. Cada uno se esmera en que su respectivo banquete sea espléndido; cada lugareño hace un sacrificio en aquel día por mas que lo pase mal en lo restante del año. Así como en esta villa coronada es costumbre inmemorial que aun los mas necesitados han de comer besugo, mazapan y turrón la noche buena, tocar la zambomba, los niños la chicharra; el día de san Isidro comer los buñuelos; la víspera de san Juan ir á la verbena, etc.

Hay ciudadano que no habla una palabra en todo el día, que no hace mas que andar mirando hecho un majadero: y sin embargo dice que se divierte, como aquel que vá de máscara y después de haber estado durmiendo profundamente, se despierta diciendo: «¡qué bromazo hemos corrido!» punto menos que el cazador á quien dejaron sus compañeros metido entre la nieve, y á las preguntas que le dirigan, contestaba: «dicen que me divierte.» En todos sitios acontece lo propio. Nunca falta en las tertulias algun titere que está reparando el dibujo del papel pintado cuando le hablan, ó que permanece como una estatua de rinconera, ó en medio de dos parejas amantes que aprovechan el tiempo, y de cuando en cuando le llaman la atención con un «¿no es verdad, don Fulano? es V. muy amable.»

En todas las provincias del Norte las romerías se suceden sin interrupción durante el verano, y forman las principales diversiones, así como en las del mediodía lo forman las ferias.

(Continuará).

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el río suena!

El primer ayudante encontró á nuestro comandante ya vestido é inquieto por demas, asomándose de continuo al balcón de su cuarto, con signos de visible impaciencia; y fué recibido, no cual suelen serlo los encargados de tales misiones como la suya, sino como un ángel libertador. Tanta amabilidad como la de Almazan no pudo menos de sorprender al *ministro* de la justicia militar, mas habituado á las quejas y aun á las groserías de los pacientes, que á lisongeros cumplimientos; pero con sorpresa ó sin ella, porque el ayudante de plaza es una máquina imposable, significó al comandante que quedaba arrestado en su casa bajo palabra de honor, sin que por ningún pretexto le fuese lícito salir de allí hasta nueva orden de sus gefes.—«Digale V. á S. E., contestó Almazan, que me tiene tan seguro y mas, que si estuviese en una fortaleza; y que no solo no quebrantaré el arresto, sino que á nadie recibirá en mi casa»—Perdone V., mi comandante, replicó asombrado el ayudante, pero el general no me ha dicho nada de incomunicación.—No importa, no importa, repuso Almazan, yo me incomunico.—El hombre tenia para ello sus razones, y no hubo quien de tal propósito le apartase.

Sotopardo estaba aun en la cama, durmiendo á pierna suelta, cuando se presentó á prenderle el segundo ayudante de plaza, quien con militar laconismo le significó la orden de que era portador.

«Está bien, dijo después de oírle el preso: tómese V. la molestia de pasar á la sala, que voy á vestirme.—Lo siento, contestó el ayudante, pero se me ha mandado no perder á V. de vista ni un solo instante, hasta entregarle en la prevención de su regimiento.

El Capitan general conocia á los hombres: contentándose con arrestar en su casa á Almazan, hacia prender severamente á Don Carlos; y la razon se alcanza fácilmente: para no batirse, bastábale al comandante el mas leve pretexto; para impedirle á Sotopardo que lo hiciese, no estaba de mas precaucion alguna.

Nuestro Capitan fué, en consecuencia, conducido á su cuartel, y preso é incomunicado por el momento.

Por lo que respecta al Marqués, que estaba tirando al florete con los que habian de ser sus padrinos cuando se le presentó el tercer

ayudante de plaza, el negocio ofreció al principio sus dificultades.

«Yo no soy militar, decía el joven título; váyase V. por donde ha venido, y déjeme en paz con mil de á caballo.»—«Señor marqués, replicaba el ayudante, yo no conozco mas que mi consigna; el General me manda conducir á V. S. á su presencia, y eso ha de ser.»—«Veamos cómo, exclamó furioso el de Motril; si V. no se larga, le arrojé por la ventana.»—Señor marqués, volvió á decir impasible el ayudante, no empeore V. S. su causa, y sígale.—Le digo á V. que no me da la gana.—¿Resueltamente?—No me rompa V. la cabeza, con dos mil demonios, y váyase, vuelvo á decirle, si no quiere que le tire por el balcón.—En tal caso, lo siento, pero usaré de la fuerza. ¡Hola, muchachos, adentro!»

El tercer ayudante, que era hombre tan ducho en su oficio, como cuerdo y prevenido, adivinando que el señorito opondría alguna resistencia, se había hecho acompañar por dos ordenanzas, robustos granaderos, que á su voz y con el sable al lado penetraron en la estancia del rebelde marqués. La presencia de los dos soldados y las reflexiones de sus dos amigos los padrinos le resolvieron, en fin, á obedecer la orden del Capitan general.

Conducido, pues, á su presencia, oyó de la boca de la autoridad militar cuanto ocurría, y convenciéndose de que en vez de tener motivo de queja, estaba en la obligacion de agradecerle sus buenos oficios. Prestóse, en consecuencia, el Marqués á dejar á Sevilla en el acto, y permanecer ausente de la ciudad algunos meses. Por forma, mas que por otra cosa, quiso el general exigirle su palabra de honor de no batirse con Almazan ni con Sotopardo.—«En cuanto al primero, respondió el joven, me parece que costará sus dificultades sacarle al campo; por lo que respecta al segundo, mucho me engaño si, apenas le sea posible, no me busca; y en ese caso... En fin, mi General, V. que es militar y hombre de honor, no querrá ponerme en el conflicto de faltar á mi palabra ó quedar mal puesto.»

Dióse el General por satisfecho, salió el Marqués de Sevilla, y por entonces conjuróse aquella tempestad, ó mas bien dilatose la tormenta, pues las nubes continuaron aglomerándose, y el horizonte presentando un aspecto cada instante mas amenazador y sombrío.

Ni podía suceder humanamente otra cosa: en una ciudad de provincia el arresto de un gefe de la guarnicion, la prision del hombre á la moda, y el destierro de un marqués, no son acontecimientos que pasan desapercibidos y sin comentarios. La sociedad se apoderó de ellos como de legitima presa; recordáronse la posicion de Almazan en casa del Conde, las pretensiones no disfrazadas del de Motril, y la intimidad en que se había visto á Sotopardo con Laura hacia el fin del baile, y se convino unánimemente en que la coquetería de la Condesa y el *cataerismo* de don Carlos eran el origen de aquel conflicto. Almazan fué considerado como victima; el Marqués poco menos, y la irónica compasion que completa siempre la infamia de los maridos, cupo en suerte al desdichado conde de San Justo. Por abstraído que éste viviese de las intrigas amorosas y de las murmuraciones de salón; por grande que fuese en Laura su confianza, y ya entonces su fé en ella á vacilar comenzaba, era imposible que el acontecimiento á que nos referimos no le llamase la atencion; y en efecto, tanto se la llamó, que sin decir nada á su muger, fuese á ver al Capitan general, su antiguo amigo y compañero, para inquirir de él lo cierto en el negocio, al tercer día del arresto de los dos oficiales.

Sabia el General lo que todos en Sevilla, y deploraba amargamente en el fondo de su corazon la suerte del venerable Conde: pero era caballero, y como tal incapaz de la infamia de abrir los ojos al que solo ciego podia ser dichoso, y de perder al mismo tiempo á una infeliz muger, mas desdichada que culpable, al menos á los ojos de los indiferentes, que comparando la vejez ajada del marido con la bella juventud lozana de la esposa, no podian en realidad ser jueces muy severos de la última. Toda la sociedad conspira á engañar á los maridos; y estamos casi por decir que hace bien, pues el mal de los engañados no comienza hasta que el desengaño les hace conocer su desdicha.

Como quiera que sea, el Capitan general dijo al Conde:

—Parece, amigo mio, que el marqués disputó á Sotopardo no sé si un vals ó una contradanza; que Almazan intervino torpemente para poner paz, y que de resultas trataban de batirse, cosa que yo les hubiera dejado hacer á sus anchas; pero intervinieron los *golillas*, ya tú los conoces, y he tenido que hacer el Nerón.

—¿Y esa contradanza ó ese vals (replicó San Justo ya picado de la vivora de los celos) con quién habían de bailarse? No sería extraño que fuese con mi muger.

—No lo creo, Conde; nadie ha tomado, ni en mi presencia se atreverá á tomar en boca á la Condesa; pero aun cuando así fuese, ¿Ella qué culpa pudiera tener de las locuras de esos botarates?

—En realidad ninguna: mas el mundo es inexorable con las mugeres, y sobre todo con las mugeres de los viejos.

—¿Darías ahora en ser celoso?—Serías injusto, tu muger es una

linda muchacha que gusta de lucir la persona y de divertirse: nada mas natural; pero al mismo tiempo honrada y juiciosa.

—Hace bien Pepe, porque sinó....

—Vamos, Rodrigo, un poco de juicio: á nuestros años las cosas no se toman ya de esa manera. Tu muger es buena, lo reptó; solo si te empeñas en tirar demasiado de la cuerda....

—En fin, ¿tú me aseguras que no se ha hablado de ella en este lance?

—Nó, al menos que yo sepa.

—¿Tu palabra de honor?

Un instante vaciló en responder el bueno del Capitan general, porque, en realidad, constábase que, como vulgarmente se dice, todo el mundo le colgaba á Laura el milagro de aquella aventura; y dar su palabra de lo contrario era perjurio á sabiendas cometido. Sin embargo, puestas en un plato de la balanza la tranquilidad de un venerable anciano, de un amigo de su juventud, con el sosiego y acaso la vida de una muger bella, y en el otro los escrúpulos del pundonor, pesaron mas aquellas consideraciones que estos, y el General respondió resueltamente:

—«Mi palabra de honor, Rodrigo.»

Con lo cual el Conde, que por salvar la vida á su propio padre, si para ello solo rescitase, no diera en vano su palabra, retiróse tranquilo á su casa.

Almazan y Sotopardo recobraron su libertad á los quince días de arresto, y, como de su deber era, fueron á presentarse al general.

El primero, deshaciéndose en expresiones de gratitud, añadió para terminar su jaculatoria:—Y por mi parte puede V. E. estar seguro de que en ningún tiempo faltaré á la pragmática....—Está bien, le interrumpió el General, mirándole con el mas soberano desprecio: ya eso me lo figuraba yo.—Y volvióle la espalda.

Para colmo de ignominia, Laura, y en ello de acuerdo con su marido, le escribió diciéndole que, con el fin de evitar habillitas, creia conveniente que por algun tiempo cesase de favorecer la casa con sus visitas.

Sotopardo se presentó á su gefe con subordinacion, pero con dignidad, y fué recibido cortés, aunque severamente.

—Señor don Carlos, le dijo el General, en poco tiempo, y tanto en la corte como en Sevilla, ha tenido V. varios lances, ruidosos todos, y quizá por la fama exagerados: es preciso que trate V. de vivir con gran prudencia, si no quiere perderse de reputacion, y aun comprometer su carrera, á pesar de las prendas de caballero y buen soldado que no pueden negársele.

—Mi General, contestó con entereza el interpelado, V. E. exagera tanto mi escaso mérito, como la fama mis desdichadas aventuras: mas, en todo caso, no olvidaré nunca ni la indulgencia con que me juzga como soldado y caballero, ni las amonestaciones de V. E.

—Lo espero así; y ahora un consejo, no de General, sino de caballero á caballero, del viejo al joven.... Digo, si V. quiere admitirlo.

—Lo oiré, mi General, con respeto y gratitud.

—Y yo lo daré en breves palabras. Señor don Carlos: si no quiere V. emponzoñar su vida con inextinguibles remordimientos, respete el reposo y la honra de... es inútil pronunciar nombres propios.—El caballero ha cumplido su obligacion; si sus advertencias son desoídas, el General sabrá usar de su autoridad.»

Si el General hubiera conocido bien á fondo al Capitan, omitiendo la última frase de su breve y juicioso discurso, consiguiara que el resto produjese mejor efecto: pero amenazar á Sotopardo era precipitarle en vez de contenerle.

Como quiera que sea, el lance con que sus amores principiaron, hizo cautos á Laura y á Sotopardo, que á costa del sacrificio para ellos inmenso de no verse sino muy de tarde en tarde, y eso con exquisitas precauciones, y de imponerse el martirio de tratarse ostensiblemente con la mas severa etiqueta, lograron que el público en general apartase de ellos la atencion, y hasta que se creyese que lo ocurrido en el baile no había pasado de coquetería por parte de la Condesa, y aturdimiento por la del Marqués y Sotopardo.

Dos personas solas pensaban de distinta manera que el resto de la sociedad sevillana: Almazan y Matilde, primero unidos por los vínculos de una comun venganza, á poco por adúlteros lazos, sin amor en ella, sin mas que brutal deseo en él. Pero la naturaleza los había formado al uno para el otro, y, amen de eso, no tardó mucho el crimen en hacer su union poco menos que indisoluble.

Matilde, pues, y Almazan espiaban continua aunque infelizmente á los dos amantes. Laura en nada había alterado su anterior sistema de vida, mas que en desembarazarse de su obstinado page y desdeñado adorador; Sotopardo, afectaba tambien la manera de ser de un hombre libre de todo compromiso. Exceptuando á Matilde, veíasele galante y obsequioso con todas las bellas de la sociedad; jamás faltaba á los paseos, teatros, tertulias y saraos, estuviere ó no

en ellos la Condesa; y con esta ni pasaba, ni dejaba de llegar á los límites del trato cortesano. Si se entendían ¿Cómo?— si se veían ¿Dónde?—Imposible averiguarlo: mas para Almazan y Matilde era indudable que Laura y don Carlos se entendían y veían á solas.

Tres ó cuatro meses burlaron así los dos amantes la vigilante y enconada suspicacia de sus dos enemigos: pero ¡á costa de cuántos riesgos y privaciones!

Habitaba el Conde una gran casa, que bien pudiera pasar por palacio, la cual constituía el frente principal, y no menos que la cuarta parte de un macizo de edificios, cuyo conjunto formaba lo que suele llamarse una *ista ó manzana* de casas. Como en Sevilla los patios son una absoluta necesidad, atendido el calor del clima, tiénenlos todas las habitaciones, y así también las manzanas ocupan una superficie mucho mayor que la que relativamente ocuparán en cualquiera otra ciudad, de Castilla, por ejemplo.

Aprovechando esa circunstancia, alojóse Sotopardo á espaldas del Conde, y tomando para él una casa entera, singularidad en un militar soltero que, como él era rico y los inquilinatos no caros en Sevilla, á nadie llamó la atención. La morada del Conde no tenía ventana ni punto alguno de comunicación ostensible con la de Sotopardo; las calles eran distintas; nunca el Capitán pasaba por la del General, tampoco se retiraba antes de pasada la media noche, ni dejaba de acudir diariamente, como lo dijimos ya, á los puntos habituales de reunión, sin perjuicio del cumplimiento de sus obligaciones militares, en que era no solo exacto sino celoso; á mayor abundamiento ibase con gran frecuencia al campo á pasear á caballo de manera que todo el mundo le viese. ¿Quién había de sospechar que hubiese escogido aquella casa solo para entenderse con la Condesa? Ni á Almazan, ni á la misma Matilde se les ocurrió tal idea; y sin embargo era así: Sotopardo había hallado medio de ponerse en comunicación con Laura sin comprometer su fama.

Las noches sin luna, las lóbregas y tempestuosas, eran para don Carlos las únicas buenas del año; entonces, y cuando Sevilla entera reposaba, él, ligeramente vestido, aunque bien armado, sin que ni sus asistentes mismos pudiesen advertirlo, de azotea en azotea, salvando pretils, escalando los desniveles, y saltando vacíos que aterraban á quien su corazón y amor no tuviese, llegaba á la azotea de Laura, en donde la delicada, elegante y rica dama, le esperaba descalzo el pié menudo, y mal envuelta en una bata, y tanto mas satisfecha cuanto mas encapotado el cielo, aterradores los truenos, y abundante la lluvia; y en una corta hora de dulce intimidad, le daba á él y cobraba ella también fuerzas, para soportar las futuras inevitables privaciones.

Y, sin embargo, aquellos dos desdichados se creían felices: la vejez del Conde y la mala educación de sus primeros años escluían de la mente de Laura hasta la idea del remordimiento—si es que hay mujer que cuando de veras ama lo tenga. En cuanto á Sotopardo, ¿á que hombre jóven, apasionado, correspondido, y capitán de caballería, que ha hecho seis años de campaña además, se le ha ocurrido nunca escrupulizar en tales casos?—Amábanse de veras, si la suerte los colocara en otras circunstancias hubieran podido unirse legítimamente y ser felices. El Destino fué con entrambos implacable, y la moral que ofendían, vengóse con crueldad sobrada.

Tres ó cuatro meses, ya lo dijimos, pararon de tal suerte; al cabo de ellos un acontecimiento, en sí sencillo, y de la voluntad y juicio de todos los interesados en esta historia independiente, fué causa ocasional de la catástrofe que el lector conoce, si ha leído y recuerda los *Dos desenlaces de un mismo drama*.

Murió el dueño de la casa que habitaba Sotopardo: repartieron sus bienes entre varios herederos; tocóle la habitación de nuestro Capitán á un *quidam* que quiso vivir en ella; y como no había escritura de por medio, tuvo el amante de Laura, muy mal su grado que desalojarla en breves días. Tan simple suceso trastornó todos los planes de los dos amantes, porque no se halló casa, ni era fácil que se encontrase, con las circunstancias de la que perdían; y so pena de renunciar á entenderse, había que acudir á otros medios, que no podían dejar de ser los por comunes ya conocidos, y por tanto peligrosos.

El amor es, además, como la ambición y la codicia: cuanto mas tiene á mas aspira; y como, á mayor abundamiento, la fortuna los había hasta entonces protegido, creyeron los amantes que podían contar siempre con sus favores; ¡Funesta ilusión que fué causa de su ruina!

XX.

Catástrofe y sus consecuencias.

Después de largas reflexiones y penosas dudas, escogieron Laura y Sotopardo un pésimo camino sin duda alguna, mas también el úni-

co para su situación posible; que eso tiene la culpa de malo, engendrar otra y otras, hasta que el conjunto de todas acaba por abrumar al culpable.

Para evitar el que, viéndose de una manera ostensible, se fijase en ellos la atención pública, decidieron á tener un confidente, y como Laura no quisiese de modo alguno ponerse á merced de sus criados, y menos aun revelar su secreto á muger ninguna de la sociedad, la elección recayó en el teniente de Sotopardo, buen muchacho, reservado, pundonoroso, y que profesaba á su Capitán el mas entrañable afecto. Don Rafael de Betanzos, que así se llamaba el tal Teniente, era uno de tantos hombres como en el mundo se encuentran, ni bellos ni feos, ni discretos ni tontos, ni ignorantes ni instruidos, y que pasan y se ven sin dejar huella ni recuerdo. Sales neutras de la sociedad, ni dan ni reciben olor, color, ni sabor; fondo de la tapicería, sirven solo para destacar las figuras de la historia que aquella representa; comparsas del drama social, obran cuando se les busca, y no estorban cuando no se les necesita. Desempeñó, por tanto, su papel de correo con prudencia y puntualidad: oyen lo y olvidando en seguida lo que se le decía; no procurando jamás indagar el misterio que se le ocultaba. La elección, pues, fué excelente, pero la correspondencia no podía ser mas que un medio para concertarse, ni el concierto tener otro fin que el de verse, de tarde en tarde seguramente, pero verse al cabo. La Condesa, por consiguiente, tuvo que alterar alguna vez que otra su método de vida; que salir sola; que detenerse fuera sobrado tiempo; y el público, que no tiene que hacer otra cosa que ver lo que no le importa y comentar malignamente lo que vé, vió y comentó, usando y abusando de su derecho.

¡Figúrese el lector si, viendo el público, verían Almazan y Matilde! En breve aquella pérdida pareja tuvo seguridad de la inteligencia clandestina de los amantes, y de que Betanzos era su confidente. Su primer plan fué hacer hablar á éste: toda la astucia del comandante se estrelló contra la honrada cautela del fidelísimo teniente.—Matilde se encargó de la segunda batería, lanzándole sus mas espresivas miradas, prodigando para él lo mas selecto del tesoro de sus seducciones; ¡inútiles esfuerzos! Betanzos estaba enamorado en su país; tenia empeñada palabra de casarse así que fuese graduado de capitán, y no mirara ni á la misma Armida, si seducirle se propusiese.

En tal conflicto se dijeron Almazan y Matilde que era preciso acudir á los extremos, jugar el resto, arriesgarlo todo, en fin, ó resignarse á quedar sin venganza. Como en lo último ni querían pensar, resolvieron naturalmente á lo primero, y hecha la resolución pusieronla por obra sin escrúpulo ni misericordia.

Matilde, por medio de una modista, sedujo á la doncella de su hermana, á quien desesperaba saber que su ama tenia un secreto—¿A qué criada se escapan tales cosas?—y al mismo tiempo que no se la hiciese de él confidenta. Pero la doncella no pudo hacer mas que decir que algunas veces salía sola su señora, sin periodo fijo en las tales salidas, y cada vez con pretexto diferente. Poco era eso, mas como añadió que avisaría, si le era posible, la primera vez que su señora saliese, no podemos decir que robase el dinero que fué premio de su traición.

Por lo que á Almazan respecta, Matilde logró, y nadie mas que ella lo consiguiere, logró, decimos, y no sin trabajo, resolverle á seguir él mismo los pasos á Sotopardo.

Organizóse, en consecuencia, un sistema completo de espionaje contra la infeliz mas que culpable pareja, y al mismo tiempo, por medio de anónimos diestramente escritos al Conde, sembráronse en el corazón de éste la alarma y la desconfianza.

Cada vez que en los anónimos pensamos, danos ganas de maldecir la invención de la escritura; porque entre todas las infames maneras hasta hoy conocidas de hacer daño, ninguna mas villana, cobarde y ponzoñosa conocemos que la de los tales escritos, con deplorable frecuencia usados en nuestra moderna sociedad.

Despreciarlos, se dice, y se dice fácilmente: pero no es posible hacerlo cuando el pérfido instrumento, ó nos revela la verdad que nos estuviere mejor ignorar, ó calumnia con visos de verosimilitud.

No leerlos es el único antídoto que contra ellos se conoce; porque una vez leídos, el mal es ya irreparable.

Así el Conde, luchando consigo mismo, queriendo despreciar los anónimos, indignándose contra ellos, dominándose hasta el punto de no exhalar ni una queja, padecía sin embargo horrible suplicio; porque observando la conducta y porte de su mujer, no podía menos de decirse en toda la amargura de su corazón: «Esta Laura no es aquella de los primeros días de nuestro enlace!»

Callaba, no obstante, padeciendo en silencio; lo cual no estorbó que el Capitán General llamase dos ó tres veces á Sotopardo para intimarle que, si proseguía comprometiendo á la Condesa, sería severamente tratado.

Don Carlos hizo de tales amonestaciones el caso que todos los enamorados acostumbran de cuanto su pasión contraria; y abando-

nándose á ella cada vez mas, así él como Laura, hicieron poco menos que públicas sus relaciones.

En tal estado de cosas, una tarde ya despues de anochecido, al acudir á una de las citas de su amada, advirtiéndole Sotopardo que un embosado le seguía obstinadamente, y cansándose de dar vueltas por la ciudad, sin fruto alguno, para libertarse de su persecución, súbito giró sobre sí mismo, y arrojóse como un león sobre el importuno, derribándole con una mano el sombrero, y con la otra quitándole el embozo.

Era Almazan el que le seguía, y tanta fué la ira que al reconocer á su villano jefe se apoderó del amante de Laura, que olvidadas todas las consideraciones, tiró la espada, arrojóla á sus piés, y con la vaina dió al menguado Comandante tantos y tales golpes, que le dejó por muerto en la calle.

El escándalo que semejante escena causaría en Sevilla no hay para que encarecerlo; lo que si diremos es que hizo la fortuna un milagro en que don Carlos no perdiese entonces su empleo y tal vez la vida.

Salvóle quizá el exceso mismo de su osadía. Apenas hubo terminado el justo castigo de Almazan en presencia de un centenar de curiosos, cuando se fué en derecha á casa del Capitan General, y sin circunloquios, sin comentarios, le refirió él mismo y puntualísimamente lo acaecido.

Ya el lector habrá advertido que la autoridad militar de Sevilla era entonces persona de mundo, y que simpatizaba tanto con los hombres de honra y corazon, como detestaba á los cobardes: pero aunque en realidad aprobase la conducta de Sotopardo, no hizo poco en no mandarle en el acto formar causa, que fuera lo mismo que condenarle á muerte segun el espíritu y letra de la ordenanza.

Tomando, por tanto, un término medio, hizo que en el breve plazo de dos horas saliese don Carlos para *Sancti Petri*, acompañado por un ayudante de plaza, y dispuso que apenas lo permitiese su estado dejara tambien Almazan á Sevilla.

Entonces fué cuando Sotopardo escribió á Laura el malhadado billete que confió á Betanzos, y que este, con mas desdicha que torpeza, puso en manos de la Condesa, tres ó cuatro días despues de la salida de su Capitan para el castillo, y precisamente en un baile: que en uno se vieron por vez primera; en otro se pusieron de acuerdo los dos amantes; y en el tercero debía consumarse su ruina.

Laura, por lo mismo que con la ausencia de su amado tenía lacerada el alma, hubo de asistir á aquel baile; y á Betanzos que no había osado en tales circunstancias presentarse en casa de la Condesa, parecióle la ocasion oportuna para entregar el billete.

Quiso la mala suerte que Matilde oyese al teniente decir: «Condesa, tengo un encargo para V.» y á Laura responder: «Pues vaya V. al gabinete que yo le sigo.»

No necesitaba tanto la hija de Milagros para comprender de lo que se trataba, y furiosa con la desgracia de su cómplice, resolvió aprovechar la ocasion que la fortuna le deparaba. Buscó pues, al Conde, y en el momento en que vió que Laura se encaminaba al gabinete en que el teniente Betanzos la esperaba, díjole:—«Señor teniente, la Condesa espera á V. en aquel gabinete donde ahora entra, y le ruega que vaya al momento.»

Saludó el General, como dando gracias á la malvada que acababa de clavarle el puñal en el corazon; corrió al gabinete, ageno de lo que allí le esperaba; y halló, el lector lo sabe, su infamia, la muerte de Laura, y al cabo la suya propia.

Conocemos ya el lamentable fin de la desdichada hija primogénita de don Fadrique de Vargas y de la Camarista, así como el de su esposo el Conde, mas no las consecuencias que para los restantes personajes de aquel triste drama tuvo la catástrofe ocurrida en Sevilla: tal es la tarea que aun nos resta por desempeñar en este segundo cuadro de nuestros estudios.

(Continúa.)

PATRICIO DE LA ESCURA.

LAS TRES PREGUNTAS DE FEDERICO EL GRANDE.

Este monarca, cuando veía algun soldado nuevo entre sus guardias, tenía la costumbre de hacerle estas tres preguntas: «¿Qué edad tienes? ¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi ejército? ¿Recibes la ropa y el prés como tú deseas?» Un francés jóven descó entrar en la compañía de los guardias reales. Su hermosa figura hizo que fuera admitido al instante; pero no entendía el alemán. Su capitan le previno que el rey le haría las tres preguntas de costumbre en cuanto le viera, y le hizo aprender de memoria, en aquel idioma, las tres respuestas que había de dar. Pronto las aprendió, y el primer día que estuvo de servicio, el rey, al pasar por su lado, se detuvo para

interrogarle, pero invirtió el órden de las preguntas y tuvo lugar el siguiente diálogo:

—«¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi ejército?»

—«Veinte y un años», respondió el soldado.

—«¿Qué edad tienes?» dijo el rey sorprendido al verle tan jóven y presumiendo que era imposible que hubiera llevado tanto tiempo el fusil.

—«Un año.»

Federico, cada vez mas sorprendido exclamó:

—«O tú ó yo hemos perdido la cabeza.»

—«Uno y otro, señor», respondió impasible el soldado creyendo que era esta la tercera pregunta.

—«Hé aqui la primera vez que me veo tratar de loco á la cabeza de mi ejército, dijo Federico.» El soldado que había agotado su provision de alemán, se calló entonces, y cuando el monarca le dirigió de nuevo la palabra, le confesó en francés que no entendía ni una palabra de alemán. Federico entonces se echó á reír con toda su alma, y le aconsejó bondadosamente que aprendiera la lengua que se hablaba en sus estados, y que cumpliera siempre bien con su deber.

El alcalde de Reims.

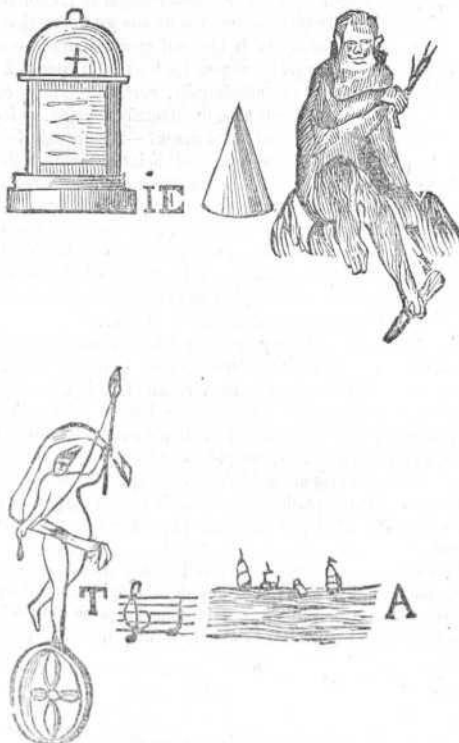
Pasando Luis XIV por Reims en 1686, fué arengado por el alcalde, el cual presentándole unas botellas de vino y unas peras esquisitas, le dijo: «Señor, ofrecemos á V. M. nuestro vino, nuestras peras, y nuestros corazones, que es lo mejor que tenemos aqui» El rey le dió un golpecito en el hombro diciéndole: «Así me gustan á mi las arengas.»

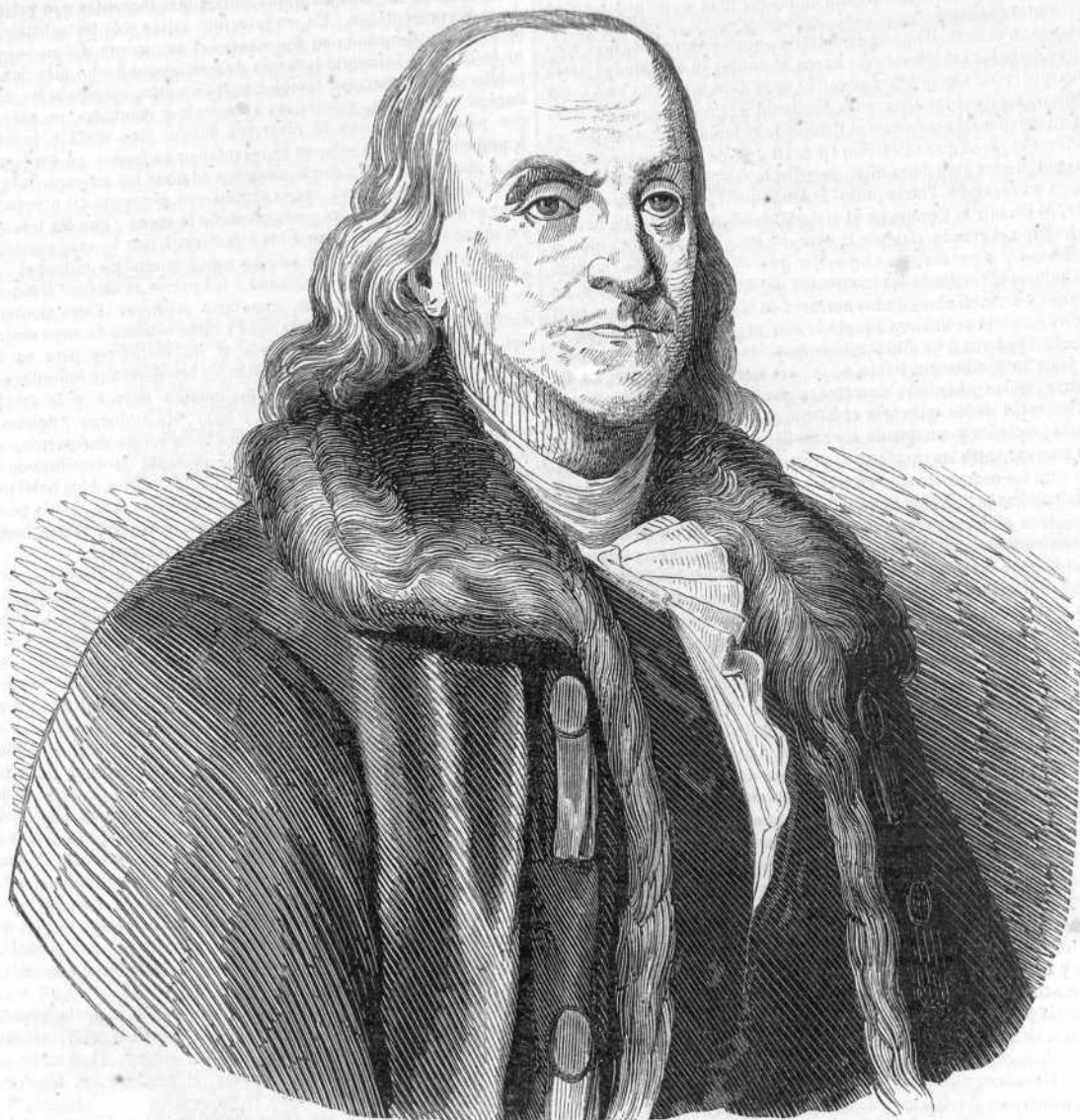
EL COCHERO DE FEDERICO EL GRANDE.

El cochero del rey de Prusia, no pudo dominar un día el brio de los caballos y volcó el carruaje. Federico se encolerizó en extremo y el cochero para tranquilizarle le dijo:

—«Señor, es una desgracia que siento sobremanera, pero.... V. M. no ha perdido ninguna batalla?»

GEOGLIFICO.





(Franklin.)

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DE LA EDAD MEDIA.

LA CAZA.

La caza! he aquí la verdadera imagen de la guerra, clasificación que la han dado muchísimos escritores. La caza de fieras ó de montería podemos decir que pierde el origen de su uso en la mas remota antigüedad, pues el primer estado salvaje á que han debido estar sujetas todas las naciones, la harían necesaria á sus habitantes para librarse lo posible de las bestias dañinas que les disputaban sus viviendas.

En el Génesis ya se hallan como aficionados á la caza á Cain y Lamec antes del diluvio y despues de él á Nemrod, primer rey de Babilonia, á Ismael y á Esaú. El primero que la trató por escrito, haciéndola un símbolo de la milicia fué Venofont, autor de la escuela filosófica eleática. Homero, el principe de los poetas griegos, la halla útil á los jóvenes para adquirir espíritu y robustez, y Horacio, el principe de los latinos, la considera retraente del amor, tenido entonces como indigno de la sociedad que solo miraba á la muger con esclavitud. El historiador Julio Polux persuadía al emperador Cómodo á que la ejercitase, manifestándole ser empleo animoso y va-

rouil. Tulio Ciceron espresa vivamente el afán y fatigas de los cazadores; *pernoctant venatores in nive, dice, in montibus uri se patiuntur*; y en otro pasaje: *labor inventu, sudor cursus ab eurota, fames fitis*. Virgilio, Ovidio, Séneca y Valerio nos presentan sobre el mismo objeto escenas preciosísimas en sus obras inmortales.

La historia nos cita como muy aficionados cazadores á los emperadores Domiciano, Marco Antonio y Alejandro Severo. No paraba aquí la inclinacion que tenían los romanos á la caza de monte, sino que llegaron á presentarla en el circo como una diversion pública. para ello figuraban un bosque en donde dejaban sueltos toros, osos, lobos, y otras fieras que para el caso eran traídas hasta de regiones distantes; luego saliendo los cazadores se principiaba la funcion resumida en perseguir y dar muerte á las fieras, lo que tambien alguna vez reportaba inmensas desgracias en los actores. Dice Seutonio en la vida del emperador Claudio que en las fiestas del circo romano, despues de cinco corridas de carros ó caballos, se interpolaba una *venacion*, y que concluida ésta volvian á continuar las carreras.

Es cierto que la desmesurada afición de los romanos á la caza llegó á introducir en ella muchos vicios y mucho lujo. San Agustín la reprende en varias partes de sus escritos, ya por abandonar la obligacion á que no se debe faltar, y ya tambien por complacencia en las crueldades con que se ejecuta y por el immoderado dispendio.

Esto último, hablando de la liberalidad, lo condena asimismo Cicerón, diciendo que el crecido gasto en las cacerías es de pródigios, no de liberales.

La caza de aves, llamada de cetrería, quizás es mucho más moderna; de todos modos algunos hacen remontar su antigüedad hasta Ulises que la puso en práctica al volver de la destrucción de Troya: sin embargo, los romanos apenas la conocieron y la única noticia demarcada que se conserva referente al tiempo de la dominación de estos, es de Plinio el joven que en el libro 10 c. 40 y 41 de su *historia natural*, hablando de las aves de rapiña, describe la costumbre de cazar con ellas en un lugar de Tracia junto á Amphipolis. Los bárbaros del norte, al invadir la Europa en el siglo V, fueron sin duda alguna los que trajeron el grande afán por la caza de aves considerada como á pasatiempo y diversion, y nadie mejor que ellos, pues sin la caza mal hubieran empleado los momentos de ocio ó los intervalos de descanso intermedios con los horrores de las batallas: ningún otro solaz ni ejercicio se hubiera adaptado con más simpatía á su carácter violento, feroz é inculto; así es que las leyes establecidas en tiempo de su dominación tratan de la caza muy extensamente. La 16 de entre las longobárdicas decretadas por el emperador Ludovico Pio, exceptúa de los embargos el halcón y la espada como los objetos más preciados y usuales de los caballeros tanto en la paz como en la guerra: entre las ripurias el precio legal de un halcón se estimaba para las composiciones en tres sueldos si era bravo y en doce si estaba domado, «donde se infiere que uno de estos últimos valía por doce buenas vacas que solo se preciaban en un sueldo cada una.

En España fué puesta en uso la caza también por los godos, aunque no se menciona en sus leyes. Después de alzar don Pelayo el trono de Asturias, ya hallamos comprobado ser diversion de los reyes y grandes señores, pues la historia nos revela la desastrosa muerte de Fabila, hijo y sucesor de aquel grande monarca, quien hallándose en una cacería de monte en los de Cangas, fué despedido por un oso que perseguía con demasiado empeño. Florez y Sandoval dicen que en el capítul de una de las columnas de la iglesia de San Pedro de Villanueva en Asturias, construida á voluntad de Alfonso I el católico, se halla entallado el trágico suceso de Fabila; mas el ilustre Jovellanos observa que después de haberlo él mismo reconocido y copiado tiene alguna duda sobre la opinión emitida por aquellos dos historiadores, porque tales alegorías son repetidas y hasta comunes en otros edificios de aquel tiempo y posteriores sin suceso determinado. «Pero sea lo que fuere, añade, siempre servirán para confirmar que los artistas de entonces echándose á imitar cacerías en sus ornatos, representarían probablemente las que eran conocidas y usadas en su tiempo.» Otra razón hay para no seguir el parecer de los padres Florez y Sandoval y es que en el capítul de Villanueva se vé á un caballero con un halcón en la mano, lo que tiene referencia á la caza de cetrería y no á la montería en que murió el hijo de Pelayo: luego después si bien es verdad que se halla representado un oso peleando con un caballero, se vé claramente que este es quien le domina teniendo clavada su espada en las entrañas. De la misma época se conservan numerosos privilegios y donaciones otorgadas por los reyes de Asturias y otros nobles principales en las que se trata de *venaciones astorreiras y gaviilanceras*, quedando en ello manifestado que se iba dando incremento tanto á la caza de montería como á la de cetrería.

Alfonso el Sabio, en la ley 20, tit. 5 de la segunda de las Partidas, formaliza y recomienda encarecidamente á los príncipes y señores de su reino el ejercicio de la caza; y Alfonso XI se reconoció muy entendido en él escribiendo *El libro de la montería*, que más tarde publicó Gonzalo Argote de Molina, y en el cual se dá una completa reseña de la *venacion*. En el antiguo manuscrito de esta obra, que según Jovellanos pertenecía á la cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, hay preciosas iluminaciones sobre el mismo asunto. Poco antes un tal Geraldo había formado otro libro de la *de volateria*, y otro don Juan Manuel, cuñado del citado Alfonso XI, con el título de *Libro de la caza*, que sin duda sería un tratado general de toda ella.

Estendido el uso de la caza en la edad media, y enriquecido todo lo posible su aparato, salían públicamente los reyes y grandes señores á dar batidas con numeroso acompañamiento, armados y vestidos unos y otro con lujo y espresamente. En pos iban muchos monteros, ballesteros y halconeros, adornados también con hermosas libreas, cuidando los sabuesos, los gerifaltes, azores y neblías, los primeros sujetos á las traillas, y las otras en los capirotes, cubiertas de cuero que se ponen á los halcones y otras aves de cetrería en la cabeza, tapándolas los ojos para que estén quietas en la mano ó en la alcántara, y se les quita cuando son lanzadas al aire. Las trompas, vocinas y atabales llenaban los bosques de ruidosa armonía: mientras tanto los cazadores se internaban por la espesura persiguiendo á los osos, ciervos y otros animales, con los venablos, ó

bien lanzando las aves de rapiña á otras más inocentes que volateaban se les presentaban. En un principio salían solo los caballeros, y en privado, resonando en los montes el áspero son del cuerno; pero en breve se introdujo la forma de que hemos hecho mención: las nobles damas tomaron también parte en ello, acompañadas de sus dueñas y doncellas, y vestidas ricamente y montadas en adiestrados palafrenes hacían la diversion mucho más grata y brillante. A propósito para las señoras se levantaban andamios en los parages de mejor vista, desde donde pudiesen admirar los arriesgados lances de los cazadores; pero luego ni casi era necesaria tal precaución, pues privilegiadas por las costumbres de la época, que las infundían varonil animación, seguían á los caballeros hasta lo más enmarañado de los bosques, atreviéndose no solo á lanzar los halcones, sino el venablo, á las fieras, azuzando á los perros al mismo tiempo; y lo hacían sin melindre, sin inmutarse siquiera. «Estas monterías, dice Jovellanos, que por aparatosas y caras estaban de suyo reservadas á los poderosos se quedaron al fin exclusivas para su clase, cuando la legislación, ampliando los derechos señoriales, colocó entre ellos el dominio de los montes bravos y la facultad exclusiva de perseguir las fieras.» Esto, sin embargo, únicamente puede referirse á Castilla: hemos visto varios documentos que lo comprueban, y entre otros tenemos presente la escritura de donación de la villa del Pinell hecha por los templos á los habitantes de la misma en 1225, en la cual se reservan aquellos solo la cuarta parte de los osos, puercos-espinas, cabras, jabalíes y demás bestias silvestres que libremente mataban los vecinos cazando.

Mas amplitud que en la de montería se daba en Castilla y León á la caza de aves, pues como no era posible prohibir á los villanos que críasen secretamente aves de rapiña, haciendo uso de ellas cuando mejor les pareciese, quedó esta diversion como derecho comunal, y salieron buenos y costosos halcones adiestrados por los más infelices pecheros, supliendo al arte el ingenio y la paciencia. Sin embargo, no por ello dejó nunca la cetrería de ser ejercitada por los reyes y grandes de la nación; antes al contrario, fué de cada día tomando preponderancia, particularmente bajo los reinados de don Juan II y de don Enrique IV, quienes fueron en extremo apasionados á este ejercicio. Pedro Lopez de Ayala, canceller de Castilla, que murió el mismo año de sentarse en el trono el primero de los dos monarcas que acabamos de citar, ya había llevado el arte al más alto grado de perfeccionamiento, publicando una obra con el título de *la caza de aves, é de sus plumajes, é dolencias, é melesinamientos*, que fué dedicada á don Gonzalo de Mena, obispo de Burgos. Por el mismo tiempo se creó en palacio el empleo de halconero mayor, que fué una de las principales dignidades de la corte; el que lo obtenía mandaba á los halconeros, y á su cuidado y dirección se hallaba todo lo perteneciente á la caza de cetrería.

Las aves de rapiña que se adiestraban para el efecto eran el halcón, propiamente dicho, el coronado, el gentil ó neblí, el alfaque y el borni, conocidos uno y otro por lanero, el marino, el sorgaleyon amarillo, el alcotan, el azor, el gerifalte, el ferre, el gabilán y otras.

De los perros para la caza de montería ya habló Cicerón ponderando sus inclinaciones; Barron en su tratado *De re rústica* los distingue de los demás que sirven á otros usos; Ovidio determinó varias especies con sus propios nombres, y nuestro ilustre Columela al dividir todas las castas en tres clases, determina una con el nombre de *caza*.

Tanto la caza de montería como la de cetrería estuvieron en boga hasta el siglo XV, de lo que se halla constantemente memoria en muchas crónicas; pero como todas las otras costumbres de la edad media, murió al nacer la moderna civilización. Contribuyó sobradamente á ello lo común que llegaron á hacerse las armas de fuego quitando gran valor á los perros y halcones; y aun no es esto lo principal, sino que repartiéndose más la propiedad, estendiéndose el cultivo y entrando los montes en reglamento, se destruyeron los bosques y por consiguiente desaparecieron las fieras.

JOSÉ MARIA PAULI.

LOS CABALLEROS DEL PEZ, CUENTO POPULAR DEL REPERTORIO ANTIGUO.

Refundido por Fernán Caballero.

En fait de bêtises, les plus grosses
sont les meilleures.

Axioma français.

Erase una tierra en que hicieron tantos caminos de hierro, tantos canales y barcos de vapor, tantos globos aerostáticos, que las gentes llegaron á no andar nunca á pié, de lo que resultó una ban-

carota general de todos los zapateros y remendones. — El equilibrio social es como el de la tierra: si por un lado viene la mar con sus grandes tragaderas y se engulle un terreno, por otro lado lo suelta; lo que tiene es que lo devuelve bien digerido y mas seco que un esparto. — Como hace el mar, habia hecho la civilizacion al apoderarse de todas las vias de comunicacion: habia abandonado á los zapateros remendones, secos como esparto, á su triste suerte!

Uno de estos infelices victimas de los locomotores, tiró indignado sus hormas al primer tren de wágones que se echó á la cara; sus lesnas al mas arrogante barco de vapor; su mandil al globo mas finchado; compró una lanchilla y una red y se metió á pescador. Cada vez que pasaba un vapor cerca de su vetusta lanchilla, se ponía el dueño á cantar á gritos, apropiando al caso una cancion de Arriaza.

En su lancha con valor
un remendon á sus solas,
como la roca á las olas,
así burlaba al vapor.

No pretendas, no, traidor,
que te doble la rodilla:
siempre será mi barquilla
mi solo locomotor.

Así cantaba nuestro pescador; pero en cuanto á pescado, no cogia ninguno: su desaforado canto y las paletas de los vapores los ahuyentaban todos; y habia en la mar tan pocos peces como en la tierra zapatos rotos. El remendon pensó tirarse al mar de corage, haciendo esta reflexion: — «si yo no puedo comer pescados, ellos me comerán á mí: váyase lo uno por lo otro.» — Pero la mar tenia aquel dia tan mala cara, estaba tan verdi-negra, tan toscana y groserota en sus movimientos, que nuestro zapatero de viejo difirió su desesperado intento para mejor ocasion. Tornó á echar la red, y al sacarla la sintió pesada. — ¡Ola! pensé: ¡bien hice en diferir la zambullida! — Tiró la red y sacó de ella un pez de San Pedro.

Haremos aquí una reflexion: el campo de las reflexiones es un baldío: cada cual puede pasearse por él á su sabor, sin que nadie se lo estorbe. Tenemos un amigo intimo que cada vez que salimos con una reflexion se pone á bostezar. Pero no nos intimida por eso: nuestra intrepidez en punto á reflexiones está á prueba de bostezo.

Llamóse el mencionado pescador por las gentes de mar de San Pedro, á causa de dos manchas redondas, negras, que como la impresion de los dedos del santo, conserva la especie desde el milagro de los panes y peces. — Si bien la etimología de este nombre no encierra en sí ningun devoto sentimiento religioso, ni tampoco una bella idea poética, como suele suceder en estas inspiraciones populares, prueba al menos una cosa, y es que los españoles que califican las sociedades bíblicas inglesas de ignorantes en materias religiosas, saben de memoria el Santo Evangelio, y podrian ir á enseñárselo de viva voz á John Bull.

Volvamos á nuestro cuento. Conforme tuvo en su mano el remendon al hermoso pez, le dijo éste (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie): — «Llévame á tu casa; córtame en ocho pedazos, y guísame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerba-buena. Dale á comer dos pedazos á tu muger; dos á tu yegua; dos á tu perra, y los dos otros los sembrarás en tu jardín.» — El remendon hizo al pié de la letra cuanto le dijo el pescado, tal fué la fé que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran mas fé y confianza en sus palabras que los que hablan mucho. A los nueve meses parió su muger dos niños, su yegua dos potros, su perra dos cachorros, y en el jardín nacieron dos lanzas que por flor llevaban dos escudos, en los que se veia un pez de plata en campo azul. Medró todo esto en amor y compañía maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de en casa del remendon dos gallardos ginetes montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos. — Eran los hermanos tan en extremo parecidos, que dieron en llamarlos *el caballero doble*, y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, después de abrazarse estrechamente, dirigiéronse el uno al Poniente y el otro á Levante.

Después de unos dias de marcha llegó el primero á Madrid, y halló á la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mariblanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolacion, y supo que todos los años, un fiero dragon, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella jóven, y que aquel año infausto habia tocado la suerte á la

princesa, buena y bella sin segunda, hija del rey. — Preguntó en seguida el caballero que dónde se hallaba la princesa, y le contestaron que á un cuarto de legua de distancia esperaba á la fiera, que aparecia al caer las doce, para llevarse su presa. Fué el caballero á cerciorarse al punto indicado, y halló á la princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de piés á cabeza.

— ¡Huid! gritó la princesa al caballero del pez cuando lo vió llegar; ¡huid, temerario, que vá á venir el mónstruo, y si os vé pobre de vos!

— No me iré, contestó el bizarro caballero, porque he venido á salvaros.

— ¿Salvarme? ¿cómo, si esto no es posible?

— Allí veremos, contestó el valiente campeon: ¿hay aquí alemanes?

— Sí, señor, respondió con estrañeza la princesa; ¿á qué es esa pregunta?

— Ya lo sabreis.

Y echando á escape su caballo partió para la desolada villa, volviendo á breves instantes con un inmenso espejo que habia comprado en una tienda de aleman. Apoyólo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la princesa, puso á ésta delante, advirtiéndole que cuando estuviere cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo; dicho lo cual hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero dragon y en acercarse lentamente á aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaró, que solo le faltaba el lente para igualar á otros culebrones menos temibles que él. Cuando ya estaba cerca, la princesa, según le habia prescrito el caballero del pez, descorrió el velo y pasando detrás del espejo desapareció á los enamorados ojos del fiero dragon que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas á un dragon como él. Fruunció el gesto. — Su igual hizo lo mismo. — Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubis — no se quedaron en zaga los de su contrario que se pusieron como dos carbunclos. — Aumentóse con esto su furor y herizó sus escamas como un puercó espin sus pecas — las del otro dragon hicieron otro tanto. — Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie á no habersido porque el amenazado, lejos de intimidarse abrió otra idéntica. — Furioso se abalanzó el dragon contra su intrépido contrario, dándose tal calamochoazo en la cabeza contra la luna, que quedó aturrido, y como habia roto el espejo, y en cada pedazo vió una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se habia hecho él mismo pedazos. — Aprovechó el caballero este momento de mareo físico y asombro moral, y saliendo instantáneamente de su escondite con su fiel perro y su buena lanza le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al caballero del pez trayendo á ancas á la princesa mas contenta que unas pascuas y al dragon atado á la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso, como si hubiese sido la cola de un manto de una orden de caballería.

Colgiráse tambien que tal hazaña no se podía pagar al caballero del pez sino con la blanca mano de la princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas y que yo fui y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora á que el esposo le dijo á la esposa algunos dias después de casados, que queria ver todo el palacio que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. — Hizose así, y echaron tres dias en verlo. — Al cuarto subieron á las azoteas. — El caballero se quedó admirado; qué vista, amigo! jamás has visto tú una igual ni yo tampoco. — Se veia toda España y hasta los moros, y al emperador de Marruecos que estaba llorando por el dragon su amigo.

— ¿Qué castillo es aquel, preguntó el caballero del pez, que se vé allá á lo lejos tan solo y tan sombrío?

— Ese es, respondió la princesa, el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El caballero calló al oir estas razones: pero como era valiente y emprendedor, á la mañana siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó á su sabueso y se encaminó hacia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espeluzos mirarlo. — Mas sombrío que una noche de truenos, mas engestado que un facineroso y mas callado que un difunto. Pero el caballero del pez no conocia el miedo sino de oídas, y no volvía la espalda sino á los enemigos vencidos: así pues tomó su corneta ó clarín y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya mas cerca ya mas lejos, ya mas suave ya mas hueco, los sonidos de la sonata — pero en el castillo nadie se movió.

— ¡Ah del castillo! — gritó el caballero. ¿No hay quien atienda á un

caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero, anciano, ni page mozalvete?

—¡Vete!—¡vete!—¡vete!—clamaron los ecos.

—¿Que me vaya?—dijo el caballero del pez. ¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

¡Ay!—¡ay!—¡ay!—gimieron los ecos.

El caballero empuñó su lanza y dió un fuerte golpe contra la puerta.

Abrióse entonces el rastrillo y asomóse la punta de una larga nariz que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja mas fea que el menguete.

—¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? preguntó con voz cascada.

—Entrar, contestó el caballero. ¿No puedo acaso gozar aquí algun descanso en esta tarde de estío? Si ó no.

No—no—no—dijeron los ecos.

Habia levantado el caballero su visera porque era fuerte el calor; y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

—Pasad adelante, bello doncel, que seréis atendido y bien cuidado.

—¡Cuidado!—¡cuidado!—advirtieron los ecos.

Pero el caballero entró diciendo: yo no temo sino á Dios.

¡Adios!—¡adios!—¡adios!—suspiraron los ecos.

—Vamos, madre anciana.....

—Me llamo doña Berberisca, interrumpió la vieja, muy amostazada, al caballero; y soy señora de Albatroz.

—¡Atroz! ¡atroz! le gritaron los ecos.

—¿Queiréis callar, malditos vocingleros? exclamó con coraje doña Berberisca; soy vuestra sérvidora, prosiguió haciendo una corteja á la francesa al caballero; y si queiréis seré vuestra esposa, y vivireis conmigo aquí como un bajá.

¡Ja!—¡ja!—¡ja!—¡ja!—rieron los ecos. —¿Que me case con vos, que teneis cien años?—Esta es loca, y tonta tambien.

Bien—bien—dijeron los ecos.

—Lo que quiero, prosiguió el caballero es registrar el castillo é irme despues que haga ese examen.

—¡Amen!—¡amen!—suspiraron en latin los ecos. Doña Berberisca, picada hasta el corazon, echó una torva mirada al caballero del pez, é intimándole que la siguiese le enseñó todo el castillo en el que vió muchas cosas; pero no las pudo referir porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejon oscuro en que habia una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fué con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos caballeros, que la pícara Berberisca habia castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro caballero del pez que habia seguido viajando y que vino á parar á Madrid.—Al entrar por las puertas de esta corte, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real y muchos criados de palacio le rodearon diciéndole que la princesa se deshacia en lágrimas al ver lo que se habia prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

—Preciso es, pensó el caballero, que me tengan por mi hermano, á quien parece que tan buena suerte ha cabido—callemos, y veamos en qué vienen á parar estas misas.

Llevaronlo casi en triunfo al palacio, y facil es hacerse cargo de los cariños y obsequios de que fué objeto por parte del rey y de la princesa.—¿Con que fuiste al castillo?—preguntaba este.

Si—si—contestaba.

—¿Y qué viste?

—No me es permitido decir una palabra sobre ello hasta que vuelva allá otra vez.

—¿Piensas acaso volver á ese maldito castillo, tú único y solo que jamás haya vuelto de él?

—¡Me precisa!

Cuando se fueron á acostar, pasó el caballero su espada en la cama.

—¿Por qué haces eso? preguntó la princesa.

—Porque he hecho promesa de no acostarme en cama hasta que vuelva otra vez de Albatroz—y al día siguiente montó su brido y se encaminó hácia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido á su hermano.

Llamó al castillo y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecia un pez espada.—Pero apenas hubo visto la vieja al caballero, cuando sus narices se pusieron lividas, porque la pareció que los muertos resucitaban y huyó invocando al objeto de su devocion, Belzebut, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertaba de aquella vision de carne y hueso salido de la mansion de los muertos.

—Señora senectud, le gritaba el recién llegado ¿No ha venido por acá un caballero que viste así?

Si—si—si—respondieron los ecos.

—Y qué habeis hecho con ese caballero tan cumplido, tan rematado?

—¡Matado!—¡matado!—gimieron los ecos. Al oir esto y al ver á la vieja que huía, el caballero del pez no fué dueño de sí, corrió tras ella y la atravesó con su espada de parte á parte quedándose sujeta en la espada, y como hacia mucho viento y era la vieja muy delgada y ligera se puso á girar dando vueltas en la punta de la espada como un cohete volador.

—¿Dónde esta mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo?—preguntaba el caballero.

—Yo os lo diré, respondió la bruja; pero como voy á morir y estoy mareada de las vueltas que doy mal mi grado, no lo diré, hasta que me hayais resucitado.

—¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?

—Id al jardín, respondió la vieja. Cortad siemprevivas, eternas, moco de pavo, y sangre de dragon; haced con estas flores un cocimiento en la caldera, preparad con él un baño en el que me metereis—y diciendo esto la vieja, se murió sin decir Jesus.

Hizo el caballero todo como se lo habia prescrito la bruja, la que efectivamente resucitó, y mas fea que antes, porque sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas que parecian un colmillo de elefante.—Dijole entonces al caballero dónde estaba su hermano. Bajó al abismo, en que halló á éste y otras muchas victimas de la pícara Berberisca, y las fué metiendo una tras otra en el caldero, y todos iban resucitando, y conforme resucitaban venia alegre el eco que era su voz, tomando posesion de sus gargantas, y lo primero que decian era: —¡maldita vieja! Berberisca sin piedad! ¡malvada sin entrañas!—Lo que hizo con estos hidalgos, hizo el caballero con muchas bellas jóvenes que se habia llevado el Dragon, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al caballero del pez, y su mano á uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se acabó de morir de envidia y de coraje. Marcháronse en seguida todos á Madrid, donde fué tal la alegría general al verlos llegar, que todos los madrileños se pusieron á bailar un galop en amor y compañía, sin distincion de categorias ni de opiniones, sacando á bailar con mucha atencion el *Heraldo á la Nación*, el *Clamor á la España*, el *Pueblo á la Epoca*, el *Popular á la Esperanza*; porque la pícara vieja que se murió de rabia era la discordia, y el dragon que mató nuestro héroe, hijo de ella, era la guerra civil.

Era de ver con qué noble y coreográfico impetu arrastraba el *Clamor* en sus brazos á la España, que llena de pudor y de decoro se sonrojaba y sonreía aristocráticamente.—Con qué furor terpsicoreano revoloteaban unidos como la Fuoco y la Guy el *Heraldo* y la *Nacion*! ¡Qué vueltas tan simultáneas y airosas daban el *Popular* y la *Esperanza*, el *Pueblo* y la *Epoca*! ¡Qué cortesias á la francesa hacia la *Patria* al *Católico*, que correspondia á la fineza ofreciéndole un polvo de rapé!—Al ver este encantador espectáculo, los ingleses abrieron los ojos y la boca mas de lo necesario para estar bonitos.—Los franceses, llenos de envidia, exclamaron: ¡cest incroyable!—Los prusianos se entusiasmaron tanto, que se tiñeron sus rubios bigotes de negro para parecerse á los españoles.—El Austria, de gozo y simpatía dió un abrazo al gran Turco.—Minerva, que vió su culto olvidado y desatendido en Europa, renacer bajo los auspicios del de Terpsicore, declaró á los españoles sus hijos predilectos, y colorin colorado, cate V. mi cuento acabado.

CUARTEL DE INVALIDOS EN PARIS.

Este edificio magnifico, situado en la orilla izquierda del Sena, fué fundado por Luis XIV. El 30 de Noviembre de 1670 se empezaron los cimientos. En 1674 estaba ya el edificio en estado de habitar-se por los soldados y oficiales. En 1673 se empezó la construccion de la iglesia, pero esta y la media naranja no fueron concluidas sino despues de 50 años de trabajos. Liberal Bruant hizo los planos de la iglesia y del cuartel, y Julio Hardonin Mansard continuó los trabajos é hizo tan solo el plano ó dibujo de la media naranja. La aguja que termina la media naranja está á 325 pies de elevacion. Allí existe e sepulcro de Turenne y una cúpula pintada por Carlos Delafosse, cuyo diámetro es de 30 pies.

Esta media naranja era dorada antes, y ofrecia á la vista del viajero atónito un aspecto admirable, pero, como sucede con todos los adornos de esta clase, la vestidura esplendente de la media naranja ha tenido que ceder á los efectos destructores de la intemperie. Hoy solo ofrece á los ojos de los curiosos una masa sombría y severa que parece estar en armonia con las glorias pasadas cuyas hélicas cenizas encierra y protege.



Cuartel de inválidos en Paris.

El cuartel de Inválidos y sus dependencias ocupan una superficie de 49,000 toesas próximamente. La fachada tiene 100 toesas de estension; está dividida en cuatro pisos y tiene 133 ventanas.

Dos salas estan adornadas con los retratos de cuerpo entero de los mariscales de Francia. En el pavellon del centro hay una biblioteca de unos 20,000 volúmenes, y en las habitaciones de la derecha los modelos en relieve de las principales plazas fuertes de Francia. El cuartel de Inválidos está destinado á recibir 7,000 defensores antiguos de la patria. Entre estos veteranos de la gloria se vé uno de mirada enérgica y penetrante, cuerpo recto y erguido y aire marcial, que tiene mas de 109 años; este resto, el mas anciano de los antiguos combates, nació en el reinado de Luis XV y ha visto nueve reinados diferentes.

La cúpula estaba adornada antes de la restauracion con 1,400 banderas cogidas en los campos de batalla. El mariscal Serrurier las hizo quemar y echarlas al Sena, pero sus restos fueron recogidos y conservados cuidadosamente por franceses dignos de este nombre, y entregados al gobierno en 1824. Se debía haber elevado un monumento para recibir en su seno estas reliquias gloriosas, pero no se ha pensado siquiera en ello hasta ahora.

La parte mas notable de este edificio y la que los curiosos visitan efectivamente con mas interés, es el sepulcro del emperador Napoleon. Pronto se va á erigir en el centro de la capilla y debajo de la cúpula un mausoleo de proporciones gigantescas para encerrar estas cenizas ilustres.

Todos los planos y dibujos están ya concluidos, y se ha traído con grandes gastos de Finlandia un monolito enorme destinado á servir de basamento al mausoleo.

Este monolito cuya descripcion pomposa han hecho algunos periódicos franceses como el ejemplar mas hermoso de granito rojo que se haya conocido y mencionado en los anales de la mineralogia, no es, segun la opinion del sábio cuanto irónico M. Francisco Arago, sino un trozo de asperon rojo que no difiere de los que se hallan en el bosque de Fontainebleau mas que en el color. Llega hasta el extremo de suponer que dividido en cubos de 20 céntime-

tros no produciria mejores adoquines que los que forman el empedrado famoso de las cenagosas calles de Paris. Sin embargo, creemos que no se debe mirar con tanto desprecio aquel producto de Finlandia, porque es muy parecido por su calidad, y de mas volumen aun que el celebrado trozo en que descansa la estatua ecuestre de Pedro el Grande en san Petersburgo.

Lo que ha bastado para Pedro el Grande creemos que podrá ser suficiente tambien para Napoleon, sin que por ello padezca el orgullo nacional de los franceses.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Desesperábase Sotopardo en su pabellon de *Sancti-Petri*, y llevaba ya hechas hasta media docena de solicitudes, la mas moderada de las cuales sobraba para que, en vez de la licencia absoluta que pretendia, le mandase el Ministro de la Guerra por lo menos á las islas Marianas, cuando el teniente Betanzos, obteniendo bajo cualquier pretexto una licencia de sus gefes, ó mas bien casi incitándole á ello el benévolo Capitan General, corrió á referir á su capitan con lágrimas en los ojos y angustia en el pecho, la terrible desdicha ocurrida á la Condesa.

La constitucion de don Carlos era de hierro, como vulgarmente se dice, pero Laura fué su primero y único amor sincero y profundo; pero Laura solo á él se habia rendido; pero Laura era bella, joven, apasionada, y por él acababa de perder posicion, riquezas, libertad

y honra ¿Qué mucho, pues, que ante tamaña desdicha flaquease su corazón y su fibra sucumbiese? Produjo la fatal nueva en su ánimo el efecto de un rayo; agolpósele la sangre toda á la cabeza, y cayó, para decirlo de una vez, postrado al rigor de una fiebre inflamatoria, que por de pronto le condujo al borde del sepulcro, y que en mas de un año no le permitió salir del castillo, aunque el arresto le fué levantado seis meses antes, es decir, á poco de haber el infeliz Conde sucumbido al peso de su acerbo disgusto.

¡Betanzos, gracias siempre á la oculta pero eficaz proteccion que el Capital General dispensaba á Sotopardo, obtuvo la gracia de asistirle en el castillo durante su enfermedad y convalecencia; y es indudable que sin la esmerada solicitud, sin los juiciosos consejos de aquel excelente compañero, difícilmente hubiera don Carlos salvado la vida.

Apenas en disposicion de disfrutar de su libertad, y enterado solo entonces de que Laura era viuda y por tanto libre, don Carlos escribió á su amada, cuya residencia en el monasterio todo el mundo conocia, pidiéndole su mano y ofreciéndole toda una vida de amor y respeto, en espacion de los disgustos que hasta entonces le habia causado.

El momento de recibir aquel escrito fué para la desdichada Condesa el solo instante de felicidad que desde el funesto baile le concedió la suerte: tan clara prueba, en efecto, de que no solo era amada sino además estimada, no podia menos de ser un bálsamo consolador para las llagas de su corazón. «¡Me juzga digna de darme su nombre, de confiarme su honor! ¡Alma noble y generosa! ¡Ya que de mi culpa deba arrepentirme, no al menos de la elección que hice: pero no seré yo la que abuse de tus caballerescos sentimientos, nó.» Laura deshonrada á los ojos del mundo; Laura que ha asesinado con su conducta á un venerable anciano, que de la miseria la sacó para elevarla á la mas alta posicion social, es indigna de ser esposa del noble, del caballero por excelencia don Carlos de Sotopardo. Los contados dias que de vida le restan, debe consagrarlos Laura, y los consagrará, á la penitencia, al llanto, al arrepentimiento, á implorar de la bondad divina el perdón de sus culpas, y la felicidad de su Carlos.»

La desgracia, como se vé, habia obrado en la Condesa una sorprendente metamorfosis. ¿Quién conociera en la religiosa—porque al recibir la nueva de la muerte de su marido tomó el hábito de novicia—quién conociera, repetimos, en la capuchina de toseco sayal vestida, macerado el rostro, livida la color, apagado el fuego de los ojos, surcadas las mejillas por el ardiente continuo llanto, á la bella, lozana, aristocrática, triunfadora dama, reina y señora en Sevilla de todos los corazones? ¡Terrible y saludable leccion pudiera ser para muchas, la de considerar como acaban, y no del peor modo posible, los estravios de una sociedad que se llama culpa porque es corrompida! Pero ¿quién se acuerda de la muerte cuando la vida comienza?

Laura, en resumen, contestó á la carta de Sotopardo con otra, tan sentida, tan melancólica, tan tierna y apasionada al mismo tiempo, que el pobre enamorado creyó perder el juicio al leerla. Mas la resolucion de permanecer en el convento, y profesar en su religion que Laura le anunciaba, veíase que era tan honda y sincera, que en vano fuera intentar disuadirla de ella. Resignóse, pues, don Carlos, y pretendió solo, aunque tambien vanamente, ver todavia una vez á la que idolatraba: «No (le escribió Laura); no, Carlos, no debemos vernos: ofenderíamos á Dios inútilmente, porque cuando mi arrepentimiento no fuese tan sincero y doloroso, como lo es en realidad, gracias al cielo, la vergüenza sola bastaria para que jamás desistiese de mi irrevocable resolucion de terminar la vida en el claustro. Olvidame, si puedes, ó conserva mi recuerdo como el de un fugitivo ensueño: tu Laura, la que amaste, la que te sedujo por su belleza y juveniles atractivos, ya no existe, se desvaneció como los poéticos fantasmas de tu imaginacion ardiente. La que hoy te escribe es una desdichada que viste el áspero cilicio, consumida mas por el dolor que por el ayuno, y que lleva ya clavado en el pecho el puñal que ha de terminar sus dias.—Felicitame, Carlos: mi suplicio no será largo: estoy élica, y en vano con mal entendida caridad, pretenden aquí todos ocultármelo: estoy élica, y antes de dos años habré comparecido en presencia del juez supremo. ¿Quieres que con la pesada carga de mis culpas, no emplee siquiera el poco tiempo que me resta en prepararme para responder de ellas, de la vida del Conde, y de tu propia desdicha?—No: Carlos, no: tú que eres bueno y generoso, no puedes querer que á una existencia tan dolorosa como la mia, siga una eternidad mas cruel todavia.—Olvidame, pues; déjame llorar en paz, si olvidarme no puedes; y cree que mi último acento será tu nombre, porque solo de haberte amado, no acierto á arrepentirme.»

¡Olvidarla! ¡Nunca menos que entonces: si Laura en el apogeo de la social ventura le pareció seductora, Laura con el cilicio, y arras-

trándose en el polvo, y previendo á sangre fria su próxima muerte, y llorando su flaqueza sin renegar de su amor, se mostraba á sus ojos y era, en efecto, sublime: por Laura tenia razon; la nobleza ingénita de los sentimientos de Sotopardo, impuso silencio hasta á sus quejas, y comprendiendo que no le era lícito interponerse, como el ángel de tinieblas, entre la pecadora arrepentida y la misericordia del Hacedor supremo, aceptó en silencio su parte de aquel caliz de amargura.

Solo se permitió acudir á Inés, la hermana de la Condesa en Morron casada, que apenas tuvo noticia de las desgracias de Laura se habia apresurado á verla y consolarla, para que ella dijese á la victima que tambien su cómplice gemia, que tambien él y para siempre renunciaba al amor y sus delicias. Cumplió Inés fidelísimamente tan triste encargo, y por su conducto recibió Sotopardo la última prueba del amor de Laura, su magnífico cabello de que fué despojada al pronunciar en el templo sus definitivos votos. Depositada aquella prenda de un amor infeliz, en un magnifico estuche, fué inseparable compañera del desdichado don Carlos el malo, hasta el dia de su muerte.

Al ocurrir la de Laura, hubo un momento de recrudescencia en las penas de don Carlos: pero como la sublimidad del arrepentimiento de su amada habia, por decirlo así, inoculado al amante, en breve degeneró su dolor en una melancolía profunda, pero resignada, de la cual jamás curó, ni curar quiso nuestro Brigadier completamente.

Volvamos ahora, que ya dimos fin á la triste historia de los amores de la condesa de san Justo, á tomar las cosas en el punto mismo en que las dejamos al salir de Sevilla Sotopardo.

La paliza, la palabra es vulgar y cruda, pero la única propia en tal caso, la paliza, pues, por Almazan recibida, fué tan de mano airada, tan solemne, tan pública, que en primer lugar, costó al paciente ocho dias de cama, y un consumo de estopas y aguardiente para bizmarse mas que razonable. En segundo lugar, y no sabemos qué es peor aun para un menguado como el comandante, Sevilla enteramente dió en llamarle el apaleado; y la oficialidad de su regimiento, desde el coronel hasta el último alférez inclusive, resolvió unánime y lo verificó, en efecto, presentarse al Capitan General á declarar-le que, no permitiendo el decoro de el cuerpo ni el de cada oficial en particular, que continuasen alternando con un miserable de tal especie, suplicaban á S. M. ó que á Almazan separase del servicio, ó que se dignara admitirles á todos sus despachos que á entregar estaban prontos.

La cosa era grave, pero no absolutamente peregrina: la oficialidad española, ni aun en los tiempos del mas descabellado absolutismo, ha consentido nunca en alternar con hombres sin honra; y nosotros hemos visto durante los famosos diez años cejar alguna vez la prepotencia de generales y aun de ministros, ante la actitud firme, si bien subordinada, de oficiales pundonorosos, resueltos á todo menos á degradarse.

El Capitan General, pues, que ya desde el instante en que tuvo conocimiento de aquel desdichado lance, habia dispuesto que el apaleado saliese provisionalmente de Sevilla, contestó al coronel del regimiento, en presencia de toda la oficialidad: que como militar y caballero no podia menos de simpatizar con los honrados sentimientos del cuerpo; que el tampoco se prestaria nunca á alternar con un gefe sin pundonor; que en fin, en el fondo, su solicitud era justa: pero que la forma le parecia exagerada y cuando menos prematura. Ya su autoridad habia puesto lo ocurrido en conocimiento del Rey, por la via reservada del ministerio de la Guerra, y solicitado la separacion del comandante, sin perjuicio del castigo que en interés de la subordinacion era indispensable imponer al capitan Sotopardo. ¿A qué, pues ofrecer los reales despachos? ¿Quién mas interesado que S. M. en el decoro de los oficiales del ejército?

A tales razones respondió el Coronel, que la oficialidad no habia dudado ni un solo instante de la rectitud y acertadas providencias de S. E.; y que estaba aun mucho mas lejos de osar tanto que á las sábias miradas del Rey pretendiese adelantarse, pero que en interés del cuerpo no habia podido menos de dar aquel paso, del cual la prudencia del General haria el uso que estimase oportuno.

Conciliados así todos los extremos, quedó Almazan irrevocablemente condenado por el momento, y tanto que á vuelta de correo se recibió real orden separándole del servicio activo, prohibiéndole residir en la Corte, sitios reales, y treinta leguas en contorno, y confinándole á Badajoz. Con respecto á Sotopardo, gracias, en primer lugar á los buenos oficios del Capitan general, y á influencias ocultas que espontáneamente trabajaron á su favor en la corte, limitóse el castigo á imponerle seis meses de prision en Sancti-Petri, y á que á su término quedase tambien separado del servicio activo, hasta que con su buena conducta, se hiciese de nuevo digno de ingresar en las filas del ejército.

Permitamos el lector que insistamos en que fué don Carlos mas que blandamente tratado, pues segun las leyes penales del ejército,

cuando la cabeza salvase, debió de costarle el empleo y algunos años de presidio el atentado de apalear á un oficial superior en graduación á él, y además gafe en su propio cuerpo.

¿Y Mendoza, preguntará alguno, cómo se condujo en aquel suceso? Como á su muger le plugo, le contestaremos; porque el menguado no tenía voluntad propia.

Matilde no amaba á Almazan, pero sí veía en él un cómplice ya en la pérdida infame de su desdichada hermana, y un hombre además por su bajeza y cobardía tan á propósito para secundarla en sus torpes habituales intrigas, como capaz de perderla, quitándole la máscara el día en que se presumiese abandonado.

Así que, por interés y por cálculo á un tiempo mismo, resolvió serle fiel en tan crítica ocasión; y para empezar era preciso que Mendoza no tomase parte en la cruzada universal contra el apaleado, y eso sin comprometerse tampoco personalmente.

Difícil parecía conciliar tales extremos, mas, como Matilde no era mujer que se ahogaba en poca agua, supo conciliarlos sencillamente, haciendo que su marido, fingiéndose enfermo, se metiera en la cama, y se diese de baja para todo servicio el día mismo de la paliza por Almazan recibida. Un médico complaciente, de los que nunca les faltan á las mugeres bonitas, apoyó utilitariamente aquel engaño, diciendo día y noche desde el campo de Tablada hasta la Campana, que Mendoza padecía un *Típhus* horrible y *contagioso*, con lo cual los curiosos limitábanse á llegar á su puerta, sin pretender siquiera la entrada.

Los capitanes del regimiento, sin embargo, diputaron á uno de ellos para que fuese á comunicarle lo resuelto; pero Matilde, revistiéndose de una armadura á prueba de bomba, de amor conyugal, deberes de esposa, etc. etc., defendió la puerta del cuarto de su marido, como el dragon de la fábula el Jardín de las Hespérides, y aun con mejor fortuna, pues no halló un Hércules que la venciese. Sotopardo estaba preso.

Entre tanto un agente, sin duda tan hábil como poderoso, y sobre todo activo, conseguía en Madrid y remitía á Sevilla á correo tirado, una real licencia por un año para que el capitán Mendoza pasase á *restablecer su salud* al punto que mejor le conviniese, inclusa la Corte, y apenas recibida la orden desapareció el matrimonio de Sevilla, sin ver á nadie, sin anunciar su partida á alma viviente, fuera de Almazan, mal trecho aun por sus dolores, aunque con menos honrados pensamientos que el ingenioso hidalgo manchego en el caramanchón de la venta, después de habérselas habido con el moro encantado en forma de arriero.

Madrid fué el punto que para restablecer la *excelente salud* de Mendoza escogió Matilde; y ya que en la Corte estamos de vuelta después de nuestra larga escursión á Sevilla, quizá no les pese á los lectores que averiguemos la vida y paradero de Milagros y consortes, á quienes al salir nosotros de la coronada heroica villa dejamos abandonados á su suerte.

Para Milagros la pérdida de Sotopardo fué lo que para el avaro la de su última moneda. Cuando á una muger joven se le vá un amante, por amado que sea, el amor propio queda á salvo; el reembolso es posible, la venganza fácil, tómese ó no se tome: mas para la jamona, y sobre todo para la jamona en su postrer período, la infidelidad ó la ausencia del objeto de sus últimas ilusiones es la muerte social, y muerte como la del paraltico, que, por decirlo así, se sobrevive á sí mismo. Quédale á la infeliz ese plazo tan breve como angustioso, en que agostándose los ya maduros encantos de su otoño, progresa el hielo de la vejez, como la marea, sensiblemente; y entonces cada día es una congoja, cada cana una herida, cada arruga una afrenta. Por eso se aferra la jamona desesperadamente á su último galán, por eso suele ser hasta feroz en sus postreros amores.

Milagros, sin embargo, no desmintió el resto de su vida en tan crítica ocasión: imposible en las apariencias, aunque en realidad volcánica, resignose á la marcha de Sotopardo á Sevilla; y sí, cuando Matilde le escribió los amores con Laura del seductor capitán, destrozaron su alma los celos, consolóse con la no quimérica esperanza de que estando su hija en la ciudad reina del Guadalquivir, caros pagarían algunos momentos de efímera felicidad la Condesa y su favorito galán.

Entre tanto, al abrigo de la protección del reverendo fraile que conocemos de oídas á lo menos, de acuerdo y á medias con él, constituyese en agente de negocios, especulando, ya se dijo, tanto con la *gracia* como con la *justicia*, ó mas propiamente dicho, con el *temor* y la *injusticia*. Milagros los hacía tales, que por lo prodigiosos bien pudieran servirle en su día para canonizarse: ya el reo convicto era absuelto; ya el pleito iniciado se ganaba; ora el abogado de bohardilla se convertía en corregidor; ora el comerciante quebrado en intendente. El lúnes una linda pretendiente obtenía para su sexagenario esposo un destino en América, á condicion de dejarla á ella en la corte; y el

mártes un marido celoso alcanzaba el destierro de algun galán importuno, sin mas delito que el de sus pocos años y muchas gracias.

Imposible en los negocios, como al comerciante conviene, la Gitana no tenía mas criterio para juzgar de si eran buenos ó malos, que el interés que de ellos reportar podía. «Tantos pasos que dar, tantos obstáculos que vencer, y tantas influencias que conquistar, ¡valen tanto dinero! ¿Me lo dan? Trabajo. ¿No me lo dan? Me estoy «quieta, á obro en sentido contrario al que se desea.» Tal era su fórmula invariable.

Así, mientras en Sevilla ocurrían los referidos sucesos, Milagros, prosperando rápidamente, era ya casi rica, vivía con independencia, comodidad y hasta lujo, y comenzaba á figurar en la sociedad madrileña, bajo el supuesto nombre de la baronesa de *Ramaseca*. Entonces, como ahora, al que vive, figura, gasta y triunfa, pocas personas en Madrid se tomaban el trabajo de averiguarle la alcurnia.

En tal estado se encontraba cuando á Madrid regresaron Mendoza y Matilde.

Ni la madre ni la hija deseaban mucho reunirse, pero en cambio tampoco enemistarse abiertamente: Milagros necesitaba que Matilde no revelase los sucios misterios de su vida pasada y presente; Matilde que Milagros callara tambien en cuanto á ella, y sobre todo que no destruyera su posición social. Así, pues, de comun acuerdo vivieron separadas, viéndose con frecuencia, pero de ceremonia, y ocultando su íntimo parentesco; á lo cual Mendoza se prestó tanto mas fácilmente, cuanto que, á pesar de su ceguera por Matilde, ser yerno de una gitana no era lo que mas podía lisonjearle.

Casi es inútil consignar aquí que Milagros fué la secreta influencia que templó los rigores del gobierno para con Sotopardo, y eso no solo por tierna reminiscencia, sino por armarse para lo futuro con aquel servicio importante, pues el Capitán era hombre agradecido, y la madre de Matilde muger que no renunciaba fácilmente á sus proyectos.

Tampoco la muger de Mendoza estaba, ni mucho menos, curada de su afecto á don Carlos; y con todas las esperanzas que legítimamente debían inspirarla su juventud, belleza y habilidad, aspiraba á recoger la herencia de la hermana á quien traidoramente había inmolado. Por consiguiente, aprobó con callar, la conducta de su madre; y en vez de apresurarse á terminar los negocios de su marido, díóles largas, en la prevision de que mas tarde ó mas temprano había Sotopardo de parar en la corte.

Por residir en ella pugnaba Almazan, escribiendo á su amada carta sobre carta, mas entretenida Matilde con buenas palabras, sin perjuicio de lograr que se diese orden á las autoridades de Badajoz, punto de la residencia del comandante, para que vigilándole muy de cerca, no le permitiesen de ningún modo salir de aquella capital de Estremadura.

XVI.

Ir por lana, etc.

No era solo Almazan quien vanamente importunaba á su amada para que le consiguiese el permiso de residir en la corte: don Fadrique de Vargas, proscrito ya, no solamente como afrancesado, sino además como tahir de profesion, mas que sospechoso de falsificación de letras, y lo que entonces era peor, como agente subalterno de una conspiración, cierta ó falsamente supuesta, contra la vida del rey Fernando VII: don Fadrique de Vargas decimos aspiraba sin embargo á regresar á Madrid, ó á que Milagros en la emigración se le reuniese.

«Lo primero, decía en una de sus cartas, comprendo que sea difícil, aunque no imposible para la muger hábil que ha sabido enlazar á nuestra hija con un hombre de buena familia, rico y capitán, á pesar de la bastardía que mancha su cuna, y de las aventuras un tanto arriesgadas de su primera edad. Tú, Milagros, te has hecho influyente y rica desde que yo, por ti principalmente perdido, descendiendo rápidamente á los mas hondos abismos de la pobreza y de la degradación: justo será que hagas ahora por mí algo de lo mucho que yo hice por ti, cuando tú eras la pobre Gitana predestinada al lupanar y á la galera, y yo el Magistrado noble, rico y de envidiable fama —La mezquina pensión que me has señalado basta apenas para subvenir á mis primeras necesidades: por cierto que ayer perdí al juego el trimestre que acabas de enviarme, y es preciso que á vuelta de correo vuelvas á librarme su importe. Mas aparte de todas esas consideraciones, y conociéndote como te conozco por la mas infernal de las hembras de la especie humana, ya sabes que eres, como has sido siempre, mi único, mi inextinguible amor. Te sacrifique á mi muger, como te he sacrificado mi honra; por ti he abandonado á mis dos hijas; á la tuya he con-

«sentido que ahora inmoie á una de ellas—porque estoy seguro que Matilde es quien ha asesinado á Laura — por tí estoy pronto aun á todo menos á renunciar á tí.— Trata, pues, ó de que yo vaya pronto á tu lado, ó de venir tú al mío.— Ya me conoces: resolución que tomo es irrevocable: para llegar al fin que me propongo nunca reparo en los medios.»

Milagros, que en efecto conocia bien á don Fadrique, no pudo menos de estremecerse al leer las últimas frases que transcritas dejamos; porque el oidor no era hombre que amenazase en vano, ni se parase en escrúpulos para conseguir el fin que se proponía.

Y, sin embargo, no era posible por el momento llevarle á Madrid, ni menos abandonar la corte para reunirse con él.

A lo primero se oponía, en primer lugar, la repugnancia que desde sus relaciones con Sotopardo inspiraba á la Gitana su antiguo y viejo amante; repugnancia tan natural que no ha menester explicaciones. En segundo lugar, el fraile no quería tener quien dificultase su trato con la penitenta, y aunque la bajeza del ex-oidor era á tal punto llegada que no se dudaba de que, conociendo la cuenta que le traía, cerrase complacientemente los ojos, con todo eso, así Milagros como el reverendo, además del estorbo, temían la sanguijuela insaciable, y lo ocasionado á escándalos de los vicios de la embriaguez y del juego que á don Fadrique dominaban. Pero sobre esos dos obstáculos de primer orden descollaba otro casi invencible, á saber: las causas de la proscripción de aquel mal hombre, cada una de por sí sobrado grave para dificultar su indulto hasta lo sumo; las tres juntas, realmente superiores á toda la influencia de que disponían los dos cómplices.

Quedaba el arbitrio de que Milagros marchase á Francia: pero á eso el Fraile oponía su reto soberano; y ella el temor á reunirse con el hombre aborrecido, apartándose del amado, y para sumirse además de nuevo, para siempre, y saliendo de una vida cómoda, en la mas espantosa miseria.

Todo bien reflexionado acordaron Milagros y su director espiritual dar á don Fadrique esperanzas, aunque remotas, de conseguir su indulto; demostrarle que no era difícil; que la marcha de Milagros equivalía á renunciar á ellas, y á condenarse entrambos á la mendicidad; y por último á prometerle un aumento no despreciable en su pensión, siempre que por su parte se comprometiese á tolerar resignadamente su destierro.

Contra toda probabilidad don Fadrique respondió aviniéndose de plano á cuanto se le proponía, y, lo que es mas, reconociendo que la impaciencia de estrechar en sus brazos á la que amaba, le habia hecho ser demasiado exigente.

La primera impresion que en Milagros causó tan juiciosa y sumisa respuesta, fué un estremecimiento de pánico terror; nunca son los malvados mas terribles, en efecto, que cuando mas inofensivos aparecen: pero luego se dijo que el aumento de la pensión deslumbraba al oidor; y luego.... luego.... Sotopardo acababa de volver á Madrid, y el deseo de cautivarle otra vez en sus redes, absorbió completamente su existencia.

También Matilde supo la llegada de Sotopardo; y también ella se propuso reconquistar aquel corazón rebelde: Almazan pagó los primeros gastos de aquella guerra.

La licencia de Mendoza, bien hallado con la holganza, de prórroga en prórroga iba entrando en su tercer año, y el sufrimiento del comandante agotándose en Badajoz, cuando el último recibió de Matilde una carta en que le decía:

«Un sacrificio mas, amigo mío, que será tomado en cuenta el día de las compensaciones. Imposible conseguir que sea V. colocado por ahora en España: menos que se le permita volver á Madrid. Todo lo que ha podido lograrse con indecible trabajo es que, en su propio empleo, se le destine á V. á la Habana, y la promesa de que pronto volverá con ascenso á la península. Si yo, que soy quien mas padece, he aceptado tal partido; podrá V. rehusarlo? No lo creo, y vuelvo á decir que todo se le tomará en cuenta el día de las compensaciones. A Dios, mi corazón vá con V. etc. etc.»

Duro era el partido, pero Almazan sentía que, para su fama en el ejército todavía se le trataba con favor excesivo: resignóse, pues, y partió para la Habana, jurando por todos los Dioses del Olimpo, que no habia de tener reposo hasta perder á su implacable apaleador.

Desembarazadas así la madre y la hija de aquellos de sus amantes que estorbarlas podían, y recatándose esmeradamente la una de la otra, asestaron sus baterías al infeliz Sotopardo, á quien la reciente muerte de Laura habia causado impresion tan honda, que sus mas íntimos amigos le encontraban en la calle sin reconocerle.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LUIS XIV Y EL ALMIRANTE DUGNAY-TROOIN.

Luis XIV rey de Francia se divertía mucho con oír al almirante Duguay-Trooin referir las acciones en que habia tomado parte. Un día que este marino célebre contaba los pormenores de una accion en que habia mandado un navio llamado la Gloria, dijo:

—«Mandé á la Gloria que me siguiese....»

—«Siguió,» le interrumpió el rey sonriéndose.

CHAPELAIN Y RICHELIEU.

El cardenal de Richelieu compuso una comedia y rogó al escritor Chapelain que se declarara como autor de ella.

—«Prestadme vuestro nombre, le dijo el cardenal, y os prestaré mi bolsa.»

EL TASSO Y EL ARIOSTO.

Un caballero napolitano tuvo catorce desafíos para sostener que el Tasso valia mas que el Ariosto. Este entusiasta del Tasso, cuando estaba muriéndose, exclamó dolorosamente: ¡Ah, y sin embargo no he leído ni uno ni otro poeta!

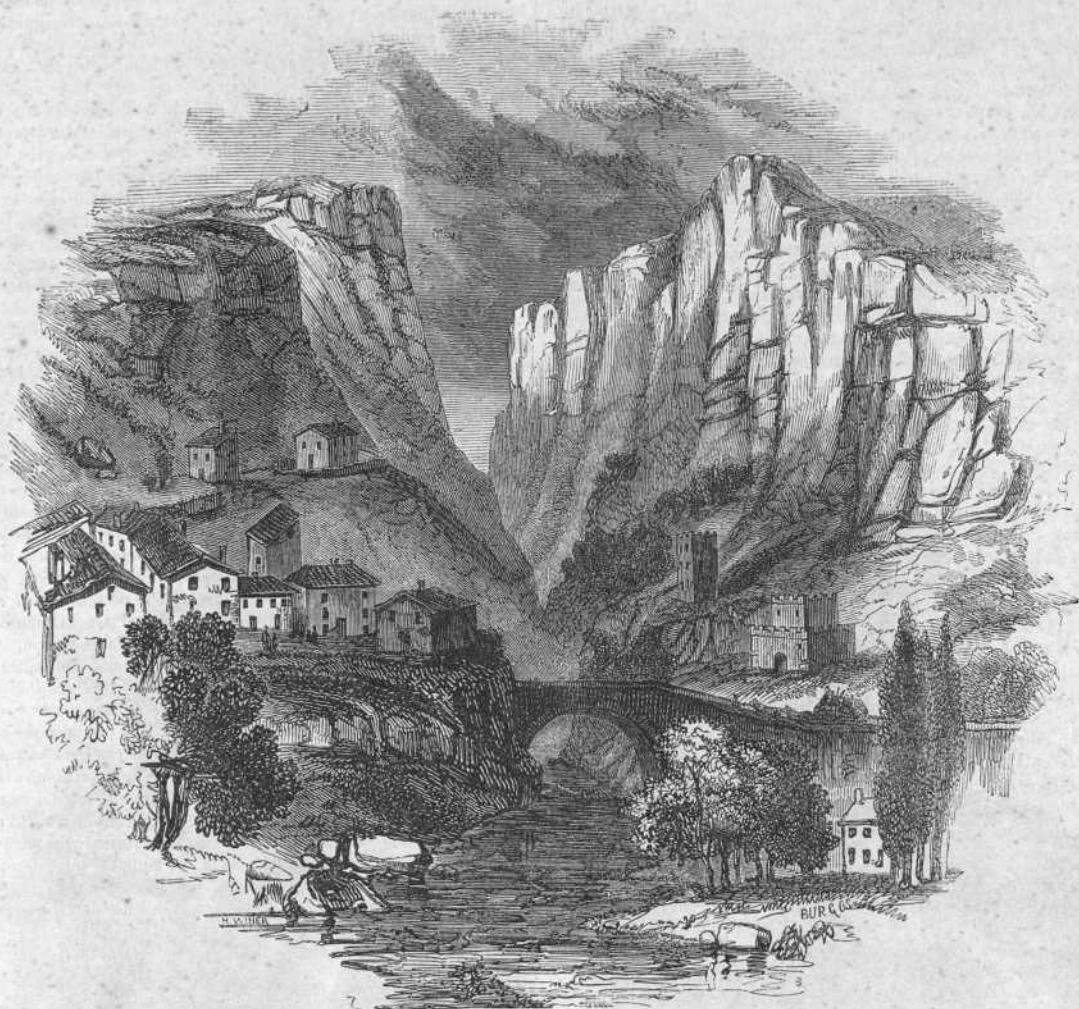


Virgen de la Concepcion que existe sobre la puerta de los Leones en la catedral de Toledo.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 30.

Sé pulcro y económico, y la fortuna te mirará.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
a cargo de D. G. Alhambra.



VISTA DE UNA ENTRADA DE ARNEDILLO.

La pintoresca vista que encabeza estas líneas, es de una de las entradas del pueblo de Arnedillo, en la Rioja, famoso por los excelentes baños que se hallan á poca distancia de él, y á los cuales dá su nombre. La naturaleza parece haberse complacido en reunir todas sus bellezas en este precioso punto de vista, que mas que como una realidad se presenta á la vista como un capricho de un pintor de paisajes.

EL MUSEO DE ARTILLERIA EN PARIS.

No es este un museo como otro cualquiera, y este dulce nombre griego, de etimología divina, no conviene al fronton de este edificio severo; los pintores, los escultores, los poetas que al ver la primera palabra de la inscripcion pasaran la puerta, volverian á pasarla bien pronto, porque no hallarian á la entrada ni el sarcófago antiguo, ni la estirpe del antiguo Egipto, ni la estatua de noble ademan, guardianes ordinarios de los templos de idólos pacíficos, de los Museos. Hallarán en su lugar cañones colocados en fila, montones de balas y bombas, cadenas de hierro de toscos eslabones, en fin, todo lo que constituye la sombría y amenazadora tristeza de las plazas fuertes. Pero que vaya en cambio á visitar París un bárbaro, un salvaje, un jefe de tribu, y mirará con indiferencia los dioses de mármol y los cuadros del Louvre, prefiriendo siempre la grotesca imagen de su idólo, ó las toscas pinturas de su rodela; mas al entrar en este arsenal inmenso se excita su curiosidad, se enciende su semblante, se anima su mirada, alarga la mano para manejar aquellas armas descono-

cidas, y no pedirá de todos los tesoros, de toda la pompa y opulencia que encierra la capital de Francia, mas que uno de aquellos pabellones de fusiles y sables para llevarse al desierto y distribuirle entre los atónitos individuos de su tribu.

Es indudable que al hallarse en aquel templo de la guerra, el instinto belicoso innato en el hombre, que está adormecido por los hábitos pacíficos, pero que un cañonazo, un toque de clarín bastan para alzarle, se despierta sobresaltado con todo su fuego vivo y febril. Esta consagración de la muerte, esta apoteosis de la destrucción, concluye por fascinar con la magia de sus terrores. Todos los instrumentos terribles que han confectionado las fraguas de la guerra en el espacio de 3,000 años, estan reunidos allí: nada falta en aquel trofeo universal, al que cada siglo ha llevado su arma familiar; uno su flecha, otro su lanza, otro su hacha, otro su cañon. De campo en campo de batalla, desde Bouvines hasta Waterloo, se ha ido desarmando á los muertos pieza por pieza de sus armaduras para colocarlas en aquella *Walhala* heroica. Allí, glorioso y justo privilegio, la herida adorna, la mutilación decora, la espada que no tiene mas que un trozo de hoja, la bandera que no es mas que un andrango, el casco que no es mas que un pedazo de hierro abollado y enmohecido, ocupan el sitio mas distinguido y honroso, el coronamiento del trofeo; la armadura es como el soldado: las cicatrices le honran.

La primera sala llamada *Sala de las armaduras* evoca los recuerdos y pone en accion la estrategia de la época feudal, con una especie de fantasmagoría teatral de originalidad poderosa y fascinadora. Una fila de caballos esculpidos ocupa toda su longitud, y estos trótones pacíficos estan montados por maniqués de aspecto feroz, cubiertos de pies á cabeza con armaduras que han sido de reyes ó príncipes. La ilusion no puede ser mas completa. Desde la cimera del

casco hasta la uña del caballo, lo cubre todo el hierro. En el centro cabalga, con la lanza en la cuja y la espada al costado, la armadura de Francisco I, es decir, una de sus armaduras, porque aquel rey caballeresco usaba sus armaduras como jubones, y las ha sembrado á trozos en los campos de batalla de su época. A su alrededor, en pie y formando hileras, están colocados espectros de hierro cuyas cabezas son yelmos, los pechos corazas, las piernas mantingalas, las manos manoplas: parece que está pasando una revista en Marignan. Esta reconstrucción del hombre armado de la edad media es de un efecto raro; hace resucitar las batallas de aquella época terrible en toda su originalidad bizarra y salvaje. Estas estatuas espantosas de hierro debían dar un prestigio formidable á los que las revestían. ¡Al estar frente á frente con ellas en la matanza de la acción, se debía creer que no se combatía con hombres! Y cuando el vencido caía cediendo al impulso vigoroso de uno de ellos; y sentía su espuela raspar rechinando su coraza, debía comprender que no le quedaba otro recurso que tender su garganta con resignación á la punta de la espada, porque la visera de su casco estaba alzada y el vencedor no tenía ojos ni oídos; no era un semblante humano lo que tenía, sino una máscara impenetrable de metal; ni los gestos suplicantes ni los angustiosos gritos penetraban aquella ceguera y aquella sordera de hierro.

Algunas veces la escultura trabajaba aquella masa inerte y la daba una forma bestial ó fantástica, como para hacerla mas terrible aun. Hay un casco en aquella sala que representa una cara de una hediondez grotesca y terrible á la vez. La visera de otro tiene una prolongación en figura de canal de tejado; y á la altura de la boca, se entreabre el hierro formando una figura espantosa. Hay una armadura llamada *Armadura de los Leones*, porque todas sus piezas terminan en cabezas de león, de manera que la cabeza del que la llevaba desaparecía bajo el mascarón del animal feroz. Hay otras blasonadas que ostentan en relieve toda la colección fantástica de animales que se ven en los escudos, como unicornios, dragones, leones marinos, etc. Esto prueba que el vestuario era digno de las tragedias que se representaban. Por lo demás, el capricho variaba en todos sentidos estos adornos; unas veces eran violentos y feroces, otras veces graciosos y llenos de coquetería, porque el triste vestido de hierro admitía también el lujo y la pompa. Hay algunos cuyos cincelados recorren todos sus contornos como el lapidario que graba una alhaja. Hay una armadura, que aunque pertenece ya al siglo XVI, es decir, al tiempo en que ya la artillería acababa de destruir las panopias feudales, trata de imitar en sus adornos las modas nuestras de aquella época. Los pesados broches que la cierran por delante tienen forma de botones, los adornos figuran las cuchilladas que se usaban entonces en los jubones, y es muy curioso ver el macizo hierro parodiando pesadamente las ondulaciones y la elegancia del terciopelo. En otras armaduras, el corte es verdaderamente marcial y heroico. Francisco I llevaba en Marignan, para que le conocieran mejor, una coraza recamada de flores de lis y de carbunclos. Era como un blanco de oro que hacía relucir en lo mas fuerte de la pelea para atraer los mandobles y las flechas de los combatientes. Considerada bajo su verdadero punto de vista, esta opulencia belicosa tenía por objeto el fascinar. Los soldados del tiempo de Napoleon recuerdan el prestigio que le daba á Murat el traje extravagante de rey sarraceno del Ariosto con que se enmascaraba los días de batalla.

Pero lo que sorprende y desconcierta mas las ideas, es la altura colosal de aquellos trajes de hierro. A primera vista se resiste la imaginación á creer que cabezas humanas hayan podido soportar aquellos cascos, y que haya habido miembros que hayan podido revestir las diferentes piezas de aquellas armaduras. Sin embargo, la reflexión ayuda poco á poco á comprenderlo: la amplitud del yelmo, por ejemplo, se explica por la necesidad en que se veían de dejar un intervalo entre la cabeza y el hierro del casco, intervalo que ocupaba la larga cabellera recogida, y algunas veces un capote de malla, pues de lo contrario un solo golpe de maza dado con fuerza, al abollar la cimera del casco hubiera roto el cráneo como una cáscara de nuez. Lo mismo sucedía con la coraza y las demás piezas que se mantenían á cierta distancia de la carne para dejar á los guerreros la movilidad posible en sus ademanes y gestos. La costumbre hacía lo demás. Desde el principio de su noviciado militar vestía el caballero la armadura para no quitársela ya; crecía con él, y modelaba sus miembros gradualmente para que soportara la opresión de su corteza de hierro, que concluía por convertirse en una segunda epidermis mas sólida que la natural. La constitución misma de la feudalidad imponía aquella etiqueta rígida y continua de estar armado de pies á cabeza. La caballería con los votos que hacía pronunciar, con los privilegios que concedía, era una especie de sacerdocio, un sacerdocio militar y belicoso cuya vestimenta sacerdotal era la armadura, y tan cierto es esto, que tenía como la iglesia su excomunión, ceremonial terrible al que se aso-

ciaba la religión. Cuando un caballero había faltado al honor, se le hacía subir á un cadalso; el verdugo le arrancaba su armadura pieza por pieza con una lentitud siniestra; empezaba por el casco, que tiraba al suelo diciendo: «¡Este es el casco de un cobarde!» y esta anatema lúgubre acompañaba al despojo sucesivo del guerrero degradado. Entonces el heraldo de armas preguntaba tres veces á la turba del populacho con una ironía aterradora: «¿quién estaba delante de él?» Tres veces nombraban al caballero, y tres veces negaba el heraldo, y decía: «Eso no es cierto: aquí no hay ningún caballero; solo hay un cobarde y un perjurio.» Al mismo tiempo los curas salmodiaban alrededor del cadalso el canto de difuntos como si estuvieran alrededor de un catafalco, porque estaba bien muerto, muerto para su rey, para su raza, y para su patria; y aquella ejecución de su honor equivalía en el concepto de todos á la ejecución de su cuerpo. La armadura era, pues, un símbolo consagrado por el blason, como la cruz y las iniciales de la inscripción del Golgotha consagran la casulla y la dalmática. Un cronista refiere una historia tan extraordinaria que parece una leyenda. En una guerra que hubo en el Hainaut, una banda de caballeros encontró una turba de pecheros que venían contra ellos armados con horquillas y palos, y por no rozar sus corazas con los toscos vestidos del paisaje ni cruzar sus lanzas y espadas con los instrumentos de labranza, prefirieron morir, suicidándose la banda entera por inercia. Su pesada caballería hizo alto, y se dejó derribar fila por fila, inmóvil como un pelotón de estatuas ecuestres, sin que saliera una lanza de su cuja ni una espada de su vaina. Aquellos despojos nobles de las batallas son como una parte de la historia de la caballería, y esta idea aumenta el interés que inspira su vista.

Imposible nos sería dar una idea exacta de la pertenencia de cada armadura y cada casco de los que encierra aquel arsenal inmenso, aunque no tan rico en curiosidades como la Armería de Madrid, á pesar de los saqueos que ha sufrido; nos contentaremos con indicar la armadura de Enrique III, la del duque de Guisa el *Acuchillado*, la del condestable de Montmorency, la del duque de Mayenne, y la de Federico V el Conquistador, rey de Bohemia. Hay una allí que sería una reliquia inestimable para los franceses, si fuera cierta su autenticidad; es la armadura de Juana de Areo. Pero desgraciadamente los arqueólogos contradicen aquella tradición seductora, lo cual es muy sensible, porque sería muy grato el poder tocar con un respeto piadoso la coraza bajo la cual latió aquel corazón virginal y heroico, la armadura casi milagrosa de aquella hada, de aquella santa, de aquella Clorinda de la historia de Francia.

Hasta ahora hemos hablado de las armas defensivas y resistentes del guerrero; ahora describiremos el confuso trofeo de armas ofensivas que encierra la sala siguiente. Después de la pluma del águila y de la piel del león, necesitamos las garras y las zarpas.

La primera es la espada, la mas noble, antigua y universal de todas las armas, el arma que decidía y concluía las batallas, el arma de la pelea general y del combate singular, el símbolo del mando y del heroísmo. Para el caballero, la espada era el talisman de su vida y de sus privilegios; ella le había hecho ser lo que era. El espaldarazo de su hoja consagraba su recepción en la milicia gloriosa, como el boteón simbólico que dala mano del obispo consagraba la concesión de uno de los sacramentos de nuestra religión. Una vez ceñida á su costado, no la dejaba ya: se constituían en compañeros inseparables. El hablaba en nombre de ella, obraba por ella. El lenguaje metafórico de aquella época habla de la espada como de un ser viviente. Frecuentemente se la bautizaba con un nombre marcial y sonoro. La espada de Carlomagno se llamaba la *Placentera*, la de Rolando *Durandal*, la de Oliveros *Hautcler*, la de Reinaldo *Ardiente*, la del Cid *Tizona*. Bayardo habló á la suya después que armó caballero á Francisco I. Algunas veces tenían una divisa grabada en la hoja. Estas divisas eran generalmente súplicas ó oraciones; *In te Domine speravi*, se lee en una de ellas; en otra, *Ne movear in terra ad dexteram Jehova*; en otra, *Ave Maria*. Su empuñadura en forma de cruz era como un crucifijo militar que los paladines heridos de muerte abrazaban al espirar. Un prestigio religioso estaba unido á aquella arma de las luchas supremas y últimas.

Esta parte del trofeo que hay en el Museo es de una riqueza inmensa. Se pueden contar casi sin interrupción todas las edades y metamorfosis de la espada, desde la espada Franca de los primeros reyes, hasta los sables de honor del Imperio y de la Restauración. Algunas de ellas son verdaderas reliquias guerreras; se conoce la de Francisco I, rendida en Pavia á las tropas españolas y entregada por Fernando VII á los franceses. Las de Carlos IX, Enrique IV y Luis XIV llaman también la atención por las evocaciones reales que suscitan en la imaginación. Citaremos también un recuerdo precioso de una costumbre sencilla y tierna del tiempo de la caballería: son dos espadas gemelas, fabricadas simétricamente, de manera que pueden entrar juntas en una misma vaina; sus hojas reposaban así una al lado de otra como en un lecho fraternal. Habrán pertenecido probablemente

á dos de aquellos hermanos de armas que como Clisson y Du Guesclin, se juraban una alianza armada y vigilante. Desde entonces dormían en una misma tienda, cuartelaban sus escudos, confundían en uno solo sus gritos de guerra, y eran el uno para el otro una rodela encantada, una armadura viva, y la muerte sola tenía la facultad de romper esta fraternidad militar.

La espada es casi la única arma ofensiva que la edad media ha legado á los tiempos modernos. Las otras armas proporcionadas á las luchas gigantescas, al inmenso cuerpo á cuerpo de las batallas de aquel tiempo, asustan por su aspecto bizarro y feroz; se las ve casi sin poderlas comprender. Allí están aquellos espadones gigantescos de hojas ondulantes que aclaraban los batallones como si fueran sierres dobles; aquellos látigos de guerra, de correas apretadas, que arrebatában á los ginetes de las sillas y los tiraban á tierra á impulsos de su pesada flagelación; aquellas *misericordias* que, puesta su punta en la garganta del guerrero vencido, le obligaba á decir su nombre; aquellos arcos desmesurados cuyas cuerdas nos desollarían hoy las manos al quererlos tender; aquellas mazas de armas que de un solo golpe hacían entrar el hierro del casco en el cráneo; aque-

ca ostentan á nuestra vista los *rompe-cabezas* de sus negros; los *scalps* de los salvajes y aquellas dagas ó *kryts* del Malabar, ondulantes y venenosos como serpientes, cuyos mangos están esculpidos y representan grotescos ídolos. Las civilizaciones y barbaries antiguas son generalmente estacionarias, y han rechazado casi siempre las ofertas y los adelantos de la Europa; es probable que no cambien nunca sus mitologías sensuales ó feroces por la religión de Cristo, y que no abandonen su soñoliento letargo ó su vagamundez nómada para abrazar la vida normal, activa y regular de nuestras ciudades. Pero si rechazan el crucifijo del misionero, y aun algunas veces el fardo del mercader, en cambio, ¡con qué avidez tan furiosa se echan sobre las armas de los soldados europeos! No fué necesario mucho tiempo, en la edad media, para que la Turquía, que no era nación todavía, sino caravana, y que interponía entre la Europa y ella su Corán y su cimitarra, adoptara el descubrimiento de Bertoldo Schwartz (1); desde el sitio de Constantinopla, vemos á Mahomet II batir en brecha los muros de aquella ciudad con una artillería prodigiosa, de que nadie tenía razón entonces. Hoy en día, los salvajes del mar del Sur y de la América del Norte se matan unos á otros con carabinas ingle-



llas picas de 12 pies. No es esto todo: en la edad media, todos los instrumentos agrícolas abandonaban sus pacíficas labores para ir á la guerra. La hoz de las cosechas segaba lo mismo los pelotones de hombres en una pelea, que los manojos de espigas en los sembrados; las podaderas de la vendimia cortaban lo mismo las manos de los hombres y los corvejones de los caballos que los sarmientos de las viñas: finalmente, como hemos dicho antes, los látigos de los carreteros con alguna pequeña reforma, se convertían en látigos de guerra que mataban y deshonoraban á un tiempo. Todo el aparato agreste de los georgios está allí transformado en trofeo de armas mortíferas, como una parodia terrible.

Armas asiáticas y africanas salpican bizarramente aquel trofeo caballeresco. Ya sea que las naciones bárbaras inventen estas armas ó las imiten, las dan una forma y un aire que las hace distinguir entre todas: el Asia las hace magníficas, el Africa terribles. Así es que por una parte se admiran los magníficos sables de Damasco con empuñaduras guarnecidas de perlas, y que producen vibraciones sonoras cuando se les toca como si fueran instrumentos de música, reflejándose la luz en sus hojas como una agua límpida y tranquila; aquellos *khandjars* turcos con sus vainas de pedrería, que hacen recordar las venganzas nocturnas de los harems; aquellas lanzas indias cuyos hierros se separan en tridentes brillantes y dorados; aquellas aljabas del Mogol recamadas de esmeraldas, y herizadas de flechas guarnecidas de plumas de pavo real; en otro lado la Oceanía y el Afri-

cas; pronto el cañón á la *Paichans* pasará el Océano y le oiremos tronar en las guerras de los rajahs indios con los reyes de Abissinia. Solamente el soldado chino hace girar aun la ruedecilla del arcabuz primitivo detrás de su mampara de 600 leguas.

RASCO HISTÓRICO.

TENTATIVA DE ASESINATO CONTRA JOSÉ I DE PORTUGAL: ESPULSION DE LOS JESUITAS (1758).

La misteriosa singularidad de este suceso, las personas que en él se vieron comprometidas, la horrenda pena que sufrieron, y en parte tocó á los jesuitas, forman un episodio muy notable entre los muchos que la historia de Portugal refiere. Destina la providencia á cada siglo un trabajo en la inmensa obra del progreso; los operarios varían, pero el arquitecto y el fin son inmutables. En el pasado tocó muy de lleno su vez á los reyes; aquel siglo inaugurado con una guerra dinástica y concluido por una revolución aciaga á tantas dinastías, fué impelido en su marcha por los monarcas que in-

(1) Fraile alemán que inventó la pólvora.

vocaban el auxilio de los filósofos. La campaña principal se mantuvo contra el poder eclesiástico, y señaladamente contra los jesuitas, ejército que llegó algo tarde al campo de batalla. Como á los antiguos templarios culpábaseles de muchos crímenes; cometieron al menos *graves faltas* haciendo frente al movimiento y tomando la apariencia de conspiradores, tan fácil de creer en corporaciones exclusivas y poderosas cuando entran mano en los asuntos políticos. Agrupáronse pues en su daño muchas antipatías, y vinieron á ser espulsados entre el grito de maldición que repetía el épico brasileño José Basilio de Gama.

«Vai filha da ambizao, onde te levan
ó vento é os mares; possam teus alumnos
andar errando sobre as aguas; possa
negarlhe á bella Europa abrigo é porto.»

Este espíritu de la época hizo que José I diese su confianza á Sebastian José de Carvalho y Melo, despues conde de Oeiras y marqués de Pombal, que trató ahincadamente de desentorpecer á la nacion por los medios de mando absoluto puestos en voga entre los hombres de gobierno á ejemplo de Richelieu. El temple de su alma se reveló cuando la catástrofe de Lisboa. «¿Qué hemos de hacer?» exclamaba aterrado el rey. «Entrar los muertos y pensar en los vivos», le contestó el ministro. Brillante fué su administracion: el comercio, la industria, la marina, la agricultura, la instruccion se mejoraron, no sin tener que arrollar obstáculos; y para ese fin de desembarazar el camino trató Pombal de humillar á la nobleza, y declaró guerra sin treguas á la Compañía. Imponente esta por sus riquezas, temible por la fuerza de su ciega disciplina, inspiraba profundos recelos á todas las córtes, y mas á la de Lisboa, exasperada por la resistencia que opuso al cambio de la Colonia del Sacramento con el Paraguay. Estaban pues, frente á frente los enemigos, buscando el futuro marqués una ocasion propicia de aniquilar á los suyos, é intrigando ellos para derrocarlo. La familia de los marqueses de Tabora era de las que mas resentimientos abrigaban, por haber perdido el valimiento que en el reinado anterior disfrutára á la sombra del padre Gaspar de la Encarnacion. Luego se añadían piques entre ellos y Carvalho, cuya alianza desecharon, y ofensas de honor por la condesa jóven, á la que el rey visitaba con frecuencia. El jesuita Malagrida servia de oráculo á los descontentos; y el jesuita Malagrida que en el seno de su madre hacia llorar á los querubines que la acompañaban, y que contaba otras visiones por el estilo, estaba muy lejos de simpatizar con el hombre árbitro del gobierno.

Tales andaban las cosas y los ánimos, cuando en la noche del 3 de setiembre de 1758 salió el rey á visitar á la condesa de Tabora, acompañado de su confidente Pedro Tejeira. La noche era oscura, y á través de sus sombras se divisaban varios grupos colocados en el espacio que mediaba entre la estremidad setentrional de la quinta llamada *del Medio*, y la meridional de la titulada *de Arriba*, por cuyo camino acostumbraba el rey á recogerse. Apenas habia doblado el coche la esquina de la primera quinta, cuando un hombre salió de improviso, y encarando al cochero la boca de un trabuco ó carabina amartilló sin que saliese el tiro, visto lo cual aguijó aquel los caballos é hizo que partiesen al galope. Otros dos hombres que un poco mas abajo se habian ocultado en el boqueron de un muro, salieron velozmente tras del carruaje, sobre cuya espalda hicieron fuego. La carga que era de munición gruesa, acribilló la caja, hiriendo al rey en la parte exterior del hombro y brazo derecho hasta el codo, y causándole varias lesiones en la interior por donde pasó rozando con el pecho. Aturdido el cochero no acertaba á tomar resolucíon; pero el rey le mandó retroceder y marchar á toda prisa á la casa de su cirujano. Mientras tanto reuníanse en las tierras inmediatas al camino los agresores, y refiere el proceso que uno de ellos (el marqués de Aveiro) exclamó rompiendo su carabina: «Valgate el diablo, que cuando yo te quiero no me sirves.»

Guardóse por de pronto el mayor sigilo: solo se escuchaba ese sordo rumor que siempre llega al público hasta en las cosas mas reservadas que ocurren en el recinto de los palacios. Súpose por fin que los principales miembros de las casas de Aveiro y Tabora habian sido encarcelados, instituyéndose para juzgarlos un tribunal llamado *de inconfianza*; y que se le habia concedido la terrible facultad de poder estender las penas merecidas, de modo que tuviesen la posible proporcion con las execrables y escandalosas culpas que se imputaban á los reos.

Los acusados fueron doña Leonor de Tabora, marquesa de ese título, de belleza célebre y alma varonil; su marido, antiguo virey de las Indias; Luis Bernardo, su hijo, marqués jóven; José María, hermano de este; el duque de Aveiro José Mascareñas, cuyo apellido han hecho célebre algunos versos de Camoens; don Gerónimo Ataíde, conde de Altoquiza, y otros cuatro que figuraban como agentes subalternos. La sentencia, que contiene un amplio resumen del proce-

so, declara la complicidad de los jesuitas, y señaladamente de los padres Juan Mattos, Francisco Alejandro, y Gabriel Malagrida. *Prometan los religiosos, dice, indemnidad al reo en la ejecucion de aquel infernal parricidio, opinando que no pecaría ni levemente.* Preciso es confesar que la doctrina de algunos miembros de la Compañía daba márgen para creerles capaces de semejantes máximas. El odio exageraba en verdad, pero ellos ofrecían tambien mucho campo á los ataques. Francisco Javier Damiens, su pensionista y discípulo, habia herido al rey de Francia en 5 de enero del año anterior. ¿Era pues, extraño que se hiciese pesar sobre ellos la responsabilidad directa ó indirecta de tales atentados? Decíase, probablemente sin fundamento, que habian hecho cundir á estilo de profecía, el anuncio de hallarse próxima la muerte del monarca portugués; y tambien lo que es mas cierto aun cuando no sirva de prueba en contra suya, que los de Roma tuvieron noticia exacta del suceso, al mismo tiempo que la legacion declaraba ser la indisposicion del rey efecto de una caída.

La sentencia de aquella ruidosa causa dá como plenamente demostrado el delito: los pasos de los reos, sus ocultos móviles, sus conciliábulos, el dinero que cada uno habia aprontado, el punto donde se compraron las armas... todo se refiere allí y especifica. Y eso no obstante, ¡cuántos motivos hay para dudar de la exactitud de un proceso que respira crueldad y encono, —del mérito de conjeturas vagas y falibles que se equiparan á la evidencia, del valor de confesiones arrancadas por el tormento! Merced á esto ha llegado á ponerse en duda el hecho mismo; no hay empero fundamentos para negarlo. Mas difícil es afirmar si fué efecto de una conspiracion con miras políticas. Cualesquiera que fuesen los reos, el plan no tenia estensas ramificaciones; y tal vez á resentimientos privados se unieron solapadamente miras de mayor trascendencia.

Pronuncióse por fin el fallo en el palacio Ntra. Sra. de la Ayuda, en junta de 12 de enero de 1759. Algunas líneas bastarán para que se forme juicio de su atroz severidad. «Condenan, dice, al reo José Mascareñas á que como uno de los tres cabezas ó gefes principales de esta infame conjuracion, y del abominable insulto que de ella se siguió, sea llevado con soga al cuello y público pregon á la plaza del lugar de Belem, y que en ella en un cadalso alto, que estará levantado de suerte que el castigo sea visto de todo el pueblo, á quien tanto ha ofendido el escándalo de su horrible delito, *después de ser roto vivo, quebrándosele las ocho canillas de las piernas y brazos, sea puesto en una rueda, para satisfaccion de los presentes y futuros vasallos de este reino, y que después de hecha esta ejecucion sea quemado vivo.* » *Geme ofendida á naturaleza*, debe exclamarse con el épico antes mencionado.

Parecida fué la suerte de los demas: solo á doña Leonor de Tabora, por algunas justas consideraciones (relevándola de mayores penas) se la condenó únicamente «á morir de muerte natural para siempre, separándole la cabeza del cuerpo, el cual despues será reducido á cenizas.»

El anciano Malagrida, entregado á la inquisicion, vino á perecer en la hoguera: la Compañía fué espulsada en 5 de setiembre de aquel año. La carta que con este motivo dirigió el rey al cardenal patriarca de Lisboa, contiene una larga y poco templada enumeracion de quejas: «En estas indispensables circunstancias tengo determinado (dice por conclusion) que los sobredichos regulares corrompidos, lamentablemente extraviados de su santo Instituto, é incapacitados manifestamente por tantos, tan abominables, y tan inveterados vicios de volver á la observancia... sean pronta y efectivamente exterminados, desnaturalizados, proscritos y espulsados de todos mis reinos y dominios, para que nunca puedan volver á entrar en ellos.» (1)

Tal fué el desenlace de un suceso, cuyos graves pormenores son hoy poco conocidos. El vapor de aquella sangre, el humo de aquellas hogueras anubla algo la memoria de Pombal, hombre nacido para el mando, y cuyas reformas estensas, si bien prematuras, no olvidan los portugueses.

Muerto José I, su hija doña María mandó reveer la causa de la conspiracion, y en 5 de abril de 1781 fueron los antiguos reos declarados inocentes «por los mismos jueces (refiere M. J. Denis) que firmaron la sentencia de condenacion! »

A. GIL SANZ.

(1) Estimulado de causas urgentes, justas y necesarias «que reserva en mí real dñimo.» Así hablaba en idéntico caso nuestro buen Carlos III.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

No era fácil, en verdad, adivinar al bullicioso, intrépido, seductor capitán, en el hombre de aspecto melancólico, sembrada la cabeza de prematuras canas, desfigurado el rostro por cárdenas ojeras, huyendo de las gentes, dejándose codear impunemente, y vistiendo con un desaliño estremado, aunque sin tocar ni de lejos en la falta de limpieza.

Vagaba por las calles y paseos de Madrid huyendo de sí mismo, como los espectros de los insepultos, según las paganas creencias, por las orillas del Egeonte. Habíale Laura, al espirar, impuesto el precepto no solo de vivir, sino de procurar reconciliarse con la vida, y cumplíalo severa aunque dolorosamente.

«Cárlos, dijo la moribunda religiosa á su hermana Inés, en cuyos brazos exhaló el último suspiro: Cárlos es un hombre escepcional, que se debe á su país y á la humanidad entera, y que al saber mi muerte es capaz sin embargo de cualquier atentado. Dile que, como se lo tengo ofrecido, mi postrer pensamiento es para él y sin remordimiento alguno, porque mi antiguo amor, espíado está con el sacrificio de mi vida, y el que tengo ahora no ofende al Criador. Dile que no trate de vengarme; dile que viva; dile que se consuele; y dile que no renuncie ni á ser dichoso, ni á hacer la felicidad de una mujer honrada. Cárlos será el modelo de los maridos, y yo desde el cielo, á donde ir espero por la misericordia divina, velaré por él, si cumple mis últimos votos.»

Pocos instantes después espiró Laura, y no muchos días tardó Sotopardo en saber aquel su amante testamento de los labios de la excelente Inés, modelo de amor fraternal, como de castas esposas.

Deseando morir, érale preciso resignarse á la vida; y en literal supersticiosa observancia de la postrimera voluntad de su amada, en vez de estarse en la soledad que su corazón apetecía, andaba don Cárlos, como dijimos, vagando cual sombra sin cuerpo, de calle en calle, de paseo en paseo, de reunion en reunion.

Indiferente á todo, sin alegrarse nunca, siempre melancólico ¿Cómo no había de llamar la atención pública? ¿Cómo no se le había de calificar de un original sin copia?

Así fué, en efecto, y á su primera y no buena reputacion, se agregó la de extravagante de mal género; porque el mundo, con su habitual benevolencia, dijo que no contento don Cárlos con haber perdido á la Condesa, y deshonrado á su esposo, causando la muerte de entrambos, quería llevar el escándalo mas allá de la tumba, singularizándose con su afectada melancolía.

No hay cosa como cobrar buena fama, ni juicios tan imparciales y caritativos como los de la culta sociedad.

Durante algun tiempo, sin embargo, como era pública la destreza en las armas de Sotopardo, y su valor notorio, abstúvose todo el mundo de demostrar en su presencia el mal concepto en que se le tenía; pero, habiendo observado los inteligentes que habia completamente desaparecido su antiguo caracter quisquilloso, y que se le codeaba y pisaba, ó se le quitaba la palabra de la boca, sin que se diese por entendido, estendieron la voz de que al león se le habian caído las uñas.

Sin embargo, las primeras que osaron acometerle fueron las mugeres, temibles cuando osan, porque precisamente su debilidad las hace implacables. Poco á poco, de pulla en pulla, pasaron á las indirectas; de ellas á los sarcasmos; de ahí, en fin, al desprecio sin rebozo. Al mismo compás, los *leones* del gran mundo, entonces llamados *petimetres*, y adviértase que la tal raza se hace siempre justicia buscando el nombre que la distingue fuera de la lengua española; los *leones*, decimos, al compás de sus hembras, fueron sucesivamente empleando la pulla chocarrera, la indirecta del padre Cobos, el sarcasmo desvergonzado, y el desprecio insultante contra el triste don Cárlos, quien, sin dignarse fijar en ellos ni en ellas la consideracion, proseguía concurriendo á todas partes, porque tal era la voluntad postrera de su Laura.

En tanto Milagros y Matilde simultáneamente, aunque cada una segun su posicion, medios y carácter, no perdonaban arbitrio ni ocasion para reconciliarse con Sotopardo.

Ya se hacían las enconadrazas; ya, cuando todos le huían, le buscaban ellas; ya por medio de billetes misteriosos le citaban; ya con amenazas querían asustarle. Todo fué inútil: don Cárlos vivía solo para la memoria de Laura; y no hallando recurso ni la madre ni

la hija, convenciéronse de que solo el tiempo podia sacar á aquel hombre de la atonia moral en que se encontraba.

Para Matilde la cuestion de tiempo solo exigia paciencia; mas para Milagros la dilacion era la muerte, porque la vejez se iba de ella apoderando á pasos agigantados.

En tal estado de cosas llegaron á Madrid dos personajes de los episódicos de esta complicada narracion; pero que episódicos y todo provocaron una crisis decisiva en la vida de Sotopardo.

Fué el uno su Teniente y amigo Betanzos, á quien negocios de ajustes del cuerpo llevaban á la corte; y el otro, que de regreso de un viaje á Paris aparecía en Madrid, el famoso duelista marqués de Motril.

La primer diligencia de Betanzos fué buscar á su antiguo capitán; mas al contemplar su lastimoso estado cayéronsele las alas del corazón. Sin embargo, y por lo mismo, acompañole mas que nunca, tanto que llegaron á hacerse inseparables, y á ser así llamados en Madrid.

En cuanto al marqués que aun no habia podido digerir ni el wals que no bailó, ni su destierro de Sevilla, constituyóse naturalmente en jefe de la cábala contra don Cárlos, y con aplauso universal de la buena sociedad anunció el propósito de arrojar de ella á tan mal caballero, indigno en todos conceptos de alternar con gentes que se respetasen á sí mismas.

Digamos que en Matilde, muy popular en el gran mundo por su belleza, elegancia y aventuras, y que aunque muger de un simple capitán tenia derecho á figurar en los altos círculos, por la familia y caudal de su marido, halló el marqués un aliado celoso y ardiente, tanto mas ardiente cuanto mas ofendida la tenia la reciente indiferencia á sus *avances*, no equívocos por cierto, del desventurado proscripto.

Dispuestos de tal modo los ánimos, capitaneados los hombres por el marqués de Motril, y las mugeres por Matilde de Mendoza, faltaba solo para vengar la *moral ultrajada*, dando al culpable el golpe de gracia, una ocasion oportuna; y como esa se deseaba con ansia no podia tardar en presentarse.

Presentóse, en efecto, y pronto; digamos cómo.

En aquel tiempo la reunion mas elegante, culta y escogida de la corte, era la de la Duquesa del Puente de Oro, magnífica ruina de los tiempos de lúbrica memoria, en que Madrid al finalizar el último pasado siglo y comenzar el que vá hoy mediado, rivalizaba en cortesana corrupcion con la misma Persépolis. Habia la duquesa desde sus primeros años escandalizado á los contemporáneos de Cárlos III, y no pudiendo, ya madura, hacer otro tanto con los felices vasallos del señor don Cárlos IV, porque eran gentes á quienes nada podia asombrar, consiguió á lo menos rayar tan alto, tan alto en materia de aventuras galantes, que fué como maestra y vencedora de todas sus coetáneas, particulares, duquesas y princesas y aun mas que princesas. Para cualquiera que tenga idea de las *descostumbres* de la época á que aludimos, hemos dicho bastante y aun sobrado.

Andando el tiempo envejeció la Puente de Oro, y en vez de entregarse, como otras muchas, á la devocion, constituyóse en observadora inteligente, en juez filósofo del campo de la galantería, y en protectora de todas las principiantas de elevada esfera ó altas esperanzas. Amena y fácil en el trato, aunque sin descender nunca de su trono aristocrático, ligera en el decir, ingeniosa en el sarcasmo, y sobre todo laxa sin límites en las doctrinas, vieja y todo tenia no sabemos qué encanto, en cuya virtud hombres y mugeres, ancianos y jóvenes, discretos y poco avisados, buscaban todos con anhelo su sociedad. El núcleo de ésta lo formaban las hijas, nietas, sobrinas, y parientas, mas ó menos remotas, de la duquesa misma, y algunas pocas, privilegiadas señoras, jóvenes y bellas por decontado, que por favor especialísimo eran al círculo de su intimidad admitidas, previa severa informacion que justificase su calidad de mugeres á la moda. Mas condescendiente con los hombres, recibia la duquesa los de todas clases y condiciones, dentro del círculo de la *buena sociedad* por supuesto, con tal de que alguna singularidad, buena ó mala, los distinguiese del comun de los mortales. A Sotopardo, su cuna le daba incontestable derecho á ser admitido, pero cuando esa y sus dos charreteras, y su hábito de Alcántara le faltasen, restábase su reputacion de *Lovelace*, y le sobraba entonces la *originalidad* de su melancolía, para ser no solo recibido, sino buscado. Betanzos entró en casa de la duquesa como una *posdata* inseparable de don Cárlos.

¿Necesitamos decir que el marqués de Motril era y debía ser individuo nato de aquel privilegiado cónclave? No por cierto, pues le sabemos título, rico, gastador, á la moda, y duelista por añadidura.

Mas difícil le fué penetrar en el santuario á la bella Matilde, y no sin grandes esfuerzos lo consiguió al cabo de muchos meses; pero desde su vuelta á Madrid comenzaron sus aventuras galantes, y la duquesa, como muger que lo entendia, echó de ver en ella tanto aplomo, desembarazo tal, y tan profunda maestria, que en cierta oca-

sion dijo á uno de los pocos contemporáneos que ya le quedaban:

«Esta muchacha parece de nuestros tiempos: lástima que no sea más que mujer de un pobre capitán, porque ella tiene alientos para manejarse aunque fuera con un Grande. Me han dicho que desea mucho venir á casa, y voy á decir que me la presenten.»

Matilde, pues, por su propio mérito, sin favor alguno, fué admitida y hasta llamada al primer círculo de la sociedad madrileña, y una vez rota la valla, que era la más difícil, supo con tal tino conducirse, que á poco figuraba en él en primera línea, y como si para eso solo hubiese nacido.

«¡Cuándo yo lo decía! Esclamaba algunas veces la duquesa, cada vez más encantada con su protegida: ¡Cuándo yo lo decía! Esta muchacha debiera haber alcanzado los buenos tiempos, porque así vino lo que no ha visto.»

Ese círculo, esa sociedad privilegiada, ese *Sanhedrin* de la moda, ese santuario de la galantería, fué el teatro escogido para lanzar sobre la cabeza de don Carlos el malo el anatema que su inmoralidad merecía.

No se bailaba ni se jugaba en casa de la duquesa: un espacioso gabinete suntuosamente adornado era el tabernáculo donde la deidad de la moda, sentada en un cómodo sillón, rica y sencillamente vestida, cubiertas apenas las no ocultas canas bajo una nube de sutiles amarillentos encajes, envuelto el cuerpo en una mantellina de mallas, apoyados los pies en la dorada barandilla de la chimenea francesa, y las manos metidas en un caliente manguito, recibía á sus sabedores favoritos. Libros, grabados, un piano siempre abierto, un tablero de ajedrez exclusivamente reservado para el uso de dos ó tres veteranos, seductores de los tiempos de Godoy, y la libertad absoluta de ir, venir, y mezclarse ó no en la conversacion, á eso se reducía la tal tertulia, y con eso solo cautivaba á todos sus concurrentes.

La noche para la ejecucion del culpable señalada, la reunion fué mas numerosa que nunca; la duquesa dejaba ver en su frente una imperceptible nube, de aquellas que solo la vista del piloto experimentado divisa, pero que son infalibles precursoras de la tempestad. Una de sus nietas preludiaba en el piano ya un tema alemán, ya una melodía italiana; los viejos jugaban al ajedrez, y el resto de la sociedad, dividida en corrillos, conversaba en voz baja aunque animadamente.

Matilde, sentada en un taburete á los pies de la duquesa, que jugaba distraída con los bellos rizos de su protegida, no daba más signo de agitacion que el de mirar de cuando en cuando á la puerta, hasta que ya á las diez dadas, anunció el portero de estrados al señor Marqués de Motril. Todos los ojos se fijaron en el joven duelista, quien entrando con su aire el más mortífero, repartió á derecha é izquierda tres ó cuatro desdeñosas cabezadas, besó la mano de la duquesa, de quien se pretendía algo pariente, y lanzó á la muger de Mendoza una mirada de inteligencia, que suponía aun mayor intimidad que la natural entre conjurados.

—Ahora se acaba el teatro, dijo Motril, y me parece que no tardará en venir nuestro hombre.—Paréceme, contestó la Duquesa, que fuera más cuerdo dejarle en paz.—Y alternar con persona de mal tono? replicó Matilde con el eco más dulce de su voz: Yo por mi parte le tengo lástima, pero no puedo olvidarme de aquella pobre Condesa....—¡Su conducta con ella fué infame! exclamó Motril, cuya indignacion se comprenderá muy bien, sabiendo que llevaba seducidas y abandonadas hasta media docena de desdichadas mugeres, á la verdad de baja estraccion.—Es infame, clamaron en coro, vestales y no vestales; es infame y merece castigo, por lo menos la expulsion de ese hombre de entre nosotros.—Vista la unanimidad de la opinion, la Duquesa, aunque no estaba de acuerdo con ella, bajó la cabeza y dejó seguir á los sucesos su curso natural.

Antes de dar las once Sotopardo, seguido por supuesto de su inseparable Betanzos, hizo su entrada en la tertulia. El ama de la casa fué la sola que le dió las buenas noches, el resto de la sociedad permaneció en profundo silencio, silencio que unido á la alteracion de los semblantes, á la estudiada gravedad de las actitudes, y á ese indefinible aspecto que toma toda reunion de conjurados en presencia de su futura víctima, debieran haber revelado á Sotopardo si no lo que se tramaba, al menos que algo contra él se tramaba: pero su preocupación era tan constante y profunda que, sin advertir cosa alguna, tomó asiento al lado de los jugadores de ajedrez; y fijando los ojos en el tablero, sin ver las piezas, quedóse en su habitual melancólico éstasis.

No estaba Betanzos tan tranquilo; su buen sentido suplía en gran parte la práctica del gran mundo que le faltaba, y los síntomas del cataclismo eran además tan evidentes, que apenas se concibe que á la egeedad misma de don Carlos se ocultasen. Como quiera, el buen teniente, alarmado y mucho, propúsose observar nimientemente cuanto ocurriese, acudir á parar los golpes que pudiese, y en último caso sacar á su amigo de su letargo, con una franca vigorosa advertencia.

El Marqués, despues de pasarse la mano por el rizado cabello, ajustar el nudo artístico de la corbata, echar un poco atrás la parte superior del frac, y meter el dedo pulgar de la mano derecha por la bocamanga del chaleco, dejóse caer en un sillón, y con acento ya provocativo dijo:

«Duquesa, veo la gente desanimada esta noche; y si V. me lo permite, voy á aprovechar la ocasion para despacharme á mi gusto. Deliro por contar cuentos, y voy á relatar uno interesantísimo.» —«Si, respondió Matilde sin dar lugar á que hablase la Duquesa, cuyo semblante creyó adivinar la intencion de oponerse todavía al infernal proyecto; si, Marqués, yo me muero tambien por los cuentos, sobre todo si son tristes.—El mío, Señoras, es lamentable, se lo prevengo á VV., siguió diciendo el Marqués—Mejor, repuso Matilde, cuente V. que ya estamos impacientes.»

Entonces los tertulianos de ambos sexos, agrupándose en silencio en torno de la chimenea, como comparsas bien ensayados, ocuparon cada cual la posicion que creyó mas cómoda ó mas segura. Sotopardo quedóse aislado junto al velador del ajedrez, porque los jugadores mismos interrumpieron su partida, y el teniente Betanzos, colocándose de pie á espaldas del sillón de la Duquesa que estaba en frente del que el Marqués ocupaba, clavó en este los ojos de una manera casi impertinente. En cualquiera otra ocasion hubiérase dado el joven aristócrata, y muy luego, por entendido de aquella casi provocacion, mas entonces, como los caballeros andantes en una importante aventura empeñados, creyó oportuno no comprometer otro lance hasta terminar el que era su principal objeto.

Con calma imperturbable, en consecuencia, y adoptando desde el principio el tono de provocador sarcasmo propio de la ocasion, tomó la palabra de este modo:

«Capitan Sotopardo ¿por qué no se acerca V.? Mi cuento le distraerá.—Atiendo, atiendo, contestó don Carlos, sin mudar de postura, ni curarse de lo que le decian.—Yo le aseguro á V. que me atenderá; replicó el duelista con una sonrisa digna de una buena estocada; y luego prosiguió:

«Pues, señoras, una vez era una dama joven, bella, encantadora, y casada con un gran señor, anciano por desdicha suya. Pero la tal dama tuvo el mal gusto de fijar los ojos, pudiendo escoger entre mil galanes de lo mas florido del punto en que residia, en un menguado. Sotopardo ¿me atiende V.?—Lo que el capitán no oiga, interpuso con socarrona flemma Betanzos, lo oiré yo que no pierdo sílaba, señor Marqués, de ese interesante relato. Conque no tema V. perder el tiempo.—Amigo mío, contestó Motril, su atencion de V. me lisongea infinito, pero aspiro á la del señor don Carlos.» La provocacion era tan directa que Betanzos no pudo menos de llegarse á su amigo, y decirle en voz baja, aunque todos los ojos estaban en él clavados: —«don Carlos, el Marqués se ha propuesto infamar á V. en presencia de esta reunion; y está refiriendo villanamente desfigurada la historia de Laura....»

«¿De Laura?—Exclamó Sotopardo sin poder contenerse, cual si un aspid en el corazon le mordiera.—Sin duda,» replicó Betanzos.

Entonces don Carlos, dejando su asiento y súbitamente transformado, acercóse á los demás tertulianos, y encarándose con el Marqués, con su antiguo sereno continente díjole:

«Perdone V., Motril, estaba distraído, como acostumbro; pero lo que Betanzos me ha dicho de su cuento de V. me interesa sobre manera. Sírvasse V. proseguir, que yo me encargo de la conclusion, que V. no conoce.—¡Bah, si la conozco! contestó con soberano desprecio el duelista.—Le digo á V. que no la conoce; pero en todo caso prosiga y veremos.»

La nueva actitud de don Carlos prestó al drama un interés de que hasta entonces carecía; contábase con el sacrificio de una víctima incapaz de defenderse, y el que se juzgó tímido cordero, apenas agujoneado comenzó á mostrar las garras de león; era ya, por tanto, una lucha la que se preparaba.

Motril fué el primero á reconocer que se habia engañado, mas ya era tarde para retroceder, y así prosiguió diciendo:

«Estábamos en que la dama fijó sus ojos en un menguado, de esos que no buscando lances mas que con gallinas, y huyendo el cuerpo siempre que con un hombre tropiezan, adquieren reputacion de valientes entre los cobardes; el cual perillan, una vez honrado con sus favores, hizo lo que no podia menos de hacer; comprometiendo villanamente, abandonarla en la desgracia, y luego andarse por el mundo llorando como una mugercilla para hacerse el interesante. ¿Qué dice V. de esta historia, señor don Carlos de Sotopardo?»

Nuestro capitán habia escuchado al Marqués de Motril, como los mártires del cristianismo en tiempo de Diocleciano recibían en sus lacerados cuerpos el hirviente plomo fundido que sobre sus llagas derramaban los verdugos con dolor intenso, agudísimo, inexplicable, pero sereno el semblante, inmutable el corazon. Así, cuando

pálidos todos los circunstantes, y brotando fuego por los ojos Betanzos, con la sonrisa de la esfinge en los labios Matilde, y con el insulto pintado en el rostro el Marqués, mirábanle de hito en hito, esperando que había de responder furioso, ó de humillarse cobarde: él contestó con extraordinario sosiego:

«Pareceme, lo que dije antes, que no conoce V. el desenlace final de esa historia: pero entre tanto advierto que le faltan los nombres propios».

«¡Los nombres propios!! Exclamaron con asombro dos ó tres personas, no conociendo tanta audacia, cinismo tanto.» — «Los nombres propios, repitió fríamente don Carlos:» sin ellos no se completan ni el escándalo, ni la calumnia.—*La calumnia!* capitán Sotopardo, prorumpió livido de cólera el de Motril: *esa palabra...* — Es la propia, le interrumpió siempre con la mayor frialdad don Carlos: «*calumniador* se llama al que á sabiendas desfigura los hechos, como al que los inventa; *calumniador* y *calumniador infame*, señor Marqués, *calumniador infame* es el que, no respetando ni las cenizas de los muertos, ni el profundísimo dolor de un alma desgarrada, osa llamar seducción á la desgracia, abandono al respeto, alanto de mugercilla á las lágrimas de la desesperación incurable.» Y además de *calumniador infame* es un *fanfarrón cobarde*, señor Marqués, el mal caballero que atribuyendo á falta de valor la indiferencia que por la opinión y miramientos del mundo siente el que abundantemente padece, conjura con mugeres, y con hombres que valen menos que mugeres, contra un ser inofensivo, á quien si tenía ganas de buscar encontrara facilísimamente.

La energía varonil, la noble exaltación, la inmensa superioridad moral que irradiaban de Sotopardo al hablar de esa manera, impusieron de tal modo á sus oyentes, que todos bajaron los ojos al suelo no pudiendo soportar sus miradas, á escepción del Marqués, que dominando sus emociones, no menos profundas que las de los demás, consiguió á duras penas conservarse, ya que no á nivel de su adversario, al menos muy superior á sus demás cómplices. Betanzos, que con la *resurrección* de su amigo se bañaba en agua rosada, estrechóle afectuosamente la mano; y don Carlos después de esperar en vano algunos instantes una respuesta que nadie osó darle, añadió con el tono de la mas perfecta elegancia.

«Pero estas señoras, me parece que están ya mas que satisfechas de los cuentos del señor Marqués y de mis moralidades: Duquesa á los pies de V. — Motril, no olvide V. que mañana almorzamos juntos; prefiere V. pasarse por casa, ó que yo vaya á buscarle á la suya?»

La indirecta no admitía dudas, y el Marqués contestó: — Yo tendré el honor de ir á buscar á V. — Bien: Betanzos almuerza con nosotros. — Y yo, convidó á uno de estos caballeros. — Tempranito, Marqués.»

Y haciendo una graciosa reverencia salió Sotopardo de la tertulia, seguido por su inseparable Teniente.

«Salimos de él.» — Esclamó en aire que quería ser triunfante el Marqués de Motril, quien con no carecer de valor, era sin embargo insoportablemente fanfarrón.

«Hum! Hum! contestó la Duquesa meneando la cabeza: pareceme que han ido Vds. por lana... y... no digo mas. Marqués ¿usted tira bien las armas? — ¡Oh Duquesa! hasta ahora no he hallado superior, y son pocos los maestros á quienes no he batido. — Deseo que mañana por la noche pueda V. decir otro tanto.»

La tertulia concluyó aquella noche mas temprano que nunca; y la conversacion fué lánguida; los ánimos estaban preocupados.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuacion.)

Después de Castro-Urdiales por la parte del este y siguiendo el camino real, pronto se entra en el territorio de Vizcaya: pero antes de hablar de este pais, no olvidaré á dos pueblos de la Montaña que son Laredo y Santña, que merecen algunas observaciones.

Las cuatro leguas que hay entre Castro y Laredo son de un suelo malísimo en su mayor parte: es bastante llano desde la salida de la primer villa hasta pasar el barco de Oriñon; mas luego se empieza á subir el monte Candina, que es uno de los mas escabrosos, lar-

gos é inaccesibles de la costa, y eso que hace algun tiempo que se ha compuesto, pues anteriormente era una travesía propia solo para cabras. Por fortuna las mulas de alquiler de este pais, á diferencia de las demas mulas de otros muchos, trepan, se encaraman y bajan con seguridad y firmeza por vericuetos y despeñaderos, sin dar una caída, ni siquiera un tropezon; cosa rara en mulas de alquiladores, de suyo frágiles y espantadizas, si bien debemos hacernos cargo que la costumbre y los peligros á veces dan aliento á los mas cobardes.

Pasado el monte Candina, se destaca á la vista el hermoso valle de Liendo, que aun cuando reducido, es uno de los mas vistosos y fértiles de la provincia de Santander. En seguida se vuelve á subir otro monte, cuyo descenso en su último trecho, pavimentado de guijarros, concluye con una cuesta muy penosa y pronunciada, en la misma puerta de la villa de Laredo.

Estas cuatro leguas serian un paseo delicioso si hubiese un buen camino, una especie de arrecife, en muchos puntos á la orilla de la mar, y siempre avistándola mas ó menos lejanamente; que podria ser como un muelle un tanto parecido al que va desde Portugalete á Bilbao, y del cual hablaré mas adelante.

Y si bien una carretera de esta clase seria de mucho costo, á lo menos que hubiese un camino de herradura, para que se pudiese transitar á caballo con mediana comodidad. De suerte que á pesar de la proximidad de las dos villas á que me refiero, apenas hay comunicacion entre los habitantes de una y otra; pues ahora no se computan las leguas, sino las horas que se tarda en llegar y las condiciones del viaje. La dificultad de las comunicaciones acarrea un entorpecimiento y un perjuicio irreparables al tráfico de una nacion. Esta es una de las causas porque se halla atrasado el comercio interior de la peninsula: hay provincias donde sobran ciertas producciones que escasean ó de que carecen los que están limítrofes; y por no haber caminos se pierden en las unas los frutos por falta de salida, los propietarios se ven privados de la ganancia que seria segura si pudiesen despachar sus granos y demás artículos sobrantes, después de cubierto su consumo; y en las otras no pueden aprovecharse de los productos de un suelo que dista pocas leguas, y tienen á veces que ir á buscarlos á puntos lejanos cuando no al extranjero: en todo lo cual influye grandemente la dificultad y carestía de los trasportes y de los medios locomotores y de conduccion. Ahora se empieza á trabajar en tan útiles mejoras; se atraviesa algun que otro canal, las relaciones de las provincias con la corte son mas continuas y rápidas que en ningun tiempo; hay empresas de diligencias que hacen su viaje á los extremos del reino con tanta prontitud y baratura, cual no acordamos en ninguna época. No hace muchos años que salir de una provincia litoral para venir á Madrid era un proyecto atrevido, y solo se ejecutaba por algun motivo apremiante: hoy ya no es asi: se vá introduciendo ese espíritu de variedad y de observacion, cuyo resultado es la asimilacion, la unidad y la armonía de las provincias sujetas á un mismo poder supremo y central; la destruccion y el olvido de tradiciones locales, de pretensiones encontradas, de intereses opuestos que tanto perjudican todavía á nuestro pais, y la preponderancia del sentimiento de la nacionalidad, al que deben subordinarse los instintos y las aspiraciones de un vasto territorio, pues solo asi se pueden acometer obras colosales, solo asi las naciones se muestran poderosas y temibles en ocasiones solemnes.

La asamblea constituyente de 1790, reorganizó toda la Francia borrando las huellas de provincialismo; y de este modo, no presidiendo en la nacion mas que una idea uniforme, hizo frente á la coaliccion de la mayor parte de Europa. Napoleon afirmó despues la reforma proclamada por aquella asamblea, y contribuyó decididamente á la unidad nacional, con la promulgacion de su código y de su sistema administrativo. En España el origen y el fundamento de tanta diversidad de lenguajes, usos y costumbres, radican en causas muy hondas y arraigadas que fueron apareciendo en el trascurso de los siglos, y cuyos efectos se han estado reproduciendo tambien durante el curso de nuestra historia; por tanto se necesitan asimismo algunos siglos para que esas divergencias desaparezcan completamente. Algo se ha hecho y se procura hacer con este objeto fecundo y grandioso: la declaracion de la lengua castellana como pública y oficial data del siglo décimo tercio: y lo mismo el laudable empeño de generalizar la legislacion. La enorme diversidad de pesos, medidas y monedas dió lugar á varias leyes, y en varias ocasiones con el fin de uniformarlas. El código penal vigente concurre á este propósito: el civil que se publique, alguna influencia surtirá á la larga é insensiblemente. No creo muy distante el día en que se relegend al silencio los diferentes dialectos de algunas provincias, siguiéndose á esto la desaparicion de odios ó cuando menos de desvios entre habitantes de una misma nacion, de acentos marcados y espresiones determinadas, quedando únicamente el idioma general español. Y no se crea que esta manifestacion sea insignificante: no lo es bajo ningún aspecto; ni en el político, ni en el científico y literario, ni en el social.

Sabido es cuánto cooperó á los adelantamientos del saber humano en Grecia, la perfección de su lengua. Los Romanos hicieron con su jurisprudencia un language técnico y universal; y su lema era: «donde se hable nuestra lengua, allí está nuestra dominación.» Por eso era lo primero que prescribían en los países conquistados. Los que descubrieron y gobernaron el nuevo mundo, siguieron aquella máxima. Napoleón llevó la lengua francesa con sus ejércitos y victorias por toda Europa, y desde entonces su importancia é influjo han ido aumentando, á pesar de los reveses de la Restauración: y hoy es indudable que donde quiera que se cultive el francés, allí hay predominio, allí hay ventaja de algun modo para la Francia: verdad por desgracia demasiado palpable entre nosotros. Por consiguiente la existencia de los dialectos en España, la repugnancia que en algunas provincias demuestran á la lengua nacional y el desprecio con que se mira el estudio de ésta, son de una trascendencia incalculable y perjudicialísima. Mas adelante y con motivo del vasuence, y de los Fueros de Vizcaya, trataré detenidamente esta importante cuestión.

Una nueva division territorial, no ensayada aun en España, sería de un éxito feliz y seguro: la division no como está, sino por distritos ó con cualquiera otro nombre, que este nada vale para el caso, pero tomando en cuenta las demarcaciones naturales, haciendo que se mezclasen y confundiesen los limites en la actualidad existentes, por ejemplo: Provincias septentrionales, divididas segun mejor convenga á su gobierno interior, por los Pirineos, por las montañas de Vizcaya, Santander, Asturias y Galicia; y por el curso del Ebro y del Miño. Provincias del centro, por el curso del Duero y del Tago, por las montañas de Guadarrama y Somosierra, de Búrgos y del bajo Aragon. Provincias del mediodia; por el curso del Guadiana, del Guadalquivir y de otros varios rios que corren por Andalucía en varias direcciones; por las montañas de Sierra Morena, las Alpujarras, la sierra de Cazorla y otras. Reunido esto á las disposiciones legislativas que procediesen de acuerdo, dentro de cierto periodo de años, acarrearía grandes beneficios.

Vuelvo, pues, á mi propósito. Se entra en Laredo por la puerta llamada de Bilbao, yendo de Castro-Urdiales.

La villa de Laredo ofrece un aspecto desagradable en su conjunto: las calles son de guijarros desiguales y salientes, sin aceras; la mayor parte de ellas en cuesta hacia el norte, que es por donde se estiende la poblacion, aunque en lo llano hacia el mediodia tiene algunas calles, entre ellas la mejor, que es la calle Real y la plaza de la Constitucion donde está el ayuntamiento. Las casas tienen en lo general balcones de madera, de construccion antigua y pésimo gusto; hay algunas buenas, de cantería y bastante ornato. Desde luego se percibe que es un pueblo en decadencia; no se vé una obra reciente, una fabricacion moderna; carece de alumbrado público, lo cual no sucede en Castro.

Este decaimiento es el resultado lento del tiempo que todo lo trasforma y destruye. Esta villa fué de las principales, si no la principal, de la costa de Cantabria, por todos conceptos y desde muy antiguo. Ya en el siglo XIII salen de ella varias naves tripuladas por sus marinos, que gozaban en todos los puertos de acreditada reputacion; y mandadas por el almirante don Ramon Bonifaz rompió una de ellas la cadena del Guadalquivir, en la reconquista contra los moros. Por cuya accion el rey san Fernando les concedió como blason de sus armas, la pintura de aquel hecho, símbolo de la hazaña.

Laredo fué el único puerto designado entre cuantos habia desde Bilbao hasta Avilés, como habilitado al principio del siglo XVI, para las expediciones de América. Dentro de su ensenada y de la ria, hubo un astillero en que se construyó á fines del XVII el mayor navio hasta entonces conocido, que hizo de capitán en las guerras de Felipe V y en la batalla de Tolon.

Llegó á tener mas de 44.000 habitantes. Su decadencia tuvo origen en el siglo XIV en la terrible hambre que sufrió: ademas estuvo espuesto á los estragos de una peste, que le asoló por segunda vez. En el XVI padeció muchos perjuicios á consecuencia de las guerras con Francia, y especialmente de un incendio de que fué victima. Posteriormente á tantos desastres, en 1659, desembarcaron allí los franceses, arribados en una escuadra al mando del arzobispo de Burdeos, y saquearon la villa, llevándose los documentos del archivo del ayuntamiento, y hasta el hierro de los balcones. Tambien aceleró su pérdida y destruccion el engrandecimiento de otras poblaciones que no eran nada cuando Laredo estaba en el apogeo de su prosperidad, cuales son Bilbao y Santander.

No obstante, aun en el comienzo de este siglo significaba mucho Laredo; aun era la capital de las cuatro villas de la costa, con residencia del gobernador político y militar, dependiente de la provincia de Burgos; aun conservaba la capitalidad del regimiento provincial de su mismo nombre, que habia tenido desde el arrego de

las milicias, y á cuyo efecto hiciera un cuartel á sus expensas. Pero en el último plan y sistema de provincias, cual se hallan divididas, pasó la capital á la ciudad de Santander; y Laredo se quedó reducido á partido judicial, ayudantia de marina, y á una aduana de cabotaje. En 1841 se le privó tambien de su regimiento, que igualmente tomó el nombre de la nueva cabeza de la provincia. De suerte que Laredo es una villa llena de recuerdos satisfactorios y gloriosos, pero cuya existencia presente es incómoda y precaria, y cuyo porvenir no es quizá muy alhagüeño, si hemos de atenernos á las probabilidades mas razonables y prudentes. Se parece un tanto á una muger entrada en dias, que en la primer noche de matrimonio se va despojando de sus adornos y postizos, se quita la peluca, los dientes y las cejas, las almohadillas y el colorete, y se queda desconocida y en esqueleto: el efecto es análogo en ambos casos: tristes memorias por lo que fué, desconsuelo por lo que es. La diferencia consiste respecto á lo futuro, porque la suerte de los individuos no es como la de los pueblos: aquellos, recorrido un término, no pueden esperar mas que la tumba: mas éstos se rejuvenecen, cobran nueva vida, y vuelven á ostentarse fuertes y pujantes por cualquiera contingencia ó acontecimiento imprevisto. A pesar de todo, Laredo está combatido por algunas dificultades y contratiempos que en mi juicio le impiden que salga del estado de abatimiento en que se encuentra, segun luego demostraré.

Sea como quiera, es algo extraño que en el siglo de las luces no trate Laredo de poner algun farol público, pues esto, lo mismo que la composicion de las calles, lo hacen poco á poco otros concejos que cuentan con menos recursos: y por lo que se vé, hace mucho que permanece estacionario, pues que la plaza, donde se pasea por las tardes, y por las mañanas en los dias festivos, no está embalsada, sino que está compuesta de guijarros que forman un piso muy molesto.

Entre las varias cosas que escitan la atencion aun en la actualidad, es la hermosa alameda, acaso la mejor de la provincia, sin olvidar la de la ciudad de Santander. Está situada á la salida de la puerta principal que conduce á la carretera de Burgos; en la orilla de ésta, desde donde se divisa cual un magnifico panorama la mar, y la gran ensenada entre Laredo y Santoña surcada de barquichuelos que se dirijen á Limpías y Ampuero por el lado opuesto, y en el fondo del cuadro los diversos buques que atraviesan el Océano cantábrico.

La alameda es un campo dilatado y espacioso; contiene unos mil árboles, la mayor parte álamos, algunos plátanos y una que otra acacia, todos colocados simétricamente y formando calles, en las que se pasea la gente de las clases superiores del pueblo, en los dias festivos del verano; los artesanos, marineros y criadas instalan su baile en la plaza. Las señoritas tambien disfrutan de la misma diversion en la alameda, cuando el tiempo lo permite, que por desgracia de los interesados, no es muchas veces al año, á causa de las continuas lluvias y humedades. En el recinto de la predicha alameda hay un juego de bolos, que es muy comun en la Montaña, al que se dedican con aficion los hombres de todas categorias y condiciones; lo cual contribuye á darles agilidad y salud, como que es un ejercicio que equivale á los gimnásticos de los antiguos, y que tanta falta hace que se generalicen en España.

Tambien suele haber paseo en la carretera de que vá hecho mérito, desde la cual se descubre la mar; á cuyos dos sitios concurren las jóvenes elegantes y amables á gozar uno ó dos dias á la semana de la suave brisa y de la apacible temperatura del clima, propio sobre todo para no sentir las calores del estio. Los bailes del alto coturno son animados por una música de aficionados, que tocaba con la mejor armonia: pero segun se cuenta, alguno ó algunos empezaban á desafinar; se introdujo el desconcierto, quisieron representar la ópera de *Y Montechi é Capuletti*; hubo un lance de honor ó cosa parecida, segun en este siglo ilustrado acontecer suele, no solo entre músicos, sino tambien entre danzantes, y creo que la orquesta se concluyó como el rosario de la aurora. No doy esto por cierto, puesto que he oido esta anécdota con variantes y respectivos comentarios, por via de chismografía, la cual, siendo de pueblo pequeño, es causa de tantas enemistades entre las familias. La armonia flarmónica no menos que otra especie cualquiera de armonia es arte difícil de sostenerse en villas de reducido vecindario, en particular si el número de niñas y de doncellas casadas de su estado no guarda proporcion con el de los varones.

(Continuará).

ANTOLIN ESPERON.



RECEPCION DE UN EMBAJADOR EN CONSTANTINOPLA.

La puerta del primer patio del serrallo se llama *Babi-Hamaïoun* (puerta Augusta), y es la que ha hecho dar el nombre de Puerta Otomana al imperio del Gran Señor. La segunda puerta dá entrada á la sala del Divan, y lleva su nombre.

El embajador, en el día fijado para la audiencia de recepcion, entra á caballo con su comitiva en el primer patio, en el que varios cuerpos de tropa están formados en batalla para hacerle los honores, y echa pié á tierra delante de la segunda puerta, por la que solo el Gran Señor tiene derecho para pasar á caballo.

Entonces se presenta el primer intérprete del Divan, é invita al embajador á que se sienta en el gran vestibulo á que da entrada la referida puerta. Pocos momentos despues le introducen con su comitiva en la sala del Divan, llamada *Coubbélti* (debajo de la cúpula). El camarero mayor sale á su encuentro. En el fondo de la sala hay un banco cubierto de tisú de oro; el gran visir se sienta en él, teniendo á su derecha al gran almirante, y á su izquierda á los dos *kasiasker* ó jueces superiores del ejército. En banquetas menos lujosas están sentados los ministros de contabilidad imperial y hacienda. El embajador se coloca en una banqueta forrada de terciopelo, y situada enfrente del gran visir. A su lado están, en pié, los intérpretes de la Puerta y de la embajada, y el primer secretario de legacion, que tiene las credenciales en la mano. Toda la comitiva rodea al embajador. Encima del asiento del gran visir hay una ventanita cubierta con un enrejado, desde la cual puede el Gran Señor presenciar la recepcion sin ser visto.

Despues de algunos cumplimientos dirigidos por el gran visir al embajador, se dispone el Divan ó consejo. Se leen los documentos, y el gran visir los autoriza con su rúbrica, añadiendo el sello imperial.

El ministro de negocios estrangeros entrega en seguida al gran visir una comunicacion dirigida al Gran Señor, en la cual espone que el embajador solicita ser recibido por S. A. Mientras se espera la contestacion del Gran Señor, sirven una comida espléndida en que abundan los manjares mas raros y exquisitos, los que apenas tocan los convidados.

Despues conducen al embajador al patio, bajo una galeria practicada entre la sala del Divan y la puerta del Trono, *Babi el Saadet*. Allí el gran maestro de ceremonias le pone una pelliza de marta zibina, y se distribuyen otras pellizas de menos lujo á las personas mas notables de la comitiva. Entonces entran en la sala. El Gran Señor está sentado en un trono que tiene la forma de un lecho antiguo: el oro y las perlas finas realzan el brillo del precioso tapiz que le cubre; las columnas son de plata sobredorada.

Despues de los discursos de costumbre, el embajador entrega las credenciales al *mir-alem* (príncipe del Estandarte); éste se las pasa al gran almirante, que se las dá al gran visir, el cual las pone en el trono.

Entonces concluye la audiencia. El embajador se retira, monta á caballo en el mismo sitio en que se apeó, y regresa á su palacio de Pera.

FILOSOFIA SOCIAL.

LA LITERATA.

No es el talento, es el abuso que hace de él; no es la aplicación, es la extravagancia la que satiriza; no es la instrucción, es la impropiedad de sus conocimientos la que repugna.

CAROLINA CORONADO.

¡Cuántas reflexiones se agolpan á la imaginación del escritor cuando reconoce á la literata—tipo original, fisonomía privilegiada en la cual se retratan las pasiones de la mujer y las impresiones del talento; el amor y el orgullo! La literata de antaño se curaba poco de las aberraciones de la sociedad y de las utopías de la filosofía: era una mujer que se distinguía por su vana erudición y pedante galantería; la desdeñosa de *No hay burlas con el amor* de Calderón de la Barca ó la Leonor de *El lindo don Diego* de Moreto. La literata de ogaño conserva el presuntuoso orgullo de las *Preciosas ridiculas* de Molière y la abigarrada erudición de aquellas *Calpurnias* de Quevedo, «tan airoas de hipócritas y tan nebrisenses de palabras que tenían mas nominativos que galanes.» Es francesa en la cabeza: española en el corazón.

Para dar un buen rato á mis lectores traería á cuento á la marisabidilla anciana, medalla casi borrada, edición estereotípica de su siglo, antítesis problemática entre lo antiguo y lo moderno, categoría sin adoradores, pero es mas oportuno y regular reconocer á la marisabidilla de nuestros días alegre, vivaracha, decidida y epigramática. ¡Tiene tantos atractivos una niña, cuando reúne á una palabra aguda una sonrisa hechicera! ¡Existe en sus pensamientos tanta timidez maliciosa y tanta resolución incierta: lucha entre la edad y la reflexión. La marisabidilla núbil baila, canta, lee, sabe de memoria aquellos cuentos de colegios que son epigramas en sus labios, habla de la república romana y de la guerra de la independencia por las reminiscencias de sus lecciones de historia, diserta con una monería académica sobre el amor y la gramática castellana según los consejos de su antigua rectora y de su moderno pasante, y recuerda con habilidad el papel de conjurado ó arquero de palacio que representaba todos los años en el drama, mutilado por el profesor de geometría y trigonometría, para los colegiales de su devoción.

Esta niña alegre y vivaracha á vueltas de una temporada de baños, ó de un carnaval bullicioso se cambia en calculadora y reflexiva con la contradicción de una mujer de sentimiento y la previsión de una mujer de talento. ¿Qué mágico poder ha cambiado el corazón de esta hermosa y delicada gacela? ¿Qué mano ha podido dominar esta frivolidad que hacia inútil todo examen? La lectura trivial y presuntuosa de las novelas y el orgullo alagado por las primeras impresiones que ha recibido en el gran mundo. ¡Desventurado góndolo que se cree seguro de las tormentas, porque su barca es la envidia del golfo!

La marisabidilla es la excepción de la edad y el equivoco del sexo. Ahora se separa con mirada displicente de sus compañeras de colegio y recorre el jardín con semblante melancólico. Una mariposa la detiene; una sombra la espanta; una tórtola la hace suspirar envidiosa de aquella envidiable libertad. ¡Interesante *Enilio* de Rousseau con capota de *Madama Victorina* y guantes de *Monsieur Dubost*! Su imaginación está dominada por ese vago espíritu de sentimentalismo que si fascina cuando es producido por la amargura es pesado é insoportable si fingidas pasiones ensayadas al tocador, lo cambian en una escuela de coquetería. Esta niña busca la soledad, se aleja del mundo y para ser consecuente con sus amigas se apropia las exigencias de la edad viril y participa á la vez de las preocupaciones de ambas edades. Es el embrión de la virtud y del vicio. Podrá ser un ángel pero también podrá llegar á ser un diablo... pero siempre será un ángel... porque es mujer... porque es hermosa... porque es discreta... y los hombres... ¡Oh! los hombres se engañan á sí propios con hipócritas y metáforas, gracias al sublime tratado de los tropos de amor. Las vivas impresiones de la literata son hábilmente desfiguradas, sus deseos diestramente contrariados, y sus pasiones débilmente iluminadas por el prisma color morado de los desgraciados.

En pocas líneas está perfilado el original de este retrato: — si se trata de reír ó burlarse, ella misma se copia al exclamar con angustiado acento: «¡Oh, quién pudiese como vosotras!» (estas vosotras son las amigas que la acompañan); y si se habla de amores ó novelas, que en mucho se parecen, ella interrumpe á las demás diciendo: «La lámpara de la fé se ha apagado, y, como dice *Arlincourt*, el amor es la fé de un alma á otra, es la mitad de la fé religiosa.»

Por esta mezcla de indiferencia y vanidad se adelanta la melancólica indolencia del corazón. Desde los primeros años de su juventud apetece dudar de los sentimientos tiernos y apasionados, y asegurada en el aislamiento que un día despertará á la voz de las pasiones, corren los años, estos sentimientos que habian sido obra del estudio, de repetidos ensayos, de frecuentes mohines, crecen, se renuevan, el alma se acostumbra á estas vigiliarias innecesarias, y los sueños anacrónicos se tornan en fantasías á lo *Faust* ó *Manfredo*. ¡Prólogo terrible para una tragedia... ó un *vaudeville*! Algunas veces concluye con una comedia casera: un alfez ó un meritorio en aduanas se encarga de ser el marido de esta *especialidad* del sexo.

Abismada la literata en sus propios sinsabores, que salen de su espíritu como el disco luminoso que forma un espejo, cree en la amistad, y valen para ella mas que un billete perfumado ó una cita de amor, las revelaciones que hace á su íntima amiga entre tanto que le enseña el último vestido que le ha venido de París; ó duda de la amistad y desconfía del hombre, pero cree en el amor y corresponde con una negligencia casi oriental á un joven de elevadas aspiraciones. Otras veces desprecia la mitad fea del género humano, abandona las *soirées*, deja los teatros, no asiste á los conciertos, se olvida de la aguja de bordar en cañamazo, cierra los compendios de historia y geometría, está enferma para el profesor de francés, y pasa las mejores horas del día retirada en su gabinete, sin componer las rubias trenzas de su hermoso pelo, ni acariciar la nivea cabellera de su perrito de lanas. ¡Infeliz *Lindoro*... *Chispa*... *Almizcle*... cualquiera nombre... lo mismo importa para que lo conozcan nuestros lectores! Bien podeis decir con el poeta Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando

.....
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
dá dolor,
cómo á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

En estos días de horrible pesadilla encuentra la literata recursos para hacer alarde de sus continuos pesares, revelando el penoso día que ha sufrido, y conoce también que da cierto aire de tierna coquetería un rizo que se desprende por una nevada garganta, ó un pálido semblante adornado con un *petit-bonnet* de blonda y flores. ¿Qué poeta enamorado no improvisará una estrofa... á su *sonrisa escéptica*! ¡qué agente de Bolsa no exclamará con fanatismo amoroso-financiero: — ¡oh! descolorida, como los billetes del banco de San Fernando! Una joven con esta interesante morbilidad se parece al genio de la melancolía; es la Safo mitológica de una casa á la francesa, y como interesan estos caprichos de la casualidad ó del arte, tiene la literata oportunidad para hacer alarde de su tema de costumbre con *variaciones* de ataques de nervios ó sueños espantosos. Los hombres y los nervios son la pesadilla de la marisabidilla contemporánea. ¿Tendrá que emplear para su bienestar la higiene médica, ó la higiene moral? — Nosotros creemos que ambas.

Cada paso que adelanta en el camino de la vida agitada y bulliciosa de nuestros días, es un nuevo desengaño que recibe y una espina que lastima su delicado pié. Comprende á su modo la vulgaridad de nuestras aspiraciones, y quiere recatarse, mentir, confundirse entre todos; pero es tarde ya, y no se retrocede con facilidad cuando los primeros años han decidido de nuestra suerte. Después no es la mujer que todo lo desea en el mundo para despreciarlo, sino la que todo lo desprecia para desearlo; ya no es la enamorada paloma que se consume á solas, atormentada por los placeres ajenos, sino el águila poderosa que se cree con fuerzas para sorprender los secretos de la vida, y tocar sin mancharse las miserias del mundo. ¡Pequeña *Crisálida* que se cree brillante mariposa! Ahora brotan de su entusiasmo burlado violentas contradicciones, impresiones terribles: hace algunos años era el mundo la víctima; después la víctima es ella, ¡ella! que se creía libre del influjo de las convenciones sociales; ¡ella! débil mujer, que se miraba sin ese torcedor que llevamos en la vida cuando el alma apetece mucho y el corazón está desfallecido para las violentas emociones.

La literata se decide por la exageración, y el mundo, que siempre disminuye la óptica de los sentimientos extraordinarios, la condena á un aislamiento que pasa por contradictorio á los ojos de la multitud. Durante esta íntima abnegación, en este profundo *adieu* que pronuncia con la convicción de un desprecio irrevocable, adquiere una orgullosa superioridad que atormenta y la atormenta; pero sucede á veces que se deja lugar un pálido destello de la ter-

nura sentimental de la muger, de esa frívola ternura que encuentra en todas partes belleza y calma, y al comprender de una mirada este resuello del corazón, este *¡ay!* del alma, reconoce el filósofo ó el poeta una amarga verdad, y observa el duelo á muerte que hay entre las necesidades de la costumbre y las impresiones de un alma de muger... destinada á amarlo todo en la vida. En esta lucha sin treguas se borran las primeras impresiones de la infancia, como la mariposa pierde el esmalte de sus alas cuando lucha por desprenderse de una espina que la ha herido, pero gana mucho en talento previsor y en sagacidad emprendedora. Es menos muger, pero mas hombre.

Hasta aquí la moralidad de la literata. Ahora copiaremos los principales rasgos de su vida, en la cual juegan á la vez las impresiones de la juventud y el desden de la edad viril.

La niña literata sabe el lenguaje de las flores y el sentido de los colores, lee los folletines de los periódicos, tiene en su cartera de dibujo lineal algunas escenas ó capítulos copiados en borrador y conserva en su memoria el prólogo y el desenlace de todas las catástrofes que ha presenciado... bajo unas sábanas de Holanda y reclinando sobre la almohada el mas bello semblante que podría pintar Murillo. ¡Oh! ¡qué conjunto fascinador de gracia y coquetería! Cuando sale á paseo se detiene á leer los carteles de teatros y anuncios de obras, con cierto desvanecimiento orgulloso con un sí es ó no es de inteligencia que por su gesto podrá juzgar cualquiera si es de su agrado el título de la nueva obra ó de la funcion prometida. Si es aficionada á la música se decide por el piano... ó por el arpa, por el arpa mejor, porque es un instrumento apasionado y melancólico: la marisabidilla encuentra en sus cuerdas un mágico resorte para los sentimientos elegiacos de su alma. Lo sublime y lo tierno la conmueven: lo bello y lo nuevo la seducen: todo lo que está de moda. Hoy aboga con la puerilidad mas encantadora por la ópera nacional: mañana se entusiasma con la música italiana: las calificaciones que pronuncia no serán suyas, pero en sus labios seducen y deciden favorablemente porque son dichas con una satisfacción orgullosa y decidida, que ponerlas en duda sería herir de muerte su vanidad.—Para la literata es bella la vida despertando con la idea de sus lecciones en el picaresco donde puede burlarse del celoso amante, y acostándose con los recuerdos del teatro del Circo, de ese panteón de los desvarios de una noche.

Si visita su casa algun joven poeta de esos hervorizadores del escepticismo en las tertulias de buen tono, la marisabidilla escribe versos y compone alguna fantasía ó silva, que se titula *¡Mi porvenir!*—*El Geráneo*.—*¡Adios!*—Es necesario advertir á nuestros lectores una equivocacion involuntaria.—El título de la poesia *¡Adios!* no tiene únicamente dos admiraciones; esto es poco, es prosaico, es de mal gusto. La literata escribe el título de su poesia filosófico-político-religiosa de esta manera—*¡Adios!!!*—Hé aquí una columna cerrada de muda religiosidad! Tarde ó temprano *El Geráneo* es leído por el joven poeta, verdadero Macías de pantalon colasi y botas de charol y aplaude los pensamientos de esta ignorada poetisa. En la noche de esta lectura se habla mucho del génio, de las noches de luna y de los melodramas. *La palidez de la luna* en particular, merece algunas metáforas y diversas miradas. Al otro día se lee en cualquiera periódico político ó literario—corredores de oreja fáciles y baratos—una poesia á C. A. M., y la marisabidilla que la lee y que conoce al que firma—el poeta que aplaudió sus versos—descubre el sentido de sus iniciales, se sonrie orgullosa de su victoria y guarda el número del diario entre aromoso *pajouli*. En la primera entrevista ambos amantes, mejor sea dicho, ambos compañeros de inspiracion no hablan de los melodramas ni de la luna ni del génio: se entretienen con el porvenir y la gloria. ¡La posteridad! ¡La reputacion de un Sakespeare que se pronuncia Sakespir, aunque se ignore todo lo demás del idioma inglés! ¡La fama póstuma de Madame Staël! ¡Byron! Lamartine, Chateaubriand, Espronceda! ¡Safo, Madame Cottin, Santa Teresa de Jesus! ¡cuántos nombres se cruzan en la conversacion! ¡cuántas sentencias y parábolas y quintillas! La marisabidilla escribe entonces en su diario dos ó tres páginas con este epigrafe *dos lirás acordes*.

La literata joven observa con mas indiferencia, calcula con mas sagacidad y seduce con mas talento. En el teatro se aburre con las tumultuosas demostraciones de entusiasmo y en la ópera usa de los gemelos para observar... la *tersitura* de los cantantes: entonces recuerda á *Rubini*, *Listz*, *Ariot*, *Moriand* y *Tamberlik*; á las notabilidades cuyos retratos guarda entre los borradores de la letra inglesa. «Cantaban admirablemente» dice la literata con voz intensa: algun *lyon* que se encuentra á su lado *debutando* una pasion volcánica, no acierta á contestar, pero dá á sus párpados la mayor extension, suspira, se compone una de las puntas de la camisola y repite inspirado, si, verdaderamente inspirado.—«¡Oh! cantaba admirablemente.»

La marisabidilla es un gabinete: siempre seduce, siempre con-

vence porque siempre se la escucha con benévola prevencion. En filosofia y literatura está por la exageracion, y hoy día tiene un nuevo campo donde triunfar de todos; monumento moderno con mas puertas que el Escorial: la politica. No pertenece á ningún término medio; ó hace visitas en palacio y tiene una amiga empleada en la *real casa*, ó su amante es periodista de la oposicion, ó su padre fué de los constitucionales de 1820. Colóquese donde quiera, hace una decidida oposicion: no hay que combatir sus palabras con argumentos y comparaciones, porque pertrechada con los artículos de fondo de la mañana, espresa sus acriminaciones como un orador de la antigüedad. *Ingrata patria no poseerás mis huesos*, esclama la marisabidilla no pudiendo resistir... la temperatura de 29 grados sobre cero. ¡Qué anarquía! (aparte) ¡Qué calor!

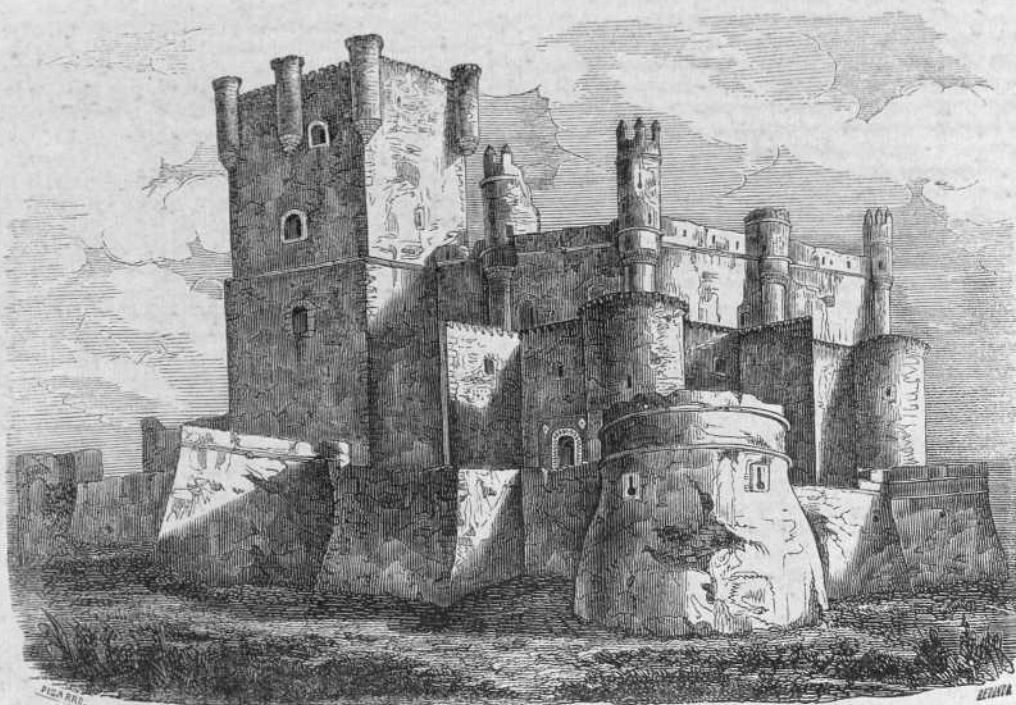
La literata que ha sufrido por mucho tiempo los desengaños del mundo entrega hoy su corazón al hombre que ha adivinado sus sufrimientos y que puede adormecerlos copiando las vulgaridades de los demas. Entonces el amante de la marisabidilla es una especie de *cavaliere servente* que la acompaña á todas partes; eco fiel de esta mujer, claro espejo de sus tormentos. Si llora, debe llorar; si rie debe reir. La literata concluye por casarse por razones de orgullo ó de conveniencia, y sigue en sus afecciones desvanecidas por la union reciproca de dos voluntades que serena las mas ardientes imaginaciones. No renuncia á sus antiguas costumbres y en medio de las faenas domésticas se imagina que ha descendido un escalon en el templo de la fama póstuma. Por un bello pensamiento que concluye al doblar la página de un libro, su adorado Abelardo viene al suelo—la marisabidilla pone á sus hijos nombres de novela—repetiendo con amargura una quintilla de una poesia á un niño y mirándose de paso al tocador. Las caricias de su marido son precursoras de alguna infidelidad; lo ha visto muchas veces en las novelas. La indiferencia del nuevo confidente de sus abstracciones morales y literarias, cree que señala una época de indiferencia amarga y sombría; así lo ha descubierto en las sociedades donde se murmuraba y se jugaba á *l'ecarté*. Si se retira al anochecer y la acaricia, clasifica este aislamiento de clásico, casi de antdiluviano, y cuando la última hora del día le sorprende en la calle, tiene celos de su esposo y llora y deplora su desgracia. La alegría la entristece: la soledad la aburre. Nunca se cree feliz, y oprime demasiado su mano aquel lazo que la une por toda la vida á una voluntad extraña. «A un tirano»—esclamó la literata á media voz.

Todo lo grande la fascina y lo nuevo la arrebató: desearia amar en el desierto ó aborrecer en las catacumbas de Roma; ser Napoleón ó Jorge Sand; tener una brillante carroza de seis tiros lujosamente enjaezados, ó vestir el tosco sayal de los mendigos. Reconoce que nuestro siglo busca las grandes emociones, y ella que queria ser el objeto de todas las conversaciones la deidad soberana de todos los círculos, el personaje misterioso de todas las anécdotas, aceptaria con resolucion la virtud ó el vicio, la opulencia ó la miseria, el valor ó la inteligencia.

La literata sabe representar todos los papeles: es una excelente actriz en su gabinete. Es celosa, enamorada, susceptible, tierna, apasionada, condescendiente, insinuante, sarcástica, grave,—la gravedad es el fondo de las diversas modificaciones de su carácter. Conoce á los hombres y apela á las lágrimas; conoce á las mujeres y apela á la ironía. Lloro y despues rie, se burla y despues besa y abraza á su rival, se hace dueña de sus secretos y rechaza al amante que se creia á cubierto de su astuta inteligencia. El observador que contemple á la literata en estas emociones, de su amor propio resentidos, la tomará por un ser fantástico, por una pesadilla de Hoffman ó una caricatura de Goya. Su arma favorita son las cartas y para leer las palabras mas incisivas y severas, para convencerse nuestros lectores de lo *artística* que es la marisabidilla en sus pasiones, les advertimos que se proporcionen una de estas bellas páginas de su diario. Cada palabra que costaría en otra pluma un borron, en otros labios un suspiro, y una lágrima en otros ojos menos bellos pero mas sensibles, es para la literata facil y espontánea: es un artículo no una carta: no solo se debe pensar en la retórica sino tambien en la puntuacion. La literata debe escribir bien y sobre todo... con ortografía.

La marisabidilla contemporánea desaparece á los cuarenta años. A esta edad ya viene á reemplazarla otra niña con las nuevas exigencias de su época y las impresiones de sus primeros años. Detrás de esta viva espresion de las preocupaciones sociales de un siglo—algunas veces de un lustro—existe la verdadera literata, la elevada mujer de melancólica imaginacion y de íntima filosofia: despues de la poetisa, encontramos la mujer, tipo privilegiado, hoy amante, mañana madre, fecondo manantial de delicados placeres, y creacion misteriosa donde se reservó á la Providencia el derecho de juzgarla con acierto.—Publicado en Paris.—1845.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



Castillo de Guadamar, provincia de Toledo.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuacion.)

Si Laredo, igualmente que los restantes puertos de esta costa, son muy convenientes para veranear por razon del clima, en cambio tiene en contra el abundar en ciertos insectos que los naturalistas denominan *hemypteros* y que los naturales que no son naturalistas llaman con otro término mas vulgar, y que siendo de caballería ligera, á manera de ayudantes de campo galopan y cruzan rápidamente el lecho del que no puede dormir por efecto de tan continua manio-bra. No obstante, sea dicho en honor de la verdad, Laredo tiene que ceder la primacia en este punto á san Vicente de la Barquera, si es que puede sacarse alguna consecuencia comparando las dos mas célebres posadas de ambos pueblos. Forzoso es confesar á la par, que ni en uno ni en otro se siente el mordicante y porfiado insecto nocturno que en esta corte despierta á sus pacíficos moradores: insecto, enemigo del género humano, é incompatible con la ilustracion, pues tan pronto vé la luz, huye ó se queda pasmado, sin saber lo que le sucede, á guisa de jugador sorprendido en un garito esperando un entrés. No sé cuál de esta tropa es peor, si la de caballería ó la de infantería: me inclino no obstante á preferir la primera, y me persuado asimismo que en Laredo, y aun mas en san Vicente, establecen sus cuarteles de verano esos escuadrones, porque les pasa allí lo que pasaba á los facciosos carlistas en ciertos lugares, esto es, que no los persiguen, no procuran destruir sus madrigueras, y por eso salen de noche á verificar sus escursiones.

No se piense que Laredo es ahora un pueblo despreciable, y que no vive sino con lo pasado. Todavía tiene alguna importancia: su poblacion actual ascenderá á unos 600 y pico de vecinos, 3000 y tantas almas. Conserva fama por su pescado con que surte en gran cantidad á la corte. Posee 62 lanchas de pesca; 474 matriculados, y da 40 á la real armada: en otros tiempos presentaba para esta, hasta 300 individuos. En la batalla de Trafalgar todavia tenia 100. Siempre fueron estimados como marinos y marineros inteligentes. No hace muchos años que sostuvieron su buen predicamento en la toma de Bilbao, en el paso del puente de Luchana y en la formacion del que armaron provisionalmente con barcas.

Hay tambien algunos propietarios ricos y algunos dueños de establecimientos de salazon y escabeche, el que despachan en nume-

rosas cargas conducidas al interior á lomo, en recuas de maragatos y arrieros, que es el único medio de transporte. La pesca mas gruesa es de sardina, y tambien de bonito y de besugo. Este género de industria ha sufrido baja de algunos años acá, porque los puertos de Colindres de abajo y Limpas le han sacado mucha ganancia en los escabeches y en la remesa de pescado fresco, pues mucho del que traen á vender á Madrid, pertenece á esos lugares, aunque ordinariamente no se acuerdan de ellos, y dicen á todo, pescado de Laredo. En Colindres hay quizá mas fábricas de escabeche que en el mismo Laredo; así es que los particulares de esta villa van de vez en cuando á comer las ostras aderezadas perfectamente en Colindres. Pero al fin la pesca es el preponderante cuando no el esclusivo ramo de riqueza en Laredo.

Pasando revista á los edificios notables no debo omitir la iglesia de la Ascension que es la parroquia matriz, y una de las mejores de la provincia, si bien en mas de una consideracion es inferior á la de Comillas, que describiré oportunamente. La iglesia, pues, es digna de observarse por su estension y su arquitectura. Fué construida en el siglo XIII: tiene dos facistolos de bronce en el presbiterio, y cuya parte superior está formada de dos águilas del propio metal con las alas desplegadas y sobre las que se colocan los misales. Esto fué un regalo del emperador Carlos V de Alemania cuando estuvo en Laredo. En la nave mayor existe una parte de la cadena que rompieron los conquistadores de Sevilla, de que he hablado ya. Este resto de su valor se conserva como trofeo. El altar mayor figura tener de jasje unas columnas aplanadas, de tal modo que es preciso tocarlas para convencerse de que no son de aquella materia. La sacristia es de construccion moderna, es del siglo pasado, y por su espaciosidad, comodidad y buena forma no puede ser comparada con ninguna otra de los templos de la Montaña.

La casa consistorial presenta bastante buen aspecto: el primer cuerpo de la fachada descansa sobre cinco arcos de grandes columnas que forman los soportales de la plaza. La pieza principal tiene otros tres arcos que dan lugar á una especie de galeria descubierta al frente, ó salon corrido con vistas á la plaza. Los locales que comprende son capaces y cómodos. El gran salon en que se celebran las quintas y otros actos públicos sirve tambien para los bailes de carnaval.

En lo mas encumbrado de la villa está el castillo llamado el Ras-trillar, regularmente construido y artillado; tiene estacada y defiende á varios puntos, pero en especialidad la entrada de las rias de Laredo y de Santoña, hácia cuya última plaza fuerte está mirando con algunas de sus baterías.

En general poca distracción se proporciona en Laredo á cualquier transeunte. No hay reuniones exceptuando la que se tiene por las noches en la secretaría del ayuntamiento, y es compuesta exclusivamente de unos cuantos sujetos instruidos que leen los periódicos y cuya conversacion es bastante amena. Tampoco hay círculo de recreo, que no falta hoy día aun en pueblos de menor importancia: hay sí un café que por casualidad tiene un piano y consiste en que el dueño es el organista de la parroquia. El trato entre las personas y las familias apenas existe; cada uno está retirado en su casa, siguiendo su sistema de vida acostumbrado que suele alterarse cuando una romería ú otro suceso por el estilo viene á ponerlas en movimiento.

No es decir por esto que carezcan de amabilidad y de finura los habitantes de esta villa: al contrario, el forastero se encuentra obsequiado y se complace en la compañía de varias personas notables en el país, cuales son entre otras que pudiera citar, los señores don Juan Ocejja y don José Manuel de Cacho y Tagle, abogados y propietarios; y este, asesor de marina y promotor fiscal del juzgado de primera instancia.

Varias circunstancias existen simultáneamente para impedir que Laredo progrese y se engrandezca. Los antiguos muelles hasta cuya orilla abordaban las escuadras de Carlos I y Felipe II se hallan al presente cubiertos y cegados; la mar se ha ido retirando visiblemente, y en donde en otro tiempo había agua y andaban embarcaciones mayores, está ahora atascado de arena, de tal suerte que para poder embarcar es preciso hacerlo á pleamar, ó sino alejarse un buen trecho la tierra atravesando fango. Los pescadores esperan la pleamar para salir á sus faenas; pero al retirarse al anochecer y estando la mar baja, tienen que emprender una pesada maniobra, empujando las lanchas á fuerza de brazo para que entren en el puerto, y sino tienen que dejarlas á fuera con guardas y con alguna esposicion, ocupando en ambos casos tiempo y gente que se ahorrarian sino tuviesen que luchar con este obstáculo. Para obviarle se ha tratado de construir un muelle hacia la parte N. E. de la villa; se han empezado los trabajos; están colocados los cimientos de una porcion de la obra, la que va adelantando durante la bajamar, que es cuando el sitio queda en seco; se ha instruido espedito y arreglado la contrata. Mas supuesto ya el muelle concluido y el camino que segun dicen deberá ser cubierto perforando un monte que media entre aquel y la poblacion, todavía el puerto no puede adquirir importancia, pues creo que este muelle solo valdrá para la mejor arribada y abrigo ya de los barcos pescadores, pero no para los mercantes de todos portes. Ademas Laredo tiene contra sí á Colindres y á Limpias; aquel le compete y quizá le supera, especialmente en los escabeches; y éste es un puerto situado á una legua de distancia en la espesada carretera de Búrgos; es una pequeña villa de unos mil habitantes, formada por una linea de casas casi todas grandes, de buena perspectiva, de construccion y gusto modernos. Es el verdadero punto de carga y embarque de la ría de Santoña, y á donde van á comprar el trigo y las harinas para otras provincias y para el extranjero. El puerto es seguro y hermoso lo mismo que todo lo que constituye su término; tiene ademas cómodos y espaciosos almacenes en las márgenes del río. Segun las probabilidades este pueblecito naciente, lleno de animacion y en el cual hay establecidos algunos emprendedores capitalistas, está destinado á representar un gran papel en este país menguando y perjudicando los intereses de Laredo. Por otra parte la ciudad de Santander con motivo del canal de Castilla, con sus dos carreteras á la Corte y lo demas que le favorece segun he espuesto antes, se opone aun, cuando no sea voluntariamente, pero sí por la fuerza de las cosas, á que ningun otro puerto de su provincia llegue á obtener la supremacia.

Cerca de Limpias y sobre la misma ría en el lugarcito de Marroñ, hay fábricas de anclas, palanquetas y otros artefactos de hierro.

En el distrito judicial de Laredo se encuentran minerales de hierro de varias clases, entre ellas el persulfuro de hierro; tambien hay minerales de plomo platero ó galena.

Respecto de ciertas costumbres y usos hay bastante uniformidad en toda la provincia. Entre doce y una se come de mediodía, ó yanta como se decía antiguamente, y como es lástima que no se diga ahora: á las diez de la noche se cena, con ligeras escepciones. Aquí no han entrado en el modo de comer á la francesa, segun vulgarmente se cree, y en que la corte va siendo general.

En verdad que sin necesidad de recurrir á los traspirenáicos, tenemos nosotros dentro de casa á quien imitar y en donde fundar ese método. Los frailes, muy sabios en todo y particularmente en lo que á la vida animal concierne, comian á las doce, tomaban chocolate por la mañana temprano y cenaban poco despues del oscurecer. Los arrieros y maragatos, gentes de quienes puede afirmarse que viven para comer y no vice-versa, en cuya cualidad les igualan mu-

chos sin ser una cosa ni otra; cuando andan de viage que es casi constantemente, ora van durmiendo sobre los machos ora van meneando las mandibulas con algun condimento sólido, ó entreteniendolas fauces con algun producto líquido; pero la hora de comer de mediodía es para ellos de noche despues de llegar al término de cada jornada. Cuando llevan viajeros, lo que sucedia con frecuencia en los tiempos en que no había mas diligencias que las de los escribanos, almorzaban entre once y doce en las ventas y posadas de muy atrás conocidas, que eran y son comunmente aquellas en que la cebada está mas barata y la recua mejor alojada, aunque el caminante manduque mal y duerma peor; haciendo siempre su comida diaria en el parage en que pernoctaban, sirviendo ésta de cena al mismo tiempo. Nuestros artesanos comen tambien de mediodía á las doce de la mañana, en cuya hora cesa por algun intervalo la tarea.

¿No viene á ser esto poco mas ó menos comer á la francesa? ¿No es esto lo que se hace en Madrid; no cenar, hacer dos comidas al día, y tomar ó no un ligero desayuno por la mañana temprano? ¿No es cierto que hay almuerzo que algunos hacen á las doce, que es mas abundante y apetitoso que la comida que otros tienen á la misma hora? Y ¿quién duda que la cena que se hace á las oraciones, como acostumbran los catalanes, sobre todo en el verano, viene á ser casi la comida de mediodía de los que dicen que están montados á la francesa? Por manera que en vez de ir á buscar fuera de la nacion costumbres que se pretende hacerlas pasar por nuevas, seria mas exacto decir que se adoptaban con ligeras modificaciones, las que existen de tiempo inmemorial entre nosotros; descartando así esa mania de querer *estrangerizarlo* todo.

Saliendo de Laredo por el camino real empieza un valle ancho, cultivado y fructífero, que se estiende hasta Ramales y es uno de los mejores de la provincia por la variedad de sus producciones y por las vistas deliciosas que ofrece. Este camino es muy poco frecuentado; no atraviesa por él ningun carruaje; apenas se percibe un viajero; solamente cruzan los mulos de los maragatos y alguno que otro carro cubierto ó descubierto al estilo del país. Dicho camino se encuentra en mal estado, con prominencias y baches en varios sitios y con el firme endeble en otros, si bien se está trabajando en recomponerle. Por la parte opuesta, al E. S. E. de Laredo y á dos leguas cortas está la villa de Santoña, internada en un gran arenal que impide verla hasta que se desembarca y se llega á las fortificaciones.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

A la siguiente eran ya las once y el Marqués no parecia.—Cerca de las doce se presentó Sotopardo de grande uniforme, salía de palacio y de la cámara del Rey, de quien obtuvo una audiencia que duró cerca de una hora.

«¿No saben Vds. la noticia del día? dijo con la sonrisa en los labios: el Marqués de Motril ha sido hallado junto á San Isidro del campo atravesado el corazón de una estocada; y es lástima, porque no podrá acabar de contarnos la historia de anoche.—Quizá alguno de estos caballeros la sepa. Vamos, señores ¿no hay entre VV. alguno que crea que el Marqués no fué anoche un *infame calumniador*?»

Un silencio glacial, efecto del cobarde estupor que coaguló la sangre en las venas de todos sus oyentes, respondió solo á Sotopardo, quien prosiguió diciendo:

«Ya vé V., Duquesa, cuán aventurado es contar ciertos cuentos: aconsejo á V. que prohiba en su casa tan inocente diversion.»

Nadie osó replicarle, todos los semblantes femeninos tuvieron para él una sonrisa, todos los hombres un cumplimiento.

El día despues don Carlos de Sotopardo, reemplazado en un regimiento de su arma en virtud de orden autógrafa del Rey, salió para Granada, dejando á la buena sociedad de Madrid literalmente aterrada.

Su resolucion nunca desmentida se salvó en aquel amargo y difícil trance: mató al Marqués cuerpo á cuerpo y no facilmente, porque era adversario valeroso y diestro, y no pudo menos de matarle despues del insulto recibido.

En seguida, por medio de un favorito de Palacio con quien le unían antiguas relaciones, obtuvo del Monarca la audiencia que hemos dicho, y en ella con lisura, con franqueza, sin disfrazar sus faltas, sin exagerar sus méritos, entregándole su cabeza para que de ella dispusiera. No se trataba de política, y por tanto el Rey, conmovido por tanta desdicha y franqueza tan poco usual, indultó á don Carlos y mandó que en el acto fuese colocado.

Así se hizo, y entonces entró, por decirlo así, en el segundo periodo de su vida, intimamente enlazado con el de don Alfonso Tellez; cuyo relato tenemos tiempo hace interrumpido, y nos proponemos terminar en el menor número de páginas posible.

VIII.

La justicia divina.

Verdaderamente con el anterior artículo don Alfonso Tellez estaba desempeñado del compromiso con sus contentulos contraído al empezar su larga y aun pendiente narración, porque habiéndose solo propuesto demostrar que el vulgar proverbio que sirve de lema á este segundo cuadro de los *Estudios sobre las costumbres españolas*, en muchas ocasiones carece en su aplicación de exactitud, bastábale lo referido de las aventuras de Sotopardo para llenar aquel propósito.

En efecto, no era el caudal del río de la vida de don Carlos la verdadera causa de lo que el agua de su mala reputación sonaba, sino que por el contrario, allí el agua del río de su sonar procedía, pues que, la mala fama de aquel caballero fué el origen de la mayor parte de sus desdichadas aventuras, y el incentivo de los escándalos que las coronaron.

Mas, por una parte, don Alfonso comenzó narrándonos la propia vida, y por otra en el discurso de su narración han aparecido en la escena personajes varios, que tenemos la inmodestia de suponer hayan interesado al lector lo bastante para que no nos sea lícito abandonarlos así de repente á su destino, y sin dar á lo menos sumaria cuenta de su final paradero. Tal será el asunto de los dos artículos, que incluso el presente, van á finalizar el segundo cuadro por nuestro tosco pincel trazado.

Milagros y don Fadrique reclaman por su antigüedad la preferencia, y vamos á dársela.

Al salir Sotopardo de Madrid, á consecuencia de la muerte del Marqués de Motril, víctima espítorica, aunque no la mas culpable en la triste historia de la Condesa de San Justo, comprendió la Gitana que aquel hombre había para ella definitivamente desaparecido de la escena, y la amargura de tal convencimiento, poniendo en acre fermentación toda la levadura de su perversa índole, detestable carácter y viciosas inclinaciones, hizo de ella á banderas desplegadas uno de los seres mas infames de cuantos infinitamente viles produce la especie humana; la avaricia, la sed inagotable de riquezas, la ausencia total de las nociones elementales de toda moralidad, condujéronla á lanzarse á un tiempo, ademas de en las intrigas de gobierno y en el tráfico de gracias, empleos y honores que ya cursaba, en la usura, en la corrupción de las mujeres inespertas, en introducir, para decirlo de una vez, en el seno de las familias mas recatadas, el veneno de la seducción, la ponzoña de la lubricidad infame, la usura, la calumnia, el juego y el anónimo. La delación y la tercería, y al mismo tiempo la mas desordenada crápula, señalaron el tránsito de Milagros á la vejez: con tal escándalo, con desenfreno tan cínico, que el Fraile mismo, hasta entonces su protector, hubo de renunciar, por no perderse de reputación, á todo trato con aquella despreciable muger.

Matilde, su propia hija, no por moralidad, que no la conocía, sino por cálculo profundo, cesó de verla igualmente, y en cambio intimó las relaciones con el venerable protector de la familia.

A la verdad, rompiendo con aquel, perdió la gitana la clave de sus altas influencias en la corte, y por lo mismo el mas rico filón de la abundante mina que su caudal principalmente constituía; mas por una parte había hecho ahorros cuantiosos en los dias de su prosperidad; por otra, quedábanle siempre las relaciones subalternas, amén de la necia credulidad de los pretendientes; y en fin, otro pingüe manantial, á saber: el generoso desprendimiento de las damas y galanes de alta esfera, cuyos culpables amores patrocinaba y favorecía. Con tales elementos y su habilidad consumada pudo Milagros, á pesar de su ruptura con el fraile, continuar su antiguo tren de vida durante mas de dos años, contenta y satisfecha en cuanto los malos pueden estarlo; porque no teniendo, decía, á quien guardar consideraciones, entregábase sin freno ni medida á todos los vicios.

No conocemos, y por desdicha hemos visto mucho de malo en el mundo, espectáculo mas hediondo, repugnante y diabólico, que el

desenfreno absoluto de una muger en los últimos años del otoño de su vida; tan repugnante es, que no nos sentimos con fuerzas para describirlo con los pormenores que acaso exige la índole del escrito que trazamos. Por desventura los originales abundan en todas las clases de la sociedad, y pocos serán aquellos de nuestros lectores cuya memoria no les recuerde alguno ó algunos; los que en tal caso no se encuentran:—¡bienaventurados ellos!—deben agradecerlos el silencio que en la materia guardamos.

Baste añadir, resumiendo lo dicho, que Milagros, comerciante con la venalidad de los cortesanos, explotando la miseria de los pródigos, favoreciendo á la esposa infiel, á la soltera liviana, al marido crapuloso y al galán libertino; sirviendo á la policía secreta al mismo tiempo, y atesorando sin escrúpulo el fruto de tanta baja, de inmoralidad tan grande, se veía reducida á pagar á los miserables instrumentos de sus torpes placeres y cómplices de sus infames orgías.

Si por una parte buscaba y hallaba en los vicios de los demás el manantial en que saciar su sed de riquezas, por otra los suyos propios eran la insondable sima que sus tesoros devoraba; porque sus mancebos, ó mas bien sus rufianes, ¿qué podían ser sino individuos de la detestable monstruosa raza, fruto de la hez de nuestra corrompida civilización, que prostituye y mancha la dignidad viril hasta el punto de hacerla esclava de las caducas Mesalinas?

La holgazanería, la falta absoluta de educación moral, las delirantes aspiraciones á todo género de goces, y la incapacidad para las ocupaciones útiles y serias, lanzan á Madrid todos los años, desde los villares á los garitos, desde los garitos á los brazos de mugeres como Milagros, y desde ellos al crimen, para terminar en los presidios, á un número considerable de jóvenes, que sus familias abandonan culpablemente á su fogosidad é inespertencia, y que muchas veces se hallan completamente perdidos antes que la barba anuncie en ellos la virilidad completa.

Valetudinarios en la adolescencia, caducos y aun inespertos, corrompidos antes de madurar, candorosamente perversos, por decirlo así, esos infelices de la virtud desheredados, se ofrecen á nuestros ojos diariamente en los cafés, en las calles y en los paseos, sin que en ellos nos dignemos fijar la vista, sin que haya quien piense que esa llaga reclama pronta y enérgica curación, si no ha de propagar su gangrena al cuerpo social entero. Los hospitales y los presidios se los tragan: otros vuelven á reemplazarlos, y la sociedad indiferente prosigue su camino al compás de la polka l... Pero, viven los cielos, que moralizamos sobrado gravemente; volvamos á nuestro cuento, que es lo que al lector interesa y á nuestra obligación cumple por ahora.

Mientras Milagros se entregaba desenfrenadamente en Madrid á la crápula, don Fadrique de Vargas en Francia corría rápida y aprovechadamente la carrera del crimen. El juego y la embriaguez devoraban facilísimamente su pensión, y gastada ésta era preciso acudir á los *espedientes*: obtener dinero prestado es una que dura poco; ganarlo al juego con *trampas* suele aprovechar, pero no por mucho tiempo en el mismo punto: hay que acudir á la *estafa*, pero la *estafa* es delito previsto en el *código-Napoleon*, y los franceses han dado en aplicarlo severamente. Para evitar la aplicación del código hay que huir de la policía; para no caer en garras de esta, que asociarse con los que allí padecen persecución por la justicia, y toda asociación exige que los asociados contribuyan á su existencia y bienestar. Ahí va bien, como los perseguidos por la justicia, de la especie á que nos referimos, no blasonan precisamente de un respeto escrupuloso y nimio á la propiedad, ni cuentan para existir y pasarlo bien mas que con lo ageno, síguese lógicamente que, como asociación, están en guerra abierta contra todo legítimo dueño de cualquier cosa que dinero valga; y supuesta la guerra, claro es que los golpes dados y recibidos son consecuencia legítima. La fuerza unas veces, la astucia otras, pero la hostilidad siempre; el poseedor defiende su alhaja, el perseguido por la justicia trata de conquistarla. A lo primero se llama *derecho*, á lo segundo *robo*: el propietario es un *ciudadano* mas ó menos honrado; su enemigo un *ladron*. Don Fadrique de Vargas, despues de haber sentenciado á no pocos andaluces allí al terminarse el reinado de Carlos III, por ladrones ó estafadores, acabó por ser él en Francia, primero *tahur*, luego *tramposo*, despues estafador, por último falsificador y *ladron*. La policía y los tribunales franceses dieron en que habían de hacer con don Fadrique lo que don Fadrique había hecho con los andaluces, salva la diferencia de cortarle el pescuezo con una ingeniosa máquina, en vez de hacerle espirar bajo el peso de un corpulento verdugo, ó de marcarle la espalda con una candente *flor de lis*, y enviarle luego á los arsenales de Tolon ó de Brest, en vez de sacarle á la vergüenza y destinarle. Ceuta ó Melilla. Sin embargo de esas diferencias apreciables, fruto de la adelantada civilización de nuestros vecinos, tuvo Vargas el mal gusto de no prestarse á que le estamparan en el homoplato el

blason de la rama primogénita de los Borbones, ni mucho menos á que en su cuello se ensayase el invento humanitario del doctor Guillotin; y para conseguirlo, no sin correr graves riesgos y dar muestras de una habilidad consumada y de una robustez en los trabajos agena de su edad avanzada, atravesando el Pirineo, volvió á pisar los límites de la madre patria. Gracias á un pasaporte de su propia fábrica pasó en España como un comisionista francés, y pudo llegar sin tropiezo á la villa y corte de Madrid, centro natural de las gentes de su estofa, *pozo airon* donde todo cabe, confusa Babilonia en donde la vista mas perspicaz distingue difícilmente lo blanco de lo negro.

Es de advertir que con la dilatada ausencia y la vida airada, Milagros habia en tanto hecho una adquisicion y una pérdida, poco ventajosas ambas para don Fadrique. La adquisicion era la de un amor sin límites á su personal independencia, y la pérdida la de la costumbre de tolerar á su antiguo amante. Añádase á esas dotes positiva y negativa la accidental circunstancia de un capricho declarado por cierto galán, héroe de los villares, columna de los garitos y aprendiz de baratero, cuyos años no pasaban de veinte, y cuya desfachatez y depravacion afrontaran al mismo Sardanápalo, y se comprenderá que la aparicion, tan inesperada como desagradable de don Fadrique en la morada de Milagros, produjo el mismo efecto que la visita del casero en la de un cesante cualquiera. No hallamos comparacion que mejor explique nuestro pensamiento, con esta diferencia, sin embargo: que el cesante ante el casero se humilla y anonada, mientras que la Gitana con la presencia de Vargas enfureciése, recibiendo de la peor manera posible.

En honor de la verdad, el ex-oidor, que no se habia lisongeado con otras esperanzas, opuso, por tanto, á la tempestad una frente serena, á las injurias la paciencia, á las violentas órdenes de desocupar el puesto una fuerza de inercia de todo punto incontrastable. «En Francia no le era posible residir; sus años le imposibilitaban para el trabajo; ¿qué habia de hacer sino refugiarse al rampero de la muger á quien todo lo habia sacrificado? Ella, pasado el primer momento de ira, se haria cargo de la razon, y comprendiendo que no iba á sujetarla en lo presente, ni á pedirle cuentas de lo pasado, ni á estorbarla en sus proyectos para lo porvenir, sino á servirla, á respetarla y á auxiliarla en cuanto pudiese, no le negaría un rincon de su casa en que se albergase, ni los restos de su mesa para que el hambre aplacara.»

Tal dijo en resumen el envilecido caballero á la insolente cortesana, y ésta, reflexionando sobre las posiciones relativas, comprendió que lo mejor era avenirse pacíficamente con aquel hombre, el peor de todos para enemigo, precisamente por lo mismo que nada que perder tenia.—Celebraron, pues, aquellos dos seres despreciables un tratado de esos que deshonran á la humanidad, en virtud del cual aceptó él la complicidad en su propia infamia, por asegurar la subsistencia y algun dinero; y sacrificó ella algo de su avaricia á la seguridad de su desordenada vida.

Don Fadrique pasó por tío de su antigua manceba: fué en calidad de tal presentado á la sociedad de Milagros; y hecho tercero de las disoluciones de esta, llevó la degradacion hasta el punto de mediar con frecuencia entre ella y su amante, cuando reñidos los veia.

Al llegar aquí, pénsanos casi de haber acometido la empresa de pintar cuadros de costumbres, porque virtualmente nos hemos impuesto la obligacion de retratar así las buenas como las malas; y las últimas abundan, y repugnan á las almas bien templadas.

¿Seria justo sin embargo, que, copiantes infieles, trazásemos cuadros de imaginarios paraísos, ó de flores cubriésemos los abismos que circundan la senda de la humana vida?—No ciertamente, y todo lo que hacer podemos en obsequio del pudor público es pasar rápidamente sobre ciertos fragmentos del camino, trazando nuestros bosquejos á grandes rasgos, y omitiendo en lo posible todo asqueroso pormenor.

Por lo demás, si alguien juzga exagerada la pintura de la degradacion de don Fadrique, rectifique su error, que sobran en el mundo originales de aquella copia, y originales harto mas repugnantes aun que nuestro mal trazado dibujo.

Volviendo á la historia, durante algunos meses, vivió pasablemente la dignísima pareja que nos ocupa: don Fadrique sangraba á Milagros suavemente al principio; Milagros atojaba el bolsillo tambien sin resistirse demasiado. Más con el tiempo él fué aumentando sus exigencias, y ella al mismo compás la resistencia; él contrajo deudas, ella pagó las primeras, no sin previo escándalo y crudo maltrato al deudor; y acabó, en fin, por escandalizar y maltratar sin pagar un maravedí.

Entonces fué la discordia, entonces las recriminaciones, insultos, amenazas y golpes: últimamente la Gitana espulsó de su casa al ex-oidor, quien al marcharse se llevó las alhajas que encontró á mano y del importe de su venta vivió algunas semanas.

Agotado aquel recurso, el juego suplió algun tiempo el exhausto bolsillo: pero tal mina, que no podia durar mucho, se agotó en efecto muy pronto.

Un momento esperó Vargas enternecer á su ingrata con el espectáculo de la miseria en que yacia, espectáculo verdaderamente hediondo y lastimoso; porque el noble caballero, el grave magistrado, el hombre de una pulcritud nimia en su persona, habiase convertido en un vejezuelo andrajoso que, raro el cabello, sucio el vestido, descompuesta la fisonomía, cavernosa la mirada, cadavérico el aspecto, y vacilante el paso, mas aun por los efectos de la embriaguez que por los años, vagaba de taberna en gazapon, y de gazapon en lupanar incesantemente, siendo objeto de los groseros sarcasmos, de las cinicas bromas, y de las malignas burlas de tahures y prostitutas. Mas en vano escribió don Fadrique á Milagros repetidas cartas, pidiéndole con sentidas frases, no ya un socorro, sino una *limosna*: á las primeras no recibió respuesta, las últimas ni recibidas fueron. Todavía no quiso con tal desaire darse por vencido el que no acertamos á llamar desdichado, pues que en él fué la desventura justo castigo de su mal proceder; todavia, decimos, no satisfecho con aquellas repulsas, quiso intentar é intentó, en efecto, el poster desesperado esfuerzo, esperando á la Gitana en el zaguan de la suntuosa casa que habitaba, y llegándose á ella con el sombrero en la mano, humilde el ademán, bajos los ojos, trémulo el acento, á pedirle, *por el amor de Dios*, un socorro que de perecer de inanicion le libertase.

Iba Milagros en aquel momento del brazo de su mancebo, ataviada y compuesta como una novia, *estofada*, como un santo de retablo, hueca como un prócer improvisado, y en vez de enternecerse á vista de la profunda miseria, del inconcebible abatimiento de aquel cuya mano la habia sacado á ella del fondo de un calabozo de la cárcel de Sevilla para encerrarla hasta el punto en que se hallaba, considerando como un atroz insulto su presencia, y queriendo de él vengarse, sacó del bolsillo una moneda de cobre, y poniéndosela á Vargas en la mano con desfachatez nunca vista, díjole al mismo tiempo:—«Tome, hermano, y no vuelva por aquí, que no me gusta mantener á holgazanes.»

La introduccion de un hierro candante en un vaso de agua helada, poniendo el líquido en súbita violenta ebullicion, suele á veces hacer estallar el vaso mismo; tal fué el efecto de la horrible insolencia de las crueles palabras de Milagros en el ánimo de don Fadrique. Al verse tan horriblemente tratado por aquella muger origen de su ruina, Vargas volvió á ser por un momento el hombre mismo que en los primeros pasos de su carrera habia dignamente cruzado el acero con el conde de San Justo: la ira purificó instantáneamente su alma de la bajeza que la infamaba; su corazon palpitó, como salta el leon herido; sus ojos se inyectaron de sangre; su mano, entonces de ordinario trémula, buscó, halló, empuñó, vibró segura un puñal que siempre le acompañaba; y sin pronunciar ni una sílaba, sin lanzar un grito, sin vacilar ni un segundo, arrojándose sobre la pérfida gitana, arrojóla á sus plantas exánime de un solo certero golpe en el corazon clavado.

Trémulo, aterrado, pensando solo en salvarse á sí mismo el vil rufian que á Milagros acompañaba, huyó despavorido, clamando «*Al asesino! Al asesino!*» y en breve, congregada numerosa muchedumbre y acudiendo la justicia, hallaron á don Fadrique que, en pié é inmóvil al lado del cadaver de su victima, la contemplaba con una feroz sonrisa en los labios, para dar idea de la cual, confesamos no encontrar recursos en la lengua.

Tiene el crimen, por desgracia de la humanidad, un punto de apogeo, llegado al cual se confunde á los ojos del vulgo con el heroismo; y precisamente la accion de Vargas era por sus circunstancias de las que á tal punto llegan.

Su aspecto horriblemente tranquilo, su mirada de tigre vencedor, su serenidad infernal, impusieron á todos los circustantes, y él mismo, sintiéndose de nuevo en cierta elevacion de mala especie, infame sin duda, pero elevacion al cabo, engrandeciéndose instintivamente.—¡Dichosos aquellos á quienes de parte el cielo las dotes de la modesta medianía! Ellos, si nunca se elevan, nunca tampoco se precipitan, mientras que el hombre escepcionalmente organizado, como Don Fadrique, si yerra el camino de la gloria se abisma en las profundidades del crimen.

En fin, Vargas, cayó en poder de la justicia como asesino preso *in fraganti* y fué por el momento sepultado en un hondo calabozo, y sometido á la jurisdiccion de la sala de Alcaldes de Casa y Corte.

Era la época en que su crimen cometió una de las muchas en que, por desdicha, se ha creído en España que el verdugo es un poderoso agente de moralidad; era un tiempo en que se ahorcaba por robar el valor de una peseta; figúrese el lector qué suerte le esperaba al homicida.

Ni él, en honor de la verdad, hizo esfuerzo alguno para defender

su cabeza: la soledad y el ayuno de la prision hiciéronle volver en sí, considerarse tal cual le habían sus vicios hecho, y comprender que la tumba era ya su único posible refugio. Así, pues, confesó desde luego y de plano su delito, cuidando solo de ocultar su verdadero nombre, porque en aquellos momentos supremos renacieron en su alma, por efecto de un fenómeno que á primera vista parece absurdo y es sin embargo tan natural como frecuente, los instintos aristocráticos.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

SONETO.

El mal sin esperanza.

La tierra rompe con la ruda reja
El labrado que en la cosecha fia;
Su vida al ponto el mercader confía,
Y en bienes rico las borrascas deja.

Al gran guerrero emulacion aqueja
Que en lauro y gloria le reviste un día;

Y Nevtun sabio, con tenaz porfia,
Celeste arcanó en la atraccion despeja.

Al trabajo sucede así, el contento,
Alivia el padecer feliz templanza,
Y es corona la ciencia al sufrimiento.

Mas ¡ay de aquel! ageno de esperanza,
Que amando sufre perenal tormento,
Sin retorno á su amor, ni en sí mudanza.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

Todas las mujeres son aficionadas á hablar; ¿en qué consiste que las viejas lo son mas aun? En que no tienen ya otra cosa que hacer. La mayor parte de las mujeres bonitas pierden tanto en dejarse conocer como ganan en dejarse ver.

La rigidez de una joven casadera no es mas que un velo muy transparente que no encubre nada.

El arte de agradar es para las mujeres un oficio que saben las bonitas sin haberle aprendido, y que no pueden saber las feas sino después de largos estudios y de un aprendizaje mas largo aun.



(El pobre.)



FEDERICO SOULIÉ.

En el momento en que se cierra el sepulcro sobre el cuerpo inanimado de un escritor ilustre, hay una hora misteriosa y llena de piadoso recogimiento, en que enmudecen las cien parleras bocas de la crítica. Esa hora, en cuyo transcurso se inclinan las frentes de los hombres pensadores para meditar, marca un tiempo de reposo entre las luchas apasionadas del pasado y el juicio imparcial del porvenir. El escritor no pertenece ya al pasado ni pertenece aun al porvenir. Es la hora de las lágrimas y del sentimiento, la hora en que los amigos se reúnen en la residencia del amigo que ya no existe, y dan libre curso á su dolor. Y cuando han derramado mucho llanto alrededor de aquel hogar apagado ya, cuando han hecho resonar con el eco de sus gemidos aquella casa, vacía ya como un sepulcro antiguo, desierta, muerta también, porque el que la animaba no existe ya, buscan un consuelo en la narración de las buenas acciones, en el recuerdo del buen corazón y de las virtudes domésticas del difunto; porque, ¿quién sería capaz de evaluar los tesoros de amor y de amistad que derraman á su alrededor, en el secreto del hogar doméstico, esos seres privilegiados que hizo Dios buenos como corderos porque fueron fuertes como leones? El poeta desaparece entonces para dejar en su lugar al hombre. Por esto no hablaremos casi nada del autor de los cien volúmenes y de los veinte dramas que el mundo literario ha leído y aplaudido, sino que haremos como los amigos, hablaremos solamente de sus virtudes, y trataremos de referir la historia de ese hombre de bien, de ese grande hombre que se llamaba Federico Soulié.

Nació en Foi, en el departamento del Ariège (Francia). Su padre, que fué ayudante general, y después empleado en Hacienda, le hizo estudiar en Poitiers, en Nantes y en Tolosa. Apenas hubo acabado Federico sus estudios preparatorios cuando su padre fué tachado de bonapartista y destituido, y se trasladó con su hijo á París. «Estudié leyes bastante regularmente» decía Federico en un *auto-biografía* que envió á uno de sus biógrafos, «pero con la turbulencia suficiente para ser expulsado de la universidad. Había firmado peticiones liberales y tomado una parte activa en el alboroto contra el decano, que me hizo conducir, así como á mis camaradas, á la universidad de Rennes, en la que concluimos de estudiar leyes como presidiarios, bajo la vigilancia inmediata de la policía.» Cuando concluyó su carrera se reunió con su padre en Laval y fué empleado en la administración civil, en la que permaneció hasta el año de 1824.

Nada hay hasta aquí que anuncie al escritor, pero se ve ya des- puntar el espíritu de independencia que Federico Soulié conservó toda su vida. Por lo demás, la existencia algo nómada debida á la inestabilidad de las funciones de su padre, fué después de mucha utilidad para el novelista, porque habiendo habitado varios puntos estremos de la Francia, pudo variar fácilmente la escena de sus narraciones.

Al salir de la administración en 1824, publicó un tomo de poesías titulado: *Amores franceses*, y este fué el primer paso que dió en la literatura; pero no estaba decidida aun su vocación, porque entró de director en un molino de serrar madera. Sin embargo, no por eso dejaba la literatura. «Siendo fabricante de vigas y tablas, dice, fué cuando escribí *Romeo y Julieta*.»

Esta escursión limitada que hizo en el dominio de la industria, no fué inútil para Federico Soulié. Aprendió á conocer las clases trabajadoras á las que quería por instinto, porque todos sus sentimientos eran buenos. Su simpatía hacia el pueblo se encuentra en casi todas sus obras. En esto estuvo conforme con la mayor parte de los escritores modernos, porque todas las inteligencias elevadas de esta época se inclinan á favorecer al pueblo.

Desde la representación de *Romeo y Julieta* en 1827, que fué muy aplaudida en el Odeon, se dedicó Federico decididamente á la literatura. No le seguiremos en esta carrera harto corta, que cuenta menos años que triunfos. Además la vida del literato es poco fecunda generalmente en episodios dramáticos, porque se gasta entre el trabajo y la meditación. Sólo un evento notable interrumpió la tranquilidad de su existencia pacífica, que fué la revolución de 1830. «Tomé parte en ella, dice, y me bati. Estoy condecorado con la cruz de Julio, lo cual no prueba nada, pero en fin me bati.» Esto prueba al menos que Federico Soulié sabía manejar en caso de necesidad la espada tan bien como la pluma.

Todos los que han conocido á Federico Soulié están de acuerdo en pintarle como un hombre de buen carácter, afable en su trato social, y modesto, á pesar de su elevado talento. Su complexión revelaba un temperamento sanguíneo, y su fisonomía enérgica no desmentía el vigor de su imaginación.

En Bievre, todas las personas de la clase baja le querían. Era un padre para ellas. Dispuesto siempre á distribuir socorros, y organizar loterías de beneficencia cuando no bastaban sus fondos propios, tenía

25 DE AGOSTO DE 1830.

el raro privilegio de unir las buenas acciones á los buenos sentimientos. Sus amigos saben cual fué su abnegacion y desinterés con el joven H. L., de quien fué un bienhechor constante. Su muerte prueba su generosidad. Despues de haber ganado cantidades inmensas, sin que se hayan notado nunca en él locas disipaciones, Federico Soulié ha muerto sin bienes de fortuna. Trabajaba sin descanso, y trataba de ganar mucho, porque segun sus deseos nunca podia dar lo suficiente.

Uno de sus amigos mas intimos nos ha confiado varias anécdotas que prueban que la generosidad literaria de Federico Soulié era tambien escensiva. Permitia á cualquiera que sacara dramas y comedias de sus libros. Harto rico para cortar, dejaba sacar á manos llenas los tesoros de su inteligencia.

Nos han referido una accion, que en el tiempo actual del egoismo hace demasiado honor á Federico Soulié para que dejemos de publicarla. Cuando Alejandro Dumas resolvió consagrarse esclusivamente al teatro Histórico, su retirada dejó un vacio en el teatro del Ambigu. Se trataba de llenar este vacio, y el director de dicho coliseo vacilaba sobre la persona que habia de elegir, pero se presentó Soulié é hizo cesar la indecision del director designándole á Paul Feval á quien Federico no conocia, pero cuyo talento dramático habia comprendido. Para cualquiera que haya estudiado las costumbres literarias en estos tiempos de penuria, el proceder de Soulié en este caso adquiere proporciones colosales que el público no sabria apreciar.

M. Jules Janin escribia en una ocasion con motivo de los funerales de Federico Soulié: «Excelente hombre que no ha sido toda su vida mas que un literato.» Efectivamente, el autor de tantos dramas y novelas hubiera podido mendigar como otros muchos el favor ministerial, pero no era ambicioso ni cortesano. Solo una vez, instigado Soulié por sus amigos, dirigió una pretension á un ministro. Se trataba de un viaje á la Bretaña costeado por el gobierno. Su Escelencia le recibió perfectamente, y enterado del asunto le ofreció seiscientos francos para un viaje del que debia resultar ademas una buena obra.

—«Señor Ministro,» respondió Federico, «cuando necesito seiscientos francos, lo cual me sucede muchas veces, me levanto á las seis de la mañana y trabajo hasta mediodía.»

Federico Soulié ha muerto como sabe todo el mundo, de una enfermedad del corazon, y este debia ser su fin, puesto que habia permanecido bueno, sencillo y cariñoso hasta su último momento, y no supo nunca dominar una emocion. La costumbre del teatro y sus triunfos repetidos no le curaron de su estrenada impresionabilidad. En la primera representacion de su mejor produccion dramática, *la closerie des Genets*, estaba tan conmovido como un autor que pone en escena su primera obra. Sentado entre bastidores, esperaba el fallo del público con una ansiedad extraordinaria, tratando inútilmente de calmar su agitacion violenta con libaciones frecuentes de agua de nieve.

En el año de 1845 fué un director de un periódico á pedirle una de aquellas obras suyas que hacia la fortuna de una publicacion cualquiera. Estaba entonces Federico en el delicioso valle de Bievre, en una mansion apacible que habia hecho construir para él á la orilla del agua y á la inmediacion de un bosque frondoso. Recibió perfectamente al director, y le dijo que aquel trabajo era ya superior á sus fuerzas. «Cuando escribo, me dá calentura,» añadió mostrándole sus manos temblorosas a la de la emocion del trabajo. Parecia prever que la muerte no le dejaria el tiempo suficiente para concluir una obra nueva. Su semblante marchito, en que se veian aun algunos vestigios de una salud que debió haber resistido mucho tiempo á la accion del trabajo, manifestaba una melancolia profunda que no se podia atribuir únicamente al cansancio. Desde lejos el espeso bigote que cubria su labio superior, le daba el aspecto de un militar; desde cerca era un sábio abatido por sufrimientos prolongados, engañado quizas en sus ilusiones mas gratas, y que conservaba en su frente una mezcla indefinible de bondad y misantropia.

Estuvo enfermo mas de dos meses antes de morir; pero presintió al instante que habia llegado su última hora. Entonces pidió fervorosamente al Todopoderoso que le concediera dos años mas de vida, un año siquiera, para bosquejar las ideas que habian germinado últimamente en su imaginacion; pero Dios, en sus inescrutables designios, no accedió á sus ruegos. Federico se resignó á morir, suagonia fué muy lenta pero muy tranquila y serena. Rodeado de amigos cariñosos que le cuidaban con un esmero difícil de describir, dejó á cada uno de ellos algun recuerdo sacado de los objetos que usaba generalmente. Una señora á quien habia dado una sortija, quiso ponerla en uno de sus dedos diciéndole que la volvería á cojer mas tarde, despues que muriera. «Mas tarde!.....» dijo el moribundo. «Oh! no señora, no se lo ma nunca una joya de encima de un cadáver, eso acarrea desgracias.» En sus últimos momentos cuando ya se iban embrollando sus ideas empezó á hablar en verso á los que le rodeaban! Versos subli-

mes, últimos destellos de un genio fértil de conceptos admirables!

Dejó de existir á los 46 años. Su cadáver fué acompañado á la Iglesia de Sta. Isabel del Templo por una multitud de personas; la iglesia estaba colmada de gente, las ventanas y balcones de las calles por donde pasó para dirigirse al cementerio del Pere-Lachaise estaban llenos de espectadores, y al llegar al cementerio se halló invadido ya por una multitud de personas. Parecia que todos los que habian leído sus obras y aplaudido sus dramas se habian citado allí para tributarle el último homenaje de respecto y admiracion. Al depositar el ataúd en el fondo de la huesa, un caballero, vestido de negro, de porte grave y magestuoso se separó de la multitud y subió á una pequeña eminencia desde la cual dominaba á la concurrencia: era Victor Hugo. Al ver al poeta eminente, cuyo pálido semblante revelaba su inmenso dolor, reinó un silencio profundo, en medio del cual pronunció un sentido discurso, sucediéndole despues el Baron Taylor, M. Antonio Berard, Adolfo Dumas, Pablo Lacroix y Belmontet.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

La estincion de la monarquía austriaca con la muerte de Carlos II, fué para España como una bendicion del cielo. Dominada la reina regente, viuda de Felipe IV, de ambiciosos favoritos, que mas que en el pueblo español pensaban en engrandecerse, habia sido mayor la culpa de aquella lastimosa decadencia en que sumieronse con el reinado de su hijo las artes liberales. A no tener en nuestro apoyo la historia, imposible nos pareceria que la viuda de Felipe IV, de aquel rey poeta y artista, hubiera espedido un decreto cerrando los teatros de la corte hasta que su hijo llegase á mayor de edad. La musa castellana enmudeció, pues, para despertarse al estruendo de las guerras de sucesion. Prolongárase mas el reinado de Carlos, y se hubiera perdido hasta la semilla de los laureles de Calderon y Lope.

Cuando los pueblos caen en uno de esos tristes paroxismos que se llaman interregnos, regencias, ó guerras civiles, puestas sus mientes en su interés personal ó en su patriotismo, desdénan de todo cuanto no les adula en estos sentimientos. Es casi probado que siempre suceden á tan tristes periodos épocas de noble agitacion y renacimiento, épocas en que como el fenix, se levantan de sus cenizas brillantes y deslumbradoras. Las aspiraciones elevadas ocupan el puesto del gastado egoismo, la juventud reemplaza á la vejez, la vida reemplaza á la muerte. Transiciones lógicas en el órden moral como en el físico, en los hombres como en los pueblos. Siempre queda en el árbol carcomido que fué grande y frondoso, algun resto de savia que brote lozanos retoños. A Dios toca el fecundizar esta savia con su rocío.

Felipe V fué para nuestro pais este rocío vivificador. Su benéfico influjo desarrolló de una manera prodigiosa el genio español hasta entonces ahogado por la imbecilidad de los dos anteriores gobiernos. Faltáranle al primer Borbon para su justa fama otras recomendaciones, y diéraselas la copia de los hombres célebres que florecieron bajo su mando. Prueba de que sus ojos protectores alcanzaban á todas partes, es que todos los ramos del saber humano tuvieron quien dignamente los representara.—Luzan introdujo la filosofia en la literatura con su *poética* imitada y en puntos traducida de Aristóteles; —Feijóo, satirizando los vicios de la administracion y los de las costumbres, dió el primer golpe mortal á las absurdas preocupaciones de la época;—Don Jorge Juan mereciendo por sus escritos el honor de *académico de las Ciencias* de Paris, destruyó en el extranjero la opinion de que apenas conociamos las fisicas ni las naturales;—Zamora, Cádiz y Martí, dean de Alicante, mantuvieron, aunque á duras penas el lustre de nuestro celebrísimo teatro (1);—el padre Rodriguez, satirizando las escuelas médicas, dió un notable impulso á la medicina;—Macanaz, profundo político, sábio economista, escritor inteligente, regeneró la administracion del reino;—y otros muchos, menos notables, que seria proligidad enumerarlos.

Con ellos ha pasado á la posteridad, aunque sin razon tenido solamente como *aura mediocritas*, el poeta satirico Eugenio Gerardo Lobo, entre sus contemporáneos el capitán coplero.

Al empezar á ocuparnos en él nos ocurre la idea de que presintió la injusticia de su siglo, y aun de los futuros, cuando dijo:

Yo, aquel capitán Gerardo,
de cuya infeliz historia

(1) Aunque este escritor es muy poco conocido como poeta dramático, compuso algunas comedias de mérito. Las que han llegado á nuestra noticia son: *Amor y no amar á un tiempo*.—*¿Qué mas inferno que amor?*—*Tener de sí mismo celos*.—*Ulises y Penélope*.—En verso escribió ademas una silva, imitacion de Góngora, titulada *La Soledad*.

no tendrá el mundo memoria,
aunque lea el Anacardo...

En efecto, apenas hemos encontrado memoria de él, y nuestros artículos, mas que biografía serán juicio crítico de sus obras. A pesar de lo interesante que es para nuestra literatura todo lo concerniente á su época, tan cercana como desconocida, sentimos esta contrariedad, porque su vida debió de ser por demas aventurera, y agradaría con mas estremo á nuestros lectores.

Habia pasado ya el tiempo de Garcilaso y de Ercilla, que escribían

tomando ora la espada, ora la pluma.

La literatura fria y descolorida de los frailes habia vuelto á sustituir á la de los cortesanos y á la de los héroes. Para la nacion del padre Froilan Díaz eran grande cosa los cánticos rimados. El recuerdo de Quevedo estremecía. El de Villamediana, que en sus versos dejaba traslucir la alteza de su amor, ponía en trance de temblar. Entonces nació en Toledo (1), de padres tan honrados como poco ricos, Eugenio Gerardo Lobo,

el soldado mas cabal,

(1) Aquí debemos hacer mencion de una prueba mas que hemos adquirido de la ligereza con que se ocupan los estrangeros en cuanto nos atañe. Desesperados de encontrar en escritos españoles datos históricos de la vida de nuestro poeta, recurrimos, aunque con pesar, á la *Biographie universelle, ancienne et moderne*, obra tenida por excelente; y en ella, entre otras curiosidades prolijas, dícese de Gerardo: que nació en un pueblo de Castilla la Vieja en el reinado de Felipe III ó Felipe IV; que estudió en la universidad de Alcalá de Henares; que Felipe IV, rey que andaba á caza de poetas con un candil, topole, como habia topado con Calderon, Ruffo de Molina y D. Juan de la Noz; que desde entonces fué grande amigo del rey, con lo que se familiarizó tanto con las musas, que improvisó comedias en el Buen Retiro, y hablaba siempre en verso, no acertando algunos dias ni aun á saludar en prosa tan siquiera; y que murió por los años de 1668. (T. XXIV, París, 1829.) Esta relacion no es del todo inexacta, si exceptuamos lo del nacer en Castilla la Vieja, pues nació en Toledo, como lo reza la esplanacion del titulo de *El triunfo de las mugeres*, loa sagrada que compuso en aquella ciudad cuando solamente contaba catorce años; y como se deduce bien á las claras de muchos versos suyos, y en particular de aquella carta en que dice al tesoro del rey, pidiéndole socorros pecuniarios:

En Toledo mi caracter
En casa de un mercader
Importará un par de guantes.

O pruébenlo estos otros:

Del Tajo en las arenas
Piadosísima cuna
De aquel suspiro que arrojé primero.

No es inexacta esa relacion, si exceptuamos lo de la fecha, pues no tan solo no alcanzó á Felipe III, sino que ni á Felipe IV tampoco, y apenas á Carlos II, porque era ya capitán en las guerras de sucesion, y estuvo en los sitios de Lérida y Montemayor, y en la conquista de Orán, acciones que cantó en sus versos, y fué á Italia con Felipe V, como lo prueban varios sonetos italianos, su composicion *A la prodigiosa incorruptibilidad del cuerpo de Santa Catalina de Bolonia*, aquella en que cantó las maravillas de la iglesia de la Rotunda de Roma, su correspondencia con poetas italianos, entre ellos el célebre Maffei, y la carta que escribió desde Bolonia al Rmo. P. M. F. N. á fecha 20 de mayo de 1745. Aparte de esto, no es inexacta la relacion de la *Biographie universelle*, si se exceptúa lo de la amistad con Felipe IV, poca mediada medio siglo entre los dos; pero á bien que esto es disimulable en libro que nos regula al lado de Calderon dos poetas hasta hoy desconocidos (Ruffo de Molina y D. Juan de la Noz), aunque nos acubara este gozo el pensar que la ocasion de la dídava quizas ha sido el tergiversar por ignorancia los nombres de dos poetas castellanos. Tras estas exactitudes viene la del año de su muerte, pues claró está que toda la maña transpirenca no podria conseguir que un hombre muerto en España en 1668, escribiera en Italia una carta en 1745, y peleara con los austriacos después de muerto como el Cid.

Ahora bien, hablando Gerardo Lobo en sus obras de Felipe V, de Luis XIV, de Staremberg, de Gallovy, de otros personajes ilustres de aquel tiempo; habiendo dedicado una al malogrado Luis I, ¿en dónde han bebido sus noticias biográficas los autores de la *Biografía universal antigua y moderna*?

Y puesto que en esta refutacion hemos dado nosotros algunas, justo es que las completemos en lo posible, aunque crezca esta nota demasiado, pues por su escasez las noticias que nos restan no merecen otro lugar.

Como á la mitad de su vida hallábase Gerardo Lobo, cuando hubo de enemistarse con Felipe V por estos versos afrancesados, que tomó el rey por satírica alusion á los de su país, y por los cuales le llamó con desden airado capitán coplero.

Dos cochinos al entrar
Me dieron la enhorabuena,
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

(Alcalá Galliano, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII*.)

Era Gerardo por aquel entonces, coronel, capitán del regimiento de guardias españolas de infantería, y sin duda por el enojo que escitara en el discípulo de Fenelon, vióse postergado en su carrera, pues por la carta de Bolonia que citamos, se vé que aun no era mariscal de campo, «cuando lo han conseguido dos brigadieres en mi regimiento, y muchísimos en el ejército, no solo mas modernos en el grado, pero sin comparacion en los antecedentes empleos.» Después, al volver á España en el navío *S. Isidro*, sufrió una gran borrasca que le puso en trance de ser pasto de peces, con todos sus sonéticos garrafales, como dice graciosamente. Habia muerto ya Felipe V, y

y el ingenio mas valiente, (4)

que muy pronto habia de ser gran paladin de la musa satírica, rival del autor de las *Zahurdas*, y mantenedor dignísimo de las glorias poético-militares de España.

Apenas se comprende como entonces habia quien se atreviese á mirar las cosas sino por el lado que indicaba el rey despues de la inquisicion. Bien, que á decir verdad, la sátira á la sazón iba mas en mantillas que en los tiempos de Quevedo; porque de todos los géneros de literatura es este el que mas necesita de omnimoda libertad é independencia. Asi vemos á los poetas que lo cultivaron en tiempos de reyes absolutos, buscar los ridiculos en su misma esfera social, para no herir susceptibilidades, atacar á las personas, no á las instituciones, únicas cuyos vicios pueden ser trascendentales, y son menos dignos de disculpa; y revolverse en fin en un círculo mezquino, mortal para su talento, y para el público comunmente enojoso; porque, como hemos dicho en otra parte: «sátira que no tenga su poco de sainteté político ha de ser insulsa de por fuerza, y se caerá de las manos.»



Eugenio Gerardo Lobo.

Al volver Gerardo Lobo á España despues de la muerte de Felipe V, á mediados del siglo XVIII, encontró la literatura de nuestro país dividida entre el afrancesamiento importado por el nieto de Luis XIV, y el *cullerianismo*, que por su índole de todo punto meridional, tardará mucho en desarraigarse de la poesia española. El teatro, que es la espresion mas completa, mas filosófica de la literatura, y que la resume por decirlo así, hallábase bajo la dominacion de Canizares y Zamora, talentos medianos que habian tenido que pedir de prestado á Moliere y á otros autores franceses la mayor parte de sus triunfos. Luzan, amalgamando en su *Poética* las doctrinas de Aristóteles con las que habia emitido en Francia el padre Lebossu en su *Ensayo sobre el Poema Epico*, todas las cuales predominaban en aquel país sostenidas por Boileau Despreux, iba logrando que entrase nuestro irregular genio poético por un carril semi-clásico. Las costumbres se resentían de esta misma vacilacion. Reemplazada la corte jesuitica

subido á su trono Fernando VI, que olvidado de los enojos de su padre, ó agradecido de nuevos servicios de Gerardo, le ascendió hasta Teniente General con hábito de Santiago y con el mando de Barcelona, donde tuvo desgraciado fin, cayendo de su caballo, por los años de 1756 ó 57, segun la coleccion de sus obras de 1758, donde algunas se incluyen como póstumas.

Su vida, antes de la época en que nosotros la describimos brevemente, está pintada por él en este soneto, uno de los pocos medianos que entre ciento treinta, escribió:

De dos lustros y medio no cabales,
Y del monte Parnaso en los vergeles,
Me sentaba entre murtas y laureles
A mondar sonéticos garrafales;
Y chupando los jugos principales,
Mis pueriles numéricos papeles
Como gozques, sonando cascabeles,
Por tertulias corrían magistrales.
La mitología me prestó candiles,
Y no pocos la lógica faroles
Para entrar en empresas juveniles;
Pero haciendo en mi mente caracoles,
A la escuela pasé de los fusiles,
Donde estudio en sufrir riesgos y roles.

(4) El marqués de la Olmeda, poesia en elogio de Gerardo.

de Carlos II por la corte francesa de Felipe V, caballeresca y pretenciosa de sabia; fácil hubiera sido hacer surgir la civilización de estos elementos, y lograrlo aquel monarca de claro talento y protector de las artes, á gozar de mas tranquilo reinado y de mas perfecta salud.

Tan desdenosa mostróse aquella época de su poeta satírico, que no podemos señalar seguramente cuales de las obras de Gerardo Lobo fueron las primeras. Entonces, que se escribía la vida de todo el mundo, y de los indigestos comentadores de Góngora en particular, nadie se tomó el trabajo de escribir la de nuestro capitán. Ni él tampoco se cuidó de poner en sus obras el prólogo correspondiente; sin duda las tenía en menosprecio, porque hubo razón para que lo hiciera, segun se deduce de este soneto con el cual se las remitió á un su amigo, y que es sin disputa como el que ya hemos citado, uno de los mejores que escribió, á pesar de lo oscuro del último terceto, y de las faltas gramaticales que cometió colocando el verbo de la primera oración tan lejano de sus agentes, y poniendo la disyuntiva ó en vez de la conjunción negativa *ni* en el sexto verso:

Esas que el ocio me dictó algun día

Con leve aplicación, rimas sonoras,
No en las rosadas ó purpúreas horas
Como el Horacio cordovés (1) decía;

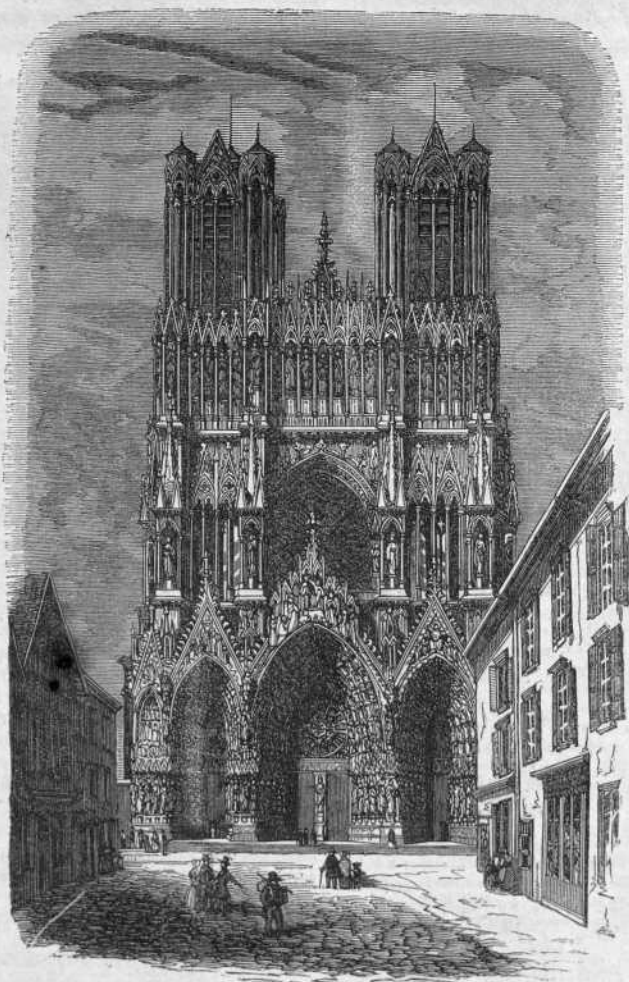
Sino en aquellas en que yo podía
Sin cuidados de tardes, ó de auroras,
Dedicar á las musas, mis señoras,
Un pedazo de vana fantasía;

Te remito en los propios borradores
De la pluma fugaz, porque se vea
Cuales son en su fuente mis errores,

Ya que á conceptos de mayor idea
El capricho de varios impresores
Al público sacó con mi librea.

(Continuará).

VICENTE BARRANTES.



(La catedral de Reims.)

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el río suena!

Matilde residía en Madrid cuando fué su madre por su padre asesinada; Matilde supo, como la corte entera, la fatal nueva á las po-

cas horas de acaecida; y Matilde que no podía concurrir á sociedad alguna donde no le instruyesen punto por punto de los trámites de la causa criminal que contra el autor de sus días se estaba instruyendo, permaneció, sin embargo, impávidamente indiferente al trágico suceso, tomando parte en las conversaciones que sobre él de continuo se suscitaban en su presencia, como si los actores del funesto drama le fuesen completamente desconocidos. En vano el honrado Mendoza, cediendo á los piadosos naturales sentimientos de su co-

(1) Góngora.

razon sobrado tierno, quiso un momento mostrarse parte para dulcificar en lo posible la suerte de Vargas: la dignísima hija de Milagros supo convencerle de que sería sacrificar inútilmente su posición en el mundo, pues que don Fadrique no podía escapar de la horca, á cuyo suplicio le sentencié, en efecto, la Sala de Alcaldes á los quince días de haber perpetrado el crimen.

Una circunstancia, que para cualquier preso á la pena capital no sentenciado fuera gran desdicha, alargó los días del ex-Oidor: al notificarle la sentencia para ponerle en capilla, el alcalde que lo verificaba, por ausencia ó indisposición del que su proceso había instruido, reconoció en el reo al que bajo el nombre supuesto de don Juan de Retama estuvo preso años atrás por tatur, y después de libre apareció complicado en cierta conjuración contra la vida del Rey, sobre la cual obraba en los tribunales un proceso tan voluminoso como importante. Concluida, pues su comisión y puesto el reo en capilla, porque eso no estaba en su mano dejar de hacerlo, dió cuenta á la Sala de su descubrimiento, la Sala al Rey, y el monarca mandó suspender la ejecución de la sentencia, hasta que se terminasen los procedimientos en la causa de Estado contra Vargas incoada. ¿Por qué (se nos preguntará) puesto que en ningún caso podía la pena exceder de la de muerte? ¿No era mas sencillo dejar que se le ahorcase desde luego? Mas sencillo, respondemos, sin duda alguna; pero el reo podía, en la esperanza de salvar su vida, hacer importantes revelaciones que comprometiesen á unos cuantos desdichados, no ya vulgares criminales, sino honrados conspiradores, cuya pública ejecución sirviera de saludable escarmiento á los liberales y de entretener el fuego sacro en el corazón de los buenos realistas. Don Fadrique, pues, salió de manos de la filantrópica asociación de la *Paz y Caridad* y de las de un confesor, para volver al dominio de jueces y carceleros. Con la misma estóica resignación, ó mejor dicho, empedernida indiferencia con que se dejó conducir á la capilla, salió de ella á las veinticuatro horas; y mas diremos, si en el primer momento el instinto de la propia conservación le hizo alegrarse, á poco casi tuvo pena de que se le alejara del fin de una vida para él insostenible, desde que iluminando su espíritu la antorcha de la desgracia, se había visto á sí mismo en toda la plenitud de la infamia que le manchaba.

Como quiera que sea, al primer interrogatorio que se le hizo después de la suspensión de su sentencia, comprendiendo de lo que se trataba, mostró ser otro hombre enteramente distinto del que fué durante el proceso del asesino. Entonces brutalmente franco, ahora sutil y cauto como buen juriconsulto, primero inspiró desprecio á sus jueces, después acabó por imponerles respeto. Sin contradecirse jamas, aparentando una franqueza sin límites, pintando sin embargo los hechos como á su propósito convenia, y no comprometiéndose sino á los muertos ó á los ya emigrados, supo dar á la causa colosales proporciones, y á su persona interés é importancia; los alcaldes decían que sería lástima tener que ahorcar á hombre tan hábil; y eso que siempre ignoraron su verdadero nombre.

¿Háase olvidado el lector de que le quedaba á Vargas, además de la bastarda Matilde, otra hija legítima en Moron casada?

Don Fadrique se acordó de ella en la soledad y miseria de su calabozo, y como á sus años las penalidades de una cárcel son difícilmente soportables, quiso probar fortuna, rogando á Inés que le amparase.

¿Por qué no acudió á la muger de Mendoza que residía en la Corte, y que había sido la hija de su predilección? Porque Vargas conocía sobradamente el fruto de sus criminales amores con Milagros para esperar de ella nada bueno; y, por el contrario, presumía, y no se engañó, que la hermana de Laura había de ser á sus desdichas sensible.

Inés, en efecto, apenas recibida la carta en que su padre le pintaba la situación calamitosa en que se encontraba, voló á la corte en compañía de su excelente esposo; obtuvo á fuerza de ruegos y sacrificios pecuniarios que se mejorase su situación material en la cárcel; y constituyóse casi en su compañera de prisión, cual si nunca de su lado se apartase, cual si don Fadrique hubiera para ella sido el mas tierno de los padres.—«Es criminal sin duda, muy criminal, decían los dignos esposos, pero si á los Alcaldes toca juzgarle, á nosotros sólo compadecer su desdicha, tratar de aliviarla; porque es padre al cabo, y bueno ó malo, nosotros somos sus hijos.»

Sublime cuanto sencilla espresion de una pura evangélica moral que no hemos querido omitir, siquiera para darle un rayo de luz celeste al sombrío cuadro que no es forzoso ir bosquejando.

La presencia y compañía de su hija y yerno, la simple y candorosa piedad filial de Inés, y la filosófica cristiana cordura del oidor su marido, acabaron la obra que la soledad había comenzado: penetró, en fin, el arrepentimiento humilde, sincero y confluente en la misericordia divina, en el alma de don Fadrique, y como en ella nada era posible á medias, la revolución fué instantánea y completa.

Advirtiéronla primero que nadie sus jueces, al ver que cesaba

en sus tergiversaciones, y que declarando con firmeza su propósito de no comprometer á persona alguna, precipitaba él mismo el desenlace de la tragedia.

Vista su causa política, fué por segunda vez condenado á muerte en horca, con las horribles circunstancias agravantes, entonces aun en uso, de ser hasta el suplicio arrastrado, y luego por mano del verdugo desuartizado.—No cogió á Vargas tal sentencia de sorpresa, antes la tenía muy de antemano prevista, tan prevista que el día vispera de pronunciarse, después de una larga y secreta conferencia á solas con su yerno, de la cual salió este con lágrimas en los ojos y demudado el semblante, escribió, ó mas bien terminó, una verídica aunque sucinta relacion de los sucesos de su vida, que cerrada y sellada, puso en manos de Inés, pidiéndola al mismo tiempo que en nombre de su santa madre la camarista, y de su infeliz hermana Laura, le absolviese de sus crímenes y extravíos como esposo y como padre. Jamás fué calabozo alguno teatro de tan tierno espectáculo: don Fadrique de rodillas á los pies de su hija, imploraba el perdón de sus culpas; Inés en lágrimas desecha, la voz interceptada por los sollozos, y partiéndosele el corazón, respondiale impetrando la intercesión de su madre y hermana, para con el Dios de las misericordias en favor de su infeliz padre; y el oidor, no menos conmovido aunque procurando dominarse, contemplaba aquel cuadro, bendiciendo á la providencia que al depositar en el corazón del hombre el germen del arrepentimiento, le ha dado el medio de purificarse hasta de los crímenes mas atroces.

A la siguiente mañana el carcelero atónito halló á don Fadrique de Vargas cadáver en su propia cama. Durante la noche, por medio del fuego de carbon encendido en un anafé que para calentar la comida tenía en el calabozo, habiase asfixiado, mas que por sustraer su persona al suplicio, para libertar á su hija de tal infamia.—El marido de Inés, echándose á los pies del Rey, consiguió que la sentencia no se ejecutase tampoco en el cadáver como la ley lo mandaba.

Tal fué el deplorable fin de la estragada vida de don Fadrique; tales las consecuencias de la falsa dirección dada en sus primeros años á aquel espíritu ardiente á par que inflexible.

XVIII y último.

Necesitamos en este artículo ser concisos sin perjuicio de la claridad, porque terminados los sucesos de mayor interés de este cuadro, si es que alguno hemos sabido darle, tiene el lector derecho á que abreviemos, pero al mismo tiempo no nos es lícito tampoco dejar, como vulgarmente se dice, ningún cabo suelto.

Procedamos con orden lógico. Poco tiempo después del suicidio de don Fadrique, consiguió Matilde, por medio del Fraile consabido, primero: que Mendoza fuese destinado al mismo regimiento que Sotopardo; y segundo que á don Pedro de Almazan, entonces Comandante en la isla de Cuba se le nombrase Teniente Coronel del mismo cuerpo. Su plan era ó conquistar á don Carlos, en cuyo caso no le parecía difícil deshacerse de Almazan, ó si no lograba aquel objeto, perder un día ú otro á Sotopardo por medio del último su enemigo y gefe.

Cuando tan hábil combinación llevaba algunos meses de realizarse en su primera parte, esto es, en la reunion en un mismo regimiento de Mendoza, Sotopardo y Almazan, verificóse la salida de la casa de Pages, y destinó á aquel cuerpo de don Alfonso Tellez, y casi simultáneamente perdía Inés á su excelente anciano esposo.

Sabemos ya las aventuras del Capitan page en Granada, en las cuales hay solo un misterio que explicar, á saber: el encuentro de Alfonso con Sotopardo en la calle de Matilde, la noche vispera del desafío que entre aquellos dos capitanes debía verificarse, y la presencia de la muger de Mendoza en su balcon.

Supuestos los antecedentes que ya el lector conoce, nada mas fácil que enterarle de aquel suceso.

Todos los esfuerzos de Matilde para conquistar á don Carlos habían sido vanos hasta entonces: el corazón del amante de Laura por una parte, se había para siempre al amor cerrado; y por otra aun cuando así no fuese, jamás hubiera puesto Sotopardo los ojos en una mujer cuya villana condicion conocia, y que á mayor abundamiento era en su concepto y, á no dudarlo, la que el puñal clavara en el pecho de su inolvidable condesa.

Casi convencida de la inutilidad de sus cínicos avances y hábiles maniobras, preparábase la hija de Milagros á entablar su plan de venganza provocando un acto de insubordinación de su ingrato contra el apaleado teniente coronel; lo que una vez logrado, que no parecia difícil, el rigor solo de las leyes militares dejaría satisfecho su odio implacable: mas llegó don Alfonso á Granada, jóven, casi niño, buena figura, rico, galán simpático, y la lubricidad de Matilde por

una parte, y su incurable manía de triunfar del invencible por otra, la indujeron á variar por el momento de pensamiento.

Entonces fué cuando cautivó al inesperto jóven para dar celos á su ingrato, y entonces cuando don Carlos de regreso de su expedición, ideada por el veterano Coronel para apartarle por algun tiempo del cuerpo que su presencia agitada, hallando que se renovaba la antigua conjuración contra su fama urdida, y sintiendo, sobre todo, la ruina que preveía de don Alfonso, resolvió poner término á las tramas de sus enemigos.

Era excelente el corazón de don Carlos, á pesar de su misantropía; miraba en Alfonso reproducidos el candor y las poéticas ilusiones de los primeros años de su propia vida, adivinó además en él un alma noble y generosa; resultando de todo que le cobrase singular y por el momento muy mal pagado afecto. Indignóle, pues, ver á aquel jóven arrojarle desatinado, como la deslumbada crisálida al fuego, en las redes de la pérdida Matilde; y al propio tiempo afligióle profundamente, acaso por vez primera de su vida, considerar la mala fama que le abrumaba.

Poca ó ninguna importancia tenía á sus ojos la opinión de las gentes ya por el mundo corrompidas; quizá se envanecía con su mal querer; pero Alfonso era tan caballero, tan bueno, tan leal, y mucho mas capaz, infinitamente mas poético, que su excelente amigo Betanzos, el cual, habiendo heredado á cierto cura su tío materno, retiróse del servicio y vivía feliz tranquilo y casado en una ignorada aldea.

No quiso, por tanto, Sotopardo consentir la ruina de Alfonso, ni resignarse á que aquel le odiara; y venciendo, en gracia de fin tan santo como evitar uno y otro escollo, su repugnancia á tener con la mujer de Mendoza relacion alguna, buscóla en una tertulia, y dijo-le: «Tengo que hablar á V., señora, de negocios importantes; mañana está Mendoza de guardia; por la noche tendré el honor de ir á ponerme á los pies de V.»

La fórmula era brusca, dura, insolente tal vez: cualquiera otra señora viera en ella un insulto: Matilde misma, si cualquier otro hombre osara hablarla así, le hiciera sentir sin contemplaciones su torpeza; pero Sotopardo lo podía todo con Matilde; Matilde no concebía siquiera como rechazar á Sotopardo.

Nuestro don Carlos era el azote de Dios, sobre aquella mujer impia, sin corazón y sin conciencia; y el amor que ella le tenía, como preludio del fuego del averno que como legítima presa la reclamaba.

Calló pues, la mujer de Mendoza, calló mirando á Sotopardo con una espresion indefinible de asombro, temor, deseo, y provocación; y él, sin dignarse mirarla, volvió la espalda, dió una vuelta por la sala y retiróse á su casa.

¿Cual era el plan de don Carlos?—Muy sencillo; declarar á Matilde que solo por respeto á la última voluntad de la desdichada Laura se habia hasta entonces abstenido de tomar justa y terrible venganza, no ya de los propios agravios, sino del asesinato de aquella. Prometerla absoluta impunidad en lo sucesivo, con solas dos condiciones: la primera renunciar para siempre á Alfonso, desahuciándole al siguiente día; la segunda, no volver nunca á pronunciar su nombre (el de Sotopardo), ni á calumniarle como de continuo lo hacia.

Si Matilde se prestaba á tan razonables como moderadas exigencias, nada le quedaba que hacer á Sotopardo; pero si rehusaba las condiciones propuestas, ó aceptándolas de mala fé las quebrantaba, iba resuelto á notificarle á aquella incorregible mujer, y lo que es mas, á llevar á cabo su resolución, que se proponía revelar á la sociedad granadina, por entonces, y mas tarde á toda España, la negra historia de la vida de Milagros y de su bastarda hija, sin omitir ni atenuar ninguno de sus horribles y hediondos pormenores, ó lo que es lo mismo á lanzarla ignominiosamente del círculo de la gente honrada ó cuando menos decente.

No es fácil calcular cual hubiera sido el efecto que produjera en Matilde tan fulminante ultimatum: lo único que á conjeturar nos atrevemos, es que primero habria ensayado la seducción, y siéndole inútil, llamara en su auxilio la hipocresía, prometiéndole todo, con ánimo, no solo de no cumplir nada, sino de vengarse ferozmente del nuevo insulto hecho á su belleza y encantos.

En todo caso ya sabemos que el febril aturdimiento de don Alfonso dió por el pie á las combinaciones de uno y otro, y que precipitando la catástrofe, separó á los actores de aquel drama. Sotopardo fué desterrado á Canarias; confinado Tellez á Ronda, donde conoció á Inés ya viuda; promovido Almazan á coronel, y nombrado oficial de la secretaría de la Guerra; y Mendoza, finalmente, con el ascenso á comandante, empleado en la Inspección general de su arma. Milagros todos de la intrigante Matilde, por medio del Fraile de marras y de otros protectores que en la corte tenía.

También ella fué la que logró que á don Alfonso se le alzase el destierro y se le permitiese ir á la corte, sin mas objeto que el de

hacer de él su segundo ó tercer amante, como lo hizo, en efecto, segun nos lo ha contado el capitán page mismo.

Tal era la situación de cosas y personas en el momento en que, interrumpida la narración de Tellez al finalizar el IV artículo de estos Estudios, comenzó don Antonio, nuestro huésped, con el V, la historia, ya melancólicamente terminada en el anterior, de don Fadrique de Vargas.

En tanto que Alfonso aprisionado en las redes de Matilde, como Reinaldo en los jardines de Armida, olvidaba voluptuosamente adormecido por la perversa hechicera, que no debía al cielo el talento, la elevación de sentimientos, y el instinto de las generosas acciones, para dejar que tales dotes se malograsen en estéril ociosidad, si en la cima de los vicios no se corrompian; Sotopardo en las islas *afortunadas*, meditando honda, aunque dolorosamente, en las vicisitudes de su vida, sentía á un tiempo que no habian tenido poca parte en ellas sus propios errores, extravíos y hasta culpas, y por otra que era de su obligacion reparar el tiempo hasta entonces mal gastado.

—*Convicción, resolución y ejecución*, son tres cosas separadas entre sí para la mayor parte de los hombres por distancias casi siempre considerables, muchas veces infinitas: mas para don Carlos ideas conjuntas, actos inseparables. Ocupóle, pues, exclusivamente la indagación de los medios necesarios para llevar su plan á cabo; y una vez escogitados aquellos la manera de ponerlos por obra.

Hasta entonces Sotopardo, como un bajel sin rumbo, habiase dejado arrastrar por las corrientes de la vida no oponiéndoles mas resistencia que la inercia de su específica gravedad, fuera de los casos contadísimos de animarle pasión violenta. Almazan cobarde, mal oficial, apaleado además, era ya coronel; Mendoza, aunque pundonoroso, inútil, comandante; y don Carlos, que en campaña ascendió rápidamente de alférez á capitán, se encontraba aun en la misma graduación al cabo de muchos años de servicio. Arrestado en Madrid una vez, otra en el castillo de *Sancti Petri*, separado luego del servicio activo, en fin, deportado á ultramar, no habia dado ni un solo paso para rehabilitarse. ¿Originaba tal fenómeno su posición social? ¿Carecía de relaciones importantes? Ni lo uno, ni lo otro: su cuna fué noble, su padre General, sus rentas eran considerables, sus relaciones de parentesco importantes, las que de los antiguos amigos del autor de sus dias pudiera cultivar útilmente, altas y numerosas. ¿Por qué, pues, dejarse así maltratar impunemente por la fortuna?—Por efecto de la estravagante exageración de un sentimiento en la esencia honrada y bueno.—Aquella alma generosa odiaba la intriga, y parecíale intriga todo lo que no fuese dejarse juzgar por sus hechos, olvidando que aun estos, siendo buenos, necesitan en la vida comentarios para ser conocidos, defensa para ser apreciados. ¿Cuánto mas cuando, como los de don Carlos y los de la mayor parte de los hombres, aparecían muchas veces de por sí con los colores del vicio, y habia personas á ennegrecerlos pertinazmente consagradas!

Tales reflexiones hizo Sotopardo en Canarias, y como era para él llegada la época de la vida en que la razon comienza á sobreponerse á las pasiones y hasta á las ilusiones, no fueron estériles. Ordenó en consecuencia y puso por escrito una relacion, comentada, de los sucesos de su vida, en cuanto con su carrera se enlazan; y con cartas respetuosas á par que dignas y enérgicas, remitió copias al Capitán General que era de Sevilla en la época de sus amores con Laura, y al que tenía á su cargo el gobierno de la Plaza de Madrid cuando conoció á Matilde. El último habia sido íntimo amigo de su difunto padre; el segundo le habia mostrado simpática indulgencia en Sevilla; y ambos se hallaban entonces en la corte terminando su carrera en el supremo Consejo de la Guerra. Sotopardo obtuvo de aquel paso todo el fruto que se prometia y quizá mas: los dos Generales, examinando el negocio imparcial y severamente, le aconsejaron que acudiese al Rey con una reverente esposicion en súplica de que el supremo consejo examinase su conducta y propusiera en consecuencia á S. M. lo que tuviese por oportuno. Hizo don Carlos lo que se le aconsejaba, y Fernando VII, recordando al instante con su envidiable singular memoria, lo ocurrido en ocasion del desafío que costó la vida al marqués de Motril, concedió lo que se solicitaba. Una vez el asunto sometido al Consejo, los dos Generales protectores de nuestro protagonista sirviéronle eficazmente: aquel tribunal, despues de tomar muchos informes reservados, pesándolos en la balanza de su equidad, halló que Sotopardo era solo culpable de aturdimientos y acaso de algunos extravíos, excusables todos en sus pocos años, y que por severamente que juzgarse quisieran, estaban ya mas que duramente castigados con los disgustos, arrestos y destierros que sufridos llevaba. En cambio su hoja de servicios era brillante, su valor notorio, su capacidad escepcional, su celo é inteligencia en las filas recomendadas por cuantos gefes á sus órdenes le habian tenido, á escepcion de Almazan. Por tanto consultó al Rey el Consejo que se levantase á don Carlos el destierro, y que se le promoviese al empleo inmedia-

to, no solo por vía de remuneración de sus pasados servicios, sino como señal inequívoca de que S. M. consideraba que ninguno de los castigos y persecuciones hasta entonces por aquel oficial padecidos, debía de servirle de mala nota ó perjuicio en su carrera.

Conformándose el Rey con lo propuesto por el consejo, Sotopardo recibió á un tiempo, copia de la consulta de aquel supremo tribunal, su real despacho de comandante de escuadron, y una licencia para pasar á Madrid á besar la real mano.

Almazan, como oficial de la secretaria de la guerra, tuvo noticia de tal resolucion antes que el interesado mismo; mas no solo carecia de medios de oponerse á ella, sino que, no bastándole todo el favor de que gozaba para luchar con el Consejo, recibió en fin una pequeña parte de su merecido. En efecto, en el expediente de Sotopardo, su antiguo capitan y despues sucesivamente comandante y teniente coronel, forzosamente hubo de figurar, y de figurar como sus hechos lo exigian: en malísima luz.

Su cobardía, sus intrigas, la paliza en Sevilla recibida, sin que apareciese ni rastro de que intentara obtener reparacion de tal insulto al encontrarse con su ofensor en Granada, eran hechos que examinados por jueces imparciales, no podian menos de provocar un fallo severo. Mas interponiéndose el Ministro su gefe, á quien con serviles adulaciones tenia la voluntad ganada, limitóse el castigo á jubilarle como oficial de secretaria, aunque sin carácter alguno militar, ni el de retirado siquiera.

Matilde, presintió que su estrella comenzaba á eclipsarse, brillando sobre el horizonte la de Sotopardo; y aferose mas que nunca á Alfonso, con cuya ciega pasion creyó que podia contar para siempre. Bien quisiera deshacerse de Almazan, mas no pudo, tanto por que el bueno de Mendoza amaba á aquel hombre como un hijo á su padre, considerándole como su generoso protector: cuanto por que, si algunos lazos hay en la tierra indisolubles, son seguramente los del crimen; y esos unian á Almazan y Matilde desde que en Sevilla asesinaron de consuno á la condesa de San Justo; desde aquel suceso, además, juntos y de comun acuerdo habian perpetrado mas de una infamia; y no podia la hija de Milagros, en resumen, romper con su cómplice.

Sin embargo, ya porque su destino la precipitase, ya porque le pareciera que, en su nueva y desventajosa situacion, Almazan habia cesado de tener derecho á grandes miramientos, relajó Matilde la reserva primera de sus relaciones con Alfonso, y como el incauto apasionado jóven por su parte, quisiera que el universo entero le contemplase á los pies de la que idolatraba, en breve se rasgó el velo del misterio que á los ojos de todos ocultaba hasta entonces los adúlteros amores.—Siempre lo mismo: tarde ó temprano la imprudencia de los mas cautos culpables acaba por revelar su delito y atraer sobre sus cabezas el justo castigo que les imponen ó la opinion pública ó las leyes.

Así las cosas, llega Sotopardo á Madrid, y su aparicion conmueve hondamente á las personas cuya vida escribimos. Almazan siente renovarse en su villana frente el sello de la ignominia; la memoria de Matilde, decimos la memoria, no osando escribir conciencia, reproduce una tras otra las sombras de sus victimas: pálida, resignada, con la palma y la corona del martirio la de Laura; amenazadora y de amargura llena la del ofendido conde de San Justo; orgulloso aun y con sardónica sonrisa la del marqués de Motril; tinta en sangre, con el cinismo y la desesperacion pintados en el rostro la de Milagros; lóbrega, ceñuda, arrastrando sus hierros, y muriendo por el suicidio, por no espirar en la infamia del suplicio, la de su padre!... Porque de todas esas muertes era, en el fondo, responsable Matilde.

Alfonso mismo, el generoso Alfonso, culpable solo de amar á la malvada que no conocia, supo con desagrado la llegada de Sotopardo; mientras que éste, por la desgracia purificado, y considerándose como encargado por la divina providencia de salvar á Tellez en espacion de sus propias culpas, pensaba solo en la manera de llevar á cabo tan noble designio.

El Destino que, cansado de perseguirle, secundaba sus miras, ó para espresar con propiedad nuestro pensamiento, la divina providencia, aceptando la pureza de sus intenciones, dispuso las cosas de suerte que casi sin la intervencion de don Carlos, y por sus propias manos, prepararon los delincuentes su castigo.

Matilde dijo un día á Tellez: —«Alfonso mio, don Carlos el malo está en Madrid: sé que te busca, sé que no trata de provocarte, si no por el contrario de sincerarse contigo á espensas mías, valiéndose de su medio favorito, del que con tan buen éxito acaba de emplear contra nuestro buen amigo Almazan: la calumnia. Ruego-te, si no quieres perderme, que no rechices duramente á ese hombre; que le oigas con resignacion. Es capaz de todo, y si Mendoza sospechase nuestras relaciones... ¿Me prometes hacer lo que te digo?»

Prometió y juró Alfonso, como hubiera jurado y prometido y cumplido además, arrojarse por un despeñadero con solo insinuársele Matilde. Así cuando, en efecto, le buscó don Carlos, hallóle ceremonioso, frio, reservado, pero en rigor cortés.

Para Alfonso tenia nuestro capitan otra relacion de su vida, juntamente con la de Matilde y su familia, que es la que de pauta nos ha servido en estos artículos; mas hallando al jóven revestido de una armadura completa de recelos y desconfianzas, limitóse por entonces á esplicaciones cortesanias sobre el duelo intentado en Granada, dejando así abierta la puerta para el porvenir, sin comprometer cosa alguna en lo presente.

Sorprendió á Alfonso y sorprendió á Matilde tal conducta, mas el primero dejó pronto de pensar en ello, y la segunda, que por el contrario no cesaba de cavilar en el asunto, se dijo: «¿Será, en fin, llegado el día de que ese hombre se me rinda, ó es tanto su desprecio á mi persona que ni hacerme la guerra se digna?»

Singular raciocinio, á primera vista considerado, fué el de la hija de Milagros; y sin embargo, á poco que en él se medita, se advierte que tiene esa lógica de sentimiento, esa intuicion casi profética, don peculiar de las mugeres, en virtud del cual aventajan casi siempre al hombre en prevision y sutileza cuando de pasiones se trata.

Tenia razon: dadas las posiciones relativas entre ella y Sotopardo, este no hablando de ella ni bien ni mal, cuando la ocasion no solo le brindaba, si no que casi le imponia la obligacion de hacerlo, revelaba uno de dos sentimientos, á saber: ó el deseo de hacer la paz, que allí equivalia al de enamorarla; ó el mas profundo de los desprecios. Y no lo olvidemos, la transformacion verificada en don Carlos por los años, las vicisitudes y las penas, ignorábala Matilde, para quien, en consecuencia, era siempre aquel el hombre que se dejaba dominar por sus afectos completamente, desdeñándose hasta de disfrazarlos.

No obstante, Matilde debiera de haber creido mas en el desprecio que en el amor de Sotopardo, porque de los antecedentes no se desprendia otra cosa; y error fué en ella, si no ceguedad providencial, persuadirse mas tarde de que era amada, si bien por entonces, suspendiendo el juicio, quedóse á ver venir, como dicen los jugadores de tresillo.

Poco duró aquella su espectante situacion: la primera vez que la muger de Mendoza y el amante de Laura se hallaron en el teatro, los anteojos de él casi no tomaron otra direccion que la del palco de ella. A la salida, don Carlos estaba en la escalera, y con una expresiva ojeada, solo para Matilde perceptible, dijo mas que pudiera con largas frases. Mendoza, Almazan y Tellez que acompañaban á la infernal ninfa, casi tuvieron que defender á Sotopardo: tantas y tales fueron las infamias que ella les dijo del aborrecido don Carlos.

A la mañana siguiente don Carlos pasaba á caballo por la calle de Matilde, y ella estaba al balcon por casualidad; por la tarde en el Prado se encontraron igualmente por casualidad; y por casualidad tambien, á los quince dias, en toda reunion á que Matilde concurría, era seguro hallar á don Carlos el malo.

Las miradas iban y venian; siguieron las sonrisas; luego las palabras al vuelo; en fin, la declaracion en regla en un momento de inesperada libertad: últimamente, á las pocas semanas de aquel manejo obtuvo don Carlos una cita para las diez de la mañana, en cierta casa de modestísima apariencia en la calle de los Negros, cuya llave maestra le entregaron al citarle.

Mientras aquella intiga corria los ordinarios trámites de todas las de su especie, Matilde, para deslumbra al amante á quien vendia, mostrábase con él en público mas cariñosa que nunca, manifiesta vulgar sin duda, pero eficaz sin embargo generalmente hablando, y entonces particularmente con el cándido Alfonso efacísimo. Mas si él se pagaba de las pérdidas apariencias, éstas encendian los celos rabiosos de Almazan á quien Matilde miraba y trataba como á especie de segundo marido. Desesperábase el menguado, mas como habia perdido con su empleo la fuerza moral, apenas desplegaba los labios para quejarse ó le tapaban la boca unas veces alegando la necesidad de llamar la atencion de Mendoza con un falso ataque, otras barajándole la conversacion, y las mas tratándole con el desden y el menosprecio que merecia.

Y á medida que Matilde veia acercarse el momento por ella durante largos años anhelado, y á costa de tantos crímenes comprado, en que de nuevo y definitivamente fuera suyo el único hombre que en su empedernido corazon habia acertado á abrir profunda brecha, repugnábale mas y mas el cobarde Almazan; y su repugnancia, traduciéndose en amargos sarcasmos y en manifiestos desaires, encendia en el alma vil de su cómplice la llama de la venganza.

Para disponerla segura comenzó Almazan por suprimir las quejas, manifestándose tranquilo, y dejar en plena libertad á Matilde, la cual, como toda muger en situacion análoga, dándose por satisfecha

con el alivio del yugo, curóse muy poco de inquirir la causa que tal beneficio le procuraba. Almazan la espiaba sin perderla de vista un solo instante, y la vispera del día para el cual estaba Sotopardo citado, vióla entrar en su casa de la calle de los Negros á las diez de la mañana; á poco en pos de ella á Tellez, que bajando embozado desde la plazuela del Carmen, entraba en el mismo portal que la muger de Mendoza. A las once y media salió esta; á las doce Alfonso; cinco minutos despues estaba Almazan en conferencia con el zapatero remendon del portal, y con el sacrificio de un par de duros averiguaba mas de lo que saber quisiera. La señora y el caballero entraban una ó dos veces á la semana en aquella casa, siempre á la misma hora, y subian al piso segundo que no tenia inquilino. El y ella llevaban cada cual su llave maestra, y por consiguiente no necesitaban quien les abriese la puerta; el cerrajero, ademas, habia ido á probar dos dias antes otra tercera llave maestra igualmente. No dijo ni sabia mas el zapatero; pero, en honor de la verdad, para Almazan bastaba y aun sobraba lo referido.

(Concluirá.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CASTILLO DE ORIS, (CATALUÑA.)

Entre los muchísimos desmoronados y ruinosos monumentos del feudalismo que nos quedan en la antigua Cataluña, cuna de los invencibles Ausetanos, Lacetanos y otros pueblos acérrimos defensores de la independencia nacional, es notable el castillo de Oris, y por lo mismo parecemos será bien recibida una suscita idea de la parte arqueológica de él, de su situacion y actual estado.

Este castillo se eleva en un eminente peñasco, y sobre su cumbre, en medio de los montes que cubren la parte superior en el Norte del corregimiento de Vich, en la izquierda del camino que de esta ciudad dirige á Ripoll.

Prescindiendo de la localidad que ocupa y reparando solamente su forma exterior, se asemeja á otros que se divisan en el mismo corregimiento, como el de Besora, Montesquiu, etc.; mas diferénciase de ellos en que se halla un tanto mejor conservado en su interior, efecto sin duda de que no hace muchos años que los señores territoriales vivían en él; en el día corresponde al marqués de Sentmanat.

Se sube por una escalera, (que no da indicios de ser la primitiva) cuyo declive corresponde á la elevacion del peñasco, y despues de muchas ondulaciones se llega á la única puerta, la cual mira hacia el occidente, registrándose desde ella la limitada plazuela del castillo.

Hasta aquí no se ve nada de particular que pueda llamar la atencion de ningun observador, no siendo las ruinas de la antigua iglesia que se presenta al tomar la subida, la cual á principios de este siglo (año 1805) se trasladó á un sitio mas cómodo y menos elevado; pero entrando en la plaza se ve á la derecha la iglesia ó capilla de S. Pedro, que en la actualidad se encierra en ella el ganado de un colono que mora en aquella eminencia.

Sin embargo, consérvese todavía el retablo de aquel santo Apóstol con los principales sucesos de su vida y martirio: es antiquísimo, y si mal no me acuerdo, data de principios del siglo XV, son dignos de notarse los trages y uniformes militares que allí se ven, muy distintos de la antigua armadura romana. Por lo demas no hay otra cosa notable sino la bóveda gótica, de tal construccion que no es dable flaquee el edificio por su parte; solo los cimientos presentan algun riesgo, por estar demasiado inmediatos al borde del peñasco, que siendo calcáreo y petrificado por capas, se desmorona todos los dias.

El resto de aquella antigua fortaleza es igualmente sólido; pero el tiempo que todo lo arruina, y el abandono nos privan de dar una exacta descripcion de sus tramos y salones, entre los cuales uno de menos capacidad sirve de dormitorio al inquilino. Las paredes están adornadas con los nombres de algunos soldados, que estando acuartelados en él durante la guerra de la independencia, se entretuvieron en describirlos con carbonos y trazar toscas naves, etc. El artesanado del techo tiene pintados unos cuadritos de muy buena mano, siendo notables algunas figuras de pájaros, cuadrúpedos y otros animales estraños en estos países. Sobresalen unos letreros con caracteres góticos; pero como es tanta su elevacion no se pueden leer, por no distinguirse perfectamente á simple vista. El resto no presenta cosa alguna de particular; habiendo cisterna y cárcel al modo que las acostumbra haber en casi todas las fortalezas antiguas. Un amante de la historia mineral tal vez hallará buenos ratos en que ocuparse; como el viajero que nos comunica estas noticias careciese de inteligencia en semejantes materias, ó quizás le faltase tiempo para ello, solo reparó muchas pechinas petrificadas en los escombros de la roca.

EN UN ALBUM.

Perdona, album de amor si la belleza
De tu seno feliz mancha mi pluma,
Y en tu cielo de gloria y de grandeza
Es mi negro borron, revuelta espuma
Que en el estanque cristalino vaga,
Ya mancilla su pompa y su riqueza.
Perdona, si que gratitud le dicta;
Y al través de sus sombras, el tesoro
De mi amistad se oculta;
Como la roca del desierto inculta,
Rica fuente de oro
Guarda tal vez en su ignorado centro.
No desdeñes mi nombre
Si en bullicioso y plácido ruido
No le escuchaste aun, nombre es oscuro:
Mas deja con mi amor que entretejido,
Como la yedra que al rosal se abraza,
Quede en las hojas de tu caliz puro.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

El espejo, en lo que concierne á la hermosura y al adorno, es el único juez absoluto que reconocen las mujeres, y del cual no apelan nunca mas que á él mismo.

Ciertas súplicas agradan siempre á las mujeres, aun cuando no les agraden los suplicantes.

Un murmurador empieza por hablar bien de los que vá á criticar, y una mujer empieza por hablar mal de los que vá á elogiar. Cada uno consigue sus fines á su manera.

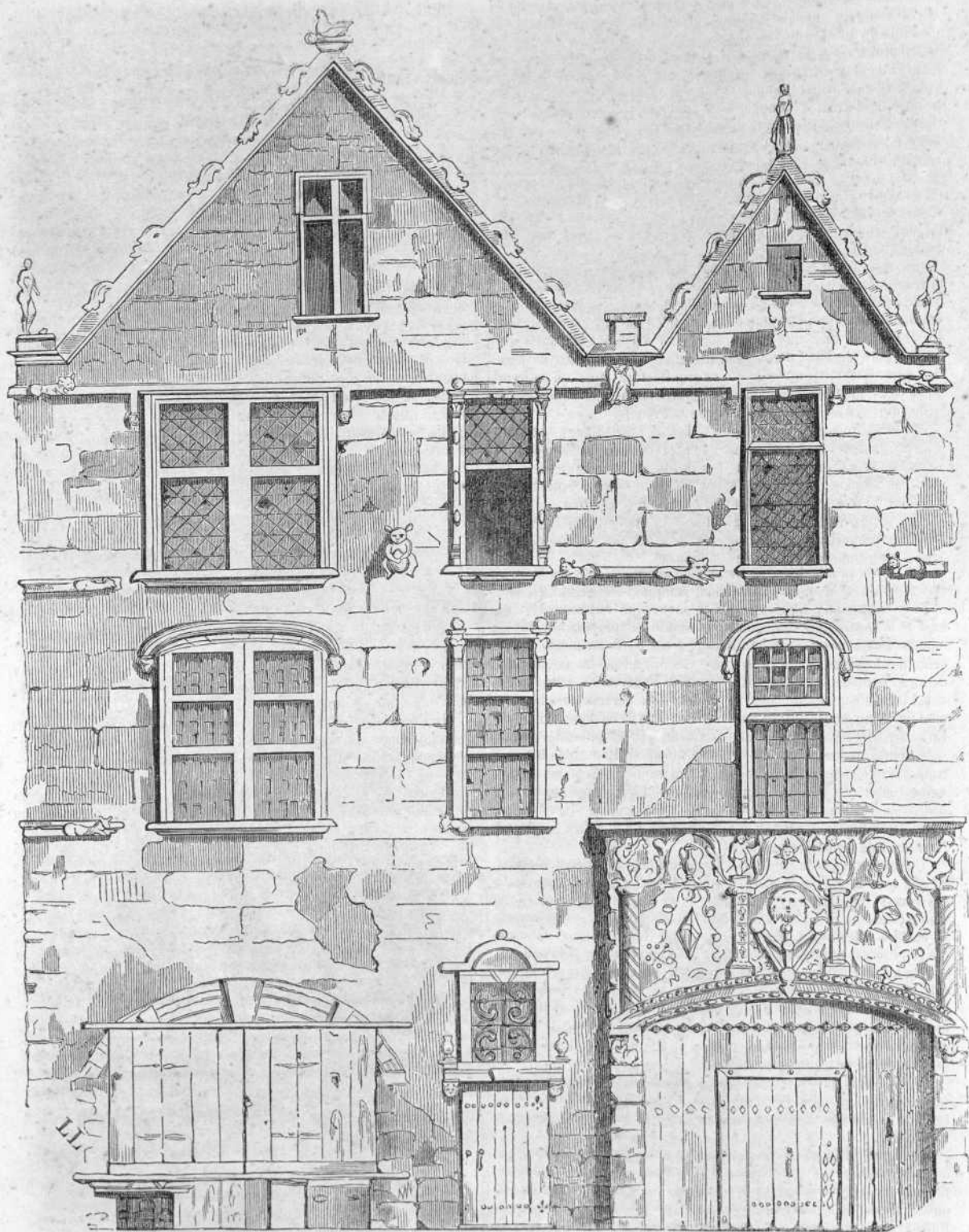
Las mujeres aborrecen mas á los que las llaman feas que á los que las tachan de tener mala conducta.

Una coqueta habla de su virtud, como un cobarde de su valor: sin creer en ella.

Las mujeres son tan aficionadas á murmurar como á oír galanteos.

GEROGLIFICO.





CASA DEL ALQUIMISTA ESPAGNET. EN BURDEOS.

En el número de los filósofos herméticos mas distinguidos que florecieron á fines de^l siglo XVI, merece ser citado Juan de Espagnet, presidente del parlamento de Burdeos. Sus estudios profundos en la parte misteriosa de la química que tiene por objeto descubrir la transmutacion de los metales y la piedra filosofal, han salvado su nombre del olvido. Es de sentir que con tan vasta erudicion, y conociendo la física mejor que ningun hombre de su época, su loca creencia en la

alquimia, le hiciera emplear tan mal un talento que bien dirigido hubiera sido muy útil á su país. Esto lo prueba una obra sumamente curiosa titulada: *Enchyridion physicae restituta nec non arcanum hermeticae philosophiae opus.* (Parisiis, 1625 in 8.^o) En el último de estos tratados, que fueron traducidos al idioma francés por Juan Bachon, en 1625, y reunidos en un solo volumen, Espagnet trata de explicar la manera de hacer el oro á su voluntad. ¡Cuánto talento é instruccion

1.^o DE SEPTIEMBRE DE 1830.

prodigados inútilmente! Es verdad que entonces no era conocida aun la California, y muchos hombres notables participaban de la loca creencia de nuestro filósofo.

El prólogo que puso Espagnet en la obra de Pedro Auere titulada: *Cuadro de la inconstancia é inestabilidad de todas las cosas de los ángeles malos y demonios, en que se trata estensamente de los nigrománticos* (Paris 1607), es tambien muy original y singular. El alquimista Bordenes afirma con la mayor formalidad, que en Francia acostumbraban los nigrománticos ó brujos á robar los niños pequeños para consagrarnos al culto del demonio.

Este hombre sabio al par que estravagante habitaba en Burdeos en una calle reservada entonces á los Israelitas. Está designada en los títulos del siglo XVI con los de *Judas, Pozo del Infierno y Bauleros*: este último á causa de los muchos fabricantes de cofres que tenían tiendas en ella.

Su casa, cuyo grabado encabeza este artículo, estaba aun muy bien conservada hace 60 años. Un anticuario de Burdeos posee un dibujo de ella hecho á la pluma en aquella época, y este dibujo es el que reproducimos hoy presentando este edificio en su estado primitivo. Hace diez años que se ha derribado esta fachada curiosa, y ha sido muy sensible, porque aun prescindiendo del recuerdo histórico que conservaba, el estilo de su arquitectura tenía un sello original y casi misterioso que no se encuentra en los pocos edificios antiguos que existen en aquella parte de la Francia.

No nos atreveremos á distinguir si fué el capricho del artista ó el espíritu cabalístico lo que inspiró la idea de esculpir los emblemas enigmáticos que se ven en ella; nos limitaremos únicamente á describir los adornos mas ó menos bellos que la decoran, y que carecen en concepto nuestro de todo sentido místico ó cabalístico.

En el piso bajo, consiste la entrada en una portada ancha cuyo arco rebajado está sostenido por dos adornos que representan una loba sosteniendo con sus dientes un lobezno.

La puerta propiamente dicha es de madera de roble sembrada de clavos de cabeza cuadrada; el aldabon, aunque es del siglo XVI, carece de la elegancia y riqueza de los aldabones del renacimiento. Debajo de la cornisa que sirve de coronamiento á la portada hay dos columnas sembradas de aves mutiladas, y las bases formando espiral, están flordelisadas. En el centro hay dos pilares de un trabajo muy delicado sosteniendo tres arcos, y en cada intervalo de estos hay un angel tocando un instrumento. El primero de la derecha toca la trompeta; el segundo el laúd; el tercero el rabel, y el cuarto el triángulo. En el arco del centro, que es el mas ancho, hay un sol debajo del cual se estiende una banderola en forma de filáctero. Mas abajo hay una triple cara de viejo barbudo que un anticuario bordelés supone representar á *Mercurio Trismegista*; pero creemos mas bien que sea un simbolo de la Trinidad semejante en un todo á las que se ven en las viñetas de los libros de devocion de los siglos XV y XVI y en muchas esculturas de las basílicas antiguas.

Cuatro figuras acompañan al referido simbolo en el centro del arco que son: El águila de S. Juan Evangelista, con un filáctero entre sus garras: enfrente hay un Angel con un filáctero tambien en las manos; despues S. Lucas con su buey presentando el testuz armado de hastas, al leon de S. Marcos; mas abajo hay dos figuras fantásticas con cabezas humanas dirigiéndose cada uno hácia un lado opuesto.

En los intercolumnios hay dos escudos: en el de la izquierda, que está superado por un casco ó cimera, hay un cabrio con tres medias lunas, una cabeza en el centro y dos flores en la parte superior. El escudo de la derecha tiene la forma de un rombo ó *Losange*, está rodeado de cordones y separado en banda: á la derecha tiene cabezas de pájaro, y á la izquierda una flor.

Al lado de la puerta grande que acabamos de describir hay otra mas pequeña. El estilo tosco de los dos mascarones y de los dos postes que la adornan, anuncian que fué reedificada en el reinado de Luis XIII.

Cada uno de los dos primeros pisos recibe la luz por tres ventanas de arco rebajado, cuyos crueros son de piedra. Los vidrios están sostenidos por fajas de plomo. Entre cada dos ventanas hay una faja de piedra formando saliente, y terminada por un monstruo fantástico. Entre las dos ventanas de la derecha, en el piso segundo, hay un animal grueso, muy raro, que está tocando una especie de zampona. El tercer piso no tiene mas que dos ventanas; son cuadradas y sin ningún adorno.

El techo de este edificio, que no es menos bizarro por su forma que por sus adornos, termina en dos puntas agudas, en cuyos lados hay esculpidas hojas de col muy anchas. En el remate de la punta mas elevada hay un hombre decapitado sentado sobre un monstruo, y en el remate de la otra una estatua de S. Pedro con su célebre llave en la mano. Sin duda como es el *portero del cielo*, esta es la causa de que ocupe el punto culminante de la habitación.

A la izquierda de la punta mas pequeña hay un Hércules soste-

niendo una rodela con la cabeza de Gorgona; en el extremo opuesto hay un soldado con una lanza; en el intermedio de las dos puntas hay un zócalo con la salamandra de Francisco I y su divisa: *Nutrisco et estinguo*; debajo del zócalo hay un mascarón ó tarasca de una forma estrambótica.

Hay quien supone que en la parte superior de la casa de Espagnet habia un observatorio que le servia para sus investigaciones astrológicas.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

(Continuacion.)

En dos épocas debió dividirse la vida de Gerardo:—una en que fué *gongorino* acérrimo;—y otra en que fué *afrancesado*, ó como si dijéramos nacional. A esta época pertenecen sin duda sus primeras inspiraciones, juzgando por *El triunfo de las mugeres*, de que hablamos ya en una nota del artículo anterior. Otra razon tenemos para imaginarlo. Las poesías que escribió en España son las mejores, es decir, las mas inteligibles, las de mejor gusto, de lo que se puede inferir que le corrompió su amistad con los poetas estrangeros, quienes como Maffei y el duque de Noailles le escribian cartas en redondillas cuyos dos últimos versos eran latinos, obligándole por consiguiente á contestarles del mismo modo, alambicando su elegante pensamiento, que se vé degenerar palpablemente en una de las que escribió á Maffei:

Vuela, gira, y sepa el viento
Que alas le ciñen mayores,
Pues desatando primores
Unidamente contrarios,
Tu pluma mille trahit varios
Adverso sole colores.

En tal estado ya, dióle el golpe de gracia su viaje á Italia, adonde estaba el foco del *alteranismo*, y de donde lo habia importado á nuestro pais D. Luis de Góngora, como prueba con muy claras razones nuestro erudito amigo D. Manuel Cañete, en sus *estudios* sobre este poeta y su secta literaria.

Las poesías de Lobo, únicos trabajos en que se ocupó, tienen el sello magnífico y estrambótico de todos los grandes poetas de su siglo y del anterior. A escepcion del *Sitio, ataque y rendición de Lérida*,—de *el Sitio de Campomayor*,—y de la *Conquista de Oran*, rasgos épicos que ni merecen citarse; y á escepcion de dos traducciones de Ovidio, incorrectas y de mal gusto, las restantes se dividen en poesías religiosas y satíricas. Rival de Quevedo en la burla, no pudo, como éste, acomodar en su lira todos los tonos. Cuando queria levantarse á conceptos altos, faltábale aquella facilidad prodigiosa de su númen, y daba en los delirios mas estravagantes que pudieron ser envidia del mismo Góngora. Pruébese esto con los poemitas que hemos citado, primeras muestras y ocasiones quizás de su corrupcion, donde se le ve luchar vanamente porque su vuelo se remonte, y conseguir tan solo, en vez de la entonacion épica porque anhelaba, perderse en tal dedalo de metáforas retumbantes y ridiculas, que daba compasion. Véase si no la merece quien llamaba al rey Felipe V:

..... Edipo
De toda esfinge.....

quien, hablando de los fuegos de la artilleria, dice:
Articule la bélica energia
Locucion del calibre...

y quien dejó por último muy atrás aquellos versos del *Horacio* cor-
dovés:

Cuando el mentido robador de Europa
Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo,
Mentido honor del cielo.

En campos de zafiro paze estrellas....

con esta sorprendente metáfora, en que explica que intentaron los portugueses, en el sitio de Campomayor:

..... al golpe de martillo rudo
A los férreos tenaces escorpiones
Cerrar los poros....

Lo que traducido por nosotros en lengua miserable castellana, á costa de penosos estudios y vigiliias, quiere dar á entender que los portugueses pretendieron clavar la artilleria española.

Hijos estos desbarros de la imaginacion de sobra de talento, ó de otras causas que no podemos esplanar aquí, fueron parte á que se amoldara el culteranismo de tal manera al carácter castellano, que, co-

mo dijimos en el artículo anterior, aun vive, aunque con distintas formas y muy degenerado, en nuestra poesía lírica. En aquella época particularmente todo coadyuvaba á su triunfo. ¿Qué mas poderosos corruptores del gusto que los temas que se elegían para los certámenes entonces? Dos recordamos en que concurrió Gerardo. Propuso el primero la Real Academia de Lisboa, y por asunto las cinco palabras de la consagración del pan, pidiendo sobre cada una la obra poética que placiese á los autores. Gerardo escribió de la segunda palabra, reduciéndose á explicar, según las condiciones de la Academia, la *sustancia del Eucarístico Sacramento, sobre la palabra Est, verbo sustantivo*. ¡Ridicula atea! ¡Los misterios mas sagrados puestos en tela de poética discusión! ¡Y aquellos siglos se llamaron por excelencia religiosos, y osaban analizar la sustancia del verbo divino! ¡Y entonces habia censura inquisitorial que habia encausado á Mariana, quemado á Miguel Servet, y proscrito, en fin, todo pensamiento que se presentaba con aire de osadía!

Gerardo por su parte trató tan á la moda el asunto, que aun no hemos comprendido palabra de su composición. Literariamente considerada es detestable, y teológicamente, tejido de blasfemias. Véanse sino algunos versos copiados al azar:

Hombre Dios embozado
Definitivamente
En blando traje de comun comida.

.....
Corporal perfeccion de tierno amante.....

.....
De la sagrada escritura
Las arcanidades.....

.....
Cinco palabras de eficaz sentido,
Adonde sumergido
El humano discurso,
A creer se conforma
En la visible forma
De invisible virtud.....

También escribió Gerardo para explicar los porqués del Sacramento sobre la palabra ENIM; pero tanto de esta obra, como de la del otro certamen que al principio mentamos, mas ridiculo aun que el de la academia de Lisboa, no nos ocuparemos por no dar á estos artículos demasiada estension. Bástenos decir que un censor religioso medianamente ilustrado se hubiera opuesto á la impresion de estas poesías, ó mejor á los certámenes mismos, porque pintaban á Dios tal como le comprendieron los inquisidores siempre, monstruo de cien bocas, que solamente acertaba á devorar cristianos, es decir, hijos suyos. Pobres gentes que abominaban de la mitología cuando Saturno los pudiera acusar de plagiarios....

Lléganos la ocasion de decir grandes elogios de nuestro poeta. Habiamoslos guardado de propósito para este punto, porque creemos que así será mas notado el contraste que forma como poeta satíricos y como poeta de otros géneros. Hemos dicho que nos parecia superior á Quevedo, y vamos á intentar probarlo. Si no en correccion de lenguaje, porque esto era humanamente imposible en tiempos tan franceses, le supera Gerardo Lobo en estro, en cortesania, en figura y en decencia. Solamente muy rara vez se deslizo Gerardo á pensamientos *verdes* (1), pero de manera tan levisima que mofára su blandura el autor del romance á doña Dinguindaina. Digase, para prueba, si Quevedo escribía algo tan chistoso, tan oportuno, tan valiente, y de versificación tan fluida como la famosa carta que ponemos á continuacion. (Y cuenta que hasta el único rasgo gongorino de bulto que se advierte en ella es tan poético y chistoso que merece disimulo.)

A DON LUIS DE NARVAEZ, SU TENIENTE-CORONEL, DÁNDOLE CUENTA DE LA INFELICIDAD DE LOS LUGARES DE Bodonal y Elechosa, DONDE ESTUVO DE CUARTEL.

Despues, amigo, del dia
Que entre kiries y alleluya
Te apartaste con la tuya
Dejando mi compañía:
Despues que de Andalucía
Te dió el viento en las narices,
Por mil sierras infelices
Fatigaron mis trabajos

Los caminos de los grajos,
Las sendas de las perdices.

En busca de mi cuartel
Anduve de cerro en cerro,
Hecho un lobo y hecho un perro,
Porque no daba con él.
El lugar del coronel
Pasé, como fué notorio;
También pasé el refectorio
De Montalvo, de Esporriñ,
De Soler, y pasé, en fin,
Las penas del purgatorio.

Con industria artificiosa
A cualquiera que encontraba,
Como enigma, preguntaba
Por Bodonal y Elechosa.
Oyendo esta quisicosa,
Dijo un Fulano de Tal:
«De Elechosa y Bodonal
»Se llevó los habitantes
»Un arroyo, mucho antes
»Del diluvio universal.»

Con esto andaba sin fin,
Sin término ó paradero,
No teniendo mas dinero
Que los cuartos del rocín.
Por uno y otro confin,
Investigando destinos,
Militantes peregrinos
Me seguian mis soldados,
Los caballos desherrados,
Pero errados los caminos.

Quiso Dios que á puro andar,
Hecho racional huron,
Atisé la situación
En donde estuvo el lugar:
Empecé á brujulear,
Y entre quemadas encinas
Vi unas casas como ruinas,
Que hicieron catorce en todo,
Pegadas á un cerro, á modo
De nido de golondrinas.

Aquí trepando, se embasa
La tropa, mi concelega;
Pero hallaba sola.... riega
A la una y otra casa;
Cuando en este instante pasa
Una muger por aquí,
Un javalí por allí:
Y ya no supe qué hacer,
Si tirar á la muger
O apuntar al javalí.

— ¡Tan bella fué! — pero ahora
No la pinto, que es de noche:
Aguarda que desabroche
Cándidos perchos la aurora:
Deja que destile Flora
Aljofarados candores;
Que desenevaine fulgores
El mayorazgo del día,
Y que enarbole Talia
Tabla, pincel y colores.

¿Pero dónde lo elocuente
Me lleva? Con dos tizones
Tirando cuatro borrones
Se pinta mas fácilmente.
«¿Dónde, dige, está la gente
»De este village tan bueno?»
Y ella con lábio sereno
Respondió: «Todo el lugar
»Salió esta tarde á limpiar
»Una parva de centeno.»

Maldiciendo mi destino
Hice bofetadas de valde,
Siendo yo escribano, alcalde,
Alojamiento y vecino.
Para mi casa examino
Una como ratonera,
Que tenia en la cimera
Con industrias esquisitas

(1) Aludimos al romance *A una viuda, joven, rica y hermosa*, donde lo único reprochable que se encuentra, son algunos versos como estos si de sobra maliciosos, bastante embosados:

Si era tu marido anciano,
Y quedas tan fresca y moza,
Aunque con algo de menga
De mas con otras mil cosas....

Muchas cruces de cañitas
 Por techo ó por cobertera.
 Parecía portalillo
 De Belén, pues acumula
 Buey cansado, flaca mula,
 Y al margen un jumentillo.
 Ella tiembla, y no me humillo.
 Al miedo, pues considero
 Que aunque el techo todo entero
 Sobre mí venga á caer,
 Lo más que me puede hacer
 Es ensuciarme el sombrero.

Me embuti en un cuarto estrecho,
 En cuya tuerta pared
 No hay balcon, ventana ó red;
 Pero sobran en el techo.
 Con vanidades de lecho,
 Sobre un jergón requemado
 Etico y estenuado,
 Un débil colchón se hilvana,
 Que algún tiempo fué por lana
 Y se volvió trasquilado.

Yace de madero burdo
 Mal descotillado un cofre;
 Cuelga un medio San Onofre
 Y un San Gerónimo zurdo.
 Al verle empuñar me aturdo
 De la piedra el chicharrón;
 Roto tiene el corazón,
 No de golpes que se ha dado,
 Sino de haberle tirado
 Dos pellizcos un ratón.

Una silleta de paja
 Y un bufetillo se espresa,
 Que tiene por sobremesa
 Un pedazo de mortaja.
 Debajo un galgo se encaja
 Que me regala con roscas;
 Y entre telarañas toscas
 Vive medio tarro infiel
 Que era archivo de la miel
 Y ahora es reclamo de moscas.

De mi patrona el matiz
 Al alma causa vaivén:
 Trae por frente una sarten
 Cuyo rabo es la nariz.
 Sus ojos ¡cosa infeliz!
 Por niñas tienen dos viejos;
 Se descuelgan rapacejos
 De la boca á las pechugas,
 Y entre el vello y las arrugas
 Se pueden cazar conejos.

En dos varas de sayal
 Su humanidad embanasta,
 Y unas como medias gasta
 De pelo muy natural.
 Uno y otro carcañal
 Es de galera espolon;
 Y en la circunvalación,
 Patrimonio de Girones,
 Girios, borlas, y pendones
 Caminan en procesion.

En el sobaco derecho
 Mete un mico racional
 Envuelto en medio pañal
 Y lo restante deshecho.
 Cuando lo enarbola al pecho,
 Una, á modo de ala floja
 De murciélago, despoja
 Por resquicios del jubon,
 Y al niño asesta un pezon
 Como tabaco de hoja.

Con su donaire, su aseo,
 Y su agasajo esquisito,
 Se retira el apetito
 Dos mil leguas del deseo.
 Su antorcha apaga Himeneo,
 Y el afecto sensual
 Se esconde en un carcañal
 Huyendo la inquisición,

Que aquí la propagación
 Es un pecado bestial.

Esta es la casa en que vivo
 Y la patrona en que muero,
 Esta la gloria que espero,
 Y el galardón que recibo:
 Ahora el lugar te describo,
 Pues la ociosidad abunda:—
 Sobre un chinarro se funda,
 Solo un candil le amanece,
 Un tomillo le anochece,
 Y una gotera le inunda.

Su término son cien jaras
 Con seis colmenas, que apenas
 Darán miel las seis colmenas
 Para lavarse dos caras.
 Para el gasto de las aras
 Vino no tributa el suelo,
 Porque no tiene majuelo,
 Guindo, peral, ó castaño,
 Ni allí se vé mas rebaño
 Que las cabrillas del cielo. (1)

Encontré por conjetura,
 La Iglesia, donde esquisitas
 Lloraban mil candelitas
 Sobre triste sepultura.
 Jamás tal arquitectura
 Hallé en el vocabulario:
 De almagre tiene un calvario,
 Y allá en el propiciatorio
 Dos almas del purgatorio
 Se columpian de un rosario.
 Una cesta el día de fiesta
 Pone el cura, y los pobres
 Le van echando zoquetes:
 Yo temí entrar en la cesta.

Si me paseó se apura
 El ánimo fatigado,
 Que es lugar mas intrincado
 Que lugar de la escritura.
 Tal vez hablo con el cura
 De Dédalos, de Faetontes,
 De Astrolabios, de horizontes,
 De diamantes, de esmeraldas,
 Y al fin, porque tienen faldas,
 Hablo tal vez con los montes.

Aquí nació la carencia,
 Madre de la poquedad,
 Parió á la necesidad.
 En brazos de la abstinencia.
 Si de Dios la omnipotencia
 Me saca de esta ensenada,
 Quedará glorificada
 Otra vez, pues es lo mismo
 El sacarme de este abismo
 Que el hacerme de la nada.

Aristóteles decía,
 Filósofo el mas profundo,
 Que en los ámbitos del mundo
 No se dá cosa vacía;
 Mas, vive Dios, que mentía
 En su sistema ó su chanza,
 Porque tengo confianza
 Que lo contrario dijera,
 Si en este tiempo viviera
 En mi cuartel ó en mi panza.

De puro sutil me quiebro:
 Mis ojos sobresaltados
 Tristes están y arrimados
 A la pared del cerebro.
 Allí les dice un requiebro
 La amistad del colodrillo,
 Y recelo que Ronquillo,
 Presidente vigilante,
 Mande prender mi semblante
 Porque le traigo amarillo.

Del alma enemigos tres,

(1) — Aquí suprimimos una décima, y en el final dos, en gracia de la brevedad.

No dan aquí testimonio,
Porque si viene el demonio
Se le resbalan los pies.
El mundo busca interés,
Y fué á otra parte por eso:
Y para que en lo travieso
Livianada ninguna encarne,
Ya no me tienta la carne,
Que solo me toca el hueso.

Corren haciendo remansos
Las tripas en sus campanas,
Sortija, estafermo y cañas:
¡Ojala corrieran gansos!
Si de burros ó de mansos
Cencerros oyen tal vez,
Presumen que es almirez,
Y hay tripa que se adelanta
A subirse á la garganta
Donde me come la nuez.

Es tanta mi laxitud,
Que en muriéndome, me obligo
A que una paja de trigo
Me sirva para ataud.
La necesidad virtud
Hace mi dolor acerbo,
Y dejando lo protervo
Mis penitencias entablo
Para imitar á San Pablo,
Pero no me viene el cuervo.

Emboscado en la aspereza
El hambre conmigo lucha:
Bien sabía que era mucha,
Mas no tanta mi flaqueza.
La fantasía tropieza
En una y otra vision,
Y á costa de la oracion
Por comerme todo entero
Al hermano compañero
Ser quisiera San Anton.

A escepcion del *Murciélago alento* no conocemos nada escrito con mas ligereza ni con tan bello colorido. Leida esta carta, nadie vacila en colocar á Gerardo Lobo entre los primeros poetas satíricos de nuestro Parnaso. Y ademas de esta escribió algunas poesías del mismo género bastante notables, con la misma sencillez y el mismo estro, como *A un amigo dándole cuenta de un alojamiento*, *La carta desde Berlanga al Padre Joseph Herrera*, *Las irónicas instrucciones para ser buen soldado*, y algunas de las que escribió sobre el *Chichisveo*. Únicamente le aventajó el autor de las *Musas* en la profundidad filosófica; pero esto se disimula en un soldado que vivió tan aventuradamente. Júzguese de los dos escritores con relacion al carácter literario de sus épocas; júzguese de Quevedo, como nacido en tan poético siglo, con amigos que eran la admiracion de Europa, con libertad mas ámplia para esplayar sus pensamientos satíricos, y júzguese de Gerardo, como de un militar calavera, entregado á sí mismo, de vida nómada, dedicado á un género que es siempre peligroso, porque ataca lo ridiculo, y lo ridiculo es segunda faz de todas las sociedades. El mismo sábio rey Felipe V nos dió una prueba.

Tambien compuso Gerardo dos poesías bucólicas, tan notables por su sencillez apacible, por la ternura de la diction, y por la lozanía de las imágenes, que traen á la memoria á Gil Polo. En las regiones de la verdadera filosofia—y aquí escluimos de la cuenta todo lo que compuso sobre temas sagrados,—solo penetró una vez y para triunfar.

A un amigo que se convidó á venir á celebrar el cumpleaños del autor á su casa.

Fabio, de tu amistad quedo dudando
En esta persuasion que estoy leyendo, (1)
Porque me induces á aplaudir riendo
Aquel instante en que nací llorando.
Aqueella pobre cuna contemplando
Lágrimas de dolor estoy vertiendo,
Y en el cuando pasado estoy temiendo
Las amenazas del futuro cuando.

Fúnebre consecuencia, mas precisa,
Que á nuestros vanos pensamientos aja,

Y en el mismo nacer se nos avisa.

¡Ah, cuánto, oh Fabio, á la razon ultraja
El que consagra cánticos de risa
Al día que le enseña la mortaja!

En nuestra humilde opinion Gerardo Lobo, con mas reposado carácter, y con nacer en mas clásico siglo, hubiera dado mucha honra á las letras castellanas, porque su númen era inagotable, lozanisima su imaginacion, su facilidad estremada, sus conocimientos no vulgares, y le adornaban en fin casi todas las dotes de los grandes poetas.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.

CASCADA DE LAUFEN EN SUIZA.

A corta distancia de Schaffhausen, que es el primer pueblo considerable que se encuentra, entrando por el Norte de la Suiza, presenta el Rhin esta cascada, que es la mayor de Europa si no por la altura de la caída, por el grueso volumen de las aguas. El río corre manso y apacible antes de precipitarse, y nadie adivinaria en la corriente pérfida el cercano desastre, sin el terrible trueno que lo denuncia, y que desafian hasta muy cerca en botes aun las mugeres y niños. Sin embargo, la caída es violenta; y el río, en una anchura como de sesenta pies, se precipita de una vez, de una altura de ochenta, que forma una sola grada hasta el álveo profundo que lo recibe.

En esa grada superior se levantan tres rocas enormes, que parecen desnudos fragmentos de algun dique con que en vano pretenderia la naturaleza enfrenar el impetu de las masas. Fué deshecho y precipitado en la sima; y horadados, maltratados y cruelmente batidos hoy los quebrantados restos, subsisten aun solo tres rocas como tres columnas de ruinas, que solo sirven para dividir en brazos los raudales furibundos, y para hacer levantar mas alto la voz de aquel rey embravecido de las selvas.

La cascada tiene diferentes perspectivas, vista de frente y por los costados de ambas orillas; pero la mas portentosa y sorprendente es sin duda la que se goza desde la ribera izquierda. De esta parte la caída es perpendicular, mayor el grueso de las aguas, y el hombre ha hecho un esfuerzo de artificio para gozar á placer todo el efecto de aquel terrible juego de la naturaleza. Debajo de la grada superior de donde se precipita el río, y encima de la inferior que lo recibe, se ha construido entre uno y otro cauce un tablado ó balcon en la misma orilla, tan cercano de la vertiente que casi está debajo de ella, y aun es salpicado continuamente por los últimos ramales de la corriente. El espectador tiene que cubrirse con capas enceradas, que se tienen allí preparadas á el efecto, para que no sean empapados sus vestidos; pero prevenido ya de esta manera desafía al furor del elemento, y se arroja, no sin algun temor al principio, al húmedo balcon incesantemente regado por las amenazantes aguas de la catarata.

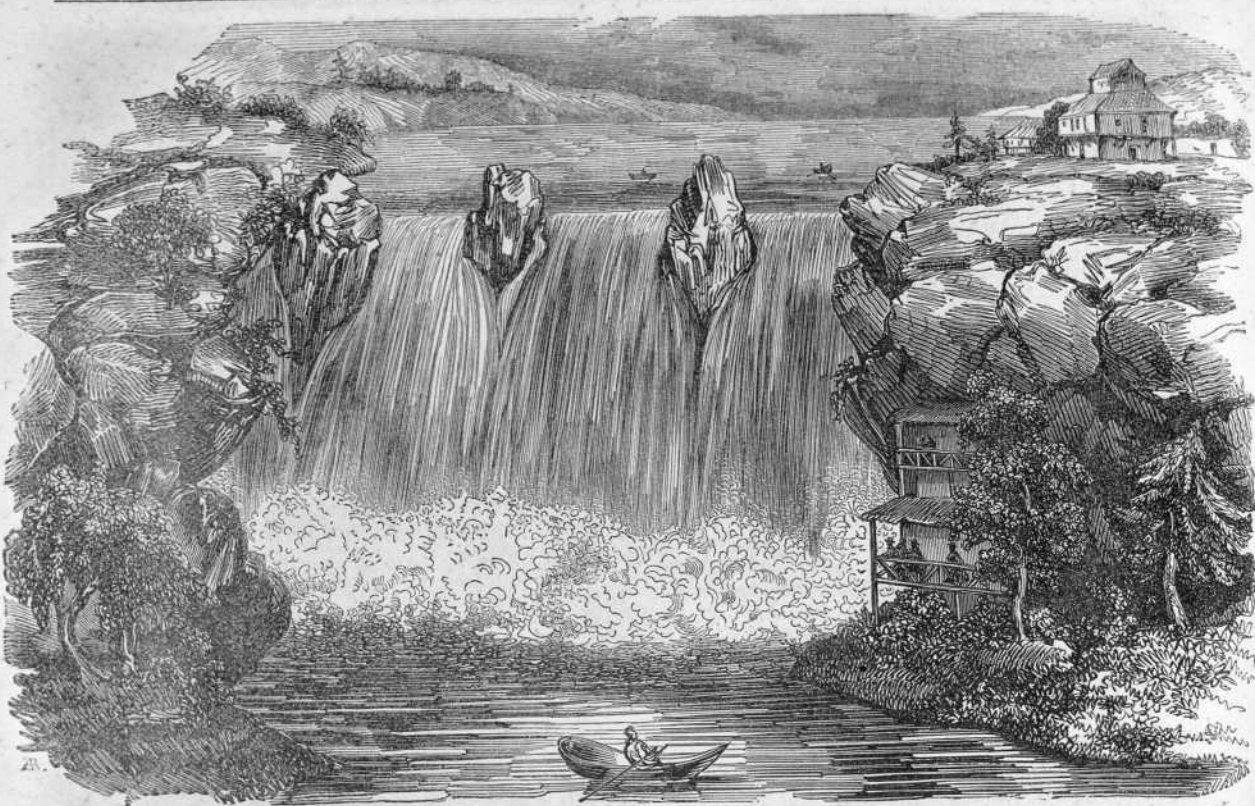
Allí el efecto es magnífico, pero terrible. Se alzan los ojos, y se ven despeñarse aquellas masas enormes, en cantidades tan inmensas con un ruido tan espantoso y con tan asombrosa violencia, que parece vienen á caer sobre la cabeza, y arrebatar consigo y hundir en los abismos á la insensata curiosidad del viajero. ¿Quién se podrá creer seguro sobre frágiles maderos, debajo de aquellas inmensas moles, precipitándose tan de cerca? Las gotas de agua que caen sobre el rostro estupefacto, parecen avisar incesantemente el peligro; y sin embargo, nada basta para aterrar al espectador y arrancarlo de aquellos lugares antes de saciarse en la contemplacion de la maravillosa escena.

Arriba el torrente despeñándose; delante corriendo las aguas con una velocidad inconcebible; y abajo estrellándose en las rocas del fondo con un fragor tan estrepitoso y terrible, que apaga todas las voces y ensordece todos los sonidos. En vano intentaria hacerse oír allí el débil grito de la admiracion ó de la sorpresa. ¿Qué es la voz del hombre comparada con la de aquel gigante hijo de las montañas? Allí no se ve mas que el río, no se oye mas que su estruendo, no se hace mas que ver, oír y contemplar en silencio aquel rugido sobrehumano, eterno, infatigable, que nunca cesa ni se cansa, como los inmensos raudales siempre renacientes que lo alimentan. Solo se deja embebecido aquel lugar para pasar á otro.

El otro es la ribera opuesta. ¿Quién osará pasar en esa débil barquilla, confluída solo á los remos y esperiencia de dos hombres? ¿Cómo atravesar la corriente tan cerca de la bramante catarata? ¿Cómo no ser arrebatao y envuelto en la irresistible violencia? ¡Vanos temores! El cauce inferior, nivelado como el superior, no impela la corriente con impetu incontrastable, y un fragil barquichuelo cargado de curiosos, atraviesa el ancho álveo con mas temor que peligro, aunque es menester mantenerse dentro inmóviles para no esponderse á un fracaso.

El río hace una sinuosidad en aquel mismo punto, y así en la ori-

(1) Sin duda su amigo se convidó por escrito.



Cascada de Laufen.—Suiza.

lla opuesta se vé de frente la cascada, y el espectáculo es mas completo.

Se ven en el cauce superior las azuladas aguas del rio, correr tranquilas y silenciosas, como ignorantes de la catástrofe que les espera: se las vé estrellarse en las tres rocas de la grada, convertir en cristales el azul, dividirse en cinco brazos de espumas; arrojarse bramando los raudales, desenvolviendo anchas cortinas blanquísimas, coronadas con las tres puntas caprichosas de las rocas; caer con furia en un lago de leche que las recibe con mayor estrépito y movimiento, y elevar hasta sobre las laderas el blanco polvo de las espumas, revestido con los variados colores del iris. De aquí la perspectiva es mas completa, mas bella, mas grandiosa; de allá es mas original, mas sorprendente, mas terrífica.

Se dice que algun osado ha intentado y conseguido, cuando las aguas estan bajas, navegar en la barquilla sobre el cauce inferior del rio hasta el pie de la roca del medio; escalarla; subir á ella, y de sobre la copa de un pino que antes se conservaba, dominar triunfante los dos cauces, y contemplar á sus pies el vencido furor de la caída.

En esta ribera, sobre la misma orilla, hay una cámara oscura que refleja la imájen de la catarata; y en la otra, en la quinta llamada de Laufen, un gabinete con cuadros y pinturas de todas las diferentes vistas de la caída, al sol, al crepúsculo y á la luna. El viagero no se cansa de admirarle de todos modos, en la realidad, en el papel, en la sombra, y le deja al fin satisfecho, pero no saciado; siempre presente aquel espectáculo que ya no vuelve á borrarse de su memoria; siempre en los oídos aquel trueno eterno y terrible que lo persigue por todo el camino, que se oye hasta el vecino canton de Zurich, y algunas veces hasta Egliseu, cerca de cuatro leguas de distancia.

C. BERNAL.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Conclusion.)

Matilde hacia lo que otras muchas; con pretexto de salir á tiendas á primera hora de la mañana, á la aurora para la gente del buen

tono, esto es, á las diez poco mas ó menos, dejaba sola el hogar doméstico, vistiendo un elegante pero modesto traje de seda de color oscuro, envuelta en la discreta mantilla de tafetan, cuyo velo caído, sin ocultar precisamente el rostro, vá diciendo á las gentes: «Hagan VV. como que no me conocen;» y en tal forma daba con su persona en la calle del Carmen. ¿Había allí personas sospechosas? La señora iba á tiendas, y entraba en efecto en las que creia conveniente. ¿Estaba libre el campo? Deslizábase como una exhalacion hasta la casa de la calle de los Negros, casa no por cierto única en su especie, numerosa mucho mas de lo que á los maridos conviniera. De ese modo se conducen las mugeres galantes pero cautas, que no quieren dar escándalo, dicen ellas, ni ponerse á merced de sus criados.

Años de impunidad, repetidas aventuras felizmente desenlazadas, la confianza de predestinacion de Mendoza, la apasionada ceguedad de Tellez, y la aparente tranquilidad del mismo Almazan, hicieron creer á Matilde que nada que temer tenia, y osar hasta el punto de escoger para verse con Sotopardo el teatro mismo de sus citas con Alfonso.

Y á la verdad el ex-teniente coronel ni recelaba siquiera que don Carlos fuese su rival; con tanto secreto, habilidad y rapidez condujeron Matilde y Sotopardo su intriga. Alfonso era con evidencia quien le suplataba, y Alfonso quien con la pérdida debía pagar la pena de su culpa.

En tales ideas y resuelto á no diferir su venganza, Almazan despues de bien calculado su plan, y tomadas las medidas conducentes á realizarla, colocóse á las nueve de la mañana del dia siguiente al del descubrimiento de la traicion de que era victima, dia que era precisamente el señalado para la primera intima conferencia entre don Carlos y Matilde, frente á la casa de esta, oculto en un portal, y á mayor abundamiento oculto bajo los paños de una ancha capa y el ala de un sombrero portugués.

Minutos antes de las diez vió, en efecto, salir de su casa á la hija de Milagros; mas — ¡oh sorpresa! — acompañábala su marido.

«Vamos, se dijo el celoso: no se verán hoy, y la taidama se lleva á Mendoza á tiendas para ocultar mejor su juego.»

Y en verdad el buen esposo, dando el brazo á su muger, y hecho con ella una jalea, encaminóse en derechura al emporio entonces, y aun en gran parte ahora, de los géneros de moda: á la calle del Carmen Almazan los seguia de lejos, sin esperar él mismo fruto alguno de su expedicion; maquinalemente por decirlo asi.

Ya en la puerta del Sol, dijo Matilde á su esposo: «Ahora señor don Carlos, V. á su oficina, yo á mis tiendas. — ¿No quieres que te ferie un vestido? replicó él con estúpida candidez. — Anda á cumplir con tu obligacion, y déjame á mí despacharme á mi gusto. — Pero el

vestido que vas á comprarte lo pago yo.—Si, hombre sí, tú pagas los gastos de esta expedición.—concluyó la redomada cortesana riéndose á carcajadas; y Mendoza, mirándola con ternura, resolvióse, en fin, no sin pena á marcharse en busca de sus expedientes.

Ella, que era muger precavida y aprovechada, primeramente entró en una tienda á comprar un vestido, encargando que la factura se la enviasen á su casa á la hora de la comida; luego pasó á una platería donde ya tenía encargada la sortija de ordenanza, con la fecha de aquel día grabada en lo interior del anillo; y recogida que la tuvo, fuese, en fin, al modesto paraíso de la calle de los negros.

Hasta allí, con toda la habilidad de un polizonte consumado la espió puntualisimamente Almazan; y al verla, en fin, desaparecer en la penumbra del oscuro zaguan, experimentando diabólico júbilo, y dilatada la fisonomía por el infernal sentimiento de su cobarde venganza, exclamó entre dientes:—«Un momento, pérdida, un momento, y tú verás lo que vá de Almazan á Mendoza!»—Desahogada un tanto así la hiel de sus rencorosos sentimientos, dirigióse en rápida marcha á la inspección de caballería, donde halló ya á Mendoza, puestos los mangos de negra percalina, caladas las gafas, la pluma detras de la oreja, y leyendo gravemente la Gaceta, único periódico que con el diario de Avisos partía entonces el monopolio de ocupar las primeras horas de la vida del vecino honrado, y de distraer á los oficinistas de sus penosas tareas.

¡Pobre Mendoza! En el momento de estallar el rayo sobre su cabeza, creíase, y era en efecto, pues que lo creía, el mas feliz de los mortales. Almazan fué el verdugo que, arrancando sin misericordia la venda que sus ojos cubría, le hizo conocer el abismo de su infamia.

—«Compañero, le dijo, véngase V. conmigo al instante.—¿Qué ocurre? preguntó el marido lleno de zozobra, pero creyendo que su amigo era el desdichado.—Un negocio de honra: sígame V. no perdamos tiempo.—Bien, voy á decirselo al secretario...—Nada; vámonos ó se pierde la ocasion para siempre.»

Mendoza obedeció como solía; salieron juntos los dos amigos, y Almazan, ya en la calle, rompió en fin la valla, diciendo:

—«Don Carlos, yo que soy su mejor amigo de V. no puedo consentir su infamia. Hace días que sospechaba, y hoy sé con evidencia que su muger se vende...»—Mentira, exclamó pálido como un cadáver el honrado Mendoza; «¡Almazan V. miente, y le arrancaré la lengua y el corazón á estocadas en castigo de su calumnia!!!»

El ex-teniente coronel, sin desconcertarse, replicó:—«Yo diría lo mismo en su lugar de V.; sus insultos, por consiguiente, no me ofenden: pero es de mi obligación, repito, abrirle los ojos á mi mejor, á mi mas querido amigo. Sígame V. y verá lo que solo despues de visto puede, en efecto, creerse.»

Suelen las leyendas alemanas pintarnos con frecuencia á un hombre que arrastrado por la candente mano de un espíritu de tinieblas, atraviesa mal su grado en rápido vuelo, y sin conciencia apenas de su posición, inmensos espacios, vertiginosa la cabeza y helado el corazón de espanto; en estado semejante seguía Mendoza á don Pedro de Almazan hacia la calle de los Negros. Sofocado por el dolor y la ira, penetró en el zaguan de la nefanda casa; presa aun de congojas dudas era cuando su guía abrió la puerta del cuarto segundo con llave que á fuerza de oro consiguió hiciese en las últimas veinticuatro horas el cerrajero mismo que á Matilde había servido, y del cual le dió noticia al traidor celoso el zapatero del portal.

No oyeron los de adentro abrir la puerta, ni era fácil que lo oyesen en el estado en que se hallaban, porque en vez del cuadro criminalmente voluptuoso que Almazan tenía seguridad, y Mendoza temor de hallarse en aquella casa, y el desengaño había ya comenzado á esgrimir allí su implacable azote.

Para que se nos entienda forzoso será retroceder algunos pasos en el camino á cuyo término tocamos.

Matilde á su llegada halló ya á Sotopardo en el tabernáculo de sus culpables placeres; puntualidad que le pareció de buen agüero; mas nuestro protagonista, grave, y ceremonioso como la ocasion no lo requería ni la dama lo esperaba, recibíola compasada y melancólicamente.—«Será, se dijo la hija de Milagros, la turbacion natural en la primera entrevista; el temor acaso de que yo quiera vengarme de tantos y tan largos desprecios como de él tengo recibidos.»

En tal persuasión, y para animarle, manifestóse ella tan expansiva y cariñosa como él reservado y grave: mas, deteniéndola á la primer caricia, preguntóle Sotopardo:

—«¿Es verdad, señora, que por amor á mi persona viene V. á esta casa?»—«¡Buena pregunta!» exclamó Matilde cada vez mas convencida de que la preocupacion del galán era efecto de tímida desconfianza. «¡Buena pregunta! ¡Hay tal niña! ¿Pues qué cosa, si no un amor que V. no merece, señor mio, pudiera obligarme á dar este paso?»

—«Entonces, contestó Sotopardo cada vez mas grave, entonces,

señora, Laura está vengada, y Alfonso se salvó milagrosamente del precipicio á que caminaba.»

Pronunciando esas palabras, cuyo efecto en la hija de Milagros dejamos á la consideracion del lector, abrió don Carlos la puerta de una alcoba hasta entonces cerrada, y sacó de ella por la mano á Telex, en quien la ira, el dolor y el asombro, disputándose la posesion de su alma, paralizaron hasta la lengua por el momento.

Matilde, por el contrario, comprendiendo al ver á Alfonso la red que Sotopardo le había tendido, recobrada súbitamente la cinica serenidad que la distinguía, miró primero con lástima irónica á su jóven engañado amante, luego á su implacable enemigo con todo el veneno de un irritado basilisco, y prorumpió al fin en estas voces:

—«Alfonso había creído sin duda que yo era su mayorazgo; ¡cosas de niño! El día que yo quiera volveré á mis pies. En cuanto á usted, por quien confieso haber tenido un capricho, señor don Carlos, le creí caballero y me he engañado. ¿Cómo ha de ser! Pero á fé que tiempo tenemos delante, y no seré yo quien soy si no le pago con usura cuanto le debo.»

—«Señora, replicó Sotopardo con el tono de un juez inflexible cuando se dirige al criminal empedernido: años hace que soy víctima, y que lo han sido muchos que valian mas que yo, de la perti-dia de V.; años hace que tolero, por efecto de mal entendida generosidad, que sea V. el tizon de mi fama, el veneno que emponzoña mi existencia, y que goce en paz el fruto de sus repetidos crímenes.—No replique V. y oiga una vez siquiera la verdad desnuda.—Una palabra mia hubiera bastado en Madrid como en Sevilla, en Sevilla como en Granada, hace años como ahora, para hacer que la falsa posición de V. en el mundo se disipase como una sombra, y que la bastarda hija de una gitana y de un asesino, la impúdica doncella, la esposa adúltera, la hermana alevosamente traidora, la hija desnaturalizada, fuese ignominiosamente espulsada del seno de la sociedad. Esa palabra no la he pronunciado, por respetos culpables á mi mismo, porque no se me acusara de faltar á la ley de caballero, porque no se dijese que abusaba de mi fuerza con un ser débil.—Hice mal, hago mal ahora mismo limitando el castigo de V. al desengaño de Alfonso; porque si yo soy caballero, eso mismo me impone el deber de estirpar en V. un cáncer social; porque si V. parece débil y lo es para luchar conmigo cuerpo á cuerpo, es también una vivora ponzoñosa cuya mordedura es mortífera.—Deme usted, pues, las gracias porque me limito solo á arrancar á este desdichado de sus garras, y vuelva al mundo en que brilla, segura de mi silencio si respeta á Alfonso, si de mí no se acuerda; segura también de mi implacable venganza en el momento de que á una de esas dos condiciones falte.»

La actitud, el tono, la elevacion casi inspirada de Sotopardo mientras así hablaba, hicieron descender al corazón de Matilde el hielo de la muerte; por vez primera de su mala vida sintió la malvada, ya que no las amarguras del remordimiento, si las congojas del miedo. Pálida, pues, como petrificada, creyéndose bajo la cruel ilusion de una funesta pesadilla, oía las palabras de su juez, que una á una, á manera de agudos puñales iban en su pecho clavándose, cuando de súbito abrióse la puerta de la sala en que aquella escena ocurría, y se precipitó por ella el infeliz Mendoza, seguido de su maléfico genio el villano Almazan.

Renunciamos á pintar al pormenor el triste cuadro que el conjunto de aquellos seres produjo, limitándonos á decir que el mas desdichado, inocente, y de lástima digno era el esposo ultrajado.

La vista de Matilde en tal casa y compañía, sacó á aquel infeliz del paraíso de su engaño para conducirle sin transición, sin preparación, al averno de su infamia. Herido á un tiempo en el corazón y en la honra, y herido de muerte cuando menos lo esperaba.

¿Qué mucho que la voz y el sentido, le faltasen á un tiempo?

Perdió en efecto el sentido, y quizá cayendo al suelo desplomado acabaran sus penas, si Almazan no acudiese á recibirle en sus brazos.

Alfonso, incapaz hasta entonces de pronunciar un acento, recobra el uso de la palabra al entrar Mendoza, y dirigiéndose á Sotopardo, díjole iracundo:—«Al marido también, señor don Carlos. ¡Es una infamia!—¡Ampárame Alfonso! Exclamó Matilde aprovechando la ocasion hábilmente. ¡Ampárame, mi corazón es solo tuyo; y si he sido frágil un momento, harto castigada estoy por ese villano.»

No pudo por el momento replicar don Carlos, porque ayudaba á Almazan á reclinarse sobre un sofá el inerte cuerpo de Mendoza, y á desabrocharle el uniforme: pero así que aquel piadoso deber hubo cumplido, dijo.—«Si, Alfonso, revelar al marido las flaquezas de su muger es una infamia, y doble infamia en el que la ha cometido; porque este hombre (asiendo del cuello al trémulo Almazan), este hombre siempre cobarde, siempre villano, siendo el amante ordinario de esa muger digna en todo de él, este hombre es el que la ha vendido, y hecho la desgracia de Mendoza.—Confiesa miserable. ¿Es cierto lo que digo?—Matilde nos ha engañado á todos, supe

» que me era infiel con don Alfonso.—¿Y la has delatado, monstruo? » le preguntó brotando fuego por los ojos el capitán page.—Los celos me han trastornado el juicio...»

También el de Alfonso se trastornó un instante al considerar tanta infamia, y tirando de la espada iba ciego de cólera á clavarla en el corazón del traidor: pero Sotopardo deteniéndole exclamó:—«La espada no, Alfonso; si acaso, la vaina. Ese villano es indigno de otra cosa.»

En fin, la serenidad de don Carlos acabó por triunfar de las pasiones buenas y malas, violentas todas, de las personas en la calle de los Negros entonces reunidas. Mendoza recobró el sentido, y después de querer matar uno por uno y todos juntos á cuantos delante veía, acabó por deshacerse en lágrimas de fuego, lágrimas sinceras, lágrimas que no mancillan. Porque ¿si el hombre no llora su honra sin culpa perdida ó por lo menos mancillada, qué le será lícito llorar en este mundo?

Una vez los espíritus predispuestos á la discusión, Alfonso propuso que Matilde y Mendoza se separasen sin estrépito; el mismo Mendoza se prestaba á ello desterrándose á América; Almanzan osó decir, que él pagaría una pensión á la culpable... Sotopardo opuso su veto soberano á tales proyectos, diciendo:

«No, Alfonso, no Mendoza: su generosidad de VV. les engaña, y vá á hacerlos cómplices en los nuevos crímenes de ese monstruo, si libre la dejan. En cuanto á V, señor Almanzan, lo que ha de hacer es libertarnos de su presencia en el acto, y tener entendido que si revela un solo ápice de los secretos que sabe, á pesar de mi repugnancia á servirme del acero contra los cobardes, le cortaré infaliblemente la lengua.»—Desapareció Almanzan y prosiguió Sotopardo.—«Mendoza, su muger de V. no es una de esas desdichadas víctimas de la pasión que delinquen, sin infamar por completo su alma; no: es una criatura envilecida, que de soltera le disputaba los amantes á su Madre, y de casada se entregó desenfadadamente al libertinaje. La sociedad no conoce los misterios de su vida, pero sabe de sus aventuras lo bastante para que V. pasara por lo que no es, mostrándose indulgente con ella.—¿La he de matar? ¡Dios mío! exclamó el infeliz bondadoso marido.—No, pero sepárela V. del mundo, enciérrela para siempre en un claustro.—¡Cómo Laura! prorrumpió aterrada la culpable.—Sí, prosiguió Sotopardo, como Laura, menos el candor del alma, menos la sinceridad del arrepentimiento, menos la nobleza de los sentimientos.»

El consejo de Sotopardo fué aceptado, á las cuatro de aquella tarde ya Matilde yacía reclusa en un convento de ascética severa disciplina.

El tiempo y la reflexión curaron á Alfonso de su desdichada pasión; Mendoza al cabo huyó á nuestras posesiones ultramarinas; y don Carlos... don Carlos se casó con Inés, sin amor decía él, sin amor repetía su feliz esposa riéndose: pero sin amor probó con su ternura conyugal, con su excelente carácter y sincera aunque tolerante moralidad, que no siempre que en mal suena el río, es porque lleve gran caudal de aguas en efecto.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

El gobierno de una muger.

Le pedían á Milton que explicara la razón de que en algunos países pueda el rey ceñir la corona á los catorce años y no pueda casarse hasta los diez y ocho.—«Porque es mas difícil, contestó el poeta, gobernar á una muger que un reino.»

Milton y el duque de York.

Aunque el poeta Milton habia representado un papel importante en las guerras civiles, no se le persiguió después de la restauración de Carlos II. El duque de York, que después reinó con el nombre de Jaime II, fué un día á visitar á Milton y tuvo la grosería de decirle:

—«Señor Milton, ¿no creéis que el haberos quedado ciego sea un justo castigo del cielo por los muchos escritos que habeis publicado contra mi padre?»

—«Si las desgracias son castigos del cielo, respondió el poeta, V. A. me permitirá le haga observar que yo no he perdido mas que la vista, pero el rey su padre ha perdido la cabeza.»

Sentencias y Máximas.

Reprimir todo lo posible los signos exteriores de mal humor y de violencia, es un medio poderoso para dulcificar gradualmente la irascibilidad del alma, y de hacerse así, no solamente mas agradable para los demás, sino tambien menos insoportables para sí mismo. Es tan estrecha la dependencia que hay entre el cuerpo y el alma, que basta imitar la expresión de una pasión violenta para escitarla en sí mis-

mo, y por consiguiente, la supresión de los signos exteriores tiende á calmar la pasión que indican.

La creencia en un Dios soberanamente bueno y sabio, introduce en nuestra alma una satisfacción muy dulce. La sola idea de que el orden y la felicidad prevalecen en este mundo, aplaca en nosotros la discordia de las pasiones. Lo mismo que se serena nuestra alma cuando desde un sitio apartado y tranquilo contemplamos la calma apacible de una noche de verano.

El filósofo Carneade decía: «Los hijos de los ricos y de los grandes no aprenden bien mas que una cosa: la equitación. En los demás estudios y ejercicios sus maestros los engañan con elogios falsos inspirados por la hipócrita adulación, y sus antagonistas les ceden bajamente todas las ventajas; pero el caballo, que ignora si sostiene sobre su lomo á un simple particular ó á un alto funcionario, á un rico ó á un pobre, arroja al jinete que se tiene mal en la silla.»

Inscripcion persa.

Se ha descubierto un sepulcro en un sitio remoto de la Persia, en cuya losa se lee la inscripción siguiente: «El que no tiene dinero no tiene crédito; el que no tiene una muger sumisa y dócil no tiene reposo; el que no tiene hijos no tiene fuerza; el que no tiene parientes no tiene apoyo; pero el que no tiene nada de todo esto, vive exento de cuidados.»

El Mausoleo de Federico el Grande.

M. Tassard, hábil escultor de Berlin, á pesar de hallarse pensionado por el Rey de Prusia, creyendo que no tenia bastante ocupación, pidió licencia al Rey para marcharse al extranjero. Federico le dijo entonces: «Si solo deseas tener ocupación, no te vayas: ponte al instante á hacer mi sepulcro.» El artista, satisfecho en extremo al ver que iba á tener á su cargo un trabajo de tanta importancia, respondió al Monarca: «Señor necesito lo menos diez años para concluir ese trabajo.»—«Yo te doy veinte de término,» respondió Federico presuroso.



Estatua de Garcilaso de la Vega.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 34.

El amor conduce al hombre á la locura, al anonadamiento y al heroísmo.



MURILLO.

Bartolomé Esteban Murillo nació en Sevilla y fué bautizado el día 1. de enero de 1618. Habiendo manifestado desde muy temprano su afición á las artes, entró á ser discípulo de Castillo y tardó poco en comprender que su maestro no podría darle lo que él necesitaba. Al ver los progresos que había hecho su condiscípulo Pedro de Moya, que acababa de estudiar con Van Dyck, fijó repentinamente su resolución, y se vino á Madrid en 1643, desprovisto de dinero, pero sostenido por la confianza que tenía de sí mismo. Acogido bondadosamente por su compatriota Velazquez, permaneció dos años absorvido en las obras de Ribera y de Ticiano hasta que las supo de memoria y se hubo penetrado bien de ellas. Regresó en 1645 á Sevilla, habiéndose negado, muy oportunamente en concepto nuestro, á ir á Italia como se lo aconsejaba Velazquez; así pudo dar su nacionalidad frutos puros de toda mezcla extranjera, y su genio original se eximió del pedantismo cuasi clásico de los Cortonis y Marattis. Apareciendo como un ástro nuevo en su ciudad nativa, se elevó de pronto al primer puesto, y continuó á la cabeza del arte hasta el 3 de abril de 1682 en que murió rico de gloria, pero pobre de intereses, de resultas de una caída de un castillo.

Las tres fases de la juventud, la virilidad y la vejez de este artista eminente, presentan tres divisiones de su escuela. La primera que se estiende desde 1645 hasta 1630, basada sobre el estudio de las obras de Ribera y del Ticiano, se distingue por contornos trazados con vigor y cuasi duros, por un colorido que á veces era harto sombrío, y por la eleccion de asuntos serios, que era el resultado del patronato de los frailes Franciscos, de quienes era el pintor especial y absoluto, así como Roelas lo era de los Jesuitas, y Zurbaran de los Cartujos. Su segunda época la practicó hasta 1660. Teniendo entonces ya el conocimiento de su capacidad y de sus fuerzas, y abandonándose al impulso natural de su genio, renunció Murillo, como Andrés del Sarto, á seguir las huellas ajenas. Sus composiciones fueron menos severas, sus toques mas ligeros, sus colores mas vivos, sus tonos mas transparentes, sus contornos mejor trazados y mas lijeros, como por interposicion del aire, sin apartarse sin embargo de la correccion concienzuda del dibujo. Su tercera época la *vaporosa*, ha recibido esta denominacion por sus líneas que parecen fundirse en vapores, y por la magia de sus tintas brillantes, sombreadas con una armonia que procede de una ejecucion delicada. Esta última época es la que caracteriza mas su escuela; sus cuadros de mendigos y de muchachos vagamundos son tan familiares y populares, que su nombre está cuasi identificado con estos asuntos. Son empero los mas desconocidos en España porque fueron los que se esportaron los primeros; no era posible entonces procurarse sus cuadros serios y de mayores dimensiones, porque estaban en poder de corporaciones ó sujetas á sustitucion, al paso que sus estudios y caprichos, que eran el fruto de sus ratos de ocio, y que no se estimaban en España en su valor verdadero, eran muy apreciados en el extranjero, y particu-

larmente en Inglaterra. Así es que transcurridos solamente ocho años desde su muerte, menciona Evelyn la venta en Whitehall de los *Muchachos de Murillo el Español* en la cantidad, exorbitante entonces, de 80 guineas. Los tiempos son mejores ahora para las artes, porque un conocedor en pinturas pagó no hace mucho 3900 guineas por un *Divino Pastor* que uno de sus antepasados había vendido en 50 monedas de plata.

Fácil es indicar los caracteres distintivos de Murillo sin equivocarse. No solo era el pintor fiel y exacto de lo que veía todos los días, sino que sufría la influencia de la parcialidad de España. Todas sus obras llevan el sello de la Andalucía, alegre como su cielo, y de Sevilla, patria de la Venus Andaluza y de Figaro. Parece que los habitantes de su paraiso son todos compatriotas suyos. El tipo de la Virgen, tipo encantador, que segun la espresion de Pope «los judios pueden comprarle y los infieles adorarle,» existe aun en las facciones de la hija de Triana; los apóstoles y los Santos son la familia de esta joven; en las obras maestras con que decoró el convento de Capuchinos de Sevilla se reconoce al fraile que le sirve de Cicerone en su recinto al viagero. Sus grupos de mendigos obstruyen aun las puertas de las iglesias situados á orillas del Guadalquivir: el pincel del artista los ha hecho dignos de figurar en los salones de las Duquesas. En una palabra, la naturaleza fué el guia constante de Murillo: todo lo que había hecho el Criador era bueno á sus ojos y le gustaba reproducir las formas de la vida. El arte con que sabía unir la humanidad con las cosas mas extraordinarias, el orgullo con la humildad, la opulencia con la miseria, la hermosura con la fealdad, realizaba el efecto por medio de los contrastes, y completaba la ilusion, así como la verdad material de los accesorios, observada hasta el estremo de despreciar las conveniencias de la geografia y de la cronologia; confirmaba la creencia en las leyendas y tradiciones de la supersticion local. Murillo queria sobre todo hablar á la imaginacion de los que le rodeaban. Ponia sus elevados conceptos á la altura de su capacidad. Sus santas familias reproducen escenas sencillas de la vida doméstica, en que se ven preciosos niños alegrando con sus travesuras inocentes á sus padres afectuosos. Conociendo bien donde estaba su fuerza verdadera, Murillo no pensó nunca en imitar las grandezas sublimes de Miguel Angel ni la gracia ideal de Rafael; su Cristo, niño aun, no es un Dios que medita y lee ya en el porvenir, sino un hermoso niño que debió hacer sonreír á una madre mortal. Su virgen, aunque, es la única soberana del cielo y de la tierra, no es sino una madre de Andalucía, aun en su Concepcion inmaculada, esa obra maestra misteriosa de Sevilla. Y sin embargo ¿qué artista ha sabido representar mejor que Murillo á la dulce criada del Señor, vestida de paños de un blanco purísimo y de azul, elevándose en una atmósfera dorada, rodeada de querubines semejantes á los que deben poblar el cielo, y de flores parecidas á las que deben perfumar el paraiso; todo esto pintado con tintas tan puras, tan suaves y brillantes como las

del arco iris? Todos sus asuntos tan dramáticos y llenos de interés, los trató Murillo con una habilidad consumada en el empleo de sus materiales y un poder de colorido sin el cual no puede haber pintura. Su colorido fascina, tanta es su armonía y con tal delicadeza reproduce la hermosa femineidad y las gracias infantiles. Lleno de una gravedad dulce, é inspirándose de todas las simpatías humanas, Murillo participaba mas de la *morbidez* del Coreggio que ninguno de los pintores Españoles; y sin embargo no había visto ninguna obra original del Coreggio sino las copias que de él había hecho Roelas. Pero, existe una simpatía misteriosa é internacional que constituye el espíritu y el gusto de cada época, una coincidencia de expresiones y necesidades que triunfando de la imperfección de las comunicaciones, se transmite como una especie de fluido eléctrico de un artista á otro al través de los Alpes ó de los mares. Algunos dicen, refiriéndose á la belleza de las carnes que pintaba Murillo, que están pintadas con *leche y sangre*; pero á esta última palabra se puede sustituir la de *rosas*, porque nadie representaba mejor que él á estas reinas de las flores, dignas de ser ofrecidas á la mas pura de las vírgenes. Se complacía en realzar el efecto de los tonos claros con los velos oscuros, de hombres morenos, con la piel bronceada por el sol: para producir estos tonos empleaba el negro de hueso, color que él mismo preparaba.

El apogeo del talento de Murillo fué desde 1670 hasta 1680. Su genio se hallaba entonces en toda su madurez, y en este período ejecutó sus producciones mas admirables. En 1674 concluyó sus grandes cuadros de la Caridad, entre los cuales deben citarse el de *santa Isabel*; el del *Hijo pródigo*, el del *Milagro de los panes y de los peces*; el de *Abraham recibiendo á los tres ángeles*; *Moisés sacando agua de la roca*; y *Jesucristo en la Piscina*. Pintó tambien en aquella época el *san Pedro* como su mejor obra, el *niño Jesus distribuyendo pan á los pobres*, y los 23 cuadros que había emprendido para el convento de capuchinos de Sevilla.

Dejó esta ciudad y fué á Cadiz á ejecutar para el altar mayor de la iglesia de los capuchinos su magnífica composición de los *desposorios de santa Catalina* que debía costarle la vida. Trabajando en esta obra, á la que se había aficionado extraordinariamente, cayó del castillete ó tablado y se rompió la espina dorsal. Esta herida horrosa le privó de continuar su obra, y el cuadro fué terminado por

su discípulo Meneses Osorio. Desde entonces no fué su vida sino un sufrimiento largo y cruel. Se hizo transportar á Sevilla, pues quería verla por última vez, y murió el 3 de Abril de 1682 á la edad de 64 años. El caballero Nuñez de Villavicencio, su discípulo predilecto, recibió su último suspiro y le cerró los ojos.

La muerte de Murillo causó un sentimiento universal y profundo, porque tenía ademas de un gran genio, cualidades excelentes. Era el amigo y protector de todos los artistas jóvenes, y se consideraba muy dichoso con poderles abrir una carrera. Fundó en Sevilla una academia pública de dibujo, é instituyó el primer estudio de modelos vivos que produjo una verdadera revolución en la escuela española. Entre sus discípulos se pueden citar como los mas notables Antolinez, Tobaz, Villavicencio y Meneses Osorio. Murillo que se immortalizó por sus grandes composiciones, tenía un talento particular para los paisajes y flores. Dicen que al principio hacia ejecutar al célebre Triarte los paisajes de sus cuadros, y en compensación le pintaba á éste las figuras de los suyos. Un dia que iban á pintar un cuadro entre los dos, se suscitó una discusión sobre cual de ellos había de principiarle, se acaloraron y concluyeron por regañar y separarse. Murillo entonces ejecutó el paisaje y las figuras, y su cuadro fué, segun el testimonio de sus contemporáneos, una de sus mejores composiciones. Desde entonces, Murillo hizo profundos estudios sobre los paisajes, y sus cuadros fueron pintados por él solo.

La vida de este artista célebre fué sencilla y dedicada exclusivamente al trabajo. Se casó en 1643 con doña Beatriz de Cabrera, tuvo un hijo que siguió la carrera de las letras y adquirió en ella cierta celebridad.

Los dos grabados que ofrecemos hoy á nuestros lectores y que representa uno la *infancia de Cristo y de san Juan*, y otro *la Virgen de las flores*, son copiados de dos cuadros originales de Murillo. La naturalidad de las posturas, la suavidad de los contornos, la frescura y armonía del colorido, cualidades distintivas de aquel maestro de inmortal nombre, no brillan en mayor grado en ninguna de las numerosas obras que le valieron el nombre de rival de la naturaleza. Por eso hemos querido dar hoy una copia de estas dos obras maestras poco conocidas, ejercitadas por el émulo de los Van-Dick y los Velazquez.



La infancia de Cristo y de san Juan.



La Virgen de las Flores.

ESCRITOS ESPAÑOLES ANTIGUOS.

Genealogías redactadas en el reinado de San Fernando
por autor anónimo.

REYES DE CASTIELLA.

En la sazón que regnó el Rey Ruderich en España, vinieron de Africa el Rey Haboali, et Abozuba, et era Rey en Marruecos Amiramozlemin, et estonce vino Taric et Nucen en España, et arribó á Gibaltaric. Estos Reyes Abozuba é Aboali é Amiramozlemin, con otros Reyes muchos, é con grandes poderes, vinieron lidiar con el Rey Ruderich en el campo de Sagnera. Et en la primera facienda fueron los Moros malandaneses, et despues recobraron, et fueron los Christianos vencidos, et desbaratados. En esta batalla fué perdido el Rey Ruderich, et non lo fallaron muerto ni vivo. Mas despues á luengo tiempo en Viseu en Portugal, fallaron un sepulcro en que yacía escrito: «Aquí yace el Rey Ruderich, el que fué perdido en la batalla en el tiempo de los Godos.»

Quando fué perdido el Rey Ruderich, conquerieron Moros toda la tierra hata Portugal et Galiza, fuerassen de las montañas de Asturias, ó se acollieron todas las gientes de la tierra, et hicieron hi Rey por election al Rey don Pelayo, que estaba en una cueva Asseva. Este Rey don Pelayo fué muy buen Rey et leal: et los Christianos, que eran en las montañas, acolléronse todos á él, et guerrearon con él á los Moros, et hicieron muchas batallas, et vencieronlas. Murió el Rey don Pelayo. Dios aya su alma. Amen. Et regnó su fillo el Rey don Fañila: et fué avol hombre: et lidió con un oso, et mató el oso á él. El Rey don Pelayo ovo una filla, et diéronla por mugier á don Alfonso, fillo del señor don Pedro de Cantabria, et levantaronlo Rey. Este Rey don Alfonso guerreó bien á Moros, et fizo con ellas muchas batallas, et venciólas: et conquerió luego de los Moros á Tuy, et Portugal, et Braga, et Viseu, et Flavia, et Ledesma, et Salamanca, et Zamora, et Astorga, et Leon, et Sietmancas, et Saldanna, et Segovia, et Setpulvega, et Maya. Todas estas otras prisó de Moros, et poblolas de Christianos: Galiza, Asturias, Alava, Bizcaya, Vidoña, Edearri, Barrueza, en todos tiempos fueron de Xpños, que nunca las perdieron.

Murió el Rey don Alfonso: Dios le dé vida perdurable. Amen. Et regnó su fillo don Fruella, et fué avol ome, et mató á su ermano, et por un avoler que fizo matáronlo sus omes, que ficiera á muchos dellos cornudos. Quando fué muerto el Rey don Fruella, regnó el Rey don Alfonso el Casto, el que poblo Oviedo, et fizo la Iglesia en honor de Sant Salvador: et fizo hi xij. altares en honor de los xij. Apostolos, é cuando murió soterraronlo hi, é allí yace. Este rey don Alfonso non dejó fillo ninguno, ni fincó ome de su linage que mandase el reino: é estudo la tierra assi luengos tiempos.

Despues acordáronse: escogieron dos Judices que los juzgassen et que los acabdellassen. Destos dos Judices el uno ovo nombre Nuño Rasuera, el otro Layn Calvo. Del linage de Nuño Rasuera vino el Emperador de Castiella. E del linage de Lain Calvo vino mio Cid el Campeador. Nuño Belchidez ovo fillo á Nuño Rasuera. Nuño Rasuera ovo fillo á Gonzalvo Nuñez. Gonzalvo Nuñez ovo fillo al Conde Ferrand Gonzalvez. El Conde Ferrand Gonzalvez ovo fillo al Conde Garcia Fernandez. El Conde Garcia Fernandez ovo fillo al Conde don Sancho, el que dió los bonos foros. El conde don Sancho ovo fillo al Infant don Garcia, el que mataron en Leon, é una filla que ovo nombre doña Alvira. E esta doña Alvira fue casada con el Rey don Sancho el Mayor, que fué Rey de Navarra, et de Aragon, et fué Señor hata Portugal. Despues vos diremos deste Rey don Sancho, cuyo fillo fué.

Este Rey don Sancho el Mayor ovo tres fillos: los dos duna muger, el tercero dotra. El uno ovo nombre el Rey don Ferrando, é el otro el Rey don Garcia de Navarra: el otro fué el Rey don Ramiro de Aragon, el que mataron en Grados. Mas los otros dos ermanos lidiaron ambos en Atapuerca, et mató el Rey don Ferrando al Rey don Garcia. Este Rey don Ferrando ovo tres fillos: el Rey don Alfonso, é el Rey don Sancho, é el Rey don Garcia, el que dixieron de las particiones. Et ovo dos fillas: la Infant dona Urraca, et la Infant dona Alvira.

El Rey don Sancho é el Rey don Garcia, ambos ermanos, lidiaron en Santaren en Portugal: é prisó el Rey don Sancho al Rey don Garcia, et metiolo en prision en Luna, é allí murió en los fierros, é con los fierros se fizo soterrar, é con los fierros yaze soterrado en Sant Isidro de Leon. Despues se combatió este Rey don Sancho con el Rey don Alphonso el otro su ermano, en Gollpillera, cerca de

Carrión. E priso el Rey don Sancho al Rey don Alphonso, et tovoló gran tiempo priso, é después solloto que se saliese de toda su tierra, et fizolo assi, et fuesse para Toledo, que era estonces de Moros.

Después este Rey don Sancho cercó á su ermana la Infant doña Urraca en Zamora, é ella fabló con un su caballero, et fizo matar á su ermano el Rey don Sancho: et matolo Bellit Adolphes en traycion. Quando fue el Rey don Sancho muerto en Zamora, tornóse á la tierra el Rey don Alphonso, que era en Toledo: et fué Rey de Castiella, é después ganó á Toledo de Moros. Este Rey don Alphonso tomó mugier Mora, que decian la Zayda, sobrina de Avenalfage: é ovo della al Infant don Sancho, el que dixeron Sancho Alphonso. Después lo mataron Moros en la batalla de Uclés. Después ovo este Rey don Alphonso otra mugier, que ovo nombre Xemena Muñoz: é ovo en ella dos fillas: la Infant dona Alvira, et la Infant dona Teresa. Et la Infant dona Teresa casó con el Conde don Enric: é ovieron fillo al Rey don Alphonso de Portugal. La Infant don Alvira casó con el Conde don Raymon de Sant Gil, el que fué á la prision de Jerusalem, é ovieron fillo al Conde don Alphonso, al que dixeron Alphonso Jordan, que fué padre del otro Conde Raymon. Murió Xemena Muñoz, et pues priso otra mugier el Rey don Alphonso á la Reyna Doña Costancia. Et ovo en ella filla la Reyna dona Urraca: é casaronla con el Conde Ramon, fillo de Alphonso Jordan: et ovieron fillo al Emperador de Castiella: é una filla la Infant dona Sancha. Murió el Conde Ramon, et casóse la Reyna dona Urraca madre del Emperador con el rey don Alphonso de Aragon, et non ovieron fillo ninguno.

El Emperador tomó por mugier la ermana del Conde de Barcelona, é ovo en ella estos fillos, al Rey don Sancho de Castiella: et el Rey don Ferrando de Gaiiza: et la Reyna de Navarra: et la Reyna de Francia. Murió esta hermana del Conde de Barcelona, et tomó el Emperador otra mugier sobrina del Emperador de Alemaña: é ovo en ella una filla, la Reyna dona Sancha, et Casaronla con el Rey don Alphonso de Aragon, que fué fillo del Conde de Barcelona. El Rey don Sancho de Castiella fillo del Emperador, tomó mugier la Reyna dona Blanca, filla del Rey don Garcia de Navarra, é ovo en ella fillo al Rey don Alphonso de Castiella.

Este Rey don Alphonso de Castiella tomó por mugier á la filla del Rey de Inglaterra, dona Alionor: et ovo en ella estos dos fillos: el Infant don Ferrando, et el Infant don Enric: é ovo della muchas fillas et casó la mayor dona Berenguiera con el Rey de Leon: é ovieron dos fillos, el Infant don Ferrando, é el Infant don Alphonso: et casó la otra filla con el Rey de Franza: et la otra con el Rey de Portugal: et dejó las otras en el Monesterio de las Huelgas cerca de Burgos.

Murió el Rey don Alphonso, et regnó su fillo don Enric. Mas trefelló con sus mozos, et ferieronlo con una piedra en la cabeza, et murió: et regnó su ermana dona Berenguiera: et dió el Regno á su fillo don Ferrando: et regnó don Ferrando. Da aquí adelante será lo que Dios quisiere.

REYES DE NAVARRA.

Hata aquí fablamos del linage de los Reyes de Castiella como viene del linage de Nuno Rasuera, é hata el Emperador, é hata el Rey don Ferrando, que es agora Rey de Castiella. Agora vos diremos de los reyes de Navarra como viene su linage del Rey don Sancho el Mayor: ond vos diremos como viene derecho del linage del Rey Sanch Abarca.

El Rey Ennec Ariesta ovo fillo al Rey don Garcia, al que dixeron, Garcia Enequez. Este priso por mugier la Reyna dona Urraca, é ovo en ella un fillo, que ovo nombre Sancho Garcez: mas después ovo nombre el Rey Sanch Abarca: et direyvos como mataron Moros al Rey Garcia Enequez, et fincó su mugier pregnada la Reyna dona Urraca, et firieronla duna lanzada, et murió la madre, et nació el fillo por la lanzada. Este fillo tomólo un ric ome de la montaña, et criolo muy bien lo mejor que el pudo, et puso nombre Sancho Garzez. Quando este mozo fué grand, fué mucho esforzado, et muy franco, é acogió assi todos los fillos dalgo que falló en las montañas: et díoles quanto pudo aver. Et sus omes quando vieron que era mucho esforzado é ome de muy grand trabajo, pusieronle nombre Sanch Abarca. Et ayuntáronse todos los ricos omes de la tierra, et por la bonda que entendieron en el, et por su esfuerzo, ficeronlo Rey.

DEL REY SANCH ABARCA.

Este rey Sanch Abarca metiose en Cantabria, et guerreó á los Moros, et conquirió desde Cantabria hata Nájara, é hata Muent de Oca: et hata Todela, et conquirió toda la plana de Pamplona, et gran partida de las montañas. Después conquirió tod Aragon, et fizo muchos Castiellos por la tierra, por aguerrear á los Moros, et fizo muchas batallas con Moros, et venciolas, et fué leal Rey, et piadoso, et temie mucho á Dios, et guardaba bien justicia. Este Rey Sanch Abarca casó con la Reyna dona Toda, é ovo della un fillo, et

quatro fillas: el fillo ovo nombre el Rey don Garcia, el tembloso: et de las fillas la una ovo nombre dona Urraca la otra dona Sancha la otra dona Maria: et la otra dona Blasquita. Dona Urraca casó con el Rey don Alphonso de Leon, é ovieron fillo al Infant don Ordonno, el que mataron en Cordoba. Dona Maria casó con el Rey don Ordonno. Dona Sancha casó con el Rey Ramiro. Casó dona Blasquita con el Conde don Nunno de Bizcaya.

Regnó el Rey Sanch Abarca XX. años, et murió: et regnó su fillo el Rey don Garcia en su lugar: et fué muy buen Rey, et leal, et franco, et mucho esforzado, et fizo muchas batallas con Moros, et venciolas. Mas quando avie grand cuyta temblaba todo: et quando oie algunas nuevas grandes et quando se amataba la candela de noche, tomábalo grand miedo, et por ende le digieron el Rey don Garcia el tembloso. Regnó este Rey don Garcia XXX. anos, et murió: et reynó su fillo el Rey don Sanch el Mayor, et tomó por mugier la filla del Conde don Sancho de Castiella, el que dió los buenos fueros, dona Alvira, ermana del Infant Garcia, que mataron en Leon, et ovo della dos fillos, al Rey don Fernando, é al rey don Garcia de Nájera. Estos dos ermanos lidiaron en Atapuerca, et mató el Rey don Fernando al Rey don Garcia. Este Rey don Garcia dexó dos fillos, al Rey don Sancho, que mataron en Peñalen, et el Infant don Sancho. El rey don Sancho, el que mataron en Pennalen, ovo fillo al Infant don Ramiro. Este Infant don Ramiro tomó por mugier la filla de mio Cid Campiador, et ovo della fillo al Rey don Garcia de Navarra, al que dixieron Garcia Ramirez. Murió el Infant don Ramiro, et regnó su fillo el Rey don Garcia: et tomó por mugier la Reyna dona Margelina, sobrina del Conde Dalperches: et ovo en ella fillo al Rey don Sancho de Navarra, et la regna de Secilia, et la Regna dona Blanca, mugier del Rey don Sancho de Castiella. El Rey don Sancho de Navarra tomó por mugier la filla del Emperador de Castiella: é ovo en ella fillos al Rey don Sancho, é al Infant don Ferrando, et la Regna de Englatierra, et la Infant dona Blanca, et la Infant dona Constancia, que murió en Daroca. Agora tornemos á decir onde viene el linage de los Reyes de Aragon, et Navarra.

DE LOS REYES DE ARAGON.

El Rey don Sancho el Mayor, fillo del Rey don Garcia el Tembloso el que fué Rey de Navarra, et Daragon, et fué Sennor hata Portugal, ovo un fillo dotra mugier, que ovo nombre el Infant don Ramiro, et fué muy bueno, et mucho esforzado. Este Infant don Ramiro por el salvamiento que fizo á su madrastra la Regna don Alvira mugier del Rey don Sancho su padre, diol ella sus arras, é otorgola el Rey, et ovo el Regno Daragon, et fué Rey. Este Rey don Ramiro lidió muchas veces con Moros, et venciólos. Después en la postremera vino sobre el Rey don Sancho de Castiella con grand poder de Moros, et con tod el poder de Saragaza que era de Moros, et de toda la tierra, et vinieron á el á Sobrarbe, et degastáronle toda la tierra, et vino lidiar con ellos, et mataronlo hi en Grados. Este Rey don Ramiro ovo fillo al Rey D. Sancho Daragon, que fué muy buen Rey, et leal, é ovo muchas facendas con Moros, et venciolas. Después cercó á Huesca que era de Moros, et ferieronlo hi con una saeta: et fizo jurar á sur ricos omes et á su fillo Pedro Sanchez, et fizo jurar á él que non descercase á Huesca hata que la prediese ó lo levantassen ende por fuerza.

Murió el Rey don Sancho, et soterráronlo en Muentaragon, et después leváronlo á Sant Johan de la Peña por medo de los Moros. El Rey don Pedro tovo cercada á Huesca: et vinieron grandes poderes de Moros lidiar con él, et vino con ellos el Comde don Garcia de Nájera, et el Rey don Pedro lidió con ellos en Alcoraz delant Huesca, et venció la batalla, et mató muchos dellos, et priso al Conde don Garcia, et metiolo en su prision, et tomó la villa.

Murió el Rey don Pedro, et regnó su hermano el Rey don Alphonso que fue muy buen Rey, et muy leal, et mucho esforzado, et muy buen Christiano et fizo muchas batallas con Moros, et venciolas: et conquirió Zaragoza de Moros, et Daroca, et Calatayub, et rio de Tazona, et rio de Borgia, et Tudela, et Soria, et otras muchas.

Murió este rey don Alphonso, et non dexó fillo ninguno, mas sacaron á su ermano don Ramiro de la Mongia, et ficeronlo Rey: et diéronle por mugier la nieta del Conde de Peytens, é ovo della una filla que ovo nombre dona Perona, que casaron con el Conde de Barcelona: é ovo el Regno Daragon: et el Rey don Ramiro tornose á la Mongia. El Conde de Barcelona ovo en esta mugier fillos al Rey don Alphonso Daragon, é al Conde don Sancho, et la mugier del Rey don Sancho de Portugal.

El Rey don Alphonso Daragon tomó por mugier la filla del Emperador de Castiella, la Regna dona Sancha, é ovo en ella tres fillos et tres fillas. Los fillos ovieron nombre el uno el Rey don Pedro Daragon que ovo por mugier la filla de don Guillem de Montpellier, et ovo en ella un fillo que ovo nombre don James, que es agora Rey Daragon. El otro ermano del Rey don Pedro ovo nombre el Infant don San-

cho, que fué Conde de Proenza. El otro ovo nombre Infant don Ferrando, que fué Abbat de Muentaragon. De las fillas, la una casaron con el Rey de Secilia et la otra con el Conde de Tolosa et la tercera con el fillo del Conde de Tolosa.

ESTE ES EL LINAGE DE LOS REYES DE FRANZA, QUE FUERON ANTES DE CARLOS MAGNE, ET DESPUES DE CARLOS MAGNE.

En Franza ovo un Rey, que ovo nombre de Moroveus, et fué del linage del Rey Pryamus de Troya, este Moroveus ovo fillo á Cilderic, Cilderic ovo fillo á Clodoveus. A este Clodoveus baptizolo San Remigio, et fizolo Christiano, que antes Pagano era. Clodoveus ovo fillo á Clotario; Clotario ovo fillo á Chilperic; Chilperic ovo fillo á Clotario el II; Clotario ovo fillo á Dagavert; Dagavert ovo fillo á Clodoveus el II; Clodoveus el II ovo fillos de Seta. Baytilde la Regna, el uno ovo nombre Clotario el Joven, el otro Cilderic, el tercero Terrin; este Terrin ovo fillo á Cildevert; Cildevert ovo fillo á Dagavert el Joven; Dagavert el Joven ovo fillo á Terrin el Joven; Terrin ovo fillo á Clotario el IV. Despues que pasó esta generacion de Clotario el IV el Rey Cildebert ovo fillo á Arnoldum; Arnoldum ovo fillo á Saent. Arnolf, é otro fillo á Mencensen Epm.; Saent Arnolf ovo fillo á Anchises; Anchises ovo fillo á Pepin el Mayor; este Pepin á Charle Martel; et Charle Martel ovo fillo á Pepin el Petit; Pepin ovo fillo á Carle Magne; Carle Magne el Emperador ovo fillo á Lodois; Lodois ovo fillo á Carlo Calvo; Carlo Calvo ovo fillo á Lodois el II; Lodois ovo fillo á Carle el Simple; Carle el Simple ovo fillo á Lodois el tercero; Lodois ovo fillo á Clotario; Clotario ovo fillo á Lodois el IV. Murió Lodois, et non dexó fillo ninguno, et los nobles franceses levantaron Rey á Hugon el Duc, fillo de Hugon el grand Duc. Este Rey Hugon ovo fillo al Rey Robert; el Rey Robert ovo tres fillos: al Rey Hugon que fué muy bueno, et mucho amado, et al Rey Henric, et al Duque Robert de Borgoña; el Rey Enric ovo fillo al Rey Philip, et al grand Hugon; et el Rey Philip ovo fillo á Lodois; et el Rey Lodois ovo cinco fillos de la filla de Syire Albert: el primero ovo nombre Philip, el segundo Lodois, el tercero Enric, el quarto Robert, el quinto Philip, otro assi Philippo el Mayor, que era ya Rey coronado, murió por ocasion en vida de su padre, et regnó Lodois su hermano et coronolo el Apostoligo Innocentius en la Ciudad de Rems: este Rey Lodois ovo fillo al Rey Philip, que agora es Rey de Francia.

DEL LINAGE DEL MIO CID CAMPIADOR.

Este es el linage de Roy Diaz, el que dixieron mio Cid el Campiador, como vino derechiamient del linage de Layn Calvo, que fué compañero de Nuño Rasuera, et fueron ambos Judices de Castiella.

DE NUÑO RASUERA.

Del Linage de Nuño Rasuera vino el Emperador: del linage de Layn Calvo vino mio Cid el Campiador. Layn Calvo ovo dos fillos, Ferran Laynez, et Bremunt Laynez: Ferran Laynez hovo fillo á Layn Fernandez. Bremunt Laynez ovo fillo á Roy Bremundez: Layn Fernandez ovo á Nuño Laynez, Roy Bremundez ovo á Ferrand Rodriguez; Ferrand Rodriguez ovo fillo á Pedro Fernandez, é una filla que ovo nombre Donelo. Nuño Laynez tomó por mugier á Donelo, et ovo fillo della á Layn Nuñez. Layn Nuñez ovo fillo á Diago Laynez, padre de Roy Diaz el Campiador; Diago Laynez prisó mugier la filla de Rodrig Alvarez de Asturias, que fué muy buen ome, et muy ric home, et ovo en ella fillo á Roy Diaz. Quando murió Diago Laynez, padre de Roy Diaz prisó el Rey don Sancho de Castiella á Roy Diaz et erio, et fizolo Caballero, et fué con él en Saragoza: et quando lidió el Rey don Sancho con el rey don Ramiro en Grados, non hi ovo mejor Caballero que Roy Diaz. Dalli tornose el Rey don Sancho á Castiella, et amó mucho á Roy Diaz, et dióle su Alfieria, et fué muy buen Caballero, et quando lidió el Rey don Sancho con el Rey don Garcia su ermano en Santarem non hi ovo mejor Caballero que Roy Diaz, et segundio su Señor, que levaban preso, et prisieron al Rey don Garcia Roy Diaz et sus compañeros. Et quando lidió el Rey don Sancho con su hermano el Rey don Alphonso en Golpillerá á cerca de Carrion non hi ovo mejor Caballero que Roy Diaz el Campiador.

Et quando cercó el rey don Sancho á su hermana en Zamora, alli se combatió mucho Roy Diaz, et desvarató grand compañía de Caballeros, et prisó muchos dellos, et quando mató al Rey don Sancho Bellit Adolphes, corrió tras él Roy Diaz, hasta que lo metió por la puerta de la Ciudad de Zamora, et dióle una lanzada. Despues se combatió Roy Diaz por su señor el Rey don Alphonso con Xemene Garcen de Torrellas, que era muy buen Caballero, mas plogó á Dios que ovo Roy Diaz la mejoría. Despues se combatió Roy Diaz con el Moro Harizu no por otro en Medina Celim, et venciólo Roy Diaz y matolo; pero que era Moro muy buen Caballero. Despues lo echó de su

tierra el Rey don Alfonso á Roy Diaz á gran tuerto, que el non lo merecie mas fué mesturado con él, et ovose á salir de su tierra: et despues Roy Diaz pasó por grandes trabajos, et por grandes aventuras. Despues se combatió Roy Diaz en Tovar con el Conde de Barcelona, que habia grandes poderes, et lo aviel caido de su parabla, et venciólo Roy Diaz et desvaratolo, et prisole grand campaña de caballeros, et de ricos homes, mas por muy grand bondad, que habie mio Cid soltolos todos. Despues cercó mio Cid á Valencia, et fizo sobre ella muchas batallas, et venciolas. Despues ayuntáronse grandes poderes de Moros dallend et daquend el mar, et vinieron á acorrer á Valencia que tenia cercada mio Cid, et fueron hi Xiiij. Reyes y la otra gient non avie cuenta; et lidio mio Cid con ellos, et venciolos, et prisó Valencia.

Murió mio Cid el Campiador en el mes de Mayo. Dios haya su alma: et aduxiéronlo sus vasallos dalla de Valencia, et soterraronlo en San Pedro de Cardaña, cerca de Burgos.

Este mio Cid el Campiador ovo por mugier á dona Eximera, nieta del Rey don Alphonso, filla del conde don Diago de Asturias, et ovo della un fillo et dos fillas, et el fillo ovo nombre Diago Royz, et matáronlo en Consuegra los Moros: de las fillas la una ovo nombre dona Christina, la otra dona Maria. Casó dona Christina con el Infant don Ramiro: casó dona Maria con el Conde Barcelona. El Infant don Ramiro ovo en dona Christina fillo al Rey don Garcia de Navarra, al que dixieron Garci Ramirez. El Rey don Garcia tomó por mugier á la Regna dona Magelina, et ovo della fillo al Rey don Sancho de Navarra. Este rey don Sancho tomó por mugier la filla del Emperador Despana, et ovo della fillo al Rey don Sancho, que agora es Rey de Navarra.

LOS PRESTAMOS.

«Con sus lágrimas amasan
el pan que no han de comer.»

Quando yo entré en la cocina de mi arrendador Juan Fernandez, su muger volvia y revolvía con una rasera, dos pimientos secos y colorados que se freían en una sartén sin cabo. Un niño hermosísimo, á gatas sobre el poyo costero al hogar, enredaba con un gatillo rodado, y la mayor de las hijas, rayana en los cinco años, sentada con gravedad ante el fuego vivísimo de oliva, despizcaba en una servilleta apoyada en su falda el pan que habia de servir para el ajo. Juan Fernandez con los brazos cruzados sobre el pecho miraba atentamente los movimientos variados de la llama rosada y azul que salía en lenguas desiguales por entre los hierros de las trévedes formando vistosa corona alrededor de la sartencilla.

—Buenas tardes, Juan, le dije.

—Buenas se las dé Dios á su merced.

—Alégrate hombre, todo se ha despachado: el sustituto de José ha sido reconocido, y como ya estaba gratificado el facultativo que lleva la voz, fué declarado útil el mozo: á estas horas habrá ingresado en caja.

—Nos lo habia dicho el zapatero de ahí bajo que trapichea en tales cosas.

—Síntese su merced, y dése un calenton, así le pague Dios con la gloria el bien que nos ha hecho: ¡pobre Joseillo!... ¡Me parece mentira!... dijo la madre enjugándose una lagrima.

—Se libró y no hay que pensar en las turbaciones y penas pasadas.

—Su merced no sabe lo que viene detrás.

—Supongo que te habrás empeñado.

—Me he metido en un abogo del que solo Dios puede sacarme.

—La virgen del Cármen no nos abandonará, añadió la muger con esa sorda conformidad de nuestros honrados campesinos.

—¡Las quintas son una contribución horrible! murmuré entre dientes.

—¡Como que se paga con sangre!...

—Dios dará fuerzas para todo: el tiempo comienza á removerse, y si llueve...

—Nosotros tenemos mal sino: barbeché casi todas mis tierras el año pasado y hubo una cosecha mediana en el ruedo: he sembrado hasta las laderas en el que corre, fiado en la buena simienza, y Dios no quiere enviarnos una gota de agua: las ovejas se me están muriendo, los animales no encuentran bocado y las siembras ni verduguean. Esta luna ha entrado con sequía y saldrá sin que veamos un nublito: el aire es solano. Un comisionado estuvo en la huerta de mañana y pide cuatrocientos y tantos reales del trimestre; me han revisado el depósito y quieren que pague mas de cien reales de arbitrios, porque el aforador midió mal al hacer el depósito y ahora mide mejor al cobrar, y para colmo y cobertera de todo he de pagar de aquí á un año doce mil cuatrocientos tres reales y maravedises.

—Pues hombre, ¿cuánto te ha costado el sustituto?

—Ocho mil reales con todos gastos, que ha sido fuerza dar ahora porque no ha habido otra avenencia y es cambio de número.

—¿Y para qué han sido los cuatro mil cuatrocientos y tantos restantes?

—De la usura, me contestó con naturalidad.

—Un cincuenta por ciento de la cantidad prestada exclamé dando un brinco sobre la silla.

—Su merced lo sabrá mejor que nosotros, aquí está la escritura que todo lo reza. Y me alargó la copia de un documento público.

—No hay escritura que pueda autorizar semejante estafa, nuestras leyes...

—Vea su merced el papel, que lo ha hecho un escribano muy leido, y nos decía que habíamos tomado el dinero con comodidad y que debíamos estar agradecidos.

—No lo puedo creer, dije. ¡Inocente de mí, que por tales cosas me admiraba entonces!

Comencé á recorrer los garapatos infernales de la copia, y descifrar pude lo siguiente que copio como modelo de ese estilo bárbaro y ridículo que no puede menos de hacer reír á todo lector de buen gusto.

«En la ciudad de tal, á tantos de tantos, ante mí el escribano público numerario de esta ciudad y su vecindario, partido judicial y testigos, Juan Fernandez del propio domicilio, á quien doy fé como nozo co enterá y realmente, dijo: que promete pagar en una sola y única partida á don Canuto Miseria de igual vecindad, ó á quien tenga su derecho en representación legal suya ó mejor sea, la cantidad de doce mil cuatrocientos tres reales y veinte y dos maravedises que por *hacerle merced* y compadecido de sus apuros le da prestados en este acto solemnísimo y legal para sus estreimas urgencias que no relata, sin el mas leve interés ó rédito alguno como lo jura en la mas solemne forma de que doy fé, en varias monedas de plata y oro, metales preciosos, que sumadas y suplidas sus faltas segun el premio tienen y con que corren en estos tiempos los importaron, de cuya efectiva entrega doy asimismo fé solemnemente haber sido á presencia mia y de los testigos que en su tiempo y hora se espresarán: en cuya atencion formaliza en favor del dicho don Canuto Miseria el mas firme y duradero resguardo que á su firmeza y seguridad convenga, obligándose á devolvérseles y á ponérseles en su casa y poder por su cuenta y riesgo para el día tantos de tantos en buena moneda de plata ó oro y no en otro metal, cosa ó especie, y en caso de no cumplirlo, aunque justas razones tuviere para ello, quiera ser apremiado por todo el rigor del derecho ó igualmente á la satisfacción de todas las costas y daños que se causen y puedan causar y haga constar por su relacion jurada á que se difiere, relevándole de otra prueba y á la responsabilidad de esta deuda, sin que la obligación general de bienes derogue ni perjudique á la especial, ni por el contrario esta á aquella, sino que antes bien ha de poder el llamado acreedor usar de ambas á dos á su arbitrio, voluntad y libre albedrío, hipoteca el otorgante un cortijo suyo propio que posee» (y despues cuatro pliegos donde se detallaban con heregias matemáticas y agricolas los linderos, términos y ruedos, calidad de las tierras, de los árboles y de la casa, con una relacion por contera toda salpimentada de barbarismos que ocupaba otro tanto papel, de todos los poseedores y dueños habidos y por haber, cargas, servidumbres, etc. etc. etc., seguía) «y grava la dicha finca especial y espresamente á su seguridad y confiere al acreedor amplia facultad y espensa cuanto baste para que cumplido el citado plazo dirija su accion contra ella y de su propia autoridad la venda á quien quisiere y por el precio que le conviniere, sin que por ello incurra en pena, ni para hacerlo tenga precision de avisar al otorgante, ni tampoco hacer lo que previenen las leyes» (y renunciaba de seguido el escriba todo el derecho vigente y hasta los códigos que han de venir) «y se obliga á la eviccion y á no reclamar en tiempo alguno...»

—No puedo mas: exclamé arrojando la copia de la que restaban aun seis fojas. ¿Tú solo has recibido ocho mil reales?

—Sí señor: contestó Fernandez.

—¿Pues cómo confesas doce mil cuatrocientos tres?

—Porque de otro modo no me hubieran dado un ochavo.

—Tienes razon: acrecen los intereses sobre la cantidad prestada y el cartulario cinicamente dá fé de que no ha mediado el mas leve interés, luego el prestamista lo jura solemnemente, y es preciso creer ó reventar... ¡Insigne fe pública! Moralidad acendrada!... Y estos testigos ¿cómo afirman haber presenciado la entrega del dinero completo, si solo tomaste las dos terceras partes?

—No hubo ningun testigo delante: los que firman son de aquella gente de pluma que anda por la escribanía.

—¿Y tú renunciaste á todo lo que la escritura espresa?

—Eso fué á gusto del escribano.

Guiado por ese instinto salvaje que nos hace examinar con ávida curiosidad los instrumentos del mal, volví á repasar aquel papelucho infame donde se violaban los vínculos mas sagrados, las leyes divinas, los preceptos morales, el derecho establecido y hasta lo que

dicta el honor, que es la máscara hipócrita con que cubre sus vicios y su falta de sanas creencias la sociedad moderna.

—No es solo el cincuenta, dije con mayor admiracion, hay además cuatrocientos veinte y tres reales.

—El coste de la escritura, papel de ilustres, toma de razon, derechos del escribano y las copias....

—¿Cargado tambien el cincuenta por ciento de tan corto adelanto?....

—Como yo no podia dar ahora ese dinero.... y si no se llevaban á mi José.... al hijo de mis entrañas.

—Tienes razon: le contesté profundamente afectado.

Todos callamos, abrumados los labriegos por su desgracia y yo exasperado por las amargas reflexiones que se agolpaban á mi mente.

Tres años despues volviendo de Madrid, en el ruedo de mi ciudad natal vi sobre la derecha mano un magnifico seto de rosales rodeando la que antes era miserable casa de labor, y la hacienda de Juan Fernandez toda convertida en una magnifica quinta.

Pregunté á los colonos lindantes y me dieron las siguientes noticias.

Mi arrendador tuvo malas cosechas y muchas contribuciones, no pudo pagar en tres años, renovó su escritura en cada uno de ellos aplazándose para el siguiente, pero acumulados los intereses resultó que al cuarto debía á don Canuto Miseria *cuarenta y un mil ochocientos sesenta y un reales con seis maravedises* (le habia prestado ocho mil trescientos). Procedieron ejecutivamente contra él, se quedó el prestamista con la finca que produjo cinco mil reales limpios de polvo y no de paja el año que la labró su nuevo dueño.

La muger de Juan Fernandez habia nacido en aquel cortijo, en él se habian criado todos sus hijos, y se murió de pena al ver salir de la familia aquella su única propiedad; pero en cambio el escribano acababa de obtener los honores de secretario de S. M. en vez de la cadena temporal de la inhabilitacion y de la multa que merecia; el prestamista crece como espuma de esencia de jabon, visita en carricoche su cortijo que ha obrado con elegancia arquitectónica, y cuando admira el robusto pez de trigo en la era, cobra el dinero del aceite, ó se calienta con la leña que del monte le envian, esclama tomando un polvo.

—Bonito y redondeado negocio hice con el cortijillo, es menester para las quintas de este año ver si sale algo bueno.

Como este hecho se repiten ciento que pueden servir de argumento contra los economistas: ellos no viven sino en las grandes ciudades donde la concurrencia es posible ya que no cierta. Pero hay préstamos mas escandalosos en los pueblos agricolas.

Se dá dinero en mayo á pagar veinte y cinco dias despues en trigo ó cebada, computándose el valor en dos reales menos de como corra en el mercado el día del pago: operacion que se hace á cuarenta y cinco dias y produce á veces un veinte y cinco por ciento al mes en la cebada, un ocho ó diez en el trigo y nunca menos de un ciento por ciento al año.

Se presta al *renuevo*: es decir se dá trigo picado en enero, á cobrar de interés por Sta. Maria de Agosto, tres celemines por fanega, ganando por lo menos, á pesar de la diferencia de precios un cincuenta por ciento al año.

Se presta en fin sobre alhajas (y esto en la misma corte donde debia existir la soñada concurrencia de los economistas) al cinco por ciento al mes, y al año se venden las prendas sin previo anuncio, ó no se venden porque los plateros se entienden con los prestamistas y los aprecioes se hacen en la quinta parte del valor de la alhaja.

De este modo los labradores no pueden sufrir los años malos y se arruinan, porque las reservas de las buenas cosechas son devoradas por los prestamistas que dan sus capitales á un crecidísimo interés, y los mas honrados y los mas laboriosos pierden mas.

¿El gobierno no podria proteger el establecimiento de bancos agricolas? ¿No deberá ocuparse de crear un crédito territorial ó hipotecario, ya que tan buenos modelos tiene en el norte de Europa?

¿Los positos que son bancos imperfectos no han producido grandes resultados? ¿No reclaman una reforma? ¿Se necesita algo mas que el fiat?

Pero son demasiadas honduras estas para un articulista que solo ha querido presentar un cuadro de costumbres: si por tales casos y cosas discurriendo sigo, mucho me temo que he de fastidiar á mis lectores; en último resultado nosotros no tenemos que tomar dinero y los mas carecemos de fincas para hipoteca: aquí en Madrid nos divertimos y ancha Castilla ¿qué nos importa la ruina de un labrador miserable? ¿Faltará por esto en la corte aceite vino ó pan?....

EL BUEN RETIRO.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Que para vivir conmigo
Me bastan mis pensamientos.
LOPE.

No es mi ánimo escribir un artículo descriptivo del real sitio que lleva el nombre puesto al frente de estas pobres líneas: tampoco pretendo remontarme á la corte caballerisca del viznieto de Carlos V, ni desenterrar de los cimientos del antiguo palacio real memorias perdidas ó tradiciones romancescas, que se levantan como esqueletos evocados. Para desempeñar lo primero tendría que estudiar los edificios, estanques, estatuas, jardines, árboles y flores, páginas vivas ó petrificadas de su historia contemporánea; para realizar lo segundo tendría que respirar el polvo de apolillados manuscritos, páginas muertas ó moribundas de la historia de su otra edad. ¿Qué sacaríamos de lo primero? descripciones desaliñadas de edificios poco notables, de jardines nada magníficos. ¿Qué produciría lo segundo? una enseñanza, como todas, bastante amarga; pocos ejemplos que seguir, muchos escollos que evitar. Nada ganarian los literatos con oír de nuevo la voz sarcásticamente burlona de don Francisco de Quevedo; nada con recordar los conceptos galanamente metafísicos de don Pedro Calderón de la Barca. Nada ganarian los ministros midiendo su influencia con la del Conde-Duque de Olivares. Nada los cortesanos siguiendo la carroza de Villamediana, para verlo morir asesinado. Nada los galanes viendo cruzarse las espadas en amorosas aventuras; porque el mismo estridor del acero los animaría á emprenderlas mas caballerescas y arriesgadas. Nada las damas oyendo los suspiros y viendo las lágrimas de mas de una amante burlada; porque la vida de la muger ha de correr siempre entre ayes y lágrimas, ya sean de risa ó de dolor. Nada la sociedad, que olvida las generaciones pasadas y no piensa en las venideras; y nada, por último, el filósofo, que querría cambiárselas la chamberga por el frac negro para juzgarles con arreglo á la moderna filosofía. A un lado, pues, modernas descripciones y antiguas historias; flores y esquilinos á un lado; quiero pisar el Buen Retiro á solas con mi pensamiento: quiero que despliegue sus alas; que se remonte ó que se abata; que se deje arrastrar por las brisas como una ligera mariposa, ó se detenga sobre una rama deshojada y seca, como una tórtola viuda que vive de su pasado amor.

No soy clásico ni romántico, triste ni alegre, sarcástico ni sentimental: me parece mucho á la flor de la vida que cambia tres veces de color desde su nacimiento á su muerte; y mis horizontes son nacarados, negros ó rojos; segun predomina la linfa, la bilis ó la sangre en mi sistema orgánico. Así es que tengo semanas deliciosas; semanas de profunda melancolía, y semanas de horrenda desesperación. Tampoco es extraño que una mañana me levante desesperado, queriendo reñir con todo el mundo, y riñendo con mis cabellos: que por la tarde ria como un loco, y por la noche huya de las gentes para entregarme sin estorbos á mi negra melancolía. Explicado, pues, mi carácter, no deben extrañar los que tengan la benevolencia de leer lo que yo tengo la malevolencia de escribir, que mis artículos varíen, siguiendo los cambios de mi humor; que llore ó ria sin saber un minuto antes cual de ambas cosas he de hacer. Basta de preámbulos, y comencio.

Era el año de la era cristiana 1830, el mes de abril del citado año el día veinte y siete del dicho mes, las cinco y media de la tarde del mencionado día. Yo habia escrito algunas redondillas, haciendo los versos uno á uno; prueba inequívoca de que los versos eran malos y de que me costaba no poco trabajo el darlos á luz. Me sonrei desdenosamente de mi estupidez, como los tontos de la agena; tiré la pluma, que habia estado cortando media hora; tomé mi baston y mi sombrero, y al pisar la calle, decidí dar un paseo por mis soledades, acompañado, como el gran Lope, de mis soporíferos pensamientos. Estaba nublado, hacia viento, no era buena tarde de paseo, y podía estar casi seguro de que muy pocas personas se atravesarian en mi camino, para turbar con su presencia mis lúgubres meditaciones. «¿A dónde voy?» me pregunté. «Al Retiro» me respondí: y bajé la calle de Alcalá mas ligero que un calesín en tarde de toros. Quien anda de prisa llega pronto, y yo tardé muy pocos minutos en saludar á la emperatriz Cibeles; que, sin devolverme el saludo, permaneció magestuosamente sentada sobre su gran carro de piedra, tirado por dos leones menos bravos aun que el que lidió con Caramelo. Me indignó que la emperatriz no me devolviera el saludo, por aquello de que cuanto mas elevada se encuentra una persona debe mostrarse mas cortés; pero recordé que me las habia con una estatua, con un idolo, y que cuando la cabeza de un idolo se inclina no vuelve á levantarse mas. Yo no sé cuantos comentarios hubiera hecho á la precedente observación, si no me hubiera distraído una risita cariñosamente burlona, que

me pareció muy conocida. Volví la cara hácia todos lados en busca de la que reia; pero solo vi tres ó cuatro aguadoras feas y maldicientes; algunos gallegos gaudules, que retozaban como terneros, y un tiro de mulas que habia agua con la gravedad de un gallego cuando no cocea como un mulo. Una risita tan graciosa no podia proceder de las mulas, que eran los seres mas inmediatos á los racionales de cuantos estaban á mi alrededor, de los gallegos ni de las aguadoras, y quedé confuso queriendo averiguar qué húmedos labios habian mostrado dos sargas de perlas al producir la blanda risa. Todo era ilusion, fantasía, delirio.... La muger á quien yo acriminaba la risa estaria casi seguramente comiéndose una pechuga de perdiz ó una ensalada de escarola; y lo que yo tomé por risa era el murmullo de la fuente. Si las mulas que bebían agua, los gallegos que tiraban coces, y las aguadoras que echaban sapos y culebras por sus bocas de mascarón hubieran podido adivinar mi torpe engaño, ¡cómo me hubieran atormentado con sus grotescas contorsiones y estrépitosas carcajadas! Por buena suerte las mulas estaban pensando en el pienso; las aguadoras murmurando, y los gallegos eran incapaces de pensar.

Dejé á la emperatriz Cibeles tan seria como la encontré; y á pesar del desengaño que habia tenido, me dirigí, pensando siempre en en la misteriosa risita, á la Puerta del Buen Retiro, muy próxima á la de Alcalá. Sentado en un banco de pino estaba el portero y fumaba con mucha calma un cigarrillo de papel. Mi estremada preocupacion no me permitió parar mientes en la librea de Casa Real que vestia el buen hombre, y haciendo un cambio de lugares, y tomando á este ciudadano por otro, le pregunté muy marcialmente: ¿Está la señora? El portero me miró con atencion, dió una chupada á su cigarro, arrojó el humo en dos bocanadas, y alzando los hombros de una manera que queria decir: Con su pan se lo coma; él sabrá por que lo pregunta: me respondió sencillamente: No señor. La pantomima del portero me habia hecho volver en mi acuerdo, y conociendo que habia preguntado una tontería, pasé de largo, dándome aires de Gentil-Hombre, ya que no me era fácil dármeles de hombre gentil; y riñendo en mi interior porque no solamente confundia el murmurio del agua con la risa de una muger, sino, lo que era mucho peor, los porteros de los Reales Sitios con el portero de la casa número..... Iba á hacer una barbaridad escribiendo un número que yo sé y debo callar por ahora.

Apenas entré bajo las bóvedas que forman los copudos árboles, empecé á sentir un bienestar muy semejante al que experimenta el viajero, cuando despues de haber andado por arenales ó llanuras sin vegetación, entra en un bosque poblado de gigantes olmos y cruzado de cristalinos arroyuelos. Nunca me habian parecido tan delicadas las pequeñas flores de las aromáticas acacias rosas; y aquellos gigantes ramilletes contrastaban con el suave verde y blancas flores de los copudos castaños de indias, como dos mugeres hermosas con la fresca belleza del norte la una, y la otra con la hermosura meridional. Agradablemente preocupado, me dejé caer sobre un banco, y fijo siempre el pensamiento en la muger idolatrada, proseguí mis hermosos sueños, que hizo mucho mas seductores una lejana melodía. ¿Será su voz dulce y sonora? preguntaba mi sentimiento á mi razon, en unos de esos misteriosos diálogos que la pasion y el juicio entablan con harta frecuencia en lo mas íntimo del hombre, cuando una voz bastante dulce, aunque no tanto como la lejana melodía, dijo á mi lado: Picarona, tienes el corazon de bronce. Me levanté como empujado por un resorte, y me encontré á uno ó dos pasos de dos lindas jóvenes, que paseaban poco distantes de sus madres. Una de ellas, la menos hermosa, tenia puesta su pequeña mano sobre el corazon de la otra, y naturalmente comprendí que la mas bella era la que ocultaba duro corazon de diamante. Muy dispuesto me encuentro siempre á pensar mal de la muger, y arrancaría á todas el corazon, sino temiera hacerlas daño; pero la dulce fisonomía de la llamada corazon de bronce, me pareció tan bondadosa, que desde luego la creí dotada de un corazoncito de cera, ó cuando mas de mazapan, capaz de recibir la forma que le preste cualquiera molde. «¡Ay! dije para mí, quien tiene un corazon de berroqueña es la muger alma de mi alma, cuya risita he confundido con el murmurio de una fuente; cuya casa he creído pisar al entrar en estos jardines, y por cuyo alcanto he tomado los trinos de ese ruiseñor, que prosigue haciendo «georges, y que me hubiera detenido aquí largo rato, con peligro de «coger un reuma, si no hubieran roto mi éstasis esas dos lindas paseantas.» Y como si con la velocidad de mi marcha hubiera querido romper el encanto de mi sirena de los bosques, eché á correr hácia el estanque, con no poca risa de las dos niñas que no sabian cómo esplicarse una fuga tan precipitada.

Aunque la preocupacion existe, si no me engaño en el cerebro, no sé por qué un hombre preocupado pierde mucho de su habitual ligereza, y lo cierto es que á los veinte y cinco ó treinta pasos me encontraba tan fatigado como si hubiera corrido poco mas ó menos, lo que el judío errante desde que murió Cristo acá. Yo no sé si la va-

luntad mandó á los pies que se detuvieran ó si los pies se detuvieron sin que se lo mandara la voluntad; cuestion es esta demasiado árdua para que intente esclarecerla: pero no tengo la menor duda de que me paré junto á un estanque rodeado de diez ó doce acacias rosas. Estas acacias se habían entretenido en sembrar de flores la verde superficie del agua; de modo que mas parecía una pradera matizada de un solo color que el trasparente cristal de un lago. Entre una pradera y una alfombra bordada de pequeñas flores existe la mas perfecta semejanza, de modo que no costó á mi fantasía mucho trabajo convertir el florido estanque en alfombra, y como solo me faltaba un ligero ruido de pasos y el aristocrático crujido de la seda para completar mi ilusión, vino á proporcionarme ambas cosas el susurro que hacia al caer sobre las florecillas agrupadas el pobre surtidor del estanque; tan pobre en verdad, que se interrumpia por intervalos, como una amante que detiene su marcha para contar mejor los latidos de su inflamado corazón: y creí un momento que venia hacia mí la muger causa de mi eterno delirio. No se acercaba ella, pero sí las dos jovencitas que se habían encargado de cortar el vuelo de mis mágicos sueños; y señalándome la mas bonita con cierta espresion de burla y lástima, dijo á su amiga:

—¿Estará loco ese caballero?

—Creo que no; pero es un poeta: respondió la menos hermosa manifestando una profunda compasion.

—Y tú crees que todos los poetas tienen un ramo de locura? insistió la primera.

—Sí por cierto. Andan siempre con unas señoras llamadas *Musas*, y estas tales damas les vuelven los cascos.

—A propósito, ¿te casarías tú con un poeta?

—No, hija mia: los poetas son pobres; ganan poco, y lo que ganan se lo gastan como si cayera del cielo. Yo me casaría de buena gana con un banquero, un mayorazgo ú otra cosa por el estilo.

Así se explicaba la niña que acusó á su amiga de tener el corazón de bronce, y tenía razon en acusarla porque poseyendo un corazón de oro podia despreciar el que era de menos precioso metal. La mas hermosa replicó:

—Pues si dicen que ha mejorado la condicion de los poetas; que los han sacado de entre el polvo de las oficinas, y que rivalizarán en fausto con los ministros de la corona.

—Eso es pintar como querer. Hasta el presente todos viven como vivían; es decir, pudiendo ser enterrados de valde por no encontrarles una peseta: andará el tiempo y veremos lo que sucede.

Se alejaron las dos amigas, y yo me quedé meditando sobre la suerte de los poetas. No sé á donde habrían llegado mis meditaciones, si un grupo de niños y niñas, de tres á seis años lo mas, no hubiera llamado mi atencion, como me la llaman siempre los niños, flores predilectas de mi alma. Corrían todos bulliciosamente, haciendo rodar sus grandes aros; y entre los lacayos y niñeras caminaba magestuosamente una niña de cinco años que reprenhía á sus compañeras la irregularidad de sus juegos, amenazándolas con denunciarlas á sus respectivas mamás. Las niñas no hacían el menor caso de la pequeña predicadora; corrian cada vez mas contentas, y yo las seguí hasta el estanque, sintiendo no participar de su bulliciosa alegría.

Tiene Madrid un cielo hermoso, que sonríe como una casta virgen en su primer estasis de amor; pero tiene un suelo que llora, como una madre desfallecida, que quiere y no puede alimentar al tierno fruto de su amor. La tierra de Madrid tiene sed; el aire de Madrid está sediento; las plantas de Madrid piden agua; los habitantes de Madrid desean ver agua en abundancia, y de aquí la gran reputacion que goza el ancho estanque del Retiro. Yo lo saludé con amor, como á un antiguo compañero, porque me recuerda la mar que arulló mi sueño de niño con sus embravecidas olas; la mar que me recibió en su helado seno; la mar cuyas espumosas montañas trepé tantas veces, nadando con la agilidad de un delfín; la mar sobre cuya mansa superficie reposé, burlándome de los tímidos, que median temblando su profundidad ó no se atrevían á recorrer sus limpias llanuras, temiendo el ataque del tiburón que solo conocían de fama. ¡Que hermosa es la mar en su calma y que imponente en su soberbia! Cómo envidio á las paviotas que, viviendo entre el cielo y la mar, mojan las puntas de su alas, arrastrándose como una flecha, y se remontan despues derramando una copiosa lluvia de perlas, que los rayos del sol-colora. Pero quiero olvidar la mar para ocuparme del estanque. Fija mi vista en su cristal, queriendo descubrir su fondo, olvidé á los niños que corrian como una tropa de monteses; y en aquel espejo latente empecé á buscar un objeto, que yo no veía, pero que esperaba descubrir. Mi esperanza no quedó fallida: la superficie de las aguas se agitó en un punto, y percibi distintamente un rostro, velado por una gasa de hilos de plata, mucho mas hermoso que el de la odina mas seductora; porque era el rostro de la mujer de mis ensueños. Me eché sobre la barandilla, con peligro de caerme al agua, y esperaba con suma impaciencia que desapare-

ciera la gasa para ver el rostro divino, mas radiante que el sol de oriente y mas delicado que las rosas de los *Cármenes* de la Alhambra; cuando oí la voz de la niña corazón de bronce, que decia á su amiga:

—Mira, mira aquel pato como nada entre aguas.

—Es verdad: contestó la corazón de oro: y yo, lanzando una *maledicta* mas enérgica que el de la Lucía, eché á correr renegando de las dos jóvenes, que con intencion ó sin ella, habían destruido mis mas halagüeñas ilusiones.

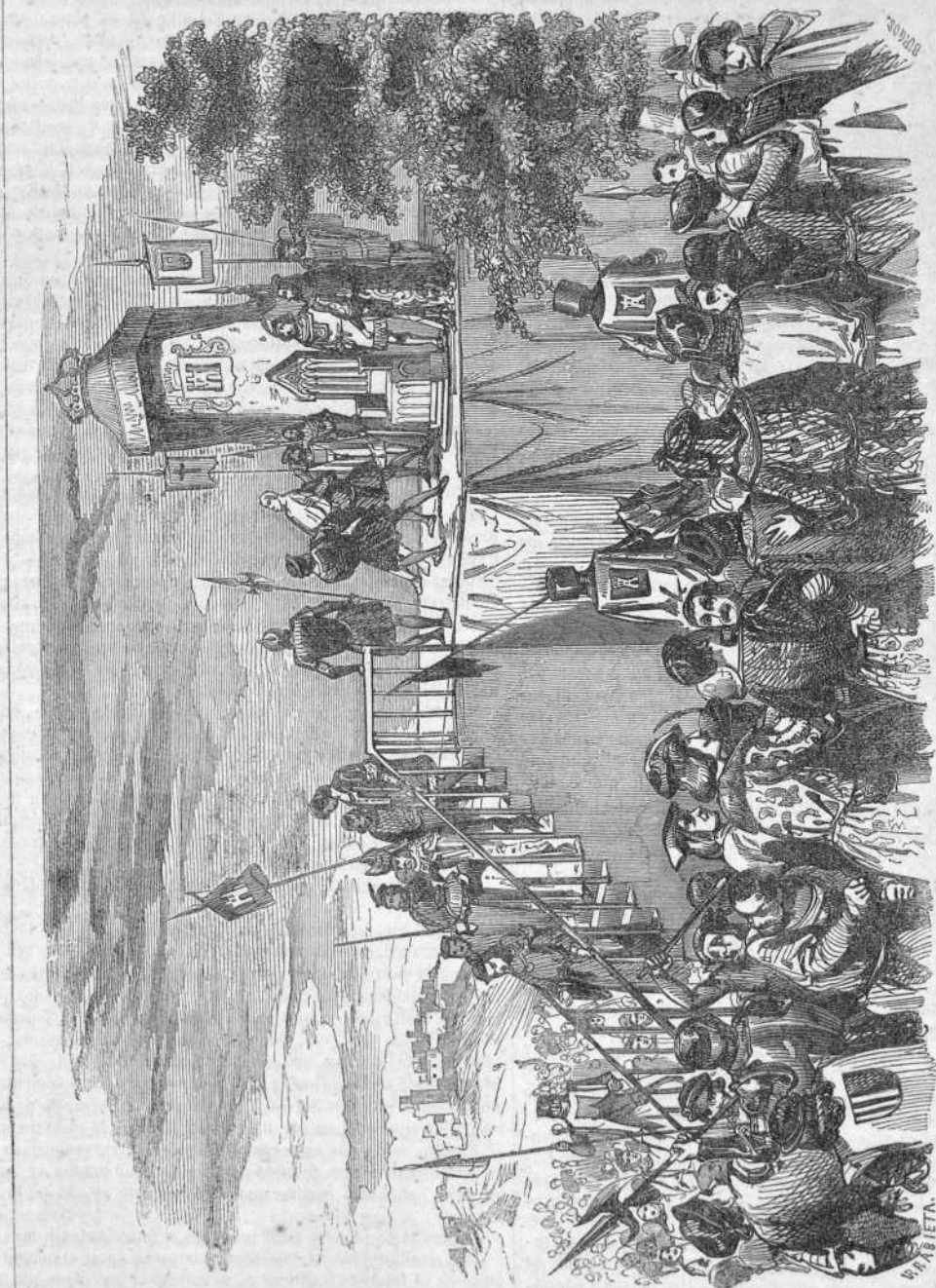
Como un caballo desbocado pasé por el estanque chino, pareciéndome el ruido que hacían sus campanillas un doble de muerte, y huyendo de sus pececillos, como si fueran los monstruos marinos que no había temido en las mares. Bajé al Parterre tropezando en cuanto encontraba á mi paso, y tan ciego que me ahorré dar un suspiro, porque no vi siquiera el pedestal del grupo de Daoiz y Velarde; pero reparando, no sé como, en una rosa medio aterida, que estaba oculta entre las ramas del rosál su padre, la cogí con cierto delirio, y dije, no sé si en voz alta ó con la voz del pensamiento. «Ya que he visto por todas partes á la mujer de mis amores; ya que me ha perseguido su imagen en mi solitario paseo; ya que los pajeros, los árboles y los estanques del Retiro me la han presentado de mil modos, ya que todo ha sido fantasía, quiero que haya algo de real y positivo, y esta rosa, hija del Retiro como mis doradas ilusiones, ha de cambiar su rico perfume por el aroma mas suave de los labios de mi adorada, y ha de reposar sobre el seno de la hermosa flor de mis encantos.» Del Parterre hasta el Dos de Mayo no hay mas que un vuelo; desde el Dos de Mayo al Botánico hay otro vuelo, y en dos vuelos me puse delante de la verja con el presentimiento de encontrar real y positiva á la que fantástica y aérea había visto por todas partes. Mi presentimiento fué fiel: me había dicho que la encontraría y la encontré corpórea y bella. Pero cómo la encontré, ¡Dios mio! Rodeábanla diez adoradores, y ella respondía á las galantes frases de todos diez con un coquetismo capaz de hacer que se aumentara el número hasta la docena del fraile. No explicaré lo que sentí, porque hay sensaciones tan fuertes que no pueden ser explicadas; diré si que seguí avanzando con la esperanza de eclipsar á los diez satélites que giraban en torno del sol de mi vida; pero, ¡quimérica esperanza! la ingrata no cambió de tono, de aire ni de color siquiera: pagó el saludo que la hice con una ligera inclinacion, y prosiguió su marcha triunfal como si á nadie hubiera visto. Loco de celos y de enojo, arrojé la rosa lejos de mí, y la rueda de un coche *Simon* pasó sobre ella, sepultándola en el lodo del arceife. ¡Ay! (esclamé, dando un suspiro capaz de ablandar al mismo tiempo los corazones de oro y bronce de las dos jóvenes del Retiro) «después de haber soñado tanto, lo único real que había traído de mi solitario paseo era esa rosa que la rueda ha aniquilado en un segundo: si lo real queda sepultado, para vergüenza y pena mia, entre el lodo inumundo ¿en dónde deberé sepultar las quiméricas ilusiones que me han perseguido esta tarde?»

¿En dónde deberé sepultarlas, carísimas lectoras mías? Respondedme por compasion. ¿Deberé continuar pensando en la hermosísima sultana, que se presenta rodeada de una corte de adoradores, ó deberé olvidarla y buscar otra mujer menos hermosa que se contenta con una rosa, cogida por mi mano en el Parterre del Retiro? No os hagais las sordas, lectoras mías. Esta pregunta, que os parecerá una broma de fin de artículo ó una estravagancia de mi carácter, bizarro siempre por lo triste ó lo jugueton, necesita, pide y espera una respuesta meditada, concienzuda y, lo que es mas apremiante, pronta: respuesta que pueden dirigirme á la redaccion del SEMANARIO, ó á mi casa, como les parezca. Sé que exijo mucho, que dedos rozados y manos blancas podrian ennegrecer un tanto; pero lectoras, nada pido que no haya dado con usura. Yo he formado millones de letras para entreteneros ó fastidiaros: justo es que alguna de vosotros forme un millar siquiera, pues con un millar me contento, para sacarme de un apuro. He dicho.

JUAN DE ARIZA.

Diderot perplejo.

Diderot había sido llamado á Rusia por la emperatriz. En una de las cenas á que asistió en la Ermita, el filósofo estuvo declamando violentamente contra los aduladores, y terminó diciendo que debía haber para ellos un infierno especial. Catalina interrumpió la conversacion para preguntarle qué pensaban en París de la muerte del último Zar (víctima suya). Diderot, que conoció al instante la perdida de semejanza pregunta, balbució algunas palabras de necesidad política... razones de estado.... «Tened cuidado, Diderot, le dijo friamente la emperatriz; estais cuando menos en camino del purgatorio.



El destronamiento del Rey Enrique IV en estátua en los campos de Avila.

EL REY DEPUESTO EN ESTATUA.

Atravesaba un elegante y gallardo caballero la espesa muchedumbre reunida frente el palacio del Rey don Enrique; y tanto la riqueza de su vestido como la grave apostura de su continente, demostraban el alto sentimiento de dignidad é importancia que le poseía. Abriánle paso todos los cortesanos; posternábanse ante él los humildes pretendientes de los favores reales, oyéndose por doquiera las mayores alabanzas y encomios, dirigidos á favor del obsequiado valido.

—Es el Conde de Ledesma! repetían los palaciegos con admiración y respeto, y hasta algunos pocos que no le conocían parecía

que se hallaban penetrados de la mas profunda veneracion hácia el depositario de la soberana privanza. Pero el Conde apenas mostraba aperebirse de semejante homenaje, recibiendo los acatamientos de aquellos miserables como un tributo justo y legitimo, por el cual en nada debía escitarse su reconocimiento ó sorpresa.

Junto á la puerta principal del palacio, habia un grupo compuesto de tres caballeros cuya traza les señalaba por personajes de alta importancia. En cuanto vieron estos que se aproximaba el Conde, dieron tregua á sus coloquios, tomando al momento sus semblantes una manifiesta espresion de rencor.

—¡Héle ahí! exclamó cautelosamente uno de los tres hidalgos. ... ¡Aquí está este perverso advenedizo, ese vil y abominable gusanillo!

15 DE SETIEMBRE DE 1850.

—Silencio, señor de Benavente, respondió otro.... Todavía no ha llegado el momento de mostrar nuestra indignación.

El Conde de Ledesma erguió orgullosamente la frente al acercarse á este grupo, puesto que si bien sabía que no podía prometerse de él iguales sentimientos que de las innobles turbas que poco antes le festejaban, enseñárale la experiencia á arrostrar el desdichoso talante de sus enemigos, pagando con usura sus insultos. Verificóse pues, una escena muy digna de llamar la atención de un observador desinteresado: el Conde y sus enemigos tomaron á cual mas un espresivo aspecto de arrogancia lanzándose mutuamente ciertas miradas, en las que se pintaba sin rebozo, el recíproco odio, desden y deseo de venganza que animára á todos ellos.

—¡Insolente!.... ¡zarzapastro!.... ¡menguado!.... barbotó el conde de Benavente ya que hubo pasado el excreado favorito.... ¿Será posible que los grandes y prelados de Castilla toleren con paciencia la dominación de este miserable?

—En efecto, respondió don Pedro Giron, Maestre de Calatrava.... En efecto, es vergonzoso ya el sufrimiento con que se aguantan la insolencia y desmanes de este miserable aventurero.

—Todo vendrá á su tiempo, razonó el Conde de Palencia: los negocios van tomando un aspecto muy favorable, y es de esperar que tanto la arrogancia de este mal llamado conde de Ledesma, como la debilidad del Rey y la escandalosa vida de la Reina, alcanzarán muy en breve la debida recompensa. Supongo que no faltareis á la reunión que hay esta noche en casa del Arzobispo de Toledo: allí están convocados todos los grandes de Castilla, y por cierto que han de tratarse asuntos de grave interés para todos nosotros.

—No faltaremos, respondieron Benavente y Giron con ahínco; y después de haberse dirigido algunas palabras mas, separáronse los tres hidalgos hasta el momento de la cita convenida.

Este Conde de Ledesma, tan acatado de las turbas como abomido de los grandes, era hombre de baja condicion, aunque no tanto como han pretendido algunos de sus enemigos. Conociósele antes de que obtuviera el título de Conde, bajo el nombre de D. Beltran de la Cueva, y gracias á su diestra y mañosa conducta, había sabido ascender desde una posición bastante subalterna, al pináculo del favor real, logrando un grado de valimiento comparable en cierto modo con el que alcanzara en el anterior reinado, el malogrado Condestable de Castilla. Sin embargo, solo en esto se limitaba su punto de contacto con el magnánimo D. Alvaro de Luna, puesto que D. Beltran no poseía ninguno de los conocimientos y prendas que tanto distinguieran á aquel y nunca pudiera presentar á su Soberano, ni aun remotamente, un conjunto de servicios tan esclarecidos como los prestados por el infelice Condestable.

Todos los merecimientos del de Ledesma se reducían al uso de una desmedida adulación, cuyos lisonjeros halagos le valieran su elevación á confidente y ministro del Rey; y á sus atractivos personales que le captaran la benevolencia de la Reina, la cual, siguiendo los desordenados impulsos de su corazón, no había vacilado en abandonar los miramientos que debía á su honra, admitiendo en la mayor privanza al favorecido D. Beltran.

Estos eran los cimientos de la grandeza del Conde de Ledesma, y por estos detestables servicios lograra el grande y no merecido favor de que ahora gozaba. Pero lo que había mas de singular en este caso es que la rápida elevación de este privado fuese obra de aquel mismo D. Enrique que en vida de su padre, el Rey D. Juan, fuera siempre apoyo de los conjurados contra las demasías de D. Alvaro de Luna, personaje incomparablemente mas merecedor y respetable, que este indigno idolo de la debilidad de un Soberano y de los vergonzosos amores de su esposa.

Sabido esto, nadie estrañará que toda la grandeza castellana estuviese declarada contra el favorito, mayormente cuando muchos de los principales magnates tenían sobradísimo motivo de queja por varios agravios particulares. El Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena habían sido separados de la Real Persona para ceder su lugar á D. Beltran, el cual acababa de ser colocado al frente de los negocios del Estado, concediéndosele el título de Conde de Ledesma y una infinidad de riquezas y distinciones.

Tenia el Rey D. Enrique una multitud de defectos, y apenas poseía alguna que otra rarísima prenda que pudiera llamarles. Incapaz de dirigir las riendas del Estado por su excesiva indolencia y nulidad, entregóse al primero que supo halagar su espíritu, originando con su indolencia una larga serie de desgracias y trastornos en el reino cuyo gobierno le encomendara la providencia.

Aconteció á la sazón el alumbramiento de la Reina, la cual dió al mundo una niña, á quien se llamó Doña Juana. Pero como desde el mismo instante consideraron todos á aquella Infanta hija adulterina de D. Beltran, por este motivo la asignaron el feo mote de la *Beltraneja*; bajo el cual fué conocida desde entonces. Sin embargo, á pesar de la pública voz y fama, empeñóse el Rey en hacer reconocer á

Doña Juana como heredera de su corona, cuya imprudente medida fué la señal del general levantamiento de todos los grandes y potentados del reino.

La noche no había cerrado aun del todo, cuando una multitud de caballeros y prelados acudían ya á la cita que les fuera dada en casa del Arzobispo de Toledo. Reunidos los congregados, pronunciáronse varios discursos en los cuales el resentimiento aumentaba los fuegos de la elocuencia; sin embargo era inútil todo auxiliar cuando la convicción se mostraba tan unánime, y ciertamente no había necesidad de inflamar el ánimo de unos hombres ajitados ya por las pasiones mas fuertes. Quizás nunca se viera una asamblea en que reinase mas armonía en punto á las intenciones; pero al propio tiempo menos conformidad con respecto al mejor modo de llevarlas á cabo. Abogaban unos por la adopción de medidas violentas; rechazaban otros este parecer, originándose de esta encontrada lucha de opiniones diversas, una confusa y turbulenta algarabía.

En este estado pareció en la sala donde se celebraba la junta un personaje de traza noble y severa, cuya presencia ejerció el saludable influjo de restablecer la tranquilidad entre los asistentes. Todos los ojos se dirigieron al punto sobre el recién llegado, quien encaminándose hácia el estrado donde se hallaba el Arzobispo de Toledo, tomó asiento á su mismo lado, con muestras de reconocida superioridad. Ahora bien, el hombre que había operado este súbito cambio en los espíritus, era el Marqués de Villena, varón muy famoso en toda España, tanto por su manifiesta ambición, como por su grande talento y saber.

Privado el Marqués del favor del Rey, merced á los manejos del Conde de Ledesma, jurara eterno é implacable rencor á su rival, mostrándose como puede suponerse uno de los miembros mas activos de aquella temible liga. Móvil de todas las maquinaciones y tramas dirigidas contra el detestado favorito, convocara el Marqués por medio del Arzobispo la presente reunión, seguro ya de antemano de la buena acogida que debía alcanzar el plan de operaciones que trataba de proponer. Llevado pues, de la convicción de su superioridad é importancia personal, dirigió al momento la palabra á los conjurados, hablándoles en los siguientes términos:

Nobles señores y amigos, ha llegado por fin el instante, no diré si feliz ó adverso, en que debemos poner en planta un proyecto, el cual hace largo tiempo que me ocupa en mis vigiliás. La ciega prevención del Rey y los desmanes de su indigno favorito, exigen ya de nosotros semejante proceder. No creais que me anime un mezquino resentimiento personal; nada de esto, tratase aquí solo del bien general de nuestra patria, bajo cuyo concepto espero que prestareis un poco de atención á mis palabras.

—¡Hablad, hablad! exclamaron unánimemente los nobles conjurados.

—Está bien, amigos míos, prosiguió el Marqués: ante todas cosas es preciso enviar al Rey una diputación compuesta de los principales personajes del reino, para que en nombre de toda la nación le hagan presente las desgracias que la afligen, y el urgente remedio que exigen sus males, los cuales nunca podrán cesar, sin la separación de D. Beltran de la Cueva, ahora llamado Conde de Ledesma, no solo de los empleos que obtiene, sino tambien de la privanza del Soberano. Este será el primer punto de reclamación. El segundo ha de ser la formal promesa del Rey, de escluir á la *Beltraneja* de la sucesión á un trono del cual la aleja la ilegitimidad de su nacimiento: si D. Enrique se empeña en negar estas dos importantes demandas, inútil será insistir acerca de otros puntos de menor cuantía, y en tal caso ya no habrá otro partido que el de negarle el uso de la potestad real.

—¿Mas cómo se logra esto? preguntó el impaciente Giron.

—Haciendo cuanto en nosotros quepa para colocar al Infante D. Alfonso en el trono de D. Enrique, respondió el de Villena con una fria sonrisa.

—¡Qué decís! esclamó el Marqués de Santillana lleno de asombro.... ¿Creeis acaso que pudiera surtir efecto una empresa tan arriesgada? ¿Acaso tomaria la nación parte en esta atrevida rebelión?

—Esperad, esperad, amigo mio, dijo el Marqués de Villena, interrumpiendo al de Santillana.... Habiéis de haceros cargo de que no estamos aquí para examinar la gravedad de los remedios, sino para buscar uno que pueda aplicarse á nuestros males. Desde luego estoy convencido de que no lograremos nuestro intento sin tener algunos tropiezos; pero pónganse todos la mano en el pecho, y digan si puede haber situación mas triste y dura que la que en el día oprime á los nobles castellanos. ¿Por ventura es cuestion que tan pocos sacrificios se merezca, la de salvar nuestras vidas y fortunas, librando á la propia sazón á todo el reino de manos de un vil advenedizo, amante de una Reina sin pudor? Castellanos! esto no puede ya soportarse. Los tiempos de la dominación del Condestable de Luna, lo fueron de gloria en comparación de este en que vivimos; ahora bien,

si aquel grande hombre, á pesar de los servicios prestados á la nacion, fué considerado digno de muerte por sus usurpaciones y escesos, ¿qué no merecerá ese vil favorito, ese azote de Castilla, ese insolente privado, oprobio del reino entero? No es posible que deliramos un solo instante empresa tan necesaria: ¡las cosas han llegado á su término, y si son impotentes nuestros medios de persuasion, no hay otro arbitrio que recurrir abiertamente á la fuerza de las armas!

El discurso del Marqués de Villena fué pronunciado con la mayor vehemencia y calor, lo que no deberá extrañarse, sabiendo ya que era el enemigo mas encarnizado del favorito real. En efecto, su alma ambiciosa y arrogante no podia ver sin grave encono los progresos que á sus espensas habia hecho D. Beltran, siendo muy natural su deseo de dar principio á una pugna que tal vez podria traerle de nuevo el perdido favor que un dia le dispensara el Soberano. Pero de todos modos, aun en el caso de que D. Enrique no accediese á las reclamaciones cuya exposicion habia hecho á los conjurados, quedábale aun al Marqués la esperanza del entronizamiento del Infante D. Alfonso, cuya gratitud por el importante servicio que le prestara colocándole en el trono, no podia serle dudoso bajo ningun aspecto.

Sin embargo, no todos los nobles conjurados participaban del egoismo de sentimientos del Marqués. Tanto el reinado anterior como el presente pudieran haberse llamado épocas de favoritismo y cabala, y así no dejaban muchos de deplorar los males que agobiaban al Estado, deseando en lo íntimo de su corazon una reforma que pusiera coto á tales demasías. Bajo este supuesto habiendo sido aprobada la proposicion de Villena, gracias al artificio con que supiera encubrir el interés personal que le animaba en este punto, nombróse en el acto la comision que debia presentar al trono las quejas de los grandes de Castilla. Componianla el Arzobispo de Toledo, los Condes de Alba y Benavente, y algunos otros miembros influyentes del Estado; pero por lo que concierne al Marqués de Villena, tuvo la astucia de evitar todo compromiso, eludiendo el tomar parte en un acto de que era el verdadero autor.

La mañana siguiente, pasó la comision á desempeñar el encargo que le fuera cometido, y presentándose solemnemente en palacio, explicó los motivos de su embajada con tono respetuoso aunque decisivo. Al principio se mostró el Rey indignado de la presuncion de una grandeza que de tal modo intentaba dictarle leyes; pero la actitud firme y resuelta de los diputados, escitó en breve otros sentimientos en su alma débil y apocada. Manifestáronle los emisarios con expresiones muy enérgicas los escesos que se cometian en la administracion de justicia, y los males que sufría la nacion por el despotismo vil del indigno favorito, añadiendo despues de estos lamentos, otras muchas quejas de menor importancia.

La traza intrépida y hostil de los diputados hizo entrar al receloso Monarca en una especie de negociacion, que por el momento pudo desarmar á los descontentos. Con este objeto declaró que tomara muy en cuenta los artículos que se le habian espuesto, resultando despues de las conferencias habidas entre las dos partes, un convenio en que se estipulaba que el Rey pondria en libertad á los Infantes don Alfonso y doña Isabel; que el primero seria reconocido heredero del trono, pero bajo la condicion de casarse con la Infanta doña Juana llamada la *Beltraneja*, luego que esta hubiese llegado á una edad á propósito; y por último, que seria separado el Conde de Ledesma del alto destino que ocupaba en palacio.

Desde este instante pareció que iba á establecerse una perfecta armonia entre el Rey y la grandeza. El Infante D. Alfonso salió de su prision sin pérdida de momento, realizándose de este modo la primera parte de lo pactado; pero no se mostró el Rey tan celoso en el cumplimiento de los demas puntos del convenio. Fuérale este arrancado por la imperiosa ley de la necesidad, y ya que se habia conjurado la borrasca, halagábale el engañoso pensamiento de poder faltar impunemente á sus empeños. Así pues, el Conde de Ledesma no fué removido, y su administracion se hizo aun si cabe mas dura y escandalosa que antes, originándose con sus escesivos desmanes, nuevo encono en los ánimos, por desgracia ya sobradamente irritados.

A la sazón tomó la liga de la grandeza un aspecto mas imponente y hostil, pues exasperados todos con la falta de palabra del Rey, y plenamente convencidos de que el de Ledesma únicamente podia ser derrocado por fuerza de armas, trataron de recurrir á este partido estremo, para deshacerse de una vez del insolente privado.

En estas coyunturas entabló el Marqués de Villena una secreta negociacion con el Infante D. Alfonso, á quien se queria obligar á aceptar la corona de Castilla, que todos los grandes del reino trataban de adjudicarle.

—¿Y qué puede conteneros? decía al Infante el de Villena... ¿Ignorais que es la voz de una nacion ultrajada, la que os llama á un trono hoy dia mancillado? Aceptad, señor, nuestra proposicion, y todos los castellanos sin distincion de jerarquias ó clases, bendecirán un suceso tan glorioso y placentero.

Convencido por fin D. Alfonso, dió muestras de aceptar, aunque con bastante repugnancia, la corona que se le ofrecia. Sabido es cuán raras veces suelen resistir á sus halagos los mismos lazos del mas estrecho parentesco; pero si hubo nunca rebelion que tuviese visos de legitimidad, fué sin duda alguna la que ahora se tramaba. Muchos de los conjurados se hallaban realmente animados de un sincero y verdadero patriotismo, puesto que no todos participaban de las ambiciosas cuanto interesadas miras del marqués de Villena y demas personalmente agraviados.

Advertidos los de la liga del buen resultado que obtuvieran las instancias de Villena para con el Infante, desecharon ya todo miramiento, declarándose á la faz del dia contra el Rey y su favorito. La lista de los conjurados habia aumentado de tal modo, que apenas podia citarse un solo nombre de influencia ó consideracion que no estuviera en ella comprendido. Los espíritus estaban muy irritados, tanto por los escesos de este reinado, como tambien por los cometidos en el anterior; pero habia llegado ya el momento de estallar la indignacion general, y la corona del Rey de Castilla vacilaba sobre sus débiles sienes. Sin embargo, como á pesar de la reconocida flaqueza moral del Rey, era de suponer que haria este alguna resistencia antes de abandonar su diadema, quedó acordado que se procediera inmediatamente á su solemne deposicion, en vez de contentarse con vanas y estériles declamaciones.

Bajo este supuesto se convocó una asamblea general de la nacion, la que debia tener efecto en las llanuras de Avila, invitándose especialmente para su asistencia á todos los prelados y personages de valimiento del reino. Al mismo tiempo se levantó con gran presteza un cuerpo de tropas formado de los descontentos y sus parciales, cuyas providencias ya tomadas, tratóse de llevar á cabo el plan antes concertado.

Levantóse un inmenso catafalco junto á la ciudad de Avila, y en él se colocó un magnifico trono, suntuosamente adornado y decorado con las armas de Castilla, á imitacion del verdadero trono de don Enrique. Encima fué colocada una estatua que representaba á este Monarca, vestido con el manto real, y ceñida la corona. En sus manos tenia la espada de la justicia y el cetro soberano, quedando representados cual convenia todos los demas atributos de la rija potestad. Rodeaba por fin á este aparato una numerosa tropa de soldados, entre cuyas filas ondeaba el pendon de Castilla luciendo ademas las particulares divisas de los nobles conjurados.

Habiase reunido una inmensa multitud para presenciar el espectáculo que iba á ofrecerse. Circulaban por todos los corrillos propósitos muy extravagantes con respecto al desenlace de aquella escena: pero todos se extrañaban de que no figurase tambien la imagen del odiado D. Beltran, cabe á la de su soberano protector. Llegada por último la hora de la cita, reuniéronse los conjurados, entre los cuales figuraba el Infante D. Alfonso, y al son de mil belicosos instrumentos salieron de la Iglesia en donde habian asistido á los oficios divinos, dirigiéndose con grande acompañamiento hacia el lugar de la ceremonia. Engrosábase á cada paso el número de espectadores, demostrando todos con sus alegres gritos, la simpatia que les causaba el acto que iba ya á consumarse.

En cuanto hubieron llegado los confederados al lugar donde estaba erijido el catafalco, subieron en él el Arzobispo de Toledo y otros prelados, igualmente que los Condes de Palencia y Benavente y otros magnates de valia, con gran número de heraldos y alguaciles. Los demas caballeros se colocaron espada en mano alrededor del tablado, poniéndose á cierta distancia los soldados, con objeto de contener á la inmensa muchedumbre que ocupaba toda la llanada. Entonces tocaron los clarines y atabales cual para llamar la atencion de la asamblea, y habiendo sucedido un profundo silencio, presentóse un pregonero, quien desde lo alto del estrado comenzó la lectura de las quejas que se elevaran contra el Rey, y la consecuente sentencia de su deposicion.

—«¡Castellanos, exclamó con fuerte voz, grandes prelados, ricos hombres, hidalgos y plebeyos de Castilla!... ¡Escuchad, atended todos la declaracion que voy á haceros!... El Rey D. Enrique IV de Castilla se ha hecho indigno de la corona que deshonra con sus crímenes, en cuya vista place á Dios por la empresa de cuantos se hallan animados del noble deseo de mantener la prosperidad del reino, que sea desposeido del elevado puesto que tan mal sabe ocupar. Primeramente dicho rey es indigno de ceñir una corona cuyo peso no puede resistir, puesto que es el funesto D. Beltran de la Cueva, hoy dia Conde de Ledesma, quien en su vez gobierna y oprime con su tiránico despotismo á esta nacion desventurada. Ahora bien, ya que el Rey no puede soportar el peso de la diadema, es muy justo que sea colocada en una frente mas capaz de poderla ceñir... ¡Caiga pues la corona de Castilla de las sienes del Rey D. Enrique!»

Aquí se detuvo el pregonero, y acercándose en tanto el Arzobispo de Toledo á la imagen del Rey, quitóle la corona de la cabeza, al

estrepitoso son de los aplausos de la muchedumbre. El Prelado volvió después al lugar que antes ocupaba, é inmediatamente prosiguió su lectura el pregonero.

—En segundo punto, el Rey D. Enrique de Castilla no merece llevar la espada de la justicia, puesto que tanto descuida su recta y cabal administración, permitiendo que los apasionados sentimientos de algunos hombres venales la ejerzan con mengua del honor é interés común de todo el reino.... Ahora bien, ya que el Rey no sabe dirigir la administración de este importante ramo, es muy justo que pase esta espada á otra persona que sea mas digna de llevarla.... ¡Pierda pues este emblema de la justicia, el señor Rey D. Enrique el cuarto!

El pregonero volvió á guardar silencio: entonces se levantó el Conde de Palencia, y dirigiéndose á la estatua, arrancó con muestras de indignación la espada que tenía en una mano. Nuevamente resonaron los aplausos de los espectadores, y restablecido ya el silencio, continuó el pregonero del modo siguiente:

—En tercer lugar, el actual Rey de Castilla es indigno de empuñar el cetro, puesto que su flaqueza, prodigalidad é indolencia se avienen mal con las prendas que deben distinguir á todo Príncipe.... Quidese pues al Rey D. Enrique un cetro que tan mal sabe regir!

El Conde de Benavente imitó el ejemplo de los dos magnates que le precedieran, y arremetiendo á la estatua, arrancóla el cetro que llevaba en la otra mano. Luego que hubo cesado el tumulto de las turbas concluyó el pregonero su lectura hablando del modo siguiente:

—Por último el Rey D. Enrique de Castilla no es merecedor de sentarse en un trono cuyo lustre tanto ha mancillado con sus vicios y torpezas. Tampoco puede permitir Dios, que lo ocupe una Princesa ilegítima, vergüenza y oprobio de la majestad real.. Ahora bien, siendo su verdadero heredero y sucesor el nobilísimo Infante D. Alfonso, es muy justo que ascienda éste al trono que aquel ha perdido, y del cual ahora será vilmente arrojado!

Al momento se ejecutó este extremo, pues apoderándose D. Diego Lopez de Zuñiga de la estatua real, arrojóla con gran fuerza á los pies del trono. Al mismo tiempo fué mostrado al público el Infante, y á las voces de ¡Castilla! ¡Castilla por el Rey D. Alfonso! fué inaugurado en el propio sitio que antes ocupara la destituida imagen de D. Enrique, por entre universales gritos de aclamación y alegría.

Acto continuo prestaron homenaje al Infante en calidad de Rey todos los grandes congregados, incluso tambien el marqués de Villena; y habiendo montado después D. Alfonso en un hermoso caballo blanco, ricamente enjaezado, dióse á recorrer las principales calles de Avila, escoltado de todos sus parciales y de una regocijada y numerosa muchedumbre.

Luego que llegó á noticia de D. Enrique este acto de tan inaudita audacia por parte de sus grandes, pareció salir de su natural apatía, llevando del ardiente deseo de reprimir aquel desman. Afirmáronle en esta resolución los consejos de D. Beltran, y persistiendo mas que nunca en su propósito de legar el trono á la *Beltraneja*, reunió un numeroso cuerpo de ejército con objeto de oponerse á los confederados.

Después de una serie de operaciones militares bastante acertadas, dieron vista los realistas á las huestes del Infante junto á Olmedo, y allí fueron estas completamente derrotadas. Pero no decayó el ánimo de los descontentos con tan terrible revés, ni aun con la insigne desgracia que poco después sufrió su bando con la pérdida del Infante D. Alfonso, el cual falleció al cabo de muy poco tiempo después de su mentida coronación. Persuadidos los conjurados de que los derechos del difunto Infante habían pasado á su hermana Doña Isabel, dirijieron una solemne diputación á esta Princesa, rogándola que aceptase la corona de Castilla; pero Doña Isabel se negó á sus pretensiones, con grave sorpresa y disgusto de los confederados.

—¿Es posible, señores, exclamó la Infanta, es posible que olvideis de tal modo vuestros deberes, hasta llegar al extremo de proponerme la usurpación de la corona de Castilla? Sabed que mientras viva D. Enrique, nunca podré dar mi apoyo á ningún proyecto contrario á sus derechos soberanos. Cuando haya muerto el Rey, será ya caso muy distinto: solo entonces consentiré en reclamar el trono, que en efecto me pertenecerá de derecho.

Esta manifestación decidió á los conjurados á que depusieran las armas, entrando en negociaciones con el Rey para que reconociese por heredera del reino á la Infanta Doña Isabel. Felizmente se realizaron estos deseos, y habiéndose proclamado un olvido general de todo lo pasado, volvieron á prestar juramento de fidelidad al Rey todos aquellos que habían abrazado el partido de la rebelión, comenzando desde entonces una época de aparente paz y concordia, entre el Príncipe y sus vasallos.

No hay por qué encarecer el furor de la Reina y del caído Conde de Ledesma, cuyos intereses quedaron tan perjudicados con esta reconciliación. Pero la mala suerte de Castilla quiso que ya que los grandes se vieron libres del horror que les inspiraba el detestado fa-

vorito, comenzaron á cobrar celos de la pujanza que adquiría uno de sus mismos aliados, el famoso Marqués de Villena, originándose de esta rivalidad nuevas maquinaciones é intrigas, contrarias siempre al reposo y prosperidad de la nación.

Poco tiempo después de estos sucesos murió en Segovia el Rey D. Enrique, quien antes de espirar permitió que le visitaran la Infanta Doña Isabel y su esposo el Rey D. Fernando de Aragón; pero como si quisiera dar Enrique otra muestra de la singular inconstancia que le caracterizaba, declaró con general sorpresa, heredera del trono á la *Beltraneja*.

Fué D. Enrique IV el último descendiente masculino del célebre Enrique de Trastámara. A pesar de los esfuerzos con que algunos apologistas han querido vindicar su memoria, proclamándole Príncipe manso y piadoso, no es posible disimular los graves daños que trajo al reino su excesiva indolencia, causa principal de las escandalosas escenas que alteraron con tanta frecuencia la tranquilidad y sosiego de Castilla.

LA CASCADA DEL TOJA.

Acababa de tornar á mi pueblo natal después de algunos años de ausencia. Los azares de una revolución me habían arrojado de sus muros, y los huracanes de otra me habían vuelto á traer; así como las tempestades lanzan del puerto al buque en él anclado, para traerle de nuevo en brazos de las olas y precipitarle sobre sus muelles, roto y desmantelado, sin timón y sin jarcias.

Accionado desde mis primeros años al estudio de la naturaleza, de ese inmenso libro que nunca se acaba de leer ni de descifrar, como todas las obras que salen de la mano de la Providencia, entreteníame una tarde en relatar á uno de mis mas fieles y antiguos amigos, las bellas escenas que en el curso de mis peregrinaciones habia admirado y aplaudido. Nos ocupábamos de la cascada de Gavarny, que á semejanza de los artísticos surtidores que adornan los vistosos jardines de Aranjuez, brota y se desata por entre los precipicios de los gigantesos Pirineos. Acordándome de la prodigiosa elevación de su caída, y de la magestad que despliegan sus aguas, formando un abanico de espuma al derribarse, me atrevia á llamarla la reina de esos espléndidos y sorprendentes saltos de lluvia que decoran nuestro globo, desde el Niágara hasta el Nilo.

Mi amigo me dejaba hablar. Se entretenia en ver cómo la imaginación aglomeraba sobre la paleta de mis lábios las mas severas entre las mas risueñas tintas. La memoria de la cascada de Gavarny prestaba á mi lengua, naturalmente torpe, inspiración, verbosidad y poesía. Pero, no bien habia concluido de hablar, cuando exclamó: —Voy á pagar pintura por pintura, cuadro por cuadro, imagen por imagen; solo que lo que tú me ofreces es una hoja arrancada de un *souvenir* de viaje, y lo que yo te prometo es un lienzo que hemos de ir á contemplar mañana á un museo que tiene por galerias todo el universo, á la divinidad por su dueño y por guardianes el santo respeto que inspira la solemnidad de sus maravillas.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente montábamos á caballo en el campo de la Estrella de la ciudad de Santiago, punto de partida de nuestra expedición improvisada. Cojimos las riendas, apretamos los hijares á nuestros potros y nos dirigimos hácia las corrientes del Ulla.

La variedad es la belleza de Galicia, país formado por las mil ramificaciones de las montañas que elevó la mano de Dios para servir de dique al Océano occidental. Sus valles, generalmente de corta extensión, succedense con asombrosa rapidéz ante los ojos del viajero. Ceñidos por la sombría faja de los montes bastan algunos pasos para cambiar el cuadro mas triste en la mas halagüeña perspectiva, y una colina, una simple roca operan á veces este cambio prodigioso.

Al ver cómo aparecen en continuada alternativa las blanquecinas moles de granito, las espesas selvas y los profundos valles que ostentan una vegetación rica y variada, créese uno transportado á la pintoresca Suiza, y se detiene, mal su grado, para contemplar desde el borde de un precipicio un pueblo laborioso que habita en su fondo, sobre una alfombra de verdura, y para oír el rumor acompañado de sus instrumentos de labranza y el eco melancólico de su canto que trae el viento en desigualles ondulaciones.

Mas adelante desaparece todo; á la floreciente campiña reemplaza una llanura árida: y al murmullo del lejano cantar, el ruido monótono del torrente. Ya no hay bosques ni praderas, ni se vé la recordada hoja del roble, ni la elegante forma del americano maíz que mece en la estremidad su panoja dorada; fijase la planta en un suelo desmenuzable, y la vista en un horizonte desnudo sobre el cual asoma como el crater de un volcan antiguo, el circular oratorio de los celtas, en donde un tiempo resonaban las plegarias de la multitud,



Cascada del Toja, Galicia.

y hoy solo se escucha el susurro del insecto que pasa rozando la amarilla flor del Toja ó la rojiza campanilla del brezo.

Tal es Galicia, la verde Erin de España, con sus montañas y sus valles, sus grutas sombrías, sus bosques poblados de fantasmas, y sus hombres valientes y supersticiosos que llevan todavía en el rostro el tipo de las razas del norte, y en los cantares su melancólico recuerdo.

No es en las espaciosas llanuras de uniforme vegetación, donde se revela el carácter peculiar del suelo gallego, sino en las situaciones de imponente sublimidad que agobian el ánimo bajo el peso de reiteradas y opuestas impresiones.

Desde los elevados picos de Ancares, cubiertos de nieve una gran parte del año, hasta las templadas orillas del océano pobladas de vid y de naranjos, la extraordinaria desigualdad del terreno ha multiplicado estos cuadros sublimes de que la pluma solo puede dar una ligera idea. Vese á veces una elevada montaña, cuya pendiente rápida, cubierta de redondeados peñascos asemeja una cascada de granito: algunos caídos en el fondo se esparcen aquí y allá, mientras otros medio inclinados en una inmensa altura, tan solo esperan la mas ligera conmoción para precipitarse. Oprímese entonces el corazón aterrado al descubrir al pie de la montaña algunas débiles casas, en donde se canta y se ríe y se duerme tranquilamente bajo la gigantesca mole, casi suspendida en el espacio, midiendo su seguridad por cada año que transcurre y sin reflexionar que cada día, cada hora, cada minuto quizá arrebata al abismo una arena de su base. Son como el fragil nido de la abubilla formado en el lecho seco de un torrente, que cuando retumba el trueno será arrebatado por las aguas de la tempestad.

Allí, á su presencia, ante estos contrastes imponentes que fatigan la imaginación presentando la inmovilidad al lado del movimiento mas rápido, el silencio perturbado por el estruendo mas espantoso, la tranquilidad bajo el peligro mas inminente, allí es donde el pensamiento se niega á la realidad y llega á poner en duda su misma existencia.

Había ya cuatro horas que estábamos andando. Todo cuanto acabo de decir cruzaba por nuestras mentes, todo cuanto acabo de trazar se iba desplegando, como un vistoso panorama, á nuestro frente y costados.

Nos hallábamos á cinco leguas al S. E. de Santiago. Aun ignoraba el objeto de nuestra dirección. Mi amigo observó en mi semblan-

te la interrogación de la ansiedad, y se apresuró á satisfacerme. —Vamos á ver la cascada del Toja.

Quedé sorprendido. Soy galiciano y jamás había oído hablar de semejante espectáculo.

Y sin embargo entre los varios puntos que mas merecen fijar la atención del viajero, ninguno de una magnificencia mas salvaje que la cascada del Toja. Situada á dos leguas mas arriba de la confluencia del Deza y del Ulla, siguiendo la corriente del primero, y en el centro de un pais quebrado y lejano de toda población, quizá á esto debe el ser casi desconocida tan imponente perspectiva.

Nace el Toja en la montaña de Candais en el punto en donde este estribo poderoso se aparta de la Cordillera. Formado por los arroyos que salen por entre las grietas del granito ó las cienientas capas del gneis, y aumentado por las vertientes de los montes de Gestoso que le dominan al oeste, descendiendo á la fértil parroquia de Grava, y corre hacia el norte, atravesando el pais de Trasdeza en dirección al Ulla, á cuya region hidrográfica pertenece.

A cada paso se hace el terreno mas pintoresco. Deslizase el rio oculto y silencioso bajo la entretejida rama de los sauces, ó la sombría bóveda de los sotos de castaños; ó bien aparecen ceñidas sus orillas de estensas praderas, en donde alterna, como en un vistoso mosaico, la verde yerba, el pétalo rojo de la digital y la flor blanca y amarilla de las radiadas. Los campos cubiertos de lino, se extienden á uno y otro lado, como alfombras de terciopelo; embalsámase el aire con el olor de la madre-selva y algunas chozas esparcidas á uno y otro lado, dejan ver sus techos rojizos por entre las hojas de los frutales. Por último, allá en el occidente, sobre una considerable altura, aquel bulto que parece una roca es la capilla de San Sebastian de Meda, que da nombre á la montaña y corona este cuadro.

Mas adelante, dos cadenas de montes poco elevados avanzan hacia el rio y estrechan su cauce. La de la derecha divide sus aguas de las del Deza, que corre á corta distancia en un lecho mucho mas profundo, y la de la izquierda termina en la espaciosa meseta del Campo-marzo.

Este monte cubierto de una tierra rojiza, y coronado de una llanura esteril, parece estender su influencia nociva á todo cuanto le rodea. Al llegar á su pie, el rio se desnuda de sus adornos de flores, y sus aguas chocando con una enorme peña, penetran por varias grietas que ha abierto su incansante roce. Aquella peña se llama el Molino del Moro. Entre el ruido del agua que se desliza debajo de

la roca, el oído atento cree percibir el rumor de una rueda de molino, y la superstición supone en aquel punto la existencia de un molino subterráneo.

Allí el país se vuelve repentinamente aspero y agreste. Desde los bordes del Toja se descubren las laderas de la meseta de Campo-marzo, erizadas de enormes grupos de rocas angulosas y oscuras que se esporean también por la pendiente, como los restos de una escalera de gigantes. El río corre difícilmente entre trozos de hermosa y pulimentada serpentina, y recibe algunas fuentejillas, cuyas aguas, cargadas de partículas de hierro y de azufre, brotan por las endiduras, tapizadas de cristal de roca, y bajan culebreando.

Al llegar á este punto, se nos hizo el terreno intransitable y nos vimos precisados á abandonar la orilla, subiendo un poco la pendiente del Campo-marzo, y perdiendo de vista al río que gira hacia la derecha para costear un estrivo del mismo monte.

Después de atravesar una dilatada arboleda de castaños, el ruido del río que no ha cesado un momento de oírse bastante próximo, se convierte de pronto en un rumor sordo, como un trueno lejano, que parece salir de una profundidad espantosa.

Allí está la cascada; pero la escabrosidad del terreno, y las malezas que crecen por todas partes, no permiten aproximarse y, sobre todo para disfrutar del lujo de su grandeza, es preciso descender hasta su pie.

Poco á poco se desvanece el ruido, y un silencio sepulcral le sucede, silencio que solo interrumpe el movimiento de las hojas; pero al terminar la arboleda, otro cuadro sorprendente é inesperado, se desenvuelve, como por arte mágica, ante nuestros ojos. Nos hallamos casi en la cumbre de una montaña, y en frente de otras dos separadas por un estrecho pero profundo espacio; y allá en el fondo á una prodigiosa distancia, descubrimos tres fajas de agua espumosa que se tocan en el intermedio de las tres montañas, y dejan llegar al oído un susurro casi imperceptible. La que corre á nuestros pies es el Toja, la que por el frente ciñe una montaña desnuda de vegetación es el Deza, confundidos los dos ríos para formar juntos el brazo que se dirige á la izquierda y lleva sus aguas al Ulla en el pintoresco valle de Cira.

Para bajar al fondo de aquellos precipicios fuémos forzosos alejarnos un poco de la cascada. A la derecha hay un sendero que baja serpenteando por entre los peñascos de granito; pero un suelo que se desmorona bajo los pies en una pendiente casi vertical, á mas de trescientos pies de elevación, nos ofrecía demasiado peligro para que no prefiriésemos seguir otro camino mas ancho, que aunque obligándonos á dar largos rodeos, nos permitía llegar á caballo hasta corta distancia de la orilla. Sin embargo, nos apeamos y tomamos esta última dirección, también bastante estrecha y desigual y cortada á cada paso por los arroyos que penetran por la garganta de las montañas.

El ruido sordo en un principio, como el zumbido de una legión de tábanos, aumenta rápidamente á medida que nos vamos aproximando. Cada paso nos trae mayores oleadas de agreste y pavorosa armonía. De repente hiere nuestra retina una mancha blanca, como la cresta de una montaña nevada; es el principio de la catarata, mientras que el resto permanece todavía oculto detrás de un enorme grupo de peñas que avanza atrevidamente desde la orilla izquierda; mas al trasponer este grupo, operación que llevamos á cabo, casi á la carrera, es cuando se presenta con toda su magestad y hermosura el imponente espectáculo de la cascada del Toja.

¡Oh! no hay palabras en el pensamiento, no hay colores en ninguna lengua del mundo, no hay líneas bastantes en la geometría que lleguen á retratar un conjunto tan perfecto de grandeza y sublimidad. No es el imponente estruendo de las aguas, no es el espectáculo de aquellas gigantescas columnas de granito, no es aquella disforme manga de espuma que se desgaja por el espacio, como si fuera el horrible resplendo de uno de los disformes cetáceos antediluvianos, no es el contraste de aquellos canastillos de verdura, aquí y allí esparcidos, como un manojito de flores derramado sobre la tumba de los héroes fabulosos que yacen enterrados bajo el Pelion y el Osa, no es ninguno de estos detalles lo que absorbe el ánimo, y hace enmudecer los labios; es el todo, es ese vapor que despiden los espectáculos suntuosos de la naturaleza, y que como la respiración del azoe, producen en nosotros esos deleites que regocijan el cerebro, pero que angustian el corazón.

Estrechado el Toja por las montañas, entorpecido su curso por los peñascos, se lanza con furia contra estos obstáculos. Sus aguas se confunden, avanzan y retroceden, y ya giran en las oscuras cavidades de las rocas, ya resbalan por una superficie desigual blanca y lustrosa. De pronto falta el lecho del río, y este se precipita desde una altura de sesenta pies.

Imposible es explicar la impresión de profunda melancolía que se siente en aquel lugar. A la derecha grupos extraños y caprichosos

de rocas húmedas y ennegrecidas se adelantan, apoyándose unas sobre otras, como si fueran las ruinas del Pandemonium de Milton; á la izquierda una pared elevadísima deja ver entre sus grietas algunos arbustos que se sostienen con trabajo y asemejan la yedra de aquel muro de la naturaleza, y á dos tercios de la altura de esta pared, una peña saliente sostiene una pirámide de rocas que parece levantada por la mano del hombre.

En el fondo de aquel abismo sombrío sobre cuyos bordes parece apoyarse la bóveda del cielo, ante aquella masa de espuma que se desprende como una masa atronadora, apodérase del alma una sensación de vaga é indefinible tristeza, que perturba la razón y confunde todos los objetos.

Agrúpanse entonces en la mente todos los recuerdos de la vida que han conmovido alguna de las fibras de nuestro ser, y las amargas meditaciones que borran el pasado y el presente, para reducir á un solo punto, ante la duración de los siglos, el relámpago de nuestra existencia.

Desde que una fuerza poderosa rasgó aquellas montañas pasaron las generaciones, empujándose unas á otras, como aquellos copos de espuma, para precipitarse en el abismo de la nada, á presencia de aquellas rocas duras inmóviles y eternas para el hombre, pero deleznales también y perecederas ante la eternidad del tiempo.

La cascada del Toja presenta un aspecto muy diferente, según la estación en que se observa.

Si se aprovecha uno de esos alegres días que suceden á las lluvias copiosas tan frecuentes en el país durante el invierno, lo que se siente no es una impresión de tierna melancolía, sino de terror y de disgusto inexplicable.

Entonces el ruido es tanto mas violento cuanto que el Toja, triplicado el caudal de sus aguas, cubre las peñas que se oponen á su curso, y se desliza silencioso hasta el momento en que se desploma. Entonces tampoco se desprende verticalmente, doblándose como una cinta de gasa blanca, sino que se lanza con furor, describiendo una curva, como el inmenso chorro de una fuente prodigiosa.

Para admirarla bajo esta nueva forma, es preciso cubrirse perfectamente y resolverse á entrar en una atmósfera húmeda y penetrante. Conforme se adelanta el observador por el sendero que conduce al fondo, trae el viento á su rostro algunas gotas que cubren también sus ropas, como el rocío, y que al llegar al grupo de peñas que oculta la cascada, se convierten en una lluvia menuda y copiosísima. Allí se vuelve el cielo de un color ceniciento, una densa niebla llena aquel recinto y cubre todos los objetos, y de su centro sale aquel estruendo horriblo que ensordece y atemoriza.

De tiempo en tiempo, violentas ráfagas, producidas por el descenso del agua, azotan la cara: á su impulso se vé girar circularmente aquella gran mole de niebla, romperse, dispersarse por entre los precipicios, y salir en fin, formando espirales por la boca del abismo, como la columna de humo de un volcán, para volver á caer, convertida en lluvia.

Hay un momento entonces en que por entre los densos torbellinos de niebla se percibe como una cortina negra el agua de la cascada y los peñascos que vierten por sus ángulos la incesante lluvia que reciben.

El estruendo, la oscuridad y el conjunto sombrío de aquellos objetos medio velados, producen en el cerebro del espectador un vértigo tal, que como entregado á un sueño pavoroso, ó al delirio de una fiebre ardiente, cree ver estremecerse las rocas sobre sus bases, y oír cómo acrece y se aumenta el ruido de las aguas, cual si se conjurasen para inundar el valle y arrebatarle á él, átomo imperceptible de entre aquella inmensidad.

Este espectáculo solo se goza un momento. La lluvia que penetra y empapa los vestidos, así como el deseo de respirar con libertad, obligan bien pronto á retirarse. A pocos pasos se vuelve á ver el limpiado azul del cielo, y un hermoso arco iris terrestre que apoya en los peñascos los extremos de su semicírculo de colores, nuevo nuncio paz para el alma fatigada de tan terribles sensaciones.

Hasta hace algunos años ninguna señal revelaba allí la presencia de un ser humano; hoy crecen los árboles sobre una pradera esmaltada de flores; trepa la vid por los emparrados rústicos, y desaparece el sendero bajo las flexibles ramas del mimbre; una choza rústica completa el monstruoso contraste y la linda variedad del paisaje. La mano del hombre ha penetrado ya en aquellas soledades.

Tal es la cascada del Toja. Al Sr. D. Antonio de Valenzuela Ozores, mi ilustrado *cicerone*, y uno de los mas inteligentes mineralogistas de Galicia, debe el país el descubrimiento y la publicidad de este cuadro sublime de la naturaleza, y mi amistad el recuerdo indeleble de su sublime perspectiva.

J. R. FIGUEROA.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

I.

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo y el sétimo desde que, por abdicación del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una ya con otra razón plausible, casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el duque de Froya, varón de escelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la antigua provincia Cartaginense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el duque de Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala como quien se disponía para discurrir sobre un importante negocio: el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele á Froya diciéndole sencillamente: lee esa carta y dime tu voto.

Desarrollóla el duque y leyó en alta voz. «Al gloriosísimo señor Nuestro Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente:»

«Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, aquel además lo gobierna todo, según nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sujeriros, será también una de las inspiraciones del cielo. Oíd pues de buen talante, benigno príncipe, las súplicas que vuestros subordinados con leal intención os dirijen solicitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahínco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, escusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y paramos la atención en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste, nos habíais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habeis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza; hemos resuelto pedirlos lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á nuestras circunstancias: á saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por Rey y Señor, á Recesvinto vuestro hijo y súbdito que se halla en la edad mas propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Mas contenía la carta; pero el soberano interrumpió aquí la lectura, diciendo á Froya:

—Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia: los demas obispos siguen ó seguirán su dictamen: á él se inclina también gran parte de los gobernadores y próceres; dime tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

—Mal, respondió secamente Froya.

—Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado Rey el hijo del que reina que cualquiera otro varón de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo el católico Recaredo.

—Pero se urdió contra él una conjuración de que se salvó por milagro.

—Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

—A los dos años le mató Viterico.

—Recaredo el segundo fué también exaltado al trono de su padre Sisebuto.

—Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronación. A Suintila, que se asoció su hijo Recimiro, le depusimos y arrojamos de España; y al pobre Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos á renunciar, á encerrarse en un monasterio..... y á morirle.

—No se dejaria destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavía no me has dicho si tu oposición á mi proyecto nace de que te desagrada la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrada Recesvinto para Rey?

—Creo que no gobernará bien Recesvinto.

—¿Por qué?

—Yo no acuso á nadie sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

—Al momento.

Llegó el Rey á una puerta con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz que retumbó por las altas bóvedas, llamó á los esclavos para que avisaran al príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el régio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aun la lozanía de la juventud mas floreciente: su rostro menos regular y magestuoso que el de su padre, tenia cierta espresion de noble dulzura que cautivaba: su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucia poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el gobernador repugnancia, el monarca susto, el príncipe amor.

Froya va á acusarte (prorumpió el anciano clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla): oye y responde.

—Diga Froya pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente de su padre.

—Dime primero tú, replicó el duque poniéndose á la derecha del Rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

—En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos nuestros antecesores conquistaron la España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales: apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigorosas penas que pudiera casarse godo con española ni española con godo. Este afán de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido, pudo ser justo en su origen, y aun indispensable, porque existia entre ambos entonces el muro de separación mas fuerte, la diferencia de fé: los godos eran arrianos y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino, desde que la raza señora se hizo por el vínculo de la religion hermana de la raza sometida ¿qué razón hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Península levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

—¡Cómo! exclamó el Rey, acaso con mas admiración que disgusto.

—Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distinción de clases en España: no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y nuestro valor nos ha conservado; quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brio, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de unión, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á sí propios, estan destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza que puso el pie sobre la cerviz de la altiva Roma: yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo sirven para eso, porque no han sabido nunca ser libres: tú que pretendes confundir lo que por el comun provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

—Doscientos años, contestó friamente el príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece á Froya cobarde una nación capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros profesamos el culto católico: ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda? Si los españoles valian poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenían; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan inculto nombre. Si ahora los españoles no valen mas, créeme Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así los ingenios superiores que entre ellos se crían, se refugian ins-

tintivamente en torno de las aras: desde allí su saber y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de estas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en el palacio por la puerta del templo: franquémosles también las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado como yo en el hogar doméstico de los españoles: si hubieras visto como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias.....!

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente á la soberanía.

¿Quién es esa mujer? preguntó el Rey balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas. ¿Quién es esa mujer, repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin después de unos momentos de agitacion y duda.

Floriana es mi esposa.

—¿Una española! ¡El hijo del monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció á esa jóven, repuso Froya, no eras tú nuestro Rey todavía.

—De todas maneras.....

—De todas maneras, el amor de Recesvinto á su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que trastorne el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degeneren en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

II.

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tulga, los capitanes fieles al jóven monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazón Recesvinto de órden de su padre en los confines de la Celtiberia, y habiendo pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hacia unos valles situados á cinco ó seis millas de la ciudad y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse. La espesura y soledad de aquellos valles y lo que se contaba en particular de uno, le hacian creer que no podría ofrecerse mas acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo pues y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino: desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodo á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unian en medio del llano: el uno bajaba de los cerros del Sur, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados y á trechos vestidos de impenetrable maleza defendian por dó quier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habian rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas cuyos vástagos nunca encentados por el hierro, habian adquirido, una elevacion y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo impedian la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo estensos tremedales ó charcos cubiertos de bellissimo y engañoso verde, praderas nadantes donde se sepultaba el incauto que ponía el pie en su movable superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que desarraigados por el curso incesante de las aguas, habian caido en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habian convertido en raíces allí, y habian producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana; la hermosura de la porcion de vega que podía descubrirse desde uno á otro punto; y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicisimas, ajenas de cuanto pasaba en el mun-

do, habian dado ocasion á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraíso* (1).

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

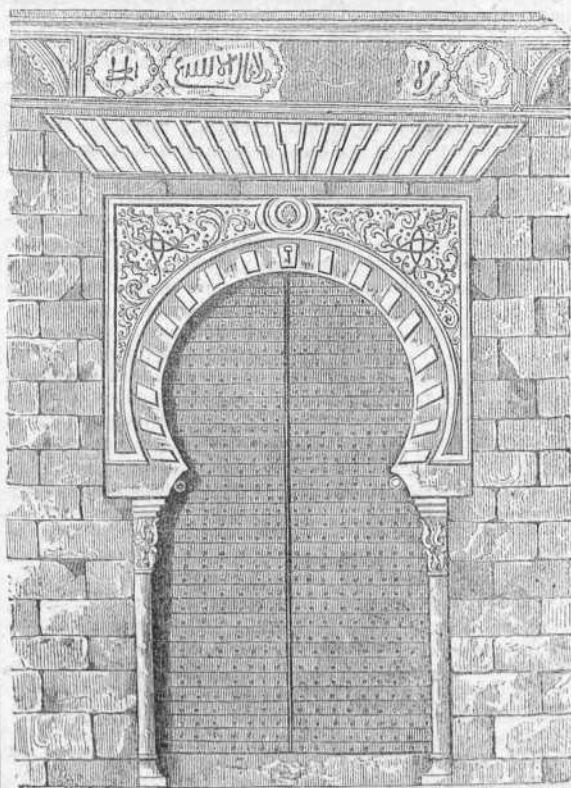
SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Somos los dueños de la tierra, pero tal vez no seremos sino los siervos de seres gigantescos que nos sean desconocidos. La mosca que aplastamos con el mas leve esfuerzo de uno de nuestros dedos, no conoce al hombre ni tiene el convencimiento de su superioridad sobre ella hasta que sufre sus efectos. Lo mismo puede acontcernos á nosotros: podemos estar rodeados de seres dotados de la facultad de pensar que nos sean invisibles, y por consiguiente desconocidos. Sabemos muy poco, y sin embargo tengo la conviccion de que sabemos lo suficiente para esperar la inmortalidad, pero entiendo la inmortalidad siendo individual de la mejor de las partes que no constituyen.

Hay libros que es menester probar solamente, otros que se deben devorar, y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso masticar y digerir. La lectora de la historia hace á un hombre mas prudente, la poesia le hace ser mas despejado, las matemáticas mas penetrante, la filosofia natural mas profundo, la moral mas sério y reflexivo, la retórica y la dialéctica mas contencioso y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

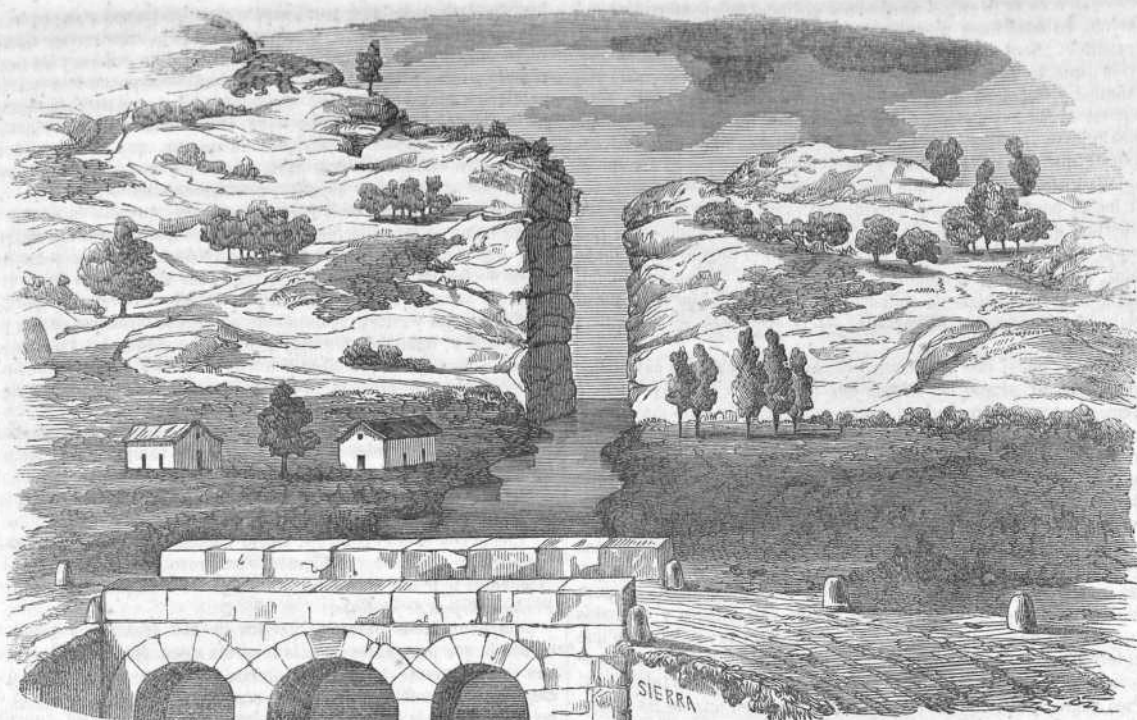
RESERVA EN LA OPINION.

Un abate célebre decia que nunca se debía sostener que se tenia razon, sino decir: — «Esta es mi opinion por ahora.»



Granada. — Puerta principal de la fortaleza de la Alhambra.

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá; pero hace mil años sería otra cosa.



PASO DEL ULLA EN SAN JUAN DA COVA.

Favorecido nuestro país por la naturaleza, no se encuentran en él ni las elevadas montañas del Asia, ni los caudalosos ríos de América, ni los abrasadores desiertos del Africa, ni los terribles volcanes de la Oceanía. La montaña mas elevada de España no escende de 11,000 pies sobre el nivel del mar (1), el curso del mayor río que la riega es de 157 leguas, los desiertos han desaparecido bajo el influjo de un clima benéfico, y los volcanes que, según vestigios, pudieron en algun tiempo desolar su fértil suelo, aparecen hoy apagados sin indicios de que vuelvan á inflamarse sus cúspides ignivomas. Esto no obstante, fenómenos se presentan á nuestra vista que, aunque de distinto género que los indicados, no carecen de la imponente magestad con que están revestidas esas obras del Criador, y cuya presencia hubiera hecho detener los pasos de Humboldt al atravesar la cordillera de los Andes y de Saussure al remontarse á la cima del Monte Blanco. Uno de estos fenómenos es, sin disputa, el que motiva este artículo, y cuya vista meridional aparece á su frente. En otro país, fuera el paso del Ulla en San Juan da Cova, objeto de bellísimas teorías acerca de su formacion; teorías que, aun cuando no para otra cosa, servirían para enriquecer la ciencia de Carlos Lyell, aclarando un hecho geognóstico; en España permanece ignorado porque no hay viajeros que lo describan, ni geólogos que lo expliquen, porque el territorio que le abriga es desgraciadamente tan desconocido como vilipendiado, y porque el río á quien debe su origen figura tan solo en el mapa del antiguo reino de Galicia.

Este río, que lleva por nombre el Ulla, tiene su origen en dos manantiales cerca del lugar de Soengas, en el obispado de Lugo, recibe en su curso las aguas de numerosos afluentes y va por fin á perderse en la dilatada ría de Arosa, pagando su tributo al Oceano Atlántico. Al S. O. de Santiago atraviesa este río el valle á quien presta su nombre, uno de los mas hermosos de aquel país, y en el que nada falta á la imaginacion mas exigente para creerse transportada al mas risueño paisaje de la pintoresca Suiza, ó delante de una de esas variadas florestas que Wande-Valde inmortalizó en sus cuadros. Allí vamos á conducir á nuestros lectores y á desarrollar ante sus ojos uno de los panoramas mas sorprendentes de la naturaleza, digno de los idilios de Gesner y de Garcilaso.

A nuestra izquierda se presenta, como el marco de tan vistoso cuadro, el antiguo *Mons Sacer*, llamado hoy día con poca corrupcion *Pico Sagro*; enorme promontorio de cuarzo semi-cristalizado, que

elevándose 4,920 pies sobre el nivel del mar, alza su elevada cúspide sobre las colinas que le rodean como la pirámide de Cheops sobre la arena del desierto. Pero este cono inmenso, cuya base se pierde en un mar de verdura, y cuya cima se dibuja en el azul del firmamento, aparece cortado por la banda del Sur, como si una raza de gigantes hubiera intentado abrirse paso al través de aquella mole para buscar en su seno los tesoros que encerrar podria (1). Las paredes de este corte, casi verticales, se elevan como unos 200 pies sobre el nivel del río, adornadas en toda su altura de numerosos picachos cual otros tantos fantasmas envueltos entre las brumas del Ulla, y arrullados por el graznido de las aves de rapiña que buscan en ellos su recóndita guarida. ¡Sublime espectáculo, que alumbrado por el sol de Escocia hubiera servido para embellecer las páginas del *Enano misterioso* ó de la *Dama del lago*! Al través de este tajo prodigioso pasa el humilde Ulla, y estrechándose allí su alveo, crece su corriente y el murmullo de sus aguas como si deseara traspasar luego aquel estrecho que amenaza unirse y detener su curso. Despues, ufano con tal victoria, ensancha su cauce, mitiga su rapidéz, cruza el sólido puente que lleva su nombre, y separándose en dos raudales vuelve á juntarse mas adelante, formando una vistosa isla que la naturaleza adornó con todas las galas de una vegetacion lozana y variada. Hacia esta parte la vista divaga en una fértil llanura dividida por una cinta de plata, que se confunde culebreando con el lejano horizonte; elévanse aquí y allí numerosas casas de campo, rodeadas de frondosos jardines, en los que á la par de la silvestre y olorosa madre-selva, alza su encendida corola la aristocrática é inodora reina de las flores. Por un lado cierran este paisaje las ondulantes copas de un bosque de encinas, y atravesando los rayos del sol poniente el tejido de sus hojas, parecen sus haces de luz mariposas de oro que se ciernen sobre un campo de esmeralda. Por el otro, el paso del Ulla en San Juan da Cova limita el horizonte, como si en sus paredes estuviera trazado un *non plus ultra* para el observador que vuelve hacia aquel punto su vista ávida de mas bellezas. ¡Fenómeno sorprendente trazado quizás por la mano de Dios en el curso de muchos siglos!

(1) Dice Justino que el Pico Sagro fué llamado por los romanos *Mons Sacer* á causa del mucho oro que criaba, estando vedado arrancar dicho metal, excepto cuando el rayo abría la tierra, lo que sucedia con frecuencia, que entonces era lícito coger el oro puesto así de manifiesto como una dádiva á la divinidad. Tambien añade que posteriormente se destruyó dicha prohibicion, por lo que los mismos romanos minaron el monte para sacar el oro que encerraba. Sin dar entero crédito á este aserto, diremos que en la actualidad aparece perforada la cima del Pico Sagro, y cerrada esta abertura por entreteladas malezas que impiden su exploracion.

(1) El pico de Mulhacen en Granada, que es el mas elevado de nuestro país, está á 10,800 pies sobre el nivel del Mediterraneo, mientras que el Dabslaguerre, el mas elevado del Asia, escende de 28,000 pies.

Si acerca de su origen discurrimos un momento, la imaginación se pierde en conjeturas presentándose como mas culminantes las siguientes: ¿Será este prodigioso corte la obra de una generación atrevida, que se haya abierto paso al través de esa montaña, así como Annibal y Napoleon minaron los Alpes para trazar un camino á sus ejércitos? No hay motivos fundados para creerlo. La generación que eso hubiera ejecutado debía de estar fuera del dominio de la historia, puesto que esta nada cuenta de semejante hecho, y en las épocas que la historia no comprende, los hombres no conocían medios suficientes para practicar esa abertura al través de una roca cuarzosa, abertura que aun hoy día se resistiría al poderoso auxilio de la pólvora. Aun cuando esto pudiera verificarse en el tiempo á que aludimos, no se concibe el objeto de tal empresa, y el único admisible sería el de suministrar un abundante riego al valle que hemos descrito, si su situación hidrográfica no le dispensase de cualquier afluente.

¿Será, pues, este tajo colosal la consecuencia de un cataclismo geológico? El estudio del terreno que le rodea y constituye viene á demostrarnos lo infundado de esta conjetura. No pensemos ni por asomo en esos sacudimientos terribles llamados terremotos, ajenos á ciertas latitudes y en cuyos efectos jamás se ve un hecho solo, aislado, un hecho que, como el que nos ocupa, aparezca con el sello de un tranquilo origen. Pudiera ocurrirnos que el Ulla, á semejanza del Ródano, el Adige, el Loven, el Ganguer y otros muchos ríos se hubiese perdido en algun tiempo bajo las crestas poderosas que hoy aparecen abiertas á su curso, y que el puente natural que las aguas habían formado haya cedido á su peso formando esa portentosa abertura. Pero no, porque en los ríos citados y en todos aquellos en que se ha notado el accidente descrito, se ha visto que el terreno por ellos atravesado es generalmente calizo, nunca cuarzoso que, como hemos dicho, es el que constituye en su totalidad al Pico Sagro, y aun cuando este hecho quisiera ser una de las excepciones de regla, esta excepción estaría en abierta contradicción con los principios de la ciencia.

Aun cuando bajo estos dos puntos de vista negamos á las aguas del Ulla su influencia en el paso de su nombre, no podemos menos de concedérsela bajo otro, el cual, en nuestra opinión, es el único que satisface todas las condiciones de ese misterioso problema. Este río debió en algun tiempo despeñarse desde la falda del Pico Sagro, formando una elevada cascada, cuyas aguas corroyendo su lecho abrieron paulatinamente ese portentoso canal hasta nivelarse los dos alveos. Nada mas probable que esta teoría confirmada por la estructura misma de las rocas adheridas á ambos cortes como otras tantas estaláctitas depositadas sobre un abismo; por la profunda ensenada que forma el río al traspasar el citado corte, que indica la acción corrosiva de una caída de agua en aquel punto, y por la ignorancia, en fin, del periodo de su formación. La marcha de los siglos trazó esa profunda sima, y el hombre no pudo fijar su principio ni su fin como no puede el geólogo marcar los límites de las épocas en que divide el desarrollo de nuestro globo.

El paso del Ulla en San Juan da Cova no es el único ejemplo en España de esta abertura singular formada por la mano del tiempo: el Miño mas abajo de Lugo, el Ebro en Mequinenza, el Tajo en Vilavela, el Duero en la raya de Portugal, el Guadiana en el Salto del Lobo, el Guadalete en la angostura de Bornos y otros varios, ofrecen perspectivas análogas en el fondo pero diferentes en la forma. Al visitar el viajero esos lugares, le hará detener su marcha, en unos la belleza oriental de sus paisajes, en otros la magestad imponente de semejantes fenómenos, y después de recorrerlos todos, cuando trate de pintarlos en su imaginación con los colores que le preste su fantasía, no podrá menos de exclamar con el poeta italiano:

per troppo variar natura é bella.

J. RUÍ FIGUEROA.

LAS TRES FEAS.

cuento marabá.

Al norte de Granada, en el espacioso y amenísimo valle que forman las ásperas sierras de Alfácar y el volcánico Gebel-Elveira, entre maguejos de viña cercados de zarzamoras, de rosales silvestres, de silvadoras cañas y de espinos coronados de yedra, se asienta sobre dos alcores el lugar de Peligros: sus vinos, sus frutas y sus olivos (que por lo verdinegros y copudos á macetas de albahaca se asemejan) le dan fama y renombre en los labrados campos de la Vega y en los concurridos mercados de la ciudad.

No como todas las aldeas de la llanura forma Peligros un api-

ñado grupo con su plaza real en el centro, su Iglesia y sus casas de ayuntamiento; ni tampoco á semejanza de población serrana se eleva en anfiteatro, coronada por un elegante castillo ruinoso: los ciento sesenta y tres vecinos que en el año presente componen este concejo, habitan en cuatro barrios, tan separados entre sí, que parecen desgarrados girones de una ciudad antigua. Para fundar esta descuadrada colocación, relatan los ancianos un cuento, que adornado á mi modo y con sabrosa moraleja darte quiero por hoy, lector carísimo, sea el mal para quien lo busque y el entretenimiento para ti.

Sabrás, y así Dios te dé felicidad sobrada, que allá en tiempo de moros había en las collaciones que ahora ocupa Peligros las alcárcas mas ricas y mejor cultivadas del ruedo de Granada: las mejores frutas de las traídas por los infieles salían de sus vegas, y sus flores eran buscadas para los jardines de los Reyes. En estas caserías, que por pasar de cuarenta y estar graciosamente agrupadas formaban ya una pequeña aldea, habitaban familias de una tribu venida del Asia, cuyas mugeres fueron siempre admiración de naturales y extranjeros por su hermosura y discreción, al par que los hombres ostentaban vigor sobrenatural y raro ingenio.

Los peregrinos que por acaso cruzaban cercanos ó promediando esta colonia, encantados con la belleza de sus campiñas y de los naturales, se detenían una semana y otra, se enamoraban locamente de alguna garrida labradora, y acababan por aviecindarse entre tan seductora compañía y en tan deliciosos alores.

Creció con esto el poblado, creció también la fama del naciente lugarillo, y por ser agradablemente peligroso para la libertad de los viandantes se le dió el nombre de Peligros: llamábase antes *Mira Flores ó Espejo de jardines*.

Cincuenta años pasaron, y visos llevaba de ser una populosa ciudad la que poco antes parecía modesta aldea. Mas no se crea que con el cruzamiento de las razas, ni con el aluvion de forasteros que casaron en el pueblo se aminorase una pizca la perfecta donosura de las mugeres, ni la osadía y vigor de los mancebos: aquel sol, aquellas auras embalsamadas y aquellas huertas y fuentes tenían la virtud de hermosear el rostro humano y de inspirar, cual la *fuelle castalia*, sagrada inspiración y valeroso aliento.

Con el crecer de las gentes vino mayor riqueza y mayor adelantamiento: las doncellas que en otros tiempos robaban corazones por su natural y sencilla hermosura, arrebatában después por su destreza en las muelles y picantes danzas orientales, por su agudeza en el decir, su ingenio para improvisar trovas, su gracia en el cantar y tañer dulcísísimos instrumentos y en el componer sus trages y cabellos. Los mozos se habían tornado aventajados en las ciencias, bizarrísimos y diestros en la guerra, maquinadores de grandes empresas en la paz. De todas partes acudían á las ferias y fiestas de Peligros magnates y gente de valía al entrar la estación, en las ferias y fiestas se veían en las heras y plazas, cañas, luchas y bailes, certámenes de ingenio donde las forasteras sufrían vencimientos, saliendo á veces avasalladas por los gallardos habitantes del encantado pueblo. Hasta de las playas africanas llegaban señores que volvían haciéndose lenguas para encomiar tan celebrado Edem.

Con tantas alabanzas y tanta valía cierta vino el orgullo y se apoderó del ánimo de los habitantes de Peligros. Muchos de los peregrinos habían ocupado puestos preferidos en el consejo y la milicia, y no pocas doncellas habían trocado su cesta de vendimiadora por la corona de flores de la favorita; con esto las mugeres todas aspiraban á mayor engrandecimiento, y los mancebos unidos por el vínculo del paisanaje conspiraban por avasallar al reino entero. El orgullo les hizo caer en todas las malas pasiones, y para encumbrarse realizaron ellos y ellas fabulosas intrigas. Por último un peligrón fundó secta, se proclamó profeta, y ayudándose de los paisanos logró derribar por una noche al rey ó emir granadino. Era mal geniado el monarca, digámosle así, y como su vida anduvo en aprieto, teniendo que refugiarse en un muy húmedo sótano, juró en aquella oscuridad acabar no solo con los habitantes del peligroso Peligros, sino talar sus huertos, arrasar sus caseríos, y sembrar de sal el area toda de tan inquieta población.

Como gracias á los esfuerzos de su guardia de etiopes y mame-lucos, logró recuperar el mando, no olvidó á fuer de buen monarca sus proyectos de venganza, y después de hacer justicia en el profeta y demas conjurados y conjuradas degollándolos con su real alfanje trató de realizar lo meditado en el sótano, enviando para ello un cuerpo de Lamtunis todos zahareños, salvajes y crueles.

Llamó pues, al jefe de estos tigres hircanos, que era un soldado-te gigantesco, con el cutis de color de estezudo, la barba arremolinada y los ojos sanguíneos, y le dijo el emir:

—Si no quieres que tu cuerpo sea mañana devorado por mis sabuesos, sal con tu mas fiera gente, y antes que otra alborada venga destruye como un torrente cuanto en Peligros halles: tala sus panes, quema sus huertos, y el agua de los ríos que fecundan sus campos

sirva para barrer las cenizas y lavar la sangre de tan perversa y rebelde gente. Si un niño, un anciano, una casa, árbol ó planta quedan allí con vida, tu cabeza caerá á los pies de mis caballos y tus soldados serán ahorcados del mas alto de los álamos que sombrean la ribera del Genil.

Inclinóse el capitán, y al tiempo mismo sus ojos brillaron iluminados por un rayo de alegría feroz: ya se figuraba el bárbaro estar en medio del incendio y con la sangre hasta los codos.

Apenas había tenido tiempo el rey para asomarse á uno de los miradores de la torre de Cornarech, y un numeroso escuadrón de ginetes se dirigía á todo escape por medio de la rauda ó panteon que ahora se llama plaza del triunfo.

—¡Ah bravos servidores! dijo á media voz, ¡cómo os he de hacer los primeros entre mis vasallos!

Eran las dos de la tarde y el sol caía á plomo sobre sus agostados campos: un viento solano, ardiente como el *siroco*, recorría formando turbiliones de polvo salitroso las llanuras y los montes. Los lamtunis habituados al clima de los desiertos seguían corriendo á rienda suelta con el desorden salvaje y pintoresco de los kabilas. Ya casi tocaban el término de su viaje y comenzaban á requerir las armas; ya el fiero capitán de aquella horda había descolgado una porra de hierro guarnecida con puntas de pedernal, que era su arma favorita, cuando al bajar á un barranco vieron que el horizonte se cambiaba y que el camino de áspero se tornaba en mullido lecho de arena fina y colorada. Copudas acacias sombreaban el sendero, y los setos que le guarnecían eran de rosales que entre claveles, mejorana y alhelies descolaban. Un venticello fresco como las auras de la mañana circulaba por la cañada, y lleno venía de aromas penetrantes y embriagadores. Los caballos empezaron á relinchar y á detenerse en la carrera para saborear tan grata temperatura; los ginetes dejaron las lanzas de hierro pendientes del arzon, se alojaron un tanto los sacos de lana que cubrían sus carnes y abrieron los labios para aspirar el suave y delicioso ambiente, refrenando de paso las cabalgaduras. Mientras mas se adelantaban el encanto crecía mayormente: las flores de lis, las dalias, los adornos y las azucenas sobresalían entre los prados de albahaca; y con las acacias se entremezclaban granados floridos, manzanos aromáticos, arqueados cipreses y altísimos y gallardos servos: á cada paso se encontraban cascadas, corrientes puras y murmuradoras, cristalinos remansos. Los lamtunis iban ya al paso sin darse cuenta de lo que hacían, y sus ceñudos semblantes retrataban una satisfacción brutal si se quiere, pero espresiva y grata.

De repente por entre el ramaje comenzó á difundirse una armonía dulcisima: los guerreros se miraron unos á otros creyéndose trasladados al paraíso. La música se acercaba y cada vez mas agradable, mas viva, mas rica en melodías hechizeras. Sintieron pasos y rumor de vestiduras entre los ramos; prentos como el rayo los lamtunis enristraron las lanzas.

Una tropa de hermosísimas doncellas, vestidas de blanco, tejidos los cabellos con sargas de coral les salió al encuentro pulsando guitarras de pinabete, ébano y plata, panderetas doradas con orlas de flores, repicando castañuelas de marfil y granadillo, y cantando al compás y en coro la canción mas voluptuosa y provocativa de cuantas inventar pudiera el demonio de la tentación.

La música las fieras domesticas y la hermosura es un talisman que conjura la mas recia tormenta; los zahareños africanos tenían su alma en su armario, y al ver á aquellas sirenas perdieron los estribos, y el capitán, en respuesta á las punzantes alusiones, dió el primero con su cuerpo en tierra, abrazó sin recato á la mas picaruela y gallarda de las cantadoras, y entonces, formando corro, con el gefe en el centro, trabóse la mas animada danza de cuantas vieron los campos: bailaron á su vez los soldados animados con el ejemplo de su capitán, eligiendo para ello una vastísima glorieta que parecía labrada para el caso; y hasta un cronista malicioso refiere que después del baile á vueltas de sabrosas ojuelas con miel, de pastelillos del Cairo, de alfajor y alajes con refrigerio de frutas esquisitas, repartieron las muchachas á los lamtunis una bebida aromática de color de rubí, que así era riquísimo vino como el sol es claro.

Veinte y cuatro horas después los temibles africanos terror de Granada, los buenos servidores del rey estaban ocupados con fervor en trillar con sus magníficos caballos de batalla, en acarrear jergiles de paja ó en tirar á la barra con sus lanzas en las heras de Peligros: el capitán no había despertado de cierto sueño pesado que le sobrevino con el licorillo añejo.

Ya te puedes figurar, amigo lector, cuál sería la cólera del emir al saber que en sus reales barbas habían sido desobedecidas sus órdenes. Ebrio de furor devoró hasta una docena de pollos con tomates, dió una horrible patada á su perro favorito, mandó apalea al maestro de cocina y azotar á todos los pinches, abofeteó al mas grave de los mufles, mandó empalar á un sastre que se atrevió á penetrar en

la real estancia demandando justicia contra un acreedor, y torciéndose los brazos, pellizcó, para fin de fiesta, á la mas hermosa de sus esclavas.

Calmóse con este último desahogo, y dando á su cólera dirección fija, pidió con voz de trueno sus armas y caballo, atavióse de guerra, y con la velocidad del viento se plantó en la plaza de armas ó de los Albiges. Tocó una corneta de oro que pendía de su cinturón, y al punto le rodearon ochocientos negros, el que menos de seis pies, vestidos de grana, con armas embutidas de plata, y montados en potros de las lomas de Ubeda, apelados todos y tigres. Era la famosa guardia de Etiopas que había salvado al emir en aquella noche cruda en que durmió su escelsitud altísima con las ratas y las cucarachas del sótano; ¿quién pues, mejor para acabar con el pueblo maldito? Otra consideración prudentísima movió también al rey para ayudarse de los etiopas en la peligrosa empresa que intentaba; estos buenos esclavos, á pesar de su exterior robusto y varonil, eran todos eunucos y entendían mal la lengua del país: ni la hermosura ni la discreción podían ablandarlos.

—¡A Peligros! dijo el rey satisfecho al ver lo brillante de su guardia, y partió á galope con riesgo de despeñarse por la cuesta que daba derecha á la puerta de Leuxar.

A pesar de la confianza que en sí mismo tenía el señor de las tierras granadinas, no se atrevió á tomar el sendero que causó la perdición de los lamtunis, y dando un largo rodeo comenzó á subir por Albolote hacia el pueblo encantado.

La noche se venía entrando por las puertas del horizonte, y una neblina caliente oscurecía los últimos términos.

El emir ordenó que sus ginetes marchasen al trote, y que avanzasen veinte á fuer de guerrilla ó descubierta.

Pronto regresaron los exploradores, trayendo en prisiones y con bárbaro tratamiento á una espigadera de quince abriles, bella como un ramo de flores escogidas. Toda llorosa llegó á los pies del Emir, que como buen conocedor apreció en lo que valía la hermosura de la campesina, y mandó al punto que la dejasen libre para interrogarla sin duda.

—El grande entre los fuertes, el misericordioso sobre todos, premie, señor, tanta bondad: al veros tan gallardo reconocí á mi salvador, que quien es galán en la persona no puede abrigar entrañas de tigre.—Esto dijo llorando la espigadera.

Alegráronse los ojos al emir con el requiebro (las mugeres fueron siempre su escollo y perdición), y dulcificando su voz enronquecida con la ira, preguntó á la doncella refrenando el potro:

—¿De dónde vienes, hermosa niña, por estos campos perdida como una mariposa entre zarzales?

—Soy huérfana, señor, y me dan, por lástima, casa y hogar en una alcaría de este ruedo: gano el negro pan de mi sustento rebuscando rastros por estas vegas, y hoy volvía llorando, con el delantal vacío, cuando di en manos de vuestras tropas.

La voz acongojada y doliente de la niña penetró en el corazón del emir, y viendo éste que no podía seguir los apresurados pasos del caballo de guerra, le dijo sin parar mientes en su dignidad, magnetizado con el resplandor de las pupilas de la espigadera:

—Apóyate en mi estribo, niña donosa, abrázame conmigo, y sube al delantero de mi arzon que de prisa vamos y no quiero dejarte abandonada: tu desgracia ha conmovido mi pecho, como el viento de otoño sacude las marchitas hojas de los álamos.

Ligera como una gacela, graciosa como una sílide, saltó la zagala sobre el delantero del bruto que hizo dos airosas corbetas, orgulloso con tan preciada carga. Las corbetas como imprevistas descompusieron al ginete, la espigadera, asustada toda, abrazó al emir para no caer, y el enamorado rey bendijo á su caballo y se olvidó de su reino y de su venganza al sentir tan cerca el turgente seno de la niña y los blancos y torneados brazos.

Afortunadamente para Peligros el terreno iba siendo cada vez mas escabroso, y muchos los barrancos eran en que el noble corcel del emir tenía que saltar con gran ímpetu. La espigadera á cada bote daba un grito que mas parecía amoroso suspiro y se abrazaba del Emir: hasta sostienen los maldicientes cronistas ya citados, que los labios se encontraron casualmente en mas de uno de los brinco de la cabalgadura.

Oyóse en esto un grito de guerra que asordó los campos y aterró á los valientes guerreros de la guardia real: una nube de azagayas pasó silvando por ante el pecho del emir, sobre su cabeza, y cayendo en las estrechas filas de sus soldados dejó tendidos por tierra hasta una veintena. Súbita claridad iluminó el horizonte: encendida la paja de los rastros en rededor de los etiopas, desordenáronse los caballos, comenzaron á chamuscarse los ginetes, y siguiendo la lluvia de flechazos y azagayas todo fué en un punto confusión, huidas, ayes, efusión de sangre y mortandad.

El fuego avanzaba como ejército de nubes rojas impelido por el

huracán, las llamas ceñían con sus remolinos los troncos de las olivas, asaltaban las copas y cada árbol era una gigantesca pira de atalaya. Con el chisporrotear de las rastrojeras y el crujir de los árboles, con el grito salvaje y la algarada de los *lamtunis*, pues no eran otros los de la encelada, y el resplandor de las llamas que en los atezados rostros de los etíopes se reflejaba, parecía el haza de la escaramuza un abrasado infierno.

El rey sobresaltado con el ataque y la encelada quiso poner en órden á sus esclavos, pero el caballo se espantaba con las hogueras crecientes, y la espigadora de modo estaba colgada al cuello del emir que este no podía sujetar al bruto ni hallaba medio de empuñar su alfanje. La zagala, además, no estraña á la emboscada, desprendió la corneta de oro del cinturón del enamorado soberano y la arrojó bonitamente al suelo.

Cada vez rodaban mas soldados negros, sin poder tomar venganza los que lograbán sobrevivir: cada vez marchaban mas amenazadoras las llamas, y la guardia real con su jefe estaba á punto de morir picada y asada luchando contra un enemigo fantástico que ni evitar le era dado. El rey sin corneta no podía mandar á su tropa.

Viéndose impotente decidió el emir tomar el prudentísimo recurso de la fuga. Dicho y hecho, ganando el cauce del río, chamuscándose las ricas vestiduras, pero abrazado con su traidora campesina, logró salvarse, entrando á deshora y por escusada puerta en su palacio del Alhambra.

Luego que se hubo bañado y perfumado la rizada barba, hizo cólera doble contra Peligros y los traidores *lamtunis*; mas creyó prudente tomar serias disposiciones antes de emprender nueva expedición, pues era probable un desastroso fin.

Subió, pues, al salón, ahora llamado de las dos hermanas, y para entregarse con mas delectación y descanso á la meditación, mandó que subiesen á la espigadora para contemplarla ataviada con el rico traje que le había mandado poner.

Hermosa parecía con su traje de labriega, mas á las mil maravillas le sentaba el suntuoso vestido de las favoritas. Sus cabellos negros como la noche lucían recogidos en una red de oro, entretejidos con perlas, abrochados con diamantes: su cuerpo, gallardo como el tallo de los claveles, parecía magestuoso con la túnica persa de lana blanquísima rayada de seda carmesí: sus piecercillos, en fin, breves á manera de las humanas dichas, provocaban encerrados en botas de tafilete marroquí bordado de oro y pedrería.

Desarrugóse el ceño del emir, y una sonrisa inefable apareció en sus labios contraídos: así con la alborada se tornan alegres los peñascos mas áridos.

Graciosa como un niño arrojándose voluptuosamente la espigadora, y dijo con una humildad que avasallaba:

—Permitid, señor, que bese vuestras plantas, y que mis lágrimas sinceras de arrepentimiento rieguen vuestro camino, pues me habeis dado plaza entre las esclavas de vuestro palacio, á mí, pobre flor de los campos, que no merezco ni una benigna mirada de vuestros hermosísimos ojos de águila.

—Señora de mi alma eres ya, donosa labradora, y doy por bien recibido el mal de la jornada; mas gano contigo que cuanto adquirir pudiera con la conquista del mundo.

Al pronunciar el rey estas palabras amorosas, contemplaba estasiado á su esclava y se abrasaba en el fuego de sus ardientes pupilas, brilladoras como el lucero de la tarde.

—Reposad, señor y dueño mío, que para distraer vuestra melancolía quiero danzar á uso de mi país, acompañándome con la sonora pandereta: si no logro agradaros, Alá permita que mis pies queden inmóviles como las raíces de una encina, y tullidos mis brazos como si fuese una momia.

El emir oprimió el labrado remate de un timbre, y al punto desaparecieron los esclavos que guardaban puertas y ventanas, cerráronse las maderas sin estrépito, comenzaron á saltar con agradable murmurio los surtidores del mármol y nacarado pavimento, los torneadas celosías se entreabrieron, dando paso á los melancólicos rayos de la luna, aparecieron en los ángulos de la estancia nuevas luces guardadas por vasos de China y de agata, y los pebeteros escondidos entre las flores exhalaban suavísima nube de aromas delicados.

Una esclava negra, privada de la vista, pero diestra en tañer el laud, entró y sentóse en una piel de león que había al pié del lecho real.—El emir se arrellenó entre dos almohadones de seda.

Comenzó á preludiar la negra en el laud, cogió un chal riquísimo la donosa campesina de Peligros, dejó caer el manto (mostrando así escondidas bellezas), y al compás de las inspiradas armonías del arpa empezó á tejer con sus piecercillos menudos un baile provocativo y aseñoreado que compararse pudiera con la *tana* del pasado siglo ó con el picante *cite* de nuestros días. Ligera como una paloma, fácil y gallarda en los movimientos, marcaba los brazos cual

las alas de tórtola enamorada, inclinaba la cabeza, sacudía la cintura, iba, venía con el entusiasmo de la doncella amorosa que corre á abrazar á su amante, se alejaba desdefiosa, brincaba ágil, se enlazaba y desenlazaba con el chal, formaba círculos rapidísimos, como si tuviese en el centro una pareja fantástica, y en tanta vuelta y revuelta mostraba y dejaba adivinar las mas bellas formas que concebir pudiera el renombrado Praxiteles.

Al emir se le bailaban los ojos, que nunca tan ardiente fuego sintió correr por sus venas; pero mayor fué su admiración al ver á la espigadora que ciñéndose al talle el chal de Persia, recogía la pandereta, y acompañando con ella el baile, tomaba magnífica animación, mas viveza, verdadera locura: no era muger, sino una hada, una nube blanca, la luz del alba: bañaba la luna su frente, y las flores como que se inclinaban para admirarla. El pobre emir granadino estaba embobado, á la manera que un niño hambriento cuando contempla ancha cesta de sabrosas frutas....

Pues señor, íbamos diciendo que la espigadora, leve como las nacaradas brumas de los altísimos saltadores, hacia girar la brillante y sonora pandereta entre sus manos al compás de la danza, ya coronándose, ya hiriendo el tímpano de cuero con sus dedos de marfil, arrojando al aire el pastoril instrumento, recibíendole con las puntas de sus bordadas botas, en el extremo afilado de su dedo índice, en el codo, en la purísima y serena frente: siempre en movimiento, siempre graciosa la danzarina.

Al fin, viendo la exaltación del emir, arrojó la pandereta, y sin saberse el cómo, empezó á repicar improvisando, variado el paso y las posturas, unas castañuelas cuyo chasquido alegre, penetrante, clarísimo y extraño tenía algo de infernal.—Un sábio musulmán que había pasado su vida estudiando la magia en una cueva de los Montes de la luna, habíaselas regalado á la doncella á cambio de una sola mirada cariñosa que hizo morirse de amor al buen anciano, sin que le valiese su profundo estoicismo filosófico.

El eco de las castañuelas conmovía todos los nervios, los irritaba como el cerdear de las planchas metálicas ó el estampido de las bombas y de los timbres chinescos, después producía una suavísima molición que paraba en sueños voluptuosos á la manera de los producidos por el opio y el *hachis*.

Nuestro enamorado y colérico reyezuelo saltó sobre los blandos almohadones carmesíes al oír aquel inesperado y mágico repiqueteo, sus encendidos ojos se dilataron, se le oprimió el corazón como le acecía en las dulces horas de sus primeros amores, y extendió los brazos hacia la gallarda bailarina, que semejante á un pájaro marino se balanceaba radiante de juventud, de hermosura y brillantes sus ojos con el fuego del entusiasmo y del deseo.

Disminuyó el chasquido de los córtalos, y el rey sintió placentero decaimiento, dulce sopor: reclinose en los cojines. Un rayo de alegría asomó á las pupilas de la espigadora, y mas cuando observar pudo que la negra languidecia y pulsaba con negligencia el laud.

Lentamente fué la jóven conteniendo sus giros y paseos, poco á poco fué apagando el eco hechizado de sus castañuelas: lo que antes parecía redoble de tambor pastoril convirtiéndose en murmullo de música en lontananza; luego era suave ruido de las auras entre las mieses.

Grave pesadumbre circundó la frente del emir y oprimió sus párpados que se cerraron insensiblemente: cielos azulados con bandas de oro y estrellas de plata, aparecieron en el horizonte de su imaginación: cayeron sus manos una sobre el ceñidor bordado, otra por el costado del lecho: su cuerpo quedó inmóvil, y comenzó á respirar con amplitud é igualdad: estaba dormido como un tronco gracias á las castañuelas hechizadas. La negra del arpa se había hecho también un ovillo; y en la puerta entreabierta del salón, roncaba fieramente un nubio como un roble.

La espigadora de Peligros al ver conseguido su diabólico objeto, con osadía punible y sacrilega, se acercó al lecho del emir Almumin y sacando unas tijeritas de oro, repeló á su sabor las reales barbas del monarca granadino (loado sea); le desató el turbante, labróle con entrambas puntas unas orejas de burro, que sujetó con destreza suma sobre las sienes otras veces coronadas. Después agarró el riquísimo laud de la ciega y lo arrojó á la fuente que en el centro saltaba, desordenó los cojines y las otomanas, arrancó las flores, apagó las luces, derramó aceite en los pebeteros, todo con la viveza de una chiquilla traviesa, y asomándose al ajimez, dió un agudísimo grito imitando el canto de la subullia. Contestóle en el bosque otra avé de la misma especie; pero con voz mas entera, como de pájaro macho, y la bailarina stó el chal de Persia á la columna del doble arco y se deslizó al bosque donde fué recibida por los robustos brazos del capitán fiero y zahareño de los *lamtunis*. El guerrero de la porra de hierro condujo á la campesina por estraviados senderos, hasta que saltando por un portillo cercano á la puerta de Guadix la colocó en el delantero de su caballo árabe, partió á escape con dirección á Peligros y con la ayuda de Dios llegaron felizmente.

Pasadas algunas horas, cuando se venía entrando el alba por las puertas del Oriente, despertó el rey de su dulcísimo letargo y abriendo con torpeza los mortecinos ojos, se halló en la mas profunda oscuridad, con no poco sobresalto de su ánimo. Otra vez se creyó en el pantanoso sótano de maras. Alzóse del lecho, después de recorrer con sus convulsas manos el lugar donde se hallaba recostado, empezó á andar con atentos pasos, y tuvo tan negra fortuna que tropezando con la esclava del arpa, dormida aun, pegó la mas soberana de las caídas, cogiendo no una liebre como decir suelen los cazadores, sino dos famosos chichones en la frente y algunas magulladuras en manos y narices.

Gritó viéndose en tan duro trance, con la cólera de un elefante derribado, y á sus voces acudieron gente de armas, criados y señores todos ignorantes de las tinieblas del aposento real, dieron de bruces al llegar á la puerta interceptada con el cuerpo del etiope. Al fin los creyentes y el emir lograron ponerse de pié: vinieron luces y con terror contemplaron los cortesanos el desorden de la estancia y con mal reprimida burla las orejas de burro del monarca y sus respetadas barbas. El emir se lanzó al ajimez de donde pendia aun el chal riquísimo de Persia, conoció que el pájaro habia volado, y con esto su furor y sus extremos crecieron.

Salióse de la cuadra magnífica y mandó soltar las fieras de su real palacio para que devorasen á todo mortal, quiso incendiar con su propia mano la torre de los Príncipes donde habitaban sus mugeres, represar las aguas del Darro y con ellas inundar la ciudad: mas por fortuna un furioso leon libio, se acercó con demasiada confianza al emir y se dieron contraórdenes ejecutivos que calmaron la conturbacion que en todos los semblantes se leia.

Después quiso el diablo que hallase á mano una luna de bruñido acero y que echase de ver su rapadura trasquilada y sus orejas de asno el asendereado señor de las tierras granadinas. Lo que entonces tramó de crueldades y de horribles desahogos, no es para contado de pasado, y bien merecia historia aparte, si con ella no temiera afligir á mis lectores demasiado benévolos.

Pues, siguiendo nuestro relato, como todo en la tierra calma y atempera, al menos en lo exterior, el buen emir consolóse tambien, gracias especialmente á la mediacion de un negro, famosísimo cocinero que desvelóse en aquellos dias por ofrecer sabrosos platos al irritado señor.

—No alcanzo, decia reflexionando en calma, cómo haya hombres y mugeres tan sagaces que engañar puedan á mi real perspicacia; magos y encantadores egipcios habitan ese lugar de Peligros, y con artes del diablo, que no con fuerzas humanas es preciso labrar su completa destruccion y borrar mis afrentas.

Con esta idea fija, mandó llamar á todos los magos naturales y estrangeros y les consultó el caso. Ninguno respondió satisfactoriamente, y el soberano sin respeto á derechos naturales ni de gentes,

dió con todos ellos en la plaza de Bib-Rambla, y les mandó aplicar quinientos azotes de buena mano, á telon corrido, y á presencia de la espantada muchedumbre.

La venganza trabaja mucho el corazon de los Reyes, porque acostumbrados á no sufrir contrariedad, si algo se les antepone, luchan de continuo por destruirlo con refinado encono. Asi el emir granadino no podia dormir tranquilo pensando en los medios de acabar con los peligreros que seguian divirtiéndose sin dárseles un ardite de la cólera real.

Una noche de octubre, martes era por cierto; observando que no le habian crecido las tonsuradas barbas, exclamó desesperado:

—Al diablo diera cuanto pidiese si me ayudase á vengarme, y por las cenizas de mi padre lo juro.

Aun no habia acabado de pronunciar el apóstrofe, cuando apareció ante su vista un guerrero de hermosa presencia, rodeado de un vapor color de escarlata.

—Aquí me tienes, dijo el recién venido con voz entera y varonil, soy el diablo: no te espantes, que aunque gozo de mala fama lo hago bien con mis amigos y no me como los niños crudos. Serénate y hablemos en razon.

Tan política arenga produjo buen efecto en el monarca; pero no podia desplegar los labios. El diablo prosiguió sin parar mientes en tan descortés turbacion.

—Lo que pides vale gran recompensa y exige un razonable estipendio para reparar solo mis daños y perjuicios. Peligros es lugar consagrado al placer, y recojo entre sus habitantes crecida cosecha; pero si tu generosidad iguala á tus deseos de venganza haremos trato.

—Qué deseos, balbuceó el monarca.

—Poca cosa: arrancaré de patilla el pueblo con todas sus alcarias y haré polvo entre los torbellinos del huracan todo lo que ahora crece, vive y se asienta sobre el arca de aquellos alcóres....

—¡Ah! te concedo de antemano cuanto pidas.... exclamó el emir ébrio de gozo y saboreando en sus mientes la venganza horrible.

—Quiero tu alma y tu cuerpo, exclamó prontamente el diablo, y un barrio de Granada en via de indemnizacion.

—¡Imposible!

—Lo has jurado por las cenizas de tus padres.

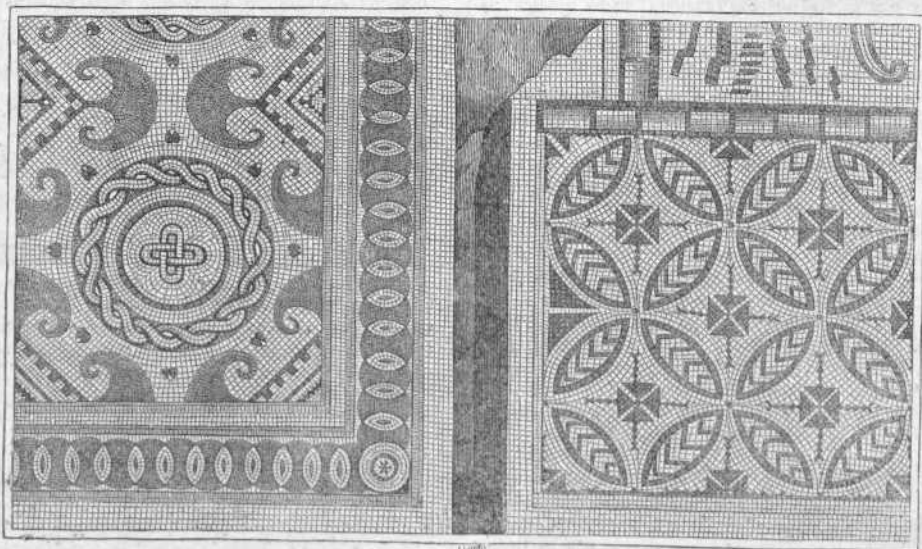
Desapareció el guerrero de la brillante armadura, como un grano de arena si al mar se arroja, y el emir quedó ensimesmado recordando su imprudencia; mas al verse retratado en la clara superficie de la fuente, al considerar sus barbas trasquiladas dijo para sus adentros algo consolado:

—Al menos acabaré con esa raza maldita.

¿Qué hizo el diablo? Segunda parte requiere el caso.

(Concluirá.)

JOSE GIMENEZ SERRANO.



ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.

MOSAICO ROMANO DE LUGO.

La arqueología encuentra en la Península diversas ciudades monumentales que perpetúan entre nosotros la civilizacion de sus do-

minadores. Los escombros de los anfiteatros y de los arcos triunfales recuerdan la omnipotencia de los Césares; las ruinas de aquellas basílicas alumbradas débilmente por la escasa luz de las ojivas, y de los desmoronados rastillos cubiertos de yedra como la grefuda cabeza de un gigante derribado, traen á la memoria la ambigua nacionalidad española de la edad media, y los restos de las arabescas mez-

quitas que la religion cristiana ha bautizado con el nombre de cate-drales, y de los voluptuosos baños donde la luz de los cristales abigarrados era un nuevo deleite hábilmente combinado, esplican la molición oriental de un pueblo que había castigado la alevosía en las márgenes del Guadaleto.

De los romanos solo nos han quedado escombros, sobre los cuales han pasado las hordas de Alarico y las tribus del Africa: lo necesario para hacer desaparecer un pueblo. Los monumentos de los godos y de los árabes los adoptó el cristianismo porque encontraba en sus formas la analogía de las artes, pero la cosmogonía romana era severa y árida, y mal se avenían las condiciones del politeísmo con la revelación espiritual y poética de la arquitectura que los cruzados apertan á la Europa cristiana.

Hé aquí la razón por qué derribados los monumentos romanos merecen el estudio y la consideración de los arqueólogos los pueblos que han guardado entre el polvo de sus construcciones sucesivas los restos de sus primitivos dominadores. La ciudad de Lugo pertenece al número de las poblaciones que no han podido borrar su carácter romano á pesar de sus numerosas reconstrucciones. Sus murallas son romanas; el magnífico puente sobre el río Miño, cortado durante la guerra de la Independencia, es romano; en las tapias de las huertas no se encuentra el nombre de una calle ó la lápida de un aniversario, sino la inscripción del sepulcro de un pretor ó las iniciales votivas á Diana ó Jove.

Entre los monumentos que revelan su antigüedad merece particular mención el mosaico romano descubierto en 1842 en la calle de Batitales. El fragmento principal de esta obra se compone de 67 pies y 9 pulgadas de longitud, y 5 pies de latitud, sin tener en cuenta la extensión de uno de los costados que se extiende á 11 pies y 8 pulgadas. Compuesto de piezas cúbicas é iguales entre sí, que sirven para la distribución gradual de los colores pardo, gris, encarnado, rosa, apizarrado y amarillo sucio, sobre un fondo de blanco amarillento que revela la condición caliza de los materiales empleados en esta fábrica, presenta la conservación venerable que las demoliciones contenden con frecuencia á los vestigios de una remota grandeza.

Para apreciar en su verdadero valor el delicado trabajo del mosaico de Lugo, se debe hacer particular mención de los detalles de que se compone (1). Aparte de un airoso ciervo saliendo de una oja de acanto y un tigre saltando sobre otra oja de igual naturaleza destruidos por la piqueta de los albañiles al remover los escombros, se distinguen en los grandes tableros del mosaico dos orlas cortadas por diversos modillones. La graduación de los colores tiene la combinación artística de la perspectiva. La faja principal que forma un ángulo de 45 grados con el eje de la calle y en la próxima dirección de N. á S., ocupando la parte central del templo por la extensión de sus líneas y la significación de sus atributos, es el fragmento mas importante del mosaico de la calle de Batitales. En medio de sus diversos compartimientos se reconoce una cabeza colosal de 5 pies de altura con larga y al parecer mojada cabellera, barba pródiga, la frente mitológicamente caracterizada con dos airones encarnados y dominados por dos trompas terminadas en medias lunas imperfectas que arrancan de las sienes, y cerca de cuyas trompas se reconocen dos orejas como de caballo, de un color encarnado que gana en armonía para el conjunto lo que pierde en naturalidad. Dos barbos caracterizados con la mayor exactitud salen de debajo de su barba cruzando de derecha á izquierda. En las proporciones de esta cabeza se reconoce la magestad sobrehumana, tal cual la comprendía la cosmogonía antigua. En sus líneas no se echa de ver la suavidad de las personificaciones del cristianismo: es una divinidad pagana. El desorden de algunas hileras de mosaico colocadas sin orden ni armonía cerca de los delinies que por su carácter é importancia aparecen cerca de la divinidad aplican el flujo y reflujo de la mar donde se sostienen barbos, conchas y erizos marítimos. La cara colosal debe representar á una divinidad marítima. Cuando el viajero se hace romano, es decir, cuando pisa este mosaico con la respetuosa veneración que lo contemporáneo concede á lo remoto, parece esta cabeza un trabajo ingrietado y adulterado por una desigual combinación de piezas, pero al tornarse transeunte el forastero, esto es, cuando hace gravitar sus pies sobre la nueva calle de Batitales, desaparecen las grietas, el surco de los colores sin medias tintas y la holgada combinación de las piezas: entonces parece una escogida miniatura.

Uno de los fragmentos del mosaico que merece una particular mención por la regularidad de sus filetes y modillones compartidos con simetría, es el que posee el apreciable farmacéutico Sr. Rodríguez, cuyo reconocimiento facilita él mismo á los viajeros con la mas atenta y benévola condescendencia. Nuestros lectores podrán reconocer el minucioso trabajo del conjunto calculando que la copia de

esta parte del monumento que para la mayor apreciación del presente artículo ha dibujado el joven laborioso don Ramon Armesto, está delineada según la proporción de una parte por cada diez y seis del original.

La extensión con que hemos procurado describir los detalles mas importantes del mosaico no nos permite presentar las diversas memorias arqueológicas é históricas que algunas personas inteligentes han formado sobre la significación de los accesorios del pavimento y la advocación del edificio que debieron embellecer en los buenos tiempos de Augusto. El Sr. D. Francisco Armesto, de la comisión de la Sociedad Económica de Lugo en 1842, se inclina á creer como verosímil que debió pertenecer á un templo dedicado á Diana; pero la colosal cabeza del Oceano complica esta apreciación arqueológica. El Sr. Castro y Martínez, en una memoria manuscrita que hemos tenido á la vista, presenta la opinión de que la cabeza simboliza la transformación de Acteon ó tal vez el río Miño, asegurando que los accesorios del mosaico como son las medias lunas que nuestros lectores pueden observar en el primer comportamiento de la copia publicada al frente de este artículo, y los barbos, pez dedicado á esta diosa según el testimonio de Ateneo y Platon, declaran por otra parte que el templo estuvo dedicado á la protectora Diana.

Nosotros creemos que la colosal cabeza representa el Oceano, porque si bien es cierto que muchas veces las divinidades marítimas eran representadas caminando ó sentadas sobre las aguas por los restos de la estatuaría y pintura romanas que se presentan en *L'antiquité explicable* y en *Le picture antiche d'Ercolano*, echamos de ver muchos de los accesorios que encierra esta delicada obra de mosaico. *Lucus Augusti* era la primera ciudad de Galicia durante el imperio romano, de aquel aguerido y rebelde territorio que hizo beber las aguas del Leteo á los soldados de Bruto y tener abiertos por mucho tiempo á Augusto las puertas del templo de Jano. Los romanos consideraban á Galicia como una provincia favorecida por el Oceano, y consecuentes entre sí la religion y la política era digno de la primera ciudad de su territorio un templo dedicado al Oceano.

No terminaremos esta rápida reseña histórica y arqueológica sin consignar los diversos proyectos anunciados para la mas duradera conservación de este mosaico. En 1842 una comisión de la Sociedad Económica de Lugo intentó levantarlo para evitar que el enlosado de la calle lo destruyese; pero se desistió de este pensamiento por lo arriesgado y costoso. La comisión presentó tambien un presupuesto de las obras necesarias para el facil reconocimiento del mosaico, las cuales consistían en una rotunda de 24 varas de largo sostenidas por 20 columnas de hierro con los bastidores de vidrieras de 6 pies de alto, y sostenidas las aceras por un cornison apoyado en el fondo de la calle; pero este pensamiento cuya realización costaba 15,248 rs., no se ha llevado á cabo hasta lo presente. Por el ministerio de la Gobernación se dirigió entonces una real orden al Gefe político de Lugo, Sr. Gattel, en la cual se aplazaba la determinación de adquirir los terrenos que apareciesen cubiertos de mosaico.

Desgraciadamente este maravilloso fragmento de las artes romanas permanece en la actualidad sujeto á las eventualidades de una escasa duración, porque recibiendo las aguas de la calle, á la cual no se ha podido dar un desahogo regular que sería interrumpido por el mismo mosaico, sufre una frecuente infiltración que hará degenerar sus animados colores, ó desunir sus numerosas piezas. El transeunte se ve obligado á preguntar si la arqueta que se encuentra en uno de los extremos de la calle de Batitales sirve para la entrada de un aljibe, ó para la galería de un mosaico romano.

Lugo—enero—5—1850. ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Recesvinto, y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apesé del caballo que estaba enseñado á seguirle: rodeóle las riendas al cuello, y apoyado en la lanza, comenzó á sondear el terreno por todos lados para descubrir por donde podría caminar sin peligro. Saltando de roca en roca y de ellas tal vez á un árbol caído que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas cuando el agua era poca y el fondo firme; llegó á un parage donde un peñon altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo que se extendía delante de él, le servía de foso. Para acercarse á aquella pared, construida por la naturaleza, no había mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, á manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso.

(1) La mayor parte de estos datos están tomados de una memoria que el autor ha escrito sobre este grandioso resto de la arte romana.

Por uno de aquellos caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco: antes aquella incon siderada resolución le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver á saltar hácia la orilla haciendo como antes hincapié en la lanza; pero la lanza se le hundió también y hubo de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecía salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñón inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas sin que se viese de qué mano venia echada. Asíó del torcido cáñamo el apurado jóven tan alegre como atónito, subió ligero por las firmes travesías, y al llegar á la cima de la Peña, su pantofo rayó en lo inesplicable. Tras el borde del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro á semejanza de pretil ó parapeto, de donde pendía la escalera enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar, encarnado bajo la cándida figura de una muchacha de nueve ó diez años, la cual echada de pechos sobre el pretil, tendía cariñosamente los tiernos brazos á Recesvinto. Maquinalmente el jóven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la Peña: la agitación producida por el riesgo pasado y la aparición presente, le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decía con acento de inefable dulzura:

—Bien pensaba que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

—Dime por Dios quién eres, celestial criatura, prorumpió enagelado Recesvinto, mirando de hito en hito á su libertadora.

Soy Floriania, respondió graciosamente la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

—¿Son esas las únicas personas que conoces?

—Cocozco además al sacerdote Agavario; pero yo jamás he salido de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios tragara para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso; y como reparase en la escala de que se sirve Agavario cuando se marcha, yo no sé á donde, me dije á mi misma: si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenerla preparada. Inspiración fué seguramente del cielo: apenas la arrojé por encima del peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

—Tú sí que estabas destinada por él para salvarme la vida, repuso Recesvinto estrechándola en sus brazos, como se abrazaba á un niño.

—Ven á que te vea mi padre, ven pronto.

Asióle ella de una mano y él la siguió.

Después de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal, que se perdería en aquel laberinto mil veces el que no llevara guía, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por parte en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrían mieses, por otro viñedos, y árboles frutíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena: una ligera columna de humo que se elevaba por los aires indicaba una habitación; indicábanla también numerosas bandadas de palomas que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atención de Recesvinto; pero era solo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu, era su encantadora guía. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban á su conversacion un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realzaba con la espresion celeste de la fisonomía: el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus mejillas virginales, con la finura indefinible de sus labios; parecía ageno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecían la blanda armonía del todo: la hija del valle tal como brillaba á los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera próxima á ser una gran beldad.

Salía de la casa el anciano Fulgencio cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle, pero oyó con benignidad la relacion de su entrada. Al repetir Floriania aquella espresion «este es el compañero que Dios me envía,» sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven godo y le abrió en seguida los brazos, llamándole hijo.

En aquel valle mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los mas apacibles de su vida.

Fulgencio, español de origen, atropellado en su juventud por un general orgulloso, se habia retirado á aquel valle inculto, cuyo terreno le pertenecía. En él habia pasado largos años solo con un esclavo: una casualidad le hizo conocer mucho después á la virtuosa y bella Pomponia, con quien se unió al pie de los altares y vivió feliz algunos años: fruto de su casto seno fué la inocente Floriania. Al cumplir la hija el primer lustro, falleció la madre.

Conoció Recesvinto durante su permanencia en el valle lo que jamás antes hubiera creído posible, que un individuo de la clase villana ó plebeya, un español, ó como se decía entonces un romano, poseyese las luces y el valor que la clase vencedora consideraba como patrimonio suyo. Fulgencio ocultando su estirpe, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. Conocida su cuna, le habia sido quitado con ignominia el cingulo de guerrero. Fulgencio leía y explicaba á César, á Virgilio y á San Isidoro: Floriania, enseñada por su padre, habia estudiado las *Geórgicas* y los *Varones ilustres*.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un libertado de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano no habia esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española. Tú eres sin duda, repetía Floriania, tú eres el compañero que me está destinado.

—Sí, ángel mio, exclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, irresistible; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuando volveré á verte, pero yo volveré. Espérame y no desconfíes aunque tarde.

Partió.—Tardó.—Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo impropio de un guerrero.—Partió.

Quindavinto fué elevado al trono de España: las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo.—Tardó.

Pero los cuidados de su gerarquía le abrumaban y las grandezas dejaban en su alma un vacío.—Volvió.

Floriania crecía en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repetía cada vez con mas frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la corte, ya con uno, ya con otro pretexto. Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazon un afecto que ya era una pasión vehementemente: recordó la ley que le impedía recibir en su tálamo á una romana, recordó las obligaciones de principe y quiso cumplirlas. El rey su padre le habia instado de continuo á que aceptase una esposa: Recesvinto resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del Rey y entregó el anillo de los esponsales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado según la ley, á casarse con ella dentro de dos años á mas tardar; bien que todavía era posible escusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparacion entre Teodosinda y Floriania fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al principe á pensar en lo que si no, jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó pues, transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Páramo. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el principe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad: el Rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya por altanería ó por prudencia no habia querido pedir cuentas al Rey. El principe acudió al valle, como ya dije, y se casó secretamente con Floriania sin revelar su gerarquía: para ella Recesvinto solo era un romano natural de Toledo: esto es lo que habia dicho á Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su cabaña: el nombre con que se habia disfrazado era Eliodoro. Fulgencio no existia ya.

Todas estas cosas hubo de referir ó esplicar Recesvinto á su padre, después de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el principe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana y aun las de todas: yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un godo.

—¿Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriania..... si tuvieses ocasión de conocer sus virtudes!....

—Si esas virtudes se sujetaran á una prueba....

—Hazla.

—Tú me desafiás.

—Sí.

—Insensato, repuso el padre en el tono del que teme que le adivinen lo que piensa, retírate á tu cuarto y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

(Continuará).—JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



COSTUMBRES CONTEMPORANEAS.

EL CIEGO.

Aquí en discordes acentos
el corazón nos desgarran
un ciego con sus lamentos
y también con su guitarra.
Ciudadanos de zamarra
ó caballeros de frá
¿quién de vosotros será
tan mezquino ó tan borrego
que no dé limosna al ciego?

En verdad le causa grima
cuando corre el diapason:
una vez salta la prima,
otra vez falla el bordon.
Lances de su estado son
que toda humana persona
con alma y vida perdona
cada vez que oye este ruego:
¿quién socorre al pobre ciego?

Por ver si su suerte mala
se aleja con la propina,
cuando no canta la Atala,
canta la triste Corina.
¿Cuál será el alma mezquina,
cuál el corazón de esparto
que no dé siquiera un cuarto
cuando oye gritar con fuego:
¿quién socorre al pobre ciego?

Ved que el pobre se incomoda
sin hallar cura á sus males
desde que acabó la moda
de los himnos nacionales.
No eran tiempos tan fatales
como los que andando van,
pues el mas pobre patan
oyendo el himno de Riego
largaba limosna al ciego.

Acabó aquel estribillo
y desde entonces, es llano,
es su boca un batúrrillo
de sagrado y de profano.
El pobre se esfuerza en vano,
y si canta no es victoria;
mas si aprende de memoria
un pliego tras otro pliego
¿quién no dá limosna al ciego?

Cuando llega la cuaresma
con pésames y pesares,
el pobre saca una resma
de religiosos cantares.

Echa el bofe y los hijares
cantando coplas famosas
y hay personas tan piadosas
que escuchan y se van luego
sin dar un ochavo al ciego.

Viene despues Noche Buena
y se hace el pulmon añicos
cantando con voz serena
los sublimes villancicos.
Hombres, mujeres y chicos
amparar al pobre quieren,
y ¡ay de los que no lo hicieron!
porque no tendrán sosiego
si no dan limosna al ciego.

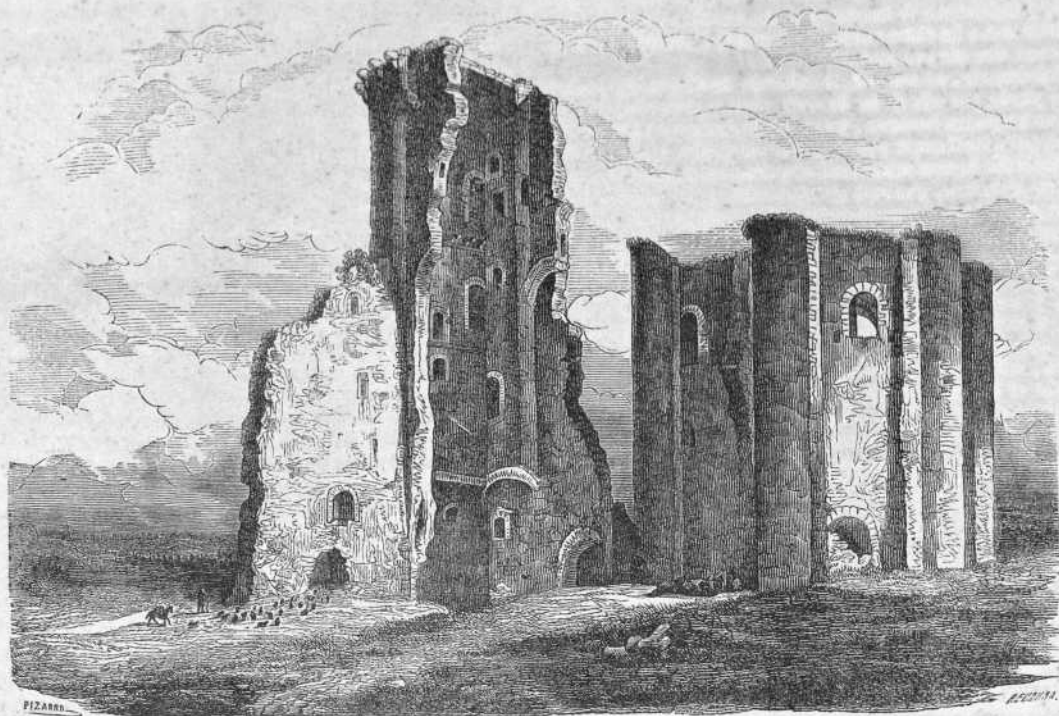
Por reyes á los mancebos
dá tentaciones y afanes
despachando «motes nuevos
para damas y galanes.»
Mas de cuatro perillanes
con papel tan puro y casto
dan á su amor rico pasto
y de su amor no reniego
si vale limosna al ciego.

Vende entre tiempo otras cosas
buenas y malas, creedme;
como romances y glosas
que están diciendo comedme.
Hazañas cuenta famosas
de Oliveros y Roldan
con otros que allá se van
y cuya bondad no niego
si valen limosna al ciego.

Vende también á porfia
cuando es cosa necesaria,
números de lotería
ó Gaceta extraordinaria.
No es de gente visionaria
mirar esto con desden
pues no produce otro bien,
como comprende el mas lego,
que dar la limosna al ciego.

A la caridad convida
en fin, su afán inocente,
pues tiende á ganar la vida
tranquila y honradamente.
Y por eso es evidente,
ya lo tengo decretado,
queda de hoy mas declarado
que es un solemne borrego
quien no dá limosna al ciego.

J. M. VILLER GAS.



(Ruinas del Castillo de Polán, provincia de Toledo.)

COSTUMBRES.

YO EN VENTA.

Así que me vi en la calle, que era la de *Los Estudios de San Isidro*, empecé á dar grandes voces diciendo:—¡Quién compra un hombre, que por estar desesperado, ha resuelto venderse á cualquier precio y sin reparar en condiciones?—Y era verdad; estaba desesperado, porque nada debía esperar de mi bolsa, lastimosamente agujereada por la polilla, insigne amiga de la quietud y del retiro; y hubiérame pasado al moro, como suele decirse, cansado de ser cristiano pobre, ya que no viejo, si el moro hubiese tenido á bien pagarme el viaje hasta Gibraltar, y de allí hasta donde *Allah* fuese servido.

A las voces que yo daba, acudió al punto gran multitud de gentes ociosas y desocupadas, y por lo tanto curiosas. Prenderos muchos, estudiantes algunos, y tunos todos ó casi todos, dieron desde luego en seguirme, cercarme y aburrirme con tal empeño y tan dañada intención; que en poco estuvo el que me retirase, confuso y avergonzado, renegando de la publicidad y de la fama, como antes había renegado de la oscuridad y la pobreza.

—¡Lléveme el diablo si este hombre está en su juicio!—decía un viejecillo ruin y corcobafo, salido al parecer del fondo de uno de aquellos miserables tenduchos, en donde tanto epigrama de trazo eclipsa y oscurece los de Marcial, aunque famosos.—¡Miren qué ojos, señores, qué rostro y qué ademanes! No, si no déjenle ir por ahí á su albedrío, que él hará alguna de las suyas.—Jurára que antes de llegar al Rastro, dijo otro, ya la había hecho, según vá de perdido y desatinado. Ténganle, ténganle por amor de Dios, que el hospital es grande, y no ha estar allí peor que entre nosotros.—Ese prójimo va á dar contra una esquina—gritaba un estudiante, muy satisfecho de sí y de su latin, aunque menos bien hablado que Cicerón, si he de creer á mis oídos, que oyeron cosas que él dijo y yo callo, y que seguramente no había leído en Salustio, Tito Livio, ni el buen Cornelio Nepote.—¡Así beberá menos!—añadió otro estudiante, algo duro de cascós y macizo de entendimiento, según comprendí mas tarde. No he visto hombre como él; apenas pasa día que no le tope por esas calles, tropezando y cayendo como quien sale del bodegón; y sin embargo, cualquiera que en mejor ocasión le viese, acaso le tomaría por un filósofo, un sabio, ó por uno de esos entes ensimismados, de quienes comunmente se dice que les sopla la musa.—¿Quién duda que á éste le sopla, volvió á decir el que

habló primero, después de haber visto y leído este papel que ha dejado caer el sin ventura? — *Lege, amice, lege*, gritaron á una voz varios estudiantes, apiñándose cada vez mas y mas á mi alrededor, sin temor de Dios ni del diablo, que en aquel momento quizás ni se acordaban de mi nombre. El estudiante primero, y no se crea que esto es comedia, al oír el *lege* escolar, desdobló el papel de que hablado había, y que acababa de alcanzar del suelo, y con indiscreta prontitud leyó lo que sigue:

Es el hambre de vil naturaleza
Mónstruo feroz; aunque le ataques, Fabio,
Armado de los pies á la cabeza,
No lograrás vencerle, que es muy sábio;
Y mejor que tu padre y tú conoce
Tu parte flaca, sin hacerte agravio.

Al llegar aquí, y no sé por qué, estudiantes y prenderos, manos y mugercillas soltaron la carcajada, clavando en mí sus ojos con tanta admiración como alegría.—No es tonto, dijeron unos.—No está loco, murmuraron otros.—Ni borracho, añadieron los que nada habían dicho hasta entonces. Hé aquí el pueblo, la multitud, las masas, dije yo para mis adentros cuando ví y entendí lo que pasaba; ya son míos, y no há mas que un momento que me escarnecían, acozaban y malquerían. Aprovechemos la ocasión favorable que se nos presenta, antes que cambie el viento, que nada hay mas inconsecuente que esto que llaman *público*, sin duda porque las cabezas ligeras y mal sentadas abundan en todas partes.

Algunos segundos después de hechas estas reflexiones, que otro llamará juiciosas, si se lo parecen y quiere ser sincero, lo cual no es muy comun por cierto; subido sobre un banco vacilante, que manos caritativas sujetaban y traían á la razon como mejor podían, de esta manera, y con voz firme y sonora, hablaba yo á aquellos lobos, convertidos como por encanto en mansísimos borregos:

—Señores: una vez que el vulgo discolo (iba á decir bárbaro) ha enmudecido, y que los hombres de sano juicio y recta intención me escuchan.... (estas pocas palabras acabaron de restablecer el silencio) voy á deciros quién soy, y cómo soy, cómo y á qué he venido. Y para no mortificar vuestra curiosidad, empiezo ahora y digo: que soy el bachiller Sansón Carrasco, de quien mucho se ha hablado por el mundo, desde Benengeli acá; hijo de mi padre, como no podía menos de ser; salí del vientre de mi madre como Dios quiso, siendo bien recibido de cuantos me esperaban, tal vez por aquello de *bien venga mal si vienes solo*.

Muy inepto y ternezuelo era yo todavía cuando *Erato*, una de las nueve hermanas, á quienes conocéis—y hijó la vista en la estu-

diantina, que quedó *haciendo memoria*—me puso entre las manos la lira, y soplándome la lección al oído, me dijo: «canta»—porque Erato nunca ha dicho: «toca»—y canté, si no como un ruisenor, como otra ave más modesta.

Años después, no muchos, llamábanme poeta las gentes, y yo no me picaba por ello si he de decir verdad; pero ¡ay! cuán poco duran las glorias humanas, y con cuánta razón han escrito los sabios de todos los tiempos y países, que son *humo, viento, polvo* y otras cosas tan fugaces como esas! Alegrábase los bidos el rumorillo de las alabanzas, y sonreía mi vanidad halagada como dama cercada de adoradores, ó como florecilla á quien adula el céfiro, lo cual, si no tan exacto, es sin disputa mucho más galano y poético; cuando hé aquí que llama un día á mis puertas el *Hambre*, vestida de luto, pálida y desencajada. Preguntéle quién era, porque no le conocía, y me respondió que abriese, pues al fin tendría que hacerle, al mas antiguo é inseparable compañero de los poetas.—«Buen compañero serás tú, le dije, cuando todo en ti respira desolación, miseria y hambre!»—Ese es mi nombre, respondió con gravedad el enlutado. Di un grito y en seguida un portazo, corrió el cerrojo, eché la llave, y entré apresuradamente en mi cuarto, por el cual comencé á dar cortos paseos, porque la estrechez en que vivo no los consiente largos, buscando y rebuscando en el laberinto de mi imaginación *planes, pensamientos, recursos*.... que no pude encontrar por mas que hice. El Hambre, en tanto, con la mas santa paciencia, seguía llamando suavemente, y como quien sabe que le han de abrir, afligiéndome no poco con su constancia y tenacidad. Pasó aquel día y pasaron varios, sin que el antiguo compañero de los poetas, cansado de llamar á mi puerta siempre en vano, se retirase en paz y me dejase contento y tranquilo como hasta entonces, que mas no deseaba yo ni quería.

Una mañana, harto de él, que en toda la pasada noche me habia permitido pegar los ojos, é irritado hasta conmigo mismo, corrí á la puerta, quité el cerrojo, di una vuelta á la llave y abrí. Rióse el Hambre al verme, y muy cortesmente, y con el sombrero en la mano, me preguntó *si podía pasar*? Díjele, mirándole atravesadamente por supuesto, que iba á salir, y respondió que *iria conmigo*, con esa dulzura y cordialidad que rara vez echamos de menos en los que mas nos molestan. Venime y callé; cerré mi puerta; guardé la llave, y eché á andar con tal prisa y furor, que mas parecia caballo desbocado que persona que va ó viene.

Medio Madrid corrió aquel día: visité á dos altos personajes y digo altos, porque ambos vivían en dos guardillas, las mas elevadas acaso de la Corte—é imploré su protección como un favor del cielo; y á fé que no iba mal en esto, pues mis dos hombres se andaban tan por las nubes. Ambos eran usureros, judíos ó malos cristianos, como mejor llamarlos se os antoje, y, como todos los de su especie, bellacos y desconfiados. Pediles y me miraron: volví á pedirles, é hicieron como que no me entendían; despedime, y entonces por encubrir su ruindad, me pidieron ellos. Fui en seguida á la casa de un editor amigo, y luego á la de otro, y mas tarde á la de un tercero, y todos gimieron y lloraron tanto, sospechando que iba necesitado, como era la verdad, que olvidado de mí y enternecido, juré solemnemente no volver á visitarlos hasta que tuviese algunos reales de sobra, con que socorrer su miseria y aliviar su desgracia.

Volviame ya á mi morada, mohino y cabiloso, cuando el Hambre, que hasta aquel momento habia ido detrás de mí, respetuosa y humilde, se adelantó francamente hasta ponerse á mi lado, y empezó á tratarme con tanta confianza, apeándome ya el tratamiento, que desde entonces me creí perdido con tales veras, que ni aun se me ocurrió llamar en mi ayuda á la esperanza. Llegamos por fin á casa, porque no tuve fuerzas para rechazarle, juntos y asidos del brazo como dos buenos amigos. Entré y entré; sentéme y sentéme; pasó una hora, pasaron dos, y hubieran pasado ciento mirándonos las caras—no sé bien si al sol, ó á la luna, ó á la luz de algun farol vecino, que en la ventana de mi cuarto daba, que tal me hallaba yo que ni aun de mí sabía—si mi nuevo compañero, el que era antiguo de los poetas, y á quien Dios confunda, no me hubiera preguntado: «¿qué piensas?» con cierto interés que me llenó de asombro.—Pienso, le dije al cabo de algunos momentos, que no hay que pensar ya en vivir, sino en los medios de acabar mas pronto.—Ten calma, aunque me tengas á mí—respondió el Hambre; y siguió preguntando:—¿Tienes muebles que vender?—Los he vendido ya, contesté, por alegrarte á ti cuando dabas alabanzas á mi puerta.—¿Qué ropa te queda?—La que ves—y señalé á la que tenía puesta, que es esta misma.—¿Qué has hecho de tus libros? ¿dónde están?—En el Rastro; estaban tan mal tratados que ni aun allí los querían.—¿Qué te resta pues?—Dudé un instante antes de responder.—Mi talento.—El Hambre meneó la cabeza.—¡Pobre hombre! ¿y ¿quada mas?—Ambición, amor á la gloria.—¿Absolutamente nada

mas?—Sí, mi honradez, mi....—¡Talento!... ¡amor á la gloria!... ¡honradez! exclamó el Hambre: ¡Desgraciado! corre al Rastro con ellos, á ver si allí tienen salida como tus libros.

En cualquiera otra ocasión me hubiera hecho reír este consejo; pero hay momentos en que la risa, escondida en algun rincón del alma, ni deja que la vean los otros, que algo importa, ni, lo que importa mucho, que la sintamos rebotar nosotros. Esta vez, no solo no me reí, sino que me faltó poco para llorar. Hiceme, sin embargo, la cuenta que llaman del perdido, y me dije:—«ánimo; las lágrimas no salvan sino á la hora de la muerte; y sobre todo ¿qué es la vida? La vida es sueño; y esta miseria, que á mí me parece vigilia, es sueño tambien. Sea lo que Dios quiera; Dios hizo el mundo de la nada, y nada soy yo; y todo es nada, por mucho que á mí me haya parecido.»

Con este y otros consuelos se fué aliviando mi pena, hasta que, sin saber cómo, me hallé dormido, y real y verdaderamente soñando. ¡Pero que sueños, Dios mío, tan extraordinarios aquellos! Tan pronto iba corriendo tras de un editor, que al tiempo de ser cojido, se me convertía en piedra, como exhalando ayes, y lleno el corazón de susto, veía á mis pies un abismo hacia el cual me empujaba un horrible monstruo. Caía en él al cabo de algunos momentos de resistencia; bajaba una, dos y aun tres leguas antes de llegar al fondo; todavía estaba este lejos cuando un gran ruido que sobre mí venia, me hacia estremecer de repente y encomendar á Dios de todas veras. Causábale un enorme pájaro que, compadecido de mí, al verme tan cerca de la muerte, cojame con su pico como si fuese un grano de cebada, y me levantaba hasta la orilla del precipicio, donde me dejaba á poco después de haberme dicho, ó cantado en la lengua de la volatería, que él se llamaba: *Rastro*, y que, *era un pájaro de muy mal agüero: pero que no siempre cumplía lo que ofrecía como habia visto, pues acababa de hacerme un beneficio que no á todos hubiera hecho*. Desaparecía luego el pájaro, y el editor volvía á aparecer, y yo á seguirle, y él á convertirse en piedra.

Tambien volvía á aparecer el abismo y con él el monstruo; empujábame nuevamente, caía yo, tornaba á sacarme el pájaro, y otra vez me decía su nombre, con todo lo demas que habeis oido. Una vez sola cambió la escena, y fué como sigue: iba yo siguiendo á mi editor como de costumbre; de pronto se para, vuélvese á mí y me grita:—«¡la bolsa ó la vida!»—¡Aquí del rey, que me roban! dime prisa á decir; pero inútilmente: el editor me despojó con mucho sosiego, y al acabar me habló así:—«sois unos necios todos vosotros; siempre os pasa lo mismo, y jamás escarmentais; pero á bien que si no hubiera tontos, no habria picaros; anda con Dios, y hasta otra.»—En esto desperté, y recordando lo que habia oido al Hambre antes de dormirme, y pensando en el pájaro de mi sueño, me eché fuera de casa y me vine aquí, entre vosotros, donde ha ocurrido lo que sabeis, y por sabido callo.

Y callé; y el gentío, que era inmenso, empezó á murmurar á modo de *pueblo de comedia*, con gran satisfaccion mia, que oía, mas ó menos confusamente, palabras como estas:—«¡Bien decía yo que era un sabio!»—La cara le vende.—La cara y la calva.—«¡Gran cosa es una cabeza sin pelo!»—Tiene un pico de oro.—No tiene tal, aunque lo parece; si él tuviera de oro el pico, ya se habria quedado sin pico por aprovechar el oro.—Hombres como este no debían morirse nunca.—Si yo pudiese algo en esta patria de buenos, habia de colocar á este hombre mas alto que las estrellas.

—Hoy hago negocio—dije entre mí al escuchar esto; y púseme á gritar como al principio: «¿quién compra un hombre, etc.?—¿Véndese por mayor, amigo? me preguntó uno de los mas próximos.—Véndome todo, respondí.—Hará mal, replicó el otro; véndame el *hombre moral*, como le aconsejó su huésped, y guárdese el *físico*, que, segun es, tengo para mí que no han de querer comprárselo.—Míreme y remíreme bien, algo picado, con ánimo de dejar mal á aquel hombre; mas después de un maduro exámen, tuve que darme por convencido, muy á mi pesar, conociendo el valor de aquella ruda, pero fundada advertencia.

—Puesto que ya me habeis conocido, y cada cual me estima en lo que le parece, dije después de una breve pausa á los que me rodeaban, compadme, que no nos engañaremos.—Nada perderíamos en ello, respondió un estudiante, si tuviéramos tanto oro como vales, ó como pesas.—Fácil os seria lo primero, dije yo, mas no así lo segundo, pues muy rico tendria que ser el que al peso me comprase.—Eres modesto; me espanta.—Véndote esa modestia que te asombra.—No seré yo el que te la compre.—¿Por qué?—Porque para nada me serviría; antes me estorbaria para mucho.—¿Qué dices?—Que la modestia es un obstáculo, que es preciso destruir para medrar.—Si así lo crees, no la compres.—No hayas cuidado; nunca la he echado de menos.

Hizose á un lado mi estudiante, y yo, sin apesadumbrarme, alzando la voz de nuevo, modestamente dije:—¿Quién compra una

modestia que nada vale?—¡Buena será ella cuando así la pondera! oi murmurar junto á mí.—¡Imbécil! replicó irritado sin saber á quien; si yo mismo encareciese su mérito, ¿tendría alguno mi modestia?—Nada respondió el murmurador, y no pudo hacer mejor cosa. Yo tenía razón, razón sobrada; mi modestia, sin embargo, no se vendía, y yo empezaba á desesperarme.

—Allá va eso dije por último, dejando la modestia á un lado; y saqué á luz otra prenda que, en mi humilde opinión, merecía compararse.—¿Que es ello? preguntaron todos.—¿Pues no lo veis? grité asombrado de que ninguno conociese el género; es un pedazo de honradez, de hombría de bien, que siempre va conmigo. Esto vale algo. ¡Miren que fortaleza!... No se romperá á dos tirones.—Eso es lo peor que puede tener su honradez, la fortaleza, dijo uno al parecer comerciante; la mía es muy poca cosa... muy sencilla... mucho! pero ha resistido mas que si fuese de bronce.—¿Es posible!—Es... de goma.—¿Eh?—Digo que es elástica.—¡Báhl!—Pues no hay otras.—Hay esta.—Ya; pero es antigua.—¿Antigua?—Há mas de treinta años que no estan en uso las que se le parecen.

Un sí general acabó de convencerme; meti mi honradez en el cajón de mi conciencia, y fui á hacer otro tanto con mi modestia; pero ¡ay! habíase caído al suelo, y un gallego hombre, de peso, pisoteábala á su sabor, sin advertir, como tan leve, lo que tenía debajo.—Aparta, quita, ahullé sobresaltado. Aturdido el gallego hízose atrás, llevándose de camino media modestia entre los clavos ásperos y montañosos de sus sonoros zapatos.—¡Virgen del Puertul! ¿para qué es esto? exclamó con el acento de la ignorancia y de la tierra.—Para eso mismo, respondió un rapaz que acercándose había en aquel instante, y que, á juzgar por las señas, no era tan simple como el gallego.

Y ahora que vuelvo á hablar de mi modestia, no estará de mas advertir, aunque de paso, que por ella no pregoné mi talento, (sea el que fuere) por entonces en voga entre la gente del Rastro; y que acaso hubiera vendido, digo yo, á algun ropavejero de aquellos, que lo hubiera puesto como nuevo con cuatro remiendos y alguno que otro corte de tijera, magistralmente dirigido por la sabia mano de su cara consorte. ¡Hé aqui los beneficios de la juiciosa modestia! ¡lectores! escarmentad y alabao, que todo es alabar á Dios.

Empeñado en sacar dinero á aquella gente, vendo, volví á decir, una franquiza castellana, á prueba de disgustos y enemistades; y la daré por la mitad de su valor al que me compre esta fé religiosa. Y mostré una y otra.—¡Estan los tiempos tan malos! dijeron unos.—¡Si vendiera cosas mejores! hablaron otros.—¿Nadie les dice nada? pregunté entonces. El silencio era profundo.—¡Ah! ¡quién había de creer esto! exclamé con el corazón desgarrado; mi muerte es inevitable, segura. ¡Ya no tengo una hilacha de virtud que vender, y, sin embargo, no he despachado nada!—Empecé á registrarme, y buscando y rebuscando por aquí y acullá, tropecé con una cajita que saqué y abrí al momento. Me he salvado, dije al ver unas cerillas que contenía, y encendiendo una, grité con toda la fuerza de mis pulmones:—¡Santiago, cierra España!—Pasmáronse todos al oírlo y yo añadí.—¡trescientos maravedis por un millar de patriotismos!

Pocos minutos despues me encontré solo, sin compradores, sin admiradores.—Estaba escrito, murmuré resignado, vamos á San Bernardino; pero antes probemos el último recurso, y di una gran voz diciendo: vendo mi alma al diablo!—Un hombre muy feo que á la sazón pasaba, y que, si no era cosa mala, no parecia buena, se acercó á mí con las manos en los bolsillos como quien tiene frio, y casi entre dientes y como recatándose, me preguntó si fiaba. Miréle de arriba abajo con reconcentrada furia; él se encojió de hombros, y haciendo un gesto extraño, siguió su camino sin hablar mas palabra.

—¡Loado sea Dios! exclamé, y tomé el de la Plaza improvisando un rosario á la madre de los desamparados, la santísima Virgen Maria.

El Bachiller SANSON CARRASCO.

POESIAS POLITICAS INEDITAS

del conde de Villamediana.

Don Juan de Tarsis, Conde de Villamediana, ha escrito una colección de poesias políticas que la previa censura de su tiempo y la violencia de sus conceptos satíricos no han permitido su publicación, para agravar los motivos que ocasionaron su muerte deplorable, descrita en la siguiente copla vulgar de aquella época, entre los habitantes de la coronada villa:

A Juanillo han dado
Con un estoque,

Quién le ha mandado
Salir de noche.

Algunas colecciones manuscritas de estas poesías, aunque en reducido número, se conservan publicadas en su menor parte en diversos periódicos literarios de 1837 y 1843, y nosotros insertamos á continuación algunas de las composiciones del malogrado Conde, con diversas notas históricas y literarias debidas á nuestro colaborador y amigo el Sr. Neira de Mosquera.

A LA JORNADA QUE HIZO EL REY Á SEVILLA.

Décima.

Sacra magestad real
¿A qué venis, cómo, á dónde?...
Digalo el privado Conde (1)
Si el que priva habla verídico.
A ver la primer ciudad
Del mundo, por mil razones
No, ni á ver sus escuadrones
Ni sus fiestas, ¿pues á qué?
Escuchad, yo os lo diré:
A setenta y dos millones.

A DON RODRIGO CALDERON, ESTANDO PRESO.

En jaula está el ruiseñor
Con piguelas que le hieren (2)
Y sus amigos le quieren
Antes mudo que cantor.

A LA PRISION DE DON RODRIGO CALDERON.

Un pilar han derribado
Con tanta fuerza y ruido,
Que de un golpe se han caído
Siete iglesias de su estado; (3)
Y si el pilar ha faltado
Y rompido tanto el quicio,
No es mucho que un edificio,
Si fuerte bravo y bizarro,
Sobre columnas de barro
Haya hecho tan gran vicio.

LLEGÓ Á LA CIUDAD DE SIGUENZA, Y PARA MOSTRAR QUE LAS MUJERES DE ALLI ERAN DAMAS DE LOS CANÓNICOS, IMPROVISÓ ESTA REDONDILLA:

Llegué leguas caminadas
Por dar descanso á mis plantas,
Al lugar de menos Santas
Y de mas canonizadas.

A VERGEL.

Redondilla.

Bien las sortijas están
En los dedos esmaltadas,
Ganadas á cavalgadas (4)
como si fuera en Orán.

A JOSEFA VACA. (5)

Oye, Josefa, á quien tu bien desea
Que es Villa-Nueva aquesta vida humana

(1) Don Gaspar de Guzmán, duque de San Lucar de Barrameda y conde de Olivares. Nació en Roma en 1587, y murió en 1643. Fué primer ministro, gran canciller de Indias, tesorero general de Aragon, consejero supremo de Estado, caballero mayor, capitán general de toda la caballería de España, grande de España y privado del rey Felipe IV.

(2) *Piguelas* significan metafóricamente los grillos ó cadenas de los presos. También se dice *pinuelas*. Esta palabra es tomada de la cetrería, donde espresa la correa con que se sujetan los pies de los halcones á otras aves.

(3) Alude al título de marqués de Siete-Iglesias que llevaba don Rodrigo Calderon antes de ser encausado y muerto en el cadalso el día 21 de octubre de 1624.

(4) Equívoco satírico. Este Vergel era alguacil de corte, y de esta manera la palabra *cabalgada* significa los malos botes que sufriría en las tardes de despejo en la plaza de toros ó en los paseos de solemne proclamación. Sobre este mismo Vergel escribió otra redondilla muy ingeniosa por el uso que hace de la analogía de terminación entre diversas palabras:

Qué galan que entró Vergel
Con cintillo de diamantes,
Diamantes que fueron antes
De amantes de su muger.

(5) Comediante de la época de Villamediana, de la que hacen mención Lope de Vega en *Las almenas de Toledo*, y Andrés de Claramonte en su *Letanía moral*. Vivió en Madrid en compañía de su marido José Morales. Asistió á las representaciones del Buen-Retiro, donde recibia numerosos aplausos. Fué galanteada por el conde-duque de Olivares, aunque se decía que el verdadero amante de Josefa Vaca era uno de

Y á Villa-Flor se pasará mañana,
Que es flor que al sol que mira, lisongea.
Muéstrate peña fiel al que desea
Si en ferias te da ferias y apastrana
Que anda el diablo suelto en Santillana,
Y en barca rota tu caudal se emplea:
Que es río seco aquesta corte loca
Que lleva agua, Salibre, y á Saldaña
Que pica el gusto y el amor provoca
Que á tu marido el tiempo desengaña.
Que mucha prevencion con edad poca
El valor miente y al valor engaña;
Que callaras si plantares
Fáciles alcañices, no olivares.

AL PRIVADO Y PRINCIPALES MINISTROS DEL REY FELIPE III.

Oeilje en su caída. (1)

El duque de Lerma
Está frío y quema;
El duque de Uceda
Esconde la mano y tira la piedra,
Mas viendo su engaño
El mal de los otros ha sido su daño.
El duque de Osuna
Nápoles llora su buena fortuna,
Mas ya que está preso
Mucho se alegra de su mal suceso.
San German
No tenia un pan cuando fué á Milan;
Si allá lo hurtó,
No lo sé yo.
Si desta escapa Calderon
Bástale una ración....
En galera, digo,
Aunque esta le sobra á tal enemigo.
El Confesor
Si Martin muriera, fuera mejor.
Tomás de Angulo, su hacienda toda trajo
En un mulo.
Juan de Viriza
De miedo se hervía.
El padre Bonal
A sí se hizo bien, á todos mal;
Y su mujer
Lo que ha rapado procura esconder.
Pedro de Tapia
El premio es la escarpia.
Jorge de Tovar
Valióle el hablar. (2)

los ingenios de la corte, el cuarto monarca austriaco en España. El mismo conde d Villamediana escribió otro soneto acerca de ella, aunque ya publicado, muy poco conocido, que copiamos á continuación:

«Oyo, Josefa, y mire que ya ¡ia
Esta corte del rey: cordura tenga,
Mire que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre sin hablar avisa.
(Muestra un Cristo.) (*)
Por esta santa y celestial divisa
Que de hablar con los principes se abstenga,
Y aunque uno y otro duque á verla venga....
Su marido no mas, su honor y misa.»
Dijo Morales, y rezó su poco;
Mas la Josefa le respondió airada:
«¡Oh! lleve el diablo tanto guarda el coco,
Mal haya yo si fuere mas honrada.»
Pero como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

(1) Esta poesia es un resumen de otra composicion del conde de Villamediana, dedicada á los principes y ministros del rey Felipe III, la cual tiene por estribillo:

*Dilin dilon
Que pasa la procesion.*

Esta poesia es una coleccion de semblanzas escritas con el sarcasmo y la intencion de las poesias politicas del conde-poeta. En 1837 se ha publicado en un periódico literario de Madrid.

(2) Alude á las revelaciones que ha facilitado á la corte para el mejor esclarecimiento de algunos antecedentes.

(*) En otra copia hemos leído:

(Muestra un palo.)

cambiando el verso de esta manera:

Por esta dura y ofensa divisa.

AL REY NUESTRO SEÑOR COMENZANDO Á REINAR.

Glosa del Ave Maria.

Ya que con acuerdo santo
Vas castigando ladrones,
Hasta apurar sus blasones
De su hechizo ó de su encanto

Dios te salve.

Mil castigos intentar
Puedes, Philipo divino,
Que ya te enseña el camino
Y siempre te ha de ayudar

Maria.

Tu gobierno no te engaña,
A ninguno no perdona
Que ha usurpado tu corona,
Verás de riqueza á España

Llena.

Con brevedad los castiga,
No gocen mas de lo hurtado,
Pues que Dios salud te ha dado
Que estás lleno, el mundo diga

De gracia.

No dilates el consuelo,
Deshágase el calderon,
Mira que en esta ocasion
Supremo poder del cielo

Es contigo.

Acábase tanto Rey
El Patricofre (1) y Buldero (2)
No se ha de encarecer el postrero,
Pues que se llama tu ley

Bendita.

Por ignorante te digo
No se quede el Burgalés,
Y podrán decir despues
Que quien dió justo castigo

Tu eres.

Los regidores, señor,
Tan conocidos ladrones,
Quitate las ocasiones
Que esta es la órden mejor

Entre todas.

No hallen en tí clemencia
Los que de nuestro sustento
Fundaron torres de viento;
Hallen en tí resistencia

Las mugeres.

La justicia has ensalzado,
Y por ser recto y prudente,
Eres de toda la gente
En la comun voz llamado

Bendito.

Tanto ignorante destierra
Que ha destruido tu reino,
Mira que su mal gobierno
Ha quitado de la tierra

El fruto.

No tengas mas sufrimiento,
Héchalos en el profundo,
Que se tragan todo el mundo
Y te faltará el sustento

De tu vientre.

De todas intercesiones,
Procura, señor, librarte,
No sean contigo parte
Y di en todas ocasiones

Jesus.

Mira señor que es dolor
Que roben á tus vasallos,
Si comienzas castigarlos
Siempre será en tu favor

Santa Maria.

Si acabas de restaurar
Tus reinos, que es grande hazaña,
Harás con esto que España
Nunca cese de invocar

Madre de Dios.

(1) Patriarca de las Indias: pone cofre en vez de arca para desfigurar el título.

(2) Comisario de cruzada.

Ya las voces de este reino
Han penetrado los cielos,
De ellos vienen los consuelos,
Que tengan tan buen gobierno

Ruega.

La malicia has de acabar,
Quita malos consejeros
Que nos hurtan los dineros;
Como Rey has de mirar

Por nosotros.

Darasles crueles sustos
Quitando los embarazos,
Quiebra, para hurtar, los brazos,
Mira que destruyen justos

Los pecadores.

No se dilate un momento
Restauracion tan notoria,
Si has de salir con victoria
No se te acabe el aliento

Ahora.

Ya suena divina fama
De un niño viejo en la tierra,
Pues que los malos destierra
Va imitando antigua rama

En la hora.

Si en el reino tantos males
Duran, cuasi lo pasado
Presto se viera acabado,
Pues se miraban señales

De nuestra muerte.

Restaurador conocido
Philipo, vivas mil años,
Donde sin temor ni engaños
Seas del mundo temido

Amen Jesus.

AL MAL GOBIERNO. (1)

Soneto.

Los ingleses, Señor, y los persianos
Han conquistado á Ormuz; las Filipinas,
De holandeses padecen grandes ruinas,
Lima está con las armas en las manos.
El Brasil en poder de luteranos,
Temerosas las islas sus vecinas,
La Bartolina y treinta Bartolinas,
Serán del turco en ser de los romanos.
La liga junta y todo el horizonte
Vuestro imperio procura se trabuque,
El daño es pronto y el remedio tardo.
Responde el dueño, destiernen luego á Ponte
Llamen el conde de Olivares duque,
Case su hijo y vámonos al Pardo.

AL PERRO DE LA FUENTE DE SANTA CRUZ.

Tanto poder tiene el trato
De las malas compañías,
Que dentro de pocos dias
Este perro será gato. (2)

(1) En este soneto está resumida la historia de los contratiempos que ha sufrido la España durante la privanza del conde-duque de Olivares. La pérdida del Portugal, la ruinosa compañía para España de las Indias, formada por los holandeses, las funestas consecuencias de la Liga en Francia, la separación del Brasil y de Ormuz, la pérdida de doscientos navios, y el despilfarro de sumas crecidas para una guerra desacertada en los Países-Bajos, son las desgracias previstas en esta composición literaria. El terceto final es un rasgo satírico escrito con profunda verdad: es el sistema político de Felipe IV puesto en un epigrama: es la monarquía austriaca entre el matrimonio del hijo de un privado y la cacería del Pardo.

(2) Villamediana ya había escrito en una poesía aun inédita, y dedicada á unas fiestas dadas por el ayuntamiento á San Isidro, este equívoco picaresco sobre las armas de Madrid, que fueron quemadas por los fuegos artificiales del tablado:

Y pues quemasteis el oso,
Poned por armas un gato.

Doble sátira para el ministro-privado y para los representantes de la villa de Madrid.

A DON JUAN DE ESPAÑA.

Jura España por su vida
Que nunca cenó en su casa,
Y es que sin cenar se pasa
Cuando nadie le convida.



Encuentro de un acreedor y un deudor.

LAS TRES FEAS.

Cuento muzárabe.

SEGUNDA PARTE.

El montecillo que cae á la derecha mano de los dos sobre que se asienta Peligros, por su parte mas agria y pendiente está guarecido de un torrente que en el invierno se derrumba rápido y cenagoso, mientras que en el verano á cinta de bruñida plata se asemeja.

Orillas de este barranco habia en tiempos de entonces un barrio entero de aspecto salvaje y pintoresco, todo formado por cuevas taladradas en la arcillosa ladera del arroyo. Parras, ataúbes y albanes, olivos loamies, granados reales, albérechigos y espinosos azofaifos, naranjos del Magreb y acerolos sombreaban las blanqueadas puertas de aquellos antros. Las gallinas, los palomos, los patos de cuello turquí y los perdigones andaban picando entre las flores que cercaban la meseta: vacas de leche, caballos árabes, asnos de Córdoba, cabras de grandes ubres, corderos marinos, ciervas y gacelas domesticadas pastaban por los alrededores, y un olivar alfombrado de cepas ricas en pulgares y de ramos estendidos coronaba este paisaje sencillo y agradable.

Habitaban este barrio las familias *muzárabes* que habia en Peligros; mas no se crea que fuesen mas virtuosos los cristianos que los musulmanes: tambien la corrupcion llegaba hasta ellos y se mezclaban en las *zambra*s y en las giras, olvidándose de la moral de Jesucristo que tanto les habian encomendado sus padres.

Tres huérfanas mellizas, Dolores, Angustias y Martirio, eran las únicas que se entregaban con fervor á la virtud y á las buenas obras en la vasta y corrompida piscina de Peligros, y estas huérfanas tenian la desgracia de ser objeto de las injurias mas crueles y de la pública animadversion: veamos el por qué.

Era el caso que las tres huérfanas habian sido dotadas de una hermosura de alma singular, de ángeles en la tierra merecieran título si sus buenas acciones se enumerasen; pero tambien su fealdad física calzaba tantos puntos, que mirarlas de cerca ó de lejos, por detrás ó al desgaire, causaba malestar, hastio, horror.

Dolores, la mayor, pues habian nacido con intervalo de doce mi-

autos, era tuerca de un ojo, vizca del sano, jorobada, pelona, con dos feroces berrugas en el guardacanton que le servía de nariz, y por su exigua estatura hacia con su segunda hermana extraño y repugnante contraste. Angustias se elevaba cinco pies de rey sobre el nivel de dos enormes canastos que ella tenía por sus pies, y con los ojos saltones, la frente calzada, las cejas arremolinadas y la boca aporillada y rasgadísima adornaba el cutis de su rostro, que tenía color de acelga, con manchas aberengadas: estas facciones tan desconformes se veían en continuo bailoteo, gracias á la perlesía. Martirio, la menorcita, cuadrada de gorda, negra como el cordobán, llena de lunares con cerdas enroscadas, fétida en su aliento, con la vista hundida, llorosa y sin párpados, lunanca y con voz de tambor, siempre gozaba de un avinagrado gesto. ¡En Peligros, en el paraiso de la hermosura famoso del Atlas á la frontera cristiana! ¡cómo sufrir en paciencia aquellas tres feísimas doncellas que deshonraban y manchaban el puro renombre del pueblo?

Escitaron cuando niñas la curiosidad, cual feto de cuatro manos y dos cabezas, porque jamás se vieron en Peligros sino bellísimos niños que hubieran tepido plaza, por lo hermosos, entre los mismos arcángelos; pero luego que crecieron, al cruzar por las plazas y las ferias iban siempre envueltas entre nubes de chicos que como serpientes silbaban, y con escolta de zagalones que las saludaban con groseras invectivas, con barro y tronchos de col.

Todo lo sufrían por el amor de nuestro Señor Jesu-Cristo y encerradas en sus cuevas, pues ocupaban tres en los tres extremos del pueblo, pasaban el día trabajando, orando, visitando á los enfermos y desvalidos, y partiendo sus escasos haberes con los pobres.

Una tarde (la misma en que el diablo finiquitó su contrato con el emir granadino) retirábase más temprano que de costumbre á sus pobres moradas, porque en el pueblo se preparaba una gran fiesta para la noche, y querían retirar sus castas miradas, de tan mundanales pompas, y pedir por los que así se encenagaban en el vicio; pues señor.....

Mas dejémoslas proseguir su camino que voy á contaros la algarrada y el festejo.

Habían llegado las vendimias, y los árabes, como todos los pueblos labradores, celebraban con gran boato y riqueza esta época del año. Las fiestas de Peligros en tales días eran famosas en toda la comarca, y las del año á que nos referimos rayaron en lo estremado (1). Comenzaron por un baile ó zambra que debía durar desde ponerse el sol hasta el alba.

En la vasta llanura de las eras se había levantado un pabellón de lona blanca y azul, que podía cobijar bajo sus alas mas de diez mil personas. Cortinajes de damasco carmesí, tejido en el barrio de los judíos, chales de púrpura y azul, labrados en las Alpujarras, cintas del barrio del sol, ricas guirnalda de flores naturales, gallardetes, estandartes, feámulas y banderolas de mil colores bordadas de oro y plata adornaban el exterior de aquella gigantesca tienda de campaña.

Al rededor había una espaciosa calle formada por las barracas de los forasteros, de los feriantes, de los vendedores y de los ricos habitantes de Peligros. ¡Qué pintoresca vista formaba aquella elipse! Unos pabellones eran de color de grana con pasamanería de oro, otros reataban á la usanza chinesca, aquellos en cúpula redonda como las del Cairo. Muchos señores se abrigaban bajo una alfombra persa suave como el terciopelo, sujeta en las largas lanzas de hierro de sus esclavos africanos y los vendedores de frutas, de pastelillos de crema, de alaja, de alfajor, de garbanzos, de especiería y de confites, habían levantado palacios de ramaje con labor primorosa de flores, decoraciones de papel y telas de colores. Todo cuanto recrea la vista y el paladar se hallaba allí junto y revuelto con un extraño aparato de grandeza. Al lado de la tienda de un Wali rodeado de guardias y de esclavos, freía sus rubios buñuelos una negra que pregona-ba su mercancía desgañitándose, aquí un mercader genovés, allá un renegado insigne para condimentar pasteles de nata despolvoreados con especiería, gente de Tunez y Alejandria, de Castilla y de Navarra, traficantes de Cataluña, Seda murcianas, paños de Almería, lanas alpujarreñas, armas manchegas, tafletes y cintería granadina, orfebrería cordobesa, dulces de Priego y Lucena, cecinas de Montefrío y de Trevelez, frutas de la Vega de la Sierra y de la costa se veían en azafates de ramos, de madera olorosa, de mimbrera teñida, de plata según el género requeria. Teas de pino, velas de cuatro mecheros, hachas embreadas y grandes hogueras, hacían que la noche fuese clarísimo día.

El gran pabellón del centro era el lugar del baile, el corazón del festejo, el núcleo de la alegría. Estaba el suelo cubierto con una alfombra jerezana que se había construido para una mezquita, y que un

emir impío regaló á una de sus favoritas de Peligros. Almohadones de trin, de raso y de sarga malagueña, pieles de león y de pantera negra servían para descansar: en los ocho ángulos de la tienda había cascadas y juegos de aguas olorosas: el techo era como una parra, que parecía natural, con racimos de uvas de todas clases y con vasos transparentes de ágata, de marmol de Macael y de China entre los pámpanos.

Cuando cerró la noche, á un mar de cabezas se asemejaba el gentío, y la danza agitaba todos los pies y volcánizaba todas las cabezas. Bajo el cielo de pámpanos de esmeralda con estrellas de nacar, tropas de gaditanas, de ubedeñas y almerallas bailaban con delirante ardor la *jacarandina*. En el centro, una gran rueda de Peligreñas, enlazadas con gallardas granadinas y hermosísimas costeñas repicando castañuelas y panderetas, con bandas y chales, con ramos y cintas trenzaban, giraban, saltaban formando círculos, grupos, figuras, jardines fantásticos y caprichosos, madejas indeterminadas, laberintos de flores. Gritaban las negras en estotro lado y gesticulaban en sus lascivos bailes. Palmoteaban los hombres para el compás, repicaban sus armas, y la sangre de todos se encendía con aquella atmósfera radiante formada por los reflejos rojizos de las teas, de las hogueras y de las luminaras, por los rayos de los provocativos ojos de las bailarinas.

Mientras que así bullía el contento por las eras de aquellas deliciosas alcarras, aparejábanse el cielo con medroso manto y desatábanse los huracanes en la vega penetrando con ruidoso mugido por las gargantas de los puertos. Los pájaros y las fieras se agazapaban bajo las ramas y en las hendiduras de las rocas y de las guajaras: las plantas estaban inmóviles y como que reconcentraban sus fuerzas para luchar con los vientos, con las aguas y el rayo: los animales domésticos ahullaban medrosamente, mugían, relinchaban, pugnando por deshacer sus ligaduras y trabas.

Estrellas azufradas, lenguas de fuego, haces de chispas brotaban á veces de las peladas puntas de Sierra-Elvira y de las rocas de los montes de Hueter. Una nube de color indefinido, como el fango de los pantanos, avanzaba desde las sierras de Loja, su manto de fétidos vapores se plegaba y desplegaba arrollándose, desgarrándose, comprimido y azotado en sus flancos por las olas de un huracán que bramaba en las alturas con mayor pujanza que las irritadas aguas de las corrientes del Océano.

Nublos negros y espesos sin forma determinada rodaban por la bóveda celeste: de pronto como trailla perseguida á latigazos, se agruparon en disciplinada falange, tomaron la figura de un águila, y apoyando sus alas en los cerros del Padul y de Alfacar, su centro en los picos nevados del Veleta, Solaira y Muley-Hacem, partieron al encuentro de la nube que por el lado opuesto amenazaba.

La inmediatez del huracán crecía con estruendo y daño nunca vistos. Sus remolinos arrancaban los árboles, levantaban la tierra, estraviaban la corriente de los ríos, talaban las yerbas y los llanos. Gritos desconocidos y salvajes, ahullidos prolongados, quejidos de agonía, baladros estridentes y chillones se oían entre las columnas del viento como si en ellas viniese cabalgando una legión de diablos.

Juntáronse las nubes como dos abortados y crecidos torrentes: al choque brotó un relámpago que llenó de luz bronceada los anchos espacios del cielo y las sinuosidades de la tierra, sonó un trueno pavoroso, crujiente y los senos de las montañas retumbaron desgajándose las peñas y partiéndose los picos y los tajos.

Comenzó la tormenta. Los Peligreños no se arredraron por el trastorno de los elementos, antes con impío desacato animaron sus festejos, y con el rostro al viento y á las anchas gotas que empezaban á caer desafiaban los furores del cielo.

Una ráfaga del huracán arrebató como una pavesa el pabellón del baile y las tiendas de la feria, dejando al raso á los actores de aquella orgía gigantesca.

Retemblo la tierra: las crestas de los montes se inclinaron, oscilaron los bosques como las plumas de un penacho, se cerraron las cañadas, se grietearon las llanuras y chocáronse las rocas produciendo un ruido semejante al de los esqueletos, si se sacuden: este rumor formaba coro terrible con los truenos y sus ecos, con los silvidos del huracán y de la lluvia.

En medio de aquella destrucción y de tantos horrores las eras de Peligros seguían pobladas de bailarinas, de músicos, de sibiritas, de curiosos, de gente ebria y delirante. Exentos de temor, al reflejo de sus casi estintas hogueras formaron corro las mugeres y los manecbos y acompañándose con líbricas canciones, descompuestas las ropas con el viento y con la danza, empezaron una zarabanda tan picante, escandalosa y desenfadada que de ella se hubieran avergonzado hasta las prostitutas africanas.

Es fama que el diablo, aunque ocupadísimo en dirigir con acertada mano los golpes de la tempestad, asomó su almenada cabeza por entre las nubes y se sonrió compasivo al contemplar aquella fe-

(1) Nuestros lectores no extrañarán que en este cuento se halle de vino y de vendimias, pues á pesar de cuanto en contrario se cree vulgarmente, los árabes se embriagaban, y usaban el vino como lo probaremos en artículo separado.

roz bacanal en medio de las tinieblas, entre el retremblar de la tierra, los rayos del cielo, los mugidos del huracán y la creciente de las aguas. Se sonrió, y aun se dice que quiso conservar el pueblo donde tenía tan buenos y tenaces servidores; mas picándose de honrado y recordando su palabra empeñada:

—Sus, dijo, cumplamos lo estipulado y perezca por siempre ese pueblo.

Tendió su látigo de cadenas y el barranco que cercaba á Peligros creció y rodeando las eras como una culebra que se enroscó al cuello de su contrario, estrechó y arrebató en ondas quebradas y fangosas á todos los del festejo: haces de rayos cayeron en los viñedos y en las olivas convirtiendo en hogueras sus altivas copas: abrióse por mitad uno de los alcortes donde se asentaba el pueblo y tragóse dos barrios con sus mezquitas, alhóndigas y jardines. Cuatro remolinos de viento mandados por Satanás en persona, llegaron empujándose furiosos por el que hoy es *Cerrillo de la Cruz*, y animados con los gritos y blasfemias de su jefe, arancaron de raíz lo que del pueblo quedaba y se lo llevaban por los aires....

Las TRES FEAS en tanto, oraban con recogimiento y santo temor en sus cuevas que estaban en tres estremos del pueblo. Al sentir los balados de los remolinos que arrebataron las casas, aquellas virtuosísimas doncellas gritaron con acento: ¡JESUS! ¡JESUS! ¡JESUS! ¡SALVANDOS, DIOS MIO!

Llegó su voz hasta el diablo y sobrecogido con aquella divina palabra, talisman de los cristianos, soltó tres pedazos de pueblo que son los que hoy se conservan.... Y aquí, lector amantísimo, se acaba lo que del caso me contaron, mas te juro por lo mas sagrado, que tendrá conclusion el cuento y de ella te enterarás si paciencia tienes para leerla.

CONCLUSION DEL CASO.

Con que íbamos diciendo, que dejó Satanás tres pedazos de pueblo, los cuales cayendo sin destruirse formaron lo que hoy se llama en Peligros *barrio bajo*, *barrio de enemigo* y *barrio alto* y de tan mal talante le cogió al espíritu rebelde la sagrada exclamación de las TRES FEAS, que haciendo un lío de nubes y dando de puntillones á los vientos fuese derecho á la que hoy es *Golilla de Cartuja* y se zampó de cabeza con toda su corte por la misma cima de aquel montecillo, y aun cuentan las comadres mas sabedoras que allí van las brujas á verle los sábados, porque suele aparecer en forma de un macho cabrio respetabilísimo.

Angustias, Dolores y Martirio, pasada la inundación, salieron de sus cuevas y recorrieron espantadas y contritas aquel hacinaamiento de cadáveres destrozados, las balsas de cieno, los arenales, los troncos pelados y las rocas que cubrían la que fué ciudad, los campos fértiles y bellos «¡Vanidad de vanidades!» dijeron con el Rey sabio, recordando las grandezas pasadas, viendo la desolación presente, y se encaminaron á los tres pedazos que se habían librado milagrosamente del temblor de tierra, del huracán y de la inundación. En estas casas (habitadas todas por los mas pobres) respiraban algunas criaturas y otras se quejaban de los golpes recibidos; mas las que conservaban algun resto de vida oraban con arrepentimiento y fervor: llegaron las tres mellizas socorrieron á aquellos desgraciados que estaban á punto de perecer de hambre, proporcionaron bálsamos y bebidas, consuelos para el ánimo. Tanto hicieron, que con lágrimas en los ojos las pidieron perdón de las injurias que antes les habían hecho y entrando á su ejemplo en el temor de Dios lograron volver la fecundidad á los campos, estenderse nuevamente, multiplicarse y con la sucesión de los años llegó á ser Peligros lo que es hoy, un amenísimo lugarejo, poblado de industriosos y honrados labradores.

Impacientes estareis por saber qué fué de nuestro furioso emir granadino, y en verdad que su misterioso fin es digno de relatarse.

La tormenta y el terremoto pusieron miedo en los corazones granadinos: los supersticiosos creyeron que se aproximaba el fin del mundo, y los enemigos del emir propalaron que aquellos males eran castigo del cielo por las desafueros del soberano.

Serenóse el horizonte y aparecieron los primeros albores de la mañana; el Rey dormía á pierna suelta (era descreído de suyo) y mucho sintió que le despertasen de súbito, aunque aseguróle el eunuco causante ser cosa de importancia lo que participarle tenía.

En efecto cubierto de fango, descompuestas las vestiduras, ensangrentadas las puntiagudas ruedas de sus espuelas, penetró un mensajero en la cámara real y prosternándose con respeto dijo:

—Ensalzado seas, señor, sobre todos los reyes de la tierra. El que todo lo puede, Alá, cuya justicia se iguala á su grandeza, ha derramado la copa de su ira sobre tus enemigos y los ha destruido como la sal en el agua. Peligros no existe, sus casas y campos son un cenagal. El fuego del cielo solo ha respetado tres grupos de ca-

—Toma en albricias, vasallo fiel, dijo el monarca rebosándole el contento, y le alargó una gümia con la empuñadura de oro y corales.

Después entregóse el emir á todos los excesos de una alegría delirante, regaló espléndidas joyas á todas sus favoritas, repartió confites á sus soldados, tiró zeques al pueblo.... turbóse su contento con la aparición imprevista del diablo.

Apareció éste por el techo con gesto muy avinagrado y todo descompuesto con el trágico de la pasada noche.

—Vamos, exclamó con una voz áspera como el ruido de las caracas, ya estás servido: arregla tus cosas, designame el barrio con que has de indemnizarme y prepárate para viajar en mi compañía.

—¡Perdon! déjame al menos gozar del triunfo del vencimiento.

—No estoy para perder tiempo, que en Castilla me esperan los ricos hombres con el fin de emprender una magnífica guerra civil: tengo que ganar al hijo del Rey. El trato es trato y lo prometido deuda: cumplí acabando con mis mejores amigos (á este punto se le saltaron las lágrimas á Satanás recordando sin duda la orgía), con que no te espongas á que tome por fuerza lo que me has de dar voluntariamente.

—No has cumplido, no, dijo el emir, fiero al encontrar una idea para salir del apuro, me ofreciste arrasar todo el pueblo y quedan en pie tres pedazos y en ellos viven y alientan muchos de mis enemigos, con que acreedor soy á un largo plazo.

—Eres un villano mal nacido como todos los de tu ralea, contestó colérico el diablo que sintió el aguijoneo en lo mas vivo: te llevaré arrastrando badulaque.

—Acércate si puedes, repuso orgulloso el Rey desembainando un alfanje de dos hojas que había servido al profeta y se tenía entre los creyentes por talisman seguro.

Sonrióse ferozmente el demonio y estendió sus manos con cierta magestad dramática. Al punto perdió el monarca su forma humana y convirtiéndose en caballo salvaje, mas como si conservase todavía sus dañinos pensamientos, el emir-bruto se arrojó sobre el diablo con los cascos levantados y relinchando ferozmente. Satanás entonces desembainó su espada y de un tajo cortó la cabeza al desmandado potro: el caballo descabezado dió á correr con asombro de guardias y magnates, salvó las puertas del palacio y aun se ignora su paradero; si bien algunos inválidos, no pocos borrachos de la torre de los siete suelos, un rememón gran jugador de lotería y mi lavandera aseguran que á las doce de la noche sale constantemente á desentumir por aquellas alamedas del recinto de la Alhambra y desaparece con el alba llevándose para alimento algun niño crudo y para solaz la doncella de quince abriles que halla mas á mano.

¿Qué barrio de los de Granada se llevó el señor Satanás? Es punto controvertible.

Las TRES FEAS murieron en olor de santidad y bendecidas por todos los habitantes del nuevo Peligros.

Con que ya veis, amigos míos, como vale mas tener la hermosura en el corazón que no en el semblante.

J. GIMENEZ SERRANO.



(Trage de pescador en Normandia.)

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

III.

Veinte dias despues todo era confusion en el valle; sus desembocaderos habian sido franqueados con el azadon y el hacha: huéspedes turbulentos, soldados destructores habian desterrado de aquel recinto la antigua paz: las reses espantadas se habian refugiado entre los matorrales, las palomas torcaces que diariamente venian á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba recatadamente una noche en una humilde casita del arrabal de Toledo. Los soldados habian sido enviados al valle por el rey: Floriana habia salido de él por disposicion del principe.

Cuando ponía el pie en el umbral de la estancia que iba á ocupar, Recesvinto penetraba en ella por la puerta de enfrente. Arrojárse los enamorados consortes el uno en los brazos del otro: mil honestas caricias y lágrimas de júbilo espresaron mudamente lo que sentian en aquel primer momento. ¡Esposo mio! ¡Esposa mia! fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

—Ya ves que me he sujetado á tus órdenes ciegamente: me enviaste una carta mandándome venir á Toledo, y he venido: me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolucion, y ya los espero. Muy poderosos deben ser, porque antes la idea de sacarme del valle te estremecía.

—Floriana mia, ármate de valor.

—¿Cómo ha de faltarme á tu lado?

—Tengo que hacerte una confesion penosa.

—¿Vas á decirme que no me amas?

—Esa no seria confesion, seria mentira.

—Entonces nada importa cuanto me digas. Habla.

—Mi padre vive, es muy poderoso, y yo me he casado contigo sin tu noticia.

—Mal hecho; pero á tu edad no necesitabas su licencia.

—Si la necesitaba, sí. El puesto de mi padre y el mio.... En fin, él ha sabido mi matrimonio, me ha encarcelado y ha querido apoderarse de tu persona.

—¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?

—Tanto, que difícilmente he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle, antes que los emisarios de mi padre penetraran en tu morada. Por eso te han conducido á Toledo por caminos estraviados: aquí estás mas segura que en otra parte, porque de cierto no te buscarán aquí.

—¿Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué de peligros nos rodean! Sin embargo, dices bien, en ninguna parte estoy mejor que cerca de tí. Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿por qué le irrita nuestro matrimonio?

—Tú eres española..... y yo....

—Acaba....

—Perdóname, bien mio, perdóname un engaño, hijo del amor. Cuando te vi por primera vez, fué una precaucion necesaria encubrirme con un nombre supuesto: cuando te ofrecí la mano, temí que si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.

—¿Por qué? ¿Pues quién eres? Dimelo, di pronto. ¿Quién eres tú? ¿quién es tu padre?

Abrióse de golpe la puerta por donde habia entrado el principe y apareció Flavio, con manto de púrpura y corona, trayendo de la mano á Teodosinda. Detras venian Froya y algunos grandes, esclavas de Teodosinda y guardias de la real persona.

—El padre de tu ilegítimo esposo, dijo Flavio adelantándose magistrosamente en la sala, soy yo.

—Es el Rey, dijo Froya con ronca voz.

—Es el Rey, dijo Teodosinda con una sonrisa que hacia temblar.

—¡Es el Rey! exclamó aterrada la infeliz Floriana y cayó de rodillas en el suelo, cubriéndose con las manos la cara.

—¡Bien has cumplido mis órdenes! prosiguió Flavio, dirigiéndose á su hijo: has pretendido ocultar de mis ojos á tu victima, y has quebrantado el arresto en que te puse. Vete de aquí.

—¡Señor! replicó el principe con una arrogancia que jamás se habia visto en él en presencia de su padre: yo necesito defender á...

A mi esposa iba á decir; pero una mirada fulminante de Flavio y la palabra ¡súscrito! pronunciada de una manera indefinible, le forzaron á callar. Te he dicho que te retiras: obedes, añadió

voz baja acercándose á él. Era irresistible la fuerza de esta espresion en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.

Alzate, española, continuó el Rey asiendo de un brazo á Floriana, álzate y levanta ese rostro. Floriana se puso en pie maquinalmente. Hermosa es, prorumpió el Rey como para sí, contemplándola. Hermosa es, susurraron todos, menos Teodosinda, que sin embargo, no pudo menos de corroborar el voto espontáneo y unánime de todos los circunstantes con un sí, dificultosamente articulado.

—¿Sabes, jóven infeliz, que nuestras leyes vedan el consorcio entre un godo y una romana?

—Si lo sé. Pero... yo... Mirad... vuestro hijo... Concededme unos momentos de descanso para volver en mí.

—Bien, hija, bien.

Al oír el dictado de *hija*, Teodosinda se mordió de rabia los labios.

Floriana se preparaba á mentir por la primera vez de su vida.

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

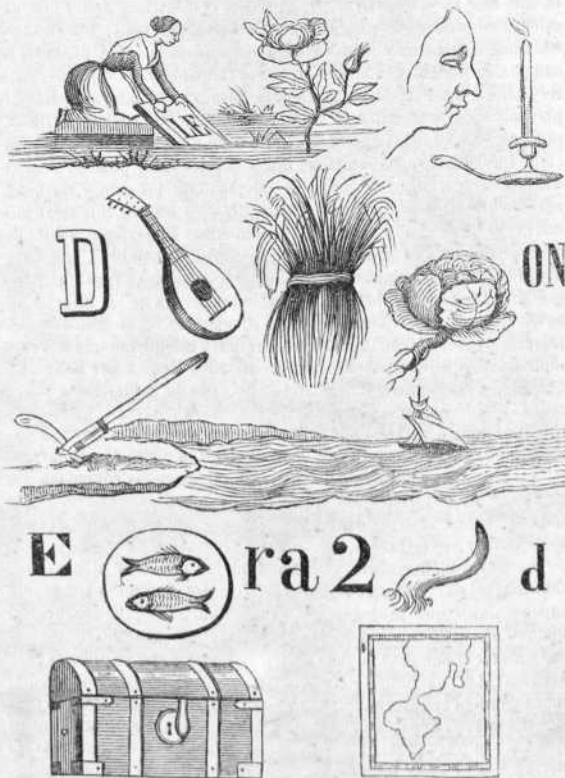
FOX Y LOS JUDIOS.

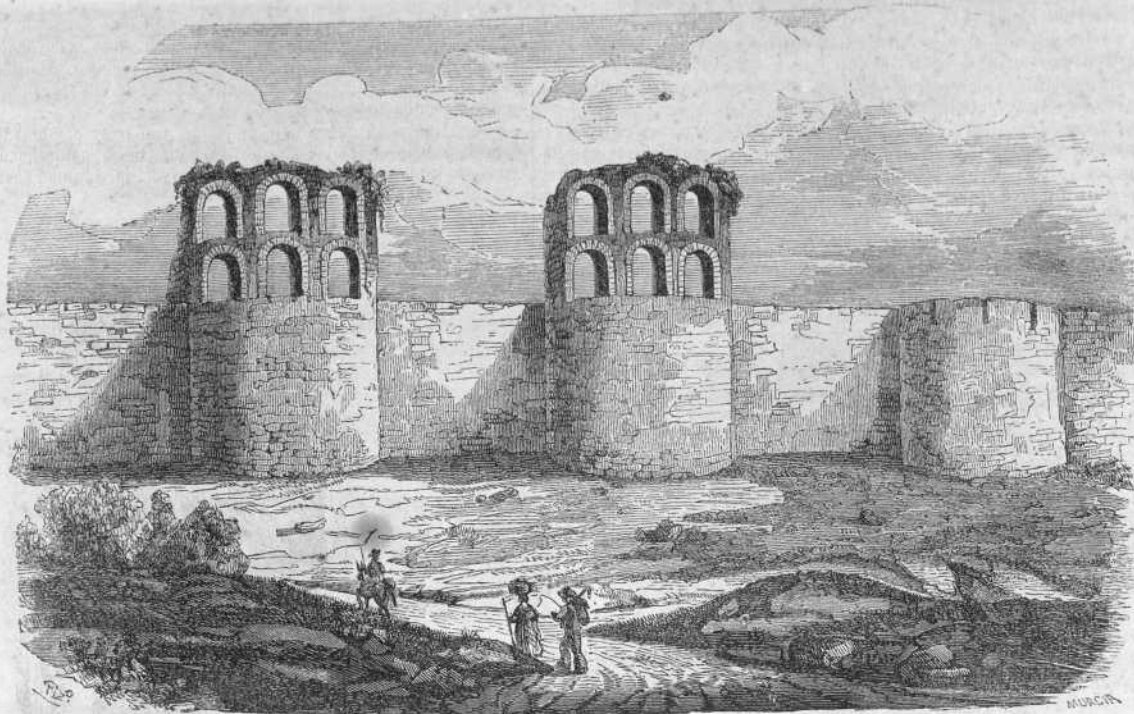
El célebre Fox habia tomado á préstamo á varios judios sumas considerables, y contaba con la herencia que le debia dejar un tio suyo para pagar sus infinitas deudas. Desgraciadamente para él, su tio se casó y tuvo un hijo. Cuando Fox lo supo, exclamó: «Ese chico es el Mesías: ha venido al mundo para ocasionar la ruina de los judios.»

LA SORPRESA DOBLE.

Un conde que tenia siempre muy desarreglados sus asuntos, fué á ver un dia á un banquero y le dijo: «Caballero, os sorprenderá que no teniendo el honor de conoceros venga á rogáros que me prestéis 200 pesos. Caballero, le contestó el banquero, mas os sorprenderá todavia, el que teniendo yo el honor de conoceros, os preste esa cantidad.»

GEROGLIFICO.





(Muralla romana de Lugo.)

LA MURALLA ROMANA DE LUGO.

El monumento cuya copia presentamos á nuestros lectores, según debió existir durante la dominación romana, y como se encuentra en nuestros días, completa el carácter histórico de la ciudad de Lugo. Sus murallas revelan la significación política de la población, así como el delicado mosaico de la calle de Batitales, cuya descripción hemos publicado en las columnas de nuestro periódico, justifica la escelencia artística de sus dominadores. Las mutilaciones de los hombres han rebajado las dimensiones atrevidas de esta obra tan maravillosa como duradera, como se puede reconocer por la lámina que acompaña á este artículo; pero lo secular de su construcción ha conservado hasta nosotros los restos venerables de sus cubos ingrietados por el tiempo y cubiertos de yedra como heraldos envejecidos que sostienen con sus hombros la moderna población.

En la cumbre de una loma que corre de Oriente á Poniente, situada entre las riberas que forman el río Miño y el arroyo Paredes, se eleva la muralla romana que circunda á Lugo, sirviendo de no interrumpido paseo á sus habitantes. Su altura comun es de doce á catorce varas, su espesor de cinco á seis, y su extensión geométrica alcanza hasta dos mil quinientos cuarenta y seis. Antes de las reparaciones que se hicieron en los años de 1809, 1825 y 1837 para hacerla servir de punto de defensa, tenía ochenta y cinco torreones: sobre algunos de estos cubos de igual salida al grueso de la muralla se elevaban las almenas correspondientes á dos pisos con ventanas de arco, las cuales servirían de retenes para la gente de armas que velaba durante la noche por la tranquilidad de la población. En la actualidad apenas se reconocen los vestigios de estas almenas que podían presentar los detalles mas curiosos de la organización militar de los romanos. La orilla exterior de la muralla está sostenida por un parapeto de cinco pies con aspilleras en los cubos para fusilería, y en algunas partes de la fábrica tiene establecidas troneras para baterías. Su construcción llama la atención de los inteligentes, porque formada de pizarra sentada en durísima argamasa, parece que su petrificación secular rechaza la destrucción del tiempo. Hacia la parte que cae sobre el campo de san Roque, á consecuencia de un próximo hundimiento en la muralla, se ha construido una nueva cortina de fortificación para la defensa de Lugo, durante la última guerra civil. En uno de los vértices que forma la nueva cortina se lee la siguiente

inscripción abierta á nuestro modo de ver en mármol de uno de los pueblos de la provincia, en mármol de Bolaño:

CUERPO NACIONAL DE INGENIEROS. A ESPENSAS DE LA EXCMA. DIPUTACION DE LA PROVINCIA DE LUGO SE HA EDIFICADO ESTA PARTE DEL RECINTO PARA LA DEFENSA DE ESTA CAPITAL CONTRA LA USURPACION. AÑO DE 1857.

Esta muralla sirve del mas ameno y pintoresco paseo de la ciudad. La vista se dilata desde su elevada posición y recorre sucesivamente las márgenes floridas del río Miño y los sotos poblados de la Gándara baja. Las casas de Lugo se acercan á su orilla interior, y mas que una ciudad parece un inmenso caserío que descubre sus huertas y corrales al transeunte. Algunas veces llega la población hasta el mismo asiento de la muralla y desembocan en un cubo los balcones de una sala, como acontece en la plaza del Castillo, al lado de la cárcel del Obispo; mas allá la muralla sube á medida que desciende la ciudad, y desde la puerta de san Pedro—hoy puerta de la Coruña—la calle del mismo nombre es registrada casi á vista de pájaro, cruzándose las personas sobre el pretil de la puerta como las sombras de la fantasmagoría. Es una perspectiva fantástica y orijinal la que ofrece Lugo al observador, siguiendo el viajero con la vista aquél as cabezas que los tejados de las casas separan de sus cuerpos para el que se encuentra sobre el pavimento de una de las calles de la población: la niebla se encarga involuntariamente de dar á este espectáculo la magia de una balada alemana ó de una vision escocesa.

La construcción de la muralla romana de Lugo debe pertenecer á los tiempos de Augusto ó Trajano: las inscripciones mutiladas que se descubren en algunos cubos de esta antigua fortificación son restos de lápidas votivas que no revelan la época á que debe remontarse su fundación. La dedicatoria de *Lucus á Augusto—Lucus Augusti*—y su clasificación de colonia romana esplican la importancia de la ciudad y el empeño de resguardarla de la invasión de los enemigos con una muralla almenada. Durante esta época, en la cual permanecieron en la población dos cohortes de la séptima légion, como centro del gobierno romano en la Galicia septentrional, con legado augustal, tribunal, y mas dependencias de un *convento jurídico*, debió tener lugar la construcción de la muralla que se ha conservado hasta nuestros días como un resto grandioso de los señores del mundo.

Sobre este monumento de la antigüedad han pasado los romanos, los suevos, los árabes, los normandos y los franceses de 1808: desde el ariete impetido por los soldados escudados, hasta el cañon de á veinte y cuatro disparado por invasores temerarios, las murallas de

Lugo han rechazado la agresión armada de diversos pueblos beligerantes. Sus almenas derruidas y cubiertas de flotante yedra, como los velos rotos de un aniversario fúnebre, han visto pasar por sus esplanadas á veinte generaciones, ya con la tranquila oliva de la paz, ya con el lábaro sangriento de la guerra.

La muralla de Lugo, como el acueducto de Segovia, el sepulcro de Escipión y otras obras romanas de España, explican la historia monumental de un pueblo que en la marcha impetuosa de sus legiones creyó encontrar en Galicia á *Finisterre*, cuando la Providencia lo tenía reservado para las caravelas españolas de Colon en las apartadas riberas de la América.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Coruña—febrero—7—1830.

COSTUMBRES DE LOS SEÑORES INGLESES EN EL SIGLO XV.

Las siguientes líneas estan sacadas del diario de Isabel Woodville antes de su casamiento con sir John Grey. El orijinal se conserva en el antiguo castillo de Drummom. Es un cuadro curioso del método de vida que llevaban los señores ingleses en aquella época aun no muy remota. Después de la muerte de sir John, Isabel Woodville se casó en 1463 con Eduardo IV; cuando Enrique IV, que se había casado con la hija de aquel, subió al trono, fué encerrada Isabel en el monasterio de Bermondsey, donde murió; sus cenizas, sin embargo, fueron llevadas á Windsor.

«*Lunes, 9 de marzo.* Me levanté á las 4 de la mañana, y ayudé á Catalina á ordeñar las vacas. Raquel, la segunda moza de patio, se escaldó una mano ayer noche: he hecho una cataplasma para ella, y he dado un dinero á Roberto para que la compre algunas golosinas en casa del boticario.»

«*Las 6.* El lomo de vaca estaba demasiado cocido, y la cerveza era demasiado añeja. *Memorandum:* aprender al cocinero por la primera falta, y remediar yo misma la segunda abriendo otra pipa de cerveza.»

«*Las 7.* He acompañado á mi señora madre en su paseo por el patio grande, he distribuido alimentos á 25 personas de ambos sexos, y he reprendido á Rogerio por haber mostrado enfado al dejar su almuerzo para acompañarnos.»

«*Las 8.* He ido al cercado que está detrás de la casa con mi doncella Dorotea, he cogido yo misma el potrillo Thomp, y he andado una distancia de 6 millas sin ponerle silla ni freno.»

«*Las 10: la comida.* Juan Grey es un joven agradable, pero ¿qué me importa? Una hija virtuosa debe estar enteramente á la disposición de sus padres. Juan ha comido poco, me ha mirado mucho, y ha dicho que las mugeres que no tenían buen genio no le parecían hermosas. Yo creo que mi carácter no es insufrible; nadie se queja de él mas que Rogerio, que es el criado mas perezoso de la casa. Los dientes blancos le gustan á Juan Grey, los míos no me parecen desagradables; me parece tambien que mi pelo es muy negro, y Juan piensa lo mismo si no me equivoco.»

«*Las 11.* Se han levantado de la mesa y todos han querido ir á pasear al campo. Juan Grey me ha ayudado á saltar las barreras y dos veces me ha apretado la mano con ardor. No puedo decir que tenga ningún reparo que poner contra Juan Grey; tira la barra tan bien como cualquier otro joven distinguido del condado, y no deja de asistir á la iglesia ningún domingo.»

«*Las 3 de la tarde.* La casa del pobre labrador Robinson acaba de quemarse; Juan Grey ha propuesto una suscripción á favor de aquel infeliz, dando él mismo nada menos que 4 libras para esta buena obra. *Memorandum:* nunca me ha parecido Juan tan bien como en aquel momento.»

«*Las 4.* He hecho mis oraciones.»

«*Las 6.* He dado de comer á los cerdos y á las aves.»

«*Las 7.* La cena está en la mesa; se ha atrasado por la desgracia del labrador Robinson. *Memorandum:* el pastel de ganso ha estado demasiado tiempo en el horno, y el tocino está deshecho de tanto cocer.»

«*Las 9 de la noche.* Todos se han acostado; estas horas postreras del día son desagradables. He hecho mis oraciones por segunda vez, pues en la primera me ha causado muchas distracciones Juan Grey. Me he dormido y he soñado con Juan Grey.»

EL LABRANTIO NIVERNENSE.

La lámina que acompaña á este artículo representa dos arados tirados cada uno por seis bueyes vigorosos y conducidos por labradores nivernenses. El primer tiro ocupa el centro de la composición,

y el segundo, que está á corta distancia, un poco escorzado, completa esta escena imponente donde se vé al hombre condenado providencialmente al trabajo mas duro, y sometiendo los animales á su yugo para dividir la tierra, fertilizarla y sacar de ella su alimento y el de su familia.

Sería imposible reproducir mejor los esfuerzos combinados del hombre y de los animales para fertilizar una tierra naturalmente rica, pero que parece prestarse á pesar suyo á la voluntad obstinada



del labrador. Entre el esfuerzo penoso de los seis bueyes de cada arado, la mirada inquieta y atenta de los que los guían, y los terrazgos enormes que erizan simétricamente la tierra á medida que se las arranca, reina una armonía de los seres vivientes con la resistencia de la tierra inerte, que afecta al espectador. Aquí, bajo una forma sencilla, hermosa é imponente, está caracterizada la condición del hombre, á quien dijo Dios: — «La tierra será maldita por tu culpa,

y no sacarás de ella tu sustento sino con mucho trabajo.» Así esta composición de género, este cuadro de animales, como podrían designarle los fabricantes de clasificaciones, presenta de hecho un objeto bíblico de los mas elevados, y bosquejado con una superioridad muy notable.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

—Yo no sé, dijo, lo que os habrá contado el príncipe acerca de nuestros amores; pero yo estoy pronta á declararos la verdad.

Nada sé, contestó el Rey, disimulando con la mayor naturalidad.

FLORIANA. ¡Ah! me alegro de poder justificar á vuestro hijo sin que nadie me fuerce á ello. Señor... sabedlo... yo hice creer al príncipe que mi nacimiento era ilustre.

(Froya y Teodosinda se miraron atónitos y descontentos.)

FROYA. Pero á Recesvinto le consta que su mujer es española.

(Bien le vino á Floriana que le dijese el nombre verdadero del príncipe, porque ella no sabía mas que el fingido de Eliodoro.)

FLORIANA. No he declarado á mi esposo el secreto de mi cuna hasta mucho despues de nuestro casamiento.

EL REY. De esa manera, mi hijo no ha delinquido en...

FLORIANA. La deliciente he sido yo.

TEODOSINDA. No dejes ignorar por mas tiempo á la española la verdadera culpa del príncipe. Decid á esa mujer ambiciosa que Recesvinto estaba tratado de casar conmigo.

FLORIANA. ¡Tratado de casar con vos! ¡Madre de misericordia!

FROYA. Decidle, por si no lo sabe, puesto que se ha criado en un desierto, que en habiéndose celebrado unos esponsales y dado el anillo, ya no puede ninguno de los contrayentes celebrar otro matrimonio, á menos que de comun acuerdo se anule el desposorio primero.

TEODOSINDA. Mis esponsales con el príncipe no se han anulado.

FLORIANA. ¡Justo Dios!

FROYA. El desposado que celebre otras bodas, queda segun la ley por esclavo de la desposada á quien es infiel.

TEODOSINDA. Y la mujer con quien se case, queda por esclava igualmente.

FLORIANA. Luego yo... luego el príncipe...

EL REY. La ley os condena á entrambos á la servidumbre.

TEODOSINDA. ¡Oh! yo perdono al príncipe.

FROYA. ¡Donoso seria ver con una argolla al cuello y rapada la cabeza al pretendiente de la corona!

FLORIANA. ¡Oh! si señora, bien haceis en perdonarle: no haceis mas que justicia, porque toda la culpa es mia: yo he seducido al príncipe, yo me he valido de todos los artificios posibles para poseer su mano.

(Cuando Floriana decia esto, no creia mentir. Su deseo de salvar á su esposo le hacia mirar en aquel momento como artificios de seducción todas las expresiones de cariño que involuntariamente le habia dirigido desde la primera vez que le dijo: «tú eres el compañero que me está destinado.»)

EL REY. Teodosinda, el perdon que concedes á mi hijo, te honra sobre manera, y yo te lo agradezco en el alma. Pero desearia que tu generosidad se estendiese tambien á esta infeliz, que acaso no sabria que mi hijo estaba ya desposado: entonces el mas culpable era él.

FLORIANA. Señor, nada puede disculparme, yo lo sabia.

(¡Mentira harta noble!)

TEODOSINDA. Ya lo veis: la verdadera culpable es esta: ella lo confiesa, y todas las apariencias lo confirman: ella era la que ganaba en casarse con Recesvinto, al paso que vuestro hijo lo arriesgaba todo al casarse con ella. Pido pues, que perdoneis á vuestro hijo y me entregéis por esclava esta mujer.

FLORIANA. Yo os lo pido tambien: castigadme á mí sola y perdonad á vuestro hijo.

El Rey ocultando su profunda conmocion, asíó de la ropa á Floriana y haciéndola dar un paso hácia Teodosinda, dijo con voz solemne:—esclava, hé ahí tu señora.

Teodosinda hizo una seña á las esclavas de su séquito para que rodeasen á Floriana, y les dijo:—llevad á mi palacio á vuestra nueva compañera. Mañana os diré lo que habeis de hacer.

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicacion. Flavio habia descubierto que su hijo habia mandado que Floriana fuese conducida secretamente á Toledo, y habia querido sorprender á los

dos esposos llevando en su compañía á Teodosinda, con quien aparentaba querer reconciliar á su hijo: Froya se habia prestado á la sorpresa, porque creia que todo cuanto concurriese á humillar al pretendiente del solio, le alejaba mas y mas de sus gradas. Las miras de Flavio iban mucho mas allá. No le daba cuidado ninguno el riesgo de esclavitud en que habia puesto á su hijo, ni el desconcep-to que pudiera seguirsele: la autoridad del padre estaba muy afianzada y las prendas del hijo eran sobrado conocidas para que pudiese perjudicarle la noticia de haber celebrado un casamiento desigual, grave crimen en un godó pobre, pero cosa de menos valer en un poderoso. Flavio, aunque rey electivo, habia sabido hacerse respetar mucho y temer aun mas: tenia casi todas las cualidades de un gran monarca, y para ser tirano le faltaba muy poco.

IV.

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre y venturosa consorte, habia pasado en pocas horas al estado de mujer divorciada, á la condicion de sierva: rápida como un relámpago habia pasado por su mente la idea de estar casada con un príncipe, y en el mismo momento se habia visto privada de esposo, de libertad, de esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué seria de ella entregada á los caprichos de un rival? ¿Qué seria de ella cuando la mirase Recesvinto? ¿Qué si no la miraba? ¿Qué seria de él? ¿Cómo aquel hombre de tanto brio habia sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y de una competidora? Recesvinto no la habia amado nunca:—y sin embargo, Floriana á pesar de todo no podia menos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormian encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, solo breve tiempo domina el dolor. Veíase infeliz; pero se sentia inocente, consuelo el mas poderoso que existe. Veíase esclava; pero en Toledo no habia nadie que la hubiera conocido en el estado de libre. Como se habia criado en un retiro, no le causaba rubor el pasar de un estado próspero á un estado abatido: sentia pues su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor del que padece. No tenia padres ni deudos á quienes afligiese su desventura: tambien es parte de consuelo padecer solo. Por último, se habia esforzado á salvar ó disculpar al hombre que amaba; se habia sacrificado por él; no podia dudar á pesar de las apariencias, que su sacrificio seria justamente apreciado por el hijo del monarca, y le quedaba la dulce complacencia que produce una accion noble. Así, despues de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado á la victoria debida á su heroico valor. Yo haré ver, dijo interiormente con una resolucion del todo española; yo haré ver en el estado de esclava que la muger en quien puso Recesvinto los ojos, no era indigna de ascender á se lecho. Una fervorosa oracion acabó de restablecer en su espíritu aquel género de tranquilidad que su situacion permitia: la tranquilidad de la resignacion, que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto á la voluntad del cielo, y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente, las esclavas hicieron tomar un baño á la nueva compañera, la vistieron el hábito de su clase, corto y sin mangas; pero rico segun convenia á la opulencia de la casa; y con el caballo tendido la llevaron á presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, ó como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardia y gusto á los ojos de la mujer que habia reinado en el corazon de Recesvinto. La satisfaccion del triunfo animaba su rostro, blanco si, pero ordinariamente descolorido: era Teodosinda, alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca: era hermosa muger, y sin embargo le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo intimo del alma sale á los ojos, brota en el lábio y vibra en el acento: faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez habia podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces la favorecian tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil; ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento á su faz severa, gallardia á sus ademanes y desusado tono á su habla; prestaban á su hermosura prodigioso realce: la envidia afea; pero la malicia y la fatuidad por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como victima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolucion suficiente para aventurar una mirada furtiva hácia su señora, hábole de hacer tan terrible impresion el júbilo derramado por

aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: había comprendido el secreto de aquella sorpresa, y había visto también en una mesa trípode á la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

—Ven, mujer, ven, dijo Teodosinda á Floriana con todo el cañiño que cabe en el que tiene enteramente á su disposición á un contrario: yo he querido honrar la hermosura que ha sido capaz de avasallar á un príncipe; y así la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de suerte, será la que te despoje de tu cabellera y ciña tu garganta con el collar que te declare por mía. Lástima es por cierto que esa rica madeja haya de sujetarse al hierro: lástima es que ese cuello de alabastro haya de cubrirse con un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que sea esta la suerte que te ha cabido, suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva mas inmediata á mi persona, me vestirás, me harás el trenzado, estarás á mi lado siempre, y dormirás al pié de mi cama.

—Gracias, señora, respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los pies á su ama: toda la sangre se le agolpó á las mejillas á Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse empero, se hincó de rodillas, sus largos y hermosísimos cabellos ondearon por el suelo, cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pie de Teodosinda, quien desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó bondadosamente la mano: un ardiente beso y una lágrima aun mas ardiente comunicaron á aquella mano un temblor convulsivo. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender á Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella muger, que aun sabia enternecer á una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura, y sus facciones, que por primera vez acaso habían brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Así pues el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: —derecho tengo sobre tí casi de vida y muerte; mira cómo me sirves. —En seguida, dejando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió á la paciente jóven con la mano izquierda una porción del cabello, y tirando suavemente de él hacía atrás, la obligó á levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente á sí misma: —¿pero es en efecto esta muger tan hermosa? —No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá menos todavía: —y sin perder tiempo empuñó las tijeras y quedó despojada de su natural adorno aquella hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósole, cerró el candado, y entonces volvió á mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios que traducida en palabras significaba: bien estás así. El collar tenía la marca ó las iniciales de la señora.

Froya vino un momento despues. Al ver á Floriana, hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razon que podían servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase á la basílica: Froya enojado se negó con dureza —Anda, le contestó, sola con tus esclavas, anda á lucir por las calles la nueva adquisición que has hecho. Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso á salir y mandó á Floriana que la llevase la piel sobre que había de arrodillarse en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya había una porción de gente agolpada, pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querían conocer á la romana que había osado aspirar á princesa. Su modesto porte reunió todas las opiniones de los que la miraban en estas dos exclamaciones: ¡cuán desgraciada! ¡Cuán hermosa! Froya, asomado á un balcón, siguió con la vista á la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo: su padre la noche antes le había mandado salir á sosegar á los vascones que principiaban á alborotarse.

V.

Jamás había mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenía en su poder á Floriana: la señora competía con la sierva y se valía del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

—Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un día su hermano.

—Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviría de mala gana, pero he visto que no. Nacida para la servidumbre, se ha conformado con su suerte.

—Quizá es que tiene un espíritu demasiado elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas extraordinariamente obligándola á esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus aden-

tros y se dice á sí misma: —Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa para hacerle ver que valgo mas que ella.

—¡Si tal supiera! ¡Yo envidiosa! Pero ¡cómo es que has variado tanto de opinión respecto de los españoles, á quienes tanto despreciabas antes?

—Los desprecio aun lo mismo.

—¿Y á las españolas?

—También.

—¿A todas sin escepcion?

—¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

—Locamente.

—Cuidado cómo me la tratas entonces.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba grangeando.

Mientras tanto pasaban dias y dias, y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del príncipe. Si Teodosinda le había perdonado, había sido con la esperanza de que el Rey haría que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey y no había cartas del príncipe.

Froya y su hermana comenzaron á dar oídos á ciertos próceres descontentos que atizaban en secreto la rebelión de los vascones. Decidieron en fin á hacer causa comun con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligacion la noche misma en que fué jurada. Al siguiente día se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya bastante tiempo para que el príncipe conociera su yerro, le había escrito que se preparase para dar la mano á su antigua desposada, si esta se dignaba admitirla: á Froya le mandó restituirse á su gobierno; con esto quedó la conspiracion deshecha en un punto. Froya separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos: Teodosinda, esperanzada de ser esposa del príncipe, no había de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la division era segura y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió á su hermana, llamándola burlescamente *su futura reina*, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el duque una joya de gran valía, la posesion de la hija del valle.

Negóse Teodosinda á desposarse de la sierva; pero el gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque solo siendo amo de Floriana consentia en cesar de oponerse á la exaltacion de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda á las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el mas cruel y repugnante de cuantos le había prestado: Teodosinda mandó escribir á Floriana una carta para el príncipe, en la cual, segun las instrucciones del Rey, le permitía aspirar de nuevo á su cariño: la turbada amanuense tuvo que trazar entre otras estas durisimas expresiones: —«Creo que habrás olvidado completamente á la villana que fué tu esposa: de ella puedo asegurarte que ya no se acuerda de tí.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona: por fortuna la ilustre Teodosinda no podia conocer sino los borroneos. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor, pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en direccion de Segóbriga el duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles: venia la noche y el duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un bulficioso rio, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres: iban los viajeros á entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados de espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se estienden por espacio de una milla en forma de *Hoz* ó de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya había observado que les habían ido siguiendo mañana y tarde unos hombres á caballo que aparecían á lo lejos en lo llano, y desaparecían entre las fragosidades. El sitio era peligroso y la hora mala: por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir á sus esclavos una arca; púsose una ligera armadura de aros y un casco romano antiguo de finísimo temple que presentó sonriéndose á Floriana para que lo reconociese: la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestad el duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guia con los caballos del diestro: detrás á cierta distancia habían de caminar dos soldados: Floriana en el centro y él á su lado para acudir donde hubiese peligro: todos á pie, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballería. Las precauciones que el duque tomaba hubieron de asustar un poco á Floriana, y mirando cuidadosamente á la cumbre de la mano izquierda, dió de pronto un grito que puso en cuidado á los cinco viajeros: le había parecido ver un hombre en lo mas alto de

las peñas. Tranquilizóse Froya al momento reparando que realmente en la cima del cerro por aquel lado descollaba una peña alta, estrecha y redonda (1), que de improviso y en aquella hora podía sin duda parecer una persona á los ojos de un medroso: Floriania sin embargo creyó que había visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detrás del peñasco estaría el hombre. Sin mas detención se internaron en la hondonada: ya allí la oscuridad era mayor por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrían á trechos. Pisaba Floriania con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruida, de modo que por la lentitud de su marcha los soldados que habían de guardarles la espalda, los alcanzaban á cada instante y tenían que detenerse. Froya, ageno ya de temor porque habían caminado sin novedad la parte acaso mas peligrosa del estrecho, mandó á los soldados que siguiesen adelante y se reuniesen con los esclavos: quería coger del brazo á Floriania y no gustaba que nadie lo viese.

—Asete aquí, le dijo froya con cierta aspereza fingida: si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

—¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡una esclava!

—La esclava cuyos cabellos ornan mi capece, bien puede rozarse con mi persona.

Floriania modesta y confusa tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al parage mas desahogado del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca perpendicularmente cortada: en ella, á la altura de cinco á seis estados, se veía un nicho natural casi lleno de guijas tiradas allí por los caminantes: al pie, un monton de cantos que dirigidos al nicho no habían entrado en él, ó habían rodado cuando entraban otros.

—¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero? preguntó afablemente Froya á Floriania señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriania: su viaje á Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria; parecióle que se hallaba en el Valle del Paraíso, libre y feliz, travesando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brio y desapareció en el fondo del nicho.

—¡Bien, dijo entusiasmado Froya, no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

—Lo ignoro completamente, señor.

—Hay un pronóstico, ó por mejor decir, hay dos pronósticos en este país á cerca de ese nicho. El viagero que mete en él una piedra, está seguro de volver á pasar por aquí.

—Es decir que por lo menos saldrá de este paso con vida. Ese es el primer agüero: ¿y el segundo?

—La jóven que introduzca allí una piedra, se ha de casar antes de un año.

—No se verificará ese agüero en mí: yo no puedo ser casada.

—¿Por qué?

—He sido divorciada porque mi matrimonio era nulo: he confesado que le contraje nulo á sabiendas: justo es que pague la pena de mi culpa: para mí no hay casamiento posible.

—No es justo eso, porque no es verdad: Recesvinto es el verdadero culpable, porque él sabía que no podía ser tu esposo, y te ocultó el obstáculo. Todo me lo ha confesado el sacerdote que os desposó, que es por quien yo tuve noticia de ti antes que fueses á Toledo. Tú puedes en conciencia casarte; Recesvinto no.

—El rey falló ya en virtud de mi declaración.

—Tú puedes y debes declarar otra cosa: Flavio debía haber sido menos precipitado y haber apurado la verdad del hecho. Pero aun no es tarde para reparar una injusticia. Flavio poco puede vivir: y aunque viviese mucho tiempo, aunque subsistiera el fallo injusto que tú has provocado locamente, Recesvinto se halla en una provincia inquieta... y puede morir.

—¡Oh! ¡No lo permita Dios!

—¿Le amas todavía? Despues de su indigno porte contigo ¿podrías conservarle inclinacion alguna? ¿Consentir que pasaras á ser esclava de tu rival, no hacer nada por ti, no verte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá la mano de mi hermana! ¿Merecen mas que odio y desprecio tan infuca traicion, tan horrible abandono?

—Yo no puedo creer que el príncipe sea tan inhumano.

—¿Qué motivos tienes para dudarlo? Quien principió engañándote ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiera amado, si tuviese corazón de hombre ¿te hallarías tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava

(añadió con un entusiasmo que amedrantaba) el duque Froya, enemigo despreciador constante de tu raza, el duque Froya que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el duque Froya tu amo, que jamás ha mentido, y que jamás ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama y te pide tu amor.

—¡Ah señor, señor, qué dices! Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre, y sé lo que manda la fé en que me he criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

—Si hay crimen aquí, mío es tan solo y de él daré cuenta. Floriania, tú has de ser mía.

—Jamás.

—¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? Eh, comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriania, que aunque hubieses visto postros á tus pies mil amantes, ninguno debiera darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todos las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí: yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente y superar sin embargo tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar sin embargo elevada sobre tu clase y obligar á que te respetaran tus compañeros, tu señora y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco: no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo como mereces.

—¡Oh, señor, cuánto te debo! ¡qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creia feroz, insensible: ¡oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca á mis mismos ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable, cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesión mas decidida: no puedo concederte mas sin que me desprecies tú propio.

—Mira, Floriania: mi carácter es adusto y silvestre: mis gobernados tiemblan delante de mí: colócate tú entre ellos y mi persona: sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades: aborrezco á tu pueblo; pero adoro tus gracias: sirve á los tuyos mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento *yuras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

—No.

—Floriania, acabemos. ¿Recesvinto vale mas que yo en prendas del alma?

—Quizá no.

—¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

—No.

—Mas valeroso y constante, de seguro que no: tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

—Y yo lo creo.

—¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

—He sido su esposa.

—¡Floriania! ¡Floriania! exclamó aquí arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasión el ardiente godo. ¿Quieres ser solemnemente mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel momento el rostro, la espresión, la voz, el ademan, hasta el aliento de Froya, tenía la magestad del león que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriania, agitada, recogiendo con fuerza las riendas de su razon que se estraviaba, dijo al duque con inefable dulzura, y arrasados los ojos de lágrimas:

—Señor, el día que con la faja blanca y roja me enlazaron á Recesvinto, le prometí no ser nunca de otro, aunque le sobreviviera: él me ofreció lo mismo, y no lo ha cumplido: yo no quebrantaré mi palabra.

—Tú has querido tu pérdida, gritó entonces el godo rugiendo como un tigre. Así entre sus fornidos brazos á Floriania, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada que subía serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriania al desaparecer en la espesura dos ó tres gritos de angustia que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

(1) Saliendo de Tarancón, se descubre aun al entrar en la Hoz de Paredes una peña como aquí se describe.

(1) No tengo noticia de que se usase este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino del que se hablaba al fin de la leyenda. Nota del editor.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya espresion era indefinible: un momento despues salió corriendo Floriana de entre los árboles á la senda: entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento despues apareció Froya retirándose hacia la senda, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental: los cabos del turbante revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos, los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana, que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unian por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

—¡Piedad! exclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás y asíó de la mano á Floriana.

—¡Séltame, quien quiera que fueres, dijo Floriana á su libertador: yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

—Déjala venir conmigo si quieres, juro que puede ir segura.

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habian caminado en un profundo silencio, subian la cuesta de Segóbriga, el casco romano del duque habia quedado en el sitio de la refriega.

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

ESOPPO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

¿No parece fatalidad que los hombres que mas han contribuido al progreso del género humano, los hombres que mas honran al pueblo que los vió nacer no hayan encontrado apologistas, ni tan siquiera biógrafos, mientras principes imbéciles, mientras guerreros sanguinarios y salvajes han encontrado quien trasmita á la posteridad los detalles de su vida tan pródiga de horrores? ¿No es una mengua para la humanidad que se llama sábia á sí misma que separamos á ciencia cierta de las devastaciones de Atila y las piraterías de Barbaroja, é ignoremos casi enteramente las mas importantes acciones de Homero, de Cervantes y de Esopo?

Nada mas cierto, y nada mas natural. Es uno de los tristes privilegios de que el génio goza. Vivir en lucha mortal con sus semejantes que no gustan de ver sacadas á plaza sus miserias por los sábios, y morir sin una lágrima de reconocimiento, sin un aplauso, y á veces sin una página en la historia.

Homero y Esopo, los dos génios que mas han merecido de la posteridad, no han sido evocados de su tumba por esa caterva de biógrafos modernos que han sentado en los cementerios sus reales. Y cuenta que Homero, que no es solamente padre de los Dioses, sino tambien de los buenos poetas, y Esopo, en mi opinión debiera colocarse en el número de aquellos sábios griegos tan celebrados, porque él enseñaba la verdadera sabiduría, y la enseñaba mejor que ellos sin reglas, sin silogismos y sin definiciones.

Cierto que han escrito algunos la vida de este grande hombre, pero los entendidos de nuestros tiempos las tienen por fabulosas: la que escribió Planudio en particular. Debemos, sin embargo, tener presente que cuando Planudio vivia no estaban aun olvidados los recuerdos de Esopo, y debió saber por tradicion lo que nos cuenta. Aparte de las inverosimilitudes y las trivialidades en que dá, me parece el biógrafo mas merecedor de crédito.

Esopo era frigio, natural de una aldea llamada Amonium. Nació en la quincuagésima séptima olimpiada como doscientos años antes de la fundacion de Roma. Difícil fuera decir si debió mucho ó poco á la naturaleza, que al dotarle de sobrenatural talento, le hizo tan feo y deforme, que apenas tenia figura humana, sobre tener en la lengua un impedimento fisico que le estorbaba el hablar. Aunque no hubiera nacido, como nació, esclavo, con estos defectos lo hubiera llegado á ser irremediamente; pero debemos advertir que su alma fué siempre libre.

Su primer dueño le encomendó la labranza de los campos, ó por que le creyó incapaz de otras tareas, ó porque no quiso tener en su

presencia á todas horas un objeto tan desagradable. Sucedió, pues, que le regaló un día uno de sus arrendadores higos que le agradaron de tal manera que mandó á su criado Agathopo llevárselos despues del baño. Quiso el azar que Esopo tuviese que abandonar los campos aquel día, y aprovechándose Agathopo de tan buena coyuntura se comió con sus camaradas los higos echando la culpa á Esopo, en la creencia de que no podria justificarse. Los castigos que daban á sus criados los antiguos eran crueles, y esta falta de las mayores. Postóse Esopo á los pies de su señor, y dándose á entender lo mejor que pudo, le pidió por toda gracia que retardase un momento su castigo. Concedido que le fué, corrió á buscar agua caliente, la bebió en presencia de su señor, y con meterse los dedos en la boca arrojó cuanto en el estómago tenia. Ni el menor rastro de higos. Justificado así pidió por señas que se obligase á sus acusadores á otro tanto, y como su dueño por curiosidad aprobó aquella feliz idea, viéronse descubiertos por el idiota, y recibieron el merecido de sus calumnias y de su gastronomía.

Ocupado en sus trabajos estaba el día siguiente cuando se acercaron á él algunos viajeros estraviados, Sacerdotes de Diana, segun biógrafos de nota, y le suplicaron por Júpiter hospitalario que les mostrase el camino del pueblo. Obligólos primeramente el Frigio á descansar á la sombra, y despues de darles frutas y cuanto tenia, puso empeño en acompañarlos, por lo cual rogaron los viajeros á Júpiter que recompensase aquella caridad. Esopo á su vuelta se durmió, rendido por el calor y el cansancio, y vió en sus ensueños que la fortuna le sanaba de la lengua, otorgándole el don magnífico, que llegó á ser en sus manos una ciencia universal. Gozoso con la aventura despertó sobresaltado, y al conocer que no habia sido ilusion; —¿Que es esto? exclamó—mi lengua es libre... ya puedo pronunciar todas las palabras que antes solamente comprendia.

Esta maravilla fué ocasion de que cambiase de dueño. Habiendo Zenao, sobrestante ó jefe de esclavos, castigado rigorosamente á uno por una falta muy leve, Esopo le reprendió amenazándole con publicar sus injusticias. Por venganza Zenao contó á su dueño que el frigio hablaba, pero que solamente hablaba blasfemias de él. Dióle crédito el señor, y fué tan allá en lo agradecido que le regaló á Esopo, sin restriccion alguna, para que dispusiera de él á su capricho. Como un comerciante quisiera algunos días despues comprar á Zenao una bestia de carga, el sobrestante le respondió:

—No puedo venderte animales que son de mi dueño, pero si te venderé si quieres, uno de nuestros esclavos.

Llamó, pues, á Esopo, y el mercader dijo al verle.

—¿Me propones por burla este negocio? ¿comercio yo en elefantes? Esopo le llamó y le dijo:

—Cómprame sin temor, que te será muy útil. Si tienes hijos, charlatanes y juguetones, mi cara los hará callar, y los criados los asustarán conmigo como si yo fuera el coco.

Esta ingeniosa sátira de sí mismo agradó al comerciante, que al fin le compró por tres óbolos diciendo:

—¡Prez á los Dioses! la alhaja no vale la pena; pero tambien me cuesta poco dinero.

El comerciante, que traficaba en esclavos, vendió en Efeso cuantos poseía reservándose únicamente un cantor, un gramático y Esopo, á quienes llevó á la feria de Samos; pero antes de presentarlos al público vistió á los dos primeros con todo el lujo posible, como hacen los mercaderes para deslumbrar, y cubrió á Esopo con un saco para qué, situado entre sus dos compañeros aumentase su esplendor.

Presentáronse varios compradores, y entre ellos un filósofo llamado Xanto, que preguntó al gramático y al músico qué sabian hacer.

—Todo,—respondieron ellos con la arrogancia característica á los de sus profesiones.

Riolo el frigio, y tan feo debió de ponerse con la risa, que Planudio pondera lo poco que faltó para que el filósofo tomase asustado las de Villadiego, pero por no volver á casa sin feriarle, sus discípulos le aconsejaron la adquisicion de aquella especie de hombre que de tal manera reia, y Xanto, persuadido, compró el poeta en sesenta óbolos. Al preguntarle como á sus compañeros—antes de cerrar el trato, para qué le serviría; Esopo respondió:

—Para nada. Esos egoistas lo han aprendido todo, y cuando vine al mundo ya tenian privilegio esclusivo del saber humano.

El cantor valió á su dueño mil óbolos, y el gramático tres mil.

La muger de Xanto tenia tan exquisito gusto que nadie la agradaba, de manera que el filósofo como era todo un sábio creyó que para que su muger no se le enojase necesitaba de una chanza al anunciar su compra, y la avisó que llevaba un esclavo el mas bello del mundo. Con este anuncio las doncellas de su servicio se le disputaban para amante; pero al verle una se tapó los ojos, otra huyó despa- vorida y otra prorumpió en lastimosos gritos. No fué tan comedida la

muger del filósofo que lo tomó en cuenta de burla, y aun dijo que su marido desde antaño quería deshacerse de ella, con que hubo quejas y lágrimas, y se acalararon á punto que pidió su dote sin los gananciales, por supuesto, y se quiso retirar á la casa paterna.

Sin embargo, recurrió el filósofo á su paciencia, que era como de casado, y Esopo á su buen talento, y ajustaron la paz.

Pero en verdad que si fuéramos á referir todos los arranques sublimes de su genio, sería cuento de nunca acabar y aun no podría por ellos juzgarle la posteridad como merece. Diremos, no obstante, uno de los que mas fama le ganaron, porque le puso en parangon con su ignorante dueño.

Un hortelano, á quien el filósofo había querido comprar ensalada por sí mismo, le rogó, que le sacase de una duda que tocaba muy de cerca á la filosofía... y á sus hortalizas. ¿Por qué, le preguntó, los frutos que planta el hombre, aun cuidados con esmero, no producen ni crecen tanto como los que la tierra produce naturalmente sin cultura? Xanto lo atribuyó á la Providencia, como hacemos con todo lo que no alcanzamos á comprender; pero Esopo llamó aparte riéndose á su dueño, y le aconsejó dijera al hortelano, que le había dado tal respuesta por no rebajarse á pensar en aquello, que asuntos de tal ralea los dejaba él por lo comun á su esclavo. Retiróse, pues, el filósofo de allí, y el frigio comparó la tierra á la muger que casada en segundas nupcias con un viudo con hijos prefiere los suyos propios á los de él, y aun les quita el pan á los unos, para dárselo á los otros. Así dedujo que la tierra adoptaba forzosamente los plantíos del hombre, y reservaba su ternura que es su savia para sus hijos naturales, madrastra y madre cariñosa á un tiempo. Tan contento quedó el hortelano con el apólogo que ofreció al poeta todos los frutos de su cercado.

En otra ocasion se renovaron las hostilidades entre el filósofo y su muger, porque Esopo, á quien había dicho el primero en un festin, dándole algunas fruslerías, lleva esto á mi buena amiga, se las dió á una perra en quien Xanto adoraba. Y como preguntase á la vuelta á su muger que le parecia el regalo, hizóse esta de la maravillada, y Esopo por consiguiente fué llamado á declarar.

Xanto que aprovechaba todas las ocasiones para castigarle, le preguntó:

—¿No te dije terminantemente: lleva esto á mi buena amiga?

—Si señor, respondió el frigio; pero yo no tengo por buena amiga á la muger que habla de divorcio por un quitame allá esas pajas. La perra por lo contrario siempre es buena amiga, aunque la castigais ó la acariciéis.

Abochornado el filósofo dióse por convencido; pero no así su muger que montó en cólera, y se separó de él. Ni ruegos de parientes ni de amigos le bastaron, conque el pobre filósofo estaba tan triston y descolorido que daba grima. Y mas adelante hubiera llegado en las ideas de suicidio que le empezaban á apuntar en el cerebro, si Esopo no hubiera inventado un expediente digno de su chirúmen. Hizo aprestos y compras como para un festin, y haciéndose enconradizo con un criado de su señora, le dijo que como ella no queria volver al redil nupcial, Xanto pensaba casarse.

Al otro dia por celos, ó por espíritu de contradiccion, tornó á casa del filósofo la oveja descarriada.

VICENTE BARRANTES.

ROMANCE SEMI-ESDRÚJULO. (1)

DESPEDIDA DE UN TEÓLOGO.

Bellísima doña Próspera,
Que entre celages de tul
Sois en esa reja émula
De la aurora y de la luz.

Perdonad si con voz tímida
Y con humilde actitud
Me acerco á vos, aunque trémulo,
Ya sin disfraz ni capuz.

No me vengais con escrúpulos
Ni severa rectitud,
Que como sabeis no sirvele
A perro viejo el *tús tús*.

Mañana me voy á Córdoba
Con un pariente andaluz
Que torna al hogar doméstico
Desde la villa de Irún:

Y no fuera hombre político
Ni de sentido comun,
Si á veros no adelantárame
Para deciros... *agur*.

Espero, pues, vuestras órdenes,
Señora, y ellas segun,
Obraré en todo solícito
Con la mayor prontitud.

Yo ya sé que de los jóvenes
Vuestra terrible segur
Ciega las amantes súplicas,
Roba la paz y quietud;

Pero sois tan hermosísima,
Que á jugar voy el albur
De deciros... ¡voto al chápiro!
Mi tierna solicitud.

Bien sabeis que tengo crédito
De formal, y que... ¡Jesús!
Jamás he sido romántico,
Petardista ni tahir.

Como estudiante teólogo
Os juro por Belcebú
Que soy de lo mas pacífico
Que se halla de Norte á Sud,

Y aunque lei muchos párrafos
De Dumas y de Arlincourt,
Hace tiempo que á este género
Le tengo puesta la cruz.

Yo jamás en cuanto á música
Supe el *sol la mi ré ú*;
Pero sino canto óperas,
Suelo cantar el Mambur.

Y aunque no entiendo las fórmulas
De la *trant* y de la *poul*,
Sé bailar bien una jácara
Y á veces una *padedú*.

En charlar soy algo pródigo,
Y en escribir mas aun,
Y si no le llamo *céfiro*
A los vientos de *Estambul*,

A la huerta triste *páramo*,
Ni á don Anselmo *Monsieur*,
Ni al oro metal *purísimo*,
Ni al blando fango *betun*,

Fruta *opipara* á los *nisperos*,
A la motera *abedúl*,
Ni acompaño en eco tétrico
Mis quejas con el *mas piu*,
Hablo en castellano explicito,
Escribo versos en u,
Al *rábano* llamo *rábano*,
Al *altramuz* *altramuz*;

Nunca hablo en estilo *bíblico*
De David y de Saul,
Y si alguno dice *Lázaro*
Yo lo respondo *ego sum*.

Sin que pretenda poético
En vapores de *tisú*
Llamar á mi pluma *cítara*
Y á mi garganta *laud*.

Esta, señora, es mi índole,
Que os muestro con amplitud,
Para que no me creyérades
Estúpido ó avestruz.

Perdone de vuestra mágica
Belleza la escelsitud
Si trato de mi amor sincero
Como de un *almoradús*....

(1) Esta composicion, que acaso podrá chocar por insustancial y chavacana, la hizo el autor á consecuencia de una apuesta y en un corto término dado, sosteniendo contra la opinion de algunos amigos suyos, que se podia hacer un romance de extension con este difícil asonante y el esdrújulo alternado.

Peró sois tan bizarrísima
Que, por San Vicente Paul,
Quien por vos no esté frenético
Es un pedazo de atún

Ya veis que me he puesto súbito
Todo el fondo del baul
Con el frac, y por apéndice
Rico baston de bambú.

Y si militar hallárame
Yó don Lázaro Agramunt,
Acercárame aquí bético
Con espada y bericú.

No juzgues que esto es andrómida
De mi galante habitud,
Pues he perdido la brújula
Buscando de vos en buz;

Y así sin creerme *sátrapa*
Mirad por el cielo azul
La sentencia que me diéades
Para calmar mi inquietud.

Sois á los ojos ¡Oh Próspera!
De nuestros amantes clubs
La joya mas enigmática
Que ha producido el Perú:

Y aunque para vuestra insula
Yo soy un pequeño mur,
Me arastra, señora, el mérito
Que tiene vuestra virtud

No exijo que en tierna *hipérbote*
Me conteis ahora.... ¡uff...!
Matariame un monosilabo
Lanzado con acritud.

Suplicoos, pues, que en epístola
(¡Ay por vuestro *canesú!*)
Me remitais presto á Córdoba
Con el amor la salud:

Pues si mi suerte no es *próspera*
Ser puede que *pour amour*
En vez de viajar intrépido
Me vaya monge á *Saagunt*.

O en lugar de ir en *acémila*
Que me lleve un atahud
Al hoyo, que de este tráfago
Es el término común.

—
Esto dijo un Escolástico
Entre *galante* y *gandul*
A cierta viudita rijida,
pero *rozagante* aun.

J. GUILLEN BUZARÁN.

EL CASAMIENTO.

Le aconsejaban á un padre que no casara á su hijo tan pronto,
sino que esperara á que tuviera mas juicio.

—Se equivocan VV., contestó el padre, si se espera á que mi hijo
tenga juicio no se casará nunca.

ORGULLO DE UN BANQUERO.

Un marqués le dijo á un banquero: «Debe V. saber que soy hombre
de calidad.» El banquero le contestó: «Y yo soy hombre de
cantidad.»

Ha llegado la época en que la aristocracia financiera compite en
orgullo con la nobleza.

EL AMOR Y LA LUNA.

El amor se parece á la luna: cuando no crece, es preciso que
mengüe.

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES.

Los hombres dicen de las mujeres todo lo que se les viene á la
boca: las mujeres hacen de los hombres todo lo que se les antoja

UNA SINCERIDAD CRUEL.

Una viuda que hacia poco habia perdido á su marido, lloraba
su muerte derramando abundante cuanto amargo llanto: quisieron
consolarla, pero ella contestó:

—Dejadme ahora que llore todo lo que quiera, que despues no
volveré á acordarme de mi difunto.

LA HERENCIA DE LA GULA.

Un hombre muy gloton decia: «Mi padre comia mucho, y mi
madre comia mucho tiempo, yo participo de ambas cualidades.»

LA VELETA.

Una señora sostenia en una tertulia, que la muger era mas perfecta
que el hombre, porque siendo la última obra que Dios habia
hecho, se debia creer que habia reunido en ella todas las perfecciones
de las demas criaturas. Un bromista dijo entonces que Dios era
un gran arquitecto, porque despues de haber concluido su edificio,
habia puesto en la cúspide una veleta.

EL PORTERO EXACTO.

Le preguntaron á un portero si estaba su amo en casa, y contestó
que no. ¿Cuándo volverá? Le preguntaron otra vez. El portero respondió:
«Cuando el amo manda que se diga que no está en casa, no
se sabe cuando volverá.»

EL CUADRANTE

Un sujeto mandó á su criado que fuera á ver qué hora señalaba
un cuadrante solar que habia en el jardin encima de un pedestal
porque queria arreglar su reloj con el sol. Despues de dar varias
vueltas alrededor del cuadrante, sin poder encontrar el medio de
conocer la hora, cargó con el cuadrante, y se le llevó muy oficiosamente
á su amo diciéndole: «Señor, tenga V. la bondad de verlo
V. mismo, porque yo no lo entiendo.»

RUEGO DE UN MARIDO.

Un sugeto muy devoto estaba leyendo un dia la Santa Escritura,
y llegó á un párrafo que decia que un hombre, por castigo de sus
pecados, fué poseido por un demonio mudo. Entonces el devoto con
todo el ardor de su alma, se arrodilló diciendo: «¡Dios mio, si un demonio
de esta clase se apodera de mi muger, no la libres de él, or
lo ruego!»

OCURRENCIA FELIZ DE UNA SEÑORA.

La fueron á decir á una Señora que tenia mas de 80 años que
otra señora de mas edad que ella acababa de morir

—«¡Cielos dijo aquella, ya no habia mas que esa muger entre
la muerte y yo.!»

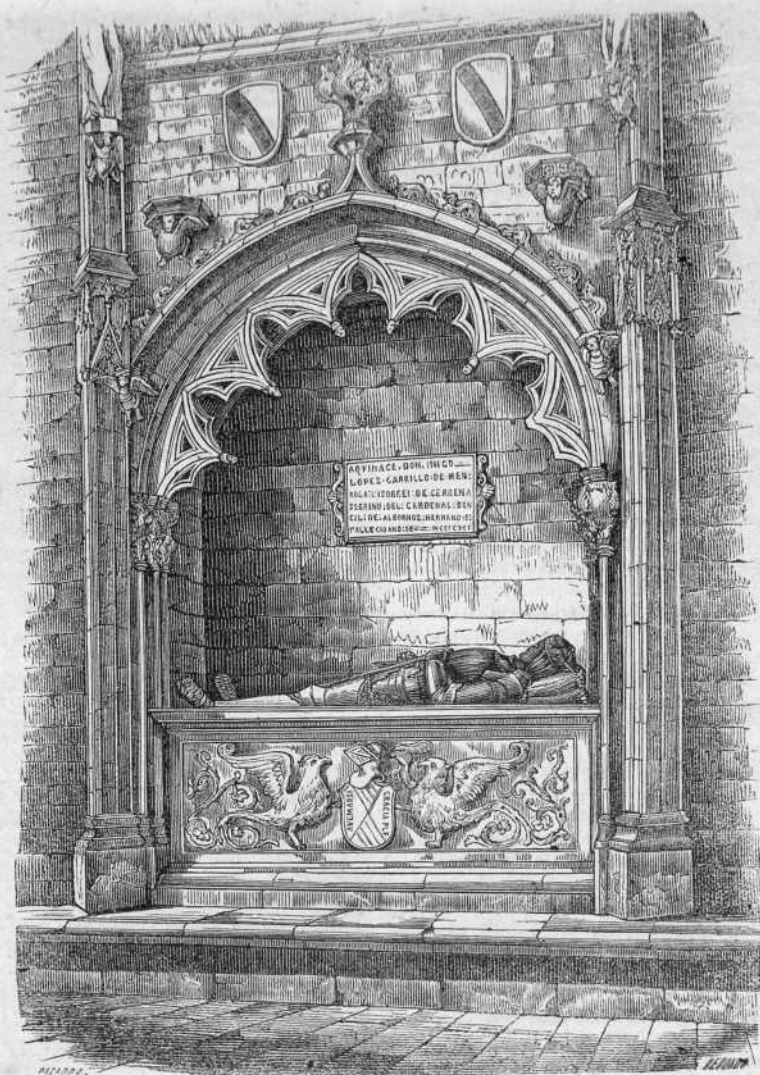


BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Se ha repartido la primera entrega de la segunda serie de esta baratísima y elegante publicación: contiene el primer tomo de la lindísima novela de Alfonso Karr titulada EL CAMINO MAS CORTO, y la adornan excelentes grabados; la obra se publicará completa en tres entregas con 18 grabados, y costará por consiguiente 3 rs., en vez de 22 que vale la edición francesa sin láminas.

El dia 15 aparecerá la primera entrega de la primera serie.

Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION á cargo de D. G. AL-
HAMBRA, Jacometrezo, 26.



EL SEPULCRO DE D. IÑIGO LOPEZ CARRILLO DE MENDOZA.

En la catedral de Toledo y en la capilla llamada de San Ildefonso, se halla el precioso sepulcro cuya copia exacta presentamos hoy, como una de las obras mas notables que en su género posee nuestro país. Aunque de diversos gustos el enterramiento y el arco que le contiene, forman un conjunto de excelente efecto. En la lápida que se descubre al centro, se halla grabada la siguiente inscripcion:

Aquí yace Don Iñigo Lopez Carrillo de Mendoza, Visorey de Cerdeña, sobrino del Cardenal Gil de Albornoz y hermano del Obispo. Falleció año de 1491 en el Real de Granada.

ESOPO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

II.

Hasta aquí, como se vé, la fortuna, sino alhagaba á nuestro poeta, tampoco le perseguía.—¡Que era esclavo! en cambio él lo sabía, y hay ahora tantos que lo son, y ni lo saben, ni lo creen si lo sospechan.—¿Que daba siempre con tontos? gran fortuna para los hombres de talento, que los pueden traer y llevar á su capricho como si jugaran los cubiletes.—Bien que si vamos á cuentas, esclavitud por esclavitud, y tontos por tontos, muchos fabulistas modernos se cambiaran por el Frigio.

Solamente una cosa pudo dar que hacer á Esopo, y hasta desesperarse, á pesar de su chispa: el odio cordial que desde entonces le profesó la muger de Xanto. Cualquiera de sus mejores fábulas—que

escribió despues—hubiera dado el pobre poeta por no haberse metido nunca en aquella matrimonial camisa de once varas; pero lo hecho estaba hecho, y habia salvado de la muerte á un marido, filósofo por añadidura, que ya era accion para tranquilizar su conciencia.

Aparte de estos sinsabores caseros, la vida de Esopo se deslizaba mas tranquila que un arroyo sobre la alfombra de los campos, como diria un *revistero de Madrid*.—Su fealdad se aumentaba en proporcion del desarrollo de su inteligencia, y su amo seguia castigándole sin ton ni son, ni mas ni menos que si conociera lo que habia perdido en felicidad ganando de nuevo á su muger.

Quiso un dia convidar á varios de sus amigos, y Esopo recibió orden para comprar las mejores viandas del mercado.

—Yo te enseñaré, dijo el Frigio para su capote, á especificar lo que deseas y á no sujetarte al capricho de un esclavo.

Y con esta piadosa intencion compró solamente lenguas, que hizo alheñar de los diversos modos conocidos. Los convidados loaron la eleccion del primer principio, y aun la del segundo; pero al ver que el tercero y el cuarto y todos los restantes eran lenguas, manifestaron paladinamente su disgusto.

—No te mandé, dijo el filósofo, comprar lo mejor que hubiese en el mercado?

—¿Y qué mejor que la lengua?—respondió Esopo.—La lengua es el lazo de la vida civil, la llave de las ciencias, intérprete de las pasiones, órgano de la verdad y de la razon. Ella reúne los pueblos y los civiliza; ella reina en las asambleas; ella instruye; ella persuade; ella cumple el mayer de nuestros deberes, que es alabar á los Dioses.

—¡Pues bien!—dijo Xanto que quería cazarlo en sus propias

redes;— compra para mañana lo peor.— Señores, os convido también para mañana.

Al día siguiente les sirvió Esopo la misma comida, y como la concurrencia casi se amotinara, dijo que la lengua es la peor cosa del mundo, madre de todos los pleitos, ocasión de todas las riñas, origen de todas las guerras; que las menos veces era órgano de la verdad, y las más del error y de la calumnia; consejera de crímenes, destructora de pueblos; que si sirve para alabar á los Dioses también sirve para blasfemar de ellos. No faltó uno de los presentes que dijo á Xanto, para su mayor desesperación, que venia como de molde un criado como aquel para dar al traste con la paciencia de un filósofo.

No era solamente en la compañía de su dueño donde Esopo hacía muestra de su donaire y de su agudeza. Un día que cierto negocio le tuvo fuera de su casa, se encontró en la calle al magistrado que le preguntó adonde iba. Ya por distraído, ó ya por otra razón cualquiera, Esopo le respondió que no lo sabía, con que el magistrado, teniendo por desprecio ó por irreverencia esta contestación, le mandó prender. Cuando le llevaban á la cárcel exclamó:

—¿Por qué me prenden? ¿no he respondido bien? ¿sabía yo que me llevarían adonde me llevan?

Convencido el juez le puso en libertad, y felicitó al filósofo por tener tal criado; pero Xanto por su parte no necesitaba de estos elogios para conocer cuánto le honraba su posesión. De todos sus apuros le sacaba Esopo. Su talento, verdaderamente sobrenatural, aunque cubierto con aquella apariencia tosca, brillaba á cada paso, desluciendo el del filósofo.

En cierta ocasión enseñaba Xanto á sus discípulos el arte de embriagarse.... con la práctica. Esopo los servía, y cuando vio que empezaban á perder la razón discípulos y maestro, les dijo:

—El exceso del vino produce tres resultados:— El primero la voluptuosidad; el segundo la embriaguez, y el tercero el furor.

Rieronse todos de su observación, y continuaron bebiendo. Xanto perdió la razón, y comenzó á decir que era capaz de beberse toda la mar. Burláronse de él sus discípulos, y enojado quiso sostener su proposición, y apostó su casa á que se bebería la mar entera.—Y en prenda depositó el anillo que llevaba en el dedo.

Cuando, disipados los vapores del vino al día siguiente, echó de menos el anillo, se sorprendió sobremanera, y fué necesario que Esopo ayudase á su memoria para que recordase su locura. El pobre Xanto se desesperó y maldijo de su apuesta; pero, como siempre, recurrió á su esclavo para salir del compromiso.—Y él efectivamente le salvó.

A la hora señalada para la ejecución de la apuesta, todos los habitantes de Sama corrieron á la orilla del mar á ser testigos de la humillación del filósofo. El discípulo de la apuesta creía ya segura su ganancia, cuando Xanto dijo en alta voz:

—Señores, he apostado con efecto que bebería todo el mar; pero no los ríos que desembocan en él. Que haga variar su curso mi discípulo, y yo cumpliré mi apuesta.

Admiráronse todos de la disculpa de Xanto, que le salvaba el honor. Confesó su vencimiento el discípulo, pidiéndole mil perdones, y el pueblo le llevó á su casa casi en triunfo.

Pidióle Esopo en recompensa su libertad; pero se la negó el filósofo, diciendo que aún no era tiempo; que se la concedería cuando los Dioses se lo aconsejasen con un agüero feliz. Por ejemplo, si al salir el poeta de su casa veía dos cornejas, le otorgaría la libertad; pero si una solamente, seguiría siendo esclavo.—Esopo salió inmediatamente, y vio dos cornejas que se posaron en la copa de un árbol. Corrió á decirselo á Xanto, que quiso verlo por sus ojos; pero tardó en salir de casa, y una de las cornejas huyó mientras tanto.

—¿Me engañarás tú siempre? dijo á Esopo. Yo te daré tu merecido.

Castigando estaban al pobre poeta por esta acción, cuando vinieron á convidar á Xanto para una boda.

—¿Ay de mí!— exclamó Esopo— ¿Qué embusteros son los presagios! A mí, que he visto dos cornejas, me están castigando, y á mi señor, que no ha visto más que una, le convidan para una boda.

Esta sátira agradó tanto al filósofo, que ordenó treguas en el castigo; pero de ninguna manera accedió á darle libertad.

En otra ocasión se paseaban amo y criado entre monumentos antiguos, leyendo con placer las inscripciones que encontraban. Vió Xanto una que no pudo comprender, á pesar de toda su ciencia, como que solamente se componía de las primeras letras de algunas palabras, lo que le obligó á confesar ingenuamente su poquedad.

—¿Si encontráramos un tesoro por estas letras—dijo el fabulista— qué recompensa me darías?

—La libertad y la mitad del tesoro.

—Significan—prosiguió el poeta—que á cuatro pasos de aquí encontraremos uno.

Y con efecto, hicieron una escavación y lo encontraron; pero el filósofo no quería cumplir su palabra.

—Librenme los Dioses de tal idea—dijo— hasta que me descifres el enigma de esos caracteres.

—Son—dijo Esopo— los primeros de estas dos palabras:— *Apidas, Bemala*, etc.— Es decir:— «A cuatro pasos de este lugar hay un tesoro escondido en la tierra.»

—Eres muy sabio y me pesaría de darte libertad. No la esperes.

—Yo os denunciaré al rey Denis—repuso Esopo enojado— porque la mitad de este dinero le pertenece.

Intimidado Xanto dijo al Frigio que tomase la mitad del tesoro á trueque de callar; pero Esopo declaró que nada le debía, puesto que el létero tenía este doble significado:

«Partid el tesoro antes de regresar á Samos.»

Por temor de que publicara este suceso, Xanto le mandó encerrar cargado de cadenas.

—¿Ay de mí!...—exclamó el Frigio.—¿Así cumplen sus promesas los filósofos?—Pero tú me darás libertad tarde ó temprano, de grado ó por fuerza.

El vértigo de la libertad es el verdugo, el torcedor de todos los hombres grandes. Esto sucedía doscientos treinta años antes de la fundación de Roma.

III.

Dios ha puesto en el corazón de los hombres de genio el presentimiento de la verdad. Sin que pretendamos con esto dar á entender que adivinen los sucesos, como los augures y las pitonisas de la antigüedad, creemos, si, que la razón de los hombres superiores posee el don de penetrar las brumas de lo porvenir, sino de desvanecerlas enteramente. Los de vida agitada y borrasca, —el Tasso, Camoens, Cervantes,— ¡cuántas veces no presagiaron sus tristes desventuras, cuántas veces no vieron abierto su sepulcro, aun en su edad mas juvenil, cuando la humanidad imaginaba gozar de ellos largos años!—En nuestros tiempos modernos, en el siglo XIX, ¿no hemos oído á Byron presagiar su triste fin, en medio de su existencia de orgías intelectuales? no hemos oído al autor del *Diablo mundo*, pronunciar á los treinta años su sentencia de muerte?

.....un doliente gemido
mi dolor tributaba á mis cabellos,
que camos se teñían,
pensando que ya nunca volverían
hermosas manos á jugar con ellos.

Así se realizó la profecía de Esopo por un prodigio que puso en gran aprieto á los Samitas: un águila, descendiendo de las nubes, robó el anillo público (1) dejándole caer en el seno de un esclavo. Consultado el filósofo como sabio y como uno de los primeros personajes de la república, pidió treguas para la respuesta, y recurrió á su oráculo de siempre, á Esopo. Aconsejóle éste que le levase á la plaza pública, fundándose en que si salía airoso del compromiso sería gran honra para su dueño, y sino solo él, solamente el esclavo sufriría la rechilla de las gentes. Xanto aprobó la idea, y le hizo subir á la tribuna. Al verle tan feo, el pueblo se amotinó casi, acogiendo el exordio de su discurso con carcajadas de bafa; pero restablecido el silencio, y puesta la atención general, mal su grado, en lo que decía, todos se admiraban de que pudiese raciocinar tan bien un ente tan despreciable. Dijoles Esopo que era grave error apreciar la forma del vaso mas que el licor que contiene; y como los Samitas se empeñaban en saber su opinión sobre el suceso que allí los reunía, Esopo se escusó por su situación de esta manera.

—La fortuna—dijo—ha dado ocasión á una lucha de gloria, entre el señor y el esclavo. Si el esclavo sale vencido será castigado, y si queda vencedor será castigado también.

Comprendiéronle todos, y rogaron á Xanto que le diese por libre; pero el filósofo no accedió sino por orden expresa del magistrado. Ya libre, dijo Esopo que aquel suceso amenazaba á los samitas con la esclavitud, y que el águila y el sello significaban que un rey poderoso iba á intentar dominarlos.

Con efecto, poco tiempo después, Creso, rey de Lidia, pidió un tributo á los samitas, amenazándoles con imponérselo por la guerra. Divididos andaban en Samos los pareceres, sobre pagar el tributo ó no pagarle, cuando dijo Esopo:

—Siempre la fortuna presenta á los hombres dos caminos: uno, el que los hace libres, está erizado de inconvenientes en su principio, pero después es llano y agradable; el otro, el de la esclavitud, agradable al comenzar, pero triste y afanoso en la conclusión.

Esto quería decir á los samitas que defendieran su libertad, y ellos lo comprendieron. El embajador de Creso volvió á su corte con mal talante.

Al momento se puso el estado de Cresos en pié de guerra; y con la noticia que le dió el embajador de que mientras tuviesen los de

(1) Una especie de sello, alegoría del poder, como el cetro de los monarcas de Europa.

Samos por consejero á Esopo, no los reduciría al cumplimiento de su voluntad, les exigió por condición de su libertad que le entregasen al Frigio. Los magnates de Samos tuvieron por ventajosa esta exigencia que les aseguraba la paz; pero Esopo les hizo mudar de opinión contándoles que en cierto tiempo las ovejas habían hecho un tratado con los lobos, entregándoles en rehenes los perros, su única defensa; y al punto mismo fueron todas devoradas por los lobos sin ningún trabajo. Aunque por esta fábula mudaron de opinión los Samitas, quiso el poeta ir á la corte de Creso, asegurándoles que en aquellas circunstancias mejor serviría sus intereses al lado de aquel monarca.

Admirado Creso al verle, exclamó:

—¿Será posible que tan ruin criatura sea el único obstáculo que mis intentos hallan?

Esopo se arrojó á sus pies y le dijo:

—Ocupábase un labrador en coger langosta, cuando cogió por azar una cigarra, iba á ahogarla como hacia con las langostas, y ella le dijo: —¿Qué daño le puedo yo haber hecho, yo, que no talo tus campiñas, ni te causo mal alguno? Yo no tengo mas armas que mi voz, y esas pueden ser mas inofensivas? —Yo, gran rey, —repuso Esopo, —soy la cigarra: no tengo mas que voz, y no me sirvo de ella para hacerte daño.

Admirado y conmovido Creso, no solamente le perdonó, sino que le hizo formal promesa de no inquietar á los Samitas.

En este tiempo compuso Esopo sus fábulas. Dióselas al rey de Lidia por quien fué enviado con un mensaje á Samos, donde obtuvo casi una ovación. Por este tiempo tambien, tentóle el deseo de viajar y de conocer á los grandes filósofos del mundo. Los reyes de entonces se remitian unos á otros problemas sobre diversos asuntos, y el que no lo resolvía obligábase á pagar una especie de contribucion. Lycerio, rey de Babilonia, con quien Esopo trabó estrecha amistad, llevaba siempre ventaja en estos certámenes con el auxilio del poeta.

Creyendo sin duda que la suerte no le habia tratado muy mal, casóse el frigio Esopo: pero no tuvo sucesion, y adoptó á un jóven de la nobleza llamado Enno, con tan mala ventura que dió con un villano que manció su lecho nupcial. Súpolo Esopo y le arrojó de su casa; y Enno por vengarse falsificó una correspondencia entre su padre adoptivo y los reyes émulo de Lycerio, con que persuadido este monarca, mandó á Hermippo, uno de sus oficiales, que diese la muerte á Esopo. Hermippo por fortuna era amigo suyo, y dando la noticia del cumplimiento de su orden á Lycerio, le mantuvo encerrado en una sepultura hasta que Necténabo, rey de Egipto, teniendo por muerto á Esopo, creyó poder hacer su tributario al de Babilonia. El desafío fué muy singular. Provocólo á que le mandase arquitectos capaces de construir una torre en el aire, ó que le mandase un sábio que respondiese á cuantas preguntas se le hicieran. En vano recurrió Lycerio á sus filósofos, que se daban de cabezadas, con lo que sintió la muerte del fabulista. Entonces, Hermippo le confesó su engaño, y sacó por su orden de la tumba á Esopo, que fué recibido con agasajo; y perdonó al vil Enno.

Al saber la proposicion del rey de Egipto, rióla Esopo como una sandez, y aplazó su resolucion para la primavera, en cuyo tiempo se puso en camino para Egipto con una comitiva compuesta de buitres enseñados por él á remontarse en el aire con una especie de globo y un muchacho dentro (1). Necténabo, que se arriesgó á tal fantasía porque creyó muerto á Esopo, cuando le vió llegar á sus estados se tuvo por vencido. Preguntóle, no obstante, si llevaba los arquitectos y el sábio que respondiese á todas las preguntas. Esopo por respuesta le llevó al campo y soltó los buitres. A regular distancia del suelo gritaron los muchachos desde los globos que se les dierra cal, piedra y maderas, con lo que Esopo dijo al rey:

—Ya están prontos los arquitectos: mandales los materiales para la torre.

Necténabo se dió por vencido en esto; pero mandó venir de Heliópolis unos famosos sábios célebres en proponer enigmas. Durante una comida que el rey les dió propusieron á Esopo muchas adivinanzas de las cuales era esta la mas difícil:

—Existe un grandioso templo edificado sobre una columna cerrado por doce ciudades. Cada una de estas ciudades tiene 30 arcos, y por entre ellos pasean sin cesar una detrás de otra dos mugeres, una rubia y la otra negra.

—¡Bah! contestó Esopo. —Adivinanzas como estas las resuelven sin trabajo los niños de mi pais. El templo es el mundo; la columna es el año; las doce ciudades los meses; los arcos los dias; y las dos mugeres el día y la noche.

Uno de los amigos de Necténabo, picado del honor, dijo que Esopo no seria capaz de proponerles una cosa de que no tuvieran cono-

cimiento alguno. El Frigio escribió una carta que puso cerrada en manos del rey. Antes de abrirla aseguraban los sábios de Heliópolis que el asunto no debía ser cosa nunca vista ni oída; pero abriéndola Necténabo, y al ver que era una cédula por la cual confesaba deber á Lycerio, rey de Babilonia, dos mil talentos, exclamó:

—Señores, todos sois testigos de que esto es una calumnia.

—Tan calumnia, respondieron todos, que nunca hemos ni aun imaginado cosa como ella.

Necténabo despidió á Esopo de su pais colmándole de presentes.

Algunos autores de la antigüedad atribuyen su permanencia en Egipto á la esclavitud material ó amorosa, que tambien indican esto, en que le tuvo Rodophea, la célebre Aspasia egipcia, que con las liberalidades de sus amadores construyó una de las tres pirámides que subsisten aun, la mas pequeña, pero la de mas mérito. Nosotros, humildes biógrafos del siglo XIX ¿podríamos resolver una duda histórica que data del tiempo de las pirámides?

Recibióle Lycerio en Babilonia con gran alarde de júbilo, y aun le mandó construir una estatua. Por ver y aprender renunció á todos los honores, y partió á Grecia por última vez.

A su paso por Delfos, como no le tributáran homenajes, comparó á las gentes del pais con esas cañas que flotan en las superficies de los rios: todo apariencias y por lo interior buecas y podridas. Costóle caro la metáfora, porque los de Delfos determinaron tomar venganza con su muerte. Con tal fin ocultaron en su equipage los vasos sagrados, y cuando volvió á emprender su camino en direccion á la Fócida, salieron en su persecucion, y aunque juraba que no habia cometido tal crimen le convencieron de él registrándole (1). Cargado de cadenas como un criminal volvió á Delfos, donde le sentenciaron los jueces á ser precipitado. Por aquella vez usó vanamente de sus felices armas: la sátira y el apólogo. Los jueces se burlaban de ambos.

Pudo escaparse al marchar al suplicio, y acogerse á una capilla dedicada á Apolo; pero le arrancaron por fuerza de allí. Entonces exclamó:

—¿Violais este asilo santo? día ha de venir en que vuestra maldad no esté segura ni aun en los templos. Un águila mató á una liebre que se habia refugiado en su nido, á pesar de las súplicas de un escarabajo, y Júpiter castigó al águila destruyendo todas sus crías (2). Esto mismo os sucederá.

Poco tiempo despues de su muerte, una peste violenta devastó aquellas comarcas. Consultados los oráculos sobre el medio de aplacar á los Dioses, respondieron que era el único honrar los manes de Esopo. Al punto le elevaron una pirámide; pero los Dioses no se dieron por satisfechos, y dejaron á los hombres el castigo de aquel crimen. Con efecto, la Grecia envió á Delfos una comision indagatoria, que descubrió á los culpables de la muerte de Esopo, y los castigó severamente.

VICENTE BARRANTES.

LA MENDICIDAD EN LONDRES.

I.

Los mendigos en las calles.

Londres tiene proporciones harto gigantescas, y la intervencion de la poblacion flotante es necesariamente harto imperfecta, para que sea posible citar un número exacto de los mendigos de las calles. Sin embargo, un ministro del culto, llamado Baptiste Noel, que se ha ocupado de esta cuestion, ha publicado un escrito en que hace ascender este número á 8,000, sin contar los pobres vergonzantes que ejercen su profesion á domicilio. Como estos mendigos no están inscritos en los registros de las parroquias, y componen lo mas flotante de aquella poblacion inmensa, se vé que el ministro ha debido establecer sobre datos bastante vagos la estadística de su noticia; lo cual no le impide que emita la opinion, quizás aventurada, ya que no muy caritativa, de que los nueve décimos de estos mendigos son unos bribones. Sea como quiera, una suposicion mas verosímil es que, uno con otro, recoge cada mendigo 20 chelines (unos 100 reales) por semana, y que las limosnas de esta clase ascienden anualmente á mas de 32 millones de reales. El habitante de Londres tiene mendigos que han llegado á sacar un diario de 16 á 20 rs. Hace poco tiempo, el hijo de un artesano honrado, que tenia cerca de 14 años,

(1) Esta aventura parece invencion de algun escritor moderno, porque es semejante á la de los hermanos de José. Y lo parece con tanta mayor razon, cuanto que de los escritores que hemos consultado, solo Lafontaine la trae.

(2) Este argumento es el de la fábula de Esopo *El Águila y el Escarabajo*, traducida por Lafontaine en el L. II de las suyas *L'Áigle et l'Éscarbot*, p. 74 de la edición de Fourr. y por Samaniego en el L. I. p. 20 de la edición de 1812.

comparecía por undécima vez ante el tribunal de policía, bajo la inculpación de mendicidad. Había sido castigado ya diez veces por el mismo delito, y acababa de sufrir dos semanas de cárcel en Bridwell. Se había sentado en la puerta de la iglesia con un papel en el pecho, en el que se leían estas palabras: «*A poor orphan boy*» (un pobre niño huérfano) y confesaba que en cada uno de los cinco días que había escapado á la vigilancia de la policía, no había recogido menos de 6 chelines. Lo mismo le había sucedido antes de sus arrestos precedentes. Por lo demás, no mendigaba sino impulsado por una pasión irresistible á ver comedias. Le era preciso ir cada noche al teatro, y si se lo permitía el estado de su bolsillo, se llevaba consigo uno ó varios de sus compañeros.

Algunos hechos publicados durante los 12 últimos años (y estos hechos no serán seguramente los únicos que se hayan presentado en una ciudad tan vasta como Londres) demuestran cuán productiva es la mendicidad de las calles. Una mujer que había estado 25 años seguidos barriendo una encrucijada de Charing-Cross, dejó al morir una fortuna de 5500 libras esterlinas (550000 reales); preciso es decir, en honor de la verdad, que no había recogido todo aquello con su escoba; sus compañeros y otras muchas personas la conocían con el nombre de la *Banquera*; prestaba con usura, pero la escoba era

la que había creado el capital, y un paquete voluminoso de billetes sin valor; aunque preciosamente conservados no obstante, probó de una manera evidente que el capital había sufrido varias brechas ocasionadas por pérdidas.

Otra mujer que había estado barriendo mucho tiempo en Kent-Street, legó poco antes de su muerte á un dependiente del banco de Inglaterra «*porque me daba cada vez un penique*», 1300 libras en dinero contante, y el resto de su fortuna, que eran unas 70 libras, «*al panadero Morton*, porque no me ha dado nunca nada, lo cual le perdono, y con el fin de que en lo sucesivo piense en los pobres barrenderos de las calles.» La colección del *Blackwood-Magazine* del mes de agosto de 1837, habla de un negro que en el espacio de 50 años había recogido mendigando, una cantidad de 8000 libras esterlinas, que se hallaron en dinero, despues de su muerte en su miserable albergue. Todos los periódicos cotidianos de su tiempo mencionaron un anciano tuerto, con la cabellera blanca como la nieve, que, despues de haber manejado la escoba durante algunos años en la encrucijada de Fleet-Street, legó 700 libras esterlinas á la hija de Alderman Waitman, y esto no solo porque le había dado con mas frecuencia medio penique, sino tambien porque le sonreía siempre amistosamente. Hace dos ó tres años un negro se hizo á la vela para la



América, su país nativo, con 1800 libras esterlinas (unos 16000 reales) que había reunido mendigando.

Esto no puede suceder sino en fuerza de mucha economía, y no es esta la cualidad característica de los mendigos de Londres. En su esfera, sus necesidades ordinarias son cuasi una prodigalidad. La mayor parte de ellos gasta por la tarde lo que ha adquirido por la mañana. Hacia tres años enteros que un mendigo pagaba cada semana á un tabernero de Oxford-Street una cantidad de veinte chelines por surtirle de alimentos y bebidas, cuando uno de sus compañeros de escuela le conoció bajo sus harapos, y le ofreció un destino con 60 libras anuales, y casa de valde. El mendigo rehusó rotundamente, diciendo que se hallaba mucho mejor en su estado. Sin embargo, este oficio no debe ser ya tan lucrativo como antes. Ultimamente, en un teatrillo de esos de calle en que se dá un penique, y están representadas frecuentemente con tanta exactitud las costumbres y la vida de las clases infimas, preguntaba un mendigo jóven á un anciano: «¿Qué tal ha sido el día?» — «¡Ay! contestó el anciano con un hondo suspiro, muy malo, Tommy hijo mio, la mendicidad no es ya en el día lo que era en mi juventud: es 50 libras por año peor que antes!»

Si todo esto demuestra la necesidad de practicar la caridad (esclama un autor alemán de Morgenblatt), los mendigos por su parte, no olvidan nada de lo que pueda escitarla. Todas las clases de bribones que hay en Londres tienen una reputación proverbial de astucia; pero ninguno de ellos es mas diestro ni mas inventivo que el mendigo de las calles. Explota todas las enfermedades. La ceguera y la parálisis se encuentran principalmente bajo todos los aspectos y máscaras imaginables, sobre las cuales se cuentan por docenas anécdotas chistosas y dolorosas á un tiempo; desde que la enfermedad de

las patatas hizo subir el precio de los víveres, y que los periodistas han amenazado á Londres con los pronósticos de la escasez y el hambre, se ha hecho esta el tema favorito de los mendigos, y la decadencia de la salud, el texto extraordinario de sus lamentaciones cotidianas.

En la última escursión que hice en la *Cité*, ví en las gradas de la iglesia de san Andrés de Holborn, uno de los barrios mas animados de Londres, un hombre acurrucado sobre los talones, cubierto de harapos miserables, y á su lado un sombrero con estas palabras escritas en caracteres abultados: «*Mis hijos y yo nos morimos de hambre*.» La miseria y la desesperación estaban retratadas en su rostro pálido y enfermizo; un pañuelo blanco que le rodeaba la cabeza y estaba atado debajo de la barba, le daba el aspecto de un cadáver; hallábase agobiado y parecia encontrarse en la imposibilidad de mover ni brazos ni piernas; el día estaba frio y nebuloso. Las monedas de cobre y plata llovian en el sombrero del desgraciado. Manifestaba su gratitud entreabriendo los ojos ó moviéndose cuasi imperceptiblemente; muchas personas se paraban á su alrededor: «*el pobre espira*,» decía uno. «*No le resta una hora de vida*,» decía otro. «*No hay nadie aquí que....?*» dijo un anciano de semblante bondadoso, y espiró la palabra en sus lábios. El moribundo aparente, arrancando su pañuelo, le había echado en el sombrero y se había puesto éste, y atravesando el círculo de espectadores, subió á todo correr la cuesta de Holborn. ¿Había resucitado? La sorpresa llegaba á su colmo, pero se despejó la incógnita pocos momentos despues. Nuestro pillastre vagabundo había visto de reojo y á lo lejos un oficial de la Sociedad de Mendicidad, y la perspectiva de una reclusión de algunas semanas en Bridwell le había restituido de improviso el uso de sus miembros.

En el número de los mendigos ciegos, hay muchos, sin embargo, que están privados efectivamente de la vista. Se hacen guiar generalmente, en su peregrinación por la ciudad, por perros tan bien enseñados por lo general, que miran á los transeúntes con un aspecto cuasi tan suplicante como podrían hacerlo sus mismos amos: el instinto ó la sagacidad les enseña á conocer las personas que están mas dispuestas á dar. Una tacita de estaño que sostienen en la boca y presentan á los transeúntes, recibe las ofrendas de la caridad, las que entregan despues á sus amos. El artículo del *Blackwood Magazine* que hemos citado ya, habla de un mendigo que se enriqueció por medio de su perro. Este ciego se llamaba Carlos Wood, y existía aun, cuando se escribió dicho artículo. «Wood, dice, se llegó á convencer de que su perro era un animal extraordinario, el perro francés Robert (por diminutivo Rob), y tenía la costumbre de arengar así á los transeúntes: «Señores y señoras, tienen vds. ante su vista al perro sábio francés Robert, ¿quieren vds. hacer la prueba? Echenle algo, y verán con qué prontitud lo recoge para dárselo á su pobre amo ciego. ¡Atencion! ¡Rob, está vigilante! ¡abre el ojo, Rob!» Las monedas caían con profusion: Rob las recogía y metía en el bolsillo de su amo. «Lo agradezco infinito, almas caritativas, añadía este último; si quie-

ren vds. recompensar al pobre animal, está pronto siempre á trabajar, y cogerá lo que le arrojen sin dejarlo caer al suelo.»

Otro ciego célebre y de una época mas reciente, era Jorge Dyball, hijo ó sobrino, no lo sé á punto fijo, del mendigo de este nombre que sirvió de modelo á Flaxmann para su estatua tan conocida, del mendigo alegre (*the jolly beggar*). Jorge conoció que convendría á sus intereses el llevar un traje de marinero, á pesar de que nunca había puesto los pies sobre la cubierta de un buque, y sin temor de ofender el orgullo nacional de los ingleses, puso á su perro el nombre de Nelson. Refiérese de aquel animal una multitud de rasgos de astucia de que solo el hombre es capaz. Decíale su amo la calle á que quería dirigirse, y no solo le llevaba á ella directamente, sino que escogía el camino mas corto y practicable para un ciego. Si profería Dyball su grito habitual: *¡Pray pity the poor blind!* (¡tened piedad del pobre ciego!), Nelson le contestaba con un ahullido lleno de espresion, y miraba á su alrededor con el aspecto mas lastimoso si los que pasaban no hacían caso de ellos, aproximándose á su amo á quien tocaba ligeramente en la rodilla con su taza de estaño. Si recibía una limosna, dejaba la vasija en el suelo al instante, cogía con los dientes el dinero y lo ponía en la mano de su amo meneando la cola.



Un perro que servía de guía á un soldado que había perdido la vista en Waterloo, y al que designaba éste por especulación con el nombre de Blücher, no ha dejado recuerdos tan gloriosos. Hacía muchos años que le encontraba siempre con su amo, en Bond ó en Regent-Street. Viendo un día al soldado solo, le pregunté involuntariamente: ¿Dónde está Blücher?—¡Ha desertado el traidor! me respondió con amargura. Poco tiempo despues, dejé de ver al soldado: había muerto repentinamente.

Muchas trampas y embustes de los mendigos de las calles se arreglan segun las estaciones. Se ha llegado á probar evidentemente que solo por astucia están completamente vestidos y abrigados en el verano, y cuasi desnudos en el invierno. Parece maravilloso particularmente y solo por resultado de una atraccion inconcebible, el cómo se sostienen juntos los andrajos que cubren sus miembros, y su ropa es tanto mas ligera cuanto mas intenso y penetrante es el frío. Tuve ocasion, en uno de los últimos inviernos, de observar un mendigo de esta clase. En los dias mas rigurosos, permanecía con la cabeza descubierta, sin medias ni zapatos, con una chaqueta acribillada de agujeros y un pantalon de lana muy ligera, á la entrada del pasaje avoheado, y muy espuesto á la corriente de aire que conduce de Ansen-Córner, en Pater-Noster Row, á la plaza de Hall-Court. Prestaba oido atento al mas mínimo ruido de pasos, y cuando conocía que se acercaba alguna persona, empezaba á temblar con todo su cuerpo, con engañosa propiedad, imagen muy natural del frío que aparentaba sentir interior y esteriormente. Cuando estaba solo, se restregaba algunas veces las manos, y parecía hallarse muy contento. Podría tener unos 30 años y debía estar ya á prueba de los vientos enflados, porque sino faltó nunca de su sitio cuando podía fingir con alguna apariencia de verdad que temblaba y se estremecía, en cambio no se le veía nunca en los dias templados y serenos de que tan escaso es el invierno.

Aunque todo esto se hace con perjuicio de la salud, no por eso deja de ser una supercheria odiosa y digna de severa censura, con mucha mas razon cuando madres sin corazon y padres feroces hacen servir á sus hijos para estas trampas repugnantes y vergonzosas. No existe hipocresia en aquellas pobres criaturitas, cuando acurrucados en un rincón, medio desnudos, agita el frío todos sus miembros, cuando con los labios cárdenos y los ojos preñados de lágrimas, imploran una limosna y tienden á los transeúntes sus manitas amoratadas é hinchadas por el frío; están obligados á ofrecer en sacrificio el dolor de su joven existencia, al temor de los castigos y á la codicia. Es cierto que la Sociedad de Mendicidad se opone con laudable actividad á estas infamias; pero las 6,000 calles de Londres desafían á una vigilancia universal, y si los hechos numerosos dados á la publicidad por la *Society* escitan una simpatía profunda hácia aquellos niños desgraciados, y el horror mas profundo hácia sus padres, ¿cuántos hechos habrá de esta clase que no serán conocidos nunca, fuera de un círculo muy reducido?

Una averiguacion practicada hace pocas semanas aun, reveló que una madre desnaturalizada colocaba sus dos hijos, de edad de 8 y de 10 años, apenas vestidos, y con los pies descalzos, en el tiempo mas crudo, ya en una calle ya en un pasaje; que sacaba cotidianamente cuatro schelines de la sola venta de los zapatos que les daban á sus hijos; que les pegaba hasta bañarlos en sangre, si, en el transcurso de un dia, no recogían por lo menos seis schelines; que gastaba la mayor parte de este dinero en bebidas espirituosas; que habiéndosele helado los pies á uno de sus niños, fué necesaria la amputacion, y la muerte le arrebató el otro.

He dicho mas arriba que los mendigos de las calles eran los bribones mas astutos de Londres. Un individuo de esta clase, y que en caso de necesidad podía contar con su habilidad en el arte de la natacion, se precipitó tres ó cuatro veces al Támesis, aprovechando siem-

pre el momento en que se hallaba cerca alguna lancha que pudiera pescarle. Tenía cuidado de que se hablara de la miseria mas espantosa que habia motivado su tentativa de suicidio, y de que se hiciera inmediatamente despues una colecta en favor del pobre desgraciado, de cuyo producto hacia partícipes en seguida á sus compadres. La astucia de las mugeres no se queda atrás nunca. Una muger se sienta en el dintel de una puerta teniendo en brazos dos niños de pecho que nunca son hijos suyos; los pellizca, lloran, y cuando le preguntan el motivo del amargo llanto de las tiernas criaturitas, contesta que no tiene leche para amamantarlos, porque desde la víspera no ha tomado alimento alguno. Otra estrecha contra su seno un paquete de trapos que debe representar un niño en mantillas (*the dear baby*), que está agonizando, y no tiene ni un penique para comprarle medicamentos. No son estos sin embargo los medios mas vergonzosos empleados por los mendigos para sangrar los bolsillos de las personas caritativas, pero la pluma se resiste á narrarlos.

La especulación que explota tan activamente todos los ramos del comercio, se ha apoderado igualmente del oficio de mendigo, y cuando no bastan los recursos pecuniarios, recurren á la asociacion. Hace algunos años que los periódicos alemanes de Londres hablan con indignacion contra el alistamiento de esos centenares de muchachas apenas núbiles, que remiten á aquella ciudad, y que, al servicio de su amo, y únicamente por no ser arrestadas como mendigas, andan vendiendo escobas ó azafates, cantando baladas de la Suabia y del Rhin, y son conocidas bajo el nombre de vendedoras de escobas de Alemania (*German broomgirls*), pobres infortunadas que se ven obligadas á abandonar á sus amos lo que han ganado con sus mercancías ó por cualquier otro medio, en cambio de un mal alimento, de un pésimo albergue, pero de un bonito traje. Ya se habian publicado estas protestas en el mes de abril de 1834, con motivo de persecuciones entabladas contra dos hombres que albergaban en su casa, situada en el barrio de Saffran-Hill, treinta y tantos muchachillos italianos que enviaban á correr por las calles con zampoñas, ratones blancos, monas, galápagos y otros mil prestos para encubrir la mendicidad. Cada uno de estos niños no llevaba por la noche menos de seis schelines; los castigaban con golpes y hambre, y sus malos tratamientos ocasionaron la muerte de uno de estos desgraciados. Reproduciéronse de nuevo las citadas reclamaciones, cuando un mercader italiano llamado Lucioni, reveló á los tribunales que la Inglaterra no encerraba menos de 4000 de estos niños, que estaban repartidos sobre toda la superficie del reino, y sumidos en una profunda depravacion física y moral. Las revelaciones de Lucioni se insertaron en todos los periódicos; pero todo esto fué inútil: los vendedores de escobas y los saboyanos se ven continuamente en las calles de Londres y en crecido número.

Los mendigos celebran asambleas en que acaecen algunas veces cosas muy singulares: Archendolf las ha referido detalladamente en su obra titulada *Eugland and Italy*, y publicada en Leipsic en 1787. Otros sabian ya esto por la célebre ópera de Gay *El Mendigo*. Existen aun en el dia estas asambleas, pero han sufrido variaciones esenciales en sus reglamentos interiores. Son rigorosamente secretas sobre todo, y están organizadas con la mayor regularidad: tienen un gefe, director supremo, un sistema electivo y leyes de recepcion. Estas sujetan al candidato á una prueba de su habilidad, y la eventualidad de no ser admitido. Otra novedad que se ha introducido en los estatutos de esta sociedad es la division de Londres entre los miembros que la componen. Cada uno de ellos tiene su distrito especial, limitado, y cualquiera usurpacion ó irrupcion es castigada con la mayor severidad. Por lo demas, las costumbres y el método de vida de los mendigos son probablemente aun los mismos que en la época en que el principe de Gales, despues Guillermo IV, frecuentaba de incógnito y acompañado de su edecan el mayor Hauger aquellas asambleas ó reuniones nocturnas, de que ha hablado este último en sus memorias.

(Concluirá.)

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

VI.

Nada de particular ofrecieron los quince primeros dias que pasó Floriana en Segóbriga. Situada la ciudad en un alto, situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del duque, desde sus azoteas se descubrian, mirando hácia el mediodia, los cerros que

cercaban el Valle del Paraíso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y de su padre. Allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué seria de la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana despues del fallecimiento de Pomponia? ¿qué seria de los fieles Nebrido y Laureano? ¿Cuántas lágrimas habrian vertido por la ausencia de su amada señora! y ¡si hubiera sabido su suerte...! ¡oh! entonces, Apicela sin duda hubiera espirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana, cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirijir una mirada al valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecia haberla olvidado: ni la buscaba ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad, le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerte mi esposa; has preferido ser mi esclava: sólo en buen hora.» No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme á este supuesto. Mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubria un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los gefes de la conjuracion proyectada habian acudido á Segóbriga, y otros se mantenian esparcidos en las poblaciones convexas. La ambicion y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazon de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segóbriga Teodosinda.

—¡Venganza! fué la primera palabra que dijo á su hermano. Me han injuriado cruelmente; véngame.

—¿Qué injuria te han hecho?

—Sabes que por consejo, ó mas bien por órden del Rey, escribí una carta á su hijo.

—Dí que se la hiciste escribir á Floriana.

—Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

—Dimela lisa y llanamente y escuso de figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me la visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desabaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envia, porque Flavio, aunque tardó en escarmentar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos en fin á minar el trono de Flavio, y guardemos un profundo silencio sobre las noticias que nos comunica.

—¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí quizá me debe el haberse ceñido la corona: á mí me deberá tambien su caída. Flavio es un usurpador.

—Es un ingrato.

—Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

—Oprime y escarnece á los que le han servido.

—Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

—Es un instrumento ciego de la ambicion y rapacidad del clero. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veinte y siete reyes llevamos los godos desde Ataulfo, no contando al que hoy reina: de estos entre asesinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

—Sí, si: tú estás llamado á ser rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

—Y á mí. A eso vengo á Segóbriga: los medios de llevar á cabo la insurreccion quedan á tu cuidado: al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarlo? Para quitarla la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y parecerá, no tengas cuidado: de ese yo te vengaré.

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

—¿Qué venganza es la mia si no me libro de una rival?

—¿Y cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mia. ¿O quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

—¿Pues con qué objeto pretendes conservar la vida á Floriana?
—Con el de tenerla por esposa no, porque no puedo. Pero aun-
que me casara legítimamente con ella ¿es lo mismo una mujer que
un hombre? ¿es lo mismo un godo que una romana? A ella no le en-
vilece esa pena y á él sí. Como te creyera yo capaz de unirme á un
hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas después de
haberte escupido al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué res-
ponder. ¡Oh! dijo sin embargo para sí: mi rival no vivirá, yo lo
aseguro: para algo he venido yo de Toledo.

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un do-
méstico que avisó á Froya de que tenia que hablar con el verdugo
Sisberto.

Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con
él un rato. Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista
y la atencion en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en
seguida al mayor lomo ó inspector del palacio-castillo. La historia
del verdugo era digna de saberse.

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le desti-
nó á su profesion, en la cual hacia el jóven progresos notables, y se
hubiera acaso distinguido como habilísimo confectionador de reme-
dios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta carrera la
suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa don-
cella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia des-
medida. Prendóse Sisberto de la doncella, cuyo nombre era Cento-
la; el padre aprobaba la inclinacion del hijo; ella recibia de buen
talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cum-
plido los 15 años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió
al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal
aconsejada jóven de mas alto empleo. El gobernador de Valeria puso
los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal
de toda la ciudad, que el anciano fisico que la habia educado, falle-
ció de pesadumbre: júzguese cuál seria la de su hijo. Dió á luz una
niña Centola un año despues de su conocimiento con el gobernador de
Valeria: nació enferma la criatura, y como ya entonces hubiese he-
cho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el gobernador le lla-
mó para que asistiera á su hija. Escusóse Sisberto confesando fran-
camente que aborrecia tanto á la madre despues de su perfidia y
envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco pru-
dentes), que temia no mirar con el debido interés por la vida del
inocente fruto del culpable trato. El gobernador, hombre feroz y
maligno, lejos de estimar esta confesion ingénuu, se empeñó te-
nazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija: Sisberto hubo
de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enfurecido
el gobernador puso acusacion al fisico haciendo de juez y de parte,
alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo es-
ta fallecido, el médico, según la ley, debia ser puesto á disposicion
de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les plu-
guiera: lo que hizo el gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No
se podia meter en cárcel á un médico sino por homicidio: Sisberto
lo negaba y no podia probarsele: el gobernador discurrió un tormen-
to inusitado para satisfacer su ira: mandó encerrar á Sisberto en un
patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de
escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionase
abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso en que
á una fuerte nevada sucedian agudísimos hielos, y cuando alojaba
el frio del hielo volvia á caer nieve: el gobernador decia mofándose
que no se podia guardar mas estrictamente al fisico su prerogativa:
la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel y cierto que no era cár-
cel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que
puede haber en aquella region destemplada, Sisberto, arrecido, des-
esperado, hinchadas todas sus estremidades, gritó repetidas veces
para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida: el
gobernador alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana
que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes
ó semejantes razones: De envilecida has tratado á la mujer que hon-
ro con mi cariño: si quieres conservar esta noche la vida, es preciso
que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi compleja,
tú que la has injuriado, has de servirme de verdugo. Rabioso Sis-
berto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado del don de la
profecía, dicen que respondió sin detenerse: Mónstruos como tú y
la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, es imposible que no
encontréis al fin el castigo de vuestros crímenes: acepto el empleo
que me ofrecéis, ya que no tengo padre ni parientes en quienes reca-
ga el oprobio; me queda la esperanza de que vengais un día á
parar á mis manos. Rióse descaradamente el gobernador; mandó
abrir las puertas á Sisberto, y que le instalasen en su nueva casa y
oficio; pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el
tiempo á realizarse. Exaltado al trono un principe tan severo como
Flavio, no era posible que un gobernador tan inhumano subsistiese

en su puesto: incurrió ademas en el crimen de traicion, y le fueron
sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él habia creado.
Centola, abandonada del gobernador, se abandonó á todos: el con-
de ó gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley
señalaba: recibió 500 azotes por primera vez de mano de Sisberto, é
igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mun-
dana reincidente debe el conde de la ciudad entregarla por esclava á
un hombre de infimo estado, Sisberto, despues de ejecutada pública-
mente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo gobernador que
se la diese á él como se la habia de dar á otro, y le permitiera pasar
á ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debia tambien con
arreglo á la ley salir desterrada: otorgó el conde la súplica, y Sis-
berto vino á establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola,
la cual desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de
morirse, no de enfermedad, no de desesperacion ni de vergüenza,
sino puramente de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntuali-
dad las terribles obligaciones de su empleo, las cuales sin embargo
nunca le obligaron á teñir de sangre el cuchillo, merced á la sábia
parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte: con to-
do, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un escla-
vo ó un pobre, y sentian una ruin complacencia en el castigo de un
reo de superior gerarquía; por lo menos es cierto que aborrecia á los
condes inhumanos y á las mujeres orgullosas. Curaba empero con
humanidad á sus víctimas, era hábil en la composicion de venenos,
y los condes de Segóbriga le solian emplear para soscacar á los es-
clavos y gente humilde, entre quienes su presencia producía el mis-
efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que permane-
ciese oculto en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: Mira
no vengas á parar á mis manos!

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del
castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que des-
de las cárceles del castillo donde tenia su habitacion, subia la ver-
duga á la torre que habitaba Teodosinda, tenian Froya y Sisberto un
diálogo así:

—En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de
gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la
he visto. Quizá no podrás imaginarte quien es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

—El principe es.

—¿Conseguiste penetrar en su habitacion?

—Entré.

—¿Sin que te viera nadie?

—Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará ol-
vidarse de que me vió: en fin, llamará.

—¿Qué notaste en la habitacion de Recesvinto? Te mandé abrir
todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

—¿En cifra? ya: la correspondencia con los de su partido. Pero
adelante: ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de
sus armas. ¿Qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de
sus vestiduras quiero que me des cuenta.

—En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en
aquella habitacion uno como de mercader africano ó sirio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

—Precisamente. Un alfange corvo.... una coraza flexibilísima
de escama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arqueta, envuel-
to con mucho cuidado un capacete romano antiguo... adornado con
una magnífica cabellera femenil.

—El es sin duda: él era: no estaba entre las vascones, me esta-
ba siguiendo los pasos: ama aun á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá
la esclava y la vida.

(Estas espresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que
el verdugo no pudo entenderlas ó se hizo el sordo.)

—¿Y dices, siguió el duque, que solo le acompañan dos ó tres
esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á
su lado.

—Esta noche ¿á qué hora le esperan?

—A media noche y vendrá solo.

—Perfectamente, dijo para sí el duque apartándose de Sisberto;
poniéndome en emboscada con media docena de hombres determi-
nados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder y me le traigo á los
calabozos del castillo. Tú, prorumpió dirigiéndose al verdugo, vas
ahora á permanecer en tu habitacion sin salir de ella ni hablar con
ninguno.

—¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado ver-
dugo: antes de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente
del principe.

Separáronse con esto: el duque á buscar á sus cómplices, y el
verdugo á Centola.

VII.

El alcázar destinado á los gobernadores de Segóbriga, situado como ya hemos dicho en lo mas alto del cerro donde tiene su apoyo esta ciudad menos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto: un estrecho y largo cochitril le servia de almacén para los trastos de su oficio. En un rincon se veian una cuchilla moñosa y un tajo cubierto de polvo: mas á la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado, cuando deseoso de hacer algun bien tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacia recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche: daba luz al cuarto una lámpara que cuanto mas visible hacia el menage de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto silencioso y mustio se paseaba de un extremo á otro: la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer asomada observándole. Sorprendiéndole la novedad por qué no suponía él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóla con desagrado que entrase y le preguntó por qué le acechaba.

Obedeciéndole Centola, tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabia en ella mas pasion que la del miedo. Sus mejillas habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo, sus ojos habian cobrado una expresion espantadiza: una palabra fuerte de su marido bastaba para que se la espeluzara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza abatida siempre, simbolo de la servidumbre que se ha merecido.

Balbuaceando, interrumpiéndose y graneándose el cutis de todo el cuerpo cada vez que veia á su tremebundo marido arquear las cejas, retiró Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principiado por encargarle que dijese la verdad y guardara secreto, porque sino le mandaria echar un lazo

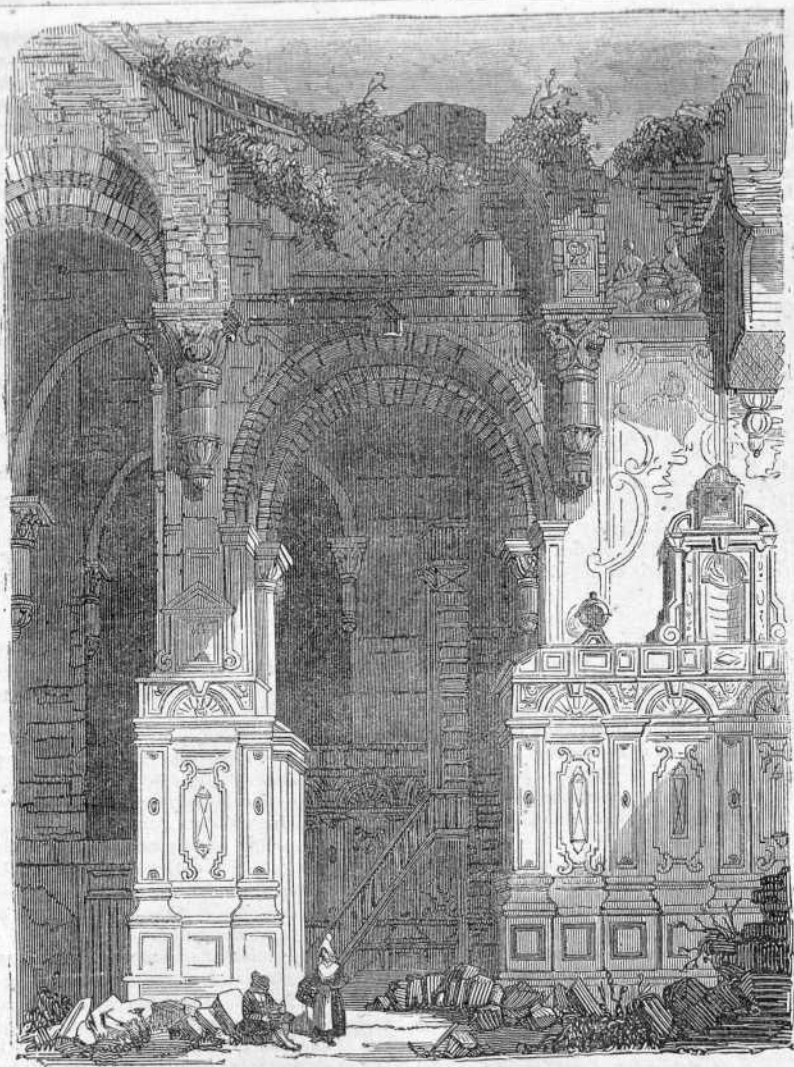
á la garganta. Centola con tan benigna advertencia habia prometido todo lo que se exigia de ella; Teodosinda le habia preguntado si le habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida, que no diese lugar á ningun remedio. Contestó que si Centola le encargó Teodosinda que fabricase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y este al duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo morirían á la primera ocasion sin remedio. Hé aquí por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del gobernador los ponía. Felizmente Sisberto escuchó la noticia con mas estrañeza al pronto que desagrado: echóse á discurrir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrírsele al instante que debia estar destinado á Floriania, como era en efecto: al dia siguiente habia de salir de Segóbriga el duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su rival detestada. Trató Sisberto de avisar al duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo por donde se salia de su habitacion, á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado, á fin de tener incomunicado á Sisberto mientras la suerte del principe se decidia. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditacion, llamó á su mujer y afectando serenidad se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo: Sisberto se enojó veinte veces con su muger diciendo que lo equivocaba todo, echóla por fin del laboratorio y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Mas de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traian algun preso al castillo. Era en efecto el principe que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondia, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo á quien Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él amarrándole á una fuerte cadena.

(Continuará.)—JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PELIGROS DE MADRID.



—Vea V., don Lucio: hombre iba á ver la salida de los toros, han empezado las aperturas, y Carmen se me ha extraviado. ¡A los diez y siete años perderse!... ¡Tan bonita como es!... ¡Y yendo conmigo!!
—¡Que quiere V., doña Severa, peligros de Madrid!



(Ruinas de la Iglesia de Aunoy, en Francia.)

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

POR DON MODESTO LAFUENTE.

Difícilmente podría emprenderse trabajo mas importante, mas útil, ni mas espinoso al mismo tiempo, que el de escribir una historia nacional capaz de satisfacer las condiciones que en la época actual deben exigirse de una producción histórica. Quien hubiese intentado llevar á cabo obra tan grande, contaría con nuestra simpatía y apoyo, aun cuando no hubiera sido tan afortunado en su trabajo como el autor de la *Historia* cuyo título figura á la cabeza de estas líneas. Dos tomos van publicados de ella; el primero casi ocupado exclusivamente por un excelente discurso preliminar, base y cimiento de la obra, ha sido lisonjeramente acogido por toda la prensa de alguna importancia literaria. El segundo, que acaba de repartirse abarca la serie de los sucesos de ocho siglos y medio, desde Sertorio hasta la destrucción del reino gótico, en una narración clara, metódica y amena, llena de consideraciones filosóficas, profundas, lógicas y convincentes, que revelan la disposición especial del autor para este género de escritos, tan opuesto al que hasta ahora ha cultivado habitualmente el Sr. Lafuente, infundiendo la confianza de que sabrá llenar la laguna que en el actual movimiento histórico-filosófico de Europa, se echaba de ver en la literatura española. En prueba de la justicia de nuestros elogios, trasladamos á continuación uno de los capítulos del tomo segundo, que como el primero se halla impreso con suma corrección, esmero y elegancia en el establecimiento del Sr. Mellado.

EL CRISTIANISMO.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la ma-

yor tambien que se verá hasta la consumación de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una transformación física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislación, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existían ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupción, de inmoralidad, de desenfreno habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolución y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavia algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Cicerón dejó de oírse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavia algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajación. Aunque de buena fé quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazón de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organización social.

Así desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad

pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios sin contar las tierras (1). Patricios había que poseían mas vasallos que súbditos algunos monarcas.

(Continuará.)

LA MENDICIDAD EN LONDRES.

II.

La mendicidad por cartas.

Los mendigos por cartas tienen una fisonomía aparte y distinta de los mendigos de las demás clases. ¿Quién podría apreciar con exactitud el número á que ascienden en vista del misterio en que está envuelto su oficio? Una noticia bastante curiosa hallada entre los papeles de lord Holland que murió en 1840, dá sin embargo algunos datos sobre este punto. Hace observar en ella que recibía anualmente unas 550 cartas de esta clase, fechadas todas en Londres. Lord Holland, era un hombre generoso, un verdadero bienhechor de la humanidad. Londres le conocía en este concepto: es muy probable que los mendigos *epistolares* le conocieran igualmente por tal, y por consiguiente se dirigían con preferencia á él, y dando por supuesto que un mismo individuo le hubiera escrito dos ó tres veces en el transcurso de un año, puede ascender todavía el número de los mendigos de esta clase á 400. Que varios individuos, agobiados por los golpes de la adversidad recurran á este expediente, que una pluma hábil y amaestrada, trazando el cuadro de una miseria espantosa, conmueve mas profundamente el corazón que lo que podría hacerlo la farsa mas ingeniosa, no es dudoso; pero es también positivo que la mendicidad por escrito es desde hace mucho tiempo una profesión que se ejerce metódicamente, y mantiene al que la practica. La noticia citada dá á conocer igualmente en cierto modo la proporción que existe entre los que se circunscriben á los límites de la verdad, y los que recurren á la ficción. Lord Holland, á consecuencia de las numerosas pilladas de que había sido víctima, consideraba como un deber suyo el tomar informes sobre el individuo que solicitaba sus beneficios, antes de acceder á su pretensión, y descubrió, no sabe definir si con placer ó sentimiento, que de cada diez cartas de esta clase, nueve eran inventadas por pillastres. La tercera cuestión hubiera sido el averiguar cuánto puede reunir anualmente un individuo que se dedica á esta especie de ratería. Aquel mismo José Noel de que he hablado en la primera parte de este artículo, pensaba que podía evaluarse esta ganancia en 100 libras esterlinas, y lo que á continuación explicaremos justificará este aserto. Es de esperar que en estas limosnas sean iguales por lo menos la parte de la limosna y la de la mentira, lo cual dá por resultado en cada 400 mendigos *epistolares* una renta anual de 40,000 libras esterlinas, ó, lo que es lo mismo, de 1 000,000 de francos.

Los petardistas que, según su propia espresion, se dedican á la *caza mayor*, ciñéndose á la nobleza y á los particulares mas ricos, pueden lanzar solo algunas cartas en un círculo razonablemente estrecho, y contentarse con tanta mas razón, cuanto que el resultado es abundante y lucrativo. Los hechos han probado que con cinco de estas cartas recoge rara vez un individuo menos de dos libras esterlinas, y consigue frecuentemente hasta diez. El que se contenta con asestar sus certeros tiros á la *caza común*, que comprende entre otras clases los eclesiásticos, las mugeres caritativas, y los particulares ociosos que disfrutan una fortuna regular, recibe rara vez de cada carta mas de dos libras ni menos de diez chelines; y generalmente una sola contestación por cada diez cartas. Esto requiere doble actividad, y como esta se ejerce continuamente, resulta que se hallaron recientemente en casa de uno de estos mendigos 16 cartas corrientes, que confesó haber escrito aquel mismo día y que tenía intención de haberlas remitido todas á sus direcciones respectivas en el mismo plazo. Considerado todo esto escrupulosamente, resulta que deben circular diariamente en Londres millares de cartas *limosneras*.

No es extraño que en este laboratorio inmenso se haya hallado escritores de mendicidad (ignore si existen aun en la actualidad, pero los ha habido hasta una época muy reciente), que tenían secretarios, caballos y carruajes. Guillermo el Tuerto, llamado así porque había perdido un ojo no se sabe dónde y llevaba una venda negra, fué un individuo de esta especie. Murió hace 10 años de un modo sumamente elegante: cayó del caballo en el centro mismo de Hyde-Park y se desnucó. Su ganancia anual variaba desde 600 á

800 libras esterlinas, y preciso es que fuera un administrador muy diestro, puesto que pagaba 80 libras á un secretario, y 40 libras á sus escribientes; pero tenía caballo y cabriolé, y una querida que en Londres no es un artículo insignificante. Esta última, después de la muerte de Guillermo, se casó con su secretario José Unterwood, y llevó en dote, como heredera del difunto, los preciosos archivos de éste, que consistían en una porción de modelos de pretestos como embargos, papeletas del monte de piedad, etc., una estensa lista de personas *crédulas* con las señas de sus habitaciones, un diario autógrafo, y una colección de notas escritas del puño y letra de Guillermo, cosas todas cuyo valor supo apreciar perfectamente Unterwood.

Este, convertido así en sucesor legítimo de su principal, era hijo de un alderman de Londres; había recibido una buena educación y parecía dedicado á ocupar una posición mas honrosa, cuando la muerte le privó de su padre, y su mala conducta le quitó la esperanza de obtener un empleo en la Cité. Entró entonces al servicio de Guillermo, y desplegó tan extraordinaria habilidad, que cuando emprendió el oficio por cuenta propia se colocó á la cabeza de sus colegas y se creó una renta anual de 1000 libras esterlinas. Sus invenciones, ó mas bien sus pilladas, eran inagotables; no era suficiente para él el copiar cada carta; sabía escribir todos los motivos, identificarse con todos los caracteres, y espresarse según el espíritu y las costumbres de cada una de las personas á quienes se dirigen. Después de haber estado detenido varias veces, pero sin embargo sin haber sufrido ninguna condena, murió en 1843 durante su último arresto en la cárcel de Cold-Fallfield.

Las dificultades y las persecuciones, asuntos judiciales que estorbaban á Unterwood en la práctica de sus funciones tramposas, y que al mismo tiempo le comprometían, le sugirieron la idea de que la formación de una sociedad era un medio eficaz de disminuir unas y sustraerse á las otras. Constituyó pues una sociedad de la que fué gefe supremo con una remuneración magnífica. No se disolvió la compañía por su muerte. Pedro Hall, que era ya sub-director, ascendió á ser su gefe, y aunque la parca haya cortado el hilo de su vida al cabo del corto espacio de dos años, no por eso dejó de ejecutar cosas realmente extraordinarias. Hábil sobre todo en el arte de disfrazarse, de variar su voz y su porte, llevaba él mismo las cartas mas importantes, y le sucedió con frecuencia conversar con la misma persona con un intervalo de muy pocas horas, sin que le conociera. Está probado que se presentó una mañana en casa del conde de Harwalp como un pobre eclesiástico escocés destituido de sus funciones, y por la tarde del mismo día como un retratista convaleciente de una enfermedad larga y penosa. El eclesiástico obtuvo cuatro guineas y el pintor obtuvo dos. Cada vez estuvo hablando bastante tiempo con el conde: el mismo portero le abrió la puerta á la entrada y á la salida: el mismo lacayo le anunció ambas veces, y sin embargo, ni el amo ni los criados le conocieron. Halláronse en su herencia, cosa muy fácil de comprender, patillas y bigotes de todas clases, una colección de pelucas, y un guarda-ropa que hubiera podido rivalizar con los almacenes de ropas hechas confeccionadas en Holy-Wel-Street.

Los mendigos por cartas de primera clase ejercen su oficio con la mas perfecta regularidad, y llevan sus libros de cuenta y razon tan escrupulosamente como el comerciante mas concienzudo. Tienen un borrador para registrar provisionalmente las notas, un libro copiador de cartas, un libro de caja, etc. En el mes de agosto de 1844 publicó el *Times* fragmentos del diario de un bribon de esta clase llamado Juan Douglas, condenado por sus fechorías á varios meses de encierro en una casa de corrección. Sus anotaciones son muy breves y no contienen mas que la sustancia del asunto: 1.º La fecha. 2.º Las señas de la persona. 3.º El nombre imaginado. 4.º La desdicha que alegaba. 5.º El resultado. Citamos por vía de ejemplo los extractos siguientes: «8 de febrero, Almirante Curron, del navio Palas, el gaviero Samuel Bowden;—embargo por un alquiler de 4 libras y 4 chelines, inutilizado á consecuencia de una herida;—resultado dos libras.» «12 de marzo. Condesa de Mansfield; Elisa Turner, viuda; nueve niños, con tos ferina, escarlatina, cólera;—resultado 3 libras esterlinas.»

Los textos de estas cartas son los que, llenos de pormenores edificantes basados en la probabilidad y adornados con amplias adulaciones, motivan las liberalidades; por eso la destreza del escritor *pardoesero* reside en su invención de pretestos y en la de frases sentimentales y laudatorias. Que las notas ó apuntes de que se ha hablado mas arriba sean indispensables para que la memoria no engañe, y que no se incurra en repeticiones u otras equivocaciones que, inspirando sospechas, no solo harían fracasar los proyectos del autor, sino que comprometerían también su libertad, se comprende fácilmente; pero lo que sorprende mas es el cómo consiguen conocer estas gentes las circunstancias mas prolíficas concernientes á las personas á

(1) Citado por Canto, Hist. Universal, Epoca VI. cap. V.

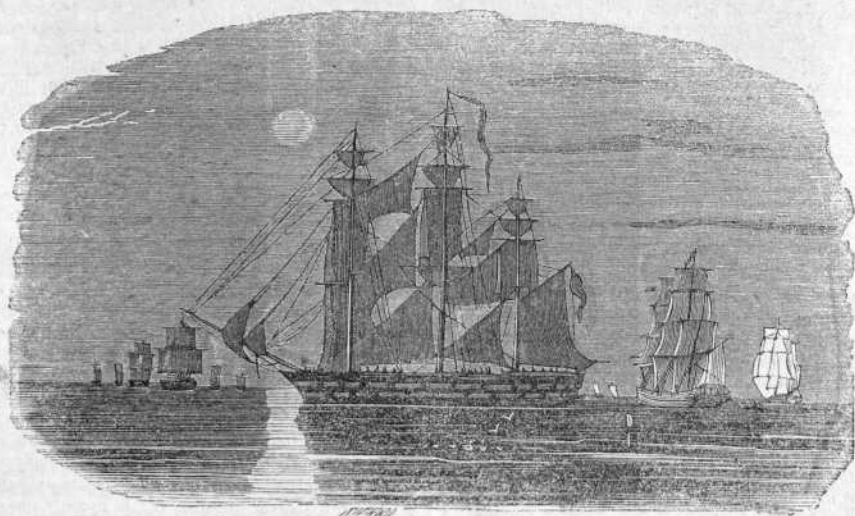
quienes se dirigen, y que saben emplearlas ó modificarlas de tal suerte que el que recibe las cartas no halla pretexto para resentirse, sino que por el contrario, se siente inclinado á la generosidad. Problemas de astucia son estos, cuya solución duplica desgraciadamente el abuso del talento. Estos bribones llevan algunas veces su audacia á tal extremo (un hecho de esta clase fué el que le ocasionó á Unterwood su último arresto), que imitan la letra y la rúbrica, escriben cartas enteras con una semejanza engañadora, bajo el nombre de personas de quienes han conseguido procurarse algún escrito autógrafa, y se las dirigen á otras que conocen su letra. En una ocasión muy reciente todavía, un general célebre envió un billete de banco de 20 libras á un teniente que había militado á sus órdenes y que le había espuesto en una carta, la posición crítica en que se hallaba. El Tribunal de policía rogó al general que le transmitiera esta carta; así lo hizo, aunque haciendo observar con bastante brusquería que no había trampa en esto, porque conocía la letra del teniente Prattan tan bien como la suya. Sin embargo, la letra del teniente había sido imitada con la mayor perfección por un falsificador, y á este había ido á parar el billete de banco.

Ya sea que se quiera evitar el que descubran la trampa, ó que deseen no promover duda alguna sobre la identidad del autor con el que toma su nombre, la letra es en la práctica de este oficio una cosa de tan colosal importancia que cada uno se esfuerza por apropiarse una porción de letras diferentes. Parece que Unterwood escribía diez letras distintas con la mayor habilidad. El minimum de ellas que debe poseer un mendigo es el de cuatro: una habitual para los casos ordinarios, otra para las personas ilustradas, de edad avanzada, perseguidas por la desgracia, otra para las muchachas jóvenes, y otra para las mujeres casadas. Cuanto mas elevada es la clase de la persona en cuyo nombre va escrita la carta, mas importante es proceder con cuidado en lo concerniente á la remisión de la carta y de la contestación. Una carta suscrita por un supuesto oficial, ó por su viuda, promueve mas indagaciones que cuando aparenta ser de un artesano ó de su hija. Solo cuando tiene el autor motivos poderosos para creerse seguro de sí mismo, es cuando lleva en propia mano la carta, y espera la contestación; lo mas frecuente es mandarla por el correo y dar sus señas en una hostería, un café, ó un sitio

en cualquiera de reunión. Pero antes de presentarse en el sitio indicado, espía mucho tiempo y con cuidado si está en acecho algún agente de policía ó de la *Sociedad de Mendicidad* para arrestarle, y toma sus disposiciones con arreglo á las circunstancias del momento.

Cuando vá dirigida la carta á una persona distinguida, y que ésta es bastante bondadosa para unir alguna esquela consolatoria á su envío de dinero, el petardista sabe sacar muy buen partido de esto. Manda inmediatamente este testimonio de compasión á algún amigo ó conocido benéfico del autor de la esquela, suplica que se la restituyan, porque aquella esquela es *sagrada para él*, y la hace circular así de mano en mano. Rara vez sucede que este manejo deje de producir resultados lucrativos. La esquela es auténtica y hace creer, segun las apariencias, que el autor de ella está convencido de la realidad del hecho que compadece. Un iluso hace ciento. El escritor de estas cartas de mendicidad practica todavía otra astucia: en lugar de pedir auxilios para sí mismo, los solicita para su prójimo; refiere una historia sencilla, se atribuye un nombre honroso, y para demostrar su buena voluntad se suscribe el primero por una cantidad razonable á la cabeza de una lista de suscripción que se abre á favor del *desgraciado*, y cuyo importe está destinado á aliviarle de sus penas y trabajos, ó mejorar por lo menos su situación.

Citaremos aun, en el número de las trampas practicadas por estos mendigos, *embargos judiciales* de que hemos hablado ya, y las papeletas de empeño del Monte de Piedad. Son pruebas de miseria, y si el petardista lo cree necesario, sabe fabricar perfectamente un certificado del rector de su parroquia ó de algún médico del barrio. Sobre todo, cuando aparecen en escena las *papeletas de empeño*, es en el caso de ocurrir un incendio en algún Monte de Piedad. En las circunstancias normales se trata de socorros destinados á desempeñar los efectos mencionados en la papeleta del Monte de Piedad; pero en caso de incendio de éste y de los efectos empeñados, se trata de una miseria espantosa, como consecuencia de la destrucción completa de los últimos recursos. Parece que Guillermo el Tuerto fué el primero que explotó así los incendios de esta clase, y que consideró siempre como un acontecimiento feliz la destrucción de un Monte de Piedad.



EL OCCEANO Y SUS MARAVILLAS.

I.

Descripcion general.

Si nos es grato contemplar las escenas risueñas y variadas que ofrece una campiña feraz y pintoresca, mas interesante nos parece aun el aspecto de la naturaleza cuando se presenta á nuestra vista ceñida con esa cintura inmensa y flotante que llamamos *Occéano*. ¡Qué carrera tan magnífica nos presenta, abierta á nuestras investigaciones y admiración! ¡Qué manantial inagotable de conocimientos útiles! ¡Qué prueba tan sublime de la munificencia del criador!

El *Occéano* cubre mas de la mitad de la superficie del globo terrestre. Sorprende al pronto esta estension. Quizás la prevision humana se hubiera contentado con manantiales y aguas corrientes, ó con rios alimentados por los vapores que se detienen en las elevadas

cumbres de las montañas; pero la providencia divina ha querido que las aguas, ademas de los manantiales y rios que las producen propias para nuestro uso, formasen un vastísimo estanque que se estienda de continente á continente, de un polo al otro. Este elemento líquido cede bajo el peso del hombre, y en los mares, lejos de aliviar la sed, la irrita por su amargor y sus cualidades salitrosas. Algunas veces invade sus costas el *Occéano*, destruyendo y llevándose los trabajos que la audacia del hombre ha osado hacer en sus orillas; después arroja á la playa sus despojos, como para insultar á la debilidad humana. Sin embargo, los desastres que produce solo son casuales, al paso que sus beneficios son constantes y generosos.

El *Occéano* es una estension muy dilatada de agua que cubre la superficie del globo del Norte al Sur, y del Este al Oeste, de modo que un buque, avanzando siempre y evitando los obstáculos que encuentre, vuelve al punto de que había salido. El sinnúmero de islas y continentes que hay en el *Occéano* no interrumpen su continuidad. Los mares son ciertas porciones del *Occéano* que toman sus denominaciones generales de los diferentes países que bañan. Las subdi-

visiones de estos mares forman los golfos, las bahías y los estrechos que están figurados en nuestros mapas.

Se ha calculado que la superficie de las aguas esparcidas en el globo es de unos nueve millones y medio de leguas cuadradas. En cuanto á su volúmen, difícil es evaluarle ni aun aproximadamente, porque en muchos parages, la sonda no llega al fondo; pero suponiendo que el término medio de la profundidad del Océano sea de media milla inglesa, será el volúmen de la masa de las aguas de 2,560,000 leguas cúbicas.

Entre nuestros lectores habrá sin duda algunos que hayan estado en las orillas del mar, y que por esta sencilla razón se crean ya con derecho para decir que *han visto el mar*. Mas cierto sería decir que han visto una parte de él infinitamente pequeña. Supongamos en una llanura un lago de forma irregular y de una media legua de diámetro; algunas hormigas se pasean por la arena de la orilla; allí se adelantan por una lengua de tierra en la que el agua baña sus pies: ¿es creíble que en esta situación puedan descubrir una gran parte del lago? Y sin embargo, proporcionalmente, su vista abrazará mas espacio que la nuestra cuando contemplamos el Océano, aunque sea de un punto muy elevado, porque el lago puede ser considerado con una superficie recta, al paso que la del Océano es curva ó esférica como la de la tierra, circunstancia que limita naturalmente el horizonte del observador.

La idea del mar en su estension imponente confunde la inteligencia, como la idea de lo infinito. Lejos de las costas y en un tiempo sereno ofrece un espectáculo monótono, pero en sus momentos de furor, asocian los marinos el sentimiento de su poder al del peligro y quizás en ninguna otra circunstancia siente el hombre un recogimiento tan solemne y religioso.

Estamos generalmente inclinados á juzgar las cosas mas bien por lo que parecen que por lo que el estudio podría enseñarnos fácilmente. Esta es la razón de que algunas personas, á quienes no les falta ni inteligencia ni sagacidad, se hayan formado una idea errónea del tamaño de la tierra. No hay nada mas útil sin embargo, que el aplicar su inteligencia á la contemplación de las escenas naturales para llegar á comprenderlas tales cuales son realmente. Estos esfuerzos sucesivos, sostenidos por el interés siempre creciente de la verdad, ali-

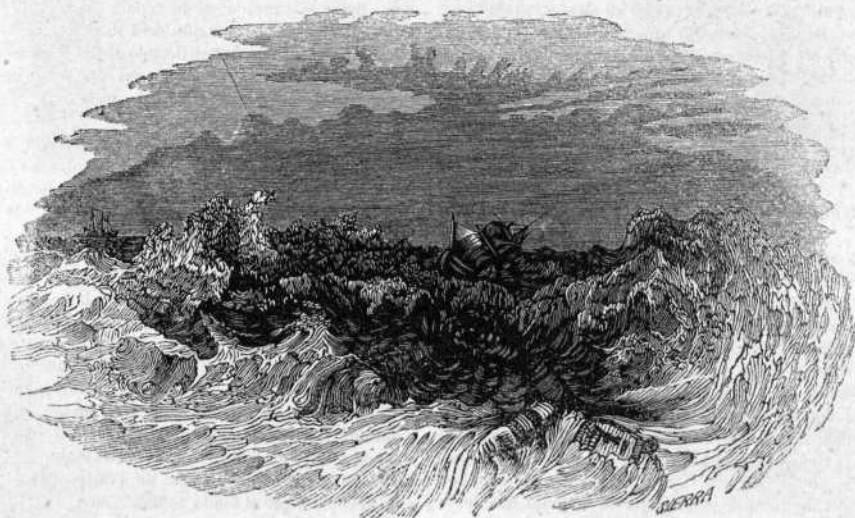
mentan y desarrollan las facultades intelectuales y las hacen superiores á las fruslerías despreciables en que pasan tantas personas su existencia entera.

Hemos dicho arriba que las aguas del mar son saladas, lo cual las hace diferenciarse de las aguas de manantiales y rios que generalmente no tienen sabor alguno. Esta propiedad ha sido atribuida á diferentes causas; algunos físicos suponen que hay en el fondo del Océano capas espesas y aun montañas de sal; otros creen que los rios que hace tantos siglos arrastran al fondo del mar los despojos de animales y vegetales, que contienen todos cierta cantidad de sal, son los agentes verdaderos de este fenómeno. En esta hipótesis, los cuerpos se descomponen por la acción disolvente de las aguas; la evaporación no les quita mas que las partículas que constituyen el agua potable, para devolverlas á la tierra en forma de lluvias ó de corrientes. Que obren estas causas aisladas ó unidas es lo que la ciencia no ha podido resolver aun; pero deduciremos una observación, y es que la naturaleza es un laboratorio estenso donde se combina todo hasta lo infinito, segun las reglas constantes que perpetúan en sus propiedades y en su conjunto las obras del criador.

Si las causas de los fenómenos se sustraen á las investigaciones del hombre, su objeto, es decir, su utilidad, basta para hacernos admirar la sabiduría de la providencia. La sal contenida en el agua del mar libra á esta de esas alteraciones nocivas á que se halla espuesta el agua potable; evita además la congelación de esos estanques inmensos, excepto en las latitudes próximas á los polos.

Por eso casi todas las partes del Océano están abiertas á la navegación y al comercio. Sin embargo, como el agua del mar no es potable, y que no solo es nauseabunda sino perjudicial tomada en cierta cantidad, los marinos, y aun los que han nacido sobre el mar, tienen que proveerse de agua dulce.

La escasez de agua no es menos temible que la falta de los demas alimentos; para obtenerla se recurre á varios medios. Se extienden lienzos con cubos debajo para recoger el agua llovediza ó la del rocío. Otras veces se cuece el agua del mar para utilizar el vapor que exhala (1). Solo cuando el tormento de la sed es ya intolerable, beben los marinos el agua del mar, porque saben que ocasiona una muerte inmediata en este caso.



El aspecto general del mar varia segun el estado atmosférico y las horas del día, pero conserva siempre un carácter grandioso, ya sea que el sol saliente adorne con una tinta plateada el nivel del horizonte, ó que, próximo á ocultarse, sus rayos interrumpidos por las olas parezcan encenderse en ellas como las llamas de un gran incendio; pero no hay nada que iguale á la belleza de este espectáculo en las noches polares, cuando alguna aurora boreal hace brillar la superficie de las aguas con una luz tranquila y trasparente. El color del mar suele ser un verde bajo en ciertas ocasiones, y un azul hermoso en otras; pero el menor soplo de viento, la reflexión del cielo, la presencia de una nube, la de los animales ó vegetales que contiene en su seno, la naturaleza misma del fondo, la dan accidental-

mente tintas variadas, y que sería imposible indicar con precisión.

Algunas veces se pone la mar luminosa, y por la noche es cuando se manifiesta particularmente este fenómeno. Se la ve brillar en algunos parages en toda la estension que abarca la vista; suele suceder que solo esté luminosa al chocar con los costados del buque, ó al ser batida por los remos. En algunos mares es mas frecuente este espectáculo que en otros; hay mares en que se manifiesta cuando reinan ciertos vientos; hay otros, finalmente, en los cuales se percibe en muy pequeña escala.

El capitán Bonuycastle, al subir el golfo de san Lorenzo, presencié este fenómeno, pero con circunstancias sumamente notables. Era el 7 de setiembre de 1826. A las dos de la mañana, el piloto segundo bajó muy alarmado á despertar al capitán. El cielo estaba estrellado, pero de improviso apareció entoldado en cierta dirección, y salió del mar una luz súbita y brillante, parecida á una aurora boreal. Era tan viva aquella luz que iluminaba todos los objetos, hasta los topes-masteleros. El contramaestre, despues de haber dado la alarma, aseguró la barra del timon, rizó el velamen, y puso toda la tri-

(1) Últimamente se ha hecho un descubrimiento importante y harto conocido para que hagamos de él una descripción detallada. Consiste en un aparato destilador para separar el agua dulce, procedente de las lluvias y de los rios, que está mezclada con el agua salada del mar. En la actualidad casi todos los buques que hacen viajes largos, van provistos de una de estas máquinas, útiles mas por cuanto evitan la falta de agua dulce.

pulacion pronta para maniobrar. La mar estaba luminosa desde una á otra orilla; y las aguas, que hasta entonces habian estado tranquilas, empezaron á agitarse. Los marinos de la tripulacion afirmaban que no habian visto nunca semejante cosa. Con la claridad se distinguian muchos peces grandes cuyos movimientos rápidos parecian indicar el aturdimiento del susto. Amaneció y salió el sol; su disco estaba todo de color de fuego. El capitán hizo sacar un cubo de aquella agua; ofrecia el aspecto de una masa luminosa en cuanto se la agitaba con la mano, se echó una parte de ella en una vasija descubierta, y conservó durante algunos días, aunque en menor grado, aquella cualidad fosfórica.

Se ha tratado de explicar la causa de este fenómeno que se atribuye, ya sea á masas inmensas de animalillos pequeños cuyo cuerpo tiene la misma propiedad que el del gusano de luz, ya á la irradiación de alguna materia fosfórica, tal como la que emana de la Sarga y de algunos otros pescados cuando se les observa por la noche. En todo caso, la irradiación que aumenta por el movimiento que se imprime al agua, revela suficientemente la presencia de un fluido fosfórico. Los marinos tienen la creencia de que cuando la mar se pone luminosa, es indicio de la proximidad de una tempestad.

Por muy interesantes que sean las escenas que ofrece la superficie del mar, es muy probable que lo que pasa en las profundidades de sus abismos excitaria la curiosidad en mayor grado, si esos arcanos no fueran impenetrables á las investigaciones del hombre. Sin embargo, con el auxilio de un aparato ingenioso, se consigue sustraer al mar algunos de sus secretos y hasta una parte de las riquezas que oculta á que ha sepultado en su seno. Esta máquina, muy conocida, se llama campana de buzo. Su utilidad se comprenderá fácilmente haciendo el siguiente experimento. Colóquese un pedazo de corcho en la superficie del agua contenida en un barreño grande; métese en el agua un vaso boca abajo, en cuya cavidad esté el corcho, que por su ligereza se mantendrá flotante; váyase sepultando con precaucion el vaso en el agua, y se verá que el nivel del agua bajará sucesivamente debajo del tubo, y se elevará alrededor y por encima de sus paredes exteriores; en esta operación, el corcho bajará al mismo tiempo que el líquido que le sostiene, y á pesar de la immersion completa del vaso, la parte superior del corcho permanecerá seca. El mismo resultado se obtendrá sumergiendo el aparato á la profundidad que se quiera. El aire rechazado ligeramente hacia el fondo del tubo impide al agua que suba, de modo que una mosca podría permanecer á pié enjuto encima del corcho; sin embargo, comprimido el aire de este modo, deja de ser propio para la respiración, y en esta posicion, cualquier animal que no volviera pronto al aire atmosférico, moriria asfixiado en poco tiempo. Una cáscara de nuez, puesta á flote en el barreño, sobre su quilla, daria una prueba mas sensible todavía de la resistencia del aire; el vaso que la cubriera podría ser sumergido en el agua á la profundidad que se quisiera, sin que entrara ni una gota de agua en esta embarcacion pequeña.

Se han construido campanas de buzo bastante espaciosas para contener cinco personas; el nombre de esta clase de aparatos indica la forma que tienen generalmente; sin embargo se ha tratado de hacerlos cuadrados como un tablero. El doctor Couthoud bajó en 1821 en un aparato cuadrado, formado de una sola pieza de bronce. La parte superior ó techo tenia varias ventanitas redondas formadas de cristales muy espesos y que cerraban herméticamente. Un tubo ponía en comunicacion el interior del aparato con la superficie del agua; una bomba neumática obligaba al aire exterior á que bajara por el tubo para renovar el del interior de la máquina. Dejemos hablar al mismo doctor.

«Bajamos tan lentamente que no notamos el movimiento de la campana hasta que estuvo sumergida en el agua; entonces sentimos alrededor de los oídos y en la frente una especie de presion; mi compañero sufría de tal modo con este malestar, que nos vimos obligados á detenernos un rato. Por fin seguimos bajando; vi la palidez de mi compañero; particularmente sus labios estaban sumamente descoloridos, como si estuviera próximo á desmayarse. En cuanto á mí, sufría alrededor de la cabeza una presion fuerte, muy semejante á la que podría producir una corona de hierro, pero no tenia ninguna otra incomodidad. Sin embargo, mi voz dejaba de ser sonora, y aunque hablaba bastante alto, apenas podía yo distinguir el sonido de mis propias palabras».

La presion que cita el doctor puede explicarse del modo siguiente. Sin la porcion de aire que se oponia como un obstáculo al agua, esta hubiera llenado naturalmente toda la cavidad del tubo: el esfuerzo que hacia el líquido para ponerse al nivel reducía el aire interior á un espacio menor que el que ocupaba antes, y este aire comprimido así ejercia una presion análoga sobre las personas colocadas en el interior de la campana: de aquí proviene el malestar que padecian. El compañero del doctor se habia puesto en los oídos dos bu-

litas de papel; penetraron tan profundamente por la acción del aire, que le costó mucho trabajo á un cirujano el extraerlas. Del mismo modo se puede explicar la razon de que la voz fuera haciéndose tan insonora. En primer lugar el aire que penetraba por la abertura de la boca, estorbaba los sonidos en el momento de imitarlos; despues la porcion de aire que producía estos sonidos debilitados tenia que recorrer un espacio mas denso; en fin el órgano del oído el tímpano fuertemente dilatado por una presion constante, debía perder naturalmente una gran parte de su elasticidad y de sus propiedades de repercusión.

El doctor Halley que bajó en una campana de buzo á hacer experiencias científicas, penetró á una profundidad de 50 toesas próximamente. Con un sol hermoso y una mar tranquila, podía leer y escribir y distinguir los objetos que queria coger en el fondo. Pero cuando el agua estaba turbia, tenia que encender una vela, circunstancia que á pesar de lo extraordinario que parezca, no lo es mas que la de entregarse á observaciones científicas á 500 pies bajo el nivel del Océano. La mar que vista desde arriba, presenta un color verdoso parece tenerle rojo oscuro cuando se la mira desde abajo, y refleja un resplandor rojizo sobre los objetos. La razon de esto es que de los colores primitivos de que se compone la luz, solo el rojo penetra hasta aquella profundidad. Es probable que mas abajo todavía, cese este efecto, y reine una oscuridad completa. Los buzos afirman que cuando los vientos amontonan las olas en la superficie del Océano las aguas del fondo permanecen tranquilas. El frío parece también mas intenso á medida que se va bajando hasta el estremo de ser insufrible en cierta profundidad. No es esta porque la temperatura positiva sea allí mas rigurosa que la de los inviernos de las regiones templadas, sino que la presion del aire hace que sea mas sensible su efecto.

Las campanas de buzo no han sido usadas generalmente mas que para sacar del agua algunos de los objetos perdidos en los naufragios, ó para explorar el fondo de los rios, operacion indispensable cuando se trata de construir ciertas obras, como puentes, malecones, etc. En el Támesis se hizo uso de una campana de buzo para reconocer la abertura por donde habia entrado el agua en el tunnel.

Debemos señalar un hecho notable que parece contradecir las leyes generales del peso. Los cuerpos pesados, empleados como sondas, bajan con rapidéz al descender del nivel del mar, pero al cabo de cierto tiempo, parece que cesa su movimiento de descenso mucho tiempo antes de haber llegado al fondo. La causa que se supone haya para esto es la presion del agua que á cierta profundidad y en razon á la pesadez del cuerpo, obra de modo que le sostiene en equilibrio, pero esta explicacion no se resiste á un examen detenido. Efectivamente, si la presion del agua bastara para suspender cuerpos pesados en medio del abismo seria preciso deducir de aquí que no podrian existir en el fondo del mar, en los sitios á que no ha podido llegar la sonda, mas que masas enormes; todos los demás cuerpos, como corales, guijarros, arena, etc., deberian obedecer necesariamente á la misma ley que los suspenderia en el seno del mar. Se nos dirá que por qué deja de bajar la sonda aunque no haya llegado al fondo. Esto es porque la sonda está formada de dos partes de una naturaleza muy distinta; de una masa de metal, que suele ser plomo, y de una cuerda que se mantendría flotante en la superficie, á no ser por el peso que la arrastra. Así es que la cuerda opone una resistencia al plomo, y siendo mayor esta resistencia á medida que se ha dejado correr mas cuerda, debe llegar necesariamente un momento en que neutraliza el efecto de la pesadez y mantiene al cuerpo en equilibrio. Nuestros lectores podrán hacer esta experiencia atando un alfiler de un tamaño regular á un hilo delgado y haciéndole bajar al fondo de una vasija de cristal de bastante profundidad.

Sea la causa cual fuere, el obstáculo no es menos cierto. Hay ciertos limites que nunca podrá el hombre traspasar, y así como no podría elevarse en un globo mas allá de cierta altura por falta de aire respirable, así también tiene que detenerse, ya sea que quiera sondear los abismos del Océano, ó que trate de profundizar las entrañas de la tierra.

La configuración del lecho del Océano se parece á la de un continente: se encuentran en él montes, valles, colinas, bancos de roca, precipicios, cavernas y grutas. Una gran porcion de esas islas sembradas en el mar, no son mas que las crestas de las montañas que salen del agua. Los parages inaccesibles á la sonda son, sin duda, valles ó hendiduras ó llanuras profundamente encajonadas, mientras que los escollos ó bajos que hay cerca de las costas solo son proximidades de esas eminencias que llamamos tierras.

En las regiones polares, la mar se presenta bajo un aspecto que difiere enteramente del que ofrece en otras latitudes. Flota allí el hielo bajo la forma de islas ó montañas. Algunas de estas masas superan en estension á una porcion de las islas figuradas en nuestros

mapas; las hay que se elevan á mas de 1,000 pies sobre el nivel del mar; y que tienen varias leguas de estension. Generalmente, están inmediatas ó unidas, forman como una cadena en un espacio de varios grados. Los marineros temen mucho mas los hielos á flor de agua que los que sobresalen del mar; posible le es á un buque evitar el choque de estos últimos, porque se ven desde lejos, pero puede ser sorprendido en medio de aquellos, y estar detenido el tiempo suficiente para que la tripulación perezca de hambre, ó hacerse mil pedazos entre aquellas masas flotantes.

Una montaña de hielo suele tener un color verde-muy claro; otras veces toma un color gris ó negruzco. Este hielo tiene mezcla de tierra, piedras y arbustos arrancados de la orilla. Se hallan con frecuencia en las escabrosidades de aquellos, témpanos inmensos de hielo nidos de pájaros con sus huevos, á pesar de hallarse á una distancia considerable de la tierra.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Muerte próxima amenazaba á los esposos del Valle del Paraiso. Froya á escondidas de su hermana queria acabar en aquel mismo dia con Recesvinto: Teodosinda se proponia envenenar á Floriana, asi que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar Froya el candado que habia mandado poner á la puerta del verdago, á quien iba á mandar que por primera vez preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la orden y quedarse en el tránsito. Mandó á uno de sus satélites que hiciera despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido profundo terror. Vistióse dócil y siguió al soldado encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo: abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja que daba á la prision del príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo seña á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, previniéndose ya á un espectáculo funesto. — Mira sin que te sientan y calla, le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimiósele el corazon á la noble jóven, porque en él subsistia siempre el cariño á su perdido esposo; pero supo contenerse sin dar un grito: cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana que estuvo á punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevóla á su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del duque la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco, le dijo:

— Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, á pesar de ser él hijo del rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia: voy á explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: yo voy á sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los mas en número son los mas poderosos, se han resuelto á deponele, como él hizo deponer á su antecesor el malogrado Tulga: hoy es la reunion de los coligados que vendrán á acamparse con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan á Segóbriga: allí voy á ser hoy alzado sobre el pavés monarca de los godos hoy mismo: desde aquí podrás verlo. Flavio, que aunque tan viejo es muy temible, morirá si se deja prender: inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

— ¡Ah señor! exclamó Floriana cayendo de rodillas y juntando las manos. Misericordia con él.

— Alzate y cesa de pedir en su favor, porque de seguro te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy á decirte lo; pero antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé á Recesvinto de haberte olvidado; tal reia en onces; ahora estoy persuadido de que te ama.

— ¿Es posible?... ¿es verdad?... ¿seré tan dichosa?...

— Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que te figuras, no es muy envidiable. Prosigo: vuelvo á decir que Recesvinto debe amarte aun, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento: el dia que salimos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detrás de nosotros: esto indica que se hallaba en la corte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

— ¡Cielos! ¡y yo que dudaba... yo que le acusaba de infiel...! Pero señor, entonces tú debes á Recesvinto la vida.

— No: te la debo á ti: primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa, favor que necesito pagarte: el premio será una corona.

— ¡Cielo santo!

— Si, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confia en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularle nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptaras mi cariño, hubiera sido ahora una supercheria indigna de mí, hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿á qué he de mentir sino lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera muger haria; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose sin embargo á ser fiel esposa, es accion que de ti sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio: sino eres mi esposa, el padre y su hijo perecen, el hijo al momento. Contempla tu situacion y decide: ó vivir esclava de Teodosinda llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los godos, unida á un hombre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya Floriana no le escuchaba: habia comprendido que Recesvinto la amaba todavía y que se le mandaba á costa de su amor salvar al amante amado: esta sola idea entraba en su entendimiento ofuscado por la inminente desgracia: lo demas ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único Ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios. ¡Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitais tanta crueldad?

— ¿Posible? Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

— Su rey, su rey: ¿qué falta te hace la corona? dijo la humilde sierva, elevándose por grados hasta tratar con el duque de igual á igual, casi de superior á inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿mejor que lo seria su hijo?

— ¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle: sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida: si el gefe de la conjuracion fuese otro, Recesvinto ya no existiria: la loca pasion que me inspiras, le vale. Puesto que soy mas humano que seria otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio: este eres tú: sé mia, porque tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos, brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadia increíble. — ¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas: basta con una palabra mia, que será la expresion de mi voluntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, yo juro que no.

El primer impulso del colérico duque, fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva: el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana asi que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia; tenia una ventana á cada lado: al una daba al campo; la otra á un patio del castillo: ambas estaban

provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del duque con intención de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda ¡Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos que ahora me pueden servir para tejer un lazo que termine mi deplorable existencia! Arrancó pues la trenza y fue á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducía al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana, no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya: dió contra-orden á Sisberto y subió.

Cuando abrió el duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalon de la ventana, y asida aun á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida: sin ellas, la congoja la hubieran ahogado.

—Procura sosegarte, le dijo con piedad el duque; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

—Es que yo no me contento con que vivan: quiero ademas que no se les deshonre. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenia en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará: no se les obligará á tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me contento: no quiero que se les encarcele: solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el duque: eso que pides, es imposible por ahora; mas adelante podrá concedésete. Si me apodero de Flavio como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio: despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérsese mas condiciones.

—¡Oh! sí, falta todavía la mas importante. Yo he sido esposa y he debido mirar por el que fué mi esposo; pero antes de ser suya era española, ó como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipación de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica. ¡Pedirme á mi, decía, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso.

—¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Al cabo, al cabo, prosiguió el duque hablando como consigo propio, los reyes que querían sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré á los españoles con los visigodos. En mí es esta determinación mucho mas meritoria que lo fuera en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolición de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipación de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mí motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esa idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inesplicable amargura: los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase, pero la réplica fué aun mas amarga. Las reinas como yo, dijo: deben durar menos.

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El duque en vista de un aviso que le daban, tenia que salir fuera de la ciudad para verse con algunos coligados. Llamó á unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuese con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz libre en disposicion de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades, por no contravenir á la órden que acababa de dárles el duque. Por entonces, Floriana se salvó del veneno que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

VIII.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos: dieron la seña convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quie-

nes debían entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitación sorda á esperar la venida del gobernador, que había de ser aquel mismo día salido Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habían de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes: al descubrirlas desde el castillo, habían de tocar los clarines en la ciudad, se había de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que sería recibido en triunfo, cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados: tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharía el grueso de la hueste á la ciudad imperial de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defendería, porque sabían de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaría la elección para que fuese válida, y sería el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que conocían á Teodosinda, se presentaron á saludarla: noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse á lo lejos, subió acompañada de aquellos gefes á las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvían todos la cabeza ya á un lado, ya al otro. Pasaba tiempo y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella expectación, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del medio día se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos ginetes por el mismo camino.

El hombre que venía á pié, era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué había salido y de dónde venía; respondió satisfactoriamente Sisberto que había salido con un encargo del duque y venía de desempeñarlo: no podía decir cuál era por habersele encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la verdad del verdugo. Ademas había otra pregunta que hacerle que era la que mas importaba á todos, á saber: ¿si no había visto tropas por aquel lado? Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legión entera.

—Ya están aquí, ya no hay cuidado, gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya órden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un ribazo desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenia dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

—¿A quién dices? exclamaron todos atónitos.

—A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venían del Valle del Paraíso, y se dirigían aquí.

—¿Aquí?

—Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí: deben ser, prorumpió Teodosinda enagenada. Retírate, Sisberto. Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inesplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey había pasado algunos días en el Valle del Paraíso; mientras tanto la conjuración había dado pasos de gigante; Flavio no sabía nada y venía incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que había prometido Froya á Floriana, y persistían en la determinación que antes se había tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano rey que lentamente se iba encaminando á Segóbriga, como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de enmedio aquel embarazo, en designándole el sugeto: una muerte mas ó menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno pues quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

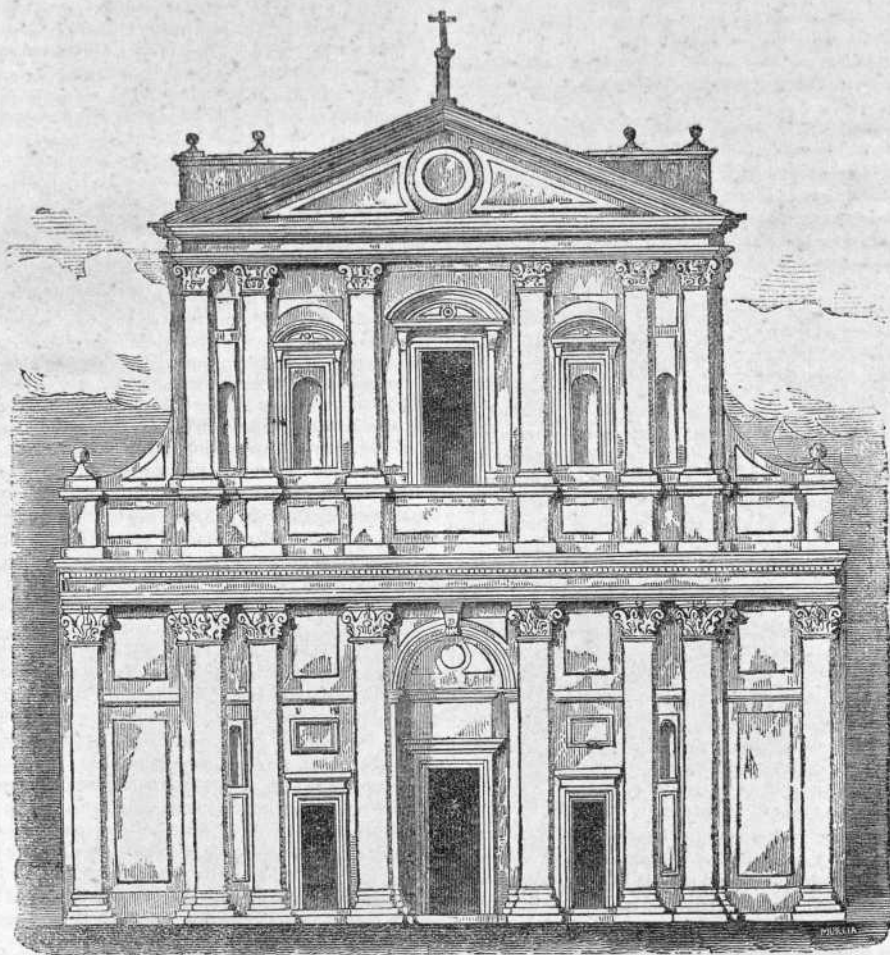
(Concluirá.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MAXIMAS PROVECHOSAS.

Decía un filósofo antiguo: —«Desconfía de la delantera de un carro, de la trasera de una mula, y de un fraile por todos lados.»

Un observador moderno dice: —«Desconfía de la cubierta de un libro, del pañuelo de una mujer bonita, de la muestra de una tienda, y de las buenas palabras de un personaje, porque las esterioridades suelen ser engañosas.»



EL TEMPLO DE SANTA CRUZ EN MEDINA DE RIOSECO.

Hay tiempos que hacen época en la historia de la humanidad, y siglos que cambian la fisonomía de las naciones. Para el espíritu superficial que no mira las cosas sino en globo, estos sucesos no tienen significación, ni son mas que fortunas ciegas: pero el hombre pensador, el filósofo, encuentra en ellos un enlace íntimo, una providencial armonía de causas y efectos, de reciprocas influencias. Esto es lo que debemos á la filosofía de la historia, á la admirable y fecunda ciencia de Vico, que tan grandes horizontes ha franqueado en la existencia universal.

Si á la luz de esta moderna antorcha contemplamos el siglo XVI, hallamos sin duda que fué una de las épocas mas decisivas del mundo, una de las fases mas profundas y vehementes de la civilización. Con dificultad se podría distinguir en los anales modernos, desde la caída del imperio de los Césares, otra circunstancia tan importante y poderosa sobre los destinos del Occidente como la edad de Leon X. No es cosa de engolfarse en investigaciones críticas en un trabajo como el presente. Pero si la ocasión lo permitiera, habíamos de ver que el decantado siglo de Luis XIV en el mundo teutónico, ni el de los Augustos y Merenias en la civilización latina, tuvieron tan elevado carácter y fuerza de acción, ni tantos títulos á las atenciones de la posteridad como aquel tiempo de grandezas de todo género.

Aquel siglo merece, cual otro, el antonomástico dictado de *grande*; porque todo en él lo fuera: nombres, hechos, invenciones, descubrimientos; las ciencias y las artes, fortunas y desdichas, verdades y errores, todo respiraba grandeza; todo tuvo grandes, si bien respectivos, resultados. Es verdad que, llevando por precursores de su advenimiento la invención de la imprenta, la toma de Granada y el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo, no podía menos de ser un tiempo fecundo y digno de patente de primer orden. ¡La invención de la imprenta, que, según la feliz definición de un escritor francés, «es el mayor lucero de la historia!» Y el triunfo de la Alhambra y la conquista de América, proezas inmortales, junto á las

que la guerra de Troya y las campañas de Alejandro son deslustradas y mezquinas páginas que desaparecen ante el esplendoroso nombres de Colon y de Gonzalo, como las estrellas á los primeros rayos del sol en el horizonte!...

El siglo XVI fué, á nuestro juicio, la inauguración de una nueva y vivificante era para la Europa; varió de todo punto su faz, y señaló el principio de su propia é inteligente existencia. Donde quiera hubo animación y progreso, movimiento y espontaneidad, genio y aspiraciones al porvenir. Prescindiendo de las hondas luchas que le agitaron, encontraremos allí grandes conquistas para la humanidad, á pesar de tiránicas aberraciones del poder material. En las ciencias aparece una generación de talentos superiores, que descubre arcanos magníficos á la asombrada muchedumbre; y hacen frente á las preocupaciones y á la ignorancia sabios insigues que arrancan prodigios á la inspiración. La literatura, regenerada por la fecunda Italia, toma un vuelo deslumbrador; las artes hacen renacer los hermosos días de la Grecia, y bajo la sombría atmósfera del Occidente brilla el rayo creador de Zeuxis, el destello de la gloria de Pericles!....

Las artes. Ved aquí el punto relativo á nuestro actual propósito, y donde ya debiéramos estar si el inmenso campo que á la meditación presenta la época bosquejada no hubiese arrebatado la fantasía sobre los límites del pensamiento. Y efectivamente, las artes, y en particular la arquitectura, sintieron una revolución completa en el curso del siglo XVI. En él descuellan nombres inmortales, que llevaron las obras de la paleta y del cincel á lo mas acabado de la antigüedad clásica. El Pantheon rivaliza con el Pasthensu; Miguel Angel arrebató el cetro á Fidias; Roma nada tiene que envidiar á la floreciente Atenas.

La arquitectura cambió de ropages, y se presentó ataviada como una joven mórvida del Epiro gentil, donde había brillado cual matrona severa y espiritual de la Jerusalem cristiana. Este fenómeno tiene su explicación filosófica en la historia del arte: mas su desenvol-

vimiento no cuadra al actual objeto. El arte que durante el bajo imperio representaba la inmovilidad latina; que, regenerado por la conquista del Santo Sepulcro, se convirtió en expresión multiforme y simbólica, en fórmula esbultada, copiosa y atrevida de la idea progresiva, y que durante los siglos medios escribió, á falta de otros agentes, en el granito filigranado de las catedrales y monasterios la historia elocuente de muchas generaciones, con sus heroicas virtudes en las esculturas de los túmulos, con sus vicios misteriosos en los pórticos dibujados de monjes con pies de sátiros, y de obispos y magnates llevados en carretas tiradas por el diablo; este arte, en fin, que ha revelado siempre desde la India y el Egipto el espíritu y organización de las sociedades, como un geroglífico reservado á los sacerdotes de la iniciación, debía participar, y participó en efecto, de la vicisitud omnínoda de aquel prodigioso siglo. En su consecuencia, pues, á la variedad y fantástico vuelo de la ogiva germánica sucedió la severidad, la acompasada armonía de los semicírculos clásicos; los pórticos multiformes de riquísima crestería, donde el osado artista bordaba con luminosos encages los delirios felices del genio, fueron pospuestos á los peristilos inflexibles, á las líneas de simétrica magestad que cortaron el horizonte de Poestum; y aquellas naves aéreas, aquellas agujas transparentes de Burgos y de Reims, aquellas delicadas fascas de pilares perdidos en el espacio son reemplazados por redondas cúpulas, y macizas torres y poderosas pilas de enérgica y varonil belleza. La revolución está consumada en el arte. Una nueva página se abre en el álbum del jaspe y del metal.

Existe en esto un singular fenómeno. Cuando la sociedad en los tiempos casi feudales yacía inactiva y monótona, sin acción espiritual ni aspiraciones profundas, la arquitectura era la síntesis de todo pensamiento progresivo, de toda tendencia innovadora. Y después, cuando ya Europa había tomado movimiento y empezaba la obra de su regeneración con recursos activos y fuerzas íntimas, entonces el arte cesa de ser simbólico y significativo para convertirse en puramente técnico, ritual.

Sea de ello cualquiera la razón crítica, el resultado es indudable. El renacimiento de la forma griega y romana destruyó del altar del gusto á los tipos elípticos de los artistas cristianos.

Entre los grandes nombres que, resucitando las tradiciones de Calímaco y Metágenes, pusieron en desuso las vaporosas formas de los artistas de León y de Toledo, forjándose una aureola de glorioso recuerdo, descuella, por lo que hace á nuestra España, dos figuras de primer orden, dos hombres de superior merecimiento: Herrera y Bautista de Toledo. En este maestro insigne y este discípulo tan digno de su maestro se simboliza el renacimiento de nuestra arquitectura, se cifra la nueva escuela, la revolución del arte, en fin. ¡Magníficos vestigios dejaron sobre el país; hermosas firmas tienen estampadas en los anales de la arquitectura! Herrera particularmente, el célebre creador del Escorial, es el favorito de los apasionados al renacimiento clásico. Con religioso celo se guardan y enumeran sus obras distinguidas; y la población que posee uno de estos monumentos, le conserva cual un timbre envidiado de nobleza y mérito.

Medina de Rioseco, la villa opulenta, centro del comercio castellano en aquellos, para ella, florecientes tiempos, espléndida y bizarría en la erección de monumentos religiosos, quiso tener una obra del grande artista de sus reyes, y vió alzarse en su recinto bajo aquella inteligente mano el hermoso templo parroquial dedicado á la Santa Cruz. La obra fué digna del autor y del objeto.

Vedla ostentarse magestuosa y bella sobre el suave declive de una de las dos ténuas prominencias donde asienta la ciudad, á la derecha de su calle mayor en una bonita placeta que permite desarrollar toda su gallarda perspectiva. Disfrútase de ella en un solo golpe de vista de admirable efecto y sorprendente impresión, desembocando por las bocacalles superior é inferior. Desde este punto cuentan que exclamó Napoleón sorprendido á la vista de tan hermoso espectáculo:— ¡Oh, también anduvo por aquí el famoso Herrera!...

Precedela un átrio espacioso de forma casi rectangular, ceñido con balaustrada de hierro, sostenida por sendas pilas, que coronan leones de granito con escudos heráldicos, é intercalados de graciosos pedestales con esféricos remates. En el fondo de este vestibulo preséntase la elegantísima fachada del templo (que damos en lámina) al frente septentrional del perfecto paralelogramo que forma su planta general, donde compiten la magestad atrevida y la sencillez voluptuosa de las mas puras tradiciones griegas. Compónese de dos cuerpos, rematados por un inmenso frontispicio. El primero pertenece al estilo corintio. Diez pilas de medio resalto, implantadas sobre basamentos áticos, formando en los centros de su línea recta una especie de saliente, ceñidas de primorosos capiteles con flexibles caulículos, y coronadas de un cornisamento completo, constituyen el frente inferior, terminado á los extremos superiores con dos cartelas recibidas sobre pedestales robustos con sus enormes globos. En

el punto céntrico y sus inmediatos intercolumnios se rasgan la puerta principal del templo y las dos laterales, de forma rectangular, adornadas con jambas y sobrejambas, dinteles y coronamientos de selecto gusto. Un espacioso medio punto cubre la central, haciendo una especie de pórtico cubierto, sencillamente decorado. Sobre cada cual de las portadas menores se dibuja un targeton cuadrangular, primorosamente abierto en medio relieve. El asunto del de la derecha es la Invencción de la Santa Cruz; y el opuesto representa la muerte de Santa Elena. Al pie de ellos abrieron los constructores dos letreos, que maltratados por pueriles manos, no ostentan legible su íntegro contexto. Tan solo se entiende en uno de ellos «... á costa de los feligreses, siendo cura...» y en la otra nada mas que «eclesiástico merino mayor de cuar... año de 1727.» Esto es, sin duda, muy posterior á la época del templo. En los intersticios inmediatos se hallan bajo semicirculares nichos las sibilas Cumeca y Sámia, esculturas en piedra de talla menor que natural, pero de buena ejecución. El resto de los claros está cuajado de grandes casetones rectángulos, que guardan consonancia con el adorno general.

Surge el segundo tramo con un zócalo que sirve de asiento á una decoración compuesta, perfectamente armónica y proporcional á la precedente. Ocho pilas en banda, correspondientes á otras tantas inferiores, con su espaciosísima lucerna cuadrilonga, y cuatro nichos de medio punto, adornados (menos los extremos) con filetes y fajas, y coronados de airoso capiteles del tipo romano, con recuadros en los blancos restantes, y una cornisa clásica son los constitutivos de esta combinación. Danle empero mayor realce y noble arrogancia cuatro estatuas colosales, en los nichos, que representan á nuestro Rey don Alfonso, el de las Navas; á Heracleo, emperador bizantino; á Constantino el Grande, y á su madre la Emperatriz Santa Elena. Y hacen juego con estas las imponentes figuras de Isaías, profeta, y David, Rey, establecidas, como las anteriores, encima de lindas peanas, y colocadas sobre el cornison del primer cuerpo. Asi como, apeado en el del superior, cierra la obra esterna un frontis triangular, adornado por dobles pedestales corridos con cuatro globos pareados, y concluido por un elegante pedestal, que sirve de pie á la inmensa cruz de piedra, que perdida en el espacio, parece á la luz del sol el sagrado Lábaro, donde inscribió la mano de los ángeles el victorioso lema del primer Emperador cristiano.

El conjunto de la construcción, que alcanza 143 pies de altura, por 122 y 88 de anchura en sus dos alzados, revela desde luego al grande arquitecto. Nada falta y nada sobra. Todos los detalles se dejan ver en su lugar y proporción, y siendo los mas que podrían ser, aparece sencilla y rica, severa y elegante. Es una belleza griega, es una joven Peloponesiaca vestida y coronada para los misterios del Bosque Sagrado. En ella se amalgaman con inefable encanto la blandura con la dignidad, la sencillez con la pompa; sin confundirse, sin perjudicarse, y formando un delicioso contraste, una especie de claro-oscuro de mágica inspiración.

En nada se debilita este efecto cuando el curioso desemboca en lo interior del templo. Desarrollase ante los ojos la suntuosa basílica, de una sola nave, coronada por la inmensa bóveda semicircular, que monta sobre dos gigantescas galerías laterales, y encaja entre vastísimos y delicados medios puntos de sillería. No hemos visto cosa así en España, y acaso no tenga rival. Comprende su ámbito 153 pies de longitud, por 95 de elevación, y 104 de anchura, incluidas las galerías de los costados, las cuales se forman por dos órdenes de elegantísimos arcos romanos, sostenidos por bizarras pilas de orden corintio, por el tenor de la fachada, cuyos capiteles parecen modelados de cera. ¡Tal es, y tan flexible y primorosa la forma de sus flores, caulículos, hojas y demas accesorios! Un cornisamento de gran vuelo corre por todos los abacos de la pilasterada, resaltado de innumerables modillones, ejecutados con la mayor limpieza. El fondo de ambas galerías le forman ocho capillas, que si estuvieran corridas harían dos naves menores; pero el arquitecto las cerró, y acaso fué su idea hacer lucir mas la gran nave, dando una inteligente prueba de combinación y conocimiento de los efectos. Cierra el templo en la parte superior central la capilla del presbiterio, coronada por una cúpula mezquina para tan suntuoso cuerpo. Es un gigante con cabeza de niño. Y á sus lados, en los ángulos del cuadrilongo, se alzan la torre y la sacristía, también desproporcionales y menguadas. Estos defectos se explican fácilmente con saber que la obra no está concluida. Debí, á nuestro sentir, el artista imaginar un crucero vastísimo, según el tipo occidental de los templos: pero no se construyó mas que el tronco y un brazo, que le forma la torre, faltando el otro y la cabeza. En cada cual de las alas se trazó una aguja, que debía ser de grandes proporciones, á juzgar por la que existe, aunque sin concluir. Su planta es un cuadrado que sirve de fundamento á los dos primeros cuerpos actuales, de los que el inferior es una especie de basamento liso, siendo el segundo un pabellón cuadrado, de orden toscano, con pilas intercaladas de arcos mo-

dios puntos, y cerrado inoportunamente por un tejado piramidal con su frágil capitel. En su lugar parecían había de arrancar de aquí un nuevo tramo en forma poligona, conforme a las torres del Escorial y de la catedral de Valladolid. La del extremo opuesto no se halla ni tiene mas que el fundamento, que es la actual sacristía: en lo demás solamente anuncian su proyectada colocación los arranques vivos de la fábrica. Los planos que parece existían en el archivo de la parroquia, cuya desaparición nos priva de apurar la mente del arquitecto, juzgábase que estaban conformes con nuestras inducciones artísticas.

Hay en Santa Cruz esculturas y cuadros de mérito: pero su mejor tesoro, el cuadro de los Pastores, original de Murillo, fué vendido por gentes inespertas y profanas al arte, casi de valde, para una reparación de la fábrica.

Aquí teneis, en suma, el famoso templo de Santa Cruz, que ha ocupado dignamente á Ponz y otros investigadores nacionales y extranjeros, que toman codiciosos muchos vistas y estudios en este hermoso recuerdo de nuestro primer arquitecto; la basilica, que forma una de sus mejores glorias; la obra, por fin, del *renacimiento* mas bella de la vieja y religiosa Castilla. Tendría quizá una belleza demasiado bizarra y seductora para templo cristiano, si la bien combinada distribución, la sabia economía de sus accesorios y la inteligencia de sus lineamientos no templasen la molición ática, fundiéndola con la gravedad y el carácter místicos, en armonioso y admirable conjunto, semejante al que produciría la tierna virgen de la encantada Elida con el traje sacerdotal de las Vestales misteriosas.

Medina de Rioseco alzó á sus espensas esta colosal fundación. ¡Gran muestra de piedad, y no menor testimonio de opulencia de cultura y bazarria!

¡Hent...! quantum mutatus ab illo!

¡Cuántas veces, perdidos por el átrio solitario, hemos contemplado á la blanda luz de la luna la hermosa perspectiva, remontando la fantasía á las regiones de lo desconocido, para encontrar un soplo de purísima inspiración, lejos de las cenagosas realidades del mundo, como el viagero fatigado del desierto bajo la sombra de la palma incorruptible, que dió abrigo á los profetas de Israel! Otras tambien, y en alas del arrobamiento, veíamos la lumbre de la inmortalidad circuyendo la blanca imagen del genio, recreándose en su gloria y alzándose imperecedera sobre su propio altar! .. Solamente las almas entusiasmadas, no mas que los corazones de grandes fuerzas, comprenden el misterio inefable de semejantes imaginaciones, que son el aliento mas puro del espíritu, el himno sublime del sentimiento, la única é inmaculada poesia de la existencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

PABLO Y VIRGINIA.

Se ha publicado esta obra, completa en una sola entrega de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, adornada con 15 grabados y con una linda cubierta de color. Es tal la baratura con que aparecen las obras en esta coleccion, que cada entrega que, como la de *Pablo y Virginia*, contienen *mas lectura* que un tomo en 8.º español, y va adornada con lindisimas láminas, solo cuesta al suscriptor un real en Madrid y real y medio en provincias. Es la primera vez que los libros se ponen verdaderamente al alcance de todas las fortunas, armonizando la baratura con la elegancia de las ediciones, para las cuales hemos adoptado el mismo tamaño, sistema y combinacion adoptados en Francia, Inglaterra y Alemania, como el único medio de llegar á los últimos límites de la verdadera baratura en punto á libros. Consúltase la lista de obras que figura en el prospecto, véanse los precios marcados para cada una, y no podrá menos de convenirse en que hasta ahora nada se habia hecho que se acercara en baratura y ventaja á las ediciones de la BIBLIOTECA.

EL OCEANO Y SUS MARAVILLAS.

II.

Movimientos del mar y sus efectos.

Es muy creible que si el Océano estuviera privado de sus movimientos periódicos, se convertiría muy pronto, á pesar de la sal de que está impregnado, en una masa de agua insalubre. Han notado los marinos, que despues de una calma de varios dias, empezaba á corromperse el agua del mar, y que sus exhalaciones no dejaban de ser peligrosas para la tripulacion.

Así pues, los movimientos impresos al agua del mar son necesarios. Por eso ha dispuesto la Providencia que unos fueran constantes, y otros casuales. Los movimientos constantes toman los nombres de *mareas* y de *corrientes*. Los casuales son muy variados. Los hay producidos por el viento, ya sea que rice ligeramente la superficie de las aguas, ó que las conmueva en olas inmensas. Hay despues los remolinos, los surtidores, los temblores de tierra en el

lecho del Océano, la evaporación que se efectúa en su superficie, y el tributo continuo que le rinden las nubes y los rios.

No es raro el ver al mar traspasar sus límites, abandonando una parte de sus dominios para invadir nuevas playas. A consecuencia de revoluciones submarinas, surgen islas de improviso, al paso que otras desaparecen. Consideraremos separadamente estos fenómenos diferentes.

Las aguas del mar obedecen á una fuerza invisible pero constante, avanzando durante cierto número de horas del sur al norte. Mientras dura este movimiento de progresion, se inflan y elevan bastante sensiblemente para detener en sus embocaduras el desahogo de los rios. Esta fase primera de la marea, llamada *marea alta*, *subida de la marea* ó *flujó*, dura seis horas. Al cabo de este período, la mar parece quedarse en un estado de reposo durante un cuarto de hora próximamente. Despues vuelven á bajar las aguas durante otras seis horas, y los rios siguen su curso. Esta fase segunda, periódica y regular como la primera, se llama *marea baja*, *bajada de la marea*, ó *reflujo*. Este movimiento es seguido tambien de un cuarto de hora de reposo, despues del cual se efectua de nuevo el *flujo*, y así sucesivamente. Se vé por esto que la mar avanza y retrocede dos veces por dia, pero no exactamente en horas determinadas, por los momentos alternativos de reposo; de modo que las mareas del dia están retrasadas cerca de tres cuartos de hora de las del dia anterior.

¿A qué poder, á qué influencia atribuiremos este fenómeno? Lo es estraña la acción de los vientos: es preciso pues, buscarle otra causa. Recordemos que la tierra gira sobre si misma en veinte y cuatro horas. Por consiguiente este movimiento de rotacion no corresponde á la fluctuación periódica de las aguas. Veamos si la luna nos dá algun medio de resolver este problema. Efectivamente, un dia lunar es precisamente de doce horas y cuarenta y ocho minutos, es decir, que este astro se vá retrasando cada dia cuarenta y ocho minutos antes de alcanzar el mismo punto aparente del firmamento en que se le observa la víspera. Se vé, pues, que hay en cuanto al tiempo una correspondencia exacta entre los movimientos de la luna y los de las mareas. Se ha observado además, que los efectos de las mareas varían segun los diferentes aspectos de la luna. Esta relacion bastaria para hacernos admitir, en lo concerniente al flujo y reflujo, la influencia de nuestro satélite, aun cuando no vinieran otras causas á apoyar esta deducción. Siendo general en la naturaleza la ley de la gravedad, que hace que nuestros cuerpos busquen siempre la tierra, resulta que la luna atrae las aguas de nuestro planeta, á pesar de su lejanía, y que la atracción terrestre no basta para neutralizar completamente este efecto.

El agua, por su naturaleza, es particularmente muy propia para manifestar los efectos de esta influencia; reunida en volúmen considerable, cede á la atracción de la luna, y se eleva ó vuelve á caer á medida que el movimiento de la tierra la somete ó la sustrae á la acción atractiva de aquel astro. El sol, aunque dista unos 54 millones de leguas de nuestro globo, conserva sin embargo cierta fuerza de atracción, y cuando el sol y la luna se hallan, con relacion á la tierra, en una misma direccion, las mareas son mas considerables.

El Mediterráneo, el mar Negro, y otras masas de agua encajonadas en sus costas, no están sometidas en tanto grado á los fenómenos de las mareas como los mares grandes. Esta es la causa de que los pueblos de la antigüedad, que rara vez navegaban en el Océano, ignoraran los efectos del reflujo, y debió ser grande la sorpresa de los soldados de Alejandro cuando vieron las aguas del Indus elevarse y bajarse en su embocadura unos 50 pies. El efecto de las mareas es muy sensible particularmente cuando la embocadura de los rios es considerable, y que su corriente tiene la misma direccion que la del mar. En Chepstouv, en la provincia de Monmouth, en Inglaterra, la marea se eleva á una altura perpendicular de 60 pies.

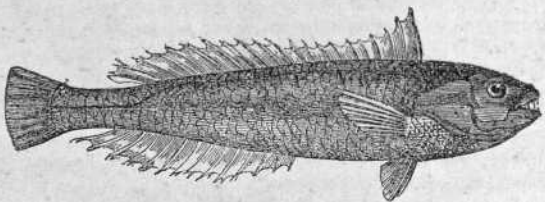
La mar tiene movimientos de otra clase, llamados corrientes. Corren en todas direcciones y deben su origen á diferentes causas, tales como la prominencia de la costa, el espacio angosto de los estrechos, las variaciones de los vientos, y las desigualdades del fondo. Con frecuencia ofrecen las corrientes peligros inmensos á los marinos, ya sea que les arrastre insensiblemente lejos de su derrotero, ó que los lleve hacia los escollos, arrecifes ó bajos. En las costas de Guinea, si pasa un buque de la embocadura de cierto rio, se vé impedido por la corriente de acercarse á ella de tal modo, que tiene que volver á alta mar y hacer un gran rodeo, para volver al punto de entrada. Las corrientes mas notables son las que reinan en el Mediterráneo, en el estrecho de Gibraltar, y á la salida del mar Negro, cuando se entra en el Archipiélago. Además de las aguas que hay en el Mediterráneo, recibe este mar rios considerables, como el Nilo, el Ródano, el Pó, etc: sin embargo, no tienen sus aguas salida conocida, y este acrecimiento continuo, no les hace sumergir sus costas. Se ha tratado de hallar la razon de este fenómeno, y se explica con circunstancias probables. Se supone que existen en esta

corrientes submarinas, ó que desahoga sus aguas por conductos subterráneos, reliérese que un árabe que había pescado un delfín en el Mediterráneo, le puso un anillo de hierro, y le volvió á arrojar al agua. Algunos años después cogieron un delfín que tenía el referido anillo puesto en el mismo sitio, por lo cual se conoció que era el mismo. Pero como nada puede comprobar la veracidad de este aserto, es preciso atenerse á conjeturas.

Las corrientes mas peligrosas son las que giran alrededor de un punto céntrico, y forman una especie de embudo donde todo lo que flota es arrastrado al fondo del abismo: esto es lo que se llama un remolino conocido vulgarmente en los rios con el nombre de olla. El de Malström, en la costa de Noruega, está considerado como el mas terrible. La masa de agua que pone en movimiento forma un círculo de cuatro leguas de circunferencia. En medio hay una roca contra la cual se estrellan las olas con gran violencia á la subida de la marea; entonces el remolino traga inmediatamente todo cuanto se halla en su esfera de actividad, árboles, embarcaciones, etc. Ni el esfuerzo de los remos ni las maniobras pueden sustraer los navegantes á este peligro. El piloto conoce al instante que el buque marcha en direccion contraria á la que debía seguir; el movimiento del buque, que antes era lento, se hace cada vez mas rápido, describe círculos que van disminuyendo progresivamente de circunferencia, hasta que va á hacerse pedazos contra el peñasco para desaparecer completamente, á no ser cuando el reflujo arroja fuera los restos. Hasta los animales se ven en la imposibilidad de librarse de la vora-

cidad de aquel torbellino. Se han visto algunos que luchaban y arrojaban mujidos terribles al aproximarse al obispo como si tuvieran la convicción del peligro; esto les sucede con frecuencia á los osos que procuran pasar á nado á la isla inmediata para devorar el ganado. Se afirma que el ruido que produce el remolino de Malström se parece al de los truenos.

Siendo conocidas la naturaleza y posición geográfica de estos es-



collos, pueden evitarlos los navegantes, pero tienen que luchar frecuentemente contra los movimientos irregulares de la mar que la imprimen los vientos y las tempestades. Si la fuerza del viento arranca árboles grandes y derriba los edificios mas sólidos, cuán terrible debe ser cuando ejerce su poder sobre el Océano! Amontaña olas sobre olas, y abre simas sin fondo al lado de estas montañas líquidas;



os palos, las velas, los aparejos son arrancados muchas veces y rotos en mil pedazos, y el buque es volcado sobre un costado ó con la quilla hacia arriba, y en estos momentos terribles, parece que solo un milagro puede librar á la tripulación de una muerte segura.

Sin embargo las tempestades por violentas que sean no asustan á los marinos experimentados, con tal que les cojan en alta mar, y que no tengan que temer las rocas, los escollos y los bajíos. El buque puede subir á la elevada cresta de una ola y bajar en el mismo instante á las profundidades del abismo, puede estar como sumergido en la espuma de las olas, y resistir sin embargo á todas estas pruebas, porque el agua cede atacándola; pero cuando es arrastrado con todo su peso contra una roca, ó cuando se halla en una posición en que sirve de obstáculo á las olas, es inevitable y pronta su pérdida. Los escollos y los arrecifes ó rocas á flor de agua ocasionan la mayor parte de los naufragios. Referiremos á nuestros lectores las relaciones siguientes, que no dejarán de interesarles.

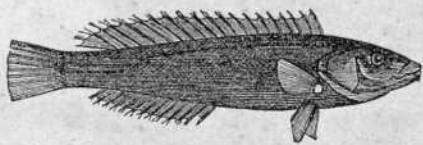
Hace ya muchos años, envió el gobierno inglés el navio la *Bondad* al mar del Sud, á buscar algunos pies del árbol del pan que crece en Otaheiti, y que debía transportar á las colonias inglesas de las Indias Occidentales. Ya estaban embarcados los árboles, y marchaba el navio hacia su destino, cuando se amotinó la tripulación y obligó al capitán y á 18 hombres á que se embarcaran en una lancha, abandonando á aquellos desgraciados á su suerte. El peso de su cuerpo y el de los objetos que les habían permitido que cogieran, ponían á la embarcación en el peligro de que se hundiera á la menor agitación del mar; la costa ó tierra mas inmediata de la que pudieran esperar auxilios, distaba 1500 leguas, y calculando el tiempo necesario para hacer esta travesía, sus provisiones se reducían, por día y por cabeza á una onza de pan y medio cuartillo de agua. Por vía de es-

traordinario podían tomar de vez en cuando un poco de carne de cerdo y algunas gotas de ron. Con recursos tan insignificantes, era probable que no pudieran soportar las fatigas de navegación tan larga. Cuando cogían con la mano algun pájaro, lo dividían en 19 partes que eran devoradas crudas al instante. Sin embargo consiguieron llegar á la isla de Tamor, donde hallaron toda clase de auxilios en los establecimientos europeos que les facilitaron los medios de regresar á Inglaterra.

Los sublevados se habían establecido en una de las islas de la Sociedad, donde la ley inglesa no tardó en alcanzarles. Al regresar á Londres algunos marinos de la tripulación de la *Bondad*, dieron queja, y el gobierno envió la *Pandora* á buscar á los sublevados. El viage de este buque fué casi tan desastroso como el anterior, aunque por causas distintas; el capitán consiguió apoderarse de 14 de los criminales, pero naufragó á su regreso en la estensa cadena de arrecifes que se estiende por la costa oriental de Nueva-Holanda, y en cuyas inmediaciones son generalmente tan violentas las corrientes.

La trompa marina es otra clase de fenómeno que se manifiesta, aunque menos veces, en el mar, y cuyos efectos pueden ser funestos á los navegantes. Al pronto se vé formarse como una nube espesa, blanca en su parte superior y oscura en la inferior. Baja de ella una especie de tubo ó columna que vá disminuyendo de volumen hacia su base. Este cono gira rápidamente sobre sí mismo con un ruido que á veces se asemeja al que produce la rotación de la rueda de un molino. Una trompa marina dura hasta que un golpe de viento, ó cualquiera otra causa accidental la rompe; entonces, el agua que se había elevado cae de pronto con una fuerza suficiente para sumergir un buque que se hallara en su base. Cuando los marinos ven

desde lejos una trompa marina, disparan contra ella un tiro de fusil cargado con postas, con lo que consiguen dispararla al momento. Formada la trompa marina, según se infiere, por el aire que, girando en columna cilíndrica, obra en el agua como podría hacerlo una bomba aspirante, cuando una ruptura en el tubo deja penetrar el aire exterior, obedece el agua á la ley general de gravedad, y tiene que caer otra vez al mar.

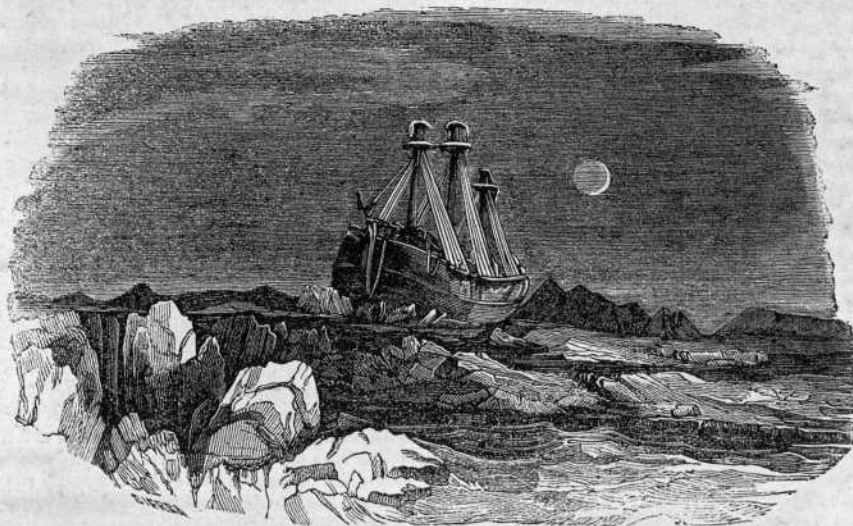


Algunas veces abandona la mar cierta estension de sus playas para invadir otros terrenos. Una gran parte del continente americano anuncia que las aguas han hecho en él una estacion prolongada; las estensas llanuras que hay en la Rusia meridional, al norte y al este del mar Caspio, están cubiertas de plantas marinas, que hacen suponer que á consecuencia de alguna grande inundacion el Mediterraneo,

el mar Negro y el mar laspio formaban un lago dilatado, del que salian las cumbres del Cáucaso como islas.

Los temblores de tierra obran algunas veces debajo del Océano, y las erupciones lanzan mas arriba de su superficie las materias que estaban ocultas en el fondo del abismo. Las mismas causas hacen refluir las aguas del mar sobre algunas partes del continente.

En 1831 se vió salir de improvviso una isla en las costas de la Sicilia. Era notable por la elevacion de sus escabrosidades, de las que salian vapores y humo. Era probablemente el cráter de un volcan formado por algunos fuegos subterráneos. Al cabo de algunos meses, aquella isla se hundió poco á poco, y actualmente forma un escollo á pocos pies debajo de la superficie del agua. Varios terrenos habitados han sido arrebatados al dominio del Océano. Uno de ellos es el terreno que ocupa la Holanda. Sin embargo, no dejaría la mar de recuperarle sin los malecones y diques que la contienen en ciertos límites. La superficie de la tierra está allí generalmente mas baja que el nivel del mar; al aproximarse á sus costas parece que se hunden como un valle. A pesar de esto el terreno de Holanda se eleva cada dia mas por los objetos de diferentes clases que acarrear los rios, y por los trabajos del hombre. Las inundaciones son una de las plagas mas terribles de la naturaleza; algunas veces sepultan provincias enteras; aldeas y ciudades han desaparecido así, dejando solo fuera los tejados de las casas y las veletas de los campanarios como testimonio de su desastre. En el siglo XI, las propiedades del conde de Godwin, en el pais de Kent, en Inglaterra, fueron sumergidas enteramente.



En 1546, las aguas hicieron perecer unas 100,000 personas en el territorio de Bort, y un número mas considerable aun en los alrededores de Dollast. En la Frisia y la Zelandia fueron sepultados mas de 300 pueblecillos, y hace todavía pocos años, cuando estaba sereno el tiempo, se podian distinguir sus ruinas en el fondo del mar.

Las cuatro marinas que damos, dos en el primer artículo publicado en el número anterior, y las dos de este, representan: la primera *Un día de calma*, la segunda *Una borrasca*, la tercera *El remolino de Malstrom en la costa de Noruega*, y la cuarta *Un buque invernando entre los hielos del mar del Norte*.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Dejaron los conjurados que el Rey entrase en Segóbriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma antes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar: propúsosele que tomara algun alimento antes; dijo que se le

dispusiera y lo tomara despues. Se dispondrá al momento, le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormia, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro, sin que nadie lo percibiera: un rato despues cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba habia comunicacion que se estendia hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que habia de acortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que solo el Rey tomase la bebida mortifera, dándose á los demas que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al Rey, y aun recordándolos, temblaba con extraño frio al tiempo de hacer la fatal mistura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya medio día: Froya no habia vuelto; pero ya en fin comenzaban á asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

—Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aqui huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa: siéntate conmigo. Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latia de una manera desusada; las venas de las sienes parecia que iban á saltarse: el

Rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó á los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa y dijo á Teodosinda: Manda llamar á tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viaje.

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliera la orden del Rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oírle:

—Yo he venido á Segóbriga para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oír cosas muy raras, y no todas son agradables.

Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habéis conocido antes: inútil es que yo pretenda hacermos distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda: no hay culpa que no haya querido cometer: he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad imperial, el santísimo Eugenio (1). Como por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Si, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio: solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!

Este exordio, cuya última mitad había sido pronunciada en alta y sonora voz, aterrorizó á todos los que se hallaban presentes.

—Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido; males he hecho; pero he hecho grandes bienes también: he sabido lo que han ignorado muchos: he gobernado á España con acierto, con gloria; por las cualidades de Rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mi mismo, no es extraño que sea también severo para con los demás, contigo. Oyeme, Teodosinda.

Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entonces: tu hermano solicitó el enlace: nada podía yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio: yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo: hombre hecho no se le podía mandar como á un muchacho. Tú hasta entonces habías sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo quería que mi hijo me sucediese en el mando: yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca: Teodosinda esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado; Teodosinda reina, me daba mucho. En esto Recesvinto se había prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo: él para olvidar su pasión á una mujer cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serías reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como áscuas)

—Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasión y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasión había vuelto á embravecerse, me servía sin pensarlo: Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su casamiento: esto último lo sentí, porque para con muchos próceres debía perjudicarle. Desde entonces mi hijo, tu hermano y tú habéis estado rodeados de espías. No te estremezas, Teodosinda: te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

Froya y tú habéis conspirado y conspiráis contra mí. No te levantes, mujer: ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos: yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder: tú ansias la grandeza: yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y esa ánsia: justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenil halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su esposa: tú por el contrario necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes,

y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo, te dió palabra de esposo; y por el bien del país, no debe cumplirla, ni él quiere, ni yo quiero. Pero tampoco es justo que un Rey y un hijo de Rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin desagrarar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo: pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusión y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda).

—Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré, antes al contrario, por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzada, te aficionará á él, te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibirás, te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento, habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio: de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y dá la mano á tu marido.

—¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decía á sí propia Teodosinda.—Imposible: ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo no lo seré. Pero ¿es tan dulce vengarse!

—Señor, dijo por fin sin atreverse á tender el rey la mano, ¿qué hareis de Floriana?

—No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja. Floriana volverá á ser esposa de Recesvinto.

—¿Su esposa!... exclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse. ¿Su esposa!

Al levantarse había alcanzado á ver por el balcon de la sala, numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oían claramente los instrumentos bélicos: ya cundían dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfacción; Teodosinda se repuso, y espresando su interior contento, pero haciendo como que se contestaba á la exclamacion de «¿su esposa!» añadió solo esta breve palabra: —¡Bien!

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

—Hija mia, le dijo benignamente el Rey: yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes: ha llegado el dia en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa: cógela Floriana.

Floriana aletargada, aletalada por la pena, había venido hasta el salon maquinalmente: ni la presencia del Rey allí ni el tono en que le hablaba, le causaron impresion ninguna: solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

—Hija mia, prosiguió el Rey, hazme tú la salva para que beba. —Floriana no lo entendió.

—Bebe tú primero, Floriana: bebe en la copa en que va á servirse tu Rey, repitió Flavio poniendo á la hija del Valle la copa de oro en la mano.

La celosa Teodosinda que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se había dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival: ningún caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

—Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de ahí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, no poco aturridos ya desde que vieron que Flavio no había bebido el veneno, echó á correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

—Flavio, continuó Froya, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad, están en tu favor, aunque han fingido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segóbriga y penetran en su plaza, tú te has imprudentemente aquí en medio de los míos. Moriré sin duda, pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

—¡A mi lado! clamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habían quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante de Flavio diciendo á voz en grito: —¡Muera el traidor!

—¿No he de vengarme! dijo Froya rugiendo.

—Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda señalando á Floriana, que perdido el conocimiento caía en el suelo. Mi rival ha perecido envanecida.

—¡Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los dientes.

(1) En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitafio del monarca, entre las obras de san Eugenio.

yo mataré al que es objeto del tuyo.—Salióse de la sala corriendo.
—Seguidle y prendedle, dijo el Rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.

Los que no habían seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella: el Rey quedó algunos momentos solo con Florianiana.

—Animo hija mía, ánimo, le decía el Rey sosteniéndola: van á socorrerte; aun es tiempo: tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados. Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, la hicieron esforzarse á articular algunos sonidos que se negaba ya á formar su lengua paralizada:—¡Perdon, perdon! esciamó la misericordiosa jóven, y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaba el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey á la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya seguido por los confidentes del Rey, les ganó la lanterna y cerró aquella puerta que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, reciproca, les dió á entender que de aquella estancia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya, Los conjurados que le habían seguido, intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos para derribar las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si soy yo el que perezco, contestó el principe, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al monarca y al principe, les habia descubierto el secreto. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otro ramal de escalera, habia entrado Froya, hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban á Segóbriga iban entrando, no quedaba en los conternos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del Rey, mientras éste habia fingido estar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal impetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habian arrestado á Teodosinda, que era donde poco antes habia estado Florianiana encerrada por Froya. Teodosinda llamada por el ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre á quien habia tenido amor; el resultado del combate habia de ser siempre funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á estraviarse: agarróse fuertemente á la reja y principió á dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas: el estrépito de los martillos hacia retumbar el palacio; el crujir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente: el furor del principe se aumentó con la herida, y el duque fué herido tambien. Yéndose entonces á Recesvinto como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del principe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado, Froya sin vida; Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey desatentado, llorando como un niño, cojió á su hijo en brazos y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el parage en que habia caído, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandato de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Florianiana.

(Concluirá.)

JOAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

A un pretendido retrato del Autor, y al Autor del pretendido retrato.

SATIRA.

¡Mientes! Tú no eres yo. ¡Mientes, bellaco!

Pudo ser el de Gestas ese gesto;

Pudo ser el de Judas ó el de Caco:

¿Mio? ¡Jamás! lo juro y lo protesto;

Y para dar mi nombre á tal blasfemia,

Ni en la Instituta hay ley, ni en el Digesto.

Pregunten en mi casa, en la Academia,

En el café, en el Prado, si mi cara

Espanta como el trueno ó la epidemia.

No es que blasone yo—¡Dios me librá!

De venusto y donoso y pulcro y lindo;

Mas... ¿figura de proa ó de mampara!....

No á las deidades del sublime Pindo

Culto daría tan aciago busto,

Que ruibarbo destila y tamatindo.

¿Cuándo fui yo tan áspero y adusto?

¿Cuándo fui tal que la muger en cinta

Se exponga al verme á malparir del susto?

¿Quién reconoce en tan aviesa pinta

Al que, si no presume de Narciso,

Tierno fué, y lo es aún, como un Aminta?

A hombre encarado así, fuera preciso

Que Pedro, sin mas trámite, la puerta

Tapiara del celeste Paraíso.—

Y una vez la impostura descubierta,

¿Será mucho un porvida á cada rasgo

Y por cada facción una reyerta?

Español ó francés, suizo ó pelasco,

¿No he de llamar calumniador infame

Al que así me trasforma en fiero trago?

¿He de sufrir sin que á los cielos clame

Que un temerario á engendro tan alevé

Manuel Breton de los Herreros llame?

¡Cómo! ¿justicia habrá para el que alevé

Injuria en una acción ó en un vocablo

A inferir á su prógimo se atreve,

Y no para el que en público retablo

Tal á un vecino honrado desfigura,

Que no osaría prohibirle el diablo?—

¡Feliz yo si tan ruin manufactura,

Ya que mi cara nó genuina y propia,

Fuese de ella mordaz caricatura!

Siquiera al troglodita de la Etiópia

El maligno pintor me asimilase,

Pudiera brujuleármese en la copia.

Nadie contra el pintor pide un ukase,

Que, aun ridiculizándole en estampa,

Le distingue entre el vulgo de su clase;

Y hay mas de un presuntuoso que se alampa

Porque su oscura faz caricaturen

Si así el mochuelo entre los cisnes campa.

Mis defectos propalen y censuren;

Lleven hasta la hipérbole la mofa:

Mas no, sin ton ni son, me desnaturen.

Pues no me juzgo de mejor estofa,

Y á un rey he visto convertido en pera,

Hagan de mí una col ó una alcachofa;

Mas ó diga: «he pintado una quimera»

O el pintor en la que haga á su capricho

Deje algo de mi cara verdadera;

Y no se diga de él lo que se ha dicho

Del que al pié de sus torpes mamarrachos

Ponia: «este es un gallo; este es un micho.»

Rían de mí en buen hora los muchachos;

Pero rían de mí cuando en petacas

Me vendan, ó aleluyas, los gabachos.

Cuando á la feria mis facciones sacas,

Pintor, yo no te pido que me lóes

Ni que indulgente seas con mis macas.

Tengo una que ni Celso ni Averroes

Pudieran corregir; la que siquiera

Me iguala en esto al inmortal Camões:

Y el pincel detractor—¿quién lo creyera?—

Hasta en la ausente lux me falsifica

Trasladando el eclipse á la otra acera.

Porque cargue en lo feo no me pica,
Que fuera necio y femenil orgullo,
Quien me forja esa faz con que trafica.

Esopo — es ya verdad de Perogrullo —
Romo, giboso y de infeliz pergenio,
No brindaba de amor al blando arrullo,
Lindos no fueron Alarcon, Celenio,
Ni otros cien que á la cumbre del Parnaso
Se alzaron en las alas de su genio.

Mas algo de ese genio nada escaso
Hubo de traspirar; algo el oculto
Fuego brilló á través del tosco vaso.

Yo, mediocre poeta, no en mi bulto
Pienso escrito llevar *Deus in nobis*;
Pero ni soy feroz, ni soy estulto;

Y tanto á mi semeja el *coram vobis*
Con que cual *vera effigies* se me vendé
Como á Ataulfo, ó Recesvinto ó Clovis. —
Pero el que tanto con su brocha ofende...,
Al arte mas que á mí, no es compratriota
Sino un *quidam* anónimo de allende.

Y es maravilla que fandango ó jota
Bailar no me haga en traje charanguero
Con un trabuco al margen y una bota:

Que, ya sea rufian ó caballero,
Para pintor de extrangis solo un tipo
Tiene el pueblo español: el guerrillero.

Y mienten; que, aunque yo no participo
De tan precioso dón, hay aqui talles
No indignos de Timantes y Lisipo.

Y si España en los campos y las calles
De horribles cataduras no escasea,
Hartas hay mas allá de Roncesvalles.

No es español quien tan vitanda y fea
Me la atribuye á mí; del mal el menos;
Ni habrá español que tan bestial me crea.

Mas ¿quién con ojos ¡ay! miró serenos
Otra profanacion ruda, inaudita....
¡Y esta no hay que achacarla á los ajenos!

Mi humilde cara al fin, fea ó bonita,
Porque algun Orbaneja la adultere
Poco al lustre español pone ni quita;

Pero que á un hombre excelsó se vulnere
Hasta el punto ¡oh dolor! de que su rostro
En despreciable trasto degeneré,

Es atentado atroz que ni Cagliostro
Osara concebir, y á su memoria
Herido en cuerpo y ánima me postro.

Aquel *Fénix* de España, cuya gloria
No es ignorada ya ni del mas drope:
Tal le encumbra en sus páginas la historia;

El mimado de Clio y de Calíope
Y Talia y Melpómene y Erato;
Lope de Vega, en fin, *Lope*, el gran *Lope*,

Largo tiempo ¡oh baldon! ¡oh desacato!
De molde de pelucas ha servido,
Comprado no sé á quién en un barato. —

Cuenta al honrado artífice no pido
De aplicar á tan sucio ministerio
El busto de aquel hombre esclarecido.

Ignoraba que hacia un vituperio
Al poeta amenísimo y fecundo
Que con su nombre llena el hemisferio

Culpo, sea quien fuere, al que de inmundo
Interés arrastrado, hizo á sabiendas
Tráfico vil del vate sin segundo.

¡Tú, *Lope* mio, tú por esas tiendas
Sirviendo de irrisión al transeunte!
¡Así han hecho de ti carnestolendas!

¡Tú con bucles cosidos á respunte
Sobre esa frente que de lauro Febo
Ciñó, y de nardo y rosas Amatante!

¡En guisa tú de frívolo mancebo
Ostentando risibles papillotes
Sobre greñas robadas al Erebo!

¿Quién de tu ingenio las preclaras dotes
En ese maniqui reconociera
Que ya sirvió para dos mil cogotes?

¿Cabe suerte mas triste y lastimera?

¡Peladas viera yo todas las nuca

Antes que befa tál de ti se hiciera!

¿Qué se suele decir de Juan ó Lucas

Para acusar de huero á su meollo?

« ¡Soberbio molde para hacer pelucas! »

Por dicha ¡oh *Lope*! el lacio perifollo

Del postizo sacrilego pelambre

Que tu cabeza convirtió en repollo

No te atormenta ya, ni el duro alambre

Que, aun formada de leño inanimado,

Diera á tu noble sien fiero calambre.

Tan baja servidumbre mal tu grado

No ha de afrontar más; que un buen patricio

Digno de alto loor te ha rescatado. (1)

Vates iberos, por tan buen servicio

Gracias le dad inmensas, y el Musco

Galardone tan alto beneficio.

Yo, pedestre individuo del febo

Claustro insigne; yo, el último del banco,

A mi modo lo aplaudo y victoréo,

Y si en la librería no me estanco,

A los nombres de ilustres españoles

Se añadirá de hoy más el de *Taranco*. —

Vista pues la ruindad de tres bemoles

Que al buen *Lope* injurió, la que me ensaña

No vale, á la verdad, tres caracoles.

No como quiera al público se engaña,

Y quien por muestra tan soez me busque,

De fijo no me encuentra; no me araña.

No mas la ciega cólera me ofusque,

Que habas cuecen abondo en todas partes,

Y mi oracion no pase del *¿quousque...*

Contra ese *Catilina* de las artes.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL CRIADO PRUDENTE.

Uno de los criados de Federico el Grande le hizo impacientarse de tal modo en cierto dia, que el monarca le pegó una bofetada, y le desarregló el pelo. El criado, con la mayor sangre fria, se fué á colocar delante de un espejo que habia en la cámara del rey y se atusó los rizos que se habian deshecho. « ¡Qué es eso, bribon, dijo Federico, tienes atrevimiento?... » — « Señor, respondió el criado, lo hago para que las personas que hay en la antecámara no conozcan lo que ha pasado entre nosotros dos. » El rey no pudo menos de echarse á reir y se marchó á otra habitacion.

EL REY DE PRUSIA Y SU MEDICO.

El gran Federico le dijo un dia á su médico: — « Háblame V. con franqueza, doctor, ¿cuántos hombres ha matado V. en toda su vida? » « Señor, respondió el discípulo de Galeno, próximamente 300000 menos que V. M. »

GEROGLIFICO.



SOLUCION DEL GEROGÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

La valerosa caravela del audaz Colon surcó mares ignorados hasta dar con América.

(1) El señor don Carlos Ortiz de Taranco, sugeto muy apasionado á las bellas artes, que posee un selecto gabinete de curiosidades artísticas, y entre ellas una copiosa coleccion, única tal vez en su clase, de retratos de cortas dimensiones, debidos en gran parte á los mas célebres pintores.

Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. AL-
HAMBRA, Jacometrezo, 26.



(Muerte de Luis XI, dibujo inédito de Tenney Johanot.)

EL CRISTIANISMO.

(Conclusion. — Véase el número 42.)

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podía matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La mas remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura, y la legislación prescribía los tormentos; las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se habia convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mugeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la union á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitucion. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una muger que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Gerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez habia tenido veinte y dos maridos. Júzguese cuál debería ser la educacion de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecían antes de nacer, ó los dejaban abandonados, esponiéndolos en la via pública.

En ayuda de una religion y de una legislación que así autorizaba

ban la tiranía y la esclavitud, y que así conducian á la disolucion de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoismo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoismo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer aun, atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guardar de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminacion: las ricas matronas, además de la multitud de mugeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitucion. De Neron dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popéa tal copia de bálsamos esquisitos que toda la Arabia no podría producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasion en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los ungientos por el vestibulo y graderías del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habian llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripcion que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba (dice) á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de toros, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus

«perros higados de ánaes, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus eleones papagayos y faisanes. El comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbur, y arroz mezclado con perlas... Un día ofreció á sus parásitos el ave fenix, y á falta de ella mil libras de oro.... Eliogabalito (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los mas esquisitos, y hacia derramar el nardo á calderadas.... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas, nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija, ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones con que se acostaba llenábanse de una especie de vello de pluma de las alas de las p rdices. A un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), añadía dos, tres, y cuatro mugeres hermosas con el seno descubierto, y hacia que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos, adornados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Flores (1).» No sabemos cual irrita mas, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravacion de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía esceptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los pervertidos patricios de su misma relajacion, en la plebe de la imitacion y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupcion en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á que conducía el estoicismo? ¿á que guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podéis soportar tanta disolucion, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Séneca, *suicidaos*. La escuela estoica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabian los estoicos morir y no sabian vivir. Eliogabaso mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Caligula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *ayudad un poco, voy á contar los peones*. ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba mas vivir que morir? H sta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello habia, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupcion nueva en vez de corregir la corrupcion antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al vulgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos, y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacia cometer ó crueldades ó extravíos; echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Habia una necesidad de creer, y nadie creía: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo habia recorrido todas sus fases, y se encontraba desacreditado; se recurria á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincón de la Judea habia nacido el que tenia la mision divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia.... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no solo en las obras sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivia sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan estinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende

todo á inspirar horror á la efusion de sangre.... Véase aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinacion de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo y el mundo oyó por primera vez: «no hay mas que un solo Dios verdadero.» Habian pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: «*todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos*;» hasta que Cristo vino á enseñarnos esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: «*todos los hombres son iguales ante Dios*;» y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: «*todos los hombres son libres*;» y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: «*los gozos materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo*;» y á los estoicos: «*no os suicidéis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de es e mundo*;» y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: «*bienaventurados los humildes*;» y los consoló. Y á los ricos: «*la mayor de todas las virtudes es la caridad*;» Los sábios habian ignorado el medio de contener la corrupcion universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la mujer compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolucion moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religion, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominacion de la fuerza bruta, el que proscribia la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipacion del pensamiento; el que decía á los súbditos: «*obedeced, pero sin servidumbre*;» y á los príncipes: «*gobernad, pero sin tiranía*;» el que prescribia, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de abnegacion, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. El se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislación eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sábios, de allí se trasmitian á las inteligencias de segundo orden, y poco á poco se difundian por el pueblo. Este es el orden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sábios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagacion tenia que haber algo de sobrenatural. Habia en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguan practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolucion, inmoralidad, prostitucion; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudian anualmente al sepulcro de Diócles, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviedades, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenian que discurrir como escitar su apetito ya embotado, estos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula; vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni enuecos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mugeres, esponian sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitucion, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educacion de los hijos, estre-

(1) Lemprié, Hist. Aug. in Vit. Eliog.

chaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistían con placer á las gemonías, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, estos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistían á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado había un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, incluso los Antoninos, aquellos principes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el estado. ¿Affligía una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenia una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos, á quién se fatigara primero, y á quién faltara más pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años, eran pontífices y sacerdotes encañecidos á la sombra del santuario; eran á los veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si camináran al festín de las bodas: no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién transformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse á aquella religión que parecía tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba á mejorar su condición en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningún filósofo había enseñado todavía, ni él se había imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los mas dispuestos á creer son siempre los mas oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los gozos materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de examen y de discusión entre los sabios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesús, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platon y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sabios no solo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habían llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insanitia*, era lo mas sublime que había salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron enton-

ces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologeticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandria, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. «*Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios, les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon. Cántanos, Homero, tu magnífico himno: Los amorosos hurtos de Marte y Venus; pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu...*»

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases mas elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdaban de creer: el sentimiento religioso se había ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios; ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se había atrevido á poner la imagen de Jesús entre las de Abraham y Apolo. Marco Aurelio se había hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legion Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se extendía la nueva fé por las provincias romanas, sino que había franqueado los límites y barreras del imperio; ya cuadía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no había llegado el vuelo de las águilas romanas; allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado, y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las mas importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fé cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península: cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines del mundo. El rayo, el hijo del trueno, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fé en las comarcas de Galicia, donde siete de sus mas esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jersusalén, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo á la iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo tambien la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Neron había logrado hacerse discípulo y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hácia las regiones de la Península á que no había podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto había de prevalecer, y donde tanto había de fructificar la semilla de la fé. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habían hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar

(1) Véanse Flores, España Sagrada, tom. III. Morales, Cron. general.—Medina, Grandezas de España.—Masdeu, Esp. Roman. tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones solo porque las nieguen los extranjeros? No nos detendremos ahora á refutar esas argumentaciones negativas; otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Solo diremos en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 58 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que accedió su muerte en Jersusalén, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) Tambien hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos muchos clarísimos testimonios. Su intención de venir á España la manifestó el mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam profectus es, spero quod prateriens videam vos*. Cap. XV. ver. 21. *Per vos profecturum in Hispaniam*. Ibid. ver. 28. De haberlo realmente certificado, San Juan Crisóstomo en la homilía 15 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta á Timoteo; San Jerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el cap. 5 sobre el profeta Amos; San Teodoro en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses; y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo los consules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo había hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida. (Discurso sobre el estado del universo á la aparición del cristianismo). Solo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religión cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del crucificado. En el segundo siglo imperando Marco Aurelio, y gobernando a Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto por la nueva fé, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (1). Los atletas de la fé se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fé de Cristo, fué en la horrible persecución de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando Daciano ministro mas sanginario y cruel que habia tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios; entonces fué cuando España acreditó que vivian en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habian sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran tambien por sostener la fé una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mugeres y niños desafiaban entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la población cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza porque fueron innumerables. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (2). La ciudad que habia de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente igitia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la heregia, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudicion y con su fogosa elocuencia, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba tambien de ser el cristianismo la religion dominante, ni en España, ni en las demas provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro examen. Paganos eran todavia los emperadores; idolatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavia á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

CONCLUSION.

Unos cuantos dias despues pasaba por la Hoz una litera enlutada rodeada de sacerdotes, pages, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero á donde Floriana tiró la piedra, el soldado no pudo menos de decir al alcaide: la predicción que hay acerca de ese nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese por aqui viva ó difunta: el agujero queda cumplido. El alcaide se sonrió; pero

corroboró la idea del soldado diciendo: en efecto, la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas mas adelante celebraba la grandeza goda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer habia principiado el banquete y á mas de la media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Venderio y Frandila y el conde Evarico, amigos suyos con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

—Continúa, dijo Venderio al principe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa la romana era un ángel de Dios.

—Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos, porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

—Que hable alto para que todos oigamos, gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió asi:

—Cuando yo dije á mi padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre; mi padre me tomó la palabra y me juró que si echas con Floriana rigurosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decia, se rehabilitaria mi matrimonio con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admiti las condiciones de mi padre porque conocia muy bien el inmenso valor de mi esposa: despues temi las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mojaros de mi si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de permitir su martirio. ¡Os reis como de una cosa estraña, inaudita! os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazon de un hombre: yo os juro que Floriana mereceria que se tuviese ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que mientras las pruebas duraban, yo me mantendria siempre distante de mi esposa; á la verdad, si yo hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas me hubiera hecho traicion á mi mismo repetidas veces. Se disolvió nuestro matrimonio, Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa española se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fui preso y conducido á Segóbriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaria con vida si consentia en ser su esposa.

—Su esposa exclamaron con asombro todos los convidados.

—Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

—¿Eso prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

—Así lo dijo Froya á nuestro amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

—Ya nos has convencido, replicó Frandila: mañana, hoy mismo, porque pronto ananecerá, vamos á proclamarte Rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

—A pesar, dijo Venderio, de lo impolitico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludariamos Reina gustosos.

—Sí, sí, gritaron todos á una voz.

—Decis eso, replicó el principe, porque no existe: si viviera, pensariais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juro, lo juramos. Por la fé, por el honor, por nuestro nombre.

—Jurais, repuso el principe, que si viviera Floriana, no llevariais á mal que revalidase mi boda con ella?

—Sí, sí, sí, gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, cubierta con un gran cortinaje, descorriólo de golpe y presentó á aquella juventud entusiasmada la candorosa figura de Floriana, que puesta de pié, ruborosa y confusa esperaba el fin de la conversacion.

—Floriana vive, clamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á mi esposa.

—¡Viva, gritaron todos; viva nuestra reina!

(1). *Acta primorum martyrum*, etc.

(2). Prudent, in *Hymn. Martyr*, Cesar Aug.—*Actas de los Mártires*.—Deping, *Hist. tom. II.*—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó á Escapula, presidente de Africa, refiere como entonces se ejercia la persecucion contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun, es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judios al c. 7 donde hablando de las regiones que habian abrazado la religion cristiana aplica el todo á la nacion española. *Maurorum multi fides: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversarum nationes.*

(Sisberto había confeccionado un narcótico para Floriana en lugar de un veneno y había dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso disponiendo la manera de frustrar la sublevación tramada por el duque Freya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blancos también, tenía un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. A aquella misma hora quisieron que se hiciese la proclamación de Recesvinto: hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del príncipe que se hallaba en la ciudad de la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante de la iglesia donde juntos estaban orando. Toda la población que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto día, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcón anchuroso y largo salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y de Zaragoza, á los lados de estos y de tras en cuanto el balcón lo permitía, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica, los demás ocuparon los balcones inmediatos.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipación de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompían los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batían las palmas: los mantos volaban arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindasvinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo se hubiera de repente quedado desierto.

Godos ilustres, dijo el monarca, yo os he pedido que asociéis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

—Si, gritaron los próceres que se hallaban en el balcón principal: si, dijeron los que estaban en los balcones contiguos: si, dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—Viva el príncipe, viva el Rey, viva Recesvinto.

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el obispo Braulio hizo seña de que había mas que saber: el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

—Fieles que me oís, dijo con esforzada voz el obispo: hasta ahora por justos juicios del Todopoderoso ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido: desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El Rey, el príncipe, la nobleza y la iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El príncipe Recesvinto, desposado antes con esta española que veis á su lado, renueva hoy su enlace con ella: la ley lo autoriza, la iglesia lo bendice, y yo me complazco en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su sexo, y la mas virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevisimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fué inesplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguía la voz de *libertad!* ya la de *igualdad!* ya los nombres de *Flavio* y *Recesvinto*; pero mas veces y mas claro resonaba el nombre de FLORIANA. Aquella esclava que habían visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo llevando la falda á Teodosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, había conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escalados todos los balcones del pretorio, en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas los hierros de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y estos la fruición inefable que siente el corazón de donde ha salido una acción magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pie del balcón donde agrupadas las personas de los reyes, los pontífices y la hija del Valle, se reunía en un punto lo mas sagrado que hay en la tierra: la fe verdadera y pura, el poder elemental y justo, la virtud heroica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel día Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser nuevamente desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenían los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso á sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existía en una capilla, que cogía al paso, la raja ó concha de un

carro magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el mas preciado que un general de Recaredo fundador de la capilla había ganado al Rey de los francos Gontramo en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas, hizo subir á Floriana en ella y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descollando sobre el Rey, sobre el príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el día en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha como había sentido el mal sin exceso, dejábase conducir aventurando una ú otra mirada tímida á los lugares que habían sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que enviaba de su alma á los pies del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigía: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE DEL AUTOR Ó ORDENADOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España, y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deformada de cuerpo y alma como la madrastra de San Hermenegildo: su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia: los monstruos nacidos para azote de la humanidad, immortalizan su memoria.

El nombre de FLORIANA, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano D. Julian Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de S. Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas que tenía en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traducción de un códice latino que se descubrió, y pudo haber á las manos cuando se hicieron las escavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga*. Al pie de la primera página, que como era natural principiaba con el título de la obra y decía: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado) *escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal Segobrigense en la Celtiberia*, se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero. *Es obligación mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza Valparaíso de Abajo, distante 2 leguas de Cabeza del Griego*. Desde que muertos mi abuelo y padres vinieron á mi poder algunos escritos de mi tío D. Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y esquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto, pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, á cuyo testo me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de este y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aquí la introducción á la letra.

«Bajo el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen Maria, yo Anacleto, siervo inútil de la santa Iglesia episcopal de Segóbriga, me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las monarcas regias de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de ver la admiración que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros; pero confundidos ya con nosotros), profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusta nombre de aparezca en este breve libro que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija como la que he empleado en el códice mas suntuoso de los muchos que tengo hechos como escribiente de esta santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré, Dios mediante, siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiese, comencé así. En el año 686, etc.

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece que se lo recelaba; bien fuera porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara mas adelante; bien porque le faltase tiempo ó vida para cumplir su designio; ello es, segun advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina, siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea por ser mas delicada; no llegó á principiaria; y la Reina por consiguiente se quedó anónima para la posteridad, porque aquella Recibergera que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fé á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tío las circunstancias con que se verificó el bautismo de la princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra.

Pareciéndome una profanación (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia.

Tomé el Martirologio romano, impreso en Roma en 1583; llamé á la hija de mi hermano, María; niña de pocos años que aun no sabia leer entonces, y le entregué el libro mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña á su modo, introduciendo el indice por la pagina 251 y los dedos restantes por la 684. Pregunté entonces cual de las dos paginas me designaba; y la criatura con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Oí servé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos, en ambas paginas habia dos santos de un mismo nombre, San Floriano mártir, de quien se hace mención á 4 de mayo, y San Floriano mártir tambien, de quien se lee á 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó; de suerte que me persuadí con toda certeza de que por divina permission habia hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo paterno del gran Peláyo; y sin escrúpulo ninguno plante á mi traducción por título *Historia de la reina Floriana*. Borré poco despues el nombre, porque una reflexion me agüó todo el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano* para indicar una persona cuyo nombre se ignora ó omite, y discurriendo sobre la etimología de la *v.x*, me ocurrió la sospecha siguiente. Los Frueles, Froilas, Froilanes y Froilanos que todo es uno; abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauración y siglos inmediatos: quizá como ahora, porque abundan los Pedros, llaman Pedro Fernandez á cualquiera! Llamarian entonces un Froilano á todo desconocido; y de aqui mas adelante se formaria el *fulano*. El Froilano gótico probablemente seria el *Floriano* latino; y si esto es así, indudablemente esta de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, puesto que ni aun se le ha podido aplicar uno supuesto, *Floriana* en nuestro pais no es nombre, sino sustitucion indeterminada por el nombre que se desconoce; de modo que titular este escrito *Historia de la reina Floriana*, equivale á escribir *Historia de la reina Doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre*.

FIN.



(Los placeres del invierno en Rusia.)

LA BARAJA INTERPRETADA.

ANÉCDOTA INGLESA.

Estábase celebrando el servicio divino en la iglesia de Glasgow, cuando Ricardo Middleton, soldado raso, que asistía á él con la mayor devoción, en lugar de sacar del bolsillo el ejercicio cotidiano ó cualquier otro libro devoto para buscar como sus compañeros las oraciones propias del caso, extendió delante de sí una baraja. Esta conducta singular llamó la atención del sacerdote celebrante y del sargento de la compañía, el cual ordenó á Ricardo que guardara la baraja, pero habiéndose negado este á hacerlo, le condujo el sargento al salir de misa; ante el magistrado principal de la ciudad, y dió queja de la conducta inconveniente del soldado. «Qué excusa puede usted darme, le preguntó el juez á un proceder tan extravagante y escandaloso? Si tiene V. razones legítimas que alegar, le escucharé, pero de lo contrario, esté V. seguro de que le haré cartigar severamente.»

—«Ya que la bondad V. S. me permite sincerarme, contestó Ricardo, le suplico que me escuche. Acabo de hacer una marcha de ocho dias con un pré de seis peniques (1), los cuales, como V. S. conocerá, apenas alcanzan para suministrar á un hombre el alimento necesario, y permitirle que satisfaga las primeras necesidades de la vida; no le extrañará, pues, á V. S. que carezca de Biblia, libro de oraciones y demas obras. Ahora bien, véase como me compongo.» Entonces sacó otra vez Ricardo su baraja, y la extendió delante del juez, explicándose de este modo: «Cuando veo un as, permitidme que lo diga, me acuerdo de que no hay mas que un Dios. Cuando veo un dos ó un tres recuerdo al Padre y al Hijo, ó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; el cuatro me hace pensar en los cuatro Evangelistas san Marcos, san Lucas, san Matias, y san Juan; el cinco me representa á las cinco Virgenes juiciosas que debían echar aceite en su lámpara, debían ser diez, pero V. S. recordará que habia cinco Virgenes juiciosas y otras cinco que no lo eran. El seis me dice que en seis dias creó Dios la tierra; el siete que descansó el séptimo dia; el ocho que hubo ocho personas virtuosas que se salvaron del diluvio universal, y fueron Noé, su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras; el nueve los nueve leprosos purificados por el Salvador; eran diez,



(Los placeres del invierno en Rusia.)

pero solo uno se lo agradeció; el diez los diez mandamientos de la ley de Dios.» En seguida cogió Ricardo la sota (2), y la puso aparte; pasando despues á la reina (3), continuó: «Esta reina me hace recordar á la reina de Saba que vino desde el extremo del mundo para admirar la sabiduria del rey Salomon; y el rey me hace recordar al rey de los cielos y á nuestro monarca Jorge III.» «Muy bien, dijo el magistrado, me ha dado V. una explicacion satisfactoria de todas las cartas menos de la sota.» «Si V. S. tiene á bien no incomodarse conmigo, le explicaré esta carta con la misma oportunidad que las demas.—No por cierto, no me enfadará.

—Pues bien las sotas son los picaros, y el mayor de todos es el sargento que me ha traído á presencia de V. S.—No sé, dijo el juez, si es el mas picao, pero al menos es el mas tonto de nosotros dos.—El soldado prosiguió: «Cuando cuento el número de puntos que

(1) Seis peniques ingleses que vienen á ser 24 cuartos españoles.

(2) Llámase en ingles la sota *Knave*, y significa esta palabra sota ó picao.

(3) En la baraja inglesa como en la francesa, en lugar de un caballo hay una reina.

marcase las cartas halló un total de 563, igual al de los días que tiene el año; cuando cuenta el número de cartas, halló 32: estas son las semanas que tiene el año. Cuando cuento el número de bazas, encuentro 12 que son los meses que hay en el año. Ya vé V. S. que mi baraja es para mí al mismo tiempo una biblia, un libro de oraciones, y un almanaque. » Escusado es decir que fué perdonado Ricardo, y que recibió del juez una buena propina.

De la edición-principio de la Historia de España del P. Juan de Mariana, fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusión de Monfort y de Ibarra, y de todos los impresores que ha tenido y tiene el mundo.

ARTÍCULO I.

Pues aconteció que amanecieron un día embadurnadas las esquinas de toda ciudad y toda aldea en los anchos confines de las Españas, y todo el que tuvo ojos para ver y ciencia para deletrear cartelones, topó con un anuncio que en buena abreviatura y compendio venía á decir lo que acabamos de poner por título y epígrafe de este artículo. La renta de correos subió notablemente aquel mes con los productos de tanto *fardo* de prospectos como fueron á invadir (¡nueva y voracísima langosta!) las arcas y bolsillos de estos buenos y á veces simples moradores de nuestra tierra. No hubo calle ni plaza adonde no pregonaran *la buena nueva*, el evangelio de los señores Gaspar y Roig, algunos de sus amigos, no movidos del tanto por ciento de ganancia, no deseando suscripción numerosa para hacer ricos á los editores-gemelos, ni queriendo tampoco dar eso que ahora llaman *puff* á las gentes, sino ansiosos por traer mas renombre á Mariana, mas gloria á España, mas envidia y admiración al universo. Ni faltaron algunos de ellos que condolidos al ver incompleta y manca la obra del gran padre Mariana, se ofrecieron á corregirla y continuarla. Toda la España literaria y artística se puso en movimiento; allí fué el rebuscar y compendiar *homeopáticamente* los estudios y notas de otros editores menos famosos, allí el copiar á diestro y siniestro trages y máquinas de guerra, que acaso para los cartagineses se tomaron de libro extranjero que figuraba á los francos, y acaso para los godos se imitaron y dibujaron de aquellos valientes Cruzados que á la voz de Pedro el Ermitaño se levantaron de sus tierras para rescatar á Jerusalén. Decía un fabulista francés para defender ciertos hurtos que debía á la literatura española que aquello que se toma de los extranjeros no ha de llamarse *robo*, sino *conquista*. Pues dando por buena la sentencia del fabulista, nadie podrá negarnos que Alejandro y Cesar y Thames-Khoulis-Kan fueran pueriles infantes ó niños de teta, como dice otro, para medir y comparar las suyas con las conquistas que para su obra hicieron los señores Gaspar y Roig entre propios y extraños.

Pero ¡funesta conjunción adversativa! murieron los cartelones y nacieron las entregas y tomos de la nueva edición y edición-principio, salida á luz en mal hora para tantas docenas de ediciones anteriores. En vano aquel triste de Monfort publicó los tomos de su nombrada edición de Valencia: todo aquel mérito tipográfico lo eclipsaron los Sres. Gaspar y Roig con la incomparable tipografía de su edición novísima. Tal vez diga algun escrupuloso que la edición de los Sres. Gaspar y Roig es de mal gusto y en nada comparable á la de Monfort y otras por la poca gallardía de los caracteres, la ridícula estrechez de los márgenes, lo sobrado ancho de cada página, si se compara con el largo de ellas, y otros peros por el estilo; mas lo cierto es que los editores gemelos, han dado y declarado su edición por la mejor de todas, y siendo ellos hombres de verdad no es de sospechar siquiera que hayan pretendido engañar al público con ninguna insigne mentira. Otros mal intencionados podrán decir que las pocas notas que contiene la obra están malamente extractadas de la edición de Sabau, habiendo suprimido muchas que si no absolutamente las que mas, eran sin duda de las que mas importancia tenían; pero á bien que los señores Gaspar y Roig dan por *enriquecida* de ellos la historia de Mariana con *notas históricas y críticas*, y no es posible que neguemos del todo al todo cosa que tan graves personas afirman. Para confusión de maliciosos, para vindicación de la obra de los señores Gaspar y Roig, para que conste y se dé por cierto de hoy mas que con efecto su edición del Mariana es tal edición-principio y que con ella han levantado un monumento de gloria al célebre jesuita y á la nación española, vamos á dar vuelta por algunos capítulos y á recorrer algunas páginas, comenzando por la vida del autor. Era de suponer que el biógrafo y los editores del Mariana defendieran al docto y elocuente jesuita de las imputaciones falsas y de las apasionadas críticas que se le han dirigido en los últimos tiempos. Su historia, así por lo elocuente, castizo y claro del estilo, como por la buena disposición de las partes, las profundas máximas y sentencias que lleva mezcladas en la narración, otras cualidades de tan alto precio como estas, habrá de ocupar

siempre lugar de preferencia en la biblioteca de todo estudioso y amante de las cosas de España. Pero aun no es lo hermoso del estilo ni lo grave de la sentencia el mérito mas grande que hay que atribuir á Mariana en la composición de su obra. Cuantos hayan tenido ocasión de compulsar antiguos cronicos y papeles viejos pueden haberse maravillado al contemplar cuán rigurosamente sacada de ellos está la narración de Mariana. El extracto y presentó bajo una forma mas elegante y mas noble, con unidad, con conciencia las largas páginas y la multitud inmensa de noticias esparcidas por aquí y por allá en los historiadores latinos de la república y del imperio, en los narradores godos que, aunque con brevedad, nos dan harta noticia de las cosas de su tiempo, en los pergaminos ocultos durante algunos siglos por los monasterios y catedrales; en los cronistas que ya abrazando en sus obras todo lo general de España desde las mas remotas edades, ya ciñéndose á contar los hechos de una provincia ó ciudad solamente, ora describiendo campañas de dentro de la península, ora narrando las acontecidas del otro lado del mar, se multiplicaron, abundando mucho, en los tres siglos que le precedieron. Parece nimia á veces la exactitud con que ajusta su relación á las páginas antiguas que extracta, pero mas bien mueve á maravilla y sale sin querer la alabanza de los lábios al mirar cuánto trabajo, cuánta constancia, cuánta vigilia hubo de costarle por esta traza el componer su historia.

En estos y otros razonamientos semejantes se cifra la justificación y defensa de Mariana contra sus imprudentes detractores. Ninguno de ellos podrá negar que el juicio de Mariana fuera grande para distinguir y separar el error de la verdad. Allí donde el sábio jesuita encontró dos versiones de un mismo suceso eligió casi siempre la mas verosímil, la mas fundada. Ni podía pedirle mas. Era arriesgado y ageno aun del juicio severo de Mariana, y de su propia conciencia desmentir con hipótesis mas ó menos aventuradas, con razonamientos mas ó menos ajustados á la exactitud lógica lo que hombres de gran seso, y autorizados los mas de ellos habian dado y transcrito como cierto en sus libros. En los dias de Mariana el cristianismo llenaba de fé la tierra, y era imposible que él, católico y mas aun sacerdote de aquella religion santa, se levantara y clamase contra las creencias de todos los escritores que le precedieron en tal camino, y antepusiera un juicio escéptico fundado en su propio orgullo, al juicio venerable siempre de la antigüedad. Si quieren decir los detractores de Mariana que no tuvo valor para romper enteramente las trabas de la autoridad, no hay por cierto que defender á nuestro autor de semejante cargo; dentro de los limites de lo justo fué acaso el pensador mas libre de su siglo; fuera de aquello que entonces no lo era, ni pudo, ni quiso, ni debió echar á volar su pensamiento. Un siglo entero de revolucion en las ideas y otro de revolucion en los hechos han venido á poner al género humano en muy diversa situación que estaba cuando vivía el padre Mariana. Hemos sustituido un criterio á otro criterio, hemos puesto en lugar de la razon antigua una razon nueva, que aun se duda, y no sin motivo por cierto si es superior á la otra.

Algo de esto que hemos apuntado, y perdónenos que nos hayamos dejado distraer del amor á las cosas de España y al hombre ilustre que levantó para ella monumento tan alto, algo de esto, repetimos, hubiéramos querido ver, ó mas bien hemos echado de menos en la biografía de Mariana que vá de introducción á la edición de los señores Gaspar y Roig. En el estado que alcanza la critica, y en el punto de duda á que ha llegado la reputación de Mariana, para hacer una gran edición de su historia era de obligación manifiesta el poner al frente de ella un estudio severo y concienzudo que así revelase las bellezas de la obra escondidas para muchos, como colocara los errores bajo su verdadero punto de vista, combatiendo y refutando las amargas diatribas de algunos criticos modernos. Pero por el contrario, nos hemos encontrado con una biografía que en nada se parece por cierto á las de Plutarco, y algunos párrafos superficiales y en poco castizo estilo conque se pretende llenar el vacío que nosotros, mas largamente, dejamos señalado. Casi toda la defensa de Mariana se reduce en la edición de los Sres. Gaspar y Roig á llamar al célebre Carlos Romey « injusto, severo y el mas desautorizado de los censores de Mariana. » Lo de injusto no nos admira, solo que en nuestra opinion falta el haberlo probado, como pudo y debió el biógrafo; lo de severo es cierto; pero llamar *desautorizado* á uno de los hombres mas ilustres y mas sabios que han tratado de las cosas de la España, es injusticia notoria, si ya no es que podamos apellidarla ignorancia. Carlos Romey, como otros muchos criticos de su nación y de su época, es injusto, sobradamente injusto con lo pasado; pretende ajustar vanamente á su *criterium* las concepciones y los hechos de hombres y siglos que se encontraban en muy diversa situación que él. Pero de aquí á negarle que sea uno de los escritores mas autorizados en materias españolas, vá una diferencia grande, como nunca el amor patrio debió ocultar, al biógrafo de Mariana. Tras de esto el mismo

biógrafo acusa á Mariana de no haber tratado de las cosas de los árabes con toda estension, y aun de haber olvidado muchas veces las mas simples nociones de sus leyes, costumbres y organizacion civil. De todas las impugnaciones que han hecho los estrangeros á la historia del Padre Mariana, ninguna nos parece ni mas injusta, ni mas impropia, que esta que prohija quien pretendió escusar sus errores en la nunca bien ponderada edicion que vamos recorriendo. Ya sabemos que el argumento y la impugnacion no pertenecen al biógrafo, le acusamos de haberlos prohibido tan simplemente. Para nuestros padres, los árabes no fueron nunca españoles, sino solo un pueblo extranjero que ocupaba y tiranizaba tierras de España. Exigir al padre Mariana que hubiera tratado de las cosas de los árabes como de las de los cristianos, porque se encontraban y peleaban en un mismo terreno, vale tanto como decir que el Conde de Toreno, y cualquiera otro historiador de la guerra de la independencia, debió de tratar de las cosas de Francia como de las nuestras, dada la usurpacion casi completa de nuestro territorio. Los árabes eran para nuestros antepasados un ejército enemigo, acampado siempre en sus campos y posesionado de sus fortalezas; aquellos pueblos no eran hermanos, aquellas *nacionalidades*, como ahora se dice, nada tenían de comun, y el escritor castellano lo propio, ó mas sin duda que de los hechos de los árabes, pudo tratar de las instituciones y los hechos de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia.

Algo mas fundada habria parecido la critica de los escritores estrangeros y del novel biógrafo de Mariana si se hubieran fijado en el olvido en que dejó á veces el padre Mariana las cosas de otros reinos mas allegados á nosotros que los árabes, como que eran hermanos nuestros y profesaban el propio culto y tremolaban la misma bandera que nosotros en los combates, Navarra, Aragon, Cataluña, Portugal y otras provincias tuvieron principes é instituciones que Mariana olvidó tanto ó mas que las cosas de los árabes. Pero tanto para esta como para la otra objecion hay que tener presente el alto pensamiento que tuvo Mariana en la composicion de su obra. Allí la unidad es Castilla, la idea de la superioridad que al fin alcanzó en los dias prósperos del siglo XVI se nota y advierte desde los primeros pasos. Todo lo que acontece en los demas reinos de España viene á servirle al historiador como para mas aclarar y poner de manifiesto la marcha triunfal de Castilla por enmedio de los siglos, y cuando le viene á cuento para ello trae tambien á colacion los sucesos de las naciones estrangeras puestas del lado allá de los Pirineos.

Y al tratar de omisiones haremos notar una cosa que en nuestro segundo artículo habrá de verse mas de manifiesto. Si los señores

Gaspar y Roig querian publicar una edicion del Mariana nada menos que *completada y enriquecida con notas históricas y críticas* ¿por qué no repararon semejantes omisiones? y ¿por qué no pusieron la obra en el punto que exigen de ella las necesidades y las opiniones del siglo? ¿Por qué el biógrafo que acusó al célebre jesuita de no tratar bien de las cosas de los árabes no puso y añadió á la nueva edicion en lugar de tantas notas inútiles algunas que revelasen los profundos conocimientos que tendrá sin duda en las historias que los mismos árabes nos dejaron escritas? Bien pudieran haber aprovechado para ello los estudios de ese mismo Romey, á quien osa llamar desautorizados; buena materia le habrian dado los escritos de Gayangos, de Dozy y otros célebres orientalistas. Pero este asunto de las notas que faltan y de las notas que hay, requiere mas estension y es digno de que le tratemos en artículo aparte, ya que fué tanto el escándalo y tales las ponderaciones de los señores Gaspar y Roig sobre su edicion de la historia de Mariana, que nosotros y con nosotros muchos de sencillez y bondad de corazon llegaron á pensar que se trataba de hacer una verdadera edicion *princeps*, asi por la nunca vista riqueza tipográfica, como por lo sábio, grave y estenso de las anotaciones críticas que habian de acompañarla.

Solo diremos para concluir este artículo que desde la portada está revelando la nueva edicion cuán poca conciencia se ha puesto en ella. Allí se dice que es *la enmendada y añadida* por Mariana, sin cuidarse de que se encuentren en tal caso nada menos que tres ediciones una de 1608, otra de 1617 y la última de 1625, publicada tambien en vida del autor y corregida por él.—Sobre cuál de estas correcciones merece mas fé han andado discordes hasta aquellos eruditos, pero los nuevos editores sin pararse en *pelillos* han dado por resuelta ya la cuestion, sin dar siquiera satisfaccion de su conducta.

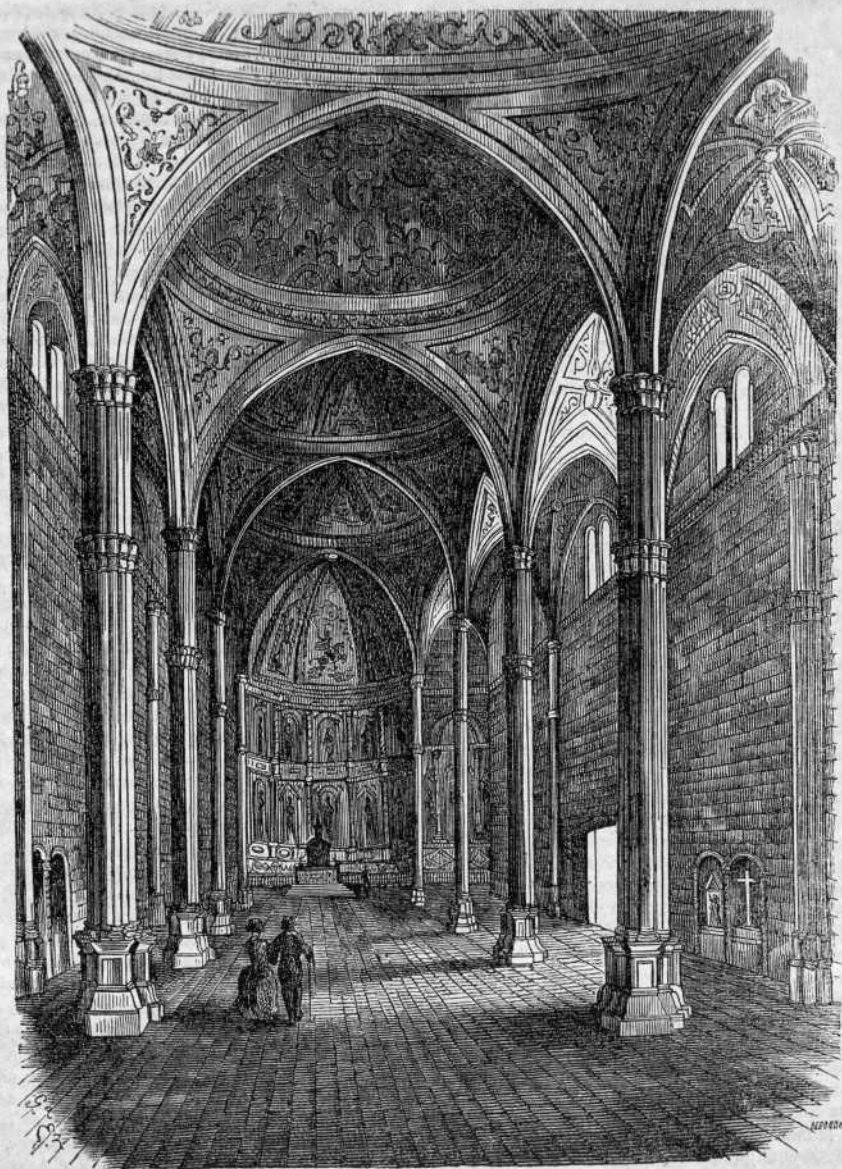
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 42.

En boca cerrada no entran moscas.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el número próximo recibirán nuestros lectores un nuevo prospecto del SEMANARIO, de LA ILUSTRACION y de un periódico diario que vamos á fundar, para hacer un obsequio á nuestros suscritores que le recibirán gratis.





EL TEMPLO DEL APOSTOL SANTIAGO EN MEDINA DE RIOSECO.

La arquitectura, hemos dicho mas de una vez, fué por mucho tiempo la expresion del pensamiento humano. Por eso las construcciones monumentales reflejan el espíritu de cada época. El arte es el símbolo gráfico, la fisonomía psicológica de la sociedad. Cuanto mas analizamos esa significativa combinacion, conforme se aumenta el radio de los estudios, tanto mas de armonía tiene aquel idioma misterioso y filosófico! Mentira parecería, si no estuviese en evidencia, que pueda la piedra inerte ser constituida en fecundo emblema, en intérprete leal de las mas elevadas abstracciones de la civilización. Pero; tan poderoso es el genio; tan pródiga la inspiración!

Cada obra del artista lleva en consecuencia la filiación natal. Y no solo esto. Su conjunto es la fórmula sintética de una idea. Y cada cual de sus detalles una letra de la gigantesca inscripcion. Allí nada hay á la ventura, nada vago ó incoherente al pensamiento absoluto. Todo es necesario y oportuno. Pudiera el edificio ser comparado á una máquina, donde cualquier cilindro, la menor rueda, forma parte de su funcion; á una sinfonia grandiosa, en que cada relieve es un compás, cada pieza de granito una nota de indispensable efecto; al cuerpo humano, en fin, que no existe en su prodigioso complemento sin la concurrencia simultánea de todos sus miembros. Por eso el carácter típico de estas obras es la unidad, la pureza esclusiva de su generacion. Desde el ápside hasta el pavimento, lo mismo en las basas que en los arquivoltas todo debe ser homogéneo y consecuente, al modo de un árbol donde no se ha ingertado rama de di-

verso matiz. Cualquiera violacion de su originalidad es una superfeccion profana, una mezcla bastarda de familias y tradiciones.

No podia ser de otro modo. El arte es un idioma, el edificio un libro, la forma un pensamiento. Desfigurar sus tipos, trastornar sus elementos, es lo mismo que intercalar en la lengua dialectos impuros, que ingerir en el album páginas disímiles, que destruir la armonía de la idea con heterogéneas é inaplicables adherencias. Ved aquí por qué la unidad fué desde la cuna del arte el núcleo de sus obras. En Egipto se las distingue por su pesadez é inamovilidad; en la edad media de Europa por su fantástica y caprichosa originalidad, reflejo vivo de la escentricidad feudal; y los antiguos griegos, idólatras de la armonía, hicieron de sus templos y obeliscos una belleza geométrica, donde la imaginación estaba normalizada por el módulo y el compás.

Peró la unidad compleja, ese principio cardinal, esa concordancia profunda del edificio, al tenor de su significacion social, hubo de sufrir, como todas las reglas generales, sus escepciones y trastornos. Ya porque faltara el autor de la idea durante su revelacion sobre el mármol y la pizarra; ya porque la escasez de recursos no proveyese á la grandeza de la concepcion, achaque muy comun en aquellas obras arquitectónicas; bien por el trascurso de los tiempos, ó por la sobrevencion de nuevas vicisitudes sociales, lo cierto es que varios monumentos son un contraprinipio para la unidad típica y sacramental del arte.

Hay en verdad construcciones singulares que son el Proteo de la fábula, un prisma de cien colores, un ramillete pintoresco de incoherentes matices, un mosaico de enérgicos y misteriosos contrastes. Nada mas bello sobre este punto que las poéticas palabras de Victor Hugo al frente de la catedral de París. Bien conocidas son del mundo inteligente para que nos ahorremos su reproducción. Pero no puede explicarse con mas vigorosas pinceladas, con mas elevacion de criterio y mas filosofía de genio el fenómeno artístico.

Sobre esto puede suscitarse una delicada controversia. Esa heterogeneidad ¿es un nuevo tipo de belleza? Problema es, por cierto, que para ser resuelto necesita de grave cuanto ilustrada discusion. Y como en el presente artículo no es posible empeñarse en ella, habremos de omitir nuestro juicio facultativo, ateniéndonos tan solo á los efectos visibles sobre el objeto artístico del actual propósito.

El templo del Apostol Santiago, cuya vista interior acompaña al presente trabajo, es uno de los edificios mistos, una de esas construcciones híbridas, que forman escepcion indefinible contra la unidad técnica y generadora. Esta es, en efecto, la mas importante singularidad entre las grandes circunstancias de su magnificencia.

Figúrense los curiosos un edificio oblongo, cuyas cuatro faces, mas bien que partes de un mismo todo, parecen fragmentos inadherentes de diversas creaciones, amalgamados en un compuesto multiforme, á pesar de los siglos que separan su filiacion. Aqui las eslorescencias de la imaginacion gótica le presentan cual un templo de las Cruzadas; allí los delicados recortes y puras fantasías sobre el fondo griego nos hacen disfrutar la época plateresca en su ideal mas bello; en otra portada se despliega una decoracion clásica con acantos de Corinto y pedestales áticos, que respira el perfume del renacimiento. Y si penetran en el fondo de la gigantesca y magestuosa casa de Dios, sentirán una impresion inefable al considerar las aéreas elipses del ogivo septentrional sobre inmensos pilares imaginados á la ventura sobre la magestad dórica y la belleza romana.

Visto por tan diferentes perspectivas, aparece con cada cual la imagen de una civilizacion singular, y hiere la imaginacion una serie de ideas y de impresiones que no tienen de comun sino la influencia sucesiva de unas sobre otras épocas. Así es que no acertamos á definir filosóficamente esta construccion; porque si cada retazo de vario tipo hubiera tenido origen en su tiempo, fácil era coleccionar la complexión gradual del conjunto. Pero no es eso. Lo anómalo y enigmático es que el templo parece pertenecer en su obra á una sola época: la del renacimiento. Y bien ¿cómo el arquitecto, en lugar de un edificio greco-romano, lleno de armonia y unidad, trazó esa mole ataviada con tan diferentes galas, y sellada con el sobrescrito de tantas razas?... No lo acabamos de comprender: ni aun como un capricho, como un sueño del artífice puede explicarse tamaña singularidad. Los hombres del arte en aquella época eran exclusivistas, fanáticos por la arquitectura clásica. Hubieran tenido cual nefando desafuero y sacrilega profanacion la mezcla de las bizarrías germánicas con los austeros lineamientos, la libertad multiforme de la elipse con la pauta dogmática del hemicírculo, y hubieran lanzado al profano del seno de la iniciacion artística, como en lo antiguo se espulsaba al extranjero impuro que penetraba con intruso rito en las sacerdotales confidencias de Eleusis. De manera que el templo es en casi todos sus aspectos un jóven con fisonomia de anciano, una evocacion solitaria de la antigüedad iluminada con los modernos resplandores.

Su descripcion á grandes rasgos auxiliará para la inteligencia de nuestros discursos.

El recuerdo mas alto de su origen no se remonta mas que hasta el año de 1545 en el libro de fábrica mas antiguo que existe en el archivo, y en él se halla una cantidad de 19,856 mrs. «gastada en abrir el banco de la cantera de Buena-Vista.» Este becerro prueba dos cosas. Primera: que en su fecha la Parroquia ya estaba constituida formalmente, con fondos, administracion y culto. Segunda: que antes de la fábrica actual habia otra para el servicio parroquial, que fué sustituida por aquella. Tenemos otra razon para pensar así. Es la bóveda de la sacristía perfectamente gótica, guarnecida de aristas y florones. Este monumento, que se eleva lo menos al siglo XV, fué á nuestro juicio un pequeño santuario, donde debió recibir culto el Santo Patrono, y ser erigida primitivamente la parroquialidad. Ciertamente que hay en aquellos muros una cifra de 1563; pero esto significa que fué reparada en tal tiempo, como lo demuestran las paredes exteriores, que contrastan bien con el color, traza y corte de los sillares interiores, y las ostensibles introducciones de la moderna sillería; y por último la forma de los guarismos árabes y la del cascaron gótico establecen claramente entre ellos la diferencia de mas de un siglo.

Esto sentado, la obra general del templo nuevo debió empezar por el primer tercio del siglo XVI, y no se ha concluido aun, ni es probable se termine jamás. No existen los planos ni las memorias de

los arquitectos. Las bóvedas son del año 1675, y construccion del maestro Felipe Berrojo, que tenia un gusto muy recargado para la exornacion. Los florones y targetas que las esmaltan fueron vaciados en 1675 por el artífice Lucas Gonzalez, en precio y coste de 13,000 reales los primeros, y 1,800 los segundos. Y el dorador Antonio Teñelz enlució las bóvedas por 5,835 rs., que añadidos á 18,550, coste de su fábrica, las elevan á un gasto total de 22,185. Los colosales cubos del testero tienen la fecha de 1607. La fachada plateresca del S. es cosa de 1563. El difícil arco del bajo coro fué construido en 1628, y en el siguiente la escalinata que sube al coro alto. El citado profesor Berrojo trazó la torre existente, erigida en lugar de la primitiva, que se arruinó en 1662, siendo terminada en 1678 bajo la mano del maestro Obregon. Y por último, el átrio principal fué fabricado en 1732. Véase, pues, la obra durante el transcurso de dos siglos y medio! ¡Cuánta fé y cuánta perseverancia! ¡Y qué diremos de la piedad de nuestros abuelos y antiguos conciudadanos, á cuyas limosnas y generosa mano se debe esta construccion costosísima, en auxilio de los fondos parroquiales?... Hoy que todo lo quemamos al vapor, apenas se concibe esa constancia en un objeto cuya consagracion pasaba de padres á hijos cual herencia de honor y de respeto! Ahora que apenas tenemos para disipar en efímeros gustos, cómo explicar aquella insondable largueza de caridad? ¡Qué contraste ofrece el fútil positivismo de nuestras vanidades con aquella expansion del sentimiento cardinal del hombre!

Dejemos, pues, las reflexiones para los espiritus graves, y fijemos otra vez los ojos en la morada del pescador de Genezaret, á guisa de fieles y entusiastas pintores.

La planta general del edificio es un perímetro cuadrilátero, semicircular por su parte superior, y rectilíneo en la inferior. Aquella curva está formada por tres cubos gigantes, obra magistral por su grandeza y esquisita ejecucion, que fija la atencion de los artistas. Tres portadas prestan ingreso al seno de la obra. La del N. hace una perspectiva gótica del mejor tipo. Forma su luz un arco menor, flanqueado por dos robustas agujas cónicas que se enlazan en el segundo tramo con la graciosa decoracion, cuyo rico dibujo exornado de filigranas, encages y delicadas invenciones, está adherido al colosal muro cual una mariposa trasparente y frágil al tronco sombrío de un roble poderoso y arrogante. Por esta parte eslamos al frente de un pórtico de los tiempos caballerescos. Mas si, atravesando el espacio de N. á S. nos establecemos sobre el vestibulo cuadrangular, guarnecido de verjas y leonadas pilastras, el teatro muda de aspecto. Hemos llegado de un vuelo al interregno entre la antigua y la nueva edad; nos vemos contemplando la época artística de Egas y Cobarruvias en una fachada plateresca, de tan buen gusto como hábil desempeño. Alzada sobre el basamento una galería cerrada sostenida por columnas incrustadas en la pared, sostiene otro cuerpo análogo, terminado con graciosa sencillez por un frontis angular, de cuyo fondo surge la grave figura del Eterno en actitud de bendecir á los fieles. Ocupan los intercolumnios las efigies en piedra de los cuatro Evangelistas, esculturas, como las anteriores, de buena mano, pero bárbaramente mutiladas por el vandalismo de las tropas francesas cuando vinieron en vano con su grande hombre á arrebatarnos nuestra independencia. ¡Y decian que nos iban á civilizar!... El Apóstol se halla representado tambien: mas este bulto de escultura es gótico, según la dureza de sus paños, el amaneramiento de sus formas, la poca fuerza de sentimiento que revela su ejecucion. Tambien hay allí un bajo relieve anterior á los buenos tiempos. Las columnas, los arquivates y todos los constitutivos de la obra están bordados de flores y adornos, donde compite el primor de la mano con la gracia del dibujo. Hay en la exornacion mucha pureza y escelente inteligencia, cuyas dotes, unidas á la elegancia del conjunto y de los detalles, hacen de esta vista una belleza en su género.

Pero el encantador con su talisman poderoso trasforma la perspectiva. Y cual si en alas del viento nos hubiese conducido á la linea occidental del templo, despliega allí un panorama que no se podia esperar. Los tiempos de la arquitectura gentil han renacido. Ved ahí una inmensa cortina de sillería, dividida verticalmente en tres zonas correspondientes á las naves interiores. Las laterales son de estrecha sencillez, decoradas con dos órdenes de pilastras toscanas. La central forma para el primer cuerpo un peristilo resaltado, de orden corintio. Flanquéante dos pilastrones que sirven de fondo á una línea de hermosas y fuertes columnas pareadas, que sostienen el arquivate sobrepuesto de ancho friso, donde se destacan los vigorosos modillones del vasto cornisamento. En el intermedio de la columnata se rasga la puerta principal, guarnecida de dobles jambas, y coronada por una lumbrera esférica. El segundo alto es igual en la idea y distribucion, aunque pertenece al órden compuesto. Y en su centro, sobre una gran ventana orlada de filetones, se eleva un nicho de traza dórica, ocupado por otra imagen del Apóstol, bien esculpida, en piedra, y de colosales proporciones. Cuatro luceras semejan-

tes á la central, y coronadas por la cruz militar de Santiago, resaltan el decorado general. Debió tener además dos torres sobre los cuerpos laterales: pero solo existe el primer cuerpo de una, sobre el ángulo del N., y hace un imponente cuadrado de toscano gusto, cubierto con un tejado piramidal. Falta, pues, la aguja de esta torre, toda la del opuesto lado, y el gran frontispicio que debería coronar la zona griega del intermedio, la cual tiene en su segundo alzado el defecto de mala proporción en las columnas. Se conoce aquí la decadencia del arte, que siguió al renacimiento. Sin embargo, esta fachada es magestuosa y noble, teniendo la singularidad de estar en ella los cuatro órdenes clásicos, sin deslucirse ni perjudicarse: antes formando buen efecto de contraste y rica combinación. La severidad es el carácter, el sello distintivo de esta decoración.

Entrad ahora en la basílica del *Hijo del trueno* por la sombría y aplastada bóveda del bajo coro, que hace el efecto de un anteojo sobre el iluminado espacio de las gigantescas naves. Ahí tenéis una reminiscencia sintética, el compendio abreviado de las épocas célebres del arte. La cimbra ogival de los arcos algo desfigurada de su tipo familiar por el arranque prolongado de las elipses; las bóvedas montadas sobre ellos que, en lugar de la desnudez teutónica, están bordadas de prolivos estucos arabescos; los pilares colosos de granito, que, si en sus cañas, á guisa de apiladas fascas, recuerdan los machones góticos, llevan en sus cornisas y bocales el corte moderno; el arco romano del coro, contrastando con la portada, al gusto medio, de la sacristía; el corte general de vetusta apariencia, revestido de cierta tintura moderna; la imaginación y la simetría; la vaguedad con la precisión; el genio inspirado junto al arte pauido... todo esto, en fin, hace un conjunto tan singular, tan anómalo é imaginario, que cautiva la fantasía sin dar espacio al exámen, y hace ceder la pretensión del criterio ante la impresión del alma, y al artista ante el poeta.

Concluiremos ya con alguna observación. Este monumento insignie, de quien hemos dicho en otro lugar que « causa el efecto de una estatua antigua retocada de nuevo y flamante colorido, » es una especie de museo, donde todas las escuelas del arte tienen su alarde, un registro secular en que se lee la firma de todas las razas célebres; un arco triunfal erigido á la gloria de todas por la piedad opulenta de estos viejos castellanos. Quizá su idea primitiva se debió á las últimas aspiraciones del arte ogival, según lo indica la disposición de su planta y formas generales, con su testero oblongo, sus muros flanqueados por pilastras, al tenor de las que suelen sostener los bostales de nuestras catedrales, y su talante absoluto en fin. Por ventura la puerta gótica del N., contigua á la sacristía, fuera el principio de la construcción. Pero transcurriéndose años, y sobreviniendo nuevos gastos, los arquitectos, sin mirar al trazado fundamental, variaron la parte del adorno, amoldando cada uno al gusto de su tiempo la concepción fundamental. Es decir, que aquel modeló la estatua y estos la fueron revistiendo sucesiva y parcialmente el traje de variados tiempos. La forma esencial quedó la misma: los detalles variaron con las fases de la civilización. Y al cabo de casi tres siglos tuvo en esta leal tierra un altar de gloria y magnificencia el hijo del Zebedeo, el Apóstol de Clavijo, el nómén tutelar que guió tantas veces con su nombre al campo de victoria las caballerescas mesnadas de nuestros abuelos, cuando arrancando á lanzadas de las sangrientas manos de Mahoma los pedazos de su herencia, nos conquistaron la patria, la libertad, y un nombre sin igual en los anales humanos, que vivirá mientras el sol de los héroes alumbrase las esferas de la inmortalidad, y produzcan eternas flores las palmas del honor.

V. GARCIA ESCOBAR.

De la edición-príncipe fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusión de Ibarra y de Monfort y de todos los impresores que ha tenido y tiene el mando.

ARTICULO II.

Dijimos en nuestro artículo anterior que la edición de la historia de España del jesuita Mariana publicada por los señores Gaspar y Roig, á pesar de las pretensiones inauditas con que fué anunciada, carece de los principales elementos y cualidades que constituyen una edición-príncipe, ó siquiera una edición preciosa. Probamos esto diciendo que su esmero tipográfico era escedido con mucho en otras ediciones, y citamos como ejemplo la de Monfort de Valencia, la de la Real Biblioteca, y aun habríamos podido citar la de Sancha, la de Benito Cano; y en cuanto á grabados ya dijimos que en muchos de ellos andan cambiados los tiempos y las cosas, á trueque de que no aparezca ningún suceso notable aun de los tiempos, en que trages y armas son completamente desconocidos, sin representación en láminas. También hablamos de la vida del Padre Juan de Mariana que

precede á esta edición, obra de escaso mérito, y entrando á tratar ya de los anotamientos puestos á la Historia por los editores, dijimos primeramente que faltaban en los puntos mas esenciales, para aparecer numerosos é importunos allí donde ninguna necesidad habia de ellos. Hoy vamos á proseguir en esta materia de anotaciones, que es por demás curiosa, y dá á conocer á pocos ejemplos cómo y de qué manera ha sido *enriquecida* é *ilustrada* por los señores Gaspar y Roig la historia de España del Padre Mariana.

¿Qué debían proponerse con estas *ilustraciones* y anotaciones los nuevos editores? Corregir todos los errores de Mariana, suplir todas sus omisiones, aclarar las citas y poner bajo un verdadero punto de vista los hechos desfigurados por el autor. Si esto no ¿qué habian de significar tales notas? Ya de autemano se habian publicado otras ediciones del Mariana con notas, y notas verdaderamente sábias y oportunas; pero en lo que va de siglo, y á pesar de las calamidades de los tiempos, han adelantado mucho los estudios de nuestra historia, merced á los esfuerzos de la Academia, y á la laboriosidad y talento de algunos particulares. Faltaba y falta aun una edición de Mariana, que recojiera los mas preciosos de estos adelantos y se hiciera cargo de todos ellos para enmendar el texto en cosas que no pudo evitar el sábio Jesuita, dada la época en que escribió su historia. Y no hay duda en esto: ó el anotar á Mariana, traía consigo semejante obligación, ó era inútil y acaso perjudicial que se le anotara. Obra es esta que no debe mirarse sino bajo dos conceptos; como un monumento de alta estimación literaria por las prendas incomparables de la narración y del estilo, ó como un libro propio para aprender y conocer la historia de nuestros mayores. Bastaba para el primer objeto con publicar el texto sin nota alguna; dado también el otro objeto era preciso ponerle notas, pero al alcance de los conocimientos modernos. Pues bien, véase la edición de los señores Gaspar y Roig. Ella no contiene puro el texto, para que sirva de monumento literario, puesto que se le ha confundido y profanado con añadidos y continuaciones de tales ó cuales personas que en prendas de estilo sobre todo nada tienen que ver con el famoso jesuita. Ni puede servir tampoco para enseñanza de la historia de España, puesto que hay muchísimos errores y muchísimas omisiones en Mariana que no aparecen advertidos siquiera en la edición de los señores Gaspar y Roig. Así pues, ni como monumento literario ni como libro de historia merece figurar en los estantes y bibliotecas del curioso la historia y tan ponderada edición de Mariana de los señores Gaspar y Roig.

Pero hay mas todavía, y tan notable que quisiéramos callarlo por honra de nuestras letras. De las notas puestas á la historia de España en la edición de que vamos tratando, apenas hay una que no esté copiada ó extractada de ediciones anteriores, particularmente de la de Sabau, y en lo poco original añadido se notan errores que denotan mas que mediana ignorancia. Como esta materia es de suyo tan delicada, vamos al punto á poner ejemplos de lo que decimos, sacados del primer tomo de la nueva edición, para que todo aquel que se sienta con curiosidad para ello, pueda de por sí mismo consultarlo.

Sirvan primeramente para muestra de la fidelidad, las siguientes. En la edición de Sabau se lee á propósito de la destrucción de Tarragona, libro 5.º, cap. 5.º: « Ningun escritor antiguo que merezca fé, habla de esta destrucción de Tarragona, y así debe tenerse por supuesto este hecho. » Y la de Gaspar y Roig dice, tomo 1.º, pág. 217: « Debe tenerse por supuesto este hecho, porque ningún historiador fidedigno lo acredita. » En la edición de Sabau libro 2.º, cap. 22 se lee: « Livio dice: *duodécimo anno post bellum initum, quinto postquam P. Scipio provinciam et exercitum accepit*: doce años después que se empezó la guerra; y cinco después que Scipion tomó el mando del ejército y de la provincia. » Y en la de Gaspar y Roig, tomo 1.º, pág. 89: « Según Livio fué doce años después que se comenzó la guerra y cinco después que Scipion tomase el mando del ejército y de la provincia. »—En la edición de Sabau, libro 9, cap. 13, se lee: « Los escritores árabes dicen que Hiaya llamado Jahia Aldhapher, fué hijo de Hissem y nieto de Almanzor ó Almenor. Véase Casiri Bibl. Arab. etc. Y en la de Gaspar y Roig, tomo 1.º, pág. 442: « Hiaya, llamado Jaia Aldhapher, hijo de Hissem, según los escritores árabes. » Como verán nuestros lectores, fuera de haber empeorado el estilo y de haber espresado con menos claridad las ideas, nada de nuevo se encuentra en las anteriores anotaciones. Nosotros habríamos querido mas franqueza en los señores Gaspar y Roig, y ya que no sabían ó no podían poner anotaciones originales, que las hubieran copiado fielmente.

Pero si no nos parece bien la manera con que los nuevos editores de Mariana han copiado las anotaciones de otros editores, por peor tenemos aun la precipitación que demuestran las notas enmendadas y originales. Sirva de ejemplo entre otras la nota puesta debajo de la lámina que representa el puente de Alcántara. En la edición de Sabau pág. 39, tomo 3.º, dice en la nota: « Tenemos varias inscripciones por las cuales consta que Trajano hizo construir no sola-

mente los dos puentes sobre el Danubio y el Tajo, sino otros muchos. En el de Alcántara se leen las inscripciones siguientes:—El puente de Alcántara es una de las obras mas magnificas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo seiscientos setenta pies, y ancho, comprendidos los parapetos, veinte y ocho. Tiene solo seis arcos: los dos de enmedio son maravillosos por su anchura, pues cada uno de ellos tiene de ancho ciento y veinte pies castellanos, y las pilastras donde estriban treinta de circunferencia. La altura es de doscientos cuatro pies y medio. Desde el fondo del rio hasta la superficie del agua treinta y siete pies, desde la superficie hasta los arcos ochenta y seis, desde el principio de los arcos hasta el piso setenta y siete, y los parapetos cuatro y medio. En medio del puente hay un arco de once pies de ancho, y se levanta sobre el piso cuarenta y siete. Sobre el arco hay una torrecilla en la cual están grabadas las dos inscripciones que hemos copiado. Por la primera consta que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano, y el año nueve de su potestad tribunicia que corresponde á los 106 de la era cristiana; en la segunda están puestos los nombres de las ciudades que contribuyeron para su construccion. En la estremidad del puente hay un pequeño templo cuadrilongo: los dos muros de los lados y el de atrás son de un peñasco solo. El techo es de varias piedras que hasta ahora, despues de tantos siglos, no ha penetrado el agua. La frente se compone de tres piedras, las dos laterales y una transversal. El templo tiene veinte pies de largo y diez de ancho. Estaba dedicado á todos los Dioses de Roma, y á Trajano Emperador, y ahora lo está á san Julian. En la lámpida transversal de la frente del templo, se hallan las dos inscripciones siguientes:—Este magnifico puente que habia subsistido tantos siglos y resistido á las invasiones de tantos bárbaros, ha sido destruido por los ingleses en el 13 y 22 de mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que les perseguian. Y en la edicion de Gaspar y Roig, tomo 1.º, pág. 160, se lee: «Es una de las obras mas magnificas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo 660 pies y de seis arcos, los dos de enmedio son maravillosos, pues cada uno de ellos tiene de ancho 100 pies castellanos, y las pilastras donde estriban 50 de circunferencia. La altura es de 204 pies y medio: desde el fondo del rio hasta la superficie del agua 37, hasta los arcos 86, hasta el piso 77; y los parapetos 4 y medio. Hay en medio del puente un arco de 11 pies de ancho, de alto sobre el piso 40, y en él se levanta una torrecilla con dos inscripciones, y por la primera se vé que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano y en el año octavo de su imperio, es decir á los 105 de la era cristiana; en la segunda están puestos los nombres de las ciudades que contribuyeron para su construccion. El arco mas pequeño fué reedificado por Carlos I, destruido por los portugueses y vuelto á reedificar. El arquitecto Cayo Julio Lacer.—Este magnifico puente que desafiara tantos siglos y resistiera á las invasiones de los bárbaros habia sido destruido por los ingleses en mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que les perseguian. Afortunadamente en nuestros dias un ex-jesuita, aunque su reedificacion se creia dificil y costosa, sino imposible, lo ha logrado con muy escasos medios.»—Como nuestros lectores conocerán cotejando estos párrafos, las enmiendas de los señores Gaspar y Roig no son de lo mas escogido, ni de lo mas honroso tampoco para sus autores. Por una parte aparecen equivocadas las medidas, puesto que en la edicion de Sabau se dice que el puente tiene de largo 620 pies, y en la de Gaspar y Roig 660. Sabau es en esto apoyado por el autorizado Dicionario de Madoz que dá en todo iguales medidas al puente. El señor Sabau señala tambien la fecha de la conclusion del puente año 9 de la potestad tribunicia de Trajano y 106 de la era cristiana. Semejantes errores se coronan dignamente en la nota de los señores Gaspar y Roig con asentar que el puente de Alcántara, destruido en la guerra de la independencia, habia sido reedificado por el célebre jesuita Ibañez. Excepto los nuevos editores del Mariana todo el mundo sabe en España y fuera de España, que el reedificado no fué el puente de Alcántara sino el de Almaraz, y que el de Alcántara permanece aun intransitable y asi permanecerá mucho tiempo si Dios no remedia nuestra incuria.

Nos haremos tambien cargo de una nota que verdaderamente pueden reclamarla para sí como original los señores Gaspar y Roig, la cual se refiere á los famosos toros de Guisando. Sabau dijo poco sobre estos extraños monumentos de la antigüedad, y los nuevos anotadores creyeron caso de honra el poner una amplia y detallada noticia de ellos. Pero quiso el diablo que se entrometiesen á hacer referencias históricas, y luego tiró de la manta y los dejó espuestos, no diremos á la risa, pero sí á la admiracion pública. Allí se nos aparece Paulo Emilio haciendo campañas en la Persia, por mas que el famoso romano ni corriera nunca por aquellas partes ni menos se entrometiese á guerrear contra ellas. Tan grosera es la naturaleza de este error que caritativamente hemos llegado á sospechar que ha-

blasen los editores de las campañas de Paulo Emilio contra Persen, rey de Macedonia, y que algun funesto cajista mal avenido con las citas históricas hubiese trocado el Persen en Persia. Pero á mas de que la construccion de la frase parece rechazar semejante suposicion puesto que dice claramente en la Persia y el sentido, dado el error de la idea, aparece perfecto, notamos que á ser cierta nuestra sospecha no la habrian dejado pasar sin ponerla en fe de erratas los editores, puesto que aspiraban á hacer una edicion notable, y es imposible tratándose de esto olvidar la parte de correccion. Por otra parte, tanto este error gravísimo como el no menos famoso del puente de Alcántara podrian haberlos corregido los editores en la segunda edicion del tomo primero, que dieron á luz el año pasado, si algun escrúpulo les hubiera quedado de acierto. Parece pues evidente que desde 1847, que fué cuando salió á luz el error hasta 1849 en que hicieron una segunda edicion, ninguna persona caritativa les advirtió lo de Almaraz ni averiguaron ellos que Paulo Emilio no gobernara nunca en Persia.

De omisiones no se diga. Ya hemos hablado de algunas de ellas muy trascendentales en general, y ahora para muestra y sin salirnos del principio de la obra, queremos apuntar ó señalar otras. En la edicion de Sabau, libro 15, pág. 54, hay una nota sobre la escomunion de don Jaime, la cual se omite en la edicion que nos ocupa y dice así: «El rey don Jaime castigó con una pena tan atroz á don Berenguel Castelbilbal, obispo de Gerona, porque reveló algunos secretos de estado que le habia confiado, como se deduce de la carta que Inocencio IV escribió al rey reprendiéndole con palabras bastante graves esta accion. Los historiadores no dicen qué secretos fueron los que este obispo reveló; mas como vemos el levantamiento de don Alonso, hijo mayor del rey, y de los grandes que seguian su partido, porque supieron que iba á dividir sus estados entre sus hijos, no es inverosímil que esta determinacion la hubiese consultado antes con el obispo á quien tenia particular aficion, y éste que no aprobaria una resolucion dictada mas por el amor que tenia á sus hijos que por la sana politica, no pudiendo disuadirle, lleno de celo por el bien del estado y del trono procuraria hacerla saber á los grandes y á don Alonso. Viéndose pues don Jaime envuelto en una guerra civil que acaso le haria perder la corona, sospecharia que el obispo habia revelado el secreto de la division, ó lo llegaria á saber por los mismos levantados. ¿Qué extraño es pues, que se llenase de furor, y en este estado le mandase cortar la lengua, para castigar un delito tan atroz? Sin embargo, cuando se puso mas tranquilo detestó esta accion, pidió perdon al Papa y se sometió á la penitencia....» En la pág. 28 del mismo libro se halla esta otra nota, omitida tambien por los Sres. Gaspar y Roig. «Consta por una escritura que publicó el maestro Berganza que Ramon Bonifaz era rico hombre de Burgos y alcaide de la misma ciudad.» En el tomo 8.º, pág. 211 de la misma edicion de Sabau se anota el original de una inscripcion acerca del sepulcro de Lucio Silon que se halla en castellano en el testo de Mariana, la cual se suprime tambien en la edicion de los Sres. Gaspar y Roig. Y asimismo podriamos hacer una larga enumeracion de las infinitas notas, importantes muchas de ellas, que se omiten en la edicion que nos ocupa.

Hemos sido un tanto duros con los nuevos editores de Mariana, porque en verdad, quien tanto prometió, y quien tanto se ha dejado pagar por sus tareas, mucho mas debió de hacer para cumplir con el público. No hay edicion ninguna que haya costado la mitad que esta que someramente acabamos de examinar, y cede á muchas de ellas en mérito, tanto por lo que mira á la parte tipográfica, como á las anotaciones y correccion. Hemos ya dicho y debemos repetirlo, que mal que pese á toda la estamperia y muñqueria de la nueva edicion, nadie la cambiará pelo á pelo, ni aun dando algunos reales encima, con la soberbia edicion de Valencia, apreciada por su correccion tanto como por su lujo, y que figura en los estantes de todo erudito de nota nacional y extranjero. Ningun hombre de seso la cambiará tampoco por la edicion que anotó el señor Sabau, con la cual han enriquecido (palabra testual) los señores Gaspar y Roig la grande obra del jesuita Mariana. Diremos, para concluir este artículo, que, aparte cierta pueril esteriotidad, ni merece, ni debe, ni nosotros cambiariamos nunca la nueva edicion por aquellas famosas de Sancho, de Ibarra, de Benito Cano, y otras que dejamos por nombrar y que se encuentran por muchísimo menor precio en el mercado.

LA HILANDERA.

Haec mucho tiempo, dicen los narradores campesinos, murió una buena anciana en una aldea de Galicia, dejando una hija que estaba casada hacia algunos años. Esta habia prometido á la difunta mandarla decir antes de un mes una misa, cuyo precio ganaria con



el producto de lo que hilaba en su torno. Pero los corazones jóvenes son olvidadizos, y la misa no fué dicha. Una noche, treinta y tres días después de la muerte de su madre, ambos esposos estaban acostados con su niño. De pronto creyeron oír en el cuarto el ruido que produce un torno de hilar cuando está girando su rueda, y el niño despertando sobresaltado exclamó:

— « ¡Oh! ¡abuelita! ¡abuelita! »

Después se escapó de la cama.

El padre y la madre se levantaron á su vez, llamaron á su hijo sin obtener respuesta alguna, le buscaron por todos los rincones de la estancia, pero no consiguieron hallarle. Sin embargo, el ruido del torno, que continuaba sonando, estimulaba mas y mas su inquietud, y aumentaba su espanto. Por fin amaneció, y se detuvo el torno; hallábase cargado de un hilo finísimo y suave, y el niño fresco y risueño, jugueteaba al pie de la cama. Renóvose otras dos noches el mismo prodigio. La hija de la difunta, que habia oído referir otros muchos acontecimientos del mismo género, conoció que el descuidar la promesa hecha á su madre era lo que ocasionaba estos episodios nocturnos. Apresuróse pues, á hacer decir la prometida misa; y con este acto de piedad, restituyó á su madre el reposo de una buena muerte, y á su hijo la paz de un sueño inocente.

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE, cuento popular.

Pues señor, han de saber Vds. que habia una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á fé que á nadie le pudo venir peor el nombre, porque el pobre no tenia mas que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad. — Pero en cambio tenia un celentín de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Dijole un día Juan Holgado á su muger: — Esas criaturas son un

hato de tragaldavas capaces de engullirse las estopas del óleo: no tomaria mas, sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan. — Su muger, que era una bendita (mejorando lo presente), por no verlo rabiarse con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habian puesto sus gallinas, merió una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al día siguiente por la mañana le dijo á su marido: — Ahí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan: vete á comértelas al campo, y buen provecho te hagan. — No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que cogió el hato, y echó á correr que no veía la vereda. Después que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó al pie de un olivo mas satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato la ollita con la liebre y el pan, y se puso á comer. — Pero cate V. que, sin saber ni cómo ni por dónde, vió de repente sentada enfrente de él á una vieja vestida de negro y mas fea que un voto á Dios; era mas amarilla y mas descarnada que un pergamino de Simancas; tenia los ojos hundidos y amortecidos, como candelil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aquí estuvo; no habia nada, ni memoria, perdón V. por Dios. — Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compañía llovida del cielo; ¿pero qué habia de hacer? — Como que no era ningun bárbaro, la dijo que si gustaba comer. — ¡Toma! como que la vieja no queria otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitia el favor: se sentó y empezó á comer. — ¡Caballeros! aquello no era comer, sino devorar. — ¡Qué agallas, cristianos! — En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espalda.

— ¡Por vía del dios Baco, que es el Dios de las vacas — decia para sí Juan Holgado; — ¿pues no hubiese sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

— Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

— ¡Ya lo he visto! — suspiró Juan Holgado.

— Quiero pagarte la fineza — dijo la vieja.

—Viva V. mil años—contestó Juan Holgado con sorna al ver el pelage de la vieja.

—Si haré—respondió esta;—aigunos mas tengo; pues has de saber que yo soy la muerte en propia persona.

¡Juan Holgado pegó un repulgo que fué flojo, en gracia de Dios!!

—No te descuajaringues, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy á dar un consejo: métete á médico, que por mí la cuenta que no ha de haber por esos mundos otro mas afamado y que mas pesetas gane.

—Señá muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mí en una buena parvada de años; en lo demas, eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latin, ni *Diego* (1).

—No importa.

—Señora, si no sé siquiera la *hora friu* (2).

—Eso no quita.

—Señora, si no sé contar mas que la *humidad* (3).

—Lo mismo tiene.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

—¡Dale, bota!—dijo la muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades —¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba! ¿No te estoy diciendo que no importa, que no importa, desde una hora? Te digo que me dá un pito del saber de los médicos: yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me sapeen; hago lo que me dá mi real gana, y me rio de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no habia médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los metusalenes. Serás médico y tres mas, y si te niegas, te llevo conmigo mas fijo que el reló.—Ahora atiende y chiton. En tu vida de Dios, haz de recetar mas que agua de la tinaja; ¿estás?

Bien está, contestó Juan Holgado que estaba con la muerte que trataba y con mas ganas de darle una guantada que de escucharla.

Si cuando entres en una alcoba me ves sentada á la cabecera del enfermo, di resueltamente que se muere, que no tiene remedio, y que lo preparen.—Si por el contrario yo no estoy allí, asegura que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta mas ver*, y espero que su mercé tan poco abrigará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo liebres con que regalarme, y esta fué una, y se la llevó el gato.

No tengas cuidado, Juan Holgado, contestó la muerte; mientras no veas tu casa desconcharse, no aportaré por allá.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su muger cuanto le habia pasado, y su muger, que era mas lista que él, le dijo, que cuanto le habia dicho la vieja lo podia creer, porque nada habia mas verídico y cierto que la muerte.—En seguida echó por ahí la voz que su marido era un médico de los pocos, y que no tenia mas que mirar á un enfermo á la cara para saber si se moría ó se vivía.

Un domingo que estaban una porcion de mozaletas á la puerta de una casa mas alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al cabo de sus años se nos la viene echando de médico.—¡Pues mire V. que salir ahora con esa cosa de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego!!—Si se habrá imaginado ese vejstorio que tiene unas luces como un eslabon de madera, que no hay mas sino él decir, y las gentes creer, y no es mas sino pura fichenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar.

Don Juan Holgado

Allí en la esquina

Parece un ramo

De clavellinas.

¿Vamos á darle una chasco á ese presumido? dijo una de las muchachas: me linjo mala ¿y á que se lo cree?

Dirho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos de tuna que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ¡ay! que

llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa.—Acudió este, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimero de cáscaras de higos de tuna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de carices fué con su convidada la muerte, que estaba sentada á la cabecera de la cama mas seria que un ajo porro. Muy mala está, dijo entonces Juan Holgado y se vá.—¿Pues qué es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podian contener la risa. Tiene, respondió éste, una atraguina de higos de tuna, y los higos de tuna son como las muge- res en misa, entran una á una y quieren salir todas á la par. Fuése Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejó á la consideracion de Vds., caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No habia por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ellas Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabia qué hacer con ellas: compróle á los hijos un Usia y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detras. En cuanto á él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué, que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan des- pelotado, que daba gusto el verlo; tenia mas cara que el sol de Dios, mas popa que una cerca holandesa; las piernas como columnas; las manos como embuchados, y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habian hecho de chicos algun descomstrado, le habia hecho su padre en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenia en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le habia dicho la muerte, de que mientras no se desconchase su casa no aportaria por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren mas, como piedra que rueda por una cuesta.

Los últimos venian de mala vuelta. Juan Holgado les ponía muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas (1), otro le encorbó el espinazo que parecia una hoz, y y el otro le obscurió con una cojera.—Un dia se puso malo, y la muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro dia le acometió la pituita y la muerte le mandó á decir con una lechuza que pronto lo visitaria; Juan Holgado le dijo á la lechuza que se fuese á freir monas. Otro dia le dió un accidente, y la muerte le mandó á decir con un perro que se puso á aullar á la puerta que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *astu* (digo *asta* por no gastar una voz mas cruda, pues sé ante quien hablo, y aunque bas- to, pues entre matas me crié, sé crianza, que mi padre me la en- señó con una cartilla de azebuche). Se empeoró el enfermo, y la muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimis- mo que no le abriesen; pero la muerte se coló por una rendija. Señá muerte, le dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me digisteis que no vendriais mientras mi casa no se desconchase; así es, que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé. Y qué respondió la muerte, ¿no te se han ido la fuerzas? ¿no te se han caído los dien- tes y el rabello? tu cuerpo ese es tu casa. No sabia tal, señora, dijo el enfermo, así es, que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoje.

Peor para tí, Juan Holgado, respondió la muerte, puesto que él que está siempre prevenido nunca le sobrecoje ni turba mi venida, pero vosotros ciegos estais, cuando no conoceis, que nací para pa- decer, y morir para descansar.

LOS CINCO SORDOS.

GUASCARRILLO.

Vivia un matrimonio sordo con su madre sorda, y tenían una hija y un hijo sordos. Iban mal sus asuntos, y no habiendo pagado el alquiler de su casa por muchos meses, el dueño de la finca les mandó mudar. Una mañana que iba el marido á la plaza, se dió de manos á boca con el amo de la casa ¿Qué tal le va á V. en su casa nueva? le preguntó este al verlo.

¿Que me vá V. á embargar por lo que le adeudo? exclamó asus- tado el sordo. No hombre no, no digo eso. ¿Que hoy mismo? tornó á exclamar el sordo estremecido, y echó á correr que habia los vien- tos hacia su casa, á la que llegó desalado. Su muger estaba mala; muger, le gritó al entrar, manda fuera de casa las cosas de mas valor, que hoy nos van á embargar. Tu padre dice que no se halla el jurabe de malva loca blanca, que es el solo que me alivia el pecho! dijo la pobre enferma á su hijo. Madre dice que no me puede coser la cha- queta; sin ella no puedo salir, conque cósemela tú, dijo el hijo á su hermana. Su hermana se echó á llorar y le dijo á su abuela: mi her-

(1) Griego.
2. Geográfico.
3. Unidad.

(4) Dientes.

mano dice que José le habla á Petrola!! siempre pensé que ese mal nacido nos hacia cara á las dos.—¿Conque al fin se ha sabido que fué el monacillo que le robaba las velas á san Paucracio? me lo sospeché y se lo dije al sacristán, contestó la abuela.

El lector. ¿Esto es lo que llaman los andaluces un chascarrillo? confieso que no le hallo ni chispa, ni sentido.

Fernán. Lo poco nunca dió mucho, Señor; pero no deja de ser este chascarrillo un proverbio puesto en accion, y es el de: *cada uno trata de lo que mata*, y suele ser sordo á apuros ajenos.

EL CONVIDADO, ejemplo.

Habia dos hermanos, de los cuales el uno era pobre y el otro era rico. Muchas veces pedia el necesitado socorros á su hermano el rico. Un dia este impacientado, porque tenia malas entrañas y no le gustaba dar, le tiró la moneda á su hermano á la cara; este que era bueno y humilde la recogió, se la llevó á su muger y le dijo. Toma ese dinero que será el último que le pida á mi hermano, Compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita, y como será la última que comamos, voy á convidar á Nuestro padre Jesus Nazareno á que la venga á comer. En seguida se fué á la iglesia, se arrodilló ante el Señor y le dijo: Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, y á pesar de eso os vengo á rogar que en ella entreis para santificarla; bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero quien dá lo poco, dá lo mucho si lo tuviese.»

Al oírlo, inclinó el Cristo la cabeza en señal de que otorgaba la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en el corazón, que no podia hablar de alegría, y solo podia llorar, tanto que parecian sus ojos dos fuentes. ¡Jesus! mi dulce ¿Jesus vendrá á la mesa del pobre? le dijo á su muger cuando pudo hablar: prepara la casa, sobre todo que este limpia.

La muger se puso á arreglar y asear lo todo en su pobre casa. Antes de medio dia llamaron á la puerta; era un pobre que pedia limosna y tenia necesidad. Nada tengo, dijo la buena muger; pero la

comida está lista, poca hay, pero quiere decir que le daré mi parte á este desvalido. Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla, y se los dió al pobre. Que lo comió y la bendijo.

Cuando vino su marido, viendo que la hora de comer se habia pasado, y que Jesus Nazareno no venia, se fué á la iglesia, se arrodilló y le recordó al Señor la promesa que le habia hecho. Fui á tu casa le respondió Jesus, en ella me acogieron y dieron de comer, y la he bendecido.

El hombre se volvió tan glorioso á su casa y le contó á su muger lo que el Señor le habia dicho. Desde aquel dia en la casa bendecida por el Señor, todo prosperó, todo fué felicidades.

Su cuñada que era muy envidiosa, deseaba saber el origen de la prosperidad del hermano de su marido, y se fué á visitarlos, haciéndoles mil carantoñas, y acabó por preguntarles lo que saber deseaba. Como sus cuñados tenian buena fé y sinceridad, le contaron como que habian convidado á Jesus Nazareno á su casa, y como este Señor misericordioso habia venido á ella y la habia bendecido.

Cuando la cuñada supo lo que saber queria, se lo dijo á su marido, y tan luego prepararon un suntuoso festin y en seguida fué el marido á convidar á Jesus. Que no rehusó, porque á nadie rehusa el Señor. Mientras lo estaban aguardando, llegó un pobre á la puerta y pidió una limosna; se la negaron, y como insistiese una y otra vez, la muger cojió una bara y le dió con ella en la cabeza, y tan fuerte que lo hirió. El pobre se fué.

Viendo que Jesus no venia, se fué el marido á la iglesia y se arrodilló ante el Señor; notó entonces que tenia una herida mas en la cabeza.—Señor, le dijo, ¿no me habiais prometido de venir á mi casa?—Y fui, respondió el Señor, pero no habeis querido recibirme, me habeis echado de ella, y me habeis herido.

El hombre se fué desesperado: —al llegar á su casa, no halló sino escombros; á la casa se le habia prendido fuego y todo lo habia consumido.

FERNAN CABALLERO.



LA CAZA DE LA MADRE HARPINA.

La Madre Harpina (cuyo nombre, según algunos monógrafos, deriva de Proserpina; pero que creemos mas bien lo sea de la palabra normanda Harpin) (1) es una de esas hadas malélicas mas conocidas en Normandia. Óyesela por la noche, en medio de los aires, conduciendo una caza horrible, con gran griteria y espantosos ladridos de su tralla. Si se la dice: *Parte en la caza*, os arroja un trozo de cadáver del que no podeis desembarazaros ya en nueve dias. Inútil es que se entierre en el campo ó que se sepuite en las aguas, la espantosa presa vuelve por sí misma á engancharse en vuestra puerta.

Existen en Normandia varios demonios cazadores, además de la madre Harpina. Puédese citar, por ejemplo: la caza de la Mesnie Hennequin, supersticion muy antigua, puesto que se halla indicada

en las obras de Juan Chartier. Háse escrito mucho sobre esta última. Unos han hecho proceder el nombre de Hennequin de Carlos quinto, otros de las dos palabras alemanas Helle Koenig (rey de los infernos.)

M. Paulin Paris ha sostenido en una larga disertacion que la Mesnie Hennequin ó Herlesquin, confundida con el fantasma de la muerte, se habia convertido insensiblemente en el personaje de arlequin. ¡Si la transformacion es real y verdadera, preciso será convenir en que es sumamente grotesca.

Estas cazas, que pasan en el aire con gran griteria, son llamadas generalmente honailles en Normandia. Cuando cualquiera las oye, bástale, para evitar toda desgracia, trazar en derredor suyo un gran círculo con el brazo estendido. Si los huardos se atreven á salvar esta linea preservadora, quedan prisioneros hasta que se haya trazado en sentido inverso.

(1) Harpin pertenece al francés antiguo, y sobre esta palabra compuso Molière su Harpagon. Usase aun en Normandia para expresar un avaro, y por estension, una persona mala y de dañada intencion.

ADIOS A LA LIRA.

IMITACION DE LAMARTINE.

Hay en el brillante estío
Lánguidas inertes calmas;
De luz y vida la tierra
Parece hallarse cansada.

En las horas mas ardientes
El movimiento hace pausa;
Su caliz plegan las flores,
Sus alas encoje el aura.

Así del hombre en la vida
La edad mas fuerte y lozana,
Parece que al pensamiento
Marchita las frescas galas.

La ilusión se descolora,
Languidece la esperanza,
Y á los tonos de la lira
No se presta la garganta.

El ave de voz mas dulce
No siempre gozosa canta,
Que en el ardor de la siesta
Yace muda en la enramada.

Solo saluda su acento
La luz benigna del alba,
Y en la tarde se despide
Del crepúsculo que pasa.

En vano ¡oh lira! tus cuerdas
Armónicos sonos guardan;
Llegó para mí el estío,
Y goza su siesta el alma.

¡Ven! ¡de mis ojos recibe
Esta lágrima... y descansa!
Sobre tus cuerdas sonoras
Corrieron ¡oh lira! tantas!

Es el tesoro que abuada
En aquesta tierra ingrata,
Dó tienes por solo adorno
De ciprés mustia guirnalda.

Toda voz que al viento envías
Es melancólica, infausta,
Que el ruiñeñor y el poeta
Para lamentarse cantan.

Enmudeces en las dichas,
Que solo sabes llorarlas,
Y eternizar sus recuerdos
Después que volaron raudas.

Así mi fiel compañera
Siempre fuiste en la desgracia,
E ibas conmigo entre sombras
A una tumba solitaria,
Do en tanto que yo gemía,
Besando la losa helada,
Los céfiros de la noche
En tu centro suspiraban.

Jamás cautiva te tuve
Al umbral de regia estancia,
Ni de ensañados partidos
Atizaste la venganza.

Libre como el pensamiento,
Y cual él altiva y casta,
Fuiste siempre un eco digno
De afectos nobles del alma.

¡Cuántas veces en las selvas
Saludaste la alborada,
Y despertando á tu acento
Respondió el ave en las ramas!
¡Cuántas el ástro fulgente
Tu despedida oyó blanda,
En tanto que lo cubrían
Nubes de púrpura y gualda!

También del mar en los llanos
Buscando estrangera playa,
Al silbar el viento ronco,
Al mugir las olas bravas,

Tus agrestes armonías
Volaban sobre las aguas,
Como el pájaro atrevido
Que se mece en la borrasca.

Tal vez ¡oh lira! á volverte
A la mano que hoy te lanza,
Del porvenir llegue un día
Que ya el destino señala:

En aquellos años tristes
Que anteceden á la parca,
Que se acerca silenciosa
Su quietud brindando larga.

A los hombres el olvido
Juventud nueva prepara,
Y luce siempre mas viva
La lámpara que se apaga.

Igual el céfiro puro
Sopla en la tarde y el alba,
Y juega en nacientes rizos
Como en cabellos de plata.

La vejez no abate á Homero
Aunque de nieves cargada,
Y la luz del pensamiento
Al ciego Milton le basta.

Así yo... mas ¡ay! acaso
Me seduce ilusión vana,
Y el triste adios que articulo
Será eterno, lira amada!

Acaso el destino impio
Que tan tenaz me maltrata,
En el piélago del mundo
Naufragio horrible me guarida.

Del huracan al bramido
Será mi voz sofocada,
Arrastrándome las olas
Cual á esas ligeras algas.

¡Mas vive tú, lira mia!
¡Sigue el curso de las aguas,
Sigue el impulso del viento
Y escollos y sirtes salva!

Y la huella armoniosa
Que traces, siguiendo vaya,
En los aires suspendida,
De cisnes la turba alada!

G. G. DE AVELLANEDA.

Traducción inédita de Heredia.

Para que nuestros lectores puedan juzgar del mérito de la traducción, ponemos enfrente de ella el original italiano.

EL PINO É EL MELOGRANATO.

«Fausta ti fu la sorte,
Che sotto l'ombra mia nascer ti feo,»
Diceva un ampio ed orgoglioso pino
Ad un melogranato suo vicino;
«Allor che vien muggiando il nembo orrendo
Tu di lui non paventi, io ti difendo.»
Rispose l'arborescello: «È vero, è vero;
Ma mentre un ben mi dai,
D'un maggior ben mi spogli;
Mi difendi dal nembo, è il sol mi togli.»
Così talvolta un protettor sublime
Par che ti giovi, è le tue forze opprime.»

AURELIO BERTOLA.

EL PINO Y EL GRANADO.

«Te fué grata la suerte
Al dignarse ponerte
Bajo la sombra mia»
Así altivo decia
Un elevado pino
A un humilde granado, su vecino.
«Por mas que breme el huracan horrendo,
No tienes que temer; yo te defiende.»
«Cierto es, dijo el arbusto; me protejes
Cuando tal vez el huracan se irrita;
Pero siempre tu sombra el sol me quita.»
Así tal vez un protector sublime,
Bajo apariencia de favor, oprime.

JOSÉ MARIA HEREDIA.



LAS SALINAS DE CARDONA, VISTA TOMADA DESDE EL PUNTO LLAMADO LAS GUIXERAS.

La parte del mineral de las salinas de Cardona en que se vé la sal descubierta, tiene media legua de estension, y de ancho sobre un cuarto de hora; pero teniendo en cuenta las señales que existen, tanto en la montaña como en sus alrededores, no se puede calcular hasta dónde puede llegar la sal, pues se manifiesta en la parte del Cierzo en la Coma, que dista del mineral once horas, en cuyo punto tiene principio el rio Cardener, que pasa por debajo de las salinas con direccion á Suria; en épocas de trastornos, á un tiro de fósil del nacimiento del rio se ha sacado sal de piedra. A las vertientes de la Coma y pueblo de Cambrils, distante dos leguas escasas, hay una fuente abundante de agua salobre, que se calcula sea procedente del mineral de la Coma; y por la parte del Mediodia en Suria, que dista unas cuatro horas, hay otra mina de sal á la orilla del rio, siendo de advertir que es de buena calidad y produce cristales como la del mineral. La montaña del Castillo por la parte de Levante se halla situada encima de la sal, tanto que en el dia para construir la carretera que pasa por debajo del castillo á la orilla del rio, se ha tenido que quitar una gran porcion de sal para hacer el firme, y aun así en épocas de mucha humedad padecerá, pues una beta de la misma pasa por el rio. Sin embargo, en nada puede perjudicar al castillo y su montaña por tener éste una media legua de elevacion.

Dícese que la sal de esta roca es la primera conocida en el globo, pero no se puede decir el principio de su uso por el extravío de los documentos, ocurrido en las guerras y quemas de los edificios antiguos de las salinas; pero lo que puede afirmarse es que Plinio, por los años 78 de Jesucristo, hace mencion de este mineral. De todos modos, no cabe duda que es la mayor maravilla de la naturaleza que posee nuestro país, pues á mas de no dar ningun gasto el arranque de la sal para el público, por hacerse éste con barrenos como en las canteras comunes de piedra, por su flexibilidad es mas fácil aun la es-

plotacion, cuyo gasto hace en la actualidad el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, y para ello y demás recompensas el gobierno de S. M. le dá mensualmente 21,019 rs. 21 mrs. vn.

A mas de la sal comun, hay las montañas de sal de colores, al frente del mineral, formando varias montañitas de diversos colores, y en medio de éstas se encuentran algunas cristalizaciones que forman diferentes paisajes; y en las montañas de las mismas hay minas que producen unos ramos de sal de espuma mas blanca que la misma sal, lo cual sorprende á todos los que vienen á visitarlas, tanto extranjeros como nacionales, habiendo formado un Museo de ellas el presbítero D. Juan Riba, que causa la admiracion de todo viagero.

Antiguamente los duques daban anualmente á los habitantes de la villa la sal de Ayminas, que tenian para el consumo de un año, como asimismo á sus empleados y á los de la hacienda, la cual percibieron hasta el año de 1714. Esto mismo confirma lo que dice el conde Borrell en su carta-puebla de Cardona, concediendo á los vecinos de la misma la sal que se sacase ó vendiese el jueves de cada semana, como ya de *tiempo antiguo* la disfrutaban. Y si en 900, que es la fecha de dicha carta, decia ya el conde Borrell la disfrutaban *ab antiguo*, claro está que el descubrimiento de estas salinas se pierde en la memoria de los tiempos.

Con el mineral se elaboran diferentes objetos de lujo: D. Antonio Viñas y sus ascendientes se ocupaban ya en la misma operacion, de manera que puede decirse, que así como el Museo del Presbítero Riba es la admiracion de todos los naturalistas, así los trabajos de Viñas lo son de todos los artistas, ya por la habilidad que demuestran, ya por la facilidad en la ejecucion de cuanto elabora.

Cardona 3 de setiembre de 1830.

LUIS MACIA

DON ANTONIO DE ACUÑA.

Entre los caudillos que se distinguieron en la guerra civil que en Castilla se llamó de las comunidades, fué uno el obispo de Zamora don Antonio de Acuña, célebre así por esto como por las circunstancias que acompañaron á su desgraciado fin. Nació este prelado en 1459, y fué hijo natural de D. Luis Osorio de Acuña, cuyos apellidos manifiestan el lustre de su familia, y de una noble doncella. Dióle su padre por ayo en su tierna edad á Juan de Zuazo, quien acaso lo crió censigo por el defecto de su nacimiento, y tal vez por esta misma causa lo dedicaron á la carrera eclesiástica, á que no debió de ser muy inclinado, como lo manifestó la conducta que observó en el tiempo sucesivo. Llegó á obtener el arcidiano de Valpuesta, en la santa Iglesia de Burgos, y de esta dignidad fué promovido por el Pontífice Pío III en 1507 al obispado de Zamora, sin preceder la presentación del rey, por lo que el consejo, yendo él mismo á tomar posesión, mandó que el dean y cabildo no le tuviesen por obispo y proveyese en todo como en sede vacante, y suplicó de las bulas por el perjuicio que se hacía al real patronato; pero al fin el rey D. Fernando vino en la elección, valiéndole á D. Antonio el modo con que manejó el negocio, en que dió ya indicios de su carácter bullicioso, inquieto y mal sufrido. Su ambición y deseo de dominar, que no supo reprimir cual á su estado convenia, lo empuñó en hacerse el árbitro de Zamora donde moraba el conde de Alba de Liste D. Diego Enriquez, caballero de valor y amigo de ganar honra. Indispusiéronse el obispo y el conde, y tuvieron fuertes encuentros de que nació tal enemistad, que jamás fué posible avenirlos ni traerlos á reconciliación. El obispo, que á las cualidades que hemos indicado, reunia ser inclinado á las armas y á las revueltas, y era por tanto mas propio para manejar la espada que el báculo pastoral, aprovechó la ocasión que se le presentó de hacerse superior á su enemigo y lanzarlo de Zamora con las alteraciones de Castilla. Habiéndose formado la comunidad y estando sublevada Zamora, seguía la voz de la Junta llamada Santa, y el obispo y el conde, cada cual por su parte, procuraban captarse la voluntad del pueblo, al cual era el último mas acepto por sus liberalidades, que le grangeraron mayor número de valedores y amigos. Viendo el obispo en mas valimiento á su competidor, salió de Zamora, si bien Juan Ginés de Sepúlveda escribe que le arrojó de ella el conde porque trataba de tumultuar á los zamoranos, y tomando una resolución desesperada se dirigió á Tordesillas, donde estaban los procuradores de la Santa Junta, se confederó con ellos, y pidió le diesen favor para echar de Zamora al conde de Alba de Liste.

Fué recibido el obispo por los de la comunidad con grande aplauso, porque juzgaban que con haberse unido á ellos un prelado tan principal en Castilla, acreditaba su causa. Diéronle gente y artillería con que el obispo volvió orgulloso sobre Zamora, de lo que avisado el conde de Alba no le quiso esperar por no dar ocasión á los males que de su permanencia hubieran resultado á la ciudad, y se marchó con los imperiales.

El obispo, declarado por la comunidad y esperando verse arzobispo de Toledo por premio de su alzamiento, juntó 500 clérigos de su diócesis bien armados, y además 1500 hombres, y se restituyó á Tordesillas. De aquí salió con D. Pedro Giron para Villabraxima con intento de arrojar á los imperiales de Rioseco, y despues de haber estado á vista de esta villa sin que los contrarios aceptasen la batalla á que los provocaban, volvió á Villabraxima, á donde el presidente de la chancillería de Valladolid fué á persuadirle se apartase de la comunidad, aunque sin fruto. Despues el mismo presidente y oidores volvieron á intentar la reducción de los comuneros, enviando á Villabraxima á Fr. Antonio de Guevara repetidas veces, y la última haciéndoles varios partidos: el obispo de Zamora le contestó en nombre de todos y le despidió diciendo: «Padre Guevara, andad con Dios y guardaos no volvais mas acá, porque si venís, no tornareis mas allá, y decid á vuestros gobernadores que tienen facultad del rey para prometer mucho, no tienen comision para cumplir sino muy poco.» Tal fué el resultado de la mision del P. Guevara, debido en parte á las peroratas y arengas del obispo, en que manifestaba tener gran confianza en la comunidad.

Despues marchó á Villalpando, se halló con sus clérigos, que se batieron denodadamente en la defensa de Tordesillas, que fué tomada por el conde de Haro: entró en Palencia, quitó las varas á la justicia, prendió al corregidor y alcaldes y puso otros de su mano. Con el favor de la mayor parte de la ciudad se tituló obispo de ella; le ofrecieron de la iglesia y obispado 16,000 ducados, y dejó en ella guarnicion de 2,000 hombres, como tambien en Carrion y Torquemada. Dá fuego sobre la fortaleza de Fuentes de Valdepero: la combate y la rinde. Hace despues una escursión á tierra de Campos, vá á Ampudia y espugna su castillo; pasa á Cordobilla cometiendo

violencias y desafueros; marcha luego á Zamora y Monzon, que gana y dá á saco, aunque perdonando á las personas, y toma la vuelta de Torquemada y Magaz, devastando las poblaciones de los señores, y, saqueada la iglesia de esta última villa, torna á Valladolid. De aquí partió para el reino de Toledo y á escitar los ánimos de los habitantes de esta ciudad, y sale á batir á D. Antonio de Zúñiga, gran prior de San Juan, que ostigaba á los sublevados, y estaba en Yepes con una compañía de toledanos. Cuando llegó el obispo á esta villa, ya estaba Zúñiga en Ocaña, que habia reducido al servicio del emperador. Entonces hubo escaramuzas con varia fortuna, y aun, segun D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga (1), fué derrotada la gente del obispo; mas sabida la catástrofe de Villalar, éste marchó apresuradamente á Navarra y al real de los franceses que habian invadido este reino, para escapar á Francia provisto de muchas riquezas; pero estando en la raya y lugar nombrado Villamediana, fué conocido y preso por un alférez llamado Perote, el cual lo entregó á D. Antonio Manrique, duque de Nájera. Avisado el emperador de la prision, mandó que lo custodiasen en la fortaleza de Simancas con ánimo de perdonarlo á su tiempo, y durante su prision mandó á D. Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, que administrase el obispado de Zamora, y diese á D. Antonio de Acuña lo bastante de sus frutos para su manutencion, y lo restante fuese repartido en hospitales y obras de misericordia, como en efecto lo hizo.

Cinco años habia que el obispo estaba en Simancas, y ya se le iba haciendo insufrible la prision; cuando desconfiando salir de ella por otro medio, trató de fugarse. Para esto juzgó necesario quitar del medio al alcaide de la fortaleza, nombrado Mendo Noguero, y resolvió darle muerte en ocasion oportuna. El licenciado Rodrigo Ronquillo, alcaide de casa y corte, que, como despues veremos, entendió en la causa del obispo, refirió al cronista Juan Ginés de Sepúlveda el medio de que se valió D. Antonio de Acuña para llevar á cabo su intento, que fué el siguiente: iba diariamente el alcaide, que era hombre anciano, al aposento del obispo á conversar con él y á jugar á las damas; y un dia para cuando fuese, segun costumbre, se previno el obispo de un palo del grueso de una lanza, al que hizo dos hendiduras en los extremos, donde fijó dos cortaplumas atándolos fuertemente. Entrado el alcaide en el aposento le acometió el obispo, y dándole un terrible golpe en la cabeza que lo derribó aturrido al suelo, lo degolló con los cortaplumas. Salíose apresuradamente, y ya llegaba á la puerta del alcázar, cuando le vió una criada del alcaide á cuyas voces acudieron los demas criados y vecinos, y el obispo fué vuelto á mas estrecha prision.

Corría el año de 1526, y el emperador se hallaba camino de Sevilla, cuando se le dió noticia de que el obispo de Zamora habia dado muerte al alcaide de Simancas, de cuya nueva recibíó grande enojo, refrescándose ademas en la memoria las fechorías que habia cometido, y encargó para que conociese en la causa al licenciado Rodrigo Ronquillo, el cual rehusó por algun tiempo la comision que al fin tuvo que aceptar, y principió el proceso en 20 de marzo. Para averiguar el hecho, acaso sin necesidad, hizo dar tormento al obispo, el cual confesó de plano la muerte del alcaide, y Ronquillo á los tres dias pronunció la sentencia y dijo: que visto como despues de haber el dicho obispo D. Antonio de Acuña hecho muchos escándalos y bullicios en estos reinos estando el emperador y rey nuestro señor ausente dellos, haciéndose capitan general, haciendo y juntando ejército de mucha gente de á pie y de á caballo en Castilla, y haber entrado y ocupado lugares y ciudades de la corona real y quitado las justicias de S. M. y puesto otras, combatido castillos y fortalezas peleando contra los gobernadores y capitanes y ejércitos, y pendones reales de S. M. y saqueado lugares y hecho otros muchos insultos en el tiempo de las alteraciones y comunidades destos reinos, y siendo principal persona en ellos; y aun despues de haber sido preso por ello, y puesto en la fortaleza de esta villa de Simancas donde agora está por mandado de S. M., y seido muy bien tratado y con mucha libertad de su persona, y como agora últimamente seyendo ingrato á las mercedes y buen tratamiento que S. M. le habia hecho y mandado hacer, en la dicha fortaleza habia muerto á Mendo Noguero, alcaide de la dicha fortaleza, muy cruelmente y por maneras nuevas y nunca pensadas; y cumpliendo y ejecutando lo que S. M. le mandó hacer del dicho obispo, le manda dar un garrote al pescuezo apretado á una de las almenas por donde se quiso huir, de manera que muera su muerte natural, y mandó que se lo notificasen y á los aguaciles que lo ejecutasen.

Era cosa no vista en España tratar así á un obispo, aunque delincuente, y por eso para que fuese menor el escándalo mandó el alcaide que la muerte se ejecutase en la prision. Cuando se le notificó la sentencia no se le notó turbacion, sino mas bien alegría, sin duda porque con la muerte ponía fin al tedio de una vida calamitosa,

(1) Epitome de la vida y hechos del invicto emperador Carlos V.

prorumpió en aquellas palabras del salmo: *Lactatus sum in hic qua dicta sunt, in domum domini ibimus.*

Pocas horas antes de morir otorgó testamento ante Juan de Cuellar, por el cual fundó varias memorias: una en la iglesia de san Ildefonso de Zamora para que se dijese misas por su alma, por las de sus padres y la del alcaide Mendo Noguero, á cuya mujer é hijos señaló doce mil maravedís de renta, é hizo otras mandas. Es de notar, como dice Gil Gonzalez Dávila en el teatro eclesiástico de la iglesia de Zamora, que en esta muerte no se hace mención de sacerdote que le confesase y que lo auxiliase para morir.

Los alguaciles ejecutaron la sentencia, y el verdugo que fué de Valladolid y se llamaba Bartolomé de Zaratan le dió garrote en medio de un repostero, dando fé de la ejecución el escribano de la causa Gerónimo de Atienza. Falleció á los sesenta y seis años y fué sepultado sin pompa ni acompañamiento alguno en la iglesia del Salvador, donde yace.

Esta muerte dió mucho que hablar en todo el reino por no haber sido degradado el obispo, ni condenado por sus juces legítimos y competentes, sino por seculares, y así el emperador pidió su absolución al pontífice, la cual se le negó al alcaide Ronquillo, y se vió obligado á hacer dimisión de su destino. Al cabo de once meses vino el breve de Roma dirigido á D. Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, para absolver al alcaide y á los demás ministros á quienes se impusieron ciertas penitencias y recibieron la absolución en hábito penitente yendo desde el convento de san Francisco hasta la Iglesia catedral en 8 de setiembre de 1527.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA,

de la real Academia de la Historia.

La limpia de Burguillos, que lavaba los huevos al freíllo.

Una mujer algun tanto reñida con el agua, y que no gasta á menudo sendas libras del jabon de Lucena ó de las jaspadas barras de Málaga, es el finiquito de lo desagradable, el rigor de las desdichas para un marido, descoyunta las ilusiones de un amante, y pone párrafo aparte entre sus amistades mas intimas.

La hembra que se espanta del agua clara como los burros, gasta caireles en las uñas, rastras en el vestido, arameles en la nagua, y toba amarillenta en el nacar de sus dientes, aunque tenga un palmito como pino de oro, cara de rosa y garbo de clavelito primal, es un ramo de flores marchitas, una granada ácida, uno de esos hermosos pajarraeos de plumas verdes y doradas que pican lo que huele y no á ámbar.

¡Bendita sea la tierra, gloria del mundo y mapa de lo perfecto, donde vi la luz al levantar por la vez primera mis párpados, que allí se ponen las casas enjabeladas como palomas, se aljofían los suelos de búcaro, se bruñen con zumo de oliva las puertas y el agua corre y salta en hilos de plata y aljofar por todas partes convidando á jugar con ella!

Dios crió las nubes para que se bañasen los espíritus puros del aire, como decían mis abuelos los árabes, y puso el agua en la tierra para que las mujeres se purificasen antes de ver á su amado: que la limpieza del cuerpo es espejo de la pureza del alma y dá contento á los corazones, y sultura y garbo á los torneados miembros.

Venid acá las desaliñadas y entecas, las perezosas y sucias. —¿No habeis visto mas de una vez, que á pesar de vuestra *empañada* belleza os ha dejado el galán, que ya picaba el cebo, por seguir el vienteillo fresco de unos bajos como el campo de la nieve que pasaban murmurando de un modo provocativo y suave?... ¿Dónde está el intríngulis y el item del aura popular que gozan las floreras, las floristas, las ribeteadoras, las costureras y bordadoras con toda la graciosa pleyada de aguja fina?... En esas caras frescas y limpias como la propia rosa primavera, en aquellos dientes que bruñe el modesto pan quemado, en los rizos lustrados hechos sin alijo y tan sentados como el raso, en el pañuelo que ostenta los pliegues de la plancha y rivaliza en blancura con lo que deja ver y adivinar, en las randas de Almagro y las puntas de feston color de espuma que las revueltas del garbo descubren, y en fin en aquellas medias inglesas blancas á la manera del vellon del arminio, que parece estan diciendo arriba está la gloria....

—Bueno es lo bueno: ponga contera en su panegirico que mis razones tengo y por esperiencia hablo.

Así me interrumpió un mi compadre y paisano, hombre de buen humor, en sus tiempos de libre albedrio; pero asustadizo y meditabundo desde que inclinó la cabeza para sufrir la coyunda matrimonial.

—¡Compadre, cómo tal, le dije: pues no es su esposa modelo de las del pueblo en esto de pulcritud?...

—Quieto el perro, buen amigo, que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y será V. capaz de hacerme saltar por los cerros de Ubeda.

—Si entiendo un ardite de su intempestivo mal humor que me emmelen.

—Al fin lo diré, que me salta del pecho y me revolotea en la lengua, como bocado que quema. Oigame V. en confianza y por Cristo que no lo haga merienda de la botica. Encendamos un cigarro y deramaré el costal de mis cuitas.

—Tome V. el sillón.

—Soy todo oidos.

—Pues, señor, V. sabe que juntos pasamos los primeros años y juntos hubiéramos seguido, á no haber V. tomado con mi hermano Frasquito el camino de la Universidad para gastar la mitad del caudal en traer cuatro papelajos y muchas infulas de Madrid, lo digo por mi hermano....

—Adelante.

—Me quedé al frente de la labor. En cuidar de la hacienda, domar potros, tentar toros y matar reses pasé el tiempo que ustedes, bien lo decía mi padre, empleaban en aprender de buena tinta que nosotros éramos unos bárbaros, porque no tomábamos café, ni jugábamos al billar, ni nos emborrachábamos con rom. Yo agenciaba lo que el mayor jugaba y trabajaba con entusiasmo mientras él hacía otras cosas que lo tienen enlenque.

Murió el abuelo y todo siguió lo mismo: no aprendí nunca lo bastante para llevar los bigotes como Frasco, ni para ser diputado, y me alegro, pero él no comería si yo no anduviese dando sombra de amo á sus tierras, ni crecerían sus rentas, ni gritaría tan alto contra los ministros en aquel salon para hablar si este cura no prestase trigo á los electores para salir de la cimienza, ó no pagase los trimestres de todo el pueblo en el invierno para cobrar ó no cobrar en el agosto... mas al cuento volvamos: con veinte y cinco años á la cola, buena hacienda, humor alegre y mano franca; andando de feria en feria, de romeria en romeria pasaba la mejor vida del mundo; y Frasquito me envidiaba, porque eso sí, nos queremos como las alas al corazón.

Dióme una mañana la tentacion de casarme, nunca hiciera tal, y tropiezo, al poner los pies en la calle, con la hija del administrador de rentas.—Todos dicen que Sofia es un ángel....

—Y dicen la verdad.

—Pues á mí me pareció la reina del imperio celeste: la miré, me miró, la seguí, la hablé, consintió, y me casé.

—Compadre, eso fué un relámpago.

—Así salió ello. En los primeros meses todo iba bien; pero luego llegó la tragedia. Siempre ando en el campo ó en mis tratos y contratos, mas los ratos cortos que paso al lado de mi mujer valen por cien siglos de infierno. Como no tiene que hacer y se halla á qué quiere boca, le ha entrado la pulcritud, la limpieza y el arreglo con tal fuerza que las entrañas se me achicharran.

—Compadre, no puedo creer....

—Oigame V. hasta el *laus deo* y juzgue:—En mi casa se friegan y aljofían suelos, puertas, poyos y ventanas todos los dias: y cáteme V. doblado con dolores reumáticos. El piso alto se bruñe con cera: se puede uno mirar la cara, eso sí; pero es menester entrar con el óleo á la espalda.—La semana pasada me resbalé y se me dislocó la muñeca izquierda, pues mas se asustó y conturbó mi mujer porque desordené las sillas que por verme tendido á la larga y con los huesos molidos. Dijo que era castigo de Dios por no haber avisado para que segun costumbre viniese detras una criada con plumero y cepillo limpiando las huellas que en el rojo encerado dejan mis zapatos de campo.

Si la traigo un manojo de rubias espigas, un tallo de oliva escarchado de trama, un apiñado grumo de las primeras cerezas, un ramo de flores frescas y esmaltadas con el rocío temprano para que bendiga á Dios conmigo viendo tanta hermosura, paga mi cariñosa memoria con un grito nervioso, manda á una criada quitar al momento las frutas ó las flores de la mesa, y mientras me llena de improperios viene el carpintero á barnizar de nuevo la tabla de caoba.

Fumar en su presencia es un sacrilegio y cuenta que yo lo gasto de la Habana; al venir del campo me he de enjuagar con un brebaje infernal si ha de consentir que la hable. Escupir es necesidad desterrada en mi domicilio; mas de una vez he tenido tentaciones de hacerlo en la cara de mi suegra que es lo único negruzco y puerco que allí se encuentra.

¿Subir sin mudarme la ropa de calle? ¿Que si quieres?... ¿Sacar un pañuelo de mi cómoda, aunque la destilacion me riegue? ¿Boberial!—Una tarde empecé á arrojar sangre por las narices y tiré de un cajon con violencia transformando alguna cosa de lo guardado, pues

entró Sofia y le dió tal patatus que abortó á los dos dias y cáteme V. sin heredero.

Jamás toca con sus delicadas manos las llaves del granero, ni las de la bodega, y todo anda en poder de esos ladrones domésticos que llaman criados. El frutero, la despensa y la cocina, parecen teatro de una merienda de negros; pero en cambio mis zapatos viejos guardan correcta formacion en sus roperos y se hallan cubiertos de blanquísimo paño, cual si fueran ojuelas moriscas ó bolas de requeson fresco de mayo.

Maldito si lleva cuenta alguna con lo que entra ni lo que sale en una casa de buque como la mia, mas numera rigurosamente guñapos y retal que despreciaría un trapero. Por conducto de una criada, que ha de lavarse despues, muda los libros de asiento de la labor, y confinados los tiene á sitio donde perderse pueden, mientras que guarda, cose y empapela los periódicos que nos envia Frasquito.

No oye misa, ni cumple con sus amigos por arreglar los chineros, las barritas de las consolas y las cortinas: se afana en coser flecos y no esito que me envíe Frasco camisas de Madrid, porque la ropa blanca que una vez se me descose no hay quien le ponga coto con media puntada.

De la comida no hablemos: come lo que vé cocinar, el pan lo guarda en su baul, los manteles se extienden siempre de un mismo lado para que no se pongan los platos sobre lo que pudo estar en contacto con la mesa que es de marmol blanco. La confiteria no trabaja para ella: huevos han de ser de sus gallinas, y lavados; leche, ni vería. La fruta se ha de cortar por una de sus criadas de confianza y recibir en paño limpio. Ya no toma el brazo de nadie, ni aun el de su madre. Y hasta ha perdido el gusto que tenia para vestir, porque cuida menos de su persona desde que tanto arregla los alrededores.

—Compadre, repuse entonces con cierta malicia, pues está V. fresco.

—Con decirle, exclamó ofuscado, que para darla un beso necesito poco menos que sacar los lábios por un agujero para que no se manche con mi contacto. Vea V. si tengo razon para quejarme de la pulcritud.

—Eso no es mas, amigo, que el consentimiento.

—Bonito genio ha descubierto con las pulcritudes: hace á cada hora que me acuerde de Antoñuela la Corsaria.

—Cuidado, hombre.

—Aquella al menos, segun dice un cuento, era ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la cara y demonio en la cama... (1).

—Ponga V. remedio y aparte tan negros pensamientos y tan infames memorias.

—No hay pararrayo para semejante tormenta.

—Muger mia habia de ser, y perdonen sus mercedes el que me meta donde no me dan vela, pero he oido sin querer lo que pasa á mi amo y como lo veo con estos ojos que han de pudrir la tierra y somos hermanos de leche tambien, tengo roido el hígado.

Con estas ó semejantes razones nos interrumpió un mayoral de mi compadre que venia á traerle un mandado del cortijo.

—¿Y qué harías?

—Un remedio casero.

—Algun ensalmo de brujas.

—¡Cál!... la experiencia dice que no falla.

—Pues te juro que lo he de ensayar si...

—Mire su merced, con un chupón de olivo como este, y cimbrea-ba el campesino una bordasca capaz de poner en gobierno á doce potros cerriles, se pone la señórica como una malva. Por probar: dele su merced dos tomas esta tarde y por la noche una en el bodegon por darle gusto y fume virginia aunque se maree y trasiegue las madres del viñagre mañana y mida pasado los turbios.

—Se ofrece á V. la receta del sainete LOS DESEOS: es ocurrencia peregrina.

—Vete y no digas bestialidades ¡A Sofia que es tan delicada! ¡A mi mujer!...

—Búrlase su merced cuanto quiera; pero porque es señórica y delicada le sentará mejor: apuesto á que engorda y se pone como un clavel veraniego.—Aparaditamente el remedio tiene las propiedades de la yerba botánica que cura á todo el mundo y todas las enfermedades. Por la misma mesnada le habia de venir á las mil maravillas, pues no estará hecha á salvas. Mi Basilisa era un basilisco; pero con mi prudencia y un solfeo ya no me sirve el látigo mas que de respeto y autoridad, y lo que es el aperador tiene á la Culebra, mas blanda que las natillas. En fin, su merced ha de besar la vara y la señórica tambien.

—Mi compadre oia atentamente y reflexionaba.

A poco salió acompañado del mayoral.

(1) Cervantes en LA TIA FINGIDA.

Quedéme filosofando sobre las pulcras. Ello es lo cierto que todos los extremos son viciosos y que las mujeres exageran lo malo como lo bueno y todas son muy superlativas en sus acciones, sin que jamás tropiecen en el medio.

Voy á concluir este articulejo y de seguro lector que quisieras te dijese antes si mi buen amigo y compadre aplicó el pararrayos de olivo á la pulera Sofia, y cuál fué el efecto de las diversas tomas de tan heroica medicina.

Misterio hubo en el lance: de parte de noche sintióse turbacion (segun las comadres de la vecindad) en la casa solariega de mi paisano. La suegra salió desmelenada y sin mantilla, vino el administrador de rentas con un baston muy grueso y quiso desafiar á su yerno; pero teniendo Sofia quedarse huérflana tomó partido por su esposo, que estaba gallardo en su actitud de cólera, y despidió á su padre con cajas destempladas.

Llegaron á poco las cuñadas, la dieron consuelos murmurando de mi compadre á quien no podian tragar porque siendo el mejor partido del pueblo nunca les dijo, de soltero ó casado, ahí te pudras, y Sofia conociéndoles la intencion, se conformó con la estension que al dominio marital habia dado mi amigo, trazó de él un brillante panegirico y concluyó con esta banderilla de fuego:—«En fin, mas vale sufrir un rasgo de mal humor, que todo es cariño en quien tiene buen corazon, que no andar hecha una pelafustrana y tener un Juan-lanas al lado: yo me entiendo.» De cuya posdata nació una soberana tormenta que produjo la espulsion de la suegra y cuñados del esposo.

No quiero creer (por miedo á mis lectoras) que la medicina del retoño de olivo haga milagros contra antojos y manías, pero ello es lo cierto que Sofia desde entonces sale asida cariñosamente del brazo de su marido y en el campo y el hogar se recuesta voluptuosamente en su hombro: monta á caballo con brio y buen parecer, caza, tiene la llave de graneros, bodegas y pajares, gobierna la casa con la majestad de una reina y la gracia de un niño, come en el campo sobre el césped cuando la ocasion llega, y bebe á bruces las puras linfas de los nacimientos, cuida mucho del orden en los gastos de la casa, y no tanto de los chineros y de la sala: trabaja menos y con mayor provecho, se hace adorar de los criados que la aborrecian por sus dengues, se adorna con gusto y riqueza y ha conquistado á todas sus envidiosas. Tiene un hermosísimo color, sus ojos arden, sus lábios provocan y hacen perder el juicio al mas sensato si se sonrien, sus formas han tomado la belleza de Niobe, y aun sospecho que mi amigo está con esperanzas fundadas de tener un heredero.

Se supone que le rebosa la alegría por todos los poros y suele aconsejarse en ocasiones contadas y graves con el mayoral médico.

El barbero, insigne bellacon, sostiene haber visto en la sala de estrado una vara de olivo con seda y flores vestida cual si fuera mano de santo ó respetuoso monumento de gloriosas hazañas.

Nada sé mas, lector carísimo, y me lavo las manos: lo que acabo de escribir es un suceso y no pura invencion mia: si haces aplicaciones con tu pan te lo comas y no caiga sobre mí la indignacion de tu cara mitad.

J. GIMENEZ-SERRANO.

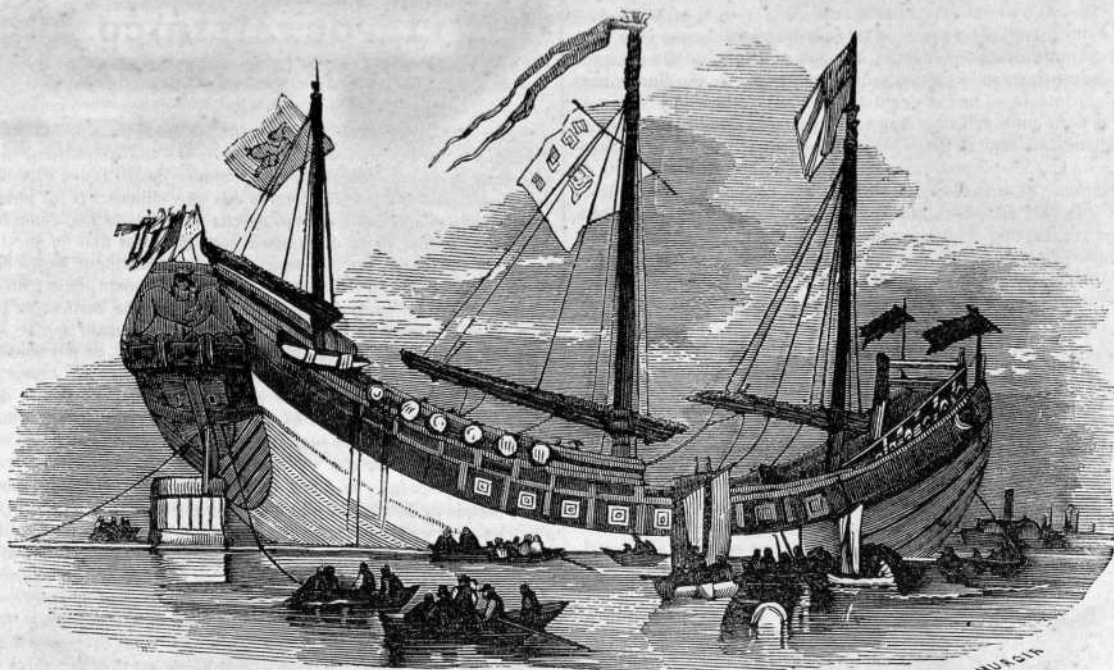
UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

Al visitar á Londres en el mes de agosto último, estábamos bien lejos de sospechar que podríamos visitar tambien un buque chino, con su tripulacion de habitantes del celeste imperio, con sus muebles, sus armas, sus idolos, con todos los objetos, en fin, que lleva ordinariamente á bordo una gran embarcacion china. Es este uno de los objetos mas curiosos que hemos visto en nuestro último viaje al extranjero, y su recuerdo nos hace esperar que podremos ofrecer á los lectores del SEMANARIO una descripcion curiosa y entretenida del «Keying» ó junco chino.

Si cualquiera hubiera tenido hace algunos años la audacia suficiente para predecir que Londres habia de tener dentro del recinto de los Doques de la India del Este, un junco chino con su tripulacion y aparejos, el profeta hubiera sido tachado de visionario. Sin embargo, ello es que Londres ha llegado á tener uno, sometido á la inspeccion pública, despues de haber recorrido en su viaje desde el celeste imperio hasta las islas británicas, una longitud igual á la del circuito del globo. No hace mucho tiempo aun que estaba espuesta cerca del Kyde-Park una coleccion rica é interesante de curiosidades chinas. Estas eran cosas, sin embargo, que podian ser empaquetadas y transportadas con una facilidad regular de una parte del mundo á otra: la dificultad de traerlas á Inglaterra dependia mas bien de las preocupa-

ciones de sus dueños que de cualquiera otra causa. No sucedía así con la adquisición del Junco: el dinero era lo menos importante de este asunto. Los verdaderos compradores de este buque fueron M. M. Kellet, T. A. Lane, Revett, y Lapraik, y se necesitaron las

mayores precauciones, tanto para comprarle como para traerle. Sin embargo, ningún obstáculo pudo retraer á estos señores: perseveraron en su intento, y un éxito feliz coronó sus esfuerzos. Los chinos parecían tener una repugnancia insuperable á salir al extranjero con

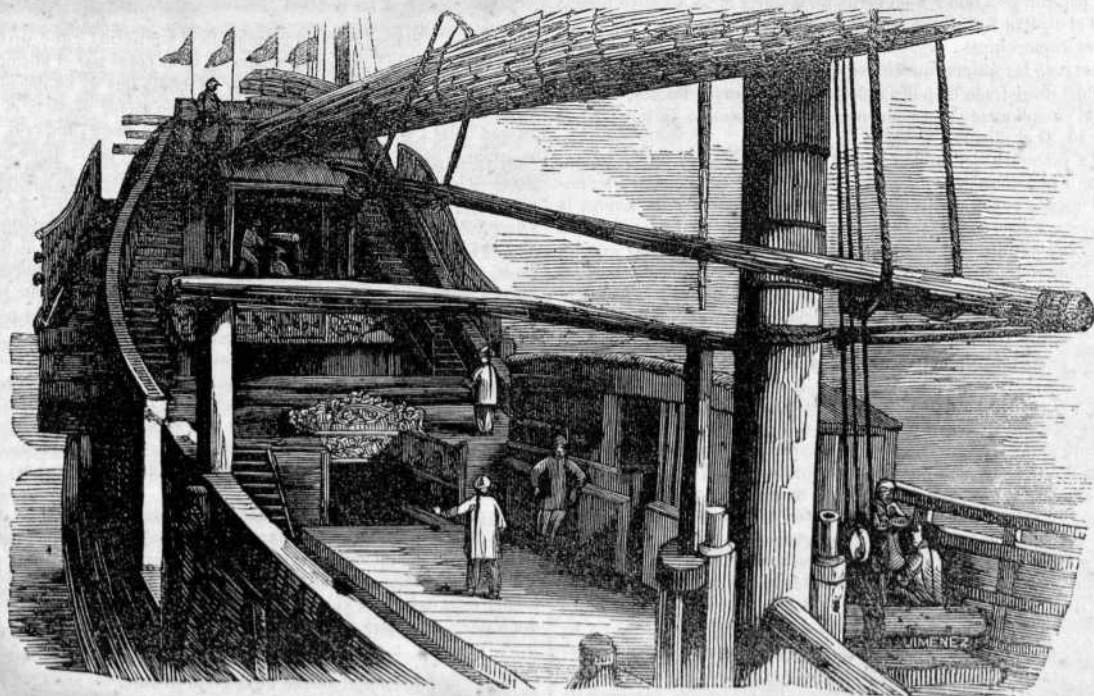


Exterior del junco chino.

sus buques excepto para el comercio. El atrevido proyecto de traer uno de estos á Europa para enseñarle, no entró nunca en el limitado círculo de sus cálculos. Pero en cuanto se supo que estaba cargado solo con lastre, se suscitaron sospechas sobre su destino verda-

dero, y se empleó toda clase de esfuerzos para impedir el viaje.

El soborno es muy eficaz en China, como sucede en todas partes, y por este medio fué como se consiguió que el «Krying» pasara por los fuertes de Boque sin tropiezo alguno. Le mandaba el capitán



Vista sobre cubierta en el junco chino.

Kellet, y solo á su habilidad, valor y perseverancia, practicadas en el mas alto grado, debemos agradecer los que no hemos visitado nunca aquellas regiones remotas, el tener la grata ventaja de ver este objeto de curiosidad desconocido hasta ahora. En todas las dificultades

y peligros que ocurrieron con suma frecuencia en el viaje, halló el capitán Kellet un firme apoyo en Mr. Revett, que permaneció constantemente con él, y fué participe de los peligros.

Su tripulación consistía de 13 chinos y 12 marinos ingleses con

sus oficiales. Como los chinos no habían emprendido nunca hasta entonces un viaje tan largo, era necesario conservarlos de buen humor y hacerles tomar su trabajo con adición. Sin embargo, antes de que firmaran la escritura de su enganche, tuvo que comprar el capitán Kellet, por un precio exorbitante, hoja de estaño, papel plateado y otros objetos, para las prácticas de su culto. Al principio eran muy escrupulosos en las ceremonias de sus costumbres idólatras, quemando papel, tocando los gongos, etc., en honor de sus dioses; pero paulatinamente se fueron descuidando considerablemente. Mejor se puede decir que se abandonaron voluntariamente, cediendo a las insinuaciones del capitán Kellet. Una de las supersticiones más comunes y de más impotencia para ellos, era la de creer en la eficacia de atar girones encarnados en la obra muerta, cables, mástiles y partes principales del buque, considerándolo como una salvaguardia contra el peligro. En una ocasión en que temían ser atacados por una embarcación de Malaya, ataron girones encarnados a los cañones, y embarrataron una seguridad completa. Uno de los objetos de su mayor veneración era la brújula. Se acostumbraron gradualmente a la brújula europea, y dejaron todas las suyas, menos dos, que fueron marcadas a petición suya, con los 32 puntos en figuras chinas y 8 divisiones.

Acostumbrados solo a la navegación costera, como les sucede a la mayor parte de los marineros chinos, están poco prácticos en la vigilancia y cuidado que requiere un viaje en alta mar. Sin embargo, al principio, el Ty Kong ó piloto, acostumbraba cojer tres rizos en la vela mayor, y arriar la mesana. Toda la tripulación se iba entonces a la cámara, dejando solo al timonel sobre cubierta. A media noche se preparaba una cena, cuando se despertaba a los que estaban durmiendo, y después que concluían de cenar, se relevaba al timonel, y los demás regresaban a sus camas. Hicieron fuertes objeciones, é intentaron una insubordinación, cuando se reformó este sistema vicioso.

Como el *Keying* es el único juncó que ha llegado á cruzar el Atlántico desde la creación del mundo, parece oportuno mencionar detenidamente las épocas en que salió y entró en ciertos puertos en su viaje largo y sorprendente. — Se dió á la vela de Canton el 19 de octubre de 1846; de Hong-Kong el 6 de diciembre del mismo año; pasó por Java el 26 de enero de 1847; dobló el Cabo el 30 de marzo, y echó el ancla en Sta. Elena el 17 de abril. Aquí fué visitado por sir Patricio Ross y sir Carlos Hotham con sus acompañamientos respectivos. « Todo el día 19 de abril, dicen los asientos del diario de navegación del buque, hubo una afluencia tal de curiosos á visitarle que pasaron de 5,000 » Aquí permaneció hasta el 23, en cuyo tiempo tuvo el capitán Kellett algunos disturbios entre su gente, tanto ingleses como chinos, negándose algunos de los primeros á trabajar, y deseando los últimos marcharse del buque, y solo con la intervención del magistrado de policía de la isla, el mayor Barnes, volvieron al cumplimiento de sus deberes. Pasó la línea en la longitud de 17° 40' O el sábado 8 de mayo.

La intención del capitán Kellett era que el *Keying* fuera directamente á Inglaterra, y se espusiera allí antes que en ninguna parte; pero el estado revoluto de su tripulación, y la escasez de víveres le obligaron á hacer escala en algun puerto americano. Eligió Nueva York, adonde llegó el 9 de julio de 1847. Después de una permanencia de siete meses, cuya última parte fué invertida en Boston, salió de aquel puerto el 17 de febrero de 1848, en cuya ocasión recibió el capitán Kellett las mayores atenciones y favores de M. M. Forbes, Lamb y Weekes, caballeros americanos. Los primeros prestaron su buquecillo de vapor para remolcar el *Keying* hasta unas 60 millas.

En el curso total de su aventurero viaje, probó el *Keying* que era un excelente buque; sufrió varias tormentas violentas, y todas las aguantó perfectamente. En los 17 días primeros variaba de ligereza desde 2 á 8 nudos por hora; la mayor parte de las 5 últimas semanas escasamente andaba dos nudos. El 16 de marzo de 1847, estando el tiempo en calma, y la brisa tan débil que apenas andaba el juncó un nudo por hora, todos los hombres estaban ocupados en bajar al timonel á examinar las cuerdas de él que estaban en buen ó mal estado, precaución necesaria para poder aguantar la mar de leva que tenían la seguridad de hallar al doblar el cabo de Buena Esperanza. Poco después empezaron unos vientos fuertes con tiempo borrascoso, y en la noche del 22 de marzo redobló el viento su furor; hubo relámpagos y truenos, y volviendo repentinamente el viento hacia el sudoeste, estalló un verdadero huracán; se arriaron todas las velas, excepto la de trinquete, hasta que aplacándose un poco el tiempo, permitió que se soltara mas trazo. En esta ocasión se necesitaron 25 hombres para manejar el buque. El 10 cogió un viento favorable que le llevó hasta Sta. Elena.

El 2 de julio de 1847, cerca de la costa de América una ráfaga violenta les obligó á echar al mar 8 toneladas de agua de albigé, y to-

do lo que había sobre cubierta tuvo que ponerse á buen recaudo. El buque llevaba una marcha muy pesada, pero no hacía agua.

(Continuará.)

EL POETA LIRICO.

Los poetas son unos sublimes ignorantes.
Housalle.

El poeta nace como nace el carbonero, *ser* con quien tiene mas semejanza de la que parece. Esto no admite duda. Todos nacemos del mismo modo, salvo las posturas con que salimos á la luz pública; pero ello es que todos salimos de una misma parte, así como todos en una misma parte entramos al concluirse los días de nuestra mezquina existencia. Sin embargo, el poeta se distingue de los demás hombres hasta en el nacer y en el morir. El poeta, pues, no es hombre. Asistid al parto de una muger que tiene la fortuna de arrojarse al mundo un hijo de Apolo, y no se nos pongan hoscos los maridos, que estos nenés son hijos de su padre-Dios, no por obra de varón, sino milagrosamente. Asistid al parto, digo, y vereis al alumno de las musas que aparece al mundo en una postura que indica á las claras, si no quién es, quién ha de ser al menos. La mano izquierda apoyada en la mejilla, la pierna derecha estendida sobre la izquierda, el cuerpo inclinado hacia atrás, el labio superior ligeramente plegado, y la mano derecha acariciando la blonda cabellera, porque es de advertir que todos los poetas nacen ya con pelo, á imitación de varios animales que deben á la naturaleza tan extraño beneficio. Su llanto es espeso y su quejido bronco, sus movimientos bruscos y su tamaño desmesurado para los fetos de la raza humana. No nos cansaremos en pintar los dos primeros meses de su carrera vital; baste decir que nadie dudaría que fuese poeta al oírle decir con voz cavernosa: — *mamá, caca.*

Su papá, que conoce que el chico ha de ser poeta, retarda su educación, porque los poetas no necesitan estudiar. A los ocho años empieza á leer, y á los dos meses lee de corrido las fábulas de Iriarte, único libro que pillan sus manos durante su vida. Ya á los diez años dirige á su abuela la siguiente copla la noche de Navidad:

Tengo que echar unos versos
Por encima de una jarrita,
Para que Dios dé mucha salud
A mi querida abuelita.

¡Bravo! ¡bravo! esclama asombrado el auditorio; ¡qué precocidad! ¡qué talento! ¡qué instrucción! y otras cosas por el mismo estilo, dedicadas todas á dar á conocer al chico que ya ha llegado al templo de la inmortalidad. Desde entonces no pierde ocasión: el perro que ladra, el canario que pia, la criada que barre, todo cae bajo su núnem poético, y todo halla en la frente del poeta digna interpretación. Su cuarto no es el *telar de comedias*, como dice Moratin, sino la *fábrica de buñuelos*. Lluven versos como chinchés y chinchés como versos; y entre los buñuelos-versos y el poeta-chinche, se arma tal galimatías poético, que ni Apolo le entiende ni el mundo le admira. En cambio la madre del génio elogia sus elucubraciones, el génio toma cierto aire de suficiencia, los versos cierto sabor de barbaridad, y la musa castellana una indigestion que solo puede compararse al torrente poético del poeta lirico de 12 años.

Hemos llegado á la edad crítica del poeta. A los 13 años, término medio de su carrera literaria, escoge entre Arolas y Espronceda, entre la dulzura pastoril y el ardor hélico: puede pasar en el primer caso, en el segundo es insufrible. Hasta esta época el poeta lirico no ha publicado composicion alguna; todas han muerto en su gabinete, y todas, una por una, han caído en el olvido hasta del mismo ser que las dió la vida.

El poeta ya en este estado aguarda una ocasion propicia, un momento oportuno en que poder llamar á las puertas del templo de la gloria. Llega por ejemplo el día 2 de mayo, y gracias al aniversario de la muerte del valor español, publica en un periódico de la tarde su primer *cello vagido*. Si el poeta elige el género de Garcilaso y Melendez Valdés, empezará así....

Sabroso día del valor sabroso,
Recuerdo ameno de la grata historia
Del hispano mortal: dulce regalo
De la tranquila gloria....

Esto no enseña nada, es verdad, pero en cambio demuestra que su autor ha de ser siempre meliflúo y pegajoso, que en un entiero como en una batalla, que en una elegía como en una oda, sus frases serán meli, sus palabras jalea y sus composiciones ni mas ni menos

que sustancia de arroz. (Salva la parte insustancial de dicha sustancia).

Si el poeta en cambio prefiere á Ercilla y á Plácido, cantará á los mártires de la independencia española del modo siguiente:

¡Roto el rojo pendón, raudal el estruendo,
Rimbomba por do quier! cabe el profundo,
Ruje la tierra, y se desgaja el mundo!

Esto en poesía se llama fibra....

El poeta, apenas publicada su composición, compra 80 ejemplares del periódico, que conserva como oro en paño en lo mas recóndito de su armario, y destina ya un sitio exclusivamente dedicado á colocarlo en él todos los destellos de su fecunda musa.

Puede darle al poeta lirico tambien por filosófico, y entonces, sin que esto tenga nada que ver con los dos géneros arriba dichos, la religión, la sociedad, el hombre, todo es para él poco menos que ridículo, en todo vé miseria, en todo lodo, en todo inmundicia. No raya tan alto como el escritor fiel del alma, pero en cambio es mas constante, asiste á un bautizo y dice:

¡Los hombres nacen! miseria.....

Va á un entierro y añade:

¡Mueren! miseria tambien....

Y es cosa de nunca acabar.

De todos modos, apenas el poeta vé y remira en letras de molde, su nombre celebrísimo, se estira y perfila, se compone y se peina; el día 5 de mayo se pone camisa limpia, y vá mirando á todos como diciendo «*Ego sum*»: yo soy el feliz mortal, yo el que te espantó ayer con sus bramantes pensamientos, ó el que te adormió con sus suaves melodías... yo soy en fin el poeta.

De 15 á 16 años y en algunos casos, muy pocos, hasta los 16 y medio, las composiciones se reproducen y se multiplican al infinito; en un mismo día suele tener el poeta *esperanza*, *desesperación*, *melancolía*, *idrofobia*, y otras mil cosas que llevan por título sus inñitas composiciones. El poeta en cambio es uno de esos hombres que tienen *cosas*. Puede faltar á una promesa, olvidar un juramento, apostatar de una creencia, todo es lícito porque haga lo que quiera, el mundo ha de esclamar «*cosas de fulano, ya se vé, es poeta*». Y como si la poesía estuviese reñida con la formalidad y la hombría de bien, todo lo malo, lo descabellado y lo informal está disculpado en el poeta.

Hemos dejado al *ser* que nos ocupa, en la edad crítica; á los 16 años se hace ya preciso publicar un tomo de composiciones: seguimos todavía explicando al poeta segun sea fuerte ó dulce. Si es lo 2.º, empieza á hacer visitas á todos los escritores de nota: por la mañana en la cama, por la tarde en la mesa, por la noche en el teatro, á todas horas al lado de algunos de esos *non plus ultra* literario, no para, no sosiega hasta que no consigue que le hagan un prologo, cuatro palabritas, una advertencia preliminar ó un prefacio para colocarlo á la cabeza de su libro. Suele suceder que como nunca se toma el prologuista el trabajo de revisar lo contenido en el tomo suele equivocarse y decir que las poesías del autor Z. son de lo mas virulento que se conoce, que lo que hay mas que admirar es la valentía, el fuego y otras cosas que ni el autor las ha sentido nunca, ni piensa sentir las en toda su vida.

Tambien acontece que el encargado del prólogo es un hombre que tiene por enemigos al género humano, ó que él es del género humano el único enemigo. Entonces ya le ha caído la lotería al editor del tomo. Seis pliegos contendrá el prólogo, lleno todo él de improperios contra los que no conocen el mérito (del prologuista), contra los infames (enemigos del prologuista) que tienden á ocultar el saber (del prologuista) y contra los mezquinos seres que desprecian (al prologuista) todo lo bueno (del prologuista.)

De esto resulta, que nadie tiene valor para tragarse tres mil versos tras tres mil párrafos de prosa, y el poeta muere olvidado en el rincón de las librerías.

Si el poeta pertenece al género fuerte, entonces renuncia á la idea de prologuista su obra. Encabeza él mismo un tomo diciendo:

«De nada sirve que digan que mis poesías son buenas, si no lo son; por consiguiente, juzgue el público.»

Esto tiene una contra tambien; y es que el lector, apenas lee los dos renglones citados, adviue el género de todas las composiciones y no se molesta en leerlas. De ambos modos un tomo de poesías es un eclipse de sol invisible. El autor es el único que le vé, así como Dios es el único que puede ver el eclipse.

El único consuelo que tiene el poeta, es el de regalar á diestro y á siniestro tomos, y hacer que su nombre se aprenda gratis. Aquel literato que ha recibido la obra, declara en *pleno café* que el poe-

ta Z. es el único regenerador de la literatura española, y hay casos en que hasta se imprime semejante elogio.

Desde este momento, el poeta lirico no habla mas que en verso, improvisa en todo y por todo, y hace la oposición en todos los premios poéticos. Esto ya pertenece al poeta *certamen* de quien otra vez nos ocuparemos. Por hoy, baste decir, que probablemente no se ganen nunca los premios con la pluma, sino con la boca. Esto es, que el poeta necesita mas bien de empeños que de versos para merecer la gloria del combate.

Toda la vida del poeta lirico se reduce á la reproduccion de lo citado, y por consiguiente, es inútil que nosotros nos entretengamos en pintarla.

En otro tiempo, el poeta lirico, ó moria de hambre ó se ahorcaba; ahora, ó se muere de una pulmonía al salir del café del Príncipe, ó fallece podrido. Esto es segun la *fibra* del susodicho.

De todo esto se deduce, que el poeta lirico es en el día, ni mas ni menos que un reló de sol en una noche de diciembre.

L. MARIANO DE LARRA.

EN EL CASTILLO DE SALVATIERRA.

¿Por qué vengo á estas torres olvidadas
A hollar de veinte siglos las ruinas
Espantando al subir con mis pisadas
Las felices palomas campesinas?

¡Oh! ¡Wahia! ¿no es verdad que prisioneras
La esclava del feudalismo y la del moro
Pobres mujeres de remotas eras;
Regaron estas torres con su lloro?

¿Qué perdido tu trono por *Rodrigo*
Y derrotado el moro por Fernando
De tan largas batallas fué testigo
La misma torre donde estoy cantando?

¿Que inmóviles aqui tantas mujeres
Tanto llanto vertieron de sus ojos
Como sangre vertieron esos séres
Que arrastraron de Roma los despojos?

¿Y que tendiendo sus amantes brazos
Al árabe y al godo que morían
Y arrancando sus tocas á pedazos
En inútil dolor se consumían?

¿Y que tras tantos siglos de combate
Que empedraron de fósiles la tierra
Subo á la misma torre de la Sierra.
Aún á pedir tambien nuestro rescate?

¡Ay! Que desde aquellas hembras que cantaron
Pidiéndolo, cual yo, de de esta almena
Ni un eslabon los siglos quebrantaron
A nuestra anciana y bárbara cadena.

Y ya es preciso para hacer patente
La eterna condicion de nuestras vidas
Unir las quejas de la edad presente
A las de aquellas razas estinguidas.

¿Quién sabe si en la choza y el castillo
Contemplando estos bellos horizontes
Fuimos por estas sierras y estos montes
Mas dichosas en tiempo mas sencillo?

¿Quién sabe si el fundar el ancho muro
Que libertad al pueblo le asegura
No nos trajo á nosotros mas clausura
Quitándonos el sol y el aire puro!....

Palomas que habitais la negra torre,
Yo sé que es mas risueña esta morada
Y ya podeis bairando á la esplanada
Decir al mundo que mi nombre borre.

Yo soy ave del tronco primitiva
Que al pueblo se llevaron prisionera
Y que vuelo á esconderme fugitiva
Al mismo tronco de la edad primera,

No pudo el mundo sujetar mis alas ;
He roto con mi pico mis prisiones
Y para siempre abandoné sus salas
Por vivir de la sierra en los peñones.

Yo libre y sola , cuando nadie intenta
Salir de las moradas de la villa ,
He subido al través de la tormenta
A este olvidado tronco de Castilla.

Yo la gigante sierra traspasando ,
Lastimados mis pies de peña en peña ,
Vengo á juntarme al campesino bando
Para vivir con vuestra libre enseña.

Comeré con vosotras las semillas ,
Beberé con vosotras en la fuentes ,
Mejor que entre las rejas amarillas
En las tablas y copas relucientes.

Iremos con el alba al alto cerro ,
Iremos con la siesta al hondo valle ,
Para que el sol al descender nos halle ,
Cansadas de volar en nuestro encierro.

Nadie vendrá á decir qué fué de Roma (1),
Ni llegará el francés á la montaña ,
Y las nubes que bajan á esta loma ,
Me ocultarán también la faz de España.

Aquí no han de encontrarme los amores ,
Aquí no han de afligirme las mugeres ,
Aquí no pueden los humanos seres
Deshacer de estas nubes los vapores.

Es un nido que hallé dentro una nube ,
Mis enemigos quedan en el llano
Y miran hácia aquí , ¡Miran en vano!
Porque ninguno entre la niebla sube.

Yo he triunfado del mundo en que gemía ,
Yo he venido á la altura á vivir sola ,
Yo he querido ceñir digna aureola
Por cima de la atmósfera sombría.

Por cima de las nubes nos hallamos ,
¡Libertad en el cielo proclamamos!
Las mismas nubes con los pies hollamos
Las alas en los cielos estendemos.

Bajen hasta el profundo mis cadenas ,
Circule en el espacio el genio mío ,
Y haga sonar mi voz con alto brío
La libertad triunfante en mis almenas.

Mas... ¿por qué me dejáis sola en el cielo
Huyendo del castillo á la techumbre?
¿Por qué se agolpa aquí la muchedumbre ,
De pájaros errantes en el suelo?

¡Oh! que estrépito es ese que amedrenta,
La torre se estremece en el cimiento.....
He perdido de vista el firmamento.....
Me envuelve en sus entrañas la tormenta.

La torre estalla desprendida al trueno.....
La sierra desaparece de su planta.....
La torre entre las nubes se levanta
Llevando el rayo en su tonante seno.....

El terrible fantasma hácia mí gira!.....
¡Tronando me amenaza con su boca!.....
¡Con ojos de relámpago me mira!...
Y su luz me deslumbra y me sofoca!...

El rayo esta á mis pies y en mi cabeza!...
Ya me ciega su lumbré ya no veo!!
¡Ay! sálvame , señor , de este mareo
Que le falta á mi orgullo fortaleza!!

Bájame con tus brazos de la altura
Que yo las nubes resistir no puedo!
Sacáme de esta torre tan oscura
Porque estoy aquí sola y... tengo miedo!!!

CAROLINA CORONADO.

Castillo de Salvatierra 1849.

(1) Era cuando el bombardeo de los franceses.

EL MISSISSIPPI.

Un Europeo se paseaba á la orilla del río Mississippi, cuya corriente es muy rápida , y preguntó á un natural del país :

—¿Cómo se llama ese río?

—« Señor , le respondió el Indio , no es necesario llamarle , bastante de prisa viene. »

RASGO HEROICO DE UN CONFESOR.

Enrique IV, rey de Francia, decía un día á su confesor el Padre Cotton :

—« Padre , ¿revelaríais la confesion de un hombre, que os hubiera anunciado la resolución de asesinaros? »

—« No , respondió el virtuoso eclesiástico , no la revelaría ; pero corriría á ponerme entre V. M. y el puñal del regicida. »

Respuestas como ésta no necesitan comentarios ni elogios.

ASTUCIA DEL CARDENAL MAZARINO.

Sabido es que la pasión dominante de aquel hombre era la avaricia. Habían escrito contra él libros terribles, fingió estar muy irritado, y mandó recoger todos los ejemplares posibles, los cuales hizo vender despues secretamente, sacando de ellos un producto de 10,000 escudos.

EL AUMENTO DE FAMILIA.

Luis XV, rey de Francia, le preguntó á un artesano por la mañana que cuántos hijos tenía. «Cuatro, señor.» El rey le volvió á dirigir en público aquel día la misma pregunta otras tres veces, y el cortesano contestaba siempre. «Cuatro, señor.» Ya por la noche estando jugando, le volvió á preguntar el rey : «¿Cuántos hijos tienes? » Señor, contestó esta vez el cortesano , « tengo seis. » ¿Cómo? pues yo creí que me habíais dicho que cuatro. «Señor, es que he temido fastidiar á V. M. si le decía siempre lo mismo.

LA GRAVEDAD.

La Rochefoucault ha dado esta definición : « La gravedad es un misterio del cuerpo inventado para disimular los defectos del alma. » Confucio, filósofo chino, la considera bajo distinto punto de vista y dice : « La gravedad no es mas que la corteza de la sabiduría; pero la conserva. »

DIVISIONES DE LA IGNORANCIA.

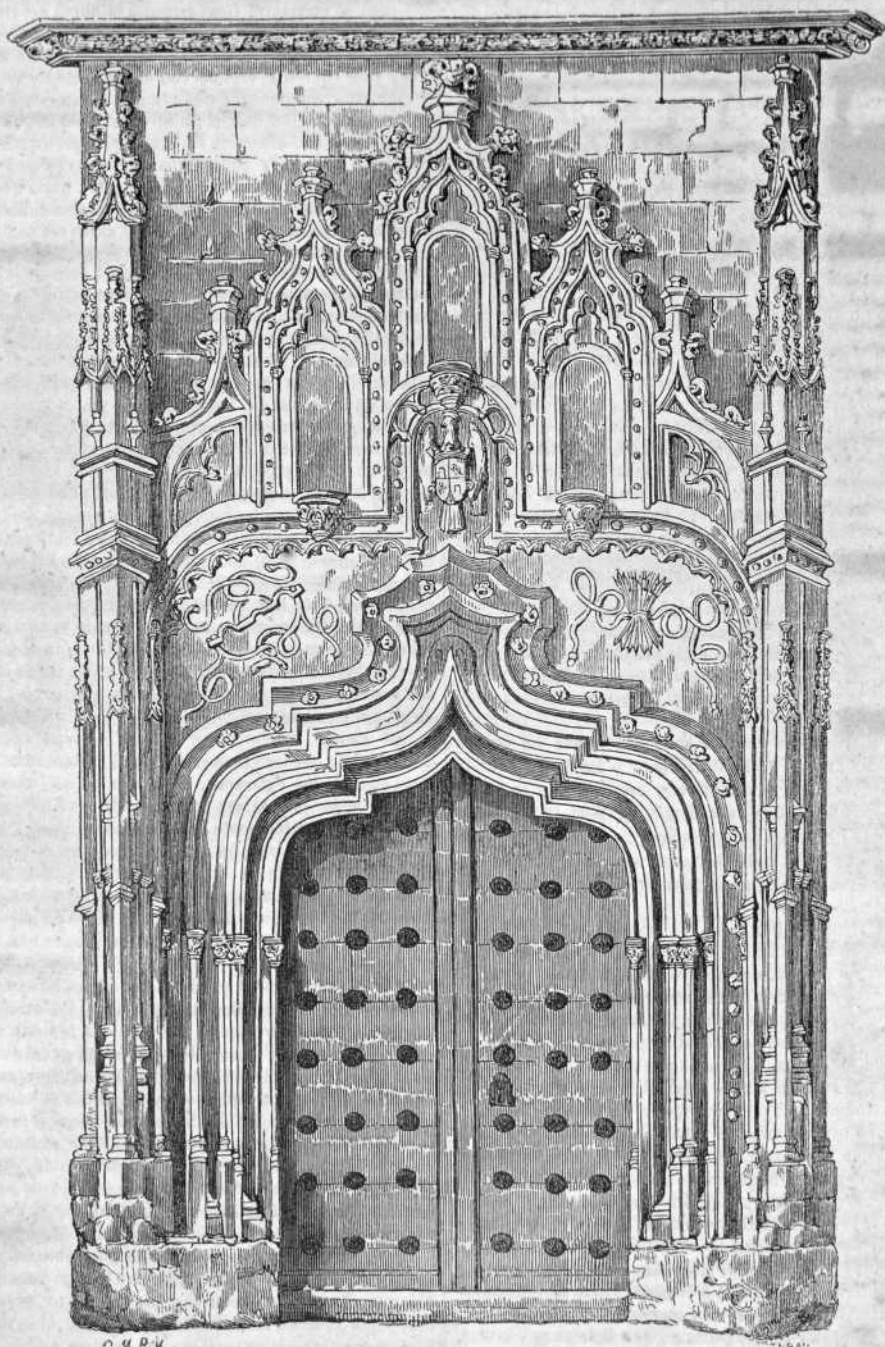
Hay tres clases de ignorancia; que son : no saber nada; saber mal lo que se sabe; y saber cosas distintas de las que se deben saber.

EL COCHERO DE FELIPE II.

Felipe II, monarca cuyo carácter nos pinta la historia como severo é imperioso, le dijo á su cochero en una ocasión, al salir de Madrid para el Escorial, que queria hallarse en este punto á cierta hora que le indicó. Estando ya el cochero en la mitad del camino, vió que se aproximaba la hora; prodigó sendos latigazos á sus mulas, y se enfadó con ellas hasta el extremo de dirigirles nombres con la misma furia que un carromatero. Furioso ya, las dijo golpeándolas con la fusta : « Arre, mulas de alcahuete. » El rey oyó esta frase. Cuando llegó al Escorial le preguntó al cochero : « ¿De quien son esas mulas? » Acordóse entonces felizmente el cochero de lo que habia dicho en el camino y contestó : « Señor, son mías. » — « Si son tuyas, replicó el rey, guárdatelas; no quiero yo tener en mi coche mulas de alcahuete. » La sangre fría del cochero le valió un tronco de mulas magnífico, y le salvó la vida, porque si hubiera contestado que las mulas eran del rey, sin duda le habria hecho castigar.

ADVERTENCIA.

Con el número anterior se remitió á los suscritores de provincias y con el presente se reparte á los de Madrid, el nuevo prospecto del SEMANARIO É ILUSTRACION, y del periódico diario que con el título de LAS NOVEDADES fundamos para distribuirle por vía de obsequio á nuestros suscritores. Hoy tenemos la satisfacción de anunciarles, que entre otros elementos ventajosos reunidos despues de hecha la primera tirada de prospectos de LAS NOVEDADES, hemos logrado adquirir para la seccion satírica, critica y de costumbres, que se publicará todos los lunes, la colaboracion eficaz de los señores D. MODESTO LAFUENTE (Fray Gerundio), D. ANTONIO MARIA SEGOVIA (El Estudiante), D. JUAN MARTINEZ VILLERGA y D. LUIS MARIANO DE LARRA.



PORTADA DEL CONVENTO DE MONJAS DE SANTA ISABEL DE GRANADA.

Es de estilo gótico, algo duro. Pero su efecto es bueno, á pesar de haberle faltado siempre las estatuas en los nichos que se ven vacíos.

No guarda proporción con la fábrica de la iglesia, ni con la del convento, porque en la primera se vé el bizantino corrompido mezclado con el gótico, con el greco-romano y el churrigüesco; y en el segundo se vé el gótico de la decadencia al lado de la fábrica árabe, por haber sido el edificio en su origen el palacio de la madre del rey moro Boabdil, llamado por esta razón *Darla Horra* (casa de la honesta).

Después de conquistada Granada, habitó este palacio morisco Fernando de Zafra, secretario de la Reina Católica, y fundó en él un convento de monjas, que cedió á la Reina para que fuese retiro de ilustres señoras que abandonasen el mundo.

En 1507 se empezó la fábrica, demoliendo al efecto mucha parte del palacio de *Darla Horra*, y se concluyó á los pocos años.

Doña Luisa de Torres y otras veinte monjas que con ella fueron de Córdoba, fueron las primeras que lo habitaron.

Sobre la puerta del jardín del convento se lee todavía esta inscripción africana: — « *No hay Dios sino Dios viviente, que siempre está despierto; él es criador de los cielos y de la tierra.* »

Se ignora cuál fué el arquitecto; los giros góticos de la portada no se parecen á los tallados en otros edificios por los artistas de aquella época.

La plazuela que sirve de entrada al convento tiene arbustos y jardines, y es risueña y pintoresca.

La portada y la iglesia son magestuosas, principalmente la segunda, cuya cúpula, construida de maderas olorosas, es de lo mas grandioso que puede verse.

En la iglesia y convento hay buenas esculturas de Becerra y de Mora; varios cuadros de Juan de Sevilla; otros de escuela granadina, y en el retablo algunas tablas de la severa escuela alemana

24 DE NOVIEMBRE DE 1850.

El convento está situado en el Albaicín, al borde de la grande colina que domina la parte de la ciudad que cae á la derecha del río Darro.

CARTA INÉDITA DE HEREDIA.

Manchester 17 de junio de 1824.

Mis ojos se han saciado contemplando la maravilla de la creación, el espectáculo mas sublime que ofrece la naturaleza salvaje sobre la tierra.

El 13 del corriente salí de Lewinston á las seis de la mañana. Desde las alturas se goza de una estensa vista sobre el Niágara, que corre estrechado entre barrancas altísimas; Newark y el fuerte Niágara que están á su embocadura, como á siete ú ocho millas de distancia; el lago Ontario y las costas de la otra parte que se dibujan sobre el horizonte, como una ligera zona azul, y á ocasiones parecen una nubecilla trasparente estendida sobre las aguas.

El cielo estaba clarísimo, y solo hacia el Sud se divisaban dos nubes que variaban á cada momento de figura, se disolvían á veces en el aire, pero á pocos segundos volvían á aparecer en el mismo sitio. Pregunté la causa de aquel fenómeno, y me dijeron que eran los vapores ó rocíos de las cataratas. Yo lo habia oído decir, pero no creía que á distancia de mas de dos leguas presentasen aquella figura.

Continuamos nuestro camino, siguiendo á alguna distancia los márgenes del Niágara, y al volver un repecho se obtiene como á dos millas la primera vista de las grandes cataratas.

Llegamos á Manchester, me apeé en la posada del Aguila, y sin perder un momento, corro á satisfacer mi ansiosa curiosidad, muy mas encendida con la vista momentánea que habia gozado de la magnífica escena.

Tomé una vereda que me condujo á la estremidad del puente que une á Goat-Island con la orilla americana, y los furiosos rápidos me guiarán al precipicio. A medida que avanzaba por la orilla, se iba desenvolviendo á mis ojos, por detrás de Goat-Island, la catarata inglesa ó de la Herradura, y al obtener una vista completa de ella me hallé al borde de la catarata americana, y no pude menos de estremecerme al considerar que sin advertirlo habia llegado á pocos pasos del tremendo abismo.

Paréme, y por algunos minutos me fué imposible distinguir mis propias sensaciones en la confusion que me causó el sublime espectáculo. El inmenso río pasaba rugiendo por delante de mí, y casi á mis pies se despeñaba desde una altura prodigiosa: las aguas, deshechas en ligero rocío al golpe violentísimo, subían remolinadas en tremendas columnas, que á veces se extendían por todo el abismo, y ocultaban parte de la escena. El trueno profundo de las cataratas asordaba mi oído, y el arco iris alzado sobre el precipicio, era el único que veía distintamente en aquella confusion espantosa.

El río Niágara es propiamente un canal, por donde el lago Erie descarga sus aguas en el Ontario. La diferencia de nivel entre uno y otro es de unos 400 pies: el largo del río es de unas 33 millas, y su anchura varia, segun el terreno, desde 6 á 7 hasta media. Contiene varias islas; pero la principal es Grand-Island, cedida á los Estados de Nueva York por los indios Sénecas, que tiene 12 millas de largo y de 2 á 7 de ancho. La altura de las márgenes del río al salir del lago Erie hasta las cataratas, varia de 4 á 100 pies; pero de las cataratas á Lewinston termina de repente por ambos lados del precipicio; se ensancha el río, y hasta el lago Ontario, que dista unas 7 millas, sigue el terreno casi á su nivel. De aqui han inferido los geólogos, que las cataratas existieron primeramente junto á Kimstun y Lewinston, y que la fuerza del torrente ha ido derrumbando su lecho, ha abierto aquel larguísimo precipicio, y hecho retroceder las cataratas al lugar en que hoy se hallan y lentamente van abandonando.

Por la lentitud con que vá destruyéndose el borde actual del abismo, calculan el transcurso de tiempo que habrá sido necesario para hacer igual operacion en el espacio de 7 millas sobre el fondo de la misma materia. Despues de Grand-Ireland se encuentra New-Island, y pasada esta, como á 2 millas de las cataratas, acaba la navegacion de la parte superior del Niágara, porque la corriente es ya tan violenta, que ningun barco estaria seguro si se aventurase hasta mas allá.

Sin embargo, al principio no se vé ninguna señal de esta aceleracion. Ni se oye ruido, ni cuando está tranquila la atmósfera se vé en el río movimiento alguno. Al contrario, aparece terso como un espejo, y estaria uno tentado á bañarse en sus cristales perfidos, si algunas ramas de árboles no avisaran el peligro por la velocidad con que pasan arrebatadas de aquel torrente irresistible, imperturbable, como el órden eterno de los destinos.

Pero se encuentra Goat-Island á la mitad del río, y lo divide en dos brazos. Aqui el lecho se torna desigual y áspero, y las aguas se precipitan bramando entre los peñascos cortados á manera de escalones, y los cubren de espuma con un estruendo y violencia superiores á todo encarecimiento. Estos rápidos duran como media milla, y se calcula que en ellos baja el río 80 pies; pero lo que mas me maravilló fué ver que al acercarse las olas al precipicio, toman una direccion obliqua al declive, y chocan unas con otras, como si quisieran evitar la fatalidad irresistible que las impele, hasta que vencidas al fin, se dispersan en el abismo, tronando hondamente y lanzando á los aires columnas inmensas de vapores, entre los cuales resplandece el iris con los mas vivos colores.

Por el rudo bosquejo que acompaña á esta carta, conocerás mejor que por la mas menuda descripcion, la forma de las cataratas y sus inmediaciones. La altura perpendicular de la del Oeste ó inglesa, es de 150 pies, y la del Este ó americana, 1.100, que con 980 que tiene el frente de Goat-Island, hacen una anchura de mas de 4.000 pies en el espacio ocupado por las cataratas. En la americana y los bordes de la inglesa, el agua deshecha por la fuerza de la caída, baja en largos lienzo de espuma; pero en la seccion del círculo que forma el centro de la última, como que se suspende una bóveda inmensa de cristal verdoso, cuya base se confunde en la nube de vapores que levanta en golpe en el fondo del precipicio. Lo que mas me admiró, fué ver que en esta parte, en vez de despeñarse las aguas con violencia, descendian con magestuosa lentitud, como si se sostuvieran unos á otros los torrentes acumulados del borde al fondo del abismo.

Siempre que hay sol se ven los colores prismáticos dispersos aqui y alli sobre las cataratas; pero cuando el aire está sereno, y el sol en ciertas porciones, se vé completamente el arco iris, como lo he visto yo dos mañanas, empezar en el fondo de la catarata inglesa, y acabar á mis pies al borde de la americana, encerrando bajo de sí, toda esta magnífica escena.

Se disputa mucho sobre cuál es la mejor vista que hay de las cataratas. Yo prefiero la de Table-Rock al lado canadiense. Al pié de cualquiera de las cataratas, se encuentra uno mas aislado, puede apreciar mejor el volúmen tremendo de agua que se despeña, y se siente incomparablemente mas la fuerza de su trueno; pero es tal la agitacion de los vapores que no puede verse mas que una de la escena. Yo al pié de la catarata americana, nunca pude distinguir nada de la inglesa, aunque el sol brillaba sin nubes, y hacia resplandecer las aguas despeñadas como una lluvia de diamantes; solo de cuando en cuando vi confusamente los árboles que bambolean en la cima de Goat-Island.

Los rápidos objetos, quizá son tan dignos de admiracion como las cataratas. Las olas del Océano azotadas de las tempestades, apenas dan una idea del tremendo error de los rápidos del Niágara; sin embargo el general Porter ha echado un puente sobre ellos, entre Goat-Island y la orilla americana Bat-Island, que contiene una casa de baños, refresco y villar, y divide en dos el puente. Mas de una vez me he parado sobre él, he mirado abajo el furor de las ondas, se me ha trastornado la cabeza, y apenas he podido comprender como subí. Entre los rápidos hay algunas islas, jamás holladas de pies humanos, socabadas por debajo por el continuo impulso de la corriente, y no será extraño que desquiciadas al fin, vayan á parar con todos sus árboles al fondo del abismo.

Pasé á Goat-Island, y la bajé toda para obtener diferentes vistas de las cataratas y los rápidos. En otro tiempo ponian las águilas sus nidos en ella creyéndose en absoluta seguridad; pero se han retirado desde que la mano atrevida del hombre ha abierto una comunicacion, que parecia imposible si no se viese realizada. Lo que hallé fué un sinnúmero de palomas torcaes que me hicieron echar menos la famosa escopeta que tantos sustos dió á las cotorras de Jesus Maria.

Despues de haber errado en los bosques eriales de Goat-Island, me senté al borde de la catarata inglesa, y mirando fijamente la caída de las aguas y la subida de los vapores, me abandoné libremente á mis meditaciones. Yo no sé que analogia tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecia ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de las borrascas de mi vida. Asi como los rápidos del Niágara hierve mi corazon en pos de la perfeccion ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo á temerlas, no son mas que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh! ¿cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece su realidad?

Allí escribí apresuradamente los versos que te incluyo, y que solo espresan débilmente una parte de mis sensaciones (1). ¡Cuántas

(1) Estos versos son la magnífica oda del Niágara, que se halla en la coleccion de sus poesias.

cavilaciones sublimes y profundas puede escitar aquella situación en una alma serena y tranquila! ¡Qué campo á la imaginación de fuego del entusiasmo religioso! ¿Quién, á despecho de todas las demostraciones de la física, no creerá que la mano que por tantos siglos ha alimentado la fuente de aquella masa espantosa de agua dulce, alzó el Océano á la cima de los Andes, cuando un diluvio universal sepultó la tierra? Dios que se mira en el mar, y habla en medio de las tempestades, puso también sus manos en los desiertos del Norte de América, y en el Niágara grande y sublime como los truenos, y el Océano dejó una huella profunda de su omnipotencia. ¿Veis esas columnas de vapores, que alzándose con un movimiento espantoso de rotación van á confundirse con las nubes brillantes del estío que pasan con lentitud sobre este teatro maravilloso? Así suben al señor las preces de los hombres justos, que en su fervor sagrado unen la tierra con el cielo. ¿Veis cómo rasplandece el iris gloriosamente sobre ese abismo insondable y tenebroso? Así brilla la luz de la inmortalidad que la esperanza y la religión encienden sobre las tinieblas del sepulcro.

Al otro día continué mis paseos. En la barranca perpendicular del lado americano hay una escalera de tablas para bajar al pié de la catarata: bajé por ella, y te aseguro que á la mitad de la distancia miré arriba y abajo y me sentí herido del mas profundo terror. Además, el rocío de la catarata que se levantaba con furia, me venía arriba como una fuerte lluvia y me incomodaba sobremedida.

Atravesé en un bote el lado canadiense, y subí por otra escalera hasta el lugar llamado Table-Rock, que verás marcado en el bosquejo. Es una gran meseta de piedra, que se extiende horizontalmente como 40 ó 50 pies sobre el precipicio. Desde allí podía apreciarse la anchura de la catarata americana, la cantidad ó grandeza de los peñascos amontonados en fila á su pié, como trofeos de furor, la altura del frente precipitoso de Goat-Island, que cortado perpendicularmente como una muralla, divide las aguas, la extensión y furia de los rápidos, y en fin toda la grandeza de la catarata inglesa. La imagen de Chateaubriand es tan verdadera como bella: «no parece río sino un mar, cuyos torrentes se agolpan á la anchurosa boca de un abismo.»

Hace algunos años que se derribó un pedazo del precipicio que seguía Table-Rock, y este por su forma, y las anchas grietas que le ha abierto la filtración de las aguas, no está muy lejos de igual suerte. Se necesita un poco de nervio para acercarse á su borde y mirar desde allí el golpe de la catarata que cae debajo. Yo aunque con recelo lo hice, y solo ví confusión y vaporosa oscuridad.

Seguí la orilla en el río hacia arriba, y subí á una posada magnífica, llamada el pabellón, desde cuyos balcones se obtiene una vista muy extensa de las cataratas, los rápidos, y la parte superior del río hasta New-Island, con todos los campos vecinos. Empero es preferible la de Table-Rock para los que gusten de emociones mas fuertes y solemnes.

Al volver por la orilla del río, alcancé á ver un bote que había salido de New-Island y se dirigía á la orilla canadiense. Le encaré un antejo, y ví un hombre solo, que se esforzaba en luchar con la corriente que le llevaba hacia el rápido con una velocidad espantosa. Si desmayaba un momento, su pérdida era inevitable. Seguí sus movimientos con una estrema ansiedad, y no creo que él sufriera la mitad de las angustias que me hizo padecer hasta que aportó á la orilla, poco mas arriba de los rápidos.

Contáronme que un indio dormía en su canoa atado á un árbol en la parte superior del río, y que algun malvado la desató al pasar. El sin embargo, solo despertó al rugir tremendo de los rápidos. Lleno de horror hizo algunos esfuerzos para llegar á la orilla; pero viendo su inutilidad, abandonó el remo, se cubrió la cabeza con su manta y se abandonó á su espantoso destino!... ¡Oh! ¿Qué poeta podría expresar los sentimientos del infeliz en los fugaces instantes que precedieron á su aniquilación?

Volví á Table-Rock, y bajé la escalera que conduce al borde del río. De allí me adelanté hacia el pié de la gran catarata, resuelto á llegar á él. Empero el estruendo, el rocío que me inundaba, el sentir las piedras deslizarse bajo mis pies, al ver que nadie me seguía y la especie de temblor que causa el Niágara á cuanto le rodea, me hicieron renunciar á mi proyecto. Paréme, y eché una ojeada sobre su terrible y magnífica escena, que sin duda no olvidaré jamás. Aquel mar, desenvolviéndose en lienzo brillantes de espuma y nieve, se despeñaba á pocos pasos de mí, asordando mis oídos con su estruendo. El borde de la catarata se extiende horizontalmente como el Table-Rock, de que es una continuación; y el vasto lienzo de agua tendida delante, deja suficiente lugar para que se entre por aquella especie de galería, que es el verdadero palacio del Niágara. Muchos han entrado y hacen maravillosas relaciones; pero yo no quise imitarlos. Por mas que digan no puede haber seguridad donde un paso en falso,

que es facilísimo en aquella oscuridad, ó resbalan entre tanta piedra cubierta de musgo, conduce al curioso á una muerte instantánea, inevitable.

Es indescriptible la impresión que me hacia el estruendo de la catarata repetido en el hueco de aquellos peñascos informes. Quien solo lo ha oído desde arriba, apenas tiene una idea. En vano se han esforzado á expresar sus admiradores. Los cañonazos, los truenos, solo son un momentáneo estallido para poder compararse con aquel fragor tremendo, invariable, eterno, que en vano quiere figurarse la imaginación del que no ha estado al pié de la catarata del Niágara. Antes de echar la última mirada sobre las maravillas que tenía delante, arranqué un pedazo de una piedra cargada de hermosas cristalizaciones y volví á atravesar el río.

Desde su mitad debe obtenerse una espléndida vista de las cataratas en los días serenos; pero yo tuve la desgracia de que me tocara uno oscuro y tempestuoso. Hé aquí la descripción del viaje Howinson que visitó el Niágara y el lago de las mil islas con todo el entusiasmo de un poeta.

«En medio del río.... Hallábame en medio del área comprendida en el semicírculo de las cataratas, que es de mas de 5,000 pies, y flotaba en la superficie de un golfo enfurecido, sin fondo.... precipicios magestuosos, arcos iris espléndidos, árboles altísimos y columnas de rocío, eran las decoraciones de aquel teatro de maravillas, mientras un sol resplandeciente esparcía refulgente gloria sobre toda la escena. Rodeado de nubes de vapor, y lleno de confusión y temor por el fiero estruendo, miré hacia abajo, y á la altura de 150 pies, ví torrentes vastos, densos terribles y estupendos, que se quebrantaban furiosamente sobre el precipicio, y rodaban de él sonidos fuertísimos, semejantes á descargas de artillería ó explosiones volcánicas, que se distinguían entre el tumulto de las aguas y aumentaban el horror del abismo de que salían. El sol mirando magestuosamente por entre los vapores que se elevaban, estaba rodeado de un círculo radioso, en tanto que fragmentos del iris flotaban por do quiera y se desvanecían momentáneamente para dar lugar á otros mas brillantes. Miré atrás, y ví el Niágara, tranquilo otra vez, recorrer magestuosamente por entre los precipicios que lo encierran, y recibir gotas de rocío por los árboles que se encorvan sobre su seno trasparente. Una brisa ligera rizaba sus aguas, y pájaros hermosos revoloteaban sobre él, como para felicitarlo por su salida de aquellas nubes de rocío, que son los iris y truenos con los anuncios de su despeño en el abismo de la catarata.»

Hasta aquí Howinson. Yo no pude gozar de la brillantez de la escena, porque, como dije, pasé el río en un día oscuro y tempestuoso. El cielo estaba enteramente cubierto de nubes tan espesas, que ni aun se distinguía el paraje donde estaba el sol. El viento de la tempestad, rugiendo entre aquellas cavernas, revolvía con tal furia alrededor de mí el rocío de la catarata, que entre sus torbellinos apenas me dejaba ver los precipicios altísimos y las grandes masas de agua despeñadas desde la cumbre. Empero aquella misma confusión y la lúgubre sombra del cielo, daban su peculiar sublimidad al espectáculo. De cuando en cuando calmaba un poco el viento y podían verse las nubes negras que pasaban volando sobre el precipicio, y desde abajo parecían tocar á los torrentes y desatarlos de su seno tenebroso. Parecíame que veía á Dios indignado abriendo otra vez sobre el mundo criminal las cataratas del cielo.

Hasta una larga distancia de las cataratas, está la superficie del agua cubierta de espuma, que con su extraordinaria consistencia, mas bien que de río, le dá el aspecto de un campo cubierto de nieve, agitado por las tempestades invariables.

Me pesaba apartarme de aquel lugar; y antes de retirarme volví al borde de la catarata americana. La estuve contemplando un rato; y al irme, apenas me aparté de la piedra en que había estado parado, la ví desprenderse y rodar al abismo con solo el leve impulso que al levantarse le dieron mis pies. Aquella piedra, sobre la cual me había creído seguro algunos segundos antes, estaba ya donde no volverían á hollarla pies humanos; enfrióse un poco mi insaciable curiosidad: subí la escalera con mas que regular cuidado, y me retiré á descansar de las fatigas del día.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

LA FUENTE DE SAN JUAN DEL DEDO.

San Juan del Dedo está situado en el distrito de Morlaix, departamento del cabo de Finisterre, en Francia. La iglesia, que es una obra maestra por su esbeltez, está dominada por un hermoso cam-



(Fuente de S. Juan del Dedo.)

panario cubierto de zing. Hé aquí la leyenda del Dedo de S. Juan:

Cuando se quemaba su cuerpo en Samaria, una lluvia milagrosa apagó la pira y permitió sustraer un dedo, que fué enviado al patriarca de Jerusalem. Tecta, virgen normanda, le transportó á su patria. Un joven breton de Plougasnou hizose tan vivamente devoto de esta reliquia, que quiso arrebatarla; el dedo le eximió de este hurto, yendo él mismo á colocarse en su mano entre la epidermis y la carne, y el breton, que se habia dormido, se encontró transportado milagrosamente á su parroquia. Allí el mismo dedo milagroso se desprendió y fué á colocarse en el altar. El duque de Bretaña, sabedor del milagro, hizo edificar la iglesia actual de S. Juan del Dedo, cuya primera piedra se puso el año de 1440, y cuyo edificio se concluyó en el 1515 por las liberalidades de la reina Ana.

Esta princesa, que padecía enfermedad de ojos, quiso, un día que le llevasen la reliquia para ponerla en contacto con el órgano enfermo, pero el dedo mismo milagroso volvió de nuevo á su sitio. Aconteció lo mismo cuando los ingleses lo arrebataron en el año 1459.

Un cáliz de plata sobredorada, regalado por la reina Ana, existe aun en el tesoro de la iglesia de S. Juan del Dedo. Este cáliz tiene trece pulgadas de elevación; su copa tiene cinco pulgadas, seis líneas de diámetro. En esta base hay ramos sostenidos por un ángel. La copa está adornada por ocho medallones que representan á los Apóstoles, en esmalte. En la patena hay un niño Jesús, á cuyos lados la Virgen y S. José están en adoración. Dos pastores atentos bajo un arco abovedado contemplan aquella escena. Este lindo trozo está esmaltado sobre un fondo de color rojizo. Un retrato, sin duda

el de uno de los maridos de la reina Ana, se ve en relieve sobre esta patena.

Un manantial que existia contiguo á la iglesia de S. Juan del Dedo habia adquirido, segun se decia, una parte de las virtudes milagrosas de la misma reliquia. Los peregrinos concurrían en gran número, y concurren aun para curarse por medio de esta agua que, como el dedo de S. Juan, es sobre todo escelente para las enfermedades de los ojos. Háse erigido sobre el manantial la hermosa fuente que representa nuestro grabado. Está construida de piedra de Kersanton y de cing. Tres recipientes sobrepuestos y decorados de cabezas de ángeles están dominados por una estatua que representa á S. Juan Bautista. Nunca se podrá alabar suficientemente la belleza de este monumento, cuyos pormenores aparecen á través de una lluvia de agua cristalina que cae á manera de cascada en tres pilones.

UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

(Continuacion.)

El tiempo, aunque con frecuencia borrasoso durante el paso del junco á América, no fué nada malo, comparado con la continua série de tempestades que sufrió en su viage desde aquellas regiones á Inglaterra. En esta ocasion la Sra. Hellett iba de pasajera, y sufrió los mismos disgustos y azares que la tripulacion, y manifestó mas



希生廣東共船

valor y serenidad en el peligro que muchos hombres. El asiento del diario correspondiente al 25 de febrero de 1848 refiere que la ráfaga que había sido fuerte durante la mañana, aumentó tanto á la 1 de la mañana, que hubo que coger dos rizos al trinquete. A las 3 había una ráfaga muy fuerte, y se arrió el trinquete. Durante este temporal se perdieron los cables del timon. Una tormenta mayor aun, ocurrió tres dias despues.

Hemos mencionado estas circunstancias para demostrar las cualidades del *Keying* como embarcacion marinera, porque muchos opinaron, tanto en Inglaterra como en China, que no podria atravesar nunca los mares borrascosos que tendria que hallar necesariamente.

El 15 de marzo echó el ancla en las aguas de Jersey, donde se atrevieron á aventurarse fuera del puerto. El 25 de marzo salió de Jersey remolcado por el buque de vapor «Monarca,» y llegó el 28 cerca de Gravesend.

Un personaje muy interesante á bordo del juncos es *Hesing*, un mandarín de quinta, cuyo distintivo es un boton de cristal en la cúspide de su gorro. Tiene 46 años, y es inteligente, amable y caballeresco. Durante el viaje aprendió un poco de inglés; pero el acento y estilo chino que dá á aquel idioma, asi como la dificultad que espere al pronunciarle, hacen muy dificultoso el entenderle, aunque él lo desea con mucha vehemencia. El capitán Kellett le enseñó á escribir su nombre con caracteres ingleses, con lo cual estaba sumamente vanidoso. Nosotros conservamos entre otros objetos que nos ofreció cuando le visitamos, un ejemplar de su retrato (del cual es copia fiel el que representa el grabado) en el que escribió nuestro apellido con caracteres chinos primero y europeos despues, sin que fueran obstáculo para él las letras y terminaciones duras á la pronunciaciön que le componen. Como acontece á todos los chinos

que han recibido cierta educaciön, escribe su propio idioma con suma perfeccion y elegancia. Es natural de Canton, y hasta la época de su navegacion no se habia apartado arriba de 10 millas de aquella ciudad. Sus amigos trataron de disuadirle por todos los medios posibles de que hiciera el viaje, diciéndole por último que el *Keying* se iria á pique en alta mar, ó naufragaria antes de doblar el cabo de Buena Esperanza. Cuando supo que habia pasado dicho cabo, se manifestó muy complacido y dijo: «aquel hombre en China no decia la verdad; aseguré que me ahogaria antes de pasar el cabo. He pasado el cabo y estoy vivo.» La inscripciön que hay en caracteres chinos al pié del retrato significa: CANTÓN: MANDARIN HESING.

Los juncos chinos son de varios tamaños; la mayor parte de ellos están dedicados á los rios y numerosos canales que interceptan cada parte del celeste imperio. Los vapores tienen unas 1000 toneladas; el *Keying* es del segundo tamaño. Los chinos hacen raras veces viajes largos, pues aunque hace muchos siglos que están acostumbrados al uso de la brújula, pocas veces pierden de vista la costa. Dos juncos van á Calcuta cada año; pero en este caso, asi como en su comercio de Singapore y Batavia, emplean capitanes extranjeros, que son generalmente portugueses.

Tienen asimismo los chinos una supersticiön singular, y es que pintando un ojo grande á cada lado de la proa, puede el buque de este modo ver su camino. Cuando se les preguntaba con que objeto lo hacian, contestaban:—Tiene ojo, puede ver; no tiene ojo, no puede ver.» En el dia de cualquiera de sus festividades religiosas, adornan los ojos con tiras de trapo encarnado.

El *Keying*, llamado así en obsequio del comisionado chino en Canton, está construido enteramente de *Teak* (1), y se cree que ten-

(1) Especie de madera mas dura que el roble que se cria en las Indias Orientales.

ga ya 100 años. Esto parece muy probable, puesto que un individuo de su tripulación anterior había navegado ya anteriormente en este junco mas de 50 años. Su longitud mayor es de 150 pies; anchura entre los baos, 23 y medio pies; ondura de la bodega, 12 pies; altura de la popa sobre el agua, 58 pies, altura de la proa 50 pies.

El medio de construcción es muy particular: en lugar de poner primero las cuadernas y ligazones, como se hace en Europa, son los únicos que se colocan, y el buque se pone junto primero, sosteniéndole con clavos inmensos. El último procedimiento es embonar y empalmar las cubiertas. Dos baos inmensos ó dos cadenas se ponen entonces debajo, delante y detrás, para sostener los otros baos en sus sitios. Las cuadernas de la cubierta son un arco, y se erige encima una plataforma que la protege del sol y demás injurias del tiempo. Las costuras de los tablones son calafateadas con hilachos de redes de pescar, viejas, ó con astillas de bambú, y embreadas después con una argamasa llamada *chicam*, compuesta de conchas de ostra quemadas en cal, con una mistura de madera de bambú fino machacado con un aceite vegetal extraído de una clase de nuez que hay en el país. Cuando esta composición se seca se pone excesivamente dura, no se deshace nunca, y las pinturas, aseguradas de este modo, están perfectamente seguras y no dan entrada al agua.

Toda la obra del buque es completamente sólida, cuando se encuentran los árboles del tamaño necesario, los cortan, los despojan de la corteza, los sierran en la longitud conveniente, sin cuadrar los costados si no dejándolos tal cual han nacido. No se usa ningún medio artificial para ninguna de las ligazones de las cuadernas; se encuentra un árbol ó una rama de él con la curvatura requerida, y se emplea para el objeto deseado.

Alegan los chinos para justificar su conducta en este concepto, que no pueden hallar razón alguna para emplear ó buscar y elaborar á mano y con escrupuloso cuidado las piezas para un sitio en que no es necesario esto; y que es absurdo hacer los puentes de la bodega muy finos y pulidos, cuando solo se han de poner allí efectos ó lastre; y que las cuadernas de los costados ó la cubierta, si es un junco de guerra, son bastante buenas para recibir los tiros, sin que sea necesario gastar mucho tiempo en labrarlas.

Aun el trabajo del interior de la cámara es de la peor clase, y forma un contraste singular con la belleza de los adornos y el trabajo y gracia de ellos. Esta diferencia se puede conocer perfectamente en el salón de *Keying*. Los chinos, en todas sus cosas, parecen hacer una distinción marcada entre lo que ha de ser objeto de lujo, y los objetos de uso. A tal extremo llevan esta idea, que hasta sus puertas carecen de quicios estando reemplazados con una especie de muesca.

Es una circunstancia particular, y que requiere verlo para creerlo, que no hay en la construcción, aparejos ni adornos de un junco chino ni una sola cosa que se parezca siquiera á lo que vemos á bordo de los buques europeos.

Cada cosa es diferente: el modo de construirle, la falta de quilla, bauprés y obenques, los materiales empleados, los mástiles, las velas, las vergas, el timon, la brújula, el áncora, todo es distinto de lo europeo. No es menor la diferencia que hay entre los marineros chinos y los de Europa. Todos son hombres, y los respectivos buques que tripulan están destinados á surcar los mares; pero este es el único punto de contacto que tienen: aquí comienza y concluye toda su semejanza. Millares de años habrán transcurrido quizás desde que se botó al agua el primer junco, y todavía, si pudiéramos verle, hallaríamos en los de ahora exactamente el mismo aspecto, diferenciándose tan solo quizás en el tamaño. Centenares de buques europeos, con toda su elegancia de formas, belleza y esbeltez de aparejos han estado constantemente ante la vista de los chinos, sin que hayan manifestado éstos reconocer la inferioridad de sus buques, ni deseos de imitar los nuestros. La irreducible prevención, el innato y excesivo desprecio á todo lo que es extranjero, son obstáculos poderosos que estorvan todo progreso. A tal extremo llega esta preocupación, que si se hace un junco chino apartándose en lo mas mínimo de las reglas antiguas y establecidas, se le carga con un nuevo gravamen, por decreto del emperador, considerándole como si fuera construcción extranjera. Quizá el continuo roce con los ingleses y con otras naciones efectúe dentro de algun tiempo cierta variación en los hábitos y costumbres de este pueblo singular, y probablemente llegaremos á ver en sus buques notable semejanza con los nuestros.

COCINA.

Al saltar á bordo del *Keying*, lo primero que se encuentra es el fogón ó cocina, tan diferente en todos conceptos de las que se usan en nuestros buques, y hasta colocada de tan distinto modo. La parte inferior está construida de ladrillos, y los dos agujeros cuadrados que hay en su frente son para el fuego. Enfrente de estos dos hornillos

hay dos pilones llenos de agua, dispuestos de tal manera que cualquier combustible encendido que salga de aquellos se apaga en seguida en el agua que contienen estos. El combustible que usan es de leña. Mirando al interior del fogón, se ven dos cazuelas de hierro rodeadas con tejas encarnadas; éstas están colocadas encima del fuego. Una de ellas se halla cubierta con una especie de medio casco; esta cazuela se emplea para cocer las raíces, siendo la cubierta para impedir que al cocer el agua se evapore, lo cual hace que las raíces salgan divinamente condimentadas; impide asimismo la cubierta que se vuelque el contenido de la cazuela cuando el buque tiene mucho movimiento. La otra cazuela la emplean para freír pescado, carne, etc. Las raíces y los pescados son los principales alimentos que gastan los chinos. La cantidad diaria de raíces para cada individuo es de unas tres libras. El labado de los platos, etc., se efectúa en un tablado que hay á la parte de afuera de la cocina, de modo que tienen siempre la loza en un estado de perfecta limpieza. A la izquierda, y muy inmediato á la cocina, hay un albigie construido de madera, que está pintado por fuera imitando al ladrillo, capaz de contener 27,000 cuartillos.

El curioso pasará entonces á la entrada dorada y cubierta de molduras del salón ó cámara principal, protegida por una especie de claraboya, cuyos costados están formados con la preparación de las conchas de ostras empleadas tan comunmente en China en lugar del vidrio, siendo este muy caro para los usos comunes. Tiene 50 pies de larga, 25 de ancha, y 11 de alta.

Del techo cuelgan muestras de algunas de las diferentes clases de LINTERNAS en cuya fabricación son tan hábiles los chinos. Las hay de diferentes formas y tamaños, y los materiales de que se componen son muy variados. Asta, vidrio, seda y papel se usan indistintamente en su construcción, y algunas veces una obra de malla, de seda fina, está cubierta con una capa de barniz capaz de encerrar y transmitir la luz al exterior. Los bastidores ó marcos están cincelados y dorados de una manera espléndida, mientras que la cubierta transparente está bordada ó pintada, según el material de que se componga, representando paisajes verdaderos ó ideales, ó figuras de flores ó animales existentes ó fabulosos.

De todas las particularidades que tiene esta nación singular, no hay ninguna tan notablemente distintiva como su parcialidad excesiva por las lámparas y linternas. Cada calle, iglesia, casa, y barco, las tiene con abundancia, y después de entrada la noche, sería tan extraordinario encontrar á un chino sin su linterna como sin la cola que forman con su pelo en la parte posterior de la cabeza. Hay una razón poderosa para esto, y es, que si se encuentra en las calles después de la queda á un chino que no lleve su linterna encendida, con expresión del nombre y sitio en que vive, está sujeto á que le arresten los funcionarios de policía. A tal extremo llevan esta costumbre, que cuando una de las baterías que habían hecho fuego sobre el buque inglés «Alceste» á su paso por la Boga, fué destruida por una andanada de dicho buque, y huyeron los artilleros chinos que la servían en el mayor desorden, en vez de procurar escaparse favorecidos por la oscuridad de la noche, cada soldado cogió su linterna y escaló las escabrosidades que había detrás del fuerte. Los grandes globos luminosos y pintados que elevaban, formaron excelentes punterías para los marinos ingleses que querían hacerles fuego á los chinos que se retiraban, olvidando todo el temor de las consecuencias que había de producirles necesariamente en aquella ocasión la práctica de su singular costumbre nocturna.

Las paredes y el cielo del salón son de fondo amarillo, y están cubiertas de pinturas que representan flores, follaje, frutas, insectos, pájaros, monos, perros y gatos. Esto, así como los demás adornos del buque, está pintado por un chino natural de Canton, llamado Sam-sing, que está á bordo del junco, y que dejó su país y su familia para acompañar el «Keying» donde quiera que vaya, con el objeto de ejecutar otras pinturas, ó retocar y dorar cuanto sea necesario. Es digno de mencionarse también aquí un incidente que muestra la supersticiosa veneración que tributan los chinos á sus ídolos. Sam-sing es un hombre muy religioso, y muy exacto y escrupuloso, para hacer sus devociones y leer sus libros sagrados. El gran Joss, ó imagen de la divinidad que se halla en el salón, y que describimos á continuación, perdió una parte de sus dorados; se le pidió que los reparase y dorase de nuevo el ídolo, pero se negó rotundamente á hacerlo, alegando como motivo poderoso para su negativa, que no era él de esfera ó categoría bastante elevada para aventurarse á tocar lo que para él, en su desdichada ignorancia, es cosa tan santa.

Al extremo del salón está el nicho del Yos, en el que se halla el ídolo Chin-Tee, que tiene 18 brazos, con su compañero Tung-Sam y Tung-See. Una cosa parecida á este grupo forma invariablemente una parte del coronamiento de cada casa y buque de China. La escultura de este grupo es de mucho mérito; está pintado de encarna-

do y tiene profusión de dorados, y los calados están adornados con flores y hojas azules. El idolo principal y mejor dorado está hecho de una sola pieza de madera de alcanfor, y tiene por encima un paño de seda encarnada.

El altar que hay enfrente del idolo, donde se quemaban los perfumes, es también de madera de alcanfor pintado de encarnado.

El incensario para quemar maderas aromáticas y papel dorado, está colocado encima. El frente de este altar es de fondo encarnado, enriquecido con dorados y adornos de flores é insectos, y los dragones imperiales con las llamas figuradas. A cada lado hay una especie de escudo verde, en que se ven palabras Chinas, invitando á los idólatras á que eleven muchas ofrendas de oro y piedra de ágata.

CUBIERTA.

Saliendo del salon y subiendo unos cuantos escalones del alcázar, se ven colocados á los costados varas y distintivos de honor, usados en ocasiones solemnes; lanzas y picas de abordage, rodelas redondas hechas de roten ó caña; las usan muy diestramente los chinos, y son bastante fuertes y sólidas para resistir á un sablazo y aun á una bala de fusil.

Yendo hácia popa, y bajando á un puente inferior, se ven las piezas de dormir de los marineros chinos. Inmediata á esta, se halla la parte mas sorprendente del buque, el enorme timon no colgado sobre los hierros conocidos con el nombre de machos y hembras del timon, porque el buque no tiene esteriormente apoyo ninguno para él, sino colgado de dos molinetes por tres cables largos hechos de cáñamo y juncos: uno está arrollado al molinete en la última cubierta, y los otros dos rodeados á un molinete que hay en la cubierta superior, de modo que puede subirse ó bajarse con arreglo á la profundidad del agua en que navega el junco. Cuando el timon desciende en toda su estension para emprender una navegacion, cala unos 24 pies, que son 12 mas de los que cala el buque, y es gobernado en esta cubierta. Está sujeto en la popa en una especie de concha, por medio de dos cuerdas inmensas de bambú, atadas á la parte posterior de él, que corren por la parte inferior del buque, y subiendo por la serviola á la primera cubierta, están amarradas y fijas. Cuando se baja el timon á su mayor profundidad, requiere generalmente la fuerza de 13 hombres para mover su larga caña, y aun así, con la ayuda de la potencia de un aparejo de bolinear y un juego de garruchas. Sin esto, necesitaría 50 hombres. En una ocasion, corriendo el junco con una ráfaga fuerte y chubascos de granizo, un guardin de caña de 9 pulgadas de circunferencia se rompió por la mitad como una hebra de hilo. El timon permanece subido en la actualidad, y tiene montada una caña pequeña en la cubierta superior. Está hecho de palo de hierro y de otra especie de madera mas dura que el roble que se cria en las Indias Orientales, y guarnecido de hierro; su peso es de 7 y media á 8 toneladas, y se halla perforado con romboides.

SEGUNDA CUBIERTA.

Al subir á la cubierta inmediata, se pasa bajo un toldo hecho de conchas de ostra, semejante al de la entrada del salon; debajo cuelga un pendon, llevado delante del emperador en una de las procesiones religiosas mas solemnes; aquí se vé la cabeza del timon, con la caña pequeña, así como uno de los molinetes mencionados antes, con el cable rodeado. Enfrente hay un pedazo de madera en que están escritas estas palabras. «Plegue al cielo que las aguas del mar no pasen nunca sobre este junco.» Los marineros chinos consideraban esto como un encanto, y le cosieron dos trapos encarnados. En la parte trasera se vé el templete del Dios de los marineros, que contiene la divinidad del mar con sus dos acompañantes, provisto cada uno de una banda encarnada. Cerca de la Diosa principal hay un pedazo de madera de la primera cuaderna que se puso del *Keying*; fué llevado á uno de sus templos principales, donde le consagraron y entonces le trajeron á bordo, y le colocaron como simbolo de la totalidad del buque, bajo la proteccion de aquella deidad. Enfrente hay un bote pequeño de barro, que contiene la tierra y raices chinas sagradas, en el cual se quema el perfume, talco, etc. Hay igualmente una lámpara encendida, que estuvo ardiendo en todo el viaje, porque si se hubiese apagado habríase considerado como un mal pronóstico. A derecha é izquierda antes de entrar en el templete, hay pinturas de Sam-Sing. Una de ellas representa las abluciones del mandarin, otra una señora china en su tocador, la tercera un globo con peces dorados. En las hojas de las puertas de los camarotes hay pintadas una señora de Canton, otra de Pekin, un chino desmenuzando raices, la muy estimada flor Leichee, y un pote de flores chinas. Hay varios camarotes para pasajeros, sobrecargos, etc.

CUBIERTA TERCERA Ó DE POPA.

Al subir á esta cubierta se halla uno á 58 pies sobre el nivel del agua. Aquí se disfruta la mejor vista del buque, y se vé también el otro molinete que sirve para subir y bajar el timon, y el palo de mesana, que tiene unos 50 pies de largo, y está puesto en un costado, para dejar maniobrar la caña del timon, cuando navega en poca agua.

CUBIERTA MAYOR.

Bajando ahora y pasando por la cocina, se llega al PALO MAYOR, que tiene 33 pies de largo y 10 de circunferencia en su pie; es tal cual nació el arbol, sin mas diferencia que haberle quitado la corteza. No es perfectamente recto; pero esto que seria considerado entre nosotros como un defecto, no lo es para los chinos, que prefieren un mastil que tiene una comba al que carezca de ella, creyendo que así tiene mas fuerza, y es evidente la buena calidad del arbol. Este palo está rodeado de aros, á consecuencia de haberse rajado cuando le estaban curando. El procedimiento que usan los chinos para esto, consiste en enterrar el arbol en un terreno pantanoso, con lo que dicen que se hace la madera tan fuerte como si fuera hierro. Los mandarines que navegaron en este junco á Cochín-China, apreciaban mucho el buque por la comba del palo que hemos mencionado. El mastil no se introduce en el casco arriba de 4 pies, porque el *Keying* no tiene sobrequilla, pero está fuertemente sujeto entre dos pedazos de madera. No tiene estais ni obenques. Las vergas mayores son de una madera muy fuerte, y lo mismo que el mastil, no tienen mas preparacion que haberlas despojado de la corteza. La verga superior tiene 73 pies de larga y la inferior 60.

Las velas están hechas de un tejido tupido de tela mas sutil que el cañamazo, que coje el viento mucho mejor, que rara vez se rompe pues nunca la sacude el viento con fuerza. Estas velas duran mucho tiempo si se tiene cuidado con ellas. La vela mayor de *Keying*, pesa 9 toneladas, y cubre una superficie de 1100 varas. Una mole de tal peso requiere mucha potencia para izarla: para hacerlo á bordo del *Keying*, eran necesarios 40 hombres con la ayuda del cabrestante: sin este, necesitaríanse 80 hombres. Estas velas enormes, que no pueden ser izadas sin tal colosal potencia, producen frecuentemente consecuencias serias y fatales. No hace mucho tiempo que un junco grande, de 1000 toneladas, fué arrojado á la costa y naufragó porque la tripulacion de una flota de guerra unida á la del junco no pudo izar la vela mayor.

Estas velas cuelgan de 4 cuerdas largas, y están estendidas en una verga de bambú, teniendo rizos hechos á distancia que varían desde dos á cuatro pies. Cada bambú está asegurado al mastil, al que sujeta por todas partes de arriba abajo, dándole doble fuerza. La vela mayor del *Keying* tiene 18 rizos. Se hizo por medio de dos solas cuerdas, y con la ayuda de molinetes. Las velas se rizan bajándolas, y esta peculiaridad hace innecesario el mandar gente arriba, de modo que en la noche mas oscura y con el peor tiempo, los cuatro hombres que se hallaban constantemente de cuarto sobre cubierta, podían hacer esta maniobra sin pedir ayuda, y aun tres hombres solos podrían muy bien rizar las velas. Los marineros chinos, probablemente porque el aparejo de sus buques lo hace innecesario, son muy opuestos á subir á las gabias. Algunos juncos grandes llevan una mesana y una gavia de lienzo, únicas velas altas usadas entre ellos: ponen la última cuando navegan con viento contrario, y entonces la llevan tan floja que hinchada por el viento parece un globo.

La grimpola tiene la forma de un pescado fabuloso, con dos prolongaciones como las antenas de una mariposa. Forman la cola largas flámulas y gallardetes pequeños pegados al cuerpo contribuyen á darle una apariencia estrambótica. Tiene pintados algunos caracteres chinos en el cuerpo, que significan: «Buena fortuna al junco.»

(Concluirá.)

HISTORIADORES ANTIGUOS ESPAÑOLES.

Polibio y Floro dejaron escrito bastante sobre la historia de los Cartagineses.

Ambrosio de Morales, natural de Córdoba y cronista de Felipe II, escribió la guerra y dominacion de los romanos, continuando la Crónica de España por Florian de Ocampo, á quien copiaron en lo que pertenece á esta parte de nuestra historia Esteban de Garibay y el padre Juan de Mariana.

Florian de Ocampo, natural de Zamora, floreció en el siglo XV. Fué canónigo de su patria y empezó á trabajar la historia de España

de orden de Carlos V. Don Francisco Cerdan y Rico en sus comentarios al Vossio le señalaba un distinguido lugar. Dice que fué muy instruido y versado en la lectura de los autores griegos y latinos, medallas y antigüedades, y que con el socorro de estos monumentos intentó aclarar el origen de nuestros primeros reyes y pobladores. El marqués de Mondejar alaba su estilo y método, y sobre todo las noticias topográficas de los lugares, de los pueblos y de los parages antiguos á que corresponden los modernos, aconsejando que se empiere á estudiar por él la historia de España.

Sobre el dominio de los romanos en España, también escribieron siguiendo el arzobispo don Rodrigo en el tratado que publicó con el título de *Ordo Romanorum*, Florian de Ocampo y Mosen Diego de Valera natural de Cuenca, Maestre-Sala y del consejo de la reina doña Isabel de Castilla, por cuya orden compuso la crónica de España abreviada.

Los sucesos acaecidos en España después del nacimiento de Jesucristo, están relatados por Ambrosio de Morales, dando también noticia de los mas célebres prelados que florecieron en los primeros siglos de la iglesia.

Idacio, obispo de Lamego, Paulo Orosio, Olimpicodoro, Focio, Próspero, Aquitánico, y especialmente San Isidoro, escribieron el reinado de los vándalos, de los nuevos y de los godos.

El arzobispo don Rodrigo Jimenez de la Rada, cuya historia se conserva con el nombre de *Rebus Hispani*, aunque en los manuscritos antiguos se conocia con el de Crónica gótica, habló largamente de los godos, y en esta parte le siguieron Juan Magno, arzobispo Upsalense, Ambrosio de Morales, Garibay y el padre Mariana, á quienes critica Mondejar que empezasen á contar por príncipe nuestro á Ataúlfo, porque murió fugitivo en Barcelona, y Wala y Sigerico que mantuvieron su corte y dominación en Tolosa; que dieron por seguro, cuando es muy dudoso, el parentesco de los cuatro hermanos San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina con el Rey San Hermenegildo, y que hablasen de la supuesta jornada del rey Teodorico por España, y de la falsa predicación de Mahoma que refiere el arzobispo de Tuy en la vida de San Isidoro.

Isidoro Pacense, compuso su criconon del ingreso y conquista de los árabes, cuya obra y las de Fray Prudencio de Sandoval y del arzobispo Pedro Marco, sirvieron de base para que el padre Pedro Abarca y don José Pellicer formasen la relación de la conquista de los árabes mejor que Luis del Mármol y Fray Jaime Bleda, el primero en la historia de Africa, y el segundo en la de los moros.

De los hechos y victorias de don Pelayo y de sus sucesores los primeros reyes de Asturias, Oviedo y Galicia, se encuentra muy poco escrito, pues el Cronicon de don Pedro III el Magno, rey de Leon, que publicó Sandoval como de Sebastian, obispo de Salamanca, es muy breve, pero sin embargo, pertenece al mismo tiempo al cronicon de Albelda, ó de san Millan que dió á luz don José Pellicer, con el nombre de Dulcideo, obispo de Salamanca.

De estos materiales y de los Cronicones de Sampiro, obispo de Astorga, de D. Pelayo, obispo de Oviedo, del de Isidoro Pacense y de algunos privilegios y documentos antiguos, formó Ambrosio de Morales el tercer tomo de su Crónica.

De los condes de Castilla escribieron Fray Gonzalo de Arredondo abad del Monasterio de S. Pedro de Arlanza, Fernan Gonzalez y Fray Juan de Arévalo.

Fray Prudencio de Sandoval, continuando la crónica de Ambrosio Morales, escribió el reinado de don Fernando, que fué el primero que se tituló rey de Castilla y de sus inmediatos sucesores. Por aquel tiempo se publicó la crónica del Moro Rasis, llena de fábulas y de faltas de cronología, é igualmente parece supuesta la que publicó don Juan Perez, arcipreste de Sta. Justa de Toledo.

Don Antonio Nuñez de Castro continuó la crónica de Sandoval, aunque son poco seguras las noticias que dá de los reyes don Sancho el deseado y don Alonso el Noble. Dice Mondejar que el supuesto Lupian Zapata escribió con poco acierto acerca de la reina doña Berenguela, hallándose iguales defectos en las crónicas de San Fernando, su hijo, y de don Alonso el Sabio su nieto, cuyos autores se ignoran; y que también son poco seguras las crónicas de D. Sancho el Bravo, y de don Fernando IV que se suponen escritas por don Juan Nuñez de Villay-san. Las de don Pedro, don Enrique III, D. Juan I, están escritas por don Pedro Lopez de Ayala, chanciller mayor de Castilla.

Hernando del Pulgar, escribió el reinado de los reyes Católicos, pero su crónica no está conforme en todas sus partes con los manuscritos que se conservan.

De nuestros principales historiadores, esto es, de los que han escrito la historia general de España, solo falta hacer mención de don Juan de Ferreras, del marqués de Mondejar y del Padre Juan de Mariana.

El doctor don Juan de Ferreras, cura de San Andrés y bibliote-

cario de S. M., compuso un cuerpo de historia de España, que algunos aprecian, aunque don Francisco Cerda y Rico, no le numeró entre nuestros escritores. Muchas de las noticias que refiere han sido impugnadas por el padre Fray Diego de Mecoleta en la obra titulada Ferreras contra Ferreras.

Don Gaspar Ibañez de Segovia Peralta y Mendoza, marqués de Mondejar, compuso diferentes obras históricas que son muy conocidas y apreciables, aunque su estilo no merece alabanzas.

El Padre Juan de Mariana, nació en Talavera de la Reina el año 1537; enseñó varias ciencias en Roma, Sicilia, Paris y en algunas partes de España, y murió en Toledo el año de 1622. Escribió en latin la historia de España, y después la tradujo al castellano; alcanzando esta obra únicamente hasta el año de 1516, ha sido adicionada en diferentes épocas.

Hasta aquí los que han escrito la historia general de nuestra patria; pero seria notable injusticia no hacer mención de algunos ilustres historiadores que escribieron la de una provincia.

El Padre Pedro Abarca escribió con mucha erudición la historia particular de Aragon; Fray Gualberto Fabricio de Bagad, publicó una crónica, y Gerónimo Zurita, aragonés, una historia de su patria.

El rey don Jaime el conquistador; compuso la crónica de sus hechos que Pedro Carbonell incorporó á la suya del rey don Pedro el Ceremonioso; esta obra escrita en lemosin ha sido vertida al castellano con singular acierto por el señor Bofarull y dada á luz en Madrid hace muy poco tiempo, ella basta á colocar á don Jaime en el número de los mejores historiadores.—Fernando de Eubot escribió la crónica de algunos reyes de Aragon y condes de Barcelona, y Ramon Montaner, compuso otra de los hechos del rey don Jaime I, y de muchos de sus descendientes.

El padre Abarca, el arzobispo Pedro de Marca, y Arnaldo Obienart; escribieron la historia de Navarra, pero se les nota el gravísimo defecto de que se equivocaron en señalar el origen de Iñigo Arista, y que fingieron varios reyes de Navarra contra el sentir del arzobispo don Rodrigo, de don Alonso el Sabio, de don Jaime el Conquistador, de don Pedro IV de Aragon, del príncipe don Carlos de Viana y de Zurita, pues todos aseguran contestes que Iñigo Arista fué el primer rey de Navarra y de Aragon.

Garibay compuso una historia del reino de Navarra. Después se publicó la de Torreblanca: la de Góngora, la de Andrés Tabino y la del padre José Moret.

El documento más antiguo que se ha encontrado de los primeros condes de Barcelona, es la historia que recopiló el regente Vila. Gerónimo Pujades imprimió la tercera parte de la crónica de Cataluña, y otra igual Pedro Tomie, las cuales solo alcanzan hasta la invasión de los infieles, pero fray Francisco Diego dió mas estension á su historia.

Don Diego Hurtado de Mendoza, hombre de mucha erudición, escribió la historia de la conquista de Granada.

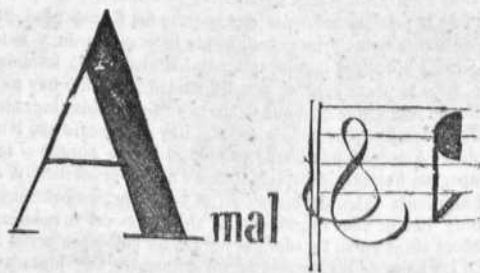
Don Antonio de Solis, compuso la historia de la conquista de Méjico, obra apreciableísima que ha sido traducida á varios idiomas.

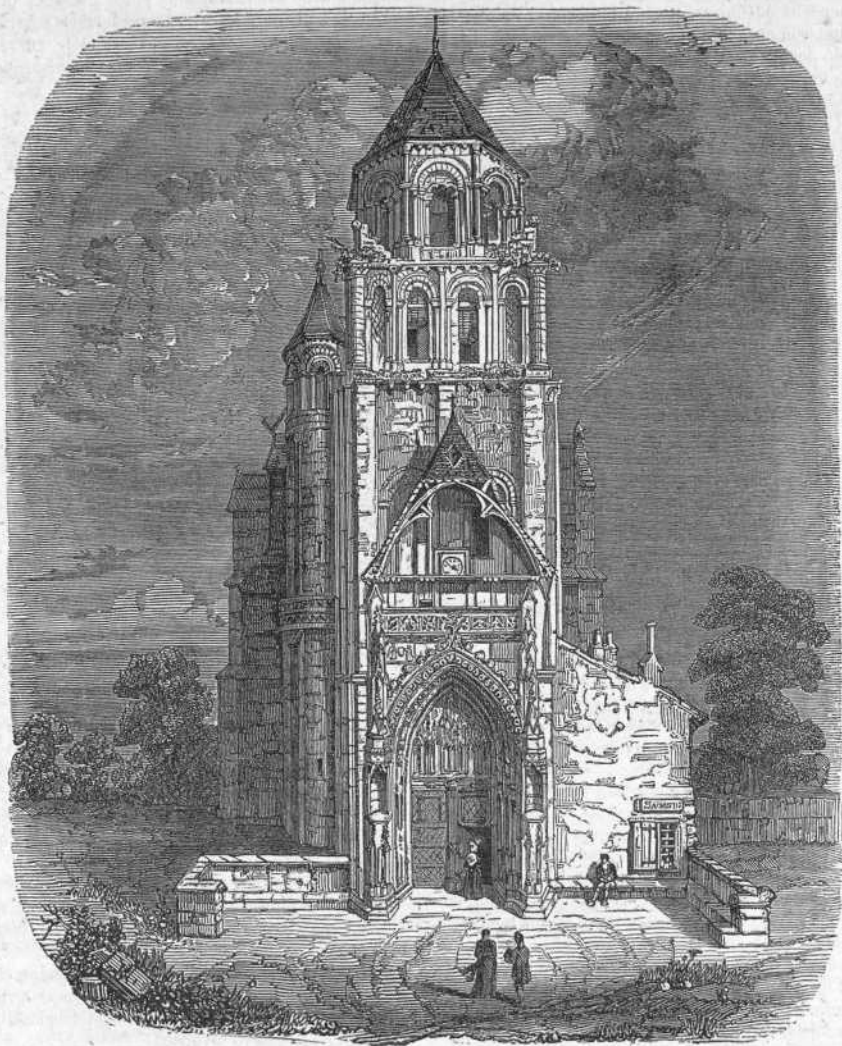
Don Antonio de Herrera, historiógrafo de las Indias, en tiempo de Felipe II, publicó en cuatro volúmenes en folio una historia general de Indias que comprende desde el año de 1492 hasta el de 1534.

EL AMOR PROPIO.

El amor propio, dice un escritor, es como la avaricia: no deja nada en el suelo. Esta se baja para recoger el guñapo mas despreciable; aquel se baja para alcanzar el elogio mas insignificante.

GEROGLIFICO.





IGLESIA DE SANTA RADEGUNDA EN POITIERS.

Santa Radegunda es una de las santas á quienes se venera con mas devocion en Poitiers; damos hoy á nuestros lectores el grabado de la iglesia que se la ha consagrado. Hé aqui la descripción que hacia de ella Thibaudieu antes de la publicación de su historia del Poitou.

« La iglesia, tal como hoy está, fué edificada en tiempo de Carlos Magno. Es bastante hermosa, construida en forma de cruz; las bóvedas son espaciosas; los pilares redondos y elegantes. La nave sirve de coro á las religiosas, quienes tienen en cada silla un cuadro de Flandre, pintado sobre bronce, que el príncipe de Orange envió á madama de Nassau, su hermana, que era abadesa de ella. Todos estos cuadros son piezas acabadas, y no tienen precio. La antigua iglesia subsiste aun al lado de una capilla que se llama el *Paso de Dios*. Fué edificada en el sitio en que estaba situado el cuartel que ocupaba Santa Radegunda. Muéstrase en ella, en una bóveda cerrada por una reja de hierro, los restos de la muela de que se servía la Santa para moler el trigo que conceptuaba necesario para su alimento, y el de que hacia las hostias para que se consagraran. Hay tambien en ella, en el mismo sitio, un mortero, en el cual pretenden algunos que machacaba las drogas necesarias para el alivio de los pobres enfermos.

Esta capilla fué adornada por los cuidados de Ilandrina de Nassau, abadesa de Santa Cruz. Ha hecho hacer en ella ventanas magníficas. Véese allí la estatua del Salvador del mundo apareciendo á Santa Radegunda. No se dice cuál fué el motivo de esta aparición. No fué referido apoyándose en el testimonio de una religiosa de Santa Cruz. Léese en el manuscrito ya citado la pretendida aparición de Jesucristo á Santa Radegunda; se puede dudar sin embargo si fué esta una aparición verdadera ó una simple vision; en la lámina que hay en la misma hoja del manuscrito, se la representa dormida.

La abadia de Santa Cruz, fundada por Santa Radegunda, ha sido una de las mas célebres de Francia. Luis el Piadoso y sus sucesores la concedieron un número considerable de privilegios.

Léese en la *Historia del rey Clotario*, atribuida á Bouchet, que el duque de Berry, conde de Poitou, hizo abrir la tumba de Santa Radegunda, en el año de 1412. Encontróse en ella el cuerpo de la santa, cubierto, coronado y con las manos plegadas, á pesar de que hacia ochocientos veinte años, menos dos meses que habia sido colocado en ella. El duque quiso cortarla la cabeza para llevarla á Borgoña; pero habiendo sido heridos los trabajadores ó apoderándose de ellos en terror pánico, se contentó con tomar uno de los anillos de la santa.

1.º DE DICIEMBRE DE 1850.

Los protestantes que saquearon á Poitiers, en el año de 1562 quemaron el cuerpo de Santa Radegunda delante de la iglesia y desfiguraron sus imágenes pintadas al fresco sobre las paredes del coro alto.

Cuando Luis XIV estuvo enfermo en Calais, la reina madre, Ana de Austria, mandó hacer rogativas públicas en la iglesia de Santa Radegunda, y fundó en ella dos misas. Regaló también el cabildo una lámpara de plata que está encendida día y noche delante de la tumba. Luis XIV regaló después á esta iglesia un adorno magnífico, y ofreció el primer Delfín, su hijo á Santa Radegunda.

El príncipe de Conti, la ofreció igualmente al conde de la Marche, su hijo, nacido el 15 de agosto, festividad de Santa Radegunda. Envió un cuadro en el que está representada la princesa de Conti, ofreciendo el hijo á la Santa que aparece en una nube. Fijóse este cuadro en el pilar derecho. Por la otra parte hay una reja que encierra el retrato en miniatura del primer Delfín, hijo de Luis XIV.

Hoý dia aun, dice M. Ch. Arnoldo, continúa el mismo fervor en la tumba de Santa Radegunda. Las almas piadosas fatigadas por las desgracias de este mundo van á reposar en ella sus momentos. Los cirios encendidos arden siempre bajo las bóvedas de esta antigua basílica, en la puerta de la venerada iglesia, se agrupan mugeres que ofrecen á los peregrinos los cirios y las oraciones. La iglesia de santa Radegunda tan concurrida por la muchedumbre, es de una arquitectura notable. En la entrada se vé la arquitectura del siglo XV; es una puerta elegante, llena de bordados, de festones; es una torre cuadrada que les domina y que representa la época bizantina en toda su perfección. Después cuando se entra en la iglesia, vése aparecer ante sí, primeramente la arquitectura del siglo XV y sus anchas ventanas; después, á medida que se pasa mas adelante, una arquitectura mas antigua. Por último, al aproximarse á la cripta hundida en la roca, al llegar á la tumba decorada de follages, descuella la arquitectura del siglo XII allí el conjunto de la capilla de Santa Radegunda está lleno de elegancia y armonía.

UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

(CONCLUSION.)

Entre el palo mayor y el de proa hay dos molinetes grandes y toscos en medio de la cubierta. Su objeto es para levar las anclas: los cables están rodeados á ellos, y se les dá movimiento por medio de grandes alzaprimas metidas en los agujeros de los molinetes.

A cada lado de la cubierta, por la entrada del castillo de proa de los marineros, hay dos depósitos de agua pintados, imitando ladrillo, y de capacidad de 15,500 cuartillos cada uno. El palo de proa tiene 75 pies de altura desde la cubierta, y 50 pulgadas de diámetro; está inclinado hácia adelante, y sostenido en su parte posterior por un gran trozo de madera, y asegurado del mismo modo que el palo mayor. Un poco mas lejos, á cada costado, están las áncoras de madera; el asta de una de ellas tiene 52 pies de larga. Las lengüetas están calzadas con hierro y atadas al asta con fuertes amarras de bambú. El cepo del ancla se compone de tres piezas de madera separadas y atadas juntas con cuerdas de caña. Las lengüetas son de las mismas dimensiones que las de nuestras anclas de igual tamaño. Las áncoras chinas aguantan muy bien, y como prueba de la confianza que tienen en ellas, diremos que suelen estar sus buques anclados en sitios bastante malos con tiempo borrascoso, sin que las tripulaciones manifiesten el mas leve temor. En el costado de estribor, y á la parte de fuera del buque, hay un anclote con una sola lengüeta.

Los CABLES, que como todo lo que hay á bordo de este buque, merecen fijar la atención del observador, son de bambú ó de roten. Uno de ellos, que está sujeto al áncora en el costado de estribor, es todo de bambú. El junco no tiene bitaduras, pero para suplirlas las robustas baos que cruzan la cubierta tienen anchos agujeros para las bozas. El molinete que hay en el balcón del coronamiento, usado para izar el ancla á bordo, es de madera muy fuerte, y de difícil manejo.

En el salon se ven colgados los objetos siguientes:

- 1.—Flauta china, llamada *seau*.
- 2.—Una especie de guitarra, llamada *yent-kum* ó lira de la luna aludiendo á su forma.
- 3.—Otra especie de guitarra, llamada *sau-heen*, y que está forrada alrededor con piel de culebra.

4.—Violín, llamado *ye-yin*; tiene solo dos cuerdas, y se toca introduciendo el arco entre ellas.

5.—El instrumento músico chino mas antiguo, así como el mas científico, está construido de una madera particular, y la edad le añade mucho valor. Hay muy pocas personas que posean la habilidad suficiente para tocarle. La madera está barnizada, y hay varios caracteres encima del barniz; tiene siete cuerdas, y los trastes son de marfil. Se llama *woo-tung*, y se toca corriendo la uña arriba y abajo por las cuerdas.

6.—Una especie de timbal, llamado *suy-ko*, de una forma semicircular, cubierto con piel de vaca, cuyos extremos están sujetos á la madera con un número considerable de clavos; está colocado en un pie, y se toca con dos palillos. Raras veces se usa sino por una clase de mendigos que se colocan enfrente de una tienda, y con el ruido inarmónico y estrepitoso que producen, obligan muy pronto á los tenderos á que les den algun dinero para que se marchen.

7.—Grandes castañuelas de madera que producen mucho ruido, pero ningún sonido músico.

8.—Un tambor, llamado *cham-ko*.

9.—Otra especie de tambor, con hilos de hierro en el interior, llamado *mun-too-ko*.

10.—Guitarra, llamada *yih-pa*, de un uso muy comun, y tocada en general, ya que no exclusivamente, por el bello sexo.

11.—Violín, cuya caja está hecha de coco.

12.—Un instrumento parecido al harmonicon, llamado *yang-kin*; los tonos, que son muy claros y melodiosos, se producen hiriendo las cuerdas con palillos de bambú.

En las cuerdas de los instrumentos usan plata y seda, reemplazando esta última materia á la tripa de gato que usamos en las nuestras.

13.—Mosquetes de rueda ó mecha.

14.—Sables dobles para desjarretar al enemigo.

15.—Idem sencillos.

16.—Idem de mandarin.

17.—Bastidores grandes y rectos, donde están inscritas, en caracteres chinos modernos, algunas de las máximas de sus filósofos, como:

«El tiempo corre como una saeta; los meses y los años como una lanzadera de tejedor.»

«La pobreza pura siempre es dichosa, al paso que la riqueza impura traerá consigo mil disgustos.»

«Como el chillido del águila se oye después que ha pasado sobre nuestras cabezas, así el nombre de un hombre queda después de su muerte.»—Etc.

18.—Pergaminos cubiertos de caracteres chinos antiguos.

19.—Dos pinturas muy antiguas, en relieve sobre seda.

20.—Retrato de Keying, el comisario de Canton, por un artista indigena.

21.—Fuerte cerca de Canton, en cuyas inmediaciones fondeaban los navíos ingleses de 84, por no haber mas arriba agua suficiente.

22.—Pintura á la aguada representando las hijas solteras del emperador con su ciervo favorito.

23.—Un anciano con un melocoton en la mano, rodeado por un grupo numeroso de personas entregando regalos.

24.—Ballestas y flechas. La cámara de la ballesta puede contener 24 saetas, que pueden ser disparadas de dos en dos, y con tal rapidez, que en menos de medio minuto se disparan las 24.

25.—Modelo del timon del *Keying*.

26.—Perro chino que murió en Boston.

27.—Escultura de raiz de bambú, representando pescadores con sus casacas de yerbas. Esta clase de adorno es muy apreciado entre los chinos. Cuanto mas torcidas son las raices y mas hediondas las figuritas esculpidas, mayor es la estimación en que están.

28.—Esculturas de raices: una representa un hombre cabalgando en un venado; la otra un sacerdote.

29.—Modelo de una falda de mandarin.

30.—Sombreros chinos comunes, hechos de bambú, usados por los soldados y gente baja.

31.—Saco chino para las cartas.

32.—Linternas suntuosamente adornadas con figuritas delicadamente trabajadas en su interior; cuando está encendida dentro la luz hace que se muevan estas figuras.

33.—Linternas de cristal con marcos de ébano.

34.—Varias linternas de seda y de papel.

35.—Sombrija de ceremonia, de seda amarilla, con flores y mariposas bordadas.

36.—Modelo de un templo chino de ébano y vidrio.

37.—Una escultura china en mármol.

38.—Modelo de una lancha contrabandista china.

49.—Un abanico de plumas, magnífico.

EN LA CUBIERTA SUPERIOR.

Caja primera.

- 40.—Tetera común, de la clase mas barata, y de coste de unos cuatro reales.
- 41.—Pote para contener el *samschoo* caliente que se usa para comer.
- 42.—Tazas pequeñas.
- 43.—Tazas comunes para thé.
- 44.—Jarras de adorno.
- 45.—Platos comunes.
- 46.—Idolos hechos de piedra de jabon.
- 47.—Taza de tocador, usada por las señoras para tener los aceites.
- 48.—Jarras para ópio.
- 49.—Veladores para los palitos y perfumes que se queman ante los idolos.
- 50.—Tazas para thé con tapas. Se usan para los thés de superior calidad, sirviendo las tapas para impedir que se evapore el aroma.
- 51.—Juguete de niños, que cuando está lleno de agua hace salir una figurita.
- 52.—Un par de idolos blancos muy antiguos, y por esto muy estimados.
- 53.—Figuras de jabon pintadas.
- 54.—Rollos redondos de thé muy añejo ensartados en un padazo de bambú. Se usan como medicamento, y son apreciados por su mayor ó menor número de años.
- 55.—Copa con tapa y plato para vino, usada solo en las grandes ceremonias por los individuos de la mas esclarecida nobleza.
- 56.—Una especie de incensario colocado delante de un idolo, en el cual se queman maderas aromáticas.
- 57.—Tiesto para flores artificiales.
- 58.—Pié para tener las varillas y pala de bronce, usadas para colocar y arreglar las maderas que se queman.
- Los tres últimos artículos se usan en el servicio del idolo.
- 59.—Una figura de bronce que representa á *Chea-Con*, divinidad del tercer orden.
- 60.—Un par de figuras de bronce usadas como candeleros, y que sostienen las bujías en las manos.
- 61.—Timbales.
- 62.—Espejo circular de metal y pié de ébano esculpido. La parte posterior de éste está adornada con numerosas figuras, que se reflejan desde la pulida superficie en un pedazo de papel ó en una pared cuando se espone el espejo á los rayos del sol.
- 63.—Un pedazo de la muralla de Canton.
- 64.—Monedas chinas.
- 65.—Un par de zapatos de señora, de los que usan las de clase mas elevada.
- 66.—Brújula marítima, que tiene inscritos en el respaldo el nombre y residencia del constructor.
- 67.—Pié de ébano para adornos, con plancha de mármol.
- 68.—Figura esculpida, hecha de una raíz de bambú.
- 69.—Tarjeteros.
- 70.—Candados chinos.
- 71.—Cajas de thé medicinal de la provincia de Tockien.
- 72.—Zapatos y trage de una señora que fué fusilada en Amoy.
- 73.—Boya china de salvamento, hecha de una madera muy ligera llamada *suie-poo*.

Caja segunda.

- 74.—Un par de timbales: tienen caracteres chinos que espresan el nombre del constructor.
- 75.—Sombrero de verano de un mandarin de segundo grado.
- 76.—Botella comun para agua.
- 77.—Idolos de jabon-piedra.
- 78.—Jarras de adorno muy antiguas.
- 79.—Figuras esculpidas, hechas de la raíz de un árbol.
- 80.—Un par de zapatos pequeños, usados por señoras de la categoría mas elevada, como los de la caja primera.
- 81.—Figura de un anciano con un melocoton en la mano, hecha de una madera muy fuerte llamada *wong-yong*, de la que se hacen peines, etc.
- 82.—Jarra de adorno.
- 83.—Madera de Canton petrificada en un pié de ébano.
- 84.—Tazas para thé, con caracteres chinos que espresan las excelentes cualidades del thé.
- 85.—Sombrero de verano de un mandarin del sexto grado.
- 86.—Tarjeteros.

87.—Caja de thé medicinal, al que se le atribuye la virtud de curar todas las indisposiciones.

88.—Brújula pequeña sobre un pié de ébano.

89.—Timbales.

90.—Un par de *gongs* pequeños.

91.—Servicio que contiene todos los chismes necesarios para fumar el ópio:—1.º Tubos de pipas.—2.º Pié con tres pipas.—3.º Instrumentos usados para poner el ópio preparado en el agujerito de la pipa.—4.º Recipiente de metal para las cenizas del ópio.—5.º Cuchillos para sacar el ópio quemado de la pipa.—6.º Vaso de aceite para la lámpara del ópio.—7.º Paleta para limpiar la bandeja.—8.º Pié de bronce para el pote del ópio.—9.º Varilla de acero para limpiar el bambú de la pipa de ópio.—10. Caja de bambú para los instrumentos, núm. 3.º—11. Vasiija para la arena en que se limpian los instrumentos núm. 3.º—12. Jarra de ópio.

92.—Servicio de thé, con thetera, pote para vino, tazas, etc. Este servicio acompaña siempre al del ópio.

93.—Un par de zapatos de los que usan las mujeres de la clase infima.

94.—Un par de zapatos de los que usan las mujeres de la clase media.

95.—Sombrero de un mandarin de primer grado, usado en las grandes celebraciones cuando asiste á la córte.

96.—Sombrero comun del mismo.

97.—Sombrero de un mandarin militar.

98.—Sombrero de un caballero que no tiene el rango de mandarin.

99.—Pipas de metal para tabaco: en su parte curva se coloca agua, al través de la cual pasa el humo.

100.—Chaqueton de yerbas usado por los marineros y hombres del pueblo bajo cuando llueve.

101.—Tazas para thé, compuestas con gatos ó clavos remachados, en cuyas composturas tienen mucha habilidad los chinos.

Puente.

102.—Cañones chinos llamados *gin-galls*. Las recámaras movedizas, de modo que cuando están en una accion tienen recámaras de repuesto, y en cuanto se descarga un cañon le ponen otra.

103.—Varios distintivos de empleos.

104.—Atahud.

105.—Escudos de caña redondos para la guerra.

106.—Idem oblongos.

107.—Cañas usadas para gobernar el timon.

108.—Cacholas que se fijan á cada lado de la caña del timon despues que está montada para darla mayor fuerza.

109.—Ancoras chinas de madera.

110.—Cable de bambú.

111.—Cuerdas del timon.

112.—Picas de abordage.

113.—Cuerdas de bambú, caña y cáñamo.

EL PARAISO Y LA PERI.

Creemos interesante la publicacion de este poema del célebre Tomás Moore que forma parte de su *Lala Rookh*. Esta obra es una de las mas celebradas de la moderna poesia inglesa. La *Peri* es en la mitologia india un espiritu que no goza del Eden, pero tampoco sufre la degradacion humana: son graciosos y delicados seres femeninos parecidos á las hadas, á las elfas y á las sílfides; descendientes de espíritus medio caidos y desterrados del paraíso hasta que espíen. La espíacion de una *Peri* y su reinstelacion en el Eden es el asunto de este poema que forma parte de los cuatro que componen el de *Lala Rookh*. Para la aclaracion del testo se han puesto varias de las notas con las que el autor ha enriquecido su obra. Para entrar en la gloria un ángel piadoso dice á la *Peri* que debe traer una ofrenda que satisfaga á la divinidad. La *Peri* trae tres, y la última, que es la lágrima de arrepentimiento de un pecador, es tan grata á la divinidad que le abre las puertas del paraíso. Este asunto cuyo espíritu es eminentemente cristiano, está vestido con todas las galas de la poesia oriental, y aunque en tales materias preferimos la sencillez de las leyendas católicas, no obsta esto á que admiremos con entusiasmo la magnífica poesia, la esquisita dulzura de esta encantadora creacion mista. Creemos que las lágrimas de arrepentimiento, el perdón de Dios, y la espíacion, son escelencias esclusivamente católicas, puesto que los protestantes no admiten la espíacion negando el purgatorio;

en el paganismo acompaña al delito, no el arrepentimiento penitente, sino la desesperación; vemos en sus anales castigos eternos irremisibles, pero no vemos ni la misericordia ni el perdón, las Eumenides, y no los ángeles y santos intercesores;—mas esto no obsta, pensamos á que de estos sublimes móviles pueda valerle el poeta para crear tan pura, bella, ascética y poética vision como lo es su poema, *la Peri*.

Lástima que la gran profusion de nombres orientales hagan detenida su lectura, y distraigan la atención acudiendo á leer las notas explicativas.

Para poder dar la mas exacta idea de esta obra, nos parece el mejor medio esta traduccion estrictamente literal, aun á costa de parecer raro el lenguaje, y forzado el giro de las frases; esta traduccion no la hemos hecho, sino una persona querida y allegada que ya no existe; por lo tanto y por ser de una señora tiene sobrados títulos á la indulgencia del público que reclamamos en favor de este trabajo que no hizo la traductora para el público sino para sus hijos.

Creemos que tambien interesará una pequeña noticia sobre el poeta inglés autor de la Peri, la que hemos extractado de una alemana hecha por el profesor L. Rubens.—

FERNAN CABALLERO.

Sir Tomás Moore fué uno de los poetas contemporáneos mas apreciados y queridos en su país: era irlandés y nació en Dublin el año 1780. Su padre, que era un comerciante muy estimado de sus conciudadanos, determinó, puesto que su fortuna se lo permitia, el dar á su hijo aquella educacion que mas se adaptase á sus gustos é inclinaciones. Samuel Whyte, que habia sido el maestro del famoso Sheridan, fué tambien maestro del jóven Moore.—Ya á los doce años trabajaba este en una traduccion en verso de Anacreonte; pero hasta que llegó á los 20 años no la publicó, llevando en lugar de prefacio una oda á Anacreonte en versos griegos.—Esta obra le valió el sobrenombre glorioso de *Anacreonte británico*.—Visitó la universidad de Dublin y tuvo la honra de ser nombrado por ella el 13 de noviembre de 1799 miembro de la sociedad científica de *Middle-Temple*. En 1801 dió á luz bajo el pseudónimo de Mr. Little, que se puso por ser pequeño, y de formas añidadas, el primer tomo de sus odas y canciones; fué acogido con universal beneplácito y general aprobacion.—En 1805 obtuvo una colocacion de escribiente en una oficina de las islas Bermudas.—Fué á América, pero muy luego abandonó su prosáico destino, y lleno de entusiasmo por la república americana, la visitó toda regresando á su país con muy distintas ideas acerca de su presunta arcadia. Escribió varias epístolas y odas satíricas sobre aquel país, repitiendo con frecuencia las palabras de Horacio: *miseri quibus intentata nites!*

Moore emprendió entonces una tarea á la que se sentia impulsado, y fué la de adecuar á las conocidas melodias populares testos compuestos por él, lo que obtuvo un inmenso éxito, é hizo á su autor muy popular; pero la obra maestra con la que labró un monumento á su fama fué su *Lala-Rookh*, (nombre que en árabe significa *megilla de tulipán*).—Es esta obra una relacion oriental; las multiplicadas ediciones que de este poema se han hecho, la aceptacion que alcanzó de todo el público ilustrado, los elogios que de él hicieron en competencia todos los periódicos crítico-literarios, atestiguan el grande é indisputable mérito de la obra. La afamada *Revista de Edimburgo*, ese alto tribunal científico y literario se espresó en estos términos sobre esa composicion: «no hay en ella, dice, una descripcion, una comparacion, ni un rasgo histórico que pueda adaptarse á Europa; tal es la exactitud de su fisonomia y colorido oriental; nada que no sea sacado de la naturaleza, del íntimo sentir del hombre, y de los mas profundos y minuciosos estudios orientalistas.» Si bien estos mismos críticos hallaron prodigalidad en colores é imágenes, el autor se defendió él mismo con solo nombrar su poema oriental.

Sheridan solia decir de Moore que trasponia su corazon en su fantasia.—Existió un estrecho lazo de amistad entre el autor de *Lala Rookh* y lord Byron; basta á probarlo la dedicatoria que le hizo el autor, de *Child Harold*, del *Corsario*, en la cual no solo enaltece á Moore como poeta, sino que pone en una brillante luz su carácter como amigo y patriota. Sabido es el testimonio de amistad y confianza que dió lord Byron á su amigo antes de morir haciéndole depositario de sus escritas póstumas.

Entre las obras de Moore merecen señalarse: los *Amores de los Angeles*; las tres biografías de Byron de Sheridan y de Fitz-gerald; una coleccion de epístolas que dirigió el autor á los principales personajes de la corte.—En prosa hay de él una novela titulada: el *Epicúreo*; unas supuestas memorias del capitán *Rookh* contra los abusos que existen en Irlanda, y sobre todas sus obras la que es para nosotros de un inmenso interés es la titulada *Viages de un caballero irlandés en busca de una religion*, en la cual con asombro general de sus paisanos declaró *ser la iglesia católica la única cristiana*.

Hay dia no hubiese causado esta espontánea y terminante declaracion en un hombre tan eminente, el asombro que entonces, en vista de los inmensos progresos que va haciendo en Inglaterra nuestra santa fé católica, apostólica romana, en cuyo gremio entran diariamente las personas mas distinguidas por su saber, su virtud ó su clase.—De cierto estrañará esto á los frios ó indiferentes católicos de la Peninsula, así como asombrará á los indios el precio que ponían los españoles al oro que ellos tenían por cosa de poco valor y solo para usos comunes.—Permitásenos tan material y vulgar comparacion.

LALA ROOKH.

TRADUCIDO DEL INGLÉS DE TOMÁS MOORE.

Lala Rookh, hija de Aurungzebe, comprometida con el jóven príncipe de Bucharia, parte de Delhi acompañada del gran Nazir ó camarero del halaran y de una magnífica escolta para reunirse á su esposo. Despues de la primera novedad que hizo á la princesa la grandiosa variedad de las escenas que se le presentaban, empezaron á parecerle pesadas las horas de este largo viaje; entonces se acordaron que en el séquito que el augusto novio habia enviado para acompañar á la princesa, se hallaba un jóven poeta, muy célebre en el valle de Cachemir por su modo de recitar los cuentos del Oriente. Al nombrar un poeta, Fadladeen el camarero (que juzgaba de todo, desde el diseño de las pestañas de una bella Circasiana hasta las mas profundas cuestiones de ciencia y literatura) frunció el ceño, pero, sin embargo, mandó que viniese el poeta. Este era un jóven poco mas ó menos de la edad de Lala Rookh y hermoso como Crishna (1) el idolo de las mugeres. Entre varios cuentos con que divierte á la princesa, traduzco á V, uno en malísima prosa.

El Paraiso y la Peri.

Desconsolada una Peri, escuchaba á la puerta del Eden las fuentes de vida derramándose como música, y cogía en sus alas la luz que se escapaba por el ardoroso y entreabierto portal. Lloraba al pensar que su raza infiel hubiese por jamás perdido aquel glorioso lugar.

«Cuán felices, exclamó esta hija del aire, son los santos espíritus que vaguean aquí entre las flores que nunca se marchitan ni caen! Aunque sean míos los jardines de la tierra y del mar, y aunque las mismas estrellas me ofrecen flores, un solo pimpollo del Cielo es mas hermoso que todas ellas.»

«Por cristalino que sea el lago del fresco Cachemir al reflejar su isla de plátanos (2), y el dulce caer de las fuentes de aquel valle; por transparentes que sean las aguas de Sing-su hlay (3) y las corrientes de oro que allí se derraman, ¡ah! solo los bienaventurados pueden decir cuánto mas brillantes son las aguas del Cielo.»

«¡Vé! y eleva el vuelo de estrella á estrella, de mundo á luminoso mundo, hasta dó se estiende la ardiente muralla del Universo; abraza todos los placeres de todas las esferas y multiplícalos por años infinitos; un solo minuto del Cielo los vale todos.»

El Angel custodio de las puertas de luz, la vió llorar; y como escuchase su triste cantinela, brilló una lágrima en sus párpados semejante á la espuma de la frente de Eden cuando reposa en la flor azul que, dicen los braminos, solo florece en el Paraiso.

«Ninfa de una raza culpable, aunque bella, la dijo con blandura, aun te queda una esperanza. Está escrito en el libro del destino: *La Peri que traiga á esta puerta el don mas grato al Cielo podrá ser perdonada*. Vé, búscalo y redime tu pecado—¡Dulce es dejar entrar á los perdonados!»

Con la rapidez que corren los cometas á los abrazos del sol; mas veloz que las estrellas incendiarias que en la noche lanzan los ángeles á aquellos negros y osados espíritus que procuran ascender las imperias alturas (4), bajo la azulada bóveda, vueta la Peri; y alumbrada su derrota hacia la tierra por una centella que en aquel instante despidieron los ojos de la mañana, cernióse sobre la anchura de nuestro mundo.

(1) El Apolo indio.

(2) El Lago de Cachemir tiene muchas pequeñas islas. Una de ellas se llama Car-chenaar por estar cubierta de plátanos.

(3) El Altan Bol ó río de oro del Tibet que corre al Sing-su—hay tiene abundancia de oro en sus arenas.

(4) Los mahometanos suponen que las estrellas que caen son incendiarias, que los ángeles lanzan á los malos cuando estos se acercan al Empíreo.—Fryer.

Pero ¿dónde irá la Peri en busca de este don para el Cielo?... «Yo sé, dice, cuanta es la riqueza de cada una de las urnas en las que arden innumerables rubies debajo de las columnas de Chilmínar (1). Yo sé donde se hallan las islas de perfume en el fondo del mar, al sud de la gloriosa Arabia (2). Yo sé también en donde los genios escondieron la copa de brillantes de su rey Jamsclid (3) centelleando en ella el elixir de la vida.—Pero semejantes dones no son para el Cielo. ¿Qué piedra ha brillado jamás como el escabel del trono de Alá? y las gotas de vida... ¡Ah! ¿qué serían en el abismo infinito de la eternidad?»

Mientras así discurría, sus alas movían el aire de aquella dulce tierra india, cuyo aire es bálsamo; cuyo Océano se extiende sobre rocas de coral y camas de ámbar; cuyas montañas empuñadas por el rayo del ardiente sol, producen diamantes; cuyos hermosos riachuelos corren con oro; cuyos bosques de cenad y aromáticas bóvedas pudieran ser paraíso de las Peris... pero en este momento corren sus ríos rojos de sangre humana—sus perfumados boscajes exhalan olor de muerte, y el hombre, sacrificio del hombre, mezcla su infección con los hálitos de las inocentes flores! ¡Tierra del sol! ¿Qué pié invade tus pagodas y tus sombrías columnatas, tus cavernosas aras y tus ídolos petreos, tus monarcas y sus mil troncos?... Es el de Gasna (4)! Fiero llega en su ira, y en su devastada senda se ven desparramados los diademas indios.—Adorna á sus sabuesos con las joyas arrancadas del cuello de muchas jóvenes y amadas sultanas (5), violadas, así como las Virgences, dentro de su pura Zenana, asesina á sacerdotes en el Templo mismo y obstruye con brillantes ruinas las sagradas aguas de las Aras de oro.

Inclina sus miradas la Peri y al través de la ensangrentada neblina del campo de batalla vé á un joven guerrero, solo, parado en la orilla de su río natal, quebrada en su mano la espada roja, y la última flecha en su carcaz.—«¡Vive! le dice el conquistador, ¡vive para partir conmigo los trofeos y coronas que he conquistado!»—Enmudece el joven guerrero y señala, con silencio, la corriente toda teñida de la sangre de su Patria y en respuesta arroja su último dardo al corazón del invasor.

Falsa voló la saeta, aunque bien asestada.—Vive el tirano, pero cae el héroe. Empero la Peri bien marcó el sitio y cuando hubo pasado el tumulto de la pelea, bajando veloz en un rayo de la luz de la mañana, recogió la última gota que derramó aquel corazón antes de emprender su vuelo el libre espíritu.

Este sea, exclamó al desplegar sus alas, mi grato don á las puertas de luz. Aunque sean impuras las gotas que suelen destilar los campos de batalla, sangre como ésta, derramada por la libertad, es tan santa, que no manchará el arroyo mas puro de los que brillan en los bosques de la felicidad. ¡Oh! si tiene esta esfera terrenal un don, una ofrenda que sea grata al Cielo, deberá ser la última liberación que saca la libertad del corazón ensangrentado y destrozado en su causa.»

«Dulce, dijo el ángel al recibir el don en su radiosa mano, dulce es la bienvenida que nos merecen los valientes que así mueren por su tierra natal, pero.... ¡Ah! no se mueve la cristalizada vara de Eden... Muy mas santo todavía que esta gota ha de ser el don que te abra las puertas del Cielo!»

Agostada su primera y grata esperanza de Eden, bajó la Peri muy al Sud de las montañas lunares (1) del Africa y alisó sus plumas en las fuentes de aquella corriente egipcia, cuyo manantial se oculta á los hijos de la tierra en lo profundo de aquellas solitarias selvas, donde los genios de las aguas suelen bailar en derredor de la cuna del Nilo, celebrando la sonrisa del recién nacido gigante (2). De allí voltea el desterrado espíritu sobre los bosques de palmas del Egipto sus grutas y los sepulcros de sus reyes; y ya cerniéndose en el ameno valle de Roseta, escucha á sus tórtolas (3), ó ya se deleita en observar la luz de la luna en las alas de los pelicanos blancos que rompen la azulada calma del lago de Mæris (4). ¡Era una bellísima escena! ¡Jamás ojos vieron tierra mas espléndida! ¿Quién, al ver en esta noche, esos valles y sus doradas frutas solazarse en la mas serena luz del Cielo; esos grupos de hermosas palmas inclinando languidamente sus cabezas coronadas de hojas, semejantes á jóvenes virgenes cuando baja el sueño y las invita á sus sedosas camas aquellos virginales lirios que bañan toda la noche sus bellezas en el lago, para levantarse mas frescos y resplandecientes al despertar de su amado sol; aquellas aras y torres arruinadas que parecen reliquias de un magnífico sueño, en cuya encantada soledad solo se oye el ahullido del ave fría, solo se vé (cuando las sombras, al desvanecerse la luna descubren su esplendor) alguna Sultana (5) de purpúreas alas, sentada en una columna inmóvil y radiosa como un pájaro, ídolo; ¿quién habría pensado que allí, allí mismo, entre tan bellas y tranquilas escenas, el negro genio de la peste habría de arrojar de su abrasadora ala un soplo mas asolador y mortal que jamás despidieran las ardientes arenas del rojo desierto, y tan rápido que todo ser de forma humana, tocado por aquella ala, al instante cayese negro y agostado como la planta sobre la cual pasa el Simoon?

(Continuará.)

(1) Las cuarenta columnas, así llaman los persas á las ruinas de Persepolis. Imaginan que este palacio y los edificios de Baluch fueron edificadas por genios con el fin de esconder, en sus subterráneos, tesoros inmensos que todavía contienen.—Volney.

(2) Las islas de Panchaia.

(3) La copa de Jamsclid que dicen se descubrió al cavar los fundamentos de Persepolis.—Richardson.

(4) Mahmood de Gasna ó Ghizni que conquistó la India en principios del siglo XI.—Dow.

(5) Se dice que el equipage de caza del sultan Mahmood era tan magnífico que tenía 400 galgos y sabuesos con collares de pedrerías y mantas con oro y perlas.—Historia universal.

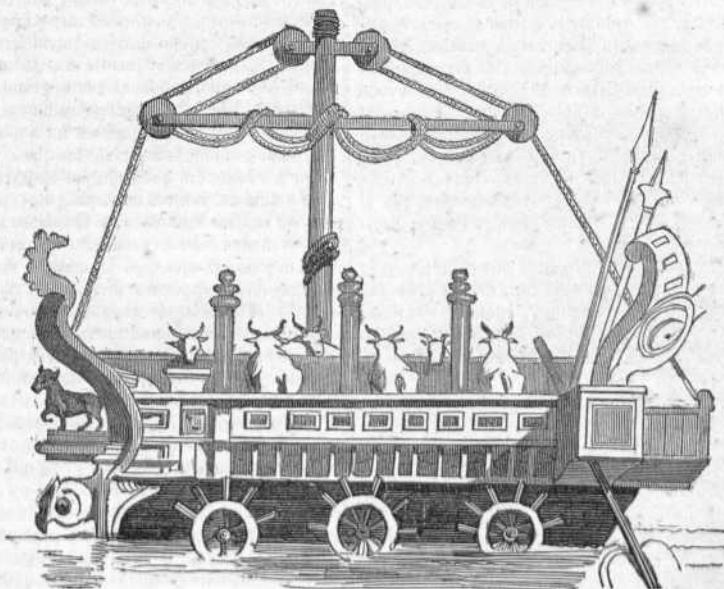
(1) Las montañas de la luna ó los montes lunce de la antigüedad, á cuyo pié se supone que nace el Nilo.—Bruce.

(2) El Nilo, que los de Abisinia llaman Abey ó Alarray ó el gigante.—Asiat: recherches.

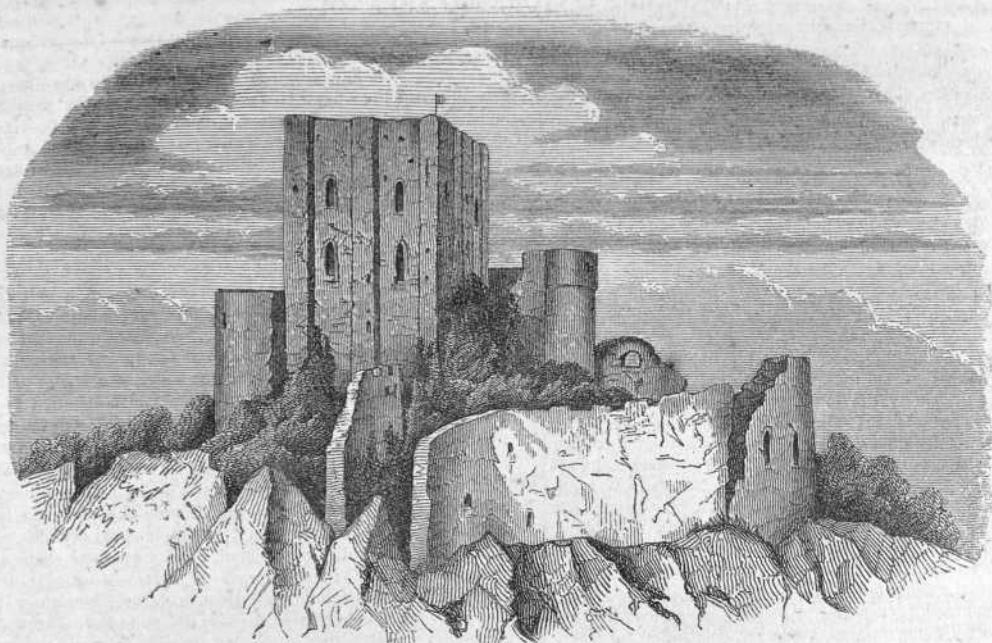
(3) Los Vergeles de Roseta están llenos de tórtolas.—Sonini.

(4) Suvarry hace mención de los pelicanos en el lago de Mæris.

(5) Es aquel hermoso pájaro que por sus plumas del azul mas hermoso y brillante, patas y pico de esplendente púrpura, forma el natural y vivo adorno de los templos y palacios de griegos y romanos y que por su altivo porte y el esplendor de sus colores, ha merecido el nombre de Sultana.—Sonini.



(Buque de ruedas en tiempo de los romanos.)



(Ruinas del castillo de Montrichard.)

MADRID DE TAPIAS AFUERA.

*Nada nos queda nuestro sino el polvo
de nuestros antepasados, que hallamos
con planta indiferente.*

Larra.

El mundo material se presenta á nuestra vista bajo tres fases diferentes, segun las tres distintas edades en que le consideremos. En la infancia le vemos cruzar por delante de nosotros con la misma indiferencia con que vé un niño aparecer y desaparecer las diversas figuras de una linterna mágica; en la adolescencia, es á nuestra vista lo que la luz del sol descompuesta por la influencia del prisma; en la senectud, es para nosotros lo que los bastidores de un teatro para los actores que en él estén representando. En el mundo moral la escala de sensaciones es la misma. Apenas conmueve nuestro pecho el hálito de la vida, oímos ya zumbir en nuestros oídos el rumor de la lisonja, que dejamos correr con el frío desden de la niñez. Llegamos á la edad de las pasiones, y el velo de la ilusión se extiende ante nuestros ojos, y el eco de la mentira discurre por nuestros labios. Tocamos al sepulcro y en la última sonrisa de la vida divaga aun el postrero resplandor de la esperanza. Este es el mundo. Jamás sabe el hombre la posición que ocupa en el derrotero de su borrascosa existencia; jamás la verdad se le opone á su paso, porque la verdad huye del hombre, así como el hombre huye de ella, y porque, como ha dicho el mejor satírico de nuestros días, todas las verdades del universo pueden consignarse en un papel de cigarro; verdades que si yo tuviera encerradas en mi mano, haría lo que el *avear* Fontenelle... no la abriría nunca.

¿Queréis hallar la verdad? Arrancad al amigo que os adula, á la querida que os ama, al protector que os aprecia, á la careta de sus adulaciones, de su cariño, de sus ofrecimientos; y en pos de esa máscara bañada con el sudor de la lisonja encontrareis un rostro frío, impasible, que nada os dice, que nada siente... Ese es el rostro de la verdad!

La sociedad como el individuo tiene también su careta. Esas poblaciones inmensas, á las cuales acuden de todas partes infinitos viajeros con la velocidad del vapor y de las sillan de posta, como si temiesen llegar tarde al festín del mundo, esas son las vastas crugias donde la sociedad celebra sus mascaradas. Ese ruido vago, confuso, que se pierde en el espacio, como el revuelto guirigay de un salón de baile, es el bullicioso eco de ese pandemonium social. Vapor humano que, como el agua en ebullición, es despedido á la atmósfera y cubre con el baño de la mentira los cuerpos sobre que se deposita. Observad esos seres que su vanidad ha fraccionado en com-

parsas. Todos gritan y ninguno se entiende; todos creen conocerse y ninguno sabe á quien habla. Todos llevan el traje que mas cuadra á su posición, el antifaz mas adecuado á su traje, y si alguno cansado de embromar á los demas deponer ante las aras del desengaño el disfraz que le ocultaba, la sociedad le rechaza de su seno á los gritos de *écrasser l'infame* que inventó la escuela filosófica del siglo XVIII para escarnecer también la virtud. ¡Esa es la sociedad!

Acudian estas reflexiones á mi imaginación con la misma rapidez con que me conducía una silla-correo desde uno de los extremos de la península al centro de ella: á Madrid. Había cruzado multitud de leguas y no había visto un solo pueblo de consideración. En unas partes se alzaban mezquinas casas de barro, como revelando la miseria de nuestras clases productoras; en otras notábanse los vestigios de remotas ciudades, como el panteón de nuestras antiguas glorias. ¡Por todas partes ruinas! ¡do quiera el silencio de los muertos! Esa murallas que defendían en otro tiempo una ciudad opulenta, son hoy día un muro de yedra que guarda un recinto de cipreses; esos torreones en que esculpieron nuestros antepasados los ilustres blasones de su alcurnia, son ahora el oscuro padrón de nuestra pobreza; esos acueductos, que el hombre no respeta porque no respeta nada, y que llevan la vida á algun desierto pueblo, como un arroyo que riega á un cementerio, son el mentis mas solemne de nuestros adelantos y la prueba de nuestra insuficiencia. ¿En donde están nuestras creaciones? ¿dónde nuestro saber? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hacemos?... Incapaces como Omar de añadir un tomo mas al catálogo de nuestras obras reducimos á cenizas las que existen... El templo mandado erigir por Jonio fué quemado por Erostrato....

La guía del viajero en España no es mas que un libro de recuerdos, un registro mortuario, y el curioso arqueólogo que le lleve entre sus manos debe leer sobre las ruinas de cada ciudad que encuentra á su paso, el *aquí yace* de una losa sepulcral. Nuevo Volney debe sentarse en los capiteles de nuestras derruidas basílicas y meditar sobre la inestabilidad de las glorias humanas. Viajando por España, dice Larra, se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo como el arca, en la inmensa extensión del mas desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos ¿dónde está la España?

¡Terrible verdad! La España está envuelta entre las ruinas de Sagunto y Numancia, de Toledo, Segovia, Mérida, Leon, Lugo, Medina del Campo, Granada y otras mil y mil ciudades antes florecientes, yermas ahora. La España es un album que el tiempo ha ido rasgando hoja por hoja. En su portada se lee el *non plus ultra* de las columnas de Hércules; su última página es el fac-símile del olvido.

Bullian estas ideas en mi mente cuando llegamos á la empinada sierra de Guadarrama que con diferentes nombres se extiende desde los montes Pirineos hasta las aguas del Atlántico. El carruaje, per-

diendo su antigua velocidad, permitiéndome descender de aquel nuevo lecho de Procusto, y subí lenta y perezosamente la revuelta senda, cual si sintiera descansar sobre mis hombros el peso de la vida. El león que separa ambas Castillas me indicó había arribado á la cumbre de la montaña. No sé por qué... pero las reflexiones que el viaje hasta entonces me sugiriera, me hicieron leer en el pedestal de aquel obelisco los mismos versos que el inmortal Miguel Anjel grabó bajo su estatua del sueño:

Grato m'è il sogno e più l'hesser di sasso
mentre qu'il clanno è la vergogna dura;
non veder, non sentir m'è gran ventura
però non mi destar...! dehl... parlar basso,

Crucé por delante de ese mudo vigia de las llanuras que á sus costados se estienden, y un nuevo espectáculo se presentó ante mis ojos.

Era una mañana serena y tranquila. El sol alejándose de un mundo que dejaba en tinieblas, cubría con sus rayos horizontales una gran ciudad que á lo lejos perfectamente se divisaba. Cansado de contemplar ruinas, agoviado el corazón con el peso de una atmósfera sofocante que gravita sobre las llanuras de nuestras Castillas, espasmióse el ánimo al distinguir á Madrid y al respirar el aire puro, dilatado de aquella sierra. Entonces balbuceé maquinalmente, y como inspirado por idénticas sensaciones, los sublimes versos del Tasso, tan bellos como repetidos, que comienzan:

Ecco apparir Jerusalem si vede...

Pero la capital de España, como la antigua capital de la Palestina, aparece sola, aislada, como esas plantas que vemos crecer en nuestras playas sobre un suelo arenoso y miserable, y cuyas hojas están recubiertas con el polvo corrosivo que las rodea. No era este el aspecto que presentaba Madrid en la edad media. Entonces, ciudad mezquina y de revueltas callejuelas, rodeábala una vegetación frondosa y variada. Bosques inmensos, entretejidos matorrales, selvas umbrías poblaban esa llanura que se estiende á nuestros pies desde lo alto de Guadarrama hasta la antigua Mántua. Los *casaderos* de Segovia y Manzanares eran la escuela práctica de la cetrería y montería, y á ellos acudían los monarcas de aquel tiempo, seguidos de sus cortesanos como otros tantos satélites sujetos á la esfera de atracción de un astro superior. Las contingencias de esa diversion, que espiró con el reinado de Carlos IV, eran el origen de numerosas escenas que de amor llevaban el nombre y en las que la ambición jugaba una no pequeña parte. Un caballo desbocado, la despedida oportuna de un neblí ó un gerifalte, el grito de alarma de los *cata-riberas*, eran muchas veces, como el *vaso de agua*, origen de altas cuestiones políticas. El hacha bastardora borró todos sus recuerdos grabados tal vez sobre la corteza de mil añosos árboles, al ruido sucedió el silencio; á la vida la nada; el velo del olvido cubrió para siempre el teatro de tantas aventuras. La civilización, como el fuego, devora para alimentarse...

Encerrado de nuevo en el estrecho vehículo, sucedió á su lentitud ascendente una velocidad compensadora, y aquel ingrato panorama que por todas partes se extendía, parecía giraba alrededor de mí como una rueda inmensa que tuviese por llanta á el horizonte y por centro mi temblorosa púpila. El efecto óptico que en esos casos esperimentamos es el efecto óptico del mundo. Todo lo vemos al revés.

El aire conmovido azotaba mi semblante, mi vista, á impulso de los violentos vaivenes de la silla, pasaba vagarosa de la ciudad al despoblado, del libro de la naturaleza al libro de los hombres, como el reflejo del sol producido por un espejo que un niño ajita á su alvedrío.

El pensamiento seguía mis miradas.

Aquí, decía, la brisa de los campos baña con un hálito fujitivo la espontánea y escasa vegetación de estas llanuras; y allí el huracán de las pasiones seca con su aliento abrasador el anhelante corazón humano. Aquí el aroma de las silvestres plantas purifica el ambiente y promueve al descanso la respiración fatigada; allí el veneno de las palabras imbuido en la atmósfera penetra en nuestras arterias y corroe nuestras entrañas. Aquí, sin mas impresiones que las que Dios nos comunica esponiendo ante nuestros ojos las portentosas páginas de su obra, el corazón se acerca á los labios y sale de ellos el lenguaje de la verdad; allí, fascinado el hombre con la máscara de los objetos que por primera vez circulan en monton ante su vista, solo encuentra para su falso elogio palabras de adulación y de hipocresía. Aquí que desaparecen las consecuencias del engaño, do quiera fijemos nuestras pupilas, solo vemos por atavíos la verdad de la naturaleza, allí que el punzante escarpelo de las pasiones hizo de la sociedad un

esqueleto, todo se presenta recubierto con el oropel del arte. Aquí la verdad; allí la mentira.

Así discurriendo, acercámonos á la capital de España hasta reconocer perfectamente sus edificios mas notables, que se elevan sobre los demás que los rodean como el olmo sobre la zarza que á sus pies se arrastra.

Descuella entre todos ellos el palacio real: edificio inmenso con mas vicisitudes que monarcas ha abrigado en su seno; obra imperfecta como humana, incompleta como nuestra.

A su frente meridional divisase la Armería, cuyo aspecto tétrico y oscuro dá á conocer las antigüedades que encierra. Seméjase á un códice empolvado que oculta entre sus páginas la historia de la edad media con sus justas, sus pasos honrosos y sus torneos. Una funeraria que encierra las frias cenizas de nuestras pasadas glorias.

Entre estos dos edificios se oculta, mas bien que se percibe, un teatro mezquino; aberración artística pegada al alcázar régio como una lapa á una concha de bruñido nacar. Enano de piedra colocado sobre pies de gigante, la cabeza de David sobre las piernas de Goliat.

Da frente á otra fachada de palacio el suntuoso teatro real, antes Congreso de los diputados. La careta de Talía, ha reemplazado á la careta política. ¡Por todas partes teatros!

Siguiendo el perímetro de la corte de España, tropieza nuestra vista con el hospital general; hospital hasta en lo roto y descosuntado de la obra. Allí, antecala de la eternidad, acumulamos enfermos sobre enfermos, cual si quisiéramos evitar los efectos del contagio. ¡Imposible! Todos arrojamlos del fondo de nuestro pecho los lastimeros ayes de una dolencia; allí reposa un enfermo.... ¡El corazón! Haced la autopsia del hombre que mas feliz se crea, y en pos de la risa encontrareis el dolor. El anatómico para descifrar los enigmas de la vida hace la disección de un cadáver.

Sigue al hospital el cuartel de los inválidos; espejo de nuestras disenciones civiles. La nave de su capilla es como la columna de Trajano: en ella está esculpida la historia de nuestras conquistas. Falta un Napoleon que duerma á la sombra de tantas banderas.

Después y rodeado de precipicios aparece el observatorio meteorológico; junto al templo de Zoroastro la sima que ha sepultado al astrónomo. ¡Lección severa! Vivimos rodeados de misterios y queremos arrancar al cielo las verdades que encierra.

Vese mas abajo el Museo real; tesoro inapreciable que los siglos consumen y que no cuidamos de reponer, museo de pinturas encerrado en otro de antigüedades, que tiene por puertas los Pirineos y por límites el Océano. Obra que ha comenzado Carlos III, que continuó Carlos IV y que concluirá.... el tiempo.

Divisase, por fin, el Real sitio del Buen Retiro con mas recuerdos que esperanzas, como sucede al hombre experimentado. Los repliegues de sus hiladas de árboles ocultan la historia amorosa de la corte de Felipe IV.

Nada percibimos en el interior de la heroica villa; todo es confusión, desórden. La anarquía que reina en sus edificios es la que reina en sus calles, en sus habitantes. Verdadero estanque, se reproducen en su superficie las bellezas y las imperfecciones de la obra levantada en sus orillas. Numerosas cúpulas se elevan de todas partes descollando entre ellas la torre de Santa Cruz; especie de atalaya morisca desprovista de esa magestad cristiana de que estan revestidas la mayor parte de nuestras basílicas. Mas bien que el simbolo de la redención debiera ostentar sobre su cima el juego misterioso de una torre telegráfica, reuniendo en una solo los muchos que en el radio de la capital existen.... Si son telégrafos ¿para qué tantos en tan estrecho círculo? Rotas las distancias ¿para qué sirve el vapor?

¡Tenemos el don de la oportunidad! Fundamos una ciudad en medio de un desierto; derribamos la casa en que *vivió y murió* el príncipe de los ingenios españoles, y colocamos su busto en la que erigimos de nuevo; trazamos un enorme puente para dar paso á un miserable río; levantamos cinco telégrafos en una ciudad de 200 mil almas; construimos un magnífico teatro para asistir á los funerales de nuestra literatura dramática.

La España marcha á la cola de la civilización europea. Tendremos telégrafos comunes, cuando los eléctricos los hayan reemplazado en todas partes. Tendremos carreteras cuando en otras naciones haya solo caminos de hierro. Tendremos ferro-carriles cuando las máquinas locomotoras pueden correr libremente por los caminos ordinarios. Tendremos carruages de vapor cuando la acción *electro-química* haya hecho pasar á los estantes de un gabinete de física la obra de Watt y las aplicaciones de Stephenson, ¡Siempre llegamos tarde!

Envuelve á la capital de España una muralla inútil como una carta de recomendación, mezquina como la limosna de un avaro; parece, sin embargo, que contiene á los edificios que encierra y que oprimiéndolos en su base, se elevan desparramándose como un pu-

Jado de arena comprimido por la mano de un niño. Nueva Babel cada uno coloca los ladrillos de su vivienda lo mas elevado que puede, hasta que ofendido el cielo de su osadía, destruya la obra de tantos siglos. Para que esos hijos de Noé dejen de entenderse, no tiene Dios necesidad de aumentar el número de sus idiomas.

Los alrededores de la capital ofrecen por todas partes las sombrías columnatas de un cementerio como un reto de la vida á la muerte, de lo efímero á lo eterno. Un cementerio, de esperanzas roleadas de muchos cementerios de cadáveres! Hé aquí el punto de contacto entre la capital y sus alrededores... En esa ciudad que la ambición social enriquece con nuevos palacios, reina el bullicio de los vivos; en esos nichos que la vanidad humana ha dispuesto también por gerarquías, reina el silencio de los muertos! He aquí la disparidad entre ambos cementerios....

A nuestra derecha corria silenciosamente y como avergonzado el humilde Manzanares, objeto de mofa de todos nuestros poetas satíricos, antiguos y modernos, y tan bien apostrofado por uno de aquellos en su famosa redondilla:

Como Alcalá y Salamanca
tienes y sin ser colegio,
vacaciones en verano
y curso solo en invierno.

Sus orillas, donde en otro tiempo acampaban los cazadores deloto de Manzanares, véanse hoy cubiertas de infinitas lavanderas que disputan un palmo de terreno y un arroyo de inmundicia. A las tiendas de campaña han remplazado los sucios lavaderos, al ruido de las armas, la confusa grita de un sexo que no es bello ni feo pero que participa de ambos á la vez. Si quereis recorrer las sinuosidades del río, seguid esa multitud de mugeres que como una serpiente de multiplicados colores se pliega á sus sedientas márgenes. Ambas están puestas en comunicacion por medio de numerosos y variados puentes; escala gradual de los adelantos del arte, desde las sencillas y resbaladizas pasaderas hasta los mas seguros y atrevidos arcos; desde el frágil puente de madera hasta el sólido de granito. El de Segovia se distingue entre todos por sus dimensiones colosales; la obra de Herrera es como el sepulcro de Cheops: un puente gigante para dar paso á un río enano; una inmensa pirámide para encerrar las cenizas de un hombre. ¡Dónde no hallaremos despropósitos! O puentes que de nada nos sirvan por su magnitud ó que temamos pasar por ellos por su ruindad. El Manzanares tomó por feliz intérprete al fecundo Lope de Vega cuando, quejándose del gran puente que gravita sobre su seco alveo, exclamó:

Quitenme aqueste puente que me mata,
señores regidores de la villa;
miren que me ha quebrado una costilla,
y aunque me viene grande me maltrata.

De bola en bola tanto se dilata,
que no le alcanza á ver ni verde orilla;
mejor es que lo lleven á Sevilla
si cabe en el camino de la plata.

Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la casual y el argumento
de que en las tempestades tengo brio.

Pues yo con la mitad estoy contento
traigante, sus mercedes otro río
que le sirva de huésped de aposento.

Siguiendo el mas frondoso y pintoresco paseo de la coronada Villa, atravesamos en breve la puerta de San Vicente, cruzamos la plaza de Oriente y fuimos á apearnos á la Casa de postas y despues... hice lo que Cervantes al fin de su viaje al Parnaso:

busqué mi antigua y lóbrega posada
y arrojéme molido sobre el lecho
que causa cuando es larga una jornada.

RAMON RUA FIGUEROA.

La Providencia.

En la balanza del bien y del mal físico, la superioridad del bien es evidente, puesto que es evidente que las leyes del mundo material son bienhechoras en su tendencia general, mientras que los inconvenientes que provienen de ellas no son mas que accidentales.

Y aun entre estos males accidentales, ¡cuántos hay que se deben atribuir á los obstáculos que la imperfeccion de las instituciones humanas opone al orden natural!

Pero no es solamente en las leyes que aseguran al hombre la satisfaccion de sus necesidades mas imperiosas donde se encuentra la intencion benéfica de la Providencia. ¡Qué provision tan abundante de felicidad nos ha facilitado al darnos los placeres de la inteligencia, de la imaginacion y del alma! ¡Y qué poco sujetos están estos placeres á los caprichos de la fortuna! La aplicacion de los órganos de nuestros sentidos al teatro en que estamos destinados á vivir es aun mas admirable. ¡Qué armonía entre el olfato y los perfumes del reino vegetal; entre el gusto y la profusion de manjares deliciosos que le ofrecen á porfia la tierra, el aire y el agua; entre el oído y el canto melodioso de los pájaros; entre la vista y las bellezas sin número, los esplendores infinitos de la creacion visible!

Entre los favores que ha dispensado al hombre en su organizacion, hay uno que no debe olvidarse: es el poder de la costumbre. Es su influencia tan poderosa, que conceptuo difícil imaginar una situacion con la cual no consiga reconciliar poco á poco nuestros usos, y en la que no lleguemos á conseguir asimismo mas felicidad que en otras que envidia la multitud. Esta facultad de acomodarse á las circunstancias equivale á un remedio conservado en reserva en nuestra constitucion contra la mayor parte de los males accidentales que pueda causar la accion de las leyes generales.

LA VERDADERA EDUCACION.

Preguntándole á Agésilas qué se debía en su concepto enseñar á los niños, respondió: Quisiera que se les enseñara lo que habian de hacer cuando llegaran á ser hombres.

LOS TRES PROBLEMAS.

«Hay tres cosas, decia un escritor, que siempre me han gustado y que nunca he podido comprender: son la pintura, la música y las mugeres.»



AVISO IMPORTANTE.

Los recibos de renovaciones por el año próximo se presentarán á los suscritores de Madrid del 5 al 10 de este mes, á fin de saber oportunamente quienes adquieren derecho á recibir gratis los 15 números de LAS NOVEDADES que aparecerán en diciembre. Entretanto publicamos á los señores abonados, que no se anticipen á renovar en nuestras oficinas, como lo están haciendo, sino que remitan á ellas ó entreguen á los repartidores una papeleta expresando cómo desean que se entiendan sus abonos, para 1851.

Los de provincias que gusten continuar favoreciéndonos, nos barián un obsequio muy señalado dando aviso de sus abonos lo mas pronto posible, por medio de los corresponsales.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 47.

A grande mal remedio grande.



LA SOMBRA DE APRIGNY.

La sombra de Aprigny pertenece á las hadas malélicas ó sombras blancas de que la superstición ha poblado los campos de la Normandía. Si hemos de dar crédito á los narradores campesinos, estas sombras se encuentran en considerable número en las encrucijadas y parajes solitarios, á los que procuran atraer á los viajeros. «Pudiera creerse, dice el autor de la *Normandía novelasca*, que hay mucha coquetería en sus hechos, porque basta un ademán gracioso ó una complacencia cortés para seducirlas. Si se las presta la mano por ejemplo para figurar un baile ó si se las dá el brazo para atravesar un puentecillo, dan las gracias con muchas cortesías y desaparecen súbitamente, como hace una actriz respecto del público que la aplaude. La sombra de Aprigny acostumbraba entregarse á estos pasatiempos nocturnos en una especie de barranco tortuoso y estrecho que ocupaba en otro tiempo el solar de la calle de San Quintín en Bayeux. Cuando un viajero se atrevía á presentarse en medio de este camino sospechoso, era seguro que la sombra de Aprigny le saliese al encuentro. Ingeniábase al principio de manera que le obstruía el paso por medio de las figuras del baile, y luego le ofrecía graciosamente su mano para que tomase parte en su loco placer. Si el viajero accedía al mudo deseo de la sombra, quedaba en libertad por espacio de algunos minutos; pero si el temor le hacía retroceder, la hada encolerizada se apoderaba de él, le arrojaba á los fosos inmediatos, donde se veía imposibilitado de salir por una red espesa de malezas y de espinas, de *espinas hadas*, como las que defendían el castillo de la *Bella durmiente del bosque*.»

EL PARAISO Y LA PERI.

(CONCLUSION.)

Cae el sol de las cimas que, llenas de vigor y frescura, y ya ahora llenas de putrefacción, jamás volverán á percibirlo, y ¡ah! al ver

esos rimeros sin enterrar, sobre los cuales duerme la solitaria luz de la luna... los buitres mismos se alejan y repugnan tan inmundicia presa; solo la hiena (1) camina por los desolados paseos de la Ciudad á media noche... ¡Infeliz del pobre moribundo que tropieza con el brillo de aquellos ojos en medio de la oscuridad de las calles!

«¡Pobre raza del hombre! dijo el apiadado Espíritu, ¡muy caro pagas tu primera caída, todavía heredas algunas florecillas de Eden, pero el rastro de la serpiente yace sobre todas ellas!»—Lloró, y mientras corrían las brillantes gotas, el aire en sus derredores se hizo claro y puro, tal es la magia de cada lágrima que espíritus tan benignos derraman por el hombre.

Entonces, debajo de algunos naranjos, cuya flor y fruta juntas se solzaban en la brisa, libres como la ancianidad jugando con la infancia; debajo de aque'la frondosa y fresca bóveda, á la orilla del lago, oyó el gemido de alguno que, en esta callada hora, llegaba allí para morir en soledad: era uno que dó quiera que iba, ganaba los corazones; pero que ahora, como si nunca hubiera sido amado, moría aquí sin ser visto ni llorado de nadie, nadie que lo cuidase, nadie que apagase el fuego que ardía en su pecho con una porción del agua que tan fresca brillaba á sus ojos, ninguna voz bien conocida que pronunciase el último adiós que, como música, resonase cuando ya todos los demas sonidos se hubiesen desvanecido, aquel tierno adiós que, en la ribera de este mundo cruel, cuando todo se ha acabado, anima el espíritu antes que la barquilla se lance en desconocida oscuridad.

¡Abandonado jóven! un solo pensamiento es el que infunde consuelo en su alma. La que ha conocido y amado por años, que iba á llamar suya, se hallaba fuera del alcance de este pestífero hálito de la media noche en las regias salas de su padre, donde los aires frescos de las fuentes perfumadas con el incienso del dulce palo de la tierra india eran puros como la frente que refrigeraban.

(1) Jackson hablando de la peste que hubo en la Berbería del Oeste cuando el no hallaba allí, dice: «los pájaros huyeron de las habitaciones del hombre; las hienas al contrario visitaron los cementerios, etc.

Pero ¿quién viene furtivamente hacia este melancólico bosque, semejante a un joven plenipotenciario de la salud, con dones rosados en sus mejillas?... Ella es; en la distancia y al través de la anublada luz de la luna, recopce el joven a su amada.—Ella es, que prefiere morir con él a vivir para ganar un mundo; ya sus brazos cercan a su amante, comprime su cárdena mejilla con la suya y moja en el fresco lago sus trenzas para atarlas en sus ardientes sienes, ¡ah! qué poco imaginaba él alguna vez que llegaría una hora en que rechazaría con horror aquel caro abrazo, aquellos dulces brazos que eran para él santos como el lugar dó se mece el infante Querub de Eden, y ahora, ya cede, ya huye temblando como si veneno estuviese en aquellos ofrecidos lábios que, en este momento tan osados, nunca antes se allegaron a los suyos.—«¡Oh! déjame aspirar el aire, el bendito aire que tú respiras: sea muerte ó vida que traiga en sus alas, dulce es para mí, toma, bebe mis lágrimas, mientras todavía caen, ojalá fuese la sangre de mi pecho un bálsamo, y, bien lo sabes, toda la vertería para dar un solo momento de alivio á tus sienes; no, no huyas tu amado rostro, ¿no soy tuya? ¿tu amada? aquella elegida tuya, cuyo lugar en vida y muerte es tu lado? ¡piensas que aquella, cuya única luz en este opaco mundo ha dimanado de tí, pudiese soportar la larga y desabrida noche que sería suya, cuando hubieses tú desaparecido? ¿Qué, yo he de vivir sin tí que eres mi misma vida?—no, no.—Cuando muere el vástago, la hoja que brotó de su corazón debe morir también.—Pues vuélvete hacia mí, mi único amor, vuelve antes que, como tú, me marchite y agoste. Cuélgate de estos lábios que todavía están frescos, y participa de la última vida pura que aun conservan.»—Se desmaya, cae, como espira la lámpara en los aires cadavéricos de las húmedas cuevas, tan pronto se apaga la dulce luz de sus ojos en aquellos funestos suspiros, un esfuerzo mas, y su pena pasó, ya no existe su amante, un beso le dá la joven, un beso largo, último, y espira dándoselo.

«¡Dormid! dijo la Peri; mientras que con suavidad robó el suspirado adiós de aquella alma tan fiel, ¡dormid! reposad en visiones de fragancia, en aires mas balsámicos que los que despiden la encantada pira de aquel pájaro solitario que canta su muerte y espira entre música y perfumes (1).»

Diciendo esto, vertió de sus lábios hálitos etéreos por aquel sitio, y sacudiendo su brillante guirnalda, derramó tal esplendor sobre aquellos pálidos rostros que parecían dos hermosos santos, sacados de sus oscuros sepulcros en la víspera del día de juicio, durmiendo entre fragancias, mientras que la benévola Peri resplandecía como su buen ángel, custodiándolos dulcemente hasta el despertar de sus almas.

Pero la mañana se sonrosea en el cielo. Vuelve á encumbrar su vuelo la Peri llevando al cielo el precioso suspiro del puro y desprendido amor. Su corazón latía con la elación de la esperanza. Pronto ganará la palma elísea, pues el brillante Espíritu á la puerta se sonrió al recibir la ofrenda. Oye los árboles de Eden con sus campanillas de cristal tañidos por la brisa de ambrosia que despiende el trono de Alá, vé las copas de estrellas en alrededor del lucido lago, en cuyas márgenes beben el primer dulce trago de gloria, las almas admitidas en Eden (2).

Pero ¡ah! todavía son vanas las esperanzas de la Peri. Los hados las prohíben.—Vuélvese á cerrar la inmortal barrera.—«Todavía no, dijo el ángel mientras cerraba aquella vistumbre de gloria; fiel fué aquella Virgen sin historia, escrita con luz encima del trono de Alá, siempre estarán leyendo los serafines... pero... mira, Peri, la vara de cristal de Eden no se mueve—mucho mas santo que este suspiro ha de ser el don que te abra las puertas del cielo.»

Ya reposa dulcemente la luz de la tarde sobre el país de rosas de la Siria (3); y el ancho sol, semejante á una aureola, cuelga sobre el consagrado Líbano, cuya frente se eleva en invernal magnificencia blanqueada con eterna nieve, mientras el estío, en un valle de flores duerme sonrosado á sus pies.

¡Qué bello aparecerá al que mira desde alturas etéreas á estas regiones encantadas, el ardor de vida, el brillo de abajo! ¡los her-

mosos jardines, los rios cristalinos orlados de dorados melones, mas dorados cuando les cae encima la luz del sol... Lagartos alegres brillando (4) entre las aras arruinadas, activos y centelleantes como si toda su vida fuese luz; y aun mas esplendentes los enjambres de palomas posándose en las peñas, luciendo la variedad de sus ricas y agitadas alas en el rojo rayo del ardoroso Oeste, como si de adentro de la tierra sacasen brillantes de las minas, ó estuviesen formadas de Arco-iris, semejantes á los que ciñen los claros cielos del Peristan—y luego los sonidos del pito del Pastor (2) mezclados con el susurro de las agrestes abejas de la Palestina, banquetean por los floridos valles—y las dulces orillas del Jordán y sus selvas tan llenas de ruiseñores.

Pero nada enagena á la malhadada Peri... Su alma está triste—sus alas cansadas—desalentada vé el sol mirar aquel gran templo, alguna vez suyo (3), cuyas solitarias columnas permanecen sublimes arrojando sus sombras desde lo alto cual si fueran cuadrantes que el tiempo adivinador hubiese erigido para contar por ellas sus siglos.

Pero quizá yace escondido, bajo estas salas del sol, algun amuleto de piedras preciosas, estampado con altos fuegos, algun libro de memoria sellado con el grande nombre de Salomón que, descifrado por sus iluminados ojos, puede enseñarle en donde, debajo de la luna, en la tierra ó en el Océano, esté el don, el talisman, que pueda reintegrar tan pronto un espíritu extraviado á los cielos.

Animada con esta esperanza, allí se dirije—aun se rie el radioso ojo de los cielos, todavía no han empezado á desvanecerse las doradas bóvedas de la tarde en el magnífico Oeste—cuando, cerniéndose sobre el valle de Balbec, vé á un niño jugando entre las selváticas florecillas rosadas, cantando y riendo, tan selvático y rosado como ellas—cazando con manos y ojos ansiosos las brillantes virgen-moscas azules (4) que aletean en derredor del jazmín, semejantes á flores aladas ó á voladoras pedrerías—y cerca del niño que, ya cansado de jugar, se recostaba entre las rosas, vió á un hombre fatigado apearse de su fogoso caballo y arrojarse con impaciencia á beber en la rústica fuente de un pequeño Imaret—luego volvió su zahareña mirada hacia el hermoso niño que se estaba sin temor, aunque jamás tostó el sol frente mas fiera que aquella—sombriamente fiera, presentaba una horrorosa mezcla como tempestuosos nublados la ofrecen de oscuridad y fuego, en la cual los ojos de la Peri podían leer negras historias de crueles hazañas, vírgenes violadas, altar profanado, votos quebrantados, umbrales manchados con sangre del huésped, todo allí estaba escrito, negro como las maldicientes gotas que caen de la pluma del ángel denunciador, antes que la misericordia las haya borrado, empero ya sosegado aquel hombre de crimen (como si la balsámica estación de la tarde hubiese suavizado su espíritu), miraba y observaba el juego del rosado niño, aunque siempre que sus ojos por acaso se encontraban con los del muchacho, su sombra ojeada chocaba con aquella mirada clara y alegre, como cuando las antorchas que han ardido toda la noche durante algun rito impuro, encuentran los gloriosos rayos de la mañana.

¡Pero atended! la campana de vísperas llama á la oración, al paso que lentamente se oculta la órbita de la luz del día y su sonido se eleva dulcemente en el aire sobre los minaretes de la Siria, el muchacho salta de su cama de flores y se arrodilla sobre el fragante suelo; con la frente hacia el Sud, habuciendo el eterno nombre de Dios por la querube boca de la pureza misma, y elevando manos y ojos á los ardorosos cielos, parece un niño errante del Paraíso que acaba de posarse en aquella florida campiña y que suspira por su perdida mansion—¡Oh qué espectáculo! aquel cielo—aquel niño—era una escena que hubiera podido arrancar un suspiro aun al orgulloso Eblis (5) por las pasadas glorias y la paz perdida.

Y que sintió aquel hombre miserable, allí recostado; mientras la memoria recorria muchos años de crímenes y volando sobre la oscura corriente de su vida, no encontraba un claro, ni un ramo de gracia.—«Hubo un tiempo, dijo en tonos tiernos y humillados, hubo un tiempo, ¡oh! ¡bendito niño! que yo era joven y quizá puro como tú, en que también miraba y oraba, pero ahora...» Bójó la cabeza, en aquel instante se agolparon en su mente todo noble esfuerzo y esperanza y sensación que habían dormido en él desde su juventud y lloró, lloró!

(1) En el Oriente suponen que el fenix tiene 50 arificios desde el pico a la cola, y que despues de vivir mil años, se labra una pira funeral, canta un aire melodioso con las diferentes armonías de sus cincuenta pitos orgánicos, y bate sus alas con una precipitación que enciende la pira donde se consume. —Richardson.

(2) En las márgenes de un lago cuadrado están a illares de vasos formados de estrellas, en los cuales las almas protestantes beben de esas cristalinas aguas. Descripción del paraíso de Mahom por Chateaubriand.

(3) Richardson piensa que Siria tomó su nombre de Suri, una hermosa especie de rosa por la que siempre ha sido famoso aquel país. Suristan, país de rosas.

(1) El número de lagartos que vi un día en el patio del templo del sol en Balbec, subió á muchos miles; el suelo, las paredes y las piedras de los edificios arruinados, estaban cubiertos de ellos. Bruce.

(2) El Syrix ó pito de pán todavía es un instrumento pastoril en Siria.—Russel.

(3) El templo del sol en Balbec.

(4) Allí se vé considerable número de especies extraordinarias y hermosas de insectos, cuya elegancia y atavío les ha merecido el nombre de señoras. Savini.

(5) El demonio.

¡Benditas lágrimas de la penitencia del alma, en cuya benigna y redimidora corriente se tiene el primer, el único sentir de inocente goce que le es dado conocer al delito!—Hay una gota, dijo la Peri, que cae desde la luna por los resacantes aires de junio, sobre la tierra de Egipto (1) de tan vigoroso poder, de tan balsámica virtud, que en la misma hora que cae, muere el contagio y la salud reanima la tierra y los cielos. Y ¡ah! ¿no es así también, hombre pecador, como caen las lágrimas del arrepentimiento? Por mucho que ardan las llagas interiores, una gota celestial las apaga todas!—Y ya, miradlo postrado junto al niño en humilde oración, mientras el mismo rayo del sol brilla igualmente sobre el criminal y el inocente, é himnos de alegría proclaman por el Cielo el triunfo de una alma perdonada.

Ya el orbe de oro se había ocultado y aun permanecían postrados, cuando cayó una luz mucho mas hermosa que la que jamás despidiera el sol ó estrella alguna sobre la lágrima que, ardiente y humillada, humedecía el rostro del pecador penitente; á ojos mortales podría parecer un rayo del norte, un destello de algun meteoro, pero la enagenada Peri bien conoció que era una clara sonrisa que vertía el ángel de la puerta del Cielo para acoger aquella lágrima precursora de su cercana gloria.

¡Goce eterno!—ya se cumplió mi tarea—pasé las puertas y he ganado el cielo. ¡Oh! ¡qué feliz soy! ¡lo soy!—para contigo dulce Eden; ¡qué oscuros y tristes son los torreones de brillantes de Shadukian (2) y los fragantes bosques de Amberabad!—Adios, olores de la tierra que fenecéis, como muere el suspiro de un amante—mi festín es ahora el árbol de Tooba (3) cuyo olor es el hálito de la eternidad! ¡Adios vosotras pasajeras flores que luciais en mi encantadora guirnalda, tan brillantes y rápidas! que son las mas bellas que hayan florecido, con el Lote que nace junto al trono de Alá (4) cuyas flores tienen un alma en cada hoja?

¡Gozo! ¡Gozo eterno!—¡mi tarea se cumplió—y he ganado el cielo!

«¿Y esto? dijo el gran camarero, ¿y esto es poesía? ¡Esta floja manufactura del cerebro que, en comparacion de los elevados y pérennes monumentos del génio, es como trabajo de filigrana de la Zamara junto á la eterna arquitectura de Egipto!»

Después de esta suntuosa sentencia que, con algunas otras de la misma clase, tenía en reserva para ocasiones extraordinarias é importantes, siguió á la anatomía del pequeño poema que se acababa de recitar.

«El género de fácil y lacio metro en que estaba compuesto debería denunciarse, dijo, como una de las principales causas de la alarmante propagación de la poesía en nuestros tiempos. Si no se le ponía alguna traba á esta ilegal facilidad, pronto nos veríamos inundados de una raza de poetas, tan numerosa y vacía como las ciento y veinte mil corrientes de Basra (5). Los que sobresalían en este estilo, merecían castigo por eso mismo, así como se han castigado guerreros, aun después de haber conseguido la victoria, porque habían tomado la libertad de ganarla de un modo irregular, y no establecido—pues ¿y qué se había de decir de los que la perdían? aquellos que pretendían, como en el presente lamentable caso, imitar la licencia y facilidad de los mas atrevidos hijos del canto, sin ninguna de aquella gracia y vigor que daba cierta dignidad hasta al desórden; que, así como estos, arrojaban negligentemente el Jereed (6), pero, no como estos, alcanzaban el blanco?... Y porque, prosiguió elevando la voz para escitar el debido grado de atención en sus oyentes, y porque se ha de procurar parecer pesado y constreñido en medio de toda la latitud que se han permitido, semejantes á estas jóvenes paganas que bailan delante de la princesa que, metidas en los calzones mas ligeros y anchos del Masalipatan, tienen la habilidad de moverse como si todos sus miembros estuviesen trabados.»

Continuó diciendo: que no le pertenecía á la grave marcha de la crítica seguir á esta fantástica Peri en todos sus vuelos y aventuras

entre el cielo y la tierra—pero que no podía dejar de advertir el concepto pueril de los tres dones que se la supone llevar al cielo: una gota de sangre, un suspiro y una lágrima! Confesaba que no podía descubrir cómo se entregó el primero de estos artículos en la *mano radiosa del ángel*—y por lo que era el salvo-conducto del suspiro y la lágrima, que semejantes Peris y semejantes poetas eran unos entes demasiado incomprensibles para él, para que ni aun adivinar pudiese cómo manejaban estas materias—pero en fin, dijo, es desperdiciar el tiempo y paciencia, detenerse en una cosa tan incurablemente frívola,—ruin; aun entre su linaje ruin, y solo adecuada para el hospital de insectos enfermos en Bangan (1).

En vano procuró Lala-Rookh ablandar á este inexorable crítico: en vano recurrió á su dulce elocuencia, recordándole que los poetas eran una raza tímida y sensitiva, cuya dulzura no se estrajía, así como la del fragante césped junto al Ganjes, estrujando y pisoteándola—que la severidad muchas veces destruía toda probabilidad de la perfección que se exigía; y que en fin, la perfección era como la montaña de Talisman, nadie todavía alcanzó su cumbre (2).—Pero ni estos suaves axiomas, ni aun las mas suaves miradas con las que se inculcaban, pudieron disminuir por un instante el ceño de Faldaleen, ni atraerlo á nada que se pareciese á estimular ni tolerar al poeta.

A pesar del crítico, siguieron los cuentos, hasta que llegados á Palacio, reconocieron en el joven poeta al augusto novio de la Princesa—pronto mudó el crítico de lenguaje!

EL PANTEON REAL DE OVIEDO.

«Esta capilla es de gran devoción y venerada con antiguas memorias y ceremonias particulares.»

CARBALLO.—*Antigüedades de Asturias.*

La célebre catedral de Oviedo, que los antiguos nos legaron como un vivo testimonio de su piedad y magnificencia, puede considerarse como un riquísimo Museo de bellezas artísticas, y memorias históricas. En efecto, son tantos los objetos de la mas alta importancia que por do quiera ofrece al exámen del arquitecto, del paleógrafo ó del anticuario, que bastaría apenas un abultado volumen para mencionarlos todos. Uno de los mas notables es sin duda el panteon donde se guardan los restos de los renombrados reyes de Asturias, de aquellos esforzados y piadosos guerreros de glorioso recuerdo, que conquistaron á España, á costa de proezas sin cuento, su libertad, su independencia y poderío, y que con mano fuerte plantaron la cruz de Cristo donde antes campeaban las medias lunas del Islam.

Antes de presentar á nuestros lectores la descripción del enterramiento real de Oviedo en su estado presente, consagraremos algunas líneas á su historia, tal cual nos la muestran las antiguas memorias asturianas, á las que nos referimos.

Era el año de Cristo de 802, cuando el celebrado Alfonso el Casto, que ocupaba á la sazón el trono de los españoles cristianos, deseando ennoblecer la joven ciudad de Oviedo (3), en que había nacido, la eligió para corte y cabeza de su reino, y para que reposasen en ella sus cenizas. Alzándose de repente, y como por encanto, multitud de edificios magníficos en la nueva ciudad real, los que merecieron los mas señalados elogios á nuestros antiguos cronistas (4), que encarecen sobre todo el real palacio, los baños ó termas, las iglesias de San Tirso, San Julian, y la suntuosísima basílica del Salvador (5), monumento en que el piadoso y magnífico principe os-

(1) Se puede ver una descripción de este hospital en los viajes de Parson.

(2) Es una montaña llamada Koh-talisan, porque, segun tradiciones del pais, nadie jamás llegó á su cumbre.—Kinnier.

(3) En 762 el Rey D. Fruela I hizo donación á dos santos monjes, Fromestano, Abad, y su sobrino Máximo, del monte cubierto de árboles y maleza, que decían *Oveto*, para construir en él una basílica «al mártir y levita de Cristo Vicente». Alrededor de este templo se fabricaron algunas casas que después formaron la ciudad de Oviedo. Risco, *España Sagrada*; Carballo, *Antigüedades de Asturias*, etc. etc. En una escritura original de Alfonso el Casto que se conserva en el libro gótico de la catedral de Oviedo dice este principe «que nació en aquella ciudad, y que recibió las aguas del bautismo en la Iglesia del Salvador que su padre Fruela había fundado.»

(4) Véase la crónica del Rey D. Alfonso el Magno, la de Alvelda, la de Peláyo, obispo de Oviedo, y todas las posteriores. El arquitecto del Rey se llamaba Tiuda, y á él se deben las obras referidas.

(5) Comenzó á edificar este templo en 802, y se acabó en 842. El privilegio ó acta de fundación puede verse en Risco, continuación de la España Sagrada. El Altar mayor fué dedicado al Salvador, y otros doce en torno suyo en honra de los doce apóstoles. La consagración se celebró el 12 de octubre de 802, solemnemente por cinco obispos, y se colocó en memoria de este suceso en la misma catedral una lápida en que se leía una muy notable inscripción alusiva al mismo. Los nombres de los prelados que concurrieron á la solemne ceremonia son: Ataúlfo de Iria, Suintila de Leon, Quindulfo de Salamanca, Maydo de Orense, y Teodomiro de Calahorra.

(1) El *nucta* ó gota milagrosa que cae en Egipto precisamente el día de san Juan y se le supone el efecto de destruir la peste.

(2) El pais de delicia, es el nombre de una provincia en el reino de Jinnistan ó pais de los génius, cuya capital se llama la ciudad de las joyas. Amberbad es otra ciudad del Jinnistan.

(3) El árbol Tooba que está en el Paraiso en el palacio de Mahoma. Salo-tonba, dice d'Hierbolet, significa beatitud ó eterna felicidad.

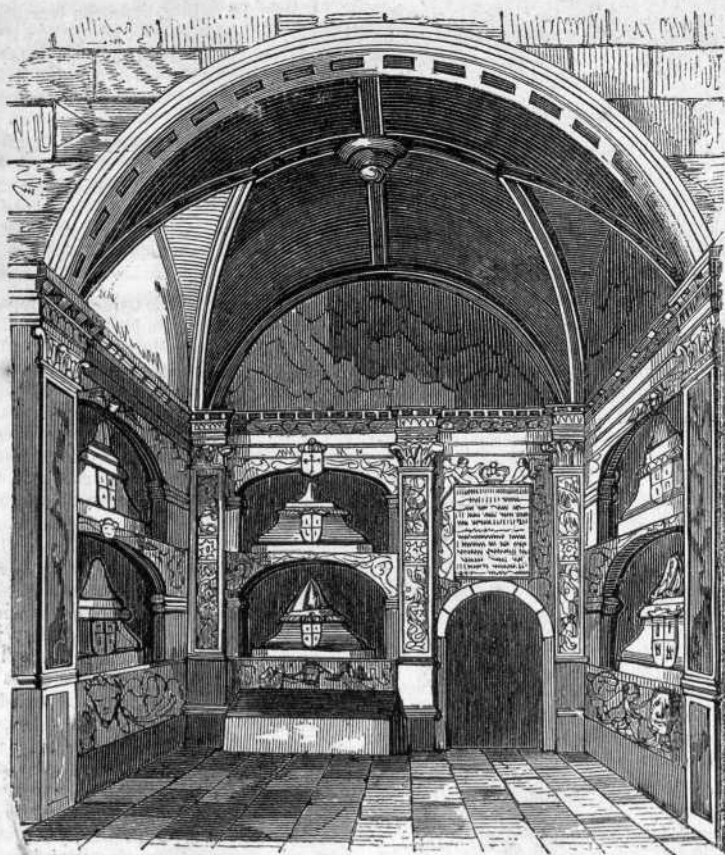
(4) Mahoma está pintado en el capítulo 55 del Alcoran, como habiendo visto al ángel Gabriel junto al árbol del Loto, mas allá del cual no se pasa—á su lado está el jardín de la «eterna mansion»—este árbol, dicen los comentaristas, está en el sétimo cielo á la derecha del trono de Dios.

(5) Se dice que los ríos ó corrientes de Basra se contaron en el tiempo de Belal-Bee-abi Boreck y llegaron á ciento y veinte mil.—Ebn Hassaid.

(6) Nombre de la javalina con la que se ejercitan los Orientales.

tentó profusamente su grandeza, su buen gusto y sus tesoros. Al lado occidental de este gran templo se elevó otro mas pequeño destinado á panteon, que se bendijo con el título de Santa Maria, y se veían en él tres altares. En el principal fué colocada una antigua y muy devota efigie de la Virgen que se denominaba de las Batallas porque la llevaba siempre el belicoso rey en sus continuadas y gloriosas guerras. Aquella advocacion fué despues cambiada por la de Nuestra Señora del Rey-Casto, y hoy, con ligera alteracion, se llama aquella imagen, y la capilla en que se venera, Nuestra Señora de Recasto. Los otros dos altares, colaterales, fueron dedicados á los Santos mártires Esteban y Julian, con quien Alfonso tenia particular devocion, y el todo de esta iglesia de Santa Maria constaba de tres naves. Los escritores contemporáneos y posteriores á su fábrica, encarecen conteses su mérito artístico, y Carballo, que la describió prolijamente en el siglo XVII, nos dice que era bellísima y que se conservaba en su tiempo «lo mismo que la dejó el casto rey.» Al presente, y segun nuestra opinion, desde los años de 1585, en que se comenzó la fábrica de la nueva catedral que hoy persevera (1), la iglesia de Recasto está unida á aquella, y forma una de sus principales capillas, pero no un templo separado como en los antiguos tiempos. Aquí deberemos trasladar integras algunas líneas del ya nom-

brado Carballo: — «En lo postrero de esta iglesia de Santa Maria mandó el rey don Alonso hacer una capilla, ó por mejor decir una cueva, pues no tiene altar ninguno, para su entierro y los demas reyes que le sucediesen, pues no se permitia á nadie enterrarse en la iglesia. Tiene este sótano de ancho otro tanto como la capilla mayor, que serán 20 pies y 12 de largo. El techo es muy bajo, de madera, sin labor alguna, y sirve de suelo á un aposento que está encima, como tribuna ó coro de la iglesia. Tiene hácia la capilla mayor unas puertas de red de hierro á lo antiguo, y una pequeña ventana por donde entra bien poca luz, y así está muy lóbrega la pieza. El suelo está todo lleno de sepulturas de reyes, antiguas, y altas del suelo cosa de dos pies, y tan llegadas unas á otras que no se puede andar sino por encima.» Añade tambien el historiador asturiano habia en este enterramiento, ademas de los sepulcros de los reyes, otras sepulturas «llanas» que se ignoraba á quien pertenecian. Ambrosio de Morales, que visitó de órden del devoto Felipe II todos los santuarios célebres de Asturias y Galicia, nos hace del antiguo y modesto panteon de los reyes de Oviedo una descripcion muy semejante á la que acabamos de repetir. Acendrada devocion mereció á los sucesores de Alfonso la iglesia de Santa Maria y su enterramiento, y así solian hacer de ella memoria en casi todos los privilegios de



(Panteon Real de Oviedo.)

donacion que concedian á la catedral, como demuestran las siguientes palabras que se leen en muchos de ellos:

Necnon Sanctæ Dei Genitricis Virginis Mariæ cum his titulis in honorem Sancti Stephani et Sancti Juliani Martirum (2).

Apenas acabada la fábrica del panteon real, fueron en él colocados con solemne pompa los cadáveres de Fruela I el fundador de Oviedo, y el de Bermudo el Diácono, inmediato antecesor de Alfonso el Casto. Muerto este gran rey en la misma ciudad en 845, se depositaron sus restos en una grosera tumba de piedra inmediata á la de Fruela su padre. Este lucillo, que ocupaba el centro del antiguo enterramiento, subsiste aun: se alza sobre el pavimento dos pies, y no tiene adorno ni inscripcion alguna, pues aunque el monge anó-

nimo de Albelda dedicó á este rey un elocuente epitafio que insertó en el apreciado cronicon que redactó, no llegó á escribirse sobre el sepulcro á que estaba destinado. El único y digno adorno que lo decoraba, eran, segun leemos en el libro gótico de la catedral, «las armas reales,» por las que deberá entenderse, dice un historiador, la espada, lanza y arneses que el rey usaria, y no su blason, por ser, segun opinion comun, invento mas moderno. La buena memoria que quedó del piadoso Alfonso el Casto, hizo que sus restos fuesen un objeto de profunda veneracion, y casi de culto, por lo que los monjes de los vecinos monasterios de San Pelayo y San Vicente (1) guardaron desde tiempo inmemorial la costumbre de venir todos los dias en comunidad á orar sobre esta tumba mirada como sagrada. Para llegar al panteon se valian de una puerta misteriosa que aun hoy se vé, aunque tapiada. En nuestros dias el respetable cabildo de Ovie-

(1) Era obispo de Oviedo en esta época D. Gutierre de Toledo.

(2) Estos eran los altares colaterales de la iglesia de Santa Maria, de lo que hablamos arriba.

(1) Ambos pertenecian á la orden de San Benito. El de San Pelayo era de monjes y aun subsiste en el dia.

do, fiel conservador de las venerandas tradiciones de su memorable iglesia, vá en cuerpo y con frecuencia á visitar la tumba de su noble fundador, y celebra en su memoria un solemne aniversario el 22 de marzo.

Ramiro I, sucesor de Alfonso, murió también en Oviedo por los años de 850, y ocupó un lugar en el mismo panteón. En su sarcófago se leía este epitafio:

*Obiit diva memoria Ranimirus die
Kalend. Februarij, Era
DCCC.LXXXVIII. Obtestor vos
Omnes qui hæc lecturi estis, ut pro
Requie, illius orare non desinatis. (1)*

En el sepulcro de Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro, se leía también una inscripción que no reproducimos aquí por parecernos de escasa importancia; mas no podemos dispensarnos de referir una particularidad de la del lucillo del célebre Alfonso III apellidado el Magno. Edificaba este monarca su Palacio en Oviedo, y sobre la portada puso su acostumbrada insignia de la cruz de la Victoria con esta leyenda:

Signum salutis pone domine in domibus istis ec nom permitas...

y dejando pendiente el sentido hizo esculpir en su tumba, que se labraba al mismo tiempo que el Palacio, entre las de sus antepasados, otra vez la cruz de la victoria, y lo restante de la truncada leyenda en esta forma:

Introire angelum percutientem.

Ambas inscripciones se leen aun reunidas, y formando una sola, alrededor de la repetida cruz de la victoria, en una lápida de la fortaleza de Oviedo fábrica del mismo. Alfonso el Magno. Carballo la traduce así:

*Pon Señor en estas casas
La señal de la salud
Y no permitas entre ellas,
El ángel percutiente (pecador).*

El sepulcro antiguo de D. García I, se veía también en este panteón, pero no tenía epitafio; ofreciéndose por esta circunstancia á un devoto historiador la piadosa reflexion «que ni aun era digno de esta memoria, por haber sido rebelde á su padre.»

Trasladada la corte á Leon después de la muerte de García, ninguna otra persona real fué sepultada desde esta época en el panteón de Oviedo, que ademas de los siete reyes espresados, fué ocupado por algunas de las reinas sus esposas, y por varios príncipes de ambos sexos. En tal estado subsistió por largos siglos este histórico monumento, hasta que entrado ya el próximo pasado, y por los años de 1712, siendo obispo de Oviedo Fr. Tomás Reluz (que habia sido religioso dominico) fué totalmente reedificado. Profesaba el prelado, singular devocion á la antigua imagen de la virgen del Rey Casto, cuya Iglesia ó capilla se hallaba en estado ruinoso, y emprendió á sus expensas, su completa renovacion, aunque desgraciadamente, y siguiendo el estilo de su tiempo, substituyó á la antigua y magestuosa arquitectura bizantina, la estravagante de Churriguera, que entonces reinaba. La virgen de Recasto fué instalada con la mayor solemnidad en su nuevo altar, y los huesos de los reyes turbados en el reposo que desde tantos siglos gozaban en sus modestas tumbas, por la mano profana y atrevida del arquitecto de Reluz, que los encerró en las nuevas urnas que al intento fabricára. Solamente permanecieron en su antiguo sarcófago los restos del ilustre Rey, Alfonso el Casto, que al menos merecieron el justo respeto de no ser tocados.

El nuevo panteón fabricado de piedra de sillería ocupa el mismo lugar que el primitivo, y aunque campea en él, como hemos dicho, la justamente reprobada arquitectura churrigueresca, no carece de magestad, y encontramos en sus adornos alguna semejanza con los de la Capilla de san Isidro en la Parroquia de S. Andrés de Madrid. Su planta es un rectángulo, y su decoracion consiste en varias pilastras (cuyos capiteles se inclinan al órden Corintio), que sustentan un cornison laboreado que rodea toda la pieza, y una bóveda cruzada de fajas ó cintas al estilo gótico. Entre las pilastras corren una sobre otra, dos hileras de nichos formados por pilares que sostienen arcos semi-elípticos, donde están colocadas seis urnas sepulcrales, que encierran los cuerpos de otros tantos reyes, y de varias reinas. Interrumpe la armonia de toda la pieza, el tosco túmulo de Alfonso el Casto que está posado en el suelo, y se asemeja un poco á un cañon abandonado, y una puerta tapiada que daba paso en otro tiempo á los monasterios de S. Vicente, y S. Pelayo, como ya dijimos. Sobre esta puerta, se vé una gran lápida rectangular surmontada de

una corona real á la moderna, sostenida por dos ángeles de relieve, en la que se lee el prosaico epitafio siguiente:

«En este real panteon yacen los cuerpos de los señores reyes y reinas siguientes: el señor rey don Fruela I de este nombre, hijo del señor rey don Alonso el Católico, I de este nombre, quien pobló á esta ciudad, y traslado esta santa iglesia al sitio que hoy tiene. El señor rey don Bernardo, llamado el Diácono, sobrino del señor rey don Fruela. El señor rey don Alfonso el Casto, hijo de dicho señor rey don Fruela, quien fundó esta real capilla para su real sepulcro y de sus proenitores. El señor rey don Ramiro I de este nombre, hijo del señor rey don Bermudo. El señor rey don Ordoño I de este nombre, hijo de dicho señor rey don Ramiro. El señor rey don Alfonso el magno, III de este nombre, hijo del dicho señor rey don Ordoño. El señor rey don García I, hijo del señor rey don Alfonso el Magno. La señora reina doña Geloira, muger del señor rey don Bermudo. La señora reina doña Urraca, muger del señor rey don Ramiro I, y otros muchos cuerpos de señores príncipes, infantes, é infantas. Reedificóse el año de 1712, reinando la magestad católica del señor rey don Felipe V de este nombre (1).

Todo el panteón desde el pavimento hasta la cornisa está sobrecargado de querubines, cariátides, cabezas de leones, flores, frutas, y finalmente tiene un escudito de armas con la cruz de la Victoria. Las urnas sepulcrales son lisas, y sin otro adorno que el escudo de armas de Castilla y Leon timbrada de una corona parecida á la condal, ridiculo adorno para el sepulcro de reyes que no lo fueron jamás de Castilla ni de Leon. Solamente el primero de la izquierda ostenta la cruz de los ángeles, armas de la ciudad y catedral de Oviedo y especial insignia segun se cree de Alfonso el Casto. Recibo el enterramiento la luz por una sola ventana practicada en lo alto de la bóveda, y está resguardado por una alta verja de hierro siempre cerrada, y en la que se ven las armas de Felipe V, que como queda relatado arriba, vivia en la época de la restauracion de la capilla de nuestra señora de Recasto, y del real panteón de Oviedo.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Oviedo 10 de noviembre de 1848.

Simbolismo de la palabra hebrea שמש (sol).

Si no nos fuesen ya conocidos otros sublimes rasgos de las sapienciales combinaciones, profundos sentidos y analógicos significados de los elementos de la escritura hebrea, de las palabras y de las oraciones y monumentos literarios de esta por tantos conceptos veneranda lengua, el que hoy ofrecemos al público literato y verdaderamente filólogo fuera suficiente en nuestro juicio para probar, que no solo el idioma hebreo es una verdadera representación por escrito de los pensamientos é ideas con verdad natural y adecuada, sino que sus radicales, palabras y espresiones encierran, sobre los mas profundos y delicados arcanos de la filología, los misterios mas eternos é inefables de religion, cosmogonia y filosofia, que forman la base del órden que rige los destinos del mundo.

Aunque esta verdad (que así la juzgamos) parezca exagerada, á mas de otros anteriores, la confirma el ejemplo que hoy tenemos que proponer para demostracion de la misma, y confiamos en que la experiencia diaria y consecutiva, dimanada de la observacion de otros mil fenómenos, no menos curiosos que el presente, y del mismo ó semejante órden, acabará por demostrar á cualquier filósofo concienzudo que el simbolismo del universo se halla ingénito en la escritura y lengua hebrea.

Fijemos ya nuestra mirada en la figura que ocasiona este relato, y observemos primero su disposicion y significado material, y en segundo lugar el espiritual ó simbólico.

Todo hebraizante sabe que la voz hebrea שמש que significa sol (poniendo ó sustituyendo en lugar de las tres radicales sus valores ideológicos, valores que tales observaciones como la actual acabarán por confirmar y esclarecer de una manera evidente) equivale á decir «naturaleza, ministerio, naturaleza;» y por tanto unidas ó rigiéndose ó construidas en el órden en que se hallan, dicen: «ministerio ó agente entre naturalezas, ó enmedio de naturalezas;» y como la naturaleza es el simbolo de la abundancia, significa también la fórmula «agente que dá la abundancia á la naturaleza, agente de abundancia;» y naturalmente «agente en medio de la naturaleza ó de una naturaleza;» ó lo que es lo mismo, «sol de un sistema solar;» y en una palabra «sol».

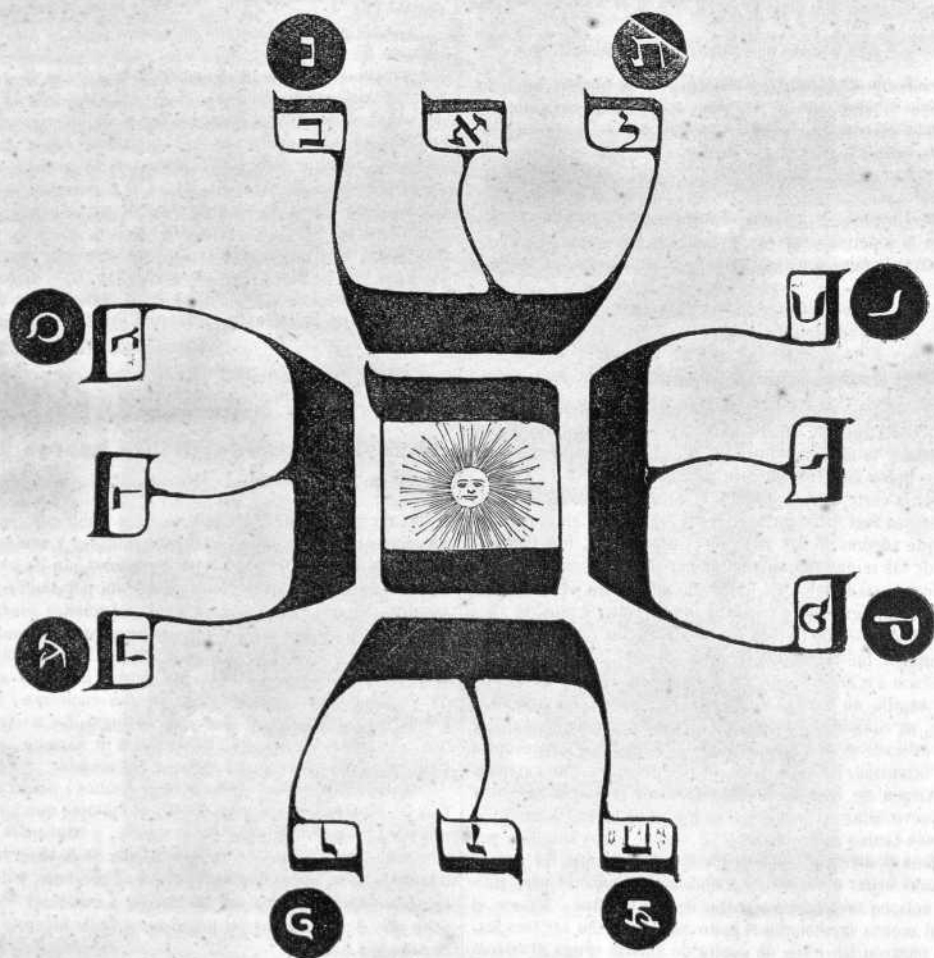
(1) Murió la divina memoria de Ranimiro el día 4.º de febrero, era de 888. Ruego á todos los que esto leáis no dejéis de rogar por su reposo.

(1) Ademas de las reinas aqui espresadas se sepultaron en este panteon segun la historia nos muestra las siguientes: Munia, Munia Donna y Ximena, esposas de Fruela I, Ordoño I y Alfonso III.

Ahora bien, empecemos á hacer sobre este significado etimológico-ortográfico de la palabra observaciones acerca de la combinación á que la misma dá lugar, y que por fortuna se ha llegado á descubrir. La radical media, que es **ו**, es la letra mas cuadrada del alfabeto hebreo, y cuando se escribe aislada es un cuadrado geométrico, y una vez que la palabra dice, como hemos visto, **ו** ó agente en medio de naturalezas, sigamos esta indicación y coloquemos el **ו** en un papel, y aplicándole con **ש** por sus cuatro caras, de suerte que las aspas ó cuernos queden por todas partes en derredor hácia fuera; formarán de esta suerte los cuatro **ש** como los ródios de un sol, y el **ו** queda en el centro como el sol, que rádia luz ó que derrama abundancia y vida como el agente que es de la naturaleza, agente de luz, agente y foco de atracción, agente de fluidos aun desconocidos para nosotros. Pero aun hay mas: la luz y la abundancia se derraman y difunden para ir á parar á los doce ástros prototípicos de un sistema regular, que representan las cabezas de las aspas ó es-

tremidades de los ródios de cada *schin*, y á los satélites de estos planetas, que son los puntos, así izquierdos como derechos, de la letra **ש**, que son ocho, y es el mayor número de los que pueden rodear á un solo planeta. Si sumamos estos dos números 8 y 12 resultan veinte de las veinte y dos letras del alfabeto hebreo, cuyo número se completa agregando el **ו** y el **ש** del núcleo de la figura. Se vé, pues, de una manera evidente, y que parece no poder dar lugar á género alguno de duda que las letras de la palabra que en hebreo significa *sol*, no solo contienen en su significación aislados y reunidos los elementos de la idea material y la idea misma del sistema solar, sino que colocándola del modo mas natural y simétrico, y como quien sigue las indicaciones de este sagrado language, forman el exacto cuadro geroglífico, y aun mas, la fiel representación y original estampa de un sistema, ó sea de un universo, y aun si se quiere de todos los universos.

Pero pasemos al profundo sentido metafísico-simbólico de esta



expresión y representación gráfica, á saber: «el movimiento (1) es foco de la abundancia,» «el movimiento es causa de la abundancia,» «el movimiento ó atracción es la ley central y capital, como si dijéramos focal ó unitaria del universo (físico, moral é intelectual):» ó de otro modo, como si observáramos la misma verdad mirada por otro prisma, «el ministro debe estar en medio de los administrados, como en el punto equidistante de todos los extremos de su esfera de actividad;» de otro: «la actividad es la esencia de un sistema, de un gobierno ó de una sociedad;» finalmente: «el medio es el contacto de los extremos, la vida está en el centro, las ramificaciones de la ciencia dependen de su unidad ó principio central y universal, etc.»

(1) Siendo el **ו** una radical que significa «ministerio ó agente en lo material,» nos ha inducido á creer la figura que tambien podría significar en lo espiritual é ideológico el movimiento ó la causa que lo produce, motor, y el cortejo de radicales nos ha confirmado en esta opinión. En prueba de ello cotejense las radicales de las palabras *agua, día, madre, paz* y otras, y la misma que es objeto de este artículo.

Creemos, en una palabra, ver simbolizada en la figura que llenos de respetuosa admiración hemos tenido el gusto de observar á propuesta de nuestro ilustrado catedrático, la enunciación geroglífica y muda, pero elocuente y poética, armoniosa y divina de las verdades mas capitales y trascendentales en la ciencia, en la religión y en la política.

Dios es el agente de la creación y de la naturaleza, es su foco, su centro, y preguntamos ahora: ¿y dónde está la demostración divino-tradicional, físico-espiritual y emblemático-geroglífica de esta verdad increada ó inconcusa? En la escritura hebrea, respondemos sin titubear; en la misteriosa figura que forma la mas bellísima á la par que sencilla combinación de signos literales que pudiera ofrecerse en lengua alguna: bellísima por su elegancia gráfica, por su simetría matemática, por su correspondencia emblemática, artística, científica y religiosa; en una palabra: por divina combinación cabalística y profética.

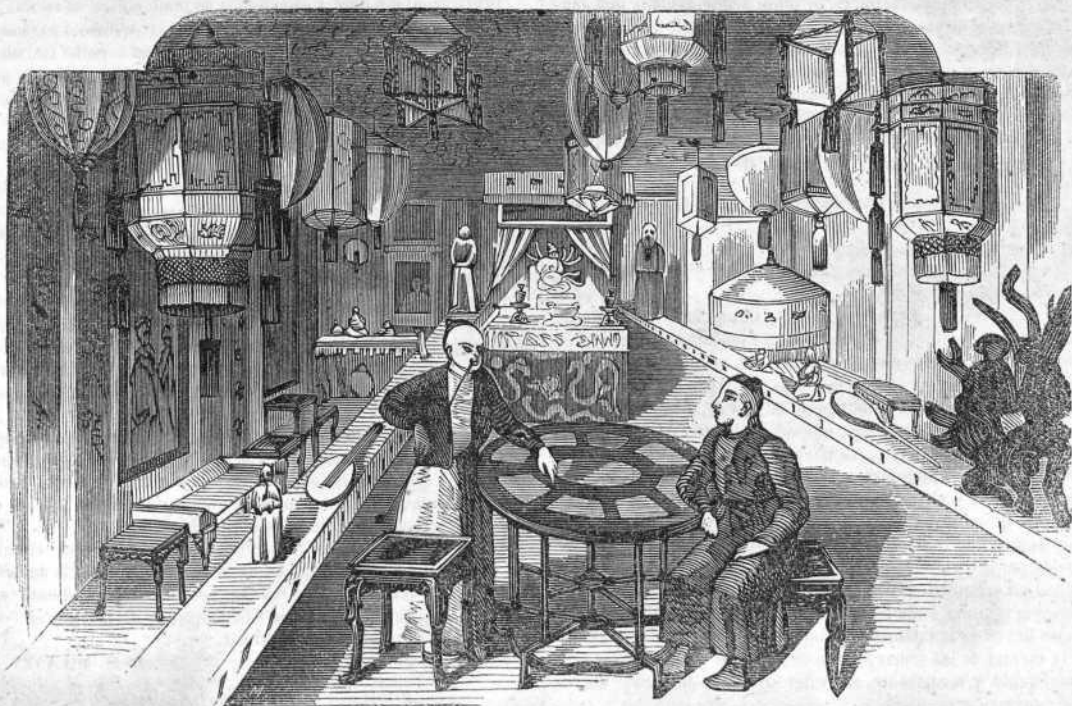
Este descubrimiento nos dá una ocasion para celebrar los exactísimos juicios del inmortal Lourdoux, el cual, antes de haber conocido estos simbólicos misterios, dice que el lenguaje es el verbo divino que se revela de una manera inmediata por tal medio á los hombres; lo cual, con otras muchas verdades relativas á este principio general, prueba en su preciosa obra de «La verdad universal, ó sea introducción á la filosofía del verbo.» Mucho tendríamos que decir en esta parte, pero por ahora nos contentamos con indicar el autor y la obra, y añadir por remate que seguramente se halla poseído de un genio verdadero y de un talento superior el sábio que descubre verdades tan importantes antes de llegar á conocer el fenómeno, del cual aquellos se desprenden directamente, como es el que acabamos de describir.

No podemos dejar la pluma sin hacer al lector algunas observaciones que la fé íntima de nuestra conciencia nos sugiere. No creemos de modo alguno que este rasgo de sublimidad, genuinidad, gracia y verdad elocuente de la lengua sagrada de Moisés sean de las últimas que ha de ofrecernos su estudio, antes por el contrario conocemos que él dará lugar á mayores descubrimientos que el que

podieran prometerse de esta noticia aquellos lectores que no hayan cultivado este ramo de la oriental sabiduría; pero al mismo tiempo reconocemos nuestras escasas fuerzas, sentimos no poder dar á tan fecunda y agradable tarea todo el tiempo que otras ocupaciones sociales nos arrebatan á nuestro pesar, y por esto creemos inseparable de nuestro deber, y esto desechando todo género de egoísmo y toda tendencia al monopolio científico: el exhortar á nuestros lectores á que, dedicándose á tan saludable y prolifera fuente matriz de conocimiento y erudición sin límites, nos ayuden á elevar la gloria literaria de nuestra nación hasta un punto que no en vano podrían envidiar en breve los mas eruditos filólogos de las estrangeras, sin escluir de su catálogo á los de la culta Alemania, pues ya radican entre nosotros las mas preciosas semillas de una inmortal escuela de filología y lingüística.

Por lo demas, lejos de apellidar invencion al mero descubrimiento que motiva este artículo, creemos que no pasa de una observacion estricta, de uno de los tantos hechos naturales y fenomenales que constituyen el inagotable caudal de las bellezas bíblicas.

F. G.



(Cámara principal del buque chino.—Véanse los núms. 46, 47 y 43.)

CONTIENDA ENTRE EL TRABAJO Y LA OCIOSIDAD.

CUENTO MORAL.

Quince abriges habian pasado por el jóven Luis, este era su nombre, sin abrigar en su tierno corazon mas pensamiento, ni otro deseo, que el de la gloria y las esperanzas de un lisonjero porvenir. Todo se le presentaba risueño, todo lo apreciaba en muy poco, pues su natural desinterés le impelia únicamente á buscar enredos pueriles que le dieran nombre entre sus conocidos.

En medio del tropel de ideas que invaden á la juventud cuando esta empieza á sentir la violencia de las pasiones, el constante anhelo, el pensamiento esclusivo que predominaba en Luis, no era otro que meditar profundamente sobre el aprecio que dispensa la sociedad al *hombre de bien* y el disgusto con que mira al *hombre malo*; la vida azarosa que es inherente al último, y la vida apacible y tranquila que goza el primero.—Este era, en resumen el argumento, del cual partían todas las ideas del fogoso jóven para escoger la carrera que habia de emprender.

Muchos dias se presentaba á sus amigos triste y pensativo porque su entusiasmo declinaba. Otros, por el contrario, muy alegre y en extremo contento por el mundo ideal que él mismo se creaba.

Si alguna vez concurría á las reuniones donde el bello sexo osten-

ta sus naturales gracias, se alejaba de allí muy luego, porque el trato superficial y la vana coquetería le disgustaba; en su ardiente imaginacion no habia cosa que pudiera llenar el vacío de aquella alma pura.

Con grande admiracion parábase á contemplar la variedad de fisonomías en la criatura, y de este arcano secreto de la naturaleza deducia consecuencias que le elevaban á Dios, sin tratar de investigarlas.—Veía una muger hermosa; la miraba con interés, elogiaba aquella blancura trasparente como el nácar, observaba el conjunto de gracia que tanto recreara su vista; pero le asaltaba al propio tiempo el canto terrible del paciente Job, cuando compara al hombre con la flor del heno que nace por la mañana, por la tarde se marchita y por la noche perece.—Pues bien; si esto es tan cierto que su verdad confunde al mas atrevido, si las generaciones desaparecen al frágil vienteecillo de un soplo... ¿por qué, se preguntaba á sí mismo, tantos afanes en el mundo?—Me dejaré arrastrar de mis pasiones, decía el desventurado, y aprovechando los minutos disfrutaré cuanto permitan mis fuerzas. Pero no.... se contestaba, que el tiempo vuela y si yo me entrego sin freno á una vida licenciosa, el carro de la locura se despeña fácilmente, la sociedad me aborrecerá y no encontraré punto donde ocultar mi persona.

Estas y otras reflexiones de igual naturaleza, atormentaban fuertemente el espíritu del jóven Luis, siempre en lucha abierta sobre el camino que habia de emprender, si el del ocio ó el del trabajo.

Una tarde de verano, de aquellas tardes en que el polvo no deja respirar libremente en las grandes poblaciones, fúese al campo en busca de una atmósfera mas pura, y como para dar una tregua á su cansada imaginación. Llega á un ameno sitio que ofrecia algun recreo: sentado sobre la yerba mira con avidez dos hormiguillas que rodaban un grano de trigo, y esta lección elocuente, que la naturaleza habia puesto delante de sus ojos, hizo renovar con mas vehemencia el pensamiento que por muchos dias no le habia dejado.

Cuando mas distraído se encontraba, cuando tenia fija su idea en el trabajo que enseña el débil insectillo, hé aqui que oye á lo lejos un ruido que por su constancia é igualdad parecian pasos. Notando que el eco se aproximaba, levantó la vista, quedando sumamente admirado al descubrir á muy corta distancia dos hermosas mugeres que se dirigian hácia él.—Una de ellas honesta y de noble presencia, adornada de un vestido blanco que á la pluma del cisne eclipsára, los ojos humildes, su figura angelical y en la que todo aparentaba modestia y dignidad. La otra, por el contrario, llena de blandura, los ojos bulliciosos y con un ropaje que demostraba ser mas artificiosa que natural: muchas veces se miraba á sí misma y se remiraba en su propia sombra.

Luis, que las contemplaba atentamente, no podía persuadirse del objeto de aquella rara aventura, ni sabia á qué atribuir una aparición tan inesperada en aquella soledad; mas como le vieron asombrado, corrió hácia él la mas audaz y le habló de esta manera:

—Considérote, noble mancebo, que estás dudando cual de los dos caminos has de tomar, si el del *Trabajo* ó el de la *Ociosidad*. Si tú me amas y me sigues yo prometo llevarte á un lugar que llaman deleite, en donde vivirás sin ningun cuidado, gustarás lo que te agrade y siempre estarás alegre. No tendrás mas ocupacion que la de disfrutar.

Asombrado el jóven con una declaracion tan seductora le preguntó sin vacilar,

—¿Qué nombre es el tuyo, muger?

—Mis amigos, le contestó, me llaman *felicidad* y los que me aborrecen me nombran *Ociosidad*.

Apenas concluyó de hablar se acercó, tranquila y magestuosa, la virtud que representaba el *Trabajo* en contienda con el ocio.

—Yo tambien, bizarro jóven, le dijo, me vengo para ti porque conociendo á tus padres y considerando tu natural ingenio, creo, que siguiendo mi doctrina, serás amigo de la virtud, ejercitarás obras buenas y harás de este modo mas honrado é ilustre mi nombre. No te engañaré, como esa muger, comenzando por deleites, pues quiero decirte cual es la naturaleza verdadera de las cosas. Ninguna de las que son buenas y virtuosas se dió á los hombres sin trabajo y diligencia.—Si quieres que te amen mis amigos procura hacer bien á todos; si buscas que te honren las gentes, enséñales con el ejemplo empezando por respetar á los demas; si pretendes ser bien mirado en la sociedad no escandalices con los actos de tu vida pública y moral; si deseas que la tierra te dé fruto, cultívala primero; y últimamente, si te dejas llevar de la inclinacion propia de la edad y quieres ascender en la carrera de las armas, ó poseer las artes y las ciencias, no seas negligente y compórtate con valor siguiendo constante en los trabajos y privaciones.

Sonriéndose la *Ociosidad* al escuchar consejos tan saludables de la virtud laboriosa,

—¿Entiendes, jóven, le replicó, cuán largo y áspero camino te enseña esta muger para llegar á los deleites? Yo... por mas fácil y breve senda te conduciré á la felicidad.

—¿Desventurada!... exclamó el *Trabajo*; ¿qué bien ofreces tú, ó qué es lo que te parece suave?—Ninguno de tus pasos se dirigen á este fin, porque nunca esperas á tener deseo: comes sin hambre, bebes sin sed. En el estio buscas la nieve, en el invierno el calor; no apeteces el sueño por dormir, sino porque no tienes qué hacer.

En esta forma, muger menguada, enseñales á tus amigos, ocupando la noche y malogrando lo mejor del dia. Los hombres virtuosos te afrontan... nunca oiste tus alabanzas, que es lo mas dulce que se puede oír; ni tampoco has visto jamás obra buena tuya, que es lo mas satisfactorio que se puede ver. ¿Quién, pues, te creará habiéndote tú ó teniendo necesidad?... ¿quién, á no perder el juicio, querrá ser contado entre tus amigos para pasar lo florido de la vida en un torbellino, reservando para la vejez las enfermedades y las amarguras?—Yo, jóven sencilla, añadió, siempre me encuentro tranquila; ayudo á los artistas; soy la que mas honra tengo como defensora de la paz: fiel custodio de los *hombres de bien*, estrecho los lazos del amor y participo de la verdadera amistad. Últimamente, á mis amigos les es mas dulce el trabajo que la ociosidad; y si recuerdas, jóven bizarro, las proezas que nos han legado los antiguos y tratas de seguir mi consejo, no dudes un minuto que gozarás felicidad. Tu nombre ocupará un lugar esclarecido en las páginas de la historia, que florece eternamente.

Enagenado, y sin poder articular una sola palabra, quedóse Luis al escuchar las razones alegadas por aquellas dos mugeres, que mas parecian deidades. Sin embargo, algun tanto enternecido por la pintura del vicio que le habia bosquejado la virtud, se presentaron á su imaginación, clara y precoz, las consecuencias desgraciadas del que adopta este camino. Esto mismo conocia en su semblante el *Trabajo*, cuyos rayos de luz penetraban en lo mas recóndito del corazón del jóven. Miraba con placer á la *Ociosidad*, porque sus halagos le hacian vacilar, pero no podia soportar la idea del desprecio que es anejo en sociedad al hombre holgazán.—Las dos misteriosas mugeres no apartaban sus ojos de aquel jóven feliz... se disputaban á la vez la victoria, y cada una de por sí juzgaba suyo el triunfo, viendo lo perplejo que estaba en resolver. Impelidas, en fin, por un mismo sentimiento, le preguntaron con energía:

—¿Por cuál de las dos te decides, noble jóven?—Responde, añadió la virtud laboriosa; mira que de ello pende tu felicidad en la vida ó tu desgracia.

—Me decido por el *Trabajo*, contestó con el fuego propio de la juventud, porque... ¿quién hay que no se enamore de tu razon, digna muger, y que no tome ojeriza á la poltrona *Ociosidad*? ¡Tan cierto es que sin él no hay verdadero deleite en el mundo!

Declaracion tan libre y espontánea no pudo menos de escitar la ira del vicio, mientras que llenaba de alegría á la virtud. La *Ociosidad* no podia ocultar su enojo, y viéndose vencida en la lucha tiró al suelo la guirnalda de flores que orlaba su cabeza, retirándose con precipitacion.

La virtud que representaba el *Trabajo*, con aquella magestad que ofrece la victoria, cuando la batalla es aventurada, le habló por última vez en estos términos:

Sigue constante, noble jóven, en tu propósito, y nunca dudes de cuanto te dejo manifestado. Mi clemencia es grande; aprecio á los hombres de corazón generoso como el tuyo. Yo te protegeré de las asechanzas que te ponga el vicio, pero no te canses jamás en el honroso camino que has emprendido.

Un sueño le pareció á Luis cuanto habia presenciado. Resuelto á emprender una carrera que le diese aprecio en la sociedad, manifestó á sus padres la inclinacion que tenia por el arte encantador de la pintura, y locos estos de alegría al escuchar declaracion tan franca de su querido hijo, no omitieron medio ni gasto alguno para alentar su firme decision.

No tardó mucho tiempo en corresponder á las esperanzas que sus venerables padres concebieran; con su talento precoz bien pronto se distinguió entre los discípulos, así en el dibujo correcto como en la composicion, dando á conocer su nombre al público por los cuadros históricos que ejecutó á los pocos años.

Se hablaba, pues, con respecto al jóven Luis en el círculo de sus amigos. Llegó por último á formar la completa delicia de sus padres, y cada vez que recordaba su posicion independiente en el mundo social, bendecía la hora feliz en que se decidió por el *Trabajo* volviendo la espalda á la *Ociosidad*.

JULIAN S. MILANÉS.

SONETO.

¡Últimas horas de mi amarga vida,
Que en desamparo y soledad huyendo
Arrastrándome vais al fin horrendo
De una carrera en el dolor corrida!

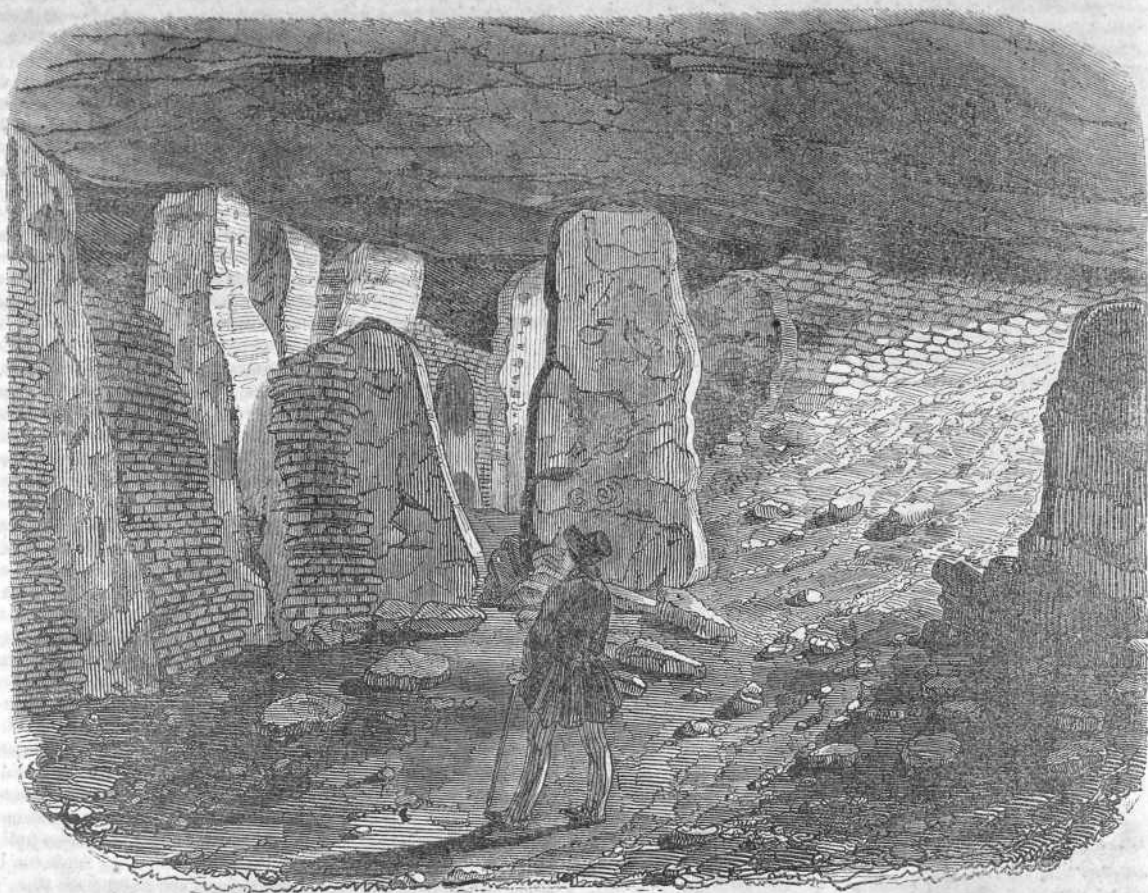
¡Ay! de mi dulce esposa desvalida
Borrádmela por piedad, la que estoy viendo
Imágen dolorosa, que gimiendo
Colma de mi infortunio la medida!

Ni oiga del hijo tierno idolatrado
El acento de amor, con que inocente,
Yendo á perderme, llámame á su lado;

Y tranquilo, implorando á Dios clemente,
Víctima de constante adverso hado,
Rendiré al polvo la cansada frente.

Campo de Vizcaya, donde oculto creia inevitable y próxima mi muerte, en octubre de 1841.

—ANTONIO ALCALÁ Galiano.



(Túmulos de Bougon, vista tomada por un ángulo.)

EL CAPITAN PEDRO CARRÓS. (1)

Fué hijo el capitán *Pedro Carrós*, de un conde alemán, que bajó con el emperador Federico á las guerras de Italia, desde donde vino á España al servicio del rey D. Jaime, movido de sus hazañas en las guerras que sostenía contra los moros.

Pasó *Carrós* con el citado rey á la conquista de Mallorca, llevando, por su cuenta, una gruesa nave, que fué almiranta de aquella armada, y sus hechos de armas y su arrojo fueron tan valerosos y singulares, que merecieron que el mismo rey le armase caballero el día de la natividad de mil doscientos veinte y ocho.

Sirvió y acompañó al rey en todas sus jornadas, y en particular en la conquista de Valencia y en las demas fortalezas del reino.

Ganó, por su pericia, valor y acertadas disposiciones, el castillo de Rebollet y el lugar de la Font, que en la actualidad, con el nombre de Fuente Encarróz, pertenece al partido judicial de Gandia, de cuyo pueblo le hizo el rey merced y donacion.

Deseando D. Jaime ser Señor de Denia, villa entonces, y aun desde la época de los romanos, renombrada y famosa, en cuyo recinto, y en su excelente fortaleza, se habia reconcentrado la morisma del rey Zaen, encomendó su conquista á *Carrós*, en quien, mas que en ningun otro, tenia la mayor confianza.

Al instante partió aquel con lo mejor del ejército; puso cerco á dichas poblacion y fortaleza, y como éste se prolongase demasiado, asentó sus reales en un montecito inmediato, en cuya cima construyó un castillo, en donde alojó sus tropas, y del cual nos hemos ocupado ya en otro artículo.

La proximidad á Denia del nuevo castillo, hizo que el capitán

Carrós molestase de continuo á los sitiados, á quienes logró tomar por asalto una torre avanzada, que fué cuartel de los marseleses y que aun hoy sus ruinas se conocen con el nombre de torre de *Carrós*, si bien aquellos la recuperaron luego, con grande pérdida de los sitiadores.

Ganó por fin *Carrós* á Denia, en mil doscientos cuarenta y cuatro, después de quinientos veinte y ocho años que estuvo en poder de los moros, siendo la escogida compañía de Almugávares la primera que se apoderó de una de las puertas y que entró en su recinto, aunque algunos aseguran, que hubo traicion por parte del alcaide moro de dicha puerta y secretas inteligencias entre éste y *Carrós*, por suponer que el rey Zaen vejaba bastante á sus súbditos con pecherías insufribles, que deshonoraba mugeres y que, en aquellos dias, habia agraviado mucho al citado alcaide, en la persona de una hija suya, de rara y singular hermosura.

Todavía se defendieron algun tiempo los sitiados que lograron replegarse á la fortaleza, hasta que faltándoles el bastimento, hubieron de rendirse á *Carrós*, de quien exigieron y les permitió que se retirasen á Alacant, ó Alicante, con la ropa de su uso y con dos sueldos cada uno.

No nos parece fuera de propósito consignar en este artículo, que, segun se refiere por varios historiadores, *Alazarch*, caudillo de los moros sublevados que sustentaban la guerra en el reino de Valencia, estaba apasionadísimo de una hija del capitán *Pedro Carrós*, ó que al menos así lo aparentaba y suponía, en términos, que desde el castillo de Rugat mandó una embajada al rey D. Jaime suplicándole con la mayor humildad y á la reina influyesen personalmente, con *Carrós*, á fin de que le diese por muger á su citada hija, en cambio de lo cual prometia hacerse cristiano y rendirse con sus tropas.

Don Jaime y su esposa nada recelaron de una petición sospechosísima bajo todos conceptos, y por el contrario fueron tan demasiado crédulos y confiados, que sin mas escolta que veinte y cinco caballeros montados en mulas, con alguna gente de á pié y con varias mugeres al servicio de la reina, partieron á la ligera desde Játiva, al

(1) Nuestros lectores nos permitirán que en el presente artículo nos ocupemos, aunque ligeramente, de la conquista de Denia, emprendida de orden del rey D. Jaime, y llevada á cabo, por el capitán Carrós.

campamento de Carrós, sabedor de lo cual Alazarch les rogó de nuevo, que pues se dirigían á las cercanías de Denia, fuesen servidos de pasar antes por el valle de Gallinera, donde él les esperaría y tendrían los tres una larga conferencia, beneficiosa para todos; pero en realidad abrigando ya en su pèrdido corazon, sino desde un principio, malisimas intenciones.

Acedieron, tambien, por desgracia, nuestros reyes á las mentidas sùplicas del poderoso y temible moro, su encarnizado enemigo, y pudo costarles muy cara tal conducta, porque al estar, con su pequeña comitiva, en un llano cerca de Rugat, le salieron, de improviso, de una emboscada y por distintos puntos, siete compañías de la morisma de Alazarch de órden de éste y con intento de matar, ó por lo menos, prender á don Jaime y á su esposa; mas como afortunadamente el primero y su gente, hiciesen prodigios de valor y lograsen desembarazarse de sus contrarios, llegaron, sin perder un hombre, al campamento de Carrós, desde donde, considerando lo que se tardaría aun en apoderarse de Denia, regresaron á Játiva con las debidas precauciones, y desde allí partió el rey á la conquista de Biar.

Dueño ya don Jaime y señor de la Villa de Denia y de su fortaleza, despachó cinco privilegios en favor de los conquistadores, nuevos pobladores y vecinos de dicha villa. Uno desde Biar, en primero de octubre de mil doscientos veinte y cuatro; el segundo desde Valencia en cuatro de febrero de mil doscientos cuarenta y cinco; el tercero y cuarto desde Alaguar ó Laguar en veinte y seis de mayo del propio año, y el quinto desde Valencia, en veinte y ocho de mayo de mil doscientos cuarenta y nueve, en virtud de los cuales, les libró de pagar derechos por las mercaderías y los de lleuda, peaje y otros; dió facultad y comision al capitán Pedro Carrós, para hacer el repartimiento y division de las tierras, casas, baños, hornos, molinos, etc. á su arbitrio y voluntad, entre dichos conquistadores, nuevos pobladores y vecinos; concedió á los mismos todas las leyes, fueros, costumbres y usajes de la ciudad de Valencia, el sersentenciados en lo civil y criminal del propio modo que estos, y que no pudiese encarcelarse en otras prisiones que en las de Denia; y por último, les permitió que pudiesen vender, trocar, enagenar etc. libremente, cualesquiera tierras, casas, molinos, hornos y demas posesiones ó heredades que disfrutasen delas adjudicadas cuando la conquista.

No hemos podido apurar, sin embargo de nuestras investigaciones, la época y el punto donde falleciese el capitán Pedro Carrós; pero, segun todas las probabilidades, es de creer fuese á principios del último tercio del siglo décimo tercero, en Valencia, á donde se retiraría, como lo verificaron, despues de pacificado el Reino, sus compañeros de armas, los bravos Calatayudes, Alapons, Moncadas, Villarrasas, Espinosas, Estabas, Ramos, Lopez, Señores de Carcer, Masparrotas, Almunias, Cotandas, Escolanos, Condes de Castellar y de Sinarcas, Marqueses de Aytóna y otros, todos ascendientes ilustres de la mayor parte de la actual renombrada, culta y poderosa nobleza valenciana.

REMIGIO SALOMON.

EL CUADRO DE LA CHANFAINA.

(TRADICION.)

El 3 de marzo de 1660 caminaban de mañana, por el tristísimo carril que conduce al monasterio de la Cartuja granadina, un clérigo y un rapazuelo que jadeaba abrumado con el peso de un lienzo de dimensiones colosales.

Alto, enjuto, aguilucho de rostro y fiero en la mirada, era el clérigo: sus manteos derrotados tenían un color medio entre la aceituna de agua y el ala de la moscarda; su porte parecía de soldado, su andar elegante y su compostura de hombre de elevadas acciones. Tan extraño conjunto se comprendió revelando el nombre del clérigo, que no era otro sino Alonso Cano, insigne pintor y escultor, famoso entre naturales y extranjeros.

—Vamos, Juan, que preciso es hablar con el P. Gerónimo antes de que pruebe un bocado, pues se pone intratable á los postres. Poco resta, hijo mio, con que ánimo, valiente.

Esto decía para alentar al jovenzuelo, con tan paternal acento, que, á pesar de su arrugado entrecejo y escéntrica catadura, bien demostraba, á su pesar, un hermoso y caritativo corazon al través de sus rudas maneras.

Apretó el paso el aprendiz, y llegaron amo y mozo á la portería, que les fué franqueada por un barbudo donado.

Atravesaron el compás melancólico, poblado de cipreses y madre-selvas, y dejando á un lado la iglesia, que por aquellos tiempos no se habia concluido, penetraron en el claustro gótico labrado por los primitivos fundadores. Con silenciosa cortesania los recibió un monje, en cuyo rostro demacrado revelábanse la abstinencia y el as-

cetismo mas severos, y Cano mientras, díjole con acento conmovido y estrechándole la enjuta mano:

—¡Bien purgais, capitán, vuestras locuras!

—¡Morir tenemos! contestó con tono reposado, pero terrible, el monje, despertando como herido por aquel mundano recuerdo, de sus pasadas aventuras.

—Si, encomendadme á Dios, que gratas le serán las oraciones de tan arrepentido y valiente corazon.

Abrióse á este punto delante de los tres la puerta de la celda del P. Gerónimo: el convertido capitán se inclinó sin mirar al pintor, y retiróse.

Alonso Cano penetró en la habitacion que le franqueaban, y colocó su cuadro á buena luz, con la coqueteria de los artistas, descorrió el lienzo blanco que cubria la pintura y, sin mas preámbulos, díjo al reverendísimo:

—Veamos qué le parece á vuestra merced.

Era el P. Gerónimo un monje con puntos y collar de mundano.

Administraba los bienes de la comunidad, tenía el derecho de salir á la ciudad, y de hablar con todos, y sin duda, por el trato ó por otras razones que el cronista ignora, habia engordado tan desmesuradamente, y tan colorados eran sus mofletes, tan anchos y curtidados, que mas parecia flamenco bebedor que ascético eremita; sus hábitos blanquissimos y su cabeza rapada, daban á lo chiquito de su figura cierta semejanza con un bote de pomada.

—Bien, señor racionero, aunque dejadme poner las anteojeras. Díjo el padre, y sacó una caja enorme de plata, y de ella unos anteojos con aro dorado, que mas parecian dos cedazos de tahona. Colocóse los sobre las abultadas y romas narices, acompañando la operacion con un sordo gruñido, y se puso á contemplar la obra del artista.

Representaba la pintura el sagrado misterio de la Trinidad. Entre fúlgidos celages de oro, púrpura y topacios, entre resplandores vivisimos y agradables como la claridad del alba, estaba el padre con el grave y sublime continente del Creador del mundo, del Uno eterno, indivisible, sin principio ni fin: su rostro y su mirar, mas sublimes que los del Júpiter de Fidiás, revelaban la purísima y ardiente inspiracion cristiana, del hombre del espíritu y no de la forma. Entre sus brazos estaba el Hijo de Dios, Cristo, desnudo y manifestando en los llagados miembros humanos las huellas que en su santísimo cuerpo habian dejado las impías manos de aquellos á quienes habia venido á redimir á este valle de lágrimas. El Espíritu Santo con la vivida lumbré de su amor iluminaba la figura del Padre y del Hijo, y como que los rodeaba con una aureola de fuego, que partía de su corazon de paloma blanquísima.—Era una obra acabada como las del Creador por esencia, y al verla por mano de hombre trazada, era preciso esclamar: «Ciertó que el espíritu del hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios.»

Mas nuestro reverendísimo cartujo, despues de mirar y remirar, refunfuñó no muy conforme con nuestras opiniones.

—¡Bien! ¡phs! bien; pero yo hubiera puesto mas almagra en las nubes, y hubiera pintado mayor al Espíritu Santo.

—Si, á vuestra merced le gustan grandes las palomas, y sobre todo para la mesa; díjo Cano con aire sarcástico y lastimado, al ver tan mal comprendido su grandioso pensamiento.

—¡Oh! si, las aves todas deben ser cebadas; pero á nosotros nos las prohibe la regla, y dió un suspiro al proferir la última palabra el monje.

—Ello, en fin, como está ¿os acomoda? porque jamás retoco mis obras, repuso el pintor.

—No se irrite vuestra merced, que mas ven cuatro ojos que no dos. ¿Y cuánto vale su cuadro?

—Dos mil pesos, y diez ducados que dareis de propina á este mi aprendiz.

—¡Dos mil pesos! ¡Voto vá!... y se mordió el padre los labios por no echarlo redondo; y con diez ducados de coleta, ó *post scriptum*; pues no cuesta tanto el mantener un mes á la comunidad, aunque el señor Arzobispo venga á comer los cuatro jueves.

—Digoos, P. Gerónimo, contestó colérico y desencajado el bilioso pintor, que soy el mayor de los mentecatos cuando sufro que taiseis mis obras como si fuesen jamones alpujarreños, ó serón de peras guadiasñas. Juro por lo mas sagrado, que si no estuviérais ordenado, y yo con estas hupalandas, liberais de pagarme cara tal demasia.—Encubre, Juan, la pintura, y vamos con ella á casa, que no es digno de la gran imágen de Dios, quien tan mal comprende.

—Sosiéguese el señor racionero, que le daré hasta mil y quinientos pesos, y un ducado para el portador con tal que no se vaya usarcad descontento; pues algo ha de quedar para el pintor del convento, que mas que os pese, le dará un toquecito de rojo á esas nubes, para su perfeccion.

Oir tal sacrilegio artístico, y revolverse como un leon Alonso Cano hácia el obeso cartujo, obra fué de un punto; mas contóvose, y

contentóse con arrojar tan tremenda mirada sobre aquella mole de carne, que el buen P. Gerónimo se embebió en el anchuroso sillón de bagueta, con la misma timidez que si hubiese sentido venir sobre su pecho dos furiosas puñaladas.

—Razon en vuestra cólera teneis, porque el cuadro es hermosísimo, pero aplacaos un tanto, que el padre vendrá á la razon. Esto dijo un fraile remendado, guardian de san Diego, que al caso allí se encontraba, y con tal dulzura que el racionero se sintió desarmado y repúsole con cariño:

—Perdonad, reverendísimo; pero cosas se han razonado aquí, que mas debieran ser asunto de espadas que de lengua.—Y comenzó sin reparo á envolver su cuadro dando la espalda al prosaico monje.

—Dejadme que acabe de contemplarle; no todos pensamos como el P. Gerónimo: cada figura, cada nubecilla, cada pincelada es un tesoro de bellezas, dijo el fraile modesto de san Diego.

Alonso Cano, apartó la cubierta y observó no sin complacencia, que el guardian se habia colocado en el mejor punto de vista.

—¡Oh si! exclamó con entusiasmo el fraile, despues de una larga contemplacion; habeis comprendido la divina elevacion del profundo misterio de la Trinidad: así le comprendieron los padres; así tal vez creyó adivinarla la filosofía pagana de Platon. Esa es la luz, el fuego del Amor, la Omnipotencia, la Sabiduria. Obras tan grandes no tienen precio. ¡Quisiera poder ser rico como un emperador romano, para vaciar mis tesoros en vuestras arcas! Colocaria despues ese cuadro en el modesto altar de mi convento, y allí las almas de los fieles se elevarian ante esa imágen altísima de la Celestial Trinidad. Estasiado y enaltecido de noble orgullo oyó el pintor estas palabras, que parieron de un varon en aquellos tiempos célebre por su ardor en la fé, por su meditada sabiduria y su religioso fervor, y reflexionando un rato, dijo con jocosa solemnidad:—Tambien podeis darme, padre reverendísimo, algo que yo aprecio en mas que el dinero, y se-reis dueño de colocar ese cuadro en el altar de san Diego.

—Decid.

—La economía del pobre es mas á mis ojos, que la hacienda espléndida del rico.

—Economias no tenemos, señor, los que vivimos de la pública caridad, y partimos con los mendigos nuestro pan; contestó humildemente el guardian de san Diego.

—¿Pero al menos, no podríais darme hoy un plato de chanfaina para comer.

—Sí, señor racionero, que no es viernes, y para todo el convento se guisa.

—Pues tomad ese cuadro, que ya es vuestro, y acompañadme al convento, que allí cobraré el precio sentado en la mesa del refectorio.

Dudó al principio el guardian de la sinceridad de tan extraño contrato; pero en los ojos del racionero Cano vió pintada la franca generosidad de un artista, y se apresuró á mostrarle su agradecimiento.

—Fuera bernardinas, señor Alonso, os daré los dos mil pesos, dijo algo turbado el P. Gerónimo, cuya codicia se habia despertado con los elogios del fraile.

—Guardadlos enhorabuena para engordar á la comunidad, si es tan poco ascética como vuestra paternidad, y callo.... por no traspasar el antemural del decoro que mi cólera combate desesperada.—Vamos, padre guardian.—Hijo, añadió dirigiéndose á Juan, vé á casa y que vendan ese dibujo para el gasto de hoy, que yo haré mi comida con los frailes de San Diego.

Dicho esto, se asentó á una mesa, trazó con la pluma la mas picante caricatura que verse puede, donde se retrataba al buen P. Gerónimo con el parecido de dos cosas iguales entre si, y salió sin despedirse del monasterio de la Cartuja.

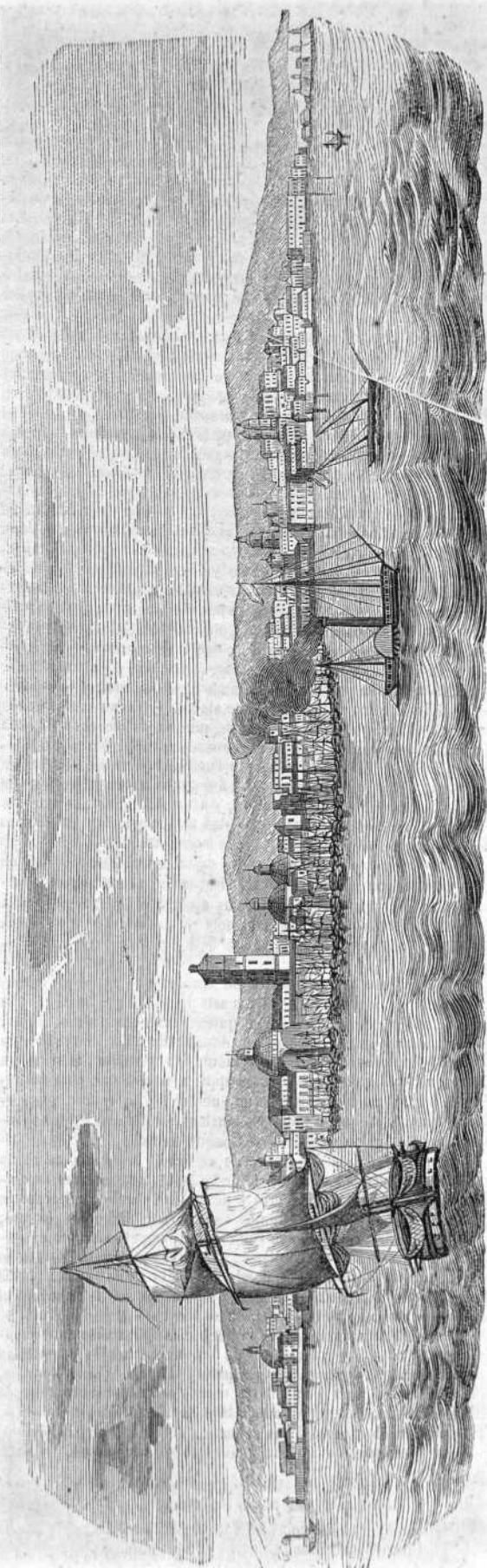
Quince días despues, se celebraba una fiesta en san Diego para inaugurar un famosísimo cuadro de la Trinidad, que acababa de colocarse en el altar mayor. Asistieron todas las personas de valia que por éntonces ennoblecian á Granada; predicó el Padre Guardian un elocuentísimo sermon, y de boca en boca corria la historia que acabamos de referir, ensalzando todos la generosidad del racionero Alonso Cano.

Desde entonces, aquella pintura que se habia vendido por un plato de asadura condimentada, se llamó *el cuadro de la chanfaina*, y hasta nuestros días ha conservado su nombre.

El P. Gerónimo sufrió tal sofocón de envidia al ver en otro convento tan riquísima alhaja, que murió de una apoplejia fulminante, aunque otros atribuyen su horrible fin á una cazuela de arroz con atun: sea de ello lo que quiera, á nuestra honra cumple manifestar entrambas opiniones (1).

JOSÉ GIMENEZ SERRANO.

(1) El cuadro, origen de esta tradicion, se trasladó al Museo provincial cuando la estincion de los conventos, y de allí fué robado durante un baile de máscaras. Ahora, con baldon de España, adornará alguna galeria extranjera.



(Vista general de la Habana.)

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

I.

Solita.

Entre las fragosas sierras de las Alpujarras, ó sea *Montes del sol y del aire*, hay frondosísimos valles cruzados en todas direcciones de riachuelos y torrentes, en cuyas profundas cuevas no se puede penetrar de noche, sin peligro de tropezar con el espíritu errante de algún moro que, con cimitarra en puño y los ojos encendidos como brasas, guarda los tesoros que allí escondió antes de abandonar aquella tierra, ó de morir en ella combatiendo por su ley.—Estos espíritus solo se aparecen de noche; pero de día se les oye en las soledades de los campos, y siempre donde corren las aguas, donde los árboles crecen robustos y espesos, y en los parages cercados de altas montañas y de peladas rocas: cuando el pastor vocea llamando á alguna cabra descarriada, la voz de los espíritus invisibles contesta desde lejos en las angosturas de las ramblas, y otros repiten sus palabras como los centinelas la voz de ¡*¡Alerta!*—cuando el viento sopla, los espíritus giñen entre las hojas; y cuando las aguas corren por entre altas peñas y cauces angostos, los espíritus hablan á una, diciendo con acento chillón y destemplado: «¡*Alá akbar!* ¡*Alá akbar!*»

En una de las aldeas que, cual toscos ermitaños, reposan en medio de aquellas solitarias montañas se celebra la fiesta de S. Juan con mucho regocijo. Bajo un ancho entoldado de copudos castaños, bailaban, al compás de dos guitarras y un violín tañidos por bizarros aunque agrestes mozos, las jóvenes del lugar con sus compañeros de infancia: los ancianos hablaban de sus campañas y tradiciones, apurando panzudas botas de moscatel ó de albillo: los zagales subían á los frondosos cerezos, y doblando sus ramas, las bajaban hasta el alcance de las muchachas, que cogían el colorado fruto: los niños triscaban por el prado jugando con los perros y los cabritos, traviesos como ellos. Entretanto algunas jóvenes, sentadas á la sombra, daban quejas á sus novios, porque las alcachofas, cuya flor habían quemado la víspera para consultar su horóscopo amoroso, no habían amanecido floridas, lo cual es indicio de frialdad en el amante. Otras, por el contrario, á quienes había salido bien la prueba, se sonreían lánguidamente, y acercaban tanto sus morenas cabezas á las de sus amantes, que estos se estremecían de cuando en cuando al sentir el contacto de sus negros cabellos.

Todo era contento y amor en el castañar: nadie había que no gozase: unos con sus inocentes alegrías, otros con sus mútuas satisfacciones, otros en fin con sus penas amorosas. Únicamente Solita la jorobada estaba triste y abatida, sola en medio del gentío, abandonada de todo el mundo, pero no de Dios, ni de la Virgen su abogada.

Solita era una infeliz criatura sin familia, que un día se apareció en la aldea, cuando solo contaba seis años, sin que nadie, ni ella misma, supiese de dónde venía ni quiénes eran sus padres. Pobre, sin mas amparo que la caridad, la desdichada niña era enfermiza ademas y contrahecha. Tal vez hubiera sido hermosa, si su negra fortuna no hubiese influido en su raquítica naturaleza; pero desheredada por naturaleza y fortuna, era un sér feo, muy feo, que servía de burla y chacota á todos los muchachos del lugar, y de espantajo á las madres para acallar á sus pequeñuelos.

Acurrucada detrás del tronco de un árbol, seguía la pobrecita con sus ojos inflamados el bullicio de la fiesta: sus miradas se animaban al ruido de los panderos y de las castañuelas; agitábase su pecho al contemplar los deliquios amorosos de las otras jóvenes; porque ella soñaba ya tambien con el amor, con el amor que consumiría su corazón sin exhalar llama, y á cuyos generosos latidos no correspondería jamás ningún hombre.—Solita tenía ya diez y seis años; pero nadie lo hubiera creído, y solo á ella no le alcanzaba el adagio que dice: «*¡No hay quince años feos!*»—¡Pobre Solita!

Temerosa la joven de provocar las burlas de los insolentes campesinos, y acaso los golpes con que los muchachos se complacían en atormentarla, permanecía agazapada y silenciosa; pero llorando mucho; pues para ella el mundo era un desierto lleno de abrojos. El alborozo general aumentaba su melancolía, de tal modo que para dar libre curso á sus sollozos, determinó alejarse de allí, no fuese que llamando la atención aumentase sus pesares.

II.

El Niño de Oro.

La pobre jorobadita comenzó á caminar sin rumbo cierto por la ladera del monte, procurando sustraerse á las miradas, protegida por

los troncos de los árboles; y andando, andando se internó entre dos montañas de piedra cortadas á pico, por cuyo seno tortuoso corrían transparentes y espumosas las aguas de un torrente. De cuando en cuando traía el viento el rumor placentero de la fiesta, que resonaba en las alturas quejumbroso y entrecortado como una algazara de brujas; pero Solita no escuchaba nada, y seguía caminando como una sombra, sin volver atrás la vista. Con sus descarnadas manos se apretaba el corazón, y algunas veces alzaba una de ellas para enjugarse las lágrimas que le impedían ver. Bien tenía por qué llorar: entre tantos seres llenos de salud y de esperanzas, ella sola era raquítica y asquerosa, y veía en su presente su porvenir.

En lo mas solitario del monte formaba el torrente una elevadísima cascada que se desprendía con mucho ruido desde lo alto. Solita vió entonces que no podía pasar mas allá, y se sentó abatida junto á un bosquecillo de lentiscos que lozanos crecían en la orilla del agua. Apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre sus manos, entregándose á su dolor.

Era la última hora del día, y algunas nubes se acercaban al poniente para recibir en sus lábios dorados los postreros besos del sol. La joven dió rienda suelta á su llanto, hasta que, cansados sus ojos, se cerraron, y se quedó dormida.

Pasaron así las horas, y el eco repitió en los peñascos las últimas campanadas de la queda. Solita oyó entre sueños aquel sonido lejano, y cruzó sobre su pecho los enflaquecidos brazos; porque la humedad había penetrado sus débiles vestidos, y estaba tiritando de frío. La pobre joven, acostumbrada toda su vida á dormir sobre el duro suelo, teniendo cuando mas un pajar por alcoba, no echaba de ver, ni su molesto descanso, ni el peligroso lugar en que se hallaba.

Con efecto, apenas se hubieron desvanecido en el aire los últimos ecos de las campanadas de la queda, la luna, que hasta entonces había derramado su plateada luz sobre la tierra, se cubrió de espesas nubes, y las espumas del torrente dejaron de brillar con ese bello reflejo nocturno que es la sonrisa del agua. Sonó ruido, como de armas que se chocan, debajo del cristalino arco de la cascada: iluminóse ésta de repente con una luz azufrada, y Solita creyó oír la voz de un niño que, como salida de las entrañas de la tierra, cantaba, al compás de una guitarra tenuamente pulsada, estas palabras:

Solita que sola estás,
¿adónde vas?

Desamparada criatura;
no llores tu soledad,
que solo vive tu amante
como la perla en el mar.

Solita que sola estás
¿me amarás?

Creía la infeliz huérfana estar soñando, pues nunca palabras tan dulces habían resonado en su oídos. Llena de inquietud se frotó los ojos, miró á su alrededor, evocó sus embrollados recuerdos, y reconoció el lugar adonde le trajera su desventura; pero no acertaba á comprender de dónde provenía la luz extraña que entre las aguas brillaba.

—¿Si habrá aquí duendes? dijo para si llena de miedo; y comenzó á temblar como un azogado.

Entretanto volvió á sonar la música misteriosa, y la voz de niño entonó esta segunda copla:

Solitaria está la luna,
Solita, en el cielo azul;
y en los campos crece el lirio
solitario como tú.

Solita que sola estás,
¿me amarás?

A medida que el sér invisible cantaba esta trova, la humilde niña sentía disiparse su temor y un suave bienestar fortalecer sus cansados miembros.

—¿Si será cierto que hay en el mundo quien pueda armarme? dijo: ¡*¡mi!* que soy el espantajo de los muchachos traviesos! ¡*¡Ah!* yo solo sé amar á cuantos me han hecho bien: si alguien me amase, no lloraría nunca mas.

La voz cantó por tercera vez:

¡Murmurando van las aguas,
murmurando van, mi amor!
No habrá, Solita, en el mundo
quien te adore como yo.

Solita que sola estás,
¿me amarás?

—¡Si! exclamó la jorobada, no pudiendo reprimir una lágrima de placer, la primera de esta especie que había refrescado sus ojos en toda su vida.

Como si la breve palabra pronunciada por Solita hubiese sido un talisman poderoso, las aguas de la cascada se dividieron inmediatamente que la pronunció, formando dos transparentes cortinas, y del seno de la roca, iluminada como un horno de alfarero, se vió salir primeramente un hermoso niño de oro enteramente desnudo, y detrás de él una llueca con doce pollos todos de oro y los picos de diamante. La llueca decía *¡tolo! tolo!* y los pollos *¡pio! pio!*; y después de haber dado tres vueltas meneando las cabezas á compás, rodearon á Solita y al niño de Oro.

El cual, acercándose mas á la jóven que temblaba de placer, le tomó una mano, y con una voz atimbrada y sonora, como el sonido de una moneda de ocho duros, le dijo:

—Bien venida seas, amiga mía, si vienes para mi ventura: la tuya no tendrá igual si accedes á mis deseos.

Solita estaba encantada de la amabilidad de aquel extraño sujeto; y aunque sentía un vago temor al percibir caliente aquella mano de oro, y al oír la voz humana, que de unos lábios metálicos salía, era tal la delicia que experimentaba, que contestó con placentera sonrisa:

—Vuestra voluntad será mi ley: mandad, que vuestra sierva os escucha.

—No, siñ mi señora habrás de ser, repuso el niño. Pero atiende á lo que aspiro. Hace ya muchos años que vivo aquí sepultado por la malicia de un mago, el cual, sabedor de que yo había enterrado en este paraje mis tesoros, en lugar de transportarlos al Africa (porque has de saber que soy moro), me condenó á permanecer envuelto entre mis riquezas, y en la forma que estás viendo, hasta que encontrase una doncella que me amase y me fuese fiel tres meses.—Yo tengo para ti cuanto de mas rico y bello puede concebir tu imaginación: tengo placeres sin cuento que ofrezco; ricas galas y perfumes, y esclavas para que te sirvan; tengo un palacio con baños y jardines deliciosos, y en ellos risueñas fuentes que brotan entre rubies. Todo es para ti, si consientes en vivir á milado y en amarme con fina constancia.

Contentísima quedó Solita de oír este razonamiento, y aunque hubiese querido rehusar los dones que se le ofrecían, no hubiera podido hacerlo; porque su corazón palpitaba ya de amor, y sus ojos húmedos habrían hecho traición á sus palabras.

—Tuya soy; dispon de mí: fueron los únicos acentos que osaron pronunciar sus labios. Y en el mismo instante se sintió llevar por los aires á una mansion desconocida, en cuyo embellecimiento habían trabajado la maravilla y el encanto.

III.

Bay.

Erase un palacio sin límites aparentes, pues los muros, de cristal de roca, no cerraban el espacio á la vista, la cual se perdía en una inmensidad sin término; la techumbre era infinita y profunda como un cielo de verano: basábase el edificio en un zócalo de rosas, y las delgadas columnas de diamante parecían ondular al soplo del aura, como los juncos á la orilla del río. Cantaban las aves en amenos bosquecillos de frescas flores siempre lozanas, pero sin olor, ni germen; y los mismos pájaros no se juntaban nunca en amoroso nido. En los jardines había fuentes bullidoras, pero sin murmullo, y las balsas de agua, lo mismo que los baños, no reflejaban ninguna imagen, porque las lustradas tazas y el pavimento del edificio mágico eran también diáfanos, y ningún cuerpo opaco interceptaba su transparencia. Los árboles no daban sombra: sin haber sol, había luz, y el ambiente aromatizado por esencias artificiales era fresco y suave. Aquella era la mansion de la opulencia: todo allí estaba dispuesto para gozar sin amar.

Sobre la cúspide aguda de un centenario ciprés tenía su morada un cuco, el cual, cantando una vez cada veinte y cuatro horas, anunciaba los días; y un negro sentado al pié del tronco, los apuntaba haciendo rayas en un libro de anchas hojas. Sin esto era imposible conocer el transcurso del tiempo, pues allí nunca anochece.

Embelesada estaba Solita en contemplar aquel encantado palacio, que no lo hubiera soñado jamás tan hermoso su fantasía, y al contento que experimentaba de hallarse tan bien aposentada, vino á unirse el de verse vestida de riquísimo brocado, llevando en su cuello sargas de blancas perlas, y en sus cabellos flores de oro montadas de piedras preciosas.—¿Qué invisibles hadas habían tan de improviso atendido á su tocado? ¿Quién había cambiado sus pobres harapos en elegantes y opulentas ropas?—Esto no se sabe; pero ello es que Solita no necesitaba molestarse ni aun para desear, pues todo se le proveía antes

que lo apeteciese, y ella misma ignoraba los medios desconocidos que se empleaban en su servicio.

El Niño de Oro, si bien era galante y previsor, no por eso molestaba jamás con sus atenciones á su amada: una hora antes de cantar el cuco venía siempre á visitarla, y en el momento de oírse el agorero canto de aquel ave fatídica, que siempre era á las doce de la noche, abandonaba el dorado amante á su amada, para no volver hasta otro día á la misma hora.

El infeliz encantado tenía en aquel momento que obedecer á la dura ley de su destino. Apenas se apartaba de Solita, oía ésta el cacareo de la llueca y el piar de los polluelos, y en medio de su diabólica algarazara tristesimos y profundos ayes, lúgubres quejidos y rechinar de dientes.

—Está visto, dijo para sí la jorobada, que no es todo oro lo que reluce.—Pero como esto se repitiese varias veces, la jóven comenzó á tener miedo, y participó su sobresalto á su Niño en la primera ocasión.

—Cuando me cante el cuco, le dijo él, sígueme con precaución, y no pases de aquella puerta que conduce á la *Galería de los Arcanos*: desde allí podrás presenciar mi triste suerte.

Pasado un rato cantó el cuco. El Niño de Oro echó á correr, y Solita le siguió por muchos pasadizos, siempre corriendo, hasta que ambos llegaron á la puerta de la *Galería de los Arcanos*. El Niño pasó adelante: Solita se quedó en la puerta, desde donde presencié el espectáculo mas extraño que imaginarse puede. Una inmensa mano de hierro cogió por mitad del cuerpo al Niño de Oro, y le tendió sobre un montón de joyas y pedrería: dos enormes serpientes de plata ondeaban por la galería, produciendo con el choque de sus escamas un sonido metálico estridente, las cuales, enlazándose luego, una á los pies y otra á los brazos del paciente, lo encadenaron al montón de riquezas, mientras la llueca y los pollos de oro le taladraban el corazón con sus picos de diamante. Daba el Niño tristesimos gemidos; pero la llueca cloqueaba y los pollos piaban, ensañándose con mas furor, á medida que eran mayores los ayes del encantado. Este castigo terrible duró hasta el tercer canto del gallo; entonces desapareció de repente todo el cruel aparato, y la galería quedó oscura como bolsa de usurero.

Solita pasó llorando todo el tiempo que tardó en ver á su dorado amante.—¡Desdichado! decía ella: ¿de qué le sirve tanta opulencia, si todo se le convierte en acervo tormento?

Cuando el Niño volvió la encontró llorosa y la consoló diciendo:

—No te aflijas, vida mia, por mis pesares, pues no son tan grandes que no tengan alivio. Si tu amor de doncella me es fiel hasta que se cumplan tres meses, todos mis tormentos cesarán, y tú serás muy dichosa.

—Toda mi dicha consistirá en verte libre de tu odiosa esclavitud, contestó la doncella.

Y olvidando por una hora la pena que le causaban los dolores de su amante, Solita se entregó toda entera á esos deliquios puros que solo siente quien adora una quimera; porque el Niño era solamente un espíritu palpable.

Pero este espíritu era egoísta. Solita amaba sin ser correspondida, y su amor era un sacrificio, un tesoro que debía servir para el rescate del encantado. Sin embargo, ella se creía amada, y esta ilusión la hacía dichosa; de modo que su sacrificio no era costoso, y el triunfo de su pretendiente parecía seguro.

No obstante, el Niño de Oro tenía contra sí dos enemigos poderosos, capaces de robarle el amor de la doncella, tales eran la ociosidad de ésta,—pues mujer desoficiada no piensa en nada bueno,—y el negro contador de los días. Era éste un espíritu envidioso de la dicha ajena, é incapaz de disfrutar goce alguno. Desde que Solita puso los pies en el palacio encantado, el negro concibió el proyecto de arrebatarse al Niño de Oro su esperanza. Llamábase este negro *Bay*, es decir, *Serpiente*, nombre que le cuadraba muy bien por su astucia y sus negras intenciones.

En una ocasión en que Solita estaba pensativa y algo hastiada de su soledad, acercósele el negro, se arrodilló, tocó tres veces el suelo con la frente, y dijo:—Perdóname, sultana, mi atrevimiento; pero si te ofende tu esclavo, poder tienes para hollarlo con tus plantas, en lo que le harás merced.

—¿Qué es lo que quieres, Bay? dijo Solita.

—Todos los espíritus te obedecen, y las huries te proclaman sultana de este paraíso.—¿Por qué te ven mis ojos pensativa? Mi sumisión te ofrece recreo y esparcimiento. Dignate aceptar el homenaje de tu mas íntimo siervo.

—¿De qué modo, Bay?

—En este edén hay fuentes que tienen suspensas sus aguas; flores que lloran tu ausencia cubiertas de eterno rocío; aves que ensayan sus cantos y no aciertan á formularlos, porque no han oído tu voz. ¿Serán dignas de que las visites una vez sola?

— Si, llévame, Bay; comienzo á sentir necesidad de recreo.

La doncella y el negro pasearon largo rato por mágicos jardines colgados en el aire: donde quiera que la joven ponía un pié brotaba una azucena; las flores, á su paso, sacudían coquetamente sus cálizos llenos de aroma; el agua congelada de las fuentes se derretía á su vista, como el hielo á los rayos del sol de abril, y las aves silenciosas prorumpían en armoniosos gorgoros.

Solita sintió por primera vez germinar en su cabeza el espíritu de vanidad. — ¡Mucho valgo, dijo para sí, cuando la naturaleza me rinde culto!

El negro penetró este pensamiento de la doncella, y asomó á sus labios una horrible sonrisa. Con efecto, su obra de destrucción estaba comenzada.

— Sígueme ¡oh reina de las flores y de las aves! dijo el maldito; descansaremos al pié de aquel antiguo roble.

Sentáronse ambos al pié del árbol, sobre cuyas ramas había una urraca y una golondrina entretenidas en sabrosa plática.

Decía la golondrina: — ¡Chirrichi, — chirrichi, — chirrichi, — ¡vaayá!... ¡No es mala moza la novia!... — Chirrichi! — ¡vaayá!

Decía la urraca: — ¡Si no fuera jorobaada!

La golondrina: — ¡Chirrichi, vaayá, que no es tan maaalá!

La urraca: — ¡Si no fuera negra y flaaaca!

La golondrina: — ¡Calla, calla, compañera, que hay moros en la frontera, y la novia es pasadera... ¡chirrichi, chirrichi, vaayá!

La urraca: — ¡Y una joroba no es falta?... ¡Giba! ¡giba!... ¡Jah! ¡jah! ¡jah!.

Los dos pájaros echaron á volar, mientras Solita ofendida en su amor propio, permanecía muda de cólera y de vergüenza. ¿Era posible que dos pájaros negros se atreviesen á echarle en cara sus faltas, cuando las mas hermosas aves, las fuentes y las flores le rendían homenaje? Pero bien mirado, no era culpa de aquellos pájaros si ella tenía defectos visibles. Bay acudió á consolarla diciendo:

— No te aflijas, sultana de las flores, por tan leve causa. Esas aves son parlanchinas de suyo y mal criadas. Si á costa de mi salud me fuera dado remediar esos males y hacer que la urraca se desdijese...

— ¡No prosigas! exclamó desechada la doncella. ¿De qué puede servirme una retractación lisonjera, si llevo encima mis faltas?

— Confúndame tu grandeza señora mia: esas faltas pudieran desaparecer, dijo Bay.

— ¿Cómo? exclamó Solita respirando júbilo y esperanza.

— Solo tu amante tiene poder para ello, pero no lo hará por temor de que le abandones al verte hermosa.

— ¡Oh! ¿yo abandonarle? ¡Nunca!... Pero dices que puede...

— Rúgaselo.

— Si haré, dijo la joven con resolución, y se marchó impaciente á esperar que viniese su amante.

El negro, sentado al pié del ciprés, se reía entretanto á carcajadas, sin producir ruido.

A la hora de costumbre vino el Niño de Oro, y encontró á Solita enojada, por lo cual la dijo:

— ¿Qué tienes, amada mia? ¿Seré tan desdichado que haya perdido tu gracia?

— ¡Ingrato! dijo la picarilla casi llorando; bien lo merecias. A lo que contestó él,

— ¿Pues en qué te he faltado amor de mis amores? ¿No tienes cuanto apetece?

Entonces ella sonriéndose y tomándole la barba, le dijo: — tengo mas de lo que apetece quisiera... Esta giba...

— ¡Tontuela! exclamó el Niño afectando tranquilidad. ¿Y eso te entristece? ¿Acaso no te quiero yo así?

— Eso no me basta, repuso la joven poniéndose seria. Si tienes poder para todo, ¿por qué no satisfaces mi deseo?

Echó á temblar el Niño de Oro, y con voz insegura preguntó:

— ¿Con quién has hablado, Solita? Tú has oído los consejos de Bay...

— Es verdad. Pero, ¿qué mal hay en eso?

— No te fies de ese negro, lucero mio: es un infame que nos perderá á los dos.

Solita insistió sin embargo, lloró, suplicó, rabió; y tal poder tuvieron sus ruegos, y sobre todo sus amenazas, que el Niño no pudo resistir por mas tiempo al temor de perder la fortuna que entre las manos tenía y dijo:

— Si yo supiese que no me habrías de abandonar al verte hermosa, te haría la mas perfecta de las mugeres.

— ¡Niño! contestó ella; pues si me haces hermosa, ¿no tendré eso mas que agradecerte?

— Eres muger, contestó el niño. El cual, sin embargo extendió su brazo derecho, primero hacia el norte y luego hacia el mediodía, después hacia el oriente, y en fin hacia el occidente. Poblóse el aire de espíritus invisibles, que aleteaban como mariposas alrededor de

Solita; quien cediendo al prestigio de ciertas armonías sordas, y de los soporíficos aromas que la envolvían como entre una nube, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó la joven era mas hermosa que un serafín.

IV.

Vires acquirit cundo.

«No te fies de ese negro.»

Estas palabras murmuraba Solita entre sueños en el momento de despertar. En seguida se miró las manos y las vió blancas, torneadas y regordetas: tocóse la espalda, y la encontró derecha como una vela de cera: contemplóse toda, y se sonrió diciendo: — ¿Por qué no me habré de fiar de él, cuando debo á sus consejos mi hermosura?

Esto decía Solita, sin saber todo lo hermosa que se había vuelto de la noche á la mañana; porque ella no podía verse el rostro blanco y suave como una azucena, sonrosado y gracioso como una rosa de mayo, ni sus labios encendidos y tersos como dos cerezas, ni el hechizo de sus miradas penetrantes y halagüeñas, ni el alabastro de su frente pura, ni otros mil atractivos que solo el espejo podía reproducir de una manera imperfecta: y ya se sabe que, á no mediar un prodigio, los espejos eran imposibles en aquel palacio encantado.

Mientras la joven se recreaba en la contemplación de sí misma, un deseo vago de ajenos elogios cruzaba su entendimiento. — «Debo de ser muy hermosa, pero nadie me lo dice,» pensó en su vanidad; y al mismo tiempo oyó repetidas voces que de todos los ángulos de la estancia salían, diciendo: «Es hermosa! Es hermosa sobre todo lo creado.»

Además, un coro invisible, que acaso era una alucinación de la doncella, cantaba muy quedo estas palabras:

Para alumbrar la hermosura
de tan celestial doncella
no es la luz bastante pura:

Porque es ella

mucho mas bella

que el matutino arrebol,

primer hábito del sol.

¡Viva, viva la hermosa!

¡Viva, viva su amor!

¡Vergüenza tiene la rosa,

pues no hay flor como esta flor!

Saltó Solita del blando lecho y eligió sus mejores vestidos; después de lo cual salió á pasear por los jardines, ganosa de oír los elogios de las aves, las cuales á su paso enmudecían de admiración, y replegaban sus alas.

Pero estas demostraciones no satisfacían al amor propio de Solita. Necesitaba ver todo el esplendor de su belleza, y con este pensamiento se acercó á una fuente; mas aunque las aguas se quedaron paradas, aquel cristal no reprodujo su imagen.

La urraca comenzó á cantar en tono burlón desde el roble donde estaba encaramada:

¿Quién es esa que viene
fresca y lozana,
mas bella que el lucero
de la mañana?

Solita se paró á escuchar, saltándole el corazón de contento. La urraca continuó:

¡Vaya una perla!
Quiero cerrar los ojos
para no verla.

— ¿Se estará burlando? exclamó Solita. Pero recordándose luego, añadió: «Eso es envidia! — La urraca, que sin duda era inspirada por el maligno espíritu de Bay, entonó esta otra seguidilla:

Los bultos de la espalda,
sol sin segundo,
no son los mas rebeldes
que hay en el mundo.
Pero es simpleza
querer sanar las gibas
de la cabeza.

Trémula de terror y de impotente ira, en presencia de aquel terrible enemigo, que con tanta desfachatez le echaba en cara sus defectos, púsose la joven á llorar, y se volvió de repente como si buscara un sèr que la amparase. Clavado detrás de ella encontró al cauteloso negro, y no pudiendo mantenerse en pié, se dejó caer entre sus brazos acongojada.

La hermosa Solita tenía un corazón bueno y sencillo, un corazón de ángel inocente y confiado; cual pedazo de cera flexible dispuesto á recibir todas las impresiones; tan fácil de seducir por los atractivos del orgullo, como blando para las aspiraciones generosas; tan dispuesto á empujarse bajo la esclavitud armadura del amor propio, como á franquearse sin reserva con toda la candidez de un alma virgen: tenía en fin un corazón de mujer, término medio entre el cielo y el infierno; materia dispuesta para labrar un ángel ó un demonio. Como todas, Solita era capaz de ser buena, si por buen camino la guiaban; hubiera sido mala sin sospecharlo siquiera, y como si el serlo fuese la cosa más natural. Su imaginación no comprendía que hubiese ningún mal en recrearse en la propia hermosura, y así dijo á su consejero sollozando.

—¿Qué daño he hecho á ese animal para que me persiga con sus graznidos? ¿Por qué me ofenden tanto sus burlas insolentes? Yo he sufrido siempre con resignación la risa y aun el desprecio ajenos, cuando era jorobada y fea; pero ahora que soy perfecta, ¿qué mal hay en que me glorie de serlo? ¿Acaso, tengo defectos que no veo?

A lo cual contestó el negro con voz melosa:—¿Defectos puede tener la señora de la hermosura? Siempre fué achaque de maldicidores ensañarse en deprimir el mérito, cuya posesión envidian. Gózate, reina y señora, que bien puedes gozarte en tu perfección sin tacha, y si á tu felicidad estorba esa negra bruja que se complace en murmurar de tus hechizos, habla y á tu voz la verás convertida en cenizas.

—No, eso no, repuso la doncella: no quiero causar la muerte de ese pobre animal.

La urraca dió una carcajada diciendo:—¡jah! ¡jah! ¡jah! *Piquito de verdades nunca muere.*

—¿Vés? dijo entonces el negro: desafia tu poder, y se burla de tu compasión. Permíteme castigarla.

Solita se encogió de hombros.—Bay tomó un pedreñal, y apuñtando con él á la urraca, disparó el tiro, antes que la joven hubiese podido impedirlo: verdad es que esta sintió, al ver el ademán del negro, una vaga satisfacción.

El tiro retumbó en los bosques acompañado de centenares de carcajadas huecas, que hicieron estremecerse á Solita. El cuerpo de la urraca descendió pelado del árbol, cayendo sobre una mata de claveles blancos que tiñó con su sangre. Las negras plumas revolotearon por el aire, y antes de llegar al suelo se convirtieron en otras tantas urracas habladoras, que entonaron en coro esta copla:

Quando la verdad te ofenda
súfrela y no te impacientes:
haz propósito de enmienda,
y así no hablarán las gentes.

En seguida toda la negra banda batió las alas á compás, y se alejó de aquel sitio.

Solita se quedó pensativa. La lección que acababan de darle aquellos pájaros hizo penetrar en su alma un rayo de luz, pues comenzó á comprender que la vanidad en la mujer es una mancha que cubre sus mayores perfecciones. Pero este feliz pensamiento duró poco, pues el negro Bay acudió presuroso á desvanecerlo con sus palabras lisongeras:—«¡Malditas brujas! dijo: no sirven sino para turbar la alegría. ¿En qué puede emplear mejor sus días la mas bella huri del paraíso, sino en admirarse y procurar que la admiren? No dirán mal de ti las hermosas aves que reciben sus galas de tus miradas.»

Pasando días y viniendo días Solita contrajo un indefinible fastidio: estaba siempre sola, sin que la distrajerse nada nuevo: no tenía más rato bueno que mientras su dorado amante la visitaba, y esto no duraba sino una hora. El negro, después de haber sembrado la semilla de la vanidad en el corazón de la doncella, no se dejaba ver; de modo que aislada entre riquezas de incomparable magnificencia, no se consideraba Solita más feliz que en sus antiguos tiempos de pobreza y desamparo. Poco tiempo después de su regeneración física, obtuvo de su amante, á fuerza de ruegos y mediando un prodigio, un hermoso espejo de acero, ante cuya tersa luna pasaba la joven horas enteras contemplando sus graciosas formas, y sonriéndose de mil modos, ya poniéndose flores artificiales de preciosas materias contruidas, ya tirando estas y sustituyéndolas por otras naturales; unas veces brincando y saltando con loco regocijo, y otras reclinada en la mano la mejilla y quedándose lánguidamente absorta y concentrada en sí misma. Pero estos pasatiempos llegaron á cansarla, y ¡cosa extraña! cuando tan inconstante se mostraba su fantasía, su corazón permanecía fiel al amante que por tan extraordinario camino la había depurado la suerte.

La soledad en que el negro Bay dejaba á su protegida, como se deja conocer, era calculada, y debía producir naturalmente sus efectos. Como queda dicho, el primero fué el fastidio: después vino un

vago deseo de objeto indeterminado; esa inquietud, ese afán de algo desconocido, que se ignora lo que es, pero que desazona y molesta: más tarde vinieron los recuerdos de tiempos pasados, y aun-que estos no tenían para la joven ningún atractivo, pues eran recuerdos de dolor, sin embargo formulaban en su alma una aureola de orgullo, basado en su ventajosa posición presente. Este sentimiento podía resumirse en estas palabras:—«¿Cuánto se admirarían, si ahora me viesen, los que antes me conocieron raquítica, enfermiza y pobre!»

Al concebir este pensamiento, Solita dió un suspiro; y al suspirar, apareció Bay en el umbral del aposento.

—Dichosos los ojos que te ven, mi buen amigo, dijo la joven, pudiendo apenas echar el habla del cuerpo, y sin moverse de la pila de almohadones donde estaba recostada.

El negro se arrojó y tocó el pavimento con la frente, diciendo:—«Caigan sobre mí tus iras, reina y señora: reconozco mi grave culpa, y me rindo á tu voluntad.

—¿Qué tético! exclamó Solita con acento burlon. Si al cabo de tanto tiempo, añadió, me vienes con zalamerías y lamentaciones, puedes volverte. No es eso lo que quiero. Estoy fastidiada.

—Bien lo sé, generosa princesa, contestó Bay. La vida que llevas no es la que conviene á una hermosa de tus años; y á decir verdad, otra que tú, maldiciría esa fortuna que te hace prisionera y esclava del capricho de un amante exigente.

—Si supieras cuánto me ofenden esas palabras, repuso la doncella incorporándose, no tendrías la avilantez de pronunciarlas. La voluntad de mi amante y tu señor es la mía; y lo que él dispone está bien dispuesto.

El negro se encogió de hombros é inclinó la cabeza. Después dijo:—Soy desgraciado, puesto que mi señora no comprende el generoso móvil de mis palabras. Guárdeme el grande Alá de concebir un pensamiento ofensivo á mi señor y dueño. Solo he querido decir que para conservar el amor de una doncella no es necesario aprisionarla.

Solita abrió desmesuradamente sus hermosos ojos, púsose el dedo índice sobre la barba y dijo:

—Espícale, Bay: te lo permito.

Bay se sonrió, tomó cautelosamente asiento á los pies de la doncella, y alzando hacia ella los ojos con bien fingida timidez continuó diciendo:

—Lucero de la mañana: las flores que bordan el aire necesitan esponjar sus frescas hojas; el ruiseñor enamorado no vive entre dorados hierros; el sol que asoma por el Oriente arrolla las sombras, que son cadenas de la luz, y dispersa las estrellas para que nada estorbe su carrera; el amor entre prisiones es el sol ofuscado por negras nubes: la luz allí está, pero alumbra macilenta; el fuego allí se supone, pero no dá calor. ¿Por qué ha de vivir aislado y solo el modelo de la hermosura? ¿Por qué no habrá de llenar el mundo de sus encantos y de su fama?—Escucha un romance que me contó mi padre, que lo oyó de su abuelo:

«Alhamar, rey de Granada... una paloma tenía,
»de ojos tiernos y albas plumas, su consejera y su amiga:
»guardábala cauteloso,..... que por demás la quería,
»y si algún hombre la viera..... costárale á éste la vida.
»Marchó Alhamar á la guerra..... contra gentes de Castilla,
»y la paloma en su jaula..... de pena se consumía:
»confiada la ha dejado..... el rey á la hermosa Alija,
»que cuidadosa la guarda,..... y la regala y la mimas.
»Mas la paloma encontróse..... abierta la jaula un día,
»y al campo salió afanosa..... de libertad y de brisas.
»Cuando Alhamar de la guerra.. para Granada volvió,
»la paloma fué á su encuentro..... y así le dijo sumisa:
»—En prisiones me dejaste..... que en prisiones me tenías;
»la libertad he cobrado;..... pero vuelvo á tus caricias.»
»El rey le tendió la mano..... que ella besó enternecida,
»y él sin contestar palabra..... la pasó con su guma.

Tales son los hombres, prosiguió diciendo el negro; exigen injustos deberes, y si una vez son quebrantados, sacrifican lo que mas aman á su capricho ó á su cólera. Si la paloma de Alhamar hubiera permanecido encerrada, se habría muerto de tristeza: cobró su libertad y buscó á su dueño, y éste le dió la muerte. Tal es el porvenir que te aguarda, señora mía, si no logras hacer á tu amante esclavo de tus antojos.

—Me asustas, Bay, dijo Solita consternada; pues entre tus razones y tus ejemplos hallo cierta oscuridad misteriosa que me espanta. ¿Qué debo hacer?

—¡Te espanta, repuso Bay, morir de tristeza ó morir á mano airada! Para evitar lo uno y lo otro, no hay más que un medio. Pídele

á tu amante la libertad; ruégale, estréchale, amenaza si es preciso, y cuando te falte otro recurso, llora. Serás libre por su voluntad; y entonces no podrá quejarse de ti.

—Mi buen Bay ¡cuánto te debo! exclamó la jóven: y luego se preparó para recibir á su amante. El cual vino á la hora de costumbre y ella le hizo muchas zalamerías y luego le dijo: «Estoy muy triste.»

—¿Por qué, vida mia? contestó el Niño.

—Porque todos mis días son iguales y el horizonte que veo es siempre el mismo.

—¡Ay, que no está en mi mano transformar ese horizonte!

—No lo dudo; pero al menos, puedes trasladarme á otro lugar.

—Te comprendo: ¡deseas abandonarme! dijo el Niño con suma tristeza.

—Eso nunca, contestó Solita; pero bien conoces que no hay triunfo donde no hay combate; y mal se concibe la fidelidad sin el libre albedrío.

—¡Solita! ¡Solita! exclamó el encantado; mucho arguyes para lo poco que sabes. ¿Qué maligno espíritu te inspira esas razones?

—Te engañas, querido mio, repuso ella: solamente me inspira el temor de fastidiarme en mi soledad, y perder el cariño que te tengo.

—Si no es mas que eso, te daré otras compañeras: no quisiera que salieses de aquí.

—Solita se levantó orgullosa y dijo resueltamente: «O la libertad, ó nada: tal es mi determinación.»

El Niño bajó la cabeza y suspiró: —«Si ha de sufrir violencia tu fidelidad, dijo, prefiero antes perderte. ¿A dónde quieres ir?»

—A la aldea.

—¿Y volverás?

—Cuándo quieras.

—Pues bien, repuso el Niño sollozando; al tercer canto del gallo quedarás hoy libre. Si te acuerdas de mí, vuelve á buscarme cuando suena la queda.

Solita hizo dobles caricias á su amante, y luego que éste se despidió, entretúvose en arreglar su tocado.

El negro acudió á darle la enhorabuena por su triunfo, trayéndola para adornar su cabeza un clavel disciplinado. Este clavel era de la unta que había manchado la sangre de la urraca.

La doncella esperaba impaciente los cantos del gallo. Ya se había oído el primero, y el segundo no podía tardar. El horizonte se comenzó á teñir de color de rosa: cantó el gallo otra vez, y todo el

cielo se cubrió de color encarnado. Al tercer canto del gallo, Solita se encontró en otro mundo, rodeada de los ramos de una adelfa.

(Concluirá.)

FRANCISCO DE ORELLANA.

LA ESTATUA DE LA VERDAD.

La reina Cristina de Suecia contemplaba un día una estatua de la Verdad perfectamente ejecutada y espresaba su admiración á los que la rodeaban. Un cardenal la dijo entonces: «Señora, V. M. es la primera testa coronada á quien la Verdad haya tenido la dicha de agradar.»—«Señor cardenal, todas las Verdades no son de mármol.»

DIOS Y EL TASO.

—«¿No es verdad, le preguntaban á un italiano entusiasta del Taso, que si Dios quisiera hacer un poema épico, compondría uno como la *Jerusalem liberada*?»

—«*Se potesse* (si podía), *signor*, *se potesse*,» respondió aquel entusiasta.

EL SOLDADO DEL REY DE PRUSIA.

Federico el grande viendo á uno de sus soldados con una cicatriz muy profunda en la cara, le preguntó: «¿En qué taberna te han puesto ese distintivo?»—«Señor, en una taberna en que S. M. pagó el escote: en Kolin.» Esta fué una batalla que perdió aquel monarca, el cual, se sonrió á pesar de lo mordaz que era para él la respuesta, y le dió al soldado una gratificación.

UNA ESPERION DE SAN VICENTE DE PAULA.

Un caballero, en un momento de impaciencia y de cólera, decía delante de San Vicente de Paul:—«Quiero que el diablo me lleve.»—«Señor,» le dijo el santo religioso «os retengo yo para Dios.»

ADVERTENCIA.

Todos los suscritores de Madrid y nuestros correspondientes de provincia habrán recibido gratis el número de LAS NOVEDADES de ayer y recibirán el de mañana, que contendrá artículos de los colaboradores de la parte satírica y una caricatura litografiada.





EL CASTILLO DE ANGERS.

El castillo de Angers es uno de los edificios mas singulares de todos los del mismo género que se conservan al oeste de la Francia. Su aspecto participa un tanto de monótono y regular que causa la mirada; sin embargo, tiene su carácter especial, y, con este título, merece ser visitado por los viajeros.

No sabríamos dar una descripción mas exacta, mas completa, ni mas elegante del castillo de Angers, que la que se halla en el libro titulado: *Angers pintoresco*.

Si algunos edificios feudales, como los que dominan amenazadores el Rhin, ó coronan con toda su colección de leyendas, las fragosas márgenes, ofrecen en su aspecto, y especialmente en su posición un golpe de vista mas pintoresco, hay pocos que puedan mejor que el castillo de Angers, presentar este carácter formidable, aquella idea de solidez eterna que es tan perfectamente adecuada á semejante construcción. Aquí, no contento con dar á las murallas una base inmovible, la misma roca ha formado muralla para elevar, cuanto fuese posible la primera hilada de piedras, y contra esta invencible masa es con la que hubieran chocado en vano en otro tiempo los golpes del ariste. Por la parte del río, veíase, en tiempo de san Luis, como hoy día (salvo las ruinas) los palacios de los condes y los escombros esparcidos de las construcciones precedentes. Descendiendo hacia la cadena baja, una de las torres sombrías está unida á un bastion que comunicaba con otro elevado su frente, en la orilla derecha; una cadena cerraba el paso de la Mains entre ambos. Los restos de una escalera que bajaba del castillo á esta obra,

cayeron hace mucho tiempo en un subterráneo que atravesaba al río y salía al campo. Subiendo hacia el sud, se empezaba á contar á la distancia de cien pies próximamente, el ámbito de los fosos; las diez y siete torres macizas que describen un pentágono irregular terminaban en la elevada torre, como hoy día, bajo el nombre de *torre del Diablo*, *torre del Molino* ó *del Norte*; su vasto perímetro aumentado aun por el bastion de la puerta de los Campos.

»Cada una de ellas, como esta *torre del Diablo*, de la que ofrecemos el grabado, descollaba á mucha altura sobre la dilatada muralla negra, sirviendo de cortina. Su enorme circunferencia estaba de distancia en distancia, circundada, por decirlo así, de cordones de toba blanca, semejantes á los que ciñen los dos torreones del castillo de Durtal. Al Este dos torres idénticas se elevaban con gracia sobre la puerta ogival, dando entrada á la fortaleza; entre ella se bajaba el rastrillo, último de los medios de defensa, y su doble masa parecía querer ocultar bajo su sombra el dilatado brazo del puente levadizo con sus pesadas cadenas.

»Enrique III mandó demoler el castillo de Angers, desde la puerta Tonnain hasta el puente Ligny; salvo la torre del norte que se conservó probablemente á merced al molino de viento que descollaba sobre ella; todas fueron demolidas. Felizmente, poco despues otros cuidados sobrevinieron en el momento de demoler la muralla que constituye el cuerpo de la fortaleza, y se suspendió la destrucción.»

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

(CONCLUSION.)

V.

El clavel de la Virgen.

Era la hora del amanecer de un hermoso día de setiembre, y las campanas del lugar vecino tocaban á fiesta. Solita oyó con júbilo aquellos sonidos que la recordaban pasadas aficciones, porque el corazón ama sus penas como sus alegrías, que son su propiedad, y se complace en la memoria de unas y otras.

Salió la joven de entre las ramas, como Venus de las aguas, hermosa y sencillamente vestida de blanco. En su cabeza no llevaba más adorno que el clavel disciplinado; el cual, por una misteriosa influencia, enloquecía de orgullo su cerebro, haciéndola concebir los proyectos más descabellados.—«Voy á transformar las cabezas de todos los mozos del lugar, y á burlarme de ellos, pensaba en su interior: me llamarán hermosa, y yo me haré la gazmoña, para que mas se enamoren de mis hechizos. Las mozas me tendrán envidia, y cuando sepan quien soy, me halagarán con falsas caricias, para que les comunique el secreto de mi hermosura; pero me reiré también de ellas, y patearán de coraje.»

Con estas malignas intenciones entró Solita en el lugar, cuando la gente se encaminaba á la iglesia para oír la misa mayor, que se debía cantar solemnemente, por ser el día de la Natividad de la Virgen. Pasó la joven por delante de la iglesia, y le dió deseo de entrar en ella; pero un mal pensamiento la detuvo, y pasó de largo.—«Está eso muy oscuro, dijo, y no repararían en mí.»—En seguida se fué á una de las casas donde solía parar en otro tiempo.

Desde que Solita faltaba del lugar, las gentes se habían hecho lenguas con motivo de su desaparición repentina: unos decían que se había marchado de cantinera con unos soldados que pasaron por el pueblo, otros aseguraban que se la habían comido los lobos; no faltaba quien dijese haberla visto volar montada en una escoba tocando un panderó; y algunos, mas cuerdos, opinaban que se había caído en un pozo. Pero una vieja que andaba buscando yerbas en la montaña, la tarde de San Juan, dijo que la había visto cuando se la llevaban los duendes. Prevalció esta opinión, y todavía, cuando los muchachos eran traviesos ó llorones, sus madres les decían para intimidarles:—«¿Que viene la jorobada!»

Sin embargo, en los últimos días, grandes novedades habían ocurrido en el pueblo, lo bastante para que se diese al olvido la misteriosa suerte de Solita. El señor del lugar había muerto, y su hijo y sucesor, joven de veinte años, arrogante mozo y muy galán, quiso visitar sus dominios, y á la sazón se hallaba en el pueblo. Con motivo de su venida hubo danzas públicas para festejarle, repiques de campanas, salvas de trabucos y escopetas, y por dos ó tres noches consecutivas iluminación de candelis y cohetes. El ayuntamiento dió un banquete al señor y otro á los pobres del lugar, y un baile de máscaras en las casas consistoriales. Con estas cosas, nada tiene de extraño que las gentes se olvidasen de la jorobada.

Pero, cuál no sería el asombro de aquellos sencillos habitantes, cuando la hermosa joven se presentó en las casas que mas había frecuentado en otro tiempo, y dijo á sus conocidos su nombre, llamándolos á todos por el suyo, y dándoles tales señas, que no había medio de dudar de la identidad de su persona. Inútil es decir que nadie la reconocía, y que las mugeres se hacían mil cruces al verla tan hermosa y transformada. Entonces no quedó ninguna duda de que algun espíritu del otro mundo había tenido que ver con Solita, por lo cual se la miraba con cierto respeto supersticioso, que mas tenía de miedo que de admiración.

Sin embargo, los mozos comenzaron á mirarla con apetito, y las muchachas con envidia, y Solita que otra cosa no deseaba, se ponía mas hueca que un pavo real, aunque, con el afán de oscurecer á todas, se mezclaba familiarmente con ellas, y así era mayor el calce de su belleza.

Llegó la tarde, y se dispuso, segun costumbre, la rifa del mejor clavel que había nacido de planta, y que, como cosa rara en una estación tan adelantada, escitaba la codicia de todas las jóvenes. Los mayordomos de la Virgen paseaban la plaza de la iglesia, publicando en alta voz el precio en que había sido puesto el clavel de la Virgen, y convidando á los mozos á subir la puesta, para que fuese mayor el lucro que resultase para el culto de la imagen que lo había tenido en su altar. Todos los jóvenes que tenían novia decían sus pujas al oído de los mayordomos, y estos publicaban en seguida el precio del mejor postor.

En un grupo de las personas principales del lugar se paseaba el arrogante conde de la Rosa, señor de aquellos dominios, sin fijar su atención en la rifa del clavel, sino con una curiosidad indiferente, cuando apareció en la plaza Solita, acompañada de otras jóvenes. Todas las miradas se fijaban en la hermosa criatura, y movióse un murmullo general, en el que solo se distinguían estas palabras:

—¡La jorobada! ¡la jorobada!

Solita había desembocado en la plaza en el momento en que el conde de la Rosa terminaba su paseo vuelto de frente hacia la calle por donde ella venía. Causó al joven conde tal impresion la hermosura de la prodigiosa doncella, que se quedó parado algunos momentos, sin poder apartar la vista de ella, y cuando recobró su serenidad, preguntó á uno de los que le acompañaban:

—¿Quién es esa joven? ¿de quién es hija?

Nadie pudo responder á la segunda pregunta, y en cuanto á la primera, solo se dieron contestaciones ambiguas, pues no era fácil atinar con la solución del misterio que á la hermosa niña envolvía. Ella por su parte sintió un extraordinario orgullo, al ver que había promovido la admiración de todo el gentío; pero cuando observó las miradas del conde, sus preguntas y su arrogante apostura, subió el carmin del rubor á sus mejillas, y se turbó, sin comprender la causa de su indecisión.

A este tiempo gritó uno de los mayordomos:—«En tres ducados está el clavel de la Virgen.» ¿Hay quien dé mas?

El joven conde se acercó al mayordomo y le habló al oído. El mayordomo gritó:—«El clavel de la Virgen está en treinta ducados.» ¿Quién dá mas?

Los mozos del lugar comenzaron unos á remolinear y otros á dispersarse, confesándose derrotados. Nadie creía posible que hubiera quien pujase mas; pero fué general el asombro, cuando se oyó la voz del mayordomo, que gritaba:—«Hay quien da cien ducados por el clavel. ¿Que se remata,!»

Fijáronse entonces las miradas en un joven desconocido, de vulgar apariencia, pero de interesante fisonomía, que miraba el clavel con ojos codiciosos y á la joven Solita con tristeza. ¿Quién podía ser aquel forastero que á competir se atrevía con el señor del lugar?—Este hizo una seña al mayordomo, el cual proclamó en seguida que el clavel de la Virgen había sido puesto en mil ducados, pero inmediatamente se le acercó el forastero, y á la proposición que le hizo no pudo menos el mayordomo de contestar que necesitaba una garantía.

Sacó el joven de su bolsillo un riquísimo medallón de oro guarnecido de innumerables diamantes, y lo puso en las manos del mayordomo, quien lleno de asombro, exclamó:—«Dan cien mil ducados por el clavel.»

La gente del pueblo presenciaba con pasmo esta competencia nunca vista. No extrañaban que el conde, por un capricho, arriégase cuantiosas sumas; pero no podían comprender que hubiese un hombre capaz de pujar mas que él. Preguntábanse unos á otros si alguien conocía al forastero, de dónde había venido; pero nadie acertaba á dar respuesta.

El conde, irritado de la oposición que se le hacia, se acercó lleno de cólera al mayordomo, y le habló en voz baja:

—«El clavel es mío! le dijo; te va la cabeza si lo das á otro. ¡Pónlo en quinientos mil ducados!»

El pobre mayordomo no pudo resistir á los argumentos concluyentes del conde, y declaró que el clavel de la Virgen quedaba adjudicado al mejor postor, en quinientos mil ducados.

—«¡Hay quien dé mas!» gritó una voz en medio del gentío. Pero el mayordomo sostuvo que era ya tarde, y que estaba cerrada la rifa. Levantáronse rumores contra la parcialidad del mayordomo; pero al ver que éste se acercaba al conde para entregarle el disputado clavel, nadie se atrevió á rebelarse contra su señor.

Casi á un mismo tiempo se dirigieron el conde y el forastero hacia el grupo donde estaba Solita: el primero, con el clavel en la mano, se acercó á ella y le hizo presente de él con suma galantería; el segundo pasó rozando los vestidos de la joven, y la dijo al oído:—«¡Hasta la queda!»

Solita se turbó al oír estas palabras, y el clavel que acababa de recibir, se le cayó de la mano. El forastero continuó rápidamente su marcha, y el conde gritó á sus servidores:

—«¡Seguid á ese hombre!»

Pero esta prevención fué inútil, pues á los pocos pasos el forastero había desaparecido, sin que bastasen para dar con él las mas minuciosas indagaciones.

Creció con esto el pánico de las gentes, y no faltaba ya quien se atreviese á murmurar, diciendo que aquel forastero era el demonio en figura de lugareño; y esta suposición adquirió crédito cuando, acordándose el mayordomo del riquísimo medallón que aquel había dejado en su poder, llevó la mano á su bolsillo y solo sacó de él un puñado de carbones y ceniza, que arrojó lleno de terror. Cundió en

seguida la voz de que la hermosa Solita tenía inteligencias misteriosas con el diablo, y aquella misma noche partieron emisarios secretos á Granada con el objeto de denunciar los hechos referidos al Santo tribunal de la inquisición.

VI.

La enferma imaginaria.

Favorecida Solita con el clavel de la Virgen, á ella le correspondía, según costumbre, el honor de llevar la banderola de la Virgen en la procesion del Rosario, que debía efectuarse en seguida, y presidir el baile que aquella noche daba la cofradía en la plaza, bajo un entoldado de ramas verdes. Lo primero tuvo sus inconvenientes, pues las personas mas timoratas del lugar reputaban sacrilegio depositar en manos de una jóven bruja las insignias de la Madre de Dios. Nadie, sin embargo, se atrevió á formular la negativa, por temor de atraerse la cólera del señor conde; pero algunos se acercaron al cura, manifestándole el escrúpulo de sus conciencias; y el venerable pastor reunió en junta al teniente de la parroquia, á otro clérigo de misa y olla, al sacristán y al alcalde, para consultar lo que convenia hacer en tan apurado trance. Todos opinaron que no se debía conceder á Solita el favor que le correspondía de derecho; pero ninguno se creyó con valor suficiente para arrostrar las iras del señor del lugar, y como el tiempo no daba treguas, resolvieron contemporizar con las circunstancias, sin perjuicio de hacer despues rogativas públicas en descargo del pecado que cometian. Para no incurrir en las penas del Santo Oficio, se acordó que el señor cura oficiase aquella misma noche al inquisidor provincial refiriéndole el caso y lo que habia sido preciso hacer para evitar mayor escándalo.

No fueron las mozas del lugar tan condescendientes como la sabia junta, pues ninguna quiso encargarse de llevar las borlas del estandarte, y fué menester comisionar al efecto á dos monacillos.

Despues de terminada la fiesta religiosa, comenzó el baile, que presidió Solita en compañía del conde, el cual no se apartaba de su lado. Llevaba la jóven el clavel disciplinado en la cabeza, y el de la rifa en el pecho; y, no se sabe si á causa de la influencia misteriosa de aquellas flores, ó como resultado de las nuevas emociones, la hermosa huérfana sufría una lucha estraña que la tenia en continua distracción.—Asaltábanla pensamientos livianos; ideas de vanidad la enloquecían, y al mismo tiempo la modestia la obligaba á bajar los ojos cuando alguien la miraba, y una graciosa timidez la embellecía si el jóven conde la dirigía la palabra.—Bullian en su cabeza proyectos ambiciosos, y temblaba al considerar su pequeñez comparada con la grandeza del señor que la honraba con sus distinciones. En medio de esta lucha, nueva para ella, y que confundia su razon, pasaba por su memoria de cuando en cuando, y como la luz de un relámpago, el recuerdo del Niño de Oro, y entonces se entristecía; pero el ruido de la fiesta, una palabra del conde, un murmullo de admiración ó de envidia producido por su hermosura, devolvían á sus labios la sonrisa, que, ora aparecía cándida y placentera, ora contraía sus mejillas con cierto desden malicioso.

—Distraída os encuentro, hermosa jóven, le dijo el conde en una ocasion: ¿acaso no estais contenta de vuestra suerte, ó vuestro pensamiento divaga lejos de aqui?

—No es nada de eso, contestó Solita; mi suerte no puede mejorarse, pues alcanzo favores que no merezco: y en este instante nada me falta para ser dichosa.

Esto dijo la jóven, y sin embargo se puso triste al decirlo. Reparó el conde y repuso:

—Quiero creerlo; y si no sospechase que dais mucho valor á ese clavel disciplinado...

—Este clavel, dijo Solita interrumpiéndole, no vale nada.

—De otro modo lo apreciaria yo si fuese mio, contestó el conde.

La jóven se ruborizó, y quitándose el clavel de la cabeza, lo presentó al conde diciendo:

—Clavel por clavel, tomad este, si os agrada; pero no vale tanto como el vuestro. Tomó el jóven conde la flor, y la colocó sobre su corazón.

—No hay duda, me ama; pensó con alegría Solita: y no bien hubo formulado este pensamiento, cuando se oyó el canto de un cuco sobre la enramada que adornaba la plaza. La jóven sintió un dolor agudo, y se desmayó.

La turbacion del conde no se puede explicar. La fiesta se descompuso; los criados del jóven señor corrian en todas direcciones, buscando auxilios que prodigar á la hermosa Solita, y no siendo posible restituirla el sentido con los remedios que inmediatamente se la administraron, el conde, informado de que la jóven no tenia casa conocida, dispuso que la condujesen con mucho miramiento á la suya. El médico y el boticario del lugar se colocaron á la cabecera de la hermosa enferma: cuatro mujeres fueron destinadas á su cuidado: se

envió á buscar los médicos de los pueblos vecinos; hizosé cuanto en lo humano cabe para destruir aquel terrible parasismo, pero todo fué inútil, y la jóven no volvió en sí, hasta que comenzó á rayar el alba. Entonces abrió los ojos y miró con estrañeza la barahunda de gente que la rodeaba, los innumerables potingues que habia sobre una mesa, y el aspecto consternado de los servidores del conde.

—¿Qué significa todo esto? dijo: ¿Hay aqui algun enfermo? Que me dejen sola.

Los médicos mandaron despejar, y ellos mismos se retiraron, para consultarse, á una estancia inmediata, satisfechos de su ciencia. No dudaban que la jóven sufriría un ataque de fiebre, y dieron las órdenes convenientes para este caso previsto.

Entre tanto, Solita se vistió apresuradamente, abrió una ventana, y al ver la luz del dia, se retiró abatida, cayendo consternada en una silla.

—¡Es ya tarde! exclamó. ¿Cómo es que he podido dormirme? ¡Pobre Niño! ¿qué será de él!

Los médicos, desasossegados, volvieron á entrar en la habitacion de Solita; la cual con sus razones y mas aun con su normal y tranquilo continente, les probó que estaba buena y sana; y hasta pretendió probarles que nunca habia estado enferma: pero ellos no lo creyeron, aunque esto dió pábulo á nuevas conjeturas, y á mayor convencimiento entre el vulgo de que Solita era bruja.

Dispuso el conde nuevas fiestas para las noches siguientes, á fin de obsequiar á su amada, pues era mucho el cariño que la habia cobrado, y proyectaba hacerla su esposa; si bien su mayordomo, como hombre de experiencia y riguroso partidario, que era, de las distinciones sociales, trabajaba para impedir esta grave determinacion, y pretendia trocar el amor de su amo en liviano apetito.—La segunda noche aconteció lo mismo que la primera, con lo cual creció al dia siguiente el desconsuelo de la jóven, que tomó la firme resolucion de no faltar á su palabra dada.

VII.

Quien echa pan á perro ageno....

Llegó la tercera noche y con ella nuevos bailes y diversiones; pero no tardó el regocijo en convertirse en alarma, cuando al entrar el conde en el aposento de Solita para ofrecerla su brazo, encontró desierta la habitacion. Llamó á sus criadas, y estas le informaron de que la jóven se habia hecho ataviar con sus mejores galas, y adornado con el clavel de la Virgen que conservaba en agua, despues de lo cual habia mandado que la dejaran sola. Inmediatamente se hicieron diligencias para buscarla por toda la casa, donde no fué encontrada: el conde comenzó á tener celos y estaba inconsolable, motivos ambos por los cuales resolvió perseguir á todo trance á la fugitiva hasta encontrarla, aunque fuese menester remover las entrañas de la tierra. Salieron exploradores por todo el pueblo, con encargo de averiguar con maña el paradero de Solita, á quien seguiremos nosotros, mejor enterados del camino que habia tomado; pero no sin decir antes que, al poco rato de andar preguntando, volvieron dos de los servidores del conde y le dijeron:

—Señor, varias personas han visto á la hermosa Solita encaminarse hacia el torrente del Diablo, acompañada del jóven que compitió con Vuescelencia en la rifa del clavel, y han observado que ambos iban entretenidos en sabrosa conversacion.

El conde, que tal oyó, dispuso en el acto una batida, para perseguir á su hermosa ingrata, muy resuelto á matarla con su cómplice, si lograba alcanzarlos; al mismo tiempo que otra comparsa de cuadrilleros del Santo Oficio, le seguía la pista á Solita por diferente camino.

La ex-jorobada, entre tanto, pesarosa de haber engañado involuntariamente al dispensador de su hermosura, habia salido con cautela de la casa de su nuevo amante, para estar, á la hora convenida con el Niño de Oro, al pié de la cascada prodigiosa, y poder corresponder á los favores de que era deudora.—Sola, absolutamente sola se habia internado en la cuenca del torrente, sin encontrar á nadie en su camino, y sin embargo, era evidente que la habian visto acompañada del jóven desconocido. El picaro encantado se habia valido seguramente de este ardid, que le permitian sus malignas artes, para conservar la presa que veia próxima á serle arrebatada por el amor del conde.

Cuando llegó la jóven al pié de la cascada, se sentó y aguardó; y al cabo de una hora, vió aparecer un resplandor siniestro y oscilante que á intervalos iluminaba los dobleces de las rocas, por entre cuyo seno corria espumoso el riachuelo.

Este resplandor intermitente llenó de pavor á Solita, pues le veia irse acercando de la parte del lugar, y no comprendia la causa. Pasado un rato oyó pisadas de caballos en la arena, cuyo estridente chasquido se reproducia pavoroso en los ecos de la montaña, y percibió rumor como de gente que hablaba quedo, por lo cual comenzó á sos-

pechar que la agdaban buscando, y se ocultó como mejor pudo entre los arbustos de la ribera.

Con efecto, el conde y su gente llegaron en breve, exploraron todo el terreno con bastante miedo, y ya fuese por esto, ya por una casualidad providencial, á poco volvieron las espaldas convencidos de que no había nadie en aquel sitio, y de que no era posible pasar adelante. Cambiaron de dirección, y minutos después viéronse ondear sobre la montaña las cabelleras de fuego de las antorchas que llevaban en la mano peones y caballeros, destacándose sobre el fondo negro del cielo, y ofreciendo á la vista perfiles rojizos de hombres y caballos. Este espectáculo fantasmagórico parecía el de una cabalgata de diablos, en medio de la oscuridad de la noche.

Solita temblaba de miedo, mucho mas que cuando se encontró en aquel sitio por la vez primera. El ruido de los caballos retumbaba al pié de las rocas, semejante al rumor de una fragua subterránea: mezclábanse á este sordo estruendo los agudos silbidos con que se citaban los exploradores distantes entre sí; y para hacer mas pavorosa y al mismo tiempo mas estraña esta escena, comenzó á resonar en los peñascos el eco de las campanadas de la queda, cual si fuesen los lamentos de un enfermo de bronce, al paso que suaves armonías brotaban entre los cristalinos pliegues de la cascada.

Solita sintió á la vez alegría y tristeza, pues por una parte gozaba con la idea de cumplir como agradecida, y por otra deplorada la pérdida de su libertad, y la aligía el recuerdo del conde. Después de un arrobador preludio, lleno de dulce melancolía, se oyó una voz que cantaba:

¡Ay de mí, que confiado,
y esperando galardón,
en tierra ingrata he sembrado
la flor de mi corazón!
Fecunda era la semilla,
mas dá por flores abrojos!
poreso no es maravilla
que viertan llanto mis ojos.
¡Pobre corazón mío
llagado sin piedad!
tu antiguo poderío,
¿adonde, adonde está?

Solita reconoció la voz de su antiguo amante, y una lágrima de compasión humedeció sus pestañas. Comenzó á tener que no fuese ya reparable su involuntaria infidelidad. La voz entonó otra estrofa:

Esperanzas lisonjeras
humo desprendido son
del fuego que abrasa enteras
las alas del corazón:
y la muger es el viento
que activa la roja llama,
sirve al humo de alimento
y luego lo desparrama,
¡Dulce esperanza mía,
¡Revóte el viento ya!
Virgen de mi alegría,
¿en dónde, en dónde estás?

—¡Aquí, fiel como siempre! exclamó Solita sollozando.

Al decir esto, sintió la jóven un frío de hielo sobre su cabeza, llevóse la mano á ella y solo encontró el clavel de la Virgen como causa de aquella sensación, que fué momentánea. El clavel estaba mojado de rocío. Hubiera querido la cándida niña reflexionar sobre tan estraño accidente, pero le faltó tiempo; pues levantada en alto por una fuerza invisible, pronto vió como las negras rocas se tornaban transparentes, cual si de purísimo aire fuesen hechas, y como su cuerpo ligero las penetraba. A lo lejos descubría la cabalgata del conde, y andando sobre su cabeza unas figuras de hombres vestidos de negro, con espada en el cinto y largas varillas de autoridad en las manos.

Así entró Solita en el vasto recinto del palacio encantado, en donde fué breve su permanencia; pues sin sospecharlo ella, llevaba consigo un talismán poderoso, que debía deshacer aquel hechizo. Y, con efecto, apenas se esparció por el palacio el aroma del clavel de la Virgen, comenzaron á temblar las diamantinas columnas, deshaciéndose como la sal en el agua, y el terso pavimento á levantarse, como la niebla que de una laguna se alza á los primeros rayos del sol. Mil espíritus invisibles cruzaban el espacio, produciendo con sus alas agudísimos silbidos.

La deliciosa mansion convirtiéndose pronto en negro y espeso humo, y únicamente alrededor de Solita lucía una brillante aureola, pareciendo la jóven un astro en medio del caos. De entre las densas y vertiginosas tinieblas, en cuyo profundo seno se oían rumores de terremotos y estallidos como de leña verde que tuesta el fuego, brotó

una nubecilla blanca, semejante á una columnita de incienso, la cual se transformó poco á poco en un arrogante mancebo vestido á usanza morisca: siete luceillas revoloteaban como fuegos fatuos alrededor del hermoso jóven, y se convirtieron luego en otras tantas doncellas de voluptuosas formas; de las cuales doncellas unas sostenían un azafate de flores sobre el que quedó recostada Solita, otras tañían instrumentos armoniosos, otras con alas de mariposa revolaban sobre la jóven, arrojándole frescas rosas y jazmines y alguna de ellas, envidiosa de su triunfo, se apoyaba de codo sobre un antepecho de nubes. El hermoso mancebo dobló una rodilla delante de Solita, y la dijo:

—Sin terminar tu sacrificio, reina de la hermosura, has puesto fin á mi cautiverio, por la sola virtud de ese clavel que ostentas con gallardía. Para ti quise conquistarlo, y me lo arrebató la injusticia; pero no le guardo rencor al que, mas afortunado, lo ganó para ti; pues por él reconquistó la libertad que anhelaba. Dóte millones de gracias por este señalado favor, ángel querido, y por la bienaventuranza que me espera te juro que no seré ingrato á tamaño beneficio.

—¡Infeliz! exclamó Solita con acento inspirado; aguardas la bienaventuranza de tu falso Profeta, mientras crees en la virtud de este clavel, que solo por haber tocado el altar de María, tiene fuerza bastante para deshacer tu encanto! ¡Abre los ojos á la luz y sé cristiano!

—Sultana, tus labios derraman la verdad, como los panales la miel, respondió el mozo. Pero dime, te ruego, ¿quién me hará cristiano?

—¡La gracia de Dios! contestó Solita: é incorporándose en el lecho de flores, se quitó el místico clavel que estaba todo él empapado en rocío, hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del mancebo, y vertiendo sobre ella las celestiales perlas, bautizó al moro en nombre de la Virgen.

Desaparecieron en el momento aquel todas las visiones fantásticas y Solita se quedó profundamente dormida. Del encantado hecho cristiano con las gotas de rocío de un clavel y por la mano pura de una doncella, solo se percibió en los aires un suspiro de alegría.

En vista de tan inesperados prodigios, el negro Bay diz que se comió á sí mismo de coraje, lo cual es muy posible, siendo como era tan envidioso, y de la ventura del Niño echó la culpa al cuco que, en su sentir, no había contado bien los días.

Entre tanto, la cascada y el torrente del Diablo habían cesado de existir. Al penetrar Solita en la montaña, un espantoso terremoto había sacado de sus cimientos los montes y las rocas de la comarca: las aguas del torrente habían subido por los aires, resueitas en una densa cortina de nubes, de cuyo seno entreabierto y resquebrajado brotaron llamas opacas y angulosos relámpagos: esta nube se deshizo en un destructor pedrisco que arrasó las campiñas, y al amanecer solo quedó en el lugar del torrente una turbia laguna, cuyas bituminosas y amargas aguas no alimentan á ningún ser viviente. De los cuadrilleros que andaban en busca de Solita nada se supo, y se presume que están sepultados, para escarmiento de picaros, en el fondo de la laguna.

El furioso vendabal y el gran terremoto que precedieron á la tempestad hicieron que la cabalgata del conde se dispersase, sin que fuera posible que se reuniesen mas los exploradores en toda la noche: los caballos espantados huyeron en direcciones diferentes; cual arrojando al jinete se precipitó en los abismos formados por enormes tajos; cual guiado por su fiel instinto trepó ligero por las breñas y empinadas rocas, sacando milagrosamente á su dueño á punto de salvación; cual encabritándose y relinchando de terror fué á estrellarse juntamente con su caballero en el fondo de crecidos barrancos, cuyas aguas arrastraron sus mutilados cuerpos hasta el mar.

El jóven conde permaneció algún tiempo acompañado de dos de sus mas fieles servidores; pero en breve se quedó solo y á la ventura de su fogoso potro; el cual bufando y con las crines erizadas, mas que pies parecía tener alas: el huracán encubría el ruido de sus pisadas, de las cuales brotaban sin embargo cuádruples manojos de chispas. Solo de cuando en cuando aparecían caballo y caballero sobre los picachos de las altas rocas, destacando su perfil negro, como el de la salamandra en medio del fuego, en el ancho cráter de las nubes incendiadas por los rayos —Luchó cuanto pudo el jóven contra la fatiga; pero rindióse al fin, y casi asfixiado por la velocidad del aire que cortaba, perdió el conocimiento y se echó de bruces sobre la silla. Su muerte era segura; pero el generoso bruto, como si conociese el peligro de su dueño, se contuvo en su carrera, procurando conservar la carga hasta que, reventado, fué á caer á la puerta de una cabaña, en la cual dió dos golpes con las manos, cual pidiendo socorro, y espira en el momento.

Salíó de la cabaña un anciano pastor, que al ver al caballo muerto y al jinete desmayado, acudió al socorro de éste, por si podía tor-

narle á la vida; y quiso la buena estrella del conde que aquel pastor fuesse hombre esperto en el conocimiento de yerbas medicinales, con cuyo auxilio y el del agua fresca con que le roció el rostro y le mojó los pulsos, reanimóse aquel, y pudo comprender lo que le pasaba.

VIII.

Entre paréntesis.

(No sé lo que te irá pareciendo este cuento, lector crédulo; pero cualquiera que sea tu opinión me satisface. Sin embargo, estoy por que pienses bien de él, y para ello quisiera que no echaras nada de menos. Esta consideración me ha detenido, pues ahora recuerdo que le faltan á mi obra dos cosas esenciales: el *Prologo* y la *Dedicatoria*. Pero nunca es tarde, si la dicha es buena. El primero puedes hacerlo tú á tu gusto, y es el modo de que seas bien servido: por que yo no sirvo para el caso. La segunda si la haré con mil amores... ¿Y á quién dedicaré este *clavel*?... ¡A quién!

A la hermana de la deliciosa *Jarilla*,

A LA INSPIRADA POETISA DOÑA CAROLINA CORONADO;

pues aunque no tengo la dicha de conocerla personalmente, confío en que lo aceptará, porque las hermosas nunca desdeñan las flores.)

IX.

La herencia del moro.

La del alba seria cuando se oyó fuera de la cabaña el relincho de un caballo. El condesito que, abrigado en la humilde cama del pastor recobraba sus alientos, al oír aquel relincho no pudo resistir á su impaciencia, y se levantó presuroso, anhelante de saber noticias de sus pobres gentes y de abrazar á alguno de sus compañeros de infortunio. Efectivamente, allí había un caballo, pero sin jinete, y receloso, barruntaba desde lejos al overo muerto del conde.

Acercósele éste y lo montó, resuelto á recorrer las montañas siguiendo á la ventura el instinto del animal, para ver si lograba encontrar á alguno de los suyos; y aunque con lágrimas en los ojos le rogó el pastor que se quedase hasta restablecerse completamente, no cedió de su intento y emprendió su camino antes que la luz de la aurora alumbrase lo bastante para distinguir los objetos.

Transparente y puro estaba el cielo, como suele estarlo despues de una tempestad de verano: la luz del alba bordaba las montañas del Oriente con su blanca y risueña claridad, y un vienteillo fresco y apacible parecía regenerar á la tierra maltratada.

El jóven conde caminaba con rumbo incierto; pero con el corazon, aunque triste, lleno de inesplacables esperanzas. Parecíale, sin saber por qué, tener próxima la realizacion de su felicidad, y la memoria de sus penas presentábasele confusa, y como el recuerdo de fútiles y quiméricos disgustos.

Al doblar la vertiente de una loma, detúvose el caballo y aguzó las orejas: metióle espuelas el conde, pero el bruto, aunque dió algunos pasos, volvió á pararse respirando fuerte, y se apartó hácia un lado de la vereda. Tendió la vista el jóven señor y solo vió delante de sí y á su izquierda un ameno sitio, poblado de arbustos aromáticos, de gayombas y zarza-rosas: pero imaginando que entre aquellos arbustos podia estar el objeto que barruntaba su caballo, echó pié á tierra y penetró en los matorales.

En medio de ellos le aguarda una sorpresa. Tendida sobre el musgo encontró á su adorada Solita, y creyéndola muerta, dió un grito de dolor y se lanzó hácia ella. Ninguna idea de resentimiento ni de celos atormentó en aquel instante á su corazon generoso. Tocar á su amada, cerciorarse de su existencia, socorrerla si aun era tiempo, fué lo único en que pensó. Arrodillado junto á ella, puso temblando la mano sobre el pecho virginal, y acercó sus labios á los de ella, para percibir los latidos y aspirar el aliento que para él eran la vida ó la muerte. Pronto se incorporó con el semblante risueño, y dando un dilatado suspiro, exclamó:

— ¡Vive!

El jóven reparó entonces en un objeto que antes no había visto: era una caja de madera primorosamente labrada, y embutida de oro, concha y nácar, sobre cuya tapa se leían, en letras formadas de mosaico bellissimo, estas palabras:

«DOIE DE SOLITA.»

Esta caja estaba junto á la jóven dormida, la cual tenia pendiente del cuello una cinta con una llave; y presumiendo el conde que seria la de la caja, quiso tomarla sin ser sentido, para enterarse de lo que aquella contenia.

No fué tanta su destreza que, al intentarlo, no despertase la jóven sobresaltada, y fué grande el asombro de ésta, cuando se vió abandonada en el campo y sola con su noble amante. Pasóse Solita la ma-

no por los ojos, como para cerciorarse de que estaba despierta; mientras que el conde la miraba turbado, vacilando entre opuestos sentimientos. Por una parte se abrasaba de amor, pues nunca le había parecido la jóven tan hermosa; por otra renacian en su alma los amortiguados celos, y esta pasión cruel predominó en su razon, pues reconviniendo á su amada le dijo:

— ¡Por fin os encuentro! ¿Qué habeis hecho de vuestro amante?

— ¡Ah! ¿sois vos realmente? dijo Solita incorporándose con alegría, como quien sale de una pesadilla: ¿es cierto que estoy en el mundo? Hablad, amigo mio, hablad.

— ¡Vuestro amigo! exclamó el conde con amargura; ¿qué significa esto?— ¿Dónde se oculta el infame que os acompañaba anoche?

Solita se quedó estupefacta; púsose el dedo índice sobre el labio inferior, y alzando los ojos al cielo se quedó pensativa, y luego dijo:

— ¡Anoche!... ¡Ah! ya recuerdo. Anoche vine sola, hasta la cascada que está allá abajo... Despues... No recuerdo nada mas.

— ¿Y vinisteis cargada con este cofre? preguntó el conde, señalando á la caja misteriosa.

— No conozco ese cofre.

— ¿Ni tampoco esa llave?

— ¡Esta llave! Verdad es que tengo aquí una llave. ¿Será la suya?

El Conde no sabia qué pensar de la ignorancia que Solita demostraba de todo cuanto veía. Ella entre tanto probó la llavecita en la cerradura de la caja, é inmediatamente saltó la tapa, dejando á la vista multitud de joyas de inestimable valor. Grande fué la sorpresa del conde al ver aquellas riquezas; pero Solita, por el contrario, dándose un palmada en la frente, exclamó: — «¡Ya lo comprendo todo!»

En seguida contó al Conde sus aventuras subterráneas, sus estranos amores con el Niño de Oro, el desencanto de éste por la virtud del clavel de la Virgen, y todo lo demas que ya sabemos. Inútil es decir que el conde puso en duda tan estraña historia, y quiso pruebas que le convenciesen de su veracidad. Pero no era fácil encontrar estas pruebas.

Examinando las ricas joyas que la caja contenia, vió Solita un pliego cerrado y sellado en medio de ellas. Tomólo con curiosidad, y abriéndolo, se lo entregó al Conde, el cual halló en él escritas estas palabras:

«Herencia de *Aben-Mequenun-ben-Chalid-el-Tuzani*.

«Lo que á los muertos molesta es alegría y bienandanza de los vivos. — Goce con salud, paz y amor estas riquezas Solita, mi salvadora, hija natural de Luisa, marquesa de Flores-Altas, y de...»

Lo restante estaba escrito en caracteres arábigos, de modo que el condecito no pudo entenderlo: y era bastante lo que quedaba por descifrar. Otro portento hirió la vista del jóven amante: el clavel de la Virgen se había transformado en otro en la cabeza de Solita: sus hojas eran de topacio rojo, y los nombres de MARIA y SOLITA resaltaban en ellas, formados de pequeños diamantes imitando á gotas de rocío. Con tales pruebas quedó el amante tan satisfecho, que ambos entraron en el lugar aquella misma mañana, montados él en la silla y ella á las ancas del caballo. (Empero la mejor prueba de fidelidad diz que se la dió Solita al conde la noche de novios, aunque no dice la crónica cuál fué esta prueba; pero ello es que vivieron despues muchos años en amor y concordia.)

El tesoro, que había quedado oculto en el monte, fué recogido llegada la noche, y al día siguiente el conde y los que habían quedado vivos desus servidores tomaron el camino de la corte, llevando en su compañía á la hermosa Solita, y un mes despues se celebró el matrimonio de los dos amantes, asistiendo á la boda la marquesa de Flores-Altas, que con sumo regocijo había reconocido á su hija. Hubo muchos bailes, muchos dulces, mucho jolgorio, y yo fui y vine y no probé nada, por culpa de la suegra.

Pero logré robar el pliego misterioso que se encontró en la caja, y en la parte escrita en caracteres arábigos leí: que la marquesa había tenido, cuando soltera, una hija; que la dió á criar á una aldeana del campo de Guadix, pero la abandonó despues completamente, habiendo contraído un enlace ventajoso: que la niña, siéndole gravosa á la aldeana y ademas inútil por su complexion enfermiza, había sido dejada en aquel lugar á la ventura del cielo, y que habiendo enviudado sin hijos la marquesa, lloraba la pérdida de su Solita.

De modo, que el picaro del moro encantado lo sabia todo, y si hubiera muchos moros encantados y escribieran de cuando en cuando algunas cartas á los vivientes, no habria por esos mundos de Dios tantos niños sin padres conocidos ni tantas madres desconsoladas. Pero, como esto no es muy comun, la bondadosa Solita, viéndose rica, noble y considerada, empleó parte de sus riquezas en la fundacion de un hospital de espósitos, con destino especial á los niños jorobados—y colorin colorado, cata aquí el cuento acabado.

FRANCISCO J. ORELLANA.



PEDRO EL ERMITAÑO.

Pedro el Ermitaño, cuya accion se hizo sentir tan profundamente en el siglo XI, nació en la diócesis de Amiens (hoy departamento de la Somme). Ignórase su apellido; empezó sus estudios en Paris, siguiólos en Italia, y sirvió en Flandes bajo las órdenes del conde de Boloña. Abandonó despues la carrera militar para contraer matrimonio con Ana de Roussi; pero habiéndola perdido, el pesar le hizo renunciar al mundo; retiróse á un desierto, de donde salió poco despues para una peregrinacion al Santo Sepulcro. La cautividad de Jerusalem y los malos tratamientos para con los peregrinos le traspasaron de dolor. El patriarca Simeon escitó aun esta indignacion: volvió Pedro á Italia y se apresuró á arrojarse á los pies del papa Urbano II para suplicarle convocara al pueblo cristiano y libertara al Santo Sepulcro de la esclavitud en que yacia. Urbano recibió á Pedro como á un hombre inspirado del cielo, y lo alentó para que llevara á cabo su mision. «El cenobita, dice M. Michaud mayor en su reseña que de ello hace, atravesó la Italia, pasó los Alpes, recorrió la Francia y la mayor parte de la Europa, infundiendo en todos los corazones el mismo celo de que estaba devorado. Viajaba montado en un jumento, con un crucifijo en la mano, los pies desnudos, la cabeza descubierta, ceñido su talle con una cuerda gruesa, ataviado de un largo hábito y de una capa ermitaña de la tela mas tosca. Era recibido por todas partes como un enviado del cielo. Juzgábase los cristianos felices al tocar sus vestidos; el pelo del jumento en que cabalgaba era conservado como una preciosa reliquia. En medio de la agitation general de los ánimos, producida por la elocuencia de Pedro, Urbano II convocó un concilio, en un principio en Plasencia, despues en Clermont en Auverña, en el cual el apostol de la guerra santa habló de los ultrajes hechos á la fé de Jesucristo, de las profanaciones y sacrilegios de que habia sido testigo, de los tormentos y persecuciones que un pueblo enemigo de Dios y de los hombres hacia sufrir á los que iban á visitar los santos lugares. La vehemencia de sus palabras y el dolor de que parecia penetrado despertaron en todos los corazones la indignacion y la piedad.»

Pedro continuó sus predicaciones despues del concilio; los hombres se armaban á su voz; las mujeres y niños le seguian en tropel; púsose á la cabeza de las cruzadas, y emprendió el camino de Oriente. Este ejército, en número, segun se dice, de cien mil hombres, estaba dividido en dos cuerpos: el uno mandado por Gautier (sans avoir) caballero Borgoñon; el otro por Pedro el Ermitaño. Habiendo llegado á Hungría, fueron atacados por todas partes, y el cuerpo que dirigia el cenobita fué destruido en parte. El resto de las cruzadas, reunido con dificultad, llegó á Constantinopla, donde Alexis, emperador griego, les proveyó de bajeles para pasar el Bósforo. Pero las armas, la disciplina y la direccion faltaban en este ejército que fué destruido fácilmente por los musulmanes.

Desde entonces volvió Pedro á oscurecerse. Cuando tuvieron lugar las nuevas cruzadas y empezaron la guerra, no ejerció al parecer influencia alguna en un movimiento que habia creado. Durante el sitio de Antioquia, pareció tambien que desconfiaba del éxito favorable de la empresa, y se escapó del campo. Persiguiósele y se le condujo á viva fuerza. Antes del ataque de Jerusalem pronunció un

discurso ante los cruzados reunidos en el monte Olivete. Habiendo vuelto á Europa, se retiró al lado de Huy, en la diócesis de Liege, donde fundó un monasterio y murió el 7 de julio del año 1115.

EL DIABLO ALCALDE,

imitacion de nuestros antiguos entremeses. (1)

PERSONAS:

EL VENTERO. EL ALCALDE.
LA VENTERA. VILLANOS.

(Entra el alcalde)

ALCALDE. ¡Ah de la venta! ¡Oh, cómo el sol calienta!
Éntrome á descansar. ¡Ah de la venta!

VENTERO (dentro). ¿Quién dá voces?

ALCALDE. Quien nunca las dió en valde.

VENTERO. ¡Oh necio! ¡Por san Gil, que es el alcalde!
(Sale y se echa á los pies del alcalde.)

Los pies á su grandeza besar quiero.

ALCALDE. ¿Soy santo yo?

VENTERO. Es alcalde y yo ventero.

ALCALDE. Un alcalde es un hombre.

VENTERO. ¿Hombre? No es tal, aunque lo diga el nombre.

ALCALDE. ¡Oh rústica inorancia! Traiga vino,
que vengo hecho un Agosto del camino.

VENTERO. ¡Oh qué estraña ventura!

¿Que ha de servir tan baja criatura
á un alcalde? Voy loco de contento. (Vase)

ALCALDE. ¡Pardiós, que es el ventero mas jumento
que el que me trujo acá! Pero en justicia
mas homilde es que aquel, y sin malicia.

(Vuelve á salir el ventero con una enorme tinaja que vendrá empujando cautamente hasta ponerla en medio.)

VENTERO. Ya está aquí el vino.

ALCALDE. Yo me maravillo.

¿Dónde?

VENTERO. En este jarrillo.

ALCALDE. ¿Jarro nombra

á aque-se tinajon? Eche un cuartillo.

VENTERO. ¿Un cuartillo un alcalde ¡esto me asombra!
cuando sin pesadumbre
cualquier escribanillo
se remoja la sed con media azumbre?

ALCALDE. Un cuartillo me basta.

VENTERO. Ved que es bueno,

No se bebe en la casa
del rey vino mejor. Siempre que pasa

(1) El autor dedica este modesto trabajo á su querido amigo D. JEAN COIFFIANT.

por aquí algún señor, cien cubas lleno para él y sus criados (Dios los guarde), y no sobra una gota.

ALCALDE. Ande, que es tarde y va subiendo el sol.

VENTERO. ¡Quién lo dijera!
¡Quemar en mayo el sol de esta manera!
No ha seis días aun que un aire crudo tronchó aquel roble que se vé desnudo allí, y aun no ha tres noches que de frío diz que murió un pastor orilla el río.
¡Y agora se nos viene el señor Mayo con esto! Es una hoguera cada rayo del sol; deje ese asiento y véngase hácia acá, que corre un viento que consuela. Es posible que llueva todavía.

ALCALDE. (ap.) ¡Hay mas terrible ventero! ¡ay de mi triste! ¡he de sofrillo! ¡oh brava lengua dina de un cochillo!

(Alto.) ¿De dónde es este vino? (Bebe.) Me dá gozo.

VENTERO. De Ciudad-Real, señor, lo trae un mozo.

ALCALDE. Bien hizo en alaballo.

VENTERO. ¿Échote otro cuartillo?

ALCALDE. Pues que callo

¿qué duda? échelo luego.

(Echalo el ventero y bebe el alcalde.)

¿Ya hay estrellas?

¿Qué hora es?

VENTERO. Las diez son.

ALCALDE. ¿Ya há doce horas menguadas y traidoras que estoy aquí? ¡Mas qué se me dá de ellas! ¿no soy alcalde yo?

VENTERO. ¿Vá otro cuartillo?

ALCALDE. Vaya, que aun hay adonde recibillo. (Bebe.)
¡Famosa cosa es el vino añejo!
Tráigame acá un pellejo.

VENTERO. ¿Un pellejo?

ALCALDE. Un pellejo. Dése priesa.

VENTERO. (Ap.) Traeréelo del agua de la fuente que mana entre la espesa yerba del prado aquel que veo en frente.

ALCALDE. Espere; ¿dónde vá?

VENTERO. Voy por el vino.

ALCALDE. ¿Qué vino? asíéntese, que es desatino ir por vino. Si él vino, ¿no es locura salir de aquí á buscallo?

VENTERO (ap.) ¡Oh sin-ventura!

borracho está. (Alto.) Eso es llano.

ALCALDE. ¡Pese á mi honor, que me llamó villano!
¡Pardiós! con esta vara he de desalojalle de la cara los ojos. (Cae.)

VENTERO. En el suelo dió consigo ¡lindamente logróse! Empieze agora mi venganza, y con ella su castigo.
¡Ah señora muger! ¡ah mi señora! venid presto.

VENTERA (dentro). ¡En mi casa estas voces! habrá que poner tasa en el beber á arrieros y estudiantes.
¡Oh mala gente! allá voy yo, bergantes.
¿Mas vos estais aquí, señor marido?
(Sale).

VENTERO. Mirad ese colchon que os he traído. Mullilde, varealde bien.

VENTERA. ¿Es colchon aqueste? ¡Ah seor alcalde! ¿quién así os puso?

ALCALDE. Un vino mal nacido.

VENTERA. Pues no es moro, señor, que mi marido y yo lo bautizamos cada hora.

VENTERO. ¡Ah señora muger! ¡ah mi señora! deje eso: ¿no decia que la abrazó el alcalde el otro día?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. Y que con pena dijo al partiros vos; ¡qué esa azucena sea muger de un cardo!

delante de Antolin, Tirso y Bernardo?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. ¿Y hasta el valle no os acompañó ayer por esa calle de árboles intrincada, del lugar apartada y de la venta, que se vé allá lejos?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. ¿Y no es verdad que el escribano hoy puso en vuestra mano unos papeles viejos, que la firma traían del alcalde?

VENTERA. Así es.

VENTERO. ¿Y qué os decian de ojos, talle y cabellos?

VENTERA. Ya es sabido.

VENTERO. Dadme un palo, muger.

VENTERA. Tomad, marido.

VENTERO. Cerrad la puerta aquella, que entra viento.

VENTERA. Cerrada está.

VENTERO (dando al alcalde). ¡Ah ladron! ¿y mi jumento?

¿Qué hizo de él? ¡asi calla!

sus huesos me dirán dónde se halla.

ALCALDE. ¡Ay! ¡ay!

VENTERO. Asnillo mio, ¿quién al mirar tu gentileza y brio hubiera imaginado que un villano ladron, á quien detesto, vendria hoy á poner en ti la mano? Mas juro á Dios que aquesto le ha de salir al rostro (sin dejar de darle).

ALCALDE. A las espaldas dirá mejor. ¡Oh maldecidas faldas! ¿un mal ceñido abrazo, antes que recibido tornado, esto me cuesta?

VENTERA. ¡Ah falsa lengua! ¡Ah vil picarazono! ¿de una muger honesta así empaña la honra?... dad, marido.

VENTERO. ¿Cuántos?

VENTERA. Doscientos.

VENTERO. Vayan los doscientos.

VENTERA. ¿Qué vá á hacer?

VENTERO (dándola). ¡Vos tambien robais jumentos! tomad, endemoniada, echad la cuenta; doscientos me pidió, ya van cincuenta.

VENTERA. Yo lo diré á mi padre.

VENTERO. Ochenta y nueve.

VENTERA. ¿Y á esto un hombre se atreve como vos?

VENTERO. Ciento son.

VENTERA. Señor alcalde,

no os abracé de valde yo, ni en la huerta de Pascual Manzano os di á besar mi mano para esto: ved que ese hombre me derrienga.

VENTERO. Ciento sesenta y dos.

VENTERA. ¿No hay quien le tenga?

VENTERO. Doscientos.

VILLANOS (dentro). En la venta es el ruido.
¡Ah señor Gil! deci qué ha sucedido.

(Entran.)

VENTERO. Este hombre me robaba un asno y yo le ví; mas él juraba que el asno le seguia por amor, y probéle que mentia con tan graves razones, que hice en él, sino mella, costurones.

VILLANO 1.º ¿Mas por qué se quejaba vuestra muger?

VENTERO. ¡Muger! ¿dónde se hallaba?

VILLANO 1.º Aquí; ¿no la habeis visto?

VENTERO. Ahora mi error advierto, ¡vive Cristo!

Muger del ladronazo la creí y con gentil desembarazo ¡ah corazon de peña! un haz encima la arrojé de leña. Mas yo os pondré, mis ojos, pues que tan ciegos sois, unos anteojos

de letrado ú poeta,
que á tanto obliga una conciencia inquieta.
VENTERA. ¡ Oh, qué bien lo ha fingido!
¿ cómo no ven, señores,
que el asno de ese cuento es mi marido?
mas si verán, mirando
que este el alcalde es.

VENTERO. ¿ Hay mas rigore?

viendo estoy y dudando
lo que veo; no quiero, no, creello:
¡ ay mujercita mia!
alcalde es este como vos camello:
si él fuera el que decís, ¿ así estaria?

VENTERA. Pues ¿ qué es, marido?

VENTERO. Oid: há mas de quince

años que un diablo lince
por dó quiera que voy me vá siguiendo,
unas veces vestido
de fraile, otras en buitre convertido
que de encendida nube está saliendo;
otras en un dragon, ó en una vieja,
que todo se asemeja,
y otras, en fin, en niña melindrosa,
que no es la misma cosa,
pero que mas valiera
que vieja ó dragon fuera;
y este diablo que digo
es tan mi amigo y es tan mi enemigo
que no hay medio que cuente
día sin que le vea y él me tienta.
Al alcalde la vara hurtó sin duda,
traje y figura ruda,
y á tentarme á la venta
se vino; mas erró, por Dios, la cuenta.
Acérquense, que si este fuere el diablo,
él lo dirá.

VILLANO 1.º Yo huyo.

VILLANO 2.º ¡ Guarda, Pablo!

VILLANO 3.º La cruz si se levanta
le he de hacer, que es señal bendita y santa.

VILLANO 1.º Pues yo haciéndola voy.

VILLANO 2.º Yo estaré un día
haciendo cruces.

VILLANO 4.º Yo un Calvario haria
si tuviera aquí manos.

VILLANO 3.º ¡ Hay tal loco!
¿ manos no tiene?

VILLANO 4.º Téngolas en poco.

VENTERO. Vengan acá. Figura de retablo,
(Al alcalde.)

Dime si eres alcalde ó si eres diablo.
(Le pincha disimuladamente.)

ALCALDE. ¡ Diablo! (revolviéndose).

VILLANO 1.º ¡ Jásús! ¡ Jásús!

VILLANO 2.º Llamen al cura.

VENTERO. No llamen sino en él, que es gran ventura
y ocasion brava aquesta.

VILLANO 3.º Pues hacello
es asir la ocasion por el cabello.

VENTERO. Dénle todos.

(Lo hacen.)

VILLANO 4.º ¡ Pardios! se ha levantado.

VENTERO. (Poniéndosele delante.)
Diablillo enalcaldado,
¿ dónde vas?

ALCALDE. Al infierno, do os espero.
(Sale corriendo.)

VILLANO 1.º ¡ Vive Dios que el dimoño es caballero
y que mos desafía!

VILLANO 2.º El vá sin tino.

Jurára que no deja en el camino
huella su pié.

VILLANO 3.º Tal corre; no me espanto.

VILLANO 4.º Yo si; mas es de ver que dura tanto
un picaro entremés.

VENTERO. Pues no se espante,
y para darle tin, conmigo cante.

Cantan: La mujer que uno escoge
no quiera cuatro;
á dama antojadiza
galan de palo.

VENTERA, cantando:

Maridito del alma
y señor mio,
la mujer es costilla
de su marido.

VENTERO, cantando:

Mujercita del alma,
señora mia,
todos echan las cargas
á la costilla.

EL BACHILLER SANSON CARRASCO.



(Abadia de Noirmoutiers—Francia.)



LA CUEVA DE ANDREUET.

En el número cuarenta y cuatro del Semanario, correspondiente al 4 de Noviembre de 1849, indicamos que en la grande extensión que ocupa el monte Mongó (1) y las cordilleras próximas que dan vista al Mediterráneo, existían multitud de cuevas de preciosas estalactitas, en las cuales se admiraban los prodigiosos caprichos de la naturaleza, haciendo que el viajero que penetraba en aquellas reconcentrase al instante su espíritu y que se agolpasen á su imaginación mil y mil ideas y consideraciones inexplicables; y al hablar así, nos referíamos entre otras, á la titulada de Andreuet, que es acaso la mas bonita, de mejor descenso, y de la cual vamos á dar algunas noticias á nuestros lectores.

Se descubrió hace unos veinte años al sacar un huron que se había introducido por un pequeño agujero persiguiendo á un conejo.

El amo del primero, sin prestar el menor mérito, ni la mas pequeña atención al espectáculo grandioso y sublime que la obra de muchos siglos debió ofrecerle á la vista, guardó sigilo, se apresuró á comprar el terreno inmediato, y destinó la nueva cueva, por su proximidad á la costa y excelentes ventajas, para depósito de contrabando; siendo por lo tanto ignorada de todos, por bastantes meses, menos de dos ó tres contrabandistas, incluso su dueño llamado Andreuet, de quien tomó el nombre y con el cual se la conoce y designa en el país.

Procesado y preso el Andreuet, por atribuirle un asesinato horrible que tenía relación íntima con los carachines de tabaco que se custodiaban entonces en la cueva, hemos oído que sus compañeros de fraude, para evitar mayores y sucesivos compromisos, pegaron fuego una noche á dicho tabaco á la entrada de aquella, y que atraídos los pastores y otros sujetos por el grande humo y las llamas que se distinguían á lo lejos, se hizo pública la existencia de la repetida cueva, desde cuyo entonces no ha cesado, ni un día de mutilársela y destruirla por las infinitas personas que la visitan, quienes por puro capricho y por una curiosidad mal enten-

dida, ó acaso algunas, sin mas objeto que la triste y poco envidiable complacencia de destruirlo todo, no han dejado de llevarse las cristalizaciones de variados colores y formas que, á fuerza de repetidos golpes, han podido desprender de la bóveda y paredes.

Sin embargo de tan sensibles y continuos destrozos, aun quedan que admirar en la cueva de Andreuet innumerables estalactitas que solas ó agrupadas imitan la filigrana y el estilo ojival en toda su perfección y gusto.

La cueva que describimos, cuyo final ó remate representa con exactitud suma el grabado que va á la cabeza de este artículo, está situada en término de la ciudad de Denia, tiene unos doscientos pasos de largo, diez ó doce de ancho, otros tantos de elevación y su piso y entrada no son incómodos.

REMIGIO SALOMON.

ANTIGUEDADES.

Creemos curiosa la siguiente relación que tomamos de un manuscrito antiguo:

En el término de la villa de Alcalá de los Gazules, á legua y media de distancia de ella, como á dos mil pasos al Oriente del puerto llamado Vizcaino, un labrador advirtió hace algunos años en la hacienda que á la sazón labraba, unos signos en una piedra, que cercada de un palmarejo, yacía casi enterrada.

No comprendiendo éste el significado de los signos, comunicó la especie á un yerno suyo, menos ignorante que él; pero sucediendo lo mismo con éste, acompañado de la gente del cortijo mas inmediato, propio de D. Francisco Landino, de dicha villa, desenterraron la losa ó piedra para conducirla á él, y la destinaron á usos domésticos.

Hallándose en el mismo cortijo el P. Fr. José de Ayala, advirtió

29 DE DICIEMBRE DE 1850.

(1) Monte notable del reino de Valencia, frente á la isla de Ibiza, cuya descripción puede verse en el núm. 48 del SEMANARIO del año 1848.

en la piedra la inscripción que contenía, y leida dió parte al señor vicario de la villa.

Hallándome yo á la sazón en comision de órden superior en la misma, recibí el 27 del propio mes un oficio del señor corregidor para que pasase á reconocer la piedra é inscripción. Evacuada la comision, di mi informe declarando ser la piedra un pedestal que indicaba antigüedad y digno de todo aprecio.

Mientras acordaban en la villa lo que se debía hacer, movido de curiosidad, pasé al sitio de donde se estrajo el pedestal, y empezando con varios peones, á mis propias expensas, la escavacion por la linea de puntos A que manifiesta el adjunto plan, que atendidas las circunstancias locales, me pareció el mas oportuno para la investigación, di con la pared en el mismo A, que distaria de la superficie como media vara. Con ánimo de abrazar toda la obra seguí el rumbo señalado por las letras A hasta G desde la cual volviendo al punto del principio encontré la alveola ó sepulcro núm. 4, la que dejando para reconocer continué hasta la letra Y. Aquí fué donde dispuse escavar desde la superficie de la pared, y como á media vara hallé una solería que cubría todo JJJJ. Desbaratada la solería seguí la escavacion y como á otra media vara se encontraron las losas señaladas por los números 1, 2, 3.

Para poder dar parte á la villa con algun fundamento, determiné levantar la losa núm. 1, que estaba entera; pero apenas extendimos la vista para mirar lo que contenía dentro, cuando movido de un impulso que no sabré como explicar, prorrumpí en las voces de los santos de Cádiz y sobreecogidos todos los circunstantes de un terror santo, no fuimos dueños de otra cosa que para volverla á cerrar.

Reanimados de la especie de enagenacion ó susto que nos infundió la primera vista, y movido de las súplicas de todos, para satisfacer nuevamente se levantó segunda vez la losa, en cuyo acto se distinguieron mejor que en el primero, dos esqueletos de cuerpos humanos. No fué posible continuar el trabajo aquel día.

En estas circunstancias, suspendiendo todo trabajo, envié á D. José Antonio Inchausti (que casualmente se halló presente) á la villa para dar parte verbalmente al vicario y corregidor de lo ocurrido, á fin de que dispusiesen lo conveniente para proceder con la circunspeccion y formalidad que requeria el asunto, al reconocimiento de los sepulcros, y al mismo tiempo al citado padre Ayala á Cádiz para que como testigo ocular informase igualmente al gobernador y cabildo eclesiástico, en consideracion á ser cabeza del obispado, juzgar que las reliquias vistas eran de sus patronos y que podrían enviar sujetos mas idóneos que Alcalá para el exámen y reconocimiento.

Aquel mismo día vinieron de Alcalá los cabildos eclesiástico y secular al sitio de la escavacion, acompañados de multitud de personas del pueblo y de los inmediatos, y en presencia de todos se

levantó por tercera vez la losa núm. 1, cuyo acto causó el mismo gozo que el referido antes á todos los presentes: pero antes de proceder á reconocimiento alguno espuse que sería conveniente suspender todo acto hasta la concurrencia de anatómicos y otros sujetos que pudiesen dar luz y autoridad en semejantes casos. Así se hizo, y dejando para custodiar el sitio varios sujetos, tanto eclesiásticos como seculares, se retiraron ambos cabildos.

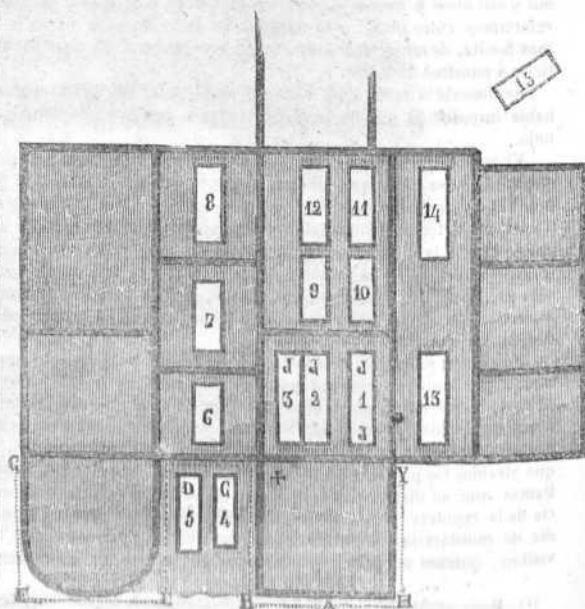
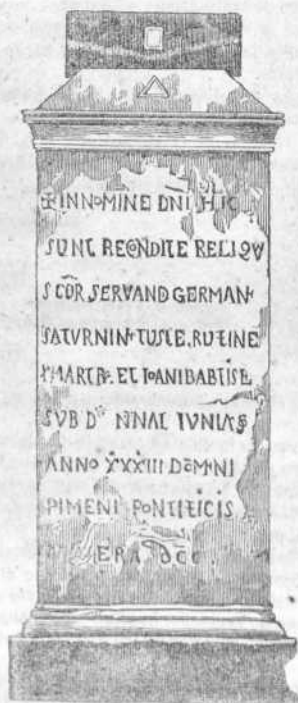
Los dias 5, 4, 3 de noviembre se emplearon en nuevas escavaciones, en formar en el mismo sitio una chocita donde guarecerse.

El 6 concurrieron el estado eclesiástico, corregidor, alcalde, capitulares, dos escribanos y un anatómico, con mucho acompañamiento del pueblo y de los circunvecinos, conduciendo cajas decentes para colocar y trasladar las reliquias de las tres alveolas ó sepulcros de cuadro JJJJ. Mandó el corregidor su apertura y sabiendo yo por el P. Ayala que á la sazón había vuelto de Cádiz, que su cabildo eclesiástico había dispuesto dar la comision de este reconocimiento al vicario de la ciudad de Medina, hice presente estas noticias al corregidor, pero no produciendo efecto mis operaciones, se levantó la losa núm. 1, y un sacerdote estrajo la osamenta de los dos esqueletos, entregándolos al anatómico para su reconocimiento, y manifestándolos á los escribanos para la certificacion. Se notó en una de las calaveras que tenía 2 heridas, la una en el cráneo que formaba un ángulo obtuso y la otra sobre una de las cejas de una linea, sin que se advirtiese otra señal ó herida en los dos esqueletos: cada una de las calaveras tenía á su lado una redoma de barro que no se pudo distinguir si contendrian alguna cosa, y entre la osamenta varios pedazos de hierro llenos de moho que no comprendí que instrumentos podrían ser.

En el cuerpo de la obra se encontró un instrumento de hierro que como un cuchillo ó machete ovalado de dos mangos con otros distintos pedazos de instrumentos cortantes, que no puedo declarar de que uso serian.

En seguida se abrieron las alveolas núms. 2 y 3, y guardando en la estraccion de los huesos el mismo órden y circunspeccion que en la primera se sacaron del núm. 2 dos esqueletitos, cuyas calaveras se hallaban al frente una de otra, en las dos cabeceras del sepulcro manifestando por lo diminuto del tamaño ser de personas de tierna edad. De la 3.^a se estrajo un esqueleto de mucha magnitud. Se encontraron igualmente redomas de barro en las dos, y en la última una de vidrio, en cuyo fondo se advirtió una masilla carminada que indicaba ser sangre. No se notó en estos esqueletos señal alguna de herida ó martirio, pero podría ser que el hallarse estas arcas menos resguardadas que la 1.^a, pues sus tapas estaban en varias piezas, de cuyas junturas alojadas por el transcurso del tiempo había penetrado mucha tierra, fuese la causa de ello.

El 7 á presencia de los cabildos se levantaron las losas de algu-



nos sepulcros, pero sin estracosa alguna, se continuó la escavacion hasta el día 10, que con existencia del cura D. Pedro Lopez, alcaide y escribanos se estrajeron los esqueletos ó huesos de los sepulcros núm. 4 hasta el 11 colocándolos en cajas con separacion. Este mismo día se abrió el núm. 12, pero solo se estrajo de él una cruz ó pectoral, dejando la estraccion del esqueleto para otro día.

El 15 se estrajo este esqueleto que por contener dicho pectoral indicaba ser obispo, y tambien la osamenta del núm. 13 que contenia 5 calaveras con esqueletos no completos.

Con este acto se retiró la villa de toda operacion y seguí yo continuando las escavaciones y formando zanjas para resguardo de un sitio tan respetable, hasta el día 17 que descubrí (como á 600 pasos de distancia de los sepulcros) y saqué un suntuoso pedestal que indicaba ser triunfo de algun pueblo.

Continué el trabajo hasta el 23 que descubrí los sepulcros 14 y 15 de los que estraje por mi mismo los huesos que contenian y conservo en mi poder, como tambien varios otros del sepulcro núm. 1, que con nuevo examen encuentre confundidos con tierra.

Llegado aquí se me acabaron los medios para mantenerme y pagar á la gente que empleaba en la obra, aunque solicité de la villa me entregase siquiera los honorarios de mi primera comision; no lo pude conseguir de pronto y me vi precisado á restituirme á mi destino de Cádiz, con harto dolor por ver en el abandono en que quedaba aquel sitio fuera de las zanjas que hice, que solo podian servir de resguardo á animales, y que perdía la ocasion de hacer un servicio, á mi parecer importante á la nacion, continuando las escavaciones, de las que precisamente habia de resultar mucha luz y materiales á los anticuarios é historiadores, pues ademas del orden maravilloso que manifiesta la obra de esta relacion, he descubierto señales ó rastros de alguna poblacion que muy bien pudiera ser la de la antigua Sidonia.

Esto es lo que segun mi inteligencia y facultad puedo declarar, remitiendo á los que deseen relacion circunstanciada del número y particularidades de las reliquias estraidas á las autoridades de Alcalá, que procedieron en el caso conforme dejo referido.

Cádiz 29 de diciembre de 1800.

P. A. DE ALVISO.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS.

El que llora será consolado.
S. Mateo.

Lo que vamos á referir no es ficcion, es realidad; es una sencillísima historia que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leida; no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazon que por algunos, aunque pocos, será leida esta relacion con simpatia: á estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño, vendedor de tagarninas. Dice Bulwer, ese excelente moderno inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con el Parnaso*, lo que quiere decir que se puede mover al corazon y captivar la imaginacion sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada: basta sentir y expresarlo. — Este pensamiento aplicado al poeta, se puede aplicar igualmente en su pequeño círculo al sencillo narrador.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplia bien con su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito, que tenia cinco años. — Érale á Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como lo es al caballero que lleva una carga de oloroso heno para su propio sustento. Pero el guarda se habia grangeado la animadversion de unos cabreros que tenian sus cabrerizas en un coto limitrofe del olivar que estaba al cuidado de Ortega. Por repetidas veces habian dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sementera y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos, — y esto bastó, ¡Dios mío! para que un día, al pasar Ortega cerca de un vallado, se disparase entre las zarzas un tiro cuya bala atravesó su pecho. — ¡Oh! en que mina se crió el fatal pedazo de plomo que hizo á un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos! — Avisóse al lugar de que yacia un hombre muerto cerca de un vallado, y en breve el abandonado cadáver se vió rodeado de aquel unánime é inmenso interés que despierta, sacudiéndola hasta en sus entrañas, á la humanidad cuando se comete contra ella el delito de sangre, empezando por el sacerdote, que viene en nombre de la religion en caso que aun luche el alma con la muerte (que exhalada el alma cesa su intervencion); — sigue la justicia, que viene en nombre de la sociedad, magnífica institucion, bella obra de la ilustracion hecha con

la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduria; — acompaña el facultativo, que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estandarte puso Jesús por lema la palabra *hermandad*, — y sigue el pueblo, que viene en su propio nombre á tributar su compasion y lágrimas á la victima, sus imprecaciones al asesino, pues puro existe en el corazon del hombre el sentimiento de la justicia cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose al muerto sobre unas angarillas, y se ofrecieron á llevar esas angarillas de la muerte aquellos mismos andaluces álvicos que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado á llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado é inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por sus puertas el sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una proteccion y un amparo, como un objeto de culto y de cariño! La desgraciada viuda que estaba criando tuvo un retorcido y derrame de leche; sus pechos quedaron exhaustos, la madre y la niña perecian; la primera de resultas de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros los habitantes de las ciudades no sabeis cuán bella y expansiva es la caridad en los campesinos! y cuán verdaderos hacen aquel bello refrán de: que mas hace el que quiere que el que puede. No hubo una sola mujer en el pueblo que no estuviese criando que no viniese á dar el pecho á la pobre criaturita para la cual se habian secado las fuentes de vida que le señalara la naturaleza. La niña fué criada á traguitos segun la expresion consagrada para indicar esta clase de crianza, y como generalmente todas las lugareñas son sanas se hacen robustas estas crias de muchas amas. Verdad es que tan pronto toman leche de una recién parida, tan pronto la de una mujer que creen cria á pesar de tener su hijo dos años, ¡y correr tras de su madre; pero no lo hace, medran, y si lo extrañais os responden: que Dios hace la cosa. Miguelito era el que se veía á todas horas descalzo de pies y piernas, pues todo se habia vendido para la enfermedad de la madre y estaban en la última miseria, cargado con su hermanita, con la que apenas podia, llevándola por todas las casas del lugar y sofocado y jadeante en verano, encogido y arrecido de frio en invierno; pero siempre alerta, siempre dispuesto, siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita; si compadecidos de verlo en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondia y se lo llevaba á su madre. Esta pobre habia quedado baldada y ese niño bendito, á pesar de su corta edad era su providencia; para él no habia juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y de esa hermana que ni una ni otra se podian valer. Él todo lo hacia bajo la inspeccion de su madre, y aun de noche sacudia con firme voluntad ese incompatible sueño de la infancia cuando era preciso pasear la niña para acallarla. ¡Qué humilde era, y que incansable! y cuando su madre la bendecía no comprendia ese alma dulce y modesta el por qué merecia esa merced ángeles de Dios, que cual su criador solo abrojos habia de pisar en este suelo! Miguel tenia ya seis años, y con el afán de ayudar á su madre iba como veia hacer á otros muchachos mayores que él, á cojer tagarninas al campo. Salia por las mañanas y volvía á la oracion sin haber probado bocado en todo el día, y por descanso iba de puerta en puerta ofreciendo sus tagarninas. Pero los muchachos mayores que él, que andaban mas, habian vuelto antes y le habian quitado la poca venta que tenia la silvestre legumbre. ¿Se quieren tagarninas? preguntaba con débil voz exhausto de cansancio hambre y frio.

No.

Y el infeliz niño se rastreaba á otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

¿Se quieren tagarninas?

No.

Y seguia humilde y resignado á otra puerta en que le aguardaba otro no, pero estaba tan naturalizado con el no que parecia que no le cogia de nuevo. ¡Habia llevado tantos! de suerte que se hallaba muy contento si encontraba quien le diese tres ó cuatro cuartos por su espuerta. — ¡Tres ó cuatro cuartos por todo un día de impropio trabajo, para su corta edad, en parajes frios y húmedos, y hecho en ayunas! Misericordia de Dios! ¡Divina justicia! ¡qué magníficas compensaciones guarda la diestra, prometidas en las bienaventuranzas! ¡Oh mi Dios! Si no te creyera justo, no te creyera Dios; si no te creyera premiador del bueno que sufre, no te creyera padre; si no te creyera castigador del inicuamente malo que goza, no te creyera señor. ¡Si, todo eres, y esta santa creencia todo lo esplica! ¡Oh! ¡dichosas criaturas las que vais á la vida eterna por la misma senda que anduvo el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! arrancais lágrimas á nuestros ojos, y nos podria contestar á nosotros, ricos, soberbios, y frios; ¡no lloréis sobre mí, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre quería retenerlo, porque su corazón se partía de ver ir á ese angelito, solo, desabrigado, en días fríos y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; ¡los días se habían hecho tan cortos! ¡las noches venían tan de prisa, y tan frías! pero nada detenía al pobre niño, y la infeliz madre decía llorando: *¡si no va, ni él comerá ni la niña!* y lo veía ir, con tan desgarradora pena, que vertía su corazón sangre por todos sus poros, hasta que lo veía entrar con un cuarteron de pan y unas pocas tagarninas.

Una fría tarde de Diciembre tocó solemne la oración, y el niño no había venido; y tocaron lúgubres las ánimas, y el niño no había vuelto; y la madre estaba baldada y no podía salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenía á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la angustia no mata, porque la angustia es una tremenda agonía sin el descanso de la muerte; como el castigo de los condenados: y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una

senda apartada, vió sentado al pie de un árbol á un niño; tenía los brazos cruzados, la cabecita caída sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acercó, ¡el niño estaba muerto! ¡muerto de frío, de necesidad, de cansancio, y de miedo! Lo que he contado no es ficción es realidad.

¡Dios y señor! hombres hay, tus hijos, padre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¡puede concebirse tan espantoso absurdo? ¡puede creerse y no desesperarse? ¡señor! ¡señor! ¡consérvanos la fé á los religiosos, aunque no sea mas que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se abogue de indignacion otras nuestro corazón. Déjanos confiar en aquella divina promesa: *el que llora será consolado* (1).

FERNAN CABALLERO.

(1) Tercera bienaventuranza de las ocho que prometió el señor en el evangelio de san Mateo, que lee la iglesia el día de Todos Santos; sublime sentencia, divina compensacion, santo consuelo, que todo lo explica, pero solo al cristiano.

EL LOCO DE LA MONTAÑA,

IMITACION DE LAS BALADAS.

I.

TERESA.

Teresa es la inocente tortolilla
que no puede vivir sin su adorado;
es el ástro nocturno que no brilla
sino va del lucero acompañado.

Es la flor que se cierra en la mañana
si el sol no vivifica su corola;
mariposa fugaz que va liviana
á morir en la luz si vive sola.

Amá á Bernardo como á su alma misma,
y el día que á sus ojos no aparece,
tan grande es la tristeza en que se abisma,
que como flor marchita desfallece.

Libre como las aves, su cabaña
tiene en la cumbre de la ruda sierra:
allí solo su madre la acompaña,
y no vé mas allá mundo ni tierra.

Lame un arroyo con liviano arrullo
las negruzcas paredes de su huerto:
¡qué armonioso parece su murmullo
perdido en la estension de aquel desierto!

A su orilla, que esmaltan lindas flores,
conducen los amantes su ganado:
¡cuántos secretos cándidos de amores
su corriente purísima ha guardado!

BERNARDO.

Es Bernardo zagal noble y apuesto,
que no cede á Teresa en donosura;
de alma amorosa, de espresivo gesto,
rico de fuerza y rico de ternura.

Tres lustros antes, bullicioso niño,
pidió pan á la madre de Teresa.
Recogiólo la anciana, y con cariño
le dió su lecho y le gentó á su mesa.

Y fueron desde entonces los infantes
hermanos, como hermanos se querían...
¡con qué placer sus senos palpitantes
al oírse nombrar se estremecían!

Peró crecieron ambos, y ya el hombre
estaba mal bajo el virgineo techo
de aquella niña que su dulce nombre
gravó muy hondo y adoró en su pecho.

Dióle la anciana parte de su tierra:
le regaló una choza en la colina,
que corona la falda de la sierra,
y á do el arroyo su raudal inclina.

Allí encerró sus ricas ilusiones
el dichoso zagal: de noche y día
cantó á Teresa en su rabel canciones
que el coro de las aves repetía.

Una vereda á orillas del torrente
ambas viviendas del amor juntaba:
¡cómo sintió la yerva amargamente
el pie de los amantes que la hollaba!

¡Oh! si en la noche cuando el ruido cesa
sus lenguas el arroyo desatara....
¡pobre Bernardo! ¡misera Teresa!
¡cómo el rubor sus frentes sonrosara!

II.

AMARGURA Y SOLEDAD.

¡Por qué ahora la doncella
alza las manos al cielo,
y suspira?

¡Por qué una lágrima bella
desde sus ojos al suelo
rauda gira?

¡Por qué corre desolada
por la estension de los prados
tan queridos,
como el ave en la enramada
cuando sus pollos amados
son cogidos?

Antes sus pueriles penas
en el pecho de la anciana
desahogando,
con sus palabras serenas
ibase su alma cristiana
consolando.

Ya de su madre á los besos
su corazón no palpita
dulcemente.

Mas queridos embelesos
la suerte airada le quita
de repente.

Testigos de sus enojos
las flores besan sus plantas
y se inclinan,
porque en sus párpados rojos
advierten que penas tantas
la asesinan.

Su corazón desahoga
con sus mudas compañeras
que bendice,
y con voz que el llanto ahoga
y se pierde en las riberas
así dice:

«¡Por qué, queridos claveles,
«jazmin de bello ramaje,
«y amapola,
«por qué me presta doreles

»y alfombra vuestro follage
»si estoy sola?

«¿Por qué embalsamais el viento
»meciendo vuestros capullos
»en la brisa,
»si ya no aspiro su aliento,
»ni siquiera los murmullos
»de su risa?

«Recoged vuestros olores,
»no me alhagueis los sentidos
»como un día.
«Basta á la que sus amores
»vé tristemente perdidos
»tumba fría.

«¿A dónde está mi Bernardo?
«¿Cuál de vosotros le ha visto?
»Un mes pasa,
»y vanamente le aguardo...
«¡Y á mis pesares resisto
»tan sin tasa!..

«¡Maldito rey, que nos lleva
»nuestros queridos amantes
»á la muerte!...
«¡Bien mi corazón lo prueba!..
»y él me lo anunciaba en antes...
»triste suerte!

«Ayer pregunté á su perro
»que guardaba la cabaña
»dolorido:
»—¿A dónde fué?—Corrió al cerro,
»y haciendo una cosa extraña
»dió un ahullido.

«A la orilla del riachuelo
»condújome un grito ronco
»como de hombre;
»¡ay! creció mi desconsuelo,
»que vi la cifra en un tronco
»de su nombre.

«Musgo que nos diste alfombra
»cuando en las tardes de estio
»nos sentábamos
»de las hayas á la sombra,
»ó en el cristal de ese río
»nos bañábamos:

«Peñascos de esta ribera,
»arenas innumerables
»de su lecho,
»que igualó con voz sincera
»á las prendas adorables
»de mi pecho:

«Selva que oíste sus votos,
»olmos que nos visteis juntos,
»pajarillos,
»cordero fiel, dulces chotos,
»de nuestra niñez trasuntos
»por sencillos:

«¡Oh! ¡qué lúgubres ahora
me parecéis sin mi amante!
»¡Qué terrores
me dais sin el que me adora!
»Teneis un velo delante
de dolores.

«Desgarradoras quimeras
»forjo, no viendo á Bernardo,
»en mi mente...
»Mis queridas compañeras,
»un mes hace que le aguardo
»vanamente.»

Y con planta presurosa
huyó de aquellos lugares,
y escuchaba
si alguna voz amorosa
para curar sus pesares
la llamaba.

Mas ¡ay! que llega á su gruta
sin oír, toda en llanto
sumergida,
mientras Bernardo disfruta
del mas halagüeño encanto
de la vida.

Arrancado á su retiro
por unos fieros sayones,
y llevado
á la ciudad, dió un suspiro
al verse en negras prisiones
encerrado.

Pero volvió la alegría
en su pecho á despertarse,
cuando á poco
volvió á ver la luz del día
y en esperanzas gozarse...
¡pobre loco!

Solo le tiene el profundo
recuerdo de su Teresa
afligido;
mas en el vaiven del mundo
¿qué alma se mantiene ilesa
del olvido?

¡Era tan vivo el contraste
que con su campo y su choza
presentaba,
tanto y tan precioso engaste,
tanta y tan bella carroza
que miraba!...

Aquellas lindas mugeres
cargadas de pedrerías,
tan livianas
que iban brindando placeres
con pérdidas arterias
cortesanas:

Aquel huracán hermoso
de oro y plata reluciente,
deslumbrante,
¿en su ímpetu poderoso,
no arrastrará á un inocente
niño amante?

¡Oh! si es tan grato su brillo,
que hasta al corazón mas seco
halagara,
¿cómo al del zagal sencillo
su oropel pomposo y hueco
no engañará?

¡Ay! sin saber lo que hacia
se sumergió en tus hervores,
torbellino.

Del hado á merced ponía
de Teresa y sus amores
el destino.

Sonaba el clarín guerrero
y dió la última mirada
á su tierra.
¡Ay del infeliz cabrero!

¿volverá á ver á su amada
de la guerra?

III.

AGONIAS DE MADRE.

Como la pared, si siente
que la yedra se marchita,
parece que pierde el báculo
que en antes sostenia,
la pobre anciana, que triste
ve á Teresa y abatida,
con ella parte sus penas
pues sin ella moriria.
Insomnios, suspiros, lágrimas,
que su juventud marchitan
por lo poco que le queda
de existencia trocario.
¡Con qué ternura sus ruegos
intentan sondar la sima
que en el pecho de la virgen
abrió su amante desdicha!
Mas ¡ay! que no curan bálsamos
del corazón las heridas;
siendo por amor abiertas
él solo las cicatriza.
Años tras años pasaban,
meses tras meses corrían,
llorando la halló la aurora,
la noche en llanto sumida
junto al lecho de Teresa
en afanosa vigilia.
¿Cómo el dolor no la mata
cuando la cuitada niña
entre sollozos le dice
estas palabras trísticas?

Teresa.

No bastan, madre, consuelos
á quien llora tal desdicha.

La anciana.

Hija, esperemos en Dios,
que es la bondad infinita.

Teresa.

¡Ay! ¡esperé tanto tiempo
que mi razón desconfió!...

La anciana.

El cielo manda á los seres
bienes á su antojo ó cuitas.

Teresa.

Sobre mi cabeza entonces
descarga todas sus iras.

La anciana.

¡Habrán tantos infelices
que mas que tú penen, hija!.

Teresa.

El dolor de los dolores
es perder amante y vida.

La anciana.

¡Oh! ¡vive para tu madre!

Teresa.

Dadme el poder, madre mia.

La anciana.

Ten esperanza.

Teresa.

¡La tuve,
y ya está desvanecida!

La anciana.

Hija, esperemos en Dios
que es la bondad infinita.

Teresa.

Dios, madre, escucha á los justos;
pero en su presencia misma.

Y desgarrador silencio
á sus palabras seguía
solamente interrumpido
por un alma que suspira.
Alma fiel y enamorada
que lentamente camina
al sepulcro, cuyo hielo
quizá su pasión no estinga.
¡Triste era de ver aquella
antorcha de amor purísima
apagarse entre los rayos
del foco que la dió vida!
Dulce gota de rocío
que sobre la flor destila
en las frescas alboradas
murmuradora la brisa.
Estrella que en Occidente
húndese tras las colinas
antes que rompa las nieblas
la luz del padre del día.
Y sus ojos se consumen
y su voz se debilita,
y su semblante se arruga,
y se secan sus mejillas.
No lanzan fuegos de amores
sus exánimes pupilas...
¡feliz ella si se heló
de su pasión las cenizas!
¡Ay! pero la mente vuela,
y la esperanza la aviva,
y en soñar con esperanzas
los amantes se estasian.
Quien pide alas á la mente
laba su propia desdicha,
porque destrazan el alma
las esperanzas perdidas.

IV.

DESESPERACION.

¡Oh! ¡quién parar pudiera
la rueda voladora
que arrastra en su carrera
los días hora á hora,
la vida del mortal!
¡Y quién gozar sentado
sobre la inmóvil rueda
pudiera alborozado
tanta ventura leda
que fué soplo fugaz!

Sueño de un alma amante
que vió nacido y muerto
su amor en un instante...
mas infeliz despierto;
Dejárame soñar:

Para llorar desvelos
de un ángel de hermosura,
para cantar sus duelos,
sus ayes de amargura,
es triste despertar.

¿Por qué-di-tanto tardas,
Bernardo? ¿de Teresa
olvidaste? ¿qué aguardas?
¡no vuelves! ¿te embelesa
acaso otra mujer?

¡Ah! no: quien tanto adora
no olvida fácilmente:
será de tu demora
la causa mas potente;
amor no puede ser.

Si, vuelve al arroyuelo
guiando tu ganado,
¡tanto ha que sin consuelo
Teresa te ha esperado
en tan feliz lugar,
llorando en la vereda
por dó venir solista!.

¡oh! ¡no hay dolor que esceda
de amantes agonías!...
¡horrible es su pesar!

Y tanto tiempo pasa
sin acabarte ausencia...
y el pecho la traspasa
tristísima impaciencia,
presentimiento atroz.

Frenético letargo
su corazón oprime;
las quejas de su amargo
destino, ya reprime
porque la falta voz.

Sentada junto al tronco
en que tu nombre brilla,
lanza un suspiro ronco...
su mano en la mejilla,
blanquisimo cendal.
Enjuga lentamente
el abrasado llanto
que en sus mejillas siente;
¡pero la alivia tanto
aquel dulce raudal!

Y no la conocieras
si, en la adelfa escondido
cual otro tiempo, vieras
aquel rostro querido:
¡qué encantadora fué!
Si, fué: y hoy todavía
advértese que lo era,
como una estatua fría
hermosa pareciera
de otra animada al pie.

Destellos postrimeros
de llama moribunda:
suspiros lastimeros
de que nuestra alma inunda
la muerte presentir,
Lanzando se adelanta
á la fugaz corriente:
su delicada planta
la tierra flor no siente...
¡por qué quiere morir?

Tan joven y tan bella,
¡por qué aborrece el mundo?
¿el que cobosó en ella
dolor fué tan profundo?
¿y allí llega el dolor?
¿Ni aquel santo retiro
respetan sus furores?
¿escúchase un suspiro
en la mansión de amores?
¡y es bien desgarrador!

¿Por qué ese pensamiento
que fijase en su mente
la hace ir rasgando el viento
á orillas del torrente
que la iba ya á sorber?
¿Templó el hado la saña
con que tenaz la alige?
¿Por qué hacia la cabaña
ligerase dirige?
¡Ay! ¿qué es lo que va á ver?

La anciana, que á la muerte
sus pasos apresura
está allí casi inerte,
y santa prez murmura
ya próxima á espirar.
En vano su mirada
busca de su hija amada
el rostro candoroso:
huyó de aquel lugar.

¿Y sola daqué el alma
al Dios que la redime?
Al recibir la palma
de su virtud sublime,
¿no ha de encontrarla allí?
¿Quién cerrará sus ojos
en el supremo instante?
sus miserables despojos,
¿quién sino la hija amante
de tierra ha de cubrir?

Ambas á un tiempo mismo
la muerte cerca miran:
del no ser al abismo
llegan y se retiran
en un punto las dos.

Y allá en su pensamiento
se buscan y no se hallan...
¡De aquel fiero tormento
con que las dos batallan
librarlas quiera Dios!

V.

EL ÚLTIMO DOLOR

¡Ay de los pueblos que á ambiciosos viles
se entregan confiados,
para dejarse hollar como reptiles
en su ceguera vil atargados!
¡Ay! instrumentos de mezquina saña,
combáten entre sí sin ley ni freno,
azotes de sus tierras,
do sin cesar derraman el veneno
de las civiles guerras!
¡España! ¡dulce España!
¡patria de bendición! fuérame dado
con lágrimas borrar de la memoria
del mundo, que han echado
esa mancha tus hijos en tu historia.
Ni el templo de las vírgenes se libra
de tan funesta plaga:
el que la tea de discordia vibra
en todas partes hiere antes que amaga.
¿Quién en su lecho dormirá tranquilo
en medio á las ciudades,
si de Teresa el solitario asilo
allá junto á las nubes asentado
las turbas destructoras invadieron?
En tiempos de revueltas populares,
¿quién ¡ay! del porvenir no desconía
cuando sus ojos vieron
manchar las blancas tocas de las vírgenes
al pie de los altares,
y el anciano que todos bendijeron
por su sabiduría
espirar arrojado de sus lares?

Soldadesca feroz que al cielo irrita
blasfemando y volando de continuo,
cual rauda torbellino
en la mansión de paz se precipita.
Todo cae á sus pies. Ya su carrera
el incendio pregona por do quiera:
pero aun sus furores no saciados
el alta sierra escalan
y el lindo huerto y los vistosos prados,
consuelo de Teresa,
con fiera mano talan.
Ansiosos de rapiña
la casa no perdonan,
mas antes ¡ay! mas antes...
con otro, por si no eran ya bastantes,
sus crímenes coronan.

Tras la ancha puerta pobre y carcomida
en ruin lecho de paja
yace un humano ser falto de vida,
medio oculto en el seno de una joven
que murmura palabras celestiales,
y á cuyos lábios el Eterno baja.
Preces de amor que por el alma envía
de la que fué su madre; ¡y no lograron
tener la planta impia
de aquellos foragidos!—Con voz ronca
albricias dándose por tan buen hallazgo,
al santo grupo avanzan,
y fúbrico fulgor sus ojos lanzan.
—¡Hoy que el capitán, el uno grita,
se fué á filosofar por esos riscos,
veamos qué tal... baila esta mocita.
—Dice, y con torpe mano
del casto seno de Teresa, quita
el hijero cendal: menos humano
destruye el esqueleto
otro sayon... por separarlo de ella,
y la infeliz burlada sin respeto
con sangre y llanto su deshonra sella.

Huyó... vedla... sin juicio,
por no escuchar la cínica algaraza,
y el lúgubre chasquido de los huesos

de su madre, que ardían,
y al borde se sentó de un precipicio,
porque sus pies en sangre se tenían.
Fijos los ojos en el alto cielo,
cual si de allí esperara
el de sus males único consuelo,
el eco percibió de una sonrisa
feliz recuerdo de su bien perdido,
que repitió la brisa
como el canto de un ángel en su oído.
Alzóse... pero ¡guay de la que espera
abrazar á su amante,
y entre los dos gigante
álzase de repente una barrera!
Allá en la opuesta orilla
Bernardo con amor la contemplaba;
pero el torrente entre los dos pasaba,
rugiendo cual carnívora trahilla.

—¡Alma del alma!—la infeliz murmuraba.
—¡Alma del alma!—el capitán responde,
¿disfrutaste sin mí mucha ventura?
¿cómo te viro por mí mal tan lejos?
Sin tí siempre muriendo yo he vivido,
¡y á mis brazos no vienes!
¿No me amas ya, Teresa?
¡Ay! ¿cuál la causa ha sido
de que mi amor me pagues con desdenes?
—Antes la luz se apague de mis ojos,
antes del sol los rayos en invierno
nos quemen, y en estío,
Bernardo, nos den frío,
y deje el Criador de ser eterno,
antes que yo te mire con enojos.

Al postrimer reflejo del crepúsculo
Teresa distinguió las llamaradas
de su choza; el rugiente
voto del militar... bañada en llanto
doblóse su cabeza...
¡todo lo vió con fiero desencanto!
¿A dónde está su virginal pureza?
¡Adios, sueños de gloria
que dorasteis diez años su memoria!
¡Adios, adios, quimeras
de dicha y de placer! La desventura
lecho de boda hará la sepultura.
Y extendiendo los brazos adelante
para abrazar por último á su amante,
desgarrada su mente
por el recuerdo atroz, fuera de juicio,
quiso correr, y... ¡la tragó el torrente!
¡Había entre los dos un precipicio!
—Las ondas se entrecubieron
como gozosas de tan dulce presa,
y unas tras otras á besarse fueron
sobre el marchito cuerpo de Teresa.

¡Ay! sin saber que todos en el mundo
son cebo de la parca destructora,
¿qué hiciera el hombre en su dolor profundo
viendo morir á la mujer que adora?

CONCLUSION.

En las tinieblas de la noche umbría
sinistros resplandores
la incendiada cabaña despedía,
y en torno de ella, al son de fiero canto,
desgreñado el cabello,
harapos el vestido,
el capitán danzaba... parecía
fea vision del reino del espanto.
Hondas heridas en su blanco cuello
revelaban la lucha
que trabó con su tropa y el torrente...
¡oh! le fuera el morir ventura mucha,
á manos de su gente.
No su razón perdiera
viendo en la orilla el cuerpo de su amada
por las pinzantes rocas destrozada,
ni el nocturno silencio interrumpiera
con loca carcajada.

Desde entonces el valle solitario
antes de paz y amor mansión tranquila,
con su lúgubre aspecto funerario
al caminante débil horripila.
Solo interrumpe el buho entre las rocas
la triste soledad que reina en torno,
y la natura lanza por cien bocas
ayes de horror por su perdido adorno.

Quien osa en él aventurar la planta
oye el confuso son de un alarido
y de la sierra en la feraz garganta
el grito de «Teresa» repetido,
y duda que es un hombre
el ser que fieramente

surge de la maleza,
mal cubierto de harapos, denegrido,
pálido y lleno de mortal tristeza,
á veces sonriendo,
ó las manos al cielo levantando,
ó al aire largos brazos estendiendo,

ó con júbilo atroz palmoteando;
y sin cesar llamando
con voz hueca y doliente
á su querida, que tragó el torrente.

VICENTE BARRANTES



CRUZADA DE SAN LUIS.

Esta cruzada se decidió en el año 1248 con motivo de una enfermedad del rey Luis IX. Este reunió los príncipes y principales magnates del reino, quienes se cruzaron en su mayor parte. Notábase sobre todo entre ellos á Pedro Manclere, antes duque de Bretaña; Carlos, conde de Anjou, que fué despues rey de Sicilia; Alfonso, conde de Poitiers; del hijo de Chatillon, conde de San-Pol y de Blois; el duque de Borgoña, los condes de Flandes y Artois, etc. Muchas mugeres se cruzaron igualmente y siguieron al ejército; la misma reina Margarita acompañó á su esposo con todo el aparato régio.

El ejército se embarcó en el año 1248, y fué á tomar á Damietta; pero allí se interrumpió el curso de sus victorias. A pesar de la opinion de Pedro Manclere, se quiso pasar adelante, y la batalla de la Manslora desconcertó completamente el plan de los cruzados. Cuando el antiguo duque de Bretaña volvió de la refriega, las riendas de su caballo rotas y cortadas pendian del arzon de la silla. Su caballo era un veloz corcel, de poca talla pero de buena estampa. Manclere, herido en el rostro, y perdiendo mucha sangre se apoyaba con sus manos en el cuello, por de que los enemigos que le seguian le hicieron caer: no manifestaba por lo demas temor alguno, y se volvía de vez en cuando hácia ellos para insultarlos.

Cuando todos los principales y magnates fueron hechos prisioneros, Manclere quedó encargado de contestar á nombre de toda la nobleza á los enviados del sultan: hizolo con dignidad y energia. Por último el rey convino en el rescate que debía pagar por él y su ejército, y todos los que habian escapado al hierro de los infieles se embarcaron para Europa. Pero las fatigas y la enfermedad hicieron morir muchos de ellos, y Pedro Manclere contose en este número.

En el Album de la Sra. doña Adelaida Torres.

Orillas del mar cántabro
Se alza modesta y linda

Y mil deleites brindas
Al céltro y á Flora,
Mil sueños al poeta,
Mil celos á la aurora
La rosa de Zubieta.

A ti bajo este símbolo
Bella Adelaida canto
Ni es mucho que tu encanto
A quien te mire asombre
Ni es mucho que te nombre
La rosa de Zubieta.

¿Qué es del clavel la púrpura
Si al color de tu cara
¡Oh! bella se compara?
Mustio el jazmin se humilla
Y áspera es la violeta
Donde tu frente brilla
¡Oh! rosa de Zubieta.

Sin ti, son yertos páramos
Aranjuez y Versalles.
¿Sin ti qué son los valles
Que ostenta Andalucía
Y envanece á Edeta?
¡Ay! falta á su alegría
La rosa de Zubieta.

Digera que era Náyades
Cuando tu planta pisa
La arena, y á la brisa
Del mar nitido y bella
Cual palma de Damietta
Ondea tu cabello
¡Oh! rosa de Zubieta.

Y si el batel impávida
Riges cual blanda pluma
Nacer de entre la espuma
A la Diosa de Guido
Veo en ti, y la saeta
Y el arco de cupido
¡Oh! rosa de Zubieta.

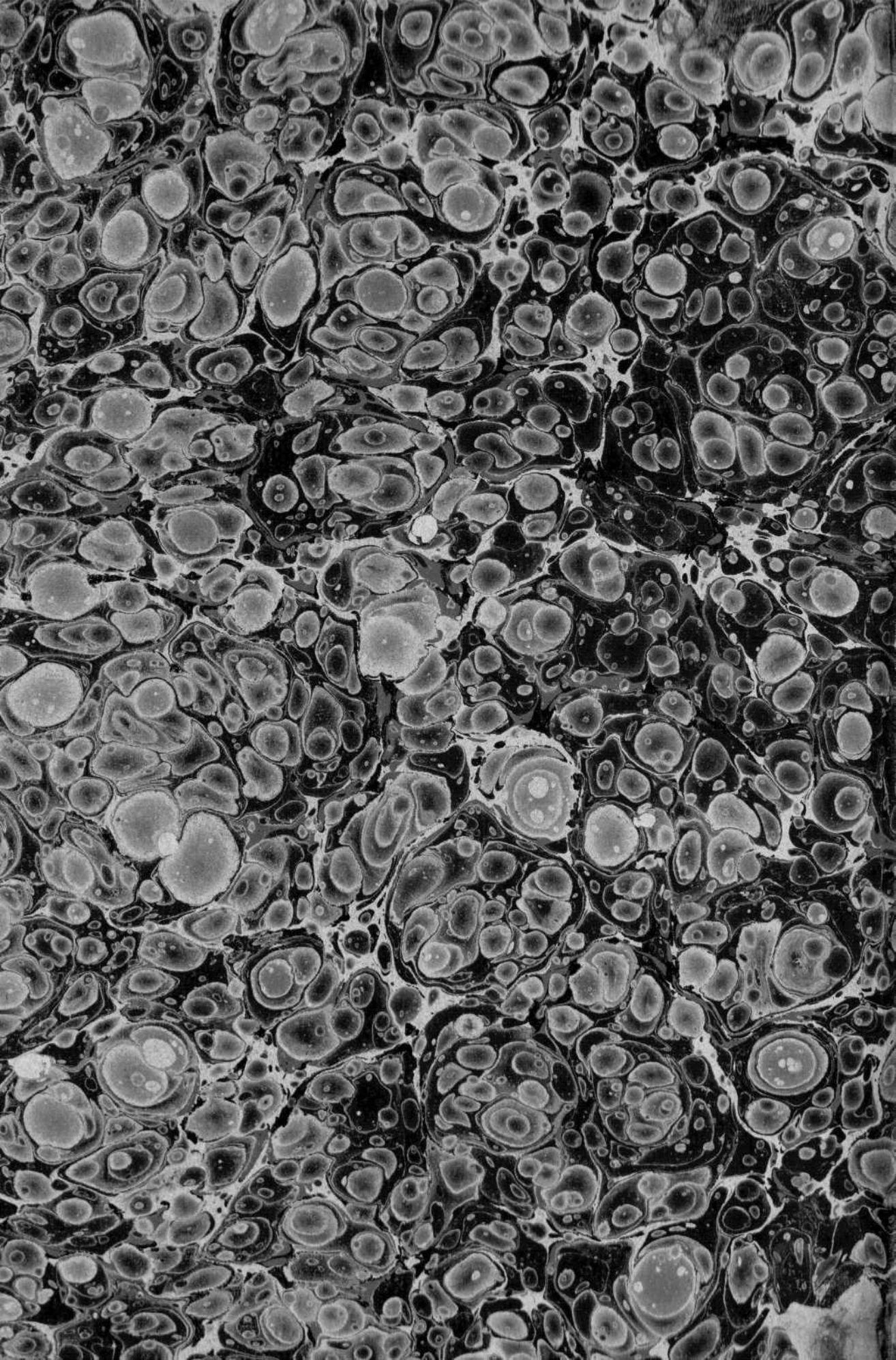
¡Ay! vuelve, zumba el ábrego,
Vuelve, portento hermoso,
Mira que es proceloso
El golfo de Vizcaya

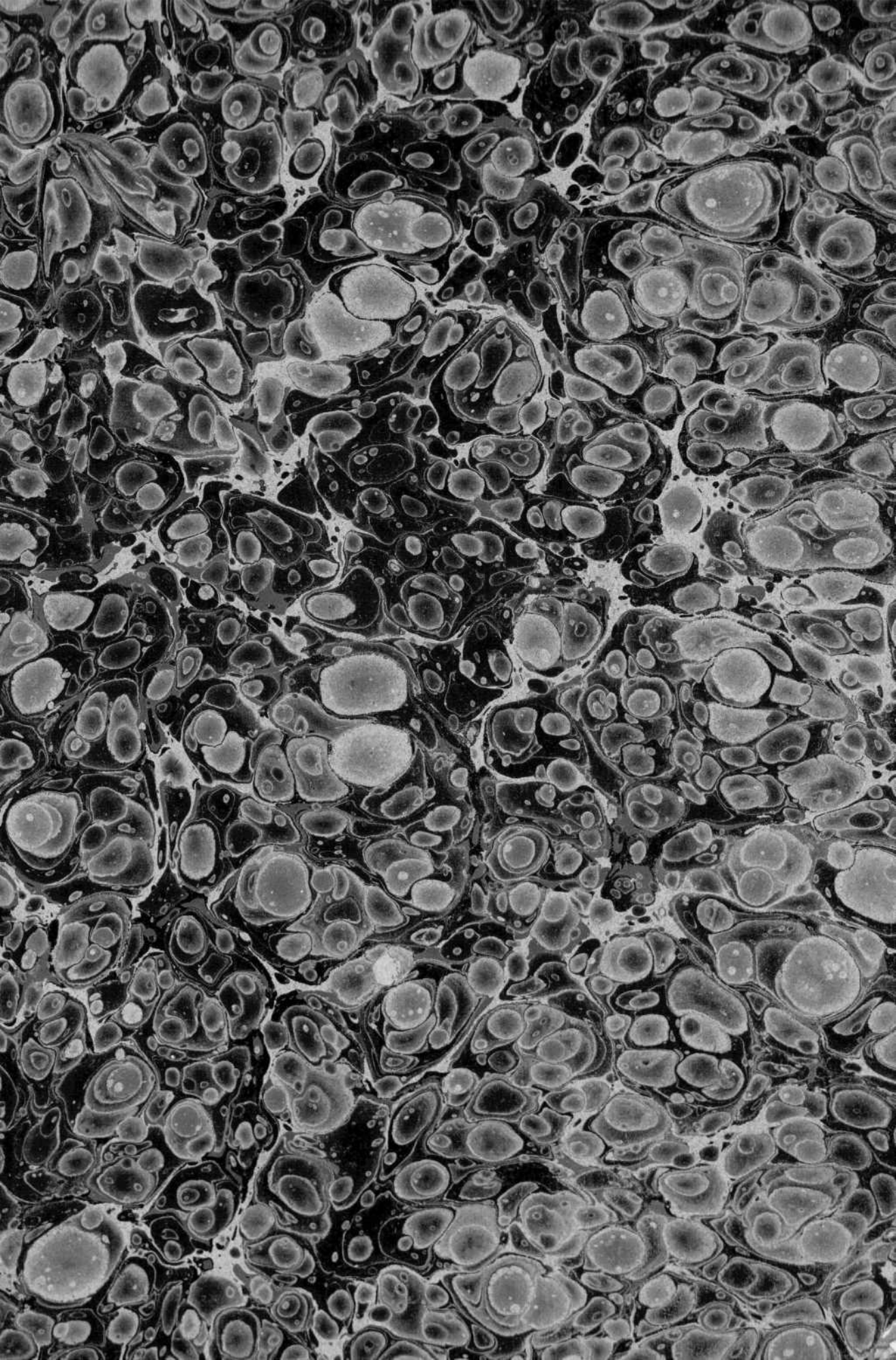
Deja la mar inquieta,
Vuelve á la enjuta playa
¡Oh! rosa de Zubieta.
Vuelve, que entre los árboles
De la apacible quinta
Que mayo eterno pinta,
Tu igual en lo galana
Sin par en lo discreta
Te espera dulce hermano
La Reina de Zubieta.

BRETON DE LOS HERREROS.



FIN DEL TOMO DE 1850.







CASTELL

SEMANARIO

PINTOYESCO

1850

M. MURIEL